

**David Hume**

**HISTORIA DE  
INGLATERRA**

**Desde la invasión de Julio César  
hasta el fin del reinado de Jacobo II**

**Tomo IV**

**CLÁSICOS DE HISTORIA 318**

**DAVID HUME**

**HISTORIA DE INGLATERRA**

**DESDE LA INVASIÓN DE JULIO CÉSAR  
HASTA EL FIN DEL REINADO DE JACOBO II**

**(1754-1761)**

**TOMO IV.  
DEL REINADO DE CARLOS I  
AL FIN DEL DE JACOBO II**

Traducción de Eugenio Ochoa

Barcelona 1843

[https://books.google.es/books?  
id=XgJZIx4KYK4C&hl=es&source=gbs\\_similarbooks](https://books.google.es/books?id=XgJZIx4KYK4C&hl=es&source=gbs_similarbooks)

# ÍNDICE

## LIII. Carlos I—1637

Descontento en Escocia.....	11
Introducción de los cánones y de la liturgia.....	13
Alboroto en Edimburgo.....	14
El Covenant.....	15
Asamblea general.....	17
Abolición del episcopado.....	17
Guerra.....	18
Pacificación.....	20
Se renueva la guerra.....	21
Cuarto parlamento inglés.....	22
Disolución.....	26
Descontento en Inglaterra.....	26
Rota de Newburn.....	29
Tratado de Ripon.....	30
Gran consejo de los pares.....	31

## LIV. Carlos I—1640

Reunión del parlamento largo.....	33
Strafford y Laud acusados.....	34
Fuga de Finch y Windebank.....	35
Grande autoridad de los comunes.....	36
Ataque a los obispos.....	41
Derechos de tonelada y <i>poundage</i> .....	44
Bill trienal.....	45
Causa de Strafford.....	46
Acusación fiscal.....	52
Suplicio de Strafford.....	56
Abolición de la alta comisión y de la cámara estrellada.....	57
Viaje del rey a Escocia.....	58

## LV. Carlos I—1641

Gobierno de Escocia.....	60
Conspiración en Irlanda.....	63
Insurrección y matanzas.....	65
Reunión del parlamento inglés.....	68
Representación.....	70
Razones de ambos partidos.....	71
Acusación de los obispos.....	79
Acusación de cinco miembros.....	80
Alborotos.....	82
Sale el rey de Londres.....	82
Llega a York.....	87
Preparativos para la guerra civil.....	90

### **LVI. Carlos I—1642**

Principio de la guerra civil.....	93
Situación de los partidos.....	93
Batalla de Edgehill.....	98
Negociación en Oxford.....	100
Victorias de los realistas en el oeste.....	102
Batalla de Stratton.....	103
Batallas de Lansdown y de Roundway-down.....	104
Muerte de Hambden.....	104
Toma de Bristol.....	105
Sitio de Gloucester.....	106
Batalla de Newbury.....	110
Acciones en el norte de Inglaterra.....	111
Solemne liga y Covenant.....	113
Armamento de los escoceses.....	114
Situación de Irlanda.....	114

### **LVII. Carlos I—1644**

Estado de la nación.....	117
Invasión de los escoceses.....	119
Batalla de Marston-Myor.....	120
Batalla de Cropedy-Bridge y desarme de las tropas de Essex.....	122
Segunda batalla de Newbury.....	123
Origen y carácter de los independientes.....	124
Decreto de abnegación de sí mismo.....	128
Fairfax.....	128
Cromwell.....	129
Tratado de Uxbridge.....	129
Causa y suplicio de Laud.....	132

### **LVIII. Carlos I—1645**

Victorias de Montrose.....	135
Nueva planta del ejército.....	139
Batalla de Naseby.....	140
Rendición de Bristol.....	142
Conquistas de Fairfax en el oeste.....	143
Derrota de Montrose.....	143
Asuntos eclesiásticos.....	145
Se rinde el rey a los escoceses en Newark: Fin de la guerra.....	147
Entregan al rey los escoceses.....	150

### **LIX. Carlos I—1647**

Situación de los partidos.....	152
Motines en el ejército.....	153
Rapto del rey por Joyce.....	155
Marcha el ejército contra el parlamento.....	156
Somete el ejército al parlamento.....	161
Huye el rey a la isla de Wight.....	163
Segunda guerra civil.....	166
Invasión de los escoceses.....	167

Tratado de Newport.....	169
Represión de la guerra civil.....	172
Recupera el ejército la persona del rey.....	173
Espurgo de la cámara.....	174
Proceso del rey.....	177
Su suplicio.....	179
Su carácter.....	181

### **LX. La República—1649**

Estado de Inglaterra.....	187
Estado de Escocia.....	189
Estado de Irlanda.....	190
Supresión de los Levellers.....	192
Se levanta el sitio de Dublín.....	194
Toma de Tredah.....	194
Los Covenantarios.....	196
Prisión y suplicio de Montrose.....	198
Los Covenantarios.....	200
Batalla de Dunbar.....	203
Batalla de Worcester.....	206
Fuga del rey.....	206
La república.....	208
Guerra con Holanda.....	212
Disolución del parlamento.....	215

### **LXI. La República—1653**

Nacimiento y vida privada de Cromwell.....	218
Parlamento de Barebone.....	220
Cromwell declarado Protector.....	222
Paz con Holanda.....	224
Nuevo parlamento.....	225
Insurrección de los realistas.....	228
Estado de Europa.....	229
Guerra con España.....	232
Conquista de la Jamaica.....	233
Victorias y muerte del almirante Blake.....	234
Administración de Cromwell.....	235
Nuevo parlamento.....	239
Ofrecen la Corona a Cromwell, que la rehúsa.....	240
Humilde petición y dictamen.....	242
Toma de Dunkerque.....	244
Enfermedad del Protector.....	246
Su muerte y su carácter.....	247

### **LXII. La República—1658**

Ricardo es reconocido Protector.....	250
Un parlamento.....	251
<i>Cábala</i> de Wallingford-house.....	251
Abdica Ricardo.....	252
Vuelve el parlamento largo.....	254

Conspiración de los realistas.....	254
Se sofoca la rebelión.....	255
Expulsión del parlamento.....	256
Consejo de seguridad.....	256
Negocios extranjeros.....	256
El general Monk.....	258
Se declara Monk por el parlamento.....	258
Se restablece el parlamento.....	260
Entra Monk en Londres y se declara por un parlamento libre.....	262
Reposición de los individuos excluidos y disolución del parlamento largo.....	263
Nuevo parlamento y restauración.....	266
Ojeada general sobre la época de la república.....	268

### LXIII. Carlos II—1660

Nuevo ministerio.....	277
Amnistía.....	278
Arreglo de la hacienda.....	279
Proceso y suplicio de los regicidas.....	280
Disolución del parlamento-convención.....	281
Restablecimiento de la prelación.....	283
Insurrección de los milenarios.....	283
Asuntos de Escocia.....	284
Conferencia de Saboya.....	286
Argumentos en pro y en contra de la reunión.....	286
Nuevo parlamento.....	287
Restablecimiento de los obispados.....	288
Auto de corporación.....	289
Auto de uniformidad.....	289
Matrimonio del rey.....	291
Proceso de Vane y de Lambert.....	292
Suplicio de Vane.....	293
Expulsión del clero presbiteriano.....	293
Venta de Dunkerque a los franceses.....	294
Declaración de indulgencia.....	294
Disminuye el crédito de Clarendon.....	297

### LXIV. Carlos II—1664

Nueva legislatura.....	299
Rompimientos con Holanda.....	299
Nueva legislatura.....	301
Victoria de los ingleses.....	302
Rompimiento con Francia.....	303
Rompimiento con Dinamarca.....	304
Nueva legislatura.....	305
Combate naval de cuatro días.....	305
Victoria de los ingleses.....	307
Incendio de Londres.....	308
Proposiciones de paz.....	309
Desastre en Chatham.....	310
Paz de Breda.....	311

Caída y destierro de Clarendon.....	311
Estado de Francia.....	314
Carácter de Luis XIV.....	314
Invasión de los franceses en los Países Bajos.....	315
Negociaciones.....	316
Triple liga.....	317
Tratado de Aquisgrán.....	318
Asuntos de Escocia.....	318
Asuntos de Irlanda.....	321

#### **LXV. Carlos II.—1668**

Asamblea del parlamento.....	325
La <i>Cábala</i> y su carácter.....	327
La <i>Cábala</i> y sus consejos.....	328
Alianza con Francia.....	330
Asamblea del parlamento.....	331
Acuerdo de Coventry.....	332
Crímenes de Blood.....	332
El duque de York se declara católico.....	333
Se cierra el <i>Exchequer</i> .....	335
Declaración de indulgencia.....	335
Ataque de la flota de Esmirna.....	336
Se declara la guerra a Holanda.....	337
Debilidad de los Estados.....	338
Batalla de Solebay y muerte de Sandwich.....	339
Progresos de los franceses.....	340
Consternación de los holandeses.....	341
El príncipe de Orange estatúder.....	344
Asesinato de los Witt.....	344
Brillante conducta del príncipe.....	344
Nuevo parlamento.....	346
Revocación de la declaración de indulgencia.....	347
Combates navales.....	349
Congreso de Colonia.....	350
Nuevo parlamento.....	351
Paz con Holanda.....	352

#### **LXVI. Carlos II—1674**

Planes de la <i>Cábala</i> .....	353
Representaciones de sir Guillermo Temple.....	354
Campaña de 1674.....	355
Reunión del parlamento.....	356
Obediencia pasiva.....	357
Reunión del parlamento.....	358
Campaña de 1675.....	359
Congreso de Nimega.....	361
Campaña de 1676.....	361
Conducta ambigua del rey.....	362
Reunión del parlamento.....	363
Campaña de 1677.....	363

El parlamento desconfía del rey.....	364
Casamiento del príncipe de Orange con la princesa María.....	366
Proyecto de paz.....	367
Negociaciones.....	368
Campaña de 1678.....	369
Negociaciones.....	370
Paz de Nimega.....	372
Estado de las cosas en Escocia.....	373

### LXVII. Carlos II—1678

Conspiración papista.....	379
Relación de Oates y su carácter.....	380
Cartas de Coleman.....	382
Asesinato de Godfrey y consternación general.....	384
Reunión del parlamento.....	385
Su celo.....	386
Relación de Bedloe.....	386
Acusación de Danby.....	389
Motivos en que se fundaba.....	390
Disolución del Parlamento largo.....	390
Su carácter.....	391
Proceso de Coleman.....	391
Proceso de Ireland.....	391
Nuevas elecciones.....	393
El duque de Montmouth. El duque de York se retira a Bruselas.....	394
Nuevo parlamento.....	394
Nueva acusación de Danby.....	395
Conjuración papista.....	395
Nuevo consejo.....	396
Limitaciones para el caso de un sucesor católico.....	397
<i>Bill</i> de exclusión.....	398
<i>Bill</i> de <i>Habeas corpus</i> .....	399
Prórroga y disolución del parlamento.....	400
Proceso y suplicio de cinco jesuitas y de Langhorue.....	400
Absolución de Wakeman.....	401
Estado de las cosas en Escocia.....	402
Batalla de Bothwell-bridge.....	403

### LXVIII. Carlos II—1679

Estado de los partidos.....	405
Estado del ministerio.....	406
Conspiración del tonel de harina.....	407
<i>Whig</i> y <i>Tory</i> .....	408
Nuevo parlamento.....	409
Violencia de los comunes.....	410
<i>Bill</i> de exclusión.....	411
Argumentos en pro y en contra de la exclusión.....	412
Se desecha el <i>bill</i> de exclusión.....	414
Proceso de Stafford.....	415
Su suplicio.....	416



Violencia de los comunes.....	417
Disolución del parlamento.....	418
Nuevo parlamento en Oxford.....	419
Causa de Fitz-Harris.....	420
Disolución del parlamento.....	420
Victoria de los realistas.....	421

#### **LXIX. Carlos II—1681**

Estado de las cosas en Irlanda.....	424
Absolución de Shaftesbury.....	426
Proceso de Argyle.....	426
Estado de las cosas en Escocia.....	428
Situación del ministerio en Inglaterra.....	430
Nuevo nombramiento de <i>sheriffs</i> .....	430
Quo Warranto.....	431
Gran poder de la corona.....	433
Conspiración.....	433
Retirada y muerte de Shaftesbury.....	434
Conspiración de Rye-House.....	435
Se descubre la conspiración.....	435
Suplicio de los conspiradores.....	436
Proceso de lord Russell.....	436
Su suplicio.....	439
Proceso y suplicio de Algernon Sidney.....	439
Estado de la nación.....	441
Situación de los negocios extranjeros.....	444
Enfermedad y muerte del rey.....	445
Su carácter.....	446

#### **LXX. Jacobo II—1685**

Primeras operaciones del rey.....	448
Asamblea del parlamento.....	449
Argumentos en pro y en contra de la renta por vida.....	450
Oates convicto de perjurio.....	452
Invasión de Monmouth.....	452
Su derrota y suplicio.....	454
Crueldades de Kirke y Jefferies.....	455
Estado de las cosas en Escocia.....	457
Invasión de Argyle; su derrota y su suplicio.....	457
Asamblea del parlamento.....	458
Persecuciones en Francia.....	460
El poder dispensador.....	460
Estado de Escocia.....	463
Estado de Irlanda.....	463
Rompimiento entre el rey y la iglesia.....	464
Tribunal de comisión eclesiástica.....	464
Sentencia contra el obispo de Londres.....	465
Suspensión de las leyes penales.....	465
Estado de Irlanda.....	467
Embajada a Roma.....	468

Atentado contra el colegio de la Magdalena.....	469
Prisión, juicio y absolución de los obispos.....	471
Nacimiento del príncipe de Gales.....	472

### **LXXI. Jacobo II—1688**

Conducta del príncipe de Orange.....	474
Forma una liga contra Francia.....	475
Rehúsa coadyuvar a los planes del rey.....	475
Resuelve oponerse al rey.....	476
Se dirigen a él los ingleses.....	477
Coalición de los partidos.....	477
Preparativos del príncipe.....	478
Ofertas de la Francia al rey.....	479
Éste las desecha.....	479
Retracta el rey sus medidas.....	480
Declaración del príncipe.....	481
Desembarca el príncipe en Inglaterra.....	482
Conmoción general.....	482
Deserción del ejército del príncipe Jorge y de la princesa Ana.....	483
Consternación y fuga del rey.....	483
Confusión general.....	485
Prisión del rey en Feversham.....	486
Segunda evasión.....	487
Carácter del rey.....	488
Convócase un parlamento.....	489
Gobierno de Escocia.....	489
Convención inglesa.....	490
Miras del parlamento.....	490
Libre conferencia entre las dos cámaras.....	492
Prevalecen los comunes.....	493
Restauración de la corona.....	494
Costumbres, artes y ciencias.....	494

## LIII. Carlos I—1637

Bien considerados los padecimientos del pueblo inglés, apenas merecían este nombre, porque ni eran onerosos ni ofensivos a la humanidad. Ese mismo impuesto de los buques, mirado aisladamente y sin las consecuencias que podía producir, más bien que una carga era una ventaja para el público por el uso tan juicioso que hacía el rey del dinero que entraba en su tesorería; y si había razón para temer que la tolerancia de tales ejemplos condujese al olvido total de los parlamentos y establecimiento de una autoridad absoluta, por lo que hace a Carlos, no recelaba oposición alguna de parte del pueblo, en quien por lo común no hace mucha impresión el porvenir y necesita motivos evidentes para empeñarse en una resistencia abierta al gobierno establecido.

Todos los asuntos eclesiásticos estaban arreglados por la ley y por una práctica no interrumpida, y la misma iglesia había venido a ser una fuerte barrera así para el ejercicio legal como para el abuso de la autoridad de la corona. Gozaba el pueblo plenamente de la paz, de la industria, del comercio y de la opulencia con la justicia y suavidad de la administración, y, en una palabra, no le faltaba ninguna de las ventajas de un gobierno feliz, excepto la libertad, o digamos más bien, el ejercicio actual de la libertad y la seguridad conveniente para el porvenir<sup>1</sup>. Así es que había mucha apariencia de que la Inglaterra podría sostenerse largo tiempo en aquella situación, si no estuviera la Escocia tan inmediata, porque esta era una nación más turbulenta y menos dispuesta a la sumisión y obediencia. Allí fue donde tuvieron origen los grandes disturbios y por eso exige el orden histórico que recordemos lo que pasaba por entonces en aquel reino.

### Descontento en Escocia

Por más que el pacífico gobierno de Jacobo, su maña y más que todo la autoridad que había llegado a adquirir en aquel reino hubiesen mitigado algún tanto los odios que reinaban entre las familias principales y se hubiese restablecido el buen orden por medio de las leyes, todavía estaba la alta nobleza en posesión del poder y del principal influjo en el pueblo; pues gozaba de la mayor parte de sus bienes; disfrutaba sus jurisdicciones hereditarias y sus dependencias feudales que aumentaban en gran manera su autoridad, y con el amor de los nobles inferiores a los jefes de sus familias ejercían un verdadero dominio sobre la voluntaria esclavitud de sus terratenientes. Además de que la larga ausencia había disminuido notablemente las relaciones del príncipe con la nobleza, que residía por lo común en sus estados, había también otras razones que la tenían muy descontenta de la corte.

Carlos, por un sentimiento natural de piedad, o tal vez por superstición, tenía un apego decidido a los eclesiásticos, y como es general en los hombres persuadirse a que su interés se conforma con sus inclinaciones se había formado la máxima política de aumentar la autoridad de aquella clase. Según sus ideas, los prelados establecían la disciplina y la regularidad en el clero, y el clero inspiraba la obediencia y fidelidad al pueblo. Además, como aquella clase de súbditos no tenía autoridad por sí misma ni otro apoyo más que el de la corona, le parecía que en nadie podía depositarse la autoridad real mejor que en sus manos. Este fue el motivo por que elevó a muchos obispos a las primeras dignidades del estado<sup>2</sup>, y así nombró canciller al arzobispo de San Andrés, Spotswood, y a otros nueve prelados los admitió al consejo privado. El obispo de Ross aspiraba al empleo de tesorero general, y otros ocupaban diferentes plazas en el tribunal de la tesorería: hasta se

<sup>1</sup> Clarendon, p. 74. May, p. 18. Warwick, p. 62.

<sup>2</sup> Rushworth, tomo II, p. 386.

esforzaron por restablecer la primitiva institución del colegio de justicia, y repartir por iguales partes entre el clero y los legos toda la autoridad judicial. Toda aquella porción de favores de que la iglesia estaba en posesión y de que no siempre usaron con moderación los obispos, disgustó mucho a la altiva nobleza que, creyéndose muy superior en clase y nacimiento a aquella otra nueva que se presentaba a disputarle el paso, no disimuló su indignación de verse postergada a ella en consideración y poder, uniéndose también el estímulo del interés para agriar más aquellas disposiciones, porque temían que las sillas episcopales, que al principio de la reforma habían sido saqueadas por los nobles, intentasen a la sazón indemnizarse de sus pérdidas a costa de ellos. Ya se había publicado una ley muy útil privando a los grandes de los feudos eclesiásticos y autorizando a las parroquias para formarse una renta suficiente en diezmos para atender a la manutención del clero pobre, y el propietario podía comprar a vil precio los restantes. Fundado en esta ley y en los usos antiguos, había reclamado el rey todas las tierras enajenadas de la corona por sus predecesores, y aunque todavía no había practicado ninguna diligencia para la ejecución de este proyecto, no dejaba de excitar celos y descontento aquella sola pretensión<sup>3</sup>.

A pesar del tierno afecto que Carlos profesaba al clero en general, no había podido conciliarse en Escocia más que el de los eclesiásticos de primer orden; mientras que el común de los ministros tenía tantas o mayores prevenciones que la nobleza contra la corte y contra la autoridad episcopal. Por más ventajoso que pudiese parecer al clero inferior el establecimiento de la jerarquía, ya por la posibilidad de aspirar a las dignidades, ya por el lustre que daba a todo el cuerpo atrayendo a él las personas de alto nacimiento, no por eso había hecho impresión alguna en los eclesiásticos de Escocia. Según estaban entonces los ánimos, había otro punto que llamaba más la atención y contrapesaba el poder y las riquezas que son el fundamento ordinario de las distinciones entre los hombres, y era el fervor de la devoción y de la retórica, aunque bárbara, de las lecturas y homilias religiosas. El clero presbiteriano, sujeto en los púlpitos por la severidad de los prelados, miraba la jurisdicción episcopal como una usurpación tiránica y pretendía que era de derecho divino la igualdad entre los pastores, y que por tanto no podían anularla ni aun debilitarla las leyes humanas. Con semejantes ideas no podía menos de disgustarles hasta el más templado ejercicio de la autoridad, e infinitamente más la autoridad sin límites que la indulgencia del rey dejaba tomar a los obispos. La jurisdicción de los consistorios, de los sínodos y de los demás tribunales democráticos estaba o abolida por el rigor de los prelados, y hacía ya muchos años que ni siquiera se convocaba la asamblea general. Cuando era admitido algún nuevo ministro, se le exigía arbitrariamente un juramento desusado, por el cual prometía observar los artículos de Perth, y someterse a la liturgia. En una palabra, se había alterado todo el sistema de gobierno eclesiástico en el espacio de treinta años por las innovaciones que se habían introducido durante los reinados de Jacobo y de Carlos.

Bajo el influjo de la nobleza y del clero no podía menos de participar el pueblo del descontento de estas dos clases, bastando cualquier imaginario pretexto para manifestarla a falta de verdaderos motivos. No era ciertamente menor el furor del populacho escocés contra el papismo que el de los puritanos ingleses, con el aditamento de la ferocidad propia de una nación más inculta y grosera. Era de muy opuesta naturaleza el carácter de religión que prevalecía en la corte y en la prelatura, y como se asemejaba al de la romana, no solo propendía a modificar en lo posible aquellas violentas prevenciones, sino a explicarse también con más caridad y en términos menos distantes de alguna reconciliación con los católicos. Sobre esta base se levantó de repente un terror pánico del papismo, y cada ceremonia u ornamento nuevo que se introducía en el servicio divino pasaba por ser una parte del gran misterio de iniquidad, que bajo la protección del rey y de los obispos iba a extenderse por toda la nación. El corto número de innovaciones de que se acusaba a Jacobo se miró como una preparación a aquel gran designio, al paso que las mudanzas que se veían ejecutar a Carlos eran representadas como una declaración abierta de sus intenciones. Durante todo este reinado no hubo cosa que ejerciese un influjo tan fatal en ambos reinos como aquellos vanos

---

3 Declaración del rey, p. 6.

temores que se esparcieron con tanta maña y fueron ciegamente creídos por los particulares de todas clases.

En aquella confusión de quejas y terrores religiosos, no faltaba razón a los escoceses que creyeron haber mucho que recelar de la pérdida de sus privilegios eclesiásticos y civiles, porque ya desde luego era una grave y manifiesta usurpación de parte de la corona la fundación de una alta comisión hecha por Jacobo sin contar con las leyes, pues era lo mismo que erigir de un modo tan arbitrario como peligroso, el más arbitrario y peligroso tribunal. Cada paso que se daba hacia el establecimiento del episcopado era siempre con aprobación del parlamento, pues los artículos de Perth fueron confirmados en el de 1621, y en el de 1623 había conseguido Jacobo una ratificación general de todos los reglamentos eclesiásticos; pero a pesar de eso, ninguna de aquellas leyes gozaba de autoridad en la nación, porque se sabía que se había aprobado contra la voluntad de los mismos que las habían votado, y realmente habían sido arrancadas por la autoridad e importunidades del soberano. No puede sin embargo negarse que los medios empleados por Jacobo y por Carlos para hacer que el parlamento entrase en sus ideas habían sido todos regulares y no podía alegarse pretexto alguno racional para anular aquellas leyes.

Pero la mayor parte de la nación había adoptado otro principio de suma importancia y de la más peligrosa consecuencia, que no podía admitirse sin destruir la validez de todos los estatutos de aquella naturaleza. Suponía que la autoridad eclesiástica era absolutamente independiente de la potestad civil, y según esta máxima, no había acuerdo del parlamento que pudiese autorizar la menor alteración en la disciplina ni en el culto religioso sin consentimiento de la iglesia. Aunque Jacobo había obtenido los votos de las asambleas eclesiásticas para admitir el episcopado y sus nuevos ritos, se había observado tanta irregularidad en su formación, y tanta violencia en el modo con que se las condujo, que no faltaba fundamento para poner en tela de juicio la autoridad de sus decisiones. Persuadido Carlos de que un consentimiento arrancado con aquellas circunstancias odiosas sería más pernicioso que útil a sus miras, había renunciado enteramente al uso de tales asambleas; resuelto, como estaba, de acuerdo con los obispos, a gobernar la iglesia por vía de autoridad, que él era muy capaz de extender en todos aquellos puntos más allá de sus límites, porque estaba persuadido de que en los asuntos eclesiásticos no se le podía oponer ninguna objeción. El grande objeto del rey era terminar la obra, tan fácilmente principiada por su padre, de establecer la disciplina sobre un sistema regular, introducir la liturgia anglicana en el servicio público y uniformar enteramente en sus reinos el gobierno eclesiástico. Puede ser que en ello entraran algunas miras políticas, pero sus principales motivos fueron la conciencia y la devoción.

### **Introducción de los cánones y de la liturgia.**

En 1635 se publicaron los cánones para el establecimiento de la jurisdicción eclesiástica, que fueron recibidos de los escoceses sin oposición notable, pero no sin mucho resentimiento interior; porque no podía ver la nación sin pesadumbre lo mucho que se ensalzaba la autoridad real, presentándola como absoluta y superior aun a las mismas dudas. No solamente veía reducidos a práctica los principios especulativos del despotismo, sino formado un cuerpo entero de leyes eclesiásticas sin ningún consentimiento preliminar de la iglesia y del estado: recelaba que por igual razón, y por los mismos principios o pretextos, se extendiese la misma autoridad arbitraria a los negocios civiles. Notábase que ya se habían traspasado los delicados límites que separan a la iglesia del estado, y que se hallaban ya determinadas por los cánones muchas disposiciones civiles, so pretexto de que eran instituciones eclesiásticas. Últimamente parecía cosa de burla la negligencia con que se habían recopilado aquellos importantes edictos, al ver que se mandaba en ellos bajo rigurosas penas poner en uso la nueva liturgia o el ritual, cuando ni siquiera estaba compuesto ni menos publicado. Verdad es que se le esperaba muy pronto, y como siempre el pueblo se guía por lo que hiere sus sentidos, no se dudaba de que la gran dificultad llegaría cuando se pusiese en práctica.

La liturgia que el rey se empeñaba en introducir abiertamente en Escocia no era más que una copia de la de Inglaterra; pero para que no chocase con el orgullo de su antiguo reino una imitación tan servil, había mandado hacer algunas ligeras alteraciones sólo por salvar las apariencias, y así fue como la recibieron los obispos de Edimburgo. Por desgracia se habían persuadido generalmente los escoceses de que si bien eran menores sus riquezas y su gloria mundana, podían envanecerse de haber recibido los tesoros espirituales en mayor abundancia y de un manantial más puro que ninguna otra nación del mundo: creían que sus vecinos meridionales, aunque separados de Roma, todavía conservaban cierta tintura de su antigua corrupción, y se les figuraba que la nueva liturgia era una especie de misa con menos aparato y ceremonias. Así, considerada en sí misma, ya llevaba contra sí muchas prevenciones, las cuales se aumentaron mucho más cuando la miraron como un preparativo para introducir en Escocia todas las abominaciones del papismo: y como las ligeras alteraciones que distinguían a la nueva liturgia de la de Inglaterra parece que se acercaban más al dogma de la presencia real, bastó esta circunstancia para confirmar más y más al pueblo en todas las sospechas que había concebido.<sup>4</sup>

### **Alboroto en Edimburgo.**

Salió un decreto señalando la apertura del nuevo oficio en el día de la Pascua, aunque para asegurarse más de la disposición de los ánimos, se difirió hasta el 23 de julio, y aun se previno al público desde el domingo anterior que se prorrogaría más. Hubo bastante sosiego en las apariencias, y como no se tenía la menor sospecha de que hubiese peligro alguno, principió el deán de Edimburgo su servicio en la iglesia catedral de San Gil, vestido de sobrepelliz, en presencia del obispo y de una gran parte del consejo; pero apenas abrió el libro, cuando una multitud del populacho, especialmente compuesto de mujeres, empezó a dar palmadas y a vomitar imprecaciones, gritando con todas sus fuerzas: *¡Mira el papa, mira el papa, el Anticristo! ¡Que le maten a pedradas!*; y fue tal el ruido y la confusión que no fue posible continuar el oficio. Habiendo subido al púlpito el obispo con la esperanza de apaciguar el tumulto, le arrojaron un banco a la cabeza, llenaron de ultrajes al consejo y no costó poca dificultad a los magistrados hacer uso de la fuerza y de la autoridad para expulsar a los amotinados y cerrarles las puertas del templo; pero no por eso se calmó el alboroto por fuera, antes bien empezaron a apedrear las puertas y las ventanas, y cuando, concluido el servicio, quiso retirarse el obispo, le acometió un tropel de furiosos, de los cuales pudo ocultarse a duras penas. Por la tarde, habiendo el guarda-sellos tomado en su coche al obispo, cayó sobre él una nube de pedradas, acompañada de execraciones, y le acometieron tan de cerca que a no haberle defendido los criados con la espada en la mano, hubiera corrido gran peligro la vida del prelado.

Aunque hubo graves sospechas de que aquel motín que parecía obra sólo del populacho tenía un origen más elevado, no hay fundamento alguno que lo compruebe, y es lo cierto que todos desaprobaban aquel exceso de la multitud; pero se creyó desde luego que no era prudente exponerse a un nuevo insulto renovando aquella tentativa, y así durante algún tiempo estuvo sosegado el populacho; sólo cuando se supo que el rey insistía en el intento de establecer su culto, se renovaron las preocupaciones contra él y se vio llegar a Edimburgo de todas las comarcas del reino tropes de presbiterianos resueltos a oponerse a la introducción de aquella odiosa novedad. No tardó en manifestarse su celo con los más violentos desórdenes, pues acometieron en las calles al obispo de Galloway y le persiguieron hasta la cámara donde estaba reunido el consejo y los consejeros mismos fueron sitiados y maltratados (18 de octubre). Igual suerte tuvo el corregidor de la ciudad, y ni él ni ellos hubieran escapado con las vidas a no acudir al auxilio de algunos señores queridos del pueblo que dispersaron a los sediciosos. Ya los autores de esta segunda sublevación eran de una

---

4 Mem. de Burnet, p. 31.

clase más elevada que los de la primera, aunque no parecía que estuviesen excitados ni sostenidos por ningún jefe de condición más distinguida.

Mas entonces ya todos principiaron no sólo a unirse sino a estimularse mutuamente contra las innovaciones religiosas que se querían introducir en Escocia, y se firmaron y presentaron al consejo diferentes peticiones por personas de la primera nobleza. Tomaron parte las mujeres en la contienda, y, según costumbre, con mucha más violencia que los hombres.

Por todas partes principió el clero a declamar contra el papismo y la liturgia, sin hacer diferencia entre uno y otra, y no se oían en las iglesias más que invectivas contra el Anticristo, comparando aquel populacho, que se había opuesto al servicio, a la burra de Balaam, que siendo un animal grosero y estúpido, fue sin embargo elegido por el Señor para que con su lengua admirase al universo<sup>5</sup>. Últimamente, el celo religioso mezclado con el espíritu de facción, y el interés particular con el de la libertad, determinaron en todas partes síntomas del mayor desorden y de una sublevación peligrosa.

El primado, hombre de gran juicio y moderación, y que siempre se había opuesto a la introducción de la liturgia, hizo presente al rey el estado de la nación, y con el mismo objeto emprendió el viaje a Londres el conde de Traguair, tesorero mayor o general. Cada circunstancia que ocurría, ya fuese en Inglaterra ya en Escocia, debía decidir al rey a renunciar a una empresa de éxito tan dudoso; pero Carlos estuvo inflexible, sin que se echase de ver en todo el manejo de aquel negocio ninguna señal de la sensatez que nadie puede disputarle en todo lo demás. Ejemplo palpable y muy común entre los hombres de tener gran talento y buen juicio en los discursos y modo de pensar, al paso que mucha indiscreción e imprudencia en las acciones. El modo de ver las cosas es obra del entendimiento, pero la conducta no solo la dirige éste, sino también el temperamento y las pasiones.

1638—Lo único que supo oponer Carlos a tan violenta convulsión de un reino entero fue una declaración (19 de febrero) en que perdonaba todas las ofensas pasadas, exhortando al pueblo a que guardase más sumisión en lo sucesivo y a que recibiese con más sosiego la liturgia; pero aquella declaración no tardó en provocar una protesta pública, que presentaron el conde de Hume y lord Lindesey, primeras personas de distinción que se vieron figurar en un acto tan violento de oposición. Ya este solo incidente llegó a ser una crisis, porque la sublevación que se había preparado por grados, estalló de repente, aunque sin ir acompañada de desorden alguno, antes al contrario sucedió inmediatamente un orden nuevo. Formáronse en la ciudad de Edimburgo cuatro mesas, que este fue el nombre que se dio a cuatro consejos, compuestos el primero de la alta nobleza; el segundo, de la nobleza inferior; el tercero de los ministros eclesiásticos, y el cuarto de los vecinos de la clase media. El de la nobleza inferior se subdividió en otras muchas mesas subalternas, según las diferentes provincias, de modo que viéndose las cuatro mesas principales en posesión de toda la autoridad del reino, empezaron a comunicar órdenes que fueron ejecutadas en todas partes con la mayor regularidad, y uno de los primeros actos de su administración fue el *Covenant* (convenio o convención).

### **El Covenant.**

Consistía primeramente este famoso pacto en una renuncia formal de la religión romana firmada por Jacobo en su juventud, y compuesta de las más furiosas y virulentas invectivas que jamás han empleado los hombres para inflamar sus corazones con un odio irreconciliable contra otras criaturas de su especie. A la sazón se añadió un juramento de unión por el cual se comprometían todos los suscriptores a desechar las innovaciones religiosas y defenderse mutuamente contra toda especie de oposiciones, todo para mayor honra y gloria de Dios y servicio de su rey y de su patria. Acudieron millares de escoceses de todas clases y condiciones, sexo y edad

5 Declaración del rey, p. 31.

a firmar el *covenant*, y cortísimo fue el número de las personas que lo desaprobaron. Tan general fue el contagio, que participaron de él la mayor parte de los ministros y consejeros reales, llegando a persuadirse que sólo los rebeldes a Dios y los traidores a su patria eran capaces de rehusar los compromisos de una liga tan saludable y piadosa.

No fue más furiosa la oposición que encontró en los Países Bajos en el siglo anterior el pérfido, cruel e implacable Felipe, rodeado de todos los terrores de la inquisición española, que la que Carlos encontraba actualmente en Escocia para su inocente liturgia, y así empezó a temblar por las consecuencias.

Junio.—Dio orden al marqués de Hamilton para que fuese con el título de comisario regio y con facultad de transigir con los autores del *covenant*, solicitando que se abandonase aquella liga o por medio de una renuncia o por una retractación. Creyó hacer mucho por su parte en favor de la satisfacción pública ofreciendo la suspensión de la liturgia hasta que pudiese ser admitida por medios suaves y legales, dando a la alta comisión una forma que cesase de ser ofensiva para sus vasallos; pero estas declaraciones generales no podían satisfacer a nadie ni mucho menos a los que llevaban tan alto sus pretensiones, pues que los *covenantarios* se veían protegidos por el celo de toda la nación. Mas de 60.000 hombres se habían reunido ya tumultuosamente en las inmediaciones de Edimburgo, y Carlos se hallaba sin fuerzas regulares así en uno como en otro reino, al paso que los descontentos de Inglaterra, aunque disimulados, eran todos tan violentos que se preveía la mucha dificultad que tendría el rey en hacer que se empleasen las fuerzas de la nación en semejante causa. Así, cuanto más reflexionaban los corifeos populares de Escocia en su situación, menos temían el poder del rey y con más rigor insistían en obtener una satisfacción completa. Declararon paladinamente a Hamilton, en respuesta a su demanda, que primero renunciarían al bautismo que a su *covenant*, y los ministros instaron al comisario mismo a que le firmase con su nombre, manifestándole «de cuanta paz y consuelo había llenado los corazones del pueblo de Dios, qué resoluciones, qué principios de reforma en las costumbres se notaban visiblemente en todos los ángulos de la nación, mayores de lo que se había experimentado o podídose esperar de otras medidas; cuanta gloria había recibido ya el Señor y la confianza que tenían de que Dios haría felicísima a la Escocia.» Hamilton se volvió a Londres, e hizo inútilmente otro viaje a Escocia con nuevas concesiones; volvió inútilmente por tercera vez (17 de setiembre) con otras mucho más satisfactorias y ya entonces consintió el rey en la entera abolición de los cánones, de la liturgia y del tribunal de la alta comisión; hasta tenía resuelto reducir a límites muy estrechos la potestad episcopal, con tal de conservar a cualquier precio aquel orden en la iglesia de Escocia; y para no dejar la menor duda en todas estas bondadosas promesas, facultó a Hamilton para que convocase primeramente una asamblea eclesiástica, y luego un parlamento, donde se pusiese remedio a todos los males de la nación. Estas concesiones sucesivas, tan inferiores a las pretensiones de los descontentos, sólo servían para descubrir la debilidad del rey y aumentar la insolencia, sin dar satisfacción a nadie; mas con todo eso se admitió con agrado la oferta de una asamblea y un parlamento, porque los *covenantarios* contaban con dominar en ambos.

Conociendo Carlos las ventajas que había proporcionado el *covenant* a sus enemigos, tomó la resolución de tener también el suyo, y dio orden para que se redactase uno con aquella mira. Consistía éste en una renuncia tan violenta como la otra de la religión católica, y aunque él no aprobase la de Escocia, tuvo por más seguro adoptarla para alejar las sospechas que se habían concebido de su buena fe. Como los *covenantarios* habían tenido cuidado en su juramento de mutua defensa de no exceptuar ni aun el mismo rey, dictó Carlos una fórmula de juramento que se insertó en la renuncia en que se expresaba el respeto y fidelidad que le debían todos los suscriptores de ella; pero creyendo los *covenantarios* que el objeto de aquella nueva declaración no era más que el de debilitarlos y dividirlos, la recibieron con tanto odio como desprecio, y sin perder un instante se dedicaron a formar el plan de la futura asamblea sobre la cual fundaban tan grandes esperanzas.<sup>6</sup>

6 Rushworth, tomo II, p. 772.



## **Asamblea general.**

El espíritu de religión que prevalecía en Escocia y que de día en día se iba extendiendo imperceptiblemente por Inglaterra, no era el más oportuno para inspirar deferencia y sumisión a los eclesiásticos, considerados como tales, o más bien, fomentando en cada particular los éxtasis y los raptos más extraños de devoción, consagraba en algún modo al más ínfimo dependiente y le investía a sus propios ojos de un carácter muy superior al que podían conferirle las formas e instituciones ceremoniales de su oficio. En medio de las turbulencias que habían excitado el culto y la disciplina, el clero de Escocia era pobre y poco numeroso, y sería injusto mirarle, a lo menos en su origen, como autor y corifeo de la sublevación que se efectuó por su causa. Al contrario, recelándose los legos, por muchos ejemplos que ya tenían, de cierto espíritu de moderación en aquella clase, tomaron la resolución de dominar absolutamente en la asamblea que acababa de convocarse y empujar a los eclesiásticos con el mismo fervor de celo de que ellos se encontraban animados.

Era uso y costumbre antes del establecimiento de la prelatura, que cada presbiterio enviase con dos o tres ministros un comisionado lego, y como las aldeas y universidades nombraban también sus comisionados, venían a ser estos casi iguales en número a los eclesiásticos. No solamente restablecieron los *covenantarios* aquella institución que había abolido Jacobo, receloso del celo de los legos, sino que introdujeron también una innovación que sirvió de nuevo freno para el clero. Se mandó por un edicto de las mesas que gozaban del poder supremo, que asistiese al presbiterio un lego anciano de cada parroquia para dar su voto en las elecciones de comisionados y ministros que habían de ir a la asamblea. Como no sucede casi nunca que los ministros que están en la lista de los candidatos pretendan el derecho de votar en ellas, toda elección venía a quedar en manos de los legos, los cuales elegían a los más ancianos de cada clase, y para subyugar todavía más al clero, se discurrió dar a cada comisionado cuatro o cinco asesores legos, que sin tener voto, podían entrometerse por su autoridad y consejos en las deliberaciones de la asamblea.

## **Abolición del episcopado.**

Reuniose ésta en Glasgow con asistencia de un numerosísimo concurso del pueblo y de todos los nobles de cada partido, unos en calidad de asesores, y otros como simples espectadores, y según las apariencias no podían menos de aprobarse sin oposición todas las resoluciones de los *covenantarios*. Estaban estos muy decididos a abolir el episcopado, y con el fin de preparar los ánimos para ello, habían hecho que se presentase en el presbiterio de Edimburgo y que se leyese en todas las iglesias del reino una acusación contra los obispos, en que se los trataba de herejes, simoníacos, revoltosos, perjuros, adúlteros, fornicarios, impostores, borrachos, jugadores, violadores de la festividad del domingo y reos en fin de cuantos crímenes cupieron en la imaginación de sus acusadores. Enviaron los obispos una protesta, recusando la autoridad de la asamblea, y también el comisario regio protestó contra aquel tribunal, como erigido y formado sin acuerdo de las leyes y así lo anuló en nombre de su majestad; pero ya se había previsto este obstáculo, y así no se respetó en manera alguna, sino que continuaron las sesiones hasta que se despacharon todos los asuntos<sup>7</sup>. Cuantos acuerdos de asambleas se habían celebrado desde el advenimiento de Jacobo al trono de Inglaterra, todos fueron declarados nulos y de ningún valor so pretextos bastante plausibles; y por igual razón se negó también la autoridad a todos los actos de los parlamentos en cuanto decían relación con los asuntos eclesiásticos. De esta manera fueron abolidos y declarados contrarios a las leyes el episcopado, la alta comisión, los artículos de Perth, los cánones y la liturgia; y vinieron al suelo de un golpe todas las partes del edificio que con tanto afán y política habían construido Jacobo y Carlos. A todos se les obligó a firmar el *covenant* bajo pena de excomuniación (1639).

---

7 May, p. 44

El antiguo principio de los presbiterianos era la independencia eclesiástica del poder civil, principio que habían adoptado con celo desde principio de la reforma, y aunque Jacobo y Carlos habían obligado a la iglesia escocesa a negarlo públicamente, siempre había tenido un gran número de partidarios secretos en todas las clases y condiciones. Era cosa muy común oír preguntar a muchos ¿quién era el superior, Jesucristo o el rey?, y como la respuesta parecía fuera de duda, se infería de ella que la asamblea, como consejo de Jesucristo, era superior en las materias espirituales al parlamento, que no era más que el consejo del rey. Pero como estaban persuadidos los *covenantarios* de que una consecuencia que les parecía incontestable no tendría la misma fuerza a los ojos del rey, se consideraron indispensablemente obligados a sostener con las armas sus principios religiosos, y a no fiarse sólo del socorro del cielo por más que lo tenían por seguro; y así tendieron la vista alrededor de sí hacia todas las partes de donde pudiera venirles alguna asistencia y apoyo.

Cuando la Francia y la Holanda se ligaron contra la España por medio de un tratado de división en virtud del cual se proponían aquellas dos potencias conquistar los Países Bajos españoles y repartirlos entre sí, excitaron a Inglaterra a que permaneciese neutral mientras que los franceses y holandeses atacaban las ciudades marítimas de Flandes; pero había respondido Carlos al conde de Estrades, embajador de Francia, encargado de aquella proposición, que tenía pronta una escuadra y que pasaría el mar con un ejército de 15.000 hombres, si era necesario, para oponerse a sus proyectos de conquista<sup>8</sup>. Esta respuesta, que por lo menos prueba que Carlos tenía ideas exactas del interés nacional, aunque tal vez se explicase con demasiada franqueza, irritó de tal manera al cardenal de Richelieu, que no solamente fomentó los primeros alborotos de Escocia, sino que también envió secretamente dinero y armas a los *covenantarios* para que se hiciesen fuertes contra la oposición del soberano.

## Guerra.

Pero el principal recurso de los escoceses descontentos estaba en ellos mismos, es decir, en su propio vigor y habilidad; porque ciertamente ninguna república regularmente constituida hubiera podido tomar medidas más acertadas ni ejecutarlas con más prontitud que aquella tumultuosa liga, inflamada con la superstición sobre puntos de poquísimas importancia religiosa, y con un espíritu de facción que de ningún modo podía justificarse. Como todo el pueblo estaba comprometido en la contienda, no tardaron los más hábiles en tomar aquel ascendiente que el crédito de sus familias les ponía en estado de conservar. El conde de Argyle, después de haber afectado por largo tiempo contemporizar, se declaró por fin en favor del *covenant* y llegó a ser jefe del partido: era hombre igualmente sagaz e inflexible, su carácter a un mismo tiempo circunspecto y osado era muy propio para figurar en tiempos de facciones y alborotos. En favor de la misma causa se distinguieron también los condes de Rothes, de Casilis, de Montroses y de Lochiau, los lores Lindesey, Loudon, Iester y Balmerino. Instóse a muchos oficiales escoceses, que habían adquirido reputación en las guerras de Alemania, particularmente bajo las órdenes de Gustavo Adolfo, a que acudiesen al socorro de su patria en aquellos apuros, y se dio el mando a Lefley, hombre de luces y experiencia.

Fuéronse levantando tropas que se disciplinaron con facilidad y con las armas que proporcionaron los extranjeros se logró asaltar y rendir algunos castillos del rey que estaban faltos de guarnición o desprovistos de víveres y municiones; de modo que habiéndose declarado toda la Escocia en favor de los *covenantarios*, menos una pequeña parroquia en que el marqués de Huntley permaneció fiel al rey, no tardó todo el reino en ponerse en estado de hacer una buena defensa.

Adelantáronse rápidamente las fortificaciones de Leith, pues además del trabajo del populacho a quien se pagaba muy bien, acudieron infinitos voluntarios de la nobleza a poner mano en la obra sin desdeñarse de las más viles faenas, pues todo lo ennoblecía la santidad de su objeto.

8 Mem. de Estrades, tomo I.

Viéronse hasta señoras muy principales que, olvidando la delicadeza de su sexo y el decoro de su carácter, se mezclaban con el más inmundo populacho llevando en sus hombros los materiales necesarios para acabar las fortificaciones.<sup>9</sup>

No debe olvidarse tampoco otro auxilio a los *covenantarios* de que sacaron no pequeña ventaja, cual fue de una profetisa llamada Michelson, a quien seguía una multitud de admiradores. Esta mujer, asaltada de vapores histéricos o de devaneos religiosos, había llegado a inflamarse de un celo ardiente en favor de la disciplina eclesiástica de los presbiterianos. No hablaba más que en determinados tiempos, y muchas veces se interrumpían sus inspiraciones durante un día entero y aun durante muchas semanas; pero cuando volvían a principiar sus éxtasis, al momento se esparcía la noticia por todo el país y se juntaban millares de almas alrededor de su casa escuchando con veneración cada palabra que salía de su boca como si fuese el oráculo más sagrado. Su tema favorito era siempre el *covenant*, el cual decía ella que había sido ratificado en los cielos, al paso que el del rey era una invención de Satanás. Cuando hablaba de Jesucristo le llamaba comúnmente Jesús el *covenantario*. Tenía particular predilección por un tal Rollo, predicador muy popular y celosísimo por el *covenant*, y él la correspondía con suma veneración. Un día que los espectadores le pedían que orase con ella y que la hablara, les respondió «que no tendría tal atrevimiento, pues no era regular que él hablase cuando su maestro Jesucristo estaba hablando por boca de su sierva Michelson.<sup>10</sup>

Se había allanado Carlos a abatir tanto la potestad episcopal, que ya llegaba a serle del todo inútil para el sostén de la corona, pero por más que hiciese este sacrificio de sus intereses al público reposo, no podía consentir en la total abolición de una clase que él tenía por tan esencial a la iglesia cristiana cuanto los escoceses la creían incompatible con una religión tan santa. Algunos escritores ingleses que se precian de imparciales califican esta disposición de una y otra parte de poquedad de ánimo y la creen por ambas igualmente digna de vituperio, añadiendo que con esta reflexión creen anticiparse al juicio de la historia y de la posteridad.

Llevaba Carlos hasta tal punto su repugnancia hacia las medidas violentas y sanguinarias, y era tal su amor al reino en que había nacido, que no se puede dudar del recio combate que sufriría su corazón entre aquellas dos laudables pasiones y su apego a la jerarquía; mas con todo prevaleció por entonces esta última, y así mandó acelerar los preparativos militares con ánimo de sujetar el espíritu rebelde de la nación escocesa. A fuerza de economía se había puesto en estado, no sólo de pagar las deudas contraídas durante las guerras de Francia y España, sino también de allegar una suma de 200.000 libras esterlinas que reservaba para casos inesperados. La reina, tanto por simpatías de religión como por los favores que había podido hacer a los católicos, tenía mucho ascendiente sobre ellos y lo aprovechó para persuadirles que en las circunstancias actuales convenía que ayudasen al rey con grandes contribuciones. En efecto consiguió Carlos por esta vía un considerable socorro, con grande escándalo de los puritanos, que se mostraron altamente ofendidos de ver al rey en tan buenos términos con los papistas, sintiendo que otros le diesen lo que ellos estaban bien resueltos a rehusarle.

Formidable era de todo punto la armada de Carlos, en que iban 5.000 hombres de desembarco mandados por el marqués de Hamilton, quien tenía orden de dar la vela hacia el golfo de Fortli para hacer una diversión a las fuerzas de los descontentos, mientras que se levantaba un ejército de cerca de 20.000 infantes y más de 3.000 caballos, que puso al mando del conde de Arundel, señor de alto nacimiento aunque de pocos conocimientos militares y políticos. Nombróse teniente general al conde de Essex, sujeto de mucho honor y de mucha popularidad, sobre todo entre los soldados; y se dio el mando de la caballería al conde de Holland. El mismo Carlos en persona fue a reunirse con el ejército, después de haber mandado prevenir a todos los pares de Inglaterra que le siguiesen (29 de mayo). Este ejército tenía todas las apariencias de una espléndida corte más que de un armamento militar, y con más fausto que verdadera fuerza llegó a los muros de Berwick.

9 Memorias de Guthrie, p. 46.

10 Declaración del rey, p. 227. Memorias de Hamilton por Brunet.

Tan numeroso como el del rey era el ejército escocés aunque inferior en caballería; pero los oficiales tenían más reputación y experiencia, y aunque poco disciplinados los soldados y no muy bien armados, tenían la ventaja de su odio nacional a la Inglaterra de quien temían que llegase la Escocia a ser una mera provincia, y de un invencible fervor por su religión. Mucho habían contribuido las declamaciones de los púlpitos para que los oficiales pudiesen levantar tropas, pues no se habían economizado los anatemas *contra los que no saliesen a servir al Señor contra los enemigos de su nombre*. Sin embargo tuvieron cuidado los jefes de enviar inmediatamente una diputación muy sumisa al rey, pidiéndole permiso para hacer un tratado.

No ignoraba Carlos que eran considerables las fuerzas de los *covenantarios*; conocía su extremado orgullo, su furioso celo, y que como no habían experimentado todavía revés alguno que los hubiese humillado, no había términos razonables que poder esperar de ellos; y así tuvo dificultades inmensas por ambas partes la proposición de acomodamiento. ¿Había de sujetarse un monarca a las pretensiones de sus súbditos rebeldes? Fuera de ser preciso para ello sacrificar la prelatura, hacerlo así era dar un golpe terrible a la autoridad real que sólo de poco tiempo antes y con suma dificultad se había establecido en Escocia, y resolverse para en adelante a no conservar en aquel reino más que la apariencia de la majestad. No bien conociesen los grandes por una experiencia sensible la impotencia de las leyes y de la prerrogativa, cuando al momento volverían a su antigua licencia. Los predicadores no cederían nada de su arrogancia, y el pueblo, tan mal protegido por la justicia, no reconocería otra autoridad que la que viese establecida por la audacia y por la fuerza. Y por lo respectivo a Inglaterra ¿no era también de recelar que, siendo tan propensa a las facciones anárquicas y puritanas, imitara un ejemplo tan detestable y se prometiera obtener la indulgencia por los mismos medios? Haber caminado tanto para no sujetar a los rebeldes o arrancarles a lo menos concesiones razonables, era lo mismo que prometerles la impunidad en todo tiempo y para toda especie de revueltas.

Por otra parte consideraba Carlos que nunca, bajo ninguno de sus monarcas, había mostrado la Escocia tanta unión y valor para su defensa, y sin embargo muchas veces había sido capaz de rechazar o eludir las fuerzas de la Inglaterra unidas en una misma causa y avezadas con una larga práctica de la guerra. ¿Cuanto más difícil pues no sería ahora subyugar con violencia a un pueblo inflamado con preocupaciones religiosas, no pudiendo oponerle más que una nación enervada por una larga paz, muy tibia en su servicio y, lo que es peor, medio ganada ya al partido de sus enemigos? Aun cuando la guerra pudiese ser obra de una sola campaña, cosa que parecía imposible, su tesorería estaba ya apurada y se necesitaría para reponerla acudir a los subsidios del parlamento inglés, que por una fatal experiencia se sabía que estaba mas dispuesto a combatir las prerrogativas de la corona que no a ayudarla en sus necesidades. ¿Y qué sería si llegaba a ser batido por el ejército rebelde? Semejante desgracia no tenía nada de imposible estando, como estaban, los escoceses, empeñados en una causa nacional y muy animados con principios mal entendidos, al paso que su ejército no tenía otro vinculo que la paga y miraba la contienda con la indiferencia propia de tropas mercenarias, sin la disciplina que ordinariamente tienen estas; y eran tan terribles las imágenes que le presentaba una batalla perdida, cuando estaban en su colmo el descontento y entusiasmo de la Escocia, que no hallaba motivo bastante poderoso para correr sus riesgos.

### **Pacificación.**

Es evidente que Carlos, con su precipitación e imprudencias, se había puesto en una situación donde, cualquiera que fuese el partido que abrazara, el menor error le exponía a grandes peligros. Así no son de extrañar sus indecisiones; pero acabó por tomar el peor de los partidos, porque hablando propiamente, no tomó ninguno. Hizo de pronto una especie de paz, en la cual se estipuló que se retiraría con su ejército y su escuadra; que los escoceses disolverían sus tropas en el término de 24 horas; que se le devolverían las fortalezas reales; que se reconocería su autoridad en toda la

nación y que inmediatamente se convocarían a un mismo tiempo la asamblea eclesiástica y el parlamento para terminar todas las diferencias.<sup>11</sup> En vano sería inquirir los motivos que decidieron al rey a ratificar unas condiciones tan extrañas porque no es posible que hubiese ninguno, pero no es difícil encontrar en otra parte la explicación de este suceso.

Con mucha mayor destreza se manejaron los descontentos para hacer presentes a los ingleses las desgracias que pesaban sobre la Escocia y los malos consejos que se habían dado a su soberano, porque hicieron una viva pintura de sus libertades violadas, de las prerrogativas de la corona extendidas mucho más allá de lo acostumbrado, de los tribunales creados a despecho de las leyes, de la sublimación de la jerarquía a costa de los privilegios de la nación y de tantas supersticiones introducidas por el orgullo tiránico de los prelados, dando sospechas de que su proyecto era restablecer el papismo. Si se exceptúa el establecimiento de los cánones eclesiásticos, parece evidente que la conducta de Carlos en Escocia había sido más conforme a las leyes y más fácil de justificar que en Inglaterra; pero con todo eso, era tal la semejanza entre las quejas de ambos reinos, que los ingleses tomaron parte en el descontento de los escoceses persuadiéndose de que la opresión era lo que les había obligado a tomar el partido violento que tomaron.

Así, lejos de sentirse dispuestos a ayudar a Carlos en la empresa de subyugar sus ánimos libres, se movieron a compasión de un pueblo que veían reducido a tan doloroso trance: hasta creyeron que el ejemplo y asistencia de sus vecinos podrían algún día ser útiles a la Inglaterra, haciéndola recobrar con algún esfuerzo vigoroso sus leyes y libertades violadas. Así la nobleza principal como la secundaria que, sin apego a la corte ni empleo en el ejército, había acudido en gran número a seguir el pendón real, adoptó con ansia aquellas ideas, las esparció y les dio cierta autoridad. Tomaron éstas mayor incremento con una retirada poco honrosa que había hecho el conde de Holland, mandando un destacamento considerable a la vista de un cuerpo escocés, y el rey, débil, irresoluto y siempre pronto a ceder por docilidad a los que le aconsejaban, tomó inmediatamente el partido que le recomendaban los ingleses, tanto más cuanto halagaba su inclinación natural a la blandura con sus súbditos, cuyo extravío compadecía.

### **Se renueva la guerra.**

Después de haber dado tantos pasos en favor de la paz, debiera haber caminado firme por aquella vía y someterse a todas las condiciones soportables que le propusieron la asamblea y el parlamento; o por lo menos, no debía principiar las hostilidades sino cuando se le hubieran hecho demandas imprudentes e irritantes que pudieran justificar su causa a los ojos de la nación inglesa. Es verdad que adoptó una parte de este plan, es decir, que confirmó sus primeras concesiones relativas a la supresión de la liturgia y de la alta comisión; y hasta consintió en la abolición del orden episcopal después de haber combatido con tanto celo en su favor, pero este último paso le costó la mayor violencia, atendidas las disposiciones de su ánimo y sus preocupaciones. Siempre tuvo sobre esto, la intención secreta de aprovechar la primera ocasión que se presentase de recobrar el terreno perdido, y por nada en el mundo hubiera dado un paso más adelante. No respetó como debía la asamblea las ideas del rey, mas antes se dejó llevar de las suyas declarando el orden episcopal ilegítimo en la iglesia de Escocia (17 de enero), cuando el rey sólo quería que se le declarase contrario a las constituciones de aquella iglesia. Declaró *infames* la liturgia, los cánones y el papismo, cuando deseaba el rey que solo fuesen abolidos simplemente; y trató de tiránica a la alta comisión, cuando el rey consentía sólo en suprimirla.<sup>12</sup>

El parlamento que sucedió inmediatamente a la asamblea, formó pretensiones de disminuir la autoridad civil del rey, y lo que más debió exasperar a Carlos fue que se preparaba a rectificar los acuerdos de la asamblea, a no haberse presentado el comisario regio Traquaire a prorrogar la

11 Rushworth, p. 945.

12 Rusworth, tomo III, p. 958.

legislatura en nombre del rey. Estas pretensiones parlamentarias, que hubiera sido muy fácil prever, fueron causa de que se renovase la guerra, pero con tantas ventajas de parte de los descontentos como humillaciones para Carlos.

Apenas se había ajustado la pacificación cuando se vio precisado el rey a licenciar sus tropas, así por atender a los negocios como por escasez de fondos, y como aquellas no habían permanecido fieles sino por miras mercenarias, no era posible volver a reunir las sino con mucho trabajo, dispendios y tiempo. Por el contrario, los *covenantarios* o sus caudillos habían previsto que según eran contrarias sus pretensiones al interés, y más todavía a las inclinaciones del rey, no había apariencia de que dejaran de verse precisados a volver a tomar las armas en defensa de su causa, y así, aunque dispersaron sus tropas, no fue más que aparente su disposición pacífica. Tenían orden los oficiales de estar prontos al primer aviso, y se había prevenido a los soldados que no creyesen estar libres de la invasión de los ingleses, lo cual bastó, atendido el celo de que estaban animados, para que volasen a sus estandartes apenas mandaron sus jefes espirituales y militares tocar las trompas, a lo que no les animó poco el honor que creían haber conseguido en su última expedición, obligando a su soberano a renunciar a todas sus ideas.<sup>13</sup>

### Cuarto parlamento inglés.

A pesar de las grandes dificultades que se le oponían, esforzóse Carlos a sacar a campaña un ejército, pero no tardó en convencerse de que hallándose gastados sus ahorros y aumentadas considerablemente sus deudas, no bastarían sus rentas ordinarias para la manutención de aquel. Era pues indispensable volver a convocar aquel parlamento inglés tan duro e intratable al cabo de más de once años de interrupción, después de haber tanteado tantos impuestos irregulares y después de haber dado tantos motivos de queja al partido de los puritanos, y esto en medio de los mayores apuros de la corona (13 de abril 1640).

Había interceptado el conde de Traquaire una carta de los escoceses descontentos al rey de Francia y enviádola a la corte, con cuyo motivo Carlos, así por el arrepentimiento que tenía de sus excesivas complacencias con los escoceses, como ofendido con la insolencia de estos, se decidió a romper vigorosamente con ellos. Había mandado prender a lord Loudon, comisionado del partido rebelde y uno de los firmantes de la carta, abandonando a la autoridad del parlamento el conocimiento de esta causa, creyendo que se daría por ofendido de esta invocación a una potencia extranjera. Comisionó al guarda-sellos Finch para que diese cuenta de las necesidades en que se hallaba la corona, e informase a los comunes de que si su majestad había podido reunir un ejército y proveer a su subsistencia, no se creyese que había sido con su sola renta ordinaria, sino contrayendo una deuda de 300.000 libras esterlinas, dando por hipoteca todo el real patrimonio. Hizo presente Finch que era de toda necesidad conceder un socorro para el gasto anual y urgente de los armamentos militares; que ya la estación estaba muy adelantada, el tiempo era precioso y no debía perderse en deliberaciones; que si estaba exhausta la tesorería, no podría echarse en cara al rey haber hecho gastos inútiles ni construido grandes edificios, ni malversado los fondos en objetos de magnificencia, sino que cuanto había cobrado de sus súbditos, otro tanto había empleado en ventaja suya, semejante a los vapores que suben de la tierra, se aglomeran en nubes y se resuelven en lluvias suaves y saludables para los mismos campos de donde salieron; que a la verdad deseaba su majestad un auxilio considerable para ponerse en estado de evitar un desorden general en el gobierno; pero que no había cosa más distante de su intención que privar al parlamento del derecho de informarse de la situación del reino, y presentar sus peticiones para obtener el remedio de los males públicos; que para esto tendrían los comunes todo el tiempo necesario; que el rey no solicitaba por el pronto más que lo indispensable para la necesidad actual del servicio corriente; que sería muy a propósito que se reuniera la cámara al invierno siguiente, y entonces tendría tiempo

13 Clarendon, tomo I, p. 125.

para terminar todos los negocios que quedasen indecisos o pendientes en la legislatura actual; que el parlamento de Irlanda había tenido dos veces la suficiente confianza en las buenas intenciones de su majestad para concederle desde el principio de la legislatura un cuantioso subsidio, y no había hallado motivos de arrepentirse; últimamente, que en todas las ocasiones vería su pueblo que su conducta era digna de un rey justo, piadoso, lleno de bondad, y resuelto a que reinase una perfecta armonía entre la majestad real y el parlamento.<sup>14</sup>

Por más especiosos que fuesen estos argumentos hicieron poquísima impresión en la cámara, porque las repetidas tentativas opuestas a las leyes, otras medidas aun más sospechosas e imprudentes y la animosa oposición de tantos ciudadanos en medio de las persecuciones y peligros, habían preparado los ánimos de toda la nación a no honrar más que a los enemigos declarados del rey y de sus ministros. Sólo aquellos eran los patriotas, los amantes del bien público, los héroes y los verdaderos cristianos, mirándose como una dependencia servil cualquiera complacencia racional con la corte, así como una adulación el respeto debido al rey, y como una vergonzosa prostitución la confianza en sus promesas. Esta general disposición de los ánimos que más o menos prevaleció en Inglaterra por espacio de siglo y medio, y causó mucho mal y mucho bien para los negocios públicos, nunca estuvo más en favor del reinado de Carlos; y como aquella cámara de los comunes no estaba compuesta más que de hidalgos de las provincias, que venían al parlamento con todas las preocupaciones de su nacimiento y educación, no podían menos de formar una mayoría de obstinados patriotas.

Así, tanto la sublevación de Escocia como el descontento general de la nación inglesa condujeron los negocios tan cerca de una crisis, que los corifeos de la cámara, diestros y penetrantes principiaron a prever las consecuencias y se lisonjearon de que al cabo de tantos estériles deseos, llegaba por fin la época en que la autoridad real tenía que caer bajo la subordinación entera de las asambleas populares, e iba a tomar un ascendiente completo la libertad pública. Ya habían experimentado hasta entonces que las urgentes necesidades de la corona habían obligado al rey a tomar medidas violentas que no habían contribuido poco en favor de las miras de sus adversarios, y sin dejar nada al acaso, sacaban por consecuencia que multiplicándose aquellas necesidades, no podía menos de sucumbir una prerrogativa asaltada por todas partes, y dejar de ser un obstáculo para los privilegios del pueblo. No hubo cosa que pudiera calmar las desavenencias entre el rey y el parlamento o contribuir a que se mantuviera el gobierno en el camino trillado, que no encontrase oposición de parte de aquellos caudillos populares, lo cual, junto con el recuerdo de su anterior conducta y padecimiento, dio mucho crédito a sus ideas.

Siempre la situación es lo que decide enteramente de la fortuna y carácter de los hombres. Por más que fuese Carlos digno en muchos puntos de los mayores elogios, no tenía aquella alta perspicacia natural que le hubiera hecho conocer desde su origen las mudanzas que iban ocurriendo en los hábitos de la nación y las reglas que debía seguir en su conducta. No había parado la atención en que la política más segura no era irritar el espíritu republicano del pueblo con violencias, ni mucho menos con innovaciones y usurpaciones, sino que le obligaba la prudencia a abandonar de buen grado alguna parte de su poder hereditario, y esforzarse en cuanto fuera posible, por asegurar lo restante contra un pueblo tan celoso de su libertad. Por el contrario, él creyó no poder conservar las antiguas pretensiones de la corona sin formar otras nuevas, máxima que se asemeja a la que siguió una parte de sus súbditos con respecto a sus privilegios y libertades.

De esta manera los comunes, impelidos por estas consideraciones y por otras muchas que se presentaban naturalmente, en vez de prestar oídos a las quejas del rey contra sus súbditos de Escocia o a la demanda de un subsidio, emprendieron inmediatamente sus declamaciones contra los males públicos; y el discurso que pronunció Pym con este motivo, fue escuchado con mucha más atención que el del guarda-sellos cuando hablaba en nombre de su soberano. No se olvidó Pym de recordar todo lo que ya dejamos referido acerca de los males efectivos del estado, ni de los imaginarios de la iglesia, que tantas quejas ocasionaban. Después de aquella exposición, el primer

---

14 Rushworth, tomo III, p. 1114.

paso que dieron los comunes fue declarar que la conducta del orador (presidente) el último día de la legislatura anterior, cuando rehusó de orden del rey proponer la cuestión, había sido una violación manifiesta del privilegio de la cámara. Luego pasaron a examinar el asunto de la prisión de sir Juan Elliot, Hollis y Valentine, y luego el de la contribución de buques. Como en cada uno de ellos abundaban tanto los cargos, se clasificaron en tres órdenes, a saber: los respectivos a los privilegios del parlamento, los de la propiedad y los de la religión.

Viendo Carlos que se abría un campo tan extenso, renovó sus instancias para el subsidio, y con el disgusto de ver que no sacaba fruto alguno, se presentó en la cámara alta solicitando los buenos oficios de los pares para con la de los comunes. Persuadida aquella cámara de las urgentes necesidades del rey, creyó que en aquella ocasión exigían la razón y el decoro que precediesen los subsidios a las quejas, y se aventuró a hacerlo presente así a los comunes; pero la tentativa perjudicó a sus mismos fines. Siempre habían pretendido los comunes que era peculiar suyo el asunto de otorgar contribuciones pecuniarias, y aunque los pares no habían hecho más que proponer su dictamen, juzgaron a propósito declarar que la cámara alta había violado sus privilegios dando aquel paso. Carlos, a quien sólo importaba el asunto del subsidio, volvió a solicitarla con nuevos mensajes, y figurándosele que lo que más irritaba los ánimos era la contribución de buques, no solamente declaró que nunca había sido su intento hacer de ella una renta fija, sino que todo el dinero que había producido y otras muchas sumas considerables se habían empleado en las necesidades de la marina; mas no se contentó con eso, sino que llegó a ofrecer que aboliría del todo aquel impuesto por medio de una ley, tal cual quisiera dictarla la cámara. En cambio solicitaba para las actuales y gravísimas necesidades un socorro de doce subsidios, es decir, cerca de 600.000 libras, pagaderas en tres años, pero sin dejar de prevenirles que en el estado en que se hallaban los negocios, la dilación equivaldría a una negativa<sup>15</sup>. Es de advertir que aunque la mayoría estuviese contra Carlos, nunca había tenido más amigos que en aquella cámara, y así duró dos días la discusión con igual celo y empeño por ambas partes.

Los partidarios de la corte hacían presente que había llegado la feliz ocasión en que podían terminarse todos los motivos de descontento y todas las desavenencias entre el rey y el pueblo; reconciliando para siempre al soberano con la práctica de los parlamentos; que si los comunes por su parte querían prescindir de sus exorbitantes pretensiones y concurrir de un modo razonable a las necesidades públicas, no tenían motivo para sospechar de la ambición de la corona ni recelar usurpaciones contrarias a las leyes; que si la corte, en el actual reinado, no siempre había tenido las consideraciones debidas a los sagrados derechos del pueblo, por lo menos no se la podía acusar de que hubiese hecho en ellos ninguna invasión voluntaria o deliberada, ni mucho menos cometido injusticias ni tiranías, ni formado el más remoto designio de destruir la constitución; que mostrar una regular confianza en el rey y alguna generosidad para salir de los apuros actuales, que ciertamente no procedían de prodigalidad ni de imprudencia, sería el método más seguro para mover su generoso corazón y arrancarle con una dulce violencia concesiones que pudiesen asegurar la libertad pública; que no solamente había empeñado su palabra de príncipe mas también la de caballero (según su propia expresión), de que una vez concedidos los subsidios, tendría el parlamento libertad para continuar sus deliberaciones. ¿Qué apariencia había de que por unos motivos tan frívolos quisiese manchar su honor, un caballero, un príncipe y sobre todo un soberano como Carlos, de quien era notorio que su palabra era sagrada e inviolable, y perder para siempre la confianza pública violando una promesa tan solemne?

Añadían los partidarios de la corte que aun suponiendo que saliese fallida la confianza del parlamento, nunca se aventuraba nada, supuesto que era de absoluta necesidad para la seguridad de la nación ayudar a Carlos a reprimir la rebelión de los escoceses; que había acomodado tan bien sus primeras demandas a las prevenciones de los comunes, que se contentaba con pedir auxilios sólo para algunos meses, estando dispuesto después de aquella corta señal de confianza a volver a ponerse en su dependencia, fiándose de la cámara para lo futuro; que si sus deseos podían ir más

15 Clarendon, tomo I, p. 155.



adelante, también les había hecho en cambio una oferta considerable, y consentido en depender del parlamento para que se le señalase una cantidad fija con que proveer al honor y seguridad del estado; que la esencia misma de la constitución inglesa suponía una confianza mutua entre el rey y los parlamentos, y si ellos la rehusaban por su parte, sobre todo en una ocasión en que se ultrajaba indignamente a toda la nación ¿qué podía esperarse en lo sucesivo sino la total disolución del gobierno y facciones violentas a que se seguirían desórdenes interiores y las más peligrosas convulsiones?

A estos argumentos respondían los patriotas, que hasta el presente se habían visto muy pocas muestras de parte de la corte de aquella mutua confianza, que con tanta bondad provocaba Carlos en los comunes; que se habían pasado once años sin parlamentos, interrupción de que no había ejemplo en los anales de Inglaterra, y que indicaba con sobrada claridad los recelos con que se miraba al pueblo, o más bien las miras que se llevaban de suprimir todas sus libertades; que tenía razón el ministro en alegar la presente necesidad, pues que en efecto la mayor prueba de que debía ser extremada era haber acudido a una asamblea popular a quien se miraba con tanta aversión; pero que esta necesidad sólo tocaba a los ministros y de ningún modo a la nación, y que si el peso del yugo eclesiástico que abrumaba a la Inglaterra era el que había precipitado a los escoceses en tales extremos, no estaban obligados los ingleses a forjar sus propias cadenas principiando por imponérselas a sus vecinos; que la práctica antigua y nunca interrumpida de los parlamentos era dar lugar primero a las quejas y luego a los subsidios; que el rigor con que habían observado este uso sus antepasados era una precaución inherente al espíritu de la constitución, y no una desconfianza particular del soberano; que atendidas las reglas ordinarias de la prudencia, no debía abandonarse un uso tan favorable a la libertad, precisamente cuando eran tan graves los motivos de desconfianza, y que era muy ridículo además alegar lo avanzado de la estación y la urgente necesidad de un subsidio, cuando no se había perdonado medio ni invención política para hallar semejante pretexto y seducir a los comunes; que la orden para las elecciones había salido muy a tiempo aquel invierno, y si no se hubiera querido diferir voluntariamente la reunión de la asamblea, estando tan inmediata la estación favorable para las operaciones militares, no habría faltado el tiempo para remediar los males de la nación, y luego parar justamente la atención en las necesidades del rey; que el objeto de un artificio tan grosero no había podido ser otro que el de comprometer a los comunes bajo pretexto de urgencia a que violasen el orden parlamentario; que si se hacía un ejemplar de esta naturaleza, jamás se permitiría en adelante a la cámara atender a los negocios públicos; que no podía encontrarse un motivo menos plausible en favor del subsidio que la oferta de abolir el impuesto de los buques, como que era el más ilegítimo y peligroso que jamás se había exigido a la nación en ningún reinado; que negociando para la supresión de aquel impuesto, parecería que los comunes ratificaban el derecho con que se había establecido, o por lo menos que estimulaban a otras pretensiones de igual naturaleza que se formarían sin duda con la esperanza de sacar alguna ventaja renunciando a ellas.

Unidas estas razones a tantas otras causas de disgusto, pareció a muchos que no había nada que replicar; pero como si aun no fuesen suficientes para enconar la discordia, dijo a los comunes el secretario de estado sir Enrique Vane, sin estar autorizado para ello por el rey, que no se aceptarían menos de doce subsidios en recompensa de la abolición del impuesto sobre los buques. Esta indiscreción, ya que no fuese una perfidia, desagradó tanto a la cámara, cuanto manifestaba de parte del rey una rapidez inexcusable<sup>16</sup> para una pretensión tan mal fundada. Dícese también que varias personas que pasaban por bien enteradas del estado de la nación, aseguraron en la cámara que el total de doce subsidios ascendía a una suma que no podría encontrarse en Inglaterra. Tal era la feliz ignorancia y la inexperiencia de aquellos tiempos en materia de contribuciones.<sup>17</sup>

16 Clarendon, tomo 1, p. 158.

17 Id. p. 156.

## **Disolución.**

Grandes fueron la angustia y agitaciones del rey durante aquel debate, pues veía que el número de sus adversarios en la cámara era mayor que el de sus partidarios y que continuaban predominando las mismas ideas que ya habían ocasionado tanta oposición y turbulencias. En lugar de prometerse algunos subsidios para la guerra contra los escoceses, a quienes la mayor parte de los comunes miraban como sus mejores amigos, por días estaba aguardando un mensaje en que se le instara a hacer la paz con los rebeldes; y si continuaba la legislatura, sabía que pensaban en presentar un *bill* anulando ellos por sí el impuesto sobre los buques, lo cual no podía menos de avivar la oposición que tanto trabajo le había costado vencer cuando le estableció. En medio de tantos males como le rodeaban por todas partes; es muy difícil acertar cual sería el mejor consejo, y no es de admirar que Carlos, cuya capacidad no correspondía a situaciones tan delicadas, tomase desatentadamente la resolución de disolver el parlamento, resolución de que tan pronto tuvo que arrepentirse, y que los sucesos posteriores, más bien que ninguna razón convincente hicieron luego objeto de la desaprobación general. La última cámara de los comunes que terminó con tanta acritud y violencia, había andado más comedida que esta otra y a lo menos cubrió en un principio sus intenciones con apariencias más moderadas.

Una disolución violenta y precipitada no puede menos de excitar mucho descontento en el pueblo, que por lo general tiene gran confianza en sus representantes porque de ellos aguarda el remedio de sus males. Sin embargo de eso, como si no hubiera ya sobrados motivos de queja, insistió Carlos en aquellas imprudentes ideas cuyo peligro debiera haberle señalado ya la experiencia. Se mandó citar al consejo a Bellasis y a sir Juan Hotham, los cuales por haberse negado a explicar la conducta que habían observado en el parlamento, fueron conducidos a una cárcel. También se condujo a la Torre a Crew, presidente de la comisión de religión, por haberse negado a entregar las peticiones y quejas que se habían presentado en ella. Antes de que espirase el privilegio de la cámara, se reconocieron los gabinetes y registraron los bolsillos del conde de Warwick y de lord Broke con la esperanza de encontrar en ellos algunos escritos punibles, y no es fácil decidir qué es lo que se atropellaba más con esta conducta, si las leyes del reino o las de la equidad y prudencia; pero nunca pudo resolverse Carlos a respetar los privilegios del parlamento, y este ejemplo fue lo que confirmó a los comunes en su resolución, luego que se hallaron en estado de guardar poca consideración a las prerrogativas de la corona.

Por más que se hallase disuelto el parlamento, no dejó la iglesia de tener libertad para reunir su sínodo, práctica de que había poquísimos ejemplares después de la reforma, y por eso se dio en llamarla irregular. Además de un subsidio eclesiástico que esta asamblea ofreció al rey, y diferentes cánones que estableció, temiendo que se introdujesen algunas innovaciones semejantes a la de Escocia, impuso al clero y a todos los graduados en las universidades el juramento de mantener el gobierno espiritual establecido por los arzobispos, obispos, deanes, cabildos etc. En el estado de exacerbación en que se hallaba la nación, pasaron estas providencias por una infracción de las leyes por haberse verificado sin aprobación ni conocimiento del parlamento, que se suponían ser el centro de toda autoridad, fuera de que un juramento que contenía una *etc.* no podía menos de dar mucho que reír.

## **Descontento en Inglaterra.**

El pueblo que, por lo general, detestaba al sínodo tanto como adoraba al parlamento, se desató con tal furia contra aquella asamblea, que el rey se vio precisado a ponerle una guardia. También fue insultado Laud en su palacio de Lambeth por más de 500 hombres que le asaltaron de noche, y se vio precisado a fortificarse para defenderse. Penetró en la iglesia de San Pablo un tropel de 2.000 sectarios, estando reunida la alta comisión, y empezó a gritos diciendo: «¡Fuera obispos! ¡fuera la

alta comisión!» Todos estos movimientos presagiaban con bastante claridad una gran revolución, si la corte no tenía la destreza necesaria para impedirlo y conocer el peligro.

En esta disposición de los ánimos, de poco le sirvió a Carlos publicar una declaración cuyo objeto era convencer al pueblo de la necesidad en que se había visto de disolver al parlamento, insistiendo como principal razón en que los comunes habían imitado el mal ejemplo de las últimas cámaras, dando continuos ataques a su autoridad, atreviéndose a censurar su conducta y su administración, entrometiéndose en todo lo que concernía al público gobierno y hasta desmandándose con su rey, imponiéndole condiciones para los subsidios, como si estuviese destinado a no conseguir nada sino a costa de abandonar una parte de sus reales prerrogativas o de la disminución de sus rentas; y concluía con que estas prácticas eran contrarias a las máximas de los antiguos ingleses e incompatibles con el estado monárquico.

Ya estaba Carlos tocando el punto más difícil de la constitución inglesa, o más bien al que no era posible arreglar por medio de leyes y que más bien pide ser manejado por otras ideas delicadas de conveniencia y decoro que no por reglas y prescripciones fijas. Disputar al parlamento el derecho de observación sobre todo lo que él creía interesaría los padecimientos del pueblo, era reducir aquella asamblea a la nada y privar a la nación de todas las ventajas que podía sacar de los consejos populares. Quejarse de que el parlamento emplease su facultad de imponer contribuciones, como un medio de arrancar al soberano concesiones, era lo mismo que pedirle que se suicidase y renunciase al único arbitrio reservado por la constitución para asegurar al reino una administración justa y moderada. Todos los períodos de la historia inglesa ofrecen ejemplos de representaciones las más libres y de negativas de subsidios, cuando el parlamento encontraba algo reprehensible en la administración.

Por otro lado, es evidente que semejante facultad, aunque esencial en los parlamentos, es de tal naturaleza que pueden abusar mucho de ella no solo por la repetición demasiado frecuente y por la inoportunidad de sus representaciones, sino también por el empeño de querer tomar parte en todos los consejos y resoluciones del rey. So color de dictamen, pueden dar órdenes disfrazadas, y al quejarse de las desgracias públicas, pueden atraer a sus manos toda la autoridad del gobierno; pueden presentar cuantas medidas se tomen sin consultarlos, como una opresión del pueblo, y hasta que se alteren, pueden rehusar los subsidios más precisos a su necesitado monarca. La naturaleza misma de esta libertad parlamentaria demuestra evidentemente que no debe ser limitada por la ley, porque ¿cómo es posible prever cual será el número de los desórdenes ni en qué parte de la administración pueden introducirse? Atendida la tendencia del espíritu humano, es de presumir que esta libertad querrá ejercerse en toda su latitud, y que no quedará en manos del príncipe ninguna porción de autoridad que no esté coartada, porque no bastan las débiles barreras del respeto para limitar la ambición humana que se ríe de todas las prescripciones de la ley y de la justicia.

Pero es de observar aquí que la sabiduría de la antigua constitución inglesa, o más bien la fuerza de las cosas, ha como provisto de tiempo en tiempo a enfrenar ese privilegio parlamentario con ciertos obstáculos irregulares que han contribuido a conservar un justo equilibrio entre la dignidad y la autoridad de la corona. Antes del siglo XVII, estas asambleas eran precarias y no frecuentes. Las legislaturas eran tan cortas, que casi no dejaban tiempo a los individuos para conocerse unos a otros, ni menos para enterarse de los negocios públicos: su misma ignorancia les hacía ser más sumisos a la autoridad que los gobernaba, y sobre todo las grandes rentas de la corona, y lo poco costoso de la administración, ponían al príncipe en una independencia casi absoluta, y mantenían al parlamento en respeto y sumisión.

Al contrario, en la constitución actual, no sólo de Inglaterra sino de los demás estados de Europa, una multitud de incidentes han hecho que el gobierno sea más difícil, y puesto en manos del príncipe el manejo de grandes caudales, y con ellos la facilidad de corromper a los particulares y restringir el interés y la ambición del cuerpo legislativo. Mientras que la oposición más o menos franca o rebozada se esfuerza por someter ya el uno ya el otro punto de la administración al conocimiento del parlamento, los cortesanos se empeñan en reservar una parte a la disposición de la

corona, y la prerrogativa real, aunque muy decaída de sus antiguas facultades, todavía conserva cierto peso en la balanza de la constitución.

El destino había reservado a la casa de Estuardo la desgracia de gobernar la Inglaterra en un tiempo en que el antiguo origen de la autoridad había disminuido considerablemente, antes de que el nuevo hubiese adquirido la necesaria solidez, y como el trono se encontraba sin un cimiento fijo y estable, no podía menos de titubear en su base y de hallarse el monarca en una situación precaria y dependiente. Ya hemos visto cómo todos los arbitrios empleados por Jacobo y por Carlos para sostener su dignidad tenían graves inconvenientes; y aunque la majestad de la corona, fundada en las antiguas prerrogativas, todavía inspiraba respeto, esto mismo daba al rey una idea tan alta de su dignidad que le hacía incapaz de prestarse a los métodos populares y de tolerar la menor contradicción de parte del parlamento. La alianza con la jerarquía sirvió para fortificar la ley con el sello de la religión; pero como al mismo tiempo encolerizó al partido puritano, expuso al príncipe a los ataques de una multitud de enemigos fanáticos, furiosos e implacables. Hasta la memoria que han dejado estos dos príncipes, por efecto de las mismas causas, se ha resentido de la misma desgracia que no cesó de perseguirlos durante su vida. Aunque es fuerza confesar que su capacidad para el gobierno no era de ningún modo proporcionada a la difícil situación en que se hallaron, sin embargo no puede negarse que se los ha juzgado con excesiva severidad, y muchos historiadores han tenido la injusticia de achacarles todos los desastres de su siglo. Verdad es que ambos, y particularmente Carlos dieron ataques directos a las leyes y se excedieron de los límites señalados a la autoridad real; pero también las usurpaciones de los comunes, aunque menos claras y positivas para el vulgo, no son menos ciertas a los ojos de un buen juez, ni menos capaces de destruir la justa balanza de la constitución. Cuando la cámara baja se propuso ejercer las facultades que se le habían transmitido con una independencia y vigor de que jamás había habido ejemplo, los reyes se vieron imprudentemente tentados, o forzados, como ellos decían, por la necesidad a atribuirse otra a que hasta entonces no había pretendido la corona; y de este choque de pretensiones opuestas resultaron las banderías, las convulsiones y todos los desórdenes que causaron la desgracia de aquellos tiempos.

No nos ha parecido superflua esta digresión porque la filosofía del gobierno, unida con la relación de las revoluciones, sirve para hacer más inteligible e instructiva la historia; y nada contribuye tanto a disminuir la acrimonia de las disputas de partido como manifestar a los hombres que aquellos mismos sucesos con que tanto acriminan a sus adversarios, no son otra cosa más que el resultado natural o más bien necesario de las situaciones en que se halla la nación. Volvamos a nuestro asunto.

Habiendo el rey perdido la esperanza de obtener subsidios parlamentarios, se vio precisado a recurrir a otros arbitrios en sus urgentes necesidades. Algo le sirvieron los subsidios eclesiásticos, y parecía muy justo en efecto que el clero contribuyese a los gastos de una guerra en cuyo origen había tenido tanta parte. Tomó Carlos prestadas crecidas sumas de sus ministros y cortesanos, y era tanto el afecto que le tenían, que en pocos días se llenó una suscripción de 300.000 libras esterlinas, por más desagradable que fuese para un príncipe lleno de dignidad y decoro, ser gravoso a sus amigos, cuando a él le tocaba sostenerlos. Hizo algunas tentativas para obtener un empréstito de los vecinos de Londres, pero fueron desechadas por aquel espíritu de libertad que ya había llegado a hacerse indomable<sup>18</sup>. Los comerciantes españoles que tenían en la Torre mucho oro en barras a discreción del rey, le prestaron 40.000 libras esterlinas, y se sacó de los condados el dinero necesario para el vestuario y prest de las tropas, práctica que, aunque muy antigua<sup>19</sup>, se consideraba ya abolida por la petición de derechos. Toda la pimienta de la compañía de Indias hubo de comprarse al fiado y se vendió al contante, pero con grandísima pérdida; a esto se redujeron todos los recursos de Carlos. Otras muchas dificultades se iban suscitando todos los días para agravar los apuros actuales, entorpeciendo el pago de la contribución marítima, poniendo al rey en la precisión

18 Rushworth, tomo III, p. 1181.

19 Id. tomo I, p. 168.

de ejercer actos continuos de autoridad que aumentaban mucho el descontento del pueblo, y lejos de remediar su indigencia no hacían más que acrecentar las necesidades.

Sin embargo, a fuerza de arbitrios y a pesar de tantas dificultades se puso el rey en estado de hacer marchar sus tropas que consistían en 19.000 infantes y 2.000 caballos. Nombró general del ejército al conde de Northumberland, llevando de segundo al conde de Strafford, a quien se llamó de Irlanda, y lord Conway fue de general de la caballería. Para esta expedición sólo se creyó necesaria una escuadra muy reducida.

### **Rota de Newburn.**

Tales son los efectos del celo y de la unanimidad, que el ejército escocés, aunque algo superior en número, estuvo en marcha antes que el del rey y avanzó hacia las fronteras de Inglaterra. Excitaba la prisa de los escoceses a atravesarlas no sólo el conocimiento que tenían de las turbulencias del inmediato reino, sino también una carta fingida del lord Saville, quien les instaba en nombre de seis de los principales señores del reino a dar asistencia a sus vecinos para remediar sus males. Ésta y los preparativos de sus enemigos no impidieron a los *covenantarios* usar del lenguaje más pacífico y sumiso, pues declararon al entrar en Inglaterra (20 de Agosto) que su único objeto era conseguir el permiso de presentarse al rey y poner a sus pies sus humildes representaciones. Encontraron en Newburn, a orillas del Tyne, un destacamento de 4.500 hombres a las órdenes de Conway que parecía resuelto a disputarles el paso del río; y después de haberle suplicado con mucha urbanidad que no se opusiese a las humildes miras que les llevaban a los pies de su bondadísimo soberano, le atacaron con gran denuedo, le mataron mucha gente y le hicieron abandonar la posición (28 de agosto). Tal terror pánico cayó sobre el ejército inglés que huyó desde Newcastle hasta Durham, y allí, no creyéndose todavía en seguridad, volvió a ponerse en marcha para retirarse a la provincia de York.

Tomaron los escoceses posesión de Newcastle, y aunque no poco envanecidos con una victoria tan rápida, observaron una rigurosa disciplina, siempre resueltos a no tomar nada sin pagarlo, a fin de conservar las apariencias de una constante amistad con Inglaterra. Enviaron diputados al rey, que ya se hallaba en la ciudad de York, habiéndoles dado orden de exagerar el respeto, la fidelidad y protestas de celo hacia su persona, hasta el punto de lamentar llenos de dolor y sentimiento la reciente victoria.<sup>20</sup>

Era muy apurada la situación de Carlos, pues no podía dudar que era general el descontento en la nación inglesa. El ejército estaba desanimado y principiaban a esparcirse quejas, ya procediesen del contagio del público disgusto, ya para servir de excusa de su mal comportamiento, prefiriendo pintarle más bien como efecto de poca voluntad que de falta de valor para combatir. El tesoro estaba exhausto y no había la menor esperanza de subsidio, sin que por otra parte se hubiese pensado en proveer almacenes, no obstante que los últimos acontecimientos habían enseñado que eran del todo indispensables.

---

20 Rushworth, tomo III, p. 1255.

## Tratado de Ripon.

Como era necesario impedir la llegada de los escoceses, consintió el rey en la propuesta de un tratado y nombró diez y seis señores ingleses que debían reunirse en Ripon con once comisarios nombrados por la Escocia, y en efecto salieron por parte de Inglaterra los condes de Hertfort, de Bedford, de Salisbury, de Warwick, de Essex, de Holland, de Bristol y de Berhskire, y los lores Kimbolton. Warthon, Dunsmore, Paget, Broke, Saville, Paulet, y Howard de Escric, conocidos todos por sus ideas populares, y a quienes por consecuencia no debía considerarse opuestos a la invasión escocesa ni desagradables a esta nación.

Entre tanto llegó una representación de Londres en que se pedía la convocación de un parlamento, que era el deseo general del publico. Doce señores hicieron igual exposición<sup>21</sup>, pero Carlos se limitó a convocar el gran consejo de los pares en la ciudad de York, que era el arbitrio de que se había valido otras veces con buen éxito, aunque ya no podía convenir en las presentes circunstancias. Tal vez el rey, que nada temía tanto como la cámara de los comunes, y que nunca había respetado mucho la constitución, creyó que en sus actuales apuros podía recaudar subsidios sólo en nombre de los pares; pero era tal el abuso que había hecho de la palabra necesidad que ya no podía sacar partido de ella, no obstante ser demasiado cierta a la sazón.

Con motivo de haber enfermado Northumberland, recayó el mando del ejército en el conde de Strafford, quien tenía más firmeza de ánimo que el rey y que todo el consejo, y así fue de parecer de que Carlos debía aventurarlo todo antes que someterse a las indignas condiciones que se pensaba de cierto en imponerle. La pérdida últimamente experimentada en Newburn no era de consideración, en su concepto, y si por algunos momentos había reinado un terror pánico en el ejército inglés, nada tenía de extraño en unas tropas noveles, y lo mismo sucedería a su vez a las escocesas, que eran de igual calidad. Por tanto, aconsejó al rey que marchase adelante y atacase a los escoceses con pronta decisión; porque cualquiera desgracia que ocurriese a las armas reales, nada podía ser peor que lo que necesariamente había de resultar de su inacción. Últimamente, para mostrar cuán poca dificultad ofrecía la ejecución, mandó atacar uno de los cuarteles escoceses y consiguió sobre él alguna ventaja. No se había convenido en ninguna suspensión de armas durante la conferencia de Ripon, a pesar de lo cual se clamó mucho con ocasión de esta hostilidad; y cuando se supo que el oficial que había dirigido el ataque era católico, aumentaron los clamores contra el rey por haber empleado un papista en sacrificar a sus propios vasallos.

Se habían suscitado varios motines entre las tropas inglesas durante su marcha hacia el ejército, y habían sido asesinados algunos oficiales por meras sospechas de que eran católicos<sup>22</sup>. Había la petición de derechos abolido las comisiones marciales, y por el natural obstáculo que ofrece todo nuevo plan informe de libertad regular y rígida, había llegado a ser del todo imposible para los generales gobernar un ejército con sola la autoridad que el rey podía legítimamente conferirles. Los jurisconsultos habían declarado que no se podía continuar practicando la ley marcial sino en presencia del enemigo, y cuando había sido preciso castigar un motín, se habían visto obligados los generales por propia seguridad a solicitar un perdón de la corona; pero se había tenido la prudencia de ocultar esta debilidad al ejército, y lord Conway declaró abiertamente que si algún jurisconsulto tenía la imprudencia de descubrir el secreto a las tropas, no se debía perder un momento en desmentirle ni menos en ahorcarle por sentencia del mismo tribunal marcial.

Un ejército de tropas bisoñas, mal disciplinadas, tímidas y sediciosas, que además estaban mal pagadas y gobernadas por una autoridad abusiva, no era posible que pudieran detener a un enemigo altivo y victorioso, ni mantener bajo el yugo a una nación descontenta y recelosa.

21 Clarendon, tomo I, p. 46.

22 Rushworth, tomo III, p. 1190.

## Gran consejo de los pares.

Carlos, perdida toda esperanza de resistir al torrente, resolvió por fin ceder, y previendo que el gran consejo de los pares le exhortaría a que convocase un parlamento, declaró en el discurso que pronunció al abrirse la asamblea (24 de setiembre) que ya había tomado aquella resolución. También les informó de que la reina le instaba mucho a ello en una carta que le había escrito; porque aquel buen príncipe, que amaba con ternura a su esposa y anhelaba vivamente granjearle el amor del pueblo, no olvidaba, ni aun en medio de sus más graves pesadumbres, el interés de sus afectos domésticos<sup>23</sup>.

Viéndose en la necesidad de proveer a la manutención de dos ejércitos, pues, para salvar las provincias septentrionales, se vio precisado el rey a pagar hasta a sus propios enemigos, escribió a la ciudad de Londres pidiéndole un préstamo de 200.000 libras esterlinas, y recomendaron esta petición los lores reunidos en York<sup>24</sup>, cuya autoridad era entonces mayor que la del soberano. ¡Tan bajo había caído aquel príncipe a los ojos de sus propios vasallos!

Como ocurriesen muchas dificultades en la negociación con los escoceses. se propuso trasladar las conferencias de Ripon a Londres, proposición a que accedieron gustosísimos los escoceses, que ya estaban seguros de tratar con ventaja en un sitio donde preveían que se hallaría el rey como prisionero en medio de sus implacables enemigos, mientras se verían ellos sostenidos por sus amigos declarados<sup>25</sup>.

---

23 Clarendon, tomo I, p. 154.

24 Rushworth, tomo III, p. 1279.

25 Id. p. 1505.

## LIV. Carlos I—1640

Los motivos de queja que en el espacio de treinta años se habían ido multiplicando por días en Inglaterra, habían llegado ya a toda su madurez y amenazaban al reino con una gran revolución. Durante aquel largo intervalo, se habían disputado vivamente los inciertos e indefinidos límites de la prerrogativa y del privilegio, y cada litigio que se suscitaba entre el príncipe y el pueblo, por mas dudosa que fuese la cuestión, siempre la decidía cada partido en favor de sus propias pretensiones. El rey, fundado en las apariencias de la necesidad, se había atribuido facultades realmente incompatibles en el fondo con los principios de un gobierno limitado, y esta conducta había puesto a sus más celosos defensores en la imposibilidad de justificarle sino con argumentos tan flacos o tan odiosos, que, lejos de calmar la irritación de los descontentos, parece que debían agriarlos mucho más. Así aquellos grandes principios de autoridad, ley y religión habían perdido por la excesiva complacencia de los jurisconsultos y de los prelados una gran parte de su influjo en el pueblo, o por mejor decir, se habían tornado en favor de los facciosos y habían autorizado el espíritu de sedición y de revuelta.

La nobleza misma, a quien el rey no podía conservar en sus intereses por medio de empleos y mercedes proporcionadas a sus pretensiones, dejándose llevar del contagio del descontento general, se había echado imprudentemente en la oposición, que por sí sola pesaba ya demasiado en la balanza. Eran tan manifiestas las usurpaciones de la corona, que nadie podía mirar con desconfianza las intenciones de los comunes por haber estado siempre encubiertas con la capa del bien público y reduciéndose hasta entonces a algunas tentativas y esfuerzos sin resultado. Como los progresos de los escoceses descontentos habían puesto a la corona en rigurosa dependencia para los subsidios, no podía menos de dar mucha autoridad a esta facción su alianza con el partido popular de la nación inglesa; y según iba acercándose el momento del triunfo, iban también descubriéndose todas las pretensiones que por largo tiempo habían estado disimuladas. Últimamente, era tan violento el torrente de la inclinación y de la opinión general contra la corte, que el rey no se hallaba en el caso de desechar ninguna pretensión razonable de los corifeos populares, bien fuese para regularizar sus prerrogativas, bien para limitarlas.

No estaba tan inmediato ni era tan seguro el triunfo del descontento eclesiástico, porque aunque los puritanos políticos y religiosos se apoyaban mutuamente, una multitud de particulares se agregaron al primero de estos dos partidos al mismo tiempo que rehuían toda participación con el otro. La jerarquía había estado siempre establecida en Inglaterra desde la reforma, y en todos tiempos la iglesia romana había sostenido cuidadosamente aquella forma de gobierno eclesiástico. Subsistía el testimonio de los antiguos Padres en favor de la jurisdicción episcopal, y aunque en su origen parece que reinaba una perfecta igualdad entre los pastores cristianos, duró tan poco aquel tiempo, que apenas quedan de él algunos vestigios. Los obispos y sus más celosos partidarios inferían de esto que no podía disputarse que la prelatura fuese de derecho divino; otros solo miraban esta institución como útil y respetable, y por más que la afición a la novedad hiciese que algunos adoptaran los nuevos ritos y disciplina de los puritanos, la mayor parte estaban contenidos por su antiguo apego a la liturgia y al gobierno usado en la iglesia.

Necesitaban pues de un poco de mesura y circunspección los celosos novadores del parlamento, y sin dejar de proseguir sus miras de reducir el poder exorbitante de la corona, se prometían desarmar al rey, de quien consideraban, y con razón, que por principios, por inclinación y por política debía ser el protector nato de la jerarquía. Declamando contra las usurpaciones y supuesta tiranía de los prelados, se esforzaban por hacer odiosas sus personas a la nación, y que, por una consecuencia natural, aborreciese también su oficio y su carácter; como que una vez que el



pueblo se arroja en un partido, sabían ellos muy bien que no es difícil conducirlo por grados hasta las revoluciones que mas odiaba en otro tiempo. Aunque los nuevos sectarios no formasen mayoría en la nación, era extraordinario su celo por las nuevas opiniones, como generalmente sucede a los innovadores, y disfrazada a sus ojos y a los del público aquella viva pasión con el manto de un santo fervor, era muy propia para sorprender la imaginación de los ignorantes y por consecuencia para ganar prosélitos. La actividad de un entusiasta furioso era capaz de sobrepujar todos los indolentes esfuerzos de muchos adversarios prudentes y moderados.

Así, hallándose la nación tan generalmente descontenta, bien que lejos de sospechar que se la llevaba al trastorno total de la iglesia y de la monarquía, no es extraño que todas las elecciones o casi todas fuesen en favor de aquellos que con fingida piedad y patriotismo habían fomentado y exasperado las preocupaciones nacionales. Era costumbre consultar la inclinación del rey para elegir el orador de la cámara de los comunes, y Carlos estaba en ánimo de que recayese este cargo de confianza en Gardiner, secretario archivero del ayuntamiento (*recorder*) de Londres; pero era tan corto el crédito de la corona en el pueblo, que no solamente había sido desechado Gardiner en Londres, mas también en todos los colegios electorales en que se había presentado su candidatura, y así se vio precisado Carlos a elegir a Lenthal, abogado de cierta reputación, pero que carecía ciertamente de las partes necesarias para un puesto tan elevado y de tan difícil desempeño<sup>26</sup>.

### **Reunión del parlamento largo.**

Ya se deja discurrir que en un parlamento convocado en circunstancias tan críticas, y en medio de un descontento tan general; en un parlamento, que por la situación de las cosas, no podía disolverse súbitamente, mas había de ejecutar todo lo proyectado en las precedentes asambleas, desplegarían sus individuos toda la actividad y obstinación que reclamaban unos objetos tan interesantes y de tal importancia. Desde el día mismo de su apertura (3 de noviembre) se observó que no faltaba ningún individuo, y sin perder un momento, entró en la discusión de los negocios, y por unanimidad dio un golpe que podía considerarse como decisivo.

Pasaba el conde de Strafford por ser el ministro principal, tanto por el vigor de su carácter como por su extraordinaria habilidad y por el favor que disfrutaba su amo; pero por la misma razón y por varios incidentes que ocurrieron, había llegado a hacerse muy odioso en los tres reinos de que se componía la Gran Bretaña. Los escoceses, que habían adquirido tanto ascendiente, le miraban como su enemigo capital, y como el hombre cuyos consejos y crédito les eran mas perjudiciales. Además, había comprometido al parlamento de Irlanda a pagar un subsidio considerable para el sostenimiento de una guerra contra ellos mismos: había levantado un cuerpo de nueve mil hombres con el cual había amenazado toda su costa occidental: había obligado a todos los escoceses que vivían bajo su gobierno a renunciar al *covenant*, que era el ídolo de su nación; había dado en Irlanda en una proclama pública, el dictado de rebeldes y traidores a los *covenantarios* o coligados, aun antes de que el rey hubiese mandado publicar la misma declaración en Inglaterra; finalmente, siempre había disuadido a su amo del último tratado y del armisticio, por parecerle vergonzoso y arriesgado. Era tan violento y tan poco disimulado el resentimiento de los escoceses por tantas injurias, que rehusaron enviar sus comisionados a York, como se les había propuesto a los principios, por la única razón, decían, de que gozaba allí de la principal autoridad y mandaba las fuerzas del rey el gobernador de Irlanda, que era su enemigo declarado.

Strafford había gobernado la Irlanda durante ocho años, primero en calidad de diputado o teniente-rey, y luego como gobernador, con mucha prudencia, actividad y vigilancia; pero no se había curado de adular al pueblo. En en país donde tanto se aborrece el gobierno y la religión de Inglaterra, sus propias virtudes hubieran bastado para atraerle el odio público; y además, aquel grande hombre, aunque lleno de urbanidad con todo el mundo y de ternura con sus amigos, tenía en

26 Clerendon, tomo I, p. 169.

sus modales y aun en el fondo de su carácter cierto aire de altanería, de severidad y aun de dureza. Su autoridad no había encontrado resistencia durante el curso de su administración, porque era ilimitada, pero apenas le volvió la espalda la fortuna, cuando de repente se mostró todo el odio sordo que le tenía la nación y el parlamento irlandés tomó cuantos medios estuvieron en su mano para agravar las acusaciones que pesaban sobre él.

Todas las quejas de la nación inglesa contra la corte y que habían subido tanto de punto, todas se concitaron contra el conde de Strafford sin otra razón que el haber sido ministro de estado y merecido la confianza particular con que le honraba su soberano. Descendía de una familia ilustre y había heredado de su padre un caudal de mucha consideración; pero con todo eso le echaba en cara la envidia su rápida y repentina elevación; y sus antiguos compañeros en los consejos populares, no olvidando que debía todos sus adelantamientos a la deserción de su causa, le pintaban como un apóstata de los intereses de la patria, y sostenían que era preciso sacrificarle a la vindicta pública.

Viendo el conde tan desencadenadas contra él las pasiones populares, hubiera deseado dispensarse de asistir al parlamento y pidió permiso al rey para retirarse a su gobierno, o por lo menos, para permanecer al frente del ejército en el condado de York, donde la distancia misma le proporcionaba medios de eludir el ataque de sus enemigos; pero Carlos, que tenía entera confianza en sus luces, creyó que sus consejos le serían de mucha utilidad durante la crítica legislatura que se acercaba; y cuando Strafford insistió sobre el peligro de presentarse en medio de tantos enemigos furiosos, Carlos, que estaba muy distante de persuadirse de que su autoridad estaba tan próxima a expirar, le prometió su protección y le aseguró que *el parlamento no le tocaría a un pelo de la cabeza*.<sup>27</sup>

### **Strafford y Laud acusados.**

Apenas hubo certeza de la llegada del conde, cuando se concertó un ataque contra él en la cámara de los comunes (11 de noviembre), donde Pym, en un discurso muy largo, muy estudiado y dividido en diferentes puntos, según su costumbre, hizo la enumeración de todos los males que afligían a la nación, infiriendo de la complicación de tantas opresiones que había un plan formado de cambiar enteramente la forma de gobierno y de acabar con todas las libertades del reino destruyendo las antiguas leyes<sup>28</sup>. «Si algo fuera capaz, dijo, de aumentar nuestra indignación contra tan negro proyecto, sólo sería ver que bajo el reinado del mejor de los príncipes hayan puesto la constitución en peligro los ministros más detestables, y que las virtudes del rey hayan sido seducidas por los más malos y perniciosos consejos. Nosotros debemos investigar —añadió—, cuál es el manantial de donde corren estas aguas de amargura y aunque infaliblemente deben ser muchos los malos consejeros, se conoce a lo menos uno que merece una insigne distinción y que tanto por su valor como por su audacia y destreza, tiene derecho a ser contado en primera fila entre los traidores a su patria. Éste es el conde de Strafford, gobernador de Irlanda y presidente del consejo de York; quien en estos dos empleos y en los demás que ha desempeñado sólo ha elevado monumentos a la tiranía, y se verá por el examen de sus actos que él es el autor principal de todos los consejos arbitrarios.»

Presentó Pym algunos ejemplos del carácter altanero que se le atribuía, así en el lenguaje como en las acciones, y luego atacando más directamente al ministro, se esforzó en descubrir todo el fondo de su conducta y costumbres. Por más austero que fuese el genio de Strafford y por más engolfado que estuviese en la carrera de la ambición, no había sido inaccesible a las pasiones tiernas, y en un siglo tan devoto, en que los extravíos del placer eran tenidos por más vergonzosos que los mayores crímenes, no hubo reparo en sacar a plaza sus flaquezas al lado de sus traiciones en una asamblea tan numerosa. Concluyó el orador diciendo que a la cámara competía poner el

<sup>27</sup> Withlocke, p. 56.

<sup>28</sup> Id.

remedio conveniente a tamaño mal, a fin de prevenir otros mayores que eran de recelar del influjo de un hombre tan perverso en los consejos y resoluciones de la corona.<sup>29</sup>

Sir Juan Clotworthy, irlandés, sir Juan Hotham, de la provincia de York y otros muchos se fueron extendiendo sucesivamente sobre los mismos puntos, de modo que se pasaron muchas horas en amargas invectivas, hasta que últimamente, habiéndose cerrado las puertas para asegurar el secreto, se propuso, en conformidad a las resoluciones anteriormente tomadas, acusar a Strafford de alta traición. Esta proposición fue recibida con universal aplauso, y durante todo el debate, no se encontró persona alguna que manifestase la menor intención de oponerse al torrente haciendo alguna manifestación en favor del conde: el único que rogó tímidamente a la cámara que reflexionase si no sería tal vez más prudente y más digno de su gravedad nombrar una comisión que examinase muchos de los puntos que allí se habían tocado, fue lord Falkland, conocido por enemigo suyo; pero Pym respondió ingenuamente que semejante dilación haría abortar sus esperanzas y les quitaría probablemente la facultad de continuar su proceso, porque al instante que supiese Strafford que estaba descubierta una parte de sus atentados, su propia conciencia le dictaría su condenación, y eran tales su crédito y autoridad, que inmediatamente haría disolver el parlamento o tomaría alguna otra resolución desesperada para sustraerse al castigo; que los comunes tenían el derecho de acusación, pero que no eran jueces, y que a los pares tocaba decidir si tan enormes demasías, reunidas en una sola persona, formaban o no uno de los mayores delitos que pueden castigar las leyes.<sup>30</sup> Sin mas averiguación quedó resuelta la acusación y nombrado Pym para redactar el acuerdo. Una gran parte de la cámara se incorporó con él para ayudarle en tan lisonjera comisión, y Strafford que no hacía más que llegar a la de los pares y que estaba muy lejos de aguardar una providencia tan precipitada, fue preso por aclamación general con muchas muestras de que era tan violenta la animosidad en sus jueces como en sus acusadores.

En aquella recapitulación de los males públicos y censura de los pasados abusos, no podía Laud escapar por largo tiempo de las severas observaciones de los comunes, sobre todo estando tan prevenidos contra la jerarquía como impulsados por el odio extremo que se había concitado con los excesos de su celo. Después de una deliberación que a lo más duraría media hora, se resolvió acusar de alta traición al primer personaje del reino tanto por su clase como por el favor de que gozaba. Por más que el ejemplo de Strafford y la disposición en que se hallaban entonces la nación y el parlamento debieran hacer que no le sorprendiese aquel suceso, no pudo contenerse cuando se presentó la acusación en la cámara de los pares, y dijo: «Por muy ardientes que se muestren en acusarme los comunes, no creen ellos mismos que soy culpable del crimen que me imputan»; palabras indiscretas que, después de una deliberación más madura, pidió permiso para retractar; pero encontró tan poco favor en los pares que se le rehusó esta indulgencia, y previa una acusación general, fue sacado del parlamento y encerrado bajo buena guardia.

### **Fuga de Finch y Windebank.**

El punto capital en que se insistía contra estos dos grandes hombres, era el designio que les suponían los comunes de trastornar las leyes y la constitución de la monarquía, introduciendo la autoridad arbitraria de todos los ministros del rey. Del que más se sospechaba entre ellos era de Finch, lord guarda sellos, porque él fue quien en el tercer parlamento de aquel reinado, siendo orador de los comunes, había dejado su puesto y rehusado poner a deliberación lo que le había mandado la cámara. La opinión ilegal de los jueces, relativa al impuesto marítimo, había sido efecto de sus amaños, persuasiones y amenazas. En cuantas disposiciones podían contrariar al pueblo y a las leyes, siempre anduvo muy artificioso y hasta se le atribuía haber dicho públicamente que mientras él tuviera el sello del estado, toda orden del consejo, tendría fuerza de ley. Con el fin de

29 Clarendon, tomo I, p. 172.

30 Clarendon, tomo I, p. 174.

calmar la naciente indignación de los comunes, solicitó ser oído y se puso de rodillas en presencia de la cámara con todo género de humillaciones; pero notando que no conseguía ningún fruto y que estaba resuelta su acusación, tomó el partido de huir secretamente y retirarse a Holanda. Como no se tenía tan alta idea de su capacidad y fidelidad a su amo como de la de Strafford y aun de Laud, se creyó generalmente que los jefes populares habían cerrado los ojos sobre su evasión; mas no por eso dejó de presentarse su acusación ante la alta cámara durante su ausencia.

Sir Francisco Windebauck, secretario de estado, era hechura de Laud, y bastaba esta sola razón para que sospechase mucho de él la cámara de los comunes, sin contar con que también se presumía que era católico, y nadie ignoraba que por complacencia con la reina y por conformarse con las máximas del gobierno del rey había hecho muchas mercedes a los católicos y firmado el perdón o la libertad de muchos sacerdotes. El orador popular Grymstone le trató en plena cámara de *alcahuete y corredor de la prostituta de Babilonia*,<sup>31</sup> y viendo que las pesquisas de los comunes se dirigían contra él y que no estaba seguro en Inglaterra, se dio prisa a huir a Francia.<sup>32</sup>

Así, en el espacio de pocas semanas, la cámara de los comunes, sin oposición de parte de la de los lores, o por mejor decir, auxiliada por ella, había producido tal revolución en el reino, que los dos ministros más poderosos estaban presos en la Torre aguardando una causa en que les iba la vida, y otros dos se habían visto precisados a huir para que no les cupiese igual suerte. Todos los servidores del rey comprendieron que no podían contar para nada con su protección, supuesto que acababa de entronizarse una nueva jurisdicción en el estado, y los que más envanecidos se hallaban con su crédito y autoridad principiaron a temblar ante aquel terrible tribunal.

### **Grande autoridad de los comunes.**

Lo que todavía le hacia más tremendo era la extremada prudencia con que se conducía; porque no contentándose los comunes con la autoridad que acababan de atribuirse atacando a los ministros, habían tomado la resolución de poner bajo su dependencia las corporaciones más poderosas del reino. Por más que a la sazón fuesen el ídolo del pueblo, pensaron prudentemente en fortificarse por medio del terror, es decir, atemorizando el ánimo de los que pudiesen sentirse inclinados a defender las ruinas de la monarquía.

Durante las últimas operaciones militares, tanto los gobernadores como sus tenientes en los condados habían ejercido diferentes actos de autoridad, que si bien eran precisos para la defensa de la nación y estaban justificados con todos los ejemplos precedentes, les faltaba no obstante la autoridad de la ley, y por tanto fueron declarados abusivos, y delincuentes las personas que los habían cometido. Esta última expresión, nuevamente introducida, expresaba un género de delito que no era exactamente conocido ni definido; mas lo cierto es que por aquella determinación, un gran número de empleados de la alta y baja nobleza que no había querido hacer valer sino los justos derechos de su magistratura, se encontraron envueltos en la acusación de delincuencia (*delinquency*); y los comunes sacaron de ella una triple ventaja, cual fue desarmar a la corona, establecer máximas severas para la ley y para la libertad, y esparcir el terror de su autoridad.

Las órdenes para el impuesto marítimo se habían dirigido a los *sheriffs*, previniéndoles y aun obligándoles bajo penas rigurosas a que hiciesen el reparto de las sumas entre los particulares y para que las cobrasen de oficio. Sin embargo todos los *sheriffs* y cuantos habían sido empleados en este servicio ilegal fueron declarados delincuentes, sentencia harto rigurosa. Sólo el rey, por las máximas de la constitución, era considerado impecable en los casos en que éste se violaba, pero sus ministros y empleados de cualquier clase que fuesen eran responsables de la violación.<sup>33</sup>

31 Rushworth, tomo V, p. 122.

32 Clarendon, tomo I, p. 178.

33 Clarendon, tomo I, p. 176.

Todos los arrendadores y empleados de aduanas que por espacio de tantos años, se habían ocupado en la cobranza de los derechos de tonelada y *poundage*, así como de otras contribuciones nuevas, fueron igualmente declarados culpables y aun se tuvieron por muy dichosos en conseguir el perdón mediante una suma de 150.000 libras esterlinas.

Se examinaron de nuevo todas las sentencias arbitrarias de la cámara estrellada y de la alta comisión, cuyos tribunales tenían derecho para expedirlas por su institución misma, y cuantas personas habían tenido parte en tales sentencias fueron declaradas sujetas a las penas impuestas por la ley.<sup>34</sup> De esta suerte no hubo ministro del rey ni individuo de su consejo que no quedase expuesto en algún modo a las resultas de aquella decisión.

Todos los jueces que habían votado contra Hambden, en la causa que se siguió sobre el impuesto marítimo, fueron acusados ante los pares y condenados a obligarse, bajo fianza, a comparecer en justicia cuando fuesen llamados; Berkley, que era uno de los jueces del banco del rey, fue preso de orden de los comunes estando en el mismo tribunal, y todo el mundo vio con asombro la irresistible autoridad de semejante jurisdicción.

Se declaró tan necesaria la aprobación de los pares y los comunes como la del rey para la autenticidad de todos los cánones eclesiásticos, y por más razonable o, por lo menos, útil que pudiera ser este acuerdo en sí mismo, hubiera sido difícil justificarle con ningún ejemplo; pero no era sazón aquella para dudas ni disputas. Bastaba que aquella decisión que abolía todo poder legislativo que no fuese el del parlamento, se considerase necesaria, para dar una plena extensión al nuevo plan de libertad y para hacerle enteramente uniforme y sistemático. Casi todos los obispos y los principales individuos del clero inferior que habían tenido parte en el último sínodo, quedaron expuestos con arreglo a estos nuevos principios a la acusación de *delincuencia*.

De cuantas providencias había tomado Carlos, la más repugnante para el pueblo, la menos política, la más opresiva, y aun, si se exceptúa el impuesto marítimo, la menos legal, era la de haber resucitado los monopolios tan solemnemente abolidos por un reciente acuerdo del parlamento después de reiterados esfuerzos. Al fin habiéndole abierto los ojos la experiencia sobre el abuso de aquella desgraciada invención, él mismo había recogido durante su primera expedición contra Escocia una gran parte de las patentes, y las demás fueron abolidas por autoridad del parlamento, declarándose *delinquentes* todos los que actualmente se hallaban interesados en ellas. Fue tal el horror con que los comunes miraron aquella vejación, que atribuyéndose una facultad desconocida de sus predecesores, echaron de la cámara a cuantos individuos de ella fueron convencidos de monopolio o de haber intentado ejercerle, que fue otro artificio por el cual, aumentando su propio privilegio, debilitaban más y más el corto número de partidarios secretos que todavía tenía Carlos en la cámara. Sin embargo, fue exceptuado Mildmay, conocido monopolista, por haberse asociado al partido dominante. En todos los puntos relativos a elecciones, la cámara se conducía sin regla alguna y solo consideraba los afectos particulares o, lo que es lo mismo, el espíritu de partido. Estaban demasiado acaloradas las pasiones para que se reparase en la injusticia hallándose de por medio el interés de las ideas populares que se proponía la cámara hacer triunfar.

Trasferida pues a los comunes toda la autoridad soberana y mandado de repente el gobierno sin ninguna apariencia de violencia ni desorden, pasando desde una monarquía casi absoluta a una pura democracia, mostráronse dispuestos los corifeos populares a suspender por algún tiempo su activo vigor con la mira de fortificar su autoridad antes de ampliar el ejercicio de ella. Cada día se hacía una nueva arenga sobre los pasados males y tomaba nuevo cuerpo el horror contra las últimas usurpaciones. Íbase desplegando sin oposición el amor a la libertad, y como sucede ordinariamente en los gobiernos libres, era tan viva la indignación contra la violación de las leyes como contra los estragos de la más insoportable tiranía.

Era ya llegado el tiempo en que, libres el ingenio y la capacidad en todos géneros, de las cadenas de la autoridad, y entregados a esperanzas y proyectos sin límites, tendían su vuelo y llamaban la atención del público. Entonces se celebró mucho la sagacidad de Pym, más propia para

---

34 Clarendon, tomo I, p. 177.

la práctica que para el lucimiento, madura y no helada por su mucha edad y larga experiencia: entonces se desplegó libremente la extraordinaria ambición de Hambden, avezada al disimulo, no a la moderación, sostenida con valor, conducida por la prudencia, hermoçada por la modestia; pero su prematura muerte dejó en duda si el amor del poder o el celo de la libertad animaron aquella pasión de Hambden. Entonces también se dieron a conocer el sombrío, ardiente y peligroso carácter de Saint-John; el impetuoso aliento de Hollis, arrebatado e ingenuo, franco y entero en sus odios como en sus amistades; el genio entusiasta del joven Vaue, extravagante en los fines que proseguía, astuto y porfiado en los medios que empleaba, celoso de las apariencias de religión y descuidado en los deberes de la moral.

Era tan flaca la defensa que podía hacerse de la administración pasada en la presente situación de los ánimos y es tan contagioso el espíritu de descontento, que hasta las personas más moderadas y adictas a la iglesia y a la monarquía manifestaron el mayor entusiasmo por la reparación de los abusos y el castigo de sus autores. El vivo y fogoso Digby, el firme e intrépido Capel y el modesto y cándido Palmer desplegaron su elocuencia en aquella grande ocasión; también se hallan en esta lista de realistas patriotas los virtuosos nombres de Hyde y Falkland; y aunque en sus fines e intenciones diferían mucho de los demás estos dos hombres ilustres, observóse en sus presentes conducta y discursos la misma porfía y una perfecta unanimidad con sus compañeros.

No era sola la cámara de los comunes la que mostraba la más ciega animosidad en sus continuas invectivas contra la corte, antes la nación entera adoptó el mismo fuego que sus demagogos, y parecía haber entonces descubierto por primera vez todos los desórdenes del gobierno. Mientras que las leyes se violaban abiertamente, sólo se había atrevido a murmurar en secreto, pero apenas vio restablecida la constitución en todo su vigor, cuando de repente subió de punto su furia, y particularmente la capital, que era donde ordinariamente residía el parlamento, se vio animada del más desenfrenado espíritu de sedición y de odio contra la corte. Cada día se suscitaba un nuevo tumulto, y eran más osadas las asambleas sediciosas, abandonando cada cual sus propios negocios para dedicarse exclusivamente a la defensa de la religión y de la libertad. En una ciudad, que era el punto céntrico de la sociedad, no podía menos de ser más eficaz el contagio, porque se comunicaba pecho a pecho.

No poco contribuyeron a atizar aquel frenesí contra la administración del rey las arengas de la cámara, que principiaron entonces a publicarse, al mismo tiempo que los púlpitos entregados a los predicantes y lectores puritanos, por una orden arbitraria de los comunes, en las principales iglesias de Londres, resonaron con gritos de facción y fanatismo, verdadero y amplio desquite del largo silencio y opresión que había impuesto a aquellos entusiastas la autoridad de Laud y de la alta comisión. La prensa, sin temor ni mesura, inundaba la nación de producciones mas peligrosas por su sediciosa vehemencia y por sus atrevidas calumnias, que por su mérito y elocuencia. No se conocía más retórica que los gritos, las declamaciones afectadas y la hipocresía, y esto era lo único que cautivaba la atención en aquel desatamiento de todas las pasiones y de la más ridícula superstición.

Sometióse a la revisión del parlamento la rigurosa sentencia ejecutada contra los *liberalistas*<sup>35</sup> Prynne, Burton y Bastwich, quienes lejos de hallarse humillados con el castigo, parecían dispuestos a renovar sus ofensas; y como el ministerio temió que saliesen nuevas sátiras de sus calabozos y que acalorasen más que nunca a los partidarios de aquellos mártires, se los trasladó en virtud de una orden arbitraria del consejo, a otras prisiones distantes, enviando a Bastwick a Seilly, a Prynne a Jersey y a Burton a Guernesey, poniéndolos incomunicados y prohibiéndoseles el uso de libros, plumas, tinta y papel; pero los comunes anularon la sentencia en esta parte, y declararon también ilegal la primera, condenando a los jueces que la habían dictado a que indemnizasen a los presos. Cuando estos furiosos desembarcaron en Inglaterra, fueron recibidos y tratados con las mayores

---

35 *Libellers*, autores de libelos, voz que me he atrevido a usar, aunque no se halla en el Diccionario de la academia. (Nota del Traductor.) [El Diccionario de Autoridades incluía *libelo* pero no *libelista*, como hizo posteriormente. Nota del editor digital.]

muestras de afecto, acompañándolos un gran tropel de gente, pagándoles los gastos del viaje y haciéndoles magníficos regalos: cuando se acercaban a algún pueblo, todos los vecinos se agolpaban a recibirlos y se celebraba su llegada con descargas y aclamaciones, aumentándose la comitiva según se iban aproximando a Londres. A distancia de algunas millas, encontraron numerosos grupos de partidarios suyos, que no los dejaron durante toda su marcha, haciéndola verdaderamente triunfal: prodigáronse las palmas en aquella tumultuosa procesión: se alfombraron las calles de flores, y entre los vivas y alborozados clamores resonaron terribles inectivas contra los obispos que habían perseguido tan cruelmente a unos hombres tan virtuosos.<sup>36</sup> Cuanto más viles e infames eran aquellos entes, tanto más sensible era el insulto que se hacía a la autoridad real, y tanto más peligroso debía parecer para la corte aquel espíritu de descontento y de motín que se manifestaba en el pueblo.

Liburme, Leighton y todos los que habían sido castigados bajo la administración precedente por sus libelos sediciosos, fueron puestos en libertad e indemnizados por los jueces y ministros de justicia. No solamente la disposición actual de la nación aseguraba la impunidad a los infamadores, sino que, para colmo de licencia, inventaron los corifeos de aquel frenesí popular un nuevo método para la composición y publicación de los libelos. Representaban al parlamento pidiendo el remedio de abusos particulares y hacían firmar aquellas representaciones por un gran número de ciudadanos, las llevaban a los comunes y las publicaban inmediatamente. Estas peticiones llegaron a ser un vínculo secreto de asociación entre los firmantes, y pasaron por unos actos públicos que daban una especie de sanción y autoridad a las quejas que contenían.

Algunos historiadores propicios a la causa real, como Dugdale y Clarendon, pretenden, y el rey mismo lo aseguró en una proclama pública, que muchas de estas peticiones fueron presentadas con la más maligna y criminal superchería. En su primera forma una petición era moderada, racional y tal que podrían firmarla personas de honor, como en efecto lo hacían, y luego trasladaban estas firmas a otra petición más útil a las miras de la facción popular. Ya se deja discurrir cual debía ser la furia que reinaba en la nación cuando una impostura tan escandalosa, en que estaban comprendidos tantos hombres de bien, podía emplearse sin atraer la ruina y la infamia sobre sus autores.

Fueron tantas las quejas que se presentaron, ya por los mismos diputados, ya por los peticionarios de fuera, que la cámara se halló dividida en más de cuarenta comisiones encargadas todas de escudriñar alguna violación de la ley o de las libertades. Además de las comisiones regulares de religión, comercio, prerrogativas y leyes, se formaron otras muchas subdivisiones y en todas se llevaba la averiguación con el mayor empeño. Es de advertir que antes de este siglo, cuando el parlamento se atribuía a sí mismo menos peso y autoridad, cualquiera queja de abuso se presentaba ordinariamente a la cámara por el primer individuo de ésta que había tomado ocasión de observarle: aun no se habían establecido aquellas comisiones generales, que eran una especie de tribunal inquisitorial, y vemos que ya el rey en una declaración precedente, publicada cuando se disolvió el tercer parlamento, se queja de esta innovación tan poco favorable a la autoridad real; pero nunca se había multiplicado tanto como entonces el uso de las comisiones, y los diputados sostenían no obstante que con ellas no hacían más que restablecer la antigua forma de gobierno, usado artificio de todos los innovadores.

En vista del informe de las comisiones, iba diariamente la cámara tomando resoluciones que mortificaban y sorprendían a la corte e inflamaban más y más a la nación. Declaráronse ilegal y arbitrario el impuesto marítimo, revocada la sentencia contra Hambden, abolido el tribunal de York, notadas de infamia las composiciones de la caballería, nocivo el ensanche de los bosques reales, anuladas las patentes de monopolio, y últimamente todas las últimas empresas del gobierno fueron severamente vituperadas y en términos muy desabridos. Hoy se clamaba contra una sentencia de la cámara estrellada; el día siguiente contra un decreto de la alta comisión; todo acto discrecional del

---

36 Clarendon, tomo I, p. 200.

consejo privado se calificaba de arbitrario y tiránico, y siempre se volvía al eterno estribillo de que había un plan formado de subvertir las leyes y la constitución del reino.

Una cruel necesidad obligó a Carlos a tener paciencia durante aquellas violentas operaciones; y el corto número de servidores que le habían permanecido fieles veían con el mayor asombro el rápido progreso de la autoridad y crédito popular de los comunes, procurando con su inacción y silencio proporcionarse a lo menos la impunidad. Desesperábanse aquellos que por interés o costumbre eran los más adictos a la monarquía, y los mismos que se conservaron constantes en su respeto al rey por el que tenían a la constitución, engrosaban con su connivencia el torrente que ya lo iba inundando todo. «Vosotros habéis cogido la máquina del gobierno pieza por pieza —dijo Carlos en un discurso al parlamento—, que es el método que siguen los artífices hábiles cuando quieren quitar el moho que han podido criar las ruedas. Todo se puede todavía restablecer —añadió—; éstas pueden volver a colocarse y aun puede continuar el movimiento, con tal que la recomposición sea completa y que no falte ni siquiera una clavija.» Pero nada distaba más de la intención de los comunes, los cuales pretendían no sin alguna razón, que, si la máquina andaba mal, era porque tenía un gran número de ruedas y muelles que retardaban o entorpecían sus operaciones y destruían su utilidad. ¡Felices los ingleses si aquella cámara se hubiera conducido con moderación y si, en la plenitud de su autoridad, se hubiera contentado con cercenar únicamente las partes que podían pasar por perjudiciales o superfluas!

Creyó la cámara que no bastaba para sostener su nueva autoridad, confundir y atemorizar a sus adversarios, sino que necesitaba también inspirar ánimo a sus amigos y partidarios, sobre todo a los escoceses y a los puritanos religiosos, cuya asistencia y favor ya le habían proporcionado tantas ventajas. Apenas se vieron los escoceses dueños de las provincias septentrionales de Inglaterra, cuando violaron la promesa que habían hecho de no tomar nada sin pagarlo, promesa que en verdad no se hallaban en estado de cumplir; y el país, para evitar el medio destructivo del merodeo y de los cuarteles independientes, consintió en pagar diariamente una contribución fija de 850 libras esterlinas, a que ascendía el gasto de su manutención. Para aliviar a aquellas provincias de tan pesada carga, convinieron los comunes en dar una paga arreglada a los escoceses, igual a la del ejército inglés; y como era muy lenta la vía de los subsidios para una necesidad tan urgente, tomaron prestadas muchas sumas a ciudadanos de Londres bajo la firma particular de algunos diputados. Era muy corto recurso dos subsidios que se votaron entonces<sup>37</sup>, y como el objeto de aquel impuesto era indemnizar a los diputados que habían sostenido el crédito público con el suyo particular, inmediatamente se tomó este pretexto para mandar que se pagasen los subsidios, no al tesoro sino a los comisarios de la cámara; método muy propio para disminuir la autoridad de la corona, y que por lo mismo se abrazó con ansia y se continuó en adelante para cada ramo de renta que los comunes concedieron al rey.

Era claro que la invasión de los escoceses había sido la única causa de la convocación del parlamento; y la presencia de su ejército lo que ponía al rey en la sujeción a que se hallaba reducido: por lo mismo declararon los comunes abiertamente que su intención era retener aquel ejército hasta que hubiesen sofrenado a todos sus adversarios y realizado todas sus miras. «Nosotros no podemos todavía pasarnos sin los escoceses —dijo Brode en pleno parlamento—, porque los hijos de Zerviah son todavía demasiado poderosos para nosotros», alusión a un pasaje de la Biblia, según la costumbre de aquel tiempo. Sin embargo no exigía la manutención de los dos ejércitos menos de 80.000 libras esterlinas por mes, suma mucho más considerable que cuantas había dado el reino, aun en tiempo de los mayores peligros; y aunque para cubrir esta carga impuso la cámara otros muchos subsidios con una capitación, tuvo muy buen cuidado de quedar siempre alcanzada para que fuese más indispensable la continuación del parlamento.

Como el partido de los descontentos sacaba tanta utilidad de la alianza con los escoceses, no era extraño que los obsequiase con una complacencia ilimitada y con los mas positivos servicios, y así habiéndolos tratado Carlos de rebeldes en su primer discurso, observó que aquella expresión

---

37 Parece que entonces un subsidio no valía más que 50.000 libras esterlinas.



había ofendido al parlamento, y se vio precisado no sólo a atenuarla inmediatamente sino a retractarse de ella. Los comisionados escoceses, entre quienes eran los principales el conde de Rothes y lord London, consiguieron cuantas ventajas pidieron en su negociación y no se dieron prisa alguna a concluir el tratado. Hospedados en Londres, seguían una íntima correspondencia con los magistrados, que eran opuestísimos a la corte, y con los corifeos populares de las dos cámaras.

Habíaseles señalado la iglesia de san Antolín para el ejercicio de su religión, y sus capellanes establecieron en ella sin el menor rebozo el culto presbiteriano, que nunca se había tolerado en Londres sino en lengua extranjera. Mostróse tan generalmente propenso el público a aquella nueva forma de religión, que siempre se veía concurrida la iglesia por ingleses de todas las clases: los que no podían entrar, se quedaban agolpados a las puertas y ventanas para escuchar siquiera algunas frases, aunque lejanas y confusas, de la santa retórica, y los que habían tenido la fortuna de tomar asiento en el recinto no abandonaban su puesto en todo el día. Ni aun la elocuencia parlamentaria exenta entonces de pedantería, animada por el fuego de la libertad y aplicada a los mas grandes intereses de la patria, excitaba tan ansiosa atención como aquellas lecturas pronunciadas con una afectación ridícula, con un acento provincial y llenas de barbarismo y de ignorancia.

El arbitrio más eficaz para agradar a aquellos celosos escoceses era esparcir por toda Inglaterra la disciplina y formas presbiterianas del culto; y así los demagogos de la cámara, como decididos partidarios suyos, eran los primeros a introducir semejante innovación. El partido puritano que gradualmente y en secreto había hecho progresos considerables en el reino, prevaleciendo del desorden actual, principió muy luego a hacer profesión abierta de sus principios y dio furiosos ataques a la religión establecida. Desde la apertura del parlamento ya pudo conocerse con señales poco sensibles, pero decisivas, la preponderancia de aquellos sectarios, porque fueron elegidos para predicadores de los comunes Marshall y Burghess, ambos ministros puritanos, y sus sermones no duraron menos de siete horas<sup>38</sup>. Como era uso constante en la cámara recibir la eucaristía antes de tratar de negocios, se mandó como artículo preliminar que la mesa de la comunión que estaba al extremo oriental de santa Margarita se colocase en medio del templo. Se suprimió en las actas del parlamento el título de lores espirituales y se publicaron las leyes en nombre del rey, de los lores y de los comunes. Cuando el secretario de la cámara alta leía los *bills* volvía la espalda al banco de los obispos, y nadie paró la atención en aquella insolencia; en un día de ayuno solemne y de humillación que habían decretado las dos cámaras, tomaron los pares temporales el puesto de los pares espirituales contra el uso inveterado al ir a la iglesia, por lo cual observó muy bien lord Spencer que la humillación de aquel día era solo para los prelados.

### **Ataque a los obispos.**

No había asamblea de los comunes en que no se oyese alguna arenga muy acalorada contra las usurpaciones de los prelados, contra la alta comisión, contra el último sínodo y contra los nuevos cánones. Todos los partidarios de la libertad estaban tan descontentos de la doctrina servil nuevamente establecida por el clero, que aquellas invectivas fueron escuchadas sin la menor contradicción, y no se notó a los principios ninguna diferencia entre los que solo deseaban que se reprimiesen los excesos de la jerarquía y los que aspiraban a suprimir del todo la jurisdicción episcopal. Estas favorables disposiciones ocasionaron una multitud de peticiones contra la iglesia, aplicándose en todas ellas los epítetos de ignorantes y viciosos a todos los ministros de la iglesia anglicana, a pesar de que así entonces como hoy había muchos hombres de saber y de virtud en el clero episcopal. Doce ministros puritanos presentaron a la comisión de religión un memorial contra el episcopado, firmado, según se dijo, por muchos centenares de personas de aquella secta; pero nada metió tanto ruido como una petición de la ciudad de Londres, solicitando la mudanza total del gobierno eclesiástico. Este documento llevaba nada menos que 15.000 firmas, y lo presentó

---

38 Nalson, tomo I, p. 530.

Pennington, *alderman* (regidor) y diputado al parlamento por la ciudad de Londres. Entre otros muchos abusos eclesiásticos de que en ella se quejaban aquellos rústicos censores, no dejaron en olvido cierto privilegio concedido por los jueces de imprentas para publicar una traducción del *Arte de amar* de Ovidio.

A pesar de estas favorables disposiciones del pueblo, resolvieron los corifeos de la cámara no dar paso alguno sin cautela, y decretaron un *bill* prohibiendo a los eclesiásticos el ejercicio de toda especie de oficios civiles, lo cual era lo mismo que privar a los obispos de su derecho de asistencia a la cámara alta, resolución muy grata a los amigos fogosos de la libertad, quienes veían con pesadumbre la sumisión de aquella clase a todas las voluntades del monarca; pero cuando se presentó este *bill* en la cámara de los pares, fue desechado por la mayoría, y este desaire, el primero que sufría la cámara de los comunes en sus tentativas revolucionarias, fue el presagio de lo que tenía que esperar de la cámara alta, cuyas inclinaciones e intereses no podían nunca separarse enteramente de los del trono. Los puritanos, para mostrar cuán poco se les importaba aquella negativa, inmediatamente expidieron otro *bill* que comprendía la total abolición del episcopado; aunque por el pronto determinaron tenerle secreto, aguardando una ocasión más favorable para sacarle a plaza.<sup>39</sup>

Otra de las usurpaciones de la soberanía que con más frecuencia ejercían los comunes, era publicar órdenes para la destrucción de las imágenes, altares y crucifijos; y fue tal el impetuoso celo de sir Roberto Harley, a quien se había dado esta comisión, que mandó quitar todas las cruces hasta en las calles y mercados, y exagerando su horror contra este signo, no permitió siquiera que permaneciesen dos piedras o dos maderos uno sobre otro en ángulo recto.

Fueron perseguidos el obispo de Ely y otros eclesiásticos por causas de innovaciones; y Cozens, que había sido sospechoso largo tiempo, se vio expuesto a nuevas censuras hallándose de deán de Peterborough y tenido por muy celoso observador de las ceremonias eclesiásticas. Lejos de permitir que los que iban a comulgar partiesen el pan sacramental con los dedos, privilegio que defendían con ahínco los puritanos, ni siquiera toleraba que se partiese con un cuchillo ordinario, sino con uno consagrado sólo a este santo fin y que por ningún caso debía ser profanado en otros servicios vulgares.

Se reconvino también a Cozens de haber dicho. «El rey no tiene más autoridad en materias eclesiásticas que el mozo que almohaza las piernas de mi caballo.» La frase era violenta; pero también el alto clero, que tanto empeño tenía en doblegar la cerviz de los legos a los pies del rey, era excesivamente celosa de sus propios privilegios e independencia, deseando eximir a la mitra de toda sujeción a la corona.

Formaron los comunes una comisión, o más bien una especie de inquisición para el clero, que se llamó vulgarmente *comisión de los ministros escandalosos*. Habían conocido los políticos de la cámara la suma importancia de los púlpitos evangélicos para conducir al pueblo: los beatos estaban furiosos contra el clero episcopal, y así unos como otros sabían que es imposible derribar un gobierno establecido manteniéndose escrupulosamente dentro de los principios de la equidad o de clemencia. Todas las empresas de aquel famoso tribunal que duró muchos años fueron pues muy crueles y excesivamente arbitrarias haciendo un verdadero estrago en la iglesia y en las universidades. Empezaron por molestar, vejar y encarcelar al clero, y acabaron por proscribirle, añadiendo el ultraje a la crueldad, pues trataban de escandalosos a todos los que perseguían procurando hacerlos odiosos después de hacerlos miserables. En medio de eso, el mayor crimen que se podía echar en cara a los más era el que hacían una inclinación de cabeza cuando se pronunciaba el nombre de Jesús; que ponían la mesa de la comunión hacia el oriente; que leían el decreto del rey en que se permitían algunas diversiones los domingos, y algunas otras prácticas que hasta entonces habían sido rigurosamente mandadas por el gobierno eclesiástico y civil.

Es de advertir que todos los historiadores que vivieron hacia aquellos tiempos, y lo que acaso es aun más decisivo, todos los escritores que han tenido ocasión de detenerse en estas extrañas

39 Clarendon, tomo I. p. 257.

revoluciones, representan los desórdenes y convulsiones de Inglaterra como un efecto de las disputas de religión, suponiendo que la disensión política acerca de la autoridad y la libertad estaba subordinada a la otra. Verdaderamente si el rey no hubiera hecho invasión alguna en los privilegios nacionales, no es probable que los puritanos hubiesen nunca adquirido bastante autoridad para trastornar la constitución; mas sin embargo, era tan profundo el abatimiento y sujeción en que había caído Carlos, que si no se hubiera envenenado tanto la llaga con los odios teológicos, hubiera podido remediarse fácilmente. Hubo muchas quejas y bastante fundadas de la interrupción de los parlamentos, de la prisión de sus miembros, del impuesto marítimo y de una administración ilegal y arbitraria; pero las verdaderas causas que llegaron a acalorar al parlamento y a la nación, particularmente a esta última, fueron las sobrepellices, las rejas al rededor del altar, las reverencias que se exigían al acercarse a él, la liturgia, la violación del domingo, las capas pluviales bordadas, las mangas de lino, el uso del anillo nupcial y el de la señal de la cruz en el bautismo. Esto fue lo que precipitó a los dos partidos en tan violentas convulsiones, que trastornaron el estado, debiendo confesarse para vergüenza de aquel siglo y de Inglaterra, que todos los desórdenes de Escocia sin excepción y la mayor parte de los de Inglaterra provinieron de un origen tan mezquino y despreciable.

Se necesita toda la parcialidad de algunos historiadores en favor de aquellos demagogos que se habían constituido a sí mismos en defensores de la pública libertad, para compararlos, como lo hacen, con los más ilustres caracteres de la antigüedad, colocando los nombres de Pym, Hambeu y Vane al lado de los de Catón, Bruto y Casio. No es decir que acaso aquellos cediesen a estos últimos en destreza, valor y grandeza de proyectos, pero ¿qué diferencia resalta tan inmensa cuando se consideran los discursos, la conducta, la conversación y los hábitos de unos y de otros! Comparémoslos en un solo punto y meditemos sus consecuencias; los solaces de aquellos antiguos Romanos estaban enteramente consagrados al estudio de la elocuencia griega y de la filosofía, al cultivo de las letras humanas y de la sociedad mas civilizada; mientras que todos los discursos, y el lenguaje de estos héroes modernos era una jerga misteriosa llena de la más baja y vulgar hipocresía.

Las leyes, tales cuales subsistían entonces, protegían a la iglesia anglicana, pero dejando expuestos a los católicos a los mayores insultos de los puritanos y no era posible que aquellos desgraciados *religionistas* pudiesen esperar protección alguna estando tan mal mirados por la secta dominante. Pusiéronse en tela de juicio las contribuciones voluntarias que habían pagado al rey para ayudarle en la guerra contra los *covenantarios* de Escocia; y este generoso socorro se consideró como un atentado. Por un simple mensaje de los comunes, se dio orden a todos los oficiales de aquella religión para salir del ejército, y se instó al rey para que confiscase las dos terceras partes de todas las tierras propias de católicos, pues aunque estaba autorizado por la ley en aquella proporción, siempre se había abstenido de hacerlo prefiriendo una indulgente composición. Se insistió en la ejecución de las sangrientas y rigurosas leyes contra los papistas, y se condenó al suplicio al jesuita Goodman que estaba entonces preso; pero Carlos, conforme a sus principios, hizo escrúpulo de firmar la orden para la ejecución, de lo cual se resintieron mucho los comunes. Aun se conserva una petición muy singular del P. Goodman en la cual solicita ser ahorcado antes que vivir siendo un motivo de mala inteligencia entre el rey y el parlamento. Por fin se libertó del suplicio; pero ya se deja discurrir que más bien sería por haberle olvidado en medio de tantos asuntos más importantes, que no porque se hubiese mitigado un odio tan feroz en consideración a su valor y generosidad.

Hacía muchos años que un tal Cone, eclesiástico escocés, y luego Rosetti, sacerdote italiano, residían abiertamente en Londres y frecuentaban la corte con una comisión del papa, imprudencia altamente ofensiva para la nación que provenía del celo de la reina y de su ascendiente sobre el ánimo del rey; pero estaba ya muy remontado el fanatismo para que se tolerasen por más tiempo semejantes indulgencias.

Habiendo sido herido el juez de paz Hayward en el ejercicio de su empleo por un católico conocido por demente, que se llamaba James, atribuyóse este atentado, no sólo a su locura sino a su

religión y se alborotaron igualmente con este motivo el parlamento y el pueblo; se dio por supuesta una conspiración general de los papistas, y durante algunos días todo el mundo se creyó con el puñal a la garganta. Por más que muchas personas y familias de distinción estuviesen todavía adheridas a aquel partido, nunca llegaban ni a la cuadragésima parte de la nación, y aquellos frecuentes terrores, que tan viva impresión hacían por venir de los católicos, no tanto eran efecto de verdadero temor, como de la rabia que se tenía contra ellos.

Por aquel tiempo fue cuando la reina madre de Francia, obligada a salir del reino por los manejos de la corte, buscó un asilo en Inglaterra, esperando en medio de sus desgracias encontrar protección en los estados de su hija y de su yerno; pero por más que fuese irreprochable su conducta, bastó su religión para ocasionarle insultos del populacho que amenazaron pasar más adelante. Había enviado el conde de Holland, gobernador de Middlesex 100 mosqueteros para su guardia; pero notando que tenían las mismas preocupaciones que el pueblo y repugnaban hacer aquel servicio extraordinario, consultó el caso con la cámara de los pares, no contando ya por nada la autoridad real. Representó cuan indigno era que una princesa tan grande como la madre del rey de Francia y de las reinas de España e Inglaterra, fuese ultrajada por un vil populacho; llamó la atención sobre el eterno desdoro que resultaría sobre la nación entera si aquella desgraciada reina experimentaba algún desmán por parte de aquellos furiosos; insistió sobre los sagrados derechos de la hospitalidad, de que no era lícito dispensarse con nadie y mucho menos con una mujer desgraciada y de tan alta jerarquía, y que tan de cerca estaba ligada con la nación. Tuvieron por conveniente los pares comunicar el asunto a los comunes, cuya autoridad era absoluta en el pueblo; y estos reconocieron la necesidad de proteger a la reina madre, pero manifestándole al mismo tiempo su deseo «de que saliese del reino para calmar las inquietudes producidas en el corazón de los fieles súbditos del rey por algunos objetos repugnantes que rodeaban a aquella princesa, por el concurso de clérigos y de papistas que se veían en su casa y por la práctica idólatra de la misa y otros ejercicios supersticiosos de la iglesia de Roma con gran escándalo de la verdadera religión.»

En el primer período de su reinado, se había esforzado Carlos por vencer el humor intratable de los comunes y su propensión a la usurpación por medio de una obstinada perseverancia en sus miras, una majestuosa dignidad en su conducta y una rara firmeza en defender, cuando no en aumentar los derechos de su prerrogativa; mas habiéndole convencido la experiencia de que eran inútiles sus esfuerzos, y de que sólo servían para envilecerle más y más, tomó la resolución de variar enteramente de conducta y rescatar la confianza de su pueblo a fuerza de complacencias, concesiones y una conformidad total con sus gustos y preocupaciones. No consideraba que en una situación tan difícil, así como en las pruebas que había sufrido desde el principio de su reinado, la verdad norma de buen gobierno no consistía en la obstinación ni en la excesiva facilidad sino en una mezcla juiciosa de una y otra, acomodada a las circunstancias actuales y a las pretensiones particulares de sus adversarios: así puede desde luego asegurarse que aquel nuevo exceso en que cayó Carlos por falta de consejo y de prudencia, fue tan peligroso para la constitución y tan pernicioso a la paz pública como aquel otro en que por desgracia había perseverado tanto tiempo.

### **Derechos de tonelada y *poundage*.**

Anularon los comunes con seguridad de buen éxito las pretensiones del rey relativas a los derechos de tonelada y *poundage*; y en efecto, eran tan inconsecuentes las tentativas de sacar contribuciones que no estuviesen consentidas por el parlamento en una constitución libre, en que el pueblo tiene el privilegio fundamental de no poder ser gravado sino con su consentimiento, que no podían tolerarlas por más tiempo aquellos restauradores de la libertad. Así en el preámbulo del *bill* en que los comunes concedieron por fin aquel derecho al rey, tuvieron gran cuidado de fijar en términos enérgicos y positivos la facultad que ellos tenían de concedérsele o quitársele a la corona sin que ésta fuese nunca dueña de tomársele con independencia; y con la mira de aumentar o más

bien de fijar decididamente la sujeción del rey, concedieron aquel impuesto sólo por dos meses, y luego le renovaron por términos muy cortos<sup>40</sup>. Carlos, para manifestar que estaba en ánimo de no romper nunca con su parlamento, consintió sin escrúpulo ni reparo en aquella importante decisión.

### **Bill trienal.**

Con respecto al *bill* relativo a la *triennialidad* de los parlamentos, puso alguna dificultad, porque prevenía un antiguo estatuto de Eduardo III que hubiera de convocarse el parlamento una vez cada año, o mas a menudo si fuese necesario; mas como no se había previsto el caso de suspensión ni prescrito el método para la ejecución de este reglamento, solo había pasado por una declaración general de que era lícito dispensarse. Reparóse esta falta por los vigilantes reformadores que acababan de tomar las riendas del gobierno, determinando que si el canciller, a quien hicieron severas prevenciones, dejaba de expedir de tres en tres años cartas convocatorias el 3 de setiembre, podrían suplir esta falta doce pares o mas; a falta de los pares los *sheriffs*, los alcaldes o los bailes etc. quienes advertirían a los electores para que hiciesen la elección y en su defecto, los electores mismos se juntarían, y procederían a la elección de diputados como si se hubieran enviado regularmente convocatorias por la corona; últimamente, que cuando estuviese reunido el parlamento, no se podría prorrogar ni disolver durante el espacio de quince días sin consentimiento de los mismos individuos de él. No hay duda que este *bill* suprimía algunas de las más nobles y preciosas prerrogativas de la corona; pero también es cierto que nada había más oportuno para plantear un nuevo plan regular de legislación y libertad. Era de esperar mucha resistencia de parte del rey a la convocación de los parlamentos, cuando estas asambleas como se veía en los últimos ejemplos que estaban dando, se atribuían la facultad de hacer observaciones sobre todos los ramos del gobierno, así como era muy difícil que, durante una larga interrupción de parlamentos, dejaran de deslizarse abusos, para lo que era una buena lección la reciente experiencia, por consiguiente era entonces necesario que el rey y su consejo ejerciesen una autoridad discrecional, y que fuesen supliendo a cada necesidad que ocurriese con providencias momentáneas al poder legislativo, cuyas asambleas eran tan inciertas y precarias.

Después de haberse convencido Carlos de que sólo así se darían por satisfechos el parlamento y el pueblo, consintió en fin en el *bill* que ocasionaba una novedad tan importante en la constitución: ambas cámaras le dieron gracias solemnemente, y Londres y toda la nación manifestaron el mayor regocijo; por todas partes sólo se oían expresiones de reconocimiento, y parecía que iban a renacer la confianza y la generosidad. Ya se deja discurrir que la conformidad del rey no sería del todo voluntaria por lo mismo que era tan importante; y la única consecuencia que sus partidarios pudieron sacar de su complacencia fue que había adoptado un nuevo plan de administración y que en adelante estaba resuelto a ganar con toda especie de concesiones el afecto y confianza del pueblo.

Por más sacrificios que Carlos hubiese hecho al público, todavía temió que no se tuviesen por suficientes si no concedía algunas mercedes a los particulares que se habían puesto al frente de los consejos y de las resoluciones; por tanto se determinó a mudar de ministros como de sistema. En un solo día admitió al consejo privado a los condes de Hertford, de Bedford, de Essex, de Bristol, y a los lores Say, Saville y Kimbolton. Algunos días después nombró también al conde de Warwick, todos los cuales pertenecían al partido popular, y sin embargo algunos de ellos se mostraron los más firmes apoyos de la monarquía cuando llegaron las cosas al último punto.

---

40 Una de las instrucciones de la cámara a la comisión encargada de redactar uno de estos *bills* era que tuviese mucho cuidado en imponer unos derechos levísimos a los géneros nacionales, y que gravase a los extranjeros cuantos pudiera soportar el comercio lo cual prueba que ya se empezaba a comprender la naturaleza de este último.

El obispo de Londres, Juxon, que nunca había estado contento con el cargo de tesorero, solicitó con muchas instancias que se le permitiera renunciarle para entregarse enteramente al cuidado de la turbulenta diócesis que se le había confiado. Consintió en ello Carlos, y se notó con admiración que durante todas las pesquisas que se hicieron con tanto rigor contra los ministros y los prelados, aquel virtuoso varón, que se hallaba revestido a un tiempo de dos tan odiosos caracteres, se vio siempre a cubierto del odio y de la envidia. Estaba destinado para suceder a Juxon el conde de Bedford, hombre popular y que por su seso y moderación había adquirido mucha autoridad; pero por desgracia del rey y de la nación murió en aquel mismo tiempo.

Con motivo de las citadas promociones, tuvieron entrada en la carrera de los honores Saint-Jhon, como fiscal general; Hollis, para secretario de Estado, puesto que había quedado vacante por la fuga de Windebanck; Pym, para canciller de la tesorería en lugar de lord Cotington, que había renunciado; lord Jay para presidente de las tutorías en lugar del mismo magnate; el conde de Essex, para gobernador y Hambden para preceptor del príncipe de Gales<sup>41</sup>. Lo único que retardó la ejecución de todos estos proyectos, fue la dificultad de satisfacer a todos aquellos que por su celo y la autoridad de que gozaban en el parlamento tenían pretensiones a varios empleos y no les faltaban medios para turbar o entorpecer los negocios públicos. Por otra parte sus colegas, a quienes Carlos quería distinguir con sus mercedes, temían exponerse a que los otros creyeran que ellos habían trabajado para sí, y sacrificado la causa nacional a sus miras ambiciosas; y considerando que no podían deber sus adelantos más que a su peso y consideración en la cámara, estaban por la mayor parte resueltos a permanecer inseparables de aquella asamblea, lo cual no podían esperar sino fortificando en ella su crédito y dándole autoridad. En cuantas ocasiones habían ocurrido, nunca supieron dar otro consejo al rey más que el de que se dejase conducir por su gran consejo o, en otros términos, que se resignase pasivamente a toda su voluntad; así conoció Carlos que en lugar de hacerse amigos con los empleos y honores que quería distribuir, no hacía más que prestar a sus enemigos nuevas armas para ofenderle.

El principal objeto del rey en la mudanza del ministerio había sido salvar la vida del conde de Strafford y amansar a fuerza de complacencias la rabia de sus más furiosos perseguidores; pero estaba tan consolidada la opinión de la mucha experiencia y habilidad de aquel valido, que los nuevos consejeros y ministros cuya elección meditaba, no dudaron en manera alguna de que si se sustraía a su venganza, no tardaría en volver al mismo grado de favor y autoridad; y así su muerte era la única seguridad que podían apetecer para consolidar su poder para el logro de todas sus empresas. Se le siguió pues la causa con el mayor ardor.

### **Causa de Strafford.**

Inmediatamente después que se le secuestró del parlamento y se le encerró en la Torre, nombraron los comunes, para que redactasen los artículos que habían de servir de base a su acusación, trece comisionados, a quienes se agregó una pequeña comisión de la cámara de los lores, reuniendo así la autoridad de las dos cámaras para examinar los testigos, admitir las deposiciones y aclarar todos los puntos de la conducta y acciones del conde<sup>42</sup>. Después de una inquisición tan general e ilimitada hecha por sus más implacables enemigos, apenas hubieran bastado en aquel hombre toda la circunspección e inocencia posibles para que faltase algún motivo de acusación contra él.

Los comisionados de los comunes se juraron mutuamente el mayor secreto en todas las operaciones; práctica desconocida en el reino y que les daba el aspecto más bien de conspiradores que de ministros de la justicia. El objeto de aquel rigor no era otro que privar al conde de todos los medios de eludir sus pesquisas o preparar su justificación.

41 Clarendon, tomo I, p. 2 10.

42 Clarendon, tomo I, p. 192.

Se pidió permiso al rey para examinar a sus consejeros privados acerca de las opiniones que se habían emitido en el consejo, y Carlos tuvo la imprudencia de permitirlo; lo cual equivalía a destruir toda la confianza mutua de las deliberaciones del consejo, en donde se supone que todos los individuos gozan de entera libertad para proponer sin temor de responsabilidad cuantos arbitrios les ocurran, impugnar toda clase de opiniones y apoyar toda suerte de argumentos.

Fue también acusado de alta traición, traído de Irlanda y encarcelado muy estrechamente sir Jorge Ratchiffe, amigo e íntimo confidente del conde. Como no se le siguió causa en justicia, el juicio más caritativo que podemos hacer de tal determinación es que los comunes trataban de privar a Strafford, en medio de sus apuros, de la asistencia del mejor de sus amigos y el más capaz de justificar la inocencia de su conducta e intenciones<sup>43</sup>.

Cuando se supo en Irlanda el designio formado para la ruina del conde, la cámara irlandesa de los comunes que tan recientemente había hecho los mayores elogios de su administración, urdió contra él las más violentas arterías y preparó representaciones acerca del miserable estado en que suponía que había sepultado al reino con sus desaciertos. Envió diputados a Inglaterra para ayudar a la comisión en la vista del proceso, y como aquellos comisionados irlandeses se intimaron mucho con los corifeos populares, todas las resoluciones del parlamento irlandés no fueron ya más que un eco de sus informes y dictámenes.

Formó una acusación acaloradísima contra sir Ricardo Balton, canciller del reino, contra sir Geraldo Lowther, ministro de la justicia y contra Bramhal, obispo de Derry<sup>44</sup>. Este paso, que no era más que una imitación exacta de lo que habían hecho los comunes de Inglaterra, sirvió para las mismas miras, pues privaba a Carlos de los ministros que gozaban de su principal confianza, al mismo tiempo que atemorizaba a los otros, y retraía a los que sabían muy bien cuáles eran los verdaderos méritos de Strafford de hablar en su favor en presencia del parlamento de Inglaterra.

1641.—Los obispos, a quienes los cánones prohibían tomar parte en un proceso criminal, y que no querían aumentar la irritación ya demasiado pronunciada de los comunes contra su orden, tomaron por sí mismos el partido de retirarse<sup>45</sup>. También declararon los comunes que los pares de nueva creación no debían tener voto en la causa, porque habiendo sido resuelta la acusación cuando ellos estaban en la otra cámara, ya su juicio estaba tácitamente comprendido en el de ésta. A pesar de esta decisión, que no llevaba más objeto que el de privar al conde del auxilio de tantos amigos, lord Seymour y algunos otros continuaron tomando asiento en la cámara alta sin que nadie les disputase aquel derecho.

Había empeño en dar suma solemnidad a aquel gran proceso, y así se mandaron construir tablados para las dos cámaras en Westminster-Hall, a un lado para los acusadores y al otro para los jueces (22 de marzo), y se preparó una tribuna con celosías detrás del asiento del presidente para el rey y la reina, que estuvieron presentes a todas las sesiones<sup>46</sup>.

Una acusación intentada por los esfuerzos reunidos de los tres reinos contra un hombre solo, sin protección, sin abogado, y oprimido bajo el peso de la autoridad, no parece que podía prometer sino una lucha muy desigual; mas con todo fueron tales la capacidad, el ingenio y la serenidad que desplegó aquel grande hombre, que mientras tuvieron cabida en el proceso la razón y la ley, fue la victoria incontestablemente suya. Es verdad que sucumbió a la violencia manifiesta de sus feroces e implacables enemigos, pero no fue vencido por ellos.

Veinte y ocho fueron los cargos que se hicieron al conde de Strafford, así contra su privada conducta como en calidad de presidente del consejo de York, de gobernador de Irlanda, de consejero y comandante de las tropas de Inglaterra. Aunque la comisión había empleado cuatro meses enteros para redactarlos, y sus respuestas fueron todas improvisadas en el momento, basta comparar unos y otras para convencerse de que era inocente del crimen de traición, sin que apareciese la menor

---

43 Id. p. 214.

44 Rushworth, tomo, V, p. 214.

45 Clarendon, tomo I, p. 216.

46 Whitlocke, p. 40, Rushworth, tomo IV, p. 41, May, p. 90.

sombra de él, y de que hasta su conducta, atendida la humana flaqueza, era irreprochable y digna de elogios, a pesar de las severas observaciones que se hicieron sobre ellas.

Eran tan latas las facultades que el rey había dado al consejo de York de que era presidente Strafford, que carecían de ejemplo; pero como la primera institución de aquel tribunal procedía de una extensión de la prerrogativa real, el príncipe había variado a menudo sus instrucciones, y tan legal era cuando gozó de toda la plenitud de autoridad como cuando estuvo más reducida y moderada. Era injusto inferir que Strafford hubiese empleado su influjo para proporcionarse toda aquella extensión de autoridad, cuando era evidente que mientras ella duró, ni siquiera una vez asistió al tribunal ni ejerció el menor acto de jurisdicción.<sup>47</sup>

En el gobierno de Irlanda, no había llevado otra mira su administración que el interés de su soberano y el de los pueblos que le estaban confiados. Había pagado deudas enormes y dejado una suma considerable en el tesoro, como que sólo en su tiempo se habían podido equilibrar los gastos con los ingresos. El miserable ejército que encontró allí a su llegada en el mayor desorden, adquirió bajo su mando no sólo aumento numérico, sino la más severa disciplina. Levantó fuerzas considerables y las pagó bien para sostener la autoridad del rey contra los *covenantarios* de Escocia.

Sólo a su cuidado se debió el que la industria y las artes se introdujesen en aquella rústica nación. Se centuplicó la marina del reino<sup>48</sup>; se triplicaron los productos de las aduanas<sup>49</sup>, y se dobló el valor de las mercancías nacionales y extranjeras, se dio vida a las fábricas y en especial a las de lienzos que ya se hallaban establecidas<sup>50</sup>; progresó la agricultura con el establecimiento de colonias inglesas y escocesas, y por último se propagó la religión protestante sin persecuciones de los católicos.

Fortaleció los resortes de la autoridad sin llevarla al exceso, y aunque es verdad que se le echaban en cara muchos actos de arbitrariedad, como por ejemplo los tribunales marciales, los alojamientos militares por boletas, algunas decisiones en el consejo por una simple petición, varios decretos publicados en su nombre que imponían castigos contra los infractores, es menester considerar que en aquel siglo era común, no así como quiera en Irlanda sino hasta en la misma Inglaterra el ejercicio de la autoridad discrecional; y tanto más necesario en una nación poco civilizada, apenas sujeta y embravecida contra la religión y costumbres de sus conquistadores, muy dispuesta además a volver si podía a la rebelión y al desorden. Cuando los corifeos de los comunes pedían a cada instante que se examinase la conducta del gobernador de Irlanda con la severidad propia de la ley, él recurría al ejemplo de sus predecesores y a la necesidad incontestable de su situación.

Había comprendido tan perfectamente el arte de dirigir las elecciones y equilibrar los partidos, que siempre había determinado al parlamento de Irlanda a concederle lo que necesitaba para el pago de las deudas antiguas y para la manutención de las nuevas tropas, sin que jamás se hubiese visto precisado, como el gobierno de Inglaterra, a arbitrios reprobados por las leyes para subvenir a las necesidades públicas. No fue posible hacerle el menor cargo de rapacidad, y lo único que pudo probarse fueron algunas altiveces de lenguaje y aun tal vez de acción. De todas las que se fueron inquiriendo con tanto escrúpulo la que parece más clara y menos excusable es la relativa a lord Mountnorris.

Habíase contado a la mesa del lord canciller Loftus, que uno de los criados mayores del gobernador, llamado Annesley, al tiempo de mover una silla había tropezado fuertemente con el pie de su amo, que estaba entonces atacado de la gota. «Tal vez quería vengarse —dijo Mountnorris, que era uno de los convidados—, de aquella pública afrenta que el lord gobernador le hizo un día; pero tiene un hermano que no se hubiera vengado así.» Esta expresión suelta, en la apariencia inocente o por lo menos ambigua, llegó a oídos de Strafford, el cual bajo pretexto de que aquella expresión podía mover a Annesley a vengarse de otro modo, mandó formar consejo de guerra a

47 Rushworth, tomo IV, p. 145.f

48 Nalson, tomo II, p. 45.

49 Rushworth, tomo IV, p. 124.

50 Warwick, p. 115.



Mountnorris, que era militar, como culpable de sedición contra su general. El tribunal, que estaba compuesto de los principales oficiales del ejército, juzgó el crimen digno de la pena de muerte y condenó Mountnorris a ser degollado.<sup>51</sup>

En vano alegó Strafford para su defensa sobre este cargo que la sentencia contra Mountnorris era un acto de que debía responder el consejo de guerra y no el gobernador; que la sentencia había sido unánime; que él no había dicho una sola palabra a los jueces; que antes bien se había presentado a ellos con la cabeza descubierta en calidad de demandante, y que se había retirado inmediatamente para dejar el campo libre a la discusión; que habiéndole parecido atroz la sentencia, había conseguido de su majestad el perdón del reo; que ni por un momento le había dejado dudoso de su suerte, sino que al instante le dijo que primero se dejaría cortar la mano que firmar la orden de ejecución para una sentencia semejante, tanto más cuanto él no veía peligro alguno para su vida, y en fin que el único daño que había sufrido Mountnorris era una prisión de dos días, al cabo de los cuales se le puso en libertad. En vano añadieron los amigos del conde, para completar su apología, que aquel Mountnorris era un hombre de un carácter infame, que hacía la corte a los gobernadores con las más bajas adulaciones mientras estaban presentes, y luego que dejaban el puesto esparcía contra ellos las más odiosas calumnias; y que sabiendo esto Strafford, no había tenido otra intención que la de domar aquel ánimo perverso. Estas excusas atenúan en efecto la falta, pero siempre resultará de lo dicho que, aunque verdaderamente magnánimo, algo se había dejado contaminar el pecho del gobernador por los halagos de la autoridad suprema y del mando absoluto.

Cuando Strafford fue llamado a Inglaterra, encontró el estado en una confusión tal con la revuelta de los escoceses y los descontentos de la nación inglesa, que si había aconsejado algunas providencias violentas, hubiera podido justificar su conducta con la gran ley de la necesidad que no admite en los males extremos ni escrúpulo, ni miramiento, ni demora<sup>52</sup>; pero en la realidad no se probó nada que fuese ilegal ni en sus acciones ni en sus consejos, reduciéndose todo su crimen en los últimos tiempos a algunas expresiones duras o tal vez imperiosas que se le escaparon en medio de las más tristes circunstancias y hallándose en muy mala salud.

Si satisfactoria pareció la apología de Strafford cuando respondió punto por punto a todos los cargos de la acusación, mucho más decisiva resultó su victoria cuando habiéndolos reasumido todos, rechazó la imputación de alta traición que se le hacía; crimen que los comunes se empeñaban en deducir de la totalidad de sus actos. Entre todas las especies de crímenes, la que la ley inglesa ha definido con más escrupulosa atención, es la de traición contra el estado, porque siempre se creyó necesario proteger a los súbditos en un punto tan capital contra la violencia del rey y de sus ministros. En el famoso estatuto de Eduardo III se hace una larga reseña de todo lo que puede calificarse de traición, pero se excluyen de esta denominación todos los demás crímenes que no están expresamente nombrados en él. Ni una palabra siquiera se halla en el estatuto de las traiciones que haga referencia a la especie de crimen denominada *intento de trastornar las leyes fundamentales*; antes bien el verdadero trastorno efectivo de todas las leyes era el empeño de introducirle arbitrariamente en aquel fatal catálogo, destruyendo así, so color de libertad, la más sólida barrera alzada por el parlamento para defenderla.

Como era enteramente nueva aquella especie de traición inventada por los comunes y enteramente desconocida en las leyes, también les fue necesario inventar otra especie de prueba por la cual se pretendía hacerla recaer en el preso. Inventóse pues una especie de evidencia acumulatoria o constructiva por la cual muchas acciones poco criminales de suyo y hasta inocentes podían estando unidas, formar una traición y sujetar al acusado a todas las penas de la ley. Una palabra inconsiderada, una acción temeraria o apasionada auxiliada de la maligna y agriadas con interpretaciones violentas, podían convertirse de este modo en el más negro crimen, con lo cual, no protegidas ya por la justicia ni las vidas ni las haciendas de toda una nación, quedaban abandonadas a todo linaje de desafueros.

51 Rushworth, tomo IV, p. 187.

52 Rushworth, tomo IV, p. 559.

«¿Donde ha estado escondida —exclamó Strafford— esa especie de crimen por tanto tiempo? ¿Donde ha estado encubierto ese fuego durante tantos siglos que ni siquiera le haya revelado algún humo hasta ahora que se descubre sólo para consumirnos a mí y a mis hijos? Más valdría carecer enteramente de leyes y conformarnos lo mejor que pudiésemos, siguiendo las máximas de una cautelosa prudencia con la voluntad arbitraria de un tirano que el imaginarnos que hay una ley en que podemos confiar y encontrarnos luego con que esta ley impone castigos antes de su promulgación y nos entrega a la justicia en virtud de unas máximas inauditas hasta el momento del proceso. Si navegando por el Támesis hago pedazos mi barco contra una áncora que careciese de boya para advertirme el peligro, es claro que el dueño de ella habrá de resarcirme el perjuicio; pero si el áncora esta bien señalada no tendré que quejarme sino de mí mismo. ¿Cual es la boya que indica ese crimen? ¿Cual la señal por que he podido distinguirlo? Oculto estaba debajo del agua y toda la sensatez e inocencia humanas no han podido salvarme de la ruina que me amenaza.

»No hace menos de 240 años que se definieron las traiciones, y en todo este espacio de tiempo, yo soy el primero, el único para quien se da tanta latitud a la ley. Milores, hemos vivido felizmente, para nosotros mismos, en lo interior de nuestra patria, hemos vivido con gloria en lo exterior para el mundo; contentémonos con lo que nos han dejado nuestros padres, y no nos tiene la ambición para desear saber más que ellos en esas artes sangrientas y destructoras. Muy cuerdamente obraréis, Milores, y muy bien habréis provisto vuestra propia seguridad, a la de vuestros descendientes, a la de todo el reino, si dais al fuego esos tremendos y misteriosos volúmenes de traiciones arbitrarias y constructivas, como los primeros cristianos arrojaron también a él sus libros de artes curiosas, para ateneros a la letra del estatuto que os señala donde está el crimen y os traza la senda por donde podéis evitarle.

»Guardémonos de despertar para nuestra propia ruina esos leones dormidos, revolviendo una multitud de antiguos decretos que por tanto tiempo han estado condenados al polvo y al olvido. No añadiréis, Milores, a mis muchas aflicciones una que yo miraría como la más acerba, y sería la de que, por mis otros pecados, que no por mis traiciones, tuviese yo la desgracia de dar ocasión a introducir un ejemplo tan pernicioso a las leyes y libertades de mi patria.

»Dicen mis acusadores que hablan por el bien público y quiero persuadirme que así lo piensan; pero si me es permitido decirlo aquí, yo soy el que está hablando por el público bien, porque son tales los inconvenientes y desórdenes que van a seguirse del punto que se quiere establecer con mi ejemplo y para mi ruina, que muy pronto se verá caer el reino en el estado que pinta un estatuto de Enrique IV, y ninguno sabrá como regir sus palabras y sus acciones.

»No impongáis, Milores, dificultades insuperables a los ministros, ni los coloquéis en la imposibilidad de servir lealmente a su rey y a su patria; porque si su conducta se pesa por granos y escrúpulos, y bajo penas tan rigurosas, no podrán soportar el examen. En tal caso quedarán abandonados los negocios públicos, y jamás un hombre prudente que tenga honra o hacienda que perder se arriesgará a entrar en una carrera tan terrible y tenebrosa.

»Milores, he cansado más vuestra atención de lo que hubiera debido; y si no fuera por el interés que me inspiran las dulces prendas que me dejó una santa que ahora está en el cielo... no sería capaz...» (Aquí el conde volvió los ojos hacia sus hijos y le interrumpieron las lágrimas). «Lo que tengo que perder por mí mismo es nada; pero confieso que si mi indiscreción les hubiese de ser funesta, sería muy profunda mi herida. Vuestra bondad os hará perdonar mi flaqueza. Habría añadido todavía algo, pero conozco que no estoy en estado de hacerlo y omito lo demás que tenía que decir.

»Ahora, Milores, gracias a la bondad del cielo, me hallo bien convencido de la absoluta vanidad de todas las cosas temporales comparadas con la importancia de nuestra eterna duración. En este estado, Milores, me someto con tanta serenidad de espíritu como humildad, libre y solemnemente a vuestro fallo; y ora vuestra justicia decida mi vida, ora mi muerte, iré a descansar, lleno de confianza y gratitud en los brazos del grande autor de mi existencia.»

Cierto dice Witlocke<sup>53</sup> con su acostumbrado candor, *que jamás hombre alguno representó tal papel en un teatro semejante con más sensatez, entereza y elocuencia, ni con más razón, juicio y mesura, y ni aun con más elegancia en su discurso y continente que este grande y excelente personaje. Así fue que excitó remordimientos y compasión en los corazones de todos los concurrentes a excepción de un corto número.* Es de observar que el historiador cuyas son estas palabras era presidente de la junta que dirigía la acusación. Duró esta diez y ocho días con la defensa, y los comisionados repartieron entre sí los cargos para atacar al presunto reo con todo el peso de la autoridad, con toda la vehemencia de la retórica y toda la minuciosidad de una larga preparación. Viose precisado Strafford a guardar mucha mesura y deferencia con sus inveterados enemigos, que eran los comunes, la nación escocesa y el parlamento de Irlanda; se tomó muy poco tiempo, en cada cargo, para recoger sus ideas y presencia de ánimo, y a pesar de estar solo, sin auxilio de nadie, mezclando la modestia y la humildad con la firmeza y el vigor, hizo una defensa tan bella, que los comunes se vieron en la imposibilidad de obtener sentencia contra él por medios legales.

Pero estaba decretada su muerte por el partido vencedor y era demasiado importante a sus adversarios para que no la consiguiesen por cualesquiera vías, como que además del ingenio extraordinario y de la autoridad de aquel grande hombre de estado, tenían también su venganza. Había amenazado el conde acusar a algunos de los caudillos populares, y se creía que a no haber sido atajado por la acusación de los comunes, tenía pensado fulminar aquel mismo día la denuncia de alta traición contra Pym, Hambden, y algunos otros por haber excitado a los escoceses a que realizasen su invasión. Así, apenas se principió la causa, expidió la cámara de los comunes, un *bill de attainder*, es decir, de convicción y proscripción; y como disposición preparatoria, se presentó contra el conde una nueva prueba que se creyó capaz de desvanecer todos los escrúpulos sobre un método de actuación tan irregular y contrario a todos los usos.

Había recogido sir Enrique Vane, secretario de estado, algunas notas de un debate del consejo, después de la disolución del último parlamento; y encontrándose distante de Londres, había enviado las llaves de su gabinete (tal fue a lo menos la explicación que dio) a su hijo sir Enrique, a fin de que buscarse algunos papeles necesarios para un contrato matrimonial; y como tropezase el joven Vane con aquella colección de apuntes, juzgó que eran de mucha consecuencia y al instante se los comunicó a Pym, que se apresuró a presentarlos en la cámara de los comunes. La cuestión ventilada en el consejo era relativa a *la guerra ofensiva y defensiva con Escocia*, sobre lo cual proponía el rey esta dificultad: «¿Puedo yo emprender una guerra ofensiva hallándome sin dinero?» Y se atribuía a Strafford la siguiente respuesta. «Tome vuestra majestad prestadas 100.000 libras de la ciudad de Londres y acelere cuanto pueda la cobranza del impuesto marítimo, porque habiendo adquirido vuestra majestad el afecto de sus pueblos, está libre y dispensado de todas las reglas de gobierno, y puede ejercer todo cuanto cabe en su autoridad. Una vez que ya ha puesto en práctica todos los demás medios, no se le puede reconvenir ni delante de Dios ni ante los hombres. Vuestra majestad tiene tropas en Irlanda que puede emplear en sujetar *este reino* porque estoy persuadido de que los escoceses no pueden resistir cinco meses.» Contenía además aquella colección algunos consejos de Laud y de Cottinton igualmente violentos, relativos a la facultad que se atribuía Carlos de dispensarse de todas las reglas de gobierno.

Sostuvieron los enemigos de Strafford que aquel escrito, con todas las circunstancias de su descubrimiento y comunicación, equivalía a la deposición de dos testigos y venía a ser una prueba irrecusable de sus perniciosos consejos que se dirigían al trastorno de las leyes y la constitución; pero Strafford y sus amigos replicaban que Vane el padre era el más antiguo e implacable de sus enemigos, que si él mismo, como era muy probable, había enviado voluntariamente aquel papel a su hijo para que se le comunicase a sus acusadores, este solo paso envolvía una violación tan formal de los juramentos y de toda confianza, que bastaba para hacerle indigno de todo crédito; que por decontado la deposición del secretario había sido sumamente dudosa, supuesto que a los dos

---

53 Página 41. El anterior discurso está copiado de Rushworth, tomo IV, páginas 649 y siguientes.

primeros interrogatorios había respondido que no podía recordar los términos, y ni tampoco en el tercero había sido positiva su declaración, pues decía únicamente que Strafford había empleado aquellas expresiones u otras equivalentes. Muy bien podían asemejarse los términos en el sonido y diferenciarse en su significación, y no debía depender la vida de los hombres de una crítica gramatical de algunas expresiones, y mucho menos de las que un ministro había pronunciado sin premeditación, y cuando el que las había oído no las había escrito sino fiado en su memoria, que en el presente caso, con solo alterar la expresión *este reino*, diciendo *aquel reino* —alteración bien leve<sup>54</sup>— las palabras de Strafford no podían referirse más que a la Escocia, y por consiguiente no significaban nada que fuese indigno de un consejero inglés mucho más cuando la discusión no giraba más que sobre aquella nación, y que habiendo ella sola violado el homenaje de obediencia, es claro que a ella sola era a quien se debía sujetar; que se podía probar por testimonio de todos los ministros del rey y por la conocida disposición de las tropas, que jamás se había tenido intención de hacer desembarcar el ejército irlandés en Inglaterra, y que su destino era a Escocia; que de los otros seis consejeros presentes, Laud y Windebank no podían ser testigos: Nortumberland, Hamilton, Cottington y Juxon no se acordaban de haber oído nada que se asemejase a aquellos términos, a pesar de que, por su importancia, tal dictamen no era para olvidarlo fácilmente; que no era probable que una opinión tan desesperada se hubiera expuesto tan abiertamente en el consejo delante del conde de Northumberland, hombre de tan alto nacimiento y jerarquía, cuyo amor a la corte estaba tan subordinado al que profesaba a su patria; que si Northumberland, y sólo él, creía recordar algunas expresiones como la de dispensarse de las reglas de gobierno, aun cuando una máxima de esta naturaleza hubiese salido de la boca de Strafford en la situación desesperada en que habían caído el rey y el reino, podía muy bien defenderse por los principios más favorables a la libertad; últimamente, que era muy injusto fundar una acusación de alta traición en una opinión propuesta simplemente en la mesa del consejo, donde se debía gozar de plena libertad para las discusiones, prescindiendo de que muchas veces sucedía que algunos individuos, para sondear las ideas de otro, proponían dictámenes muy diversos de sus verdaderas opiniones.<sup>55</sup>

### Acusación fiscal.

Aunque sujeta a estas irresistibles objeciones, la declaración de Vane fue la causa real del trágico fin de Strafford, y bastó para hacer que se aprobase el *bill de attainder* sin más oposición que la de 59 votos; pero quedaban otros dos brazos del poder legislativo, que eran el rey y los pares, cuyo consentimiento era esencial, y fácilmente se creía que, obrando con libertad, le desecharían de común acuerdo. Para vencer esta dificultad, emplearon los corifeos populares varios arbitrios, parte de los cuales se debieron a su industria y parte a la indiscreción de sus adversarios.

El primer domingo que siguió a la adopción del *bill* de los comunes, no hubo púlpito alguno de los puritanos en que no resonasen declamaciones sobre la necesidad de hacer justicia de los grandes delincuentes. Alborotóse el populacho, y un tropel de cerca de 6.000 hombres armados de espadas y palos salió de la capital y fue a rodear las salas del parlamento; pusieron en grandes carteles listas de los 59 miembros que habían votado contra el *bill de attainder*, tratándolos de *Straffordistas* y *traidores a la patria*; sus mismas personas estuvieron expuestas a todos los insultos de una canalla furiosa, y cuando pasaba un par del reino, al instante le gritaban *justicia contra Strafford*, añadiendo además todo género de amenazas y horribles manifestaciones cuando sospechaban que alguno podía ser favorable a aquel odiado ministro. Habiéndose quejado la cámara alta a los comunes de estas violencias que eran una manifiesta violación de su privilegio, dieron bien a entender los corifeos populares con su frialdad y afectada indiferencia que no les

54 Mas lo es todavía en inglés, *this* (este) por *that* (aquel). (Nota del Traductor.)

55 Rushworth, tomo IV, p. 560.

desagradaba el tumulto<sup>56</sup>; pero todavía aumentó mucho la efervescencia un nuevo descubrimiento que se hizo por entonces.

Algunos de los principales oficiales militares como Percy, Jermyn, O'Neale, Goring, Wilmot, Pollard, y Ashburham, que eran adictos a la corte o irritados de la conducta del parlamento, habían concebido el proyecto de interesar en favor del rey al ejército inglés, que no disimulaba su desagrado por algunas preferencias del parlamento en favor de los escoceses. Con esta mira se habían asociado bajo juramento del sigilo, y seguían una estrecha correspondencia con algunos partidarios del rey, habiéndose concertado en formar una petición, que había de dirigirse al rey y al parlamento, firmada por todo el ejército. En ella exponían las concesiones sin ejemplo que el rey se había dignado hacer en obsequio de la paz y seguridad pública, las continuas pretensiones de ciertas gentes, tan insaciables como turbulentas, que no podían satisfacerse sino con la subversión total de la antigua constitución, los frecuentes tumultos que aquellas facciones inquietas habían provocado y el peligro en que ponían la libertad del parlamento. Para contener estos desórdenes, ofrecía el ejército ir a Londres y custodiar la asamblea, diciendo en las últimas líneas: «a fin no solamente de suprimir las precedentes innovaciones, sino también de evitar las futuras con que no se cesa de amenazar al reino, y que verosímilmente producirán efectos mucho más desastrosos que las primeras.» Comunicóse una copia de este documento al rey, el cual por una inconcebible imprudencia se dejó persuadir a firmarla de su puño, como una prueba auténtica de su connivencia y aprobación; mas con todo se suscitaron muchas dificultades que hicieron suspender aquel proyecto por espacio de cerca de dos meses antes de que fuese descubierto.

Goring fue el traidor que lo reveló a los corifeos populares, y fácil es imaginar cuales serían las inquietudes de estos, porque las peticiones del poder militar al civil siempre pasan por mandatos disfrazados o más bien patentes, y son de una naturaleza muy distinta de las peticiones de otra cualquiera clase. Pym fue quien dio cuenta a la cámara de aquel extraordinario caso, y apenas se supo que estaba descubierto, se ocultó Percy, y Jermyn pasó los mares, circunstancia que confirmó las sospechas de que había una conspiración muy peligrosa. Hizo Goring su declaración en presencia de la cámara, y Percy en una carta a su hermano el conde de Nortumberland confesaba también una parte de sus circunstancias. Ambos testimonios estaban acordes en el juramento del sigilo, y como este punto había sido negado por Ashburnham, Pollard, y Willemot, en sus varios interrogatorios, pasó por una nueva prueba de alguna resolución desesperada.

Para mas excitar la indignación y el terror hicieron los comunes una protesta firmada por toda la cámara, la cual envió a la cámara alta que la firmó también por unanimidad a excepción de Southamton y Robarts. Los comunes solos, sin participación de ninguna otra autoridad, mandaron que la firmase toda la nación: esta protesta, que ni era ofensiva, ni tenía ninguna importancia en sí misma declaraba únicamente que los que la habían firmado, estaban resueltos a defender su religión y libertades; pero declarando al mismo tiempo en el preámbulo que estas preciosas prendas estaban expuestas al mayor peligro todo con el fin de aumentar los terrores del pueblo.

Por días iba aumentando la inquietud con las voces de alguna nueva conspiración. En el condado de Lancaster se reunían los católicos en gran número; en Surrey tenían sus juntas en cavernas y subterráneos, y habían formado el horroroso plan de hacer volar el Támesis con pólvora para anegar a todos los puritanos de Londres<sup>57</sup>. Hacíanse repuestos de armas del otro lado de los mares, pues unas veces la Francia, otras la Dinamarca habían formado siniestros designios contra el reino, y el populacho, siempre atemorizado con los peligros presentes y enfurecido con los que aun le parecían remotos, estaba más y más dispuesto a pedir venganza y justicia contra el desgraciado Strafford.

Presentóse el rey en la cámara de los lores y declaró que estaba resuelto a no emplear jamás al conde de Strafford en la administración y dispuesto a dar de ello cuantas seguridades se quisiesen; pero añadió que no le parecía que la prueba de traición tuviese fuerza alguna, y que por

56 Whitlocke, p. 43.

57 Sir Eduardo Walker, p. 549.

consiguiente no podía dar su sanción al *bill de attainder*.<sup>58</sup> Alborotáronse mucho los comunes y dijeron que el rey violaba su privilegio tomando conocimiento de un *bill* que todavía no había salido de las dos cámaras. No advirtió Carlos que el principal motivo del *bill* era su afecto a Strafford y que cuanta más inquietud e inclinación manifestaba por su ministro, mas inevitable hacia su ruina.

Cerca de ochenta pares habían asistido con la mayor constancia al proceso del conde; pero tuvo tanto influjo el temor de los movimientos populares, que sólo se hallaron presentes cuarenta y cinco cuando se presentó el *bill de attainder*. Con todo en este corto número, hubo diez y nueve que tuvieron valor para declararse contra el *bill*; prueba evidente de que si hubiese habido libertad para votar, habría sido rechazado sin duda por una gran mayoría.

Al llevarle a los pares, emprendió el fiscal general Saint Jhon establecer dos principios dignos del furor de aquellos tiempos; el uno consistía en que a pesar de la obscuridad de las deposiciones que acriminaban a Strafford, le bastaba a cada uno la seguridad de su conciencia para un *bill* de esta naturaleza, aun cuando no hubiese ninguna otra prueba; el otro era, que el conde no podía alegar la ley en su favor porque él mismo la había violado, y añadió: «Verdad es que nosotros concedemos el beneficio de la ley a los libres y a los gamos porque son objetos de caza; pero jamás ha parecido cruel ni injusto destruir los zorros y los lobos en cualquier sitio en que se los pueda coger porque son alimañas dañinas.»

Apenas hubo intimidado a los lores la violencia del pueblo cuando se emplearon las mismas baterías para arrancar el consentimiento del rey. Empezaron a acudir oleadas de furiosos al rededor del palacio de White-Hall alternando con los gritos de justicia los más insolentes clamores y las más violentas amenazas. Se esparcieron voces de muchas nuevas conspiraciones contra el parlamento: se habló de sublevaciones y de invasiones, y estaba todo el reino en una fermentación tal que parecía amenazado de una conflagración universal. A cualquier lado que tendiese Carlos la vista no encontraba ni seguridad ni recursos, mas antes sus mismos criados y partidarios, consultando primero su propio interés que el honor de su soberano, evitaron dar su dictamen entre el monarca y su parlamento. Asustada la reina de la apariencia de tan gran peligro y ya desde largo tiempo mal dispuesta contra Strafford, no cesaba de llorar y suplicar al rey que concediese al pueblo una satisfacción que tal vez le haría volver a la senda del deber. Solo Juxon, cuyo valor era igual a sus

---

58 Vamos a copiar integro el discurso del rey porque arroja mucha luz sobre el caso. «No tenía intención de hablaros del asunto que hoy me trae a este lugar, es decir, de la acusación contra el conde de Strafford. Pero al fin ha llegado ya el tiempo en que es de toda necesidad que yo tome parte en vuestro juicio. Estoy seguro de que ninguno de vosotros ignora que yo me he hallado presente al examen que se ha hecho desde el principio hasta el fin. Lo que ahora tengo que deciros es que en mi conciencia creo que no puedo condenar al conde por delito de traición, aunque no me cumple daros las razones que tengo para ello ni creo que las esperéis de mi. Es más propio de un príncipe decir positivamente su sentir y es preciso que os diga tres cosas muy verdaderas que nadie puede saber mejor que yo: la primera es que jamás tuve intención de hacer venir a Inglaterra el ejército de Irlanda, y que nadie me ha aconsejado tal cosa la segunda, que jamás se ha discutido nada en mi consejo que diga relación con la infidelidad o poco afecto que yo profese a mis súbditos ingleses, y que nunca he abrigado la menor sospecha contra ellos la tercera; que ninguno me ha aconsejado cambiar ni alterar la menor cosa en las leyes del reino y mucho menos alterarlas todas. Quiero deciros aun más, y es que si alguno hubiese tenido la imprudencia de hablarme de ello, hubiera hecho con él tal escarmiento que convencería a la posteridad de mis intenciones; porque siempre ha sido mi ánimo gobernar con arreglo a las leyes y no de otra manera.

»Deseo que comprendáis bien mi pensamiento. Os he dicho que en conciencia no podía condenar al conde de Strafford como culpable de traición, pero no le juzgo inocente de malversación por eso espero que encontraréis algún arbitrio con que se pueda desagaviar la justicia y libertaros de vuestros temores sin que me oprimáis la conciencia, porque en verdad os digo que aunque haré mucho por contentar al pueblo, ni el temor ni ninguna otra consideración podrán jamás reducirme a hacer cosa contra ella. Ciertamente no creo haber merecido tan poco del parlamento desde que está reunido, que se me deba molestar sobre un punto tan delicado; y así espero que trabajaréis en lo que yo deseo. También os diré que por lo que toca al crimen de malversación, estoy tan convencido de que el conde de Strafford es culpable de él, que sin que sea mi intento trazaros la senda que debéis seguir, no le juzgo digno de servir en adelante ni a mí ni al Estado en ningún empleo de confianza. Os dejo pues, Milores, el cuidado de encontrar, como ya he dicho, algún arbitrio para sacarme de este conflicto y libertar al reino y a vosotros mismos de semejantes inconvenientes. Seguramente el que en su conciencia le crea culpable de traición, muy bien puede condenarle por malversador.»

demás virtudes, se aventuró a hacerle presente que si en el fondo de su corazón no aprobaba el *bill*, debía rechazarle y no consentir en él de ningún modo.<sup>59</sup>

Noticioso Strafford de las inquietudes e irresolución en que se hallaba el rey, tomó un partido muy extraordinario, cual fue el de escribirle una carta en que le suplicaba por el bien del público reposo que terminase su desgraciada aunque inocente vida, y que apaciguase cuanto antes al pueblo concediéndole lo que con tantas instancias le pedía. «Mi propio consentimiento os excusará delante de Dios —añadió—, más que el de todo el mundo; porque no se hace injusticia a los desgraciados consintiendo en lo que desean, y como el cielo me concede la gracia de perdonar a todos con una resignación y tranquilidad que derraman un puro contento en mi alma, ahora que va a desalojarse del cuerpo, puedo, Señor, abandonaros mi vida mundana con todo el gozo posible en reconocimiento de vuestras excesivas bondades.» Acaso se lisonjeaba el desventurado ministro de que el ejemplo de una generosidad tan singular sería un motivo para que Carlos le protegiese con mas ahínco; acaso también creía desesperada su vida, y hallándose en manos de sus enemigos y viendo que el gobernador de la Torre, Tolomeo Balfur, estaba enteramente entregado al partido del pueblo, conoció que le era del todo imposible escapar de los peligros que le rodeaban. Pudiera verse en este paso un noble esfuerzo de desinterés, digno del alma grande de Strafford, si los sucesos posteriores no hubieran demostrado que el consejo que daba al rey era tan funesto para éste como lo fue inmediatamente para él mismo. Después de las angustias más dolorosas y de las más violentas luchas, al fin Carlos comisionó a cuatro próceres para dar el real consentimiento al *bill* en su nombre, lisonjeándose tal vez de que en aquel extremo, como el consentimiento no era voluntario ni iba firmado de su puño, le sería menos severamente tomada en cuenta la injusticia que cometía. Al mismo tiempo fueron autorizados los mismos comisarios para consentir el *bill* que declaraba perpetuo el parlamento.

La política, más bien que la necesidad, había hecho a los comunes tomar el partido de pagar a los dos ejércitos con los fondos que había prestado la ciudad de Londres a cuenta de las contribuciones impuestas al pueblo. Sucitáronse algunas contestaciones y dificultades, ya nacidas naturalmente, ya por insinuación ajena, sobre otro préstamo que se pidió; porque decían los contribuyentes: «Nosotros no tendríamos escrúpulo de prestar al parlamento si estuviésemos seguros de que había de permanecer reunido hasta el reembolso, pero en una situación tan precaria ¿qué seguridad se nos da de nuestro dinero?» Para responder a esta objeción, inmediatamente dispuso la cámara un *bill* que se aprobó de repente y por unanimidad en que se hacía la declaración de que el parlamento no podía disolverse, ni prorrogarse, ni suspenderse sin el consentimiento de ambas cámaras. Con igual precipitación se aprobó, en la de los lores, y desde allí se llevó al rey para que le confirmase con su aprobación. Carlos sobrecogido con el dolor, vergüenza y remordimientos que le causaba la sentencia de Strafford, no comprendió que aquel *bill* era todavía más fatal a su autoridad y perpetuaba el poder de sus enemigos haciéndole del todo irresistible; pero en comparación del *bill de attainder*, por el cual se consideraba cómplice de la muerte de su amigo, le pareció poco importante aquella concesión, circunstancia que daría una triste idea de su sagacidad y firmeza, pero muy alta de la integridad de su carácter y de la bondad de su corazón. Es seguro que este desgraciado príncipe conservó hasta el último momento de su vida un vivo pesar del suplicio del conde, y que en las tristes circunstancias de su propia muerte se le vino a la memoria el recuerdo de aquel crimen con el más acerbo dolor y los más crueles remordimientos. Era tan notoria la extremada violencia con que le fue arrancado su aprobación, que perjudicó mucho menos a su carácter e interés, y aunque en suma abandonó al mejor de sus amigos, no por eso dejó de conservar todavía, a lo menos hasta cierto grado, el afecto de sus antiguos servidores.

Envió al secretario de estado Carleton cerca del conde para informarle de la resolución que le había arrancado la necesidad; y Strafford quedó tan sorprendido que prorrumpió en los términos mismos de la Escritura: «No pongas tu confianza en los príncipes ni en los hijos de los hombres porque no hay que esperar de ellos salvación»; sin embargo, recuperó inmediatamente su valor y se

59 Clarendon, tomo I p. 257.

dispuso tranquilamente a la ejecución de la fatal sentencia. Sólo se le concedieron tres días; y aunque el rey intentó un nuevo esfuerzo en su favor, enviando por medio de su propio hijo una carta a los lores en que les pedía que se pusiesen de acuerdo con los comunes acerca de los medios de mitigar el rigor de la sentencia o por lo menos de obtener alguna demora, tuvo el pesar de que se le rehusase uno y otro.<sup>60</sup>

### Suplicio de Strafford.

Al pasar Strafford desde su habitación a la plaza de Tower-hill, donde estaba levantado el cadalso, se paró debajo de las ventanas de Laud con quien había vivido largo tiempo en la mayor intimidad, y le pidió el auxilio de sus oraciones en el terrible momento a que se acercaba. Prorrumpió en las lágrimas el venerable prelado, y dando con voz trémula tiernas bendiciones a su desgraciado amigo, cayó sin conocimiento entre los brazos de los que le asistían. El conde, superior a su suerte, continuó andando con la cabeza erguida y con aquel aire de dignidad que nunca le abandonaba. Veíase privado de un gran consuelo, apoyo ordinario de los que mueren víctimas de la injusticia y la opresión, pues no estaba apoyado por la gloria ni por la afectuosa compasión de los espectadores; empero la elevación de su alma encontró recursos en sí misma y conservó toda su entereza contra los terrores de la muerte y el insultante triunfo de sus enemigos. Su alocución desde el cadalso fue tan digna como animosa. *Temía* —dijo—, *que fuese un fatal presagio para la reforma que se intentaba en el Estado, dar principio a ella derramando sangre inocente*. Después de haber dado el último a Dios a su hermano y a sus amigos, que se hallaban presentes, y de haber bendecido a sus dulces prendas ausentes, dijo: «¡Ahora va a llegar mi fin! Un solo golpe va a dejar viuda a mi mujer y huérfanos a mis amados hijos, va a privar a mis criados de un amo indulgente y a separarme de mi hermano y de todos mis amigos Pero Dios suplirá por todo.» Al quitarse el vestido y próximo ya a poner la cabeza en el tajo, exclamó: «Doy gracias al cielo de que me deja mirar la muerte sin espanto, y no permite que me deje abatir un instante por el terror. Voy a poner mi cabeza en este tajo con tanta serenidad como si la reclinara en una almohada para dormir.» El verdugo puso término a su vida con un solo hachazo.

Así pereció a la edad de 49 años, el famoso conde de Strafford, uno de los más grandes personajes que tuvo en ningún tiempo Inglaterra. Aunque su muerte fue solicitada a gritos como una satisfacción debida a la justicia y una expiación de los ataques que había dado a la ley, no hay ningún historiador respetable que no asegure que la sentencia que le condenó al suplicio fue un crimen más negro que cuantos invocaron sus implacables enemigos para perseguirle con sus inicuas arterías y feroz perseverancia. El pueblo enfurecido estaba en el más completo error sobre el objeto de su resentimiento; porque todas las dificultades, o, más bien, necesidades que obligaron al rey a entrar en la senda de la ilegalidad para obtener dinero, procedían de otro origen muy anterior a la privanza del conde, y si en ello habían tenido mucha parte la imprevisión y el despilfarro, no era ciertamente por culpa del conde: hasta parece probado que aquellos métodos ilegales que se pusieron en práctica e hicieron creer que estaba destruida la constitución, se adoptaron sin su conocimiento ni participación. Fuesen cuales fuesen los dictámenes que él pudiese dar al rey en sus conversaciones privadas, nunca dejaba de repetir en público y en su misma presencia esta saludable máxima: que si verdaderas necesidades obligaban alguna vez al rey a violar las leyes, era preciso que esta licencia fuese acompañada de la mayor mesura, y que tan luego fuese posible, debía dar una satisfacción a la ley por el perjuicio que hubiese podido sufrir con aquellos peligrosos ejemplos. El primer parlamento que hubo después de la restauración anuló el *bill de attainder*; y algunas semanas después del suplicio del conde, el mismo parlamento que le había condenado a muerte descargó a sus hijos de las consecuencias más rigurosas de la pena, como arrepintiéndose de la violencia con que se había manejado aquel proceso.

60 Rushworth, tomo V, p. 265.



En vano esperó Carlos que en cambio de tantas complacencias como había tenido con el parlamento, éste tendría alguna con él y sería posible restablecer aquella buena armonía que con tanta ansia había deseado aun a costa de su autoridad y de la sangre de su amigo. Todas sus concesiones se envenenaban con la sospecha de si serían de buena o mala fe, y corroboraba mucho esta desconfianza de los ánimos el proyecto que se atribuía al rey de poner al ejército en pugna con los parlamentarios. Era muy natural que el rey buscara algún recurso cuando todos le abandonaban o conspiraban contra él, y no debió ser otro el origen de aquel informe sistema relativo al ejército; pero los cabecillas populares sostenían que había una horrible trama para hacer que avanzasen inmediatamente todas las fuerzas militares y amenazasen al parlamento con violencias, proyecto en que no tenía culpa alguna el rey, según la deposición de Percy; y que por otra parte era impracticable estando tan inmediato el ejército escocés. Sin embargo bastaron estas sospechas para mantener en toda su fuerza aquel odio implacable, y los comunes, sin dar al rey la satisfacción de ver establecidas sus rentas, continuaron vigorosamente sus invasiones sobre la prerrogativa que ya se hallaba del todo indefensa.

### **Abolición de la alta comisión y de la cámara estrellada.**

Las dos pasiones dominantes de aquel parlamento eran el celo de la libertad y la aversión a la iglesia anglicana, y nada podía ofenderle más a ambas que el tribunal de la alta comisión esencialmente arbitraria y sólo establecida con el objeto de defender a la iglesia. La cámara estrellada era otro tribunal que ejercía facultades muy extraordinarias y carecía de reglas y límites fijos, así por la naturaleza de las causas que tocaban a su jurisdicción como por la de sus decisiones y sentencias. Un simple *bill* unánimemente aprobado por las dos cámaras abolió los dos tribunales a un tiempo y con ellos el principal y mas peligroso artículo de la prerrogativa real. En el mismo *bill* se arregló la Jurisdicción del consejo y su ya estrecha autoridad; y aunque vaciló Carlos en dar su consentimiento a aquellos decretos, con todo, viendo que ya se había adelantado demasiado para retroceder, y que si rompía abiertamente no le quedaba recurso alguno, puso por fin en ellos su real sello; mas para dar a entender al parlamento que conocía la importancia de aquella concesión, advirtió a las dos cámaras que aquellos nuevos estatutos alteraban mucho las leyes fundamentales eclesiásticas y civiles establecidas por muchos de sus predecesores.<sup>61</sup>

Con sola la abolición de la cámara estrellada caía indirectamente la facultad real de expedir decretos, y una vez extinguida esta importante parte de la prerrogativa, este poderoso símbolo del poder arbitrario, inconcebible en una constitución limitada, quedaba el sistema de gobierno más consecuente y uniforme. La cámara estrellada estaba sola en posesión de castigar las infracciones de los reales edictos, pero como no quedaban ya más tribunales de judicatura que los de Westminster Hall, los cuales sólo conocen de la ley común, todavía podía el rey expedir decretos, pero ninguno estaba precisado a conformarse con ellos. No poco temeraria era la probatura que en esto hacía el parlamento; porque no se conocía entonces gobierno alguno en el universo y tal vez no se encontrará en la historia, que haya podido subsistir sin la mezcla de alguna autoridad arbitraria confiada a ciertos magistrados, y por de contado podría dudarse si la sociedad humana es capaz de tal estado de perfección que alcance a sostenerse sin más freno que las máximas generales de la ley y la equidad; pero tal vez creyó el parlamento, con razón, que un monarca es un magistrado harto eminente para que deba confiársele una autoridad discrecional que tan fácilmente puede convertir en ruina de la libertad. La experiencia ha demostrado que aun cuando se siguen algunos inconvenientes del apego rígido a la ley, todavía son muy superiores las ventajas, y por eso deben los ingleses una eterna gratitud a la memoria de sus antepasados que consiguieron al cabo de tantos tanteos, esfuerzos y combates, asentar por fin este noble aunque peligroso principio.

---

61 Rushworth, tomo V, p. 387.

A petición del parlamento, en lugar de las patentes *durables según su voluntad*, no las expidió Carlos en adelante a los jueces más que por el tiempo que durase su buen comportamiento, restricción muy importante para asegurar la independencia de la asamblea nacional y cerrar la entrada al poder arbitrario en los tribunales ordinarios.<sup>62</sup>

Por la misma razón se abolió también el tribunal del mariscal, que acostumbraba a conocer de las palabras ofensivas y no tenía limite designado por la ley<sup>63</sup>. Igual suerte tuvieron los tribunales llamados *stannary* (estañeros), cuya jurisdicción era relativa a las minas de estaño, y por la misma causa. Consecuencia de los mismos principios fue también la abolición de los consejos de York y de Gales; y se trasladó a los alcaldes *sheriffs* y magistrados ordinarios la autoridad que disfrutaba el secretario de los mercados que se extendía a la inspección de todos los pesos y medidas del reino.

Últimamente, si se analizan bien todas las operaciones de aquel memorable parlamento en su primer periodo, resultará que a excepción del *bill de attainder* contra Strafford, tan inicuo como cruel, en todo lo demás hizo verdaderos servicios y tan superiores a sus faltas que le merecieron los mayores elogios de los amigos de la libertad. No solamente se puso freno a la usurpación y se corrigieron los abusos, sino que se puso el porvenir a cubierto por medio de excelentes leyes; y por más que los medios que empleó se resientan de la nota de artificio y alguna vez de la de la violencia, debe considerarse que las grandes revoluciones de los gobiernos no se efectúan por la sola fuerza del raciocinio y la discusión; y que cuando están ya formadas las facciones, es casi imposible que los hombres, aun los mas prudentes, inspiren la suficiente moderación ni la observen ellos mismos para evitar todos los excesos.

### Viaje del rey a Escocia.

Por fin tomó algún descanso el parlamento. Carlos había dado algunas esperanzas a sus súbditos de Escocia de que iría a verlos aquel verano, y aunque los comunes de Inglaterra no habían dejado de importunarle para que abandonase el proyecto de aquel viaje, sólo pudieron conseguir que le difiriese. Era el caso que no podía menos en el camino de atravesar por entre los dos ejércitos, y esto es lo que inquietaba a la cámara popular por lo cual se dio tanta prisa a licenciar las tropas de ambas naciones como empeño había tenido antes en conservarlas. Pagáronseles pues rigurosamente sus atrasos a los escoceses, y a los ingleses se les pagó una parte (8 de agosto); después de lo cual se volvieron aquellos a su patria y estos tuvieron permiso para retirarse a sus provincias.

Prorrogóse en seguida el parlamento (9 de setiembre) a sí mismo hasta el 20 de octubre, y en virtud de otra innovación, formó una comisión de las dos cámaras que debía celebrar sus sesiones durante aquellas variaciones con muy amplias facultades. Se nombró a Pym presidente de la comisión de la cámara de los comunes, y no contenta ésta todavía, se arrogó la facultad soberana de expedir decretos, que tuvieron fuerza de ley. Muy bien le pareció esta idea a la nueva comisión, que resolvió imitarla por su parte, y todavía se nombró otra para acompañar al rey a Escocia, so color de observar si se ejecutaban fielmente los artículos de la pacificación, pero en realidad para observar al mismo rey y eclipsar la majestad real realzando la autoridad parlamentaria. Para esta última comisión fueron nombrados el conde de Bedford, lord Howard, sir Felipe Stapleton, sir Guillermo Armyne, Fiennes y Hambden.<sup>64</sup>

Antes de la partida del rey se hicieron esfuerzos para nombrar un protector del reino con facultad de promulgar leyes sin recurrir al soberano, porque a nada menos llegaban el envilecimiento de la autoridad real y el desprecio de la constitución.

---

62 May, p. 107.

63 Nalson, tomo I, p. 778.

64 Rushworth, tomo V, p. 376.

El cúmulo de importantes sucesos ocurridos en este borrascoso periodo nos obliga a referir someramente el matrimonio de la princesa María, hija del rey, con Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, enlace que no se verificó sin que antes se diese cuenta al parlamento, que le recibió con mucha alegría<sup>65</sup>. Así principiaron con la casa de Orange las relaciones que luego produjeron efectos de tan alta importancia, para la monarquía inglesa y para la familia de Estuardo.

---

65 Withlocke, p. 38.

## LV. Carlos I—1641

### Gobierno de Escocia.

Los escoceses, origen de todas estas fatales revoluciones, se persuadieron a que habían llegado al término de una empresa que contaban por muy honorífica y provechosa; además de la abundante paga que habían recibido del parlamento de Inglaterra por haber pasado un año en excelentes cuarteles, había sido recompensada su asistencia fraternal con un regalo de 300.000 libras esterlinas<sup>66</sup>: se los declaraba en los artículos de la pacificación por *buenos súbditos*, y su expedición militar se calificaba de *empresa conducente al honor y provecho de su majestad*; y para más ensalzar su triunfo sobre su soberano, se leyeron estas palabras tan insultantes para él, por orden del parlamento, en todas las iglesias del reino un día de acción de gracias, que se señaló para la pacificación nacional. Era cosa convenida que se ratificarían todas sus peticiones relativas a la restricción de la prerrogativa, y, lo que todavía apreciaban ellos más, tenían esperanza de que al año próximo se esparciría la disciplina presbiteriana en los dos reinos de Inglaterra e Irlanda, a beneficio de las semillas que de ella habían esparcido. No celebró tanto la ingeniosa Atenas haber propagado las ciencias y las artes liberales en un mundo bárbaro, ni quedó la generosa Roma tan satisfecha de sí misma en vista de las leyes y el orden establecidos por el victorioso esfuerzo de sus armas, como ufanos estuvieron los escoceses de haber logrado comunicar su ciego entusiasmo y fervor teológico a las naciones vecinas.

Despojado Carlos en Inglaterra de una parte considerable de su autoridad, y temblando de que todavía se llevase más adelante la usurpación, llegó a Escocia (14 de Agosto) con intención de abdicar casi enteramente la poca porción de autoridad que aun conservaba, y dar si fuese posible, una completa satisfacción a aquel pueblo turbulento.

Eran una antigua institución en el parlamento de Escocia los *lores de los artículos*, cuya institución era la siguiente. Elegían los lores temporales ocho obispos y estos elegían ocho lores; esta comisión de diez y seis lores espirituales y temporales nombraba ocho comisionados de los condados, los veinte y cuatro juntos nombraban ocho particulares de la clase media; a estos treinta y dos miembros se daba el título de *lores de los artículos*, y sin su participación y consentimiento no se podía hacer ninguna proposición en la asamblea parlamentaria. Como los obispos estaban enteramente entregados a la corte, se seguía necesariamente de este método que los *lores de los artículos* dependían del nombramiento del rey; y este, además de su derecho de negativa en los *bills* que habían sido aprobados en el parlamento, gozaba indirectamente otro más importante, que era el que precedía a su admisión. Como el año anterior había sido abolido el banco de los obispos, tomó diestramente de aquí ocasión el parlamento para suprimir del todo los lores de los artículos; y hasta que quedó resuelto este gran punto, no se puede decir propiamente que la nación hubiese gozado de una libertad regular.

Es notable que a pesar de aquella institución, que no tiene semejante en Inglaterra, siempre pasó la autoridad real por ser más débil en Escocia; y una de las ventajas que alegaba Bacon debían esperarse de la unión de los dos reinos era «que la prerrogativa sobradamente lata de Inglaterra se limitaría con el ejemplo de la de Escocia, y que la prerrogativa demasiado estrecha de Escocia se dilataría a imitación de la de Inglaterra.» Eran entonces los ingleses un pueblo civilizado y sujeto a las leyes, en lugar de que en Escocia importaba muy poco cómo o por quién estaban formadas las leyes, siempre que la aristocracia podía impedir su ejecución.

66 Nelson, tomo I, p. 747.

En el parlamento de Escocia, los pares y los comunes no formaban más que una sola cámara, y después que Jacobo introdujo el uso, continuado por Carlos, de conceder a la nobleza de Inglaterra títulos escoceses transmisibles con real licencia a representantes o procuradores, era de temer que con el tiempo todas las determinaciones del parlamento dependiesen del príncipe por los votos de estos extranjeros ausentes que no tomaban interés alguno en los negocios de la nación. Por consiguiente la asamblea expidió una ley muy digna de aprobación, por la cual se mandaba que ninguno pudiese ser nombrado par de Escocia si no poseía en el reino 10.000 marcos, es decir sobre 500 libras esterlinas de renta anual.<sup>67</sup>

Por otra ley se hicieron trienales los parlamentos, añadiendo que el último acuerdo de cada uno de ellos determinaría el tiempo y el sitio en que hubiera de reunirse el inmediato.

Se despojó al rey de la antigua facultad que tenía de publicar decretos en que se amenazase a los contraventores con las penas establecidas para los delitos de alta traición; prerrogativa que ponía en sus manos toda la autoridad legislativa hasta en las materias de mayor importancia.<sup>68</sup>

Hasta aquí no podía desaprobarse la conducta del parlamento; pero el golpe más fatal que se dio a la autoridad real y que en cierto modo equivalía a destronar al príncipe, fue el artículo por el cual se determinó que ningún miembro del consejo privado, que administraba el reino en la ausencia del rey, ningún empleado público y ningún juez podría ser nombrado para gobernar el reino durante la ausencia del rey sin dictamen y aprobación del parlamento. Hasta consintió Carlos en que quedasen privados de sus plazas cuatro jueces que le habían permanecido fieles y que fuesen nombrados sucesores suyos otros cuatro del partido popular. Fueron admitidos en el consejo muchos *covenantarios* y, por una ley especial, se hicieron vitalicios todos los empleos, sin otra condición que la buena conducta.

Mientras que el rey permaneció en Escocia, hubo de conformarse con el culto establecido y no puso dificultad en asistir con toda gravedad a las largas oraciones, y a las eternas prédicas con que tuvieron a bien obsequiarle los presbiterianos. Concedió pensiones y otras mercedes a Henderson, a Gillespy, y a otros ministros populares, y últimamente, ya que no pudiese ganar el afecto general, hizo al menos cuanto pudo para mitigar el odio que se le tenía. Concedió título de marqués al conde de Argyle, el de conde a lord London y el de conde de Leven a Lesley; las circunstancias le obligaron a desdeñar y desconocer a sus amigos, de que no dejaron de descontentarse algunos, al paso que sus enemigos, lejos de reconciliarse con él, atribuyeron sus favores a la fuerza y el artificio.

Argyle y Hamilton, con la idea, verdadera o fingida, de que el conde de Crawford y algunos otros habían formado el proyecto de asesinarlos, salieron desatentadamente de la asamblea y se retiraron a sus estados, pero habiéndoles hecho instancias y dado seguridades, volvieron pocos días después. Este suceso, que no tuvo causa ni efecto visibles, así como no pudieron verse tampoco ni sus motivos ni sus consecuencias, se llamó misteriosamente *el incidente*; pero lo admirable es que no habiendo producido efecto alguno en Escocia, los produjo muy grandes en Inglaterra. Había vuelto a reunirse el parlamento el 20 de octubre y con el objeto de despertar la ternura del pueblo a fuerza de temores, fingió que estaba muy consternado porque los *malignos*, que así llamaban al partido realista (*the malignants*), habían formado el plan de acabar con los comunes y con todos los hombres honrados de ambos reinos. Recurrió al conde de Essex, a quien Carlos había dado el mando en el mediodía de Inglaterra, y este general envió una guardia a la cámara de los comunes.

Pero mientras que el rey hacía todo lo posible para pacificar la Escocia y se preparaba a volver a Inglaterra con la mira de hacer igual servicio a sus pueblos, recibió la noticia de una peligrosa sublevación en Irlanda con circunstancias horribles y verdaderamente inauditas de muertes y saqueos. Estaba aquel desgraciado monarca como predestinado a los descontentos, las facciones y las guerras civiles, y en todos sus dominios a un tiempo, y por casualidades del todo independientes de su voluntad, estallaba el incendio en torno de él.

---

67 Burnet, *Memorias*.

68 Id.

Había sido el gran plan de Jacobo y lo continuaba siendo de Carlos, en la administración de Irlanda, reconciliar con las leyes a aquella turbulenta nación por medio de la justicia y de la paz; e introducir las artes y la industria para curarla de aquella holgazanería y barbarie de que nunca había salido. Ya hemos visto que con este doble objeto y para conservar la sumisión de los dominios de Irlanda había enviado allí Jacobo colonias de ingleses, los cuales, mezclándose con los naturales del país, había hecho tomar una nueva faz a la nación. Cuarenta años seguidos de paz parecían haber extinguido del todo los odios inveterados entre las dos naciones, y aunque una gran porción de tierras confiscadas con motivo de la rebelión habían pasado a manos de los nuevos colonos, estaba más que recompensada la Irlanda con la introducción de la agricultura, la albañilería, las fábricas y todas las demás artes de la vida civilizada. Éste había sido el curso de la cosas bajo las sucesivas administraciones de Chichester, Grandisson, Falkand y sobre todo en la de Strafford, durante la cual habían tocado ya a su madurez los planes de pacificación, que conducidos por él con el vigor y habilidad que le eran propias, habían llegado a dar a aquella región selvática por lo menos el aspecto de un establecimiento europeo.<sup>69</sup>

Luego que Strafford cayó víctima de las iras populares, no fue posible calmar de pronto los disturbios ocasionados en Irlanda por aquel suceso, y que continuaron produciendo gravísimas innovaciones en el gobierno.

Los protestantes ingleses nuevamente trasplantados a Irlanda, que tenían diariamente a la vista todas las prácticas de la iglesia romana, se habían naturalmente arrojado en el extremo contrario, adoptando por lo general los usos más exagerados del puritanismo. Tan odiosa les era la monarquía como la jerarquía eclesiástica, y así abrazaron con entusiasmo todo lo que podía contribuir a limitar la autoridad de la corona y aun a separarlos del dominio del rey de Inglaterra. No consideraban ellos que apenas componían la sexta parte del pueblo y que su mismo origen los exponía a la secreta aversión de los naturales, sin que les quedase otro medio de sostenerse que el de sustentar ileso la autoridad real y conservar la mayor dependencia de su patria. También es verdad que los comunes de Inglaterra, llevados de su furor de perseguir a Strafford, no habían parado la atención en las consecuencias y que imputándole a crimen todo acto de autoridad, habían despojado a sus sucesores de la que era indispensable para retener a los irlandeses en el yugo; pero era tan violenta la corriente hacia el gobierno popular en los tres reinos, que para satisfacer aquella pasión desordenada, se atropellaron las máximas más sólidas de la política.

Carlos, imposibilitado de resistir, se vio precisado a ceder al parlamento irlandés, como había cedido ya a los de Escocia e Inglaterra, sin que le quedase duda de que las usurpaciones iban aumentándose en proporción de sus complacencias. Los mismos subsidios que le habían otorgado por votación voluntaria fueron reducidos a la cuarta parte por una deliberación posterior; se declaró abusivo el tribunal de la alta comisión, se abolió la ley marcial, se anuló la jurisdicción del consejo y quedaron sin autoridad las proclamas y decretos de estado. Cuantas instituciones y órdenes dependían de la monarquía padecieron algún menoscabo, y sin que el príncipe hubiese dado el menor pretexto de violencia o empresa ilegal en la administración, se encontró despojado de todas sus prerrogativas.

Cerca de 3.000 hombres era el número ordinario de las tropas permanentes de Irlanda; pero Strafford, con intento de ayudar al rey contra los *covenantarios* de Escocia, las había aumentado con 8.000 hombres, entre los cuales iban incorporados 1.000 soldados viejos; disposición muy prudente que creyó necesaria para mantener el orden y disciplina entre los nuevos reclutas. Todos los soldados de aquel cuerpo eran católicos, pero los oficiales, con patente o sin ella, eran protestantes y Carlos podía contar con ellos, por lo que fue tanta la inquietud que aquel ejército causó a los comunes de Inglaterra, que no cesaron de importunar al rey hasta que acabó por licenciarle, y no hubo forma de que consintiesen en el aumento de las antiguas tropas cuyo número quería elevar el rey a 5.000 hombres, para conservar sujeta a la Irlanda.

---

69 *Rebelión de Irlanda*, por sir Juan Temple, p. 12.

Por otro lado, viendo Carlos la poca seguridad que había en dispersar por una nación tan turbulenta y poco dócil 8.000 hombres acostumbrados a la ociosidad y hechos al ejercicio de las armas, convino con el embajador español en hacerlos trasportar a Flandes para alistarlos allí al servicio de España. Entonces los comunes de Inglaterra recelaron que unos cuerpos de tropas regulares, disciplinados en los Países Bajos, pudieran llegar a ser todavía más peligrosos, y manifestaron disgusto de aquella disposición, por lo cual tuvo el rey que reducir su convenio a 4.000 hombres; pero luego que los españoles ajustaron los buques para su transporte y cuando todo estaba pronto para el embarque de las tropas, aprovechando los comunes aquella ocasión de hacer alarde de su poder y de humillar y afrentar al rey, prohibieron que se facilitase ningún buque para el efecto. Así quedó desgraciadamente inutilizado el proyecto de Carlos para libertar al país de aquella milicia.<sup>70</sup>

Los antiguos católicos de Irlanda observaban todos estos errores del inglés y se lisonjearon de sacar alguna ventaja de ellos, pues aunque parecía extinguido su inveterado odio a aquella nación, por no haber tenido ocasión de manifestarse, estaba sólo disfrazado con una engañosa y pasajera apariencia: sus propios intereses así de religión como de propiedad, los excitaban secretamente a la rebelión. Según sus antiguos usos, los particulares de un *sept* o de una tribu no poseían ningún estado como propio, pero la tribu entera tenía derecho a todos los territorios, y ellos en su ignorancia preferían aquella bárbara comunidad de bienes a otras posesiones más seguras, pero menos extensas, que les había señalado Inglaterra. Es cierto que la indulgencia con los católicos había casi llegado a ser una verdadera tolerancia, mas con todo, cuando veían que sus iglesias y las rentas de éstas eran arrebatadas a sus clérigos, y que estaban precisados a vivir entre herejes, no podían consolarse de tamaños sinsabores y procuraban retardar una reconciliación sincera entre las dos naciones.

### Conspiración en Irlanda.

Había entonces en el reino un caballero llamado Roger o Rogerio More de escaso caudal pero de una familia muy antigua del país, y hombre célebre en toda Irlanda por su valor y capacidad. Este fue el primero que concibió el gran proyecto de arrojar a los conquistadores y restituir a su patria su antigua libertad<sup>71</sup>. Avistóse secretamente con los principales *chieftains* o caudillos para avivar todas las centellas de descontento, y siguió una estrecha correspondencia con lord Maguire y sir Phelim O'Neale, los más poderosos entre los patriotas irlandeses.

Tanto en sus conversaciones como por medio de cartas y emisarios, hizo presentes los motivos que había para una sublevación, manifestando que, a consecuencia de las ocurridas en Escocia e Inglaterra, estaba tan reducida la autoridad real, que no era de temer el menor vigor para sostener el dominio inglés sobre la Irlanda; que los católicos en la cámara de los comunes, auxiliados en este punto por los protestantes, habían abatido tanto el poder del rey y la autoridad del gobernador, que debía contarse con una extremada facilidad para conducir felizmente toda especie de tramas y conspiraciones; que con haber sacudido la Escocia con tan buen éxito el yugo de la corona de Inglaterra había dado el ejemplo a la Irlanda que se hallaba gimiendo bajo una opresión incomparablemente mas odiosa; que las divisiones de los ingleses, ocasionadas por envidias y mutuas usurpaciones entre el rey y el pueblo, privaban actualmente a aquel reino y le privarían por largo tiempo de poder enviar por mar fuerzas suficientes para domar a los irlandeses sublevados; que las colonias inglesas que habían desalojado de sus posesiones a los naturales del país, destruido su religión y arrebatádoles sus libertades, eran sólo un puñado de hombres en comparación de los antiguos habitantes; que vivían en una muelle seguridad, dispersos entre sus enemigos, fiados en la protección de un miserable ejército que también estaba disperso en cortas porciones por todas las

70 Clarendon, tomo I, p. 281.

71 Nalson, tomo II, p. 545.

provincias del reino; que un gran cuerpo de tropas nacionales, disciplinadas por los gobernadores, y capaces de toda clase de empresas atrevidas o desesperadas estaba actualmente abandonado sin orden ni freno; que los católicos, aunque no muy maltratados hasta el día por la moderación de un soberano indulgente, debían recelar que en lo futuro serían muy diferentes las máximas del gobierno; que un parlamento puritano, que ya había subyugado a su rey, tan luego como consolidase su autoridad, infaliblemente extendería sus ambiciosas miras sobre Irlanda y haría sentir a los católicos de este reino las mismas persecuciones a que se hallaban expuestos sus hermanos de Inglaterra; últimamente que un levantamiento de los irlandeses, dirigido sólo a asegurar su libertad contra una violencia extranjera, jamás podía merecer el nombre de rebelión, y mucho menos en la confusión presente, en que su príncipe se hallaba como prisionero, y ellos se vieron obligados a obedecer, no su autoridad, sino la de los que la habían pérfidamente usurpado.

Estas razones empeñaron en la conspiración a todos los caudillos de la nación irlandesa, con la esperanza de que los ingleses del *Pale*<sup>72</sup> como llamaban a los primeros colonos, que eran todos católicos, se unirían a ellos por solo ver restablecida en su esplendor y derechos su antigua religión. Determinose que Phelim O'Neale y demás asociados comenzasen en un mismo día a sublevarse en todas las provincias del reino, cayendo sobre los establecimientos ingleses; que en el mismo día también lord Maguire y Rogerio More sorprenderían el castillo de Dublín, y se fijó el levantamiento para la entrada del invierno, porque entonces sería más difícil el transporte de fuerzas de Inglaterra. Se contaba con socorros de Francia, pues el cardenal de Richelieu había prometido armas y municiones; y muchos de los oficiales irlandeses que estaban alistados entre las tropas españolas, se habían comprometido a pasar el mar a la primera señal que se les diese para reunirse con los defensores de su religión. Las noticias que diariamente se recibían de los atentados de los comunes ingleses contra los católicos, causaban indecible terror en Irlanda y no contribuyeron poco para acelerar la ejecución de la trama y para hacer esperar a los conspiradores el apoyo de la nación entera.

Habían observado en todos los irlandeses una tan declarada disposición a rebelarse, que por no exponer el secreto a peligros inútiles, sólo lo confiaron a muy pocos, y ya estaba muy cercano el día de la explosión sin que el gobierno hubiese descubierto el menor indicio. Verdad es que Carlos sabía por sus embajadores que se notaba cierta agitación entre los irlandeses residentes en país extranjero, y en efecto dio aviso de ello al ministerio de Irlanda, pero no se hizo el menor caso, ni tampoco de las voces que se esparcieron por Dublín de que estaba próxima una sublevación. No por eso salió de Londres el conde de Leicester, que estaba nombrado gobernador de Irlanda: sir Guillermo Persons y sir Juan Borlace que se hallaban al frente de la magistratura de Dublín, eran hombres muy vulgares que sólo habían debido su elevación, escándalo frecuente en las revoluciones, al celo que habían mostrado en favor del partido vencedor, y tan ignorantes como inexpertos, vivían en la más profunda seguridad a la orilla misma del precipicio.

Despertaron empero de su letargo la víspera misma del día señalado para romper las hostilidades. Era el castillo de Dublín, que dominaba la capital, un depósito de armas que contenía las suficientes para 10.000 hombres con 35 piezas de artillería y las municiones correspondientes, y sin embargo un puesto tan importante estaba guardado con el mayor descuido sin más guarnición que unos cincuenta hombres. Ya se hallaban en la ciudad Maguire y More con una numerosa reunión de partidarios suyos, y aguardaban aquella noche a otros para atacar el día siguiente el castillo, que miraban como la más fácil de sus empresas, cuando un tal O'Conolly, irlandés, pero protestante, descubrió el secreto a Persons, e inmediatamente se retiraron al castillo los jefes de la justicia y todo el consejo, después de reforzar su guardia; corrió el grito de alarma por toda la ciudad y los protestantes se prepararon a la defensa. More logró escaparse; Maguire fue cogido, y Mahone, uno de los conspiradores, a quien también prendieron, descubrió el primero a los jefes de

---

72 Esto es, del gremio de la iglesia.



la justicia el proyecto de una sublevación general, con lo que subieron de punto en Dublín el terror y la confusión<sup>73</sup>.

### **Insurrección y matanzas.**

Pero por más que la traición de O'Conolly hubiese evitado una sorpresa al castillo, fue muy tardío el aviso de Mahone para contener la sublevación. Ya O'Neale y sus confederados habían tomado las armas en Ulster (Ultonia), y mezclados en todas partes los irlandeses con los ingleses sólo aguardaban la señal de sus jefes para comenzar las hostilidades contra un pueblo que les era odioso por causa de su religión y cuya prosperidad y riquezas excitaban su envidia. Por de pronto se apoderaron de las casas, rebaños y muebles de los ingleses, y los que recibieron aviso de las violencias que se cometían en su vecindad, en lugar de dejar sus habitaciones y reunirse para su mutua defensa, se estuvieron en sus casas con esperanza de salvar sus bienes y cayeron uno después de otro en manos de sus enemigos. Luego que saciaron estos completamente su sed de pillaje, empezaron a dar rienda suelta a su ferocidad, sin ejemplo en ninguna nación cristiana. Los ingleses indefensos y resignados a lo que quisiesen hacer de ellos sus enemigos, fueron inmolados sin distinción de edad, sexo ni condición. La esposa, llorando la muerte de su marido sacrificado, y estrechando en sus brazos a sus hijos, caía acuchillada sobre sus cadáveres palpitantes; el anciano, el mancebo, el vigoroso, el enfermo sufrieron la misma suerte y fueron confundidos en una común ruina<sup>74</sup>. En vano se libertaron algunos por la fuga al primer asalto, porque ya estaba desencadenada la destrucción y se había convertido en una horrenda cacería que no perdonaba a ninguna víctima; en vano se acudía al pariente, al compañero, al amigo, porque todos los vínculos estaban rotos, y la mano desnaturalizada de que se aguardaba e imploraba protección era la misma de quien se recibía la muerte. Sin ofensa precedente, sin oposición, sin resistencia, los atónitos ingleses que vivían en profunda paz y en plena seguridad, fueron sacrificados por sus más cercanos vecinos con quienes llevaban tantos años de mutua confianza y amistad.

Pero todavía la muerte fue el más blando de los castigos que ejercían aquellos bárbaros rebeldes; todos los tormentos que puede inventar la más refinada crueldad, los lentos dolores del cuerpo, las angustias del alma, las ansias de la desesperación pudieron apenas saciar una venganza excitada sin injuria y una crueldad sin causa. La humanidad se estremecería si hubieran de referirse los pormenores de aquella infanda bacanal, porque rayan en increíbles tales excesos aun atestiguados por testimonios inconcusos; ni la naturaleza depravada ni la religión misma pervertida y excitada por la más insensata licencia, llegan a tal colmo de barbarie, cuando no destruye la piedad inherente al corazón humano el contagio del ejemplo que suele arrastrar a los hombres a los últimos límites del delirio.

Hasta el sexo débil, naturalmente tímido y compasivo, compitió allí en crueldad con los hombres. ¿Qué más? ¡viéronse hasta los niños, instruidos por el ejemplo y animados por las exhortaciones de sus brutales padres, ensayar sus débiles fuerzas en los yertos cadáveres o en los desvalidos hijos de sus infelices vecinos!

Ni aun la codicia de aquellos furiosos fue suficiente freno a su ferocidad, antes llegó el frenesí a tal grado que hasta los ganados que habían cogido y de que eran dueños por derecho de rapiña, fueron acuchillados con alegría porque llevaban un nombre inglés, o después de acribillarlos de heridas, los soltaban por los bosques y los desiertos<sup>75</sup>.

Los bellos edificios o habitaciones cómodas de los colonos, que parecían echar en cara a los irlandeses su holgazanería e ignorancia, fueron o demolidos o incendiados; y cuando los miserables

---

73 Temple, páginas 17-20.

74 Id. p. 40.

75 Temple, p. 84.

dueños encerrados en sus casas y preparándose a la defensa, perecían con sus hijos y mujeres en medio de las llamas, prorrumpían en gritos de júbilo sus implacables verdugos.

Si algunos pocos lograban reunirse y, con el valor que da la desesperación, resolvían vender caras sus vidas, se les proponían capitulaciones para desarmarlos y se les hacían promesas confirmadas con los más solemnes juramentos, pero no bien se habían rendido cuando caían sobre ellos los rebeldes y, añadiendo la perfidia a la crueldad, les hacían sufrir la misma suerte que a los demás.

Algunos, todavía más ingeniosos en su barbarie, ofrecían la vida a sus prisioneros con tal que matasen a sus amigos, hermanos o parientes, y muy contentos con haberlos hecho cómplices de sus crímenes, les daban después la muerte que tanto habían querido evitar mereciéndola.

En medio de tamaños horrores, por todas partes resonaba el nombre sagrado de la religión, no para contener la mano de aquellos tigres sino para dar mayor fuerza a los golpes y endurecer sus corazones contra todo sentimiento de humana y social simpatía. Los ingleses, como herejes, aborrecidos de Dios y detestables a los ojos de los fieles, eran designados a la matanza por los fanáticos sacerdotes, quienes representaban el acto de purgar al mundo de aquellos enemigos declarados de la fe y de la piedad como el más santo y meritorio. Como si no bastara la natural inclinación de aquel pueblo feroz a derramar sangre, veíase también excitada por el precepto, a lo cual se agregaban las preocupaciones nacionales, enconadas a mayor abundamiento por aquellos odios mucho más mortales e incurables que toman su origen de una ciega superstición. Mientras que la muerte ponía término a los padecimientos de las víctimas, no cesaban sus fanáticos verdugos de repetirles al oído que cuanto habían sufrido era solo un preludio de los infinitos tormentos que les aguardaban en la eternidad.

Tales fueron las atrocidades con que señalaron Phelim O'Neale y sus partidarios la insurrección en Ultonia, suceso memorable en los anales del linaje humano y digno de perdurable execración. El generoso pecho de More se horrorizó al oír la relación de tan enormes excesos; voló al campo de O'Neale, pero viendo que su autoridad, por más que hubiese sido suficiente para sublevar a los irlandeses y hacerlos tomar las armas, no bastaba a poner un freno a su inhumanidad, abandonó inmediatamente una causa manchada con tantos crímenes y buscó un retiro en Flandes, con lo cual O'Neale, a quien abonaban la grandeza de su nacimiento y acaso también la ferocidad de su carácter, aunque sin valor ni capacidad, adquirió un ascendiente completo sobre los rebeldes del norte. Todas las colonias inglesas fueron aniquiladas en la parte baja de la Ultonia; pero los escoceses fueron a los principios tratados con más consideración, pues la esperanza de comprometerlos en una especie de neutralidad hizo que se estableciesen algunas distinciones entre las naciones bretonas; y bajo pretexto de una antigua alianza de sangre y amistad, contuvieron los irlandeses el furor de sus matanzas. Muchos tuvieron proporción para retirarse a su patria; otros se escondieron en lugares seguros, añadiéndoles algunas obras de defensa, y así los colonos de Escocia o por lo menos la mayor parte pusieron sus vidas a cubierto.

Desde Ultonia cundieron en un instante las llamas de la rebelión a las otras tres provincias de Irlanda, y aunque sus naturales tomaron a punto de honra guardar más moderación y humanidad, no dejó de derramarse bastante sangre y hasta su humanidad misma fue acompañada de cierta barbarie. No contentos con echar de sus casas a los ingleses, despojarlos de sus bienes y arrasar sus tierras, les quitaban hasta los vestidos y los exponían desnudos y sin defensa a la intemperie de aquella rigurosa estación; hasta el mismo cielo parece que conspiraba con los irlandeses contra una nación desgraciada, pues sobrevinieron unos fríos y unas tempestades poco comunes en aquel clima, que acabaron la obra de exterminio empezada por el hierro. Veíanse los caminos cubiertos de aquellos ingleses desnudos, que se apresuraban a llegar a Dublín y otras ciudades todavía dominadas por sus compatriotas; pero los niños y las mujeres no tardaron en sucumbir a los rigores reunidos del frío y del hambre. Aquí, dicen los historiadores, se veía al marido lloroso dando el último adiós a su moribunda familia y envidiando una suerte que él no tardaba en experimentar; allí el hijo, después de haber sostenido a un padre anciano, obedecía con repugnancia su última orden y abandonándole

en aquel fatal trance, se reservaba a la esperanza de vengar una muerte que todos sus esfuerzos no podían dilatar ni habían podido prevenir; el inaudito exceso de la común miseria privaba a aquellos desgraciados fugitivos hasta del consuelo que causa la idea de tener a lo menos compañeros de infortunio. Lágrimas mudas o lamentables gritos eran la única expresión de su dolor, mientras se apresuraban a salir del territorio enemigo, donde hallaban todos los corazones, o empedernidos por una ferocidad nativa, o guardados por las furias más implacables todavía de una religión mal entendida y de un patriotismo insensato<sup>76</sup>.

La feliz casualidad que había salvado a Dublín conservó los restos del nombre inglés en Irlanda, y sus puertas, aunque abiertas con el mayor temor, pudieron recibir aquel desventurado tropel en que se desplegó un espectáculo de la humana miseria de que jamás se había visto ejemplo. Fue tanto mayor la compasión de los vecinos cuanto temían experimentar igual suerte, considerando el gran número de enemigos que los rodeaba fuera y dentro de la ciudad y los escasos recursos que tenían para su defensa. Los más robustos de aquellos desgraciados fugitivos, en número de 3.000 hombres, fueron empleados en formar tres regimientos, y los demás se distribuyeron por las casas donde, con la dieta y el calor, se procuró restablecer sus miembros extenuados y entumecidos. Varias enfermedades de nombre y género desconocidos acabaron con la vida de muchos de ellos, mientras que otros, a fuerza de reflexionar sobre la pérdida de sus amigos y caudales, maldecían la existencia que habían salvado, y abandonándose a la desesperación, rehusaron todo socorro y expiraron sin otro consuelo que el de recibir entre sus compatriotas una sepultura que habían rehusado a sus compañeros sus desapiadados asesinos<sup>77</sup>.

Algunos escritores aseguran que perecieron en aquella catástrofe de 150 a 200.000 personas; pero un cálculo más moderado y probablemente más exacto reduce este número a 40.000. Acaso es todavía exagerado este número, como suele suceder en semejantes casos<sup>78</sup>.

Dieron orden los jefes de la justicia para que pasasen a Dublín todas las compañías militares que no estaban cercadas por los rebeldes y así reunieron 1.500 hombres de tropas veteranas: levantaron otros 4.000, para los cuales se encontraron armas en los almacenes, y enviaron 600 de esta nueva milicia al socorro de Tredah, sitiado por los irlandeses; pero habiendo tropezado con un cuerpo enemigo que los atacó, se sobrecogieron de espanto y la mayor parte fueron pasados a cuchillo. Las armas que tenían sirvieron para los irlandeses que escaseaban mucho de ellas, y así quedaron reducidos los esfuerzos de los jefes de justicia a proveer a la seguridad de la capital. Su general, el marqués de Ormond, se decidió contra aquellas tímidas resoluciones, por no decir bajas e interesadas, pero se vio precisado a someterse a la autoridad.

Los ingleses del *Pale*, que verosímilmente no habían tomado parte a los principios en la conjuración, afectaron desaprobación al levantamiento y detestar las barbaries de que iba acompañado; y sus protestas y ofrecimientos obligaron a los jefes de la justicia a enviarles armas que prometieron emplear en defensa del gobierno; pero no tardó en advertirse que los intereses de su religión tenían en ellos más imperio que el respeto y amor de la patria. Nombraron por jefe suyo a lord Gosmanstone, y tomando luego la resolución de unirse con los irlandeses, los igualaron en crueldad contra los ingleses protestantes. Además de varios pequeños cuerpos dispersados por el reino, el principal ejército de los rebeldes estaba compuesto de 20.000 hombres y amenazaba sitiar muy pronto a Dublín.

Pusiéronse de acuerdo los rebeldes de ambas naciones en una impostura que sedujo a un gran número de sus compatriotas, y fue la de suponerse autorizados a tomar las armas por el rey y la reina, pero sobre todo por esta última; dando por pretexto a la sublevación la defensa de las prerrogativas reales actualmente usurpadas por un parlamento puritano. Habiendo encontrado por casualidad sir Phelim O'Neale una cédula real en la casa de lord Caulfield, a quien había sacrificado, le quitó el sello y le puso al pie de una comisión que había forjado él mismo.

76 Temple, p. 88.

77 Id. p. 45.

78 El doctor Lingard niega estas grandes matanzas, pero su conocida parcialidad a favor de los católicos desautoriza mucho su testimonio. (Nota del Traductor.)

Informó a Carlos de la sublevación un expreso despachado del norte de Irlanda, y se dio prisa a comunicar la noticia al parlamento de Escocia, de cuyo celo tan declarado por la religión protestante esperaba que se decidiría inmediatamente a defenderla cuando se veía atacada con tal violencia, al paso que confiaba que el horror de los puritanos contra la religión católica, que no se mostraba entonces bajo un aspecto favorable, auxiliaría sus exhortaciones. No había olvidado la prontitud con que dos veces habían corrido a las armas y levantado tropas para oponerse a los derechos de su soberano; veía cuanto mas fácil les era a la sazón reunir las que habían sido licenciadas y estaban tan ejercitadas en la disciplina militar, y se prometía que los gritos de sus hermanos afligidos en Irlanda excitarían poderosamente su celo para enviarles socorros que podían llegar tan pronto y servirlos tanto en su extremada necesidad.

Pero el celo de los escoceses, como acontece siempre en las sectas religiosas, fue muy débil cuando no estuvo sostenido por el espíritu de facción y por el interés. Principiaron a mirarse como una verdadera república a quien importaba muy poco la autoridad real, después que ellos mismos la habían aniquilado, y hasta fundaron esperanzas en los actuales desórdenes de Irlanda y resolvieron hacer un contrato ventajoso por los socorros que prestasen a sus vecinos, echando la vista sobre el parlamento de Inglaterra, con quien ya tenían tan estrechas relaciones y a quien creían el único capaz de asegurarles la ejecución de los artículos en que conviniesen. A excepción de un corto número de tropas que hicieron pasar a la provincia de Ultonia para apoyar a las colonias escocesas, se contentaron por lo demás con enviar comisionados a Londres para tratar con aquella potencia a quien se podía decir en efecto que se había trasferido toda la autoridad soberana.

Conociendo Carlos la impotencia en que estaba de subyugar a los rebeldes, se creyó también obligado en aquel vergonzoso extremo a recurrir al parlamento de Inglaterra y pedirle un subsidio; y después de haberle comunicado el aviso que había recibido, añadía que en su opinión, aquella sublevación no era efecto de una resolución temeraria, sino una conspiración formada contra la corona de Inglaterra, por lo cual abandonaba, decía, a su prudencia y desvelos la dirección de una guerra, que en una causa de tal importancia, así en lo tocante al reino como a la religión, debía principiarse inmediatamente y empeñarse con el mayor vigor.

### **Reunión del parlamento inglés.**

Estaba entonces reunido el parlamento inglés y dejaba ver en todas sus deliberaciones el mismo espíritu con que se había separado, siendo el único objeto del partido más numeroso la exaltación de su autoridad y la disminución de la del rey. Cada tentativa de la corte para ganar a los corifeos populares por medio de mercedes había sido un nuevo desaire para ella, bien fuese por falta de habilidad en el modo de hacer las ofertas, bien porque les pareciesen insuficientes los favores de que ya podía disponer el rey. Una multitud de ambiciosos y emprendedores se desdeñaba de aceptar una parte de aquella autoridad precaria cuando les parecía tan fácil, con un poco de audacia y vigor, ponerse en posesión de toda la soberanía. Fuera de eso, como estaban persuadidos de que la conducta que habían observado hasta entonces debía hacerlos muy odiosos al rey, y que no sólo muchos de ellos no estaban exentos de culpa sino que algunos habían violado abiertamente las leyes, se determinaron a buscar su seguridad juntamente con su engrandecimiento en el ensanche del poder popular. Las sumas necesidades a que estaba reducido Carlos, y las violentas prevenciones que reinaban generalmente contra él, su facilidad en desprenderse de la autoridad en puntos muy importantes y el ejemplo de los escoceses que habían llegado a derrocar enteramente la monarquía; todo esto junto excitó a los comunes de Inglaterra a continuar sus usurpaciones, y el peligro reciente a que acababa de verse expuesta la constitución hizo que el mayor número se convenciese de que nunca podría esta asegurarse sino con la total abolición del poder que la había puesto en peligro.

Pero semejante proyecto hubiera sido superior a sus fuerzas y tal vez no se les hubiera ocurrido a los corifeos populares sin la pasión que había tomado el pueblo por la disciplina presbiteriana, y sin el excesivo entusiasmo que la acompañaba entonces. Mucho había influido para ello la licencia introducida por el parlamento para abatir y humillar la autoridad eclesiástica y el apoyo y estímulo que no cesaba de dar a cuantos se emancipaban de ella, de modo que todas las clases del estado se resentían de la fuerza de aquel veneno. En todos los discursos y conversaciones se había introducido aquella manera de religión, tomando parte en todos los negocios y destruyendo todas las dulzuras y distracciones de la vida; con ella se habían aumentado todos los vicios con la corrupción del alma, sin que apenas estuviesen exentas de ella las enfermedades del cuerpo, pues según refiere sir Temple, necesitaban los médicos ser muy expertos en la ciencia espiritual para ponerse en estado de mitigar con reflexiones teológicas los terrores religiosos de que estaban poseídos sus pacientes; el mismo saber, que tanta fuerza tiene para engrandecer el alma y humanizar el natural, sirvió entonces más bien para dar un grado más de exaltación a aquel contagioso frenesí. Aunque débil todavía y lejano de su perfección, siempre suministraba una gran variedad de ideas al horrible fanatismo, fundándole en una apariencia de sistema y enriqueciéndole con diferentes figuras de elocución, cosas que hubiera ignorado un pueblo absolutamente ignorante y bárbaro.

Las primitivas causas del apego con que Carlos miraba la jerarquía habían sido la política y su natural indignación; pero después ya fue la necesidad, y por las mismas razones resolvieron sus enemigos destruir con un mismo esfuerzo la iglesia y la monarquía.

En el estado en que se encontraban los comunes, nada podía serles más agradable que la noticia de una rebelión en Irlanda porque nada podía venir mas a propósito para favorecer las miras a que se inclinaban todas sus medidas. Constantemente habían fomentado en la nación el horror contra los papistas por más inocentes que fuesen, y se habían esforzado en excitar terrores de conspiraciones de aquel partido, aunque no tuviesen la menor prueba de ellas, cuando de repente se les puso a la vista una formidable sublevación inesperada y acompañada de las más abominables circunstancias. No fue difícil en aquella disposición de los ánimos atribuir el crimen particular de los católicos irlandeses a todo un partido que ya era objeto del odio público; y como el pueblo estaba acostumbrado a reunir en sus invectivas la causa episcopal con la de los papistas, inmediatamente supuso que aquel desorden era el resultado de sus consejos reunidos; y cuando se supo que los rebeldes irlandeses pretendían autorizar sus violencias con una comisión del rey, la beatería siempre crédula y maligna, dio crédito sin el menor escrúpulo a una impostura tan grosera y cargó a aquel desgraciado monarca con toda la odiosidad de una invención tan bárbara<sup>79</sup>.

79 Es hoy tan generalmente sabido, a pesar de algunas insinuaciones contrarias, que el rey no tuvo la más pequeña parte en la sublevación de Irlanda, que parece inútil insistir en un punto tan notorio; pero con todo eso haremos sobre él algunas reflexiones, entre otras muchas que podrían hacerse: 1.<sup>a</sup> ¿Cuando ha pasado por autoridad una especie dicha por un tropel de rebeldes? 2.<sup>a</sup> Nadie puede decir en qué términos se explicaba la comisión, pues la que se encuentra en la colección de Rushworth Tomo V, p. 400, y en las obras de Milton, edición de Tolaud, es una impostura visible, como que lleva la fecha del mes de octubre 1641 y contiene un hecho que es de muchos meses posterior. Parece que habiendo observado los rebeldes de Irlanda algunas contradicciones en el primer documento, se vieron precisados a forjar otro que carecía de toda vislumbre de probabilidad. 3.<sup>a</sup> Nada podía ocurrir más palpablemente dañoso a la causa del rey que la rebelión de Irlanda, porque aumentaba sus necesidades y su dependencia del parlamento, el cual ya había manifestado con qué condiciones le concedería subsidios. 4.<sup>a</sup> Al primer aviso de la rebelión que recibió el rey pocos días después de principiada, escribió al parlamento abandonándole la dirección de la guerra, y es muy natural que si hubiese fundado algunas esperanzas sobre aquel levantamiento, hubiese aguardado algún tiempo para ver el éxito que tenía. ¿Había de tomar tan de pronto una resolución tan abiertamente contraria a su autoridad? 5.<sup>a</sup> ¿Qué proyectos podían suponerse al rey? Probablemente los de hacer tomar las armas a los irlandeses y traerlos a su socorro, ¿pero no es claro que el rey no tuvo jamás intento de suscitar una guerra en Inglaterra? Si hubiera tenido semejante designio ¿habría declarado perpetuo el parlamento? ¿y no resulta de todo el curso de los sucesos que el parlamento fue quien forzó al rey a la guerra? 6.<sup>a</sup> El rey había enviado a los jefes o lores de la justicia informes que debían ponerlos en estado de atajar la rebelión. 7.<sup>a</sup> Los irlandeses, en todas sus transacciones ulteriores con el rey, en que se esforzaban por disculpar la rebelión, jamás hicieron valer la especie de la comisión, y aun entre ellos mismos se conoce que habían abandonado semejante pretexto. Lo que aparece es que sir Phelim O'Neale más que ninguno, y aun él solo a los principios, fue quien dio curso a aquella impostura. Véase la vida del duque de Ormond por Carte, tomo 3.<sup>o</sup>

Mucho habían servido las necesidades y apuros de la corona para el engrandecimiento de los comunes, que eran los que tenían facultad para conceder subsidios, y en una situación tan crítica se podía mirar como una ventura particular para ellos el que la revuelta de Irlanda hubiese sucedido a la pacificación de Escocia; así fue que se apresuraron a aceptar la expresión del rey, que les cedía el cuidado de Irlanda, y la interpretaron en su mayor latitud. En otros casos, sus usurpaciones del poder ejecutivo de la corona, que forma uno de los ramos más naturales de la autoridad se habían ido haciendo por grados; pero con respecto a Irlanda, se apoderaron de ella plena y enteramente como si se les hubiese cedido por una donación regular. El rey se vio forzado a consentir en aquella usurpación, así por su absoluta impotencia de resistir, como por el temor de que le echasen en cara haber favorecido los progresos de aquella odiosa insurrección.

Una vez formado en la cámara de los comunes el proyecto de llevar adelante las innovaciones en Inglaterra, era de toda necesidad que las operaciones relativas a Irlanda estuviesen subordinadas a las primeras, de cuyo éxito apenas se principiaron dependía enteramente su grandeza, su seguridad, y aun su existencia. Por más que aparentaron el mayor celo contra los irlandeses sublevados, no tomaron otras medidas para reprimirlos sino las que podían asegurarles la preponderancia en los alborotos que ya preparaban en Inglaterra.<sup>80</sup>

Como despreciaban tan altamente los ingleses a los naturales de Irlanda, no les quedó la menor duda a los corifeos populares de que les sería fácil cuando quisiesen ahogar la rebelión y hacer volver al yugo a todo aquel reino, y una victoria demasiado pronta les habría hecho perder la ventaja que pensaban sacar de aquel incidente para los nuevos ataques que se proponían dar a la prerrogativa. Tomando ellos a su cargo la dirección de la guerra, se aseguraban el apego y la dependencia de todos los que tenían relación con Irlanda o que quisiesen tomar parte en las empresas militares. Impusieron contribuciones bajo pretexto de la expedición irlandesa; pero reservaron el dinero para otras miras que les importaban más; sacaron armas de los almacenes reales, pero las guardaron con la secreta intención de emplearlas contra el rey; publicaron todas las leyes que creyeron oportunas para engrandecerse so color de reprimir la sublevación de Irlanda; y si Carlos puso alguna dificultad en darles su consentimiento, se propagó la especie de que aquella negativa llevaba los mismos designios perniciosos que habían excitado a los católicos a la sedición y amenazaban todavía a los protestantes con una ruina total en todos los dominios de la corona.

Para atacar al poder real en toda regla, se tomó el partido de hacer una representación general acerca del estado del reino, y la comisión que se había nombrado para este objeto desde la primera asamblea del parlamento, pero que llevaba poco adelantados sus trabajos, recibió orden de terminarlos.

## **Representación.**

Últimamente, aquella representación que después ha sido tan memorable, y que desde luego produjo efectos de tanta importancia, fue presentada a la cámara, pues no iba dirigida al rey. En ella se declaraba abiertamente que era una apelación al pueblo, y era tan duro el asunto que se exponía en ella como el estilo en que estaba redactada. Consiste aquel famoso documento en un gran número de falsedades groseras, mezcladas con algunas verdades evidentes, y en insinuaciones malignas juntas con invectivas manifiestas, en quejas amargas de lo pasado acompañadas de pronósticos siniestros para el porvenir. Allí se recuerdan y se agravan con perversa habilidad todas las desgracias, los odios y las sospechas que había producido la conducta de Carlos desde el

---

números 110, 111, 112, 114, 115, 121, 132, y 137. El mismo O'Neale confesó la impostura en el proceso y la confirmó el día de su suplicio. Véase a Nelson tomo 2.º p. 528.-8.ª Es ridículo citar la justificación que dio Carlos II al marqués de Antrim como si hubiera obrado por comisión de su padre, porque Antrim no tuvo parte alguna en la sublevación ni en la matanza, ni se juntó con los rebeldes sino dos años después e hizo importantes servicios al rey enviando un cuerpo de tropas a Montrose.

80 Clarendon, tomo II, p. 455.

principio de su reinado. Nada se omite de cuanto podía causar desagrado, empleando aquellos colores que estaban en armonía con las preocupaciones reinantes. Cuantas circunstancias podían hacer odiosa y despreciable la administración estaban reunidas allí, como por ejemplo, la desgraciada expedición de Cádiz y de la isla de Rhé; la escuadra que se envió a Francia, para ruina de los Hugonotes; los préstamos forzosos, las prisiones ilegales por haberse negado a obedecer órdenes que no eran menos contrarias a las leyes; la violenta disolución de los parlamentos y el gobierno arbitrario que a ellas se había seguido siempre; los miembros del parlamento interrogados, multados y aprisionados por su conducta en la cámara; los impuestos sacados sin consentimiento de los comunes; innovaciones supersticiosas introducidas en la iglesia sin autoridad de las leyes; en una palabra, todos los incidentes que por espacio de quince años, desde el advenimiento de Carlos al trono hasta la convocación del parlamento actual, habían disgustado al público justa o injustamente; y aunque todos estos abusos se hubiesen ya corregido e imposibilitado por medio de buenas leyes, no se atribuía este mérito al rey, sino a las dos cámaras que le habían arrancado su consentimiento.

Después de haberle despojado de sus rentas y reduciéndole a un estado precario; después de haber sacado los subsidios temporalmente concedidos por sus propios comisarios que eran independientes de él, todavía pretendían haberle socorrido liberalmente en sus necesidades. Llevaron el ultraje hasta pretender que el dinero que habían enviado a Escocia para hacer la guerra a su soberano era un testimonio de su respeto y amor al rey; y añadía, que todos estos abusos, cuyo objeto no era otro que el trastorno de la constitución, provenían enteramente de una trama forjada por la facción papista que siempre había dominado en los consejos del rey, como que constantemente se había esforzado por introducir las supersticiones romanas en Inglaterra y en Escocia, y acababa de suscitar en Irlanda una sublevación manifiesta y sanguinaria<sup>81</sup>.

Una representación en que hasta tal punto dominaban la acrimonia y la violencia no podía menos de anunciar nuevo ataque contra la prerrogativa real, y no dejaba duda de que las concesiones ya hechas, por muy importantes que hubiesen sido, eran tenidas por insuficientes. Fácil era discurrir cuáles iban a ser las nuevas pretensiones y cuán distantes estaban del uso y de toda especie de límites, pudiendo igualmente preverse que, por más que se conservasen algunos antiguos nombres lo que se quería era la abolición casi total del poder monárquico en Inglaterra. Así es que la representación encontró mucha oposición en la misma cámara de los comunes y duró el debate más de catorce horas; pero al fin, por cansancio de los partidarios del rey, que probablemente eran los de más edad y los más moderados, ganó el partido contrario por solos once votos (12 de noviembre). Algún tiempo después mandó la cámara imprimir y publicar aquel extraño documento sin que se hubiese llevado como era el uso en negocios de esta naturaleza a la cámara alta para el consentimiento y aprobación de los pares.

### **Razones de ambos partidos.**

Cuando se esparció por la nación aquel acuerdo, excitó en ella las mismas disputas que había ocasionado en la cámara de los comunes. Decían los partidarios de esta asamblea que al fin el parlamento se aprovechaba del fatal ejemplo de sus predecesores, estando resuelto a no dejar imperfecto o mal asegurado el edificio que generosamente emprendió para la protección de la libertad. En el tiempo en que se arrancó a la mala voluntad del príncipe la petición del derecho, remedio tan necesario para una constitución violada, ¿quien no había de pensar que la libertad estaba perfectamente establecida, y que en adelante se sostendrían las leyes por sí solas contra la autoridad arbitraria? Sin embargo, ¿qué es lo que hemos visto? decían. Verdad es que el pueblo adquirió un derecho o más bien se definió con mas exactitud el que ya tenía; pero como quedó en manos del príncipe la facultad de violarle, no bien se presentó la ocasión cuando cerró enteramente

81 Rushworth, tomo V, p. 438.

los ojos sobre todos sus compromisos y tomó su voluntad por única norma de su gobierno. Aquellas magníficas ideas del gobierno monárquico que bebió en su educación y que están unidas en su alma con todas las ilusiones del amor propio y fortificadas con unos principios de religión mal entendidos, no se las harán ciertamente abandonar ni la reflexión ni la experiencia cuando llegue a una edad más avanzada. Conversiones de esta naturaleza, si es que se verifican alguna vez, son rarísimas; mas esperar que lleguen a ser producto de la necesidad, de los celos o del resentimiento de un partido contrario o de la desaprobación, del disgusto, o de la oposición del pueblo es una insensatez. Tales violencias, aunque justas y necesarias, siempre irritan a un príncipe contra los límites que se le ponen con tanta dureza, y cada concesión que se le arranca pasa a sus ojos por un tributo pasajero que paga al acaloramiento de las facciones y nunca abandona la resolución secreta de aprovechar la primera ocasión de retractarse.

Ni se crea tampoco que estas ocasiones son raras en los negocios humanos, porque los gobiernos, y sobre todo los que son de naturaleza mixta, están en una continua vibración, como que los caprichos del pueblo pasan sin cesar de un extremo a otro, y lo más prudente y aun lo más justo es emplear contra el rey las presentes ventajas ya que él se aprovechó de las suyas, sin ninguna consideración, cuando pudo hacerlo contra el parlamento. Fuera de eso, es de temer que si esta exaltación religiosa de que parece animado el pueblo llega a desvanecerse, no tardará en convertirse en el de la antigua jerarquía eclesiástica, tornando a los principios de servidumbre que el clero inspira con tanto celo a sus prosélitos. Estos patriotas que hoy son los ídolos del pueblo, pueden llegar a ser objetos de su horror, y los mismos clamores de alborozo que celebran hoy sus triunfos, celebrarán mañana su ignominioso suplicio, sin que el temor de semejante catástrofe sea en ellos una consideración de mero interés, porque su seguridad depende de la de las leyes. Los protectores de la constitución no pueden padecer sin que se dé un golpe a la constitución misma, y es una mera justicia en el pueblo defenderá toda costa a los que se han expuesto generosamente a toda especie de peligros sólo por su bien. Sobre todo ¿qué importa que en estas diferencias pierda muchas prerrogativas la monarquía o el antiguo gobierno de Inglaterra? Las leyes ganarán mucho en ello, y supuesto que ya se han traspasado los límites de la moderación, es una fortuna que la dirección que ha tomado la corriente sea hacia la libertad, y en caso de haber error, mas vale que sea en el interés general del género humano y de la sociedad.

Por el contrario las reflexiones más sólidas de los realistas contra los nuevos ataques que amenazaban la prerrogativa, estaban más bien fundadas en las opuestas ideas que se habían formado de los sucesos de aquel reinado que en principios opuestos de gobierno. Indudablemente, decían, se han abierto algunas brechas y brechas importantes, a los privilegios nacionales; pero si se quiere buscar el origen de estas violencias a buen seguro que no se encuentre en la injusticia ni en la caprichosa tiranía del príncipe, ni tampoco en su ambición ni en su excesivo apego a la autoridad; las hostilidades contra España en que se encontró comprometido a su advenimiento al trono, por imprudentes y poco necesarias que se las juzgue, sólo vinieron del dictamen e importunaciones del parlamento que no tuvo dificultad en abandonarle después de haberle precipitado en empresas militares. Un príncipe joven, ansioso de gloria y celoso del honor nacional y personal, temía con justa causa verse deshonrado en su primera expedición y no tenía todavía la necesaria madurez para comprender que su verdadero honor consistía en el mantenimiento de las leyes y en la confianza de su pueblo.

Aun pasó más adelante el rigor de los parlamentos sucesivos sobre muchos artículos y particularmente en el derecho de tonelada y *poundage* poniendo a Carlos en la precisión de cobrar estos derechos por su propia autoridad con el fin de salvar la prerrogativa, y pasar por encima de las formas para conservar el espíritu de la constitución. Después de un paso tan aventurado, las circunstancias mismas le han arrastrado naturalmente a continuar mirando sólo al interés público para cobrar el impuesto marítimo y otros que, si fueron irregulares, no por eso dejaron de ser siempre moderados. Era tal vez muy natural su error en creer que una escuadra formidable podía servir de mucho para la seguridad de la nación, sin considerar que la conservación de la buena



armonía en el gobierno era todavía más importante a la seguridad y felicidad públicas. Tiempo es ya de sacarle de todos sus apuros y de emplear cordiales y lenitivos después de tantos rigores como se han usado contra él. Jamás soberano alguno ha estado dotado de más moderación y justicia, ni de más humanidad, honradez y grandeza de alma. ¡Qué lastima que un príncipe semejante haya sido perseguido con tantos rigores, y sospechas, calumnias, quejas y usurpaciones que le han arrojado fuera de la senda por donde le inclinaban a marchar su natural rectitud y buenas disposiciones! Si la petición del derecho a que él se prestó con tan buena voluntad ha sido violada en algunos puntos, medios hay más fáciles y naturales de prevenir la repetición de los abusos que la total abolición de la autoridad real. Pónganse las rentas de la corona en un pie correspondiente a su antigua dignidad y téngase cuidado de atender a las necesidades públicas, con lo cual y con que quede inviolable el resto de la prerrogativa, Carlos renunciará al deseo de atacar la constitución, así como ha perdido la facultad de hacerlo. ¿Qué mayores seguridades se quieren y de donde pueden, nacer los recelos?

Las concesiones hechas por el rey, lejos de ser insuficientes para la seguridad pública, más bien deben parecer excesivas; pues habiéndole quitado todo medio de defenderse, eso mismo es lo que excita a los comunes a formar pretensiones inauditas que no tienden a nada menos que al trastorno completo de la constitución. Limítense a unas ventajas moderadas y entonces, sin contar con otras concesiones importantes, es evidente que podrá continuar la asamblea nacional hasta que el gobierno se haya acostumbrado a esta nueva marcha, y se restablecerá en todas partes la buena armonía y concordia. El *bill* trienal decreta una sucesión perpetua de parlamentos, como una salvaguardia constante de las leyes, sobre todo no teniendo el rey ni poder independiente ni fuerza militar en que apoyarse para sus invasiones. No queda pues otro peligro que el que es inseparable de toda constitución libre y forma la esencia misma de la libertad, que es el de una mudanza en la disposición del pueblo o un hastío general de los privilegios populares.

El único preservativo contra tan grave mal es el de contenernos dentro de los límites de la moderación y considerar que todos los extremos nacen infaliblemente uno de otro. Si las usurpaciones de la corona han producido una pasión desmesurada por la libertad, no olvidemos que las nuestras, introduciendo la anarquía, harán que el pueblo busque un asilo bajo el cetro pacífico de un monarca despótico. No basta que el gobierno tenga autoridad, si no que necesita también de libertad para defender la libertad misma, haciendo que reinen las leyes, únicas que pueden regirla y defenderla. ¡Qué locura será, cuando todo está felizmente arreglado por antiguas instituciones y formas mejor meditadas y ajustadas, hacer el peligroso ensayo de una constitución nueva y preferir a la prudente madurez de nuestros antepasados los caprichos mal diferidos de algunos innovadores turbulentos. Además de las desgracias inevitables de una guerra civil ¿quién no ve los peligros que las mismas armas han de ocasionar a una forma tan delicada de gobierno? A cualquier lado que caiga la victoria es casi imposible que no corra riesgo la libertad tanto por parte de los que se comprometen a defenderla como por la de las tropas que sostengan los intereses de la monarquía.<sup>82</sup>

82 Al lado de esta larga y difusa disertación sobre los dos grandes partidos que luego dividieron la Inglaterra, parécenos que no estará de más la siguiente juiciosa nota acerca del origen y progresos de los *Whigs* y de los *Torys*, que hemos hallado en un excelente Compendio de esta Historia. Nacieron estas dos facciones después de la rígida administración de Isabel y bajo el pacífico reinado de su sucesor, durante la especie de letargo en que por tanto tiempo yació el poder, y fueron como la aurora de la libertad constitucional. El pedantesco Jacobo I, más aficionado a argüir que a gobernar tuvo la indiscreción de entregar a la pública discusión el misterio delicado y peligroso del poder soberano, y desde aquel momento principió a dividirse la multitud. Sostenían los *Torys* que la prerrogativa real no tenía límites porque emanaba de Dios, que la voluntad del príncipe era la ley, la resistencia un crimen, y la obediencia pasiva una obligación. Por el contrario los *Whigs* sostenían que la soberanía residía en la masa de la sociedad y que sólo estaba depositada en manos del príncipe para beneficio de todos que tenía sus obligaciones para el bienestar de la comunidad, que tenía sus límites en las leyes que se la habían impuesto. En una palabra querían que los reyes fuesen criados para el pueblo, mientras que los otros parecían pretender que los pueblos eran hechos para los reyes.

Carlos I que tenía más actividad que su padre, quiso poner en práctica lo que éste sólo se había contentado con pretender que era el poder absoluto; pero los ánimos estaban ya preparados para la resistencia y fueron vencidos los *Torys*, al paso que los otros irritados con la oposición cayeron, como acontece siempre, en los últimos excesos de su opinión. Dieron por tierra con la monarquía y se hicieron republicanos, niveladores y anarquistas.

A su vuelta de Escocia fue recibido Carlos en Londres (25 de noviembre) con grandes aclamaciones de júbilo y amor. Debíanse aquellas favorables disposiciones a sir Ricardo Gournay, lord corregidor a la sazón, hombre de mérito y autoridad, que había persuadido a aquel mismo populacho, de quien Carlos había recibido tan crueles insultos y que no tardó en hacerle una guerra furiosa, a manifestarle el más vivo afecto; pero toda la satisfacción que le causó aquel recibimiento, se acibaró en gran manera con la mencionada representación de los comunes que le pusieron inmediatamente a la vista, acompañada de una petición en el mismo estilo. En ella se quejaban de los malos consejos que había seguido, se insinuaba abiertamente que había tenido parte en la sublevación de Irlanda; clamaban contra un supuesto sistema dirigido a restablecer el papismo, y para remedio de tan grandes males se suplicaba al rey que no confiriese empleo ni autoridad sino a personas de quienes pudiera fiarse el parlamento. Con esta expresión, que se encuentra repetida a

---

Derrocaron todas las instituciones, todos los principios recibidos y pusieron la sociedad en la más horrible confusión, con lo que el hipócrita Cromwell, aprovechándose de la circunstancia, quitó la vida a su rey, se apoderó de la autoridad y gobernó con vigor y habilidad. Sin embargo, como hirió con los mismos filos al trono que era el ídolo de los *Torys* y a la libertad que lo era de los *Whigs*, llegó a ser un objeto de horror para ambos, y tanto, que a su muerte, toda la nación se hizo *Tory* para restablecer a los Estuardos.

Mas de poco o de nada sirven las lecciones del tiempo porque los dos hermanos Estuardos cuyo padre había perecido en el cadalso por aspirar al poder absoluto, no se ocuparon en otra cosa más que en correr tras de aquel mismo poder, y anduvo tan inconsiderado Jacobo II y tan ciego en aquella pretensión, que la nación después de haber descansado y reflexionado, se hizo toda ella *Whig* para arrojarle del trono. Están por su naturaleza los *Whigs* en perpetua vigilancia de la autoridad soberana, mientras que por el contrario los *Torys* son sus apoyos y confidentes naturales. Nunca el rey y los *Whigs* están en un mismo sentido sino en circunstancias muy extraordinarias y son necesarias revoluciones o sucesos de mucha gravedad para que el príncipe los asocie a su autoridad; más en el estado natural y ordinario siempre serán los *Torys* a quienes se encuentre con él.

Así, si los *Whigs* reinaron triunfantes con Guillermo III fue porque ellos le habían colocado en el trono por medio de una revolución, que para decirlo al paso fue el cénit de su gloria por la mucha prudencia que en ella mostraron. Sin embargo, es tal la propensión de los príncipes al poder y tal su natural simpatía por los *Torys*, sus apóstoles, que ese mismo Guillermo III, hecho rey por los *Whigs* y que no podía reinar sin ellos, sufría con impaciencia su compañía y llegó a recurrir a los *Torys* y a tratar de su sucesión con el mismo pretendiente, sólo con el fin de evadirse de sus peligrosos amigos. La reina Ana, que le siguió y que igualmente debía el trono a los *Whigs*, interrumpió los más brillantes sucesos y contuvo la ruina de la Francia solo por desertar de ellos y echarse en brazos de los *Torys*, con quienes trato igualmente de la sucesión a la corona en favor del pretendiente.

Si los *Whigs* recuperaron la autoridad al advenimiento de Jorge I fue porque también ellos le colocaron en el trono y sólo ellos podían sostenerle en él. Los *Torys* se habían declarado por la dinastía contraria, y tanto, que aquellas dos facciones no eran entonces conocidas más que con las denominaciones de Hanoverianos y Jacobitas. Bajo el reinado de Jorge II la misma causa produjo los mismos efectos. Pero al advenimiento de Jorge III la nueva dinastía estaba ya tan consolidada y se hallaba tan extinguida la línea de los pretendientes, que todo volvió a entrar en el orden y desaparecieron los *Whigs* volviendo los *Torys* a ocupar su lugar en derredor del trono, que han procurado conservar con tanto afán lo mismo que acrecentar diariamente el poder soberano, como que este es el que les asegura la posesión del suyo, y han hecho tales progresos en la cámara de los pares y aumentado de tal modo su influjo y patronazgo en la de los comunes, que son dueños del parlamento y no temen la vuelta de sus adversarios. Podrán muy bien ocurrir algunas vicisitudes de administración entre ellos mismos, pero no de un partido a otro; y si se presentan crisis demasiado peligrosas o peligros demasiado inminentes en que les sea necesario satisfacer a la opinión pública y proveer a su propia seguridad, entonces llamarán a sus filas a algunos de sus más famosos adversarios a fin de mostrar a la multitud las dos banderas unidas; pero nunca los admitirán en gran número para que no puedan dirigir ni alterar sus principios y providencias.

Es menester tener entendido que ni los *Whigs* ni los *Torys* tienen hoy caracteres tan marcados como en otro tiempo, porque no hay *Whig* alguno que desee una república así como tampoco hay *Tory* que esté por la obediencia pasiva. En cuanto a aquellas verdades intermedias que garantizan la libertad constitucional ambos partidos las confiesan altamente, aunque conservando entrambos un fuerte matiz y una inclinación natural a sus doctrinas respectivas, que caracterizan su origen. Los *Whigs* están reducidos hoy a una oposición sencilla e impotente, que puede ser importuna para sus adversarios pero que no les causa temores serios como que ya están acostumbrados a aquel vano clamoreo y les importa muy poco. Sin embargo, los *Whigs* hasta en una situación tan desigual obligan al poder a que reflexione y tienen a los ministros en alerta recordándoles que la nación conoce sus verdaderos intereses, con lo cual conservan el fuego sagrado y son eminentemente útiles al bien público. En los tiempos modernos han ocurrido dos grandes acontecimientos que hicieron despertar la doctrina de los *Whigs* que fueron la guerra de la independencia americana y la revolución francesa. En vano desplegaron los *Whigs* en una y otra una gran energía y perseverancia unidas a un talento superior, porque fue ahogada su voz en

cada paso en todas las memorias y mensajes de aquel tiempo, lo que querían decir los comunes era que sólo a ellos y sus partidarios se diesen los empleos<sup>83</sup>.

Apenas se hubo publicado la representación, dio Carlos una respuesta que se divulgó también con el mayor empeño; pero eran muchas sus desventajas en aquella controversia porque no solamente estaban muy prevenidos los ánimos del pueblo contra él, sino que los mejores argumentos que podían servir para su justificación o a lo menos para hacer la apología de su conducta, eran de tal naturaleza que la prudencia no le permitía emplearlos. Era tal la idolatría del pueblo por los parlamentos que no hubiera podido culparlos en nada sin disgustarle; y eran tan fuertes las quejas contra las usurpaciones reales, que atribuyendo a la corona el derecho de suplir por su propia autoridad los vacíos que pudiesen ocurrir por obstinación de los parlamentos, todavía hubiera aumentado Carlos los clamores que resonaban contra él en toda la nación. Redújose pues a llamar la atención sobre que en el momento en que exhalaban sus quejas, era el pueblo mucho más feliz, no sólo que sus vecinos, sino que le había sido en aquéllos mismos tiempos que pasaban justamente por los más venturosos de la monarquía inglesa.

Hizo las más fervorosas protestas de su buena fe en punto a su adhesión a la religión reformada; prometió indulgencia a las conciencias timoratas sobre las ceremonias de la iglesia;

---

la guerra de América con solo el peso ministerial de sus adversarios; y en la otra revolución de Francia por los crímenes y horrores cometidos por aquellos mismos de quienes ellos tomaban la defensa.

En aquellas dos crisis predicaron los *Whigs* sus brillantes verdades como quien predica en el desierto y pronosticaron en vano siniestros resultados. Fueron como la Casandra de la fábula, pues todos se rieron de sus profecías como de otras tantas quimeras, aunque después se ha reconocido la verdad cuando ya era demasiado tarde. Lo que hoy no ofrece duda es que si los *Whigs* hubiesen sido escuchados cuando se alzó la insurrección americana, hubieran evitado a su país una guerra injusta, algunas campañas poco gloriosas, una deuda enorme y acaso la pérdida de trece provincias.

Si hubiesen sido escuchados cuando la revolución francesa, se hubieran ahorrado al pueblo francés la mayor parte de las odiosas escenas que han manchado los anales modernos; la libertad hubiera podido asentarse con todos sus beneficios sin la menor violencia; se hubieran evitado a la Europa las terribles convulsiones que la conmovieron hasta en sus más hondos cimientos, y la Inglaterra hubiera evitado la formidable lucha que relajó su fe política, introdujo en su seno herejías extranjeras, alteró sus costumbres, comprometió su carácter, y sobre todo no hubiera visto su suerte y existencia jugadas muy a menudo a la ventura y después de los más brillantes triunfos y en medio de la más completa paz, no se encontraría a riesgo de sucumbir bajo el peso de una deuda cuya inmensidad asombra la imaginación. (Nota del traductor.)

83 El historiador Rapin copia la representación íntegra con sus propias observaciones, y la respuesta inmediata del rey con la declaración que mandó publicar el año siguiente sobre el mismo asunto. Rushworth, de quien se han copiado todos estos documentos, añade la curiosa narración que sir Hopton hizo a la cámara de los comunes cuando se llevó la representación al rey, en estos términos:

«Ayer por la tarde llegamos a Hamptoncourt, donde encontramos a sir Hynne, que fue a informar al rey de nuestra llegada, y un cuarto de hora después, nos mandó llamar por medio de un ujier, diciéndonos que entrásemos solos. Apenas entramos nos hincamos de rodillas y principiamos a leer la súplica que acompañaba a la representación. S. M. no permitió que continuásemos en aquella postura y nos mandó levantar después de lo cual principié yo a leerla. La primera vez que habló S. M. durante la lectura fue en aquel pasaje de la representación en que se dice que hay cerca de su persona un partido mal intencionado que tiene el proyecto de cambiar la religión, sobre lo cual dijo S. M.: «¡Lleve el diablo a cualquiera que tenga semejante designio!» Continué yo leyendo y cuando llegué al artículo en que se habla de reservar los bienes de los rebeldes de Irlanda, dijo S. M.: «No hay que disponer de la piel del oso antes que este esté muerto.» Concluida la representación quiso S. M. hacernos algunas preguntas, pero yo le contesté que no teníamos poderes para decir nada, sino para desempeñar nuestra comisión. Nos preguntó S. M. si la cámara tenía ánimo de publicar aquel escrito; y le respondimos que no podíamos asegurar nada sobre el particular. «Supongo —añadió el rey— que no contareis con que yo responda inmediatamente a una representación tan larga; pero aprovecho esta ocasión de deciros que he dejado pacificada la Escocia. Los escoceses están contentos de mí y yo de ellos, y aunque he permanecido allí más de lo que había pensado, es evidente que si yo no hubiera ido no os habríais visto tan pronto libres del ejército escocés.» Después de esto nos dio a besar su mano y nos retiramos. Poco tiempo después vino a decimos de su parte el contador de la casa real, que S. M. deseaba que no se publicase la representación hasta que la cámara hubiese recibido su respuesta. Nos convidó el contador a cenar con el mayor respeto y fuimos alojados por el aposentador del rey.»

De aquí se infiere que Carlos no tenía todavía ninguna sospecha de que el objeto del parlamento no era otro que el de irritar a la nación contra él, ni abrió los ojos hasta después de haber publicado su declaración y visto que era tan mal recibida del pueblo.

encareció sus grandes concesiones con respeto a la libertad nacional; vituperó los infames libelos que se habían distribuido por todas partes contra su persona y contra la religión establecida; se quejó de lo que se decía en la representación contra sus malos consejeros, a pesar de que no había sustraído ningún ministro a la justicia parlamentaria ni retenido en su servicio a ningún empleado mal dispuesto en favor del pueblo, ni conferido oficio a nadie cuyo carácter no fuese conocido y gozase de la estimación pública; y añadía: «Si a pesar de mi empeño hay algún partido mal intencionado que emprenda y desee sacrificar, bajo pretexto de religión y conciencia la paz y felicidad de la patria a las siniestras miras de su ambición, si se esfuerza en obscurecer mi reputación y debilitar no solo mi poder sino mi autoridad legítima; si su ánimo es, al desacreditar las leyes actuales, relajar los vínculos del gobierno para que recaiga sobre mí el desorden y la confusión, no dudo que Dios por su bondad infinita me hará conocer a esos temerarios y que la prudencia y valor de mi parlamento se unirán a mí para reprimirlos y castigarlos.»<sup>84</sup> No hay nada que pinte mejor la dura situación de Carlos que verle precisado a contenerse dentro de los límites de la urbanidad con unos súbditos que habían traspasado todos los del respeto y de decoro en el modo de tratar a su soberano.

La primera de las usurpaciones parlamentarias de que tenía entonces que guardarse era el *bill* relativo a la leva de tropas para el servicio de Irlanda. Aprobóse éste prontamente en la cámara de los comunes y desde el preámbulo se declaró en él ilegal y contraria a la libertad pública la facultad que se atribuía el rey de obligar a los súbditos a tomar las armas; facultad que la corona había ejercido en todo tiempo. Por consecuencia se anuló también la antigua prerrogativa de hacerles aceptar a su pesar los oficios públicos; prerrogativa en verdad que no era muy conforme con una monarquía limitada. Carlos, para eludir aquella innovación, ofreció levantar 10.000 voluntarios para la guerra de Irlanda; pero los comunes recelaron que este ejército estuviese muy a su devoción. Sin embargo, resuelto a no sufrir una disminución tan considerable de autoridad, pasó a la cámara de los pares a proponer que aceptaría el *bill* sin preámbulo; por cuyo medio dijo que se eludiría una cuestión poco conveniente a las circunstancias y quedarían en toda su fuerza las pretensiones de cada partido. Ambas cámaras se enardecieron con aquel paso precipitado, y bien hubiera podido prever Carlos que se ofenderían, al ver lo que había pasado con el *bill de attainder* contra Strafford. Tanto los lores como los comunes declararon que era una insigne violencia de parte del rey tomar conocimiento de un *bill* que aun se estaba discutiendo en una o en otra cámara, y manifestar su opinión antes de que le fuese presentado en la forma parlamentaria, con lo que se vio precisado el rey a calmar aquel acaloramiento a fuerza de disculpas.

Debemos también observar que la cuestión general relativa a los privilegios del parlamento siempre ha sido y continua siendo uno de los mas grandes misterios de la constitución inglesa; y en muchos puntos, a pesar del carácter decidido del gobierno actual, todavía no están hoy mejor determinados dichos privilegios de lo que lo estaban antes las prerrogativas de la corona. Aquellos que están fundados en una repetida serie de ejemplares no admiten contestación; pero aun cuando fuera cierto que las antiguos reyes no hubiesen nunca tomado conocimiento de los *bills* pendientes en alguna de las dos cámaras, la verdad es que esto no carecía de ejemplar y tampoco probaría que hubiesen renunciado a este derecho, mi menos que careciesen de él, la circunstancia de que no hubiesen querido ejercerse. Es cierto que no bastan los ejemplos contrarios para que las asambleas libres pierdan los derechos que son esenciales para sus deliberaciones, pero aunque la intervención del príncipe por medio de una oferta o de un aviso embaraza y estrecha la libertad, bien puede dudarse que sea tal este grado de violencia que autorice al parlamento para que sin concesión precedente y sin ningún otro derecho conocido, aspire al privilegio de excluirle; pero eran entonces favorables las circunstancias a la extensión de los privilegios, y con tal que aquellas pretensiones no hubieran llegado a ser mas exorbitantes e injustas, poco temibles hubieran sido las consecuencias. Todos convienen en que el establecimiento de aquella regla contribuyó no solo a la libertad de las operaciones parlamentarias sino también al orden y regularidad de las mismas.

---

84 Nalson, tomo II, p. 748.

También se declaró por aquellos tiempos que la intervención de la cámara de los pares en la elección de los comunes era una violación del privilegio y aunque siempre ha continuado protestando contra ella la segunda cámara, todavía es un principio práctico en toda la nación.

Cada providencia de los comunes y, más aun, cada paso de sus partidarios respiraba un odio inveterado contra la jerarquía, e indicaba una firme resolución de trastornar todo el edificio eclesiástico. Sin hablar de un gran número de vejaciones y persecuciones que no cesaba de sufrir el clero; habiendo expedido los pares, durante la permanencia del rey en Escocia, una orden para la observancia de las leyes concernientes al culto público, se arrogó la cámara de los comunes la facultad de suspenderlas por más que hubiesen recibido el sello de todo el poder legislativo. Había prohibido sobre todo que se inclinase la cabeza al oír el nombre de Jesús, práctica que era un enorme escándalo para los comunes y que contaban en el número de sus más eficaces objeciones contra la religión establecida. La misma cámara había reconvenido al rey por haber provisto cinco mitras que había vacantes, y se tenía por insultada al verle fortificar una clase que ella tenía intención de abolir enteramente. Había acusado a trece obispos de alta traición por haber expedido algunos cánones sin anuencia del parlamento, a pesar de que siempre se había hecho lo mismo desde la fundación de la monarquía, y con esta vaga acusación, instó a los pares a que privasen a aquellos obispos del derecho de asiento en la cámara y los mandase prender.

Ya el invierno anterior habían desechado los pares el *bill* en que se hacía estas instancias, pero volvió a reproducirle sin embargo de no haber mediado prórroga, y con algunas ligeras alteraciones se esforzó en eludir la regla del parlamento que se oponía a su segunda presentación. Por de pronto, cuando envió este *bill* a los lores, pidió tenazmente que siendo partes interesadas los obispos, se les privara del derecho de votar en aquella ocasión, lo que era una extravagancia y una injusticia palmaria. Ciertamente que una vez tomada por los comunes la resolución de atacar al gobierno de la iglesia y del estado, no era de esperar que los medios que tomasen en tan arduo empeño fuesen todos justos y regulares, pero fuerza es reconocer que en los ataques que dieron a la jerarquía, traspasaron mucho más los límites de la moderación, confiando sin duda en que la santidad de sus motivos religiosos justificaría tales atentados. Nunca con más descaro que en todos los sucesos de este reinado se abusó de aquel principio, que casi siempre es el de la hipocresía.

Sin embargo, todos los esfuerzos de los comunes no bastaron a obtener la aprobación de la alta cámara ni para aquella ley ni para ninguna otra que pudiese poner nuevos límites a la autoridad real; porque la mayor parte de los pares viendo que no podía menos de seguirse el abatimiento de la nobleza de las usurpaciones que se hiciesen sobre la corona, se declaró en favor del rey: efectivamente, la insolencia de los comunes y el tono dominante que tomaban con los lores anunciaban ya lo que tenían que esperar para lo sucesivo. Aquella atrevida cámara principiaba ya a manifestar sordamente su pesar de verse precisada ella sola a salvar el reino, supuesto que los pares renunciaban a este honor, y llegó a declararles abiertamente «que ella representaba el cuerpo todo de la nación, mientras que ellos no eran más que unos particulares que tenían su asiento con poderes limitados, que por consecuencia, si rehusaban dar su aprobación a los acuerdos necesarios para la salvación del pueblo, los comunes unidos a los pocos que entre ellos fuesen capaces de abrir los ojos al peligro, dirigirían mancomunadamente sus representaciones a su majestad.»<sup>85</sup>

Era tal la violencia del espíritu de entusiasmo y democracia que había cundido por la nación, que se temía justamente una confusión completa de todas las clases y jerarquías; y lejos de admirarse de que la mayor parte de los nobles buscara un asilo junto al trono, lo que debe sorprender es que hubiese alguno que pensara en abandonarle; pero el torrente popular arrastró a muchos fuera de las verdaderas máximas de la política. Entre los que tomaron partido contra el rey, se cuentan el conde de Northumberland, lord almirante, hombre de alta cuna, poseedor de grandes estados, y adornado de aquel noble orgullo que sienta tan bien en los de su clase; el conde de Essex, que había heredado los modales populares de su padre, y que habiendo buscado desde sus juveniles años reputación en las armas, reunía bastante capacidad a la rígida inflexibilidad del honor

verdadero timbre de un hombre de calidad y de un soldado; lord Kimbolton, que luego fue conde de Manchester, recomendado por su generosidad, su afable trato y mil amables prendas. Estos tres personajes, viéndose con un extraordinario crédito en la nación, se aventuraron a fomentar los desórdenes populares, lisonjeándose, aunque en vano, de que serían capaces de dirigir y contener su curso.

Los comunes, para asegurarse la mayoría de los votos en la alta cámara, se valieron del populacho que ya en otras ocasiones les había hecho grandes servicios; y así en medio de la más completa seguridad, empezaron a fingir inquietudes por sus personas y por el resto de la nación, y parecía que les hacía temblar el más leve rumor de algún nuevo peligro. Acalararon de nuevo al pueblo de Londres con pesquisas de conspiraciones, ideas de sublevación, noticias fingidas de invasiones extranjeras y soñados descubrimientos de tramas y atentados domésticos de parte de los católicos y sus partidarios. Luego que Carlos licenció la guardia que ellos se habían dado en su ausencia, empezaron a quejarse amargamente; y cuando en virtud de estas quejas les prometió otra nueva, bajo las órdenes del conde de Lindesey, rehusaron la oferta insinuando así malignamente que sólo de él tenían motivo para temer. En seguida mandaron llevar a la cámara alabardas y otras armas para ponerse en estado de defensa contra las conspiraciones de que decían estar amenazados a cada instante. No había anuncio de conspiración, por ridículo que fuese, que no escuchasen con avidez y que inmediatamente no hiciesen esparcir entre algunos exaltados, a cuya capacidad estaban perfectamente acomodadas aquellas fábulas. Un sastre, llamado, Beale, informó a la cámara de que paseándose un día por el campo, había escuchado ciertas conversaciones que tenían unas personas, a quienes no conocía, pero que hablaban de una conspiración muy peligrosa: lo único que había podido sacar en limpio, decía, era que ciento y ocho malvados se habían propuesto matar a otros tantos lores y miembros de la cámara de los comunes, y se les habían ofrecido diez libras esterlinas por cada lord y cuarenta chelines por cada diputado. Sin más fundamento que esta grave declaración se dio orden para prender a todos los sacerdotes y jesuitas; se propuso una conferencia con los lores, y las dos cámaras expidieron un decreto incendiario mandando a los gobernadores de algunos condados sospechosos que armasen al pueblo.<sup>86</sup>

Tampoco se olvidó el poderoso influjo de los púlpitos, donde resonaron furiosos clamores sobre el peligro que amenazaba a la religión originado de las desesperadas tentativas de los papistas y *malignos*. Enormes grupos de populacho, apostados en las inmediaciones de Westminster, insultaban a los prelados y lores del partido de la corona; y aunque la cámara de los pares expidió un decreto contra aquellos motines y lo envió a la de los comunes, estos no quisieron aprobarle. Habiendo sido presos algunos jornaleros sediciosos, inmediatamente fueron puestos en libertad por una orden expresa de los comunes; y aunque los *sheriffs* y jueces de paz pusieron algunos *constables* con fuertes patrullas para defensa del parlamento, mandaron los comunes llamarlos a su presencia, les mandaron que quitasen aquellas guardias, y luego citaron a los jueces de paz declarándoles que habían violado su privilegio; a uno de ellos se le encerró en la Torre. Alentado el populacho con aquellas muestras de aprobación rodeó a Whitehall y principió a dirigir amenazas contra el rey; entonces muchos oficiales reformados y estudiantes nobles de los colegios de derecho ofrecieron sus servicios a Carlos, con lo que hubo frecuentes escaramuzas entre ellos y el populacho, que no se terminaron sin efusión de sangre. Los partidarios de la corte pusieron el apodo de *Cabezas redondas (Roundheads)* a aquella canalla, aludiendo a lo muy rapado que llevaban el pelo, y en cambio el pueblo los llamaba a ellos los *Caballeros (Cavaliers)*. De este modo la nación, que hasta entonces había tenido tantos motivos de disputas religiosas y civiles, les añadió otros con estas denominaciones bajo las cuales fue más fácil en adelante a cada facción reunirse y dar rienda suelta a sus rencores.

---

86 Diario del parlamento del 16 de noviembre, 1641.

## Acusación de los obispos.

Continuaron pues los motines y se fueron aumentando al rededor de Westminster y Whitehall, sin cesar de gritar contra los obispos y los lores que tenían el corazón podrido. Particularmente los primeros, a quienes con más facilidad se distinguía por su traje y eran un objeto de aborrecimiento para todos los sectarios, estuvieron expuestos a los insultos más peligrosos; y como hubiese recibido Williams, recién nombrado arzobispo de York, algunos ultrajes del populacho, se apresuró a reunir a sus colegas, quienes por consejo suyo hicieron una protesta dirigida al rey y a los lores (27 de diciembre) en la cual exponían que a pesar del incontestable derecho que tenían de sentarse y votar en el parlamento, se habían visto amenazados, acometidos y afrentados por un desenfrenado populacho cuando se dirigían a la cámara, y que no les era posible cumplir esta obligación sin peligro; por tanto, protestaban contra todas las leyes, votos y resoluciones que se tomaran durante su forzada ausencia, como nulos y de ningún valor. Este acuerdo tan justo y legal como inoportuno fue firmado por doce obispos y presentado al rey, quien se dio también demasiada prisa a aprobarle; y no bien se hubo presentado a los pares, cuando estos propusieron una conferencia a los comunes para informarlos de una protesta tan inesperada. No dejaron, como era natural, estos últimos de aprovechar la ocasión, e inmediatamente lanzaron una acusación de alta traición contra los obispos que enviaron a la cámara alta, y en que les hacían cargo de haber empleado todos sus esfuerzos en destruir las leyes fundamentales de la nación, empeñándose en desacreditar al poder legislativo en masa. Con sólo esta primera demanda, fueron expelidos los prelados del parlamento y puestos bajo una guardia, sin que persona alguna en las dos cámaras saliese en su defensa, tal era el mal efecto producido por su imprudencia. Solamente hubo uno que dijo que no los creía culpables de alta traición sino de rematada locura, por lo cual proponía que se los encerrase en el hospital de Bedlam.<sup>87</sup>

1642.—Algunos días después cometió el rey otra indiscreción incomparablemente más fatal; indiscreción a la cual deben atribuirse directa e inmediatamente todos los desórdenes y terribles guerras civiles que se siguieron: tal fue la acusación intentada contra lord Kimbolton y otros cinco miembros de la cámara.

Cuando los comunes emplearon en su representación un lenguaje tan desconocido y acerbo, no obedecieron sólo a los impulsos de la insolencia y de la pasión: sus miras eran más profundas y sólidas. Consideraron que en una empresa tan violenta como la de trastornar la antigua constitución, cuanto más tiempo se le dejase al pueblo para reflexionar, menos dispuesto se hallaría a apoyar tamaña temeridad; que infaliblemente los pares rehusarían cooperar con su aprobación, y que no había otro medio de compelerlos a ello que excitar motines en el populacho; que el empleo de unos medios tan odiosos para un fin tan odioso en sí, tarde o temprano haría perder su prestigio a la cámara de los comunes y mudaría el viento en ventaja del partido contrario; en una palabra, que si el rey conservaba un poco de serenidad y eludía la primera violencia de la tempestad, al fin prevalecería o por lo menos conseguiría sostener la antigua constitución y las antiguas leyes. Por tanto, resolvieron si era posible, empeñarle en algún arrebato de violencia que le precipitase a cometer indiscreciones de que pudieran ellos sacar partido.

Ayudóles la casualidad aun más de lo que podían prometerse sus esperanzas: porque furioso Carlos de que todas sus concesiones no servían más que para aumentar las exigencias; de que el pueblo, en lugar de volver a su deber, se había entregado de nuevo a la sedición y al tumulto; de que no se cesaba de esparcir contra él las más negras calumnias, y de que hasta las matanzas de Irlanda se atribuían a sus amaños y consejos; de que se había adoptado un sistema de representaciones y mensajes totalmente indignos de un príncipe como él y hasta de un simple caballero; en una palabra, considerando aquel aumento progresivo de la insolencia de la cámara de los comunes, se inclinó a creer que todo ello no tenía otro origen que el exceso de su paciencia y longanimidad. Confirmáronle en esta opinión la reina y los demás de la corte, haciéndole presente que si llegaba a

87 Clarendon, tomo II., p. 355.

desplegar algún vigor digno de la majestad de un monarca, toda la audacia de sus súbditos se doblaría delante de él. Iguales ideas le inspiró lord Digby, hombre de mérito, aunque fogoso y arrebatado en sus pasiones, y Carlos que, en medio de su ordinaria moderación, estaba siempre dispuesto a tomar de pronto un partido y a seguirle con tesón, cedió a las fatales solicitudes de sus amigos y servidores.<sup>88</sup>

### Acusación de cinco miembros.

Presentóse en la cámara alta el fiscal general Herbert y formuló en nombre de su majestad una acusación de alta traición contra lord Kimbolton y cinco miembros de los comunes, que eran Hollis, sir Arturo Haselrig, Hambden, Pym y Strode. Declaraban los cargos que traidoramente se habían esforzado por destruir las leyes fundamentales del reino, despojar a su majestad de la autoridad real, e imponer a los súbditos de la corona un poder arbitrario y tiránico; que se habían propuesto a fuerza de pérfidas imputaciones contra su majestad y su gobierno enajenarle el afecto de sus vasallos, y atraerle su odio; que habían intentado persuadir a su último ejército que le negase la obediencia para que los ayudase en sus inicuos proyectos, que habían solicitado y provocado a una potencia extranjera a que hiciese una invasión en el reino; que se habían propuesto abolir los derechos y hasta la existencia misma del parlamento; que, para conseguir tan abominables fines, habían empleado todo su poder, valiéndose de la fuerza y el terror, para arrastrar al parlamento a la trama, y que con esta mira suscitaban y promovían actualmente motines y sediciones contra el rey y el parlamento; últimamente, que habían conspirado alevemente para declarar una guerra contra el rey.<sup>89</sup>

Una acusación de tal importancia, lanzada tan de súbito, sin concierto ni reflexión precedente, causó una estupefacción general. La mayor parte de esos artículos, decían, lo mismo comprenden a los acusados que a todo el resto del parlamento, y no consta que aquellos hayan concurrido a esas empresas acriminadas sino con sus votos y discursos, conformes con la mayoría. Aun cuando se probase que han excitado secretamente a los *covenantarios* de Escocia a la invasión, nunca podría este acto calificarse de traición después de la amnistía, y sobre todo después que las dos cámaras, de concierto con el rey, han concedido 300.000 libras esterlinas a los escoceses por su fraternal asistencia. Cuando a duras penas se hallan los lores en estado de defender su independencia o de rehusar los *bills* que les envían los comunes, ¿les permitirá el populacho expedir una sentencia dirigida a deprimir a la cámara de los comunes y poner coto a sus ambiciosas miras? Los cinco miembros acusados, y en particular Pym, Hambden y Hollis, son cabalmente los corifeos del partido popular, y si estos son arrebatados de los comunes ¿qué suerte pueden aguardar sus partidarios, que todos son cómplices de los mismos crímenes? El castigo de los jefes siempre es el último triunfo sobre un partido vencido; pero jamás se ha intentado ese medio contra un partido que está en la plenitud de su fuerza y predominio.

No se dio tiempo a los políticos para que discurriesen mucho sobre la indiscreción de aquella conducta, porque otras tentativas más imprudentes les proporcionaron menos motivos de admiración. Fue un sargento de armas a reclamar de la cámara en nombre del rey los cinco acusados y se le despidió sin ninguna respuesta positiva, mientras que otros mensajeros de estado andaban buscándolos por todas partes con orden de prenderlos. Pusiéronse los sellos en sus arcas, habitaciones y despachos. La cámara declaró que todas estas violencias eran otras tantas infracciones del privilegio y mandó a los ciudadanos que defendiesen la libertad de los diputados.<sup>90</sup> Irritado el rey de una oposición tan tenaz, resolvió ir en persona a la cámara al siguiente día con

88 Clarendon, tomo II, p. 360.

89 Whitlocke, p. 50.

90 Withlocke, p. 50.



intención de reclamar o tal vez de mandar él mismo prender a la vista de toda la asamblea a los miembros designados en la acusación.

Esta resolución tan extraña y opuesta a la majestad real, llegó a noticia de la condesa de Carlisle<sup>91</sup>, hermana de Northumberland, mujer de mucho talento, astuta y emprendedora, quien inmediatamente hizo prevenir a los cinco acusados, los cuales tuvieron tiempo para retirarse un momento antes de la llegada del rey.

Llevaba Carlos su comitiva ordinaria, compuesta de cerca de 200 hombres armados, según el uso, unos con alabardas y otros con espadas desnudas; dejó su guardia a la puerta y se adelantó solo por la sala de la asamblea, mientras que todos los diputados estaban en pie para recibirle. Habiendo dejado su asiento el orador o presidente, tomó el rey posesión de él y pronunció el siguiente discurso: «Señores, me es muy sensible la ocasión que me trae entre vosotros. Ayer os envié a reclamar por medio de un sargento de armas algunas personas que están acusadas de alta traición por orden mía, y en lugar de obedecer, me habéis enviado un mensaje. Jamás ha habido un rey más atento que yo lo he sido y lo seré siempre a la observancia de vuestros privilegios; pero debo haceros presente que no hay privilegios para nadie en los casos de alta traición. Vengo pues a deciros que debo mandar prender a esas personas en cualquiera parte donde se hallen; pero veo que los pájaros han volado, y espero que se me enviarán tan luego como vuelvan. Os doy mi palabra de rey que nunca he tenido intención de emplear contra ellos la fuerza, sino el derecho de las leyes, que es el único que yo conozco. Y como veo que no puedo hacer aquí lo que había pensado, aprovecho esta favorable ocasión para repetiros lo que ya otras veces he dicho, y es que estoy resuelto a sostener todo lo que he hecho en favor y para el bien de mis vasallos.»<sup>92</sup>

Después de haber tendido la vista por toda la cámara buscando a los acusados, Carlos dirigiéndose al orador que estaba un poco más bajo que él, le preguntó si se hallaba alguno de ellos en la sala, a lo cual el orador, poniéndose de rodillas, contestó con mucha mesura: «Señor, en el puesto que ocupo no tengo ojos para ver ni lengua para hablar sino conforme a las órdenes de la cámara, de quien soy servidor, y pido humildemente perdón a vuestra majestad de no poder dar otra respuesta a lo que se ha dignado preguntarme.»

Estaba entretanto la asamblea en el mayor desorden, y mientras se retiraba el rey, gritaban algunos miembros en voz bastante alta para ser oídos: *¡Privilegio Privilegio!* Inmediatamente se separó la cámara hasta el día siguiente.

Por la noche se retiraron los cinco acusados a la ciudad<sup>93</sup> que era como su fortaleza, y los vecinos la pasaron toda sobre las armas, mientras que algunos de ellos, encargados tal vez de hacerlo, o llevados de su propio temor, andaban gritando de puerta en puerta que los *caballeros* iban a prender fuego a las casas y que el rey estaba a su frente.

Al día siguiente envió Carlos orden al lord corregidor para que reuniese inmediatamente el ayuntamiento y a cosa de las diez se presentó en Guild-Hall (la casa del ayuntamiento en Londres), acompañado sólo de tres o cuatro lores y dijo a la junta: «Que estaba muy apesadumbrado de saber que se le temía; que había venido sin guardias sólo por manifestar que contaba con el afecto de su pueblo, que había acusado de traición a ciertas personas, contra las cuales quería valerse de las vías legales y por consecuencia contaba con que no hallarían un asilo en la ciudad. Después de otras varias expresiones afables, dijo a uno de los *sheriffs* que pasaba por poco adicto a su persona, que quería comer con él en su casa, pero salió de la sala del ayuntamiento sin recibir los vítores que debía prometerse, y conforme iba pasando por las calles, oía gritar por todas partes *¡el privilegio del parlamento, el privilegio del parlamento!* Un hombre del pueblo, más insolente que los demás, se acercó al coche y gritó: *¡A tus tiendas, Israel!* palabras que pone la Escritura en boca de los Israelitas sublevados, cuando abandonaron a su imprudente soberano Roboam.

91 Id. p. 51.

92 Whitlocke, p. 50.

93 *The city*, la parte central de la población de Londres.

En la primera asamblea afectaron los comunes el más profundo terror, y suspendiendo las sesiones por muchos días consecutivos, establecieron una comisión permanente en la ciudad, en el local llamado la Casa de los Sastres. Estaban especialmente encargados los comisionados de apuntar todas las circunstancias de la entrada del rey en la cámara, sin olvidar la menor expresión vehemente, un simple ademán, una mirada amenazadora de cualquiera de sus guardias, antes todo se recordaba y exageraba con hiel, infiriendo de todo ello un designio premeditado de hacer violencia al parlamento, prender a los acusados dentro de la misma cámara y acabar con todos los que intentasen resistirlo; y esta espantosa violación del privilegio, pues de tal la calificaban, se atribuyó también a los consejos de los papistas y de sus parciales. Esta expresión que a cada paso se encuentra en los discursos y memorias de aquel tiempo, y que hoy hace reír al lector, derramaba entonces la mayor consternación en todo el reino.

También dio ocasión a las más serias deliberaciones una carta que se supuso interceptada y se leyó en la cámara, en que un católico felicitaba a otro por la acusación de los cinco individuos y pintaba este suceso como una consecuencia de la piadosa invención que había ocasionado la sublevación de Irlanda, y debía muy pronto conducir a su ruina a todos los profanos herejes de la nación.

### **Alborotos.**

Reunióse de nuevo la cámara y después de confirmar todas las operaciones de la comisión, volvió a prorrogarse, como si la amenazase algún peligro inminente. Este artificio, estos fingidos temores continuaron por algunos días, y cuando con ellos se hizo llegar la exaltación del pueblo al punto que se deseaba, dispúsose que los cinco acusados volviesen a ocupar su puesto en la cámara llevándolos a ella en procesión triunfal y militar. Cubriose el Támesis de falúas cargadas de pedreros y prontas a entrar en acción, al mismo tiempo que Skippon, a quien el parlamento por su propia autoridad, había nombrado mayor general de la milicia de Londres, conducía los cinco miembros de la cámara a la sala de Westminster al frente de su tumultuoso ejército; el populacho, pasando a la vista del palacio de Whitehall por tierra y por agua, preguntaba con gritos insultantes *donde estaban el rey y sus caballeros, y hacia qué lado habían emprendido la fuga.*

### **Sale el rey de Londres.**

En efecto temiendo Carlos cualquier tropelía de aquella muchedumbre furiosa, se había retirado a Hamptoncourt, abandonado de todos, presa del dolor, la confusión y los remordimientos por los fatales pasos a que le había arrastrado su precipitación. Ya no podía acusar de su miserable situación al rigor de su suerte ni a la malicia de sus enemigos, sino a su ligereza e indiscreción, que debían todavía ocasionarle tan terribles consecuencias. Sus más fieles servidores estaban confusos e indignados reflexionando sobre lo que había pasado y lo que según todas las apariencias debía suceder. El trastorno de sus planes, el triunfo de la facción, el descontento del pueblo convertido ya en furor, todo les hacía desesperar del éxito de una causa a cuya ruina conspiraban igualmente amigos y enemigos.

En esta ocasión, nadie intentó siquiera justificar la prudencia del rey, la legalidad de su conducta encontró muchos apologistas, pero muy poco favor de parte de los jueces. Las leyes, decían, no reconocen máxima más cierta ni más universalmente admitida que la que exceptúa de los privilegios del parlamento los casos de traición, felonía y violación de la paz, y no se sabe que en tiempo alguno haya pretendido una u otra de las dos cámaras entrometerse en los citados casos a favor de sus individuos. Aun cuando resultase algún inconveniente de la observancia de esta máxima, nunca sería suficiente, a no haber otra autoridad, para abolir un principio establecido por el

uso constante y fundado en el consentimiento tácito de todo el cuerpo legislativo. ¿Y cuáles son esos tan ponderados inconvenientes? Que el rey, bajo pretexto de traición, puede mandar prender a algunos miembros de la facción opuesta y asegurarse por algún tiempo la mayoría de los votos, pero si no manda prender sino a un corto número, es claro que un artificio tan grosero le haría perder más amigos que enemigos podría alejar con él. Si se quiere suponer que mandase prender a muchos ¿quién podría dudar de la violencia? ¿y qué otro remedio queda contra la fuerza sino la oposición de otra fuerza superior? Aun concediendo que Carlos se propusiese emplear más bien la violencia que la autoridad para prender aquellos cinco miembros, por más que entonces y después protestase siempre de lo contrario, no por eso dejaría de tener excusa porque no está decidido todavía que la sala en que se reúne el parlamento sea un santuario inviolable, y si los comunes se quejaron de que había sido un ultraje el solo intento de prender a unos individuos de su cuerpo en su presencia, a nadie debían echar la culpa sino a sí mismos, supuesto que rehusaron contestar al mensaje del rey que los había reclamado con toda mesura. El soberano es el primer ejecutor de las leyes y su presencia allí era muy legal, tanto para atajar la oposición como para proteger a la cámara de los insultos que su desobediencia había tan justamente merecido.<sup>94</sup>

Sabía muy bien Carlos el poco peso que tendrían estas razones en la furia actual de los comunes, y así tomó el partido de proponerles por medio de un mensaje que conviniesen entre ellos mismos acerca del método legal con que pudieran continuarse las actuaciones contra aquellos acusados sin que corriese el peligro de nuevas controversias sobre los privilegios, a lo que contestaron pidiendo que se pasasen los cargos a la cámara, mientras ella deliberaba si le convenía abandonar sus individuos a los azares de un proceso legal; entonces les envió a decir el rey que difería para otros tiempos su acusación, y después en varios mensajes les ofreció el perdón de los culpables y también que aprobaría todas las medidas que pudiese tomar para su justificación y seguridad, sin omitir tampoco que les daría cuantas reparaciones quisiesen por la violación de su privilegio, de la cual reconoció que habían tenido mucha razón para quejarse, mas ellos estaban resueltos a no aceptar ninguna satisfacción, si antes no confesaba quienes habían sido sus consejeros en un paso tan contrario a las leyes, condición a que ya se deja conocer que no podría consentir sin deshonorarse para siempre. Entretanto no cesaron de quejarse de la violación del privilegio, acalorando con sus clamores a la nación; y aunque no era difícil penetrar el motivo secreto de aquella exaltación, le disimulaban con gran empeño, porque veían bien claro en la acusación del rey el juicio que hacía de sus últimas operaciones y cada individuo de la facción dominante se creía amenazado de la misma suerte en caso de que la autoridad real fuese restablecida en su antiguo lustre. De este modo aumentó Carlos, con su desgraciado manejo, no sólo el deseo sino también el poder de sus adversarios para hacerle daño.

Por más que la sedición del pueblo hubiese subido ya al más alto grado, se cuidó de renovar el arbitrio de las peticiones para irritarle todavía más, y así se presentó una del condado de Buckingham, firmada por 6.000 personas que prometían vivir y morir en defensa de los privilegios del parlamento; ejemplo que imitaron la ciudad de Londres, y los condados de Essex, Hertford, Surrey y Berks. También se recibió con aplausos otra del gremio de aprendices, y no fue menos aplaudida la de los mozos de cordel, que se anunciaban en número de 15.000. Giraba ésta como todas las demás sobre los privilegios del parlamento, el peligro de la religión, la sedición de Irlanda y la decadencia del comercio; pero solicitaba además la última corporación que se hiciese justicia

94 En un parlamento del reinado de Isabel en que sir Eduardo Coke era orador de la cámara, envió la reina un mensajero o sargento de armas que cogió a Mr. Monier y le llevó a la cárcel con algunos otros, por ciertos discursos que habían pronunciado en la asamblea; acerca de lo cual no propuso otra cosa Mr. Worth, sino que la cámara dirigiese a su majestad una humilde petición solicitando la libertad de los presos, gracia que le fue concedida. Al mismo tiempo el consejo privado le envió a decir que su majestad los había mandado prender por causas que eran muy notorias y que si la cámara redoblaba las instancias con este motivo, no haría más que poner obstáculos al bien general que tanto deseaba su majestad; que la cámara no tenía que pedir cuentas a la reina de lo que hacía en uso de su real autoridad; que podían ser de la mayor importancia las razones que la habían movido a prender a aquellos individuos; que su majestad no gustaba de preguntas de esta naturaleza y que no le tocaba a la cámara penetrar tan altos misterios. (Nota del Traductor.)

de los culpables y que correspondiese el castigo a la atrocidad de los crímenes, añadiendo «que si se suspendían por más tiempo aquellos remedios, ellos acometerían lo que no convenía nombrar y justificarían el proverbio de que *la necesidad carece de ley.*»<sup>95</sup>

Otra petición se presentó también de algunos mendigos, en nombre de otros muchos miles de compañeros suyos, quienes proponían como remedio a la miseria pública «que los nobles y dignos señores de la cámara alta que concurrían en sus votaciones con las de los comunes se separasen de los otros pares y celebrasen sus asambleas separadamente, pero representando a todo el cuerpo.» Por esta petición les dieron expresivas gracias los comunes.<sup>96</sup>

Igual furor se apoderó también de las mujeres. La de un cervecero, seguida de innumerable turba mujeril, presentó una petición « en la cual exponían las suplicantes el terror con que miraban a los papistas y a los obispos, y el miedo que tenían de ver renovarse en su sexo las matanzas, los raptos y todos los ultrajes que acababan de escandalizar la Irlanda. Decían que se veían precisadas a imitar el ejemplo de las mujeres de Tekoah, y que tenían igual derecho que los hombres para declarar en una petición el dolor que les causaban las públicas miserias, porque Jesucristo las había redimido al mismo precio que a ellos y porque la felicidad de los dos sexos consistía igualmente en el goce libre de Jesucristo.» Salió Pym a la puerta de la cámara y declaró a aquellas exaltadas patriotas que su petición había sido recibida con gratitud y presentada con la mayor oportunidad, suplicándoles que añadiesen a este laudable paso el auxilio de sus oraciones por el triunfo de los comunes. Así se fueron poniendo en obra los más miserables ardides y los más hipócritas medios de popularidad para precipitar al desgraciado pueblo en las convulsiones de la guerra civil.

Por otro lado, todas las peticiones favorables a la iglesia o a la monarquía, cualquiera que fuese su origen, no sólo eran mal recibidas, sino desechadas con dureza, llevados a la cárcel los que las presentaban y perseguidos a título de *delincuentes*, sin que se guardase el menor disimulo para una conducta tan ilegal, mas antes haciendo alarde de ella, porque decían: «Los que desean una mudanza deben expresar su deseo, pues si no ¿cómo se ha de adivinar? Pero los que están a favor del gobierno establecido en la Iglesia y el estado, no deben presentar petición alguna, porque ya tienen lo que desean.»<sup>97</sup>

La deliberación que precedió a la llamada *representación* había dado a conocer que Carlos tenía un gran partido en la cámara de los comunes y si él hubiera cuidado de evitar nuevos motivos de descontento, no hubiera tardado este partido en hacerse más numeroso por la aversión con que los hombres honrados miraban las violentas medidas de los corifeos populares. En la cámara alta, siempre había estado la mayoría de los votos en favor del rey, aun después de haber sido expelidos de ella los obispos, y esta disposición no pudo cambiar sino a fuerza de ultrajes que parecían deber ocasionar al fin la humillación y la ruina de los que los excitaban; pero la furia actual del pueblo, semejante a una violenta inundación, atropelló todos los obstáculos, y la autoridad real quedó derruida hasta sus cimientos. Los artificiosos comunes, que conocían la importancia de la ocasión en todos los movimientos populares llevaron adelante con indecible ímpetu su victoria, y supieron extender el terror de su autoridad sobre toda la nación, castigando la menor oposición o displicencia, aunque se expresara sólo en el trato familiar, como un crimen el más inaudito. Apenas era permitido hallar cosa reprehensible en la conducta particular de cualquier diputado de los que figuraban en la cámara, y la menor censura contra Pym se miraba como una violación del privilegio. A la menor señal, estaba pronto el populacho que velaba al rededor de la cámara, a cumplir las órdenes de sus caudillos, y el diputado que intentaba oponerse al torrente, no podía sin peligro acercarse a ninguna de las dos cámaras. Últimamente, se llevó la violencia a tal grado, que en un discurso que dirigió Hollis a los lores, tuvo la osadía de preguntar los nombres de los que pensaban no votar conforme a la opinión de los comunes<sup>98</sup> y Pym declaró en la cámara baja, que el pueblo tenía derecho para expresar sus justos deseos con absoluta y entera libertad.

95 Clarendon, tomo II, p. 412.

96 Id, tomo II, p. 413.

97 Clarendon, tomo II, p. 449.

98 Declaración del rey, del 12 de agosto de 1642.

En todas partes la fuga, el terror y el abatimiento del partido realista aseguraron la superioridad numérica a sus adversarios, y así todos aquellos *bills* que habían enviado los comunes a los lores, y que estos hubieran desechado infaliblemente, se aprobaron en lo sucesivo sin obstáculo y se llevaron a la sanción del rey; tales fueron el *bill* concerniente a las levadas militares, con su preámbulo, y el que quitaba a los obispos el derecho de votar en el parlamento. Ya moribunda la autoridad real, y amenazada secretamente la reina de una pública acusación, sin encontrar recurso alguno en la protección de su marido, pensaba en retirarse a Holanda, porque tanto su religión como la energía de su carácter habían motivado que la rabia del pueblo se estrellase más particularmente contra ella. Ya le habían dado los más insultantes tratamientos, que había sobrellevado contra ella con una secreta indignación. Era tal el furor de los comunes contra ella que habían puesto preso a su confesor, sólo porque lo era, sin querer soltarle a pesar de sus reiteradas instancias, y llevado muy a mal que el príncipe su hijo hubiese ido una vez a visitarla, lo que dio motivo a un furibundo mensaje. En tal estado de cosas y recelando algún ultraje todavía más violento, andaba discurriendo medios para su evasión, y así aconsejó al rey que aprobase los *bills* con la esperanza de calmar por algún tiempo la efervescencia del pueblo.

Pero pronto conoció el rey que aquellas nuevas concesiones, aunque tan importantes, lejos de producir mejor efecto que las anteriores, servían sólo de cimiento para otras exigencias más exorbitantes e irregulares. La natural docilidad de Carlos, unida a la impotencia de su situación, hicieron creer a los comunes que no podía ni debía rehusarles nada, y en aquel torrente de triunfos no interrumpidos miraban como un escollo de su política la menor interrupción en sus pretensiones. Apenas supieron las que acababan de conseguir, hicieron a la reina la afrenta de abrirle algunas cartas interceptadas de lord Digby, presentaron a la cámara alta un decreto de acusación contra el fiscal general Hebert, por haber obedecido las órdenes del rey acusando a los cinco miembros del parlamento, y apresuraron más y más el planteo de la milicia en que fundaban todas sus esperanzas de autoridad absoluta para lo futuro.

Estaban persuadidos los comunes de que si sucedía la calma a la tempestad que estaba en su mano excitar, no tardaría el gobierno monárquico que subsistía en Inglaterra hacía tantos siglos, en recobrar una parte de su antigua dignidad, y que a pesar de todos sus proyectos de limitarle, nunca conseguirían la abolición total de una autoridad a que tan acostumbrada se hallaba la nación. La espada sola, señora absoluta de todas las instituciones humanas, podía asegurarles el poder que habían adquirido y poner a cubierto su seguridad personal contra la indignación del soberano. En este solo punto reconcentraron sus miras, y así enviaron a Hull, donde tenían un gran depósito de armas, a sir Juan Hotham, caballero muy rico y muy ilustre de aquel condado, con el título de gobernador. Prohibieron a Goring, que mandaba en Portsmouth que obedeciese otras órdenes que las del parlamento, y después de haber obligado al rey a que quitase el gobierno de la Torre de Londres a Lunsford, a quien él había colocado allí, sus instancias le pusieron en la necesidad de remover también de aquel destino a sir Juan Biron, hombre de un carácter sin tacha, que había sucedido a Lunsford; y no acabaron sus importunidades hasta que recayó el empleo en sir Juan Coniers que era el único, según ellos decían, en quien podían tener confianza. Últimamente dieron el golpe decisivo resolviendo apoderarse de toda la fuerza para conferirla únicamente a sus hechuras y partidarios.

Los severos decretos que se habían expedido desde la apertura del parlamento contra los gobernadores y sus tenientes que, a ejemplo de sus predecesores, se atribuían cierta autoridad, habían desarmado enteramente a la corona y no dejaban a los magistrados civiles la suficiente facultad para la defensa y seguridad de la nación, inconveniente que era urgentísimo remediar. Por tanto, salió un decreto aprobado en las dos cámaras en que se restituyeron a los gobernadores y tenientes las facultades de que los habían privado los comunes; pero al mismo tiempo se insertaron en el decreto los nombres de todos los tenientes, y todos eran hombres en quienes el parlamento podía tener enteramente confianza: se los hacía responsables de su conducta según los términos expresos del decreto, no ante el rey sino ante el parlamento.

La política de que nunca se separaron los comunes y que hasta entonces les había salido muy bien, consistía en aturdir al rey con la osadía de sus tentativas, y en no mezclar jamás la menor blandura con su severidad, sino antes bien usar siempre de un lenguaje tan violento como sus mismas pretensiones, dándole a entender que no tenían en nada su dignidad ni su persona. A este decreto, que ya aniquilaba la autoridad real, reuniendo la insolencia con la burla, se le puso un preámbulo no menos ofensivo para el carácter personal del rey, preámbulo cuyos términos deben consignarse en la historia: «Como se ha formado recientemente contra la cámara de los comunes un proyecto tan peligroso como desesperado, que tenemos buenas razones para creer que sea efecto de las sanguinarias arterías de los papistas y otras personas mal intencionadas que ya suscitaron una rebelión en el reino de Irlanda; y como diferentes descubrimientos deben hacernos creer que continúen, no solamente en suscitar revueltas y sublevaciones de igual naturaleza en el reino de Inglaterra, sino también en apoyarlas con fuerzas extranjeras etc.»<sup>99</sup>

Al ver eso Carlos, determinó poner coto a sus concesiones no con una negativa franca sino con dilaciones. Cuando se le presentó la petición (que los comunes miraban como la última que pudiesen hacer en caso de serles concedida), se hallaba en Duvres con la reina y con la princesa de Orange, que estaban prontas a embarcarse, y respondió que no tenían tiempo para examinar una proposición de tal importancia y que respondería a su vuelta. Inmediatamente le despachó el parlamento otro mensaje con las mayores instancias (22 de febrero) manifestando un vivo sentimiento de la indiferencia con que miraba su majestad una petición tan necesaria y tan justa: representaban que en un peligro tan grande y en unos apuros tan urgentes era tan perjudicial la dilación como la negativa, añadiendo que era obligación suya acelerar la ejecución de un reglamento tan necesario para la pública seguridad; aseguraban que el pueblo de muchos condados se había dirigido a la cámara haciéndole la misma súplica y que en algunas partes estaba tomando por sí mismo disposiciones contra el peligro que le amenazaba.<sup>100</sup>

Aun después de semejante insolencia no tuvo el rey valor para negar su sanción más que al preámbulo, desechándole como injurioso a su honor y protestando de la inocencia de sus intenciones cuando entró en la cámara de los comunes. Sólo deseó que se devolviese a la corona la autoridad militar, y con tal que las patentes fuesen revocables, prometió conferirles a los mismos oficiales que estaban nombrados en el decreto.

Ya por un mensaje precedente había manifestado a los comunes que deseaba le presentasen de una vez y en un solo memorial todo lo que juzgasen conveniente para el restablecimiento del buen orden en la nación, pero ellos contestaban que los horribles peligros que amenazaban el reino no les dejaban tiempo para un trabajo tan difícil. El arbitrio propuesto por el rey parecía un remedio muy suficiente en las circunstancias y conservaba a lo menos en este punto la prerrogativa de la corona, pero eran muy diferentes las intenciones de sus enemigos y un solo medio podía librarlos de sus terrores, y así replicaron inmediatamente (1.º de marzo) que los riesgos y males de la nación no comportaban más demoras, y que si el rey no cedía desde luego a sus pretensiones se verían precisados, por la seguridad misma de su majestad y del reino, a organizar la milicia con sola la autoridad de las dos cámaras, a lo cual estaban resueltos. Solicitaron también que las provincias del reino, que por sí mismas se habían puesto en estado de defensa, fuesen declaradas haber obrado en conformidad con las disposiciones del parlamento y de las leyes de la nación; y mientras que usaban de este lenguaje amenazador con el soberano, le invitaron a que fijara su residencia en Londres donde sabían que habría de estar bajo su absoluta dependencia, a lo cual respondió el rey en su primer impulso de indignación:

«Tanto me sorprende este mensaje que no sé verdaderamente qué responder. ¡Habláis de desconfianzas y de temores! Poned la mano en vuestros pechos y preguntaos a vosotros mismos si deberé yo también tener mis temores y desconfianzas, y si este mensaje es propio para tranquilizarme!

99 Rushworth, tomo V, p. 519.

100 Rushworth, tomo V, p. 521.

»Con respeto a la milicia, he pensado en ello tantas veces antes de daros mi respuesta y estoy tan seguro de que ésta es la que conviene a lo que podéis pedirme en justicia y razón, y a lo que yo puedo conceder con honor, que no la alteraré en lo mas mínimo.

»Por lo que hace a mi residencia cerca de vosotros, pluguiera a Dios que pudiese ser segura y honrosa, y que no tuviese yo motivo alguno para alejarme de Whitehall. Consultad con vosotros mismos sobre este punto.

»¿Qué es lo que queréis de mí? ¿He violado yo las leyes? ¿He rehusado mi consentimiento a ningún *bill* relativo al bienestar y seguridad de mis súbditos? Y mientras tanto vosotros ¿qué es lo que habéis hecho por mí?

»¿Hay alguno de mis vasallos que se haya dejado arrastrar a algún exceso por los temores e inquietudes? Yo ofrezco un perdón tan amplio y generoso como le dictéis vosotros mismos.

»Después de reflexionar sobre todo esto, considero que debe haber alguna sentencia en el cielo contra esta nación si todavía continúan los desórdenes.

»Pido a Dios que me trate a mí y a los míos según mis pensamientos, pues como él ve cuantos son ellos y mis intenciones por el mantenimiento de la verdadera religión protestante y observancia y conservación de las leyes, espero que bendecirá y mantendrá estas mismas leyes para mi propia conservación.»

No bien hubieron perdido los comunes la esperanza de obtener el consentimiento del rey a su decreto, cuando después de haber deliberado entre sí, declararon: «Que los que habían aconsejado a su majestad la respuesta que había dado al último mensaje eran enemigos del estado y perniciosos autores de proyectos contrarios a la defensa de la nación; que la negativa de su majestad era peligrosísima en sus consecuencias; que si su majestad persistía en ella, aventuraría la paz y seguridad de todos sus reinos a menos que la prudencia y autoridad de las dos cámaras no opusiesen algún pronto remedio, y que todos los ciudadanos que se habían puesto en actitud de defensa contra el peligro común habían procedido justamente y merecían la aprobación del parlamento.»<sup>101</sup>

Recelando que el pueblo, por no haber visto jamás al parlamento ejercer su autoridad sin el concurso del rey, estuviese poco dispuesto a auxiliar todas sus usurpaciones, se le atemorizó con nuevas inquietudes y voces de una invasión, y otros motivos de espanto de parte de los papistas ingleses e irlandeses, aglomerando las más ridículas especies para exaltar a la nación. Habiendo entrado lord Dygby en Kingston en un coche tirado por seis caballos y con algunos criados de escolta, apenas se supo en Londres cuando al instante declaró la cámara que se había presentado con ademán hostil y dado principio a la guerra entre el rey y el reino<sup>102</sup>. Inmediatamente llovieron en el parlamento representaciones de todos los condados para que pusiese a la nación en estado de defensa; y el de Ltrafford, en particular, manifestó tales temores de una sublevación de los católicos, que, según decían los firmantes de la petición, se veían obligados a estar en defensa y no se atrevían a ir sin armas ni aun a la iglesia.<sup>103</sup>

## Llega a York.

Para no exponerse a las mismas violencias que había estado sufriendo por tanto tiempo y no verse arrancar el consentimiento de aquel deshonesto y perjudicial decreto, tomó Carlos la resolución de alejarse aun más de Londres, yéndose con sus hijos<sup>104</sup> a York, donde pensaba fijar su residencia por algún tiempo. Aquellas provincias, distantes del peligroso torbellino que agitaba a la capital, conservaban todavía un respeto sincero a la religión y a la monarquía, y así encontró allí la familia real señales de adhesión inesperadas: de todas partes recibió Carlos visitas, diputaciones y

101 Rushworth, parte tercera, tomo I, cap. IV, p. 524.

102 Clarendon, Rushworth, Gales y el duque de York tercera parte, tomo I, p. 495.

103 Dugdale p. 89.

104 El príncipe de Gales y el duque de York.

cartas llenas del más profundo respeto de parte de la nobleza de segundo orden, que le exhortaba a libertarse a sí mismo y a salvarlos a ellos de una esclavitud vergonzosa. Había bastado aquel corto intervalo que medió desde la fatal acusación de los cinco miembros de la cámara para hacer abrir los ojos a muchos hombres de bien y sacarlos del asombro que los había sobrecogido al principio. No les parecía ser suficiente motivo un paso temerario y apasionado de su soberano para tantas violencias deliberadas como veían ejercer contra él y contra todos los demás ramos de gobierno; y por más dulzuras que les ofreciese la libertad, eran muchos de ellos de parecer de atenerse a aquel estado medio que les habían transmitido sus antepasados y que estaba más asegurado que nunca por medio de tantas concesiones, sin exponerse al manifiesto peligro de caer en mayor sujeción y aventurar el orden y la ley por andar imprudentemente buscando mayor independencia. Viéndose Carlos apoyado por un partido tan considerable, no tardó en tomar un tono más firme, dirigió a los comunes las mismas imputaciones que le habían dirigido a él con un vigor de que hasta entonces no había dado pruebas, y continuó rehusando su consentimiento al decreto sobre la milicia, a pesar de todas las representaciones, amenazas e insultos que se le hicieron.

Mas los comunes formaron otro nuevo decreto en que, sin consentimiento del rey y por sola la autoridad de las dos cámaras, nombraron gobernadores para todos los condados, confiriéndoles el mando de todas las tropas, guarniciones y fortalezas del reino. Carlos publicó manifiestos contra aquella usurpación, la más capital y escandalosa que presentaba la historia de Inglaterra, y así como ofrecía observar fielmente las leyes, también aseguraba estar resuelto a que todos los súbditos del reino les rindiesen igual obediencia. Era tan esencial el nombre del rey para todas las leyes y tan familiar en todos los actos de autoridad ejecutiva, que recelaron los comunes, si la omitían del todo, encontrar alguna resistencia en el pueblo, y así en todas las patentes que distribuían, obligaban a los que las recibían a obedecer las órdenes de su majestad, comunicadas por medio de las dos cámaras del parlamento; y estableciendo una distinción hasta entonces inaudita entre el oficio y la persona del rey, empleaban contra él las mismas fuerzas que levantaban en su nombre y por su autoridad.

Es muy digno de observarse como se retorcián los argumentos entre los dos partidos, porque reconociendo Carlos lo mal que había hecho en valerse del pretexto de la necesidad para violar las leyes y la constitución, advertía a los comunes que no imitasen un ejemplo que ellos habían motejado con tanta violencia, y los comunes disfrazando su miedo personal y su ambición con las apariencias de un peligro nacional, estaban haciendo sin saberlo la apología de lo único que había tenido de reprehensible la conducta del rey. Había razones muy plausibles para sostener que no existía peligro alguno de parte de la autoridad real; tan reducida ya y tan despojada de sus rentas y de su autoridad militar; pero con solo mirar estos sucesos, aparece que el peligro, si es que había alguno, no era de este género, es decir grande, urgente ni inevitable cual debe de ser aquel que obliga a dispensarse de las leyes y sobreponerse a todos los obstáculos. Era tan clara a la sazón la impotencia de Carlos para trastornar la constitución, que cuantos temores y recelos agitaron entonces al pueblo inglés y le precipitaron a las armas con tanto furor, eran evidentemente de naturaleza religiosa y no civil. Estaba herida su imaginación con el continuo terror del papismo y de la prelatura, con la ciega aversión a la liturgia y ceremonias eclesiásticas, y con un extraordinario apego a todo lo que se mostraba opuesto a aquellos objetos de su odio. El espíritu fanático, que ya no conocía freno, confundía todos los motivos de seguridad, de interés y de felicidad, y rompió al fin todos los vínculos morales y civiles.<sup>105</sup>

105 La extraordinaria osadía y destreza de algunos corifeos populares son causa que generalmente se les atribuya más mérito del que tuvieron en la realidad, y de que se suponga que, manejándose como políticos hábiles, se valieron para conseguir sus fines de pretextos que ellos mismos despreciaban en el fondo de su conciencia; pero es casi seguro que obraron movidos por su insensato celo, porque la hipocresía pura y exenta de fanatismo es acaso tan rara como el mismo fanatismo exento de hipocresía. Son tan naturales en el hombre los sentimientos religiosos, que cuando no se halla prevenido por un frío y decidido escepticismo filosófico, le es imposible fingir por mucho tiempo esos santos fervores sin adoptar una gran parte de ellos; y por otro lado, es tan precaria y pasajera la operación de esas instituciones sobrenaturales, que es del todo imposible que, empleando por largo tiempo los arrebatos y éxtasis religiosos, dejen de ser alguna vez fingidos y de mezclarse con otros motivos más vulgares de interés o de ambición, que se apoderan del alma. Esta reflexión es como la clave de todos los caracteres célebres



Cada partido imputaba al contrario el cargo de haber provocado la guerra civil, al mismo tiempo que uno y otro se preparaban al desenlace que tenían por inevitable. Lo principal para ambos era asegurarse el favor y buena opinión del pueblo, pudiendo decirse en verdad que jamás hubo cuerpo de nación menos contaminado por el vicio ni más deseoso del bien que los ingleses en aquel tiempo, así como jamás tampoco había tenido la nación inglesa ni más valor, ni más capacidad, ni más patriotismo y desinteresado celo que entonces; pero la excesiva infusión de un solo ingrediente había corrompido todos estos nobles principios y convertidos en una virulenta ponzoña. Para determinar su elección en las borrascas que se acercaban, cada cual escuchaba con ansia las razones de los dos partidos, y así precedió la guerra de la pluma a la de la espada; y de día en día se fueron enconando más y más los ánimos de los dos partidos opuestos. Fuera de una multitud de aventureros que obraban por sí mismos, entraron también el rey y el parlamento en discusión con mensajes, representaciones y declaraciones, con ánimo cada cual de ganar el voto de la nación, en lo cual tenía Carlos una doble ventaja, porque no solamente era su causa la más favorable en cuanto defendía el antiguo gobierno de la iglesia y del estado contra las más ilegales pretensiones, mas también se veía defendida con más arte y elocuencia. Había aceptado el destino de secretario de estado lord Falkland, hombre que reunía a las más puras virtudes los más preciosos dones de la naturaleza y de una sólida instrucción. Éste fue quien, ayudado del rey, compuso casi todas las memorias del partido realista; y estaba tan seguro Carlos de su superioridad en aquel combate, que tuvo gran cuidado en esparcir los escritos del parlamento juntamente con los suyos para poner al pueblo en estado de hacer un juicio comparativo; el parlamento por el contrario, se esforzaba en suprimir los escritos del rey cuando publicaba los suyos.

Los argumentos contenidos en las exposiciones y declaraciones reales, tendían a dilucidar los principios de la constitución, señalar los límites de los poderes confiados por la ley a los cuerpos colegisladores; dar a conocer las grandes ventajas que redundaban a todo el sistema político de las últimas concesiones del rey; demostrar la suma confianza que le inspiraba el afecto de su pueblo; hacer resaltar los rasgos de ingratitud con que se le había correspondido, y las usurpaciones, los insultos, las indignidades a que había estado expuesto; todo esto dicho con la más rigurosa lógica y con todo el nervio y pureza de un lenguaje escogido.<sup>106</sup>

---

de aquel siglo; igualmente poseídos de fraude y de ardor, aquellos piadosos patriotas no hablaban más que de buscar a Dios mientras que proseguían el triunfo de sus miras particulares ¡lección memorable que debe enseñar a la posteridad cuán ilusorio y pernicioso era el principio que los animaba!

106 En algunos de estos manifiestos, atribuidos a la pluma de lord Falkland, se encuentra la primera definición regular de la constitución inglesa, según las ideas actuales de la nación, o a lo menos la primera que se ha publicado por autoridad. En ellos se distinguen con toda claridad las tres especies de gobiernos, monárquico, aristocrático y democrático, y se declara expresamente que el gobierno de Inglaterra no es ninguno de los tres, sino una mezcla de todos ellos, templados el uno por el otro. Ninguno de los reyes precedentes hubiera querido usar de este lenguaje ni hubiera permitido que le usasen sus súbditos por más que se encontrase su sentido en muchas de las instituciones. En el pleito sobre la contribución marítima que sostuvo la corona contra Hambden, los jurisconsultos y abogados del rey insistieron paladinamente sobre el poder absoluto del soberano, y los abogados del partido contrario no habían osado replicar, limitándose a decir que los súbditos tenían igualmente una propiedad fundamental de sus bienes y que no se les podía quitar una porción de ellos sin su propio consentimiento expresado por el parlamento; pero decir que éste estaba instituido para reprimir y censurar al rey y repartir con él la suprema autoridad, eran expresiones que en otro tiempo se hubieran mirado, sino como ilegales, a lo menos como ofensivas e indiscretas. No hay que admirarse de que los gobiernos se sostengan largo tiempo aunque estén mal definidos e indeterminados los límites de la autoridad, porque lo mismo sucede en todo el mundo. ¿Quién hay que pueda deslindar perfectamente los poderes espiritual y temporal en los países católicos? ¿Qué código señalaba la autoridad precisa del senado romano en cada caso particular? Tal vez el gobierno inglés es el primero de naturaleza mixta en que se ha definido con exactitud la autoridad de todas sus partes, sin que esto impida que ocurran entre las dos cámaras muchas cuestiones importantes que, de común acuerdo, quedan discretamente sepultadas en el silencio. Verdad es que el poder real es el que se halla más exactamente limitado; pero la época de que vamos hablando es cabalmente aquella en que principió esta exactitud. Según se explican Warwick y Hobbes, parece que muchos realistas desaprobaban aquella exactitud filosófica en el que escribía por el rey, creyendo que había levantado imprudentemente el velo que cubría los misterios del gobierno. Lo que resulta evidentemente es que la libertad inglesa sacó enormes ventajas de aquellas disputas, y que la autoridad real

Por más importantes que fuesen estos escritos y por más que tendiesen a reconciliar a la nación con su rey, sin embargo era evidente que no podían decidir nada y que se necesitaban otras armas más eficaces para terminar la contienda. Al decreto del parlamento relativo a la milicia, opuso Carlos sus comisiones de *array*,<sup>107</sup> y los condados obedecieron a una u otra autoridad según eran los principios o afectos que los dominaban, ocurriendo algunas escaramuzas en aquellos donde el pueblo estaba abiertamente dividido. Llegó en esta ocasión el parlamento a declarar que siempre que las dos cámaras, a quienes él llamaba tribunal supremo de judicatura, hubiesen explicado en que consistía la ley del país, se miraría como una violación del privilegio, no sólo el dudar de ello sino hasta la menor murmuración; que equivalía a usurpar toda la autoridad legislativa y ejercerla en el artículo más importante, que era el gobierno de la milicia: por el mismo principio y mediante una crítica gramatical sobre los tiempos de un verbo latino<sup>108</sup>, quisieron los comunes quitar al rey su voto negativo en la institución de las leyes.

Estaban depositados en el arsenal de Hull las armas de todas las tropas que se habían levantado en Escocia, y aunque sir Hotham había aceptado de los comunes su patente de gobernador, no se le creía mal dispuesto en favor de la iglesia y de la corona, por lo cual se lisonjeó Carlos de que si se presentaba en persona a las puertas de aquella ciudad antes de romper las hostilidades, respetaría Hortham su majestad real y le recibiría con su comitiva, después de lo cual no le sería difícil señorearse de la plaza; pero el gobernador, que estaba muy alerta, cerró las puertas y rehusó decididamente admitir al rey, que sólo pedía entrar con veinte personas. Entonces le declaró Carlos traidor y dio quejas al parlamento de una desobediencia tan formal; mas el parlamento aprobó y justificó la acción.

### Preparativos para la guerra civil.

Dio el condado de York al rey una guardia de 600 hombres, pues es de advertir que hasta entonces habían vivido los reyes de Inglaterra entre sus súbditos como los padres entre sus hijos, sin cifrar su seguridad más que en la dignidad de su carácter y en la protección de las leyes. Las dos cámaras no sólo se habían señalado una guardia, sino que habían intentado también apoderarse de toda la autoridad militar, de toda la marina y de todas las fortalezas del reino, empleándolo todo abiertamente en hacer preparativos de guerra; y sin embargo, hicieron una declaración que decía: «Que seducido el rey por malos consejos, se proponía hacer la guerra al parlamento, el cual no tenía otro objeto en sus deliberaciones y en sus actos que el de velar por la seguridad de sus reinos y desempeñar todos los deberes de respeto y fidelidad a su persona; que esta empresa era una violación de la confianza que su pueblo tenía en él, y opuesta a su real juramento, pues propendía a la disolución del gobierno; y que todos los que le diesen asistencia en semejante guerra quedaban declarados traidores en virtud de las leyes fundamentales del reino.»<sup>109</sup>

Las tropas que hasta entonces no se habían levantado más que con pretexto de reducir la Irlanda continuaron ya sin ningún disimulo al servicio del parlamento y éste dio el mando de ellas al conde de Essex. En un solo día se alistaron en Londres 4.000 hombres, y el parlamento hizo una declaración, que se obligó a firmar a todos sus individuos, por la cual protestaban que querían vivir y morir con su general.

---

adquirió mayor solidez en las partes que se le asignaron. Posteriormente se ha averiguado que Clarendon fue quien escribió la mayor parte de aquellas representaciones del rey. (Nota del Traductor.)

107 *Array* significa mandato, disposición; y en aquel tiempo se llamaban en Inglaterra *Commissioners of array* los oficiales encargados de reclutar y equipar o tropas, que venían a ser lo mismo que nuestros antiguos sargentos de bandera. (Nota del Traductor.)

108 En el juramento que hace el rey en su coronación, promete sostener las leyes y prácticas que eligiere el pueblo, *quas vulgus elegeret*, y el parlamento dijo que *elegeret* significaba *elegirá* y que por consiguiente el rey no tenía derecho para desechar ningún *bill* que se le presentase. Véase Rushworth, tomo V, p. 580.

109 Withlocke, p. 57.

Publicaron órdenes para que, a título de préstamos, se les aprontasen grandes sumas y plata labrada (30 de junio) con la declaración ordinaria de que era para la defensa del rey y de las dos cámaras, pues en este punto su lenguaje era siempre el mismo. Así se vio en menos de diez días llegar una inmensa cantidad de plata labrada a las tesorerías, en términos que apenas había brazos para recibirla ni sitio donde depositarla y hubo particulares que se vieron en la triste precisión de volverse a llevar su ofrenda, esperando su turno. Este celo se manifestó más particularmente en la ciudad, donde las mujeres se desprendían de toda su vajilla y de los adornos de sus casas, ofreciendo hasta sus dedales y punzones de plata para ayudar a la buena causa contra los *malignos*.<sup>110</sup>

Al mismo tiempo el esplendor de los nobles que rodeaban al rey eclipsaba y con mucho el espectáculo que presentaba Westminster; el lord guarda sellos Littleton se había trasladado a York a donde ya había enviado antes el gran sello real, y más de cuarenta lores de la principal nobleza asistían junto al rey, mientras que en la cámara alta no se veían ordinariamente sino diez y seis: también se ausentó de la cámara baja cerca de la mitad de sus individuos, temerosos de la inminencia del peligro. Formaron los comunes una acusación contra nueve pares por haber abandonado sus obligaciones en el parlamento, y declararon al mismo tiempo que los individuos de su cámara que tuviesen ánimo de volver a ella no serían admitidos sino cuando hubiesen dado suficientes explicaciones de su ausencia.

Declaró Carlos a los pares que le habían seguido que no les exigía obediencia a sus órdenes cuando éstas no fuesen conformes con las leyes y ellos respondieron con una noble protesta, en la cual declaraban a su vez que estaban resueltos a no reconocer otras órdenes que las que estuviesen sancionadas por su respetable autoridad. Con este deliberado empeño, tan digno de un príncipe inglés y de la nobleza inglesa, esperaban confundir las temerarias y tumultuosas resoluciones del parlamento.

La reina, empeñando las alhajas de la corona en Holanda se había puesto en situación de comprar y embarcar una buena cantidad de armas y municiones, de las cuales llegó al rey una parte con inesperada felicidad; pero con todo eso sus preparativos distaban todavía mucho de los de sus enemigos. Con la mira de ahuyentar todas las desconfianzas, había resuelto patentizar a todo el universo la violencia y pretensiones ilegales de que era víctima, y el cuidado de recobrar el crédito de su pueblo le había parecido más importante para sus intereses que el de formar acopios y ejércitos que podían anunciar siniestras miras; pero como fuese ya tan crítica su situación que no admitía dilaciones, trató de ocuparse en los preparativos de la defensa. Todas las ventajas que le quedaban se aprovecharon con un ardor, con una actividad y con una destreza que uno de los partidos no temía ni esperaba el otro de él. Supo excitar a sus parciales a que tomasen las armas y según iban creciendo los apuros, iban también desarrollándose los recursos de su ingenio, de suerte que nunca pareció aquel monarca más grande que cuando se vio en el colmo del peligro y de la desventura. Sin duda que de esta mezcla del carácter de Carlos provino una gran parte de las desgracias que cayeron entonces sobre la nación inglesa; porque sus grandes errores políticos o más bien su debilidad le acarrearón enemigos implacables, al paso que sus eminentes virtudes le proporcionaron partidarios muy celosos, con lo cual la nación se vio desgarrada por las más violentas convulsiones entre el odio de los unos y el afecto de los otros.

Para quitar a su soberano toda esperanza de composición, le envió el parlamento las condiciones con que únicamente admitiría un acomodamiento, y que consistían en diez y nueve artículos en que estaba comprendida la abolición completa de la autoridad monárquica. Proponía que el consejo no hubiera de componerse más que de personas agradables a las dos cámaras; que ninguna resolución del rey fuese válida si antes no había pasado por el consejo y recibido la firma de todos los consejeros; que la elección de todos los empleados del reino y de los principales jueces se sometiese a la aprobación del parlamento, y que todos fuesen inamovibles; que ningún individuo de la familia real pudiese casarse sin permiso del parlamento o del consejo; que se pusiesen en

---

110 Id. p. 58.

ejecución las leyes contra los papistas; que se privase de voto a todos los pares católicos; que la reforma de la liturgia y gobierno eclesiástico había de hacerse por el parlamento; que se ejecutase plenamente el decreto concerniente a la milicia; que el parlamento pudiese hacer justicia de todos los delincuentes; que hubiese un perdón general, pero con las excepciones que el parlamento tuviese a bien dictar; que no se dispusiese de los castillos y fortalezas sino con aprobación del parlamento; que no se nombrasen nuevos pares sin el consentimiento de las dos cámaras. A lo cual respondió Carlos:

«Si yo accediese a esas peticiones, podrían en buen hora servirme con la cabeza descubierta, besarme la mano, concederme el título ordinario de Majestad, y *la autoridad de rey significada por las dos cámaras*, podría ser aun frase usada en todas vuestras órdenes; podría llevar delante de mi persona espadas y mazas, y recrearme en mirar una corona y un cetro, por más que estas ramas no pudiesen conservar su verdura mucho tiempo estando ya muerto el tronco; pero en punto a poder real y verdadero, yo no sería más que una pintura, un fantasma de rey.»<sup>111</sup> La guerra cualquiera que fuese, le pareció, lo mismo que a sus consejeros, preferible a unas condiciones tan ignominiosas; y desde aquel momento resolvió defender su autoridad con las armas. «Mis ciudades —decía—, mis naves, mis armas, mi tesoro, todo me lo han arrebatado; pero me quedan una causa justa y los corazones de mis vasallos, con los cuales y con la bendición del cielo no dudo volverme a poner en posesión de todo lo demás.» Así, apenas reunió algunas fuerzas, se puso en marcha hacia el Sur, y deteniéndose cerca de Nottingham, levantó allí el estandarte real, abierta señal de discordia y guerra civil en todo el reino (25 de agosto).

---

111 Rushworth, tomo V, p. 728.

## LVI. Carlos I—1642

### Principio de la guerra civil.

Cuando una vez se pusieron en oposición dos nombres tan sagrados en la constitución inglesa como los de Rey y Parlamento, no es de admirar que el pueblo estuviese no sólo dividido en su elección, sino agitado también por las más violentas facciones y animosidades.

### Situación de los partidos.

Temiendo la alta nobleza y los principales de la secundaria una total confusión de clases y condiciones, abrazaron la defensa del monarca de quien habían adquirido su lustre, así como él les debía una gran parte del suyo. Fuera de eso aquel espíritu de lealtad, preciosa herencia de sus mayores los inclinaba a los antiguos principios de la constitución y les hacía tener a tanta honra conservar las máximas como suceder en las posesiones de las antiguas familias del estado, y mientras pasaban la mayor parte del tiempo en sus tierras, se sorprendieron al oír que cundían opiniones enteramente nuevas para ellos, que no sólo encerraban una limitación sino casi una abolición completa de la autoridad monárquica<sup>112</sup>.

Por otra parte, Londres y la mayor parte de las ciudades populosas tomaron partido por el parlamento y se dieron prisa a adoptar aquellos principios democráticos en que estaban fundadas sus pretensiones. Inclinábales mucho a aquel partido el gobierno municipal que hasta en las monarquías absolutas es por lo común republicano; y el poco influjo hereditario que conserva la corte en la parte del pueblo que vive de su industria y trabajo, junto con la independencia natural de los ciudadanos, la fuerza de las ideas populares sobre las asociaciones numerosas, todas estas causas reunidas dieron gran peso a los nuevos principios que se habían esparcido por la nación. Añádase a esto que un gran número de familias recién enriquecidas con el comercio veían con indignación que a pesar de su opulencia no podían elevarse al nivel de la antigua nobleza y creyeron que les sería ventajoso entrar en un partido cuyo triunfo parecía prometerles una jerarquía y mucha consideración. Últimamente, la gloria y esplendor adquiridos por la república holandesa en donde la libertad se hermanaba tan felizmente con la industria, hicieron que toda la parte comercial del reino desease ver establecida la misma forma de gobierno en la nación.

Como entonces se hallaba enlazado el carácter de las dos religiones con la política, era natural que una y otra experimentasen las mismas divisiones. La secta presbiteriana era nueva, democrática y conforme al carácter del populacho; al paso que la religión anglicana tenía más pompa y ornato, se hallaba establecida por la autoridad antigua y se amalgamaba mejor con los elementos real y aristocrático de la constitución. Los devotos del presbiterianismo se hicieron tarde o temprano partidarios celosos del parlamento, mientras que los amigos de la iglesia episcopal tuvieron a punto de honra defender los derechos de la monarquía.

Puede distinguirse también una clase de hombres aficionados al placer ya por carácter ya por educación, los cuales no tomando el menor interés en semejantes disputas o sin saber que existían, y viéndose maltratados por el clero de ambos partidos, sólo aspiraban a pasar una vida regalada y

---

<sup>112</sup> Entre otros el conde de Bristol, aunque por mucho tiempo se había opuesto a la corte, se declaró en su favor luego que vio llegar las cosas al extremo y fue perseguido implacablemente por el parlamento. Murió en Francia en 1659. (Nota del Traductor.)

alegre con sus amigos; todos estos acudieron en masa bajo los estandartes del rey donde se respiraba un aire más libre, sin temer aquella rigidez y austeridad melancólica que reinaba en la facción parlamentaria.

Jamás hubo contienda más desigual al parecer que la de estos dos partidos, porque casi todas las ventajas estaban de parte de los enemigos de la causa realista; porque las rentas de la corona habían sido embargadas por el parlamento, el cual sólo había concedido al rey de tiempo en tiempo algunas sumas mezquinas para su sustento, y porque éstas desaparecieron apenas emprendió el viaje de York. Londres y aun todos los demás puertos marítimos, a excepción de Newcastle, estaban en poder de los comunes, quienes sacaban de sus aduanas sumas muy cuantiosas y muy seguras. Fuera de eso se cobraban las contribuciones, préstamos e impuestos con mucha más facilidad en las demás ciudades que tenían dinero contante y estaban gobernadas por los parlamentarios, que no en las provincias abiertas que se habían declarado por el rey.

La gente de mar siguió naturalmente el espíritu de los puertos a que pertenecía, y el conde de Northumberland, lord almirante mayor, que había abrazado el partido del parlamento, nombró teniente suyo a petición de los comunes al conde de Warwick, el cual estableció de un golpe su autoridad sobre toda la marina y puso el dominio del mar en manos de las dos cámaras. Todos los almacenes de armas y municiones habían sido embargados desde el principio por el parlamento y su escuadra interceptó la mayor parte de los socorros que la reina enviaba de Holanda. Viose precisado Carlos para armar a sus partidarios a tomar prestadas las armas de las compañías urbanas del condado de York, bajo promesa de restituirlas luego que se restableciese la paz.

Era extraordinaria la veneración con que entonces se miraba a los parlamentos<sup>113</sup>, sin que todavía hubiese notado nadie la corrupción de aquellas asambleas, porque en efecto no había el menor pretexto para ello, como que hasta aquel reinado se habían visto en ella muy pocos ejemplos de ambición o de interés privado. La cámara de los comunes había sido mirada siempre como una simple asamblea de ciudadanos que representaban a toda la nación y no tenían otro interés que el del público; centinelas perpetuos de la libertad, a quienes no podía mover otra razón que la defensa del pueblo para declararse contra la corona. Así fue que el torrente del afecto general se declaró por el parlamento, y como su causa pasó a ser la causa popular, obtuvo una de las grandes ventajas de la popularidad que fue la de poner apodosos significativos a los partidos, como por ejemplo el de *malos* y *malignos* a los partidarios del rey, y el de *corazones rectos* y *hombres de bien* a sus adversarios. Por otra parte, como la fuerza estaba más unida en las poblaciones grandes que en las campiñas y como ofrecían juntamente una retirada y una protección al partido parlamentario que podía fácilmente sojuzgar desde ellas a los realistas de las inmediaciones, casi todo el reino parecía estar declarado en favor del parlamento a los principios de la guerra<sup>114</sup>.

La única compensación que tenía Carlos a todas estas desventajas consistía en la naturaleza y prendas de sus partidarios, porque era de esperar más valor y actividad de los generosos sentimientos de las noblezas alta y secundaria que no de sus enemigos, gente sostenida por un inconstante populacho; fuera de que los que poseían tierras habían armado a sus vasallos a su propia costa, y no solamente aquella especie de milicia rústica estaba más apegada a sus amos, sino que era de esperar de ella mayor valor y fuerza que del pueblo vicioso y afeminado de las grandes ciudades.

Las potencias vecinas de Inglaterra se hallaban entonces empeñadas en guerras violentas que no les permitían tomar mucho interés en todas estas turbulencias civiles, y por consiguiente logró la nación inglesa la singular ventaja (pues lo fue seguramente), de apurar sus disensiones intestinas sin intervención de extranjeros. Sin embargo, la corte de Francia que había observado la política de dar pábulo a los primeros desórdenes de Escocia y enviar armas a los rebeldes de Irlanda, continuó favoreciendo también al parlamento de Inglaterra. España, por celo de religión, envió a los irlandeses armas y dinero. El príncipe de Orange, aliado muy cercano de la corona, excitó a los oficiales ingleses que servían en Flandes a buscar empleo en el ejército real; y los oficiales

---

113 Walker, p. 336.

114 Warwick. p. 318.

escoceses que se habían formado en Alemania y en los últimos alborotos de su patria, tomaron partido casi todos por el parlamento.

Era tal el desprecio con que los parlamentarios miraban al partido del rey, que ésta fue la causa principal de que se llevasen las cosas tan al extremo contra él, y persuadidos los más de que de ningún modo pensaría en resistir, esperaban que no tardaría en ceder a las monstruosas pretensiones del parlamento. Ni aun la vista misma del estandarte real hacía creer en la guerra civil, pues a nadie le ocurría que Carlos tuviese la imprudencia de irritar el furor de sus implacables enemigos y hacer más desesperada su situación desafiando a unas fuerzas tan superiores a las suyas. El fatal estado en que se presentó en Nottingham confirmó todas estas esperanzas, pues hasta su escasa artillería había tenido que quedarse en York por falta de caballos, con toda la milicia de aquel condado levantada por sir Digby, *sheriff* de la provincia, no había podido juntar más que 3.000 infantes; y la caballería, que era su principal fuerza, no pasaba de 800 hombres, y esos mal armados.

Las fuerzas del parlamento estaban en Northampton, es decir, a pocas jornadas de las suyas, formando un cuerpo de más de 6.000 hombres bien pertrechados y pagados. Con sólo que estas tropas hubiesen avanzado sobre él, no habrían tardado en disipar aquel puñado de realistas; pero el conde de Essex, que era el general parlamentario, no había recibido todavía instrucciones de sus jefes<sup>115</sup>. No se explica fácilmente aquella lentitud después de tantos pasos precipitados, siendo muy probable que la seguridad del rey no dependió entonces más que de la debilidad misma de su partido, pues se lisonjeaba el parlamento de que los realistas, al ver su triste estado y convencidos de su impotencia, se dispersarían por sí mismos y abandonarían a sus adversarios una victoria fácil y tanto más segura cuanto sería ganada con pocas apariencias de fuerza y sin efusión de sangre; o acaso también, habiendo llegado el momento decisivo de hacer violencia a su soberano, tuvieron escrúpulos que, aunque insuficientes para hacerles renunciar a sus proyectos, eran bastante eficaces para demorar su ejecución<sup>116</sup>.

Sir Jacobo Astley, a quien Carlos había nombrado mayor general de su ejército, le dijo sin disimulo que si los rebeldes intentaban un ataque algo vivo, no respondía de que no pudiesen coger a su majestad en la cama. Igual inquietud tenían los demás señores de la comitiva, y habiendo propuesto algunos abrir negociaciones con el parlamento, se apresuró Carlos a levantar el consejo, porque estaba persuadido de que un acomodamiento en aquellas circunstancias no podía reducirse a otra cosa que a una completa sumisión. Mas al siguiente día, el conde de Southampton, a quien no se podía sospechar de cobarde ni pusilánime, abrió el mismo dictamen y se hizo escuchar con más atención y serenidad; pues aunque conocía que semejante paso podría aumentar la insolencia de los comunes, sostenía en que lejos de ser esto un mal, no había cosa más ventajosa para la causa realista, que si los comunes se negaban a negociar, lo cual le parecía muy probable, el solo nombre de paz tendría tal atractivo para el pueblo, que no podría menos de indignarse con aquel orgulloso rigor; que aun suponiendo que ellos admitiesen un tratado serían tales y tan exorbitantes las proposiciones que hiciesen, que abrirían los ojos de sus mas celosos partidarios, así como servirían para conciliar el afecto público al partido del rey; y por último, que en todo caso siempre se ganaba tiempo y se alejaba el peligro que a la sazón era inminente<sup>117</sup>. Cuando reunió Carlos el consejo, se había declarado contra toda proposición de acomodamiento, hasta llegar a decir que ya no le quedaba más que su honor y que estaba muy resuelto a conservarle ileso y a perecer antes que someterse a las nuevas pretensiones de sus enemigos<sup>118</sup>; pero fue unánime el dictamen de los consejeros en favor del de Southampton, y se envió a este mismo señor a Londres con sir Juan Colepeper y sir Guillermo Uvedale para ofrecer un tratado al parlamento<sup>119</sup>.

No le dio muchas esperanzas la manera con que fue recibido, pues en lugar de conseguir de los pares el permiso de ocupar su asiento en el parlamento, tuvo orden de entregar sus explicaciones

115 Clarendon, tomo III, p. 1.

116 Clarendon, tomo III, p. 18.

117 Id. p. 7.

118 Ed. id.

119 Rushworth, tomo V, p. 784.

al ujier y salir inmediatamente de la ciudad. No con más cortesía trataron los comunes a Uvedale y a Colepeper<sup>120</sup>, antes respondieron de concierto con la cámara alta, que no podían tratar con el rey sino principiaba por bajar su estandarte y retractar las proclamas en que suponía el parlamento que se le había tratado de traidor. Envió Carlos un segundo mensaje en que negaba haber tenido semejante intención contra las dos cámaras y prometió retractar sus proclamas con tal que el parlamento retractase también las suyas en que habían sido declarados traidores los defensores de la corona. En respuesta exigieron los comunes que despidiese sus tropas, viniese a residir junto a su parlamento y abandonase a los delincuentes, es decir, que se entregasen él y sus partidarios a merced de sus enemigos. Ambos partidos se lisonjearon de haber conseguido con aquellos mensajes y respuestas el fin que se habían propuesto, a saber: el rey, haber dado a conocer al pueblo la insolencia del parlamento y su aversión a la paz; y el parlamento, haber sustentado con el vigor de sus resoluciones el de sus operaciones militares.

Además de la superioridad de sus fuerzas, alentaban a los comunes dos incidentes que sobrevinieron poco tiempo antes. Goring gobernador de Portsmouth, que era la plaza más fuerte del reino, parecía haberse declarado el más implacable enemigo de su soberano, vendiendo y probablemente exagerando las secretas divisiones del ejército, con lo cual bastó para que el parlamento le diese toda su confianza, pero con la misma ligereza y el mismo olvido de sus juramentos, renovó sus tratos con la corte y volvió a tomar partido contra el parlamento. En seguida, a pesar de haber recibido mucho dinero y debido prever el peligro, tuvo la imprudencia de dejar la plaza tan escasa de provisiones que en muy pocos días se vio precisado a rendirla a las fuerzas del parlamento<sup>121</sup>.

Era el marqués de Hertford uno de los principales señores del reino por su carácter y su nacimiento, y descendiente de Enrique VII, así como el rey, por línea de hembra. Durante el reinado de Jacobo había intentado sin la previa licencia del rey casarse con Arabela Estuardo, que tan inmediata estaba a la corona, y no habiendo sabido disimular sus esperanzas, se había visto precisado a buscar por algún tiempo un asilo fuera del reino. Después de su vuelta, notando que la corte no le miraba bien, se presentó poco en ella, y por afición eligió una vida independiente en que todas sus diversiones y ocupaciones se reducían al estudio de las letras. A proporción que iba decayendo el carácter de Carlos en la opinión del pueblo, iba creciendo en favor el de Hertford, y cuando se convocó aquel parlamento, no había en toda la principal nobleza nadie que gozase de más estimación y autoridad que él. No tardó en conocer con su natural penetración que los comunes no se limitarían a corregir los abusos del gobierno, sino que se dejarían llevar de la corriente natural del poder y de los aplausos populares hacia el extremo opuesto y se lanzarían a usurpaciones no menos peligrosas que las precedentes, por lo que se determinó inmediatamente a sostener la autoridad real, y dejándose persuadir a tomar el destino de ayo del joven príncipe, fijó su residencia en la corte que recibió un nuevo lustre a los ojos del pueblo y hasta cierto barniz de autoridad con sola su presencia. Estaba tan bien sentada su reputación de beneficencia y dulzura, que no dejó de conservar por sus virtudes el afecto del público, tanto más cuanto todos hicieron la debida justicia a los verdaderos motivos de su cambio de vida. A pesar de su costumbre seguida por tanto tiempo de no atender más que a sus estudios, ocupóse con suma actividad en levantar tropas en favor del rey; y habiéndole este nombrado general de las provincias de occidente, donde era más respetado su nombre, empezó a reunir fuerzas en el condado de Somerset. Ya con la asistencia de lord Seymour, de lord Paulet, de Juan Digby, hijo del conde de Bristol, de sir Francisco Hawley y otros personajes de cuenta, había puesto en campaña una apariencia de ejército, cuando noticioso el parlamento de lo que pasaba, hizo que marchase contra él el conde de Bedford con un fuerte destacamento. Viose precisado Hertford, en vista de la superioridad del enemigo, a retirarse al castillo de Sherborne, y juzgando que aquella plaza era incapaz de defensa, pasó al país de Gales, después de haber dado orden a sir Ralph Hopton, a sir Juan Berkeley, a Digby y a otros oficiales con su caballería que

120 Clarendon, tomo III, p. 10.

121 Whitlocke, p. 60.



constaba de unos 120 hombres para que marchasen al condado de Cornualles, que creía mejor dispuesto a recibirlos<sup>122</sup>.

Todos los cuerpos dispersos del ejército del parlamento se reunieron en Northampton, y el conde de Essex, que se puso a su cabeza, vio que formaban un total de 15.000 hombres<sup>123</sup>. El ejército real, aunque había aumentado por grados, estaba tan distante de esta fuerza, que no encontrándose Carlos en estado de hacer frente a sus enemigos se retiró prudentemente con marchas lentas, primero a Derby, y de allí a Shrewsbury para facilitar las nuevas levadas que hacían sus amigos en estas dos provincias. En Wellington, que no dista de Shrewsbury más que una jornada y era el punto de reunión que había señalado a sus fuerzas, mandó leer sus ordenanzas militares al frente de cada regimiento. Allí, queriendo ligarse con mutuos compromisos, hizo la solemne protesta siguiente delante de todo el ejército: «Prometo en presencia del Altísimo, cuya bendición y asistencia espero, defender y sustentar con todas mis fuerzas la verdadera religión reformada protestante, establecida en la iglesia de Inglaterra, y, por la gracia de Dios, estoy resuelto a vivir y morir en ella. Es mi intención que las leyes sean siempre la norma de mi gobierno y sirvan para conservar la libertad y propiedades de mis súbditos con tanto rigor como mis propios derechos; y si quiere el cielo bendecir a este ejército que se ha levantado en mi defensa y libertarme de la actual sedición, prometo solemnemente y de buena fe sostener los justos privilegios del parlamento, gobernar según los estatutos y usanzas del reino, y sobre todo observar inviolablemente las leyes que he consentido en el parlamento. Al mismo tiempo espero que si esta circunstancia y la extrema necesidad en que me hallo ocasionan alguna violación de las leyes, será imputada así por Dios como por los hombres a los autores de esta guerra y no a mí que tantos esfuerzos he hecho por mantener la paz del reino. Si yo faltase voluntariamente a estas promesas, no aguardaré socorro de los hombres ni protección del cielo; pero también si persevero en esta resolución, espero la asistencia de los buenos y descanso en la bendición del Todo Poderoso.»<sup>124</sup>

Aunque no puede dudarse que el socorro de la iglesia aumentó el número de los partidarios del rey, parece cierto que aquellos grandes principios de doctrina monárquica tan cacareados por el clero, no le hicieron jamás ningún servicio efectivo. En aquella generosa nobleza que se unió a su desgracia no había nadie que no respirase el espíritu de libertad igualmente que el de lealtad, y la esperanza de que se sometería a un gobierno legal y limitado era lo único que la disponía a sacrificar en defensa del rey sus haciendas y vidas.

Mientras que Carlos estaba en Salisbury y se ocupaba en recoger dinero, ya por medio de contribuciones voluntarias, aunque reducidas, ya de la plata labrada que se le envió de las universidades, recibió la noticia de una acción que fue la primera de esta guerra y de muy feliz presagio para él. En los principios de aquellas revoluciones, habían venido los príncipes Ruperto y Mauricio, hijo del desgraciado Palatino, a ofrecer sus servicios a su tío. Mandaba el primero entonces un cuerpo de caballería que Carlos había mandado marchar a Worcester para observar los movimientos del conde de Essex; y no bien hubo llegado allí el príncipe cuando viendo que se acercaba alguna caballería del conde hacia las puertas, la atacó de improviso, y en aquel encuentro fue mortalmente herido el valiente coronel Sandys que la mandaba; todo el destacamento fue puesto en derrota y perseguido por espacio de más de una milla; pero noticioso el príncipe de lo inmediato que se hallaba Essex, se retiró hacia el rey. Este encuentro, aunque poco importante de suyo, restauró mucho la reputación del partido real y no hizo menos honor a la actividad que al valor del príncipe Ruperto, cualidades ambas que acreditó en el discurso de aquella guerra.

Cuando el rey pasó revista a su ejército, halló que constaba de 10.000 hombres, y dio el mando de ellos al conde de Lindesey<sup>125</sup>, que había adquirido en su juventud la experiencia del servicio militar en los Países Bajos. El príncipe Ruperto mandaba la caballería, sir Juan Astley la infantería, sir Arturo Aston los dragones y sir Juan Heydon la artillería; lord Bernardo Estuardo

122 Clarendon, tomo VI, p. 2, 3 etc.

123 Withloke, p. 60.

124 Clarendon, tomo III, p. 16 y 17.

125 Entonces era lord Willoughby.

estaba al frente de los guardias. Los estados y rentas de este solo cuerpo, según el cálculo de Clarendon, igualaban por lo menos los de todos los miembros que componían las dos cámaras al principio de la guerra. Los criados de aquella ilustre guardia formaban otro cuerpo al mando de sir Guillermo Killigrew y constantemente marcharon con sus amos<sup>126</sup>.

Salió Carlos de Shrewsbury al frente de estas fuerzas (12 de octubre) resuelto a dar batalla luego que le fuese posible al ejército del parlamento, que no cesaba de recibir refuerzos de Londres; e impaciente por acometer alguna acción, tomó el camino de aquella capital, bien seguro de que sus enemigos no le abandonarían la posesión de ella. Essex había recibido ya las órdenes del parlamento en que le encargaban que presentase una humilde petición al rey «y le libertara a él y a la familia real de las manos de aquellos descontentos desesperados que se habían apoderado de sus personas.» Dos días después de haber el ejército salido de Shrewsbury, se alejó Essex de Worcester; y por más que sean fáciles las inteligencias en una guerra civil, estuvieron los dos ejércitos a seis millas uno de otro, antes que ninguno de los generales tuviese noticia de la proximidad del enemigo. Entre Shrewsbury y Worcester, de donde habían salido los dos ejércitos, no hay más distancia que veinte millas; y ambos anduvieron marchando diez días en completa ignorancia de los movimientos del enemigo, tanto era el atraso en que había caído el arte militar de resultas de una larga paz.

### **Batalla de Edgehill.**

Estaba el ejército real cerca de Banbury y el del parlamento en Meinton en el condado de Warwick; y aunque el día estaba ya muy adelantado, no bien supo Carlos cual era la situación del enemigo por aviso que le dio el príncipe Ruperto cuando dio sus órdenes para el ataque (23 de octubre). Púsose Essex en estado de recibirle. Sir Faithful Fortescue, que había levantado un cuerpo de caballería para la guerra de Irlanda, se había visto forzado a servir en el ejército del parlamento y se hallaba en el ala izquierda mandada por un escocés llamado Ramsay; y no bien vio que se acercaba el ejército del rey, cuando dio orden a su gente de descargar sus pistolas en el suelo, y se pasó con ella al príncipe Ruperto; suceso que contribuyó tanto como el furioso choque del príncipe para poner en huida a toda el ala parlamentaria, que fue perseguida por espacio de dos millas. Lo mismo le sucedió al ala derecha, pues Wilmot y sir Arturo Aston la desbarataron completamente. Creyendo los caballeros de la reserva del rey, mandadas por sir Juan Biron, como guerreros bisonños, que todo estaba terminado y llevados de la impaciencia de tomar alguna parte en la acción, se lanzaron a escape en persecución del ala izquierda; mas entonces sir Guillermo Balfons, que mandaba la reserva de Essex, viendo la ventaja que se le ofrecía y cayendo sobre la infantería del rey, que se había quedado sin caballería, la puso en el mayor desorden. Lindesey, general de la corona, fue mortalmente herido y hecho prisionero, y su hijo, pugnando por socorrerlo, cayó también en manos del enemigo. Sir Edmundo Verney, que llevaba el estandarte real, cayó muerto y el estandarte fue cogido, pero luego se recobró con gran valor.

En esta situación encontró las cosas a su vuelta el príncipe Ruperto, es decir, con todas las apariencias de una derrota después de haber creído en una victoria señalada. Algunos aconsejaron al rey que abandonase el campo de batalla, pero él, cuyo valor nadie ha puesto en duda, rechazó aquellos tímidos consejos, y los dos ejércitos se estuvieron mirando frente a frente durante algún tiempo, aunque a ambos les faltó resolución para un nuevo ataque. Pasaron toda la noche sobre las armas, y al siguiente día se volvieron a encontrar a la vista uno de otro, sin que los generales ni los soldados manifestasen mucha disposición a volver a la pelea: Essex fue el primero que se retiró, tomando el camino de Warwick y el rey se volvió a su primer campamento. Es fama que se encontraron 5.000 muertos en el campo de batalla, habiendo sido igual la pérdida por ambos lados,

---

126 Clarendon, tomo III, p. 41.

según puede inferirse de las relaciones encontradas de los dos partidos. A esto se redujo la primera acción de esta guerra verificada en Keintou o Edge-Hill.<sup>127</sup>

Algunos fugitivos del ejército de Essex que habían tomado la fuga desde el principio del combate, y a quienes había puesto alas el miedo, esparcieron la noticia de una gran derrota y causaron la mayor consternación en Londres y sobre todo en el parlamento; mas algunos días después se aclararon los sucesos, y el parlamento se atribuyó una victoria completa<sup>128</sup>. Carlos por su parte no dejó tampoco de ponderar sus ventajas, aunque a excepción de Banbury, que tomó unos días después, no le quedaba señal alguna de triunfo que ostentar: luego continuó su marcha a Oxford, única ciudad de sus estados que le permanecía completamente leal.

No bien hubo reclutado y hecho descargar su ejército cuando, viendo que todavía era la estación favorable, volvió a sacarle a campaña. Un cuerpo de caballería, enviado desde Abingdon, que era el principal cuartel de la suya, se acercó a Reading, donde mandaba Martin por el parlamento. Llenos de terror, así el comandante como la guarnición huyeron hacia Londres, y entonces creyendo Carlos que todo cedería en su presencia, mandó a todo el ejército avanzar hasta Reading. El parlamento, que se había lisonjeado de verle sin recurso alguno para hacer la menor resistencia, se halló con la perspectiva de una guerra sangrienta y de éxito dudoso, y concibió la mayor inquietud al acercarse el ejército real, estando muy distantes sus propias fuerzas. Entonces tomó el partido de proponer un tratado, cuya resolución se aceleró mucho más con la noticia de que el rey estaba en Colebroke. Fueron a presentarle el mensaje de las dos cámaras Northumberland y Penibrocke con tres miembros de los comunes, suplicando a su majestad que designase algún lugar conveniente para su residencia hasta que se presentasen los comisionados con las proposiciones. El rey eligió el palacio de Windsor, pero con la condición de que había de evacuarle la guarnición parlamentaria y que la sustituiría la suya.<sup>129</sup>

Entretanto iba avanzando Essex a marchas forzadas, y llegó pronto a las puertas de Londres; pero ni su presencia ni la precaria esperanza de un tratado fueron bastantes a que el rey suspendiese su marcha. En Brentfort, que no dista más que siete millas de Londres, atacó a dos regimientos que estaban de cuartel en aquel pueblo, y les obligó a abandonarle después de un combate bastante vivo cogiéndoles 500 prisioneros (30 de noviembre). Había dado orden el parlamento de suspender toda clase de hostilidades, y aunque no se hubiese estipulado nada sobre esto, esperaba igual complacencia de parte del rey; por consiguiente se quejó mucho de aquel ataque como de una perfidia manifiesta y una violación del tratado<sup>130</sup>. Fue tal el resentimiento y la inquietud de los vecinos de Londres que hicieron salir sus compañías de milicias urbanas en buen orden para reunirse al ejército del conde de Essex, que con esto se encontró ya en número de 24.000 hombres, es decir muy superior al del rey<sup>131</sup>. Ambos partidos estuvieron así algún tiempo en presencia uno de otro, hasta que al fin Carlos se volvió a Reading y desde allí tomó de nuevo el camino de Oxford.

Mientras que el invierno tenía a los dos ejércitos en inacción, el rey y el parlamento se ocuparon en hacer serios preparativos para la guerra aunque con fingidas insinuaciones de paz. La caballería real tuvo que mantenerse con contribuciones que se le encargó recaudara ella misma, y la infantería con préstamos y donativos voluntarios que se enviaban a Carlos de todas las provincias del reino; pero todos estos auxilios estaban muy distantes de bastar para sus necesidades<sup>132</sup>, al paso que los recursos del parlamento eran incomparablemente más abundantes, y de consiguiente sus preparativos militares se hacían con mucho más orden y diligencia. Además de una contribución que se impuso en Londres equivalente a la 25.<sup>a</sup> parte de los bienes de cada vecino, se había echado una capitación semanal de 10.000 libras esterlinas, y en lo restante del reino, otra de 23.518. Como la autoridad del parlamento estaba reconocida en la mayor parte de las provincias, estas

127 Clarendon, tomo III p. 44.

128 Withlocke, p. 61.

129 Withlocke, p. 62.

130 Id.

131 Id.

132 Clarendon, tomo III, p. 87.

contribuciones se cobraban con regularidad, a pesar de ser muy superiores a lo que nunca había pagado la nación para el servicio público.

### Negociación en Oxford.

1643.—El rey y el parlamento enviaron sus proposiciones a la comisión que había principiado la negociación, pero sin que se interrumpiesen las hostilidades, y luego se presentaron en Oxford el conde de Northumberland y cuatro miembros de la cámara de los comunes en calidad de comisarios.<sup>133</sup> En aquel tratado no cesó Carlos de insistir en que se restableciese a la corona en sus justos derechos y se restaurase la prerrogativa; y el parlamento por su parte pidió nuevas concesiones y limitaciones todavía más terminantes de la autoridad real, como el único remedio seguro para acallar todos los temores y desconfianzas. Como las fuerzas del partido del rey eran más terribles de lo que él se había figurado, se decidió a rebajar algo de las exorbitantes pretensiones que antes había sostenido, pero todavía eran excesivas para un tratado de igual a igual. Además de otros muchos artículos que sólo podía autorizar una victoria completa, pedía la total abolición del episcopado, cosa que hasta entonces no había hecho más que insinuar: pedía que todas las controversias eclesiásticas hubiesen de decidirse por una junta de sus propios teólogos, es decir, por el medio más repugnante al rey y a todos sus parciales; exigía que consintiese Carlos en el castigo de sus más leales partidarios; también quería que sancionase el decreto parlamentario de la milicia, y confiriese a los comunes toda la autoridad militar; y últimamente, en respuesta a la demanda del rey que solicitaba se le devolviesen los almacenes, ciudades, fortalezas y naves que se le habían quitado, exigía que todos estos sostenes de la autoridad real se depositasen en manos de personas honradas con la confianza de las dos cámaras<sup>134</sup>.

Las diez y nueve proposiciones que habían enviado antes indicaban su propensión a abolir la monarquía; y en las que hacían a la sazón, sólo pedían la facultad de verificarlo. Como eran verdaderamente culpables a los ojos de la ley por haber hecho la guerra a su soberano, es claro que sus temores y recelos no podían menos de atormentarlos, tanto más cuanto habían llevado las cosas a tal punto que su seguridad personal, que ellos confundían con la de la nación, era cada día más incompatible con la conservación de la monarquía. Por más que debiesen tranquilizarlos la extremada bondad y dulzura del rey en cuanto a sus futuras venganzas, siempre preferían como era harto natural, una seguridad independiente y sobre todo acompañada del poder supremo, a la condición de súbditos, tal vez amenazada de algún peligro.

No pasaron las conferencias más allá de la primera demanda de los dos partidos, y como el parlamento no vio apariencia alguna de conciliación, retiró súbitamente sus comisarios.

133 Whitlocke, que era uno de estos comisarios dice (p. 65) que «en aquel tratado mostró el rey mucho talento, habilidad y una razón superior junta con una admirable paciencia para escuchar todo lo que se dijo contra él; que concedió libertad amplia para hablar y prometió resumir todos los argumentos y dar claramente su dictamen. Toda su desgracia —continúa el mismo escritor—, consistía en tener mejor opinión de los juicios de los demás que del suyo propio, sin embargo de que no era el que sabía menos, como lo experimentaron los comisionados del parlamento a quienes dejó cortados más de una vez Solían estar con el rey debatiendo algunos puntos del tratado y llegaban las doce de la noche sin haber podido concluir nada. Un día apretaron mucho al rey sobre uno de los puntos más esenciales, arguyéndole fuertemente para que concediese lo que deseaban, y el rey les dijo que quedaba plenamente satisfecho, prometiendo darles por escrito una respuesta conforme a sus deseos, pero que habiendo ya dado las doce de la noche y siendo demasiado tarde para escribirla, la tendría pronta para la mañana siguiente, en la cual les mandó que pasasen a su despacho y se la daría tal cual la pedían; mas al día siguiente les dijo que había mudado de parecer, y algunos de sus amigos a quienes preguntaron los comisionados, les dijeron que después que ellos se habían marchado y aun después de retirado todo el consejo, algunos oficiales de la real cámara no le habían dejado un instante de sosiego hasta que le persuadieron a mudar de parecer.» En medio de la mucha fianza que merece este autor, es difícil de concebir que hubiese tratado alguno entre el rey y el parlamento, cuando este último insistía siempre en una sumisión completa a cuanto exigía y aspiraba a toda la autoridad para emplearla en castigar a los amigos del rey.

134 Rushworth, tomo VI, p. 168.

A estas negociaciones sucedió inmediatamente una acción militar que habían proyectado los comunes para la primavera. La plaza de Reading, que ocupaba una guarnición del rey, estaba situada muy cerca de Londres y pasaba por muy fuerte en un tiempo en que el arte de los sitios era mal conocido en Europa y totalmente ignorado en Inglaterra. Acampóse el conde de Essex delante de la ciudad (15 de abril) con un ejército de 18.000 hombres y principió sus ataques en regla; y habiendo sido herido en uno de ellos sir Arturo Aston, que era gobernador de la plaza, le sucedió en el mando el coronel Fielding. Pronto se conoció que la plaza no estaba en estado de defensa, y aunque se había acercado el rey con intención de obligar al conde de Essex a levantar el sitio, la disposición del ejército parlamentario hizo imposible esta empresa, por lo cual Fielding consintió en rendir la ciudad con los honores de la guerra para la guarnición y la promesa de entregar los desertores (27 de abril) pero pareció tan vergonzosa y perjudicial a los intereses del rey esta última condición, que el gobernador fue condenado a muerte por un consejo de guerra, aunque el rey le perdonó después<sup>135</sup>.

El ejército del conde de Essex había recibido de Londres en mucha abundancia todas las provisiones necesarias y hasta las superfluidades del lujo enviadas por los vecinos entusiastas; pero la fatiga de un sitio en una estación tan poco adelantada le había debilitado tanto que no era capaz de ninguna nueva empresa y así los dos ejércitos estuvieron algún tiempo acampados a corta distancia uno de otro sin intentar por parte alguna la menor acción de importancia.

Además de las operaciones militares de los dos principales ejércitos que obraban en el centro de Inglaterra, cada condado, cada ciudad y casi cada familia estaba dividida entre sí, y todo el reino conmovido con las más violentas convulsiones. Mientras duró el invierno, cada partido había hecho continuos esfuerzos para sobrepujar al otro; y los ingleses, recién despertados del sueño de la paz, empleaban con furor contra sus conciudadanos las armas que ya se habían olvidado de manejar. Aquel furioso celo por la libertad y la disciplina presbiteriana que se había propagado hasta entonces sin obstáculo por toda la nación, excitaba en fin igualmente el mismo ardor por la monarquía y el episcopado, desde que las dos cámaras no disimularon su intención de abolir aquellas antiguas formas de gobierno. Aunque en varios condados se había convenido con los juramentos más solemnes en guardar perfecta neutralidad, fueron inmediatamente quebrantados por haber declarado el parlamento que eran contrarios a las leyes. y así penetró la discordia hasta en los más oscuros rincones del reino. La animosidad de las palabras, las luchas de la pluma y más que todo las declamaciones del púlpito alteraron todos los principios sociales y propagaron como un voraz incendio el ciego furor de los partidos<sup>136</sup>. Sin embargo, a pesar de esta fiera disposición, inflamada por una guerra civil y religiosa, que es sin duda la más terrible plaga de la humanidad, ocurrieron en aquel período menos rasgos de perfidia y barbarie que en las anteriores divisiones intestinas, circunstancia que honra mucho el carácter nacional de aquel pueblo, armado tan desgraciadamente a la sazón contra sí mismo.

En las provincias del norte mandaba Fairfax por el parlamento y el conde de Newcastle por el rey, y el segundo fue quien dio principio a aquellas asociaciones que luego se hicieron tan comunes en el reino, uniendo en una liga realista los condados de Northumberland, Cumberland y Westmoreland y el cantón llamado el Obispado, a la cual se agregaron pronto otros condados. Luego, viendo que Fairfax, con el auxilio de Hotbam y de la guarnición de Hull hacia progresos en la parte meridional del Yorkshire, tomó posesión de la ciudad de York al frente de 4.000 hombres y atacó y desalojó las fuerzas del parlamento en Tadcaster; pero esta victoria no fue decisiva. Otras muchas ventajas le hizo ganar su prudente conducta en varios encuentros, pero el mayor servicio que hizo a su causa fue el de restablecer la autoridad del rey en todas las provincias del norte.

En otra parte del reino fue muerto lord Broke de un balazo que recibió al tiempo de tomar posesión de Lichfield por el parlamento. En una refriega cerca de Strafford entre el conde de Northampton y sir Juan Gell, el primero, que mandaba por el rey, murió peleando con el mayor

135 Rushworth, tomo VI, p. 265. Clarendon, tomo III, p. 257.

136 Dugdale, p. 95.

denuedo, y sus tropas, aunque victoriosas, quedaron tan desanimadas con su muerte, que se retiraron a la ciudad de Stafford.<sup>137</sup>

Principiaba a distinguirse entre los generales del parlamento sir Guillermo Waller, activo e infatigable en sus operaciones, rápido y emprendedor cual conviene en esta clase de guerras, que sostenidas por tropas bisoñas y conducidas por generales inexpertos, ofrecen un triunfo seguro a todas las empresas osadas y repentinas. Después de haberse apoderado de Winchester y Chichester, se adelantó hasta la ciudad de Gloucester, que tenía como bloqueado lord Herbert con fuerzas considerables que había levantado por el rey en el país de Gales<sup>138</sup>. Mientras que él las acometía por un lado, hizo la guarnición de Gloucester una salida por otro, y quedó derrotado Herbert con 500 hombres muertos en la acción y 1.000 que le cogieron en el alcance, habiendo él mismo tenido poca dificultad en llegar a Oxford. También se rindió a Waller la plaza de Hereford, que pasaba por muy fuerte y estaba bien guarnecida y municionada, por cobardía de su comandante el coronel Price. La misma suerte experimentó Teukesbury; pero Worcester cerró sus puertas a las tropas del parlamento, después de lo cual Waller, sin dejar guarnición en sus nuevas conquistas, se retiró hacia Gloucester y desde allí fue a reunirse con el conde de Essex.

### **Victorias de los realistas en el oeste.**

Pero las principales acciones de aquel invierno ocurrieron en las provincias occidentales. Cuando sir Ralph Hopton con su reducido cuerpo de caballería se había retirado a Cornualles delante de las tropas del parlamento, el conde de Bedford, que las mandaba, no quiso perseguirle despreciando a un enemigo tan débil, y descansó en la esperanza de que los *sheriffs* del país bastaban para extinguir del todo el partido realista; mas las simpatías de aquella provincia eran todas a favor del rey, y mientras que sir Guillermo Buller y sir Alejandro Carew ejecutaban el decreto militar del parlamento en Launceston, se verificaba en Truro una asamblea general de los condados, en la cual, habiendo presentado Hopton la comisión real que le diera el conde de Hertford, se adoptó la resolución de obedecer las leyes y expulsar a los invasores. Inmediatamente salieron a campaña las milicias cívicas, tomaron a Launceston y toda la provincia de Cornualles se redujo a la paz y a la sumisión al rey.

Desde el principio de aquella guerra se había propuesto el partido realista en todas ocasiones reclamar la observancia de las leyes, porque conocía cuan favorable era esto a sus intereses; y el parlamento por su parte, en vez de escudarse con la necesidad y de confesar que había violado por fuerza algunos estatutos, se había acostumbrado a blasonar también de un gran respeto a las leyes, bien que interpretándolas en su favor con explicaciones forzadas<sup>139</sup>; pero aunque parecía que el rey ganaba en esto y aunque sólo en virtud de las leyes se habían armado las milicias en Cornualles, esta máxima redundó al cabo en perjuicio de su partido. Según las leyes, no estaban aquellas tropas obligadas a salir de su provincia, y por consecuencia las ventajas que habían conseguido no podían repetirse en el Devonshire; por eso pensaron los realistas de Cornualles en levantar fuerzas de que se pudiera sacar mayor partido. Hopton, sir Bevil Granville, el hombre más popular en la provincia, Slanning, Arundel y Trevannion emprendieron a su costa formar un ejército para el rey, y su influjo en todos los pueblos consiguió en breve vencer todos los obstáculos. Temeroso el parlamento en vista de aquella diligencia, mandó marchar a Ruthwen, escocés y gobernador que era de Plymouth, con todas las fuerzas de los condados de Dorset, Somerset y Devon para hacer la conquista completa de Cornualles. Ruthwen seguido a cierta distancia por el conde de Stamford, que le llevaba un refuerzo considerable, entró en aquella provincia por unos puentes que echó sobre el Tamar, y precipitó su marcha temiendo que Stamford llegase a participa del honor de una victoria

---

137 Whitloke, p. 66.

138 Rushworth, tomo VI, p. 92.

139 Clarendon, tomo III, p. 130.

que él tenía por segura, ni estaban menos impacientes los realistas de dar una acción decisiva antes de que fuese reforzado el ejército de Ruthwen. Diose la batalla en Bradocdown, y las tropas del rey, aunque inferiores en número, consiguieron una completa victoria. Ruthwen, con unos pocos soldados, buscó un asilo en Saltash, y no habiendo podido defender esta ciudad, hubo de huir con mucha dificultad y casi solo a Plymouth. Stamford también se retiró, y distribuyó sus fuerzas en Plymouth y en Exeter.

### **Batalla de Stratton.**

A pesar de todas estas ventajas, la escasez de dinero y municiones obligó a los realistas de Cornualles a entrar en un convenio de neutralidad con el partido parlamentario de Devonshire, neutralidad que duró todo el invierno, pero se rompió en la primavera por autoridad de las dos cámaras, y volvió a principiar la guerra con grandes apariencias de desventajosa para el partido del rey. Habiendo reunido Stamford cerca de 7.000 hombres bien provistos de dinero y vituallas, se adelantó contra los realistas, que no llegaban a la mitad de aquel número y sufrían todo género de privaciones.

La desesperación y natural denuedo de aquellas tropas que estaban mandadas por la principal nobleza del país, les hizo tomar la resolución de vencer con un generoso esfuerzo aquella complicación de obstáculos. Estando acampado Stamford en la cima de un alto cerro cerca de Stratton, le atacaron formados en cuatro divisiones al rayar el día (16 de mayo) después de haber pasado toda la noche sobre las armas. Mandaban la primera división lord Mohun y sir Ralph Hopton, la segunda sir Bevil Granville y sir Juan Berkeley, la tercera Slanning y Trevannion, y la cuarta Basset y Godolphin. De esta suerte principió la batalla, embistiendo los realistas por los cuatro lados con el mayor brío y defendiéndose con igual obstinación sus enemigos. Duró largo tiempo el combate y parecía dudoso el éxito cuando supieron los comandantes de Cornualles que iba a faltarles la pólvora, con lo que resolvieron suplirla a fuerza de arrojo, y ocultando aquel contratiempo a los suyos, convinieron entre sí en adelantarse sin hacer fuego hasta lo alto del cerro para encontrarse en terreno igual con el enemigo. Coadyuvó tan perfectamente al valor de los oficiales el de todos los soldados de las cuatro divisiones, que pronto llegaron al señalado término. No faltó a su obligación el mayor general Chidley que mandaba el ejército del parlamento (porque Stamford se había quedado a alguna distancia), pues viendo retroceder a su gente, se adelantó él al frente de una compañía de piqueros, y abriéndose paso por medio del enemigo, no cesó de combatir sino cuando ya se vio abrumado por el número y cogido prisionero. La vista de su desgracia hizo que sus tropas abandonasen el terreno, y acercándose más y más una a otra las cuatro divisiones realistas se encontraron al fin unidas en la cima del cerro, donde se abrazaron con inexplicable júbilo, celebrando su victoria con clamores y mutuos parabienes<sup>140</sup>.

---

140 Rushworth, tomo VI, p. 267.

## **Batallas de Lansdown y de Roundway-down.**

Este suceso llamó la atención del rey y del parlamento hacia el Oeste, teatro de una acción tan importante, y Carlos envió allí al marqués de Hertford y al príncipe Mauricio con un refuerzo de caballería, que, reunido al ejército de Cornualles, pronto se extendió al condado de Devon y penetró en el de Somerset, principiando a sujetarle. Por parte del parlamento, como Walter poseía toda su confianza, fue despachado hacia el Oeste con un ejército completo para atajar los progresos de los realistas; y después de algunas escaramuzas, se encontraron los dos partidos en Landsdown, cerca de Bath (5 de julio) y combatieron en batalla campal con mucha pérdida de ambos lados, pero sin que a ninguno resultase ventaja decisiva;<sup>141</sup> en aquella acción pereció el valiente Granville, y Hopton fue peligrosamente herido de una explosión de pólvora.

Luego intentaron los realistas marchar más al Oeste y reunir sus fuerzas con las del rey cerca de Oxford; pero Waller, que los seguía de cerca, molestó su marcha hasta Devizes, pues como le iban llegando continuos refuerzos que le hacían muy superior a los realistas, estos no se atrevieron a pasar adelante ni a aventurarse al peligro de una acción. Hertford y el príncipe Mauricio se dieron prisa a marchar al socorro de sus amigos con la caballería en el mismo Devizes; y con esto se creyó Waller tan seguro de apresar a la infantería realista, separada de su caballería, que llevado de una insensata confianza escribió a las dos cámaras que estaba terminada la campaña y que en su siguiente parte les diría el número y calidad de los prisioneros; pero aun antes de la llegada de Hertford y del príncipe Mauricio, noticioso el rey del apuro en que se hallaban sus tropas en Devizes, había enviado allí un buen cuerpo de caballería a las órdenes de lord Wilmot. Waller colocó su ejército en Round-way-down, a unas dos millas de Devizes, y se adelantó hacia la caballería real con la suya para embestir a Wilmot antes de que pudiera reunirse con la infantería de Cornualles; mas fue tal la resistencia que encontró en las tropas realistas (13 de julio) que después de un combate tenaz quedó derrotado completamente y reducido a escaparse a Bristol con algunos caballos. Wilmot se apoderó de la artillería del enemigo, se incorporó con las tropas de Cornualles en cuyo socorro había venido, atacó a la infantería enemiga con indecible valor, la puso en fuga y dispersó todo aquel ejército parlamentario.<sup>142</sup>

Esta importante victoria después de muchas otras ventajas conseguidas en poco tiempo, llenó de terror a las dos cámaras del parlamento y desmoralizó a su ejército principal mandado por el conde de Essex. Quejábase amargamente Waller de este general por haber dejado pasar a Wilmot y acudir al socorro de la infantería real de Cornualles; pero Essex, que veía su ejército debilitarse por días desde el sitio de Reading, estaba resuelto a permanecer en la defensiva, y Carlos que continuaba en su escasez de dinero y municiones, también tuvo que contener el ardor del ejército real. No había aun ocurrido en aquella parte de Inglaterra más acción que una escaramuza de poca importancia, memorable sólo por haber muerto en ella el célebre Hambden.

## **Muerte de Hambden.**

El coronel Urrey, escocés de nación, que servía en el ejército del parlamento y estaba indispuesto con sus jefes, pasó al real de Oxford a ofrecer sus servicios al rey; y en prueba de la sinceridad de su conversión informó al príncipe Ruperto del desorden en que estaban los cuarteles enemigos. El príncipe, que entendía muy bien esta parte del arte militar, cayó repentinamente sobre los cuerpos dispersos del ejército de Essex, puso en derrota dos regimientos de caballería y uno de infantería y llevó sus estragos hasta dos millas del cuartel general, donde a la voz de alarma, todos se dieron prisa a montar a caballo para acometer al príncipe, quitarle los prisioneros y reparar la desgracia del partido. Entre los más decididos, Hambden que mandaba un regimiento de infantería

<sup>141</sup> Rushworth, tomo VI, p. 284.

<sup>142</sup> Clarendon, tomo III, p. 291.



acampado a corta distancia, se incorporó con la caballería como simple voluntario, y encontrando a los realistas en el distrito de Chalgrave, entró desde luego en la acción. Retiráronse en buen orden las tropas reales merced al valor y actividad del príncipe, que se llevó un rico botín y 200 prisioneros al real de Oxford, pero lo que causó mayor satisfacción a los realistas fue la opinión de que había sucedido algún desastre a Hambden, su más temible y capital enemigo. Uno de los prisioneros declaró que le creía peligrosamente herido, pues le había visto, contra su costumbre, salir del campo de batalla antes del fin del combate, con la cabeza inclinada y las manos apoyadas en el pescuezo del caballo. Al día siguiente se supo que había recibido un balazo en el hombro que le había roto el hueso; pocos días después murió de su herida en medio de agudos dolores, pérdida que derramó tanta consternación en su partido como hubiera podido hacerlo una derrota completa de su ejército. El mismo Carlos le estimaba tanto, que ya fuese por generosidad, ya por política, ofreció enviar su cirujano de cámara para asistir a su cura.<sup>143</sup>

Grandes eran el talento y virtudes de este eminente personaje, y su valor en aquella guerra brilló seguramente con un lustre igual al de todas las demás perfecciones que siempre le habían distinguido. Todos los historiadores de ambos partidos elogian la suavidad de su trato, su moderación, arte y elocuencia en los debates de la cámara, su penetración y discernimiento en los consejos, su industria, vigilancia y ardor en la acción; y hasta la pureza de su vida privada ha quedado a cubierto de la maledicencia. Lo único que puede decirse es si, a pesar de su generoso celo por la libertad, mereció justamente el título de buen ciudadano, porque no reparó en los horrores de una guerra civil a trueque de abolir la monarquía y arruinar la constitución, cosas ambas que debía evitar todo amante sincero de su patria, aun cuando hubiese podido conseguir las por medios pacíficos; pero si en el discurso de aquella violenta empresa estuvo animado por un impulso de ambición particular o por legítimas animosidades nacidas de los odiosos abusos de la autoridad real, es cosa que no puede decidir un historiador del tiempo en que vivimos ni acaso tampoco un íntimo amigo.

### **Toma de Bristol.**

Desalentado Essex por este suceso y acobardado con la derrota de Waller, supo al mismo tiempo que la reina había desembarcado en la bahía de Burlington y adelantándose hasta el real de Oxford acompañada de un refuerzo de 3.000 infantes y 1.500 caballos. Con este motivo tomó la resolución de retirarse desde Thame y Aylesbury, donde había asentado sus cuarteles, hasta más cerca de Londres para hacer ver a sus amigos el estado de sus tropas debilitadas y desanimadas cuando apenas había tres meses que las había sacado a campaña en una condición tan brillante.

Viéndose el rey libre de aquel enemigo, envió su ejército al príncipe Ruperto, quien después de reunido con las tropas de Cornualles compuso un cuerpo tan formidable por su número como por su reputación y valor. Tratábase de acometer una empresa que correspondiese a la esperanza del público, y resolvió el príncipe sitiar a Bristol, que era la segunda ciudad del reino en extensión y riquezas. Era gobernador de ella Nathaniel Fiennes, hijo de lord Say, uno de los principales corifeos del parlamento, como su padre, tenía una guarnición de 2.500 infantes y dos regimientos, uno de caballería ligera y otro de dragones. Las fortificaciones no eran regulares ni completas, por lo cual se prometió Ruperto tomar la ciudad por asalto; y desde el día siguiente por la mañana, casi sin más recursos que el valor de sus soldados, marchó derecho hacia los muros. Las tropas de Cornualles en tres divisiones atacaron el lado occidental con un ímpetu que la muerte sola podía contener; pero por más que ya hubiese subido a la muralla la división del centro, fue tal la desventaja del terreno y la guarnición se defendió tan bien, que al fin fueron rechazados los sitiadores con una considerable pérdida de oficiales y soldados. Con igual valor y casi con igual pérdida fue conducido el asalto por el lado donde estaba el príncipe, aunque con mejor éxito. Una de sus divisiones, mandada por lord

143 Memorias de Warwick, p. 241.

Grandison, fue arrollada, y perdió su jefe; igual suerte tuvo otra a las órdenes del coronel Ballasis; pero Washington, con la tercera, encontrando un punto mal defendido en la cortina, penetró por él y pronto abrió paso a la caballería: sin embargo esta irrupción no puso a los realistas en posesión más que de los arrabales.

La entrada en la plaza era todavía mucho más difícil, y la vista del peligro unida a la consideración de las primeras pérdidas entibiaba el valor de las tropas, cuando con extremado gozo del ejército propuso Fiennes capitular (25 de julio); la guarnición obtuvo salir con armas y bagajes, dejando su artillería, municiones y banderas. Formóse causa al gobernador por una cobardía tan notoria, y aunque le sentenció el consejo a perder la vida, le perdonó el general. Algunas violencias ejercidas contra la guarnición, a pesar de los artículos formales del tratado, dieron ocasión a grandes quejas, a las cuales respondieron los realistas con recriminaciones de lo que había pasado después de la rendición de Reading; y este incidente vino a ser para lo sucesivo origen de muchos desórdenes e irregularidades, no tanto por represalias cuanto por el odio con que se miraban los dos partidos.<sup>144</sup>

El asalto de Bristol había costado muy caro a los realistas, pues perdieron 500 hombres entre los cuales se contaba lord Grandisson, Sanning, Trevannion y Moyle, habiendo además salido heridos Bellasis, Ahsley y sir Juan Owen, mas con todo fue importante este triunfo, que al mismo tiempo que restauró a un partido, llenó de consternación al otro. El rey, para manifestar que no estaba desvanecido con la fortuna ni aspiraba a la completa humillación del parlamento, renovó en un manifiesto la protesta que ya había hecho al frente de las tropas, declarando que su intención era cimentar la paz en el restablecimiento de la constitución. Después de reunirse en Bristol con el príncipe Ruperto, mandó marchar al príncipe Mauricio con un destacamento para Devonshire, y deliberó acerca del uso que debía hacer de sus fuerzas. Proponían algunos con cierta apariencia de razón ir derechos a Londres, donde todo estaba en la mayor confusión, donde el ejército parlamentario se hallaba quejoso, débil y desmoralizado, y donde era de esperar que alguna sublevación, una victoria o un tratado terminarían todos los desórdenes civiles; pero el número y la decisión de las compañías cívicas de Londres hicieron temer que esta empresa experimentase muchas dificultades. Conquista más fácil ofrecía Gloucester, que no distaba más que veinte millas del real y era la única guarnición que ya quedaba al parlamento en aquella parte del reino, siendo de suma importancia por cuanto, si se rendía, quedaba libre para el rey todo el curso del Saberna. Como las ricas y descontentas provincias del Oeste habían perdido la protección de sus amigos, podían verse forzadas a pagar contribuciones que pasasen por castigo de su infidelidad, y se podía mantener una comunicación franca entre el país de Gales y aquellas nuevas conquistas, quedando la mitad del reino libre de enemigos, unida sólidamente en un cuerpo y pudiendo servir de base para el restablecimiento de la autoridad real en todo el resto de Inglaterra. Estas fueron las razones que hicieron abrazar un partido que los sucesos posteriores demostraron haber sido fatal a la causa del rey.<sup>145</sup>

### **Sitio de Gloucester.**

Era gobernador de Gloucester Massey, soldado aventurero, que no se había empeñado en los intereses del parlamento sino después de haber ofrecido sus servicios al rey, y cuyo despejo natural, libre de los vapores del entusiasmo que tenían ofuscados a la mayor parte de sus oficiales, hacía presumir que podía prestar oídos a proposiciones de acomodamiento. Sin embargo Massey estaba resuelto a servir fielmente a sus jefes, y aunque exento de fanatismo, sabía sacar ventaja de aquel ardor que reinaba en la ciudad y en la guarnición. La intimación que se le hizo le concedía dos horas para responder (10 de agosto), pero antes que cumplierse el término, se presentaron al rey dos

144 Clarendon, tomo III, p. 297.

145 Withlocke, p. 69.

ciudadanos «con rostros pálidos escuálidos y afilados tanto que causaban espanto, con trazas tan extrañas y desaliñadas» según lord Clarendon, «tan singularmente vestidos y ataviados, que excitaban la risa hasta de los más circunspectos y eran capaces de entristecer a los más joviales.» Desde luego pareció imposible que semejantes embajadores trajesen otra cosa que un desafío; y en efecto sin dar la menor muestra de respeto o cortesía, con tono acre, libre y osado declararon que traían una explicación de la devota ciudad de Gloucester. Muy dispuestos, añade el mismo historiador, a dar respuestas insolentes y sediciosas a cuantas preguntas se les hiciesen, como si su comisión principal consistiese en irritar al rey y hacerle violar el salvoconducto que les había concedido, se explicaron en estos términos: «Nosotros los habitantes, magistrados, oficiales y soldados de la guarnición de Gloucester damos esta humilde respuesta al mensaje de su majestad; que conforme al tenor de nuestro juramento de fidelidad conservamos esta ciudad para su majestad y sus descendientes; que en consecuencia nos creemos obligados a obedecer las órdenes de su majestad comunicadas por medio de las dos cámaras del parlamento; y que para conformarnos con ellas, estamos resueltos, mediante el favor de Dios, a guardar esta ciudad.» Después de esta embajada, se emprendió el sitio con mucho ardor por el ejército y se sostuvo por parte de la ciudad con igual resolución.<sup>146</sup>

No menor consternación causó en Londres la noticia del sitio de Gloucester que si hubiesen visto los vecinos al enemigo a sus puertas, porque en efecto unos progresos tan rápidos amenazaban al parlamento con una rápida conquista. Las facciones y disturbios que se levantaban así en la ciudad como en los condados vecinos anunciaban alguna sublevación o alguna división peligrosa; pero es menester confesar que aquellos caudillos parlamentarios, que tantas innovaciones habían hecho en el gobierno inglés y cuyas ideas no estaban todavía realizadas del todo, no habían tomado sobre sí una empresa superior a su valor y habilidad. Desde el principio habían desplegado en todas sus resoluciones tanto vigor como prudencia, y la masa del pueblo, masa furiosa y tenaz, que no estaba contenida con el freno de la ley ni sujeta a la autoridad, se conservaba no menos unida por el celo y la pasión que si hubiese estado bajo el gobierno más legal y consolidado. Una comisión poco numerosa a quien las dos cámaras habían confiado su autoridad era la que dirigía todos sus consejos, con tal secreto en sus deliberaciones y tal prontitud en la ejecución, cuales nunca pudo conseguir el rey a pesar de la ventaja que da el ser único jefe de la administración.

La certeza de no tener nada que temer de los celos de sus partidarios les había puesto en el pie de ejercer una autoridad mucho más despótica que la que los realistas habían soportado con paciencia de su soberano aun en medio de las exigencias de la guerra. Todo el que se atrevía a contradecirles o les inspiraba la menor desconfianza era encerrado en un calabozo y perseguido como delincuente. Después de haber llenado las cárceles antiguas construyeron otras muchas nuevas y hasta los buques estaban atestados de realistas presos que gemían bajo cubierta o sucumbían en aquellos sitios tan malsanos; impusieron por un decreto de las dos cámaras las contribuciones más duras y desusadas; establecieron una comisión de secuestros, cuyo objeto era apoderarse de los bienes del partido realista y distinguir los afectos y desafectos al partido popular, y así lo ejecutaron en todas partes donde era reconocida su autoridad, embargando todas las rentas de los realistas<sup>147</sup>. En una palabra sabiendo que así ellos como todos sus parciales se habían expuesto a los castigos legales resistiendo a su soberano, estaban resueltos a sobreponerse a todos los terrores por medio de una administración severa y a contener al pueblo en la obediencia a fuerza de castigos pronto y terribles. En los principios de aquel verano, una conspiración formada contra ellos en Londres los obligó a ejercer toda la plenitud de su autoridad.

Edmundo Waller, a quien la versificación inglesa debe sus primeros adelantos, era individuo de la cámara de los comunes, hombre de gran caudal, no menos notable por su talento parlamentario y la urbanidad y elegancia de sus modales que por su ingenio poético: como empleaba en su

146 Rushworth, tomo VI, p. 287.

147 Carlos imitó también este ejemplo en lo sucesivo; pero como era de su partido la mayor parte de la primera y segunda nobleza que poseía tierras sacó mucho menos provecho de esta rigurosa medida que sus adversarios.

elocuencia tanta sal satírica y tanta hiel en sus invectivas como gracias y ternura prodigaba en su poesía, embargaba la atención de sus oyentes, al paso que la rectitud de sus sentimientos le había impulsado a vituperar con suma impavidez aquellos violentos consejos por los cuales se regían los comunes; mas conociendo que toda oposición era infructuosa en la cámara, resolvió y emprendió formar fuera de ella un partido capaz de obligar al parlamento a aceptar condiciones razonables y a dar la paz a la nación. El atractivo de su conversación, unido a sus valor e integridad conocidos, le habían granjeado la entera confianza del conde de Nortumberland, de lord Conway y de todas las personas ilustres de Londres, así hombres como mujeres; todos se franquearon con él sin rebozo, le manifestaron el horror que les inspiraban las demasías de los comunes, y su deseo de que se hallase algún medio de contenerlos en aquella desenfrenada carrera. Tomkins, cuñado de Waller, y Challoner, íntimo amigo de Tomkins, abrigaban los mismos sentimientos, y como tenían sus principales relaciones con gentes de la clase media, informaron a Waller de que en esta pensaban como ellos todas las cabezas sensatas y de algún peso. Con un poco de reflexión no le pareció imposible formar entre los señores y los simples particulares una especie de liga para resistir de concierto el pago de las contribuciones ilegales que imponía el parlamento sin beneplácito del rey.

Mientras se ventilaba este asunto y se extendía una lista de los que se conceptuaba bien dispuestos, un criado de Tomkins que había sorprendido algunos de aquellos tratos, se los descubrió al célebre Pym, y de resultas fueron presos Waller, Tomkins y Chaloner; formóseles causa en un consejo de guerra<sup>148</sup>, y condenados los tres al suplicio, los dos últimos fueron además ajusticiados en sendos cadalsos levantados delante de sus casas. Establecióse una forma de juramento (*test*, es decir prueba) que prestaron las dos cámaras, y que se impuso no solo al ejército; sino a todos los vecinos de los mismos barrios<sup>149</sup>, en que además de la resolución que tomaban de reformar su vida y costumbres, «se obligaban todos a no deponer las armas mientras tanto que los papistas del reino, actualmente en guerra abierta con el parlamento, estuviesen protegidos por la fuerza de las armas contra la justicia, manifestaban el horror con que miraban la última conspiración, y prometían coadyuvar con todos sus medios a las fuerzas levantadas por ambas cámaras contra las que había levantado el rey.»<sup>150</sup>

Waller, tan luego como se vio preso, desmoralizado por la grandeza del peligro que le amenazaba, perdió su primera energía, y confesó cuanto sabía, sin consideración a sus más íntimos amigos, sin respeto al sagrado depósito de la conciencia, sin hacer diferencia alguna entre el desahogo de una conversación privada y los planes regulares de una conspiración. Fingió con el más profundo disimulo, remordimientos tan vivos que, por un impulso de calidad cristiana se difirió su suplicio hasta que hubiese recuperado el libre uso de sus facultades. Solicitó la visita de los ministros de todas las sectas dominantes, y no sólo les manifestó un grande arrepentimiento, mas, recibiendo con sumo respeto y humildad sus piadosas exhortaciones, fingió deberles más luces y convicción que había alcanzado en toda su vida; ricos presentes, cosa a que no eran más insensibles aquellos santos personajes que a la lisonja, les fueron distribuidos como una flaca retribución de sus preces y caritativas instrucciones. Todos estos artificios, más que ninguna consideración a su claro ingenio, que naturalmente debía pasar inapercibido en aquellos tiempos de revueltas y furor, le salvaron la vida, limitándose su pena a una multa de 10.000 libras esterlinas<sup>151</sup>.

El rigor que ejercieron las dos cámaras contra la conspiración o por mejor decir, contra el proyecto de Waller aumentó mucho su autoridad y pareció ponerlas a cubierto, para lo sucesivo, de todos los alentados de igual naturaleza; pero los triunfos de las armas realistas, la derrota de sir Guillermo Waller, la toma de Bristol y el sitio de Gloucester excitaron nuevos clamores y más violentos que nunca. Turbas de mujeres, reunidas al rededor de la segunda cámara, fueron a pedir la paz con tan importuna gritería que fue forzoso dispersarlas a viva fuerza, muriendo algunas en el

148 Rushworth, tomo VI, p. 326.

149 6 de junio.

150 Rushworth, tomo VI, p. 325.

151 Whitlocke, p. 66.

alboroto<sup>152</sup>. Bedford, Holland y Conway habían abandonado el partido del parlamento y pasado a Oxord; Clare y Lovelace los habían seguido<sup>153</sup>; Northumberland se había retirado a sus estados; el mismo Essex se mostraba muy descontento e instaba al parlamento a hacer la paz<sup>154</sup>. La cámara alta propuso términos de acomodamiento más moderados que cuantos hasta entonces se habían presentado, y hasta en la de los comunes se resolvió que se enviasen al rey aquellas nuevas proposiciones; pero enfurecidos con estas medidas los exaltados, hicieron redactar en la ciudad (*city*) una petición contra la paz, que fue presentada por Pennington; alcalde faccioso, escoltado de una muchedumbre que renovó sus antiguas amenazas contra el partido moderado<sup>155</sup>. Atizaron los púlpitos el fuego de la exaltación; divulgóse por todas partes la voz de que habían desembarcado 20.000 irlandeses que iban a acuchillar a todos los protestantes<sup>156</sup>; la mayoría de los votos se pronunció contra la pacificación, y ya no se pensó más que en preparar una viva resistencia y sobre todo en socorrer inmediatamente a Gloucester, de cuya posesión creía el parlamento que dependía la suerte de la guerra.

Massey, resuelto a defenderse con denuedo, y viendo bajo su mando una ciudad y una guarnición que anhelaba la corona del martirio, sostenía el sitio con tanta capacidad como valor, y ponía a raya y aun entibiaba el brío de las tropas del rey, molestándolas en sus trincheras con continuas salidas y disputándoles el terreno palmo a palmo. Su guarnición empero estaba reducida a los últimos apuros, y así cuidaba Massey de informar de cuando en cuando al parlamento de que si no se le socorría con prontitud, la absoluta falta de víveres y municiones le obligaría a abrir sus puertas al enemigo.

Tanto para su propia defensa como para socorrer a Massey, resolvieron los comunes emplear todos los recursos de su crédito y autoridad, y decretaron la formación de un ejército al mando de sir Guillermo Waller a quien, a pesar de todos sus desastres, trataban con la mayor consideración. Como los condados de Hertford, de Essex, de Cambridge, de Norfolk, de Suffolk, de Lincoln y de Huntingdon se habían asociado a su causa, nombraron al conde de Manchester general de aquella asociación, y se distribuyeron comisarios para levantar otro ejército a sus órdenes; pero su principal cuidado fue poner el del conde de Essex, de quien parecía depender toda su fortuna, en estado de marchar contra el rey. Excitaron con nuevas instancias a sus predicadores a renovar sus furiosas declamaciones contra la causa realista; las levás forzosas, aunque proscritas recientemente por una ley que les había costado tantos esfuerzos, se efectuaron con su consentimiento<sup>157</sup>, y Londres envió cuatro regimientos de su milicia al socorro de Gloucester. Todas las tiendas de la capital se cerraron por su orden, y todos aguardaron en el colmo de la angustia el éxito de tan grande empresa<sup>158</sup>.

Essex, al frente de un ejército de 14.000 hombres bien pertrechados, tomó el camino de Bedford y de Leicester, y aunque inferior en caballería, su hábil manejo y admirable disciplina le bastaron para atravesar aquellas provincias abiertas, a pesar de varios ataques de la caballería enemiga que se había adelantado para detenerle y que no cesó de molestarle en su marcha. Al acercarse Essex a Gloucester, tuvo el rey que levantar el sitio y dejarle el paso franco para entrar en esta ciudad, cuya guarnición se hallaba reducida a tal aprieto que no le quedaban ya más que un solo barril de pólvora y poquísimos víveres. Essex llevaba una buena provisión de municiones de guerra y boca, sacadas estas últimas de las provincias vecinas, que nada habían suministrado a las tropas del rey, so pretexto de que estaban esquilmas, pero en realidad con el fin de reservar sus auxilios para la causa que preferían<sup>159</sup>.

---

152 Rushworth, tomo VI, p. 357.

153 Withlocke, p. 67.

154 Rushworth, tomo VI, p. 290.

155 Id, p. 356.

156 Clarendon, tomo III, p. 320.

157 Rushworth, tomo VI, p. 292.

158 Idem.

159 Clarendon, tomo III, p. 344.

Pero la principal dificultad quedaba en pie: Essex, que conocía la superioridad de la caballería realista, temía el azar de una batalla y deseaba poder volverse sin aventurarla. Cinco días pasó en Tewkesbury, que fue su primera parada, y algunos falsos movimientos indicaron que quería volver hacia Worcester: una marcha forzada durante la noche le hizo llegar a Cirencester, con la doble ventaja de haber atravesado sin obstáculo un territorio abierto y de sorprender un convoy de provisiones que se hallaba en esta ciudad<sup>160</sup>. Prosiguió su marcha a Londres, pero al llegar a Newbury quedó asombrado de encontrar allí al rey que se le había adelantado con marchas aceleradas y se había posesionado de aquella plaza.

### **Batalla de Newbury.**

Como una batalla era entonces inevitable, Essex tomó sus disposiciones con mucha calma y acierto (20 de setiembre). Igual fue el valor por ambas partes; tres veces la caballería del rey rompió a la de Essex, pero la infantería se conservó entera, y sin cesar un momento sus disparos, presentó una impenetrable valla de picas al furioso choque del príncipe Ruperto y a sus valientes compañías nobles de que se componía la mayor parte de la caballería realista. Atribúyese el principal honor de aquella resistencia a la milicia de Londres que, sin ninguna experiencia militar y tan recientemente arrancada a sus ocupaciones mecánicas, pero acostumbrada en sus hogares al ejercicio de las compañías y animada de un indomable celo por su causa, igualó en aquella ocasión a lo que de las tropas más aguerridas podía esperarse. Mientras con tanto encarnizamiento estaban trabados los dos ejércitos, vino la noche a terminar la acción dejando la victoria indecisa. Al rayar el día siguiente continuó Essex su marcha, y a pesar de que todavía picó algún tanto su retaguardia la caballería del rey, fue a recoger en Londres aplausos por su hábil manejo para el completo logro de su expedición. Siguióle Carlos una parte de su camino, y tomando posesión de Reading tan luego como salió el conde de la plaza, estableció en ella una guarnición que estrechó a Londres y a los cuarteles enemigos.<sup>161</sup>

Entre las pérdidas que experimentó el partido realista en la batalla de Newbury fueron las principales los condes de Sunderland y de Canarron, próceres de las mayores esperanzas, y más aun con generales lágrimas de todos los amigos del talento y de la virtud, Lucio Cary, vizconde de Falkland, secretario de estado. Antes de la actual asamblea del parlamento, este ilustre inglés, entregado al estudio de las letras, y al trato de la más culta elegante sociedad de la nación, había disfrutado cuantos placeres pueden ofrecer el talento, un buen caudal y generosas inclinaciones. En la vida pública, a la que le llamó su mérito, se le vio a la cabeza de todos los ataques formados contra las usurpaciones reales, y en ellas desplegó aquella varonil elocuencia y aquel invencible amor a la libertad que había bebido en su íntimo comercio con los sublimes ingenios de la antigüedad; mas cuando llegaron al exceso las convulsiones civiles y se halló en la necesidad de escoger un partido, templó el ardor de su celo y se consagró a la defensa de aquel poder limitado que le quedaba a la monarquía y que conceptuó necesario para el sostén de la constitución inglesa. Inquieto sin embargo por su patria, parece que temía tanto la excesiva preponderancia de su partido como la de la facción opuesta, y muchas veces, en medio de sus amigos íntimos, después de un profundo silencio y de frecuentes suspiros, repetía tristemente la palabra paz. Para disculparse de exponer mas libremente su persona a los peligros de la guerra de lo que parecía convenir a un secretario de estado, decía que, en tales ocasiones, se creía obligado a ser más activo que otro de miedo de que su deseo de la paz le hiciere acusar de pusilanimidad. Desde el principio de la guerra, sus naturales alegría y vivacidad habían desaparecido, y hasta el cuidado que antes tenía del aseo de su persona, como exigían su nacimiento y clase, se había convertido en un hábito de negligencia que ya rayaba en desaliño. Como el día de la batalla en que pereció manifestase algún esmero en su

160 Rushworth, tomo VI, p. 292.

161 Id. p. 293.

compostura, dio por razón de ello que no quería que el enemigo hallase su cuerpo desaseado e indecoroso. «Estoy cansado del tiempo en que vivimos, y preveo que amenazan a mi patria muchas desgracias, pero creo que por mi parte quedaré libre de ellas antes del anochecer.»<sup>162</sup> Aquel insigne varón no tenía más que treinta y cuatro años cuando perdió la vida. La pérdida que ambos partidos experimentaron en Newbury y lo adelantado de la estación obligaron a los ejércitos a retirarse a sus cuarteles de invierno.

### Acciones en el norte de Inglaterra.

En el norte, durante aquel verano, el crédito del conde de Northumberland, recién nombrado marqués, y el afecto que le profesaba el pueblo, reunieron para el servicio del rey fuerzas considerables que daban grandes esperanzas de triunfo en aquella parte del reino; pero en ella se levantaron contra él dos adversarios, de quienes dependía el desenlace de aquella guerra y que por entonces empezaron a distinguirse por su valor y pericia militar; tales fueron sir Tomás Fairfax, hijo del lord de este nombre, y Oliverio Cromwell. El primero había alcanzado un triunfo notable en Wakefield<sup>163</sup> sobre un destacamento del partido realista y hecho prisionero al general Goring; el otro había salido victorioso en Gainsborough de un choque con un cuerpo de realistas mandado por el valiente Cavendish, que fue muerto en la acción<sup>164</sup>; pero compensó ampliamente estas dos desgracias, para el partido del rey, la entera derrota de lord Fairfax en Atherton-Moor<sup>165</sup>, y la dispersión de su ejército. Después de este triunfo, Newcastle se presentó con 15.000 hombres delante de Hull, donde no era ya gobernador Hotham, el cual y su hijo, parte por celos de lord Fairfax, parte por arrepentimiento de haber tomado partido contra el rey, habían entrado en tratos con Newcastle y prometiéndole la entrega de Hull; pero habiéndose descubierto su conspiración, habían sido presos y conducidos a las cárceles de Londres, donde, sin consideración a sus servicios pasados, ambos fueron víctimas del rigor del parlamento.<sup>166</sup>

Apretó Newcastle algún tiempo el ataque de Hull, pero como hubiese sufrido un gran descalabro de resultas de una salida de la guarnición<sup>167</sup>, tuvo que levantar el asedio. Por entonces Manchester, que se había adelantado de los condados asociados del Este, se reunió al joven Fairfax y a Cromwell, con quienes obtuvo una señalada victoria sobre los realistas en Horncastle, donde estos dos oficiales adquirieron una gran reputación de valor y habilidad. Aunque de esta suerte había equilibrado la fortuna sus favores, todavía conservaba el partido realista mucha superioridad en aquella parte de Inglaterra, y si la guarnición de Hull no hubiera tenido a raya al condado de York, es muy probable que una reunión de las fuerzas del norte con las del sur, en vez de la imprudente y desastrosa empresa de Gloucester, hubiera puesto a Carlos en situación de marchar directamente sobre Londres y terminar la guerra<sup>168</sup>.

Mientras ardía ésta en el interior del reino y cada día era más dudoso el triunfo, ambos partidos tendieron la vista hacia los reinos vecinos y buscaron socorros para dar remate a una empresa en la que tan furiosa oposición hallaban sus propias fuerzas. El parlamento recurrió a Escocia y Carlos a Irlanda.

Los *covenantarios* escoceses, después de haber obtenido lo que tanto habían deseado, es decir, el establecimiento de la disciplina presbiteriana en su nación, no se limitaron a esta victoria y empezaron a difundir, por toda especie de medios, sus principios y su culto en los reinos vecinos. Un pueblo de fanáticos que se habían lisonjeado, en el fervor de su celo, de que con socorros

162 Whitlocke, p. 70.

163 21 de Mayo.

164 31 de Julio.

165 30 de Junio.

166 Rushworth, tomo VI, p. 275.

167 12 de Octubre.

168 Warwick, p. 261.

sobrenaturales llevarían su *covenant* triunfante hasta las puertas de Roma, debían naturalmente empezar por establecerle en Inglaterra, donde ya habían manifestado tanta disposición a recibirle. Hasta en los artículos mismos de la pacificación, habían manifestado que deseaban una perfecta uniformidad de religión con Inglaterra, y el rey, escudándose con algunas expresiones vagas, había tratado este deseo de piadoso y laudable. A la primera apariencia de rompimiento, el parlamento inglés, con la mira de enlazarse estrechamente con la nación, había declarado sin rebozo que deseaba la reforma eclesiástica y quería imitar el ejemplo de sus hermanos del norte<sup>169</sup>: el mismo artificio había empleado durante la guerra, y nada podía igualar a la impaciencia de los escoceses en vista de una lucha de que no podían considerarse espectadores indiferentes.

«Si el rey —decían—, consigue por fuerza de armas subyugar al parlamento de Inglaterra y restablecer su autoridad en esta poderosa monarquía, infaliblemente retractará todas las concesiones que le hemos arrancado tan a su despecho. Además de un sentimiento de interés propio y de apego al poder real, que se halla reducido a la nada en el país de su nacimiento, su misma afición a la prelatura y a las ceremonias religiosas debe irritarle contra una iglesia, que siempre se le ha hecho mirar como anticristiana y contraria a las leyes de la nación. Consideremos solamente de qué actores se componen las facciones que hacen hoy un uso tan desesperado de las armas: ese parlamento ¿no se compone de los mismos hombres, que constantemente se han opuesto a la guerra contra Escocia, que han castigado a los autores de nuestras opresiones, que nos han proporcionado el alivio de todos nuestros males, y que nos han dado, con las más honrosas expresiones, una amplia recompensa por nuestra asistencia fraternal? Y por el contrario ¿no está la corte llena de papistas, de prelados, de *malignos*, enemigos todos declarados de nuestro modelo de religión, y resueltos a sacrificar sus vidas por sus establecimientos idólatras? Prescindiendo de nuestra propia seguridad, ¿podemos por ventura manifestar mejor al cielo nuestra gratitud por esa pura luz que nos distingue entre todas las naciones, que comunicando estos divinos conocimientos a nuestros desgraciados vecinos que nadan en un mar de sangre para llegar a ella?»

Tal era el fondo de todas las pláticas en Escocia; esta doctrina se proclamaba en los púlpitos, y la famosa maldición de Meroz, aquella maldición tan solemnemente denunciada y reiterada contra la neutralidad y la moderación, resonaba por donde quiera.<sup>170</sup>

Desde el principio de las discordias civiles, el parlamento de Inglaterra había invitado a los escoceses a proponer su mediación, de la que sabía que el rey sacaría poca ventaja, y Carlos, por esta misma razón, había hecho todo lo posible por evitarla en los términos menos ofensivos<sup>171</sup>. A la entrada de la última primavera, el conde de Loudon, canciller de Escocia, con otros comisarios, acompañados de Henderson, predicador popular y muy revoltoso, fue enviado al real de Oxford para renovar la oferta de una mediación y recomendarle el modelo escocés de culto y disciplina, lo cual era tocar un punto delicadísimo para Carlos, que creía a su honor y a su conciencia, no menos que a su interés, esencialmente comprometidos en sostener la prelatura y la liturgia; por tanto rogó a los comisarios que se contentasen con las mercedes que ya había concedido a Escocia, y considerasen que, habiendo ellos organizado su iglesia con arreglo a sus propios principios, debían dejar igual libertad a sus vecinos, sin mezclarse en un asunto en el que no se les podía suponer jueces competentes<sup>172</sup>.

Los teólogos de Oxford, contando con una victoria segura encastillados en sus autoridades históricas, sus citas de los Padres y sus argumentos espirituales, solicitaron una conferencia con Heuderson, y se jactaron de que no tardarían en convertir con la fuerza de su lógica, a aquel grande apóstol del norte; pero Heuderson, que siempre había tratado de impía la menor duda acerca de sus propios principios y que conocía un camino mejor para reducir a sus adversarios que el de los argumentos teológicos, se negó absolutamente a toda discusión. Retiráronse los doctores ingleses

169 Rushworth, tomo VI, p. 590.

170 «Maldecid a Meroz, dijo el ángel del Señor; maldecid amargamente a los habitantes, porque no acudieron al socorro del Señor contra los poderosos», Jueces, lib. V, vers. 23.

171 Rushworth, tomo VI, p. 398.

172 Id. p. 462.



admirados de la ciega impavidez y fanáticas prevenciones de aquel hombre, y a él por su parte no le asombró menos el obstinado apego de los otros a tan palpables falsedades e ilusiones.

Las concesiones que había hecho Carlos a Escocia le obligaban a convocar en ella el parlamento una vez cada tres años, y el mes de junio del año siguiente era la época fijada para la convocación; pero él se lisonjeó de alcanzar antes de este término alguna victoria decisiva que pondría al parlamento de Inglaterra en una razonable sumisión, y de poder entonces esperar en seguridad la asamblea del parlamento de Escocia. Aunque vivamente instado por Loudon a convocar sin demora este gran consejo de la nación, constantemente se negó a armar con la autoridad a unos hombres que ya habían ocasionado tan peligrosos trastornos y que no parecían más dispuestos que antes a respetar la suya, y los comisarios viendo desechadas todas sus proposiciones, pidieron al rey pasaportes para Londres, donde se proponían conferenciar con los parlamentarios ingleses<sup>173</sup>; pero esta solicitud les fue también negada y la diputación se volvió muy descontenta a Edimburgo.

Habíanse creado nuevamente en Escocia oficios de conservadores de la paz, para afianzar la alianza entre los dos reinos, y estos oficiales públicos, a instigación del clero, resolvieron, ya que no podían obtener el consentimiento del rey, convocar en su nombre, pero en virtud de su propia autoridad, una asamblea o convención de los estados, es decir, despojar a su soberano de este derecho, único que le quedaba de la prerrogativa real. So color de proveer a la paz nacional, amenazada por la proximidad de los ejércitos ingleses, se convocó la asamblea (22 de junio), y, aunque menos solemne que un parlamento, con la misma autoridad para imponer sumas y levantar tropas. Hamilton y su hermano el conde de Lanerick, que fueron enviados a Escocia para atajar estas medidas, obraron sin firmeza ni buena fe, y se dejaron arrastrar por el torrente. La asamblea general de la iglesia se celebró con la de los estados, y tomando una autoridad casi absoluta sobre el poder civil hizo ceder todas las consideraciones políticas a su teológico celo y sus preocupaciones.

### Solemne liga y Covenant.

El parlamento de Escocia, puesto en el mayor conflicto por los progresos de las armas realistas, aprovechó con ansia la ocasión de enviar a Edimburgo comisarios con amplios poderes para ajustar una unión más íntima con la nación vecina; aquellos comisarios fueron el conde de Rutland, sir Guillermo Armine, sir Enrique Vane el joven, Tomás Hatcher y Enrique Barley, acompañados de Marshall y de Nye, ministros de gran crédito<sup>174</sup>. El hombre de confianza en esta negociación, era Vane, a quien nadie aventajaba en elocuencia, destreza y capacidad, como tampoco en artificio y disimulo, ni aun en aquella época tan fecunda en activos talentos. A persuasión suya se formó en Edimburgo aquella solemne liga, o aquel nuevo *covenant*, que anuló todas las protestas precedentes, todos los empeños tomados hasta entonces en los dos reinos y cuyo crédito y autoridad se sostuvieron largo tiempo. Además del voto de una mutua defensa contra toda especie de oposiciones, aquel acto imponía a los que quisieran suscribir a él, la obligación de emplear todos sus esfuerzos, sin consideración de personas, en la extirpación del papismo y de la prelatura, de la superstición, de la herejía, del cisma y de los usos profanos; de sostener los derechos y privilegios del parlamento, igualmente que los de la autoridad real, y de denunciar y entregar a la justicia a todos los incendiarios y *malignos*.<sup>175</sup>

Encerraba también aquel *covenant* una promesa de sostener la religión reformada establecida en la iglesia de Escocia; pero, merced a los artificios de Vane, la declaración para Inglaterra e Irlanda decía solamente que estos dos reinos serían reformados con arreglo a la palabra de Dios y el ejemplo de las iglesias más puras. Después de la abjuración de la prelatura, los celosos

173 Rushworth, tomo VI, p. 406.

174 Whitlocke, p. 73.

175 Rushworth, tomo VI, p. 478.

presbiterianos de Escocia no hallaron ambigüedad en estas expresiones y miraron su propio modelo como el único que correspondía a aquella definición; pero aquel astuto político tenía otras miras, y mientras empleaba sus artes en engañar a sus sectarios y se reía en secreto de su simplicidad, habíase él por su parte consagrado ciegamente a sostener sistemas más absurdos todavía y más peligrosos.

Había en las dos cámaras del parlamento de Inglaterra algunos individuos a quienes su ambición particular o el celo de la libertad civil había movido a reunirse al mayor número, pero que todavía conservaban apego a la jerarquía y al antiguo culto. En el peligro presente que amenazaba a su causa, se depusieron todos los escrúpulos, y el *covenant*, único medio de adquirir un refuerzo tan considerable como la cooperación de la nación escocesa, se recibió sin oposición; así las dos cámaras, después de haber empezado por firmarle (17 de setiembre), mandaron que lo firmasen todos cuantos reconocieran su autoridad.

### **Armamento de los escoceses.**

Celebraron los escoceses con grandes señales de regocijo el venturoso día que los había hecho servir de instrumento para extender el reino de Jesucristo y disipar las densas tinieblas en que se hallaban envueltos sus vecinos, y la asamblea general se congratuló de haber imitado tan gloriosamente la piedad de sus mayores que, bajo el reinado de Isabel, habían intentado tres veces persuadir a los ingleses a deshacerse del uso de la sobrepelliz, de la estola y del birrete<sup>176</sup>. En el fervor de su celo, mandó que se jurase la observación del *covenant*, so pena de confiscación, sin contar los otros castigos que el inmediato parlamento conceptuase acertado imponer a los refractarios, como enemigos declarados de Dios, del rey y del reino; y resuelta a emplear la espada en convencer a las almas rebeldes, tomó con mucha vigilancia y actividad medidas para efectuar sus empresas militares. 100.000 libras esterlinas que recibió de Inglaterra, la esperanza de una buena paga y las favorables disposiciones de los ánimos, completaron pronto las levadas, a las que se agregaron las tropas recién retiradas de Irlanda, y a fines del año, un ejército de más de 20.000 escoceses, al mando del conde de Leven, su antiguo general, se halló pronto a marchar a Inglaterra<sup>177</sup>. Carlos, previendo la tempestad que le amenazaba, no desatendió ningún medio de proveer a su seguridad; y naturalmente volvió los ojos a Irlanda con la esperanza de que este reino, cuya causa había sido ya tan perjudicial a la suya, podría en fin contribuir a su defensa.

### **Situación de Irlanda.**

Desde el principio de la sublevación escocesa, el parlamento de Inglaterra había estado harto ocupado en proyectos militares o en expediciones interiores, para seguir eficazmente su designio de reprimirla. Verdad es que había tratado con los escoceses para que enviasen a Irlanda un ejército de 10.000 hombres, y las condiciones eran que la plaza de Carrickfergus les sería entregada y que la autoridad de su general sería en ella independiente del gobierno inglés. Mientras habían estado allí aquellas tropas, habían servido para distraer algún tanto las fuerzas de los irlandeses rebeldes y protegido en el norte los flacos restos de las colonias, pero a excepción de este tratado con Escocia, todas las demás medidas del parlamento habían sido infructuosas o no habían hecho más que dañar a la causa protestante en Irlanda. Continuando sus furiosas persecuciones y sus amenazas más furiosas todavía contra los sacerdotes y los católicos, había aferrado a los irlandeses de esta creencia en su rebelión y destruido toda esperanza de conciliación y tolerancia; disponiendo anticipadamente de las confiscaciones irlandesas en favor de los suscriptores o de los aventureros, había reducido a

176 Id. p. 388.

177 Clarendon, tomo III, p. 383.

la desesperación a todos los propietarios y amenazado en cierto modo a los naturales con una entera destrucción, y mientras de esta suerte inflamaba con el furor de la venganza los corazones de sus enemigos, nada había hecho para sostener y alentar a los protestantes reducidos al último trance.

Es tal el ascendiente que una larga serie de triunfos ha hecho adquirir a los ingleses sobre la nación irlandesa que, a pesar del conocido valor de esta nación que, cuando está avezada a la disciplina militar en país extranjero, no cede en este punto a ningún pueblo de Europa, nunca ha sido capaz, en su propio suelo, de hacer vigorosos esfuerzos por la defensa o el restablecimiento de sus libertades. En varios encuentros, los ingleses, al mando de lord More, Saint Leger, Hamilton y otros, habían derrotado a los irlandeses, a pesar de la desventaja de la situación y del número, y habían vuelto en triunfo a Dublín. Una obstinada defensa de la guarnición de Tredah había hecho levantar el sitio a los rebeldes. Ormond había alcanzado dos victorias en Kilrush y en Ross, y socorrido a todas las fortalezas sitiadas o bloqueadas en las diferentes partes de la isla<sup>178</sup>, pero no obstante estos triunfos, los vencedores carecían de todas las cosas necesarias para la vida.

Los irlandeses, en su feroz encono contra los colonos ingleses, habían talado el reino entero, y su holgazanería, no menos que su ignorancia, los hacía absolutamente incapaces de proporcionarse cosa alguna. Seis meses habían pasado sin que se hubiese recibido más socorro de Inglaterra que la cuarta parte de la carga de un buque menor. Dublín, para libertarse del hambre, había hecho pasar a Inglaterra la mayor parte de sus habitantes; el ejército estaba tan mal provisto de municiones que apenas le quedaban cuatro barriles de pólvora; la infantería carecía de zapatos y de vestidos, y por todo alimento, la caballería se veía obligada a comerse sus caballos. No menos sufrían los irlandeses<sup>179</sup>, pero estos estaban más hechos a tales rigores, y era dolorosísimo considerar que las dos naciones, continuando en su encarnizada lucha, desolaban aquella isla fecunda donde ambas hubieran podido hallar la subsistencia y la felicidad.

El crédito y la autoridad del marqués de Ormond habían contribuido particularmente a ganar para la causa del rey a los justicias y al consejo de Irlanda. Parsons, Temple, Lotus y Meredith, que parecían propender al partido opuesto, habían sido apartados, y Carlos los había remplazado con oficiales más dispuestos a su favor: una orden autógrafa del rey había hecho excluir del consejo a algunos comisarios a quienes los comunes habían confiado la dirección de los asuntos del reino<sup>180</sup>. Estas razones, unidas a los apuros del parlamento de Inglaterra, bastaban para impedirle socorrer a un ejército empeñado, es verdad, en una causa que él favorecía, pero guiado enteramente por sus declarados enemigos; hasta interceptó algunos escasos socorros que le enviaba el rey.

El rey que no tenía en punto a municiones, armas y dinero y provisiones más que lo que imperiosamente exigían sus propias necesidades, adoptó un arbitrio que conceptuó capaz de aliviar las de los protestantes de Irlanda y de favorecer juntamente sus intereses en Inglaterra. Figurósele que un armisticio con los rebeldes pondría a sus vasallos de Irlanda en situación de proveer por sí mismos a su subsistencia, y le proporcionaría el socorro de su ejército contra el parlamento de Inglaterra; pero como un tratado con una nación a quien generalmente hacían odiosa su barbarie y su religión, podía pintarse con colores funestos para él, y hacer renacer las calumnias con que ya habían manchado su honor, conoció que esta negociación exigía las más delicadas precauciones. Una exposición del ejército al consejo de Irlanda manifestó la extremada miseria de las tropas y reclamó para ellas el permiso de salir del reino. «Si se nos niega —decían—, este favor, habremos de recurrir a aquella primera ley que grabó el cielo en el corazón de todos los hombres, es decir, a la ley natural que enseña a toda criatura a buscar su propia conservación.»<sup>181</sup> Los justicias y el consejo enviaron al rey y al parlamento diferentes memoriales, en que se exponía su situación con los más vivos colores, y aunque sus expresiones generales puedan ser exageradas, parece sin embargo, por los hechos particulares que en ellos se mencionan, por la confesión misma del parlamento y por la naturaleza de las cosas, que los protestantes de Irlanda estaban reducidos a una triste situación, y

178 Rushworth, tomo VI, p. 512.

179 Id. p. 355.

180 Id. p. 350.—Clarendon, tomo III, p. 167.

181 Rushworth, tomo VI, p. 537.

que la prudencia, o tal vez una necesidad absoluta obligaba al rey a tomar algún arbitrio que los libertase, a lo menos momentáneamente, de la ruina que los amenazaba.

Inmediatamente envió el rey al marqués de Ormond y a los justicias la orden de ajustar una suspensión de hostilidades por un año con el consejo de Kilkeney, por el cual se gobernaban los irlandeses, y de dejar a los dos partidos en posesión de sus presentes ventajas<sup>182</sup>; y el parlamento, pronto siempre a vituperar los actos del partido realista, no perdió una ocasión tan favorable de reprochar al rey el favor que concedía a los papistas, clamando a voz en grito contra aquella tregua. Entre varias razones, insistía sobre la venganza divina que debía temer Inglaterra por haber tolerado una idolatría anticristiana bajo pretextos de interés y de pactos políticos. La religión, aunque empleada diariamente por los comunes como instrumento de sus ambiciosas miras, se suponía entonces demasiado respetable y sagrada para hacerla ceder a los intereses temporales o a la seguridad de los estados.

Después del tratado de armisticio, era inútil al par que imposible hacer subsistir el ejército en Irlanda. Ormond, lleno de celo por los intereses del rey, hizo pasar a Inglaterra varias divisiones, la mayor parte de las cuales se quedaron al servicio de Carlos, pero algunas de ellas, penetradas en Irlanda de una violenta animosidad contra los católicos y viendo que universalmente se tachaba de papismo al partido realista, pasaron en breve bajo el estandarte del parlamento.

Algunos irlandeses católicos que habían seguido a aquellas tropas, se unieron al ejército real, donde continuaron las crueldades y los desórdenes a que estaban acostumbrados<sup>183</sup>, y el parlamento mandó que no se les diese cuartel en ninguna acción; pero el príncipe Ruperto tomó algunas sangrientas represalias que pronto reprimieron aquella inhumanidad.<sup>184</sup>

---

182 7 de setiembre. Véase Rushworth, tomo VI, p. 537 y siguientes.

183 Withlocke, p. 78, 103.

184 Rushworth, tomo VI, p. 580.

## LVII. Carlos I—1644

### Estado de la nación.

Carlos había obtenido hasta entonces, en el discurso de aquella guerra, muchas ventajas sobre el parlamento, y de la triste situación en que se había visto, su valor y el celo de sus partidarios lo habían elevado hasta el nivel de sus enemigos. Yorkshire y todos los condados del norte estaban sometidos al marqués de Newcastle, y el parlamento tenía únicamente en aquellas provincias la guarnición de Hull; Plymouth solo, en la parte occidental, después de haber sido inútilmente sitiado por el príncipe Mauricio, resistía aun a la autoridad del rey. Por último, sin la fatal empresa de Gloucester, las guarniciones reales, extendiéndose sin interrupción de una a otra extremidad del reino, hubieran ocupado mucho más espacio que las del parlamento. Un gran número de realistas se lisonjeaba de que el mismo vigor que los había elevado a aquel grado de poder, no cesaría de favorecer sus progresos y les haría obtener una victoria decisiva; pero los que se dejaban arrastrar menos de sus esperanzas, observaban que, además de la accesión de todo el reino escocés al partido del parlamento, el principio mismo sobre el cual se fundaban todos los triunfos de Carlos, se robustecía diariamente en el partido opuesto.

Las tropas realistas, compuestas casi exclusivamente de nobles de primero y segundo orden, habían manifestado un valor muy superior al de sus enemigos y hasta entonces habían salido victoriosas de casi todos los combates; pero a medida que toda la nación se hacía guerrera por la continuación de las discordias, aquella ventaja se igualaba en los dos partidos, y debía esperarse que la victoria quedase en fin por el más numeroso. Además, mal pagadas y desprovistas de todo, las tropas de Carlos no podían mantenerse en la misma disciplina que las fuerzas del parlamento, a quienes almacenes y tesoros abundantes suministraban toda clase de socorros. La severidad de costumbres afectada por aquellos celosos religionarios, favorecía sus instituciones militares, y la rígida inflexibilidad de carácter que distinguía a los reformadores de la iglesia y del estado, autorizaba a los jefes parlamentarios a exigir que sus soldados observasen reglas más estrictas y un orden más puntual. Los oficiales del rey, al contrario, atribuyéndose tanta o más licencia que durante la paz, solían descuidar sus deberes y daban a sus soldados el ejemplo de un pernicioso desorden.

Al principio de la guerra civil, todos los ingleses que servían en país extranjero habían sido instados a regresar a su patria y recibidos con extraordinarias manifestaciones de aprecio y consideración; y siendo la mayor parte de ellos bien nacidos, o no estando familiarizados, a causa de su ausencia, con los nuevos principios que deprimían la dignidad de la corona, se habían alistado bajo las banderas realistas; pero debe tenerse presente que, si la profesión militar exige mucho talento y experiencia en los jefes principales, todos sus deberes subalternos pueden desempeñarse por capacidades ordinarias con una práctica superficial. Los ciudadanos se hicieron muy luego excelentes oficiales, y la casualidad hizo que los mas célebres y hábiles generales saliesen del partido parlamentario. En el partido opuesto, el desarrollo del genio entre los oficiales subalternos, y la alta nobleza fue reprimido por los cortesanos; y, como en el gobierno regular, cada uno se limitó a la situación en que le había colocado su nacimiento.

Carlos, durante el invierno, para facilitar los preparativos de la campaña siguiente, convocó en Oxford a todos los miembros de una y otra cámara que se habían declarado por su causa, y se esforzó por sacar ventaja en su propio interés del nombre del parlamento tan caro a la nación inglesa. La cámara de los pares se encontró completa, y, sin contar los que estaban empleados en

diferentes partes del reino, contenía doble número de individuos que la asamblea de Westminster. La de los comunes se componía de 140 miembros, próximamente, que no formaban sino la mitad de la otra asamblea del mismo estamento.

Las cargas administrativas habían hasta entonces sido tan ligeras para el pueblo, que el nombre de *excise*<sup>185</sup> era todavía desconocido en Inglaterra, y se cuenta entre los males que tienen origen de aquella guerra, la introducción de esta carga. Habiendo el parlamento de Westminster votado un impuesto sobre la cerveza, el vino y otros géneros, el de Oxford siguió este ejemplo y el producto de esta renta se le cedió al rey, a quien se concedió además la suma de 100.000 libras esterlinas que se debía recaudar a título de empréstito para que pudiese remplazar su ejército. Por medio de cédulas circulares del sello privado, refrendadas por los oradores o presidentes de ambas cámaras, se pidieron préstamos de sumas particulares a las diversas personas que habitaban en las inmediaciones del cuartel real, sin que ni uno ni otro de ambos partidos reconociese la inconsecuencia de reprobar en sus adversarios estas medidas ilegales.

Mandó publicar el parlamento de Westminster una originalísima declaración mandando que todos los habitantes de Londres y sus cercanías cercenasen una comida por semana y pagasen su valor para el sostén de la causa común<sup>186</sup>. Fácil es discurrir que, con tal que se pagase el dinero, las dos cámaras se cuidarían muy poco de que se ejecutase la letra del decreto. La situación del rey era tan favorable que, para dar la paz a la nación bastábale exigir que se restableciesen las leyes y la constitución, que se le repusiese en posesión de los mismos derechos que constantemente habían disfrutado sus predecesores, y que el gobierno, tanto civil cuanto eclesiástico, tomase su antigua forma. Con tan apetecibles miras, ofreció emplear medios que no debían ser menos gratos al pueblo: una declaración universal de olvido y la tolerancia para las conciencias timoratas; nada por consecuencia, podía ser más ventajoso a sus intereses que las palabras de paz y la discusión de las condiciones a que podían obtenerse semejantes beneficios. De aquí vino que en todas las ocasiones solicitase, no solamente un tratado, sino conferencias y el examen mutuo de las pretensiones, aun en los momentos en que menos éxito se prometía de estas medidas.

Las mismas razones movían a los comunes de Westminster a evitar, en lo posible, todo paso hacia una negociación, y les inspiraban el temor de exponer demasiado a la censura aquellas condiciones exorbitantes que sus recelos o su ambición los obligaban a imponer de antemano al rey. Aunque sus partidarios estaban alucinados por las más vivas prevenciones religiosas, la cámara no tenía la resolución de someter sus pretensiones al examen, o de manifestarlas a todo el reino. En oposición a la autoridad sagrada de las leyes, a los venerables ejemplos de una larga serie de siglos, avergonzábase de no poder alegar sino desconfianzas y envidias que no estaban autorizadas por la constitución y que parecían no tener ningún razonable fundamento, ni en el carácter personal de Carlos, cuya virtud era muy conocida, ni en su condición tan despojada de toda autoridad independiente. Parecía odioso, ingrato y peligroso insistir aun sobre abusos que habían sido corregidos y sobre poderes conformes o contrarios a las leyes, que formalmente se habían abandonado.

El rey, que quería disminuir algún tanto aquella veneración universal que se tenía al nombre del parlamento, había publicado una declaración en la que exponía todos los motines que le habían arrojado de Londres, a él y a sus partidarios en ambas cámaras; de donde argüía que la asamblea de Westminster no era ya un parlamento libre, y que mientras no se restableciese su libertad, no podía atribuirse ninguna autoridad; pero como fuese esta declaración un obstáculo al tratado, hubo que buscar un arbitrio para eludirla.

La primavera precedente se había escrito al conde de Essex una carta firmada por el príncipe de Gales, el duque de York y cuarenta y tres señores<sup>187</sup>, que le exhortaban a hacerse el instrumento de la paz pública y a conducir a tan feliz objeto a los hombres a quienes consagraba sus servicios.

185 Impuesto sobre los líquidos.

186 Dugdale p. 119. Rusworth tomo VI, p. 748.

187 Clarendon, tomo III, p. 442. Rushworth, tomo, VI, p. 566. Whitlocke, p. 77.

Essex, aunque muy enojado con el parlamento, aunque cuidadoso de los excesos en que se veía precipitarse, aunque anhelando por una paz razonable, todavía estaba más resuelto a corresponder honrosamente a la confianza que se había tenido en él, y respondió: «Que no dirigiéndose el papel que se le enviaba a las dos cámaras del parlamento y no conteniendo ningún reconocimiento de su autoridad, no podía comunicársele.» Carlos durante la siguiente campaña, le había reiterado las mismas instancias y había recibido la misma respuesta.

En la primavera hizo otra tentativa por medio de una carta dirigida «a los lores y comunes del parlamento reunidos en Westminster»; pero como también en esta hablaba de los lores y comunes del parlamento congregados en Oxford, y declaraba que su intención era reunir todos los miembros de las dos cámaras en plena y libre asamblea, el parlamento de Westminster, penetrando sin dificultad la conclusión que se encerraba en estas palabras, rehusó tratar en aquellos términos, y el rey, que veía tan pocas esperanzas de paz, no quiso abandonar sus pretensiones ni reconocer en adelante expresamente a aquellas cámaras por un parlamento libre.

Aquel invierno terminó la vida del famoso Pym, hombre tan respetado del uno de los dos partidos como execrado del otro; en Londres se le miró como una víctima de la libertad nacional que había abreviado sus días con un trabajo sin interrupción por los intereses de su patria; en Oxford se publicó que había sido atacado de un mal extraordinario y que había muerto comido de gusanos, por un golpe de la venganza divina que castigaba sus multiplicados crímenes y traiciones, Pym se había cuidado tan poco de aumentar su caudal en los desórdenes civiles de que había sido uno de los primeros promotores, que el parlamento se creyó obligado, por reconocimiento, a pagar las deudas que había contraído<sup>188</sup>; pero volvamos a las operaciones militares que, a pesar del rigor del invierno, se activaron vigorosamente en aquella estación.

Las tropas venidas de Irlanda habían desembarcado en Mostyne en el norte de Gales y, al mando de lord Byron, se apoderaron de los castillos de Hawarden, Beeston, Acton y Deddington<sup>189</sup>. El Cheshire y los cantones vecinos no tenían ya más plazas afectas a los parlamentarios, exceptuando Nantwich que Byron sitió en el corazón del invierno. Sir Thomas Fairfax, alarmado con un progreso tan rápido, reunió en el Yorkshire un cuerpo de 4.000 hombres y habiéndose incorporado con sir Guillermo Brereton, se acercaron juntos al real. Byron y sus soldados, envanecidos con sus triunfos en Irlanda, despreciaban altamente las fuerzas parlamentarias, disposición que, cuando se limita al ejército, anuncia ordinariamente la victoria, pero que puede mirarse como presagio casi cierto de una derrota cuando se extiende al general. Fairfax atacó de improviso el campo de los realistas (25 de enero), dividido por un río cuyas aguas había acrecido el deshielo: la parte que estaba al frente de Fairfax fue desalojada de su terreno, retirándose a la iglesia de Acton donde se rindió a discreción; la otra parte se retiró precipitadamente. Así se disiparon aquellas tropas que tan difícilmente se sacaron de Irlanda, y el partido parlamentario volvió a levantar la cabeza en aquellos condados del noroeste.

### **Invasión de los escoceses.**

La invasión del ejército de Escocia produjo efectos de mucha mayor importancia. Después de vanas intimaciones para la rendición de Newcastle, plaza recién fortificada por la vigilancia de sir Tomás Glenham, los escoceses pasaron el Tyne (22 de febrero) e hicieron frente al marqués de Newcastle que se había situado en Durham con un ejército de 14.000 hombres. Este general, con algunas operaciones bien concertadas, los puso en los mayores apuros para el forraje y las provisiones, pero el desastre de una parte de sus fuerzas en el Yorkshire destruyó muy pronto sus esperanzas. Recibió aviso el marqués de que el coronel Bellasis, a quien había dejado a la cabeza de un cuerpo considerable, había sido enteramente derrotado en Selby (11 de abril) por Sir Tomás

188 Diario del parlamento, 13 de febrero de 1643.

189 Rushworth, tomo VI, p. 299.

Fairfax, de vuelta ya de Cheshire con sus tropas victoriosas, y temiendo encontrarse estrechado por dos ejércitos, se retiró sobre York: Leven y Fairfax se reunieron y fueron a situarse delante de esta plaza; mas no siendo las fuerzas reunidas de los escoceses y parlamentarios bastante numerosas para poner sitio a una ciudad tan dilatada y dividida por un río, se limitaron a molestarla con un bloqueo poco riguroso, y durante algún tiempo las operaciones estuvieron como suspendidas entre los dos ejércitos.

También desoló la guerra, durante todo el invierno y la primavera, otras provincias del reino. Habiendo reunido Hopton un ejército de 14.000 hombres, se afaná por penetrar en Sussex, Kent y en toda la asociación meridional que parecía dispuesta a recibirle, pero cayó Waller sobre él en Cherington y lo derrotó en una acción muy viva (29 de marzo). Por otra parte, como hubiesen los parlamentarios sitiado a Newark, el príncipe Ruperto se apresuró a socorrer una ciudad que conceptuaba muy importante, porque ella sola aseguraba la comunicación entre los reales del sur y del norte. Con poca fuerza, pero animado de su activo brío atravesó por el centro del enemigo, introdujo socorros en Newark y disipó completamente aquel ejército parlamentario (21 de marzo).

Pero aunque la fortuna parecía dividir sus favores entre ambos partidos, el rey sufrió los mayores reveses en aquella campaña de invierno, reveses que le hicieron temer otras desgracias para el próximo verano. Los preparativos de sus enemigos eran muy superiores a los débiles recursos que le quedaban. En la asociación oriental reclutaron 14.000 hombres a las órdenes del conde de Manchester, ayudado por Cromwell. En las inmediaciones de Londres reunieron 10.000 al mando de Essex, y casi el mismo número al de Waller: los primeros para dar frente al rey, los otros para marchar al oeste donde el príncipe Mauricio perdía el tiempo con un reducido ejército, cuyo número disminuía diariamente al frente de Lyme, plaza marítima de poca importancia. Los últimos esfuerzos del rey no alcanzaron a reunir más que 10.000 hombres en Oxford, y durante toda la campaña aquellos fieles realistas no podían esperar su subsistencia sino de su espada.

Aterrada la reina con los peligros que le rodeaban, y temiendo sobre todo verse encerrada en Oxford, es decir, en medio del reino, escogió a Exeter para retirada, donde creía pasar tranquilamente el tiempo de su embarazo y de donde el paso a Francia era más fácil si se hacía necesario, pues conocía el implacable odio de que era objeto para los parlamentarios, tanto en virtud de su religión cuanto por el crédito que tenía con el rey. Los comunes habían enviado el verano precedente una acusación de alta traición contra ella a la cámara de los lores, porque había llevado de Holanda armas y municiones a su esposo, reducido al mayor apuro; y si la desgracia la hubiera hecho caer entre sus manos, sabía que ni su sexo ni su clase la hubieran salvado de los insultos y quizás de los mayores peligros, de parte de aquellos insolentes republicanos que afectaban el más grosero desdén a las máximas del decoro y la cortesía.

Es observación tan verdadera como importante que, desde el principio de aquellas disensiones, había siempre tomado el parlamento un ascendiente sobre su soberano, manifestado una violencia y atribuídose una autoridad que, en Carlos, hubieran sido tan incompatibles con su carácter como con su situación. Mientras que él hablaba continuamente de perdonar a los rebeldes, los comunes no hablaban sino de castigar a los delincuentes y malignos; y mientras que ofrecía la indulgencia y la tolerancia a las conciencias timoratas, los comunes amenazaban a la prelación con una total destrucción. A todas sus protestas de lenidad, oponían declaraciones de rigor, y cuanto más recomendaba el antiguo tenor de las leyes respeto y subordinación a la corona, más pretendían los comunes cubrir con la demasía de sus pretensiones, el olvido que hacían de estos dos deberes.

### **Batalla de Marston-Myor.**

Las ventajas que habían obtenido en el norte estimulaban su ambición y parecían prometerles en fin la feliz conclusión de tan audaces empeños. Manchester, posesionado ya de Lincoln, había unido sus tropas al ejército de Leven y Fairfax, y York se encontraba estrechamente sitiada por sus



fuerzas combinadas. Esta ciudad, aunque vigorosamente defendida por Newcastle, estaba reducida al último trance, y los generales parlamentarios, después de muchas pérdidas y fatigas, se lisonjaban de que al fin coronaría sus trabajos aquella importante conquista, pero de repente vino a ponerlos en grave cuidado la aproximación del príncipe Ruperto, el cual, tan valeroso como activo, se aprovechó de su superioridad en el Lancashire y el Cheshire para formar un ejército considerable, y uniéndose a sir Carlos Lucas que mandaba la caballería de Newcastle, se apresuró a avanzar al socorro de York con una división de 20.000 hombres. Los generales escoceses y parlamentarios levantaron el sitio y se apostaron en los pantanos de Marston, resueltos a dar la batalla a los realistas. Acercóse Ruperto a la ciudad por un camino diferente, y poniendo el río de Ouse entre el ejército enemigo y el suyo, se unió felizmente con Newcastle. Procuró el marqués persuadirle que después de haber cumplido su objeto, debía contentarse por entonces con aquella ventaja y dejar a los enemigos que, debilitados con sus pérdidas y desanimados por las circunstancias, se arruinarían ellos mismos con las disensiones suscitadas en su campo<sup>190</sup>; pero el príncipe, cuyas inclinaciones guerreras no estaban bastante atemperadas por la prudencia, y cuya firmeza de carácter se doblegaba difícilmente a ajenas insinuaciones, alegando una orden absoluta del rey, y sin conferenciar ni aun con el mismo Newcastle, cuyos méritos y servicios exigían más consideración, dio inmediatamente la orden del combate e hizo marchar todo el ejército hacia los pantanos de Marston<sup>191</sup>.

Trabóse la acción con indecibles ímpetu y brío (2 de julio) entre los dos ejércitos, los más numerosos que habían venido a las manos en todo el discurso de la guerra, y cuyas fuerzas no eran muy desiguales. 50.000 ingleses lidiaron allí cuerpo a cuerpo con el más ciego encono, y por mucho tiempo estuvo indecisa la victoria. Ruperto, que mandaba el ala derecha de los realistas, tenía al frente a Cromwel, que mandaba las tropas escogidas del parlamento, acostumbradas al peligro bajo un jefe tan resuelto, animadas del mayor entusiasmo, y fortalecidas por la más rígida disciplina. Después de un sangriento combate retrocedió la caballería real, y la infantería que la sostenía hizo lo mismo, envuelta y derrotada: sólo el regimiento de Newcastle se mantuvo firme en la resolución de vencer o morir, y sus muertos caían en el mismo orden que antes guardaban en la formación. En el ala izquierda, Fairfax y el coronel Lambert rompieron a los realistas, y en el furioso ímpetu de su alcance, se reunieron en breve con sus amigos victoriosos, que igualmente perseguían el enemigo; pero después de aquella rota, Lucas que mandaba los realistas del ala izquierda, restableciendo el orden entre sus tropas desbandadas, cayó como un rayo sobre la caballería parlamentaria, la puso en confusión y haciéndola retroceder sobre su misma infantería desbarató toda aquella ala. Grande fue la sorpresa en ambos partidos cuando se vieron reducidos a comenzar de nuevo el combate para disputarse una victoria que uno y otro creían haber obtenido ya. El frente de batalla se encontraba entonces trocado, y cada uno de los ejércitos ocupaba el terreno que el enemigo había poseído al principio de la acción. El segundo encuentro fue tan furioso, tan desesperado como el primero; pero después de mil maravillosos rasgos de valor en ambos partidos, la victoria se declaró por el parlamento. El príncipe Ruperto perdió el campo de batalla y toda su artillería.

Este desastre tan funesto en sí mismo al partido real, se hizo más fatal aun por sus consecuencias: el marqués de Newcastle se perdió enteramente para la causa del rey. Este magnate honra de la corte y de los pares de Inglaterra, se había mezclado contra su voluntad en aquellas operaciones militares, puramente por un sentimiento de honor y adhesión personal a su soberano. Su denodado aliento le impulsaba a mirar con indiferencia los peligros de la guerra, pero su indolencia natural le hizo insoportables sus fatigas. Generoso, espléndido, delicado, elegante en sus gustos, humano y cortés en extremo, había aumentado mucho el crédito y multiplicado los partidarios de la causa que había abrazado; pero en el tumulto de la acción, su secreta índole le llamaba siempre hacia las tranquilas artes de la paz que hacían sus más caras delicias, y con frecuencia los atractivos de la poesía, de la música y de la conversación le separaban de mas ásperas

190 Vida del duque de Newcastle.

191 Clarendon, tomo V, p. 506.

ocupaciones. Por teniente general había escogido a sir Guillermo Davenant, poeta ingenioso; los otros oficiales que gozaban de su confianza, más eran instrumentos de sus placeres delicados que agentes propios de los empleos que habían aceptado, y la aplicación, la severidad necesaria al sostén de la disciplina, eran cualidades de que absolutamente carecía.

Cuando el príncipe Ruperto se determinó, contra su parecer, a presentar la acción y dio la orden para ello sin participárselo, marchó al combate, pero, como lo declaró él mismo, a título de simple voluntario, y no tomó parte en la acción sino por su valor, que brilló en todo su lustre. El sentimiento de ver malograrse todos sus felices trabajos por una fatal temeridad, la dolorosa perspectiva de volver a todas sus fatigas y penalidades, le hicieron tomar la resolución de no sostener más tiempo los débiles recursos de una causa desesperada. Juzgó que los mismos sentimientos de honor que primero le habían llamado a las armas, exigían que abandonase un partido en el que recibía un indigno tratamiento. Al día siguiente muy de mañana mandó decir al príncipe que en el instante mismo dejaba la Inglaterra, y tomando en seguida el camino de Scorbrough, encontró en este puerto un buque en el que se embarcó sin demora. Durante los años siguientes hasta el restablecimiento de la familia real, vivió indigente en suelo extranjero y vio con indiferencia su opulento patrimonio en manos de los que se habían apoderado del gobierno. Desdeñóse de manifestar por sumisión o compasión, obediencia a los usurpadores de la autoridad, y los menos favorables de sus censores han reconocido que la fidelidad y los servicios de una vida entera, expiaban suficientemente un paso inconsiderado a que le arrastrara su justo resentimiento<sup>192</sup>.

Recogió el príncipe Ruperto con la misma precipitación, los restos de su ejército, y se retiró al Lancashire. Glenham, pocos días después (16 de julio), se vio en la precisión de entregar a York, cuya guarnición salió con los honores de guerra. Fairfax se quedó guardando la plaza, estableció su gobierno en todo el condado y mandó 1.000 caballos al Lancashire para unirse a las fuerzas del parlamento y observar los movimientos del príncipe Ruperto. El ejército escocés marchó hacia el norte, y uniéndose al conde de Calender que había avanzado con 10.000 hombres de tropas bisoñas, tomó por asalto la ciudad de Newcastle. El conde de Manchester, con Cromwell, a quien se atribuyeron los honores de la última victoria, y que había sido herido en la batalla, regresó a la asociación oriental para remplazar su ejército.

Mientras experimentaba Carlos todas estas desgracias en el norte, se manejaba su causa con más fortuna y habilidad en el sur, donde Ruthven, escocés, a quien había nombrado conde de Brentford, mandaba las fuerzas reales.

### **Batalla de Cropedy-Bridge y desarme de las tropas de Essex.**

Gracias al celo de los vecinos de Londres, Essex y Waller no tardaron en formar los dos ejércitos que debían mandar en favor del parlamento: los jefes parlamentarios habían pronunciado discursos propios para excitar el ardor de la capital; Hollis, particularmente, había exhortado a los ciudadanos a no ser avaros en aquella solemne ocasión ni de su dinero, ni de sus personas ni de sus oraciones, y las contribuciones habían sido abundantes. Los dos generales tenían orden de marchar, con sus fuerzas combinadas, hacia Oxford y de ponerle sitio, si el rey se encerraba en la ciudad, para concluir la guerra con una acción decisiva; pero habiendo Carlos dejado en Oxford una fuerte guarnición, pasó mañosamente entre los dos ejércitos cuando, después de haber tomado a Abingdon, se lisonjearan de haberle cortado la retirada (13 de junio).

Marchó Carlos hacia Worcester, y Waller, de orden de Essex le fue siguiendo mientras que Essex en persona se dirigía hacia el oeste al encuentro del príncipe Mauricio. Estaba Waller a dos millas del cuartel real y solamente los separaba el Severna, cuando recibió aviso de que el rey se había dirigido a Bewdley y se encaminaba hacia Shrewsbury. Diose prisa a anticipársele con marchas forzadas, pero Carlos, volviendo inmediatamente atrás, se acercó a Oxford, donde se

<sup>192</sup> Clarendon, tomo V, p. 511.

reforzó con la guarnición de esta ciudad, y a su vez se puso en marcha para alcanzar a Waller. Encontráronse los dos ejércitos en Cropredy-Bridge, cerca de Banbury, pero separados por el río de Charvell. Al día siguiente (29 de junio), Carlos se puso en movimiento sobre Daventry; Waller hizo que pasase el puente de Cropredy un fuerte destacamento de sus tropas con el objeto de caer sobre la retaguardia de los realistas; pero fue rechazado, deshecho y perseguido, sufriendo una pérdida considerable<sup>193</sup>; y su ejército, desanimado con este revés, se redujo en breve a la nada por las deserciones.

Creyó entonces Carlos poder despreciarle y marchar al oeste contra Essex, que había obligado ya al príncipe Mauricio a levantar el sitio de Lyme, se había apoderado de Weymouth y de Tannton, y encontraba poca oposición a sus conquistas. No titubeó Carlos en seguirle, y habiéndose reforzado de todas partes, se presentó ante el enemigo con un ejército superior en número. Essex, obligado a retirarse a Cornualles, informó al parlamento de su situación, y con este motivo el general Middleton recibió orden de avanzar con fuerzas considerables para atacar la retaguardia del rey, pero llegó tarde. El ejército de Essex, encerrado en Lestwithiel, en un terreno muy reducido falto de forraje y provisiones, y sin ninguna esperanza de socorro, se encontraba ya en el último apuro, pues le oprimían por un lado el rey, por otro, el príncipe Mauricio, y por otro en fin, sir Ricardo Granville. Essex, Robarts y algunos otros de los oficiales principales, se escaparon a Plymouth en una chalupa; Balfour, con su caballería, se aprovechó felizmente de una espesa niebla para libertarse de las guardias avanzadas y llegó sano y salvo (1 de setiembre) a las guarniciones de su partido. La infantería al mando de Skippon, se vio en la necesidad de rendirse con armas, artillería, bagajes y municiones, y fue conducido a los cuarteles del parlamento, donde se le dio libertad. Esta victoria, muy decantada en el partido real, valió al rey, con el honor de la expedición, la cosa de que más necesidad tenía; y el parlamento, habiendo conservado sus hombres, perdió lo que fácilmente podía reparar.

No bien llegaron a Londres estas noticias, decretó la junta de los dos reinos dar gracias al conde de Essex por su fidelidad, su valor y su noble conducta, proceder, tan político como generoso, que siguió siempre el parlamento en todo el discurso de aquella guerra. Indulgente con sus amigos, y riguroso con sus adversarios, el parlamento supo emplear con raro acierto, para consolidar su autoridad, los dos resortes de la recompensa y el castigo.

## **Segunda batalla de Newbury.**

Para no dejar al rey por mucho tiempo el placer del triunfo, el parlamento se apresuró a oponerle fuerzas más considerables. Las tropas de Essex, a quienes la humillación no había quitado el valor, recibieron en breve nuevas armas: los reclutas de la asociación oriental marcharon bajo la dirección de Manchester y Cromwell, y habiéndose incorporado este ejército al de Waller y al de Middleton y a los restos del de Essex, presentó la batalla al rey. Carlos se había situado en Newbury, donde atacado con un vigor extraordinario, segunda vez fue aquella ciudad teatro de las sangrientas animosidades de la nación inglesa (27 de Octubre). Los soldados de Essex, exhortándose unos a otros a vindicar su honor, cayeron impetuosamente sobre los realistas; y en la misma acción, habiendo rescatado algunas piezas de artillería que habían perdido en Lestwithiel, las abrazaban derramando lágrimas de gozo. Aunque las tropas reales se defendieron valerosamente, sucumbieron en fin al número, y sólo la noche las pudo librar de una completa ruina. Carlos, dejando su artillería y sus bagajes en el castillo de Dennington, cerca de Newbury, se retiró en seguida a Wallingford y de allí a Oxford, donde el príncipe Ruperto y el conde de Northampton se le unieron con una numerosa caballería.

Este refuerzo le hizo tomar la resolución de volver hacia el enemigo, ocupado entonces contra el castillo de Dennington. Essex, retenido por una enfermedad, no se había incorporado al ejército,

<sup>193</sup> Rushworth, tomo VI, p 676. Clarendon tomo V, p. 497. Sir Eduardo Walker p. 31.

y Manchester, que tenía el mando, evitó un nuevo encuentro (9 de noviembre), aunque se veía superior en fuerzas despreciando la opinión de Cromwell que con empeño le instaba a que no perdiese una ocasión tan favorable de concluir la guerra. El ejército real, sacando su artillería del castillo, a vista de los parlamentarios, parecía reparar bastante, con semejante osadía, el honor perdido en Newbury; y Carlos, después de haber tenido la satisfacción de excitar entre Manchester y Cromwell las mismas animosidades que anteriormente habían reinado entre Essex y Waller, distribuyó su ejército en los cuarteles de invierno (23 de Noviembre).

Las desavenencias entre los generales del parlamento que habían embarazado las operaciones militares, se renovaron en Londres durante el invierno, y como cada cual estaba sostenido por su propia facción, sus acusaciones y quejas mutuas agitaron al parlamento y toda la ciudad. Hacía mucho tiempo que se había formado en este partido una distinción secreta que hasta entonces había tenido oculta el temor del poder real, pero que, fortificándose a medida que las esperanzas de triunfo parecían menos lejanas, empezaban a manifestarse con exasperación y calor. Los independientes que primero se habían refugiado y escondido bajo las alas de los presbiterianos, se manifestaron entonces como un partido separado, descubriendo miras y pretensiones muy diferentes. Necesario será pues que exponamos aquí la índole de aquella facción y de sus jefes, que mas adelante debían ocupar la escena de la acción.

### **Origen y carácter de los independientes.**

En aquellos tiempos en que el espíritu de fanatismo obtenía tanto honor y estímulo, que abría el camino más corto a toda clase de distinciones y preferencias, era imposible poner freno a este piadoso celo o contener en los límites naturales lo que tenía relación con un objeto infinito o sobrenatural. Siguiendo cada uno el ardor de su carácter, el grado de su emulación o su hábito de hipocresía, pugnaba por distinguirse entre sus rivales y llegar al mas alto punto de santidad y perfección.

Según era mayor su entusiasmo, cada secta era mas peligrosa y destructiva, y como los independientes tenían mayores conocimientos que los presbiterianos, eran menos capaces de contenerse y moderarse. De esta distinción, como primera fuente, se derivaban, por una consecuencia necesaria, todas las otras diferencias de aquellas dos sectas.

Los independientes rechazaban todo establecimiento eclesiástico y no querían admitir ni tribunales espirituales, ni gobierno entre los pastores ni participación del magistrado en negocios de religión, ni favor para algún sistema de doctrinas u opiniones. Cada congregación, según sus principios, unida voluntariamente y por lazos espirituales, componía en sí misma una iglesia separada con derecho de ejercer una jurisdicción sobre su pastor y sobre sus propios miembros, pero sin ninguna obligación temporal: sólo la elección de la congregación bastaba para conferir el carácter sacerdotal, y como no se conociese ninguna distinción esencial entre los legos y el clero, se suponía que no eran necesario, para dar derecho a la sagrada orden, como en las otras iglesias, ceremonias, institución, vocación e imposición de manos. El entusiasmo de los presbiterianos los conducía a sacudir el yugo de los prelados, a despreciar la obligación de las liturgias, a suprimir las ceremonias y limitar las riquezas y la autoridad del oficio sacerdotal; el fanatismo de los independientes, más exaltado, abolía todo gobierno eclesiástico; desdeñaba las fórmulas y los sistemas de fe, rechazaba toda especie de ceremonia y confundía todas las clases y todas las órdenes. Los soldados, los negociantes, los trabajadores entregándose al enajenamiento de su celo y guiados por la emanación del Espíritu Santo, se abandonaban a su propia dirección interior y se encontraban consagrados, en cierto modo, por una inmediata comunicación con el Cielo.

Como los católicos reconociesen una autoridad infalible, justificaban por ese principio la doctrina y práctica de la persecución; y los presbiterianos, imaginándose que máximas tan claras y tan ciertas como las que habían adoptado no podían despreciarse sino por una obstinación criminal,

habían hasta entonces ejercido contra sus adversarios la doctrina y práctica de la persecución con un furor ilimitado; los independientes, con un celo no menos exaltado habían llegado a los principios más dulces y humanos de la tolerancia. Su alma, como lanzada en el inmenso mar de la inspiración, no podía sujetarse a límites fijos, y la misma indulgencia que tenía para sus propias variaciones un fanático de esta clase, la tenía para las de otro por un sentimiento natural. Así en la prosperidad como en la desgracia, ésta fue la primer secta que entre todas las cristianas adoptó constantemente el principio de tolerancia, siendo bastante notable que una doctrina tan racional no deba un origen al raciocinio, sino al colmo de la extravagancia y del entusiasmo.

Sólo a la religión romana trataron con rigor los independientes porque suponían que su índole tendía a la superstición, creyendo también que las doctrinas de la fatalidad y del destino eran esenciales a todas las religiones. Se observa que a pesar de todas sus diferencias, todos los sectarios estaban acordes con estas dos opiniones.

El sistema político de los independientes marchaba en unión con sus principios religiosos: no se contentaban con estrechar en límites muy reducidos el poder del soberano haciendo descender al rey a la clase de primer magistrado, como se proponían los presbiterianos; más animosos en la conquista de la libertad, aspiraban a la total abolición, no sólo de la monarquía, sino aun de la aristocracia, y su verdadero plan encerraba una entera igualdad de clases en una república absolutamente libre e independiente. Semejante sistema los hacía enemigos declarados de toda proposición de paz a menos que no fuese en tales términos que conceptuasen imposible el obtenerla, su máxima, tan política como prudente en sí misma era: «Que el que una vez desenvainaba la espada contra su soberano debía al mismo tiempo arrojar la vaina.» A fuerza de aterrorizar a los demás amenazándolos con la venganza del príncipe ultrajado, se habían hecho muchos más partidarios en su oposición a la paz que en los otros principios de gobierno y religión, y las últimas victorias de las armas del parlamento, sostenidas por la próxima esperanza de obtener otras mayores, los confirmaba más y más en aquella obstinación.

Sir Enrique Vane, Oliverio Cromwell, Nathanael Kieunes y Oliverio Saint-John, procurador general, pasaban por jefes de los independientes. Disgustado el conde de Essex con una guerra cuyas perniciosas consecuencias empezaba a prever, se adhirió a los presbiterianos y favorecía todos los planes regulares que tendían a un acomodamiento. El conde de Northumberland, apasionado a su clase y dignidad, miraba con horror un sistema que no podía prevalecer sin confundir a la grandeza con la hez del pueblo. Los condes de Warwick y de Denbigh, sir Felipe Stapleton, sir Guillermo Waller, Hollis, Massey, Whitlocke, Maynard y Glyn, estaban animados de los mismos sentimientos. Una considerable mayoría en ambas cámaras, y mayor aun en el reino, estaba adherida al partido presbiteriano, y si los independientes pudieron lisonjearse con alguna esperanza de triunfo solamente fue, primero por su astucia y maña, después por su violencia.

Irritado el conde de Manchester de la violenta acusación con que el rey le había injuriado, dio durante mucho tiempo un vigoroso impulso a la guerra, pero, como era virtuoso y humano, el espectáculo de las calamidades públicas y la perspectiva de un completo trastorno en el gobierno moderaron su ímpetu y le inclinaron a la paz por medio de condiciones honrosas y seguras, llegando al extremo de que se sospechase que de las ventajas obtenidas por las armas del parlamento en la última guerra, no había sacado todo el partido que podía. En los debates de las cámaras renovó Cromwell los discursos y quejas que le acusaban de haber malogrado voluntariamente en Dennington una favorable ocasión de concluir la guerra con la completa derrota de los realistas. «Yo le manifesté claramente —dijo Cromwell— que la victoria era infalible, reduciéndome a que me permitiese cargar en su retirada, con sólo mi brigada de caballería, al ejército real, y dejaba a su elección, si lo creía conveniente, permanecer neutral con el resto de sus fuerzas; pero todas mis importunidades no pudieron vencer su obstinación y por única respuesta me dijo que todas nuestras pretensiones se perderían si éramos batidos y que, como rebeldes y traidores, deberíamos esperar todos el rigor de la ley.»<sup>194</sup>

194 Clarendon, tomo V, p. 561.

Manchester por vía de recriminación, acusó a Cromwell informando a la asamblea de que habiéndole éste en otras circunstancias comunicado un proyecto que probablemente no hubiera obtenido la aprobación del parlamento, Cromwell había insistido diciéndole: «Si queréis, milord, tomar el partido de los hombres honrados, os encontraréis a la cabeza de un ejército que dará la ley al rey y al parlamento.» «Estas palabras —continuó Manchester—, hicieron tanta más impresión en mí, cuanto que yo tenía a mi teniente general por un hombre de penetración profunda, y aun se aventuró a decirme que jamás la Inglaterra se vería feliz y tranquila hasta que yo me llamase sólo Mr. Montague y quedase el reino sin lores o pares.»<sup>195</sup> Tan lleno estaba Cromwell de sus proyectos republicanos, que a pesar de la profunda hipocresía que ya era natural en él, no podía medir tan cuidadosamente sus palabras, que dejasen de escapársele algunas de sus ideas favoritas.

Estas violentas disensiones condujeron en fin las cosas al último trance e impelieron a los independientes a la ejecución de sus designios. Persuadidos de que los generales que mandaban, más tendían a prolongar la guerra que a concluirla y siendo su sistema conservar cierto equilibrio en la constitución, evitaban someter enteramente al rey y reducirle a no poder apoyar en las armas la menor exigencia, discurrieron que solo dando una nueva planta al ejército podía asegurarse una completa victoria al parlamento y librar a la nación de los males que sufría; pero no era fácil ejecutar tal proyecto. Los servicios y autoridad de Essex tenían gran valía en el parlamento, no solo porque constantemente le había servido con la más escrupulosa delicadeza, sino porque en parte se debía a la consideración de que gozaba en la nación, haber podido levantar un ejército y resistir a la causa real. Manchester, Warwick y los otros jefes gozaban también de gran prestigio, y si se había de conseguir derribarlos, no podía ser sino por medio de un ataque oblicuo, artificioso, por un camino que les ocultase las verdaderas miras de sus adversarios.

Envidiosos de los progresos de los independientes, los escoceses y sus subdelegados eran un segundo obstáculo que sin mucha cautela era sumamente difícil vencer<sup>196</sup>. Son tan singulares y manifiestan de tal manera la índole de aquel tiempo los medios con que se manejó aquella trama, que vamos a dar una noticia de ella, tal cual nos la ha conservado lord Clarendon. (Tomo V, p. 565).

El parlamento fijó al principio de la revolución, como día de ayuno, el último viernes de cada mes, día que los ministros empleaban en atizar con sus violentas declamaciones, la animosidad popular contra el rey, la prelatura y los católicos; y para combatir al parlamento con sus propias armas, también estableció Carlos un día de ayuno, el segundo viernes de cada mes, en el que se instruía al pueblo de la fidelidad y sumisión que debía al poder<sup>197</sup>. Entonces los independientes propusieron a la cámara baja e hicieron decretar un ayuno más solemne para implorar el auxilio divino en aquellas desgraciadas circunstancias. Los predicadores aquel día, después de innumerables oraciones públicas, se ocuparon en tratar de las divisiones que reinaban entonces en el parlamento, atribuyéndolas a las miras de interés propio de que asimismo acusaban a los miembros que lo componían. «En sus manos están —decían— los empleos militares más altos y todos los cargos lucrativos de la administración civil; y mientras que la pobreza de la nación se aumenta más y más diariamente, y gime el pueblo bajo el insoportable peso de los impuestos, esos favoritos de la fortuna allegan posesión sobre posesión y pronto serán dueños de todas las riquezas del reino. En vano se prometerá —continuaban— que hombres de tal carácter, que hacen granjería de las desventuras de su patria, tomen jamás medidas eficaces para terminarlas o para asegurar la conclusión de la guerra con un triunfo decisivo: los medios lentos son los que le convienen, y uniéndose las operaciones militares con las deliberaciones del gabinete para tan pernicioso fin, debemos esperar que los desórdenes civiles se perpetúen para siempre en la nación.» Después de otras exageraciones a este tenor, los ministros volvían a implorar al Todo Poderoso para que tomase su obra en sus manos, y añadían que, si los instrumentos que hasta entonces habían empleado no eran dignos de conducir a cabo tan gloriosa empresa, le rogaban que inspirase otros más propios a

195 Id. id. p. 562.

196 Rushworth, tomo VI, p. 364.

197 Rushworth, tomo VI, p. 364.

tan grande obra, más capaces de acabarla, con su auxilio, estableciendo la verdadera religión y poniendo un pronto fin a las calamidades públicas.

Al día siguiente de estas piadosas declamaciones se vio brillar un nuevo espíritu en el semblante de una parte de los miembros del parlamento. Vane dijo a los comunes que si alguna vez se había manifestado Dios en la cámara baja, había sido para inspirar la santa disposición del día precedente, que según el testimonio de diferentes personas fidedignas que habían asistido al servicio divino en diferentes congregaciones, las mismas quejas o lamentaciones, los mismos discursos que habían pronunciado los santos predicadores de la cámara, se habían oído en todas las demás iglesias; que semejante acontecimiento no podía emanar sino de la inmediata intervención del Espíritu Santo, y que por consecuencia instaba a toda la asamblea, por su propio honor y por el respeto que debía a Dios y a la patria, a desprenderse de toda mira personal y a renunciar a todo cargo retribuido o ventajoso en cualquier modo; que la ausencia de una gran parte de sus miembros ocupados en diferentes empleos tenían a la cámara enteramente desierta y disminuía la autoridad de sus resoluciones, que respecto a él, que tenía el cargo lucrativo de tesorero de la marina, quería ser el primero en acusarse, aunque lo había obtenido antes de comenzar las revueltas civiles y que no lo debía al favor del parlamento; pero que no por eso estaba menos dispuesto a renunciarlo como a sacrificar al bien de su patria toda consideración de interés propio y provecho particular.

En seguida representó Cromwell su parte en aquella comedia elogiando la franqueza e imparcialidad con que los predicadores habían reprobado al parlamento errores de que éste no deseaba que se le instruyese. Aunque han tocado diferentes puntos, decía, sobre los que él nunca había reflexionado, no podía pensar en ellos sin verse precisado a reconocer que hasta que se reformasen completamente todos aquellos desórdenes no se debía esperar que ninguna empresa prosperase. «El parlamento —continuó— ciertamente ha obrado con sabiduría confiando a varios de sus miembros las operaciones más arduas al principio de esta guerra, para hacer conocer a la nación que quería participar de los riesgos y peligros con los últimos ciudadanos; pero el respeto de los negocios ha cambiado; durante el transcurso de las operaciones se han formado en los ejércitos parlamentarios muchos excelentes oficiales capaces de obtener destinos más elevados que los que hoy ejercen, y aunque no conviene a los defensores de tal causa, poner su confianza en un brazo de carne, podía asegurar a las dos cámaras que se encontraban en las tropas generales de la mayor capacidad; pero la disciplina del ejército —decía con calor— no corresponde al mérito de los oficiales, y hasta que los desórdenes y los vicios que reinan entre los soldados no se repriman con una nueva organización, no debemos prometernos ningún triunfo notable.»

Los presbiterianos rebatieron este discurso exponiendo los inconvenientes y peligros del cambio que se meditaba. Whitlocke, hombre de honor y amante de su patria, aunque en todas las revoluciones se declaraba por el partido reinante, hizo ver sobre todo, «que además de la ingratitud de retirar, por medio de artificios y ardides, tantos oficiales de un nacimiento distinguido que más que nada habían hasta entonces sostenido al parlamento, sería sumamente difícil remplazar a unos hombres que se habían acostumbrado al mando con la experiencia; que su clase sola había refrenado la envidia, subordinando a las tropas y dado peso a las órdenes militares; que más se podía confiar en sujetos de caudal y de un nombre ilustre, que en simples aventureros que podían abrigar miras muy diferentes de las que se querían favorecer; que la máxima más sólida de la política era la necesidad de conservar una relación íntima y constante entre el poder civil y el militar, teniendo a este bajo la inmediata dependencia de aquel, que los griegos y romanos, los más cuerdos y decididos partidarios de la libertad, habían confiado siempre a sus senadores el mando de los ejércitos, y no pudieron vencer jamás su repugnancia hacia las tropas mercenarias; en fin, que el parlamento no debía esperar ver respetada suficientemente su autoridad, más que por aquellos cuyos intereses estaban identificados con los del público y tenían derecho de sufragio en las deliberaciones civiles, siendo sólo estos los que nunca volverían su espada contra el poder que se la había confiado.»<sup>198</sup>

198 Whitlocke, p. 114, 115. Rushworth tomo 7, p. 6.

## **Decreto de abnegación de sí mismo.**

A pesar de la fuerza de estos argumentos, se nombró una comisión para la redacción de la ley que se llamó *selfdenying*, es decir, abnegación o renuncia de sí mismo, por lo que se excluía a todos los miembros de ambas cámaras de todo empleo civil y militar, exceptuando un cortísimo número que en la misma ley se designaron. Este acuerdo ocasionó un debate acaloradísimo y por mucho tiempo dividió en varias facciones al parlamento y a la capital; pero en fin la envidia de algunos, una falsa modestia en los otros y el ardor de una independencia republicana en la mayor parte, lo hicieron aprobar en la cámara de los comunes de donde pasó a la de los pares. Aunque el plan amenazaba a la clase de estos, aunque en el fondo lo mirasen todos con gran repugnancia y hasta se opusieron a él en un principio, era su autoridad tan limitada que no osaron resistir a la resolución de los comunes, y juzgaron que la mejor política sería defenderse en retirada, es decir, con una entera condescendencia a la ruina que veían llegar. Habiendo así pasado la ley en ambas cámaras, Essex, Warwick, Manchester, Denbigh, Waller, Brereton y otros muchos cedieron sus empleos recibiendo manifestaciones de agradecimiento por los servicios que habían prestado. Al conde de Essex se le señaló una pensión anual de 10.000 libras esterlinas.

1645.—Sir Tomás Fairfax fue llamado al mando del cuerpo principal de ejército que se resolvió aumentar hasta 22.000 hombres, debiéndose notar que no se le dio el cargo, como a Essex, en nombre del rey y del parlamento sino solo en el de este último, y que el artículo que concernía a la seguridad de la persona del rey estaba suprimido; de tal manera se había enconado la animosidad entre los partidos. Como miembro de la cámara baja, Cromwell debió haber sido separado del mando como todos los otros; pero semejante imparcialidad no convenía a las miras de los que habían introducido el decreto, y por medio de una sutileza, o más bien a favor de aquella política mañosa en que ya se distinguía, logró conservarse en su puesto. Mientras los demás oficiales entregaban sus cargos, se cuidó de enviarle con un cuerpo de caballería al socorro de Taunton, sitiado por los realistas. Como fuese notada su ausencia, se despacharon órdenes para su regreso, y el nuevo general recibió la de reemplazarle con otro oficial, como se hizo, fingiendo una pronta obediencia, para el día en que debía ocupar su asiento en la cámara; pero Fairfax, después de indicar el cuartel de reunión para sus tropas, escribió al parlamento pidiéndole que le dejase, durante algunos días, al teniente general Cromwell, cuyos conocimientos, aseguraba, le serían muy útiles, para la elección de los nuevos oficiales, y poco tiempo después exigió con urgencia que se le permitiese hacer aquella campaña<sup>199</sup>. Con estos artificios, aunque inferiores en número, triunfaron los independientes de los presbiterianos, e hicieron caer toda la autoridad en apariencia sobre Fairfax, en realidad sobre Cromwell.

### **Fairfax.**

Fairfax se había distinguido igualmente por su valor y su humanidad; y guiado, no solamente por esa especie de honor que tiene por objeto la estima del pueblo sino por un principio de virtud, mas noble aun, que busca la satisfacción interior, Fairfax, decimos, sincero en sus expresiones, desinteresado en sus miras, franco en su conducta y en sus hábitos, se hubiera adquirido con sus naturales prendas la reputación de uno de los más brillantes caracteres de aquel siglo si su talento, demasiado reducido para todo lo que no era la guerra, y su elocución tarda y confusa siempre que no daba órdenes, no hubiesen oscurecido el valor de su mérito, y hecho su parte, aun en el tiempo que mandaba en jefe, secundaria y subalterna.

---

<sup>199</sup> Clarendon, tomo V, p. 629, 630. Whitlocke, p. 141.



## Cromwell.

Cromwell, cuya sagacidad e insinuaciones gobernaban enteramente a Fairfax, es uno de los mayores y más singulares personajes jamás ha presentado la historia. Los rasgos de su carácter son tan distintivos y están tan profundamente marcados cuanto impenetrables y oscuros eran entonces sus proyectos y planes de conducta. Su rara capacidad le hizo formar los propósitos más grandes, y su genio emprendedor no se intimidó ante los más peligrosos y osados; su natural le llevaba a la magnanimidad y a la grandeza, y le dictaba una imperiosa y dominadora política; pero sabía, cuando era necesario, emplear el disimulo más profundo y los artificios más tortuosos y refinados bajo la capa de una entera sencillez y de una gran moderación. Amigo de la justicia, aunque su conducta pública fuese una continua violación de sus máximas; afecto a la religión, aunque continuamente la hacía servir de instrumento a su ambición, sus crímenes tuvieron origen en la perspectiva del poder supremo, tentación casi irresistible a la naturaleza humana; y el buen uso que hizo de esta autoridad a la que llegó por medio del fraude y la violencia, ha disminuido nuestro horror a sus atentados o le ha confundido con la admiración que nos arrancan sus triunfos y su ingenio.

## Tratado de Uxbridge.

Durante esta importante transacción del decreto de renunciamiento a sí mismo, las negociaciones de paz habían llamado algo la atención de ambos partidos, aunque con poca esperanza de buen éxito. El rey había enviado dos diputados, el uno de Evesham y el otro de Tavistoke<sup>200</sup> exigiendo un tratado, y el parlamento había mandado dos comisionados a Oxford; pero con proposiciones tan poco moderadas como si hubiese obtenido una completa victoria<sup>201</sup>. Animados con las ventajas de la última campaña y la posición embarazosa de los realistas, habían resuelto no dar la menor confianza a enemigos inflamados de un odio mortal, y que, una vez en el poder, estarían plenamente autorizados por la ley a castigar a sus adversarios como a rebeldes y traidores.

Considerando Carlos las proposiciones del parlamento y sus disposiciones, no podía lisonjearse de obtener ningún arreglo y no tenía más alternativa que la guerra o una entera sumisión. Sin embargo, el deseo de satisfacer a su partido que impaciente deseaba la paz hizo que consintiese en despachar al duque de Richemond y al conde de Southamphthon con una respuesta a los artículos del parlamento, pidiendo al mismo tiempo una conferencia sobre las exigencias y pretensiones mutuas. Las circunstancias le ponían en la necesidad de retractar la pragmática por la cual había declarado que las dos cámaras de Westminster no eran un parlamento libre, y a pesar de su gran repugnancia, su consejo pudo persuadirle a que le diese en la respuesta el título de parlamento de Inglaterra; pero posteriormente se supo por una carta que escribió a la reina, cuya copia se cogió en la batalla de Naseby, que en el diario del consejo había protestado secretamente contra ese título, Carlos pretendía que dando el nombre de parlamento a las dos cámaras no por eso las había reconocido<sup>202</sup>. Esta sutileza le hizo poco honor, y entre el corto número de hechos que los enemigos de aquel príncipe recogieron para acriminarle con la imputación de mala fe, éste fue sobre el que más insistieron hasta el caso de decir que el parlamento no podía tener ninguna confianza en sus

200 8 de setiembre de 1644.

201 Dugdale p. 737. Rushworth, tomo VI, p. 850.

202 He aquí sus expresiones: Respecto a que he llamado parlamento a los de Londres, Digby te hará una explicación particular. Este es el hecho en dos palabras; si solamente hubiese visto a mi lado dos personas de mi opinión, no hubiera obrado así. Llamarlos parlamento no es en manera alguna reconocerlo por tal y esta razón me ha determinado, siendo a esta condición y en este sentido y no de otro, como yo lo he hecho, de lo que se ha tomado nota en los libros del consejo con aprobación unánime de los consejeros. *El gabinete del rey abierto*, Rushworth, tomo VI, p. 943.

promesas y declaraciones, ni aun en sus leyes y estatutos. No se puede negar, sin embargo, que hay una diferencia universalmente reconocida entre dar a cualquiera el título que él se toma, y reconocer formalmente el derecho que él se atribuye. Nada hay más común y frecuente en los negocios públicos.

Ajustados el punto y día de la conferencia, se encontraron en Uxbridge diez y seis comisionados de la parte del rey, doce personas autorizadas por las dos cámaras y los comisionados escoceses (30 de enero). Se había convenido en que los comisionados del parlamento y los de Escocia empezasen a exponer sus exigencias sobre los tres importantísimos puntos de la religión, la milicia y la Irlanda, y que sucesivamente se discutirían y examinarían en las conferencias con los comisionados del rey, pero pronto se conoció que era imposible ponerse de acuerdo sobre ninguno de estos puntos.

Durante las negociaciones con Escocia, en el verano de 1643, el parlamento había convocado en Westminster una asamblea de 121 teólogos y 30 seculares, célebres en su partido por su saber y devoción. Por parecer de este sínodo se habían hecho diferentes cambios a los 39 artículos que contenía la doctrina metafísica de la iglesia, y lo que aun es más importante, se había substituido a la liturgia un nuevo directorio de culto en que, conforme al espíritu de los puritanos, se acordaba a los preceptores públicos la mayor libertad en las plegarias y sermones. En virtud de la solemne liga y *covenant*, se había abjurado el episcopado como pernicioso a toda verdadera piedad, y en unión con los escoceses se había contraído un compromiso nacional acompañado de todas las circunstancias que pueden hacer obligatoria y sagrada una promesa, a fin de no consentir jamás que se restableciese. Semejantes medidas indicaban poca tendencia a la conciliación en las dos cámaras, y los comisionados del rey no se sorprendieron con la exigencia positiva de que se estableciesen el presbiteriado y el directorio, y que el rey y todo el reino admitiesen el *covenant*.

Aun cuando Carlos hubiese despreciado todas las controversias teológicas nunca, políticamente, hubiera podido prescindir de sostener la jurisdicción episcopal, no solo porque era favorable a la monarquía sino también porque sus parciales estaban decididos por ella, y abandonarlos en un asunto tan grave, en su concepto, era renunciar para siempre a sus simpatías y ayuda; pero jamás tuvo Carlos principios tan razonables, puesto que aun para la existencia de la iglesia cristiana creía esencial el episcopado, y más que los de la política o los del honor, eran para él sagrados los lazos que lo unían con aquella orden; creyendo también que había hecho demasiado cuando convino en que para las conciencias timoratas se sería indulgente sobre el artículo de las ceremonias; que los obispos no ejercerían ningún acto de jurisdicción u ordenación sin la licencia y el consejo de un cierto número de eclesiásticos que se elegirían por el clero de cada diócesis; que continuamente residirían en las suyas respectivas y estarían obligados a predicar todos los domingos; que se abolía la pluralidad de los beneficios, los abusos de los tribunales eclesiásticos reformados, y que se dejaría sobre los bienes propios de los obispos y de los cabildos la cantidad de 100.000 libras esterlinas para pagar las deudas del parlamento. Los comisionados de las dos cámaras no quedaron satisfechos con estas concesiones aunque bastante considerables, y sin ceder nada en sus rigurosas exigencias sobre esos puntos, pasaron a las otras concernientes a la milicia.

Los partidarios del rey sostenían continuamente que después de las seguridades acordadas por la corte, tan pronta y fácilmente, para la libertad pública, los temores y desconfianzas del parlamento, o eran fingidos o infundados, y que una institución humana no podía equilibrarse y arreglarse con mas tino y exactitud de lo que lo estaba, por último, el gobierno inglés. La abolición de la cámara estrellada, decían, y la del tribunal de alta comisión, habían hecho perder a la prerrogativa real el poder coercitivo que otras veces había herido o puesto en peligro la libertad; el establecimiento de los parlamentos trienales no le dejaba tiempo para fortificarse en tan corto intervalo o substraerse a las observaciones de aquella asamblea vigilante; la módica renta de la corona jamás podía dar al rey bastante influencia para anular estatutos tan provechosos, y mientras no tuviese tropas a sus órdenes, se esforzaría en vano, por la violencia, en derribar unas leyes tan claramente definidas a causa de las últimas disputas y amadas con tanta pasión por todos sus

vasallos. Por último, añadían, en esta situación, ciertamente puede la Inglaterra, gobernada por un monarca tan virtuoso, permanecer quieta en la actualidad y probar si por medios pacíficos es posible evitar los peligros de que aun se pretende amenazada su libertad.

Pero aunque los realistas hubiesen insistido sobre tan plausibles razones antes del principio de la guerra, se veían en la necesidad de reconocer que el progreso de las agitaciones civiles les había hecho perder algún tanto de su fuerza y su evidencia. Si el poder militar, respondía el partido contrario, se confiaba al rey, no le será difícil abusar de esta autoridad: ¿no ha inflamado por ventura a sus partidarios, el furor de las discordias intestinas, en un odio mortal hacia sus adversarios? ¿no los ha llenado de fuertes prevenciones contra los privilegios populares que miran como el origen de tantos males? Supóngase que vuelven a tales manos las armas del estado: ¿qué seguridad pública puede darse a la libertad? ¿qué seguridad particular a los que sin atender al sentido literal de la ley, han tan generosamente expuesto su vida por defenderla? Por condescendencia a este temor ofreció Carlos dejar durante tres años las armas del Estado en poder de veinte comisionados que se nombraran de común acuerdo entre él y el parlamento, o la mitad por éste y la otra mitad por Carlos; pero exigió que concluido este término se le devolviese integralmente su autoridad constitucional.

Los comisionados parlamentarios exigieron primeramente que de una manera irrevocable se diese el poder militar a personas nombradas por el parlamento solo; pero en seguida cedieron hasta no pedir esta autoridad sino por siete años, al cabo de los cuales, sin que recayese en el rey, debía arreglarse por un *bill* o una transacción entre su majestad y su parlamento. Los comisionados de Carlos preguntaron a su vez que ¿por qué los temores y desconfianzas habían de estar solo de una parte, y por qué, también después de tantas violencias y excesivas pretensiones, no había de tener el príncipe, al menos, los mismos temores por su autoridad que la nación por sus libertades? ¿Es, siquiera, decían, ni aun remotamente justo, poner en seguridad a un solo partido, dejando al otro durante siete años enteros a la discreción de sus enemigos? Y suponiendo que ese poder permanezca mucho tiempo en el parlamento, ¿no le sería últimamente fácil formar el *bill* que más creyese oportuno y conservar para siempre la posesión, no sólo de las armas, sino de todas las partes del poder y de la jurisdicción civiles?<sup>203</sup>

La verdad es que después del principio de la guerra, era muy difícil, si no imposible, que ninguno de los dos partidos, sobre todo el parlamentario, encontrase la seguridad que sólo el poder podía garantizar en medio de animosidades tan violentas, y el poder de un lado traía necesariamente peligros para el otro. Pocos ejemplos, acaso ninguno, ofrece la historia, de una reconciliación igual, pacífica y duradera, hecha entre dos facciones inflamadas con la guerra civil.

Tampoco, respecto a la Irlanda, había esperanzas de que se arreglasen los partidos. Los parlamentarios pedían que se declarase nulo el armisticio con los rebeldes; que la dirección de la guerra se dejase enteramente al parlamento, y que después de conquistada la isla, el nombramiento del gobernador y jueces, o en otros términos, la soberanía de aquel reino, quedase entre sus manos.

Pero lo que hizo desesperar aun más de una reconciliación, fue la declaración hecha por los comisionados manifestando que, por más exorbitantes que pareciesen sus exigencias relativamente a los tres artículos, eran solamente preliminares, es decir, que aun suponiéndolas concedidas, se reservaban el derecho de renovar las otras peticiones aun más escandalosas que poco antes se habían mandado al cuartel real de Oxford; peticiones tan ignominiosas que apenas hubieran podido proponerlas estando Carlos vencido, prisionero y entre cadenas. Exigíasele que exceptuase del perdón general a cuarenta de sus principales súbditos de Inglaterra, a diez y nueve escoceses y a todos los católicos de ambos reinos que habían tomado las armas en su favor; se quería además que otras cuarenta y ocho personas, todos los miembros que habían compuesto las dos cámaras de Oxford y todos los teólogos y jurisconsultos que se habían adherido al partido del rey, se declarasen incapaces de obtener ningún empleo, prohibiéndoles el ejercicio de sus profesiones, y que siendo desterrados de la corte se confiscase una tercera parte de sus bienes en favor del parlamento;

---

203 Dugdale, p. 877.

también se pedía que se castigase con la confiscación de una décima parte de sus tierras para pagar la deuda pública, o de una sexta parte, si aquella porción no bastaba, a todos los que habían tomado las armas por el rey, y como si algo faltase al escarnio y aniquilamiento de la autoridad real, se quería que se aboliese el tribunal de los pupilos; que los principales oficiales de la corona y todos los jueces se nombrasen por el parlamento y que no se usase jamás del derecho de paz y de guerra sin el consentimiento de ambas cámaras<sup>204</sup>. Es necesario confesar que cuando los presbiterianos insistían sobre tales condiciones, sólo en el nombre diferían de los independientes que pedían el establecimiento de una república pura. Al cabo de veinte días de inútiles contestaciones se separaron los comisarios de ambos partidos, los del rey para regresar a Oxford y los parlamentarios con dirección a Londres.

### Causa y suplicio de Laud.

Poco antes de estas infructuosas negociaciones hizo el parlamento ejecutar una sentencia que probaba su determinación, no sólo de no ceder en nada, sino de perseverar en su violenta e injuriosa conducta. El arzobispo Laud, el ministro más querido del rey, fue conducido al patíbulo, ejemplo que manifestó al público que las asambleas populares, exentas hasta cierto punto del freno de la vergüenza a causa de su mismo número, no conocen dique alguno cuando han traspasado los de las leyes y naturalmente se precipitan en las más atroces resoluciones de la injusticia y la tiranía.

Desde que se prendió a Laud, la cámara de los comunes, empeñada en negocios más importantes, no había tenido tiempo para seguir su causa, y aquel prelado había sobrellevado con paciencia una prisión tan larga; mas cuando la unión con Escocia vino a despertar en Inglaterra todo el fanático encono de aquella nación, los sectarios se decidieron a saciar su venganza con el suplicio de un hombre que por tanto tiempo había contenido su celo con su autoridad apoyada en la estricta ejecución de las leyes penales. Acusábasele de alta traición por haber intentado trastornar las leyes fundamentales de la nación y cometido otros crímenes capitales; la misma ilegalidad de un crimen acumulativo y de una evidencia constructiva que se había cometido en la acusación de Strafford; las mismas violencia e iniquidad en la actuación del proceso, la misma malignidad de interpretación, la misma desapiadada opresión que se habían ejercido contra un hombre igualmente inocente y tal vez menos virtuoso e ilustrado, se manifestaron sin rebozo en todos los trámites de aquella causa. Insistióse constantemente sobre la acusación de papismo, aunque desmentida por todos los antecedentes, por la vida entera del reo; y las menores culpas se hicieron imperdonables con esta imputación en la que se suponían incluso todos los crímenes. «Este hombre —dijo el fiscal Wilde al concluir una larga acusación contra él— es como Naaman el Sirio: es grande, pero está cubierto de lepra.»<sup>205</sup>

No entraremos en la sustancia de una causa acerca de la cual hay poco lugar a controversia en el día; baste decir que, al cabo de largas discusiones, después de haber oído a más de 150 testigos, vieron los comunes tan poca probabilidad de poder obtener una sentencia judicial contra Laud, que tomaron el partido de emplear su autoridad legislativa y fulminar una sentencia de muerte contra aquel venerable anciano. A pesar de la abyección en que había caído la cámara, todavía se manifestó en ella cierta veleidad de desechar aquella extraña forma de juicio; y de nuevo se vieron obligados los corifeos populares a emplear la intervención del populacho para apagar, con amagos de un nuevo tumulto, los flacos restos de libertad que quedaban en la cámara alta. Sólo siete pares votaron en aquella importante cuestión; los demás, por miedo o por vergüenza, cuidaron de no asistir a su votación.

Laud que, durante todo el proceso, se había comportado con mucho vigor y presencia de ánimo, no sucumbió al horror de su suplicio, y aunque muchas veces había dicho que temía una

204 Rushworth, tomo VI, p. 850. Dugdale p. 737.

205 Rushworth, tomo VI, p. 830.

muerte violenta, el superior aliento que le animaba disipó todos sus temores. «Nadie —exclamó— nadie desea mi muerte más que yo mismo.» Sobre el cadalso, y mientras dirigía sus preces al cielo, le estuvo hostigando y aburriendo sir Juan Clotworthy, furioso celador de la secta dominante y uno de los jefes declarados de la cámara baja: aquel momento fatal fue el que escogió el fanático para examinar los principios del primado moribundo y para sorprender su fe, haciéndole confesar que confiaba para su salvación eterna en el mérito de las obras y no en la muerte del Redentor. Luego que se hubo sacudido de estas redes teológicas, puso el arzobispo sobre el tajo su cabeza (12 de julio 1644) que de un solo golpe quedó separada del tronco. Las opiniones religiosas por las cuales sufría la muerte contribuyeron sin duda a fortificar su valor y entereza; también parece seguro que en toda su conducta fue sincero y superior a los viles motivos del interés; pero es de sentir que un alma tan generosa, que con tanto calor y habilidad condujo sus empresas, no hubiese tenido miras menos estrechas y adoptado principios más favorables al bien de la sociedad.

La grande e importante ventaja que obtuvo el partido con la ruina del conde de Strafford puede paliar, en algún modo, la injusticia fulminada contra él; pero el suplicio de un pobre anciano, que a nadie había ofendido durante una prisión tan larga, sólo puede atribuirse a la venganza de aquellos desapiadados religionistas que gobernaban enteramente a ambas cámaras. Que Laud era digno de mejor suerte, es cosa que no niega ninguna persona sensata, pero en punto al grado real de su mérito hay alguna diversidad de pareceres. Unos le acusan de haber apoyado las doctrinas serviles, aprobado la persecución y favorecido las prácticas supersticiosas; otros creen que, en estos tres puntos, su conducta merece alguna apología o excusa.

Es evidente que la *letra* de las leyes inglesas recomienda tanto la obediencia pasiva, como los más inflamados sermones cortesanos, y aunque parece que el *espíritu* de un gobierno limitado pide en los casos extraordinarios, la atenuación de una doctrina tan rigurosa, no es menos evidente también que la índole anterior de la constitución inglesa había hecho muy naturales y disculpables los errores sobre este punto: a lo menos todos convendrán en que una sentencia de muerte contra los que se apartan de la exacta verdad en una cuestión tan delicada, lejos de ser favorable a la libertad nacional, es un acto notorio de tiranía y persecución.

Había distado tanto hasta entonces la tolerancia, de ser el principio de ninguna secta cristiana, que los mismos católicos, aunque reconocidos por los ingleses por los restos de la religión que habían profesado sus padres, no podían obtener de ellos la menor indulgencia. Aquella misma cámara de los comunes, en su famosa representación, había cuidado de justificarse como de la imputación más ofensiva, de haber tenido la intención de alojar lo que llamaba las *áureas riendas* de la disciplina o de dispensar alguna tolerancia<sup>206</sup>; y los enemigos de la iglesia fueron al principio tan de buena fe, que no manifestaron ninguna pretensión a la libertad de conciencia, que dominaban una *tolerancia de la muerte del alma*; desafiaron abiertamente a la superioridad, hasta el punto de amenazar a su iglesia establecida con la misma persecución que más adelante ejercieron tan rigurosamente contra ella. Considerando la cuestión políticamente, aunque una secta que ya ha hecho algunos progresos puede, con alguna apariencia de razón, pedir una cierta tolerancia, ¿qué derecho tenían a esa indulgencia los puritanos que estaban entonces a punto de separarse de la iglesia dominante y a quienes podía esperarse retener en la uniformidad mediante algunos saludables y legítimos rigores?

Por mucho que el espíritu filosófico quiera ridiculizar las ceremonias piadosas, es incontestable que en una época en que se respeta la religión, no hay instituciones más provechosas para la muchedumbre inculta ni más capaces de morigerar aquel áspero y sombrío espíritu de devoción a que propende el pueblo. La misma iglesia de Inglaterra, aunque ha conservado una parte de las ceremonias católicas, está acaso demasiado descarnada, no tiene suficiente pompa y se parece todavía demasiado a la religión abstracta y puramente espiritual de los puritanos. Laud y sus partidarios, restableciendo algunas antiguas instituciones de esta naturaleza, corrigieron los desaciertos de los primeros autores de la reforma, y presentaron al alma aterrada y suspensa algunas

---

206 Nalson, tomo II, p. 705.

observancias exteriores y sensibles para ocuparla durante los ejercicios religiosos y temprar la violencia de sus movimientos. El espíritu, menos tendido hacia la divina y misteriosa esencia, tan superior a los estrechos límites de la humanidad, quedaba más capaz de una devoción sostenida, descansando en el espectáculo de las pinturas, de las actitudes, de las vestiduras o de los edificios eclesiásticos; y las bellas artes, que servían al ministerio de la religión, recibían de él estímulo y fomento. Verdad es que Laud condujo este sistema no con los elevados sentimientos y la fría razón de un legislador, sino con el destemplado celo de un sectario, y que no considerando las circunstancias, no hizo más que inflamar la religiosa furia que quería apagar, pero este cargo es menos un motivo de reconvención particular para él que de general para todo su siglo, y basta para su justificación observar que, entre todos los errores que prevalecieron en aquellos tiempos de entusiasmo, los más disculpables fueron los suyos.

## LVIII. Carlos I—1645

### Victorias de Montrose.

Mientras de esta suerte declinaban en Inglaterra las cosas del rey, ocurrieron en Escocia sucesos que prometían a su causa un desenlace más feliz.

Antes del principio de aquellas revueltas, el conde de Montrose, joven de ilustre prosapia, presentado en la corte de vuelta de sus viajes, había ofrecido sus servicios al rey, pero, por insinuaciones del marqués de Hamilton, que luego fue duque del mismo nombre, y en quien tenía Carlos entera confianza, no se le recibió con todo el agasajo a que se creía acreedor<sup>207</sup>, y como este tratamiento le indispusiese con la corte, se echó enteramente en brazos de los *covenantarios*. El natural ardor de su carácter le hizo ser, durante la primera sublevación, uno de los más celosos y prontos en levantarse y aprontar tropas; pero habiendo sido elegido por las Mesas para residir cerca del rey mientras que el ejército realista estaba en Berwick, le cautivaron de tal suerte las atenciones y la bondad de Carlos, que se consagró sin reserva a su servicio en virtud de secretos pactos que le pusieron en estrecha correspondencia con él. En el segundo levantamiento, le confiaron los *covenantarios* el mando de una fuerte división, a cuya cabeza fue el primero que pasó el Tweed cuando la invasión de Inglaterra: halló medio sin embargo poco después para enviar al rey una carta, de la cual, por infidelidad de alguno de la corte (de Hamilton, a lo que se sospechó) se le envió una copia a Leven, general de los escoceses. Montrose, acusado de traición y tratos con el enemigo, confesó ser suya la carta y preguntó a los jefes de la facción si osaban llamar enemigo a su soberano, conducta noble y atrevida con la cual se puso a cubierto, pero como con ella también declaró sus sentimientos, no cuidó ya de ocultarlos y convirtió toda su atención a hacer entrar en una especie de liga para el servicio del rey a todos aquellos en quienes conocía las mismas disposiciones que le animaban a él. Aunque esta tentativa le costó estar preso algún tiempo, no por eso decayó su aliento, antes continuó animando a los realistas con su protección y su ejemplo. Entre otras personas de distinción que se le unieron, se cuenta a lord Napier de Merchiston, hijo del célebre inventor de los logaritmos, hombre el más acreedor al título de Grande que ha producido la Escocia.

Otro partido había entre los escoceses que, profesando el mismo celo por el servicio del rey, no difería de Montrose más que en los medios de contribuir a él: el duque de Hamilton era el jefe de este partido. Tenía este magnate motivos para ser leal al rey, no solo por estar estrechamente emparentado con la familia real, sino porque siempre Carlos le había honrado con una confianza y un favor extraordinario. Habiéndole acusado lord Rae con alguna verosimilitud de una conspiración contra la persona del rey, este, lejos de concebir la menor sospecha, le recibió en su alcoba la primera vez que volvió a presentarse en la corte, y no tuvo dificultad en pasar la noche entera solo con él<sup>208</sup>; pero tal fue la mala suerte o la desacertada conducta de Hamilton que no pudo libertarse de la imputación de perfidia con su amigo y soberano, y aunque al fin sacrificó su vida por el servicio del rey, los historiadores no han considerado enteramente limpias su probidad y buena fe: acaso, y aun esto es lo más probable, las sutilezas y sufrimiento de su conducta, unidos a su carácter propenso a contemporar, aunque con buenas intenciones, han contribuido a producir una sospecha que nunca se ha confirmado ni refutado completamente. Tanto como impulsaba a Montrose su vivo y alentado espíritu a las empresas decisivas, tanto hacia propender a Hamilton su natural

207 Nalson, Introd. p. 63.

208 Nalson, tomo II, p. 683.

circunspecto hacia las medidas lentas y moderadas: mientras el primero aseguraba anticipadamente que los *covenantarios* escoceses formaban una secreta unión con el parlamento de Inglaterra, y hacían presente la necesidad de ganarles por la mano con algún paso vigoroso, el otro sostenía que toda empresa de esta naturaleza solo podía precipitarlos a resoluciones de que tal vez estaban muy ajenos. Cuando se convocó el parlamento de Escocia sin orden del rey, el primero exclamó indignado que las intenciones de los *covenantarios* eran claras como la luz del día, y que, si no se los disipaba por medio de un golpe imprevisto armarían a toda la nación contra el rey; el otro sostenía la posibilidad de ganar la mayor parte de los votos y de asegurarse por vías pacíficas la obediencia y fidelidad de la nación<sup>209</sup>. Desgraciadamente para la causa realista prevaleció el dictamen de Montrose cerca del rey y de la reina sobre el de Hamilton, y los *covenantarios* tuvieron tiempo para llevar adelante sus hostilidades: entonces Montrose pasó a Oxford, donde sus invectivas contra la perfidia de Hamilton, unidas a la preocupación general, y corroboradas por el mal éxito de sus consejos, fueron escuchadas con universal aplauso; y Carlos, cediendo a los clamores de su partido más bien que a sus propias sospechas; envió al duque preso al castillo de Peudennis, en la provincia de Cornualles. Laneric, su hermano, que también fue preso, halló medio de escaparse y buscó su seguridad en Escocia.

Abiertos estaban los oídos de Carlos a los consejos de Montrose, que no le proponía sino empresas audaces y realmente propias de la desesperada situación de la causa realista en Escocia. Aunque todo el reino estaba ocupado por los *covenantarios*; aunque tenían en pie numerosas tropas y todas las plazas estaban guardadas por una administración vigilante, emprendió con su solo crédito y el del corto número de amigos que le quedaban al rey, oponer bastantes obstáculos a los descontentos para obligarlos en breve a retirar aquellas fuerzas que evidentemente inclinaban la balanza a favor del parlamento. La derrota de Marston-Moor, que le puso en la imposibilidad de sacar el menor socorro de Inglaterra, no abatió su valor, contentóse con estipular con el conde de Antrim, prócer irlandés; que le aprontase algún auxilio de hombres de aquella provincia; y él en persona, a favor de varios disfraces, pasó, arrastrando mil peligros, a Escocia, donde permaneció oculto en la raya de los *Highlands* (las Montañas) y preparó secretamente los ánimos a acometer alguna grande empresa.<sup>210</sup>

No pasaban los irlandeses que se le enviaron de 1.100 infantes, muy mal armados, y sin embargo, no bien hubieron desembarcado cuando descubrió Montrose sus designios y dio principio a aquellas expediciones que le han granjeado tanta celebridad. Al pie de 800 hombres de Athol se alistaron bajo sus banderas, otros 500, que había levantado el parlamento, se dejaron persuadir a abrazar los intereses del rey: con estas fuerzas reunidas se dio prisa a atacar a lord Elcho, que estaba en Perth con 6.000 hombres reunidos a la primera noticia de la invasión de los irlandeses. Montrose, tan inferior en número, desprovisto de caballería, tan escaso de armas como de municiones, no podía contar más que con el denuedo que debían infundir sus soldados bisoños, su propio arrojo, su ejemplo y la rapidez de sus empresas. Después de haber recibido el fuego del enemigo, al que no respondió al frente de su hueste más que a pedradas, se precipitó con espada en mano sobre el ejército de Elcho, le puso en confusión y ganó una completa victoria en que perdieron la vida 2.000 *covenantarios* (1.º de setiembre 1644).

Esta victoria que dio mucho lustre a su nombre, no aumentó ni su poder ni sus fuerzas: la mayor parte de la Escocia era muy adicta al *covenant*, y los partidarios que conservaba la causa realista estaban atemorizados viendo tan bien asentada la autoridad de sus adversarios. El temor de encontrarse con el conde de Argyle que, unido a las tropas públicas con sus vasallos, se acercaba al frente de un ejército considerable, hizo tomar a Montrose el partido de dirigirse a marchas forzadas hacia el norte, con la esperanza de alentar al marqués de Huntley y a los Gordons que, al principio se habían apresurado a tomar las armas, pero cuyo ardor había entibiado la gran superioridad de los *covenantarios*. Reuniéronsele en aquella marcha el bizarro conde de Airly y dos hijos suyos, sir

209 Clarendon, tomo III, p. 380, 381, Wishart, capítulo II.

210 Clarendon, tomo V, p. 618.



Tomás y sir David Ogilvy; el mayor estaba entonces prisionero en el partido opuesto. En Aberdeen atacó a lord Burley, que mandaba un cuerpo de 2.500 hombres, le derrotó después de un combate muy encarnizado e hizo gran matanza en el alcance con un valor que la política hacía necesario en él y que no estaba desprovisto de pericia militar (11 de setiembre 1644).

Pero no bastaron estas dos victorias a hacerle conseguir lo que se había propuesto. Huntley, naturalmente envidioso, vio con desagrado su gloria y manifestó poca disposición a unirse a un ejército donde el mérito del general debía eclipsar el suyo. Argyle, reforzado por el conde de Lothian, seguía con ardor al conde de Montrose: la milicia de las provincias del norte, Murray, Ross, Caithness, en número de 5.000 hombres, se presentaba a la cabeza, y guardaba las orillas del Spey, río profundo y rápido; así fue que no vio más arbitrio para evitar el choque con tantos enemigos, que volverse de repente hacia las montañas, con cuya resolución puso a sus tropas flacas, pero activas, a cubierto en Badenoch: después de algunas marchas y contramarchas, alcanzó Argyle en Faivy-castle. Argyle, aunque célebre por su entereza política y su noble proceder, tenía poco valor y pericia militares; después de algunas escaramuzas, en las cuales llevó siempre la peor parte, dejó escapar a Montrose, a quien salvaron por fin de las superiores fuerzas del *covenant* prontas marchas por montes inaccesibles.

Pero tal era la situación de Montrose que la buena como la mala fortuna le eran igualmente perniciosas y disminuían su ejército. Después de cada victoria sus soldados, sedientos de botín, pero considerando la menor adquisición como un inagotable fondo de riqueza se desertaban a bandadas y volvían a sus casas a poner en seguridad los despojos ganados: además, la fatiga de tantas largas y precipitadas marchas en el corazón del invierno, por montañas cubiertas de nieve y sin provisiones de ninguna especie, los desalentó de tal suerte que dejaron a su general casi solo con los irlandeses, quienes, por no tener ningún refugio seguro, le permanecieron fieles en la próspera como en la adversa fortuna.

Con aquel escaso escuadrón; algunos refuerzos de Athol y los Macdonald a quienes halló medio de reanimar, cayó de improviso sobre el cantón de Argyle, y dando rienda suelta a todos los furores de la guerra, robó los ganados, quemó las casas, y pasó las poblaciones a cuchillo, atrocidad que empañó el lustre de sus victorias y que era efecto así de su particular animosidad contra el *chieftain* como de su celo por la causa pública. Reunió Argyle 3.000 hombres, a cuyo frente buscó al enemigo que se había retirado después de cometer aquellos destrozos, e hizo alto junto a Innerlochy, mientras por el lado opuesto, el conde de Seaforth, que se hallaba al frente de la guarnición de Inverness, compuesta de veteranos, y reforzada con 5.000 reclutas del norte, hostigaba a los realistas y los amenazaba con una inevitable ruina. A favor de una marcha forzada, llegó Montrose a Innerlochy y se presentó en orden de batalla a los *covenantarios*, causándoles más sorpresa que pavor; solo Argyle, herido de un terror pánico, abandonó a su ejército que, después de una bizarra resistencia, fue roto y perseguido con gran matanza (2 de febrero). Desmoralizadas por efecto de aquella fatal jornada las fuerzas de los Campbel (que este es el apellido de la casa de Argyle) los montañeses casi todos adictos a la causa realista, empezaron a acudir en gran número al campamento de Montrose. Sólo el espanto que inspiraba su nombre bastó para disipar las tropas de Seaforth, y lord Gordon, hijo primogénito de Huntley, habiendo logrado escaparse del poder del conde de Argyle, su tío, que le tenía preso, se unió entonces al victorioso Montrose con gran número de partidarios suyos y con el conde de Aboine, su hermano.

Cuidadoso el consejo de Edimburgo en vista de los progresos de los realistas, se ocupó en formar un plan más regular de defensa contra un enemigo a quien hacían formidable tantas victorias. Dio el mando de sus tropas a Baillie, inglés, oficial de reputación, y a Urrey, que había vuelto a alistarse en el partido de los *covenantarios*, y estos dos generales marcharon contra los realistas al frente de un numeroso ejército. Hallábase entonces Montrose con un destacamento de 800 hombres delante de Dundee, ciudad sumamente adicta al *covenant*, y habiéndola tomado por asalto y entrado a saco, llegaron sobre él con todas sus fuerzas Urrey y Baillie, cuya marcha había ignorado. En tan crítica ocasión dio pruebas Montrose de su gran talento y serenidad;

inmediatamente separó a su gente del pillaje, aseguró su retirada con las más acertadas disposiciones, y andando sesenta millas a la vista de un enemigo muy superior, sin conceder un momento a las tropas para dormir ni aun para descansar, se puso en salvo en las montañas.

Los dos generales *covenantarios* tomaron el partido de dividir su ejército para desconcertar a un enemigo que no los sorprendía menos por la rapidez de sus marchas que por la osadía de sus empresas. Urrey, al frente de 4,000 hombres, le encontró en el campamento de Alderne, cerca de Inverness; y fiado en la superioridad de sus fuerzas, le atacó en el punto mismo que había elegido Montrose, habiendo mandado a su ala derecha que hiciese cara en un terreno ventajoso, trasladó sus mejores tropas al ala izquierda, y no dejó ningunas en el intervalo, falta que supo disimular hábilmente presentando algunos hombres entre los árboles y los matorrales que cubrían su terreno; y, para impedir que pudiese Urrey advertir esta estratagema, llevando desde luego su ala izquierda al ataque, cayó sobre los *covenantarios* con tanto ímpetu que alcanzó una victoria completa. En esta batalla brilló singularmente el valor del joven Napier, hijo del lord de este nombre.

No tardó Baillie en acudir a vengar el desastre de Urrey, pero encontró en Alford la misma suerte (2 de julio). Montrose colocó su caballería, que era poco numerosa, en la misma línea que su infantería, derrotó a la del enemigo, y cayendo luego sobre la infantería *covenantaria* con todas sus fuerzas reunidas, la destrozó sin experimentar más pérdida que la del valeroso lord Gordon. Después de tantos triunfos, que su vigor había hecho siempre decisivos, exhortó a todos sus amigos y aliados a unirse, y se preparó a marchar en persona a las provincias meridionales para consumir la ruina de los enemigos del rey, y sobre todo para disipar el parlamento escocés que se había reunido en St. Johnstone con mucha pompa y solemnidad.

Mientras ardía el incendio en el norte de la Isla, cundía con igual furia en el sur; uno y otro ejército, el parlamentario y el realista, tan luego como lo permitió la estación, se prepararon a salir a campaña resueltos a terminar su importante querrela con una pronta decisión. Tantos amaños y debates habían demorado la ratificación del decreto de renunciamiento a sí propio que llegó la primavera antes de que recibiese la sanción de las dos cámaras. Muchos parlamentarios le consideraban una innovación peligrosa en el momento de principiar las operaciones militares; y si los escrupulosos principios del conde de Essex no le hubiesen movido, a pesar de sus resentimientos, a obedecer ciegamente al parlamento, aquel cambio de orden hubiera producido en efecto algún incidente fatal, pues que la prontitud misma con que había renunciado Essex el mando no impidió que se temiese un levantamiento general del ejército<sup>211</sup>: sin embargo Fairfax, o más bien Cromwell en su nombre, introdujo en él por fin la nueva planta y organizó de diferente modo las tropas. Con los mismos hombres se formaron nuevos regimientos y nuevas compañías dándoles distintos oficiales, y todas las fuerzas militares se pusieron en manos que el partido de los independientes conceptuó dignas de su confianza. Además de los individuos del parlamento que habían quedado excluidos, muchos oficiales, poco dispuestos a servir bajo nuevos jefes, resignaron sus comisiones y facilitaron inconsideradamente el proyecto de poner a todo el ejército al arbitrio de los facciosos.

Aunque la disciplina del ejército anterior no era del todo despreciable, los nuevos jefes introdujeron en él un orden más regular y que se siguió con más rigor. En el fondo ambos partidos poseían la dote del valor y no faltaba disciplina en las tropas del parlamento, pero parece que uno y otro, así en lo tocante a los planes generales de acción como a las operaciones de la campaña, distaban mucho de la perfección del arte militar; a lo menos los historiadores, acaso por ignorancia o por inexperiencia no han observado que las pruebas de una conducta tenaz, impetuosa, que precipitaba a cada partido en una batalla donde el valor y la fortuna decidían casi únicamente del triunfo. El grande ornamento de la historia en aquellos reinados son los sucesos civiles, no los militares.

---

211 Rushworth, tomo VII, p. 126.

## Nueva planta del ejército.

No hay ejemplo de un ejército tan singular como el que levantó entonces el parlamento. La mayor parte de los regimientos carecían de capellán; los mismos oficiales ejercían este deber espiritual, agregándole a sus funciones militares: en los intervalos de las batallas se ocupaban en predicar y dirigir las comunes oraciones con la misma emulación que tan necesaria es en la carrera de las armas para sostener el lustre de esta profesión. Los deliquios y los éxtasis suplían el estudio y la reflexión: y cuando aquellos devotos oradores se abandonaban a su imaginación en una arenga que no habían meditado, sorprendidos ellos mismos de su elocuencia como todos los oyentes, tomábanla por una divina iluminación y por una emanación del Espíritu Santo. En todos sus cuarteles expulsaban a los ministros del púlpito, y subiendo a este peligroso tribunal, comunicaban sus sentimientos a la asamblea con una autoridad proporcionada a su poder, a su valor y a sus proezas militares, que realzaban aquellas apariencias de fervor y santo celo. Los soldados, llevados del mismo espíritu, empleaban sus horas de solaz en la oración, en la lectura de las Santas Escrituras y en conferencias espirituales, donde comparaban los progresos de la gracia en sus almas y se excitaban mutuamente a perseverar con valor en las arduas sendas de la salvación. Cuando marchaban al combate se oía resonar, con los instrumentos bélicos, una mezcla de salmos y cánticos espirituales adecuados a las circunstancias<sup>212</sup>, y cada cual se esforzaba por ahogar el sentimiento del peligro actual en la perspectiva de aquella corona de gloria que se presentaba ante sus ojos. En una causa tan santa, las heridas se reputaban meritorias; la muerte se llamaba el martirio; el estruendo y los peligros de la acción, lejos de ahuyentar aquellas piadosas quimeras, hacían que fuese todavía más profunda su impresión.

Los realistas hacían todo lo posible por ridiculizar aquel fanatismo de los ejércitos parlamentarios, sin considerar cuánto tenían que temer de él. Las fuerzas reales reunidas en Oxford, en el oeste y en otros sitios, eran iguales, sino superiores en número a las de sus adversarios, pero estaban animados de un espíritu muy diferente. Aquella licencia que había introducido la falta de pagas, había llegado en ellas a su punto y la hacían más formidables para sus partidarios que para sus enemigos. El príncipe Ruperto, que despreciaba al pueblo y quería mucho al soldado, tenía con sus tropas una indulgencia que nada podía justificar. Wilmor, hombre sin principios, había fomentado el mismo espíritu de desorden; y Goring, Gerrard y sir Ricardo Granville, todos libertinos reconocidos, le llevaban a los mayores excesos: en el oeste sobre todo, donde mandaba Goring, se soltó la rienda al pillaje y a la tala, y todo el país estaba asolado por inauditas rapiñas: casi no se hacía allí distinción ninguna de partidos, y los más celosos amigos de la iglesia y de la monarquía deseaban que las fuerzas parlamentarias consiguiesen atajar aquellas demasías. La población rural, despojada de cuanto poseía, se reunía a bandadas en algunos cantones, armada de palos y bieldos, y aunque era igual su odio a los soldados de ambos partidos, convertíase más particularmente contra los realistas, que eran los que más la habían maltratado. Muchos millares de aquellos rústicos exasperados formaban grandes cuadrillas en diferentes partes de Inglaterra, asesinaban a cuantos soldados encontraban y molestaban a los dos ejércitos.<sup>213</sup>

Veamos cual era la mutua disposición de las fuerzas: una parte del ejército escocés estaba empleada en tomar a Promfret y otras plazas en el Yorkshire; otra parte en el asedio de Carlisle, plaza que defendía valerosamente sir Tomás Glenham. Chester, donde mandaba Biron una guarnición realista, estaba bloqueada hacia mucho tiempo por sir Guillermo Brereton, y se veía reducida a los últimos apuros. El rey, con quien se habían reunido en Oxford los príncipes Ruperto y Mauricio, se hallaba allí con un ejército de sobre 15.000 hombres: Fairfax y Cromwell se habían situado en Windsor con el ejército formado según la nueva planta, que era de como hasta 22.000 hombres. Taunton, en el condado de Sommerset, defendida por Blake estaba sitiada hacía mucho tiempo por sir Ricardo Granville, que mandaba un ejército de sobre 8.000 hombres, y aunque fue

212 Dugdale, p. 7.

213 Rushworth, tomo II, p. 52 y siguientes.

muy tenaz la defensa, la guarnición se hallaba reducida al último trance. Goring mandaba en el oeste una división de igual fuerza próximamente.

Al principiar la campaña, Carlos formó el designio de socorrer a Chester, y Fairfax el de llevar auxilio a Taunton. Las tropas realistas se pusieron en movimiento las primeras, y mientras avanzaban hacia Drayton, en el Shropshire, Biron le salió al encuentro para noticiar al rey que su aproximación había hecho levantar el sitio de Chester, y que las tropas parlamentarias se habían retirado. Fairfax, luego que llegó a Salisbury en su camino hacia el oeste recibió orden de la Junta de los dos reinos, establecida para la dirección de la guerras, de volver atrás y de ir a poner sitio a Oxford, que la partida de las tropas realistas había dejado sin defensa; y así lo hizo después de haber enviado al Coronel Weldon al oeste con un destacamento de 4.000 hombres. Al acercarse Weldon, Granville, persuadido de que Fairfax caía sobre él con todo su ejército, levantó el sitio y dejó respirar a aquella obstinada ciudad, medio tomada ya y medio incendiada; pero los realistas reforzados con 3.000 caballos que les trajo Goring, volvieron hacia Taunton y encerraron a Weldon con su pequeño ejército en esta desgraciada ciudad.

Logrado ya el designio que le llevaba a Chester, volvió Carlos al sur, y se paró en su camino delante de Leicester, ciudad que defendía una guarnición parlamentaria. No bien hubo abierto brecha, cuando cercó la plaza por todos lados y después de un furioso asalto, entraron en ella los soldados con espada en mano y cometieron todos los desórdenes a que podía arrastrarlos su natural brutalidad inflamada por la resistencia: distribuyóseles el botín<sup>214</sup>, que era considerable, y 1.500 prisioneros cayeron en manos del rey. Este suceso que llenó de terror al partido parlamentario, determinó a Fairfax a abandonar a Oxford, donde ya había echado sus líneas de circunvalación, y le hizo marchar hacia el ejército real con ánimo de dar la batalla. Carlos estaba en marcha hacia aquella ciudad para obligar al enemigo a levantar el sitio, que temía hallar muy adelantado, y los dos ejércitos se hallaron a seis millas uno de otro antes de haberse visto. Mandó el rey reunir su consejo de guerra para deliberar sobre la resolución que debía tomarse: por una parte pareció que la prudencia aconsejaba diferir el combate, porque Gerrard, que estaba en el país de Gales con 30.000 hombres, podía reunirse pronto al ejército, y Goring, a quien no se esperaba que resistiese Taunton mucho tiempo, no dejaría, tan luego como pusiese en seguridad al oeste, de unir sus fuerzas a las del rey, lo que daría a estas una incontestable superioridad sobre el enemigo; por otra parte el príncipe Ruperto, cuyo ardiente ímpetu le impulsaba siempre al combate, atizaba la impaciencia de la nobleza de que estaba lleno el ejército, y exageraba los multiplicados apuros de que solo la victoria podía libertar a los realistas. Por fin se tomó el partido de atacar a Fairfax, e inmediatamente marchó sobre él el ejército realista.

### **Batalla de Naseby.**

En Naseby se empeñó con fuerzas casi iguales aquella decisiva y bien disputada acción entre el rey y el parlamento. Mandaba el cuerpo de ejército de los realistas el mismo rey en persona, el príncipe Ruperto mandaba el ala derecha, y sir Marmaduke Tangdale la izquierda. Fairfax, sostenido por Skippon, hizo frente al centro del ejército realista: Cromwell tomó el mando del ala derecha y su yerno Ireton el de la izquierda. Empezó el ataque el príncipe Ruperto con sus ordinarias impetuosidad y fortuna, y a pesar de la vigorosa resistencia de Ireton que, aunque atravesado el muslo de una lanzada, sostuvo largo tiempo el combate hasta que cayó prisionero, toda aquella ala fue rota y perseguida con precipitada furia por Ruperto, que fue además bastante inconsiderado para perder tiempo en atacar la artillería parlamentaria, sostenida por un buen tercio de infantería. Carlos peleó a la cabeza de su frente de batalla desplegando en ella toda la pericia de un prudente general y todo el valor de un intrépido soldado.<sup>215</sup> Fairfax y Skippon resistieron su

214 Clarendon, tomo VI, p. 652.

215 Withlocke, p. 146.

ataque y justificaron la reputación que se habían adquirido. Skippon, peligrosamente herido, declaró, habiéndole instado Fairfax a retirarse, que no daría un paso atrás mientras le quedase un solo soldado. Sin embargo la infantería del parlamento fue desbaratada por el rey, hasta que Fairfax, con rara presencia de ánimo, hizo avanzar la reserva y renovó el combate con nuevo brío, mientras que Cromwell, que había atacado a Langdale, rompió aquella ala de los realistas, y aumentó con su prudencia las ventajas que debía a su valor. Después de haber perseguido al enemigo por espacio de cerca de un cuarto de milla, y destacado algunas tropas para impedir que se rehiciese, volvió y cayó sobre la infantería del rey que puso en la mayor confusión. Un solo regimiento se encontró firme aunque atacado dos veces por Fairfax con desesperado ímpetu; y este general irritado de una resistencia tan viva, dio orden a Doyley, capitán de su guardia, de cargarle de frente por tercera vez, mientras él le atacaba por la espalda, con lo que quedó destrozado el regimiento; Fairfax mató con sus propias manos a un alférez y entregó la bandera a uno de sus soldados; y como éste se jactase después de haber ganado aquel trofeo, y le desmintiese Doyley, que había visto la acción: «dejadle ese honor —dijo Fairfax—, que sobrado he adquirido hoy.»<sup>216</sup>

Conociendo aunque demasiado tarde su error, abandonó el príncipe Ruperto el inútil ataque de la artillería enemiga, y se unió al rey, cuya infantería estaba toda derrotada. Carlos exhortó a aquel cuerpo de caballería a no desesperar, y gritó con voz firme: «una carga más y la jornada es nuestra», pero eran tan visibles las desventajas de su partido, que a nadie pudo persuadir a renovar el combate, y se vio precisado a ceder al enemigo el campo y la victoria<sup>217</sup>. La mortandad por parte del parlamento fue mayor que en el partido realista; aquel perdió 1.000 hombres y éste al pie de 800, pero Fairfax hizo prisioneros 500 oficiales y 4.000 soldados, cogió toda la artillería y municiones del rey y dispuso toda su infantería: pocas victorias hay más completas que la que obtuvo aquel día.

Entre otros despojos se encontró la cartera del rey, con las copias de sus cartas a la reina, que el parlamento hizo publicar, eligiendo sin duda las que consideró más capaces de perjudicarle en la común opinión, sin embargo en general, están escritas con delicadeza y ternura, y dan una alta idea del talento y de la moralidad del rey. Es verdad que se ve en ellas un vivísimo amor a su consorte y que muchas veces protesta que nunca tomará ninguna resolución que ella desaprobe, pero estas declaraciones de cortesía y confianza no siempre deben tomarse al pie de la letra; además, un cariño tan legítimo, sancionado por las leyes de Dios y de los hombres, merece acaso alguna indulgencia cuando se dirige a una mujer notable por su talento y hermosura; aunque católica.

Habiendo interceptado los atenienses una carta escrita por su enemigo Filipo de Macedonia a su mujer Olimpia, lejos de ceder a su curiosidad de penetrar los secretos de aquellos dos corazones, enviaron inmediatamente la carta a la reina, sin abrirla. Filipo no era su soberano, y su animosidad contra él no igualaba a la que siempre producen las discordias civiles.

Después de la batalla retiróse el rey sin más tropas que la caballería del príncipe Ruperto que había quedado entera, primero a Hereford, luego a Abergavenny, y permaneció algún tiempo en el país de Gales, con la vana esperanza de levantar en aquellas exhaustas y desangradas comarcas, un nuevo cuerpo de infantería. Fairfax, habiendo recobrado a Leicester, que no se rindió sin condiciones (17 de junio) empezó a deliberar acerca de sus futuras empresas. Entregaron una carta escrita por Goring al rey, la cual desgraciadamente había sido confiada a un espía de Fairfax; en ella Goring informaba a Carlos de que esperaba en el término de tres semanas apoderarse de Taunton, después de lo cual se reuniría a su majestad con todas las fuerzas del oeste, mas le suplicaba que en el intervalo evitase todo encuentro con el enemigo. Esta carta que, confiada a manos más fieles, hubiera probablemente evitado la batalla de Naseby, servía ahora para dirigir las operaciones de Fairfax. Dejó este un cuerpo de 3.000 hombres en Pointz y en Rossister, con orden de observar los movimientos del rey, y marchando inmediatamente hacia el oeste, se propuso salvar a Taunton, sorprendiendo la única fuerza considerable que entonces quedaba a los realistas.

216 Whitloke, p. 415.

217 Clarendon, tomo IV, p. 657.

Al principio de esta campaña, Carlos receloso de los acontecimientos, había enviado al príncipe de Gales, de edad a la sazón de 15 años, al oeste, con el título de general, y le había dado órdenes para que si se veía apretado por el enemigo, se refugiase a algún territorio extranjero salvando así una parte de la familia real del furor de los parlamentarios. El príncipe Ruperto había entrado en Bristol, resuelto a defender esta ciudad importante, Goring acampaba con el ejército real delante de Taunton.

Al acercarse Fairfax, se levantó el sitio de Taunton (20 de julio), y los realistas se retiraron a Lamport, ciudad abierta del condado de Sommerset, donde los atacó Fairfax, matándoles 300 hombres y cogiéndoles 1.400 prisioneros<sup>218</sup>: luego fue a poner sitio a Bridgewater que pasaba por plaza fuerte y de suma importancia en aquella provincia. Tomado que hubo por asalto los arrabales de la ciudad, su comandante Windham, que se había retirado a la parte interior, capituló inmediatamente y entregó la plaza a Fairfax: la guarnición en número de 2.600 hombres quedó prisionera de guerra.

### **Rendición de Bristol.**

Fairfax, luego que hubo tomado con suma facilidad las plazas de Bath y Sherborne (23 de julio), resolvió poner sitio a Bristol, e hizo grandes preparativos para una empresa que, vista la fuerza de la guarnición y la fama del príncipe Ruperto, se consideraba de la mayor importancia; pero es tan precaria en la mayor parte de los hombres la prenda del valor militar que no hubo durante toda la guerra defensa más miserable que aquella, quedando singularmente burlada la general esperanza. No bien hubieron las tropas parlamentarias roto las primeras líneas, cuando capituló el príncipe y entregó la plaza a Fairfax (11 de setiembre). Pocos días antes había escrito al rey una carta en que prometía, sino le obligaba a rendirse algún motín, defenderse por espacio de cuatro meses. Carlos, que formaba planes y reunía fuerzas para socorrer a Bristol, quedó sorprendido de tan inesperado acontecimiento, no menos fatal a su causa que la derrota de Neseby. Lleno de indignación despojó al príncipe Ruperto de todos sus cargos y le envió un salvoconducto para atravesar los mares.<sup>219</sup>

Los negocios del rey declinaron desde entonces rápidamente en todos los puntos de Inglaterra. Los escoceses, que se hicieron dueños de Carlisle (28 de junio) después de un obstinado sitio, marcharon hacia el sur y se presentaron delante de Hereford, pero se vieron obligados a retirarse a la llegada del rey, y este fue el último vislumbre de gloria que acompañó a sus armas. Marchando al socorro de Chester, plaza sitiada aun por las fuerzas parlamentarias al mando del coronel Jones, Pointz le atacó la retaguardia y le obligó a la batalla (24 de setiembre). Mientras la acción se empeñaba con gran calor, pareciendo inclinarse la victoria hacia los realistas, cayó Jones sobre ellos por el lado opuesto y los puso en derrota con pérdida de 600 muertos y 1.000 prisioneros. El rey, con los restos de su destrozado ejército huyó a Newark y de allí se refugió a Oxford, donde se encerró por todo lo restante del invierno.

Los informes que de todas partes recibió no fueron menos fatales que los acontecimientos que por sus mismos ojos acababa de presenciar. Fairfax y Cromwell, habiendo dividido sus fuerzas después de la rendición de Bristol, se dirigieron, el primero hacia el oeste para acabar la conquista de Devonshire y de Cornualles; el segundo a atacar la guarnición real situada al este de Bristol. Devizes se juntó a Cromwell, el castillo de Berkeley fue tomado por asalto, Winchester había capitulado; Basing-House fue entrada a cuchillo; y todos aquellos condados del centro de Inglaterra quedaron en breve reducidos a la obediencia del parlamento.

---

218 Rushworth tomo VII, p. 55.

219 Clarendon, tomo IV. p. 695.

## Conquistas de Fairfax en el oeste.

Victorias no menos rápidas y constantes esperaban a Fairfax. Las fuerzas parlamentarias envanecidas con sus últimas glorias y dirigidas por la más severa disciplina no tenían mucho que temer de las tropas reales debilitadas por continuas derrotas y desorganizadas por la licencia. Después de lanzar a los realistas de sus cuarteles de Bovey-Tracey (18 de enero 1646) emprendió Fairfax el sitio de Darmont, y en pocos días rindió la ciudad. Fue también asaltado el castillo de Poudram; Exeter se vio bloqueado por todas partes; Hopton, hombre de mérito, que mandaba las fuerzas realistas de aquel condado, se adelantó para socorrer la ciudad con 8.000 hombres, mas se encontró con el ejército parlamentario en Torrington (19 de febrero) y fue batido, huyendo su infantería dispersa y viéndose él mismo obligado a retirarse con su caballería al condado de Cornualles. Fairfax emprendió en su seguimiento y precipitó vigorosamente la victoria: encerró a los realistas en Truso y todo el ejército real, que consistía en 5.000 hombres, la mayor parte de caballería, se vio precisada a rendirse a discreción. Alcanzaron los soldados con la condición de abandonar sus caballos y armas licencia para dasbandarse con 20 chelines por cabeza para volverá Sus respectivos hogares. Concedióse pasaporte a los oficiales que quisieran trasponer los mares, y los demás, con formal promesa de no volverá tomar las armas, obtuvieron merced del parlamento<sup>220</sup> pagándole cierta cantidad estipulada. Con esto Fairfax después de la rendición de Exeter que coronaba sus conquistas en el oeste, se dirigió con su ejército victorioso al centro del reino y fijó su campamento en Newbury. El príncipe de Gales, obedeciendo el mandato del rey, se retiró a Scilly y de allí a Gersey de donde se encaminó a París para unirse con la reina su madre, la cual había abandonado a Exeter cuando el conde de Essex dirigía su ejército hacia el oeste.

En los demás puntos de Inglaterra, Hereford fue tomado por sorpresa, Chester se rindió; lord Digby, habiendo intentado con 1.200 caballos penetrar en Escocia para reunirse a Montrose, fue batido en Sherburn en el Yorkshire, por el coronel Copley y toda su fuerza fue dispersada y él tuvo que huir primeramente a la Isla de Man y después a Irlanda. Súpose también que el mismo Montrose, después de conseguir algunas ventajas, había sido por fin derrotado, con lo que quedó desvanecida la única esperanza del partido realista.

Cuando Montrose bajó a la parte meridional de Escocia, sucedió que los *covenantarios*, reuniendo todas sus fuerzas, se le opusieron en Kilsyth (15 de agosto 1645) con un numeroso ejército y le obligaron a la batalla, aunque con mal éxito. Fue esta victoria la más completa que alcanzó Montrose: los realistas pasaron a cuchillo a 6.000 hombres y no dejaron en Escocia a los *covenantarios* resto ninguno de ejército. Todo el reino se estremeció con las repetidas victorias de Montrose, y muchos nobles secretamente inclinados a la causa real se declararon abiertamente por ella al verla sostenida por tan imponentes fuerzas. El marqués de Douglas, los condes de Aunomdale y de Hartfield, los lores Fleming, Seton, Maderty, Carnegy y otros volaron a alistarse bajo el regio estandarte. Abrió Edimburgo sus puertas y volvió la libertad a todos los prisioneros que habían juntado en ella los *covenantarios*, entre los cuales se hallaba lord Ogilvy, hijo del conde de Airlie, cuya familia contribuyó poderosamente a la victoria de Kilsyth.<sup>221</sup>

## Derrota de Montrose.

David Lesly fue destacado del ejército escocés de Inglaterra para socorrer en Escocia a su partido consternado. No fue obstáculo su partida para que Montrose se adelantase hacia el sur, atraído por la vana esperanza de determinará unírsele, según se lo habían prometido, a los condes de Hume, de Traguair y de Roxburg, y de obtener de la Inglaterra algún refuerzo de caballería, de que estaba sumamente necesitado; pero en Philiphangh, en el condado de Twdale, la negligencia de sus

220 Rushworth, tomo VII, p. 108.

221 Rushworth, tomo VII, p. 251.

avanzadas dio ocasión a que Lesly sorprendiese su ejército disminuido por la deserción de los montañeses que, según su costumbre, se habían retirado a esconder su botín en lo más quebrado de las rocas. Después de un encarnizado combate en que Montrose se hizo admirar por su valor, sus tropas fueron derrotadas por la caballería de Lesly (13 de setiembre); y perdida la esperanza de rehacerse, se vio precisado a buscar un asilo en los montes, donde se preparó para nuevas batallas y empresas.

Los *covenantarios* se aprovecharon cruelmente de su victoria. Sus principales prisioneros, sir Roberto Spotswood, secretario de estado, e hijo del último primado de Escocia, sir Felipe Nisbert, sir Guillermo Rollo, el coronel Gordon, Guthrie, hijo del obispo de Murray, y Guillermo Murray, hijo del conde de Tullibardiny fueron condenados a muerte y perecieron en un cadalso. El único crimen imputado al secretario de estado fue haber enviado a Montrose su nombramiento real de capitán general del ejército de Escocia. Lord Ogilvi, hecho segunda vez prisionero, no se hubiera libertado de la misma suerte a no haber encontrado su hermana medio de librarle cambiando con él de vestido; la generosa hermana sufrió por este rasgo de valor y de destreza los más duros tratamientos. Solicitó el clero del parlamento la muerte de otros muchos realistas; pero fue desechada su demanda<sup>222</sup>.

Después de esta multitud de desastres que por todas partes sufrían los realistas, solo les quedaba un cuerpo de ejército contra el que pudiera ensañarse la fortuna. Lord Astley con una reducida división de 3.000 hombres, la mayor parte de caballería, fue sorprendido en Stowe mientras se iba a reunir con el rey en Oxford, por el coronel Morgan, el cual le derrotó completamente y le hizo prisionero (22 de marzo). «Habéis acabado vuestra obra —dijo Astley a los oficiales parlamentarios— y podéis ya ir a divertirlos donde os plazca a no ser que queráis armar pelea entre vosotros mismos.»

La situación del rey durante el invierno fue sobremanera desastrosa y siniestra. Como el temor del mal es de ordinario más abrumador que su presencia misma, tal vez este príncipe no había sido jamás objeto de más justa compasión. Su firmeza de ánimo, que jamás le abandonaba en sus penas, aunque a veces le faltase para la acción, fue su único sostén. «Estaba resuelto, como escribía a lord Digby, a morir como hombre de honor sino podía vivir como rey, y sus amigos no tendrían jamás que avergonzarse del príncipe a quien tan desgraciadamente habían servido.» Por un lado las murmuraciones de los oficiales descontentos agobiaban a su desdichado soberano y le servían de traba por el encarecimiento que hacían de sus servicios y padecimientos, de los cuales jamás se verían recompensados<sup>223</sup>. Por otra parte, el fiel desinterés de los generales, sus amigos, que respetaban sus infortunios y sus virtudes tanto como su dignidad, debía penetrarle de honda tristeza al pensar en los riesgos a que los expondría en breve el rigor de sus implacables enemigos. Sus reiteradas tentativas para alcanzar una transacción razonable y pacífica con el parlamento, solo servía para confirmar en el ánimo de este la certeza de su victoria. No se dignó, pues, de dar la más leve respuesta a todos sus mensajes, en los cuales solicitaba pasaportes para los suyos. Finalmente, después de haberle echado en cara toda la sangre que en aquella guerra se había derramado, le envió a decir el parlamento que estaba ocupado en prepararle varios decretos, y que el asentimiento que a ellos prestase sería la más segura garantía de su amor a la paz; lo que equivalía a anunciarle que se rindiese a discreción. Solicitó el rey de ellos una conferencia personal, y les ofreció pasar a Londres así que recibiese un salvoconducto para él y su familia; mas no solo rechazaron su proposición, sino que dieron órdenes estrictas para que se le custodiase, esto es, que pusiesen a recaudo su persona así que tratase de hacer el menor movimiento. Un nuevo suceso acaecido en Irlanda aumentó el enardecimiento de los ánimos e hizo crecer las calumnias con que sus enemigos le habían zaherido tantas veces, y que eran para él la parte más amarga de sus infortunios.

Después de la suspensión de armas con los rebeldes irlandeses, el rey, que deseaba la paz con ellos para lograr su asistencia en Inglaterra, autorizó al marqués de Ormond a que les prometiese la

222 Memorias de Guthrie.

223 Walker, p. 148.



derogación de todas las leyes penales dirigidas contra los católicos, así como la suspensión del estatuto de Poining relativamente a algunos decretos particulares que podrían adoptarse. Lord Herbert, creado conde de Glamorgan, (a pesar de no haber sido aun confirmado su diploma), había pasado a Irlanda para negocios particulares, y Carlos juzgó que podría sacar utilidad de aquel caballero católico enlazado con las mejores casas del país. Previó también que los fanáticos irlandeses pedirían indudablemente nuevas concesiones con respecto a la religión; y que como estas concesiones, por indispensables que fueran, promoverían el escándalo entre los celosos protestantes de sus tres reinos, sería necesario tenerlas en secreto durante algún tiempo y transigir con el carácter de Ormond, dando a Glamorgan órdenes privadas para concluir y firmar dichos artículos; mas teniendo mejor opinión del afecto y lealtad de Glamorgan que de su capacidad, le previno que consultase todos estos pasos con el marqués; y aun cuando el tratado debiese ser definitivamente terminado por Glamorgan solo, se exigió de él que se dejara dirigir en sus operaciones por la opinión del lord Gobernador. Glamorgan celoso de su religión y apasionado por el servicio del monarca, aunque olvidando en esta empresa toda regla de buen criterio y de prudencia, concluyó secretamente por sí y sin entenderse con el marqués de Ormond una transacción con el consejo de Kilkenny, y prometió en nombre del rey que los irlandeses continuarían en posesión de todas las iglesias de que se habían apoderado cuando su levantamiento, con la condición de que auxiliarían al rey con un cuerpo de ejército de 10.000 hombres.

La casualidad descubrió este secreto arreglo; porque habiendo sido muerto el arzobispo titular de Tuain en una salida que hizo la guarnición de Sligo, se encontraron en su bagaje los artículos del tratado y fueron inmediatamente publicados por todas partes, enviándose copia de ellos al parlamento inglés. El lord Gobernador y lord Digby, previendo el clamor que se levantaría contra el rey, hicieron prender a Glamorgan: presentaron su temeridad como traición y le acusaron de haber obrado sin autorización de su rey. El parlamento de Inglaterra sin embargo no desaprovechó tan favorable ocasión para resucitar la queja dirigida en otro tiempo contra Carlos I de favorecer el papismo, y le acusó de entregar en cierto modo el reino entero de Irlanda a aquella detestada secta. El rey respondió «que el conde de Glamorgan había ofrecido levantar tropas en Irlanda y conducir las a Inglaterra para el servicio de su majestad, que para este objeto y no para otro alguno le había comisionado, y que no le había dado autorización para concluir ningún otro negocio sin el conocimiento y las instrucciones del gobernador, y mucho menos para tratar de asuntos de religión y de lo concerniente a las propiedades de la iglesia y de los seglares.»<sup>224</sup> Aunque esta declaración fuese conforme a la verdad; no satisfizo al parlamento; y aun hoy que el fanatismo se halla muy debilitado, pretenden algunos historiadores presentar esta inocente transacción a que el rey se había visto comprometido por la más urgente necesidad, como una mancha para la memoria de aquel desgraciado príncipe.

No dejándole pues sus inútiles esfuerzos esperanza alguna de templar el rigor del parlamento ni con las armas ni con un tratado, su único recurso estaba en las discusiones intestinas que habían subido de punto entre los partidos. Aun antes de su triunfo, los presbiterianos y los independientes se empeñaron en contestaciones sobre la división del botín, y toda la nación estaba agitada con sus contiendas civiles y religiosas.

### **Asuntos eclesiásticos.**

Aunque el parlamento se hubiese apresurado a abolir la autoridad episcopal, pasó largo tiempo sin que a aquella sustituyese otra; así que llegó a arrogarse en sus juntas toda la jurisdicción eclesiástica. Pero una ordenanza de las dos cámaras estableció por fin el uso de lo presbiteriano en todas sus formas de congregaciones, de clases, de asambleas provinciales y nacionales. Todos los vecinos de cada parroquia tuvieron que reunirse para elegir ancianos, a quienes, juntamente con los

---

224 Birch, p. 119.

ministros, se confirió la dirección absoluta de todos los intereses espirituales de la congregación. Cierta número de parroquias convecinas, por lo regular doce o veinte, formaba una clase; y el tribunal que gobernaba esta división se componía de todos los ministros y de dos, tres o cuatro ancianos elegidos en cada parroquia. La asamblea provincial ejercía su inspección sobre muchas clases vecinas y se componía sólo de eclesiásticos; la asamblea nacional estaba constituida de la misma manera, y su autoridad se extendía a todo el reino. Es probable que la tiranía ejercida por el clero de Escocia sirviese de aviso para no admitir seglares en las asambleas provinciales o nacionales, por miedo de que la nobleza, si llegaba a solicitar puestos en los tribunales superiores eclesiásticos les diese una consideración que pudiera convertirlos a los ojos del pueblo devoto en otros tantos rivales del parlamento. En los tribunales inferiores la concurrencia de los seglares podía servir por el contrario para moderar el celo exagerado del clero.<sup>225</sup>

Mas aunque se hubiese concedido a los presbiterianos la principal satisfacción que deseaban, con el establecimiento de la igualdad entre los eclesiásticos, no se tuvo por conveniente acceder a otros puntos en que habían mostrado grande empeño. La asamblea de los teólogos había decidido que el presbiteriado era de derecho divino, pero el parlamento rechazó esta decisión. La opinión de Selden, de Whitlocke y de otros políticos sostenidos por los independientes, fue la que prevaleció en punto de tanta importancia. Juzgaban éstos que si aquellos violentos religionarios conseguían que fuese reconocido su título celeste, el presbiterio llegaría a ser en breve más peligroso para el magistrado que lo había sido jamás el clero episcopal. Estos últimos aspirantes al derecho divino concedían igual origen a la autoridad civil; mas los otros, proclamándose dimanados de origen celeste, no reconocían en el poder legislativo más principio que la voluntaria asociación del pueblo.

Bajo pretexto de defender de la profanación los sacramentos, el clero de todas las sectas cristianas se atribuyó lo que llama poder de las llaves, o lo que es lo mismo, el derecho de fulminar la excomunión. El ejemplo de la Escocia bastaba para que el Parlamento estuviese preparado contra semejante tiranía; así que, por medio de una ordenanza, estableció todos los casos en que pudiera tener lugar la excomunión. Determinó que de todos los tribunales eclesiásticos pudiera apelarse al parlamento, y además creó en cada provincia jueces delegados para fallar sobre los casos no comprendidos en la ordenanza. No satisfizo a los timoratos esta mezcla dominante de autoridad civil y de autoridad eclesiástica.

Mas nada causó tan universal escándalo como la disposición de muchos de sus miembros a tolerar todas las sectas protestantes. Clamaron los presbiterianos diciendo que tal indulgencia haría semejante la Iglesia de Cristo al arca de Noé convirtiéndola en receptáculo de todos los animales inmundos. Sostuvieron que la menos importante de las verdades cristianas era superior a todas las consideraciones políticas; recordaron y alegaron la eterna obligación que el *covenant* les imponía de extirpar la herejía y el cisma; y por último amenazaban a todos sus adversarios con la misma persecución de que ellos se habían quejado con tanta amargura cuando permanecían sujetos a la jerarquía.

Tal prudencia y reserva en puntos de esta gravedad hacen mucho honor al parlamento, y prueban que a pesar del ascendiente del fanatismo, no faltaban en él individuos cuya vista se extendía a mucho más, comprendiendo en sus planes los intereses civiles de la sociedad. Estos hombres de estado, unidos a otros más fogosos, opuestos naturalmente por carácter a las usurpaciones del clero, conservaron tal autoridad sobre la asamblea de los teólogos que sólo les concedieron la libertad de emitir su opinión, quitándoles aun el poder de elegir su propio presidente, el de nombrar su sustituto, y el de conferir las vacantes de sus propios miembros.

Mientras los teólogos estaban empeñados en estas disputas espirituales, interesaban en ellas a todas las órdenes del estado; y Carlos, aunque con la esperanza de sacar algún provecho de sus divisiones, estaba muy indeciso acerca del lado a que debía hacerle inclinarse su propio interés. Los presbiterianos eran, por sus principios, los menos opuestos a la autoridad real, pero se obstinaban rígidamente en extirpar la prelatura; los independientes estaban resueltos a echar los cimientos de

225 Rushworth, tomo VII, p. 224.

un gobierno republicano; pero como no aspiraban a erigirse en iglesia nacional, se podía esperar que si obtenían la tolerancia, consentirían en el restablecimiento de la jerarquía. Era Carlos tan apegado a la jurisdicción episcopal, que se hallaba siempre dispuesto a ponerla en equilibrio con su propio poder y con la dignidad real.

Pero por grandes que fueran las ventajas que esperase conseguir de las escisiones del partido parlamentario, temían que fuese demasiado tarde para preservarle de la ruina de que se veía incesantemente amenazado. Fairfax se acercaba a Oxford con un fuerte y victorioso ejército, y tomaba las medidas convenientes para sitiar a esta ciudad que debía infaliblemente caer en sus manos. La idea de ser hecho prisionero, y llevado en triunfo por insolentes enemigos, no podía presentarse sin horror a la mente de Carlos, porque, ¿qué insultos y aun qué violencias no temer de una soldadesca fanática que aborrecía su persona y que despreciaba su dignidad? En esta desesperación abrazó un partido que en cualquiera otro caso sería justamente tachado de imprudencia.

Moutreville, ministro de Francia, aficionado a él más por los sentimientos naturales de humanidad que por ninguna instrucción de su gobierno, había solicitado de los generales y comisionados escoceses que no abandonasen a su desgraciado soberano; y aun cuando no hubiese logrado de ellos más que promesas y declaraciones vagas, no por eso dejó de comunicárselas al rey, y quizás con alguna exageración. Estas ideas inspiraron a Carlos la de abandonar a Oxford, y huir al campamento escocés situado a la sazón delante de Newark. Consideraba que la nación escocesa había recibido cumplida satisfacción en todas sus pretensiones, y que destruidos ya en ella el episcopado y la autoridad real, ya no tenía otras cesiones que pedirle. Sabía que en todas las disputas que sobre los artículos de la paz se suscitaron, los escoceses habían abrazado siempre el partido más humano, procurando mitigar el rigor del parlamento de Inglaterra. Por otra parte habíanse declarado causas de gran descontento entre las dos naciones, y los escoceses habían podido advertir que a medida que iba siendo menos necesaria su asistencia, se tenían en menos sus servicios, estaban muy cuidadosos del progreso de los independientes y muy escandalizados de saber que por días se iba tratando con menos miramientos y veneración a aquel *covenant* de que eran tan apasionados. La negativa de reconocer un derecho divino al presbiteriado y la infracción de la disciplina eclesiástica por consideraciones políticas eran grave motivo de ofensa; y Carlos creyó que, en sus actuales disposiciones, la vista de su príncipe natural, volando hacia ellos en su desesperada aflicción, reanimaría en sus pechos todas las centellas de generosidad y le haría obtener su apoyo y protección.

Para ocultar su proyecto, diose orden en todas las puertas de Oxford de dejar pasar a tres hombres, y la misma noche Carlos, acompañado solamente del doctor Hudson y de Ashburnham, salió por la puerta que conduce a Londres, haciéndose pasar por criado de este último; atravesó los pueblos de Henley y St. Albans y se acercó a la capital hasta Harrou-On-The-Hill; un momento tuvo la idea de entrar en Londres y de entregarse a la compasión del parlamento, pero en fin llegó por caminos extraviados al real del ejército escocés, situado delante de Newark (5 de mayo). Noticioso el parlamento de su evasión de Oxford, publicó las órdenes más severas amenazando con la muerte a cualquiera que se atreviese a recibirle y ocultarle.<sup>226</sup>

### **Se rinde el rey a los escoceses en Newark: Fin de la guerra.**

Los generales y comisionados escoceses afectaron gran sorpresa a la aparición del rey, y aunque no le negaron ninguna de las manifestaciones exteriores de respeto debidas a su dignidad, no dejaron de ponerle una guardia, como para protegerle, con la formal intención de tenerle prisionero. Informaron al parlamento de Inglaterra de este inesperado acontecimiento, protestando no haber hecho con Carlos ningún tratado particular. Su primer cuidado fue reclamar de este

---

226 Whitlocke, p. 209.

príncipe una orden para que Bellasis, el gobernador de Newark, hiciese entrega de su plaza reducida a la sazón al último aprieto; orden que fue inmediatamente cumplida. Sabedores después de que las dos cámaras pretendían disponer exclusivamente de la persona del rey, y de que en el ejército inglés se habían advertido algunos movimientos hacia Newark, juzgaron prudente retirarse hacia el norte y fijar su campamento en Newcastle.<sup>227</sup>

Mucho agradó en esta resolución al rey, y le hizo confiar en la protección de los escoceses: observaba particularmente la conducta de sus ministros, de quienes todo parecía depender. Viose entonces convertido el púlpito evangélico en escena de toda especie de novedades, y a cada pequeño incidente resonaba en él citada y destrozada la Santa Escritura, puesta al servicio de las circunstancias. El primer ministro que predicó delante del Rey escogió por texto algunos versículos del libro segundo de los Jueces, cuya aplicación era sumamente favorable; mas pronto reconoció Carlos que el objeto del predicador no había sido más que una feliz alusión, y que los celosos *covenantarios* no por eso se mostrarían más templados en su favor. Otro ministro, después de haberle echado en cara con insolencia su mala administración indicó para el canto el salmo que empieza, en la traducción inglesa, con estos dos versos:

*Why dost thou, tyrant, boast thyself  
thy Wicked deeds to praise?*<sup>228</sup>

Carlos se levantó e indicó el salmo que empieza en inglés con estos versos:

*Have mercy, Lord, on me, I pray;  
Formen would me devour.*<sup>229</sup>

Compadecida la asamblea viendo la majestad real tan humillada, manifestó entonces más deferencia por el rey que por el ministro y entonó el salmo comenzado por Carlos.

Muy amarga debía ser para él esta situación. No solo se veía prisionero y severamente custodiado, sino que también sus amigos habían sido separados de él con cautela, y, ni verbalmente ni por escrito, se le consentía la menor comunicación con persona alguna reconocida o sospechada de adhesión a su causa. Los generales escoceses rehusaron entrar con él en explicaciones, y siguieron tratándole con aquellas apariencias de ceremonia y de respeto, merced a las cuales se conservaban de él distante. Si algunas proposiciones le hicieron sólo fueron para precipitar su humillación y su ruina.<sup>230</sup>

Exigieron que enviase a Oxford y a las demás plazas suyas, orden de entregarse a los oficiales del parlamento, Carlos juzgando inútil la resistencia, accedió a su demanda. Honrosas fueron en verdad las condiciones impuestas a las tropas que las guarnecían; y Fairfax por su parte las cumplió estrictamente. Lejos de permitir la menor violencia contra los malhadados realistas, ni siquiera permitió el insulto del triunfo, con lo cual su ánimo generoso hizo que, en la apariencia al menos terminase tranquilamente una guerra tan cruel y asoladora.

Ormond, obedeciendo a las mismas órdenes, entregó a los oficiales parlamentarios el castillo de Dublín y otras fortalezas. El mismo Montrose, después de algunas alternativas de buena y mala fortuna, dejó las armas y se retiró a país extranjero.

El último del reino en someterse a la autoridad del parlamento fue el marqués de Worcester, de más de 84 años de edad, quien defendió, hasta el último punto el castillo de Raglan, y no abrió sus puertas hasta mediados del mes de agosto. Cuatro años días más o menos habían transcurrido desde que Carlos enarbó por primera vez en Nottingham el estandarte de la guerra. Durante cuatro años, las tres naciones de la Gran Bretaña habían derramado la sangre de sus conciudadanos desolando la patria con sus contiendas religiosas y civiles.

El parlamento y los escoceses presentaron al rey sus proposiciones: eran estas cual podía esperarlas de un inexorable vencedor un cautivo reducido al postrer abatimiento, no eran sin embargo más crueles y desventajosas como las que les presentaron antes de la fatal derrota de

227 Rushworth, tomo VII, p. 271. (2) (5) Esto es:

228 Es decir: «¿Por qué te jactas, tirano, de tus maldades?»

229 «Compadecemos de mí, Señor, porque los hombres quieren devorarme.»

230 Clarendon, tomo V, p. 30.

Naseby. En vez de los diez años ofrecidos por Carlos habían de gozar por veinte el poder ejecutivo (*the power of the sword*), con el derecho de imponer todas las contribuciones que el parlamento juzgase necesarias para la conservación de sus tropas. Los demás artículos eran en el fondo los mismos que la otra vez.

Respondió Carlos que era preciso meditar con calma tales proposiciones, pues debiendo introducir en el gobierno innovaciones importantes y acaso peligrosas; entonces los comisionados le concedieron diez días de término para la meditación que deseaba. Pidió algunas explicaciones sobre la naturaleza y alcance de algunas palabras, a lo que le dijeron que no tenían poderes para entrar con él en discusión, y que no le pedían otra cosa más que el consentimiento o la negativa. Solicitó una conferencia personal con el parlamento y se le notificó con tono amenazador que si tardaba en explicarse, el parlamento por su propia autoridad dispondría de los destinos de la nación.

No era el retardo con el rey el objeto principal del parlamento sino el que intentaba celebrar después con la nación escocesa. Quedaban por ventilar dos puntos de grande importancia: conseguir que los escoceses le entregasen la persona del rey, y la evaluación de sus atrasos.

Pretendían aquellos que siendo Carlos rey de Escocia lo mismo que de Inglaterra, las deliberaciones y votaciones sobre su persona debían ser iguales y comunes; y que en el caso presente, siendo iguales los derechos e indivisible el sujeto correspondía la preferencia al actual poseedor. Los ingleses por su parte sostenían que hallándose actualmente en Inglaterra estaba comprendido en la jurisdicción de su reino y que ninguna nación extraña podía disponer de él. Cuestión por cierto delicada y que no podía decidirse por ningún precedente, puesto que no suministraba la historia ninguna situación semejante.

Como ambas naciones caminaban acordes en imponer al rey tan severas condiciones que a pesar del miserable estado de su fortuna no podía menos de negarse constantemente a ellas, parece indudable que no deseaban mucho su libertad. Aquella mezcla contradictoria de dulzura y de tiranía no podía ser su único objeto. Antes de la ratificación de los artículos, los parlamentos de ambos reinos habían de quedar en posesión del gobierno entero, y este plan era incompatible con la libertad del monarca. Llevarle a una prisión de Escocia, donde para custodiarle no se podría disponer sino de una fuerza muy pequeña, era un partido que presentaba tantos inconvenientes y peligros que aun cuando los ingleses le aprobaran, no hubiera creído poderle abrazar la nación escocesa. ¿Ni cómo sostener una resolución de esta especie contra la Inglaterra, poseedora en la actualidad de numerosos y triunfantes ejércitos, íntimamente unidos al parecer con el parlamento? Es pues evidente que el único partido que a los escoceses quedaba, si no querían abandonar enteramente al rey, era entrar de lleno y con buena fe en la sumisión, y unidos con los realistas de ambos reinos, emplear la fuerza de las armas para reducir al parlamento de Inglaterra a más moderadas condiciones. Pero además de ser expuesta esta empresa ¿no equivalía a reunirse por un instante con sus antiguos enemigos, contra sus amigos antiguos, y a derribar en un acceso de generosidad novelesca lo que desde tantos años atrás habían querido fundar prodigando sus tesoros y su sangre?

Aunque estas reflexiones no fuesen extrañas a los comisionados escoceses, resolvieron estos prolongar la discusión y retener al rey como prenda de los atrasos que reclamaban de la nación inglesa, y tanto más por cuanto en la presente disposición de Inglaterra era ese el único medio que se les presentaba para lograrlos. La suma, según se cuenta, se acercaba a dos millones de libras esterlinas, puesto que no había habido regularidad en sus pagas desde su salida de Escocia; y aunque debieran deducirse las contribuciones por ellas impuestas y otras varias exacciones, sus pretensiones eran aun muy considerables. Al cabo de largas discusiones se convino en que aceptarían por saldo 400.000 libras esterlinas, pagaderas la mitad inmediatamente y lo restante en el término de un año.

Grande afán se dieron los escoceses (y los ingleses se prestaron aquella aparente delicadeza) para hacer creer que aquella evaluación y aquel pago de sus atrasos era una transacción muy diferente de la que hacía relación a la persona del rey; pero la sana razón exige que no se haga entre

ellas ninguna diferencia. Es evidente que si los ingleses no hubieran estado seguros de antemano de que se les iba a entregar el rey, nunca se hubieran desprendido de una suma tan cuantiosa ni se hubieran empobrecido fortaleciendo a un pueblo con el que en breve iban a tener que discutir tan graves intereses.

De esta suerte pesó y pesa todavía sobre la nación escocesa (pues no se lava fácilmente tan fea mancha) el cargo de haber vendido a su rey por dinero. En vano sus comisarios y sus generales alegaron que aquel dinero se debía a sus servicios; que en su actual situación no habían podido sin grande imprudencia, o sin un evidente peligro tomar ningún otro partido; que si habían entregado a su señor a sus declarados enemigos, no le eran ellos mismos menos enemigos que aquellos a quienes le habían entregado, y que el odio común que ambos le profesaban unía muy de antiguo a los dos partidos en una estrecha alianza: en vano, porque siempre se les respondió que habían empleado aquel escandaloso arbitrio para obtener sus pagos y que después de haber tomado las armas sin ninguna provocación contra su soberano, que siempre había sido un padre para ellos, habían caído justamente en una situación de la que no les era posible salir, sin imprudencia o infamia.

La ignominia de aquel trato produjo tan viva impresión en el parlamento de Escocia, que inmediatamente declaró que se protegería al rey y se exigiría a todo trance su libertad; pero la asamblea general de la Iglesia escocesa atacó esta resolución y declaró que habiendo Carlos desechado el *covenant*, aunque se le había instado para que le aceptase, no les estaba bien a los amigos del cielo interesarse por su suerte. Después de esta declaración no le quedó al parlamento más arbitrio que retractar la suya.

Cuando recibió Carlos la última resolución de los escoceses que se le comunicó en una carta, estaba jugando al ajedrez, y fue tal su dominion sobre sí mismo que continuó muy sereno la partida empezada, sin que nadie en derredor suyo advirtiese que el escrito que acababa de recibir contenía noticias importantes. Cuando pocos días después llegaron los comisarios ingleses para recibirle bajo su custodia de manos del ejército escocés, admitiéndolos a besar su mano con la misma majestad y el mismo agrado que si hubiesen ido a hacerle la corte: felicitó en particular al anciano conde de Pembroke, que era uno de ellos, por haber tenido bastante fuerza y vigor para hacer un viaje tan largo en aquella estación con tantos jóvenes.

### **Entregan al rey los escoceses.**

En Newcastle recibieron al rey los comisarios ingleses, quienes le condujeron con buena escolta a Holdenby, en Northampton (1647). En aquel viaje todas las poblaciones circunvecinas acudieron de tropel a verle, unos por compasión, otros por afecto, y los más por curiosidad: los que todavía le guardaban algún rencor, viéndole en la desgracia, pasaron silenciosos, mientras que los que le deseaban mejor fortuna, más generosos que prudentes le acompañaban con lágrimas, con aclamaciones y ardientes votos por su libertad. La antigua superstición que hacia al pueblo considerar el contacto material del rey como un remedio soberano para la curación de las enfermedades escrofulosas, pareció recibir nuevo crédito entre el vulgo de la general ternura que empezaba a reanimarse hacia aquel virtuoso y desgraciado monarca.

Los comisarios hicieron su prisión en Holdenby muy rigurosa despidiendo a todos sus antiguos criados y privándole de toda visita y de toda comunicación con sus amigos y familia. El parlamento, a quien rogó que le dejase a sus capellanes ordinarios, le rehusó este consuelo, porque no habían aceptado el *covenant*; y Carlos por su parte rehusó constantemente asistir al oficio divino en la forma del directorio presbiteriano, porque aun no había dado su sanción a aquel método de culto. Tal era el fanatismo en ambos partidos y tal la funesta condición a que había reducido al rey y al pueblo!

Durante el tiempo que pasó Carlos en Newcastle en el ejército escocés, murió el conde de Essex, aquel general malquisto del parlamento, pero todavía poderoso y popular. Su muerte, en aquellas circunstancias, fue una calamidad pública: el espectáculo de los excesos a que habían llegado las cosas públicas y el temor de consecuencias todavía más desastrosas, le habían inspirado la resolución de ajustar la paz y de remediar en lo posible los grandes males a que tanto había él contribuido más por error que por dañada intención. Los presbiterianos o sea el partido moderado de los comunes, se hallaron grandemente debilitados por aquella pérdida, y los flacos restos de autoridad que todavía conservaba la cámara de los pares quedaron en cierto modo totalmente destruidos.<sup>231</sup>

---

231 Clarendon, tomo V, p. 43.

## LIX. Carlos I—1647

### Situación de los partidos.

Poco duró el dominio del parlamento: apenas hubo triunfado de su soberano, alzáronse contra él sus mismos servidores y le derribaron de un trono tan resbaladizo. Una vez violados los sagrados límites de las leyes, nada era suficiente a contener los desordenados progresos del celo y de la ambición y cada nueva revolución fue un ejemplo para la sucesiva.

A medida que pareció menos terrible la autoridad real, estallaron cada día las divisiones entre los independientes y los presbiterianos, y los que querían conservarse neutrales viéronse por fin obligados a buscar un asilo en una u otra de ambas facciones. Diose la orden de que se procediese a algunas elecciones con el objeto de que fuesen reemplazados los miembros que habían muerto o los que por su adhesión al partido realista habían sido declarados incapaces de ejercer sus funciones: los presbiterianos sin embargo conservaron todavía la superioridad del número en la cámara de los comunes y todos los pares a excepción de lord Say pasaban por ser de este partido. En el ejército predominaban los independientes, a los que se habían adherido los sectarios inferiores y las tropas de la nueva planta estaban generalmente inficionadas del mismo entusiasmo. El partido independiente y la cámara de los comunes contaban especialmente con su apoyo en el proyecto de adquirir una superioridad absoluta sobre sus adversarios.

No bien se hubieron retirado los escoceses cuando, viéndolo todo los presbiterianos reducido a la obediencia, trataron de licenciar una gran parte de las tropas, queriendo, bajo el especioso pretexto de disminuir las cargas públicas, dar un golpe mortal a la facción contraria. Proponíanse embarcar un considerable destacamento para la Irlanda, a las órdenes de Skippon y Massey, verificando una gran reducción en la parte restante<sup>232</sup>. Sospéchase además que habían concebido el proyecto de sujetar al ejército a una nueva planta con el fin de recobrar la superioridad que imprudentemente perdieron por la primera.

Poca inclinación tenían las tropas al servicio de Irlanda, país tártaro, inculto, asolado por la mortandad y por todos los horrores que acompañan a las conmociones civiles: todavía deseaban menos dispersarse y tener que renunciará un estipendio que a costa de tantas fatigas y peligros habían ganado y del que se proponían disfrutar en el seno de un dulce reposo. La mayor parte de los oficiales siendo también de la más ínfima clase del pueblo, no tenían otra perspectiva al ser privados de sus empleos que volverá sepultarse en sus primeras obscuridad e indigencia.

Hiciéronse más peligrosos para el parlamento estos motivos de interés personal a causa del espíritu religioso de que estaba animado el cuerpo de la milicia. Los sentimientos de la vergüenza, del deber, del honor tienen sobre la generalidad de los hombres que han recibido la educación común de las sociedades civiles y regulares, una considerable influencia que sirve para contrapesar y aun para dirigir los motivos que se derivan del propio interés; pero por un efecto del fanatismo que a la sazón dominaba al ejército inglés, estos saludables principios se iban desacreditando y se los consideraba como invenciones puramente humanas, o como instituciones morales que convenían más bien a paganos que a almas cristianas.<sup>233</sup> *El Santo* de las tropas parlamentarias, guiado por una autoridad superior, tenía la plena libertad de satisfacer sus inclinaciones disfrazadas con la máscara del celo y de un piadoso fervor; y sin contar con las extrañas corrupciones que de este espíritu debían nacer, eludía y relajaba todos los vínculos del orden moral, dando un curso sin

<sup>232</sup> No querían conservar para el servicio sino 14.000 hombres: 6.000 caballos, 6.000 peones y 6.000 dragones *Bates*.

<sup>233</sup> Rushworth, tomo VI, p. 134.



límites y hasta el sello de la santidad al amor propio y a la ambición, pasiones ambas tan naturales en el hombre.

Confirmábanse además en su desobediencia a los superiores los confesores militares por esa especie de orgullo espiritual que es tan ordinario en la devoción mal entendida. «No eran ellos, decían, unos meros genízaros, unos mercenarios alistados por el dinero de manera que estuviesen a la disposición del que los pagaba. La religión y la libertad eran el motivo por que tenían las armas en la mano y ellos debían velar para que se conservasen a las generaciones futuras estas dos preeminencias que habían comprado al precio de su sangre.» Con el mismo derecho con que los presbiterianos tomaron los nombres de *santos* o *bien intencionados*<sup>234</sup> para distinguirse de los realistas, honraronse magníficamente con los mismos nombres los independientes para contradistinguirse de los presbiterianos, arrogándose todo el ascendiente que esta denominación enfática parecía llevar en sí misma.

Oyendo hablar de partidos en la cámara de los comunes y no pudiendo ignorar que el número de sus amigos era el menor, las tropas se interesaron naturalmente en esta peligrosa distinción y se apresuraron a dar la superioridad a sus partidarios. Sin considerar que todo cuanto habían sufrido podía ser una inevitable consecuencia de las circunstancias, lo atribuyeron a un premeditado designio de oprimirlos y lo consideraron como un efecto de la malicia y de la animosidad de sus adversarios.

No obstante las rentas inmensas que debieron haberse recaudado de las tallas, de los repartos, secuestros y *composiciones*, debíanse al ejército considerables atrasos y algunos, tanto soldados como oficiales, tenían que reclamar cerca de un año de su paga. Sospecharon que no era accidental esta morosidad, y que se trataba de ponerlos en la necesidad de acuartelarse a discreción para que haciéndose de esta manera odiosos a los pueblos hubiese un motivo plausible para dispersarlos. Veían ellos que la mayor parte de los miembros que habían sido empleados en las comisiones y en los destinos civiles habían acumulado grandes riquezas, acusáronlos de rapiña; y no teniendo idea de que los comunes hubiesen adoptado medidas para hacer efectivo el pago de sus atrasos, temieron que una vez dispersos o embarcados para Irlanda, sus enemigos, que dominaban en las dos cámaras, los privarían del todo de sus derechos y los oprimirían impunemente.

### Motines en el ejército.

Con este fundamento o con este pretexto amotinóse el ejército diversas veces. Una petición dirigida al general Fairfax y por todas partes difundida reclamaba el olvido, ratificado por el rey de todos los actos ilegales de que podían haberse hecho culpables los soldados durante la guerra el pago de los atrasos, la exención del servicio forzoso, un alivio para las viudas y para los inválidos, y la soldada hasta el licenciamiento<sup>235</sup> Alarmáronse los comunes al recibir esta nueva, conociendo los elementos inflamables de que se componía el ejército: sabían que si no se refrenaba en su origen aquella trama podía tener las más fatales consecuencias y sobrepondría prontamente el poder militar a la autoridad civil; y así no solamente hicieron que se presentasen algunos oficiales para responder de aquella temeridad, sino que declararon inmediatamente (30 de marzo) que la pretensión militar tenía una tendencia a promover el desorden, a imponer la ley al parlamento y a poner obstáculos a los socorros que se destinaban a Irlanda, y concluyeron con la amenaza de que tratarían a los que la favoreciesen como a enemigos del estado y perturbadores del reposo público<sup>236</sup>. Semejante declaración que pudo muy bien calificarse de violenta, especialmente en un tiempo en que las quejas del ejército no estaban destituidas de fundamento; produjo funestos resultados. Clamaron los soldados que se los despojaba de los privilegios de la nación; que se les quería privar hasta del

234 *She godly, or the well affected*. Rushworth, tomo VII, p. 474.

235 Hist. parl., tomo XV, p. 342.

236 Hist. parl., tomo XV, p. 344.

derecho de exponer los males que estaban sufriendo; que mientras eran favorablemente acogidas las peticiones del conde de Essex y otros contra el ejército, a ellos se les imponía el silencio, y que por una facción del parlamento los mismos a quienes la nación era deudora de su libertad se veían reducidos a la más dura servidumbre.

Tal era la disposición de las tropas a la llegada de Warwick, de Dacry, de Massey y de los otros comisarios nombrados para proponerles el servicio de Irlanda<sup>237</sup>. En vez de oírles, sus palabras causaron indignación; se pidió una amnistía, se reclamaron tumultuosamente los atrasos, y sin dar muestra de descontento de Skippon a quien estaba destinado el mando, manifestaron mucho más gusto en servir a Fairfax y Cromwell<sup>238</sup>. Trabajo les costó a algunos oficiales del partido presbiteriano, que se habían comprometido a ir a servir a Irlanda, reunir unos cuantos soldados; y todos los demás, viéndolos expuestos al odioso cargo de desertión y de traición a la causa común, permanecieron firmes en su liga secretamente formada<sup>239</sup>.

Como las peticiones y representaciones son la vía más prudente que puede adoptar una facción, más de cien oficiales presentaron una memoria al parlamento, en la cual, haciendo su propia apología, y con tono bastante imperioso, establecían su derecho de presentar peticiones, y se quejaban de las imputaciones que se les habían hecho por la cámara baja<sup>240</sup>. Algunos regimientos, en una carta particular que en corporación escribieron a Skippon, unieron a los mismos argumentos, quejas amargas por un proyecto formado contra ellos y contra otros muchos partidarios de la causa de Dios, y declararon que no se comprometerían en el servicio de Irlanda, antes de obtener la justa satisfacción que pedían<sup>241</sup>. El ejército, en una palabra, conocía sus propias fuerzas y estaba resuelto a imponer la ley.

No estaba menos resuelto el parlamento a conservar su dominio, si le era posible; más debilitadas sus fuerzas y su autoridad, no le era fácil encontrar un arbitrio conforme a sus miras. El que eligió fue precisamente el peor de todos los que se le hubieran podido presentar. Comisionó a Skippon, Cromwell, Ireton y Fleetwood para que fuesen al cuartel general de Saffron-Walden, en el condado de Essex, con autorización para hacer ofrecimientos al ejército, y examinar las causas de su destemplanza (7 de mayo). Estos oficiales, o por lo menos los tres últimos, eran los mismos autores secretos del descontentamiento, y no dejaron de fomentar los desórdenes que se les encargaba apaciguar: sus instigaciones fueron causa de que se tomase un partido que, precipitando de repente las cosas a su término, hizo el mal incurable.

Fue éste el oponer un parlamento militar al parlamento de Westminster. Establecióse un consejo de oficiales superiores por el estilo de la cámara alta; y para representantes libres del cuerpo del ejército, se eligieron en cada compañía dos oficiales inferiores o bien dos soldados<sup>242</sup> con el título de *agitadores*: así se encontró el medio de pagar tributo a la manía de la época, que era hacer planes imaginarios de república, y al mismo tiempo de abrirse un camino expedito para fomentar bajo cuerda la sedición de las tropas.

Reunido este terrible tribunal, declaró desde luego que no había *destemplanza* en el ejército pero que reconocía en él algunas *dolencias*, causa de justos clamores, y falló que eran insuficientes las promesas del parlamento, pues sólo les prometía, dijeron estos nuevos árbitros, los atrasos de ocho semanas de soldada; cosa bien pequeña comparada con las 56 que al ejército se debían: en cuanto al resto ninguna seguridad ofrecía. Por otra parte, declaradas las tropas enemigas del estado, y pudiendo en lo sucesivo ser perseguidas como tales, era preciso empezar por retractar aquella declaración. Antes de que a este punto llegasen las cosas, Cromwell tomó la posta para Londres, bajo pretexto de ir a dar cuenta al parlamento del descontento del ejército.

---

237 Rushworth tomo VII, p. 457.

238 Id. p. 458.

239 Id. p. 461, 556.

240 Id. p. 468.

241 Id. p. 474.

242 Rushworth, tomo VII, p. 485. Clarendon, tomo V, p. 43.

Hizo el parlamento un vigoroso esfuerzo para restablecerse de nuevo en el lleno de su autoridad: mandó que todas las tropas que pensasen alistarse para Irlanda fuesen inmediatamente disueltas: al mismo tiempo el consejo del ejército dispuso una convocación general de todos los regimientos, para establecer el orden en sus comunes intereses; y mientras los oficiales se disponían de aquella manera a hacer cara al parlamento, dieron otro golpe que decidió por ellos la victoria.

### Rapto del rey por Joyce.

Presentóse en Holdenby un cuerpo de 500 caballos al mando de Joyce, sastre en otro tiempo, pero ascendido en la actualidad al grado de porta estandarte, y reconocido en el ejército por uno de sus más activos agitadores. Joyce, sin oposición ninguna de parte de la guardia del rey, la cual estaba en sus mismos intereses, penetró hasta la cámara de Carlos, se presentó a él armado de pistolas (3 de junio), y le notificó que era preciso partir al instante.

—¿A dónde? —dijo el rey.

—Al ejército —replicó Joyce.

—¿Por orden de quién? —preguntó Carlos.

Joyce entonces le enseñó con la mano un grupo de jinetes arrogantes y bien equipados que había llevado consigo

—Vuestras órdenes —le dijo Carlos sonriendo— están escritas con muy grandes e inteligibles caracteres.

Los comisionados del parlamento, que no se habían separado de Holdenby, llegaron a la cámara, y preguntaron a Joyce si para obrar de aquella manera estaba autorizado por sus comitentes.

—No —dijo Joyce.

—¿Por el general?

—Tampoco.

—¿Qué autoridad traía pues?

Lo mismo que al rey, les mostró a ellos sus jinetes.

—Escribiremos al parlamento —le dijeron para saber sus intenciones.

—Como gustéis —contestó Joyce—; pero entre tanto es preciso que el rey se venga conmigo.

Toda resistencia era inútil; Carlos, después de haberlo dilatado cuanto pudo, subió a su carruaje, y fue conducido al ejército, el cual estaba en marcha en dirección de Tripto-Hearh, cerca de Cambridge. Este suceso, cuya noticia llegó al parlamento por medio de sus comisionados, difundió en él la mayor consternación<sup>243</sup>.

El mismo Fairfax no pareció menos sorprendido con la llegada del rey: no se había comunicado al general un golpe de mano tan atrevido; la orden fue puramente verbal y no se consultó con nadie. Mientras todos afectaban admiración, Cromwell que había sugerido el plan, llegó a Londres y puso fin a las deliberaciones.

Este osado y diestro conspirador se condujo en el parlamento con tanta reserva y disimulo, con tan refinada hipocresía, que llegó a engañar por mucho tiempo a aquellos mismos que por su larga práctica en arterías análogas debían parecer más desconfiados. A cada noticia que llegaba de los desórdenes del ejército se manifestaba transportado de cólera y de dolor, lloraba amargamente, deploraba los infortunios de su patria, proponía los más violentos remedios para refrenar la indisciplina del soldado; y con sus precipitados consejos, que no dejaban duda alguna de su buena fe, suscitaba descontentos de que después había de sacar partido. Ponía por testigos al cielo y a la tierra de que su celo por el parlamento le había hecho tan odioso al ejército, que su vida estaba allí en peligro, y de que sólo a duras penas había conseguido ponerse a cubierto de un plan tramado para asesinarle; mas habiendo la cámara recibido la noticia de que los oficiales más exaltados y los

243 Clarendon, tomo V, p. 47.

más celosos agitadores eran amigos suyos y sus hechura, los caudillos parlamentarios tomaron secretamente la resolución de presentar contra él una acusación así que entrase en la cámara, y de hacerle conducir a la Torre; pero Cromwell, acostumbrado en sus desesperadas empresas a verse muy a menudo en la orilla del precipicio, sabía trocar su posición con tanta habilidad como audacia. Sus confidentes le dieron aviso del designio; y él partió inmediatamente al campamento, donde fue recibido con aclamaciones de júbilo, e investido al momento con el mando supremo del ejército.

Fairfax que carecía de talento para la intriga y de penetración para descubrir las que los otros urdían, puso su entera confianza en Cromwell, quien, con los pretextos mejor disfrazados y con apariencias de franqueza y de conciencia escrupulosa, dominaba en el sencillo carácter de aquel valiente y virtuoso oficial. El consejo militar no obedecía más que a las inspiraciones de Cromwell, ni servía para otra cosa que para transmitir su voluntad a todo el ejército. Merced a su conducta reservada y artificiosa, veíase éste en una situación que le permitía ocultar al público aun mejor sus planes; y fingiendo obedecer las órdenes de su superior, o ceder a los movimientos de los soldados, podía abrirse secretamente el camino de su futura grandeza. Mientras los desórdenes del ejército estaban en su principio, permaneció como desviado por el temor de sofocarlos con su fingida aversión, o de excitar las sospechas del parlamento alentándolos en secreto, pero tan luego como los creyó llegados a su sazón y madurez, juntó abiertamente las tropas, y en este momento crítico dio el golpe importante de apoderarse de la persona del rey, y de privar al parlamento de todo recurso para celebrar una transacción con aquel desgraciado príncipe. Al despojarse de su primer disfraz, conservaba otro para ocultar su verdadera fisonomía. Cuando la dilación era necesaria sabía imponerse la más infatigable paciencia: si se requería prontitud, nadie le igualaba en actividad y arrojo. Esta reunión de las más opuestas cualidades le hacía capaz de asociar los intereses más opuestos para convertirlos juntos al logro de sus secretas miras.

### **Marcha el ejército contra el parlamento.**

Aunque privado de defensa en la actualidad, poseía el parlamento numerosos recursos, y podía con el tiempo ponerse en estado de resistir a la violencia que le amenazaba. No lo ignoraba Cromwell y sin forma de deliberación hizo marchar el ejército hacia Londres, y en pocos días acampó en St-Albans.

Nada más agradable para el pueblo que estas apariencias de hostilidad contra el parlamento. Tanto como lo había sido de su adoración, llegó esta asamblea a ser para él un objeto de odio.

El decreto de renunciamiento a si mismo no tuvo ejecución sino hasta la retirada de Essex, de Manchester, de Waller, y de otros oficiales a quienes se había querido quitar de enmedio. Apenas despacharon estos sus comisiones, se la dejó en olvido por un tácito consentimiento; y los miembros, repartiéndose todos los empleos que daban autoridad o provecho se dieron impunemente a saquear y tiranizar la nación. Aun cuando pudiese en su situación disculpar la necesidad algunas de sus medidas, el pueblo, que no estaba acostumbrado a semejante clase de gobierno, se halló poco dispuesto para sufrirlo.

No sin trabajo habían conseguido los reyes precedentes que los comunes, con su carácter receloso, les prestasen un pequeño socorro de 100.000 libras esterlinas anuales. De todas las naciones de Europa, la inglesa era la menos acostumbrada a los impuestos; pero aquel parlamento, desde el principio de la guerra, había exigido en cinco años, según algunos autores, más de 40 millones, y no por eso dejaba de verse abrumado de deudas y empeños que parecían entonces prodigiosos. Aun dado que en este cálculo haya mucha exageración, parece indudable que las tallas y contribuciones eran incomparablemente mayores que en ningún otro tiempo, y estas exageraciones populares deben por lo menos mirarse como una prueba del público descontento.

No suscitaba menos quejas y reclamaciones la distribución de aquellas sumas, que la indiscreción con que se recaudaban. Se asegura que la cámara baja echó mano abiertamente de una

suma de 300.000 libras esterlinas, que se repartió entre sus miembros. Los comisionados, a quienes estaba confiada la administración de varios ramos de hacienda, jamás dieron cuenta de ellos, y consiguieron autorización para extraer del tesoro público cuantas sumas juzgasen necesarias. Los ramos y departamentos de la hacienda se habían multiplicado inútilmente para que los cobros fuesen más misteriosos y oscuros, y pudiesen entrar más personas en la repartición, con facilidad de disfrazar los robos que todo el mundo sospechaba.

El método de contabilidad establecido en el *exchequer* era el más exacto, más antiguo y mejor conocido, y por consiguiente, el menos sujeto a fraudes. Por lo tanto se abolió el *exchequer* y se abandonó la hacienda a la administración de una junta que no estaba sujeta a inspección alguna. La *excisa* (*excise*) era un impuesto odioso, desconocido en otro tiempo y que comprendía en la actualidad a los mismos comestibles y objetos de primera necesidad. Casi la mitad de los bienes y de los ganados, y la mitad por lo menos de las tierras, y de sus rentas y productos, fueron secuestrados por este medio. Para hacer estos secuestros no se solía guardar consideración alguna ni término con la mayor parte de los realistas; y los demás sólo las alcanzaban pagando onerosas contribuciones; y sometiéndose al *covenant* que aborrecían. Además de la compasión que excitaba la ruina y la desolación de un gran número de antiguas y respetables familias, no podían menos de desaprobado los más indiferentes espectadores la injusticia de castigar tan severamente acciones que la ley, en su interpretación más ordinaria y constante, exigía con estrechez de todo ciudadano.

Imposible era que los rigores ejercidos contra el clero episcopal no disgustasen en gran manera a los realistas, y aun a todas las gentes de buena fe. Según el más moderado cálculo, aparece que más de la mitad de la antigua iglesia estaba reducida a la mendicidad, sin más crimen que su adhesión a los principios civiles y religiosos en que cada cual había sido educado, y a aquellas mismas leyes a cuya sombra abrazaron su profesión. El único medio de preservarse de una suerte tan triste, era firmar el *covenant*, y abjurar el episcopado y la liturgia; y ni aun esta misma elección era permitida si se traslucía el menor indicio de lo que entonces llamaban *malignidad* o afecto al rey, que tan tiernamente amaba el clero. El carácter sagrado que da tanto peso al sacerdocio, más venerable aun con los padecimientos que atraía sobre los desgraciados realistas la fidelidad a sus principios, acrecía la indignación contra sus perseguidores.

Pero lo que más generales y más amargas quejas causaba, era la tiranía sin límites y la despótica administración de las juntas provinciales. Durante la guerra, el poder discrecional de estos tribunales tuvo por excusa la necesidad; pero la nación se desesperaba al ver que su duración no tenía término ni límite su autoridad. Érales permitido secuestrar los bienes, imponer multas, prisiones, penas aflictivas sin apelación ni recurso, entremetíanse en las cuestiones de propiedad; bajo pretexto de castigar la *malignidad*, ejercían la venganza contra sus enemigos particulares; hacían venal su protección a los culpables y aun a veces a los inocentes. Finalmente, en lugar de una cámara estrellada que se había abolido, existían otras ciento de nueva creación, provistas de mejores pretextos y armadas de un poder aun más ilimitado<sup>244</sup>.

En tan miserable situación, si algo hubiera podido aumentar la indignación contra la esclavitud a que redujo a Inglaterra su desmedida pasión a la libertad, hubiera sido sin duda el considerar por que especie de pretensiones se había visto burlado el pueblo tanto tiempo. Aquellos santificados hipócritas que daban a sus públicas rapiñas el nombre de *despojos de los egipcios*, y a sus tiránicas violencias el de *dominación de los elegidos*, mezclaban a sus iniquidades fervientes y prolijas oraciones, disimulaban su desvergüenza con zalamerías de devoción, y se armaban con el nombre de Dios para ejercer su crueldad sobre los hombres. Una violencia franca y declarada hubiera quizá podido perdonarse; pero insultar al común seso con semejante audacia, abusar de la religión hasta ese exceso era lo que hacía subir de punto la indignación entre los que no vivían engañados por aquella máscara infernal.

Viéndose perdido el parlamento en la opinión del pueblo, y amenazado de cerca por un ejército poderoso, sufría las congojas de la desesperación, y buscaba en vano recursos iguales al

244 Clemente Walker, *Historia de la Independencia*, p. 5.

daño presente. Londres conservaba aun mucho apego al presbiterianismo; y su numerosa milicia, cuya reputación había aumentado con las últimas guerras, fue puesta por un reciente decreto en manos en las cuales podía el parlamento tener plena confianza. Convocáronla para custodiar la línea que se dispuso al rededor de la ciudad cuando se acercó el rey con sus tropas; dióse orden para formar prontamente un cuerpo de caballería; muchos oficiales que habían quedado excedentes por la nueva planta del ejército, ofrecieron sus servicios a las dos cámaras. El general Pointz, austero presbiteriano, mandaba un cuerpo de 5.000 hombres en el norte, pero la distancia impedía echar mano de él en caso tan urgente. Las fuerzas destinadas a Irlanda estaban acuarteladas en el oeste, y, aunque reputadas fieles al parlamento se hallaban también distantes. Muchas guarniciones del interior del reino tenían por jefes a oficiales del mismo partido, pero de tropas tan desparramadas no podía esperarse un auxilio inmediato. Los escoceses eran amigos fieles y siempre celosos por el *covenant*; mas ¡cuánto tiempo no habían menester para reunirse y marchar al socorro del parlamento!

Consideróse que en semejante situación la prudencia obligaba a someterse, y a conjurar el furor del ejército con una pronta complacencia. La declaración que señaló como enemigos públicos a los autores de la petición militar, fue al punto revocada y borrada del diario de la cámara baja (8 de junio). Aquella fue la primera muestra de sumisión que dio el parlamento; y el ejército, esperanzado de poder obtenerlo todo con el terror de las armas, tomó el partido de detenerse en St. Albans y entrar en negociación con sus señores.

Aquí comenzaron las usurpaciones del ejército sobre la autoridad civil. En esta empresa no hizo el ejército más que copiar exactamente el modelo que le había trazado el parlamento en sus recientes usurpaciones sobre la corona.

Las exigencias aumentaban por días. Apenas se había concedido una pretensión, cuando la seguía otra más exorbitante; parecía cosa resuelta, no estar nunca contento. En un principio sólo pedían las tropas el derecho de elevar peticiones que les correspondía en calidad de soldados: quisieron después una satisfacción para su honor, y en seguida exigieron que fuesen castigados sus adversarios. Por último aspiraron al derecho de dirigir el gobierno del reino y la suerte de la nación.

Conservóse en los términos todo lo que era deferencia y respeto, pero aquellos términos sólo eran en el fondo una tiranía y verdaderos insultos. No era a la asamblea del parlamento a quien quería acusar el ejército; su intención sólo comprendía a los malos consejeros por los cuales se había dejado seducir.

16 de Julio.—Se enardeció hasta el punto de nombrar once miembros, a los cuales acusó de alta traición, o a lo menos les dio dictados equivalentes, tales, como los de enemigos del ejército y de malos consejeros del parlamento. Eran estos Hollis, sir Felipe Stapleton, sir Guillermo Lewis, sir Juan Clotworthy, sir Guillermo Waller, sir Juan Maynard, Massey Glyn, Long, Harley y Nicholas, jefes todos del partido presbiteriano.

Pidió el ejército que todos estos miembros fuesen inmediatamente expulsados de la cámara, y conducidos presos a la Torre. En vano respondieron los comunes, que no podía procederse a tanto por una acusación general; el ejército les hizo observar que el caso del conde Strafford y el de Laud, eran precedentes que sin escrúpulo podían seguir. Al fin, con el objeto de prevenir la discordia, los once miembros pidieron por sí mismos la libertad de abandonar la cámara, y el ejército pareció a primera vista satisfecho con esta muestra de sumisión.

Pero pretendiendo después que se proponía el parlamento declarar la guerra a la tropa, y volver a sumergir a la nación en sangre, y en el desorden, pidió se interrumpiesen todas las quintas recientes no atreviéndose el parlamento a rehusarles esta petición. Entonces, como no aparecía señal alguna de resistencia, con el fin de salvar las apariencias, levantó el ejército el campo a la súplica del parlamento, para retirarse más lejos de Londres, y fijó su cuartel general en Reading. En todas estas marchas se había hecho acompañar por el rey.

La situación de este príncipe se había hecho más llevadera que en el castillo de Holdenby. No solamente estaba más libre, sino que parecía más considerado de ambos partidos. No se le rehusaba

ya la libertad de ver a sus amigos; no se le interrumpía su correspondencia con la reina; volviéronse sus ordinarios capellanes, y el uso de la liturgia anglicana. Permitióse asimismo a sus hijos que le visitasen, y que pasasen algunos días en Caversham, donde a la sazón residía<sup>245</sup>. Desde que había abandonado a Londres al comenzar las revueltas civiles no había visto al duque de Gloucester, su hijo menor, ni a la princesa Isabel<sup>246</sup>, ni al duque de York desde que se había reunido al ejército escocés delante de Newark. Un particular que no hubiese conocido jamás los placeres de la corte, ni el tumulto de los campamentos, no habría amado a su familia con más ternura que aquel excelente monarca y la indulgencia del ejército sobre ese punto le llenó de reconocimiento. Cromwell, que fue testigo de la primera entrevista de la familia real, confesó, que jamás había visto una escena tan tierna, y habló con admiración de la bondad que respiraba la persona toda de Carlos.

Este artificioso político y los jefes de todos los partidos hicieron la corte al rey asiduamente. Después de tan desgraciadas revoluciones aun parecía sonreírle la fortuna. El parlamento que tenía toda avenencia entre él, y el ejército, volvió a un tono más respetuoso que antes, propúsole que tomara por residencia a Richemond, y aun le invitó a que concurriese por medio de su asistencia a restablecer el orden en el estado. Todos los oficiales superiores le tributaron lo que debían a la majestad real, y hablaron abiertamente de restablecerla en sus justas prerrogativas; se insistía en las públicas declaraciones del ejército sobre la restitución de sus rentas y de su autoridad. Por todas partes comenzaron los realistas a concebir la esperanza de ver realizada la monarquía, y la disposición que demostraron de favorecer al ejército contribuyó en gran manera a desanimar al parlamento, y aceleró su sumisión.

Muy pronto comenzó Carlos a conocer su importancia en el estado; cuanto más vio aumentarse los desórdenes, más se afirmaba en que al fin habían de verse obligados todos los partidos a recurrir a su legítima autoridad, como el único remedio que pudiera oponerse a las desavenencias públicas. «No podríais existir sin mí —decía en muchas ocasiones—; jamás alcanzaréis el restablecimiento del orden, si yo no os ayudase.» Un pueblo sin gobierno y sin libertad, un parlamento desautorizado, un ejército sin jefe legítimo, los desórdenes por doquiera, los terrores, la opresión, las convulsiones; el rey esperaba que esta escena de confusión, que no podía subsistir largo tiempo, haría a los súbditos echar de menos aquel antiguo gobierno, bajo el cual ellos y sus abuelos habían por largo tiempo gozado de una tranquila felicidad.

Aun cuando estuviese Carlos dispuesto a oír todas las proposiciones e intentase mantener en equilibrio la balanza entre los opuestos partidos, tenía sin embargo más esperanza de reconciliarse con el ejército que con los comunes, cuyo extremo rigor había experimentado. Habían ellos pretendido aniquilar enteramente su autoridad; habíanle encerrado en una prisión; por lo que hace a estos dos puntos, a lo menos se había mostrado el gobierno más indulgente<sup>247</sup>. A ninguno de sus amigos se le prohibía verle; y en las proposiciones que le había enviado el consejo de los oficiales, para regularizar la suerte de la nación, no habían insistido sobre la abolición del episcopado, ni sobre el castigo de los realistas que eran los dos puntos por los que sentía Carlos más repugnancia. Parecía que deseaban finalizase el parlamento actual, y éste era de todos los acontecimientos el que más impacientemente anhelaba el rey.

Por otra parte parecíale más natural su unión con los generales, que con aquella asamblea de usurpadores que desde muy antiguo se habían arrogado toda la autoridad de la nación, y que se habían declarado resueltos a ser constantemente los señores. Imaginábase que algunos títulos y otros favores que recayesen sobre un pequeño número de oficiales, podía volver a sus manos todo el poder militar, y restablecerle al momento en la autoridad civil. Ofreció a Ireton el gobierno de Irlanda; a Cromwell la Jarretera con el título de conde de Essex y el mando del ejército, sobre lo cual hubo negociaciones secretas. Fingió Cromwell que prestaba oídos a estas proposiciones y no le pareció malo tener en su mano una salida para la reconciliación, siempre que el curso de los

245 Clarendon, tomo I, p. 51, 52, 57.

246 Cuando el rey pedía sus hijos, respondíale siempre el parlamento que también podía cuidarse de su alma y de su cuerpo en Londres, como en Oxford. *Hist. parl.*, tomo XIII, p. 127.

247 Warwick. p. 303. *Hist. parl.* tomo XVI, p. 40. Clarendon, tomo V, p. 50.

negocios le obligase a ello; y el rey, lejos de suponer que un súbdito de aquella clase, pudiese abrigar la temeraria ambición de apoderarse de un cetro que le había sido transmitido por una larga serie de monarcas, se lisonjeaba de que le haría aceptar unas ofertas, que convenían a su deber, a su interés, y a su seguridad.

Pero mientras Carlos se alimentaba de estas esperanzas, no perdía Cromwell de vista la resolución de subyugar a las dos cámaras del parlamento, y quitarles hasta la última esperanza de resistencia. Los comunes con el fin de satisfacer al ejército concedieron a Fairfax el título de general en jefe de todas las fuerzas de Inglaterra y de Irlanda, lo cual era confiar todo el poder militar a un hombre que aunque bastante inclinado a servir al parlamento, no disponía ya de sí mismo.

Mandaron que las tropas, que obediéndoles se habían alistado al servicio de Irlanda, separándose del ejército rebelde, quedasen licenciadas, lo que venía a ser castigarlas por su infidelidad. Las del Norte, mandadas por Pointz, amotinadas ya contra el general, se asociaron con el cuerpo de ejército, que con tan buen éxito se empleaba en dar al poder militar la superioridad sobre la autoridad civil.<sup>248</sup>

Para que no le quedase recurso alguno al parlamento, se pidió que se reemplazase la milicia de Londres, que los comisionados presbiterianos fuesen destituidos, y que volviese el mando a los que constantemente le habían ejercido durante la guerra. El parlamento no se atrevió siquiera a titubear sobre una proposición tan violenta, y su voto coadyuvó a los deseos del ejército<sup>249</sup>.

Esperaba que contempORIZANDO en su presente humillación con tan inagotable paciencia, volvería a presentársele la ocasión de recobrar su autoridad; mas la impaciencia de la ciudad de Londres, le hizo perder el fruto de su prudente conducta. Una turba sediciosa, compuesta principalmente de aprendices, se presentó en Westminster con una petición contra el cambio que se quería efectuar en la milicia, se agolpó a la puerta de la cámara de los comunes (20 de julio), y con sus clamores, sus amenazas y sus violencias, la obligó a retirar la orden que acababa de dar. Luego que quedaron satisfechos, se retiraron los amotinados<sup>250</sup>.

Así que llegó esta noticia a Reading, todo el ejército se puso en movimiento. Decíase que las dos cámaras estaban supeditadas, que era preciso defender los violados privilegios del parlamento contra los ciudadanos sediciosos, y restituir a aquella asamblea el goce de una justa libertad en sus deliberaciones y consejos, 20.000 hombres, ejército entonces formidable, se encaminaron al instante a Londres, y se adelantaron hasta Hounslow-heath, resueltos a ejecutar todas las órdenes de sus generales sin consideración a las leyes, ni a la pública libertad. Allí ocurrió el más favorable de todos los acontecimientos para precipitar su marcha, y sostener su valor; Manchester y Lenthal, presidentes de las dos cámaras, acompañados de ocho pares, y de cerca de sesenta individuos de los comunes, habiendo salido secretamente de la capital, se presentaron con sus maceros, y con todas las demás señales de la dignidad, y quejándose de la violencia que habían sufrido, reclamaron la protección del ejército, que los recibió con vivas aclamaciones, tributándoseles el mismo respeto que al parlamento de Inglaterra entero. El ejército, auxiliado con tan plausible pretexto, cosa muy importante en todas las empresas públicas se adelantó para castigar a la ciudad rebelde y vengar el insulto hecho al parlamento.

Ni Lenthal ni Manchester pasaban por amigos de los independientes, y lo que menos se esperaba de su parte era un proceder de esta naturaleza; pero habiendo previsto sin duda que el ejército vencería al fin, aprovecharon la ocasión de hacer la corte los primeros a la autoridad que comenzaba a prevalecer en la nación.

Obligado el parlamento a renunciar sus disposiciones dilatorias y a someterse inmediatamente o a combatir por su libertad y su poder, tomó el partido más enérgico y se aprestó a resistir la

248 Rushworth, tomo VII, p. 620.

249 Id. p. 629.

250 Rushworth, tomo VII, p. 645.



violencia del ejército. Al momento eligieron las cámaras otros dos presidentes, lord Hunsdon y Enrique Pelham, y reiteraron sus órdenes para el alistamiento de las tropas.

Massey fue nombrado para mandarlas. Las compañías cívicas o urbanas se encargaron de la defensa de las líneas, y toda la ciudad, en una fermentación desconocida hasta entonces, resonó con los aprestos militares<sup>251</sup>. Apenas se sabía por algunos dichos inciertos que el ejército se detenía, o que parecía retirarse, el grito que corría de boca en boca con más vivo entusiasmo era el de arriesgarlo todo. Pero cuando otra noticia venía a anunciar que el ejército avanzaba, se vociferaba de la misma manera tratar y capitular. Los tímidos vecinos estaban aterrorizados con la idea de un universal saqueo y de una gran carnicería.

### **Somete el ejército al parlamento.**

Al aproximarse el ejército, habiéndose presentado a las inmediaciones de la aldea de Southwark, Ranisborow, a quien había enviado el general para reconocer las orillas del río, fue recibido con la mayor alegría por algunas tropas que estaban allí para guardar aquel puesto, y que habían resuelto no tener jamás otro interés que el de todo el ejército. En aquella ocasión debió someterse el parlamento: el ejército atravesó la ciudad en triunfo, pero observando el mayor orden, sumo decoro, y aun todas las apariencias de la humildad. Condujo a Westminster a los dos presidentes, quienes ocuparon sus asientos, como en tiempo de una entera paz. Los once miembros acusados de haber suscitado aquel desorden fueron expulsados, y la mayor parte de ellos tuvieron que expatriarse. Una acusación capital recayó sobre siete pares; el corregidor de Londres, un *sheriff* y tres regidores fueron conducidos a la Torre, y presos multitud de ciudadanos y oficiales de la milicia. Se anularon todos los acuerdos del parlamento desde el día del tumulto, hasta la vuelta de los dos presidentes; se cegaron las líneas en derredor de la ciudad, la milicia fue de nuevo entregada a los independientes; muchos regimientos distribuidos en White-Hall y el Mews; y por último, cuando acabó de regularizarse la servidumbre del parlamento, se fijó un día para dar solemnes acciones de gracias por el restablecimiento de la libertad<sup>252</sup>.

Ufano con su victoria el partido independiente de la cámara, creyó ver al fin toda la autoridad de la nación en sus manos, y creyó estar próxima ya a aquella república imaginaria, que era hacia tanto tiempo el objeto de sus anhelos. Aquellos partidarios del ejército habían contribuido secretamente a todas las usurpaciones del poder militar, y se lisonjeaban de imponer a la nación, a pesar de su resistencia, un sistema de libertad más perfecto, valiéndose del terror de las armas. Desde el principio de estos desórdenes, todos los partidos, el rey, la iglesia, el parlamento, los presbiterianos tenían que echarse en cara algunos errores, pero nada más contrario parecía al sano juicio, y a las máximas de la política que aquella ilusión de los independientes y de los republicanos. No obstante, los Jefes de este partido eran Vane, Fiennés, Laisi, John, Martin, hombres que pasaban a la sazón por ser los mejores, y más profundos talentos de Inglaterra, y solamente puede explicarse el modo que tuvieron de arrastrar a toda la nación, por los especiosos colores con que supieron encubrir sus pretextos, y sus pretensiones. Si no se considerase que, además de la diferencia que existe, siempre muy grande, entre las miras sombrías y tortuosas, y la verdadera sabiduría, una excesiva pasión por el mando y la autoridad puede cerrar los ojos a los más prudentes sobre las peligrosas consecuencias de las medidas que tienden a su utilidad personal, el arte necesario para engañar a tales hombres haría suponer en Cromwell una maravillosa capacidad.

Los jefes del ejército, establecido ya su dominio sobre el parlamento y la capital, se aventuraron a hacer llevar al rey al palacio de Hampton-Court, y por algún tiempo vivió en él con una apariencia de grandeza y libertad. Tal era la igualdad de su alma, que en aquella asombrosa variedad de fortuna que experimentó, ninguna diferencia se advertía en su semblante; ni en su

251 Rushworth, tomo VII, p. 646.

252 Id. tomo VIII, p. 798.

proceder; y aunque prisionero en manos de sus enemigos, veíasele sostener con todos los que se le acercaban, la majestad de un monarca, sin más ni menos aparato del que había ostentado en los más felices tiempos de su reinado. Su serenidad y resignación daban a sus modales, que no eran populares ni afables en sí, cierto agrado seductor.

Renovó el parlamento sus proposiciones y le presentó los mismos artículos que le había ofrecido en Newcastle: pero Carlos no los aceptó e hizo rogar a las dos cámaras, que tomasen en consideración las propuestas del consejo militar, de las cuales podía hacerse la base de la pacificación pública; aun no había perdido toda esperanza de que un buen éxito coronase en fin sus negociaciones con los generales, a pesar de que de día en día tomaban un aspecto menos favorable. La mayor parte de los historiadores dicen que Cromwell nunca fue sincero en sus declaraciones; que habiéndose apoderado de la persona del rey por la fuerza, y de la confianza de los realistas a favor de lisonjeras apariencias, se sirvió de estas dos ventajas para poner cadenas al parlamento; y que luego no pensó más que en establecer su propia autoridad, con la cual le parecían absolutamente incompatibles, la restauración de la monarquía y aun la vida del rey. Esta opinión, bien que robustecida por la desmesurada ambición, y refinado disimulo que formaban el fondo de su carácter, es de las que fácilmente se acreditan, aunque en realidad es más conforme al corto alcance de las miras humanas, y a la natural oscuridad del porvenir, suponer que aquel intrépido usurpador fue guiado por los sucesos, y no había previsto todavía con alguna certeza aquella incomparable elevación a que se le vio llegar.

Varios escritores de aquella época aseguran que su intención era realmente ajustar su arreglo particular con el rey, idea que envolvía la más plausible apariencia para su seguridad, como para su adelantamiento; pero que halló dificultades insuperables para conciliarla con las violentas disposiciones del ejército. Ya muy de antiguo se había fomentado con mucho arte, el horror y la antipatía de aquellos fanáticos contra Carlos; y aunque no fuese difícil en todas ocasiones eludir sus principios, favoreciendo su interés particular, era sin embargo necesario hacerlo con cierto colorido, y nunca hubiera logrado el objeto oponiendo una contradicción abierta a sus declaraciones y máximas anteriores, a lo menos es seguro que Cromwell daba esta razón por excusa de que rara vez admitía las visitas de los amigos del rey, y de que manifestaba menos inclinación que antes a la causa realista. Decía que los agitadores le habían hecho odioso al ejército, pintándole como un traidor, pronto a sacrificar por algún interés particular, la causa de Dios al grande enemigo de la piedad y de la religión, y aun aseguraba que se había fraguado secretamente el proyecto de asesinar al rey, aparentando temores de no poder, con toda su autoridad y la de sus comandantes, atajar las sangrientas resoluciones de aquellos entusiastas<sup>253</sup>.

Carlos, continuamente informado de las amenazas que propalaban los agitadores, pensó en dejar a Hampton-Court para retirarse a un sitio más seguro. Habíanle reforzado las guardias, el pueblo no tenía ya la misma libertad de entrar en el palacio, y se mostraba más desconfianza a cuantos le rodeaban, todo esto era apariencia para ponerle a cubierto del peligro, pero realmente con la mira de hacerle enojosa su situación. Pronto aquellos artificios produjeron su efecto: el rey, que naturalmente se manejaba por ajenas inspiraciones, y que no tenía entonces a nadie que pudiese aconsejarle bien, tomó precipitadamente la resolución de alejarse sin haber formado un plan razonable a lo menos para la disposición de su persona. Salió en secreto de HamptonCourt (11 de Noviembre) acompañado solamente de sir Juan Berkeley, de Ashburnham y de Legge, y no se descubrió su fuga hasta más de una hora después, cuando al entrar en su cuarto le hallaron sobre una mesa algunas cartas dirigidas al parlamento, al general y al oficial de guardia. Después de haber atravesado el bosque durante la noche, llegó a la mañana siguiente a Titchfield, palacio o castillo del conde de Southampton, donde residía la condesa viuda, señora de muy altos pensamientos, a quien sabía que podía entregarse sin desconfianza: sin embargo, primero había ido a la costa marítima donde manifestó mucha inquietud de no hallar un buque que al parecer aguardaba; lo que hizo conjeturar a Berkeley y a Legge, que no estaban en el secreto, que su ánimo era pasar el mar.

253 Clarendon, tomo V, p. 76.

## Huye el rey a la isla de Wight.

No podía Carlos contar con permanecer mucho tiempo escondido en Titchfield y fue preciso tomar un nuevo partido. La isla de Wight, de que era gobernador Hammond, estaba muy inmediata, pero este oficial dependía enteramente de Cromwell, por cuya recomendación se había casado con una hija del famoso y ya difunto Hambden, íntimo amigo de aquel. Estas circunstancias eran fatales, mas como el gobernador era sobrino del doctor Hammond, capellán favorito del rey, y como gozaba de una reputación de honor en el ejército, creyóse poder recurrir a él en una ocasión en que no había mejor arbitrio que intentar. Despachó el rey a Ashburnham y a Berkeley a la isla de Wight con orden de no informar a Hammond del lugar de su retiro, sin haberle sacado previamente una promesa formal de no entregar a su majestad, aun cuando lo exigiesen el parlamento y el ejército, y de ponerle en libertad, si no se hallaba en situación de protegerle. Es evidente que una promesa de esta naturaleza era una seguridad muy débil, no obstante sin exigirlo siquiera Ashburnham imprudente y pérfidamente quizá, condujo al gobernador a Fitchfield, con lo que el rey se vio obligado a abandonarse a sus manos, y a dejarse conducir al castillo de Carisbroke en la isla de Wight donde todas las demostraciones de respeto y obediencia con que fue recibido no impidieron que fuese en realidad un prisionero.

Afirma Clarendon positivamente que al escaparse el rey de Hampton-Court, no pensaba pasar a la isla de Wight, y todas las circunstancias de la relación de este historiador, al que hemos creído deber referirnos, confirman en gran manera esta opinión; pero existe una carta de Carlos al conde de Laneric, secretario de estado en Escocia, en la que le dice claramente que esta resolución era voluntaria. Insinúa allí además, que hubiera podido pasar a Jersey o a cualquiera otro paraje seguro si lo hubiese juzgado necesario<sup>254</sup>. Quizá confiaba todavía en las promesas de los generales y se lisonjeaba de que escapando a la furia de los agitadores que más inmediatamente amenazaban su vida, daría a aquellos tiempo para ejecutar lo que tantas veces en su beneficio habían proyectado.

Sea cual fuere el juicio que sobre esto recaiga (porque la verdad carece en este punto de caracteres fijos) jamás tuvo Carlos que echarse en cara mayor debilidad, ni hizo cosa que fuese más agradable a Cromwell y a todos sus enemigos. Véase en un lugar lejano de sus partidarios a disposición del ejército y en un cautiverio del que ni la fuerza ni la astucia podían fácilmente librarle; y aun cuando siempre hubiera estado en manos de Cromwell sepultarle en él, si hubiese querido esta resolución hubiera sido no solamente odiosa, sino de algún peligro, efectuándose sin el consentimiento del rey. Arrojarle voluntariamente en el lazo, y satisfacer así a sus implacables perseguidores, era para estos un singular favor de la fortuna, cuyas consecuencias fueron harto funestas.

Dueño Cromwell desde entonces del parlamento, y del todo asegurado por lo que hacía a la vigilancia de la persona del rey, dedicóse seriamente a calmar en el ejército los desórdenes que tan hábilmente había él promovido, y empleado contra el rey y el parlamento con un éxito tan completo. Con el objeto de inducir a las tropas a sublevarse contra sus jefes, fomentó el espíritu de arrogancia en los oficiales subalternos y en el simple soldado; bajo diversos aspectos, menos que la imagen de la obediencia militar, ofrecía el campo la imagen de la libertad civil. Las mismas tropas

254 He aquí los términos en que estaba concebida. «Laneric, con sorpresa he sabido, si esto no es una falsa noticia, que algunos de mis amigos juzgan que pasando a Jersey, habría adelantado más para mi seguridad personal que viniendo aquí. Aun cuando yo no veo en esto apariencia alguna de razón, es muy cierto que yo no hubiese venido aquí si hubiera juzgado exacta su idea, o si no hubiese tenido la seguridad de un tratado personal. Así que no me arrepiento y espero no arrepentirme jamás, porque cada día estoy más satisfecho del gobernador, y encuentro a estos isleños buenos, pacíficos y bien inclinados. He creído conveniente que lleguen a vuestras manos estas palabras de ánimo en la persuasión de que, si por lo que hace a vos, no son necesarias, podrán ser muy útiles para los otros.» *Memorias de Hamilton* por Burnet, p. 326. Véase también la *Colección* de Rushworth, parte 4.<sup>a</sup> tom. 2.<sup>o</sup> p. 942. Todos los escritores de aquel tiempo a excepción de Clarendon nos presentan la ida del rey a la isla de Wight como voluntaria y meditada. Acaso juzgó Carlos que no le era decoroso que se creyese que le habían obligado a dar aquel paso, y prefirió que pasase por efecto enteramente de su voluntad. Acaso juzgó también que animaría de esta manera a sus amigos persuadiéndoles de que su situación no le era desagradable.

formaban una especie de república; y el único objeto de las conversaciones eran los soñados planes de un gobierno de esta naturaleza entre aquellos legisladores armados. Estaba decidido que el trono debía abolirse; la nobleza debía ser menospreciada; todas las clases debían estar a un nivel, y sólo habían de reinar en la nación la igualdad de bienes y de poder. Los santos, decían, eran *la sal de la tierra*; no había distinción entre los elegidos y por el mismo principio que había elevado a los apóstoles de las profesiones más viles, el último de los soldados iluminado por el espíritu, tenía el mismo derecho al respeto que el general en jefe.

Proponiéndose Cromwell destruir estas máximas licenciosas, dio órdenes para que cesasen las asambleas de agitadores, y tomando otro partido, trató de inspirar una entera obediencia hacia el parlamento, del que se proponía en virtud de la completa sumisión a que le había reducido, formar en adelante el instrumento de su autoridad; pero los niveladores (*levellers*) nombre que había tomado aquella facción en el ejército, se habían aficionado hartamente a las dulzuras de la dominación, para que fácilmente consintiesen en verse despojados. Continuaron, pues, secretamente sus asambleas y pretendieron que la misma necesidad de reforma tenían sus oficiales, que las otras clases del estado. Coligáronse muchos regimientos para formar estas representaciones, y estas demandas sediciosas: estábanse fuera del campo, y en todo se veía una tendencia a la anarquía y a la confusión. Aun cuando llegó el mal a este extremo, púsole remedio la dura pero hábil maña de Cromwell. Con el fin de que fuese más notable su arrojo, y más eficaz el terror, buscó el pretexto de una revista, reunió a los jefes de los motines a la vista de sus compañeros, formó en el campo mismo un consejo de guerra, e hizo ajusticiar en el acto a uno de los culpables. Fue tanto el terror que infundió esta firmeza en todos los demás, que habiendo despedazado los símbolos de sedición que habían ostentado, volvieron a sus ordinarios deberes, a la disciplina y a la obediencia.<sup>255</sup>

Cromwell profesaba suma deferencia a los consejos de Ireton, soldado injerto en jurisconsulto, hombre de estado con honores de santo, y cuyos principios eran capaces de conducir a la más rigurosa tiranía, mientras parecían favorecer la más desenfadada licencia. Naturalmente altanero y orgulloso, aunque probablemente de buena fe en sus intenciones, se proponía establecer la libertad por medio del poder arbitrario, y en la ejecución de sus piadosas miras, se creía dispensado de las ordinarias reglas de moral, que los mortales inferiores deben tomar por guía. Por inspiraciones suyas reunió Cromwell secretamente en Windsor, un consejo de los principales oficiales, para deliberar sobre los medios de restablecer el orden, y sobre la suerte del rey. En aquella conferencia, que empezó por ardientes oraciones dirigidas al cielo por el mismo Cromwell, y otras personas inspiradas (porque los oficiales de aquel ejército recibían la inspiración, juntamente con sus comisiones militares) se presentó por primera vez el temerario e inaudito intento de formar causa al rey, y de castigar en virtud de una sentencia judicial, al soberano de tres reinos, por la tiranía y supuestas injusticias de su administración. Mientras viviese Carlos, aunque encerrado en una estrecha prisión, sabían que siempre habían de estar estallando conspiraciones y motines en favor de un príncipe tan querido, tan respetado de sus partidarios, y por quien empezaba la nación en general, a experimentar mucha ternura y compasión. Deshacerse de él sordamente por medio de un asesinato, era exponerse al cargo de injusticia y barbarie, agravado por la infamia de un acto tan atroz; era atraerse de todo el universo las odiosas calificaciones de traidores y asesinos; era preciso, pues, intentar algún método extraordinario, capaz de asombrar al mundo por su novedad, que ofreciese una apariencia de justicia, y cuya barbarie encubriese la audacia misma del atentado. Un golpe de esta naturaleza unido a las fanáticas nociones de una perfecta igualdad entre los hombres, aseguraba infaliblemente la ciega obediencia del ejército, y venía a ser un empeño de la nación entera contra la casa real, ultrajada de una manera tan cruel por una resolución unánime y declarada.<sup>256</sup>

255 Clarendon, tomo V, p. 87.

256 He aquí uno de los textos favoritos de los fanáticos de aquel tiempo: «Que las alabanzas de Dios se oigan en la boca de sus santos, que tengan en su mano una doble espada para ejercer la venganza sobre los paganos y la justicia sobre el pueblo; para cargar de cadenas a su rey y a sus nobles, y ejecutar sobre ellos el juicio que está escrito. Esta gloria pertenece a todos los santos. Salmo CXLIX vers. 6, 7, 8 y 9. Hugo Peters, el fogoso limosnero

Tomado secretamente este partido, faltaba que por grados le adoptase el parlamento siendo éste conducido de violencia en violencia al punto en que este último acto de una horrible iniquidad, pareciese en cierta manera enteramente inevitable. No anhelando el rey otra cosa, sino disipar los temores y las rivalidades que continuamente se alegaban para justificar las violaciones de la ley, ofreció por un mensaje despachado en Carisbroke resignar durante su vida el poder de las armas y el nombramiento de los oficiales superiores con la condición de que después de su muerte, volviesen estas prerrogativas a la corona; pero el parlamento, con humos de vencedor y de enemigo, no respetó más en sus negociaciones con él, ni la razón, ni la justicia. A instigación de los independientes y del ejército menospreciaron ambas cámaras esta oferta, y redactaron cuatro proposiciones que le fueron enviadas bajo el título de *preliminares*, con la cláusula de que no tratarían con él sino después de haber otorgado sobre las mismas su asentimiento. La primera ponía a disposición del parlamento el poder militar por espacio de veinte años, y le autorizaba a recaudar todo el metálico necesario para el ejercicio de este poder, y le reservaba al cabo de los veinte años el derecho de ejercer la misma autoridad siempre y cuando se declarase que la seguridad de la nación así lo exigía. Obligaba la segunda a Carlos a que se retractase de todas sus proclamas y declaraciones contra el parlamento, y a que reconociese que las dos cámaras habían tomado las armas por una justa defensa. Debía anular por la tercera todos los actos y títulos de grandeza que había expedido la Cancillería desde que el canciller Littleton la había sacado de Londres, y debía renunciar al mismo tiempo al derecho de nombrar lores si antes no lo consentía el parlamento. Dábase por la cuarta a las dos cámaras la facultad de reunirse según lo juzgasen conveniente, petición de escasa importancia en la apariencia, pero imaginada por los independientes para asegurarse el derecho de poder transferir el parlamento a sitios donde estuviese siempre a disposición del ejército.<sup>257</sup>

1648.—Miró Carlos como una extraordinaria y absurda pretensión que se exigiesen de él semejantes concesiones, no dándole a él por su parte seguridad alguna, y que dejase ciegamente a voluntad de sus enemigos las condiciones que le habían de conceder. Deseó que se verificase un tratado personal entre él y las dos cámaras, en el que se arreglasen todas las condiciones de las dos partes antes de hablar de las concesiones de una u otra. Afectó una indignación suma al oír esta respuesta el partido republicano de la cámara baja, y se propasó a los términos más violentos contra la persona y la administración del rey, cuyo nombre no había sido nunca pronunciado sin algún respeto aun en los más acalorados debates. Fingiéndose expresar los sentimientos del ejército, y tomando el nombre de muchos millares de *santos* que habían arriesgado su vida en defensa del parlamento, pretendió Ireton que desechando el rey los cuatro artículos rehusaba *seguridad y protección* a su pueblo, que la obediencia de los súbditos era un deber recíproco que suponía la protección del príncipe; que habiendo faltado Carlos a su deber, estaban ellos libres de todas sus obligaciones, y que, sin consultar ya más a un monarca tan mal inspirado, debían ellos solos regularizar los destinos de la nación.

Cromwell, después de haber realzado con grandes elogios el valor, las buenas intenciones y la piedad de las tropas, añadió que se esperaba a que el parlamento tomase la defensa y el gobierno del reino por sus propias fuerzas, y sus propias resoluciones, y que no acostumbraría al pueblo a que confiase en adelante en el gobierno y la protección de un hombre obstinado, cuyo corazón había Dios endurecido; que los mismos que a precio de su sangre habían asegurado al parlamento contra tantos peligros, no cesarían de defenderle valerosa y fielmente contra toda oposición que experimentase en esta rigurosa medida. «Guardaos —añadió— de que descuidando vuestra propia seguridad y la del reino en que la vuestra se contiene, les hagáis pensar que están vendidos, y que se hallan abandonados sus intereses a la rabia y a la malicia de un enemigo irreconciliable, al que, exponiéndose mucho, han irritado para servirlos a vosotros. Temed —y esto diciendo, puso la mano

---

de Cromwell, predicaba muy a menudo sobre este texto.

257 Clarendon, tomo V, p. 88.

en el puño de su espada— no les haga la desesperación buscar su seguridad por otro camino que el de su adhesión a vosotros, que no sabéis mirar por la vuestra propia.»<sup>258</sup>

Semejantes razones prevalecieron por fin, a pesar del contrapeso de noventa miembros que todavía tuvieron valor para oponerse (15 de enero). Se mandó que no pudiesen dirigirse ya más escritos al rey, que no se recibiesen más mensajes ni cartas suyas, y que los que tuviesen con él cualquier género de comunicaciones sin permiso de ambas cámaras del parlamento, serían reos de alta traición. Los lores adoptaron el mismo acuerdo.<sup>259</sup> Prohibir que se le dirigiesen todo género de escritos era en realidad destronar al rey y derribar la constitución. Un proceder tan violento fue sostenido por una declaración que no lo era menos. Denigróse a Carlos con las más calumniosas acusaciones, tales, que se creyó deber excluir las de la famosa *representación* por lo muy extravagantes e increíbles; había envenenado a su padre, vendido a la Rochela, suscitado las matanzas de Irlanda<sup>260</sup>. Si sus enemigos hubiesen podido conseguirlo, destruir su reputación era en verdad un digno prelude de su muerte.

Apenas hubo negado el rey su consentimiento a los cuatro artículos, el gobernador de la isla de Wight, a una orden del ejército, apartó de él la servidumbre, le prohibió toda correspondencia con sus amigos, y estrechó más su prisión. Mas adelante hizo conocer Carlos a sir Felipe Warwick un viejo decrépito cuya única ocupación, según decía, había consistido en atizarle la lumbre, y que había sido su mejor compañía durante muchos meses de su rigurosa prisión. No se le concedía ningún entretenimiento, ni la menor sociedad con que pudiese endulzar sus acerbos reflexiones; la única perspectiva que se ofrecía a su vista a cada momento, era el puñal o el veneno, porque ni remotamente sospechaba que pudiese recaer en él una sentencia, y una ejecución judicial, catástrofe de que la historia no ofrecía ningún ejemplo. No se descuidaba durante este tiempo el parlamento de publicar de vez en cuando las noticias que recibía de Hammond; la aparente alegría del rey; el placer con que recibía a aquellos que podían verle; la conformidad con que sobrellevaba su situación; como si la vista de tanta constancia y de tanta bondad no hubiese sido más a propósito para aumentar que para entibiar la compasión del pueblo. La religión era indudablemente el grande manantial que ofrecía a Carlos un consuelo en tantas desgracias; este principio que parece no tuvo en él nada de tétrico y sombrío, nada que le irritase contra sus adversarios, o que le hiciese mirar su porvenir con espanto. Mientras todo parecía conjurarse contra él, mientras todos sus amigos, sus parientes, su familia a quien amaba con la mayor ternura, estaban lejos y en la imposibilidad de servirle, se entregaba él lleno de confianza a los brazos de aquel Ser que penetra y sostiene la naturaleza entera, y cuyas severidades, recibidas con una piadosa resignación, eran a sus ojos la prenda más segura de un inagotable favor.

## Segunda guerra civil.

El parlamento por otra parte y el ejército no gozaban con tranquilidad del poder que habían adquirido por medio de tanta violencia y tanta injusticia. Veíanse rodeados por doquiera de tramas y conspiraciones, y la Escocia que había sido la primera en dar el golpe fatal a la causa del rey, parecía prometerle a la sazón su apoyo y su asistencia.

Antes de que Carlos hubiese sido entregado en Newcastle a los comisarios ingleses y mucho después de este raro acontecimiento, habíanse multiplicado diariamente los motivos de queja entre las dos naciones. Los independientes cuya preponderancia comenzaba, se complacían en mortificar a los escoceses, a quienes miraban por el contrario los presbiterianos con la más tierna veneración. Cuando se prepararon para su partida los comisarios de Escocia que de concierto con la comisión de las cámaras inglesas tuvieron la dirección de la guerra, tratóse en pleno parlamento de darles las

258 Clem Walker, p. 70.

259 Rushworht, tomo VII, p. 965, 967.

260 Id, tomo VIII, p 998.—Clarendon, tomo V, p. 93.

gracias por su cortesía, y sus buenos oficios. Los independientes obtuvieron que quedase suprimida la expresión *buenos oficios*; de manera que toda la fraternal amistad e íntima alianza con los escoceses se redujeron a declarar que eran estas personas muy bien criadas.

La marcha del ejército a Londres, la sujeción de las dos cámaras, el acto de arrebatarse de Oldenby al rey, su cautiverio en el castillo de Carisbroke, eran otros tantos golpes de que se resentían vivamente los escoceses, que creían ver la próxima ruina de aquel presbiteriado que tanto amaban. Habíase tratado con irreverencia al *covenant* de almanaque viejo<sup>261</sup> en plena cámara de los comunes y esta impiedad no había sido retractada aun cuando se lamentasen de ella. En vez de creerse en estado de arreglar y establecer la ortodoxia por la espada, y por medio de rigurosos estatutos, veían por el contrario al ejército sectario, abusar del poder de que se había revestido para pedir una libertad absoluta de conciencia que horrorizaba a los presbiterianos. Igualmente condenaban todas las violencias que se habían verificado contra el rey como una violación del *covenant*, por el cual se habían obligado a defender su persona real; los mismos atentados que habían cometido en otro tiempo, fueron mirados por ellos como una rebeldía y una traición en el partido contrario.

Los condes de Loudon de Laurdeldale y de Laneric, que fueron enviados a Londres, protestaron contra las cuatro proposiciones del parlamento, como que en ellas se contenía un gran menoscabo para la autoridad civil del rey, y no daban la menor seguridad, por lo tocante a la religión. Viendo después que se insistía en ellas a pesar de su protesta, quejéronse de este acto como de una manifiesta contradicción a la liga y al solemne tratado que mediaba entre ambas naciones; y cuando acompañaron a los comisarios ingleses a la isla de Wight, formaron con el rey un tratado secreto para armar a la Escocia en su favor.<sup>262</sup>

### **Invasión de los escoceses.**

Distinguíanse a la sazón en Escocia tres partidos cuyos intereses eran contradictorios: los *realistas*, que insistían en el restablecimiento de la autoridad real prescindiendo de las sectas y de las opiniones religiosas: aun cuando ausente, Montrose era considerado como su jefe. Los *presbiterianos rígidos*, que aun odiaban más al rey, que detestaban la tolerancia, resueltos a no prestarle apoyo alguno, hasta que hubiese firmado el *covenant*: a su cabeza tenían por jefe al conde Argyle. Los *presbiterianos moderados* que se esforzaban por conciliar los intereses de la religión y de la corona, y que se lisonjeaban, al mismo tiempo que sostenían al partido presbiteriano entre los ingleses, de que dispersarían al ejército sectario, y restablecerían tanto al parlamento como al rey en la justa posesión de sus derechos y de su autoridad. Eran los jefes de este tercer partido los hermanos Hamilton y Laneric.

Apenas hubo abierto sus puertas al ejército parlamentario el castillo de Pendennis, Hamilton, que obtuvo su libertad volvió a Escocia y haciéndole su generosidad más sensible a los antiguos favores que a las injurias recientes, emprendió inmediatamente la tarea de proteger la causa del rey, lo que hizo con tanto éxito como buen celo. Obtuvo una orden del parlamento escocés para que armase 40.000 hombres que deberían destinarse al sostenimiento de la autoridad real, y para hacer volver a un cuerpo considerable a las órdenes de Monro, que mandaba en Irlanda las tropas escocesas; pero aun cuando no cesase de protestar que todas estas medidas estaban fundadas en el *covenant*, se unió por una secreta alianza a dos realistas ingleses, sir Marmaduke Langdale y sir Felipe Musgrave, que habían levantado fuerzas considerables en el norte de Inglaterra.

La asamblea eclesiástica, que por el mismo tiempo se celebraba, dirigida por Argyle, temió las consecuencias de estos movimientos, y previó que si tenían un éxito positivo, el partido contrario restablecería la monarquía sin establecer en Inglaterra el presbiteriado. En la opinión de los

261 Walker, p. 80.

262 Clarendon, tomo V, p. 101.

eclesiásticos, unirse al rey antes de que hubiese firmado el *covenant*, era tributarle sus honores, antes de que Cristo hubiese recibido los suyos<sup>263</sup>, y lanzaban sus anatemas contra todo aquel que prestase obediencia al parlamento. Había entonces en Escocia dos tribunales supremos e independientes, que amenazaban al pueblo, el uno con la condenación y los tormentos eternos, el otro con el destierro, la prisión y las ejecuciones militares. Los escoceses estaban cruelmente divididos en su elección, y el armamento del partido de Hamilton no podía verificarse sino lentamente aun cuando le ayudaba todo el poder civil. Hamilton, temeroso de ofender al partido eclesiástico, no admitía aun a los realistas, pero les prometía secretamente su confianza y valerse de sus servicios tan pronto como pasase a Inglaterra con su ejército.

Mientras se verificaban estos aprestos en Escocia, hallábanse en la mayor agitación todos los partidos de Inglaterra por los tumultos, los levantamientos, las conspiraciones y el descontento general. Con dificultad gana algo el pueblo en las revoluciones de un estado, porque el nuevo gobierno, desconfiado e inseguro, exige para sostenerse mayores sacrificios y mayor rigor que el antiguo; jamás se había hecho sentir más la verdad de esta máxima que en la situación actual de Inglaterra. Lo que había armado al pueblo era la talla opresora de los buques y la tiranía de la cámara estrellada; por una completa victoria había tomado él su ascendiente sobre la corona, y lejos de verse aliviado, se encontraba oprimido, por una parte, de una multitud de impuestos que jamás había conocido, y por la otra apenas le quedaba en la administración una sombra de justicia y de libertad. Los presbiterianos, que habían sostenido el peso principal de la guerra, irritábanse de verse arrancar violentamente de las manos el premio de sus fatigas en el momento mismo en que estaban más próximos a alcanzarlo. Los realistas veían frustradas sus esperanzas por el trato cruel que daba la tropa al rey. Sentíanse vivamente dispuestas a romper sus cadenas, y ardían en deseos de recobrar las ventajas que tan tristemente habían perdido. Todas las clases del reino se llenaban de indignación al ver a la autoridad militar conculcando las leyes, y al rey y al parlamento rebajados hasta el punto de depender de un ejército mercenario. Al comenzar las revueltas, encontrábanse entre los parlamentarios algunas personas de un nacimiento y de una consideración distinguidos; pero estos nobles ciudadanos habían sido privados, por el nuevo partido de su autoridad, y todos los empleos estaban confiados a la hez de la nación, Un populacho despreciable, hollaba a los superiores bajo sus pies, y los hipócritas ejercían bajo la máscara de religión todo género de iniquidades. Estas circunstancias que no prometían al pueblo una gran libertad ni grandes contemplaciones, estaban reunidas en la misma administración usurpada e ilegal.

Aun cuando toda la nación parecía uniforme en su odio al despotismo militar, las miras de cada partido diferían tanto sin embargo, y que todos estos sacudimientos se verificaban sin el menor concierto. Langhorne, Poyer y Powel, oficiales presbiterianos que mandaban diversos cuerpos en el país de Gales, fueron los primeros en declararse, y formaron juntos un considerable ejército en esta provincia, donde se sostenía con el mayor ardor el celo por la causa real. El joven Hales y el conde de Norwich hicieron sublevarse al condado de Kent. En Essex se verificaron asimismo varios movimientos a impulsos de lord Capel, sir Carlos Lucas y sir Jorge Lisle. El condado de Holland, que había variado de partido diferentes veces desde el principio de la guerra civil, se esforzó por reunir tropas en Surrey. Mauricio sorprendió el castillo de Ponfret en Yorkshire. Langdale y Marsgrave se habían armado y apoderado de Berwick y de Carlisle en el norte.

Un incidente ofrecía todavía un aspecto más serio, a saber, el descontento que reinaba en la armada. Diez y siete buques que estaban en la boca del Támesis se declararon abiertamente por el rey, y haciendo tomar tierra a su almirante Rainsborow, diéronse a la vela para Holanda en donde tomó su mando el príncipe de Gales.

Los realistas ingleses se quejaban amargamente de la tardanza de Hamilton, y creían ver en ella, un rasgo de la refinada política escocesa, cuya intención podía ser muy bien dejar que sucumbiese el partido del rey, y asegurar después una completa victoria a los presbiterianos. Hamilton se quejaba con más justicia de la ardiente impaciencia de los realistas ingleses que con sus

---

263 Withloke, p. 305.



inoportunas insurrecciones, le obligaban a poner en marcha a su ejército antes de que se hubiesen concluido las quintas, o estuviesen adelantados sus aprestos.

En Londres no hubo otros movimientos sino un tumulto de aprendices que se calmó al momento. El terror de las tropas tenía a los habitantes sumisos: el del parlamento fue tan grande que declaró enemigos de Inglaterra a todos los escoceses, y traidores a la patria a aquellos que se les uniesen. A pesar de todo esto, noventa miembros de la cámara baja tuvieron el valor de desaprobar esta resolución.

Cromwell y el consejo militar se prepararon a la defensa, tan valerosa como hábilmente. La masa del ejército consistía a la sazón en 26.000 hombres; pero los regimientos se habían aumentado con un número considerable de supernumerarios, y contenía más del doble de su número ordinario<sup>264</sup>. El coronel Horton comenzó en el país de Gales la guerra, y alcanzó una considerable victoria sobre las tropas insurreccionadas. Habiendo acudido a Pembroke sus restos, fueron sitiados allí por Cromwell y hechos prisioneros. Lambert se las hubo en el norte con Langdale y Mursgrave, estrechándolos también con ventaja. El conde de Holland fue derrotado en Kingston por sir Miguel Livesey, que en el alcance le hizo prisionero en Saint-Neots. Habiendo batido Fairfax a los realistas de Kent en Maidstone, persiguió los restos de su ejército, que se unieron a las tropas de Essex y cayeron sobre Colchester. Púsoles allí sitio y sostuviéronle ellos hasta el último trance. Una nueva escuadra que el parlamento había habilitado recibió la orden de hacerse a la vela al mando de Warwick para oponerse a los buques insurgentes cuyo mando había tomado el príncipe de Gales.

La división de las tropas que se ocupaban en diversos lados, volvió un poco de su libertad al parlamento y reanimó su antiguo valor. Volvieron a aparecer en la cámara los miembros a quienes había alejado la presencia del ejército, y comunicando su intrepidez a sus colegas, hicieron recobrar al partido presbiteriano el ascendiente que había perdido. Fueron llamados de nuevo los once miembros a quienes había acusado el ejército, y el *bill* que los excluía quedó revocado: anulóse el decreto que prohibía se dirigiesen escritos al rey y fueron enviados a Newport, en la isla de Wight, para tratar con él, otros quince comisarios, cinco lores, y diez miembros de los comunes<sup>265</sup>. Se le dejó en plena libertad de llamar a muchos de sus antiguos consejeros y de sus más fieles amigos, cuyo parecer podía anhelar en aquella importante transacción<sup>266</sup>. Aparecieron también entonces como auxiliares los teólogos de ambos partidos, armados con sus citas y silogismos<sup>267</sup>, y su presencia no era un buen presagio de que se extinguiría el incendio habiéndole ellos causado. Cualquiera otro instrumento hubiera sido más a propósito para disponer un tratado de conciliación.

### Tratado de Newport.

Cuando Carlos se presentó a esta asamblea (18 de setiembre), se echó de ver en su persona una notable diferencia, comparándola con lo que era el año anterior durante su residencia en el castillo de Hampton-Court. Desde el momento en que se le privó de su servidumbre, había descuidado del todo su persona, y dejado crecer su barba y su cabello, que le caían en desorden, mostrando en todo la mayor negligencia. Habíasele vuelto el pelo enteramente gris ya por la decadencia de los años, ya por el peso de las aflicciones en que gemía, y que a pesar de su admirable constancia corroía interiormente su alma tierna y sensible. Sus amigos y acaso sus enemigos mismos vieron con compasión aquella *cabeza cana y sin corona*, como la llamaba él mismo en unos versos que han llegado a nosotros; y que hace muy patéticos, más que la elegancia de la expresión, la verdad del sentimiento<sup>268</sup>. Después de haberse esforzado aunque en vano en defender con valor su trono, contra sus enemigos armados, no le quedaba otro medio, que el

264 Withlocke, p. 284.

265 Clarendon, tomo V, p 280. *Copias perfectas*, de sir Eduardo Walker. p. 6.

266 *Copias* por sir Eduardo Walker, p. 8.

267 *Copias* por sir Eduardo Walker, p. 38.

268 *Memorias* de Hamilton, por Burnet.

raciocinio y la persuasión para libertar algunos despojos, de manos de aquellos pacíficos, aunque no menos, implacables negociadores.

A pesar de aquella visible extenuación de su cuerpo el vigor de su alma se mostró sin la menor alteración. Los comisarios del parlamento no toleraron a ninguno de sus consejeros en la asamblea, y rehusaron entrar en explicaciones con otro que no fuese él. Él solo sostuvo la discusión en una serie de conferencias que duró dos meses, contra quince hombres de estado, los más hábiles e ilustrados de las dos cámaras, y que sin embargo nunca obtuvieron la menor ventaja.<sup>269</sup> Carlos en efecto parecía nacido para ser el primero, especialmente en una escena de esta naturaleza. Una concepción viva, un talento cultivado, una elocución pura y una gran dignidad en sus modales fueron las cualidades, que le hicieron triunfar en todas las discusiones que a sangre fría se sostuvieron. «Muy mudado está el rey —dijo el conde de Salisbury a sir Felipe Warwich—; en poco tiempo ha hecho extraordinarios progresos.» «No —respondió el caballero—, siempre ha sido lo mismo, pero hasta hoy no os habéis apercebido de ello.» Sir Enrique Vane, uno de los comisarios, alegó a sus colegas la extraordinaria habilidad del rey, como una nueva razón para mantenerse más firmes y más rigurosos sobre los artículos de la pacificación<sup>270</sup>; pero las grandes cualidades de Carlos nunca brillaron tanto en la acción, como en el raciocinio.

El primer punto en que insistieron los comisarios fue el de que retractase todos los decretos y declaraciones reales contra el parlamento, y que reconociese que sólo para su defensa habían tomado las armas. Consintió Carlos francamente en la primera de estas dos peticiones; pero la falsedad y el vilipendio de la segunda indignó su corazón, y le hizo mostrar una repugnancia extrema. Es cierto sin duda que, bajo el pretexto de la necesidad, había atacado en ciertos puntos los privilegios de la nación; pero habiendo renunciado a toda pretensión acerca de los mismos, habiendo reconocido explícitamente sus errores, habiendo reparado todas las brechas de la constitución y aun erigido nuevos baluartes para su seguridad, no podía en manera alguna reputársele como el agresor cuando comenzó la guerra. Aun cuando se hubiera pretendido que la manifestación que había hecho de sus inclinaciones arbitrarias, o por mejor decir, de sus principios monárquicos, hacía prudente y razonable por parte del parlamento, una guerra ofensiva o de precaución si se quiere, jamás podía dársela propiamente el nombre de defensiva; pero persuadidos todos los miembros del parlamento de que el texto literal de la ley los condenaba como rebeldes y traidores, juzgaron este artículo absolutamente necesario para su futura seguridad; y viendo perfectamente por otra parte que no había paz posible con otras condiciones, se sometió al fin: solamente declaró en una protesta, que le fue admitida, que si el tratado entero no se observaba, no sería válida ninguna de sus concesiones.<sup>271</sup>

Avínose a que el parlamento retuviese por espacio de veinte años la facultad de disponer de la milicia y del ejército, y de recaudar el metálico necesario para su conservación: cedióles asimismo, el derecho de volver a revestirse de esta autoridad, cuando las dos cámaras lo juzgasen oportuno para la seguridad pública. Estas concesiones equivalían a privarse para siempre, él y sus sucesores del importante poder de las armas.<sup>272</sup>

Otorgó que durante veinte años, fuesen admitidas a los principales cargos las dos cámaras del parlamento;<sup>273</sup> les abandonó la administración entera de la Irlanda, y la dirección de la guerra en esta isla<sup>274</sup>. Hizo renuncia del derecho de tutoría, y aceptó como indemnización una suma anual de 100.000 libras esterlinas<sup>275</sup>. Reconoció la validez del gran sello parlamentario, y la nulidad del

269 Memorias de Herbert, p. 72.

270 Clarendon. Sir Eduardo Walker, p 319.

271 Walker, p. 1 1, 12, 24.

272 Id. p. 51.

273 Id. p. 78.

274 Id. p. 45.

275 Id. p. 69, 77.

suyo<sup>276</sup>; renunció al derecho de nombrar lores sin la aprobación del parlamento: consintió, en fin, en que pagase el pueblo todas las deudas contraídas para hacerle la guerra.

Tan profundas fueron las heridas que recibió la constitución inglesa por este tratado, que Carlos no pudo menos de decir con mucha razón, que aquellas concesiones, si hubiese estado en su mano el evitarlas, más que ninguna otra acción de su vida, le harían acreedor a la calificación de enemigo de su pueblo.

De todas las exigencias del parlamento solamente dos las rehusó Carlos, pero con una constancia inalterable. Aun cuando hubiese renunciado a casi todos los derechos de la corona, no quiso entregar a sus amigos al castigo, ni renunciar a lo que él consideraba como un deber de religión. El doloroso arrepentimiento que conservaba por haber abandonado al conde de Strafford, le había afirmado sin duda en la resolución de no tener que echarse en cara en adelante la misma falta; y su larga soledad, unida a sus amargas aflicciones, había contribuido a afirmar en su corazón los principios religiosos que siempre tuvieron sobre su conducta y sus sentimientos, una grande influencia. Sin embargo, el deseo de terminar una transacción le hizo acceder a estos dos puntos en cuanto los juzgó compatibles con su deber.

Estando entonces secuestrada la mayor parte de los bienes de los realistas, y no pudiendo ya el rey proteger a sus partidarios, consintió que pagasen el ajuste que se conviniese entre ellos y el parlamento, reduciéndose a pedir tan solo que fuese moderado. No podía, además, disponer de los empleos, de manera, que no hacia un gran sacrificio al consentir, que se declarase a un determinado número de sus amigos, incapaces de desempeñar cargos públicos<sup>277</sup>; pero cuando el parlamento pidió un *bill* de proscripción y de destierro contra siete personas, el marqués de Newcastle, lord Digby, lord Biron, sir Marmaduke Langdale, sir Ricardo Gronville, sir Francis Doddigton, y el Juez Jenkins, rehusó Carlos constantemente esta proposición: consintió en el destierro, pero por un tiempo limitado<sup>278</sup>.

El punto fatal de donde todas las desavenencias habían nacido era la religión, y era asimismo el menos susceptible de avenencia y de moderación entre los partidos. Insistían los parlamentarios en el establecimiento del presbiteriado; en la venta de las tierras capitulares, en la abolición de la antigua forma de preces, y en la ejecución rigurosa de las leyes contra los católicos. Carlos ofreció cercenar todo lo que juzgase no era de institución apostólica: consentía la abolición de los arzobispados, de los deanatos, de las canonjías y de las prebendas. Ofrecía que las tierras de los cabildos se arrendarían a vil precio por noventa y nueve años; consentía que el actual gobierno eclesiástico continuase por tres años<sup>279</sup>; después de lo cual no pedía el que se restituyese otra cosa a los obispos más, que el derecho de conferir órdenes, y el dictamen de los presbíteros para que éste se ejerciese<sup>280</sup>. Si después de cumplido este término, insistía el parlamento en sus resoluciones, se abolirían todas las otras ramificaciones de la jurisdicción episcopal; y se establecería de común acuerdo una forma de gobierno eclesiástico. Carlos convenía en la supresión de las preces comunes; pero pedía la libertad de emplear otra liturgia en su propia capilla<sup>281</sup>. Aunque muy justa en la apariencia esta proposición, la desechó positivamente el parlamento.

No es sorprendente que dijese al rey dos teólogos parlamentarios en la discusión que se suscitó acerca de estos artículos «que se condenaría si no consentía en la completa abolición del obispado» pero es imposible leer sin alguna indignación lo que se sigue en la siguiente declaración de los lores y los comunes: «Detestando las cámaras la abominable idolatría que se comete en la misa, declaran, que no pueden admitir o autorizar con su consentimiento como su majestad lo desea, la exención a favor de la reina y de la familia, de las penas que se señalen contra el uso de la misa.» El solemne tratado de matrimonio de Carlos, los miramientos debidos tanto al sexo de la reina,

---

276 Id. p. 68.

277 Walker, p. 61.

278 Id. p. 91, 93.

279 Id. p. 29, 35, 49.

280 Id. p. 65.

281 Walker, p. 75, 82. Rushworth . vol. 8, p. 1323.

como a su alta categoría, y aun a los sentimientos de humanidad, todas estas consideraciones nada eran comparadas con las fanáticas prevenciones de los dominadores.

El rey y las dos cámaras tenían sin duda alguna un interés en concluir prontamente su tratado, y en reunir sus fuerzas para resistir, si era posible, a la fuerza usurpadora del ejército. Era también del interés particular de los parlamentarios dejar en manos del rey, una parte considerable de autoridad que le pusiera en estado de defenderlos, y defenderse contra un enemigo tan peligroso; pero eran tan duros en sí mismos los términos en que insistían, que no temiendo Carlos nada peor de sus más implacables enemigos, no se apresuraba a la conclusión; y tenía por otra parte tanta influencia la preocupación de unos y otros, que estaban todos más dispuestos a sacrificar los más graves intereses civiles, que a ceder ni un punto en las contiendas teológicas. Ayudados por los artificios de los independientes, hicieron durar tanto tiempo la navegación estos obstáculos que los levantamientos y sublevaciones fueron reprimidos por doquiera, y tuvo tiempo el ejército para ejecutar sus sanguinarios proyectos.

### Represión de la guerra civil.

Hamilton había entrado en Inglaterra con un numeroso, aunque mal disciplinado ejército; pero no se atrevió a unir sus fuerzas a las de Langdale, porque los realistas ingleses habían rehusado aceptar el *covenant*, y los presbiterianos escoceses, aunque armados para el servicio del rey, rehusaron unirse a las tropas reales con otras condiciones. Los dos ejércitos marcharon juntos, aunque a una corta distancia el uno del otro, y ni la aproximación de Cromwell con sus tropas, pudo obligar a los *covenantarios* a buscarse su seguridad en una estrecha unión con los realistas. Cuando los principios son tan absurdos y perniciosos para la sociedad humana, puede asegurarse sin recelo, que cuanto más sinceros son y desinteresados, hácense más ridículos y odiosos.

No temió Cromwell hacer frente con 8.000 hombres a dos ejércitos de 20.000 mandados por Hamilton y Langdale. Sorprendió hábilmente al último hacia Breston en el condado de Lancaster (17 de agosto) y los realistas, socorridos a tiempo por sus aliados, sufrieron una completa derrota a pesar de su rigurosa resistencia. Hamilton fue atacado en seguida, roto y perseguido hasta los muros de Uttoxeter, donde cayó prisionero. Cromwell se aprovechó precipitadamente de sus victorias, y penetrando en Escocia a la cabeza de un cuerpo considerable, se unió al conde de Argyle que había tomado también las armas, y batió a Laneric, Monro y otros presbiterianos moderados. Tantas victorias hicieron recaer toda la autoridad en manos del partido exaltado: el poder eclesiástico recobró el ascendiente, ejerció la más severa venganza sobre aquellos que habían entrado en lo que llamaba el convenio de Hamilton, y no volvió su confianza, o no dio ni aun la seguridad de la vida, sino a aquellos que expiasen con una penitencia pública el crimen de haber tomado las armas a las órdenes del parlamento, en defensa de su legítimo soberano.

Loudon, canciller de Escocia, que había favorecido en un principio la empresa de Hamilton, y que dejándose amedrentar después por las amenazas del clero, había vuelto a entrar hacía algún tiempo en el partido contrario al rey, no tuvo dificultad, a pesar de estar revestido de la más alta dignidad del reino, hacer penitencia en plena iglesia, por su obediencia al parlamento, que calificó de una carnal vanidad<sup>282</sup>. Acompañó su acción de tantas lágrimas, y de súplicas tan lastimosas, para obtener el socorro de las oraciones públicas, en el exceso de su aflicción y de su arrepentimiento, que esta comedia arrancó las lágrimas y los gemidos de toda la asamblea<sup>283</sup>.

Exigiéronse a todos aquellos en quienes cabía alguna sospecha de inclinación al partido realista, y que no tenían por otra parte tacha alguna en su conducta, préstamos considerables que arruinaron a muchas familias, lo que era una invención del partido dominante para alcanzar con sus

282 A carnal Self-Seeking.

283 Withlocke, p. 71.

golpes, como ellos decían, hasta los *corazones malignos*.<sup>284</sup> Jamás se había conocido en toda la isla un gobierno tan riguroso, tan despótico como el que generalmente ejercían en ambos reinos los preceptores de la libertad.

El éxito del sitio de Colchester fue tan desgraciado como el que tuvieron los esfuerzos de Hamilton por la causa del rey. Después de haber sufrido los últimos rigores del hambre, después de haber tenido que recurrir a los más sucios alimentos, la guarnición ofreció en fin capitular: Fairfax le exigió que se rindiese a discreción, y aun se reservó en la explicación de esta frase, la facultad de hacerla pasar inmediatamente a cuchillo. En vano se esforzaron los oficiales en animar al resto de sus tropas, para que se abriesen paso por entre los enemigos, vendiendo al menos su vida tan cara como les fuese posible, pues se vieron obligados a aceptar las condiciones propuestas<sup>285</sup> Fairfax, obligado por el furioso Ireton, a quien Cromwell durante su ausencia dio por superintendente al dócil general, hizo se apoderasen de sir Carlos Lucas y de sir Jorge Lisle resuelto a sacrificarlos inmediatamente a la justicia militar. Adunáronse todos los prisioneros contra un rigor que no tenía ejemplo: Lord Cappel, superior al peligro, echóselo en cara a Ireton, y le excitó a que ejerciese sobre todos la misma venganza, puesto que todos se habían empeñado por la misma gloriosa causa. Lucas, que fue pasado por las armas el primero, mandó hacer fuego a sus verdugos con la misma sangre fría, con que hubiera mandado una compañía de sus propios soldados. Lisle corrió inmediatamente a besar el cadáver de su amigo, y se presentó después con alegría a la misma suerte. Parecióle que se colocaban distantes los soldados que habían de hacer el fuego, y les dijo que se acercasen, a lo que le respondió uno de ellos: «Señor no tengáis cuidado que os marremos.» «Amigos —replicó él sonriéndose—, os he visto más de cerca, y no me habéis acertado.» Así pereció este generoso oficial, que no menos se había hecho amar por su dulzura y su modestia que estimar por su valor y sus altas prendas militares.

Poco tiempo después se presentó vestido de luto al rey un caballero pariente de sir Carlos Lucas, y aquel generoso príncipe, a quien recordó este espectáculo la triste catástrofe de sus amigos, les pagó un tributo que no le arrancó jamás ninguno de sus propios infortunios, cual fue prorrumpir en llanto.<sup>286</sup>

### **Recupera el ejército la persona del rey.**

Sometido por estos repetidos triunfos todo cuanto se oponía a los independientes, no quedaban ya sino el rey privado como estaba de toda asistencia humana, y el parlamento, cuyos recursos se habían agotado, para contrarrestar sus violentas pretensiones. Cromwell hizo redactar por el consejo de oficiales generales un manifiesto que fue enviado al parlamento, en él echaban en cara a las dos cámaras su tratado con el rey; pedían su castigo por la sangre que se había derramado durante la guerra, exigían la disolución del parlamento actual, y más igualdad para en adelante en la representación nacional. Por último, sentaban como principio que aunque no eran más que *servidores*, tenían derecho de representar sobre puntos de aquella importancia a sus jefes, que no eran a su vez, sino los *servidores* y los mandatarios de la nación. Al mismo tiempo avanzaron hasta Windsor con su ejército desde donde enviaron a Newport al coronel Eure para que se apoderase de la persona del rey, y le trasladase al castillo de Hurst, donde fue estrechamente encerrado.

Como no era muy difícil prever esta resolución, se exhortó a Carlos a que se pusiese en libertad por la fuga, evasión que parecía muy fácil; pero habiendo él dado su palabra al parlamento de no fugarse durante el tratado, ni tres semanas después, no quiso que se le acusase de haberla violado. En vano se le hizo considerar que una promesa hecha a las cámaras, perdía toda su fuerza cuando ellas no podían ponerle a cubierto de la violencia de que se veía amenazado por sus

---

284 Guthry.

285 El 18 de agosto.

286 Withlocke.

enemigos, con los que no había él contraído lazo ni compromiso alguno: Carlos no aceptó ninguna sofistería en la explicación de un punto tan delicado por plausible que fuese en su favor, y permaneciendo inmutable en su resolución, respondió constantemente que cualquiera que fuese el punto hasta donde pudiese despojarle la fortuna, jamás le quitaría ésta el honor.<sup>287</sup>

En un peligro tan inminente no perdieron las dos cámaras su valor, y aunque ningún plan habían formado para resistir a las usurpaciones militares, resolvieron generosamente resistir hasta el último trance, y sepultarse bajo las ruinas del gobierno antes que prestar su sanción a miras ilegítimas y sanguinarias que no podían ya disfrazarse. Desestimaron el manifiesto del ejército, sin dignarse responderle; declararon que el apoderarse de la persona del rey, había sido un acto verificado sin su participación; mandaron a preguntar al general por qué autoridad se había resuelto esta empresa, y publicaron órdenes que prohibían al ejército se aproximase más a Londres.

Hollis, jefe actual de los presbiterianos, era de una intrepidez a toda prueba, y otros muchos de su mismo partido apoyaron su arrojo; hicieron la proposición de que los principales oficiales, por su desobediencia y sus usurpaciones, fuesen declarados traidores.

Pero el parlamento se las había con hombres que no se arredraban con palabras, ni se detenían por una escrupulosa delicadeza. Los oficiales, a nombre del general Fairfax que les permitía aun valerse de él, hicieron penetrar al ejército en Londres y colocando guardias en Whitehall en el Mews, en St. James, en el palacio de Durham, en Covent-Garden, y en Palace-yard, rodearon al parlamento con sus hostiles aprestos.

Perdiendo más que nunca toda esperanza de salir con su intento, las cámaras no se obstinaron menos en resistirse. Empezaron a la vista del ejército la conclusión de su tratado con el rey y aun cuando hubiesen declarado anteriormente insuficientes las concesiones relativas a la iglesia, y a los *delincuentes*, sometieron todos los artículos a deliberación. Después de un violento debate, que duró tres días enteros, se declaró por una pluralidad de ciento veinte y nueve votos contra ochenta y tres, que las concesiones del rey eran una base sobre que podían las cámaras trabajar en la pacificación del reino.

### **Espurgo de la cámara.**

Pero al día siguiente (6 de diciembre) cuando se disponían a reunirse los comunes, el coronel Pride, carretero de cervecería en otro tiempo, bloqueó la cámara a la cabeza de dos regimientos, y guiado por lord Grey de Groby prendió al paso a cuarenta y un miembros del partido presbiteriano, a quienes hizo encerrar en un cuarto bajo conocido con el nombre de *infierno*, de donde después los trasladó a diferentes cárceles; además fueron excluidos más de otros ciento sesenta miembros, y no se permitió entrar sino a los independientes más furiosos y determinados, cuyo número no pasaría de cincuenta o sesenta. Esta atroz invasión del parlamento fue llamado después *el expurgo del coronel Pride (Pride's Purge)*; tan dispuesta estaba la nación a gozarse en el vilipendio de aquellos hombres, que se habían arrogado poco a poco toda la autoridad del gobierno, y que habían despojado al rey de sus prerrogativas legales.

Los actos que emanaron en seguida del parlamento, si es que merece un nombre tan respetable después de aquella reducción, ya no llevaron en sí, ni la más leve apariencia de legalidad, de justicia, o de libertad. Entonces se echó abajo el último decreto, y se declararon insuficientes las últimas concesiones del rey: se estableció que ninguno de los miembros ausentes sería admitido sin haber firmado antes esta resolución; se renovó la declaración que prohibía se dirigiesen escritos al rey. Sir Guillermo Waller y sir Juan Clotworthy, los generales Massey, Brown, Copley y otros jefes presbiterianos fueron cargados de cadenas. Estos personajes sostuvieron al parlamento al principio de la guerra, con su crédito y autoridad, que no tenían límites a la sazón, y habían preparado

---

287 Memorias del coronel Coke, p. 174. Rushworth, tomo VIII, p. 1347.

también el camino al engrandecimiento de los jefes actuales, hombres oscuros entonces, y sin la menor importancia en la nación.

Habiendo publicado un manifiesto los miembros excluidos en que expresaban la violencia que habían sufrido, protestando que eran nulos todos los actos emanados desde entonces del parlamento, les respondieron los otros miembros con un acuerdo que declaraba aquel escrito, «falso, escandaloso, sedicioso y encaminado a la destrucción del gobierno visible y fundamental.»

Estas súbitas y violentas revoluciones habían llenado de terror y de asombro a toda la nación. Todo el mundo temía ser atropellado al ver una animosidad tan viva entre dos poderosas facciones que se disputaban la soberanía del estado. Un gran número de ciudadanos comenzó a emigrar a la otra parte de los mares; los extranjeros con dificultad abrían su crédito a un pueblo desgarrado por tantas disensiones domésticas, y tan cruelmente oprimido por las usurpaciones militares. Hasta el mismo comercio interior comenzaba a extenuarse; y con el objeto de contener un mal que tanto apremiaba, publicaron los generales en nombre del ejército una declaración en que se decía estar determinado a proteger la justicia, y las leyes<sup>288</sup>.

Con el objeto de aquietar más eficazmente los ánimos, tomó en consideración el consejo de los oficiales un nuevo proyecto llamado *la convención del pueblo*, que no era otra cosa sino el plan de una república que se trataba de sustituir a aquel gobierno que acababan de despedazar. Muchos de los artículos de este sistema, que tenían por objeto introducir una igualdad mayor en la representación nacional, hubieran sido muy plausibles, si la nación se hubiese hallado dispuesta a recibirlos, y el ejército hubiese tenido intención de establecerlos; otros suponen una perfección incompatible con la naturaleza humana, y se resienten demasiado de aquel espíritu de entusiasmo que reinaba a la sazón en todo el reino.

Pero faltaba todavía a aquellos furiosos para llegar al colmo de un extravagante fanatismo y de toda iniquidad acometer el público proceso y hasta el suplicio de su soberano. Todas las medidas de los independientes los habían ido precipitando hacia este fin. Los jefes parlamentarios de este partido, se habían propuesto ejecutar por medio del ejército aquella empresa tan osada, pues consideraban que para consumar un atentado que aniquilaba todas las leyes, y todos los principios era preciso servirse de instrumentos que nada respetasen<sup>289</sup>; pero eran demasiado prudentes los generales, para hacerse solos responsables de la infamia que llevaba en sí una acción tan repugnante a los ojos de la humanidad: se resolvió en el consejo militar que el parlamento partiese con ellos la nota que era consiguiente a aquel paso, que se consideraba necesario para asegurar el éxito de sus miras comunes de seguridad y de ambición. Se nombró una comisión en la cámara baja que redactase los capítulos de acusación contra el rey, y a consecuencia de su informe, expidió la cámara un voto declarando que su majestad se había constituido reo de alta traición haciendo la guerra al parlamento, y estableció un alto tribunal de justicia para que examinase este crimen de nueva especie; este voto pasó después a la cámara de los pares.

Durante las guerras civiles, la cámara de los pares había hecho un triste papel, y habíase vuelto tan despreciable desde la caída del rey, que pocos nobles querían pasar por la vergüenza de presentarse en ella; tanto que aquel día, a pesar de estar más llena de lo acostumbrado, no pasaban los lores del número de diez y seis. Casi sin deliberación y sin que uno solo se abstudiese de votar rechazaron todos el voto de la otra cámara, citándose los mismos para dentro de diez días, con la esperanza de que este término podría entibiar quizá el furioso ardor de los comunes.

1649.—Pero ni con mucho era suficiente un obstáculo tan débil. Después de haber comenzado por establecer un principio noble y especioso en sí mismo, pero desmentido por la historia y la experiencia de todas las épocas, a saber, «que el pueblo es el origen de toda autoridad justa», declararon, que reunidos en parlamento los comunes de Inglaterra por la elección del pueblo a quien representan, tienen la autoridad suprema de la nación, y que todo aquello que los comunes establecen y sientan como ley, tiene fuerza de tal sin el consentimiento del rey (4 de enero) o de la

288 Rushworth, tomo VIII, p. 1364.

289 Whitloke.

cámara de los lores; en seguida fue leída de nuevo y generalmente aprobada la votación para el proceso de Carlos Estuardo, rey de Inglaterra (éste era el nombre que se le daba).

Las pretensiones de santidad aumentaban entre aquellos regicidas, a medida que aumentaba la enormidad de las violencias y de las usurpaciones. «Si alguno —dijo Cromwell en plena asamblea—, hubiese hecho la proposición de castigar al rey, yo le hubiera mirado como el mayor de los traidores; pero ya que la Providencia y la necesidad nos imponen esta carga, yo rogaré al cielo que derrame su bendición sobre vuestros consejos, aun cuando no estoy preparado para daros mi dictamen sobre esta importante operación ¿Os confesaré —añadió—, que yo mismo, cuando pedía últimamente por el restablecimiento de su majestad, sentí mi lengua pegárseme al paladar, y tomé este movimiento sobrenatural por una respuesta dada a mi súplica por el cielo, que abandonaba al rey?»

Una mujer del condado de Herford iluminada por proféticas visiones, pidió se la admitiese al consejo de guerra, y comunicó a los oficiales una revelación que les aseguraba estar consagradas y ratificadas sus medidas por una sanción celestial; convicción que les dio gran consuelo, y contribuyó poderosamente a confirmarlos en su presente resolución. Harrison, hijo de un carnicero, pero coronel en la actualidad, y el más exagerado entusiasta del ejército, fue enviado con un numeroso destacamento para conducir al rey hasta Londres. En su paso por Windsor, Hamilton, que permanecía allí prisionero, obtuvo libertad para presentarse al rey, y echándose a sus pies exclamó con voz apasionada: «¡Mi querido Señor!» «Sí, eso he sido siempre para vos», respondió Carlos, abrazándole. Harrison no los dejó hablar por más tiempo, y el rey tuvo que partir al momento. Siguióle largo tiempo, Hamilton, con los ojos arrasados de lágrimas, y pronosticó que en aquella corta entrevista había dicho el último adiós a su amigo y a su soberano.

El mismo Carlos estaba persuadido de que se acercaba el término de su vida, pero todos los preparativos que veía hacer, y las informaciones que recibía no pudieron convencerle de que la intención de sus enemigos fuese realmente acabar aquella escena con un solemne proceso y una ejecución pública. A cada instante se esperaba un asesinato, y aun cuando le asegurase Harrison que sus temores no tenían fundamento, sólo por esta catástrofe tan común a los príncipes destronados creía perder la vida: tanto en la apariencia como en la realidad, Carlos estaba entonces destronado. Habíanle quitado todas las insignias de su soberanía, y sus criados habían recibido orden de servirle sin ceremonia. Al principio mostró enojo en vista de algunas groserías y familiaridades a que estaba tan poco acostumbrado. «¡Nada más abyecto que un rey despreciado!» Tal fue la reflexión que no pudo menos de hacer, pero su alma se resignó muy pronto a esta situación, como se había resignado a las otras calamidades.

Habíanse concluido todos los preparativos del proceso, y estaba ya constituido del todo el alto tribunal de justicia. Componíase este de ciento treinta y tres personas nombradas por la cámara de los comunes; pero nunca se reunieron más de setenta en las asambleas; tan difícil era, a pesar de las ciegas prevenciones y del cebo del interés, hacer que personas de algún nombre y de cierto carácter entrasen en aquella criminal empresa. Formaron parte de ella Cromwell, Ireton, Harrison y los principales jefes del ejército, cuya mayor parte eran de nacimiento oscuro, con algunos miembros de la cámara baja, y algunos vecinos de Londres. Los doce jueces mayores fueron comprendidos desde luego en este número, pero habiendo representado que era contrario a todas las ideas de la constitución inglesa procesar al rey por crimen de alta traición, puesto que por su autoridad sola debía proceder necesariamente en todas las acusaciones de esta naturaleza, sus nombres, y los de algunos lores fueron borrados de la lista. Bradshaw, jurisconsulto, fue nombrado presidente; Coke, procurador por el pueblo de Inglaterra, y Dowlis, Aske y Steele, asesores. El alto tribunal celebró sus asambleas en Westminster-Hall.

Es muy notable que al pasar la lista de los miembros, cuando se pronunció el nombre de Fairfax, se oyó una voz en medio de los espectadores, que decía: «Ese tiene demasiado talento para hallarse aquí.» Cuando se leyó la acusación contra el rey en nombre del pueblo de Inglaterra, se oyó gritar a la misma voz: «Ni una décima parte del pueblo.» Habiendo mandado Axtel, el oficial de



guardia, que se hiciese fuego sobre la tribuna de donde parecían haber salido estas insolentes palabras, descubrióse en ella a lady Fairfax que había tenido el arrojo de pronunciarlas. Esta señora, de una noble familia, era hija de Horacio lord Vere de Tilbury; pero habiéndose dejado arrastrar por la violencia de los tiempos, había apoyado el celo de su marido contra la cansa real, y abriéndose al fin sus ojos, estaba, como él, llena de horror en vista de las fatales e inesperadas consecuencias de todas sus victorias.

### Proceso del rey.

La pompa, la dignidad, el ceremonial de aquella escena correspondieron a la idea más grande que puede concebirse leyendo los anales del linaje humano: los diputados de un gran pueblo, reunidos para juzgar a su supremo magistrado le formaban causa por haber engañado su confianza, y por haberlos gobernado mal. El procurador, a nombre de los comunes, expuso, que habiéndose admitido a Carlos Estuardo al trono de Inglaterra; y habiéndole confiado un ilimitado poder, traidora y malignamente había él hecho la guerra contra el parlamento actual, y contra el pueblo a quien este parlamento representaba, con el culpable objeto de erigir un gobierno ilimitado y tiránico; y que por esta causa era acusado «como tirano, como traidor, como asesino y como público e implacable enemigo de la nación.» Después de esta acusación, dirigiéndose el presidente al rey le dijo que el tribunal aguardaba su respuesta.

Aunque debilitado por una larga prisión, y presentado como un reo, sostuvo el rey con su magnánimo valor la majestad de un monarca. Declaró, lleno de moderación y de dignidad, que no reconociendo la autoridad del tribunal, no podía someterse a su jurisdicción; hizo presente que habiendo tratado con las dos cámaras del parlamento, y concertado con ellas casi todos los artículos de la pacificación, había confiado volver de otra manera a su capital, y aun verse ya restablecido en su dignidad, su poder, sus rentas y su libertad personal; que no veía en la asamblea, ni la menor apariencia de una cámara alta, parte tan esencial de la constitución, y que aun estaba informado de que los mismos comunes, cuya autoridad se alegaba, habían sido subyugados por una fuerza ilegítima y privados de su autoridad; que en cuanto a él, era su *rey hereditario, por el derecho de su nacimiento*, y que toda la autoridad del estado, aun cuando estuviese libre y reunida, no tenía derecho para procesarle, no siendo deudor de su dignidad, sino a la suprema majestad del cielo; que admitiendo aquellos extravagantes principios que igualaban todas las jerarquías, el tribunal no podía atribuirse ningún poder delegado del pueblo, a menos de que hubiese comenzado por pedir y obtener el consentimiento de cada ciudadano, sin exceptuar ni aun el más pobre labrador, que reconocía sin la menor dificultad que estaba *confiado un depósito* a su cuidado, depósito sagrado, inviolable, cual eran las libertades de su pueblo, y que se guardaría muy bien de venderlas, reconociendo un poder fundado en la violencia, y en la más atroz usurpación; que habiendo tomado las armas y expuesto muchas veces su vida en defensa de la pública libertad, de la constitución y de las leyes fundamentales del reino, estaba pronto en aquel último y solemne trance a sellar con su sangre estos preciosos derechos, por los cuales, aunque en vano, tan largo tiempo había disputado; que los que se arrogaban la facultad de ser sus jueces, habían nacido sus súbditos, y súbditos también de aquellas leyes que establecían que el rey *no podía obrar mal*; pero que no tenía necesidad para su defensa de esta máxima general que rige para todo monarca inglés, aun cuando sea el más indigno, y que él por su parte se hallaba en el caso de justificar con poderosas razones, las medidas que había adoptado; que cuando se le pidiese en otra forma, se apresuraría a probar a todo el universo y a ellos mismos, sus supuestos jefes, la integridad de su conducta, y la justicia de sus armas defensivas, a las cuales desgraciadamente y a pesar suyo le había hecho recurrir su situación; pero que para ser consecuente en su conducta, debía renunciar por entonces a la apología de su inocencia, temeroso de que se le tachase de haber vendido a la constitución, en vez de ser

aplaudido como su mártir, por haber ratificado una autoridad que no estaba mejor fundada que la de los bandoleros y los piratas.

Con objeto de defender la majestad del pueblo, y de conservar la autoridad del tribunal sobre el prisionero, repitió el presidente, que él debía reconocer la autoridad de sus jueces; que ellos eran superiores a todas sus objeciones; que eran los delegados del pueblo única fuente de toda autoridad legítima, y que los reyes mismos no eran más que los mandatarios de aquella numerosa comunidad, que había revestido al tribunal de su jurisdicción. Considerando estos principios que Bradshaw, en la posición que ocupaba, tenía que adoptar necesariamente, su conducta parecerá en general dura y bárbara, pero si se le considera como un súbdito, y un súbdito de un orden muy inferior que se dirige a su infeliz soberano, cualquiera juzgará su lenguaje audaz e insolente hasta el extremo.

Carlos fue conducido tres veces ante el tribunal, y rehusó siempre reconocer su competencia: en una cuarta sesión (27 de enero), después de haber examinado los jefes algunos testigos, por los que se probó que el rey se había dejado ver con las armas en la mano contra las tropas del parlamento, pronunciaron su sentencia. Parece que había solicitado él entretanto una conferencia con las dos cámaras, y se supuso que su designio era abdicar la corona en su hijo; pero el tribunal le rehusó esta satisfacción y no consideró su demanda, sino como un arbitrio para alargar el proceso. Todos convienen en que la conducta de Carlos en este último período de su vida hace honor a su memoria, y que cada vez que se presentó ante sus jueces, no olvidó nada de lo que debía a su decoro como hombre y como príncipe; firme, intrépido, supo conservar en todas sus respuestas tanta claridad como precisión en la expresión y en el pensamiento: mesurado, bondadoso, aquella autoridad que osaban tomar sobre su persona, no le arrancó el más leve movimiento de pasión. Sin afectación y sin esfuerzo, su alma supo mantenerse en una situación que le era normal, y despreciar como indignos de ella todos los esfuerzos de la malignidad y de la injusticia humana.

Los soldados, excitados por sus jefes se dejaron seducir, aunque con trabajo, hasta pedir justicia a voces contra él. «¡Infelices! —dijo Carlos a uno que le habían dejado para servirle—, un poco de dinero les haría prorrumpir en los mismos clamores contra sus jefes.»<sup>290</sup> Algunos de ellos obtuvieron la orden o el permiso de satisfacer su brutal insolencia, y le escupieron en el rostro en el tránsito que conducía al tribunal. Este bárbaro ultraje no produjo en él otro efecto que el de excitar en su alma un sentimiento de religiosa humildad. El pueblo, aunque oprimido bajo el azote de una autoridad sin límites, hizo públicos sus votos, en ardientes súplicas, por la libertad del rey, y en el exceso de su infortunio, con sus generosas lágrimas le reconocieron por su monarca, a quien un iluso furor les había obligado a desconocer con tanta violencia. Los amargos sentimientos del rey obtuvieron algún consuelo con una escena tan patética, y expresó su reconocimiento por aquel respetuoso afecto. Movido un soldado de aquella contagiosa simpatía, pidió al cielo su bendición por la majestad oprimida, y derribada. Oyendo su oficial esta súplica, le dio de golpes a la vista misma del rey. «Me parece que el castigo excede a la ofensa», fue la única reflexión que hizo Carlos entonces<sup>291</sup>.

Apenas supieron las naciones extranjeras la resolución de procesar al rey, levantóse por todas partes contra un atentado tan monstruoso el grito de la razón y de la humanidad, y todos sin excepción, cualesquiera que fuesen su religión y forma de gobierno, todos rechazaron con horror aquel ejemplo como el último exceso de una usurpación procaz, y el más odioso ultraje a las leyes y la justicia. El embajador de Francia, por orden de su corte, intervino ardientemente en favor del rey: los holandeses emplearon toda su influencia, los escoceses desaprobaban altamente todo lo hecho y protestaron contra aquella violencia. La reina, el príncipe, escribieron las cartas más lastimosas al parlamento, pero todo fue en vano, y no produjo el menor efecto sobre aquellos corazones obstinados en su odio.

Cuatro amigos de Carlos, todos eminentes por su nombre y su virtud, Richemond, Hertford, Southampton y Lindesey se dirigieron a los comunes, representándoles que ellos eran los consejeros

290 Rushworth, tomo VIII, p. 145.

291 Warwick, p. 339.

del rey, y que con sus consejos habían contribuido a todas las medidas con que se acriminaba a su señor; que a los ojos de la ley, y a la luz común de la razón, ellos eran los únicos culpables y debían responder solos de todo aquello que vituperable fuese en la conducta del príncipe; que ellos se presentaban espontáneamente a la justicia, para salvar con su expiación aquella preciosa vida, que los mismos comunes y todos los súbditos de la corona debían defender a cualquier precio. Un esfuerzo tan generoso, hizo honor a sus hermosas almas; pero fue inútil al rey.

El pueblo quedó en aquel silencioso, y en aquel sombrío estupor que son el efecto natural de las grandes pasiones, cuando no se hallan en ocasión de desahogarse. Inflamados sin cesar los soldados por las exhortaciones, las lecturas, y la oración habían llegado a un verdadero extremo de furor, hasta el punto de creer el mayor mérito a los ojos del cielo los excesos más opuestos al respeto y a la fidelidad que debían al soberano<sup>292</sup>.

La única gracia que obtuvo Carlos de sus enemigos fue un intervalo de tres días entre su sentencia y su suplicio, intervalo durante el cual experimentó una gran tranquilidad de alma, ocupándose especialmente en lecturas y ejercicios devotos. Las personas de su familia que habían quedado en Inglaterra pudieron verle libremente; eran aquellas la princesa Isabel, y el duque de Gloucester, pues el duque de York había huido. Gloucester acababa de salir apenas de la infancia: la princesa, en una edad muy tierna, daba indicios de una razón muy despejada, y los infortunios de su familia habían hecho en ella una profunda impresión. Después de numerosos consejos y de piadosos consuelos su infeliz padre le encargó dijese a la reina que en toda su vida, no había faltado, ni aun con el pensamiento a la fidelidad que le debía, y que su ternura conyugal duraría tanto como su existencia.

Creyó también que debía dar algunos consejos paternales al duque niño, a fin de sembrar a tiempo en su alma, los principios de obediencia y fidelidad a su hermano, que debía ser en breve su monarca. Tomándole sobre sus rodillas; «¡Hijo mío —le dijo—, van a cortar la cabeza a tu padre!» Herido el niño con una imagen tan nueva, le miró fijamente. «¡Sí, atiende, hijo mío! —prosiguió Carlos—; van a cortarme la cabeza, y acaso te harán rey; pero ten cuenta con lo que te digo: tú no debes ser rey mientras vivan tus hermanos Carlos y Jacobo. Esos hombres que van a quitarme la vida cortarán la cabeza a tus hermanos, cuando puedan poner la mano sobre ellos, y acaso al fin te la corten a ti también. Yo te encargo, pues que no consientas que te hagan rey.» El duque lanzó un suspiro y respondió: «¡Primero me dejaré despedazar!» Una respuesta tan enérgica en una edad tan tierna traspasó a Carlos, y llenó sus ojos de lágrimas de alegría y admiración.

Todas las noches de aquel plazo fue su sueño tan profundo como lo era ordinariamente, aun cuando resonaba de continuo en sus oídos el ruido de los carpinteros que levantaban el cadalso, y hacían otros preparativos para su ejecución<sup>293</sup>. En la mañana del día fatal (30 de enero) se levantó temprano, y haciendo llamar a Herbert, uno de los servidores que le habían dejado, le encargó que pusiese más cuidado que nunca en su atavío. «Quiero prepararme —le dijo—, a tan grande y alegre solemnidad.» Juxon, obispo de Londres, que unía como el rey las más dulces virtudes a una rara entereza, le asistió en sus ejercicios devotos y tributó a su amigo y a su soberano, los últimos y fúnebres auxilios.

### Su suplicio.

La calle que rodea el palacio de White-Hall fue elegida para teatro de la ejecución, y el motivo de elegirla fue para que hiciese mayor impresión, a la vista de su propio palacio, el triunfo de la justicia popular sobre la majestad real. Cuando Carlos subió al cadalso, los soldados que le rodeaban formaron una hilera tan compacta que perdió toda la esperanza de que oyese el pueblo su voz, de modo que sus últimas palabras no se dirigieron sino a un corto número de personas que

292 Burnet, *Historia de su tiempo*.

293 Herbert, p. 135.

estaban cerca de él, particularmente al coronel Tomlinson, a quien se había confiado su guardia hacía algún tiempo, y en quien, como en otros muchos, su bondad y resignación habían producido una mudanza absoluta. Justificó Carlos su inocencia, en las fatales disensiones de que era víctima; observó que no había tomado las armas, sino después de los alistamientos militares del parlamento, y que no había tenido otro objeto en sus operaciones de guerra sino conservar ilesa aquella autoridad que le habían transmitido sus abuelos. Ni la menor inculpación salió de sus labios contra las dos cámaras, y para explicar tan funestos extravíos, pareció que se inclinaba a creer haberles inspirado temores y desconfianza acerca de sus intenciones algunos mal intencionados. Aunque inocente con su pueblo, reconoció la justicia de su ejecución a los ojos de su Criador, y recordando una sentencia injusta, a la cual no se opuso, observó que era castigada a la sazón en su persona por una sentencia que no lo era menos. Perdonó sin excepción alguna a todos sus enemigos, y aun a los principales instrumentos de su muerte; pero los exhortó a ellos y a la nación entera, a que volviesen al camino de la paz, tributando a su hijo y sucesor la obediencia que debían a su legítimo soberano.

Mientras se disponía a poner la cabeza sobre el tajo, le dijo Juxon con voz doliente: «Señor, sólo os queda un paso que dar, un paso doloroso y difícil; ¡pero muy breve! Considerad que en un instante os va a conducir muy lejos. Él os hará pasar de la tierra al cielo, y allí encontraréis con extremo júbilo el premio a que aspiráis, y la verdadera corona de gloria.» «Paso —dijo el rey— de una corona corruptible, a otra que no lo es, seguro de poseerla en paz.» Un solo hachazo separó su cabeza del cuerpo. Un hombre enmascarado hizo el oficio de verdugo, otro, cubierto también el rostro con una careta, presentó a la vista de los espectadores la sangrienta cabeza y gritó con fuerte voz: «Ésta es la cabeza de un traidor.»

Imposible es describir el dolor, la indignación y el asombro del pueblo apenas se esparció la nueva de la fatal ejecución, no sólo entre los espectadores, que guardaron como sumergidos en un abismo de aflicción, sino en la nación entera; jamás se hizo más querido de su pueblo, ningún monarca en todo el triunfo de la prosperidad y de la victoria, que aquel desgraciado príncipe por sus infortunios, su grandeza de alma, su resignación, su piedad: la violencia de la reacción que se verificó en favor del respeto y de la ternura al rey, fue proporcionada a la fuerza de las ilusiones que contra él habían abrigado todos sus súbditos. Cada cual se echaba en cara con amargura o activas infidelidades, o demasiada indolencia en defender su causa oprimida; sobre los ánimos más débiles fue prodigioso el efecto de estas pasiones reunidas. Se cuenta, que muchas mujeres que se hallaban en cinta malparieron de dolor; otras, fueron atacadas de convulsiones; otras, cayeron en una melancolía que las acompañó hasta el sepulcro, y aun se añade, que algunas perdiendo todo cuidado de sí mismas, y como no queriendo o no pudiendo sobrevivir a su querido príncipe, cayeron muertas repentinamente. Los mismos pulpitos se vieron regados de lágrimas sinceras, ¡aquellos pulpitos desde donde se habían lanzado contra él tan violentas imprecaciones y tantos anatemas!... En una palabra, fue unánime la opinión de todos en odiar a aquellos hipócritas parricidas, que por tanto tiempo habían ocultado sus traiciones bajo los pretextos de santidad, y que con aquel último acto de una atroz iniquidad echaban sobre la nación entera un borrón indeleble.

El mismo día de la muerte del rey se vio un nuevo ejemplo de hipocresía. El generoso Fairfax, no satisfecho con haberse ausentado durante el proceso, había empleado todo el crédito que aun conservaba para atajar la ejecución de la funesta sentencia, y sus persuasiones habían sido bastante poderosas para disponer a su regimiento a salvar al rey aun cuando no contase con otro socorro. Informados de su proyecto Cromwell e Ireton esforzaronse en convencerle que el Señor había abandonado a Carlos, y le exhortaron a que se proporcionase por medio de la oración alguna luz del cielo en aquella importante ocasión; pero le ocultaron que habían firmado ya la orden de que se llevase a efecto la sentencia. Harrison fue el entusiasta de que se valieron, para que uniese sus oraciones a las del crédulo general, y concertado con ellos, prolongó lamentables invocaciones hasta que fueron a informarle de que el golpe fatal estaba ya dado. Entonces, abandonando la

humilde postura que había tomado en compañía de Fairfax, sostuvo imprudentemente que aquel acontecimiento era una milagrosa respuesta que daba el cielo a sus piadosas súplicas<sup>294</sup>.

Habiéndose notado que al momento de presentarse al rey el verdugo había dicho aquel a Juxon con muestras de vivo interés la sola palabra, *remember*, que significa *acordaos*, supusieron que esta expresión ocultaba profundos misterios y exigieron los generales la explicación al prelado. Dijoles Juxon, que el rey habiéndole encargado continuamente recomendase a su hijo el perdón de los que le quitaban la vida, había aprovechado aquella ocasión en su último momento, y cuando suponía sin duda que miraría sus órdenes como leyes sagradas e inviolables, para repetir su encargo; y que aquella alma noble y generosa había de esta manera terminado su carrera mortal, con un acto de benevolencia hacia sus mayores enemigos.

### Su carácter.

El carácter de Carlos, como el de la mayor parte de los hombres, o por mejor decir, como el de todos ellos, era un carácter mixto; pero sus virtudes sobrepujaban con extremo a sus vicios, o más bien, a sus imperfecciones, porque entre todas sus faltas apenas se hallaba una que justamente mereciese el nombre de vicio. Para considerarle bajo el punto de vista más favorable, puede asegurarse que su dignidad estaba exenta de orgullo, su dulzura, de debilidad, su valor, de temeridad, su templanza, de rigidez, su economía, de avaricia; todas estas virtudes tenían en él los límites debidos, y merecían públicos elogios. Para hacerle una severa justicia puede asegurarse también que muchas de sus buenas cualidades iban acompañadas de algún defecto; que sin ser muy grave en la apariencia, era suficiente, sin embargo, para paralizar toda su influencia, cuando estaba como emponzoñado por la excesiva malignidad de su fortuna. Sus inclinaciones benéficas estaban en cierta manera, oscurecidas por unos modos poco afables; su devoción tenía una tintura de superstición; su buen juicio natural perdía mucho por efecto de la deferencia que mostraba a personas de una capacidad inferior a la suya; y su moderación no le impedía siempre tomar resoluciones violentas y precipitadas.

Más merece el epíteto de bueno, que el de grande; y tales como eran, le hacían sus cualidades más apto para reinar en un estado regularmente establecido, que para ceder a los arrebatos de una asamblea popular, o para reprimirlos. Faltábanle para lo primero astucia y flexibilidad, carecía de vigor para lo segundo. Si el cielo le hubiese hecho nacer príncipe absoluto, su humanidad y sensatez hubieran hecho feliz su gobierno, y preciosa su memoria; si hubiese hallado fijos y bien establecidos los límites de la autoridad real, la integridad le hubiera hecho respetar como sagrados los de la constitución. Por desgracia le colocó su suerte en el trono en una época en que los ejemplos de muchos reinados anteriores favorecían en gran manera al poder arbitrario, y en que el espíritu de la nación tendía violentamente a la libertad; pero reconociendo que su prudencia política era insuficiente para desembarazarle de una situación tan peligrosa, se le puede excusar, pues que, aun después de consumados los sucesos, cuando los errores se corrigen ordinariamente con facilidad, apenas puede decirse qué conducta hubiera logrado sostener entonces la autoridad de la corona; y conservar la tranquilidad de la nación. Expuesto, sin dinero y sin armas, a los asaltos de una multitud de facciones furiosas, implacables, fanáticas, jamás pudo cometer el menor error sin que le siguiesen las más fatales consecuencias; condición que aun sería harto rigurosa en el mayor grado de la capacidad humana.

Algunos historiadores han dudado con ligereza de su buena fe; pero las investigaciones menos benévolas que se hacen acerca de su conducta, cuyas menores circunstancias nos son hoy perfectamente conocidas, no presentan ningún fundamento razonable para este cargo. Si se quieren considerar, por el contrario, las sumas dificultades con que tuvo que luchar, y comparar con sus apuros la sinceridad de sus declaraciones, deberá convenirse necesariamente en que la probidad y el

294 *Historia de los independientes* por Clemente Walker.

honor, figuran entre sus más sobresalientes virtudes. En todos sus tratados se verá que ningún motivo, ni las más poderosas persuasiones pudieron hacerle consentir en lo que creía que su conciencia no le permitiría sostener, y aun cuando puedan echársele en cara algunas violaciones de la *petición de derecho*, deben atribuirse a la necesidad de su situación, y a las exageradas ideas de su prerrogativa en que se había educado, más bien que a la menor falta de integridad en sus principios<sup>295</sup>.

Era este príncipe de hermosa figura, y de fisonomía dulce; pero un tanto melancólica. Tenía las facciones regulares, y el color muy bello, el cuerpo robusto, bien proporcionado, y siendo de mediana estatura, podía soportar las mayores fatigas. Se aventajaba en la equitación y demás ejercicios corporales: en una palabra, poseía todas las cualidades exteriores, y muchas de las virtudes esenciales que forman un cumplido príncipe.

295 El cargo de mala fe hecho a Carlos, como casi todos los clamores de partido, no es fácil de rechazar; sin embargo, no será fuera de propósito que digamos aquí algo acerca de él. Comenzaré por observar desde luego que esta imputación es de una época posterior a su tiempo, y que aun cuando le llenasen de calumnias sus mismos enemigos, no insistieron jamás en esta acusación. Yo creo que Ludlow es casi el único parlamentario que le imputa este vicio; pero es generalmente reconocida la parcialidad de este escritor. Ni Clarendon ni ningún otro realista tratan de justificarle de la acusación de mala fe, como no suponiendo que haya sido jamás acusado. En segundo lugar, su conducta y su carácter estaban exentos de este vicio en la vida privada: era reservado, grave, imponente, claro en sus discursos, inflexible en sus principios, muy opuesto, a los modos halagüeños y suaves de su hijo, o al humor dogmático y verboso de su padre. La imputación de la falta de sinceridad debe fundarse, pues, en alguna de sus acciones públicas: y ésta es precisamente lo que en tercer lugar debemos examinar. Los siguientes rasgos son los únicos que veo citados en apoyo de esta acusación:

1.º Confirmó la relación de Buckingham sobre lo que había pasado en España; pero es evidente que Carlos se engañó a sí mismo, pues de otra manera, ¿qué motivo hubiera podido tener para malquistarse con la España? Veamos un pasaje de una carta escrita al duque de Buckingham por lord Kensington embajador en Francia (Cabala, p. 318): «Había observado el príncipe que era debilidad y una insigne locura por parte de los españoles dejarle partir, después de haberle tratado tan mal. Y éste fue el primer objeto de su conversación cuando estuvo a bordo del buque. ¿Habló realmente así dijo la reina (de Francia)?—Si señora yo os lo aseguro, le respondí, por haberlo oído por mis propios oídos. Ella replicó sonriendo: En efecto, he sabido que no se han conducido bien con él. Es cierto, le respondí; pero no ha sucedido eso en el recibimiento que se le hizo; porque ha sido cuan brillante podía serlo en aquel país; en lo que no se han conducido bien ha sido en sus frívolas demoras, y en las condiciones poco razonables que le propusieron, y que quisieron obligarle a aceptar aprovechándose de la ocasión de tener su persona entre sus manos.»

2.º El obispo Burnet ha conservado en su historia de la casa de Hamilton (p. 154) una carta del rey a los obispos escoceses, por la cual los insta a no asistir al parlamento, en donde se verían obligados a ratificar la abolición de su orden. «Porque os aseguramos, añade el rey, que uno de los principales objetos de nuestros desvelos será regularizar y establecer el gobierno de esta iglesia tal como debe estarlo, y reparar vuestras pérdidas, deseando que de ello estéis bien persuadido.» Y en otra parte «Podéis estar seguros de que aunque quizá accedamos por el momento a algunas cosas que igualmente perjudican a la Iglesia y a nuestro gobierno, no perderemos de vista el medio de remediarlo, cuando sea tiempo oportuno.» Pero, ¿dice aquí el rey por ventura que revocará arbitrariamente lo que se establezca? ¿La buena fe no nos obliga a suponer más bien que esperaba recobrar bastante su autoridad, para hacer que la nación consintiese en el restablecimiento del episcopado, que él miraba como una parte tan esencial de la religión y del gobierno? Con efecto, no es fácil imaginarse como podía esperar fuese realizable su designio, por otro medio que el que había adoptado su padre, esto es, por el consentimiento de las cámaras.

3.º Se encuentra en lord Clarendon un pasaje en el que se dice que el rey consintió tan fácilmente en el *bill* que excluía obispos de la cámara de los pares cuanto creía que estando establecida esta ley por la fuerza carecía de validez; pero deduciendo esta consecuencia, es seguro que el rey discurría bien. Las tres cuartas partes de los lores temporales fueron desterradas en esta época por la violencia del populacho: Doce obispos fueron injustamente encarcelados en la Torre por los comunes; un gran número de éstos alejados por el miedo o por la violencia; el mismo rey fue arrojado de Londres. Si todo esto no era la fuerza, nada puede llevar este nombre; pero el escrúpulo del rey era solamente relativo al *bill* de los obispos, y al *bill* contra las levas de soldados. Las otras leyes constitucionales se aprobaron sin el menor viso de violencia, del mismo modo que todos los bills acordados durante el primer año, si se exceptúa el voto de acusación contra Strafford, que no pudo revocarse. De manera que aun cuando hubiera conocido el parlamento los sentimientos del rey en este punto, no hubiera podido por esta razón tener el menor motivo justo de desconfianza.

4.º Ha dado lugar a muchos clamores la carta del rey interceptada en Naseby. Nosotros hemos hablado ya de ella en el capítulo LVIII; nada es más común en las transacciones públicas, que semejantes distinciones. Después

La trágica muerte de Carlos suscitó la cuestión de si hay algún caso en que el pueblo tenga el derecho de juzgar y de castigar a su soberano. Considerando con especialidad la mayor parte el mérito del virtuoso monarca que había sido víctima de la atroz usurpación de sus supuestos jueces, inclinábanse en gran manera a condenar los principios republicanos, como el más alto grado de la extravagancia y de la sedición; pero prescindiendo otros, aunque en corto número, de las circunstancias particulares de esta catástrofe, y juzgando la cuestión en general, se inclinaban a moderar el sentimiento que había prevalecido, más bien que a contradecirle. Veamos las razones que podían alegar: si fuese alguna vez laudable ocultar la verdad al pueblo sobre algún punto, debe confesarse, que la doctrina de la resistencia ofrece de ello un ejemplo, y todos los escritores especulativos deber observar sobre este principio el mismo silencio que se han impuesto las leyes en todas las clases de gobierno. Éste está instituido para reprimir los arrebatos y la injusticia del pueblo; y siendo su fundamento, no la fuerza, sino la opinión solamente, es peligroso debilitar con temerarias teorías el respeto que debe el pueblo a la autoridad y enseñarle desde luego que puede llegar un caso en que la obediencia deje de ser para él una obligación; o si es realmente imposible

---

de la muerte de Carlos II de España, los embajadores del rey Guillermo dieron el título de rey al duque de Anjou; Guillermo sin embargo contraía por esta época, secretas alianzas para destronarle, y poco tiempo después le rehusó este título, y pretendió con razón que no había reconocido sus derechos. A pesar de esto, el rey Guillermo pasa con justicia por un príncipe muy sincero, y este hecho no parece haber alterado en nada sobre este punto su reputación. En el curso de las negociaciones de la paz de Ryswick, los embajadores franceses hablaron constantemente al rey Guillermo como rey de Inglaterra; sin embargo, se puso en el número de los artículos expresos del tratado uno, en que se establecía que el rey de Francia había de reconocerle como a tal. Tan evidente es la diferencia entre dar un título a un príncipe, y reconocer positivamente sus derechos a dicho título. Añadiré que cuando Carlos insertó esta protesta en los registros del consejo en presencia de sus consejeros creía seguramente poder justificar su conducta. Había entre ellos muchos hombres de honor para que pudiesen aprobar una superchería palpable. En fin los que estén dispuestos a juzgar las acciones de este príncipe con tanta buena fe como severidad, deberían considerar más bien esta precaución de protestar en los registros del consejo, como la prueba del escrupuloso honor del rey que temía no se le echase en cara en adelante haber faltado a su palabra, cuando creyese debía declarar de nuevo que la asamblea de Westminster no era un parlamento.

5.º Se ha objetado también que el rey negó haber dado su comisión a Glamorgan. Esto no es cierto: Carlos no tuvo nada que echarse en cara en este negocio. Aun suponiendo que diese a Glamorgan la comisión de ajustar aquel tratado, y que él le ratificase ¿qué hombre sensato podrá extrañar hoy, que para salvar su vida, su corona, su familia, y a todo su partido hubiese tratado con los católicos romanos, y les hubiese hecho amplias concesiones en favor de su religión?

6.º Cítase también otra carta interceptada del rey a la reina en la que se pretende que mostraba intención de elevar a Cromwell, para en seguida perderlo pero este hecho no está en manera alguna justificado porque el único que le cuenta es Roger Koke, historiador muy parcial, que escribió mucho tiempo después bajo el reinado de Guillermo, y que no habla de ello sino como de un rumor que corría; y además se cuenta en las memorias de lord Broghill otra historia de una carta interceptada que merece mayor crédito, y en la que se ve en sustancia que el parlamento después de sus primeras violencias, y especialmente, después de comenzada la guerra civil, debió tener algunos escrúpulos y desconfianza, nacidos de la misma naturaleza de su situación, y de las tendencias del corazón humano; pero no de ningún vicio en el carácter del rey, carácter franco, leal y recto, tanto como el que más entre cuantos menciona la historia. Sería quizá difícil encontrar un carácter tan puro en este punto como el suyo.

En cuanto a los otros rasgos del carácter de Carlos, que han sido objeto de tantas declamaciones, principalmente sus principios arbitrarios de gobierno, no debemos temer afirmar que los mayores enemigos de este príncipe no encontrarían en la larga serie de sus predecesores desde la conquista hasta su tiempo un solo rey exceptuando acaso a su padre, cuya administración no fuese más arbitraria, y menos legal o cuya conducta pudiera recomendarle el mismo partido popular, como un modelo de gobierno sobre este punto. Y no basta decir que el ejemplo, y los antecedentes no pueden autorizar jamás los vicios, pues es seguro que los ejemplos y los antecedentes uniformes y constantes, pueden fijar la naturaleza de toda constitución, y los límites de toda forma de gobierno: no se conoce en efecto otro principio que pueda fijarlos.

¡Extraña paradoja en los juicios humanos! Enrique VIII fue casi adorado durante su vida, y respetada después su memoria, al paso que Carlos I, menos de un siglo después, y en el mismo pueblo, sufrió un suplicio público e ignominioso y su nombre ha sido después constantemente perseguido por la impostura y la difamación. Hoy mismo un historiador que, inspirado por una animosa generosidad, osase defender la memoria de este príncipe, en vista de los hechos más auténticos y menos disputados no se libraría de ser tratado de una manera capaz de desalentar al escritor más resuelto en una empresa tan noble, pero tan peligrosa.

poner un freno a la licencia de las investigaciones humanas, debe reconocerse que la doctrina de la obediencia es la única recomendable, y que no deben jamás advertirse en los discursos y en los escritos sus excepciones, que son muy raras, sin que deba temerse que esta prudente reserva haga caer al género humano en una vil esclavitud.

Cuando en efecto ha llegado el momento de la excepción, y aun cuando no haya sido prevista y como anunciada, esta excepción debe ser tan manifiesta, tan clara en sí misma, que no pueda dejar ningún género de duda, y tal que prevalezca sobre la mayor restricción impuesta por la doctrina general de la obediencia. Pero la diferencia es grande entre resistir a la voluntad de un príncipe, y destronarle; y los abusos del poder, que podían justificar la última de estas dos violencias, son mayores y más escandalosos que los que justificasen la primera. La historia, sin embargo, nos presenta algunos ejemplos de esta clase, y aun cuando la realidad de la suposición atiende poco al porvenir, no hay jueces sinceros que no deban reconocerla en lo pasado. Pero todavía hay una gran distancia entre destronar a un príncipe y castigarle, y aun aquellos que dan más vuelo a sus ideas podían dudar, sin que esto tuviese nada de sorprendente, si en un monarca es capaz la naturaleza humana de un grado tan alto de depravación que justifique en los súbditos sediciosos este último acto de una jurisdicción extraordinaria. La ilusión, si tal puede llamarse, que nos inspira un respeto sagrado hacia la persona de los príncipes, es tan saludable, que destruirla con el el proceso y castigo formal de un soberano, sería causar al pueblo un mal mayor, que el efecto que se espera producir sobre los príncipes con un escarmiento que se creyese capaz de contenerlos en la senda de su tiranía. Es peligroso también reducir a los príncipes a la desesperación con estos ejemplos. o a lo menos obligar a los poderosos a medidas extremas que no les dejan más recurso, que las más violentas, las más sanguinarias resoluciones.

Establecidos estos principios generales, queda la libertad de observar que ninguno, sea cual fuese su partido y los principios que se le supongan, extrañará leer en la historia de la antigua Roma, que los romanos, aun cuando fuese Nerón su soberano absoluto, le declararon enemigo público, y aun le condenaron sin la menor forma de proceso al castigo más duro y más ignominioso, de que eximía la ley aun al último de los ciudadanos. Los crímenes de aquel sanguinario tirano habían llegado a aquel grado de enormidad que dispensa de todas las reglas, y y hace reconocer, que un príncipe destronado, que tenga con él semejanza, no es ya el superior de su pueblo, y no puede invocar en su defensa las leyes establecidas para dirigir el curso ordinario de la administración; pero cuando se pasa del ejemplo de Nerón al de Carlos, hiere necesariamente la imaginación el considerar la suma diferencia, o más bien, la total oposición de ambos caracteres, y nos asombra, que en una nación civilizada tanta virtud haya podido encontrar una catástrofe tan fatal.

La historia, gran maestra de la sabiduría, nos ofrece toda clase de ejemplos, y todos los preceptos de la prudencia como los de la moral pueden considerarse autorizados por aquella variedad de acontecimientos que su vasto espejo nos representa. Los ingleses pueden deducir naturalmente una útil lección, como la que dedujo Carlos en sus últimos años, de estas memorables revoluciones verificadas en un siglo tan cercano al nuestro, a saber, que es muy peligroso para sus príncipes el arrogarse, aun por una aparente necesidad, un poder mayor que el que les está concedido por las leyes; pero las mismas escenas ofrecen a Inglaterra otra instrucción no menos natural, ni menos útil acerca del delirio del pueblo, de los furios del fanatismo, y del peligro de los ejércitos mercenarios.

La disolución de la monarquía, siguió inmediatamente a la muerte del monarca. Habiéndose reunido los lores, en virtud de su último aplazamiento (6 de febrero), comenzaron a deliberar y comunicaron algunas ideas a la cámara baja, que no se dignó siquiera tomarlas en consideración. Pocos días después declaró que los comunes no enviarían mensaje alguno a la cámara de los lores, ni le recibirían de ella, y que siendo esta cámara inútil y peligrosa, debía abolirse enteramente. Apareció después una declaración sobre la suerte de la monarquía, y observa el historiador de los independientes, como un rasgo muy notable, que en los debates de aquella asamblea, Martin, fogoso republicano, reconoció que si se deseaba un rey, el último merecía ocupar el trono tanto como



cualquier caballero (*gentleman*) de Inglaterra. Hiciéronse los comunes un gran sello, en el que estaba representada su cámara con este lema: *Primer año del restablecimiento de la libertad, por la bendición del cielo*, 1648<sup>296</sup>. Cambiáronse las formas de todos los negocios públicos, y se puso en vez del nombre del rey, el de los *depositarios de las libertades de Inglaterra*.<sup>297</sup> Se declaró reos de alta traición a todos aquellos que proclamasen o que reconociesen de otro modo por su rey a *Carlos Estuardo, conocido con el nombre de príncipe de Gales*.

Es fama que la intención de los comunes era poner de aprendiz a la princesa Isabel en casa de un botonero, y que igualmente destinaban al duque de Gloucester a una profesión mecánica; pero la princesa murió muy pronto, a lo que se cree del dolor que sintió por la trágica muerte de su padre. Cromwell hizo pasar el mar al joven príncipe.

La estatua del rey que existía en Change-Royal<sup>298</sup>, fue derribada, y puesta en su lugar esta inscripción sobre el pedestal. *Exiit tyrannus regum ultimus*. «Desapareció el tirano, último de nuestros reyes.»

Un nuevo tribunal de justicia procedió contra el duque de Hamilton, en calidad de conde de Cambridge en Inglaterra. Fue condenado por alta traición, y se ejecutó en un cadalso elevado delante de Westminster-hall, esta sentencia, que era seguramente rigurosa, pero que purgó su memoria de toda imputación de perfidia con respecto a su señor. La misma suerte sufrió Lord Capel: ambos se habían escapado de su prisión, pero fueron descubiertos y presos. A todas las solicitudes de sus amigos para obtener su perdón, respondieron constantemente los generales y los jefes del parlamento, que la intención del cielo era evidentemente que pudiesen, puesto que después de haber recobrado su libertad había permitido que cayesen en manos de sus enemigos.

El conde de Holland perdió la vida en virtud de una sentencia del mismo tribunal. Aunque tenía en sus modales toda la finura de un cortesano, no fue llorado de nadie: su ingratitud para con el rey, y su inconstancia en medio de los partidos, fueron grandes manchas para su memoria. El conde de Norwich y sir Juan Owen, a quienes había condenado también el mismo tribunal, obtuvieron su indulto de los comunes.

El rey dejó seis hijos; tres varones, Carlos nacido en 1630, Jacobo duque de York en 1633, Enrique duque de Gloucester en 1641; y tres hembras, María princesa de Orange, nacida en 1631, Isabel, en 1635 y Enriqueta, casada después con el duque de Orleans, nacida en Exeter en 1644.

Los arzobispos de Canterbury fueron en este reinado Abbot y Laud; los guardas del gran sello Guillermo obispo de Lincoln, lord Coventry, lord Finch, lord Littleton, y sir Ricardo Lane; los grandes almirantes el duque de Buckingham y el conde de Nortkumberland; los grandes tesoreros el conde de Marlborough, el conde de Portland, Juxon obispo de Londres, y lord Cottington; los secretarios de estado, lord Conway, sir Alberto Moreton, Coke, sir Enrique Vane, lord Digby y sir Eduardo Nicholas.

Espérase sin duda que no olvidaremos hablar aquí del *Ikon Basilike*, obra publicada bajo el nombre del rey, pocos días después de su suplicio. Si parece poco menos que imposible establecer cosa alguna que satisfaga a los hombres exaltados de los dos partidos en los puntos controvertibles de la historia; no es menos difícil para un historiador establecer un dictamen de que pueda él mismo estar satisfecho acerca de la autenticidad de esta producción. Las pruebas con que se ha demostrado que este libro es o no es obra de Carlos, son tan convincentes, que un lector imparcial que las lea separadamente<sup>299</sup>, juzga imposible que puedan destruir las argumentos de igual fuerza; y si entre sí

296 *On the first year of freedom, by God's blessing, restored*, 1649 o 1648 según el antiguo estilo.

297 El tribunal del banco del rey se llama el tribunal del banco público. Tan escrupulosos eran algunos republicanos sobre esta materia, que se asegura que cuando recitaban la oración dominical no querían decir *venga a nos el tu reino*, sino *venga a nos tu república*.

298 La Bolsa o Lonja de Londres.

299 Véase por una parte el *Amyntor* de Toland y por otra la *Apología de Mártir real* por Wagstaf con las adiciones de Young. Puede notarse que el absoluto silencio que guarda lord Clarendon sobre este punto en una historia tan completa, y compuesta para justificar las medidas y el carácter de Carlos I es un indicio muy fuerte en favor de Toland e indicio que este escritor ignoraba, porque la historia de Clarendon no se había aun publicado. Debe convenirse también en que el testimonio del obispo Burnet contra el *Ikon* no carece de fundamento.

compara aquellas pruebas, da en el escollo de no poder decidirse. No obstante, si la incertidumbre absoluta parece difícil o desagradable en una cuestión tan interesante, confieso que me inclino en gran manera en favor de los argumentos de los realistas. Los testimonios que atribuyen esta obra al rey parecen en mayor número, más seguros y más directos juntamente que los del partido contrario. Igualmente puede argüirse de las pruebas exteriores; pero cuando se pesan las pruebas internas, deducidas de la composición y del estilo, no hay ninguna especie de comparación. Estas meditaciones, bajo el punto de vista de la elegancia, de la pureza, de la claridad y de la sencillez se parecen exactamente a las otras obras que se conocen como producciones ciertas de la pluma de Carlos I y se asemejan tan poco al estilo hinchado, confuso, afectado y corrompido del doctor Gauden, a quien se le quieren atribuir, que no hay, puede decirse, testimonio humano que sea suficiente para convencernos de haber sido él el autor; y todos los testimonios, sin embargo, que quisieran despojar de este honor al rey, tienden a probar que el doctor Gauden tuvo a la vez, el mérito de haber compuesto una obra tan bella y la infamia de engañar al público haciéndola pasar por una producción del rey.

No se concibe fácilmente hasta qué punto excitó la compasión general por el desgraciado monarca la publicación, en una ocasión tan crítica, de un libro que no respiraba sino devoción y humanidad; escritores hay que no han titubeado en asegurar que a esta obra debe atribuirse el restablecimiento del hijo de Carlos I en el trono. Milton compara sus efectos a los que produjo en los romanos alborotados el testamento de César leído por Marco Antonio. En el espacio de un año se hicieron cincuenta ediciones del *Ikon Basilike*; también es cierto que independientemente del vivo interés que debía excitar en la nación la obra de su soberano muerto a manos del verdugo, es la mejor composición en prosa, que en la lengua nacional había producido hasta entonces Inglaterra.

## LX. La República—1649

### Estado de Inglaterra.

La confusión que reinaba en Inglaterra después del suplicio del rey provenía no menos del espíritu de refinamiento y de innovación que agitaba a la facción triunfante que de la disolución de aquella autoridad civil y eclesiástica a que por tanto tiempo había estado acostumbrada la nación. Cada inglés había formado su plan de república y por nuevo y caprichoso que fuese, cada cual se apasionaba con igual ardor a que los demás gustasen de él y aun a imponerle con la fuerza. Todos habían arreglado un sistema de religión que, como carecía de toda autoridad tradicional, no pasaba de ser individual y lo que es peor fundada en soñadas inspiraciones que no tenía la menor conexión con los principios del humano raciocinio; ni otro título para merecer la atención de los demás que el auxilio del entusiasmo y el de una elocuencia grosera.

El partido de los *levellers* insistía en una distribución por igual de todas las propiedades y de toda autoridad, desechando toda idea de dependencia y sumisión; los *millenarios* o partidarios de la quinta monarquía (*fith-monarchy men*) solicitaban que se aboliese el gobierno, y que todas las potestades humanas quedasen reducidas a polvo para preparar las vías al reinado de Jesucristo cuya segunda venida al mundo aguardaban de un momento a otro; los *antinomianos* pretendían que estaban suspendidas todas las obligaciones de la moral y de la ley natural, y que los escogidos guiados solamente por un principio interior más perfecto y más justo, eran superiores a los miserables elementos de justicia y de humanidad. Un partido considerable declamaba contra los diezmos y contra el clero asalariado, y no aprobaba que ningún establecimiento eclesiástico tuviese rentas ni autoridad. Otro partido se desataba contra las leyes y sus profesores; y bajo pretexto de simplificar la distribución de la justicia, deseaba la abolición de todo el sistema de providencia inglesa por parecerles que estaba mezclado con el espíritu monárquico. Entre los republicanos, aun aquellos que no habían adoptado semejantes extravagancias, estaban embriagados con la santidad de su carácter a punto de creerse en posesión de diferentes privilegios, y así para ellos eran palabras vanas todo lo que se llama compromisos, promesas, leyes y juramentos. Por todas partes se veían relajados los vínculos de la sociedad y estimuladas las malas pasiones con principios especulativos todavía más perniciosos a la sociedad y más contrarios a las verdaderas reglas<sup>300</sup> de buen gobierno.

300 Ya que se presenta la ocasión y como para servir de correctiva a todas estas extravagancias, vamos a decir algo sobre la historia de la libertad constitucional, por lo mismo que ellas fueron las que la dieron nacimiento o por lo menos la consolidaron. Así se ve que la armonía puede resultar alguna vez del caos. Pero estas locuras armoniosas son pasajeras como lo fueron todas esas que cita el texto, mientras que la sabiduría de los tiempos y de las circunstancias son un beneficio eterno, y de este número es la libertad constitucional que una vez adquirida debemos persuadirnos a que no perecerá jamás.

Sucede frecuentemente que en una misma palabra se confunden ideas muy diferentes. La libertad entre los griegos no consistía en otra cosa que en no estar sujeto a una autoridad monárquica por limitada que fuese, y lo mismo sucedía entre los romanos. Entre estos dos pueblos la libertad expresaba la naturaleza del gobierno, mas no la prerrogativa de los individuos porque sabido es el ciego y duro despotismo que ejercían frecuentemente la democracia griega y la sombría aristocracia romana. Fuera de que una inmensa porción de sus poblaciones estaba fuera de la ley, como sucedía a sus numerosos esclavos.

Durante el régimen del feudalismo no tuvieron otro objeto los esfuerzos en favor de la libertad que sustraerse del dominio de un señor supremo para ejercer con más desahogo el suyo sobre sus propios vasallos. Aun entonces expresaba más bien una situación política que un goce de los ciudadanos.

Hoy sucede lo contrario, pues se entiende por libertad el ejercicio de los derechos de los ciudadanos más bien que la forma con que están gobernados; y expresamos con ese nombre la garantía de nuestras personas y propiedades, el uso de nuestras facultades, opiniones escritos y principios. De tal manera que, con tal que observe

Viéndose los realistas, es decir, la mayor parte de la alta y mediana nobleza, degradados en autoridad y saqueados en sus bienes; estaban indignados contra aquellos viles adversarios que los habían reducido a la dependencia. Por otra parte los presbiterianos, cuyo crédito había sostenido las armas del parlamento, miraban con despecho arrebatarles el fruto de sus felices trabajos por la mala fe de sus asociados. El primero de estos dos partidos no podía menos de conservar inclinación y ternura en favor del hijo de su desgraciado monarca cuya memoria respetaba y cuyo trágico fin tenía siempre delante de los ojos. El otro también paraba los suyos sobre el mismo objeto, por más que aun tuviese muchas prevenciones que vencer, y muchos temores y desconfianzas que disipar antes de pensar seriamente en restablecer a una familia a quien había tan mortalmente ofendido, y cuyos principios le inspiraban tanto horror.

El único sostén de la facción republicana de los independientes, que sin formar una gran parte de la nación había usurpado todo el gobierno, consistía en un ejército de cerca de 50.000 hombres; pero este cuerpo tan temible por su valor y disciplina como por su número estaba al parecer animado de un espíritu muy peligroso para la asamblea que había tomado el mando de él. Acostumbrados los soldados a entregarse a toda especie de quimeras y caprichos, así en política como en religión, no tenían idea clara de la subordinación de los ciudadanos y sólo sabían respetar algunas máximas de obediencia militar que les había enseñado la necesidad. Estaban persuadidos a que todas aquellas enormes violaciones de las leyes y de la justicia de que se habían hecho culpables, estaban plenamente justificadas con el éxito y esto los disponía a precipitarse en nuevos desórdenes, de los cuales se prometían igual fortuna y por consecuencia la misma impunidad.

Lo único que daba algún peso y estabilidad a aquellos humores inconstantes era el grande influjo civil y militar que había adquirido Oliverio Cromwell. Este hombre, nacido expresamente para el siglo en que vivió y sólo para aquel siglo, era tan a propósito para ganar el afecto y confianza de los hombres con lo que tenía de vulgar, bajo y ridículo en su carácter, como para hacerse obedecer con lo grande, atrevido y emprendedor que había en él. Aunque familiar hasta la indecencia con cualquier soldado, no abandonaba jamás su autoridad, y aunque trasportado por sus éxtasis religiosos hasta el punto de parecer loco, jamás olvidaba las miras políticas a cuyo triunfo los destinaba. Odiando la monarquía mientras fue súbdito y despreciando la libertad de los ciudadanos, aunque por algún tiempo lograrse contener a todas las clases del estado en una aparente sumisión al parlamento, supo abrirse secretamente un camino ya con astucia ya con valor para llegar a la suprema autoridad.

---

fielmente las leyes, cada cual puede en medio de la multitud considerarse interiormente tan soberano como el soberano mismo. Tal es la libertad actual o la libertad constitucional, tan superior a la de los tiempos pasados, como la pureza de nuestra moral evangélica lo es respecto de la moral pagana. La Inglaterra pasa por haber tenido la gloria de crearla y parece que aspira a introducirla en los demás pueblos; pero nosotros estamos bien seguros de que siglos antes que en Inglaterra se conociese esta clase de libertad estaba ya en práctica en algunas provincias señaladamente las Vascongadas de España, bien que sin espíritu alguno de propaganda; de todos modos parece probable que más tarde o más temprano dará la vuelta al mundo.

Dicen los geólogos que la corteza de nuestro globo se compone de muchas cortezas distintas, y lo mismo podría decirse de la moral, pues en ella se ve la corteza griega, la corteza romana, la feudal y últimamente la constitucional. Una de las primeras y principales consecuencias de la feliz constitución que asegura tantos beneficios es la de crear un buen carácter nacional, aunque algunas veces exagerado e injusto, como por ejemplo ese odio violento de la Inglaterra contra la Francia, pero por lo general más fecundo en principios de moralidad pública y de justicia natural.

Una cierta independencia de ideas, generosidad en los modales, mucho espíritu público en los negocios interiores y cierto orgullo en los exteriores orgullo muy natural y excusable en toda nación que tiene títulos de buena ley en que fundarles, son también productos suyos.

Nosotros no creemos que el gobierno representativo, tal como se entiende en el día, sea una combinación perfecta ni que prometa una duración indefinida; pero estamos convencidos de que las ideas actuales sobre libertad constitucional van poco a poco adquiriendo la claridad necesaria y prometen pasar a ser el estado normal de todas las naciones, cualquiera que sea la forma y denominación de sus respectivos gobiernos. (Nota del Traductor.)

El parlamento (ya que hayamos de dar este nombre a una pequeña y despreciable porción de la cámara de los comunes) después de haber conducido al cadalso a su rey afectando una solemne justicia, pero realmente sólo por la violencia, principió muy luego a tomar cierto aire de autoridad civil y legal para ensanchar por grados el estrecho círculo a que estaba reducido. Fueron admitidos en la cámara algunos miembros que habían sido excluidos o se hallaban ausentes, pero bien entendido que sólo eran de aquellos de quienes había menos motivo para desconfiar y con la condición de que habían de aprobar todo cuanto se había hecho en el proceso del rey firmándolo con sus nombres; y entre ellos los hubo que tuvieron la imprudencia de comprar a tan vil precio una pequeñísima porción de autoridad, bien que la mayor parte rehusaron su firma a tantas usurpaciones e injusticias. Despachó la cámara convocatorias para nuevas elecciones a los condados donde esperaba que fuesen elegidos sus partidarios, y formó un consejo de estado compuesto de treinta y ocho miembros a los cuales debían dirigirse todas las pretensiones, y con poderes para dar órdenes a los oficiales generales de mar y tierra, velar en la ejecución de las leyes y manejar todos los negocios antes de que se sometiesen al parlamento. La misma cámara se proponía dictar las reglas, formalidades y métodos que habían de observar los nuevos representantes, y luego que acabase de establecer el orden en la nación, declaró que era su intento devolver al pueblo su autoridad como dueño que era de ella.

Aquellos extraños legisladores encontraron en Inglaterra una aparente tranquilidad debida al terror de las armas, como que las potencias extranjeras ocupadas con sus propias guerras no tenían tiempo ni deseos de tomar parte en las disensiones domésticas de aquella isla. El heredero de la corona, pobre y abandonado, viviendo unas veces en Holanda y otras en la isleta de Jersey, se consolaba de sus presentes desgracias con la esperanza de mejor fortuna; pero la situación de la Irlanda y la Escocia causaban serias inquietudes a la nueva república.

### **Estado de Escocia.**

Después de las sucesivas derrotas de Montrose y de Hamilton y ruina de sus partidos, había recaído toda la autoridad en Escocia en manos de Argyle y del clero más rígido, es decir, en las del partido más opuesto a los intereses de la familia real. Sin embargo, era tal su aversión contra los independientes que habían puesto obstáculo al establecimiento de la disciplina presbiteriana en Inglaterra, que ella solo bastó para que su conducta política abrazase máximas opuestas. Por más que el parlamento inglés los instase a que constituyesen su gobierno en forma de república, ellos resolvieron continuar con la monarquía que jamás habían variado en su nación y que se habían comprometido a defender por un artículo formal de su convenio (*covenant*). Por otra parte consideraban que perteneciendo a las primeras familias la principal propiedad de los bienes del reino sería cosa muy difícil establecer una república y muchísimo más el mantener la paz y la justicia en el cuerpo de la nación sin un magistrado supremo revestido de la autoridad real. Así, apenas quedó vacante el trono con el suplicio del rey, contra el cual ellos protestaron siempre, cuando proclamaron sucesor suyo a Carlos II, aunque con la condición «de que observaría una conducta prudente, guardaría el *covenant* y no admitiría cerca de su persona sino sujetos bien dispuestos y fieles a la misma obligación.» Estas nuevas cláusulas que se insertaron en la primera acta de reconocimiento del príncipe indicaban con bastante claridad que su propósito era limitar mucho su autoridad; y como la república inglesa no tenía pretexto alguno para mezclarse en los negocios de aquella corona, les dejó tomar en las circunstancias las medidas que les convenían para el arreglo de su nación.

## Estado de Irlanda.

Otros esfuerzos más inmediatos exigía el predominio que había usurpado la Inglaterra sobre la Irlanda para restituir a aquella isla bajo su yugo; pero sería cosa muy difícil dar una idea cabal de los negocios irlandeses sin remontarnos a algunos años atrás para pintar en pocas palabras lo que había ocurrido durante las grandes revoluciones de Inglaterra.

Ya hemos visto que después de la cesación de las hostilidades con los católicos en 1643, cosa que pareció necesaria al rey para la seguridad de los protestantes irlandeses y para el mantenimiento de sus propios intereses en Inglaterra, el parlamento, que solo buscaba ocasiones de calumniar su conducta, le había echado en cara que protegía aquella odiosa rebelión y clamó mucho contra los artículos del armisticio, llegando hasta declararlos nulos y de ningún valor por haberse ajustado sin su consentimiento; y los escoceses de Ultonia, apoyados por el conde de Inchiquin, que gozaba de grande autoridad en Munster, se habían adherido a esta declaración. Continuaron pues la guerra, pero como los desórdenes de Inglaterra no permitieron al parlamento enviar socorros considerables a sus aliados de Irlanda, tomó Inchiquin el partido de hacer un acomodamiento con el marqués de Ormond, gobernador de aquel reino en nombre del rey. El marqués que era irlandés y hombre de prudencia y de muchas virtudes, formó un plan de pacificación para calmar los desórdenes del país y decidir a los rebeldes a que apoyasen la causa del rey. Otras muchas razones militaban en Irlanda para declararse en favor suyo, y eran, en primer lugar, las máximas de este príncipe siempre inclinadas a la indulgencia con los católicos en todos sus dominios; y en segundo el que aquella tolerancia tácita era uno de los principales motivos del odio que le profesaban los puritanos. El parlamento no había aguardado a la revuelta para amenazar a los católicos con una rigurosa opresión y aun con su total exterminio, y luego apenas principió la sublevación cuando puso en venta todas las tierras de los rebeldes y afianzó con la fe pública el traspaso de sus bienes a los aventureros que le habían adelantado el dinero con esta condición. Así no había podido menos de esparcir el terror en Irlanda el triunfo de las armas parlamentarias en Naseby, y el consejo de Kilkenny que estaba compuesto de diputados de todos los condados y ciudades católicas, se inclinó fácilmente a firmar una paz con el marqués de Ormond en 1646. Prometieron volver a la obediencia y fidelidad, comprometiéndose a suministrar 10.000 hombres para apoyar la autoridad real en Inglaterra, contentándose en cambio con la promesa del perdón de su rebeldía y la tolerancia de su religión.

No pudiendo dudar Ormond de la fiel observancia de una paz tan ventajosa y aun tan necesaria a los irlandeses, pasó con un pequeño cuerpo a Kilkenny para concertar con sus nuevos aliados las medidas necesarias para la defensa común. Había enviado el papa de nuevo de nuncio a Irlanda un italiano llamado Rinuccini, hombre emprendedor, que no limitándose a su misión espiritual, se prevalió de la crédula ignorancia de los habitantes para apoderarse de la principal autoridad en la administración civil. Figurándose que con la sumisión general al lord gobernador iba a concluir su crédito, armó una secreta *cábala* con Owen O'Neale, que mandaba en la Ultonia y estaba celosísimo de Preston que era el general de confianza del consejo de Kilkenny. Estos dos descontentos reunieron diestramente sus fuerzas y se prepararon a caer sobre el gobernador, que fiado en la reciente pacificación vivía en la mayor seguridad. Informáronle de la traición y retirándose con tanta prisa como precaución, puso a cubierto su pequeño ejército en Dublín y otras ciudades fortificadas que habían quedado en poder de los protestantes.

El nuncio, a quien se atribuye no menor ignorancia que ligereza y ambición, no se limitó a violar el tratado, sino que convocó una asamblea del clero en Waterford; instó a todos los que hacían parte de ella a que se declarasen contra la pacificación; lanzó una excomunión contra los que admitiesen una paz tan perjudicial, según él decía, a la religión católica, y los irlandeses amedrantados con sus amenazas espirituales se alistaron indistintamente bajo sus banderas y se sometieron a su autoridad. No formó el menor escrúpulo de hacer abiertamente la guerra contra las

tropas del rey, y todas las guarniciones protestantes que se hallaban muy mal provistas para su defensa fueron amenazadas de un sitio.

Al mismo tiempo se vio precisado aquel desgraciado monarca a buscar un asilo en el ejército escocés, y viéndose estrechado y sin comunicación alguna con sus amigos, desesperó de que jamás le volviesen su autoridad ni aun su libertad. Decía la orden que envió a Ormond que si no podía defenderse era menester que se sometiera a los ingleses más bien que a los irlandeses rebeldes, y como el gobernador se encontraba sin recursos, entregó a Dublín, Tredah, Dundalk y otras plazas al coronel Jones, quien tomó posesión de ellas en nombre del parlamento de Inglaterra. Inmediatamente fue Ormond a donde estaba el rey, de quien obtuvo una audiencia y muy expresivas gracias por los pasados servicios, y en seguida se retiró a las inmediaciones de Londres, donde por algún tiempo pasó una vida sosegada; pero habiendo sido comprendido en la orden que desterraba a los realistas a cierta distancia de la capital, y viendo que nada salía bien para el rey, cuya última catástrofe estaba temiendo, tomó el partido de retirarse a Francia donde se reunió con la reina y con el príncipe de Gales.

En este intervalo prevaleció sin contradicción alguna la autoridad del nuncio entre los católicos de Irlanda; pero su indiscreción les hizo muy luego arrepentirse de la confianza que habían tenido en él. Previeron los más avisados la total ruina de su nación con la venganza del parlamento de Inglaterra y no discurrieron otro recurso sino emplear todas sus fuerzas en apoyo de la autoridad real que decaía cada día más. Resolvió el conde de Clanricard, señor de muy antigua nobleza y distinguido por su mérito y nunca desmentida fidelidad apartarlos enteramente del nuncio si era posible; y para ello formó una liga secreta entre los católicos, se puso en correspondencia con Inchiquin, que conservaba mucha autoridad entre los protestantes de Munster, atacó al nuncio, le expulsó de la isla e hizo que por medio de una diputación se invitase al antiguo gobernador a volver a tomar posesión de su dignidad.

Ninguna dificultad puso Ormond en volver a Irlanda, pero se encontró el reino dividido en muchas facciones que se odiaban una a otra o se hacían abiertamente la guerra. Estaba establecida la autoridad del parlamento de Inglaterra en Dublín y en las demás plazas que él había entregado a sus oficiales. O'Neal mantenía la suya en Ultonia, y habiéndose ligado por medio de una correspondencia secreta con los comandantes parlamentarios, cuidaba más de su seguridad personal que de la conservación de su patria y religión. Los demás, divididos entre su clero que detestaba al marqués de Ormond y su nobleza que le quería mucho, estaban vacilantes en sus movimientos y débiles en sus resoluciones. Los escoceses del norte de la Irlanda tan indignados contra sus compatriotas como contra las usurpaciones del ejército de los sectarios, hacían profesión abierta de adhesión al rey, mas no por eso dejaban de tener sus preocupaciones que les impedían unirse cordialmente con su gobernador. Esta contrariedad de miras y diferencia de disposiciones fueron las que detuvieron las empresas de Ormond y facilitaron a las fuerzas parlamentarias los medios de hacerle frente en Irlanda; pero ocupado el ejército inglés en subyugar a los realistas y tener bajo su dependencia al parlamento, en perseguir en justicia y condenar y llevar al suplicio a su soberano, habiendo descuidado enviar socorros a fuera y dejar a Jones en la mayor debilidad y escasez en Dublín, apenas reunió el gobernador 16.000 hombres, avanzó contra las guarniciones inglesas. Dundalk, donde mandaba Monk fue entregada por las mismas tropas que se amotinaron contra su gobernador. Tradah, Neury y otras fortalezas fueron tomadas por asalto, y Dublín mismo estaba amenazada de un sitio, de modo que los negocios del gobernador tomaron un aspecto tan favorable que ya el hijo mayor del rey pensaba en trasladarse personalmente a Irlanda.

Luego que el estado de Inglaterra principió a tomar alguna consistencia, tendieron sus administradores la vista sobre la isla vecina. Mientras duraron las contestaciones entre los dos partidos, fue el gobierno de Irlanda objeto de muchísimos amaños, porque los presbiterianos se empeñaban en que había de conferirse a Waller, y los independientes preferían a Lamdert. Después del suplicio del rey había aspirado Cromwell al honor de un mando en que veía tanta gloria y autoridad que adquirir, y durante su ausencia había tenido cuidado de que se le propusiese para él en

el consejo de estado. Así los amigos suyos como los enemigos habían concurrido a cual más a que se le confiriese aquel importante cargo (15 de marzo); los primeros porque sospecharon desde luego que aquella propuesta no se había hecho sin su anuencia, y los segundos porque deseaban alejarle con la esperanza de aprovechar su ausencia para tomar ascendiente con Fairfax a quien había tenido tan obcecado con sus afectaciones hipócritas. El mismo Cromwell, luego que supo su nombramiento, fingió que le sorprendía mucho y como que dudaba de aceptar el mando, de suerte que Lambert engañado con aquel disimulo o tal vez disimulando él mismo, continuó viviendo en la más estrecha unión con él a pesar de haber sido supeditado.

### Supresión de los Levellers.

Inmediatamente se vio al nuevo gobernador de Irlanda ocuparse con su acostumbrada actividad en los preparativos de su expedición; pero antes era indispensable corregir en Inglaterra una multitud de desórdenes, pues la inquietud aumentaba siempre con el peligro. Por más asombrado que estuviese el pueblo de las ventajas del ejército, que le hacían guardar una aparente tranquilidad, no dejaban de notarse síntomas de mucho descontento, porque acostumbrados los ingleses al cabo de tanto tiempo a una administración blanda, y poco capaces de disimular sus sentimientos, no podían acomodar su lenguaje y modos a la necesidad actual, ni mostrar afecto a un gobierno a quien miraban con horror. No sólo se vio precisado el parlamento a cambiar los magistrados de Londres sino también a degradar y castigar al lord corregidor y a algunos regidores antes de conseguir que se publicase en la ciudad el decreto de supresión de la monarquía. Cuando tomó la resolución de fundar la república sin rey y sin cámara alta, puso alguna dificultad el ejército, y por más que se publicó por todo el reino la orden de obedecerla bajo penas rigurosas hasta poner fuera de la ley a los que se hallasen en este caso, fue tal la repugnancia del pueblo que tuvo que desistir aquel orgulloso parlamento. Ya principiaba a tornarse contra esta asamblea el espíritu de fanatismo que tanto la había sostenido a los principios, y hasta a los mismos pulpitos, cuyo mayor número estaba lleno de presbiterianos o de realistas disimulados, y que habían sido por tanto tiempo un teatro de novedades y de teorías y política, no fue posible acallarlos, antes bien resonaban en ellos declamaciones poco favorables al nuevo establecimiento. Cada día circulaban noticias más y más extravagantes entre el pueblo. Un tal Everard, soldado licenciado, empezó a predicar sin disimulo alguno que era llegado el tiempo de renovar entre los fieles la comunidad de bienes, y juntó sus partidarios para ir a tomar posesión *de la tierra*: preso inmediatamente y llevado a presencia del general, rehusó saludarle porque no era más que una criatura como él. Pero lo que pareció más peligroso fue que el ejército principiaba a infestarse del mismo contagio<sup>301</sup>, pues

301 Se lee en la *Historia de los Independientes* por Walker el ejemplo de extravagancia siguiente, part. 2.<sup>a</sup> p. 152: «En aquel tiempo entraron seis soldados por la noche en la iglesia parroquial de Walton a orillas del Támesis antes que el ministro M. Faucet hubiese concluido su sermón. Uno de ellos tenía en la mano una linterna con una vela, de cebo encendida y en la otra cuatro velas sin encender. Suplicó a los asistentes que le prestasen un poco de atención porque tenía que anunciarles de parte de Dios cierta cosa, y en seguida se dirigió al púlpito; pero ellos no quisieron consentírsele, y habiéndose salido de la iglesia, él los fue siguiendo hasta el cementerio y les dijo que había tenido una visión en la cual le había mandado Dios que les declarase su voluntad, que él iba a explicársela, que estaban obligado a escucharle so pena de condenación y que consistía en cinco luces: 1.º que el domingo, día de sábado, quedaba abolido como inútil, judaico y meramente ceremonial (aquí dijo debería yo apagar mi primera luz pero es el viento tan fuerte que no podría volverla a encender); 2.º que quedaban abolidos los diezmos como judaicos y ceremoniales y son de mucho peso para los tantos de Dios, y perjudiciales a la industria y agricultura (aquí debería yo apagar la segunda luz) 3.º que quedaban abolidos los ministros como anti-cristianos y totalmente inútiles ahora que Jesucristo había bajado en persona al corazón de sus santos y que su espíritu los iluminaba con sus revelaciones e inspiraciones (aquí debería yo apagar la tercera vela); 4.º Que quedaban abolidos los magistrados como inútiles ahora que Jesucristo era la pureza misma en los santos y que había dirigido su reino sobre la tierra; que además eran unos tiranos y opresores de la libertad de los santos y la ligaban con leyes y decretos que no eran más que puras invenciones humanas (aquí debería yo apagar la cuarta vela). 5.º Luego, echando la mano a la faltriquera y sacando una biblia pequeña, se la mostró al pueblo y le dijo: he aquí un libro



aunque los *Levers* hubiesen sido sujetados por algún tiempo por la audacia de Cromwell, todavía continuaba esparciendo su doctrina entre los soldados y sargentos que aspiraban al derecho de ser consultados como antes para la administración de la república. Entonces hicieron contra sus generales lo que les habían enseñado hacer contra el parlamento, es decir, que después de redactar una representación, la enviaron por mano de cinco alborotadores al consejo de guerra; pero todos cinco fueron echados de allí con ignominia. Habiendo un soldado, llamado Lockier, llevado la sedición más adelante, fue condenado a muerte; pero lejos de calmarse el furor de sus compañeros con su suplicio, se juntaron en número de más de 1.000 que empezaron a gritar lo mismo y asistieron a sus exequias con escarapelas verdes y negras que pasaban entre ellos por una señal de favor. 4.000 se reunieron en Burford a las órdenes de Thomson, el cual, habiendo sido condenado a muerte por otra sedición, había conseguido el perdón del general (mayo). Cayeron sobre ellos cuando menos lo esperaban Reynolds y luego Fairfax y Cromwell después de haberlos adormecido con un tratado aparente, y cogieron a 400, de los cuales fueron ajusticiados algunos y se perdonó a los demás, con lo que por entonces quedó apagado aquel fuego aunque sin dejar de echar de cuando en cuando algunas chispas.

El mismo espíritu de oposición dictó algunas representaciones hechas al parlamento al teniente coronel Lilbiern, el mismo que en tiempos pasados había sido tratado con tanta severidad por la cámara estrellada, a causa de algunos libelos sediciosos; mas como la libertad que le habían dado sus partidarios era tan desagradable al parlamento como lo había sido para la corte, se le volvió a encerrar en una cárcel como causante de discordias y sedición en la república. Hicieron las mujeres una petición muy ruidosa para que se le pusiese en libertad, pero se les respondió en aquella ocasión que «se ocupasen de sus labores domésticas y dejasen a los hombres el gobierno del estado.» De todas partes llovían sobre el parlamento peticiones muy libres que expresaban con energía los sentimientos de la nación y el deseo de ver restablecidas las leyes y libertades. Walken y Dugdale están acordes en referir que en un banquete que la ciudad dio al parlamento y al consejo de estado se consideró como de toda necesidad exigir juramento a los cocineros de que no servirían cosa que no fuese buena y probada: tal es el terror que siempre acompaña a la tiranía y a la injusticia.

Determinó el parlamento extender las leyes de alta traición mucho más de lo que habían estado durante la monarquía comprendiendo en ellas hasta las ofensas verbales y las intenciones, no seguidas de efecto, crímenes que pocos gobiernos han castigado con semejante rigor. Sólo el asegurar que la administración presente era una usurpación, o decir que el parlamento o el consejo de estado eran tiránicos y contrarios a las leyes, o querer debilitar su autoridad o suscitar contra ellos resistencia o sediciones, eran ofensas que se calificaban de alta traición. Túvose por indispensable la facultad de encarcelar, de que se despojó al soberano en la petición de derechos, y que a la sazón se confirió al consejo de estado, con lo cual no tardaron en llenarse las cárceles de ciudadanos a quienes el miedo y los celos del partido dominante tenían por hombres peligrosos. Continuó cobrando las contribuciones el nuevo gobierno, y parecían tanto más onerosas cuanto eran extraordinarias, lo cual aumentó notablemente la mala disposición del pueblo. Además de las aduanas y el estanco de líquidos, se sacaban cada mes 90.000 libras esterlinas de las propiedades territoriales para la subsistencia del ejército. Los secuestros y composiciones de los realistas, la venta de los dominios de la corona y de los cabildos habían producido sumas inmensas, pero que no alcanzaban a cubrir los gastos ni mucho menos las depredaciones que se atribuían al parlamento y a sus hechuras.

---

que vosotros tenéis en gran veneración y que consiste en dos partes, el Antiguo y el Nuevo testamento; pero debo deciros que queda abolido, porque contiene unos elementos muy miserables, leche para los niños: mas al presente Jesucristo está entre nosotros revestido de su gloria y da a sus santos una porción mayor de su espíritu que la que se encuentra en este libro; y así tengo orden de quemarle en vuestra presencia. Entonces apagando la vela que ardía en la linterna, dijo aquí queda apagada mi quinta luz.» Era doctrina común en aquel tiempo que era indigno de un cristiano pagar rentas a una criatura en todo semejante a él mismo; y los propietarios tenían que acudir al rigor de las leyes para que les pagasen sus arrendadores cuando estos tenían conciencia escrupulosa.

## **Se levanta el sitio de Dublín.**

En medio de todas aquellas dificultades el alma firme de Cromwell continuaba sin confusión ni embarazo la marcha que debía conducirle al término que se proponía. Mientras que estaba reuniendo un ejército en el Oeste de Inglaterra mandó marchar a Irlanda bajo las órdenes de Reynolds y Venables un cuerpo de 4.000 hombres de infantería y caballería para apoyar a Jones y ponerle en estado de que pudiera defenderse contra el marqués Ormond que acababa de apoderarse de Finglass y principiaba a amenazar a Dublín. Inchiquin, con otro cuerpo separado, habiéndose apoderado de Tredah y de Dundalk, había derrotado a O'Farrell, que era uno de los principales oficiales de O'Neale, y al joven Coot que mandaba algunas tropas parlamentarias. Luego, después de haber reunido las suyas con las de Ormond, pasaron juntos el río de Liley y tomaron posición en Rathmines que dista solo dos millas de Dublín con intento de principiar el sitio de aquella ciudad. Ormond para cortar toda especie de socorros a Jones, había emprendido reparar una fortaleza antigua que estaba situada a las puertas de Dublín, y rendido por las fatigas de tantos días, se había retirado a descansar un rato después de dar orden de que sus tropas permaneciesen sobre las armas; mas de repente fue turbado su sueño con el ruido de los tiros (2 de agosto), y saltando de la cama se encontró en medio del mayor tumulto y confusión. Jones, antiguo abogado y a la sazón excelente oficial, había hecho una salida al frente del refuerzo que acababa de llegarle, y cayendo sobre los realistas que trabajaban en la reparación del fuerte, los había puesto en derrota: luego aprovechando sus ventajas, había venido a caer sobre el mismo ejército que no había obedecido la orden del general y le había puesto en desorden y poco después en huida a pesar de todos los esfuerzos del marqués; de modo que quedó dueño del campo enemigo, llevándose todas las tiendas, el bagaje y las municiones; y se volvió victorioso a Dublín, después de haber matado 1.000 hombres y hecho más de 2.000 prisioneros<sup>302</sup>.

## **Toma de Tredah.**

Esta pérdida que no dejó de marchitar algún tanto los laureles militares del marqués de Ormond, llegó a ser irreparable para la causa realista; supuesto que un ejército numeroso que tanto trabajo había costado reunir quedaba disipado en un momento. A los pocos días llegó Cromwell a Dublín (15 de agosto) donde fue recibido con aclamaciones de gozo, e inmediatamente se trasladó a Tredah. Esta ciudad estaba bien fortificada y el gobernador había situado en ella 3.000 hombres a las órdenes de sir Arturo Aston, oficial de reputación. Bien presumía Ormond que la primera empresa de Cromwell sería el sitio de Tredah por estar tan cercano a Dublín, y esperaba que en el tiempo que necesitaba el enemigo para aquella expedición tendría él el suficiente para reparar sus pérdidas; pero Cromwell era hombre que sabía lo que vale la diligencia, y apenas hubo abierto brecha, cuando mandó dar el asalto general (setiembre) y aunque por dos veces rechazado con gran pérdida, renovó el ataque y sus tropas le vieron siempre a su frente con Ireton. Todos los obstáculos cedieron a la furia de los sitiadores y la ciudad fue tomada espada en mano con orden de no dar cuartel a nadie, de modo que se hizo una cruel carnicería en la guarnición. Los pocos a quienes perdonó el cansancio de matar del soldado fueron al día siguiente degollados por orden del general sin que escapase más que un solo hombre para que fuese mensajero de aquella sangrienta ejecución. Otros treinta prisioneros fueron vendidos para esclavos en la colonia de las Barbados.

Quiso Cromwell vengar con aquel excesivo rigor la crueles matanzas de Irlanda; pero no ignoraba que casi toda la guarnición era inglesa y su supuesta justicia no era más que una bárbara política para desarmar a todas las demás guarniciones por medio del terror. Sin embargo, produjo todo el efecto que deseaba, porque Wexford, cuyo sitio principiaba, ofreció capitular después de una ligera defensa; pero antes que se hubiese arreglado la cesación de hostilidades, se descuidaron las

<sup>302</sup> Hist. Parlm. tomo XIX, pag. 156.

guardias de la ciudad y el ejército inglés forzó la entrada ejerciendo en ella las mismas crueldades que en Tredah. No tuvo ya entonces Cromwell más que presentarse en las ciudades para que al momento le abriesen las puertas: tanto que Ross, aunque tenía una fuerte guarnición, fue rendida por lord Taffe (Octubre). Habiendo seguido el mismo ejemplo Estionage, echó el vencedor un puente sobre el río Barrow y se hizo dueño del Paso y de Carrick. Owen O'Neale se vio precisado a rendirse a discreción y murió poco tiempo después, sin que los ingleses tuviesen otras dificultades que vencer más que las que se originaban del cansancio y de la estación, que ya estaba adelantada. Una parte del ejército pereció por diferentes enfermedades que sobrevinieron, y el mismo Jones, gobernador de Dublín, murió también en Wexford; de suerte que Cromwell, que se había internado demasiado, se vio en tantos apuros para subsistir como para retirarse (Noviembre); mas al tiempo que luchaba contra esta doble dificultad, se declararon por él Cork, Kinsale y las guarniciones inglesas de Munster.

Esta deserción de los ingleses acabó de arruinar la autoridad del marqués de Ormond, ya muy debilitada con las desgracias de Dublín, Tredah y Wexford. Los irlandeses, siempre poseídos de sus preocupaciones nacionales y religiosas, no pudieron contenerse bajo las órdenes de un gobernador protestante a quien la fortuna trataba tan mal; y así el clero renovó sus excomuniones contra él y sus parciales, con lo cual reunidos los terrores de la superstición con los que ya habían esparcido en toda la nación las armas victoriosas de Cromwell, no le fue difícil en la primavera llevar adelante sus victorias con los refuerzos que le llegaron de Inglaterra. Puso sitio y tomó a Kilkenny y Clonmel, únicas plazas que se distinguieron por su resistencia; y hallándose descompuesto todo el edificio de la unión irlandesa, se determinó muy pronto Ormond a salir de la isla dejando por sucesor de su título a Clauricard, que no vio en derredor de sí más que una desesperación irremediable. El único recurso que encontraron los irlandeses fue el de expatriarse, con lo que pasaron al servicio extranjero más de 40.000; y Cromwell, a quien no disgustaba que saliesen de la isla unos enemigos que jamás podrían reconciliarse sinceramente con los ingleses, les dejó tiempo y libertad para embarcarse.

Mientras que la fortuna le favorecía tan decididamente en Irlanda, estaba preparándole otra nueva escena de victoria y de triunfo en Escocia. Hallábase el joven heredero de la corona en La Haya, donde sir José Douglas fue a informarle de que había sido proclamado rey por los escoceses, pero sin disimularle las duras condiciones que el parlamento había añadido en su proclamación, lo cual templó mucho la alegría que había podido tener al verse reconocido por soberano a lo menos de uno de sus tres reinos. No podía dejar de considerar también Carlos que estando aquellos mismos que pretendían reconocer sus derechos en rebelión abierta contra su familia . no dejarían en sus manos una autoridad muy extensa y apenas le concederían un poco de libertad y seguridad para su persona. Como sus negocios parecían tomar entonces mejor aspecto en Irlanda, prefirió el partido de tentar fortuna en este último reino donde aguardaba mayor respeto y sumisión.

Por lo tanto no tardó en salir de Holanda pueblo bastante adicto a sus intereses, como que además de sus relaciones con la casa de Orange, que era muy querida en las Provincias unidas, no había en ellas quien no se compadeciese de su desgraciada condición ni dejase de mirar con horror el asesinato de su padre. Pero por más declarada que estuviese por el rey el favor del público, no dejaba su presencia de causar inquietud a los Estados Generales, porque temían a aquella cámara del parlamento tan formidable por su poder como afortunada en todas sus empresas; se recelaban mucho de las fogosas resoluciones de aquellos hombres tan orgullosos y violentos, y después del asesinato de Dorislao todavía se creían más obligados a dar satisfacción a la república inglesa haciendo salir al rey de su territorio.

1650.—Aunque nacido en las Provincias Unidas, Dorislao había residido largo tiempo en Inglaterra, y por la parte que había tenido en la muerte del rey como asesor de la cámara de justicia, había adquirido mucho crédito y favor en el partido dominante. Le había enviado el parlamento a Holanda, pero apenas llegó al Haya cuando le acometieron algunos realistas de los que habían militado con Montrose y forzando la puerta de una sala donde estaba comiendo con algunos amigos,

le arrancaron de la mesa y le cosieron a puñaladas como primera víctima que se proponían inmolar a su soberano, de quien él no se había compadecido tampoco; y dejando a los demás en paz se retiraron con mucho sosiego. Aunque el magistrado dio algunas órdenes para prenderlos, se ejecutaron con tal repugnancia y descuido, que todos los culpables tuvieron tiempo para ponerse en salvo.

Habiendo pasado Carlos algún tiempo en París sin recibir asistencia alguna y hasta muy pocas atenciones, se retiró a la isla de Jersey, donde todavía era reconocida su autoridad, y los comisionados de los estados de Escocia le enviaron a Winram, lord de Liberton, para informarle de las condiciones que tenía que aceptar antes de ser admitido al ejercicio de la dignidad real. No había ejemplo de que unos súbditos las hubiesen impuesto más duras a su soberano; pero como las cosas de Irlanda iban de mal en peor y ya no podía el rey dirigirse a aquella isla, dio una respuesta atenta a Winram, reducida a pedir que se le enviasen comisionados a Breda para discutir los artículos uno por uno.

### Los Covenantarios.

En efecto pasaron a aquella ciudad los condes de Cassilis y de Lothian, lord Burley, lord Liberton y otros comisionados, pero sin poderes para tratar, y declararon al rey que había de someterse sin reserva a los términos que se le proponían. Reducíanse estos a que: «por una pública declaración había de desterrar de su corte a todos los *excomulgados*, es decir, a aquellos que habían expuesto sus vidas bajo las órdenes de Hamilton y de Montrose en defensa de su familia, y que ninguno de sus súbditos de Inglaterra que habían hecho armas contra el parlamento había de poder acercarse a su persona; que diese su palabra real de aceptar el *covenant*; que ratificase todos los acuerdos del parlamento en que se prescribía el gobierno presbiteriano el directorio del culto, la profesión de fe y el catecismo; últimamente, que en los negocios civiles se dejase gobernar por la dirección del parlamento, y en los eclesiásticos por la de la asamblea»; y para que no le quedase duda de que era una resolución decisiva sólo se le entregaron solemnemente al rey aquellos artículos después de pasar algún tiempo en sermones y públicas rogativas.

Los amigos de Carlos estaban muy divididos sobre la conducta que debía observar en semejante ocasión. La mayor parte de sus consejeros ingleses le inspiraban repugnancia y desprecio de unas condiciones tan duras y vergonzosas, haciéndole presente que los personajes que gobernaban actualmente la Escocia eran los más furiosos hipócritas de su partido, y los mismos que a pesar de la suavidad del último gobierno habían suscitado la primera rebelión contra el rey; que sin embargo de haber este hecho las más amplias concesiones, la habían renovado después; que se habían opuesto a los progresos de las armas del rey y en el mayor extremo de sus desgracias, cuando fue a entregarles su persona, le habían vendido bajamente, no menos que su propio honor, a sus más crueles enemigos; que no habían dado señal alguna de arrepentimiento, y que hasta en las mismas condiciones que a la sazón le proponían, daban a conocer la misma aversión contra la monarquía que habían manifestado anteriormente, y la misma desconfianza de su soberano que no había dejado de animarlos; que nada más deshonoroso podía haber para el rey que sacrificar en el primer acto público de su vida y por un vano título de majestad aquellos principios por los cuales su padre había sufrido el martirio, y en los que él mismo había sido educado con el mayor esmero; que con semejante hipocresía perdería a los realistas, únicos amigos de buena fe que aun le quedaban, sin conciliarle tampoco a los presbiterianos que aborrecían a su familia no menos que su causa, y que no atribuirían su consentimiento más que a la política y a la necesidad; que los escoceses habían rehusado empeñarse con ninguna especie de promesas restablecerle en el trono de Inglaterra; y que aun cuando estuviesen dispuestos a hacerlo, el mal éxito del compromiso de Hamilton daba bien a entender cuan poco proporcionadas eran sus fuerzas para una empresa semejante; que al primer revés se apresurarían Argyle y sus partidarios a proponer una reconciliación con el parlamento de

Inglaterra y entregarían la persona de Carlos a sus enemigos como habían hecho con su padre; en una palabra, que aun cuando estuviese mucho más desesperada su causa, no dictaba la prudencia máxima alguna que pudiese justificar el sacrificio de su honor sin otro fruto que aventurar su vida y su libertad.

Estaban entonces cerca del rey el conde Laneric, ya duque de Hamilton, el conde de Lauderdale y otros señores desterrados de Escocia por haber tomado parte en el último compromiso, y esperando volverá entrar en su patria con el rey, se reunieron al joven duque de Buckingham para instarle a que consintiese en los artículos. Pretendían ellos que no habría cosa más agradable a sus enemigos que verle caer en el lazo que le tendían, y abandonar por una escrupulosa delicadeza la posesión de sus dominios, siendo así que solo buscaban un pretexto para excluirle de ellos; que no atreviéndose Argyle a oponerse a los deseos de la nación hasta el punto de sacudir el yugo de su soberano, había abrazado aquel arbitrio con la esperanza de que Carlos se destronaría a sí mismo y rehusaría el reino que se le ofrecía; que no debía dudarse de que el mismo espíritu nacional apoyado por Hamilton y su partido, se reanimaría más que nunca en favor de su príncipe luego que este les hubiese confiado su persona, y que rebajarían mucho el rigor de los términos; que el partido dominante, cualesquiera que pudiesen ser sus intenciones actuales, no podría evitar la guerra con los ingleses, y se vería precisado para sostenerse a si mismo contra un enemigo tan superior, a aceptar la asistencia de los amigos del rey y de todos los demás partidos; que la edad avanzada del último rey y otros compromisos muy estrechos pudieron haber exigido de él una conducta más firme y más constantemente uniforme, pero que ninguno llevaría a mal que un príncipe de la edad de Carlos II pudiera sujetarse a unas condiciones que le imponía la necesidad; que el mismo rigorismo de principios de que su padre había dado ejemplo y que en efecto honraba mucho su carácter, no por eso había dejado de serle muy perjudicial para sus intereses; y que si algo podía ser ventajoso a la causa realista era el que todos los partidos pudiesen esperar máximas más suaves e indulgentes en el gobierno; últimamente, que cuando los negocios se hallaban en una situación tan desesperada no se debía hacer gran caso del peligro, y que el honor del rey no tanto dependía de mostrar a los principios mucho valor y actividad, cuanto de pesar exactamente los puntos teológicos de que podía sospecharse que no estaba bastante enterado.

Estas razones, unidas a los consejos de la reina madre y del príncipe de Orange, cuñado del rey, que tenían por ridículo rehusar un reino por simple respeto al episcopado, hicieron mucha impresión en el ánimo del rey; pero lo que le determinó particularmente a rendirse fue la suerte del valiente Montrose a quien sus celosos compatriotas habían quitado la vida con las circunstancias más horrendas. Por más que el rey viese más claramente que nunca en aquel ejemplo el furioso espíritu que animaba a los escoceses, no le quedaba ya otro recurso, y la desesperación le hizo conceder cuanto se le pedía.

Montrose, después de haber dejado las armas por orden del último rey, se había retirado a Francia y contra sus inclinaciones naturales había pasado algún tiempo ocioso en París. Contrajo allí ciertas relaciones con el cardenal de Retz, y este penetrante juez habla de él en sus memorias como de uno de aquellos héroes de que no se hallan ya restos en el mundo, y sólo se asemejan a los que nos pinta Plutarco. El deseo de cultivar su genio marcial le hizo emprender un viaje a Alemania, donde le recibió el emperador con sumo agasajo honrándole con título de mariscal, y le propuso levantar un regimiento al servicio del imperio. Mientras que se estaba ocupando de esto en los Países Bajos, llegó a su noticia la desastrosa muerte de Carlos I y al mismo tiempo recibió del joven rey una nueva comisión o nombramiento de capitán general de Escocia<sup>303</sup>. No necesitaba su fogosa índole de esta autoridad para ponerse en acción, antes bien reunió en el norte de Alemania muchos valientes que se unieron a él por sola su fama, y el rey de Dinamarca le envió algunos socorros de dinero; la reina de Suecia armas y el príncipe de Orange navíos. Aceleró su empresa temiendo que la negociación del rey con los escoceses hiciera revocar su comisión; y salió de las Orcadas con solos 500 hombres, la mayor parte alemanes; a esto se reducían todos sus preparativos contra un

---

303 Burnet, Clarendon.

reino que disfrutaba de paz doméstica, estaba defendido por un cuerpo de tropas disciplinadas, enterado de su empresa y preparado a rechazarla. Habiéndole hablado algunos de los suyos de una profecía «que le destinaba a él solo a restablecer la autoridad del rey en sus dominios», había prestado oídos a unas ideas tan lisonjeras que sin más fundamento que la simple verosimilitud, se hermanaban muy bien con sus disposiciones generosas.

### **Prisión y suplicio de Montrose.**

Algunos naturales de las Orcadas, aunque de suyo poco guerreros, recibieron armas de su mano y le acompañaron a Caithness. Lisonjeábase de que la fama de sus antiguas victorias junta con el afecto general al servicio del rey, le atraería una multitud de montañeses bajo su estandarte; pero estaban muy cansados de guerra y de desórdenes. La mayor parte de los que le habían seguido en sus últimas expediciones habían sido rigurosamente castigados por los *covenantarios*; y las fuerzas ya reunidas contra él no prometían ningún buen éxito a la nueva tentativa. Sin embargo, por débiles que fuesen las que él llevaba, bastó el recuerdo de lo pasado para llenar de terror a los estados de Escocia. Inmediatamente mandaron marchar contra él a Holborne y Lesley con un cuerpo de 4.000 hombres, y antes se dio orden a Strahan para que se adelantase con la caballería a contener sus progresos, cuando precisamente no tenía Montrose ni un hombre montado por quien poder recibir avisos. Así le sorprendió Strahan, y los realistas no pudieron defenderse contra el imprevisto ataque de una caballería poderosa; antes todos fueron muertos o prisioneros, y el mismo Montrose que procuraba escaparse disfrazado de labrador fue descubierto y entregado pérfidamente a sus enemigos.

No hubo insolencia de aquellas que siempre acompañan al triunfo en las almas poco generosas que no practicasen los *covenantarios* contra un general, a quien aborrecían tanto como le temían; y el odio teológico contribuyó como siempre, a redoblar las indignidades contra un hombre a quien la excomuniación lanzada contra él hacia mirar como execrable. Lesley le mandó llevar durante muchos días con el mismo traje que había tomado para disfrazarse y en todos los pueblos se instó al populacho para que le hiciera toda clase de insultos. Cuando se acercaron a Edimburgo se expidió una orden por el parlamento en que se apuraban para su humillación los dicitos que puede sugerir la más ciega rabia. Estaban los magistrados a la puerta oriental de la ciudad, y le mandaron meter en una carreta nueva hecha expresamente, sentado en un banco bastante alto para exponerle a la vista del pueblo. Iba atado con una cuerda que, pasándole sobre el pecho y las espaldas, estaba atada a los bordes de la carreta; y en esta situación, el verdugo le quitó el sombrero y montó a caballo delante con el gorro propio de su oficio. Los demás oficiales que habían sido cogidos con él iban a pie de dos en dos delante de la carreta.

El populacho, más generoso y humano que sus jueces, viendo aquel cambio tan completo en la fortuna de un hombre que poco tiempo antes era el terror de la nación y en cuyas manos habían puesto los magistrados arrodillados las llaves de la ciudad, se movió a compasión y no hacía más que mirarle con lágrimas acompañadas de una silenciosa admiración. Mas al domingo siguiente empezaron los predicadores a desatarse contra aquellos movimientos de la naturaleza rebelde (esta fue su expresión) y reprendieron al pueblo por haberse enternecido a la vista del enemigo capital de toda piedad y de toda religión.

En medio de todo, Montrose, aunque tan apasionado a la gloria, supo despreciar una ignominia que no había merecido y en todos los sitios a donde fue conducido recibió con la mayor indiferencia los insultos de sus enemigos, creyéndose bastante vengado de sus injurias con la bajeza misma de los sentimientos que las dietaban. Había pasado en el camino por delante de la casa del conde de Southesk, su suegro, y no se le rehusó la satisfacción de ver a sus hijos que se estaban criando allí; pero ni aun su misma ternura en aquel último a dios pudo turbar la serenidad de su alma heroica ni arrancarle una queja contra la injusticia de los hombres o la crueldad de la fortuna.

Cuando le llevaron ante el parlamento, que estaba entonces reunido, el canciller de Escocia London le echó en cara con una violenta declamación «el ataque que había dado al *covenant* nacional después de haberle firmado; su rebelión contra Dios, contra el rey y contra la verdad, y las muchas muertes, traiciones e impiedades de que iba a recibir el condigno castigo.» Respondió Montrose con la misma superioridad sobre sus enemigos a que tanto derecho le daban su reputación y sus gloriosas hazañas no menos que el testimonio de su conciencia en favor de una buena causa, y dijo a sus jueces: «que habiendo el rey, según le habían informado, reconocido su autoridad desde que consintió en tratar con ellos, no tenía reparo en presentarse con la cabeza descubierta delante del tribunal, lo cual no hubieran obtenido de él en manera alguna mientras que permanecieron en guerra abierta contra su soberano; que se acordaba con vergüenza y con mucho remordimiento, de su antiguo error, es decir, del tiempo en que pretextos plausibles le habían sumido con ellos en la carrera de la rebelión, y héchole tomar las armas contra su príncipe y su patria; pero que confiaba en que sus posteriores servicios habían mostrado bien su arrepentimiento y en que iba a expiar con su muerte la única culpa de que le remordía su conciencia, que en todas sus empresas militares estaba justificado con la comisión recibida de su soberano y el de ellos, a cuya autoridad habían tenido la osadía de oponer su bandera; que el haber expuesto la vida por su rey era el menor de sus servicios, pues en virtud de la misma obediencia a sus sagradas órdenes había dejado las armas y abandonádoles la victoria cuando a despecho de todos sus esfuerzos se hallaba muy capaz de disputársela; que jamás había derramado sangre fuera del campo de batalla, y que veía en aquel instante delante de sus ojos a muchas personas muy dispuestas en la actualidad a pronunciar su sentencia de muerte, cuya vida proscripta por las leyes había sido salvada por él del furor de sus soldados; que sentía no encontrar una prueba mejor de su retorno a la obediencia que el asesinato de un súbdito tan fiel, con cuya muerte iba a recibir un nuevo insulto la real comisión que se le había confiado; que por lo que hacía a él, en vano se habían esforzado a envilecerle y degradarle a fuerza de injurias y de oprobios; que conocía muy bien la justicia de su causa, capaz por sí sola de ennoblecer toda clase de desgracias, y que lo único que sentía era ver tratada con ignominia la autoridad de su soberano de que estaba revestido; que sobre todo seguiría con júbilo y con orgullo, en virtud de una sentencia igualmente inicua, a su último soberano, aquel inocente monarca por cuyo hijo había sacrificado su vida; dichoso mil veces si en su futuro destino lograba verse, como él, en posesión de aquella morada de bendiciones, donde sin duda alguna le estaba reservada una eterna recompensa a su piedad y reales virtudes.»

Inmediatamente se pronunció la sentencia de Montrose que decía: «Que Jacobo Graham (sin expresar otro título) sería conducido al día siguiente a la cruz de Edimburgo para ser allí colgado de una horca de treinta pies de altura, donde quedaría expuesto su cuerpo por espacio de tres horas; que luego se le cortaría la cabeza en un cadalso y se clavaría a la puerta de la cárcel; que sus piernas y brazos se distribuirían y clavarían en las cuatro principales ciudades del reino, y que se enterraría su cadáver en el cementerio destinado a los malhechores, a menos que en virtud de alguna muestra de arrepentimiento le levantase la iglesia la excomunión.

Los ministros presbiterianos, esperando que el terror que debía inspirar al reo una muerte tan pronta les proporcionaría al fin alguna ventaja sobre su enemigo, acudieron a su alrededor y principiaron por insultar la mudanza de su fortuna; luego pronunciaron su condenación eterna, diciéndole que el juicio cuya ejecución iba a verificarse al día siguiente, no era más que el preludio del que debía seguirle. Después le ofrecieron orar por él y con él; pero estaba muy bien informado de sus fórmulas e imprecaciones a que ellos daban el nombre de oraciones, como por ejemplo: «Señor, dignaos mover el corazón endurecido de este orgulloso, de este incorregible pecador, de este perverso, de este traidor, de este perjurio y profano que rehúsa escuchar la voz de tu iglesia.» Tales eran las preces que, según costumbre, querían hacer por él, y así les dijo «que eran unos miserables tan engañados como engañadores de los demás y que no tardarían mucho en sepultar a su patria en la más insoportable servidumbre a que jamás había estado reducida nación alguna.» Y añadió: «Por lo que a mí toca, miro con más orgullo el que sea clavada mi cabeza en el sitio que

dice la sentencia, que el que estuviese colgado mi retrato en la cámara del rey. Lejos de afligirme de que mis brazos y piernas se repartan entre cuatro ciudades del reino, desearía tener bastantes miembros para que lo fuesen en todas las ciudades cristianas y sirviesen de testimonio en favor de la causa por que muero.» Aquella misma noche, en el horror de su prisión, puso en verso estos generosos sentimientos, y todavía existe su composición, insigne monumento de su heroico valor, y prueba notable de su ingenio poético.

En fin, llegó la hora (21 de mayo) en que entre los insultos de sus enemigos y las lágrimas del pueblo se llevó al sitio de la ejecución al hombre más ilustre del reino por su nacimiento y más glorioso por su fama, a sufrir el castigo de su adhesión a las leyes de su patria y de su lealtad al soberano, en el ignominioso suplicio destinado a los más viles criminales. Todo cuanto la insolencia de sus enemigos había intentado para abatir aquella alma noble había sido hasta entonces sin efecto, pero todavía hicieron un ensayo en aquella triste y última escena en que todos los enconos que sólo tienen por origen motivos humanos suelen suavizarse y aun desaparecer. Había llevado el verdugo un libro en que estaban ensalzadas en latín las hazañas más heroicas del general en estilo muy elegante, y se le ató al cuello con una cuerda. Sonrióse Montrose con aquel nuevo rasgo de la malignidad de sus enemigos y aun les dio gracias por su celo diciéndoles: «Me glorío de este testimonio de mi valor y lealtad más que cuando me pusieron la orden de la Jarretera.» Habiendo preguntado si aun le quedaba algún ultraje que sufrir y renovado algunas fervientes preces al cielo, sufrió con resignación el último acto de su suplicio.

Tal fue, a los 38 años de su edad, el fin del valiente marqués de Montrose, el hombre más brillante de los tres reinos que apareció durante aquellas sangrientas revueltas. Había cultivado en su juventud las bellas artes con admirable aprovechamiento, y apasionándose por todo lo que era noble, elegante y sublime. No era tampoco insensible a los placeres de la sociedad ni a los del amor; pero todas sus ideas y acciones llevaban cierto sello de grandeza que no le abandonó jamás, y fue necesario un esfuerzo de virtud para que su corazón impaciente de toda superioridad y aun de toda igualdad se sometiese a obedecer ciegamente a su soberano.

Mas no se sació todavía la venganza de los *covenantarios* con el suplicio de Montrose, sino que también sufrió la muerte por aquel mismo tiempo Urrey, a quien su inconstancia había arrojado en el partido del rey. Igual suerte sufrieron Spotiswood de Daersie, que no tenía más de diez y ocho años, sir Francisco Hay de Dalgety y el coronel Sibbald, todos de ilustre nacimiento y carácter, porque todos ellos habían sido cogidos con Montrose. Cosa de un año antes había servido también de víctima el marqués de Huntley al furor de los *covenantarios*.

Ya por estas escenas se puede formar juicio de la barbarie de aquella facción teológica; las que van a seguir descubrirán también hasta qué punto llegaba su insensatez. Si es cierto que la corrupción de las cosas mejores es la peor de las corrupciones, no es de extrañar que los abusos de religión sean los más odiosos y ridículos. Muchas veces nos veremos precisados en el discurso de esta narración a emplear el mismo lenguaje que era de moda entonces para pintar el espíritu del tiempo.

### Los Covenantarios.

Apresurándose el rey a ejecutar sus convenios con los comisionados escoceses, dio a la vela para Escocia escoltado por siete buques de guerra holandeses destinados a proteger la pesca de las arenques, y entró en el golfo de Cromarty (23 de junio); pero antes de permitirle tomar tierra, se exigió que firmara el *covenant*, cuya ceremonia fue acompañada de sermones y lecturas, exortándole a la perseverancia en la santa confederación<sup>304</sup>. Inmediatamente fueron separados de él Hamilton, Lauderdale, Deimfermline y otros señores de la facción llamada de los *Enganchadores*, y obligados a retirarse a sus estados, para no salir de la vida privada, quedando sin crédito ni

304 Discursos históricos de Walker p. 159.



consideración alguna. Los ingleses amigos suyos que habían servido a su padre recibieron orden de salir del reino, y no tardó el mismo rey en conocer que no era considerado sino como un fantasma de soberano y que los pocos restos que le quedaban de la dignidad real sólo servían para atraerle nuevos desacatos. En la ciudad de Aberdeen se encontró clavado en una escarpia uno de los miembros de Montrose, aquel fiel servidor suyo que no tenía otro delito que haberle obedecido<sup>305</sup>. La asamblea eclesiástica y poco después la comisión de los estados y del ejército, que sólo se gobernaban por aquella, publicaron manifiestos en los cuales protestaban: «que no habían abrazado causa ni partido alguno mal intencionado, sino que únicamente habían combatido por sus derechos y principios y que renunciaban a todos los pecados y culpas del rey y de su familia, ni le reconocían a él ni a sus intereses sino en cuanto él mismo reconociese y siguiese la causa de Dios y confesase los pecados de su casa y de los suyos.»

Carlos que se veía entregado a aquellos austeros *celadores* (*zelots*), sin otra garantía de su vida y libertad que la que ellos quisieran concederle, se dejó persuadir a dar un paso que sólo puede disculparse con la extrema necesidad a que se hallaba reducido, o con su juventud e inexperiencia: éste fue el de publicar a su vez (16 de Agosto) una declaración tal como se la exigieron<sup>306</sup> en que «daba gracias a la Providencia de que por su misericordia le había conducido a la plena convicción de la justicia del *covenant* y decidídale a arrojarle él y sus intereses en brazos de Dios; deseaba ser profundamente humillado y afligido en su alma por haber seguido los malos consejos de su padre, oponiéndose al *covenant*, es decir a la obra santa de la reforma, y por haber derramado la sangre del pueblo de Dios en todos los ángulos de sus estados. Deploraba la idolatría de su madre y la debilidad que había tenido de tolerarla en el palacio de su padre; escándalo horrible, decía, para todas las iglesias protestantes, y gran motivo de ofensa para aquel que se nombra el Dios vengador y que castiga en los hijos los pecados de los padres. Protestaba que no tendría otros enemigos que los enemigos del *covenant*; que detestaba el papismo, la superstición, la prelatura, la herejía y el cisma, con todos los usos profanos, y que estaba resuelto a no tolerarlos ni concederles protección alguna en sus dominios. Declaraba que jamás querría ni favorecería a ninguno de aquellos que olvidados de su conciencia sólo buscaban sus intereses con preferencia al Evangelio y al reino de Jesucristo; últimamente esperaba que a pesar de las desgracias que sus pasadas culpas habían atraído sobre él, ahora que ya había conseguido el favor de haber entrado en la causa de Dios y reconocido que la suya propia estaba subordinada a la del mismo Dios, la divina Providencia coronaría sus armas con la victoria. »

Todavía se desconfiaban de él los *covenantarios* y el clero, porque aquella misma facilidad en rendirse les dio a sospechar que miraba todas aquellas concesiones como otras tantas farsas atrevía a que le precisaba a someterse su situación; y así le prepararon una prueba decisiva. En lugar de su coronación que se había estado difiriendo con este objeto, habían tomado la resolución de hacerle pasar por una humillación pública y obligarle a que hiciese penitencia delante del pueblo; para lo cual le enviaron doce artículos de arrepentimiento, cuya confesión exigieron; y el rey estaba convenido en someterse a aquella nueva indignidad. Allí se renovaron y agravaron mucho más las diversas infracciones de su padre y de su abuelo y la idolatría de su madre; se le hacía declarar también que no deseaba el restablecimiento de sus derechos sino para la prosperidad de la religión y siempre con subordinación al reino de Jesucristo: en una palabra, después de haber exaltado al altar sobre el trono y puesto a la corona bajo sus pies, estaban resueltos los ministros de la iglesia escocesa a envilecerla con todos los ultrajes que su ascendiente actual les permitía ejercer sobre su soberano.

Reconoció al mismo tiempo Carlos que no estaba menos aniquilada su autoridad que degradado su carácter, porque no se le consultaba ningún negocio público ni siquiera se le llamaba para asistir a los consejos, antes bien bastaba que él se declarase en favor de alguno para alejarle de todos los empleos. Todo el empeño que tomaba en unir los partidos opuestos no servía para otra

---

305 Id. id. p. 160.

306 Discursos históricos de Walker p. 170.

cosa que para aumentar la desconfianza de los *covenantarios* y sus sospechas de que no les era enteramente adicto. Argyle, que con sus sutilezas y complacencias gobernaba en parte aquella facción feroz, al mismo tiempo que era gobernado por ella, cerraba el oído a todas las insinuaciones del rey para ganar su confianza. Siempre eran objeto de odio y persecución pública los malignos y enganchadores; y a todo el que desagradaba al clero, infaliblemente se le denominaba con uno o con otro título. No parece sino que el fanatismo que reinaba en todas partes, tan acre y tan lleno de hiel y tan recargado de ciegas animosidades, había como adquirido nuevo encono contra los hechiceros. Una multitud de infelices fueron quemados por sentencia de los magistrados en virtud de la opinión que se había extendido por todas las provincias de Escocia de que había ciencias infernales. En una aldea cerca de Berwick, donde no había más que once casas, fueron condenadas catorce personas al fuego<sup>307</sup>; y se vio nacer una nueva jurisprudencia que se estudiaba y cultivaba en todas partes para aprender a distinguir los verdaderos hechiceros con diferentes pruebas y señales<sup>308</sup>.

No bastó la proximidad del ejército inglés a las órdenes de Cromwell para apaciguar ni suavizar los odios entre las facciones de Escocia, ni dejó el clero de estar resuelto a excluir a cuantos no se sujetaban a sus intereses. Creyendo el parlamento de Inglaterra que el tratado entre el rey y los escoceses terminaría verosímilmente por una conciliación, había hecho sus preparativos para una guerra que le parecía inevitable tarde o temprano. Cromwell, que acababa de abatir las fuerzas y el valor de los irlandeses, fue llamado a Londres y dejó el mando de Irlanda a Ireton, cuya vigilancia y habilidad acabaron de sujetar al yugo a los habitantes o de expelerlos de su patria.

Era de esperar que Fairfax, que todavía conservaba el título de general, continuaría empleado contra la Escocia al frente de los ejércitos, único puesto que convenía a su talento por ser el solo en que había hecho algún papel; pero aunque permitió a los republicanos valerse de su nombre para sujetar al parlamento, mediaba un escrúpulo invencible que le impedía hacer la guerra a los escoceses, a quienes consideraba como presbiterianos celosos, unidos a la Inglaterra con los vínculos sagrados del Covenant. Sentía mucho los extremos a que se había dejado precipitar, y todavía confirmaban sus escrúpulos las exhortaciones de su mujer, que tenía sobre él mucho influjo y estaba dominada por el clero presbiteriano. Envió el parlamento algunos de sus individuos a que conferenciasen con él y uno de ellos fue Cromwell pero en vano le hicieron presente que los escoceses eran los primeros que habían faltado al *covenant* con su invasión en Inglaterra bajo el mando de Hamilton; y que si no se les prevenía con medidas vigorosas por la república, infaliblemente renovarían las hostilidades. Cromwell, que conocía la inflexibilidad de Fairfax en todo lo relativo a sus principios, aventuró las más ardientes súplicas llegando hasta derramar lágrimas que parecían provenir de la pena que le causaba verse rehusado en aquella ocasión: no debía parecer sospechosa la ambición del hombre que tanto se esforzaba por retener a su general en un puesto que él solo se creía capaz de desempeñar bien. Aquel mismo fuego de imaginación que hacía de Cromwell un frenético entusiasta, hacía también de él el más peligroso hipócrita, y a esta calidad tanto como a su valor y destreza debió sus prodigiosos triunfos y adelantamientos. Aquella contagiosa levadura, digámoslo así, de su celo fue lo que comprometía a todo el mundo a auxiliar sus disposiciones, y el aire de sencillez con que desempeñaba su papel era lo que ponía en estado, después de multiplicados engaños, de cubrir, bajo una tempestad de pasión, todas sus miras tortuosas y sus profundos artificios.

Habiendo renunciado Fairfax su comisión, se le confirió a Cromwell con el título de capitán general de todas las fuerzas de Inglaterra, cuyo mando en una república, que no tenía otro fundamento que las armas, era de la mayor importancia; y este fue el primer paso que dio aquel ambicioso político hacia el poder soberano. Inmediatamente se puso en marcha con todas sus fuerzas, ascendiendo al número de 16.000 hombres el ejército con que entró en Escocia.

Se había confiado el mando de las tropas escocesas a Lesley, oficial de mérito, el cual formó un plan de defensa que consistía en atrincherarse en un campo bien fortificado entre Edimburgo y

---

307 Withloke, p. 404.

308 Id. p. 418.

Leith, alejando cuanto fue posible todo lo que podía facilitar la marcha de los ingleses en los condados de Morse y de Lothian; por eso Cromwell tomó el partido de avanzar hacia el campo de los escoceses y emplear toda clase de medios para obligarlos a una batalla. Pero Lesley, aunque superior en número, sabía que sus tropas eran inferiores a los ingleses en disciplina y no pensó más que en mantenerse a cubierto en su posición. Intentó con varias ligeras escaramuzas estimular el valor de su gente y no dejó de sacar algún fruto de sus tentativas, pues cada día se aumentaba y se fogueaba su ejército. Vino el rey al campo y como se exponía a todos los peligros, ganó mucho terreno en el afecto de los soldados que siempre sirven con más gusto bajo las órdenes de un príncipe joven y valiente que bajo las de una comisión de gente de toga en quien no suponen talento más que para hablar. No dejó de inquietarse el clero, y así recibió Carlos orden de salir del campo, y no contento con eso, sacó también de él cerca de 4.000 hombres tanto de *malignos* como de *enganchadores*, que habían querido seguir al rey por afecto, y que por su crédito y experiencia formaban la mejor milicia de la nación;<sup>309</sup> entonces quedaron muy persuadidos de que tenían un ejército de santos que nunca podía ser batido. Murmuraban mucho no sólo contra la prudencia de su general sino también contra el *Señor* mismo por lo mucho que difería hacerles libres del enemigo<sup>310</sup>; y declararon paladinamente en sus sermones «que si no los libraba de aquellos sectarios ingleses no le reconocerían por Señor suyo.»<sup>311</sup> Habiéndose presentado la ocasión de conseguir cierta ventaja un domingo prohibieron a su general que se aprovechase de ella por no envolver a la nación entera en el crimen de violación del sábado.

Hallábase Cromwell en malísima situación, pues no tenía otras provisiones que las que recibía por mar, y no habían tenido la precaución de hacerle suficientes envíos, con lo que se veía reducido el ejército a la mayor necesidad. Se retiró a Dumbar, a donde le siguió Lesley y acampó en las alturas de Lammermuir, que dominan aquella plaza. Hay una multitud de pasos difíciles entre Dumbar y Berwick, de los cuales había tomado posesión Lesley, y se hallaba tan apurado el general inglés que ya había tomado la resolución de despedir su infantería y artillería por mar y abrirse paso a todo trance con la caballería; pero la insensatez de los eclesiásticos escoceses le evitó la pérdida de sus tropas y la del honor.

### Batalla de Dunbar.

De día y de noche habían estado los ministros *luchando con el Señor en sus oraciones*, estas eran sus palabras; y les persuadió su imaginación acalorada que al fin habían conseguido la victoria. Creyéronse seguros por sus revelaciones de que los sectarios y los herejes con su jefe, a quien llamaban Agag, se habían entregado en sus manos, y con sola la fe en estas visiones obligaron a su general, a pesar de todas sus reflexiones, a que bajase a la llanura para atacar a los ingleses en la retirada. Descubrió Cromwell con un anteojo el movimiento del campo de los escoceses, y sin revelación alguna predijo que el Señor había entregado en sus manos al enemigo. Inmediatamente dio sus órdenes para el ataque (3 de setiembre) y aquella batalla fue una nueva prueba de que en las acciones militares nada es capaz de suplir la falta de disciplina y de experiencia, y que cuando llega el verdadero peligro a que no se está acostumbrado, los vapores del entusiasmo se disipan al instante y pierden todo su influjo. Los escoceses, aunque en doble número, fueron inmediatamente arrollados y perseguidos con horrible matanza, sin haber habido otra resistencia seria que la de un regimiento de montañeses, es decir, de la única porción del ejército escocés que no estaba infestada de entusiasmo. Consiguió Cromwell una victoria completa matando 3.000 hombres y haciendo sobre 9.000 prisioneros; y continuando su victoria, tomó posesión de Edimburgo y de Leith,

309 Walker, discursos históricos p. 165.

310 Id. p. 168.

311 Withlocke, p. 449.

retirándose a Sterling los restos del ejército escocés; pero la cercanía del invierno y unas calenturas que acometieron a Cromwell no le permitieron dilatar más sus conquistas.

Los ministros presbiterianos levantaron grandes lamentos y dijeron al Señor: «Que para ellos la pérdida de los bienes y de la vida era un ligero sacrificio, pero que la destrucción de sus escogidos y de sus santos era una gran pérdida para él.»<sup>312</sup> Publicaron una declaración explicando las causas de sus últimas desgracias diciendo: «Que estas visitas del cielo (así las llamaban) se atribuían a diferentes clases de ofensas de que se había hecho culpable la familia del rey, y que daban recelos de que su arrepentimiento no había sido sincero; a la intrusión secreta de los *malignos* en la compañía del rey; a la criminal complacencia que se había tenido en dejar en el campo una guardia profana de caballería que se había llamado allí para purgarla, pero que no habiendo llegado sino dos días antes de la acción, había obtenido permiso para combatir en el ejército; al partido que muchos habían tomado de abrazar la causa del rey sin subordinación a la religión y la libertad; a apetitos carnales en los unos y a descuido en las oraciones domésticas en los otros.»

Cromwell, a quien la fortuna había sido tan propicia en la guerra de espada, tomó la pluma contra los eclesiásticos escoceses, y les dirigió algunas cartas polémicas en que defendía los principales puntos de la teología independiente, sin olvidar volverles a la cara el argumento favorito de la Providencia, preguntándoles si el Señor no se había declarado contra ellos; pero pensaban los ministros que aquellas mismas desgracias que su enemigo calificaba de juicios contra su partido eran solo unas simples pruebas, y así respondieron: «Que el Señor sólo había ocultado su cara a Jacobo por cierto tiempo.» Insistió Cromwell y pretendió que ya que se había hecho apelación a Dios de un modo tan expreso como solemne, él había dado su sentencia en el campo de Dumbar, toda en favor del ejército inglés.

Miró Carlos la derrota de los escoceses como un acontecimiento feliz, porque los dos ejércitos que habían combatido uno contra otro eran ambos, cual más cual menos, enemigos suyos, y los vencidos se veían precisados no sólo a concederle algo más de autoridad, sino a recurrir a él para su defensa. Convocóse la asamblea del parlamento en St. Johnston, y fueron desde luego admitidos en la corte y en el campo Hamilton, Lauderdale y todos los *enganchadores* sin otra condición que la de manifestar públicamente su sentimiento por sus últimas transgresiones; y aun algunos *malignos* se introdujeron también bajo diferentes pretextos. La humillación y penitencia pública que se había pensado en imponer al rey se conmutaron en la ceremonia de su coronación que se celebró en Scone con mucha magnificencia; pero en medio de todas aquellas apariencias de respeto, no por eso salió Carlos de las manos de los más rígidos *covenantarios*; y aunque tratado con urbanidad por Argyle, que era hombre de talento y habilidad, su situación se diferenciaba muy poco de la de un prisionero, y siempre permanecía expuesto a la dureza y pedantería del clero.

Era además muy opuesta esta situación a las naturales disposiciones de aquel príncipe, porque todas las excelentes prendas que había heredado, su afabilidad, su talento y amenidad, y hasta sus modales finos y desembarazados, pasaban allí por vicios y su afición a la vida libre y placentera se miraba como una escandalosa depravación. Por muy ejercitado que ya estuviese en el arte de disimular desconocía enteramente el estilo santurrón y nunca pudo acostumbrarse a aquellas gazmoñerías que los *covenantarios* exigían de él como una señal infalible de su conversión. El duque de Buckingham era el único inglés a quien se le permitía ver, y a la verdad que le divertía mucho con la gracia natural de que estaba dotado para remedar todas las ridiculeces. Entre tantas como ocurrían a cada paso, era difícil algunas veces contener la risa ni resistir a la tentación. Muy a menudo durante las oraciones y los sermones a que se veían precisados a asistir por mañana y tarde se les escapaban señales evidentes de fastidio y desprecio, con lo cual no podían persuadirse los ministros a que el rey estuviese suficientemente regenerado, y se esforzaban en inspirarle a fuerza de exhortaciones y reprimendas continuas un sentimiento más justo de sus deberes espirituales.

---

312 Walker, discursos históricos p. 168.

Tampoco era fácil reprimir la afición del príncipe a las hermosas, y ya le sorprendieron un día en ciertas familiaridades con una joven, por lo cual no dejó el clero de destacarle comisionados que le reprendiesen una conducta tan impropia de un monarca *covenantario*. Douglas, que era el orador de la comisión, informó al rey del mucho escándalo que había dado a los santos, y se extendió sobre la naturaleza de aquel crimen, concluyendo por exhortar a su majestad a que cuando le vinieran pensamientos livianos, cuidase de cerrar mejor las ventanas. Esta singular delicadeza en un hombre de aquel carácter y profesión llamó mucho la atención de Carlos, que no olvidó jamás aquel consejo.

Mas al fin, ofendido de todos los desacatos que le hacían sufrir y todavía más fastidiado de las formalidades que le era preciso aguantar, intentó ponerse en una situación más libre, para lo cual, sabiendo que el general Middleton, que había sido proscrito por los *covenantarios*, se había retirado a las montañas al frente de algunos realistas para aguardar la ocasión de servir a su rey, emprendió Carlos reunirse con él y se fugó secretamente de la vigilancia de Argyle. Enviaron tras de él a Montgomery con un cuerpo de caballería que le alcanzó y le persuadió a que se volviese. Consintió en ello Carlos con tanta más facilidad cuanto vio que los realistas no tenían fuerza suficiente para apoyarle; pero este incidente le valió ser tratado en lo sucesivo con más humanidad y también alguna autoridad más, porque los *covenantarios* principiaron a temer que continuando con tantos rigores se le pusiese en el caso de tomar una resolución desesperada. Argyle le hacía la corte y Carlos con igual disimulo fingió que tenía en él toda su confianza y hasta llegó a insinuarle que estaba en ánimo de casarse con su hija; pero se las había con un hombre demasiado cauto para caer en un lazo tan grosero.

Luego que lo permitió la estación se reunió el ejército escocés al mando de Hamilton y de Lesley, y Carlos tuvo libertad para ir al campamento; pero las fuerzas de las provincias occidentales, a pesar de lo inminente del peligro que amenazaba a su patria, estaban resueltas a no incorporarse con un ejército que admitía *enganchadores* y *malignos* en sus filas, y formaron un cuerpo aparte bajo el mando de Ker. Diéronse a sí mismas el nombre de *Protestarios* (*protesters*) y su fanático clero declamaba igualmente contra el rey que contra Cromwell; el otro partido se llamó de los *Resolucionarios* (*resolutioners*) y estas distinciones continuaron dividiendo y agitando largo tiempo el reino.

Había establecido Carlos su campo en Torwood, y sus generales estaban resueltos a conducirse con las mismas precauciones que tan bien les habían salido en la última campaña mientras que las observaron. Tenían a Sterling a la espalda; todo el norte les surtía de provisiones, mientras que su frente estaba defendido con buenos atrincheramientos, habiendo sido inútiles todas las tentativas de Cromwell para comprometerles en una acción. Luego que perdió esta la esperanza de conseguirlo, mandó a Lambert que pasase el estrecho de Fife para cortar las provisiones al ejército escocés. Cayó Lambert sobre Horborn y Brown que mandaban un cuerpo escocés y los puso en fuga, con lo cual determinó Cromwell pasar el mismo estrecho con todas sus tropas y poniéndose a la espalda del campamento real, le fue imposible a Carlos conservar aquella posición.

Entonces la desesperación misma hizo tomar al príncipe una resolución digna de quien peleaba por una corona. Viendo que le estaba abierto el camino de Inglaterra emprendió entrar allí de pronto con la esperanza de que todos sus amigos y los descontentos del gobierno actual se reunirían bajo sus estandartes. Hizo entrar en las mismas ideas a los dos generales, y por unánime consentimiento sus tropas, en número de 14.000 hombres, levantaron el campo y avanzaron con marchas forzadas hacia el sur.

Mucha sorpresa causó a Cromwell el movimiento del ejército escocés, sobre todo viendo que, por empeñarse en apretar al enemigo, había expuesto a sus amigos al mayor peligro; y como veía marchar al rey hacia Inglaterra, donde era general el odio contra el parlamento, temía que pudiese causar en pocos días una gran revolución; pero si aquella conducta hacía poco honor a la prudencia de Cromwell, no tardó en repararla con su vigilancia y actividad acostumbradas. Después de haber escrito al parlamento exhortándole a que no se atemorizase con la inmediatez de los escoceses,

envió orden a todas partes para que se reuniesen fuerzas que estorbasen la marcha del rey, y encargó a Lambert que siguiese y molestase al ejército real con su caballería, mientras que él, dejando a Monk con 7.000 hombres para completar la reducción de la Escocia, marchó en seguimiento del rey con toda la diligencia posible.

Engañóse Carlos en la esperanza que había concebido de ver engrosarse su ejército, pues antes bien los mismos escoceses asombrados de la temeridad de su empresa, le abandonaron en gran número. Los presbiterianos ingleses, que no habían recibido aviso alguno de sus intenciones, no estaban dispuestos a juntarse con él, ni tampoco los realistas, quienes además de este motivo, tenían cierta repugnancia a reunirse con el ejército escocés después de la prohibición que había hecho la comisión de ministros de recibir en él, aun en aquel extremo apuro, a ningún inglés que rehusase firmar el *covenant*. El conde de Derby, saliendo de la isla de Man, donde se había sostenido independiente del parlamento, fue a juntar algunas tropas a los condados de Chester y Lancaster, pero no tardaron en ser dispersados por un cuerpo de tropas parlamentarias; y Carlos, al llegar a Worcester después de una marcha extremadamente rápida y penosa, se encontró con que las suyas no se habían aumentado nada respecto de las que tenía cuando abandonó el campamento de Torwood.

### **Batalla de Worcester.**

Es tal el influjo de un gobierno establecido, que la república inglesa, aunque fundada en la más injusta usurpación y menos consentida por el pueblo, tuvo bastante autoridad para levantar en todas partes la milicia de los condados, y estas fuerzas, reunidas con las tropas regulares, marcharon rápidamente contra el rey. Cromwell con un ejército de 30.000 hombres cayó de repente sobre Worcester, atacó la ciudad por todos lados, y no encontrando otra resistencia que la de Hamilton y Lesley, se abrió paso por entre los realistas. Quedaron las calles cubiertas de muertos; Hamilton, tan valiente como honrado, fue mortalmente herido; Massey, herido y prisionero, el mismo Carlos, después de manifestar mucho valor se vio precisado a huir. Todo el ejército escocés quedó disperso u obligado a recibir la ley del vencedor, y los que se creyeron a salvo con la fuga, cayeron en manos de los villanos, que en el primer calor del odio nacional les quitaron inhumanamente la vida.

### **Fuga del rey.**

Habiéndose escapado el rey de Worcester a las seis de la tarde, anduvo cerca de veinte y seis millas acompañado de cincuenta o sesenta de sus más fieles amigos; pero luego el interés de su propia seguridad le hizo tomar el partido de separarse de sus compañeros sin comunicarles su intento, y entregándose a la dirección del conde de Derby, se fue a los confines de Staffordshire, a Boscobel, que era un caserío extraviado del cual era arrendador un tal Penderell. No tuvo Carlos dificultad en confiarse a aquel hombre, de sentimientos muy superiores a su condición, pues aunque estaba promulgada la pena de muerte contra cualquiera que diese asilo al rey, y ofrecida una gran recompensa a los que le entregasen, prometió y supo guardar una inviolable fidelidad. Prestáronle asistencia sus cuatro hermanos, hombres de honor como él, y vistieron a Carlos con un traje igual al suyo, y llevándole después a un monte inmediato y poniéndole una hacha en las manos, fingieron que le empleaban en hacer la provisión de leña. Durante algunas noches no tuvo el rey más cama que la paja ni otro alimento que el que había en el cortijo; y para mejor ocultarse se subió a una corpulenta encina, cuyas hojas y ramal le sirvieron de asilo durante 24 horas. Desde allí vio pasar bajo sus pies a muchos soldados que iban buscándole con señales bien claras del deseo que tenían de encontrarle. Mas adelante se dio a aquella encina el título de *Encina real* y mucho tiempo fue mirada por todos los habitantes con singular veneración.

Encontrábase Carlos en medio del reino y no podía sin el mayor peligro ni conservar su situación ni dar un paso para salir de ella, porque era mucho el empeño que había en toda la nación por descubrirle, y la menor indiscreción de sus amigos podía perderle. Se juntó con lord Wilmot que estaba también oculto en las intermediaciones y la resolución que ambos tomaron fue ponerse en manos del coronel Lane, que era un celoso realista, establecido en Beutley que no distaba de allí más que pocas millas. Se había hecho el rey tanto daño en los pies caminando con botas pesadas o con zapatos muy gruesos que no estaban hechos para él, que se vio precisado a montar a caballo, y así fue a Butley en compañía de Wilmot y de los cinco hermanos Penderell que le habían sido tan fieles. Pero puso Lane un medio de hacerle pasar a Bristol, donde era de esperar se encontrase algún buque en que no tardaría en alejarse. Tenía este oficial a tres millas de Bristol una parienta llamada Mrs. Norton que se hallaba entonces muy adelantada en su embarazo, y pudo conseguir un pasaporte, sin cuyo requisito no se podía viajar en aquellos tiempos de turbulencia, para su hermana Juana Lane y un criado bajo pretexto de ir a visitar a su parienta en las cercanías de Bristol. Salió el rey a caballo delante de la silla de la señorita Lane, de quien pasaba por criado.

Cuando llegó la señorita Lane a casa de Mrs. Norton, le dijo que se había traído por criado a un pobre aldeano, hijo de un vecino suyo, a quien había dado una calentura en el camino, y así pidió que le pusiesen en un cuarto aparte. Inmediatamente se retiró a él Carlos y no volvió a salir; pero no tardó en reconocerle un criado de la casa llamado Pope. Inquietóse mucho el rey; pero sin embargo le tranquilizó aquel hombre jurándole guardar un secreto inviolable y ocultarle hasta de su amo, oferta que cumplió fielmente.

No se encontró en Bristol ningún buque que debiese dar a la vela para Francia o para España antes de un mes, y el rey tuvo precisión de ir a buscar pasaje a otro puerto. Confió su persona al coronel Windham de Dorsetshire, acérrimo partidario de la familia real; y como el efecto natural de aquellas largas guerras civiles y de la furiosa rabia de que cada cual estaba poseído en las diferentes facciones, era dar a conocer abiertamente las inclinaciones y afectos de los particulares, la misma variedad de individuos ponía a la prueba el valor y fidelidad de un gran número. Muchos realistas se habían visto precisados a preparar en sus posesiones y en sus propias casas escondites para ellos y para sus amigos o para guardar sus alhajas y efectos preciosos; siendo muy común tener que valerse de aquellos recursos. Todas las circunstancias fueron favorables para el rey; y como muchas veces tuvo que acudir al auxilio de los católicos, se ocultó a menudo en el *agujero de los clérigos (Priest hole)* como decían entonces.

Antes que Windham se hiciese cargo del rey, pidió permiso para confiar aquel secreto a su madre, a su mujer y a cuatro criados de cuya fidelidad respondía, y entre tantas personas no hubo una siquiera que faltase a la discreción ni al honor. Al recibir a su augusto huésped manifestó la anciana y venerable matrona un gozo extremado de que después de haber perdido tres hijos y un nieto en servicio del padre, le estaba reservado al fin de sus días servir ella misma de instrumento para la conservación del hijo. Dijo Windham al rey que en 1636, su padre sir Tomás Windham pocos días antes de su muerte, reunió por última vez a sus cinco hijos y les dijo: «Hijos míos, hasta ahora hemos disfrutado días serenos y apacibles bajo los tres últimos soberanos; pero debo preveniros que os preparéis a grandes tempestades. Veo levantarse facciones en todas partes y amenazando el reposo de mi patria; mas sean los que fueren los sucesos que se preparan, respetad a vuestro príncipe, obedecedle y permaneced fieles a su corona. Os recomiendo que no abandonéis nunca la corona *aunque la veáis colgada de una zarza.*» «Estas últimas palabras —añadió Windham—, hicieron tal impresión en nosotros, que todas las aflicciones de estos desgraciados tiempos no han bastado jamás a borrar sus indelebles caracteres.» Consta por muchísimos ejemplos cuán arraigado estaba en el corazón de la nobleza inglesa de aquella edad el principio de la fidelidad al soberano: principio noble y generoso que no es inferior en excelencia al amor que se tiene a una constitución legal, a pesar de que en éste se reconozca algo de más racional y luminoso. Pero en aquellos tiempos de usurpación militar, ambas pasiones tenían igual fuerza.

Pasó Carlos diez y nueve días en la casa de campo de Windham y todos sus amigos de Europa, como los de Inglaterra, estaban en la más triste incertidumbre de su suerte, sin poder siquiera averiguar si era vivo o muerto; por fortuna la persuasión general de su muerte contribuyó grandemente a entibiar el furor con que le buscaban sus enemigos. Fueron también inútiles las tentativas para descubrir algún buque que pudiera servir para su fuga, tanto que después de haber dejado la quinta de Windham, tuvo precisión de volver a ella, y pasar por otra multitud de aventuras y disfraces, porque cada paso le exponía a un nuevo peligro, si bien le proporcionaba recibir nuevas pruebas de amor y de una fidelidad incorruptible; un día estuvo para descubrirle la sagacidad de un herrador, que notó que las herraduras de su caballo habían sido hechas en el norte de Inglaterra, y esto solo le ocasionó muchas dificultades para escaparse. Muy nuevamente se encontró un buque en el puertecito de Shoreham Sussex, donde se embarcó; pero eran tantas las personas que habían tenido parte en el secreto, que a no haber dado inmediatamente a la vela habría llegado a imposibilitarse su evasión. Llegó felizmente al puerto de Tecamp, en Normandía, habiendo durado cuarenta y un días su disfraz y no siendo menos de cuarenta personas entre hombres y mujeres las que habían tenido parte en el secreto de su fuga.<sup>313</sup>

La batalla de Worcester puso en manos de Cromwell lo que él llamaba *la cédula de su coronación* (*Hist, Crowning mercy*), y fue tanto lo que dilató su ambición aquella victoria, que en el mismo campo de batalla quería conferir la dignidad de caballeros a dos de sus generales, Lambert y Fletwood, pero sus amigos le disuadieron de ejercer aquel acto propio de la autoridad real. No le permitían ya su orgullo ni su poder abatirse a la sumisión respecto de una república que sólo debía su existencia a su crédito, y no tuvo otro apoyo que sus hazañas. Se ignora cuando concibió la primera idea de apoderarse de las riendas del gobierno; pero lo que no admite duda es que entonces principió a comunicar a sus amigos íntimos el deseo que tenía de tomar la dignidad de rey, a cuya abolición había contribuido con tantas apariencias de celo.

## La república.

El descrédito e impopularidad en que habían caído los republicanos fue el mayor aliciente que tuvo aquel atrevido político, porque en efecto carecían de aquella extensión de luces y combinaciones necesarias para hacer el papel de legisladores. Sólo se ocupaba su atención en pretensiones personales y en pequeñeces de devoción, llevando su ridícula austeridad hasta declarar por una ley expresa que la *fornicación reiterada* (*After the first act*) era una felonía imperdonable. Por lo demás hicieron poquísimos progresos en la importante operación que habían emprendido con tanto celo, es decir, en el establecimiento de un nuevo modelo de representación y de un plan fijo de gobierno; de modo que la nación principiaba a recelar que su intento era quedarse ellos solos de legisladores perpetuos, y que se repartiese el poder entre sesenta o setenta particulares que se titulaban el parlamento de Inglaterra. Mientras aquellos singulares senadores pretendían conceder nuevas libertades a la nación, se veían ellos mismos precisados a violar las más preciosas que les habían transmitido sus predecesores. No atreviéndose a confiar a los jurados las causas de alta traición porque, como elegidos por el pueblo, habrían sido favorables a la república y tomado por regla de sus juicios las antiguas leyes, eludieron aquella noble institución con que se había distinguido siempre el gobierno de Inglaterra. Ya habían visto, en el proceso de Lilburn, lo que tenían que esperar de los jurados, pues este, sin duda el más turbulento, pero también el más recto y animoso de los hombres, fue encausado por haber quebrantado el nuevo estatuto sobre traición, y aunque evidentemente culpable, se le declaró absuelto con mucha satisfacción del pueblo. La sala de Westminster y después la ciudad toda resonó en aplausos y gritos de alegría, no habiendo recibido jamás gobierno alguno una declaración tan formal de su usurpación y nulidad; magnánimo esfuerzo que solo se podía esperar de la admirable institución del jurado.

313 Crónica de Heath, pag 301.



Para ponerse a cubierto en lo sucesivo de iguales afrentas que disminuían mucho su autoridad, creó el parlamento un supremo tribunal de justicia al que debía remitir sus acusaciones el consejo de estado. Se compuso este tribunal de miembros adictos al partido reinante; gentes por lo común sin nombradía ni carácter, resueltas a sacrificarlo todo a su seguridad y ambición. Fueron acusados de conspiración ante este tribunal los coroneles Eusebio Andrews y Waltero Slingsby, y al momento se les sentenció a muerte; mas como eran realistas, recusaron una jurisdicción tan poco conforme a las leyes. Love, Gibbons y otros presbiterianos acusados de haber tomado parte en una trama contra la república, fueron también condenados a muerte y sufrieron su sentencia. El conde de Derby, sir Timoteo Featherstone y Bemboe que habían sido cogidos después de la batalla de Worcester, recibieron también la muerte por sentencia de una comisión militar, método expedito y declarado ilegítimo por aquella misma petición de derechos en cuyo favor había combatido tanto otro parlamento y que sólo pudieron arrancar del rey a costa de grandísimos esfuerzos.

A excepción de los principios de tolerancia, las máximas que sirvieron de regla a los republicanos en los negocios eclesiásticos, tampoco prometían mayor duración que las respectivas a la administración civil. El modelo presbiteriano de las congregaciones, clases y asambleas no fue reconocido por ninguna ley formal y constante, antes bien parece que una parte de los corifeos parlamentarios tenía intención de no admitir ninguna iglesia fija sino dejar a cada uno la libertad de elegir sin guía ni magistrado la secta que quisiese y adherirse al clero que se le antojase. No consideraban ellos que con semejante política el espíritu de entusiasmo reunido a la emulación y a las miras interesadas de los eclesiásticos, no dejaría de fortificarse hasta llegar a sustraerse de todas las obligaciones civiles y morales.

No se contentó con eso el parlamento sino que hizo algunas tentativas en una provincia hacia el modelo de los independientes. Hallándose proscrito casi todo el clero del país de Gales a título de *maligno*, se vieron establecer predicadores *ambulantes* con un corto salario y nunca más de cuatro o cinco en cada condado, los cuales nuevos apóstoles, a quienes se daba cabalgadura a costa del público, iban de un pueblo a otro y llevaban, según su expresión, *nuevas felices* del Evangelio<sup>314</sup>. La mayor parte eran gentes oscuras y de mala educación, que habían abandonado las profesiones mecánicas para abrazar aquella nueva vocación, y que se fundaban en esto mismo y en su modo de vivir errante para que sus funciones pasasen por más apostólicas.

La disposición de los republicanos y la naturaleza de los instrumentos que empleaban los hacían ser más a propósito para las empresas arduas y vigorosas que para las operaciones lentas y deliberadas de la legislatura. A pesar de las últimas guerras y efusión de tanta sangre, nunca había estado el poder inglés en aptitud más temible para las potencias vecinas como en manos de la república, porque su ejército, muy numeroso, tenía no sólo fuerza para contener al pueblo en una ciega sumisión, sino para inspirar terror a los extranjeros; el derecho de paz y guerra residía en las mismas manos que imponían los subsidios, y no era de temer ninguna diferencia de miras entre los diferentes miembros del poder legislativo. En el fondo los impuestos actuales, aunque muy superiores a todos los ejemplos precedentes, eran moderados o no excedían las fuerzas de una nación rica; las discordias civiles habían despertado de su antiguo letargo el genio militar del pueblo, y se habían formado excelentes oficiales de todas armas.

Aquella misma confusión que por tanto tiempo se había visto reinar en el país había ofrecido mil ocasiones de salir de su obscuridad a varios particulares y de elevarse por su valor a unos puestos que eran muy capaces de desempeñar y de que antes los excluía su nacimiento; y así no es de extrañar que estando por tanto toda la autoridad en manos tan activas, la república fuese feliz en todas sus empresas. Fue nombrado almirante mayor Blake, hombre de un valor heroico y de un carácter generoso, el mismo que había defendido con tanta obstinación a Lyme y a Tacenton contra las tropas del rey; y aunque sólo estaba acostumbrado al servicio de tierra, en que no entró tampoco hasta la edad de más de 50 años, elevó la gloria naval de la nación a la mayor altura a que había llegado jamás. Se le confió una armada con orden de perseguir al príncipe Ruperto, a quien Carlos

había dado el mando de la escuadra que había abrazado su causa; púsose el príncipe a salvo en Kinsale, de donde huyó a las costas de Portugal. Siguióle Blake y le obligó a refugiarse en el Tajo donde se preparaba a atacarle; pero movido el rey de Portugal de los mismos sentimientos que entonces animaban a toda Europa en favor de la causa del rey, rehusó a Blake la entrada en el Tajo y salvó así a Ruperto. En venganza de esta parcialidad robó el almirante inglés veinte buques mercantes a los portugueses, ricamente cargados, y los amenazó que llevaría adelante su resentimiento. Temiendo la corte de Lisboa a un enemigo tan peligroso y conociendo la desigualdad de fuerzas, estando como estaban las suyas tan mal aseguradas, dio mil satisfacciones a la orgullosa república y consiguió negociar que se renovase su alianza con Inglaterra, con lo que Ruperto, después de haber perdido una parte de su escuadra en la costa de España, dio la vela para las Indias occidentales, donde el príncipe Mauricio, su hermano, naufragó en una borrasca. No tuvo otro recurso aquella escuadra que ejercer la piratería para no morir de hambre, ejerciéndola indistintamente contra ingleses y españoles: últimamente habiendo vuelto Ruperto a las costas de Francia, dispuso de los restos de su escuadra y de todas las presas que había hecho.

Todas las colonias inglesas de América, a excepción de la Nueva Inglaterra, que estaba compuesta de sólo puritanos, permanecieron adictas al partido realista aun después del establecimiento de la república, con cuyo motivo se envió a sir Jorge Ayscue con una escuadra para reducir las a la obediencia. No tardaron en someterse las Bermudas, la Antigua y la Virginia, a las cuales imitaron prontamente, aunque con alguna resistencia, las Barbados, donde estaba de gobernador lord Willoughby de Parham.

Tampoco tuvo dificultad la república de someter las islas de Jersey, Guernesey, Seilly y Man, quedando libres y desembarazados para el comercio inglés aquellos mares que por tanto tiempo estuvieron infestados por los armadores de aquellas islas. Estaba defendida la isla de Man por la condesa de Derby que no cedió sin dificultad a la necesidad de rendirse. Era francesa aquella señora y de la ilustre familia de Trimouille, y ya se había distinguido en las últimas guerras defendiendo con heroico valor el castillo de Latham contra las tropas del parlamento, donde adquirió el honor de haber sido la última persona de los tres reinos que se sometió a la victoriosa república.

La Irlanda y la Escocia estaban completamente sumisas y tranquilas, pues Ireton el nuevo gobernador, había concluido la obra principiada por Cromwell al frente de un ejército de 30.000 hombres. Había batido a los irlandeses en varios encuentros, que sin ser decisivos, habían ido debilitando por grados a la nación, y cuantos prisioneros habían tomado parte en las matanzas fueron castigados sin misericordia. O'Neale, entre otros, fue condenado a la horca, suplicio ignominioso que tenía bien merecido por sus crueldades. Continuaba todavía en manos de los irlandeses la populosa ciudad de Limerick, y habiéndola ocupado Ireton después de un obstinado sitio, fue acometido en ella de la peste, a que sucumbió; hombre memorable por su vigilancia, industria y capacidad, así como por su amor a la justicia en medio de la ilimitada autoridad de que gozaba en Irlanda. Se dice que era inflexible en todas sus resoluciones, y algunos han llegado a creer que estaba animado de una pasión sincera por la libertad de su patria, que haciéndole insensible a cualquier otro aliciente, le impedía a someterse a ningún género de apariencia de autoridad real. Mostró Cromwell gran sentimiento de su muerte, y los republicanos sobre todo estuvieron inconsolables porque poseía toda su confianza, y así recompensaron su mérito y servicios con magníficas exequias que se celebraron a costa del público; y con una renta anual de 2.000 libras esterlinas en propiedades que se concedieron a su familia.

Aunque el gobierno que existía no era más que una sombra de república, se quería dar principio a ella por medios capaces de fomentar aquel patriotismo público que ninguna otra institución política sabe inspirar más completamente.

Recayó el mando del ejército de Irlanda en el general Ludlow, quedando la administración civil encargada a unos comisarios; Ludlow continuó adquiriendo ventajas sobre los irlandeses y consiguiendo continuas victorias a poca costa. Poco contentos con el rey aquellos infelices isleños, después de las violentas declaraciones que le habían arrancado los escoceses contra ellos y contra su

religión, se habían dirigido al rey de España y al duque de Lorena y en ninguno habían encontrado asistencia. No pudiendo ya Clanricad resistir por más tiempo, hizo su sumisión a los republicanos y se proporcionó un retiro en Inglaterra, donde murió poco tiempo después. Era un católico obstinado, a quien respetaban todos los partidos.

No fueron decisivas las ventajas que consiguió Monk en Escocia; pero puso sitio al castillo de Sterling, el cual sin embargo de estar bien provisto de municiones no tardó en abrirle las puertas: allí se apoderó de todos los archivos del reino, del cetro y de la corona, todo lo cual envió a Inglaterra. Habiéndose reunido en las inmediaciones de Perth los condes de Leven y de Crawford, lord Ogilvy y otros señores para concertar los medios de levantar un nuevo ejército, se dejaron sorprender por el coronel Alured que los hizo prisioneros a casi todos; igual suerte cupo a sir Felipe Musgrave que con el mismo designio había ido a Dumfries con algunos escoceses. Era Dundee una ciudad bien fortificada y estaba defendida por una buena guarnición a las órdenes de Lumisden, llena de los más ricos muebles y de toda la plata labrada del reino, depositada allí hacia mucho tiempo como en lugar seguro. Se presentó delante de sus muros el general Monk, abrió brecha y mandó dar el asalto general, con lo que fue tomada la plaza; y en cumplimiento de las órdenes y a ejemplo de Cromwell, todos los habitantes fueron pasados a cuchillo para inspirar terror en el reino: efectivamente después de aquel terrible escarmiento, inmediatamente abrieron sus puertas Aberdeen, St. Andrews, Inverness y otras muchas plazas. Argyle efectuó su sumisión a la república de Inglaterra y exceptuando algunos realistas que permanecieron por algún tiempo en las montañas al mando del conde de Glencairn, de lord Balcarras y del general Middleton todo aquel reino que por su situación, valor y pobreza se había conservado por tanto tiempo independiente, quedó reducido entonces a la más dura sujeción.

El parlamento de Inglaterra envió a sir Enrique Vane, a St. John y algunos otros comisionados para arreglar los negocios de Escocia. Estos republicanos muy ajenos del verdadero espíritu de libertad, sabían tomar sus apariencias y así pidieron el consentimiento libre de todos los condados y ciudades de aquel reino conquistado antes de reunirse a Inglaterra para formar con ella una misma república. Protestaron los ministros bajo pretexto de que «aquella incorporación llevaría consigo una subordinación de la iglesia al estado en *las cosas de Cristo*<sup>315</sup>; pero no por eso dejaron los comisarios de nombrar jueces ingleses unidos con algunos escoceses para la decisión de todas las causas. Se administró severamente justicia y se conservaron la paz y el orden, quedando libres los escoceses de la tiranía eclesiástica<sup>316</sup> por lo que no se quejaron mucho del gobierno. Contribuyó en gran manera la prudente conducta de Monk, hombre tan entendido en las artes de la paz como en las de la guerra, para conciliar los ánimos disminuyendo las preocupaciones.

---

315 Whiteloke p. 496.

316 Acostumbraban los eclesiásticos presbiterianos a colocar en las casas principales un capellán que les servía de espía y les informaba de cuanto pasaba en la familia, obligando a los criados a que depusiesen contra sus amos. Whiteloke p. 502. El mismo autor en la p. 512 refiere la anécdota siguiente: «Habiendo citado el sínodo reunido en Perth a sus tribunales a los ministros y a los vecinos que parecían haber desaprobado su celeste gobierno, sucedió que aquellos hombres estaban ocupados en otra parte y fueron sus mujeres a responder por ellos. Efectivamente el día de la cita acudieron ciento y veinte mujeres con sendos garrotes en las manos y sitiaron la iglesia donde estaban reunidos los ministros. Enviaron estos a uno de los suyos a que se entendiera con las mujeres, a quienes amenazó con la excomunió; ellas en cambio le molieron a palos, se le llevaron prisionero y destacaron a sesenta de entre ellas que hicieron lo mismo con el resto de los eclesiásticos, apaleándolos a su sabor y cogiéndoles todo su equipaje y doce caballos. Uno de los ministros, después de haber huido por espacio de una milla, encontró a un soldado y pensando que era uno de los enemigos, se arrojó a sus pies. Admirado el soldado de aquella acción, preguntó al santo hombre ¿qué quería? Apoderadas las hembras vencedoras del secretario de la asamblea le estuvieron apaleando hasta que hizo renuncia de su cargo; tres de los ministros se reunieron a cuatro millas de Perth y resolvieron que aquel lugar sería maldito y no volvería a reunirse ningún sínodo en él; y aunque en 1658 y 1659 se había calificado de santas a las mujeres por haber tirado piedras a los obispos, todo el sexo fue declarado aquel día perverso.»

## Guerra con Holanda.

Con la total reducción y pacificación de los dominios británicos, pudo el parlamento convertir su atención a los negocios exteriores y ejercitar su vigor con empresas extranjeras, siendo los holandeses los primeros que probaron el peso de sus armas (1652).

Mientras que vivió Federico-Enrique, príncipe de Orange, habían observado los Estados una estricta neutralidad durante las guerras civiles de los ingleses, sin emplear más que su mediación oficiosa entre los partidos; pero Guillermo, que se había casado con una princesa de Inglaterra, no bien hubo sucedido a su padre en 1647, cuando los Estados Generales, así antes como después del suplicio del último rey, fueron acusados de que habían dado algunos pasos más favorables a la causa real, mostrándose adversos a la del parlamento. Estuvo mucho tiempo el enviado de Inglaterra sin poder conseguir audiencia de los Estados, y los asesinos de Dorislao no fueron perseguidos con todo el calor que deseaba el parlamento: además, el público de todas clases de las provincias unidas había manifestado mucho respeto al rey y héchole grandes servicios.

Después de la muerte del príncipe Guillermo<sup>317</sup>, a que siguió el abatimiento de su partido y el triunfo de los republicanos holandeses, se lisonjeó el parlamento con que había llegado el tiempo de unirse en alianza más estrecha con sus vecinos; y para ello envió a La Haya a St. John, que era entonces lord justicia mayor, llevando la idea de una nueva especie de unión entre las dos repúblicas, en virtud de la cual todos sus intereses serían inseparables; pero temiendo que no agradase su proyecto por ser tan extraordinario, se contentó con insinuarle, al paso que sus explicaciones manifiestas se limitaban a proponer una alianza defensiva entre la Inglaterra y los Estados Generales, tal cual había subsistido durante cerca de 70 años entre las dos potencias<sup>318</sup>. Poco dispuestos los Estados a formar relaciones muy estrechas con un gobierno cuyas medidas eran tan sospechosas como precaria su situación, sólo ofrecieron renovar las antiguas alianzas con Inglaterra; y el activo St. John, no menos descontento de aquella negativa que irritado de un gran número de afrentas que habían quedado impunes, no solo de los criados de las casas palatinas de Orange sino también del populacho holandés, se volvió repentinamente a Inglaterra y se esforzó por excitar un choque entre las dos repúblicas.

Sucede muchas veces que los movimientos de los más grandes estados son dirigidos por resortes muy pequeños, como acontece entre los particulares. Por más que la guerra con una potencia naval tan poderosa como la Holanda, que estaba en paz con sus vecinos, no dejase de ofrecer peligro a una república mal consolidada, había otras consideraciones que obligaban entonces al parlamento a tomar las armas. Creyó una parte de sus individuos que una guerra extranjera podría servir de pretexto para continuar el mismo parlamento y diferir el nuevo modelo de representación con que por tan largo tiempo se había estado lisonjeando al pueblo: esperaban otros que la guerra daría buena ocasión para conservar por algún tiempo más aquel numeroso ejército que excitaba tantas quejas; por otra parte, los que temían el acrecentamiento de la autoridad de Cromwell, esperaban que el enorme coste de un armamento naval sería motivo suficiente para disminuir el ejército de tierra; y sobre todo la buena política parecía dictar también que, atendida la disposición actual de los ánimos, se tornase la atención desde las discordias domésticas a las expediciones extranjeras. Muy felices sucesos prometía la superioridad de las fuerzas y las ventajas de la situación, sin contar con que los corifeos parlamentarios esperaban sacar buen partido de las presas sobre Holanda, interrumpir su comercio y tal vez arruinarle, mientras que con sus victorias afirmarían e ilustrarían su autoridad que todavía era muy moderna y muy poco agradable al pueblo. Todas estas ideas fortificadas con el influjo muy poderoso entonces de St. John sobre Cromwell, determinaron al parlamento a trocar la propuesta alianza en una encarnizada guerra contra las Provincias Unidas.

317 17 de octubre de 1650.

318 Thurloe, tom. I. p. 182.

Sirvió de pretexto el deseo de proveer a los intereses del comercio para paliar las verdaderas intenciones del parlamento, que no tardó en tomar las medidas más propias para irritar a los Estados. Publicó Cromwell la famosa pragmática que prohibía a todas las naciones extranjeras llevar a Inglaterra mercancía alguna que no fuese producto de su suelo o no saliese de sus propias fábricas; ley, que aunque general, ofendía particularmente a los holandeses, cuyo país no produce casi nada y cuya subsistencia principal depende del comercio de depósito y comisión que ejercen por todo el universo. Otorgó el parlamento patentes de represalias a muchos comerciantes por algunas injurias que pretendían haber recibido de los Estados, y más de ochenta buques mercantes holandeses que cayeron en sus manos fueron declarados de buena presa. Las barbaries ejercidas contra los ingleses en Amboyna, que eran enormes a la verdad, pero que ya parecían olvidadas al cabo de treinta años, se recordaron entonces con nueva violencia; últimamente, la facilidad de los Estados en tolerar la evasión de los asesinos de Dorislaio y los insultos hechos a St. John se representaron, sino como una declaración de guerra, a lo menos como una violación de la amistad.

Inquietos los Estados con todos aquellos pasos, enviaron orden a su embajador para emplear todos sus esfuerzos en renovar el tratado de alianza que se había como roto con la precipitada marcha de St. John, y al mismo tiempo, para no ser cogidos de improviso, aprestaron una escuadra de 150 velas, cuidando sus ministros en Londres de informar al consejo de estado de este armamento; pero lejos de causar terror esta noticia a la república inglesa, se miró como una amenaza, y no sirvió más que para confirmar al parlamento en sus resoluciones; en términos que agriándose cada día más los ánimos de unos y otros, se convirtieron en verdaderas hostilidades las que hasta entonces no habían sido más que disposiciones a un rompimiento.

Dieron los Estados el mando de una escuadra de cuarenta y dos naves al almirante Tromp, hombre de gran reputación, para que protegiese el comercio holandés contra los armadores de Inglaterra; y habiéndole obligado un temporal según dijo, a retirarse a la rada de Duvres, encontró allí a Blake, que mandaba una escuadra inglesa muy inferior en número. No es fácil decidir entre dos caracteres tan vivos y altaneros, cual fue el primer agresor, tanto más, cuanto ambos enviaron a sus cortes relaciones muy opuestas en todas sus circunstancias, y sin embargo apoyadas por los capitanes de ambas escuadras. Pretendía Blake que habiendo hecho al almirante holandés la señal de arriar bandera, Tromp, en lugar de obedecerle, le había disparado una andanada; Tromp por el contrario aseguraba que cuando se preparaba a obedecer, había principiado el almirante inglés las hostilidades. Lo que parece más cierto es que el almirantazgo de Holanda, que es muy distinto del consejo de estado, no había dado a Tromp la orden de arriar bandera, dejando a su discreción un ceremonial tan vano, aunque muy disputado. Parece que la intención de los holandeses era ponerse sobre un pie de igualdad con la nueva república y explicar su antigua deferencia al pabellón inglés como una muestra de respeto debida sólo a la monarquía. Esta circunstancia forma un grave indicio contra la veracidad del relato del almirante holandés, debiendo observarse también que el partido de Orange, a que se sospechaba que pertenecía Tromp, deseaba la guerra con los ingleses.

Durante el combate. Blake, que no tenía más que quince buques, fue reforzado con la escuadra del capitán Bourne, que tenía otros ocho, y estuvo defendiéndose cinco horas con mucho valor, echó a pique una nave enemiga y apresó otra. La noche puso fin a la contienda, y la escuadra holandesa se retiró hacia la costa de Holanda. Furioso con aquel ultraje el populacho de Londres habría insultado a los embajadores holandeses, que residían en Chelsea, si el consejo no les hubiera enviado una guardia para su seguridad.

A la primera noticia de la acción se apresuraron los Estados Generales a enviar a Londres a Paw gran *pensionario* de Holanda, con el título de embajador extraordinario, y con la orden de exponer al parlamento la relación que habían recibido de su almirante. Suplicaban a la república por el vínculo de su religión y de sus comunes libertades que no precipitasen nada y principiasen por nombrar comisionados que examinasen todas las circunstancias del ataque y disipasen las tinieblas con que aparecía oscurecida la verdad; protestaban no haber dado orden a su almirante de hacer la menor violencia a los ingleses, y que le castigarían severamente si resultaba culpable de una

empresa que ellos reprobaban; pero el imperioso parlamento cerró los oídos a tales excusas o representaciones, y engreído con sus triunfos domésticos y persuadido de que todo debía ceder a sus armas, se aprovechó de la ocasión para principiar la guerra que deseaba. Exigió que sin declaración ni examen se reparasen todos los perjuicios que hubiesen experimentado los ingleses; y como no quisiesen acceder a esta demanda las Provincias Unidas, dio orden para romper las hostilidades.

Dio Blake la vela hacia el norte con una numerosa escuadra y cayó sobre los bastimentos destinados a la pesca del arenque que estaban escoltados por doce buques de guerra que cogió o dispersó. Siguióle Tromp con una escuadra de más de cien velas, y los dos almirantes estaban a la vista uno de otro disponiéndose al combate con igual altivez cuando sobrevino una furiosa tempestad, que precisó a Blake a refugiarse en los puertos de su nación: la escuadra holandesa, dispersada por los vientos, experimentó grandes averías.

Sir Jorge Ayscue, que, según las relaciones inglesas, no tenía a sus órdenes más de cuarenta buques, trabó la acción cerca de Plymouth con el famoso Ruyter, que mandaba cincuenta de guerra y treinta buques mercantes (16 de agosto): verdad es que las naves holandesas eran de menos fuerza que las de los ingleses. Disputóse la victoria hasta la noche, que separó a los combatientes en todo el calor de la acción, todavía indecisa; al día siguiente se alejó Ruyter con su división, dejando a los ingleses tan mal parados que no se atrevieron a perseguirle.

Encontró Blake, auxiliado por Bourne y por Pen una escuadra holandesa en las costas de Ken, de igual número poco más o menos que la suya, mandada por Vitt y Ruyter (28 de octubre). Fue el combate muy desventajoso a los holandeses; cayó prisionero el contra almirante; fueron echados a pique dos de sus buques y volado otro, con lo que al siguiente día tuvo la escuadra holandesa que dar la vela hacia sus puertos.

No fueron tan felices los ingleses en el Mediterráneo: Van Galen atacó al capitán Badily con fuerzas superiores y desbarató su escuadra, pero pagó con la vida aquella victoria.

Rara vez son tan decisivos los combates de mar, que impidan a los vencidos hacer muy pronto frente a los vencedores, y así Tromp, unido con Ruyter encontró cerca de Foodwins al almirante Blake, cuya escuadra era inferior a la suya, pero que no obstante se resolvió a no esquivar el combate. Entonces (29 de noviembre), principió una furiosa batalla en que los dos partidos, a ejemplo de sus almirantes, manifestaron extraordinario valor. Declaróse la fortuna por los holandeses, porque fue herido Blake, apresadas dos de sus naves, la *Guirnalda* y la *Buena-Ventura*, incendiadas otras dos y echada otra a pique; felizmente llegó la noche a salvar los restos de la escuadra inglesa, y después de la victoria, insultando Tromp a los vencidos, mandó colgar una escoba del palo mayor de su capitana para dar a entender que estaba resuelto a borrar de los mares a todos los buques ingleses.

1653.—Grandes preparativos se hicieron en Inglaterra para lavar aquella afrenta; y desde principios del año siguiente (1653), lanzó el parlamento al mar una armada de ochenta velas, mandada por Blake, que tenía a sus órdenes a Dean y a Monk, a quien se hizo volver de Escocia. Estaban anclados delante de Portland cuando al despertar el día (18 de febrero), descubrieron una escuadra holandesa de 76 buques que salía del canal con un convoy de 300 barcos mercantes, que tenían orden de aguardar en la isla de Rhé a la armada destinada a escoltarlos. Mandábanla Tromp y Ruyter, aquella batalla fue la más terrible que se vio jamás entre estas dos naciones guerreras y rivales: tres días duró con fiera obstinación, y aunque Blake quedó vencedor, no fue mayor su gloria que la de Tromp, porque, después de la más gloriosa defensa, efectuó este almirante una magnífica retirada salvando todos sus barcos mercantes excepto treinta: con todo perdió once navíos de guerra, tuvo 2.000 hombres muertos y cerca de 1.500 prisioneros. Los ingleses aunque con todos sus navíos muy maltratados, sólo perdieron uno, pero el número de muertos no fue menor que el de los holandeses.

Es menester no olvidar que todos los triunfos de la marina inglesa se debían particularmente a la magnitud de sus buques, ventaja que no pudieron compensar todo el valor y habilidad de los almirantes holandeses. Aquel impuesto marítimo que tantas quejas, y bajo cierto aspecto tan justas,

había excitado en la nación, fue precisamente el que puso al último rey en aptitud de llevar la marina inglesa a un estado cual nunca había tenido en los reinados precedentes, y de construir naves mayores que las que todavía se usaban en Europa. No fueron de consideración los perjuicios que los holandeses experimentaron en los combates respecto de las pérdidas de su comercio, pues se cortó enteramente el que hacían por el canal, y hasta en el Báltico se vieron cruelmente acosados por los armadores ingleses. Quedaren suspensas todas sus pesquerías y se les cogieron sobre 1.600 barcos; desgracias que para las Provincias Unidas, no provinieron de un interés nacional ni de la necesidad de las circunstancias, sino únicamente de un vano punto de honra y de algunos resentimientos personales de que hubiera sido difícil dar razón satisfactoria para el público. Así resolvieron los Estados satisfacer el orgullo del parlamento dando algunos pasos para la paz, pasos que no fueron bien recibidos, por lo que no poco contento recibieron al saber la disolución de aquella orgullosa asamblea por la violencia de Cromwell, acontecimiento del que se prometieron alguna revolución favorable para sus intereses.

### **Disolución del parlamento.**

No habían sido, cierto, los republicanos fervientes del parlamento los primeros ni los principales promotores de la guerra, pero cuando ya la vieron comenzada, no perdonaron medio para sacar ventaja de ella. No habían cesado de contraponer la armada al ejército, exagerando la gloria y los triunfos de su armamento naval, insistiendo continuamente en el gasto insoportable con que estaba arruinándose a la nación, y en la necesidad que había de reducir muy pronto las fuerzas de tierra. Pusieron algunos regimientos a bordo de la armada en calidad de tropas marinas, y toda la serie de sus providencias no dejó la menor duda a Cromwell de que estaban recelosos de su autoridad y ambición, y tenían el proyecto de reducirle a la subordinación a su gobierno. Por tanto se propuso ganarlos por la mano sin dilación ni escrúpulo.

Eran tan sólidos los fundamentos en que estribaba el crédito de aquel extraño personaje, que por más práctico y consumado que fuese en artificios, no creyó necesaria la astucia ni el disimulo para una empresa tan atrevida; antes bien tomó el partido de convocar una asamblea general de oficiales, y desde el primer momento los halló dispuestos a recibir todas sus impresiones. Eran la mayor parte de ellos hechuras suyas, le habían debido sus grados y no podían contar con ningún otro más que con el para sus adelantamientos; y estando ya como abierta la brecha entre el poder civil y el militar desde que fue arrebatado el último rey del castillo de Holdenby, miraban los oficiales generales al parlamento en parte como hechura suya y en parte como rival, y se creían sobradamente autorizados para dividir con él así los empleos como las riquezas de que sus individuos estaban en posesión exclusiva hacia tanto tiempo. Harrisson, Rich, Overton y algunos otros que no carecían de principios, profesaban unas ideas tan descabelladas que siempre era fácil comprometerlos en los pasos más violentos y criminales; y como ya todo el ejército estaba tan manchado con acciones atroces, no debía tener escrúpulo en acometer todo lo que lisonjeaba su interés o su fanatismo.

Inmediatamente se tomó la resolución en el consejo de oficiales de hacer una representación al parlamento, en que después de quejarse de los atrasos que se debían al ejército, le suplicaban que parase su atención en los muchos años que hacía que estaba durando aquella asamblea a pesar de que tantas veces había protestado que estaba en ánimo de presentar un nuevo modelo de representación, según el cual se establecerían parlamentos sucesivos que se encargasen de los negocios nacionales de que la actual asamblea deseaba sin duda descargarse después de tantos peligros y fatigas. Reconocían que el parlamento había dado cima a grandes empresas y vencido extraordinarias dificultades; pero, con todo, decían que era injurioso para el resto de la nación verse excluido de toda participación en el gobierno y de todo servicio a la patria; y que ya era tiempo de que se presentasen en la escena política nuevos actores, y prescribiendo hasta el sistema de gobierno

que había de suceder al presente, pedían que se formase un consejo que ejecutara las leyes interinamente, la convocación de un nuevo parlamento, y en fin el establecimiento definitivo de aquel gobierno libre e igual que hacía tanto tiempo se estaba prometiendo al pueblo.

Diose por muy ofendido el parlamento con aquella representación y respondió con acrimonia al consejo de oficiales; mas estos insistieron en su dictamen y con aquellos mutuos altercados no se hizo más que ensanchar la brecha que ya estaba abierta entre la república y el ejército. Viendo Cromwell que ya estaban maduras las circunstancias para el logro de sus ideas, reunió a los oficiales (10 de abril) y les propuso arreglar en fin el gobierno público; pero por grande que fuese el número de sus amigos en aquella asamblea, no le faltaban tampoco adversarios; y así habiendo asegurado Harrison al consejo que el general sólo pensaba en preparar los caminos para el reinado de Jesucristo y de sus santos, respondió el coronel Streater con bastante dureza, que convendría que se diese prisa Jesucristo porque si no llegaba para Navidad, corría mucho peligro de encontrar ya ocupado su puesto. Mientras que estaban disputando los oficiales, avisó el coronel Ingoldsby a Cromwell que se estaba reuniendo el parlamento, y había tomado la resolución de no disolverse, sino de llenar con nuevas elecciones las plazas vacantes, y que en aquel instante se hallaban deliberando acerca de los medios de hacer aquella operación. Furioso Cromwell pasó inmediatamente a la cámara acompañado de 300 soldados y habiendo dejado algunos a la puerta, otros en el zaguán y otros en la escalera entró en la asamblea, donde dirigiéndose primero a St. John, que era uno de sus fieles amigos, le dijo al oído que había ido con ánimo de hacer una cosa que le afligía hasta lo más hondo de su alma y que había rogado fervorosamente al cielo que no le impusiese aquella obligación; pero que era indispensable para la gloria de Dios y el bien de la nación. Permaneció algún tiempo sentado escuchando los debates sobre el modo de llenar las vacantes de la cámara, y después volviéndose hacia Harrison, que le había acompañado, le dijo que creía ser aquel el momento favorable para la disolución. «Muy grande es la empresa —le respondió Harrison—, y no deja de tener sus peligros: pensad bien en ella antes de comprometeros.» «Tenéis razón». le respondió el general, y durante cerca de un cuarto de hora continuó escuchando.

Últimamente cuando se iban a recoger los votos, dijo al mismo Harrison: «Ya es tiempo, estoy resuelto.» Entonces levantándose de repente llenó de improperios al parlamento, echándole en cara su tiranía, su ambición, sus violencias y sus robos públicos; y luego, dando una patada en el suelo, que era la señal convenida con los soldados para que entrasen, dijo al parlamento: «Pronto, pronto, retiraos de vergüenza y dad lugar a otras personas más honradas, que sean más fieles a su obligación. Ya no sois un parlamento ¿me habéis entendido? Os declaro que ya no sois un parlamento, porque el Señor os ha desechado y elegido otros instrumentos para consumir su obra.» Como clamase Vane contra un proceder tan violento, le interrumpió Cromwell diciendo con voz tonante, «¡Oh, sir Enrique Vane, sir Enrique Vane, Cielos, libradme de sir Enrique Vane!» Luego cogió por el vestido a un diputado llamado Martin y le dijo: «Tú eres un mozero.» Y a otro: «Tú eres un adúltero.» Y a otro: «Tú eres un borracho y un glotón.» Y a otro: «Tú eres un ladrón.» Dio orden a un soldado de que cogiese la maza y dijo: «¿Para qué sirve este chisme? que lo saquen de aquí.» Después, dirigiéndose a la cámara, continuó: «¡Vosotros me habéis forzado a hacer esto! Por mi parte he estado pidiendo al cielo noche y día que me quitase la vida antes de encargarme de esta obra.» Mandó a sus soldados que despejasen la cámara y saliendo él el último, hizo que se cerrase la puerta y se retiró a su habitación de Whitehall.

Con esta furiosa violencia que retrata con tanta propiedad el carácter de Cromwell, fue como sin la menor oposición ni aun murmullo se aniquiló aquella famosa asamblea que había llenado la Europa con la fama de sus empresas y el escándalo de sus crímenes, y cuya formación no había sido menos deseada del pueblo que lo fue su disolución. Entonces pudo decirse que todos los partidos habían gozado sucesivamente del triste placer de ver vengados sobre sus enemigos los ultrajes y los males que habían sufrido, y eso por los mismos artificios empleados contra ellos. El rey se había esforzado por llevar su prerrogativa más allá de sus naturales límites, y auxiliado por la iglesia había casi destruido las libertades y privilegios de la nación; los presbiterianos habían contenido los



progresos de la corte y del clero, y con sus afectaciones hipócritas habían excitado al populacho, primero a un tumulto y luego a la guerra contra el rey, contra los pares y contra los realistas; mas apenas llegaron al colmo de la grandeza cuando los *independientes*, bajo la apariencia de una santidad más ascética, excitaron al ejército contra ellos y los redujeron a la sumisión; los *independientes*, en medio de sus vanos sueños de libertad, o más bien de dominio, fueron oprimidos por la rebelión de sus propios agentes, y se hallaron expuestos no sólo a los insultos del poder sino también al odio del pueblo. Tanto los ejemplos modernos como los antiguos estaban comprobando que toda violencia contra las leyes, cualquiera que sea el pretexto con que se cubra u el objeto que se proponga, no puede menos de venir a parar en el gobierno arbitrario y despótico de uno solo.

## LXI. La República—1653

### Nacimiento y vida privada de Cromwell.

Oliverio Cromwell, en cuyas manos dejó la disolución del parlamento todo el poder civil y militar de los tres reinos, había nacido en Huntingdon el año 1599 de una honrada y muy antigua familia, aunque por ser hijo de hermano segundo no heredó más que un escaso patrimonio. Para su educación, le envió su padre a la universidad; pero como tenía pocas disposiciones para las cultas y pacíficas ocupaciones del saber, hizo muy pocos progresos en sus estudios. Diose a una vida desarreglada pasando los primeros años de su juventud en el juego, la embriaguez, el libertinaje, y disipando una gran parte de su caudal; mas de repente le entró el espíritu de la enmienda, se casó y afectó una conducta grave y comedida, haciendo profesión de imitar todo el celo y rigor del partido puritano y ofreciendo restituir a cada uno las sumas que le había ganado al juego con aquel mismo ardor de temperamento con que se había entregado a los excesos del placer, así se distinguió, por su devoción en las prácticas religiosas; su casa vino a ser el punto de reunión de todo el clero entusiasta del partido y los gastos de la hospitalidad juntos con las liberalidades que hacia a los ministros despojados de sus parroquias o condenados al silencio llegaron a serle tan ruinosos como sus antiguos desórdenes. Sin embargo de haber heredado a un tío suyo materno, no por eso dejó de verse en la precisión de arrendar un cortijo en Saint-Ives y pasar algunos años ocupado exclusivamente en la agricultura, pero este arbitrio sólo sirvió para hacerle contraer nuevas deudas y ponerle en mayores apuros; porque las largas oraciones que rezaba por la mañana con su familia, y que volvían a principiar después de mediodía le ocupaban la mayor parte del tiempo así como a sus criados, y le dejaban poquísimos que destinar a sus negocios temporales.

No parece sino que su activo ánimo se rebelaba contra los bajos ejercicios a que se veía condenado, y así daba rienda a su imaginación sobre todo lo que se llamaba iluminación, visiones, revelaciones y otras cosas que son un alimento muy peligroso para los que, como él, padecen de afectos hipocondríacos. Apretado en fin por la escasez y la devoción, había convenido con su cercano pariente Hambden, en quien no obraba más que el segundo de estos motivos, en trasladarse a la Nueva Inglaterra, que era entonces el refugio de los más celosos puritanos y sólo una orden del consejo le hizo desistir de este propósito. Habiendo pensado el conde de Bedford, que poseía muchas tierras en el país de Fen, cerca de la isla de Ely, en desecar los pantanos de aquella comarca, se valió de la autoridad real para establecer comisarios que condujesen aquella obra e hiciesen la división de las nuevas tierras entre las personas a quienes se asignasen. Tuvo este señor que vencer la oposición de muchos, entre los cuales se distinguió notablemente Cromwell, y entonces fue cuando por primera vez se echó de ver en él todo el faccioso y obstinado celo de su carácter.

Por casualidad y por amaño consiguió ser elegido individuo del parlamento largo por la ciudad de Cambridge, a pesar de que sus asuntos domésticos se hallaban entonces en el mayor desorden y de que las apariencias de su persona no anunciaban tampoco disposición alguna para distinguirse en aquella esfera política a donde le llamaba su feliz destino. Tenía una presencia muy poco agraciada, poco aseo en su traje, voz desentonada, lenguaje vulgar, fastidioso, obscuro y una elocución bastante torpe; de modo que en el espacio de mas de dos años no se encontraba su nombre más que dos veces en las comisiones; y aquellas a que fue admitido no eran de las que tenían que ocuparse en negocios públicos sino en los de religión y otros objetos de celo. Nunca se le contó en el número de los oradores elocuentes ni en el de los ilustrados de la cámara baja, y sólo su amigo Hambden fue quien reconoció la profundidad de su ingenio, y quien predijo que si se

suscitaba alguna guerra civil, un diputado de Cambridge llevaría muy a cabo su reputación y fortuna.

Parece que el mismo Cromwell había conocido en que consistía su principal fuerza, y tanto por este motivo como por la indomable furia de su celo siempre se reunió al partido más enemigo del rey. Fue extraordinaria su actividad en favor de la famosa representación, que puede ser mirada como la señal de todas las conmociones siguientes; y cuando después de prolijas discusiones se aprobó por unos cuantos votos, dijo a Falkland que si aquella votación se hubiera perdido estaba resuelto a vender los restos de su caudal y a salir para siempre del reino, añadiendo que no era él solo en semejante resolución, porque conocía otros muchos diputados del mismo partido que pensaban hacer lo mismo.

No tenía menos de cuarenta y tres años cuando emprendió la carrera militar y sólo a fuerza de genio, sin experiencia ni maestro, llegó a ser muy pronto un excelente oficial, aunque acaso no se elevó jamás a la reputación de un general consumado. Levantó una partida de tropa de caballería fijando sus cuarteles en Cambridge, y trató con mucha severidad a aquella universidad porque mostraba bastante apego a la causa real: en una palabra, se dio a conocer por un hombre que no admitía transacción alguna sobre la causa que había abrazado. Lejos de embrollar a sus soldados con sutilezas de nueva invención, como por ejemplo de batirse por la autoridad del rey contra su persona, o de obedecer a las órdenes del rey significadas por las dos cámaras del parlamento, les decía claramente «que si se encontraba con el rey en alguna batalla, estaría tan dispuesto a darle un pistoletazo como a cualquier otro.» No tardó en aumentarse su tropa hasta formar un regimiento, en el cual hizo desde los principios que reinase la disciplina y aquel espíritu de cuerpo que tantas victorias valió después a los ejércitos del parlamento. Según lo que él mismo asegura en la Conferencia de Whitehall, decía a Hambden, «Vuestros soldados no son casi todos más que criados antiguos, mozos de taberna y otros miserables de esta especie, mientras que las tropas del rey se componen de jóvenes de las mejores familias y de personas de una clase conocida. ¿Os figuráis que las almas bajas de una canalla como la nuestra serán capaces de hacer frente a unos guerreros llenos de honor, valentía y resolución? Necesitáis soldados que tengan corazón noble y, no os ofendáis si lo repito, un corazón bastante noble para igualarse con la nobleza, sin lo cual estoy seguro de que en todos los encuentros os batirán, como lo han hecho hasta ahora.»

Hízolo como se proponía, y en adelante se alistaron en su regimiento sólo personas libres, hijos de renteros o de arrendadores honrados, y excitó principalmente a que sirviesen bajo sus banderas a todos los celosos fanáticos del reino. Luego que se reunieron en cuerpo, tomó nuevo calor aquel espíritu de entusiasmo, y era su coronel tan inclinado por carácter como por política a soplar continuamente aquel fuego de modo que predicaba, oraba, y combatía y sabía recompensar y castigar. Íbase aumentando el furor del fanatismo juntamente con el valor y disciplina, y todo el mundo tenía la vista clavada en un jefe tan piadoso y afortunado. Desde el mando inferior se elevó rápidamente al primero, por más que en la apariencia no ocupase más que el segundo puesto del ejército, y bien pronto la fraude y la violencia le constituyeron la primera persona del estado. Parece que su talento se iba desplegando en la misma proporción que su autoridad, pues cada día descubría nuevas facultades que habían estado como dormidas hasta el momento en que las ponía en acción. Toda Europa se quedó admirada de ver una nación tan turbulenta y fogosa que por mantener sus privilegios había destronado y llevado al cadalso a un rey tan excelente que descendía de una larga serie de monarcas, subyugada en fin y reducida a la esclavitud por un hombre, que pocos años antes no era más que un particular pobre, sin títulos, ignorado de sus compatriotas y hasta considerado como de baja esfera.

Sin embargo, no fue tan violenta la indignación del pueblo contra esta autoridad que no tenía otro origen que una usurpación manifiesta, como era de esperar. Cromwell recibió exposiciones felicitándole, y las primeras que llegaron de este género no sólo fueron del ejército y de la armada, sino también de muchas de las ciudades principales y condados, pero sobre todo de las congregaciones de los supuestos *santos* que estaban esparcidas en todas las provincias del reino.

Los realistas, aunque poco dispuestos a amar a un hombre, que había manchado sus manos en la sangre de su soberano, todavía aguardaban de él más blandura que de los imperios republicanos que habían gobernado hasta entonces. Los presbiterianos llenos de contento de ver abatidos y arrollados aquellos tiranos que los habían tratado tan mal, y eso por manos del mismo instrumento que ellos habían empleado, aplaudieron a lo menos aquella última violencia contra el parlamento. Estos dos partidos, que componían la masa de la nación, contuvieron al pueblo en una actitud regular, y además, como todas las provincias estaban cansadas de guerras y facciones, veían con gozo renacer la esperanza del orden y tranquilidad. También creían serles menos bochornoso recibir la ley de un hombre en quien todo el mundo reconocía un talento superior, que de una cuadrilla de innobles y fanáticos hipócritas, que bajo el vano nombre de república los habían reducido a la más cruel servidumbre.

Los republicanos destronados por Cromwell eran el partido cuyo resentimiento era más temible, porque aquella facción comprendía, junto con los *independientes*, otras dos sectas muy opuestas en principios, pero que por entonces estaban muy unidas por la semejanza de su índole y carácter. El mayor número eran los *milenarios* o partidarios de la quinta monarquía, que hacían profesión de creer que la autoridad y dominación estaban fundadas en la gracia, y no se debía reconocer otra distinción ni magistratura que las que procedían de la virtud y devoción; esperaban muy pronto a Jesucristo que había de venir segunda vez a la tierra, y pretendían que en el intervalo sólo los *santos*, es decir, ellos, tenían derecho de gobernar. Los segundos eran los *deístas*, que no tenían otro objeto unas que la libertad política y negaban la verdad de la revelación, insinuando que las diferentes sectas entre quienes reinaba tanta animosidad estaban todas fundadas en el error. Unas gentes tan osadas estaban muy poco satisfechas con las formas admitidas para el gobierno civil, y deseaban un grado de libertad que no podían esperar de ninguna monarquía. Martin, Challoner, Harrington, Sidney, Wildman y Nevil pasaban por corifeos de esta pequeña división.

### **Parlamento de Barebone.**

Aborrecía mucho Cromwell a los deístas porque no encontraba en ellos ningún género de entusiasmo con que poderlos gobernar; y así los trataba con mucho rigor y desdén llamándolos comúnmente *paganos*. Como los milenarios ocupaban grados considerables en el ejército, era más importante para él adquirir su confianza, y la disposición de su ánimo le daba una gran facilidad para engañarlos. En los últimos años la materia general de sus conversaciones eran los parlamentos, los consejos y los senados, de modo que los soldados se habían impregnado tanto de estas especies, que le pareció necesario establecer algo que llevase visos de república. Supuso que la Divina Providencia había hecho recaer en él todos los derechos y autoridad del gobierno, y sin otra preparación, con dictamen del consejo militar, envió orden a 128 personas de diferentes provincias de Inglaterra, a otras seis de Irlanda y a cinco de Escocia para que se presentasen en Londres, con intención de investir a estos particulares de la autoridad suprema por el mero acto de su voluntad: ellos debían ejercer el poder legislativo durante quince meses, y elegir luego igual número de personas que les sucediesen en aquel importante cargo.

Había entonces una multitud de ingleses cuya constante disposición era adherirse al poder dominante y apoyar al gobierno establecido. Verdad es que semejante máxima no era propia y exclusiva de aquel siglo, pero lo que sin duda era peculiar en él era una cierta jerga hipócrita para justificar una conducta tan prudente, bautizándola con la frase de fiarse en la Providencia; y así cuando la Providencia tenía la bondad de conceder la autoridad suprema a las ciento treinta y nueve personas que estaban reunidas, éstas hubieran sido muy ingratas en no manifestarles todo género de complacencias. Inmediatamente se reconocieron a sí mismas por parlamento (4 de julio) y viendo establecida su autoridad por su propio consentimiento y el de Cromwell, principiaron a ejercerla con mucha gravedad. No puede negarse que la nación debía haber llegado ya al último grado de

envilecimiento cuando se dejaba conducir con semejantes pretextos o que si tales pretextos eran capaces de engañar a los entusiastas militares, preciso es que hubiese llegado a aquel punto de ceguera y estupidez en que el mismo éxito hubiera obtenido las más groseras invenciones.

Se encontraban en aquella respetable asamblea algunas personas bien nacidas, pero en su mayor parte estaba compuesta de artesanos de baja esfera, milenarios, anabaptistas, antinomianos, independientes y en una palabra, de las heces de cada secta, así como cada secta era la hez de la especie humana. Principiaron por *buscar a Dios en la oración*, y este oficio le desempeñaron ocho o diez *iluminados* de la concurrencia y lo hicieron con tan buen éxito, que por confesión de los asistentes jamás en sus piadosos ejercicios habían sentido una abundancia tal de la gracia del Espíritu Santo. En efecto no podía menos de dilatarse su corazón al considerar el alto punto de grandeza y de gloria a que se suponían elevados, y así les dijo Cromwell en su primera arenga: «Que jamás se había atrevido a prometerse la felicidad que a la sazón gozaba de ver a Jesucristo tan altamente reconocido.»

Miraron ellos como primera obligación suya perfeccionar la obra de la reforma y abrir el camino para el reinado de Jesucristo y para todas las maravillas que el Señor iba a obrar en la nación. Como todos los fanáticos están alucinados con su loca imaginación, aborrecen generalmente al clero por lo mismo que aspira a una especie de santidad propia de su oficio y del carácter sacerdotal. Pensó por de pronto la asamblea en la abolición de todas las funciones clericales como favorables al papismo, y resolvió la supresión del uso de los diezmos, que llamaba un *resto de judaísmo*; declaró que el estudio de las ciencias y las universidades eran unas instituciones paganas de ninguna utilidad para el estado, y denominó a las leyes comunes de Inglaterra *la librea de la esclavitud normanda*, amenazando a toda la gente de curia con la supresión total de su profesión. Hasta se tomaron algunas disposiciones para abolir la Chancillería<sup>319</sup>, que era el primer tribunal del reino, y se concibió la idea de introducir la ley de Moisés por único sistema de jurisprudencia inglesa.

Entre tantos planes extraordinarios solo tuvieron tiempo aquellos sabios legisladores para terminar el que establecía la celebración legal del matrimonio por sola la autoridad civil sin ninguna intervención del clero; pero se vieron expuestos a las burlas del público. Entre los fanáticos de la cámara<sup>320</sup> se distinguía uno muy activo y muy célebre por sus largas oraciones, sus prédicas y sus arengas, que era un mercader de cueros de Londres y se llamaba *Alaba a Dios Barebone*<sup>321</sup>. Este

319 Withlocke, p. 543, y 548.

320 Conferencia de Whitehall.

321 Esta palabra inglesa compuesta significa *huesos desunidos o descarnados*; mas en cuanto al *Alabo a Dios* se había introducido la costumbre entre los supuestos santos de aquel tiempo de mudarse los nombres propios, como el de Enrique, Eduardo, Antonio, Guillermo etc. que tenían por nombres paganos, en otros más religiosos y santificados. Hasta los del Nuevo testamento como el de Jacobo, Andrés, Juan, o Pablo no eran para ellos de tanto respeto como los del testamento Viejo, tales como Ezequías Habacuc, Josué, Zorobabel etc. Muchas veces en lugar del nombre del bautismo se adoptaba una sentencia piadosa que precedía al nombre propio. Veanse aquí los nombres de una junta de Jurados que se celebró entonces en el condado de Essex, y que tuvo cuidado de copiar Brome en sus *Viajes por Inglaterra*, página 279.

*Accepted* (Aceptado), Trevor de Norsam.

*God reward* (Dios recompensa), Smart de Fivelhurst.

*Maker-Peace* (Pacificador), Heaton de Hare.

*Called* (Llamado), Lower de Warbleton.

*Earth* (Tierra), Adams de Warbleton.

*Be faithful* (Sé fiel), Joiver de Bristling.

*Return* (Retorno), Spelman de Watling.

*Mores fruit* (Más fruto.) Fowler de East Hadley.

*Fight, the good fight of faith* (Combate, el buen combate de la fe), Whit de Emer.

*Hope for* (Espera), Bending de Heast Hadley.

*Mcek* (Dulce), Brewer de Okeham.

*Faintnot* (Valor), Hewet de Reathfield.

*Stand fast* (Tente firme), Stringer de Crowhurst

*Redecmed* (Rescatado), Compton de Battle.

ridículo nombre, que parece haberse escogido por algún poeta o alegorista para que cuadrara con lo ridículo del personaje, llamó mucho la atención del público e hizo que aquella asamblea fuese chistosamente denominada el parlamento de Barebone.

Hicieron bastantes esfuerzos los embajadores holandeses por entrar en negociación con el parlamento; pero a pesar de que todos eran no sólo protestantes sino también presbiterianos, fueron muy mal recibidos de los que se atribuían un grado superior de santidad. Eran mirados los holandeses como unos mundanos que sólo se ocupaban en su comercio e industria, debiendo purificarse antes de poder llegar a ser útiles a la grande obra, de que los santos se creían encargados por la Providencia, de subyugar al Anti-Cristo, al hombre del pecado, y dilatar por todos los ángulos de la tierra el reino del Señor.<sup>322</sup>

Viéndose proscritos los embajadores no por enemigos de Inglaterra sino de Cristo, se quedaron atónitos sin saber que admirar más si el ánimo implacable o la locura de muchos de aquellos santos. Bien pronto principió Cromwell a avergonzarse de semejante parlamento, y si es que en tal convocación puede suponérsele otro designio que el de divertir al populacho y al ejército, no pudo ser otro que el de asustar al clero y a la curia; y le salió tan bien esta idea, que no tardaron en desear cualquiera otro gobierno que asegurase sus profesiones que tan expuestas estaban en manos de aquellos desesperados fanáticos. El mismo Cromwell no estaba satisfecho con que después de haber recibido de él toda su autoridad, saliesen con decir que el Señor era quien les había investido de su divina comisión; a pesar de que tuvo muy buen cuidado en sus cartas convocatorias de llamar a diferentes sectarios que eran enteramente suyos.

Estos fieles partidarios concertaron entre sí ir muy temprano a la cámara y manifestaron algunos de ellos que ya no podía ser en manera alguna útil para la nación una legislatura más larga del parlamento, y sin más ni más se dieron prisa a ir a casa de Cromwell con su presidente Rouse, y por un acuerdo formal renunciaron en sus manos toda la autoridad soberana que de él habían recibido (12 de diciembre). Harrison y los demás, en número como de unos veinte, permanecieron en la cámara, y habiendo colocado a uno de ellos en el asiento del presidente, principiaron a redactar protestas contra un fin tan prematuro del reinado de los santos. Hubo de interrumpirlos el coronel White que llegando con un destacamento de soldados les preguntó qué hacían allí. «Estamos buscando el Señor», respondieron ellos. «Pues podéis ir a buscarle a otra parte —les replicó—, porque os aseguro bajo palabra de honor que hace muchos años que no se le ha visto por aquí.»

### **Cromwell declarado Protector.**

Como el poder militar era así en la apariencia como en la realidad el único que prevalecía en la nación, intentó Cromwell satisfacer un nuevo capricho; porque no será temeridad creer que en todas sus mudanzas no tuvo nunca un plan concertado. Lambert, una de sus hechuras, que bajo el velo de la más profunda sumisión abrigaba una ambición desenfrenada, propuso en un consejo militar que se adoptase otro sistema de gobierno templando la libertad republicana con la autoridad de una sola persona a quien se confiriese el título de Protector, e inmediatamente redactó lo que se denominó *el instrumento del Estado*, que contenía el plan de esta nueva legislatura, y suponiendo que sería del agrado del general fue únicamente aprobado por el consejo. Declaróse *Protector* a Cromwell y se le instaló solemnemente en su destino.

Eran tan poco inteligentes los autores del *instrumento* en materia de legislación, que confesaron, o por mejor decir, se vanagloriaron de no haber empleado más que cuatro días en

---

*Kill-sin* (Mata pecados), Pimple de Witham.

Dice un autor de aquel tiempo (Cleveland) que «Cromwell había tocado el tambor en todo el Viejo testamento porque con sólo leer los nombres de su regimiento se podía aprender la genealogía del Salvador. El comisario no tiene más lista en las revistas que el primer capitulo de San Mateo.»

322 Thurloe, tomo II p. 373 y 591. Stubbe, p. 91 y 92.

redactar un acuerdo con el cual pretendían que quedaba arreglado para siglos el gobierno de los tres reinos. Es fácil de presumir que en efecto no les costaría gran trabajo cuando se considera lo informe de su sistema, pues los principales artículos del tal instrumento consistían en la creación de un consejo que no había de exceder jamás de veinte personas ni constar de menos de trece. Sus oficios habían de ser vitalicios a no desmerecerlos por su mala conducta; y cuando vacase una de estas plazas, los otros miembros designarían tres personas entre las cuales elegiría el Protector. Bajo este título quedaba declarado Cromwell magistrado supremo de la república, administrándose la justicia en su nombre y siendo la única fuente de toda magistratura y de todos los honores: tendría facultad para perdonar todos los crímenes, a excepción del homicidio y la alta traición y sería suyo el producto de todas las confiscaciones. En él había de residir el derecho de paz y guerra así como el de formar alianzas, pero en estos tres puntos había de conducirse, no solo con el dictamen, mas también con el consentimiento del consejo. En él residía también la autoridad militar, juntamente con la asamblea parlamentaria luego que ésta se hubiese creado, y en su defecto, con el consejo de estado. El Protector estaba obligado a convocar un parlamento de tres en tres años y a tenerle reunido cinco meses seguidos por lo menos sin prórroga ni disolución. Debían presentarse los *bills* al Protector para obtener su consentimiento, pero en caso de no concederle en el término de treinta días, adquirirían fuerza de ley por la sola autoridad del parlamento. Se establecía para los tres reinos un ejército permanente de 20.000 infantes y 10.000 caballos, designándose los fondos para su manutención y equipo, sin que pudiera disminuirse esta fuerza sin consentimiento del Protector; este era el único artículo en que se le atribuía el derecho de negativa. Durante los intervalos de los parlamentos residía en el Protector y en el consejo el derecho de dictar leyes, las cuales habían de ser obligatorias hasta la próxima asamblea del parlamento. Era necesaria la aprobación de este último para los nombramientos de canciller, tesorero general, almirante, gobernadores de Irlanda y Escocia, y presidentes de los dos tribunales supremos, y durante los intervalos del parlamento, con la aprobación del consejo hasta la próxima reunión de aquel. El cargo de Protector era vitalicio y a su muerte, debía el consejo proveer al instante de sucesor. A esto se reducía el famoso *instrumento* aprobado por el consejo militar y que juró solemnemente Cromwell, después de lo cual nombró quince consejeros de estado, todos devotos suyos aunque muy opuestos entre sí en principios y partido para que nunca pudieran ligarse contra él.

Declaró Cromwell que no aceptaba la dignidad de Protector sino para ejercer el cargo de un condestable y mantener la paz de la nación, y en verdad que los negocios se hallaban en tal desorden por la furiosa animosidad de los partidos, que había llegado a ser un mal necesario la autoridad arbitraria de una sola persona para impedir que el pueblo volviese a caer en una sangrienta confusión. Los independientes eran un partido muy débil para poder formar un gobierno popular o para confiar a la nación, donde tenían muy poco crédito, la libre elección de sus representantes. Los presbiterianos habían adoptado las violentas máximas de la persecución, siempre incompatibles con la paz de la sociedad y mucho más con el celo feroz de aquellas numerosas sectas que reinaban en el pueblo. Los realistas estaban tan resentidos de los ultrajes que habían sufrido, que no era de esperar que los demás partidos dominantes se sometiesen a unos enemigos tan irritados, y que solo con la ejecución de las antiguas leyes tenían bastante para su venganza. Si Cromwell no hubiese cometido otro delito que aquella usurpación pasajera, bien podría excusársele a todas luces con el pretexto de la necesidad y del bien público.

Durante aquella variedad de insensatas y ridículas escenas que ofrecía el gobierno civil en Inglaterra, continuaba la guerra con tanto vigor como unanimidad sin que jamás se hubiese presentado la nación más terrible para los extranjeros. En las costas de Flandes encontró Tromp, yendo con una escuadra de cien velas a otra escuadra inglesa casi del mismo número, mandada por Monk y Deau, y a pesar de que las dos repúblicas no estaban animadas de ninguna antipatía nacional ni tenían intereses que disputar, poquísimas batallas ha habido en que se haya mostrado mayor valor y obstinación que en aquella multitud de combates que se sucedieron durante aquella corta y violenta guerra. El imperio de los mares era lo que estimulaba a la rivalidad a aquellos dos

estados, después de estar batiéndose dos días enteros, en el primero de los cuales fue muerto Deau, se vieron precisados los holandeses, siempre a causa de la inferioridad de sus buques, a retirarse a sus puertos con una notable pérdida. Al fin de la acción se reunió Blake con sus compatriotas con 18 velas, y así permaneció delante de la costa de Holanda interrumpiendo del todo el comercio de aquella república.

Los embajadores que tenía en Inglaterra le daban algunas esperanzas de paz, pero no pudieron conseguir la cesación de hostilidades, y los Estados Generales, resueltos a no sufrir por más tiempo el perjuicio y la vergüenza de un bloqueo, hicieron los últimos esfuerzos para reparar su honor. Jamás brillaron con más empeño su poder y vigor, pues en pocas semanas no solo restauraron su armada sino que habilitaron también algunos buques nuevos mayores que los que nunca había tenido su marina. Salió Tromp determinado a combatir con sus vencedores y resuelto a perecer o volver con la victoria; y habiéndose encontrado a la escuadra enemiga mandada por Monk el día 29 de Julio del año 1654, se prepararon los dos partidos a la batalla. Tromp, con la espada en la mano, animando a sus soldados, fue muerto de un balazo que le atravesó el corazón, lo cual fue el único motivo que decidió la jornada en favor de Monk. Perdieron los holandeses cerca de treinta navíos, cogidos unos y echados a pique otros, pero sintieron poco esta pérdida comparada con la de uno de sus más valientes almirantes.

### **Paz con Holanda.**

No por eso dejaban de continuarse las negociaciones para la paz pues los Estados arruinados con los gastos de la guerra, asustados con sus pérdidas y mortificados con sus derrotas, deseaban mucho acomodarse con un enemigo cuyas fuerzas habían probado tan a su costa. Rehusaron la oferta que les hizo el rey de servir a bordo de su escuadra, al mismo tiempo que le dieron gracias por un honor que podía enconar más la querrela con la república de Inglaterra. Se notó que el mayor obstáculo para la paz procedía, no de ninguna animosidad de los ingleses, sino al contrario del deseo demasiado vivo de una confederación más estrecha. Había hecho Cromwell revivir el quimérico sistema de una unión completa de gobierno, privilegios, intereses y consejos con las Provincias Unidas; pero pareció tan fantástico aquel sistema a los Estados, que se admiraron de oírle de una boca tan sensata, y rehusaron entrar en conferencia sobre una proposición que sólo podía servir para diferir el acomodamiento. Al fin se firmó la paz por Cromwell (15 de abril 1654) que ya se hallaba entonces revestido con la dignidad de Protector y probó que la guerra había sido contraria a todas las leyes de la política, supuesto que después de tantas victorias ninguna ventaja sacaba la Inglaterra del tratado. Hizose una liga defensiva entre las dos repúblicas y convinieron ambas en oponerse a los enemigos de la una o de la otra. Debíase castigar a los que habían tenido parte en la matanza de Amboina, si es que aun vivían algunos; se cedió el honor del pabellón a la Inglaterra; prometió la compañía holandesa de las Indias orientales la suma de 85.000 libras esterlinas a la compañía inglesa por indemnización de sus pérdidas y la cesión de la isla de Poleron en las mismas Indias.

Celoso Cromwell de las relaciones que veía existir entre la casa real y la de Orange, exigió por un artículo separado que nunca el joven príncipe ni ninguno de su familia sería elevado a la dignidad de *Stathonder*, y como la provincia de Holanda estaba muy prevenida contra esta dignidad, que creía peligrosa para la libertad, ratificó secretamente este artículo, y el Protector se contentó con esta seguridad porque sabía muy bien que las demás provincias no consentirían jamás en hacer semejante concesión.

Mucho peso dieron a la autoridad de Cromwell los sucesos de esta guerra y las condiciones tan razonables de la paz; y no dejó también de satisfacer mucho al pueblo de Londres un acto de justicia que ejerció por aquel mismo tiempo, por más que no deje de haber dudas de si se procedió con la debida regularidad en la sentencia. Don Pantaleón Sá, hermano del embajador de Portugal y



aun agregado a su comisión<sup>323</sup>, creyéndose insultado en una calle de Londres, se fue a la Bolsa acompañado de muchos criados suyos armados; por equivocación pegaron a un inglés, creyendo que era el ofensor, y después de matarle a estocadas, se refugiaron todos en el palacio del embajador, que no se dio por entendido de aquella fechoría tan indigna<sup>324</sup>. Reunido el populacho al rededor del palacio amenazaba reducirle a cenizas y Cromwell envió una guardia que se apoderó de los culpables: formóseles la correspondiente causa, y a pesar de las protestas del embajador, que alegó los privilegios de su misión, Don Pantaleón fue ajusticiado en Towerhill. No hay la menor duda de que aquí fueron violadas las leyes de las naciones; pero el delito del portugués era atroz, y aquella vigorosa ejecución que estaba tan de acuerdo con el carácter indomable de Cromwell mereció la aprobación de todo el reino y la admiración de las naciones extranjeras. Portugal tuvo que tragarse esta injuria por su situación, y el mismo embajador firmó poco tiempo después con el Protector un tratado de paz y alianza que fue muy ventajoso al gobierno inglés.

Otro acto de severidad ejerció el Protector casi al mismo tiempo contra Gerard y Vowell, dos realistas acusados de que habían atentado contra su vida. Se había formado para juzgarlos un tribunal expreso, atropellando según costumbre, las antiguas leyes, costumbre que nada podía justificar a los ojos de la nación: mas por lo que hace a los jurados todos permanecieron firmes y los hubieran absuelto, como habían hecho con Lingui y Lilburn, acusados de iguales ofensas, de modo que a no emplear otro método de convicción en un gobierno tan poco popular y tan ilegal, todos sus enemigos hubieran estado seguros de la impunidad.

### **Nuevo parlamento.**

Si el Protector tuvo alguna vez ocasión de observar cuánto desagradaba al pueblo su gobierno, fue ciertamente en la disposición del parlamento que convocó para el 3 de setiembre, aniversario de las dos célebres victorias de Dunbar y Worcester, y que él miró siempre como el día más feliz de su vida. Si hubiera de formarse juicio de las intenciones de Cromwell por la clase de instrumento que eligió para gobernar el estado, no sería fácil averiguar si había pensado seriamente en establecer una tiranía o una república. Por un lado parece que era del todo necesario en un imperio tan vasto un magistrado supremo que cuidase de su dignidad y reposo, mas con todo eso la autoridad que él se había tomado en calidad de Protector era muy inferior en algunos puntos a las prerrogativas que las leyes confiaban al rey. Por otro, la autoridad legislativa que él se reservaba en el consejo, estando a frente de un tan poderoso ejército independiente del parlamento, daba muchas sospechas de que no estaba dispuesto a reconocer una constitución civil y legal, pero fuesen sus intenciones las que se quieran, es lo cierto que el método que adoptó para la distribución y manejo de las elecciones era tan favorable a la libertad, que es muy difícil explicar esta contradicción. Privó del derecho de elección a todas las aldeas pequeñas por lo expuestas que se hallaban al influjo del crédito y de la corrupción. De 400 miembros que representaban a toda la nación, 270 eran elegidos por los condados, y los restantes por Londres y por las grandes comunidades, de modo que el bajo pueblo, tan propenso a dejarse corromper, quedó excluido de las elecciones. Se exigía para ser elector un capital de 200 libras esterlinas (20 mil reales) en propiedades; y así fue que las elecciones que se hicieron entonces fueron perfectamente libres, sin que se excluyese de ellas a otros que a los realistas que habían hecho armas contra el parlamento, y a sus hijos. No podía esperarse ni aun desearse por entonces una representación más de buena fe; la Escocia y la Irlanda enviaron treinta diputados cada una.

Sin embargo advirtió con asombro el Protector que todas aquellas precauciones, a pesar de no ser más que un velo para ocultar sus ambiciosas miras, no alcanzaron a ganarle la confianza del pueblo; mas antes su administración, aunque menos odiosa a cada partido que la que hubiera

323 Thurloe tomo II pág. 419.

324 Thurloe tomo I p. 616.

ejercido otro partido contrario, no satisfaría en la realidad a ninguno. Los realistas, que habían aprendido del rey joven a disfrazarse con la máscara de republicanos, encontraron en esta facción tal odio contra el Protector que no podían desearle enemigos más encarnizados. Propalaban con descaro que todo aquel aparato de libertad en las elecciones no era más que un nuevo artificio de aquel insigne impostor para adormecer a la nación y darse tiempo de remachar mejor las cadenas del pueblo. Llamaban la atención sobre que en aquel instrumento del estado no disimulaba la resolución en que estaba de conservar aquel mismo ejército que le había ayudado a subyugar el antiguo gobierno, y que aun estaría mejor dispuesto a obedecerle para destruir a la primera orden aquel nuevo sistema que había fingido establecer; que como no ignoraba el peligro e incertidumbre del gobierno militar, se esforzaba en mezclarle con algunas apariencias de administración civil, balanceando el influjo del ejército con una sombra de consentimiento del pueblo, que el ridículo ensayo que antes había hecho de un parlamento elegido por él mismo y con la prerrogativa perpetua de elegir sus sucesores, probaba muy a las claras que su ánimo no era otro que el de valerse de arbitrios pasajeros, que era enemigo del gobierno republicano y carecía de aquella madurez tan necesaria para el gran destino de legislador; que su carácter imperioso, de que había dado tantas pruebas, nunca podría someterse seriamente a las cortapisas legales; que no duraría aquella apariencia de gobierno popular más de lo que durase su capricho, y que la política mejor era precisarle a levantar la máscara, o bien para sujetarse del todo al parlamento que acababa de convocar, o bien para desechar abiertamente su autoridad y entregarse del todo a su fanático y sedicioso ejército.

En medio de todas estas ideas, la nueva cámara del parlamento, después de oída la arenga del Protector que duró tres horas mortales, y elegido por orador o presidente Lenthal, se dedicó inmediatamente a la discusión del llamado instrumento del estado y de la autoridad que Cromwell había tomado o aceptado de la nación en calidad de Protector. Se debatió sin miramiento el punto de aquella nueva dignidad y se analizó la conducta y hasta el carácter personal de Cromwell, sin que los oficiales y otros partidarios de la corte (pues ya se le daba este nombre) pudiesen obtener otra cosa que prolongar con interminables discursos y multitud de argumentos el curso del debate para que se suspendiese una discusión en que conocieron que la ventaja no estaba de su parte. Sorprendido el Protector y mortalmente ofendido de hallar semejante oposición en el parlamento, a pesar de que tantos motivos tenía de esperarla, mandó venir a todos los diputados a la sala pintada y les echó en cara su conducta con todo el aire de una autoridad ultrajada. Díjoles que no podía haber cosa más absurda que disputarle el título, supuesto que ellos no debían sus derechos ni su carácter de parlamento sino al acto mismo que a él le había conferido el protectorado; que muchos artículos de la nueva constitución debían considerarse como fundamentales y no podían ser contestados ni alterados; que en este número debía contarse el gobierno de la nación por medio de un solo jefe y un parlamento, su autoridad en el ejército y en la milicia, la sucesión de nuevos parlamentos y la libertad de conciencia; y que sobre estos puntos se le había reservado el derecho de negativa, a la cual confesaba que para todo lo demás no tenía derecho alguno.

Entonces se vio precisado a exigir una seguridad que hubiera hecho mejor en solicitar desde el primer día si hubiera previsto las disposiciones de la cámara, y fue la de sujetar a todos los diputados a que firmasen el reconocimiento de su autoridad, por el cual se obligaban a no proponer ni admitir nada contrario al establecimiento de la administración por medio de un solo jefe y un solo parlamento; y que los guardias que estaban a la puerta de la cámara no dejarían entrar en ella sino a los que hubiesen firmado. La mayor parte de los miembros, después de titubear un poco, se sometieron a aquella condición; pero no por eso renunciaron al espíritu de oposición, y le manifestaron en todos los debates. Hízose anatomía del instrumento de estado y se fue analizando cada artículo con la más escrupulosa minuciosidad: todas las ideas y racionios libres fueron aprobados por la cámara, y mientras duraron aquellas discusiones, no se envió *bill* alguno al Protector ni siquiera se le nombró para nada; de modo que habiendo recibido al mismo tiempo aviso

de una trama contra su vida que habían formado algunos diputados y oficiales descontentos, se dio prisa a disolver aquella peligrosa reunión (22 de enero 1655).

El instrumento sobre que había jurado no permitía que se disolviese ningún parlamento sin haber durado cinco meses; pero Cromwell pretendió que un mes no tenía más que 28 días según el cálculo admitido para el pago del ejército y armada, y según esta cuenta ya estaba cumplido el término, por lo cual recibió orden la cámara de reunirse en la casa del Protector, quien hizo una larga, confusa y desagradable arenga, después de la cual dijo que la disolvía. Si hubiéramos de juzgar de la capacidad de Cromwell por aquel discurso y aun por todas sus composiciones literarias ciertamente que no formaríamos una alta idea de ella; pero entre la infinita variedad de los ingenios humanos se encuentran algunos tan felizmente dotados que descubren con claridad y distinción el objeto con una sola mirada, por más que en sus discursos o sobre el papel no tengan para analizar sus partes aquella viva y luminosa idea que tuvieron al concebir el todo. Todos los testimonios que nos quedan de aquel hombre insigne están acordes en que Cromwell tenía una elocución cansada, oscura e ininteligible hasta en las ocasiones en que nadie le precisaba al disimulo, y en medio de eso no se sabe de nadie que haya tenido en tantos y tan difíciles incidentes como a él le ocurrieron rasgos más juiciosos y decisivos.

Aquella elección de una cámara de descontentos prueba que la nación lo estaba también, y una disolución tan agria y violenta no podía menos de aumentar el descontento general. Cuando aquellos diputados se volvieron a sus provincias, esparcieron por todas partes aquel mismo espíritu de oposición y motín que habían estado fomentando en su conferencias. Vane y los antiguos republicanos que habían sostenido la autoridad indisoluble del parlamento largo no cesaban de acalorar los ánimos murmurando contra la actual usurpación, aunque siempre con cierto disimulo para no llamar la atención de los comisarios del Protector: Wildman y algunos otros de su partido no se contentaron con eso, sino que hicieron varias tentativas contra la autoridad de Cromwell, al paso que los realistas, observando cuán general era la mala disposición contra el nuevo orden de cosas, se cansaron de sufrir el yugo y se figuraron que todos los que parecían tan descontentos como ellos habían abrazado las mismas inclinaciones e ideas; sin considerar que el antiguo partido parlamentario, por más disgustado que estuviese de Cromwell por haberle despojado de la autoridad, todavía se recelaba más del triunfo del partido realista, porque sobre tener para él los mismos inconvenientes, le amenazaba además con una severa venganza.

## Insurrección de los realistas.

Puestos de acuerdo con el rey, formaron los realistas una conspiración que se extendía a casi todas las provincias del reino y se señaló el día en que había de estallar; pero tuvo Cromwell conocimiento de ella por lo muy vigilante que era su administración, como que su secretario Thurloe tenía espías en todas partes, hasta en la misma familia real, donde había logrado introducirse Meauning, quien seguía con él una estrecha correspondencia. Por otra parte no era difícil penetrar un designio tan generalmente propagado por un partido que hacía más alarde de su valor y celo que de la sobriedad y del secreto. Fueron presos muchos realistas, y otros, amedrentados del peligro, se estuvieron quietos cuando se acercó el día de la empresa, de modo que no estalló la conspiración más que en un solo punto. Penruddock, Groves, Jones y otras personas de distinción del oeste de Inglaterra entraron en Salisbury al frente de 200 caballos (11 de marzo) precisamente cuando los *sheriffs* y los jueces estaban celebrando sus sesiones. Empezaron por prenderlos a todos y proclamaron al rey, pero se vieron engañados en la esperanza que habían tenido de que les apoyaría el pueblo, pues este se hallaba dominado por el terror del nuevo gobierno establecido. Por tanto, después de recorrer inútilmente los lugares circunvecinos, se desanimaron enteramente y bastaron algunas compañías de caballería para desbaratarlos. Todos los jefes de la conspiración fueron condenados al último suplicio y los restantes vendidos como esclavos y trasportados a las Barbados.

La facilidad con que se había calmado una sublevación cuya osadía había causado terror general en el reino fue una gran dicha para el Protector, quien no hubiera podido sin riesgo destacar una parte considerable de su sedicioso ejército para hacer frente a los rebeldes. Así fue que la miró como un suceso afortunado por cuanto le servía de prueba de la realidad de las conspiraciones, que sus enemigos no cesaban de pintar como meras fábulas inventadas para solapar sus tiránicas crueldades. Desde entonces resolvió no guardar consideración alguna con los realistas, sin embargo de que tal vez no eran sus más implacables enemigos, pero sí los que él podía oprimir con apariencias más plausibles, y los que menos protección y favor había de encontrar en sus apasionados. Con dictamen de su consejo impuso al partido entero una contribución de la décima parte de sus bienes para que costearan, según él decía, los gastos a que continuamente exponían al público sus disposiciones hostiles. Así, sin tener en cuenta las pasadas concordias celebradas, ni los artículos de la capitulación, ni las amnistías, todos los realistas se vieron precisados, después de tantos gastos y padecimientos, a rescatar sus bienes a costa de sumas cuantiosas, con lo que muchos de ellos quedaron reducidos a una pobreza extremada. Los que pasaban por desafectos o en quienes recaía la menor sospecha se veían expuestos a aquella exacción tiránica sin prueba alguna y sin ninguna forma de justicia.

Para realizar un impuesto tan opresor instituyó el Protector diez *mayores-generales*<sup>325</sup> dividiendo el reino en otras tantas jurisdicciones militares; y estos diez oficiales, asistidos por comisarios, tenían facultad para mandar ejecutar el edicto del diezmo, cobrar todas las multas impuestas por el Protector y su consejo y llevar a la cárcel a cuantos les inspirasen desconfianza o sospechas. Ninguna apelación se admitía de aquellos tribunales sino al Protector mismo; y como unas comisiones tan latas autorizaban a los mayores generales para ejercer otras violencias aun más arbitrarias, dispusieron a su antojo de los bienes y de las personas. De esto infirieron los observadores sensatos de todos los partidos que ya se había quitado la máscara y que la nación estaba sujeta para siempre al gobierno militar y despótico, no bajo la forma legal usada en otras naciones de Europa sino a la manera oriental. No solamente el magistrado supremo debía su autoridad a la fuerza y a la usurpación, sino que había repartido el pueblo en subdivisiones o manadas de esclavos, y delegado en sus ministros inferiores el mismo exceso de poder que había usurpado para sí mismo.

---

325 Thurloe tomo IV p. 88. Otros muchos historiadores cuentan once, y Dugdale y Bates catorce.

## Estado de Europa.

Un gobierno puramente militar y despótico nunca dura mucho tiempo sin caer en languidez e impotencia; pero cuando emana inmediatamente de una constitución legal puede parecer muy activo y vigoroso a las potencias extranjeras, como que emplea con más unanimidad las fuerzas, el espíritu y las riquezas adquiridas bajo otra forma mejor. Esta reflexión nos conduce después de un intervalo tan largo a tender la vista sobre el estado general de Europa, para observar las medidas que tomó Inglaterra por aquellos tiempos en sus negociaciones con los príncipes vecinos. El carácter moderado y genio poco guerrero de los dos últimos monarcas, junto con las graves dificultades de su administración doméstica y la seguridad con que vivían respecto de los extranjeros, les habían hecho descuidar demasiado los negocios del continente; y la Inglaterra se había visto como olvidada, durante aquellos dos reinados, en el sistema general de Europa; pero el carácter inquieto y osado del Protector le hizo extender sus alianzas, y sus empresas a todas las comarcas del mundo cristiano; y fuese por el ascendiente de su genio, o por la situación en que se hallaban los reinos extranjeros, lo cierto es que nunca se hizo sentir tanto el peso de la nación inglesa, aun bajo los príncipes más valientes y justos, como durante aquella ilegítima y violenta usurpación.

Acababa de terminar en Alemania<sup>326</sup> una guerra de treinta años, la más célebre y acaso la más furiosa de cuantas han ensangrentado la historia moderna; el tratado de Westfalia había compuesto por fin aquellas fatales contiendas que el precipitado ardor del palatino en aceptar la corona de Bohemia había excitado en una gran parte de Europa. Su hijo se hallaba restablecido en una parte de sus dignidades y dominios, y se habían fijado sólidamente los derechos, privilegios y autoridad de diferentes miembros del cuerpo Germánico. Los príncipes particulares y los estados libres se habían visto obligados a reconocer leyes; y tanto por el valor del heroico Gustavo, como por las empresas del activo Richelieu y las arterias del artificioso Mazarino se veía realizado, después de infinita efusión de sangre y de tesoros, lo que se había esperado inútilmente de los débiles esfuerzos del pacífico Jacobo, ayudado con los avaros subsidios de su celoso parlamento.

La Suecia, a quien las conquistas habían añadido extensos dominios en el norte de Alemania, estaba empeñada en grandes empresas que le prometían, mediante la fortuna y su valor, otras adquisiciones más vastas hacia la Polonia y la Dinamarca. Estimulado Carlos X (que acababa de subir al trono por la voluntaria abdicación de Cristina) por la reputación de Gustavo y por su propia afición a la gloria, llevó sus armas victoriosas al sur del mar Báltico y ganó la famosa batalla de Varsovia, que le fue disputada tres días con furiosa obstinación. El Protector, a cuya alianza aspiraban todas las potencias de Europa, solicitó con empeño la de la Suecia; y ansiando por entrar en liga con una corona protestante tan afamada, cerró los ojos sobre el peligro de todo el norte a quien aquella amenazaba con una pronta conquista.

De muy distinta naturaleza y mucho más complicadas fueron las transacciones del parlamento y del Protector con la Francia; porque a los principios de los primeros alborotos de Escocia, los emisarios del cardenal de Richelieu fueron los que soplaron las llamas de la revuelta; pero cuando ya se propagó el incendio, observando la Francia que por sí mismo tenía sobrados combustibles, no creyó necesario continuar estimulando a los escoceses contra su soberano. Por el contrario, les ofreció su mediación para calmar los desórdenes intestinos, y sus embajadores afectaron por decoro obrar de concierto con Carlos I y seguir la dirección de un príncipe a quien estaba ligado el rey su amo con vínculos tan estrechos. Entretanto murió Richelieu, y poco tiempo después falleció también Luis XIII, dejando un hijo de cuatro años y a su mujer Ana de Austria por regente del reino. Habiendo sucedido Mazarino a Richelieu, se vio que a pesar de la diferencia de sus dos caracteres, dominaba el mismo plan de administración y el mismo espíritu en los consejos de la Francia. Con igual empeño y fortuna continuó el nuevo ministro el ensalzamiento de la autoridad real y el abatimiento de la casa de Austria, aumentándose cada año la fuerza y extensión de la monarquía francesa. No sólo consiguieron victorias sus ejércitos y tomaron ciudades y fortalezas, sino que

perfeccionándose por grados el genio de la nación, llegó a hacerse más constante su sumisión a las leyes y adquirió mayor firmeza en sus empresas. Entonces se formaron un Condé, un Turena; y las tropas, animadas por su propio valor y guiadas por la disciplina de sus jefes, fueron adquiriendo de día en día mayor ascendiente sobre los españoles. Verdad es que algunos amaños de corte y algunos disgustos de los tribunales de judicatura que los franceses llaman parlamentos, excitaron de pronto algunas conmociones intestinas, que volvieron a introducir la confusión; pero no tenían aquellas revueltas francesas la nobleza del espíritu de libertad, ni estaban manchadas tampoco con las extravagancias fanáticas con que se señalaron las guerras civiles de Inglaterra: por eso costaron poca sangre y no hicieron una impresión profunda en los ánimos del pueblo. Aunque los descontentos estaban sostenidos por las fuerzas de España y conducidos por el heroico Condé, no tardaron en ser expelidos y subyugados; y la monarquía francesa sin haber perdido mucho de sus conquistas prosiguió con nuevo vigor la adquisición de nuevos dominios.

La reina de Inglaterra y su hijo Carlos habían pasado durante aquellas revueltas la mayor parte del tiempo en París, y a pesar de su inmediato parentesco con la corte se les había hecho muy poco caso y por de contado no se les dio el más leve socorro. Por más afecto que la reina regente tuviese al príncipe inglés, no podía permitirle el desorden de sus propios negocios satisfacer en mucho tiempo sus buenas inclinaciones, y así solo se concedió una modesta pensión a la reina madre de Inglaterra, pero tan mal pagada que no teniendo ya recursos en su propio crédito, dijo un día al cardenal de Retz, que había ido a visitarla por la mañana, que su hija la princesa Enriqueta se había visto precisada a quedarse en la cama por no haber leña con que encender un poco de lumbre<sup>327</sup>. ¡A tal estado se veía reducida una reina de Inglaterra, hija de Enrique IV, en el mismo París!

Sin embargo, el parlamento inglés, luego que se apoderó de la soberanía, se resintió de que la corte de Francia hubiese dado acogida, por fría que fuese, a su desgraciado monarca, y bajo pretexto de algunas injurias de que se quejaron unos mercaderes, expidió patentes de represalias contra los franceses, llevando Blake la venganza hasta acometer a una escuadra entera que llevaba municiones a Durkerque, plaza sitiada entonces estrechamente por los españoles. Privada la ciudad de aquel socorro que aguardaba, cayó en poder del enemigo, por lo cual se vio precisada la corte de Francia a mudar algún tanto de conducta, tratando a Carlos con cierta afectación de indiferencia que le obligó a retirarse por su propio decoro y por evitar a los franceses la confusión de tener que intimársele expresamente. Tomó el camino de Spá; de allí pasó a Colonia, donde permaneció dos años viviendo de una pensión de 6.000 libras esterlinas que le pagaban el monarca francés y de algunas colectas que le enviaban sus amigos de Inglaterra. No dejó de manifestar afición al orden y economía en su manejo doméstico, y la amenidad y alegría de su carácter le compensaban ventajosamente del imperio que le habían arrebatado sus enemigos. Sus principales amigos y confidentes fueron sir Eduardo Huyde, a quien creó lord canciller, y el marqués de Ormond.

Si el ministerio francés había guardado consideraciones al parlamento de Inglaterra, mucho mayores creyó deber manifestárselas al Protector luego que le vio empuñar las riendas del gobierno. El cardenal Mazarino, que lo mandaba todo y que había sabido, a pesar de ser extranjero, reducir todo el reino a su obediencia, era artificioso y vigilante, astuto y paciente, falso y versado en todo linaje de arterías, más aficionado a triunfar con la maña que con la fuerza, y más atento al logro de sus proyectos que escrupuloso en los medios con que los conseguía. Tomó Cromwell sobre él una especie de ascendiente más bien por su carácter imperioso que por la ventaja de su situación; y cada proposición del Protector, por irregular que fuese y por más altivo que fuese el tono con que la hacía, era admitida con admirable complacencia por el tímido y político cardenal. Envió este a Mr. Bordeaux en calidad de ministro a Londres, y prodigó toda clase de respetos a aquel atrevido usurpador que había manchado sus manos en la sangre de un rey tan íntimo aliado de la corona de Francia. Fue ciertamente infatigable la paciencia de Bordeaux en aquella negociación, que Cromwell parecía descuidar enteramente; y aunque los armadores ingleses continuaban haciendo

---

327 Memorias del cardenal de Retz.

estragos en las costas y contra el comercio de Francia, Mazarino digería todas aquellas indignidades con la esperanza de una feliz terminación<sup>328</sup>.

La corte de España, que aun estaba menos enlazada con la infeliz familia real inglesa y en una situación más embarazosa que la de Francia, se apresuró mucho más a reconocer al parlamento y al venturoso Protector. El primer ministro público que reconoció a la nueva república fue D. Alonso de Cárdenas, plenipotenciario español, y en cambio pasó a Madrid Ascham en representación del parlamento. No bien hubo llegado a la corte cuando algunos realistas desterrados, ciegos con aquel odio que animaba a las facciones inglesas, penetraron en su habitación y le asesinaron a él y a su secretario, en seguida fueron a refugiarse a las iglesias, y como en todas partes encontraba favor la causa realista, se les facilitó a todos la fuga. Sólo uno de los culpables fue castigado de muerte y el parlamento pareció darse por satisfecho con esta reparación.

Trabajada entonces España por poderosos enemigos en todas partes y destrozada también con sus divisiones domésticas, no conservaba ya de su antigua grandeza sino el orgullo de sus pretensiones y el odio de sus vecinos. El Portugal se había rebelado y había constituido monarquía aparte en la casa de Braganza; la Cataluña, quejosa de la violación de sus privilegios, se había entregado voluntariamente a la Francia; Nápoles estaba conmovido con inauditas convulsiones, y los Países Bajos, atacados por fuerzas superiores, parecían dispuestos a cambiar de dueño. Aquella infantería española tan formidable en otro tiempo, había quedado aniquilada por Condé en los campos de Rocroy; y aunque este mismo príncipe, desterrado después de Francia, sostuvo con su actividad y valor la vacilante fortuna de la España, lo más que podía prometerse era retardar la ruina de que visiblemente estaba amenazada aquella monarquía.

Si Cromwell hubiera comprendido y buscado seriamente los intereses de su nación debería haberse esforzado por sostener a España en su decadencia y mantener aquel equilibrio entre las dos coronas de que parecía depender la grandeza y seguridad de Inglaterra; no buscando más que su propio interés, hubiera puesto el mayor cuidado en conservar una estricta neutralidad entre aquellas dos grandes monarquías, y sobre todo se hubiera guardado de aventurar un poder tan mal adquirido y tan mal asentado como el suyo, atrayéndose enemigos extraños que podían fortificar las facciones domésticas y trastornar el frágil edificio de su grandeza; pero su propio valor le ocultó el peligro; así como su natural actividad y su deseo de gloria le impedían gastar un momento de reposo; y como la política de los hombres más grandes se ofusca y cede ante sus naturales inclinaciones, apenas se vio en paz con la Holanda cuando se echó a pensar hacia qué lado llevaría sus armas.

---

328 Thurloe tomo III p. 103, 619 y 655. En aquel tratado, que se firmó después de prolijas negociaciones se puso el nombre del Protector antes que el del rey, a lo menos en la copia que quedó en Inglaterra. Thurloe tom VI p. 16, y tom. VII p. 178.

## Guerra con España.

No era posible que dejase de tentar la ambición del Protector los vastos dominios de España y su extrema debilidad en las Indias occidentales, así como el vigor y extensión de las fuerzas marítimas de Inglaterra para aspirar a dar un entero lustre a su usurpado imperio con alguna conquista útil. Ya que no pudiese hacer adquisiciones durables, contaba a lo menos con que los tesoros de las Indias a su paso anual desde América a España serían presa segura de las escuadras inglesas y le servirían para sus operaciones militares sin necesidad de imponer nuevas cargas a un pueblo descontento. Por lo que hace a los franceses contaba con mayor resistencia y no había esperanza de conquista ni de motín, antes los progresos de sus esfuerzos, aun suponiendo que alcanzase algunos, debían ser lentos y por grados, de suerte que aun cuando fuesen más efectivas las ventajas, nunca podían fascinar tanto al ignorante pueblo que es a quien él tenía interés en seducir. La familia real, aliada con la de Francia, podía recibir poderosos auxilios de un reino tan inmediato, y según todas las apariencias un ejército de protestantes franceses que desembarcase en Inglaterra no dejaría de reunir las facciones más opuestas contra la presente usurpación<sup>329</sup>.

Verdad es que estos motivos de política estaban verosímilmente fortificados con sus prevenciones fanáticas, porque jamás se ha visto un alma en que hubiese más extraña mescolanza de luz y de obscuridad. Él había contraído la alianza sueca aunque muy opuesta a los intereses de Inglaterra sólo por celo de la religión protestante<sup>330</sup>, y como la Suecia tenía relaciones muy estrechas con la Francia, no le era posible mantener un tratado, de que él se gloriaba mucho, en la hipótesis de un rompimiento de la Inglaterra con esta última corona<sup>331</sup>. Esperaba también que los hugonotes serían mejor tratados mientras que él estuviese en buena inteligencia con su soberano<sup>332</sup>, y como la superstición reinaba mucho más en España que en Francia, y los españoles eran mucho más detestados de los puritanos<sup>333</sup>, por haber erigido el sangriento tribunal de la inquisición sin querer modificar ninguno de sus rigores a pesar de las instancias de Cromwell<sup>334</sup>, esperaba que una guerra santa y meritoria contra aquellos profanos idólatras sería infaliblemente protegida por el cielo<sup>335</sup>. Un ministro, a quien él creyó inspirado del espíritu profético, le dijo públicamente en un sermón: «Parte y sé feliz»; añadiendo que «Cromwell era una piedra cortada en la montaña sin auxilio de manos de hombres para abatir el orgullo español, hacer polvo del Anticristo y abrir en el mundo entero los caminos a la pureza del Evangelio.»

De este modo, dominado simultáneamente el Protector por la ambición, el interés y la hipocresía, mandó armar dos poderosas escuadras, y mientras se ocupaban en los preparativos, todas las naciones vecinas, que ignoraban sus intenciones, estuvieron suspensas observando con suma inquietud hacia qué lado caería la tempestad. Una de estas escuadras compuesta de treinta naves fue dirigida al Mediterráneo al mando de Blake cuya reputación era ya europea; desde el tiempo de las cruzadas no se habían visto escuadras inglesas por aquellos mares, y no había a la sazón de un extremo a otro fuerza alguna marítima ni cristiana ni mahometana que le pudiera resistir. El pontífice romano, cuya debilidad y orgullo parece que brindaban a atacarle, temió las invasiones de una potencia que abrigaba contra él un odio inveterado y cuyos movimientos no estaban dirigidos por motivos ordinarios de interés y de prudencia. Habiendo echado Blake el ancla delante de Liorna, pidió y obtuvo satisfacción del gran duque por algunos daños que este príncipe

329 Negociaciones con Francia y España por Thurloe tom. I, p. 759.

330 Propuso el rey de Suecia una liga general de todos los protestantes, Whiteloke p. 220. Thurloe tom. VII p. 1. Y para formar juicio de sus máximas políticas con los extranjeros, véase a Thurloe tom. IV p. 295, 343 y 443, y tomo VII p. 174.

331 Thurloe tom. I, p.759.

332 Id. id.

333 Id. Habiendo dicho Cárdenas que el comercio de las Indias y la Inquisición eran los dos ojos de su amo, respondió el Protector que era menester arrancárselos ambos a un tiempo.

334 Carlington p. 191.

335 Bates.



había causado al comercio inglés. Desde allí dio vela hacia Argel y obligó al dey no solo a rendir las armas sino a prometer para lo sucesivo que respetaría los buques ingleses. Se presentó delante de Túnez y habiendo expuesto las mismas demandas, le respondió el dey que echase una mirada sobre los castillos de Porto-Farino y la Goleta los cuales desafiaban sus esfuerzos. No necesitaba Blake aquella provocación para acercar sucesivamente su escuadra a las dos fortalezas, que arruinó con su artillería, mientras que un fuerte destacamento de sus tropas, que envió al mismo puerto en barcas quemó todas las naves que estaban refugiadas en él. Es de advertir que una acción tan atrevida, de que sólo podía salirse bien a fuerza de temeridad, costó muy poca pérdida y llenó aquella parte del mundo con la fama del valor inglés.

Se dice que Blake fue el primero que enseñó a los marinos a menospreciar las fortalezas terrestres, y que curándolos de aquella preocupación esparció más fácilmente el terror de sus expediciones navales. Los que entonces servían de defensa a la entrada de los puertos estaban ordinariamente contruidos a la orilla del agua, y cuando eran de cierta altura, sus balas pasaban infaliblemente por encima de los buques, y no tardaban en ser derribados por el fuego superior de una buena escuadra; y si eran más bajos, la mosquetería de la gente de mar hacia imposible su defensa. Hoy los castillos están a cierta distancia de la ribera y casi al nivel de las olas, lo cual hace que las empresas que antes eran muy seguras y fáciles sean hoy aventuradas e imprudentes.

### **Conquista de la Jamaica.**

No fue tan feliz la segunda escuadra al mando de Pen con 4.000 hombres de desembarco a las órdenes de Venables, a la cual se reunieron otros 5.000 soldados que se sacaron de las Barbados y de San Cristóbal. Estos dos generales eran ambos adictos a la causa del rey<sup>336</sup>; y se asegura que Cromwell se vio precisado a apresurar el embarque de las tropas temiendo una conspiración<sup>337</sup> acerca de la cual no tenemos noticias seguras. Se atribuye el mal éxito de aquella empresa, no solamente a la mala conducta de los oficiales, sino también al mal plan que había concebido el Protector. Los soldados eran la hez del ejército y los que sacaron de las islas eran la hez de la humanidad;<sup>338</sup> el almirante y el general no podían sufrirse uno a otro, y hasta las armas que llevaban las tropas eran poco convenientes para la expedición, y malísimas las provisiones en calidad y cantidad. Se había quitado a los soldados toda esperanza de saqueo, que es el único estímulo para esa especie de gentes, y los oficiales carecían de la menor dirección e inteligencia para conducirse en semejante empresa; como que se les había mandado, entre otras cosas, que siguiesen el parecer de algunos comisarios, que sólo sirvieron para desconcertar todos sus proyectos<sup>339</sup>.

Se había convenido en hacer una tentativa contra la ciudad de Santo Domingo, única plaza fuerte de la isla Española, y cuando se acercó la escuadra inglesa (13 de abril) los españoles atemorizados abandonaron sus casas y se retiraron a los montes. A pesar del dictamen de Venables, desembarcaron los soldados sin guías a dos leguas de la ciudad y anduvieron errantes cuatro días sin provisiones y, lo peor de todo en un país tan cálido sin agua. Recobraron ánimo los españoles y les atacaron, de modo que aterrado el inglés por el hambre, la sed y el cansancio, no tuvo resolución para defenderse. Un reducido número de enemigos bastó para derrotar a todo el ejército, del que murieron 6.000 hombres, y para obligar a los demás a reembarcarse.

La escuadra para reparar, si era posible, una tentativa tan vergonzosa se tornó hacia la Jamaica, que se rindió sin defensa, con lo cual Pen y Venables se volvieron a Inglaterra; y Cromwell, a pesar de que sabía disimular su mal humor, se encolerizó de suerte contra ellos, que los mandó llevar a ambos a la Torre. Había hecho una conquista mayor de lo que él pensaba, pero

---

336 Clarendon.

337 Vida del duque de Berwick, pág. 124.

338 La mayor parte eran piratas.

339 Thurloe, tomo III, p. 505.

siempre inferior a los vastos proyectos que tenía formados; mas sin embargo la mandó poner en estado de defensa, y la principal gloria de esta adquisición, que después ha sido perpetua para la Inglaterra, se debe al espíritu emprendedor del Protector.

1656.—Luego que se extendió por Europa la noticia de aquella patente violación del tratado, declararon los españoles la guerra a los ingleses y embargaron en todas partes sus buques y mercancías: se aniquiló el comercio con España, de que la Inglaterra sacaba tanta utilidad y por un cálculo seguro, perdió ésta en pocos años más de 1.500 barcos<sup>340</sup>. Se dio orden a Blake para prepararse a nuevas hostilidades contra los españoles, auxiliado por Montague; pero muchos oficiales poco convencidos de la justicia de aquella guerra, devolvieron sus patentes y tomaron el partido de retirarse<sup>341</sup>, creyendo que no bastaba la voluntad de sus superiores para justificar una empresa tan contraria a todos los principios de la equidad, y que no tenía derecho para ordenarla el magistrado civil, porque decían: «Cuando los particulares renuncian en favor del público su libertad natural, no pueden darle sino lo que tienen, esto es, el derecho de hacer cosas legítimas, mas no la autoridad de mandar lo que es contrario a los decretos del cielo.» Por más racionales que sean en la apariencia estas máximas, y aunque tal vez sean las más inocentes y honrosas en su especie, traspasan los límites de la perfección humana y deben pasar por efecto de aquel espíritu medio fanático medio republicano que reinaba entonces en Inglaterra.

### **Victorias y muerte del almirante Blake.**

Pasó Blake algún tiempo delante de Cádiz con la esperanza de robar los galeones españoles; pero habiéndose visto precisado por falta de agua a dar la vela hacia Portugal, el capitán Stayner, a quien había dejado en la costa de España con una escuadra de seis naves, vio llegar la flota que traía el dinero y no dudó un momento en atacarla (setiembre). El almirante español se arrojó a encallar cuyo ejemplo siguieron otros dos buques; pero los ingleses cogieron otros dos, evaluados en cerca de dos millones de duros; otros dos fueron incendiados y en uno de ellos se abrasó el marqués de Badajoz, virrey del Perú, con su mujer y su hija que estaba ya desposada con el primogénito del duque de Medinaceli. El marqués hubiera podido salvarse, pero viendo a aquellas dos mujeres caer desmayadas a vista del peligro, y que iban a perecer sin socorro, prefirió morir al lado de lo que más amaba a conservar una vida que no podía menos de ser para él muy amarga con el continuo recuerdo de una escena tan desastrosa<sup>342</sup>. Estos sucesos que tanto enternecen a los corazones sensibles, sólo ofrecen motivos de triunfo y gozo en el bárbaro comercio de la guerra. Cuando aquellos despojos llegaron a Portsmouth, mandó el Protector por ostentación que se trasladasen por tierra a Londres.

La segunda expedición de Blake fue más gloriosa aunque menos útil para la nación inglesa; porque sabiendo aquel almirante que otra flota española de diez y seis naves, mucho más rica que la primera, se había puesto a cubierto en las Canarias, dio inmediatamente la vela para aquellas islas, y la encontró en la bahía de Santa Cruz que está defendida por un castillo bien fortificado y con siete reductos distribuidos en diferentes sitios, ligados por una línea de comunicación guarnecida de mosqueteros. Don Diego Idiáquez, almirante español, había mandado aferrar todos sus buques pequeños en la ribera y apostado los grandes al frente con todas sus áncoras, dando el costado al mar. Blake, en lugar de amedrentarse con aquella formidable disposición, se animó mucho más, y como si los vientos ayudasen a su valor, no tardaron en empujarle hasta ponerle en un momento en medio de sus enemigos. Después de una resistencia de cuatro horas se vieron precisados los españoles a abandonar las naves que se incendiaron y fueron consumidas con todos sus tesoros. Todavía restaba el mayor peligro para los ingleses, porque encontrándose entre los fuegos del

340 Thurloe, tomo IV pág. 570.

341 Thurloe, tomo IV pág. 580.

342 Id, tom. V, p. 423.

castillo y los de todas las fortalezas parecía que debían destruirlos sin remedio; pero habiendo cambiado de repente el tiempo, los sacó fuera de bahía y dejó a los españoles asombrados de tan afortunada temeridad.

Esta acción fue la más brillante, pero también la última del célebre Blake, porque una hidropesía y el escorbuto de que estaba atacado le hicieron precipitar su vuelta a Inglaterra para dar el postrer suspiro en su patria a quien había amado con tanta pasión y servido con tanto valor: en efecto, expiró a la vista de las costas<sup>343</sup>, pudiendo decirse que jamás un hombre tan celoso por su partido supo conservar mejor el respeto y estimación de las acciones opuestas. Era republicano inflexible por principios, y aunque tanta parte tuvo en la confianza y mercedes del Protector, todo el mundo creía que no eran de su aprobación sus últimas usurpaciones, pues decía a sus marinos: «Es obligación nuestra combatir por nuestra patria sean cuales fueren las manos en que se halle su gobierno.» Desinteresado, generoso y liberal, nunca tuvo otra ambición que la de la verdadera gloria, y su valor nunca fue terrible sino a sus enemigos declarados. Tenía aquellos errores comunes a tantos otros, pero sus virtudes le eran peculiares: así el Protector le mandó hacer unas exequias pomposas a costa del público; pero las lágrimas de sus compatriotas fueron su más honroso panegírico.

### **Administración de Cromwell.**

Por más imprudente e impolítica que fuese la conducta del Protector en los negocios extranjeros, no puede negarse que fue intrépida y firme y que valió a su patria una consideración que había perdido enteramente desde el reinado de Isabel. Todo el cuidado de aquel feliz usurpador se concentraba en esparcir la gloria del nombre inglés, y mientras que asombraba al universo con los extraordinarios progresos de su fortuna, parecía ennoblecer más bien que envilecer al pueblo que tenía subyugado. Se gloriaba de hacer que el nombre inglés fuese tan temido y respetado como nunca lo había sido el de Roma, y sus compatriotas, viendo que había algo de cierto en aquella pretensión, tenía el suficiente orgullo nacional para hacerles soportar con paciencia las indignidades y demás males que pesaban sobre ellos.

Debe confesarse también que en la administración civil y doméstica mostraba el Protector tanta consideración a la justicia y tanta propensión a la clemencia, cuanta podía esperarse de un usurpador cuya autoridad no procedía de ninguna ley ni estaba fundada más que en la fuerza de las armas. Todas las principales plazas de los tribunales estaban desempeñadas por personas de la mayor integridad; y en medio de toda la violencia de las facciones, nunca dejaron de ser rectos e imparciales los decretos de los jueces; y esto no solo con respecto a todos los súbditos de Inglaterra, sino también respecto de él mismo, excepto en los casos en que lo exigía la necesidad, cuya ley fue siempre la primera regla de su conducta y resolución. Verdad es que Vane y Lilburn, cuyo crédito recelaba entre los republicanos, estuvieron algún tiempo encerrados en una prisión; que Cony, que rehusaba pagar las contribuciones señaladas por la ley, se vio precisado a fuerza de amenazas a desistir de su obstinación; que se erigieron tribunales especiales para formar causa a los que se habían comprometido en alguna sublevación o conspiración contra la persona del Protector y no podían confiarse a la lentitud de la justicia ordinaria; pero estas irregularidades pasaban como una consecuencia inevitable de la usurpación, y aunque muchas veces le instaron sus oficiales a que hiciese una matanza general de los realistas, siempre desechó con horror sus sanguinarios consejos<sup>344</sup>.

La única base de su poder era el ejército, y todo el arte y delicadeza de su administración consistían en tenerle propicio: los soldados se mantenían en exacta disciplina, con lo cual se los acostumbraba por una parte a la obediencia y por otra se les hacia menos odiosos al pueblo. Se les

343 20 de abril, 1657.

344 Clarendon, Vida del duque de Berwick.

aumentó la paga, aunque por las urgentes necesidades públicas solía estar retrasada algunas veces; pero el último soldado conocía que sus intereses estaban íntimamente unidos a los de su general, y la disposición del ejército era cierto respeto mezclado de afecto que él sabía fomentar con destreza y que se aumentaba con el buen éxito de todas sus empresas; pero todo gobierno militar es dependiente sobre todo cuando está en oposición con los establecimientos civiles y mucho más todavía cuando hay que tener cuenta con preocupaciones religiosas. Aquel valor fanático que Cromwell había promovido en sus soldados, había llegado a seducirlos y entusiasmarlos hasta hacerles abrazar resoluciones que les habrían repugnado mucho proponiéndoselas bajo cualquier otro aspecto; pero por lo mismo eran mucho más difíciles de gobernar y más terribles sus caprichos aun para aquella misma mano que los dirigía. Después de haber oído repetir tan a menudo que el oficio de rey era una usurpación del de Jesucristo, natural era que sospechasen que el de Protector no era tampoco compatible con aquella divina autoridad. Aunque Harrison había sido elevado por Cromwell a los más altos empleos y gozaba de toda su confianza, vino a ser su más mortal enemigo luego que le vio revestido de la autoridad contra la cual había hecho unas protestas tan violentas. De los mismos principios estaban penetrados Overton, Rich y Okey, oficiales de primera orden; y el Protector se vio obligado a retirarles sus comisiones, con lo que quedó aniquilado todo aquel ilimitado influjo que tenían con la tropa.

El medio más poderoso que discurrió Cromwell para enfrenar aquel espíritu entusiasta y sedicioso de las tropas fue formar una especie de milicia en todos los condados, y así estableció compañías de infantería y caballería con paga arreglada, en las que puso oficiales de su elección para que no sólo contuviesen los amotinamientos de los realistas sino también las sublevaciones del ejército.

Nunca la religión es un objeto de poca importancia en un gobierno civil, pero en aquellos tiempos debía mirarse como el más poderoso resorte de la nación inglesa. Aunque el mismo Cromwell estaba entregado a los caprichos más frenéticos, se manejó sobre ella con tanta prudencia y política que pudo contener los movimientos en los demás. Como estaba resuelto a sostener una iglesia nacional, pero sin la prelatura ni el presbiteriado, estableció gran número de comisionados con el título de *Tryers* o *Ensayadores*, en parte legos y en parte del clero, independientes los unos y presbiterianos los otros. Estos *Tryers* debían hacer la presentación de todos los beneficios que antes eran de nombramiento real, examinar y admitir a los que se destinaban a las órdenes sagradas, y ejercer la inspiración sobre la doctrina y conducta de todo el clero. En lugar de favorecer aquella unión de la teología y de las ciencias humanas que al cabo de tanto tiempo se mantenía en Europa, no debían los *Tryers* ocuparse más que en mantener los principios de la religión y asegurar su pureza: así es que a los candidatos no se les preguntaba una palabra acerca de las cuestiones relativas a la erudición griega y romana; ni de conocimiento alguno de las artes y ciencias profanas; sino que el objeto de su examen se reducía a averiguar *sus progresos en la gracia* y a fijar el momento crítico de su conversión.

Mostrábase Cromwell muy familiar con los supuestos *santos* de todas las denominaciones, afectando dejar a un lado el carácter de Protector que en las demás ocasiones sabía sostener tan bien: les insinuaba que sólo la necesidad había podido obligarle a aceptarle, y les hablaba el lenguaje espiritual suspirando, llorando, predicando y orando: hasta entraba con ellos en una cierta emulación de los dones celestiales, y aquellas almas purificadas, lejos de afligirse de que las sobrepusese en sus propios ejercicios, se envanecían de ver a su señor ennoblecer con su ilustre ejemplo unas prácticas de que ellos hacían su única ocupación.

Si alguna preferencia se puede suponer en Cromwell hacia alguna forma de religión, era ciertamente hacia la de los independientes, porque en efecto tenía por adictos suyos a todos los ministros de aquella secta que no profesaban una pasión invencible a la libertad civil. Los presbiterianos, a quienes él había salvado del fanatismo de los anabaptistas y de los milenarios, y que continuaban gozando de sus beneficios y de los diezmos, no repugnaban tampoco su administración; aunque él desconfiaba mucho de la inquieta ambición de que estaban dominados.

Concedía plena libertad de conciencia a todo el que no fuese católico o partidario de la prelatura, y como esta conducta le granjeaba el afecto de todos los sectarios, estos mismos le servían para sujetar al presbiterianismo. Muchas veces se le oía decir: «Yo soy el único que ha encontrado medio de subyugar a esa insolente secta, que a nadie puede sufrir sino a sí misma.»

Mucho satisfizo a los presbiterianos e independientes el celo y altivez con que Cromwell se interesaba por los protestantes perseguidos en toda Europa. El mismo duque de Saboya, cuyos estados eran tan distantes de Inglaterra y tan poco expuestos a las invasiones marítimas, se vio precisado por la autoridad de la corte de Francia, a aceptar la mediación del Protector y a tolerar a los protestantes de los valles contra quienes había principiado una furiosa persecución. La Francia tomó también el partido de cerrar los ojos no solamente acerca del culto, mas también algunas veces sobre la sediciosa insolencia de los hugonotes; y cuando esta corte solicitó igual tolerancia para los católicos en Inglaterra, el Protector se negó a ella porque aspiraba en todo a la superioridad. Había pensado en fundar un colegio a imitación del de Roma para la propagación de la fe, y ciertamente que sus apóstoles hubieran sido muy capaces de disputárselas a los católicos, sino en unanimidad, a lo menos en celo.

Aunque tenía bastante oprimida a la iglesia anglicana, no dejó de concederle alguna libertad más de la que había gozado bajo el gobierno republicano, porque deseaba que en todo resaltase la blandura de su administración. Por lo que hace a los realistas, estaban enfrenados tanto por el ejército permanente como por los espías que mantenía en todos sus consejos. Habiendo sido descubierto Meaning y castigado de muerte, corrompió a sir Ricardo Villis, en quien el canciller Hyde y todo el partido realista tenían la mayor confianza, y éste le informaba de todos los planes extranjeros de conspiración. Dentro del reino desconcertaba todas las tramas prendiendo a sus actores, y como no tenía dificultad en soltarlos después, pasaba su rigor por un efecto general de su desconfianza. Nunca se pudo averiguar ni aun sospechar la fuente de sus secretos informes.

Su principal temor consistía en los proyectos de asesinato, porque no alcanzaban a precaverlos todos los cuidados de la prudencia. Había publicado el coronel Titus, bajo el nombre de Allen, un discurso muy acalorado en que exhortaba a todos a tomar este medio de venganza, y Cromwell no tenía la menor duda de que el resentimiento de los realistas les haría abrazar aquella doctrina; y así les declaró abiertamente que los asesinatos le parecían un medio tan bajo y tan odioso, que él no principiaría las hostilidades con un arbitrio tan vergonzoso; pero que si ellos daban el ejemplo de la primera tentativa, podían estar seguros de que les haría sufrir la pena de talión sin misericordia. «Tengo instrumentos, decía, que sólo depende de mí emplear y los emplearé hasta no dejar vivo individuo alguno de la familia real.» Esta amenaza contribuyó más que todas sus guardias a su seguridad personal.<sup>345</sup>

Pocas cosas le llamaban más la atención que el proporcionarse inteligencias, y este solo artículo le costaba anualmente 60.000 libras esterlinas<sup>346</sup>. Tenía a su sueldo en Inglaterra y en las naciones extranjeras un gran número de maestros de postas y de carteros así como a muchos secretarios y mancebos de escritorio, de suerte que los más celosos partidarios de cada facción eran por lo común los que mejor le informaban secretamente y nada se sustraía a sus investigaciones. Esta es a lo menos la pintura que se nos hace de la administración de Cromwell; pero si se ha de juzgar por las *Memorias* de su secretario Thurloe, que se han publicado hace poco tiempo, se encontrará en ellas mucha exageración. Dícese allí que a excepción de los asuntos de Holanda que

---

345 Ocurrió por aquel tiempo una aventura que estuvo para costar la vida al Protector y ahorrar a sus enemigos la molestia de sus tramas. Había recibido del conde de Oldemburgo seis hermosos caballos de Frisia, que quiso manejar él mismo en su coche alrededor de Hyde-Park. Estaba su secretario Thurloe en su coche; los caballos se espantaron y desbocaron, sin que él pudiese contenerlos. Cayó del pescante sobre la lanza y fue arrastrado durante algún trecho; se disparó una pistola que llevaba en el bolsillo y sin embargo su ordinaria fortuna le sacó salvo de ambos peligros.

346 *World's Mistake*. Sin embargo el autor de esta obrita se inclina a que no podían ascender a tanto los gastos de este artículo.

no podía ocultarse al Protector, ningún conocimiento tenía de los secretos de los gabinetes extranjeros.

Mas por lo que hace a la conducta general y al porte de este personaje, nacido en una condición privada, que había pasado su juventud en una provincia y que aun entonces mismo se veía precisado a frecuentar malas compañías, eran tales cuales pudieran desearse en el más gran monarca. Sabía tomar el aire de dignidad sin ninguna afectación y sostener con todos los extranjeros aquella idea superior que habían dado de él sus grandes proezas y prodigiosa fortuna. Con sus antiguos amigos era muy capaz de llaneza, y para dar algún descanso a su ánimo chanceándose, burlándose y haciendo algunos versos<sup>347</sup> no temía exponerse a las observaciones de una íntima familiaridad. Con otros descendía a veces hasta a bufonadas groseras, sobre lo cual refiere Bates que un día metió unas ascuas en las botas de uno de sus oficiales. Antes del proceso del rey se había reunido un consejo de los corifeos del partido republicano y de los oficiales generales para concertar el modelo de un gobierno libre que se proponían sustituir a la constitución monárquica, cuyo trastorno estaba ya decidido. Después de los debates sobre un asunto el más importante en que podían ocuparse los hombres, dice Ludlow que Cromwell, en un raptó de jovialidad, le tiró un almohadón a la cabeza y que él agarro otro para contestarle; pero que el general echó a huir por las escaleras y estuvo para hacerse mucho daño. Mientras que el tribunal supremo estaba firmando la sentencia de muerte del rey, asunto, si cabe, más serio que el anterior, al coger Cromwell la pluma para echar su firma, se puso a tizar con ella la cara de Martin, que estaba a su lado; y este, cuando le puso la pluma, hizo la misma travesura con Cromwell. Muy frecuentemente daba convites el Protector a los oficiales inferiores, y no bien se había empezado a servir cuando a una señal que él hacía entraban los soldados con mucho ruido y confusión y se echaban sobre los manjares llevándoselos consigo y dejando a los convidados tan sorprendidos como hambrientos.

En medio de estas diversiones y bufonadas imprevistas no perdía el tiempo aquel mortal extraordinario, antes bien observaba los caracteres y las intenciones de los hombres, provocándolos a veces a fuerza de vino a que le descubriesen los más ocultos arcanos de su corazón; mas con todo siempre mantuvo en su casa una regularidad de costumbres que rayaba en austeridad y jamás se le escaparon libertades que pudiesen escandalizar a los *santos*. El tren de su casa no dejaba de tener cierto aire de grandeza, aunque con poco gusto y sin ninguna especie de boato; la nobleza a quien agasajaba mucho, se alejaba de él y evitaba todo roce con los viles personajes que presidían a la administración. Sin perjuicio de la economía, era bastante generoso el Protector con los que le servían con celo, y no ignoraba los medios de hacer entrar en sus intereses a los que tenían alguna capacidad que pudiese convenir a sus miras. Sus generales y almirantes, los jueces y embajadores, todos contribuyeron cada uno en su esfera, no solo a su seguridad, sino también a la honra tanto como a la seguridad de la nación.

Bajo pretexto de unir la Irlanda a la Escocia con la república de la Inglaterra, había puesto Cromwell aquellos dos reinos bajo el yugo más riguroso y los trataba como a provincias conquistadas. La administración civil de Escocia estaba en manos de un consejo supremo compuesto casi únicamente de ingleses, de que era presidente lord Broghill; y la justicia se administraba por siete jueces, de los cuales cuatro habían de ser ingleses; y para tener sujeta a la nobleza, había abolido Cromwell toda especie de vasallaje y restablecido el oficio de los jueces de paz, que había introducido el rey Jacobo, sin haber tenido vigor para sostenerlos<sup>348</sup>. Mantenía en todas las comarcas del reino una extensa línea de fortalezas y guarniciones, al paso que un ejército de 10.000 hombres<sup>349</sup> imponía la obediencia y hacía que reinase la paz, sin que los bandoleros de las montañas ni los devotos del país llano pudiesen seguir sus inclinaciones al desorden y alborotos. Verdad es que el Protector tenía una aversión marcada que no se mitigó jamás contra los revolucionarios y protestantes, pero halagaba al clero presbiteriano. Pocos esfuerzos de política

---

347 Witelocke, p. 647.

348 Witeloke, p. 570.

349 Id, tom. VI, p. 557.

exige mantener rencillas entre los teólogos, y así no le costaba trabajo tener a los dos partidos en alarma, pero no por eso permitía las asambleas eclesiásticas, porque estaba persuadido de que una parte de los antiguos males no habían tenido otro origen más que ellas. Al fin se vieron precisados los escoceses a confesar que nunca, ni aun cuando se vanagloriaban de su turbulenta y facciosa libertad, habían estado en una situación más feliz que desde que soportaban un yugo extranjero.

Más severa y violenta era la administración del Protector en Irlanda. Habíase confiado a los principios el gobierno de aquella isla a Fletwood, fanático de primer orden, que se había casado con la viuda de Ireton, y luego a Enrique Cromwell, hijo segundo del Protector, joven de carácter muy suave, pero sin capacidad ni vigor. Unos cinco millones de fanegas de tierra que se habían confiscado a los católicos o a los partidarios del rey fueron repartidos, parte entre aventureros que habían adelantado fondos al parlamento, parte a los soldados ingleses a quienes se debían pagas atrasadas. Pocos ejemplos ofrece la historia de una mudanza de propiedad tan repentina y violenta, pues se publicó hasta una orden que confinaba a los naturales irlandeses a la provincia de Connaught, donde estrechados con ríos, lagunas y montañas, su odio debía ser menos peligroso para los ingleses; pero esta absurda y bárbara política que por la impaciencia de conseguir una pronta seguridad hubiera despoblado todas las demás provincias y dejado sin valor alguno los establecimientos ingleses, no tardó en reconocerse imposible de ejecutar.

### **Nuevo parlamento.**

Principiaba Cromwell a lisonjearse de que una administración acompañada de tanto lustre y ventajas exteriores, tanto orden y tranquilidad interior, le habría adquirido bastante autoridad para poderse presentar con confianza ante los representantes de la nación y asegurar la deferencia de estos al gobierno; por tanto se resolvió a convocar un parlamento; pero no fiándose del todo en las disposiciones del pueblo, puso en obra todos los artificios que su nuevo modelo de representación le permitía emplear para dominar las elecciones y llenar la cámara de hechuras suyas. Como la Irlanda estaba bajo la dependencia del ejército, no escogió más que oficiales todos adictos al Protector, y la Escocia tuvo la misma complacencia, pues como la alta nobleza y la secundaria tenían a menos y miraban como señal de esclavitud la obligación de asistir al parlamento de Inglaterra, fue muy fácil a los oficiales ganar las votaciones. A pesar de todo conoció el Protector que la mayoría no le sería favorable y así tomó el partido de poner una guardia a la puerta (17 de setiembre) para impedir la entrada a los que no presentasen una orden del consejo de administración, y éste desechó a unas cien personas que rehusaron reconocer el gobierno del Protector, o que le desagradaban por otras razones. En vano protestaron contra una violencia que daba por el pie con todas las libertades, porque ni el consejo ni el parlamento dieron oído a sus representaciones ni a sus quejas.

Estos artificios y violencias formaron en fin una asamblea cual podía deseársela el Protector, es decir, vendida a sus intereses o por lo menos resuelta a complacerle en un todo y acomodar en cuanto fuese posible el gobierno militar con las leyes y libertades. Principió por anular todos los títulos de Carlos Estuardo y de su familia; siendo este el primer acto de este género expedido con cierta apariencia de consentimiento nacional. Para sondear las inclinaciones de la cámara se aventuró el coronel Jephson a proponer que se ofreciese la corona al Protector; y no parece que semejante propuesta causase ni sorpresa ni repugnancia. Habiendo preguntado Cromwell a Jephson de donde le había venido aquella idea, le respondió diciendo: «Mientras yo tenga el honor de tomar asiento en el parlamento, no debo seguir otra inspiración que la de mi conciencia por más que recele desagradaros.» «Anda, anda —le replicó Cromwell dándole una palmadita en el hombro—; eres un botarate.»

La esperanza misma de abrirse camino para llegar a este deseado término le hizo sacrificar a sus mayores generales, porque conocía lo odiosa que había llegado a ser al pueblo aquella institución, cuya ruina parece que había llegado a ser del todo necesaria para su seguridad. Todo

gobierno militar está siempre oscilando entre la monarquía y la aristocracia despótica según prevalece la autoridad del jefe o la de los oficiales que tienen el mando inmediato. Los mayores-generales, que gozaban de una jurisdicción tan poderosa y distintiva, principiaban ya a atribuirse derechos especiales que se iban haciendo temibles al mismo Protector. Aunque éste no había previsto semejante inconveniente, supo a lo menos poner un pronto remedio, haciendo que su yerno Claypole, que poseía toda su confianza, abandonase los mayores a la disposición de la cámara. Se les conservó el título, pero se disminuyó su autoridad por un decreto del parlamento o, por mejor decir, se anuló enteramente.

Últimamente, un regidor (*alderman*) de Londres, llamado Pack, que era diputado por aquella capital, propuso formalmente que se revistiese al Protector con la dignidad real, cuya propuesta causó a los principios algún desorden y dividió la cámara en diferentes partidos. La principal oposición vino de los mismos que antes eran parciales del Protector, esto es, de los mayores-generales y de los oficiales que dependían de ellos. Lambert, gran mañero y que gozaba de sumo crédito en el ejército, había concebido desde mucho tiempo antes el ambicioso proyecto de suceder a Cromwell en el cargo de Protector, y creyó que si se restauraba la monarquía, vendría con ella el derecho de sucesión hereditaria, trasmitiéndose la corona a la posteridad del primer rey que se eligiese; así tomó por pretexto su conciencia, y recordando contra el gobierno todas las prevenciones civiles y religiosas que con tanto cuidado se habían esparcido entre los soldados y les habían servido de móvil para tantas violencias formó contra la proposición de Pack un partido todavía más terrible por la calidad que por el número de sus individuos.

### **Ofrecen la Corona a Cromwell, que la rehúsa.**

Sostuviéronla por otra parte las hechuras del Protector que procuraban hacerse mérito con él de un servicio tan importante: Otros muchos que amaban a su patria y desesperaban de poder nunca derribar el actual gobierno por más que quebrantase todas las leyes, deseaban a lo menos fijarle sobre los cimientos antiguos, con la esperanza de que algún día cifraría el Protector su propia seguridad en respetar las antiguas leyes del reino. Los mismos realistas entraron imprudentemente en estas ideas, lisonjeándose de que cuando se tratara, no de la forma del gobierno, sino únicamente de las personas, no cabría la menor duda entre la antigua familia real y unos viles usurpadores que se habían abierto el camino del trono por medio del asesinato, la injusticia y la perfidia: al cabo la mayoría de los votos se declaró en favor del *bill* (9 de abril, 1657) y se nombró una comisión para que se abocase con el Protector y venciese los escrúpulos que al parecer le detenían.

Duró la conferencia muchos días, representando los comisionados a Cromwell: «Que todos los estatutos y prácticas de Inglaterra estaban fundados en la suposición de la autoridad real y no podían acomodarse sin mucha violencia a ningún otro género de gobierno; que era desconocido aquel título de Protector, salvo en los casos de menor edad de los reyes, y que tampoco estaban definidos por las leyes ni el campo ni los límites de su autoridad; que se necesitarían años o acaso siglos para un negocio tan complicado como el de fijar y definir todos sus derechos, al paso que tomando desde luego el título de rey dispararía Cromwell todas las dificultades, supuesto que reduciéndose la cuestión sólo a un nombre, no había duda en que se debía la preferencia al antiguo título; que la constitución inglesa daba más importancia a la forma del gobierno que al derecho de nacimiento del primer magistrado, y que por una ley expresa de Enrique VII, se había provisto a la seguridad de los que se declaraban en favor del príncipe reinante, cualesquiera que fuesen los medios por donde hubiese adquirido la posesión del trono; que era de mucha importancia para su alteza ponerse a cubierto con aquel estatuto, y que bien se veía que el mismo pueblo desease aquel establecimiento, por la dificultad que tenían todos los jurados en dar su testimonio en favor del Protector; que el principal origen de las últimas conmociones habían sido evidentemente el celo de la libertad, y si se había tomado el partido de declararse en república y después nombrar un



Protector, sólo era porque se asegurase el libre mantenimiento de la constitución; pero que la experiencia había demostrado que este remedio era insuficiente y hasta peligroso y nocivo, supuesto que toda autoridad indeterminada, como la de Protector, no podía dejar de ser arbitraria, y tanto más, cuanto más se oponía al carácter e inclinaciones del pueblo.»

No consistía ciertamente la dificultad en persuadir a Cromwell, que conocía perfectamente la solidez de tales argumentos y deseaba más que nadie dar la razón a los comisionados, sino en hacer que el ejército entrase en las mismas ideas. Le habían pintado con colores tan negros el oficio de rey, que no había esperanza de que se reconciliase de pronto con semejante título ni aun llevándole su propio general a quien tanto amaba. Una contradicción tan palpable y tan directa con todas sus anteriores protestas era capaz de hacerle pasar a los ojos de toda la nación por un conjunto de hipócritas sin pudor que sólo por motivos mercenarios habían abrazado la causa del más pérfido de los traidores. Los principios que ellos profesaban habían sido grabados en sus corazones por ideas divinas y humanas; y aunque no fuese difícil halagando su interés, engañarlos con el más ligero disfraz, todavía era peligroso quitarse la máscara tan pronto y dejar ver en toda su evidencia la enormidad del crimen y lo abominable de su conducta. Dudoso Cromwell entre sus temores y sus insaciables deseos, pidió tiempo para reflexionar y fingió que le detenían sus escrúpulos, aguardando a ver si el ejército se pronunciaba de un modo favorable.

Mientras que estaba haciendo un papel tan opuesto a los movimientos de su corazón, no es extraño que su elocución, siempre obscura, confusa e ininteligible, estuviese cubierta con un velo diez veces más denso hasta el punto de no manifestar rastro de razón ni de común sentido. Tenemos una relación exacta de aquella conferencia que merece mirarse como un monumento muy curioso, pues se descubre en ella el sano juicio, el saber y el buen lenguaje de los comisionados, sobre todo de parte de lord Broghill, y cuando se llega a las réplicas del Protector, ¡qué contraste! Es tan caprichosa la naturaleza en la distribución de sus dotes, que en medio de una nación en que el saber y el buen seso son tan comunes, un hombre que por sola la superioridad de su mérito se había elevado a la suprema autoridad, y en el momento en que una asamblea solemne venía a ofrecerle la corona, no acertó a explicarse mejor de lo que hubiera podido hacerlo cualquier patán.

La oposición que temía el Protector no era la de Lambert y sus parciales, a quienes empezaba a mirar como a sus capitales enemigos y a quienes estaba resuelto a despojar de toda su autoridad a la primera ocasión, sino la de su propia familia y de otras muchas personas que le eran adictas por intereses e inclinación. Fletwood se había casado con su hija y Desborough con su hermana, y a estos dos hombres, sin otro motivo que sus principios, no pudo decidirselos ni con persuasiones, ni

con instancias ni con artificios a consentir en que su amigo y patrono fuese revestido de la dignidad real, antes le declararon que en el momento que aceptase la corona, harían renuncia de sus despachos y no volverían jamás a servirle<sup>350</sup>. El coronel Pride decidió a la mayor parte de los oficiales que estaban en Londres y en los pueblos inmediatos a firmar una representación contra el restablecimiento del título de rey, y hasta corrió la voz de que muchas personas habían formado el plan de asesinar a Cromwell apenas hubiese aceptado las ofertas del parlamento. Otros anunciaban una sublevación del ejército; y últimamente Cromwell después de la angustia y perplejidades de una dilatada duda, se vio precisado a rehusar aquella corona que tan solemnemente le habían ofrecido los representantes de la nación. La mayor parte de los historiadores se inclinan a desaprobador esta resolución, pero ninguno se hallaba en estado de conocer mejor que él su propia situación, y en medio de unos embarazos tan complicados, basta la alteración de una circunstancia ignorada del espectador para inclinar la balanza y hacer que la resolución menos plausible al parecer fuese la más prudente o acaso la más indispensable en realidad.

Clarendon habla de una profecía o de un sueño (y por cierto ninguno podía estar mejor informado que él) que corrió muy válido en los primeros tiempos de las guerras civiles, es decir, mucho antes de que Cromwell se hallase en aptitud de poder pensar en ser lo que fue, en el cual se predecía que Cromwell llegaría a ser un día el primer hombre de Inglaterra y subiría cerca del trono, pero que jamás se sentaría en él. Tal vez una prevención de esta naturaleza no provino más que de su imaginación fogosa y de la de sus partidarios, y no solo pudo contribuir a sus progresos sino también servirle de motivo para rehusar mayor elevación.

### **Humilde petición y dictamen.**

Después de esta negativa se vio precisado el parlamento a conservar los nombres de república y de Protector; pero no habiendo sido hasta entonces el gobierno sino una usurpación manifiesta, se tuvo por conveniente justificarla con una apariencia de elección de parte del pueblo y de sus representantes. Pocos ejemplos hay de una nueva constitución fundada sobre un consentimiento más general y regular; porque en lugar del acto de gobierno que sólo había sido obra de los oficiales generales se vio presentar una petición al parlamento por la asamblea misma bajo el título de *humilde petición y dictamen*, la cual era calificada de basa inmortal del estado republicano en que se establecían y limitaban los derechos de cada miembro de la constitución y se aseguraba la libertad del pueblo hasta la posteridad más remota. Este nuevo acto dilataba en algunos puntos la autoridad del Protector y la restringía en otros muchos. Por de contado se daba a Cromwell la facultad de designar su sucesión; se le señalaba una renta perpetua; un millón de libras esterlinas cada año para el ejército y la escuadra, y 300.000 para la administración civil. Se concedía al Protector el derecho de formar una nueva cámara que ejerciese algunas de las funciones de la antigua de los pares y cuyos miembros todos fuesen vitalicios; pero renunciaban a la facultad que él se había atribuido de hacer leyes con su consejo en los intervalos de parlamento a parlamento. También convino en que ningún miembro de una y otra cámara pudiese ser excluido de ella sin consentimiento de la misma cámara. Los demás artículos eran en el fondo los mismos que en el llamado *instrumento* de gobierno.

Este documento, que Cromwell había presentado en otro tiempo como la obra maestra de la invención humana, fue a la sazón calificada por él de tabla podrida, sobre la cual no podía fijarse el pie sin exponerse a naufragar, y aquella humilde petición que también alabó mucho entonces, le pareció después tan defectuosa, que en la misma legislatura ya pareció indispensable corregirla con un suplemento, y tal cual quedó aun así, no puede pasar de ser un modelo muy informe de gobierno. Sin embargo de eso fue recibida como la expresión de la voluntad de un pueblo entero compuesto de tres grandes naciones, y Cromwell fue reconocido aquel día, como si fuese el primero de su

350 Thurloe, tomo VI, p. 261.

mando, por unanimidad popular en la sala de Westminster con las ceremonias más pomposas y solemnes.

Habiéndose prorrogado a sí mismo el parlamento (26 de junio), el Protector despojó a Lambert de todos sus diplomas, concediéndole empero una pensión anual de 2.000 libras esterlinas con la sola condición de que en adelante observase una conducta pacífica. Todos quedaron sorprendidos de ver terminar, con sólo haber quitado su comisión a aquel hombre tan turbulento, toda la autoridad que había adquirido en el ejército. También destituyó a Packer y a otros oficiales que se habían hecho sospechosos a Cromwell.

Fue traído a la corte Ricardo, el hijo mayor del Protector, dándosele parte en los negocios públicos y considerándosele generalmente como a heredero suyo y sucesor en el protectorado; por más que con astucia grosera lisonjearse Cromwell a otros de cuando en cuando con la esperanza de su sucesión. Pasaba Ricardo por un joven de carácter sosegado, humano y sin ambición, habiendo vivido hasta entonces contento en una pequeña hacienda que le había llevado en dote su mujer; y la poca actividad que se le había notado sólo había tenido por objeto el interés ajeno. Durante el proceso del rey se fue a arrojar a los pies de su padre y le suplicó por todos los vínculos del deber y la humanidad que respetase la vida de aquel desdichado monarca.

Tenía Cromwell dos hijas solteras, y en el exceso de su prosperidad dio una de ellas al nieto y heredero de su grande amigo el conde de Warwick, con quien había mantenido en todo tiempo una íntima correspondencia. A la otra la casó con el vizconde de Fauconberg antiguamente partidario del rey. Deseaba su ambición entroncarse con la alta nobleza, y el principal motivo que tenía para desear el título de rey era para hacer que todo volviese a su orden natural y restituir a las familias antiguas la confianza y honores de que su propia seguridad le había obligado a privarlas.

1658.—Viose el parlamento dividido en dos cámaras (20 de enero) como en tiempo de la monarquía; en el intervalo había Cromwell convocado su cámara alta compuesta de 60 miembros; es decir, de cinco o seis antiguos pares, varios caballeros de distinción y algunos oficiales elevados desde las profesiones más humildes, porque casi todos los pares antiguos rehusaron admitir unos puestos que los ponían en contacto con unos asociados indignos de ellos. No menos se esforzó el Protector en conservar las apariencias de una magistratura legal y principió por mandar quitar las guardias de la puerta de las dos asambleas; pero no tardó en conocer cuan poco compatible es la libertad con las usurpaciones militares. Con haber trasladado tanto número de amigos y partidarios suyos a la nueva cámara, había perdido la mayoría entre los representantes de la nación, y los comunes se prevalecieron de una cláusula de la humilde petición para atribuirse la facultad de admitir a los miembros que el consejo había excluido en otro tiempo. Sir Arturo Halezrig y algunos otros a quienes Cromwell había creado lores, prefirieron continuar en la cámara de los comunes, y como entonces la mayoría era indisputable contra los partidarios de Cromwell, rehusó reconocer la jurisdicción de la nueva cámara que acababa de fundar: hasta llegó a ponerse en duda la validez de la *humilde petición* por haber sido aprobada en un parlamento que no era libre, habiéndole privado de una parte considerable de sus individuos la violencia militar. Inquieto el Protector de las relaciones que se iban formando entre el parlamento y los descontentos del ejército, resolvió no dejarles tiempo de conspirar contra él, y así disolvió el parlamento (4 de febrero) manifestando su enojo sin rebozo; y cuando Fletwood y otros amigos le instaron a que no precipitase nada, juró *por Dios vivo* que la asamblea no duraría un instante más.

Estas dificultades domésticas no disminuyeron su atención a los negocios extranjeros, y todas sus providencias fueron sostenidas con tanto vigor como si hubiera estado seguro del amor y fidelidad de los tres reinos. No solamente mantuvo su alianza con la Suecia, sino que se esforzó en asistir a aquella corona en la empresa que había formado de sujetar a su yugo a todos sus vecinos y someter todo el mar Báltico. Luego que la España declaró la guerra a los ingleses, hizo un tratado de alianza con la Francia y se unió con este ambicioso y poderoso reino en todas sus ideas; de suerte que la España, después de haber hecho inútilmente la corte al afortunado usurpador, se veía por último reducida a declararse en favor del desgraciado Carlos Estuardo. Cuando éste se ligó con

Felipe IV, fijó su pequeña corte en Brujas, en los Países Bajos, y levantó cuatro regimientos de sus propios súbditos para el servicio de España, pasó a reunirse con él su hermano el duque de York, que había hecho con mucho aplauso algunas campañas en el ejército francés y era muy estimado del mariscal de Turena, para continuar la carrera de las armas bajo las órdenes de Don Juan de Austria y del príncipe de Condé.

### **Toma de Dunkerque.**

Era imprudentísimo el sistema de política extranjera que había adoptado el Protector, pero muy análogo a la osadía y grandeza de alma de que estaba dotado. Deseaba mucho conquistar algún dominio en el continente<sup>351</sup>, y para eso envió a Flandes un cuerpo de 6.000 ingleses a las órdenes de Reynolds, que debían reunirse con el ejército francés mandado por Turena. Fue tomada y se les entregó Mardyck desde la primera campaña; en aquel año mismo se puso, al entrar la primavera, sitio a Dunkerque, y como se hubiese adelantado el ejército español a socorrer esta última ciudad, salieron de sus atrincheramientos las tropas unidas de Francia e Inglaterra y dieron la famosa batalla de las Dunas en que los españoles fueron completamente derrotados<sup>352</sup>. Hízose notar el valor de los ingleses en aquella ocasión, y Dunkerque, rendida al poco tiempo, fue entregada por convenio a Cromwell, quien nombró gobernador de aquella importante plaza a Lockart, escocés muy hábil, que se había casado con su sobrina y era entonces embajador suyo en la corte de Francia.

Esta adquisición no le pareció al Protector más que un medio de llevar adelante sus ventajas, pues estaba resuelto a concertar nuevas medidas con la corte de Francia para la conquista y repartición de los Países Bajos<sup>353</sup>. Si hubiera vivido más tiempo y conservado su autoridad en Inglaterra, no hay duda de que se habría ejecutado un proyecto tan quimérico o más bien tan pernicioso; y este primer paso y el principal hacia la monarquía universal que la Francia no ha sido capaz de efectuar durante un siglo a pesar de tanta profusión de sangre y de tesoros, se hubiera entonces cumplido fácilmente por la política emprendedora aunque mal entendida del Protector de Inglaterra.

Durante todas estas transacciones trató la Francia a Cromwell con grandes muestras de consideraciones y amistad, tanto que habiendo enviado a su yerno Fauconberg cerca de Luis XIV, que se hallaba entonces en el campo de Dunkerque, fue recibido con la misma etiqueta que acostumbra aquella corte con los príncipes extranjeros<sup>354</sup>. El cardenal Mazarino envió a Londres a su sobrino Mancini con el duque de Crequi, para que dijese al Protector que sentía verse privado por negocios urgentes del honor que deseaba hacia mucho tiempo de presentar sus respetos en persona al más grande hombre del mundo.

351 Aspiraba a hacerse dueño de Elseneur y del paso del Sund. World's Mistake. También intentó apoderarse de Brema. Thurloe tomo VI, p. 478.

352 Observaron los supuestos santos de aquel tiempo que el día de la batalla fue el de un ayuno mandado guardar en Londres, con cuyo motivo dijo Fletwood en la cámara «Mientras que nosotros estábamos orando ellos combatían, y el Señor ha dado una respuesta patente; el Señor nos ha reconocido no sólo en lo que hemos hecho aquí, sino también escuchándonos por la vía de la oración, vía de la cual siempre hemos hecho una feliz experiencia en toda clase de apuros y dificultades.» Thurloe tomo VI, p. 159. Es notable sobre este mismo espíritu una carta de Cromwell a su valiente almirante Motagut que copia Thurloe en el tomo IV, p. 744: «Vosotros tenéis en vuestro favor, como yo creo y estoy persuadido de ello un gran número de oraciones diarias de los ministros y cristianos más prudentes y estimados de esta nación, quienes en medio de algunos motivos de disgusto, luchan por vosotros con fe viva: lo cual es para nosotros de mucha esperanza, como creo que lo es para vosotros: a pesar de todo es bueno para vosotros y para nosotros abandonarnos así nosotros como todos nuestros negocios a la disposición de nuestro sapientísimo Padre, a quien no sólo por derecho sino también por sus bondad, sabiduría y verdad deben estar resignadas sus criaturas y particularmente aquellas que han sido regeneradas por su espíritu etc.»

353 Thurloe tomo I, p. 762

354 En el fondo no tenía el cardenal tan alta idea de Cromwell, mas antes decía muy a menudo que era un loco feliz. Vida de Cromwell por Raguenet. Colección de Carte, tomo I, p. 81. Vida de Monk por Grumble p. 95. World's Mistake.

Pero Cromwell no podía disfrutar toda la satisfacción debida por las ventajas exteriores de sus armas, con la turbulencia e inquietud continua en que le tenía su administración doméstica. Los extraordinarios gastos que le costaban sus empresas militares y sus muchas inteligencias secretas habían agotado el tesoro y precisádole a contraer enormes deudas; al mismo tiempo que sabía que los realistas habían renovado sus amaños y estaba amenazado de una sublevación general. Ormond había pasado secretamente a Inglaterra para concertar la ejecución de este proyecto, habiendo entrado en la conspiración Kairfax, sir Guillermo Waller y otros muchos jefes presbiterianos, de modo que el mismo ejército estaba contaminado de un espíritu general de descontento y a cada instante era de temer una revolución repentina. Desde el violento rompimiento de Cromwell con el último parlamento no le quedaba esperanza de establecer jamás un gobierno legal con consentimiento de la nación o de templar a lo menos la autoridad militar con una mezcla de poder civil, pues se hallaban agotadas todas sus arterias y política, y no podía prometerse que después de haber tan frecuentemente engañado con falsos pretextos a cada partido y casi a cada particular, encontrasen todavía algún crédito las mismas apariencias y protestas.

Sin embargo no alcanzó todo el celo de los realistas a que estallase felizmente su conspiración, pues se la denunció Willis al Protector; y precisado Ormond a buscar su salvación en la fuga, se tuvo por muy dichoso de substraerse a las pesquisas de una administración tan vigilante; pero fueron presos muchos de sus cómplices. Volvió a crearse otro tribunal extraordinario para formar causa a los culpables, y a pesar de hallarse establecida su autoridad en él último parlamento, no se atrevió Cromwell a fiarse todavía del método imparcial de los jurados. Sir Enrique Slingsby y el doctor Huet fueron condenados al último suplicio, y Mordaunt, hermano del conde de Petersborough no debió la vida más que a la casualidad, porque habiéndose empatado los votos, se le absolvió en el momento mismo en que entraba en el tribunal el coronel Pride, que estaba resuelto a condenarle. Ashton, Storey y Bestley fueron ajusticiados en diferentes calles de Londres.

Mucho más grandes temores causó a Cromwell la conspiración de los *Milenarios* del ejército, porque no habiendo podido permanecer tranquilos Harrison y otros oficiales licenciados del mismo partido, la venganza, la ambición y su propia conciencia que los devoraban igualmente les hacían meditar cada día proyectos desesperados, sin que faltasen tampoco en el ejército muchos oficiales dispuestos a favorecerlos en sus empresas. Excitaba Cromwell a los agitadores y a los *Levellers* a que expusiesen sus dictámenes en todas las deliberaciones políticas, y muchos de ellos se habían visto honrados con su más íntima amistad cuando él capitaneaba sus atrevidas empresas contra el rey y el parlamento. Acostumbraba familiarizarse más particularmente con los agitadores, cuya mayor parte eran cabos y sargentos, a quienes hacia que durmiesen con él, y en aquella situación, después de sus oraciones ordinarias, discutía con ellos sobre sus principios y proyectos políticos y religiosos; mas desde que ascendió a la dignidad de Protector, los había excluido de todos los consejos, como que la multitud de los negocios y su propia inclinación no le permitían ya iguales familiaridades. Entre los que más se habían irritado con aquel cambio de conducta se distinguía Sexby, agitador muy activo, que empleaba actualmente contra él aquel infatigable celo que por tanto tiempo había ejercido en su favor. Llegó a tanto que adquirió relaciones en España, y Cromwell, que no desconocía la fermentación del ejército, temía justamente algún amotinamiento, al que cada día, cada hora y cada minuto podían proporcionar corifeos.

No menos recelaba el asesinato de que era muy capaz el fanatismo de sus tropas. Sindercome había emprendido darle de puñaladas, y sólo se había suspendido aquel proyecto por varios accidentes: verdad es que fue descubierto, pero no pudo nunca el Protector penetrar bien el fondo de una tentativa tan negra ni descubrir ninguno de sus cómplices; su proceso se formó por ante los jurados, y a pesar de la odiosa calidad del crimen y de la certeza de las pruebas, era tal la persuasión en que se estaba al poco derecho de Cromwell al gobierno que costó mucha dificultad hacer que se condenase a aquel conspirador<sup>355</sup>. Mientras que se estaba preparando todo para ejecutar su suplicio, se le encontró muerto sin duda con algún veneno que tenía preparado. Este hombre, por la osadía de

355 Thurloe tomo VI, p. 58.

su atentado y el valor con que se mató, hubiera pasado por un héroe entre los griegos y romanos; pero los sentimientos del día, por lo menos con respeto al tiranicidio, son indudablemente más acomodados a los intereses de la sociedad civil.

No hubieran sido tan intolerables al Protector estas inquietudes y temores que procedían del descontento público si hubiera gozado de alguna satisfacción doméstica, o hubiese tenido en su familia algún amigo sincero a quien confiar sus penalidades y recelo feroz, principiaba a alejarse de él y veía con furor que su suegro se había propuesto en todas sus empresas más bien su propio engrandecimiento que los progresos de la religión y la piedad de que hacia ferviente profesión. La mayor de sus hijas, que era la que estaba casada con este último, había adoptado los principios republicanos con tal grado de entusiasmo que no podía llevar en paciencia que estuviese la autoridad suprema confiada a una sola persona, aunque esta fuese su indulgente padre; las demás hijas no dejaban de estar prevenidas en favor de la causa real y deploraban las iniquidades y violencias de que se había hecho culpable su familia; pero sobre todo, no podía Cromwell consolarse de la enfermedad que padecía su hija favorita Mrs. Claypole, que en efecto era un dechado de gracias y virtudes. Esta hija querida había tenido en la más alta estima al doctor Huet, condenado poco antes al último suplicio; y no habiendo podido conseguir su perdón, cayó en una profunda melancolía que agravada por la pena y la enfermedad, la llevó a echar en cara a su padre todas sus sanguinarias resoluciones, exhortándole al arrepentimiento de tantos crímenes y acciones horribles a que le había conducido su fatal ambición; como no tardó la infeliz en morir, el recuerdo de cada palabra que había salido de una boca tan amada era como un agudo puñal clavado en el corazón de su afligido padre.

Ya había perdido para siempre el Protector todo resto de sosiego y serenidad, convenciéndose, aunque tarde, de que la grandeza adquirida con tanta injusticia y valor no proporcionaba aquella tranquilidad que sólo puede ser fruto de la virtud y moderación. Abatido con el peso de los negocios públicos y rodeado siempre del temor de algún caso fatal en un gobierno tan gangrenado; sin ver alrededor de sí más que amigos falsos o enemigos irreconciliables; sin tener confianza en ningún partido ni poder fundar su título sobre principio alguno civil o religioso, abrió por fin los ojos sobre su situación, y le pareció que su autoridad dependía de un peso tan pequeño de facciones e intereses, que el más ligero incidente bastaba para derribarla, aun sin la menor preparación. Igualmente amenazado a cada instante por los puñales de una multitud de asesinos conducidos por el fanatismo o el interés, siempre tenía delante de sí la imagen de la muerte que había arrostrado tantas veces al frente de los ejércitos y esta idea terrible no le dejaba un momento de reposo. Cada acción de su vida revelaba sus terrores: no podía recibir extranjero alguno que no le inspirase sospechas, y no cesaba de mirar con suspicacia e inquietud cualquier semblante que no le fuese familiar. No daba un paso sin ir escoltado de una buena guardia, llevando además una coraza debajo de sus vestidos ordinarios y sin olvidar nunca su espada y su puñal, con un par de pistolas en el bolsillo. Jamás se le veía volver de ninguna parte por camino derecho ni por aquel por donde había ido, y todos sus viajes se hacían con la mayor precipitación. Rara vez dormía más de tres noches en un mismo cuarto, sin decir nunca a nadie donde pensaba dormir y prefiriendo siempre las piezas que tenían una salida secreta, donde siempre cuidaba de colocar centinelas. Toda compañía numerosa le causaba susto, reflexionando en la multitud de sus enemigos desconocidos, ocultos e implacables; al paso que la soledad le llenaba de pavor, porque le privaba de aquella protección que él creía necesaria a su seguridad.

### **Enfermedad del Protector.**

Esta perpetua inquietud del alma no tardó en influir sobre su cuerpo, declinando visiblemente su salud con una calentura que degeneró en terciana, y aunque por espacio de una semana no parecieron peligrosos los síntomas y podía pasear en el intervalo de los accesos, al fin,

aumentándose la fiebre, comenzó a pensar en la muerte y en aquella futura existencia de que no puede dudarse que le había ocupado mucho en otros tiempos, aunque luego con la confusión de los negocios y el tumulto de las guerras y facciones se hubiese debilitado considerablemente su fe. Mandó llamar a Goodwin que era uno de sus predicadores y le preguntó si la doctrina «que enseñaba que un escogido no podía jamás pecar ni ser objeto de la reprobación final era verdadera o no.» «Ciertísima», le respondió el ministro. «Pues entonces no tengo cuidado —replicó Cromwell—, porque estoy seguro de que hubo un tiempo en que me hallé en estado de gracia.»

No desconocían los médicos el peligro de su enfermedad; pero fueron tantas las esperanzas que le daban sus capellanes con sus preces, visiones y revelaciones que llegó a no tener la menor duda de su pronta curación. Pretendían estos que el cielo había dado una respuesta favorable a las instancias de los *santos*, y sus promesas hicieron más impresión en él que las luces del arte y de la experiencia, y así repetía a los médicos: «Creedme, yo no moriré de esta enfermedad: estoy seguro de mi restablecimiento, porque así lo ha concedido el Señor no sólo a mis súplicas sino también a la de las almas santas que están en relación íntima con él. Vosotros podéis ser muy sabios en vuestra profesión; pero la naturaleza es superior a todos los médicos del mundo, y Dios es superior a la naturaleza.»<sup>356</sup> Llegó a tal punto este loco entusiasmo que un día de ayuno solemne decretado por él, lejos de hacerse rogativas por su salud, se dieron gracias al cielo por las seguridades infalibles que había de su curación; hasta se le oyó a él mismo dirigir aquellas acciones de gracia a Dios, y era tal la ilusión de su fanatismo que, en vez de sentir los más comunes remordimientos que inspira la moral natural, tomó más bien el carácter de un mediador que intercedía por su pueblo, que el de un criminal que violado atrozmente todos los derechos y merecido en el tribunal de Dios y en el de los hombres la más pronta y severa venganza.

### Su muerte y su carácter.

Principiaron en tanto los síntomas a tomar un aspecto fatal, y los médicos, precisados a romper el silencio, declararon que el Protector no podía sobrevivir al acceso inmediato que le amenazaba, con lo cual se alarmó el consejo y le envió una diputación para saber cuál era su voluntad respecto a la elección de sucesor; pero ya estaban tan turbados sus sentidos, que no pudo declarar sus intenciones.

Le preguntaron *si deseaba que su hijo mayor Ricardo le sucediese en el gobierno*, y sólo se pudo conseguir una apariencia de afirmativa; poco después murió el 3 de setiembre de 1658, que era el día que siempre había mirado como el más venturoso para él. No dejó de dar pábulo a las hablillas del vulgo una violenta tempestad que estalló inmediatamente después de su muerte, mirando aquel suceso con igual prevención sus amigos y sus enemigos, procurando cada cual encontrar en explicaciones forzadas una confirmación de sus preocupaciones.

Los escritores apasionados a la memoria de este prodigioso mortal no parece que han considerado otra cosa en él más que su habilidad, y así hacen de él un panegírico extravagante; al paso que sus enemigos hacen tal pintura de sus cualidades morales, que se asemeja a una violenta invectiva; y no puede negarse que unos y otros se apoyan en razones tan conducentes sacadas de su conducta y destino, que hacen igualmente probables sus elogios que sus censuras. «¿No es cosa de admirar —dicen los primeros<sup>357</sup>—, ver a un hombre de nacimiento y educación nada más que regulares, sin caudal y sin ninguna de aquellas eminentes cualidades exteriores que a otros aventureros elevaron a las más altas dignidades, sin prendas morales tampoco de las que con más frecuencia suelen producir estos milagros, tener valor para emprender y destreza para ejecutar un designio tan singular como el de destruir una de las más antiguas y poderosas monarquías del mundo? ¿Que haya tenido audacia y poder para hacer sufrir a su príncipe y señor una muerte

---

356

357 Discursos de Cowley. Este pasaje está alterado en algunos puntos. (Nota del Autor.)

infame? ¿Que haya desterrado a una familia numerosa y apoyada en tan poderosas alianzas; cubierto sus temeridades con un falso velo de obediencia al parlamento, en cuyo servicio aparentaba obrar; hallado después y echado ignominiosamente a aquella misma asamblea apenas le dio un ligero motivo de disgusto; erigido en su lugar el imperio de los santos y dado existencia real a la idea más extravagante que pudo jamás imaginar un fanático? ¿Que haya sofocado luego al monstruo en su cuna para elevarse él mismo sobre todo lo que siempre llevó en Inglaterra el nombre de supremo con las armas a todos sus enemigos y luego a sus amigos a fuerza de artificios? ¿Que haya servido algún tiempo a todos los partidos con paciencia y dominándolos al fin con todo el orgullo de la victoria; recorrido todos los ángulos de las tres naciones y sometido con igual suerte las riquezas del sur y la pobreza del norte? ¿Que haya logrado consideración y agasajos de todos los soberanos extranjeros y ser llamado hermano por los dioses de la tierra? ¿Que haya convocado parlamentos con una plumada y disuélto los de un soplo, y que por último haya reducido a una nación belicosa y descontenta con un ejército sedicioso, y dominado aquel ejército indócil con oficiales facciosos? ¿Que se haya visto constante y humildemente rogado de aceptar con millones de recompensa anual el título y los derechos de señor de los mismos que antes le tenían a soldada? ¿Que haya tenido a su disposición las haciendas y las vidas de tres pueblos, ni más ni menos que la corta herencia de sus padres, y que haya hecho de ello un uso tan liberal y tan noble? ¿Que al fin haya legado con una sola palabra todo su poder y esplendor a su posteridad? ¿Que haya muerto en el seno de la paz interior y del triunfo exterior; ocupado su sepultura entre los reyes con una pompa más que regia, y dejado en pos de sí un nombre tan durable como el mundo, que parece estrecho para su elogio como lo hubiera sido sus conquistas, si la corta duración de su vida mortal hubiera sido tan vasta como sus inmortales proyectos?»

Sin que sea mi ánimo desfigurar este cuadro trazado de mano maestra, bien será permitido apartar de él lo maravilloso, que sólo por serlo da motivo a la duda y pretexto a la sospecha. Paréceme que de todas las empresas de Cromwell la que más honor hace a su habilidad es su propia elevación desde una clase privada y a despecho de la oposición de tantos rivales mucho más adelantados que él algunos, a los grados superiores del ejército. No hay duda que eran necesarias para tan importante adquisición las prendas del valor, la inteligencia y la industria; pero no parece aquella tan admirable al considerar que Fairfax, siendo un simple hidalgo, que ni siquiera tenía entrada en el parlamento, había llegado por medios naturales a una dignidad superior, y que con una mediana capacidad y penetración hubiera podido conservarla. No se necesitaba, cierto mucho arte ni mucha astucia para excitar a semejante ejército a la rebelión contra el parlamento; algo más difícil era retenerle en la línea de la obediencia. Una vez abierta la brecha entre el poder civil y el militar, la autoridad absoluta cayó por su propio peso en manos del general, y si en lo sucesivo quiso usar de artificios o de política, no fue ciertamente sino por pura complacencia y por una precaución superflua. Que Cromwell haya sido realmente capaz de fascinar y seducir ya al rey, ya a los corifeos republicanos, es cosa que no se concibe fácilmente; lo único que aparece con claridad es que reconociéndose sin fuerzas para resistir a las muchas que él tenía bajo sus órdenes, se veían precisados a contemporizar, y fingiéndose engañados, no esperaban más que la ocasión de libertarse de su tiranía. Si sedujo a los fanáticos de su ejército, no hay que olvidarse de que eran unos los intereses de él y de ellos; que su ignorancia y la bajeza de su educación los exponían a creer las más groseras imposturas; que en el fondo, era tan fanático como el último de sus soldados, y que para adquirir su confianza no necesitaba más que desplegar aquellos vulgares y ridículos arbitrios de que ya tenía costumbre y que apreciaba sobre manera. Es un instrumento tan terrible un ejército y al mismo tiempo tan grosero, que sin necesidad de mucha destreza puede estar segura la mano que lo emplea de ejecutar cuanto se le antoje en la sociedad humana.

La administración doméstica de Cromwell, aunque parece que revela alguna habilidad, siempre estuvo falta de plan así en favor de la libertad como en el del poder arbitrario; y tal vez no eran posibles ni el uno ni la otra en su situación. Sus empresas exteriores, aunque no pueda negarse que fueron brillantes, perjudicaron mucho al interés nacional y parecen haber sido más bien



resultado de un furor impetuoso o de una preocupación muy limitada, que de una fría previsión y un cálculo deliberado. Entre otros puntos no diremos que no fuese un eminente personaje y un genio superior, pero muy desigual e irregular en sus operaciones; y aunque realmente no le faltaba otra prenda más que de la elocución, lo que más contribuyó a sus admirables adelantamientos fue la magnánima resolución que tuvo en sus empresas y su particular tino para sondear el fondo de los caracteres y para sacar partido de las flaquezas de la humanidad.

Si se considera el carácter moral de Cromwell con la indulgencia debida a las miserias de la especie humana, no merece su memoria que se la pinte con tan negros colores como lo hacen sus enemigos; porque no debe extrañarse, atendidas las pasiones de aquel tiempo, que prefiriese la causa del parlamento a la del trono, cuando hoy mismo hay tantos hombres prudentes e instruidos que se inclinan a tener por muy equívoco y dudoso de qué parte estaba la justicia. La acción más atroz suya, que fue la muerte del rey, pudo disfrazarse a sus ojos con una densa nube de ilusiones fanáticas y republicanas, y realmente no es imposible que así él como otros muchos la mirasen como la acción más meritoria que podían ejecutar. La subsiguiente usurpación procedió tanta de la necesidad como de la ambición, y no se ve fácilmente como podían reprimirse las facciones de aquel tiempo sin una mezcla de autoridad militar y despótica. Por lo que hace a su conducta individual como hijo, como marido, como padre y como amigo no merece censura alguna de consideración, y acaso le da derecho a algunos elogios; en una palabra, todo bien considerado, no aparece que su carácter fuese más extraordinario ni singular por la mezcla de tanta extravagancia con tanta penetración que por la alianza de una ambición tan violenta y un fanatismo tan furioso con tantas consideraciones a la justicia y a la humanidad.

Tenía Cromwell cuando murió cincuenta y nueve años y era de temperamento robusto y fisonomía varonil aunque poco agraciada. No dejó más que dos hijos, Ricardo y Enrique, y tres hijas casadas la una con el general Flewood, otra con lord Fauconberg, y la tercera con lord Rich. Su padre había muerto mucho tiempo antes; pero su madre vivió lo bastante para verle elevado al Protectorado, y a pesar de la última voluntad de esta señora, él la mandó enterrar con gran pompa en la abadía de Westminster. Nunca pudo ella persuadirse de que estuviesen seguras ni la autoridad ni la vida de su hijo, antes por el contrario al menor ruido que oía empezaba a gritar que le habían asesinado, y cada día se le figuraba que había muerto como él no la tranquilizase con frecuentes visitas. Era una mujer de carácter suave que a fuerza de economía e industria había sacado partido de un caudal bastante limitado para la crianza de su numerosa familia. Se había visto en la necesidad de establecer una fábrica de cerveza en Huntingdon, de que sacó bastante utilidad por su buen manejo; de aquí vino que en los libelos que se publicaban en aquel tiempo se designa a Cromwell con el apodo del *Cervezero*, y Ludlow se burla mucho de él diciendo que era grande el aumento que iban a recibir sus rentas reales con la muerte de su madre, que gozaba una viudedad de sesenta libras esterlinas sobre su hacienda. Era de una buena familia del apellido de Estuardo, por lo que muchos escritores han asentado que era parienta, aunque lejana de la casa real.

## LXII. La República—1658

Se habían repetido tanto los artificios de la política de Cromwell que al fin llegaron a desvirtuarse, y en lugar de adquirir solidez su autoridad a fuerza de tiempo, parece que cada día era más incierta y precaria. Sus amigos, o por lo menos aquellos que vivían más familiarmente con él y sus más íntimos consejeros principiaban a formar amaños contra él, sin que con toda su penetración pudiera encontrar ministros en quienes depositar una entera confianza. Sabía que los hombres de bien y de honor no consentirían jamás en hacerse instrumentos de su usurpación, al paso que los hombres sin principios venderían por interés una causa que no habían abrazado con buenas intenciones. Aun aquellos mismos a quienes había hecho algunas mercedes nunca creían que su recompensa era proporcionada a los sacrificios hechos para obtenerla. Todo el que no conseguía lo que solicitaba, disculpaba su cólera con especiosos pretextos de conciencia y obligación; y en una palabra eran tantas las dificultades que rodeaban al Protector que en una coyuntura tan crítica, pasa su muerte a los ojos de muchos hombres entendidos por el suceso más próspero de su vida, y hasta en su mismo tiempo se creía que a pesar de toda su travesura y valor no hubiera podido conservar por mucho tiempo su usurpada administración.

### Ricardo es reconocido Protector.

Pero cuando desapareció aquella mano fuerte que empuñaba las riendas del gobierno, todo el mundo aguardaba la ruina de una fábrica tan pesada y de tan pocos cimientos. Bien se echaba de ver que Ricardo, joven sin experiencia, criado en el campo y en una vida retirada, sin conocer a los oficiales del ejército ni ser conocido de ellos, sin antecedente alguno militar y sin relaciones que pudieran servirle de apoyo, no mantendría mucho tiempo aquella autoridad que su padre había adquirido con tantas expediciones célebres y tan señaladas victorias; y cuando se vio que sólo poseía las virtudes propias de la vida privada, cosa que en su situación equivalía a tener otros tantos vicios, y que a su docilidad y bondad natural reunía la indolencia, la incapacidad y la irresolución, no hubo nadie que no aguardara alguna gran revolución. Sin embargo, por algún tiempo quedó defraudada esta esperanza del público, pues el consejo reconoció la sucesión de Ricardo, y Fletwood, en favor de quien se decía que Cromwell había hecho un testamento<sup>358</sup>, renunció solemnemente a toda especie de derechos y pretensiones al Protectorado. Enrique, el hermano de Ricardo, que no había hecho odioso su gobierno en Irlanda, contuvo aquel reino en la obediencia; y Monk, cuya autoridad estaba bien cimentada en Escocia, y que estaba muy apegado a la familia de Cromwell, proclamó inmediatamente al nuevo Protector. Lo mismo hicieron el ejército y la armada; y Ricardo recibió de todos los condados y principales ciudades del reino más de noventa felicitaciones por su sucesión, en que le aseguraban de su respeto y fidelidad. Los ministros

---

358 Back, Clarendon y Janin aseguran que Cromwell luego que llegó a ser Protector, había firmado una especie de testamento en el que nombraba a su yerno Fletwood por sucesor suyo, pero que según todas las apariencias hubo de quemar aquel escrito, pues no pudo encontrarse en ninguna parte; que una hora después de su muerte se reunieron los consejeros privados, y habiéndoles dado cuenta de su última voluntad y del acto de gobierno en que se le confería la facultad de elegir sucesor, no dudaron en proclamar a Ricardo Cromwell, y que Fletwood desistió en su presencia del derecho que podría tener si se encontraba aquella disposición. Pero Rapin adelanta más que Mr. Hume, pues dice, en aquellos últimos días, las personas que le veían más a menudo le preguntaron por dos veces cuál era su voluntad en punto a un sucesor, y siempre respondió sin titubear que quería que le sucediese su hijo mayor Ricardo, sin hacer mención alguna del otro.» *Hist. Inglat.* por Rapin tomo IX. p. 105. (Nota del Traductor.)

extranjeros se apresuraron a hacerle los cumplidos de costumbre, y Ricardo, que por su carácter sencillo y nada ambicioso, nunca hubiera sido capaz de combatir por el mando, se vio reducido a recoger aquella rica herencia que todo el mundo parecía ofrecerle.

### **Un parlamento.**

Desde luego pensó en convocar un parlamento para pedir los subsidios necesarios a la administración y cumplir los compromisos de su padre con las potencias extranjeras, sobre todo con la Suecia. Se devolvió a las aldeas su antiguo derecho de elección, con la esperanza de proporcionarse mayor influjo en ellas, y no se concedió a los condados más que su número ordinario de diputados, pero la cámara de los pares quedó compuesta de los mismos individuos que había elegido Oliverio.

1659.—Todos los pueblos firmaron sin vacilar un compromiso de no alterar en nada el gobierno actual (7 de enero) y poco después pasaron a examinar «la humilde petición y dictamen» que sufrió muchas dificultades; pero a pesar de grandes oposiciones y de muchos debates, logró el partido de la corte que se confirmara. También se consiguió de aquella cámara un reconocimiento de la autoridad de la otra, aunque con la modificación de que los nuevos pares no serían tratados con más consideración que la que ellos tuviesen con los comunes. Otra declaración decía que el establecimiento de esta nueva cámara no perjudicaría en nada al derecho de los antiguos pares que desde el principio de las turbulencias se habían adherido al parlamento. Fue tan viva la oposición en todas las transacciones de los comunes y se prolongaron con tanta obstinación los debates, que habiéndose de resultas atrasado demasiado los negocios, se inquietaron mucho los amigos del nuevo Protector.

Pero por otro lado se recelaban mayores riesgos, porque oficiales del ejército y el mismo Fletwood, cuñado del Protector, principiaban a conspirar contra él. No tiene la sociedad humana un carácter más peligroso que el del fanático, porque suponiéndole flaco de juicio, está expuesto a las sugerencias ajenas, y cuando tiene por sí algún discernimiento, se deja gobernar por sus propias ilusiones que santifican sus miras y todos sus interesados movimientos. De la clase de los primeros era Fletwood, quien por su extraordinario apego a la república y aun a la *quinta monarquía* y reinado de los santos, se prestaba dócil a las insinuaciones de los que merecían su confianza y le inspiraban aversión contra la dignidad de Protector. Uniéronse a la opinión de este general todos los republicanos del ejército como Fitz, Mason, Moss, Farley y otros muchos, y por de contado los oficiales del mismo partido que había licenciado Cromwell, como Overton, Ludlow, Rich, Okey, y Alured, quienes volvieron a presentarse y tomaron una autoridad que no había estado más que suspensa. Otro partido que estaba eclipsado en el favor de Ricardo, compuesto de Sydhenam, Kelsey, Berry, Haines y otros, se juntó también con aquella *cábala* y el mismo Desborough, tío del Protector, no tuvo el menor escrúpulo en prestarles el apoyo de su autoridad; pero sobre todo, lo que más inflamó aquellos ánimos inquietos fue los amaños de Lambert, que había salido de su retiro, y amenazaba el estado con una nueva convulsión. Todos los oficiales descontentos establecieron su cuartel general en casa de Fletwood y como vivía en el palacio de Wallingford, (Wallingford-house) éste fue nombre que se dio a todo el partido.

### **Cábala de Wallingford-house.**

Ricardo, que no tenía penetración ni firmeza, se dejó persuadir a que debía tolerar que los oficiales generales tuviesen consejo para hacerle proposiciones cuyas ventajas para el ejército le ponderaban mucho; mas no bien se reunieron cuando formaron una representación quejándose de que la antigua buena causa, como ellos decían, esto es, la que les había hecho tomar partido contra

el rey, estuviese abandonada; y para remediarlo, querían que toda la autoridad militar y el mando de los ejércitos se volviese a poner en manos de alguna persona en quien todos los partidos tuviesen confianza. Igual resolución adoptó la milicia urbana, sugerida por dos regidores, llamados Ireton y Fichburn.

No dejaron de inquietar aquellos movimientos al nuevo Protector, cuyos principales confidentes, a excepción de Broghill, eran de un carácter y profesión que no tenía conexión con las armas, como Fiennes, Thurloe, Whitloke y Wolsey, que no podían asistirle más que con sus consejos. No poseían estos ninguna de aquellas prendas propias para conciliarle el afecto de un ejército de entusiastas; y así a los primeros murmullos que estallaron contra varias promociones que hizo, dijo: «¿Querían que no diese preferencia más que a los santos?» Y añadió: «Ingoldsby no sabe orar ni predicar y con todo eso le prefiero a todos vosotros.»<sup>359</sup> Esta imprudencia ofendió mucho a los supuestos santos; pero en el fondo las demás prendas del Protector no merecían más que elogios, porque era dulce de condición, humano y generoso, tanto que habiéndole propuesto algunos de sus partidarios poner término a todas aquellas arterías con la muerte de Lambert, declaró «que no quería mando ni autoridad adquirida por medios sangrientos.»

### **Abdica Ricardo.**

No menos asustados se hallaban los comunes con las cábalas militares, y así mandaron que no se celebrasen más asambleas ni consejos generales de los oficiales sin orden expresa del Protector; lo cual no produjo más que un más próximo rompimiento, porque los oficiales se fueron en tumulto a Ricardo y pidieron la disolución del parlamento, llegando la brutalidad de Desborough hasta amenazarle si se atrevía a rehusarlo. No tenía Ricardo la suficiente resolución para rehusar ni la habilidad necesaria para resistir o diferir el negocio, y así fue disuelto<sup>360</sup> el parlamento y por el mismo acto ya fue mirado Ricardo como excluido del trono. En efecto poco tiempo después firmó su abdicación (22 de Abril.)<sup>361</sup>

---

359 Ludlow.

360 Otros historiadores, como Clarendon, Backer y Cooke refieren el suceso con más pormenores, pues dicen: «El 22 de abril tuvo aviso Ricardo de que los oficiales habían resuelto obligarle a disolver el parlamento, y él reunió su consejo para discurrir los medios de prevenir aquel golpe. El parecer del consejo era que rehusase abiertamente lo que le iba a pedir y se apoyase en el parlamento como el único medio para sostenerse; pero no se le indicaban los recursos para defenderse de los oficiales que ya principiaban a reunirse alrededor de Whitehall, contra los cuales verosímilmente hubiera sido inútil su guardia. Otros le aconsejaban que se saliese del palacio y dejase a los oficiales hacer lo que quisiesen contra el parlamento, sin tomar sobre sí la disolución; pero como los oficiales habían supuesto que adoptaría este último partido, ya habían tomado todas las salidas y apoderándose de los puestos de guardia que había en las inmediaciones. Últimamente, cada cual proponía un medio que para los demás ofrecía mil dificultades; entre tanto Desborough bien acompañado, solicitó de él una audiencia y le requirió de parte de los oficiales que disolviese el parlamento. Rehusó a los principios; pero se le dijo que cuidado con lo que hacía porque no sería impunemente, y al fin prometió firmar una comisión para la disolución del parlamento, mas como los comunes, enterados de lo que pasaba, se habían citado para de allí a tres días, fue preciso disolver el parlamento por medio de una proclamación.» Memorias de Ludlow, p. 113. (Nota del Traductor.)

361 Se conserva la carta por la cual consintió Ricardo en su dimisión luego que le fue pedida por un nuevo parlamento y como este documento pinta bien su carácter, lo copiamos aquí: «He leído la resolución de los oficiales y la declaración que os habéis servido enviarme ayer tarde, y para informar a la cámara acerca del primer artículo de su resolución, he mandado formar un estado de mis deudas que incluyo en la respuesta, por el cual se podrá ver en qué consisten y con qué motivo se contrajeron. Por lo que hace al artículo de la resolución por el cual estáis encargado de informaros de mí si me someto al gobierno de esta república tal como vos lo establecéis, es decir, bajo el mando de un parlamento, me lisonjeo de que mi anterior conducta habrá hecho ver que sé someterme a la voluntad de Dios y que prefiero la paz y felicidad de esta república a mis propios intereses. Deseo que por esto se juzgue de mi conducta futura que como espero, será conforme a la precedente con el auxilio de Dios, habiendo aprendido a someterme a la divina Providencia y no a resistir sus órdenes. Por lo que toca al último cambio que se ha hecho, aunque mis compromisos particulares me hayan impedido obrar para alterar el gobierno de esta nación, yo lo acepto libre y espontáneamente supuesto que ya está hecho, creyéndome tanto más obligado que otro alguno

No menos suave y moderado que su hermano era Enrique el gobernador de Irlanda, pero como sabían que tenía más vigor y habilidad, temían que hiciese alguna resistencia, porque se había ganado el afecto del pueblo irlandés y era considerable su autoridad para la edad que tenía. Con alguna más ambición es seguro que hubiera podido causar turbulencias; pero viéndose amenazado por sir Hardress Waller, por el coronel Jones y otros oficiales renunció su dignidad para retirarse a Inglaterra. Se asegura que había tenido intenciones de hacerse proclamar rey en Dublín y que le faltó resolución para ejecutarlo<sup>362</sup>.

Así cayó súbitamente de la cima de la grandeza a la condición privada la familia de Comwell, pero, por una rarísima felicidad, sin sufrir daños ni insultos. Ricardo continuó disfrutando un patrimonio de los más medianos y gravado con una cuantiosa deuda que había contraído para el entierro de su padre. Después de la restauración de la familia real, aunque nadie pensaba en molestarle, creyó prudente ausentarse por algunos años, y durante su viaje por el Languedoc, hallándose en Pezenas, fue presentado bajo un nombre supuesto en casa del príncipe de Conti, gobernador de aquella provincia. Cayó la conversación sobre las revoluciones de Inglaterra, y el príncipe, después de manifestar grande admiración del valor y destreza de Cromwell, añadió: «Por lo que hace al majadero de Ricardo ¿qué es de él? ¿como ha podido ser bastante negado para no sacar partido de los crímenes y de la fortuna de su padre?» Por desgracia para la sociedad, tienen tanto respeto los hombres al talento y a las grandes prendas, sin pararse en el bueno o mal uso que se haya hecho de ellos, que suele la sed de los aplausos populares servir de estímulo a la ambición, a la usurpación y a los desórdenes civiles. Aquella vida sencilla y pacífica condujo a Ricardo a una larga vejez, pues no murió hasta fines del reinado de la reina Ana, y sus virtudes sociales, harto más estimables que una capacidad de primer orden, obtuvieron una recompensa mucho más preciosa que el brillo de la fama, cual fue el contento y la tranquilidad del alma.

Una vez depositada la suprema autoridad en el consejo de oficiales, deliberaron acerca de la forma de gobierno que convenía establecer; y la mayor parte se inclinaba abiertamente a mantener el poder de las armas; pero temiendo que les sería difícil sujetar al pueblo a pagar las exorbitantes contribuciones que se le habían impuesto, convinieron en crear una sombra de administración civil y resucitar el parlamento largo que había disuelto Cromwell. El fundamento de su resolución fue que no se había podido disolver aquella asamblea sin su consentimiento, y que la facción violenta que había interrumpido su derecho al gobierno, no había sido capaz de destruirle. Por otra parte esperaban los oficiales que ya que el parlamento había conocido su propia debilidad e impotencia, se contentaría con una autoridad subordinada a los preceptos militares, y consentiría en dejar el verdadero mando en donde residía la fuerza.

Dirigiéronse los oficiales a Lenthal, orador o presidente de las últimas asambleas, y le propusieron su resolución, mas como Lenthal era un hombre tímido y dudaba del logro de sus medidas, buscaba medios de eludirlas, y así les respondió que un negocio de suma importancia de suyo que no podía diferir, por interesarse en él su salvación eterna, le imposibilitaba de satisfacer a los señores oficiales. Instáronle estos a que se explicase y él les dijo: «Me estoy preparando para la Cena del Señor que estoy resuelto a recibir el sábado próximo», a lo cual le replicaron ellos que la misericordia era preferible al sacrificio y que de ningún modo podía prepararse mejor para tan grande acción como contribuyendo al bien público»; pero fueron inútiles todas sus instancias, y con todo eso, habiendo sabido el orador que debía reunirse una gran porción de la cámara, tomó el partido, a pesar del importante negocio de su salvación, como observa Ludlow, de presentarse también en ella, y la cámara entró inmediatamente en discusión; mas en vano intentaron volver a ocupar sus puestos los miembros excluidos.

---

cuanto espero la protección del gobierno actual. Por tanto prometo conformarme pacíficamente con él y hacer de modo que ejecuten lo mismo cuantos por cualquier título dependan de mí» (Nota del Traductor.)

362 Colección de Carte, tomo II, p. 245.

## Vuelve el parlamento largo.

Fue poco numerosa aquella asamblea, pues no excedió de cuarenta el número de individuos que la componían, y había decaído además mucho su autoridad en la nación desde que el ejército la había eliminado y purgado, y muchísimo más desde que fue disuelta: pero como todos estaban poseídos de una violenta ambición y la mayor parte eran hombres diestros y experimentados, tomaron la resolución, apenas se vieron dueños de la autoridad suprema, y conocieron que los oficiales tenían necesidad de una sombra de parlamento para la ejecución de sus miras, de no hacer un papel subordinado con aquellos que se reconocían dependientes suyos. Formaron pues consejo en el que tuvieron gran cuidado de que no estuviesen en mayoría los oficiales del palacio de Wallingford, y nombraron a Fletwood teniente general, pero especificando en el despacho que la duración de su autoridad quedaría al arbitrario de la cámara. Eligieron siete personas que nombrasen para los mandos que pudiesen vacar, y en fin determinaron que todas las comisiones o despachos pasasen por las manos del orador y fuesen firmadas por él a nombre del parlamento. Estas precauciones, aunque débiles de suyo, desagradaron mucho a los oficiales generales y habría estallado su descontento con alguna resolución fatal a la cámara, sino se hubiesen visto como enfrenados por el temor del enemigo común.

El grueso de la nación se componía de realistas y presbiterianos, cuyos dos partidos habían visto con el mayor desagrado la dominación de aquel mal llamado parlamento. Cuando Cromwell le disolvió, cambiaron el odio en desprecio, y no perdonaron medio de ridiculizar la importante ambición de aquellos usurpadores. Al ver ahora restablecida su autoridad, todas las clases del estado sintieron una viva indignación mezclada con un justo temor de que aquellos tiranos la empleasen en vengarse de sus enemigos por lo mucho que les habían insultado. Formóse una especie de coalición entre los partidos más opuestos y convinieron en que dejando a un lado sus antiguas enemistades, reunieran todos sus esfuerzos para aniquilar el *rump*,<sup>363</sup> que éste era el nombre que se daba al parlamento, haciendo alusión a aquella parte del cuerpo que pasa por la más vil. Convencidos los presbiterianos por experiencia de que, por laudable que fuese su pasión por la libertad, les había conducido a excesos que no podían justificarse, estaban en ánimo, no sólo de olvidar sus rencores, sino también de restablecer a todo riesgo la familia real. Igual designio abrigaban la alta nobleza y la secundaria, conociendo que era el único que podía libertarlas de la esclavitud, y en una palabra, no alcanzaban la aversión al espíritu de bandería ni la indiferencia del bien público, a impedir que deseasen todos con ardor el término de una tiranía que, así en la parte civil como en la militar, era tan opresora como ruinoso para la nación.

## Conspiración de los realistas.

Aquel general realista Mordacunt que con tan buena suerte logró escapar con vida del tribunal supremo de justicia, parecía estar más animado que abatido con el recuerdo del reciente peligro, y como por su firmeza había adquirido toda la confianza del partido del rey, vino a ser naturalmente el centro de todas las conspiraciones. Ya en muchos condados estaban resueltos a tomar las armas, debiendo lord Willoughby de Parham y sir Horacio Townseud apoderarse de Lunn; Massey se había comprometido a hacerse dueño de Gloucester, lord Niwport, Little y algunos otros habían respondido de apoderarse de Shrewsbury, sir Jorge Boot, de Chester, sir Tomás Middletou, del norte de Gales; Arundel, Pollar, Granville y Trelawney, de Plymouth y de Exeter. Concertóse el día para la ejecución de todas estas empresas, y el rey, acompañado del duque de York, había llegado secretamente a Calais con resolución de ponerse en persona al frente de sus partidarios, habiéndole prometido la Francia un pequeño cuerpo de tropas para facilitar las primeras sublevaciones de los ingleses.

---

363 Es decir, la rabadilla.

Mas un proyecto tan bien concebido se desconcertó por la traición de sir Ricardo Willes que mantenía con el parlamento la misma correspondencia que había principiado con Oliverio Cromwell. Se había comprometido a descubrir todas las conspiraciones sólo en la parte precisa para detener su efecto, pero se había reservado el derecho de ocultar los nombres de los conspiradores, y sobre todo se resistía a nombrar ninguno de los antiguos y nobles *caballeros* pues éste era el nombre que daban a los realistas, que en una y otra fortuna se habían declarado en favor de la causa real. Hacía profesión de estimar y aun de amar a estos valientes ingleses; pero a los que no hacía escrúpulo de vender era a los presbiterianos nuevamente convertidos o a los realistas tibios que, desanimados con los reveses, estaban resueltos a no exponerse a nuevos peligros; lo cual prueba cuan difícil es aun a los corazones más corrompidos renunciar enteramente a los deberes de la moral y de la sociedad.

En todos los condados se llenaron las cárceles, de conspiradores (junio), al paso que otros, admirados de verse vendidos sin conocer a los pérfidos, abandonaron el reino o permanecieron en inacción. Por otra parte fueron tantas las tormentas que sobrevinieron durante el tiempo que se había fijado para la reunión, que unos no pudieron acudir a la cita y otros, viendo una serie de fenómenos tan raros en mitad del estío, se contuvieron por temor o por superstición. El único que se ejecutó de todos aquellos proyectos y a pesar de todos los obstáculos fue el de Booth para apoderarse de Chester, en cuya empresa tomaron parte lord Derby, lord Herbert de Cherbury, Mr. Lee y el coronel Morgan. Sir Guillermo Middleton se agregó a Booth con algunas tropas del norte de Gales, y aquel cuerpo de realistas llegó a subyugar a todo el que intentó resistir en aquel distrito. No se nombró al rey en su declaración, limitándose a pedir un pleno y libre parlamento.

### **Se sofoca la rebelión.**

Inquietóse éste justamente, porque aquellos obstinados republicanos no ignoraban cuán dispuesto estaba el terreno contra ellos y se veían muy amenazados. Era Booth de una familia de presbiterianos celosos y por lo mismo, miraron como un síntoma peligroso su unión con el partido realista: tenían una multitud de oficiales cuya fidelidad les parecía menos sospechosa que la de Lambert, pero ninguno tan activo ni capaz como él, y así le confiaron la comisión de sujetar a los sublevados. Fue increíble su diligencia y Booth tuvo la imprudencia de aventurarse fuera de Chester y exponer sus noveles tropas contra aquellos atrevidos veteranos, de modo que fue prontamente batido y hecho prisionero; quedó disuelto su partido y el parlamento no tuvo otra cosa que hacer sino mandar prender en todas partes a sus enemigos ocultos o declarados, y hasta pensó en deportar a la Jamaica, a las Barbados y a otras colonias a todas las familias adictas al rey, de miedo de que cundiese el contagio por Inglaterra con los hijos que nacieran de ellas y que probablemente sacarían las mismas malignas inclinaciones.

Este suceso fue el que aceleró la ruina del parlamento, porque Lambert, al frente de un cuerpo de tropas, no era menos peligroso que Booth. Le regaló el parlamento mil libras esterlinas que él repartió entre sus oficiales, y bien pronto a instigación suya formaron una petición que entregaron a Fletwood, hombre débil pero honrado, si es que la buena fe mezclada con la locura merece semejante nombre. El objeto era que se nombrase a Fletwood comandante en jefe, y mayor general a Lambert, a Desborough, general de la caballería y a Monk mayor general de infantería. A esta demanda se añadía que ningún oficial pudiese ser depuesto de su grado sino por un consejo de guerra.

Asustado el parlamento del peligro, depuso inmediatamente a Lambert, a Desborough, a Berry, Clerke, Barrow, Kelsey y Cobbet; y hasta propuso sir Arturo Haselrig que se acusase a Lambert de alta traición. Fue despojado Fletwood del mando general, y la cámara nombró siete personas, entre las cuales fue comprendido él, para el mando ordinario del ejército. También declaró reos de alta traición a los que emprendiesen sacar contribuciones sin su participación.

## Expulsión del parlamento.

Pero todos estos decretos eran unas armas muy débiles contra la espada de los soldados, y así se puso Lambert en marcha con algunas tropas para decidir la cuestión. Okey, que quería salir con su regimiento al socorro del *rump*, fue abandonado de todos sus soldados; Morley y Moff se fueron con los suyos a Palace-Iard, resueltos a oponerse a la violencia de Lambert (13 de octubre); pero este astuto general conocía un medio fácil de disiparlos. Colocó sus tropas en los pasillos que conducían a la sala de Westminster, y cuando se acercó el orador a ella, los soldados cogieron por la brida los caballos de su coche y le volvieron a su casa con mucha cortesía; igualmente se cortó el paso a los demás miembros, y los dos regimientos que estaban sobre las armas en el patio (Palace-Iard), por no exponerse a la burla que les estaban haciendo, se volvieron en paz a sus cuarteles. Poco tiempo antes de aquella expedición había observado el ejército un día de ayuno solemne, y es digno de notarse que por lo común era esta ceremonia un preludio de las violencias más señaladas.

## Consejo de seguridad.

Revestidos por segunda vez los oficiales de la suprema autoridad resolvieron conservar invariablemente la sustancia de ella sin dejar en otras manos más que la sombra o apariencia; y para esto eligieron una comisión de veinte y tres personas, de las cuales siete habían de ser oficiales (26 de octubre) a quienes querían confiar la autoridad soberana bajo el nombre de comisión o consejo de seguridad. No hablaban de otra cosa que de convocar un parlamento elegido por el pueblo; pero en la realidad dieron algunos pasos para escoger un parlamento militar, compuesto de oficiales que debían elegirse en cada regimiento de los que estaban en actual servicio<sup>364</sup>. Todas las provincias de los tres reinos se hallaban sobrecogidas de los más tristes temores, pues la nobleza recelaba una matanza general, y lo restante del pueblo, una perpetua esclavitud bajo aquellos santificados bandidos, cuya unión y divisiones eran igualmente destructoras, y que, so pretexto de iluminaciones superiores, no dejarían de arrancar, si les era posible, todos los gérmenes de la moral privada, así como ya habían arruinado las leyes públicas y todos los principios de justicia en Inglaterra y en sus dominios.

## Negocios extranjeros.

Mientras que la nación inglesa se hallaba en tan deplorable situación, los demás reinos de Europa daban grandes pasos hacia la terminación de las turbulencias que los habían agitado por tanto tiempo. Mientras que el parlamento de Inglaterra conservó su autoridad, en lugar de seguir la destructora política de Cromwell y dar mayores fuerzas a la Suecia conquistadora, abrazó las prudentes máximas de la república holandesa y decidió de concierto con los Estados Generales proporcionar por la fuerza de las armas un acomodamiento entre las potencias del norte. Envío a Montague con una escuadra al mar Báltico, acompañado del famoso republicano Algernou Sidney en calidad de embajador. Encontró este al monarca sueco ocupado en el sitio de Copenhague, que era la capital de su enemigo, y tuvo la mayor satisfacción en poder interrumpir, con arrogancia romana, los progresos de un rey y emplear con gran brillo las ventajas de la libertad sobre la tiranía. Mucho se indignó aquel ambicioso príncipe al verse precisado a aceptar la mediación imperiosa de las dos repúblicas. «Es cosa terrible —exclamó—, que me impongan la ley parricidas y buhoneros»; pero como todas sus tropas estaban encerradas en una isla y podían cortárseles los víveres por la doble

---

364 Ludlow.



escuadra de Inglaterra y Holanda, se vio precisado a soltar su presa, que ya tenía por segura, y ajustó un tratado de paz con Dinamarca, retirándose a sus estados, donde murió poco después.

También se terminaron con el tratado de los Pirineos las guerras entre Francia y España que por tanto tiempo habían durado entre estos dos estados rivales, a pesar de estar gobernados ambos por un hermano y una hermana que se amaban y estimaban cordialmente; pero después de haber prevalecido por largo tiempo la política sobre los más dulces afectos, hubo de ceder a su benéfico influjo y jamás hubo triunfo más completo. Los Países Bajos españoles, por no decir todas las comarcas de aquel vasto imperio, se hallaban casi abiertas a su enemigo, porque los ejércitos estaban disueltos, la hacienda en desorden y sin otro recurso para las provincias dispersas de España contra los esfuerzos vigorosos de la Francia que unos consejos lentos e irresolutos; pero Ana de Austria, inquieta por la suerte de su hermano, atajó a fuerza de instancias y con su autoridad sobre el cardenal ministro los progresos de las conquistas francesas, y se vio poner término con moderación a una contienda principiada por la ambición y coronada por la victoria, cosa por cierto bien opuesta a la naturaleza de las humanas disensiones. El joven Luis, rey de Francia, aunque de carácter ambicioso y guerrero, ocupado únicamente entonces en los placeres del amor y la galantería, había abandonado las riendas de su imperio en manos del político ministro, y permaneció como espectador indiferente mientras que se le arrebatava una ocasión y pretextos de conquista, que no volvieron a presentársele en todo el discurso de su activo reinado.

Mazarino y D. Luis de Haro, ministros de las dos coronas, se vieron al pie de los Pirineos en la isleta de los Faisanes, sitio, digámoslo así, neutral entre los dos reinos. Hubo frecuentes conferencias para arreglar la conclusión de un tratado, y ajustado éste, convinieron los dos monarcas en tener una entrevista donde se presentaron las dos cortes con todo su brillo entre aquellas ásperas montañas. Felipe llevó consigo a su hija María Teresa, y dándosela en matrimonio a Luis, hijo de su hermana, creyó cimentar con aquel nuevo vínculo los intereses incompatibles de las dos monarquías. El rey de Francia renunció solemnemente a toda sucesión que pudiera corresponderle por su mujer, vana formalidad harto débil para poner coto a la desenfrenada ambición de los príncipes.

Se hallaban en tal desorden las cosas de Inglaterra que no pareció posible que tomase parte en aquel tratado ni convenir en medida alguna con una potencia cuya situación era tan precaria. Desesperado Carlos de ver que eran vanas todas las tentativas hechas en su favor, se vio precisado a recurrir al flaco recurso de los auxilios extranjeros, y acudió al congreso de los Pirineos cuando los dos ministros estaban en todo el calor de las negociaciones. Don Luis le recibió con aquella generosa cortesía que es peculiar de su nación, y manifestó que le asistiría muy gustoso si lo permitiera el fatal estado de los negocios de España; pero el suspicaz Mazarino, excusándose con la alianza que mediaba entre su amo y la república inglesa, rehusó hasta recibir a Carlos, y aunque se dice que este príncipe ofreció al cardenal casarse con su sobrina<sup>365</sup>, no pudo conseguir en aquellas circunstancias sino muestras de respeto y vanas ofertas de servicios.

Ya todo el mundo tenía por desesperada su situación, pues que todos sus partidarios se habían estrellado en cuanto habían emprendido por su causa, y había corrido por los cadalsos la sangre de los más celosos realistas, mientras otros padecían largas y enojosas prisiones, y estaban disipados los bienes de unos y otros con multas y confiscaciones. Los más osados y leales no se atrevían a declarar abiertamente su partido; y a juzgar por las apariencias, era tan corto su número, que, aun suponiendo restablecida la libertad en la nación, cosa que parecía muy poco verosímil, no era fácil adivinar cual sería la forma de gobierno que adoptase. Sin embargo, en medio de aquella tenebrosa perspectiva, abrió la fortuna por medio de una extraña revolución un camino al rey para ascender pacífico y triunfante al trono de sus mayores. Debióse aquella feliz mudanza a la prudencia y lealtad del general Monk.

---

365 Memorias del rey Jacobo.

## **El general Monk.**

Jorge Monk, a quien reservaba el destino la honra de restaurar la monarquía y terminar las sangrientas disensiones de los tres reinos, era el segundo de los hijos de una antigua y noble familia del Devonshire, aunque algo decaída en los últimos tiempos por ser con exceso pródiga y hospitalaria. Casi desde la infancia se había dedicado Monk a la profesión militar, haciendo sus primeras armas en las desgraciadas expediciones de Cádiz y de la isla de Rhé. Después que la Inglaterra hizo la paz con sus vecinos, fue a buscar la experiencia militar en los Países Bajos, que era una escuela de guerra para todas las naciones europeas, y de grado en grado se vio al frente de una compañía a las órdenes de Goring. Componíase de 200 hombres, de los cuales la mitad eran voluntarios y aun gentes ricas y bien nacidas, no faltando entre ellos algunos de la primera nobleza que se mantenían a su costa con mucha esplendidez, cosa bastante común entonces en toda la nación. A las primeras voces de guerra contra Escocia, se volvió Monk a su patria, tanto por adelantar en su carrera como por manifestar su resentimiento contra los Estados Generales por algunos motivos de disgusto que había recibido hallándose a su servicio. Luego que se pacificó la Escocia, le empleó el conde de Leicester contra los rebeldes de Irlanda, y habiendo conseguido muy pronto un regimiento, logró hacerse notable por su destreza militar así como por su valor y prudencia. Sin ostentación y sin gastos ni afectados halagos, sino puramente por la suavidad y constancia de su carácter, adquirió la amistad del soldado, quien en su lenguaje ordinario mezclado de familiaridad y cariño, le llamaba el honrado Jorge Monk; y este nombre se le continuó por las tropas hasta el tiempo de su mayor elevación. No menos se distinguió por su moderación en el partido a que pertenecía, y mientras que en su derredor todo era saña contra la facción opuesta, él conservó tan constantemente su moderación y serenidad, que llegó a hacerse sospechoso. Se acreditaban con tal facilidad esta clase de imputaciones, que habiendo sido llamado a Inglaterra el ejército irlandés, recibió orden de dejar el mando y presentarse en Oxford para justificar su conducta. Sirvióle de mucho en aquella ocasión su reputación de rectitud y buena fe, pues con solo protestar de su inocencia, se le devolvió el mando de su regimiento con quien se fue a reunir en el sitio de Nantwich.

Al día siguiente de su llegada atacó Fairfax a los realistas mandados por Biron, los puso en derrota e hizo prisionero a Monk. Lleváronle a la Torre de Londres, donde por espacio de dos años sufrió todos los rigores de la cautividad y la indignidad; pero con todo eso el rey estaba tan reconocido a sus servicios, que le envió un socorro de 100 guineas, en medio de sus propios apuros; mas no pudo conseguir su libertad hasta la completa rendición de los realistas. Por grandes que fuesen sus desgracias, siempre cerró los oídos a las seducciones del parlamento; mas sin embargo Cromwell, que conocía su mérito, le instó vivamente para que tomase parte en las guerras contra Irlanda a quien se tenía por tan rebelde al rey como al parlamento, y entonces con la esperanza de restablecer su fortuna, aceptó un mando que creyó poder conciliar con sus principios de honor. Una vez puesto en el servicio del parlamento, la necesidad le obligaba a recibir sus órdenes, y se vio precisado a combatir en Irlanda contra el marqués de Ormond y más adelante contra el rey mismo en Escocia. Después de la rendición de los escoceses, le dejaron en aquella parte de la isla Británica con el mando supremo, y tanto por la suavidad como por la justicia de su conducta, llegó a calmar a una nación tan inquieta, reducida al fin bajo el yugo de unos vencedores a quienes detestaba. No menos grato fue su gobierno a las tropas, y como previó que el afecto de las que tenía bajo sus órdenes podía serle muy útil algún día, no dejó de cultivarlo con tan buen éxito como nobleza.

## **Se declara Monk por el parlamento.**

Las relaciones que había tenido con su bienhechor Cromwell le habían hecho conservar fidelidad a su hijo Ricardo, a quien había encargado su padre que se condujese por los consejos de

Monk. Cuando se restableció el parlamento largo, se encontró con la confirmación de su mando en Escocia, que tal vez hubiera sido aventurado quitarle. Cuando los oficiales deshicieron el parlamento, protestó contra aquella violencia, y se preparó, según los términos de sus proclamas, a vengar los privilegios violados de la cámara; pero desde los primeros días se sospechó que, ya fuese en favor de la cámara, ya en el suyo propio, los motivos de su conducta envolvían miras más profundas.

Mucho tiempo hacía que se notaba una especie de rivalidad entre él y Lambert, y todo el mundo veía bien claras las razones que tenía para oponerse a los adelantos de aquel ambicioso general, de quien no podía dudar que si triunfaba, al momento anularía su autoridad; pero Monk no había tenido nunca muchas relaciones con los corifeos actuales del parlamento y no había apariencia de que pretendiese emplear su habilidad ni derramar su sangre para elevar a un enemigo sobre otro. Se ignora la época en que formó su designio de restablecer al rey; pero es verosímil que apenas fue depuesto Ricardo, creyó que sin una medida de esta naturaleza sería imposible dar una forma regular al gobierno. El mayor y el más joven de sus hermanos eran ciegos parciales del rey, y sus parientes cercanos los Granville estaban por la misma causa, mas por lo que hace a él, jamás había estado muy poseído de los vapores del entusiasmo ni tenido comunicación estrecha con las sectas fanáticas. Se había visto ligado a los principios en favor del rey, y si dejó su servicio, no por eso tenía el más leve descontento, ni tampoco había cometido violencia alguna cuando abrazó otros intereses ni mostrado un rigor excesivo que pudiese hacer sospechosas sus disposiciones. Así, su retorno a la sumisión fue libre y franco, sin que se pudiese sospechar que su inclinación natural a este paso luchase con otras miras que no fuesen las de propia elevación o con el designio de suceder a los Cromwell; pero unos proyectos tan exorbitantes, por no decir imposibles, se avenían mal con su cordura y moderación naturales, y con la solidez de su juicio, aun prescindiendo de que su edad era ya bastante avanzada. Siempre estuvo persuadido de que Cromwell no podría mantenerse en el poder mucho tiempo<sup>366</sup>, y debía considerar que aun con todo el ingenio de este era difícilísimo conseguir el triunfo por unos medios contra los cuales una larga experiencia había puesto a todos muy alerta. Parece pues más conforme no sólo al carácter de Monk, sino también a la recta razón suponer que en los primeros movimientos, lo que quiso fue restaurar al rey, sin que sirvan de gran peso cuantos argumentos quieran deducirse del silencio que guardó con el mismo Carlos; porque fuera de que Monk era naturalmente reservado, las circunstancias le obligaban a guardar mucho disimulo, y más sabiendo que Carlos estaba rodeado de espías y traidores. Últimamente, sería un cruel empeño interpretar mal una conducta que debe dar una alta idea de su prudencia.

Sir Juan Granville, con la esperanza de persuadir al general a que se declarase por el rey, envió a Escocia a su hermano el doctor Monk, eclesiástico, con una carta del príncipe, y cuando llegó, le dijeron que no podía ver al general hasta dentro de algunas horas porque estaba en un consejo de oficiales; pero entre tanto le recibió muy bien el capellán de la casa que se llamaba Price, hombre de conocida probidad y partidario de la familia real. Lleno de confianza el doctor estuvo hablando con él largamente sobre el objeto de su viaje y le suplicó que le ayudase con su influjo en aquella ocasión. Por fin llegó el general y se abrazaron los dos hermanos, dándose recíproca cuenta de sus asuntos de familia, después de lo cual le enteró el doctor de su comisión; mas apenas había principiado, le interrumpió Monk preguntándole si había hablado sobre ella con alguna persona, y el otro le dijo con nadie sino con Mr. Price, porque le constaba la confianza que con él tenía; oído lo cual se inmutó el general, no quiso continuar oyendo las declaraciones de su hermano y le despachó por la primera ocasión. Le bastaba que su hermano se hubiese descubierto con el capellán, a pesar de ser el hombre de quien él se había fiado mejor<sup>367</sup>, para no tener confianza en su discreción.

Igual prudencia observaba en todas las demás circunstancias de su conducta, y en efecto bien la necesitaba para la ejecución de una empresa tan importante y difícil a que concretaba todas sus ideas. Inmediatamente licenció a todos los oficiales de quienes tenía alguna desconfianza y mandó

366 Vida de Monk por Grumble p. 93.

367 Defensa del general Monk por lord Lansdown.

prender a Cobbet, que había venido de orden de los consejos de seguridad bajo pretexto de informarle de sus resoluciones, pero realmente con la mira de corresponder al ejército. Reunió diferentes regimientos que tenía dispersos, y convocó una asamblea que se asemejaba en algo a los estados de Escocia, manifestándole la resolución que había tomado de marchar a Inglaterra, lo cual le valió un subsidio, aunque corto, pero que le fue muy útil para sus miras.

Noticioso de que Lambert se adelantaba con su ejército hacia el norte, despachó Monk a Clobery para Londres, acompañado de otros dos comisionados, para declarar que su inclinación le llamaba a la paz y a proponer términos de algún acomodamiento. Era su objeto temporizar y retardar los preparativos de sus enemigos, treta que le salió muy bien con el consejo de seguridad, pues en efecto firmaron Clobery y sus compañeros un tratado que luego rehusó ratificar Monk so pretexto de que los comisionados se habían excedido de sus poderes. Entre tanto propuso otra negociación en Newcastle y también se dejó engañar el consejo con aquella falaz propuesta.

Por otra parte aquellos soberanos militares estaban rodeados de obstáculos (noviembre) que de ningún modo podían superar, porque la nación había caído en una verdadera anarquía y con haberse negado al pago de las contribuciones, ponía al ejército en la mayor necesidad. Mientras que las tropas de Lambert se reunían en Newcastle, tomaron posesión Haselrig y Morley de Portsmouth y se declararon por el parlamento, y habiéndose destacado contra ellos una partida, se dejó persuadir por su comandante a abrazar la misma causa. Subleváronse en masa los aprendices de Londres pidiendo un parlamento libre, pero apagó desde los principios aquel movimiento el coronel Hewson, que desde la humilde profesión de zapatero de viejo había ascendido a aquel grado en el ejército; todavía sin embargo se descubrieron en Londres síntomas de otro descontento más peligroso, y hasta llegó a establecerse allí una especie de gobierno separado, y la ciudad tomó la autoridad suprema dentro de los muros: al poco tiempo llegó al Támesis con su escuadra el almirante Lawson, que se declaró por el parlamento. No bien supieron esta noticia Haselrig y Morley cuando salieron de Portsmouth y avanzaron hacia a Londres, al mismo tiempo que los regimientos de las cercanías, seducidos por sus antiguos oficiales, a quienes el consejo de seguridad había quitado sus empleos, se sublevaron en favor del parlamento. Otro regimiento, que era el de Desborough, a quien destacó Lambert al socorro de sus amigos, apenas llegó a St. Albans se declaró también en favor de aquella asamblea.

Era demasiado débil la mano de Fletwood para sostener una fábrica tan mal cimentada que se iba arruinando por todas partes. Cuando le avisaban de algunos murmullos entre los soldados, se ponía de rodillas a orar y costaba no poco trabajo hacerle salir a ponerse al frente de las tropas. Muchas veces, en medio de las asambleas militares y en la mitad de una arenga, instaba a todos los concurrentes a hincarse de rodillas y orar, dándoles él el ejemplo; y cuando algunos de sus amigos le aconsejaban que tuviese más vigor, les respondía «que Dios le había escupido en el rostro y que ya no quería oírle.» Entonces no extrañó nadie que Lambert le hubiese hecho elevar a la dignidad de general, contentándose con ser su segundo en el ejército.

### **Se restablece el parlamento.**

Volvió el orador de la cámara, Lenthal, a recobrar su autoridad a instancia de los oficiales y se aventuró a reunir el parlamento (26 de diciembre) que había sido disuelto por dos veces con tanta ignominia; y no bien se hubo reunido la cámara cuando revocó el acuerdo contra el pago de la *excise* y los derechos de entrada: nombró comisarios que designasen sus cuarteles al ejército, y sin hacer caso de Lambert, envió a las tropas que este mandaba la orden de marchar inmediatamente a sus guarniciones.

1660. Hallábase este último en una situación muy embarazosa (1.º de enero) porque veía a Monk que avanzaba sobre él después de haber pasado el Tewd en Coldstream, y sus soldados le iban abandonando para pasarse al enemigo durante su marcha. Al mismo tiempo supo que Fairfax

había levantado fuerzas y apoderándose de York sin declarar cuales fuesen sus intentos, y las últimas órdenes del parlamento, le despojaron de su ejército sin dejarle más que unos 100 caballos: todo lo restante se retiró tranquilamente a sus cuarteles y a los pocos días se le encerró a él en la torre. Los demás oficiales del grande ejército que habían sido licenciados por el parlamento y vuelto a tomar sus mandos para subyugarle, volvieron a ser licenciados de nuevo y arrestados en sus casas: sir Enrique Vane y otros miembros, que habían obrado de concierto con el consejo de seguridad, recibieron también orden de no alejarse; y últimamente la cámara pareció haberse revestido de una autoridad más absoluta que nunca y superior a todo peligro de oposición o contradicción.

Estaba entonces el partido republicano dirigido por dos corifeos, que eran Haselrig y Vane, hombres de un carácter muy opuesto y que se aborrecían mortalmente. Era mayor el crédito del primero en el parlamento, pero era de humor altivo, imperioso y precipitado, esclavo de la vanagloria, descortés, imprudente y que solo se distinguía por su bulliciosa obstinación en querer adquirir ascendiente en las públicas deliberaciones. Por el contrario, Vane se distinguía en el trato civil por su moderación, finura y solidez de juicio; mas en todas las especulaciones religiosas, solo por sus excesos de locura y extravagancia. Era lo que se llama un perfecto entusiasta, que creyéndose favorecido con inspiraciones del cielo, se miraba, según el lenguaje de aquellos tiempos, *como superior a los decretos*, y dispensado, a causa de su perfección, de todas las reglas que rigen a los mortales ordinarios. Mezclada esta locura con el orgullo, se había corrompido su buen seso hasta persuadirse algunas veces «de que era el hombre destinado por Dios para reinar mil años sobre la asamblea de los fieles.»<sup>368</sup>

Aunque ya estaba informado Monk de la restauración del parlamento, de quien no recibía orden alguna, continuaba avanzando con su ejército que se componía de unos 6.000 hombres. Eran por lo menos triples las fuerzas esparcidas por Inglaterra, y Fairfax, resuelto en el fondo de su corazón a declararse por el rey, pero sin poder penetrar cuáles fuesen las intenciones del general, se había retirado a sus posesiones de Yorkshire. Veía Monk en todos los distritos por donde pasaba que se le acercaba la principal nobleza, instándole con viva impaciencia para que sirviese de instrumento a la restauración de la paz y sosiego nacional y al restablecimiento de aquellas libertades a que su nacimiento le daba derecho por la ley, pero que por espacio de tantos años eran desconocidas a la nación. Parece que sus miras se dirigían a que él consiguiese o la vuelta de los miembros del parlamento que se habían excluido cuando ocurrió la muerte del rey, o la elección de otro nuevo que legalmente y por consentimiento unánime pudiese recuperar el gobierno de la nación. Aunque Monk se guardó bien de manifestar que apoyaba aquellas peticiones, el rayo solo de esperanza que daba el conocimiento de su carácter y situación animaba mucho a todos los corazones. La tiranía y la anarquía que oprimían casi igualmente a la nación, juntas con la experiencia de las pasadas desgracias, el temor de las convulsiones futuras y la indignación contra la usurpación militar y contra la hipocresía santificada, todas estas razones habían venido a reunir todos los partidos, excepto el más desesperado, en los más vivos deseos de la restauración del rey, único remedio a tantas calamidades.

Envió el parlamento a Scot y a Robinson con el título de diputados, bajo pretexto de felicitar al general, pero en la realidad para observarle; y la ciudad de Londres le despachó también cuatro de sus principales ciudadanos para hacerle el mismo cumplido y confirmarle al mismo tiempo en su inclinación a un parlamento libre, que era el objeto de las súplicas y esfuerzos de toda la nación. Apenas bastó la autoridad de Monk para salvar a los diputados parlamentarios de los insultos que les prodigaban en todas partes, tales eran el odio y el desprecio que inspiraban sus comitentes.

---

368 Clarendon.

## **Entra Monk en Londres y se declara por un parlamento libre.**

Continuó Monk su marcha con poca interrupción hasta St.-Albans, y desde allí envió a suplicar al parlamento que alejase de Londres los regimientos que hacían entonces profesión de volver a su deber, pero que poco antes habían amenazado a la cámara con sus violencias. Mucha inquietud causó en el *rump* aquella demanda tan inesperada, pues conoció que le era preciso todavía depender de un ejército, y que se alejaba cada vez más su imaginaria soberanía; mas sin embargo no le quedaba otro arbitrio que obedecer, aunque los soldados pusieron más dificultades y hasta se sublevaron. Un regimiento, al que habían asignado por cuartel el palacio de Somerset, rehusó abiertamente ceder el puesto al ejército del norte (3 de febrero); pero no estaban allí o se hallaban arrestados aquellos oficiales que habían aprovechado la ocasión de armar contienda, y con la falta de sus jefes se vieron forzados los soldados a la sumisión, aunque con bastante repugnancia. Monk con su ejército se acuarteló en Westminster (6 de febrero).

El mismo día fue admitido en la cámara, y Lenthal, en nombre de la asamblea, le dio gracias por los eminentes servicios que había hecho a la patria. Era Monk un orador sesudo, pero sin elocuencia, y así dijo sencillamente a la cámara que los servicios que había prestado no eran más que una obligación de todo hombre de bien y no merecían de modo alguno los elogios con que se tenía la bondad de honrarle; que entre otras muchas personas que valían más que él, y a quienes el parlamento había investido con su comisión, él se hallaba empleado por la Providencia como instrumento para el restablecimiento de la cámara; pero que consideraba este primer servicio tan sólo como un paso para otros más importantes que debía hacer a la nación; que en todo el trascurso de su marcha había observado en todas partes que todas las clases del estado aguardaban con impaciencia algún establecimiento fijo después de tan violentas convulsiones y no esperaban esta dicha sino de la disolución del parlamento actual y de la convocación de una nueva asamblea libre y completa, que sin hallarse comprometida con juramentos ni otros vínculos, pudiese al fin satisfacer completamente a la nación; que con esta mira se le habían hecho diferentes proposiciones, pero que concretándose a los límites de su deber, siempre les había respondido que el parlamento, ahora que estaba del todo libre y no tardaría en hallarse completo, era el mejor juez de aquellas medidas y que toda la nación debía someterse a sus reglamentos; que después de haberse explicado en aquellos términos con el pueblo, debía advertir francamente a la cámara que cuanto menos compromisos se le exigiesen, mayor extensión tendría su plan y mayor satisfacción causaría al público; en una palabra, que bastaba para la común seguridad que fuesen sólo excluidos los fanáticos y los realistas, supuesto que los principios de estas dos facciones eran ruinosos para el gobierno y la libertad.

Este discurso en que había una mezcla de cosas agradables y enojosas para la cámara y la nación, puso a todos los ánimos en suspenso y no disminuyó la incertidumbre en que parece que quería tener al público el general; pero era imposible que el reino permaneciese en aquella situación por mucho tiempo, y así el pueblo mismo y el parlamento adelantaron la decisión. Durante los últimos desórdenes se había interrumpido el pago de las contribuciones, y aunque el parlamento, después que fue llamado, renovó los decretos para que se pagasen, fue tan poco el respeto del pueblo a aquellos odiosos legisladores que la obediencia era lenta y como forzada. El ayuntamiento de Londres había rehusado rotundamente someterse al repartimiento decretado, declarando que no se creía obligado al pago de ninguna contribución ínterin no fuese impuesta por un parlamento libre y completo. Esta sola resolución bastaba para arruinar la autoridad del parlamento; mas con todo quiso la cámara en aquella ocasión poner francamente a la prueba su propio poder y la obediencia de su general.

Recibió Monk orden de entrar en Londres (9 de febrero), prender a doce personas las más opuestas al parlamento, quitar las cadenas y los postes de todas las calles, romper los rastrillos y puertas de la ciudad, dándole un muy corto término para deliberar sobre unas órdenes tan violentas. Todos quedaron igualmente sorprendidos y consternados al ver a Monk dispuesto a la obediencia, pues a pesar de las instancias de sus amigos y las representaciones de sus oficiales y los gritos del

pueblo, entró militarmente en la ciudad, prendió a cuantos proscriptos pudo encontrar, y los envió a la Torre; rompió las puertas y los rastrillos con todas las demostraciones de desprecio, y en fin, dejando la ciudad expuesta a la befa de cuantos la odiaban, se volvió como en triunfo a sus cuarteles de Westminster.

Sin embargo, apenas tuvo tiempo para reflexionar sobre ello, cuando en vez de considerar su conducta como una continuación de la prudente neutralidad que había observado hasta entonces, conoció que era haber tomado partido sin reserva y entregándose él y la nación a merced de un parlamento tiránico, cuyo poder había sido largo tiempo odioso así como eran despreciados los que le ejercían. Por tanto resolvió no aguardar a que fuese demasiado tarde para reparar un error cuyo peligro conocía y para dar a conocer sin rebozo que no estaba dispuesto a servir de ministro a la violencia y a la usurpación. Después de haberse quejado del odioso servicio a que no habían tenido reparo en destinarle, escribió a la cámara (11 de febrero) echándole en cara no sólo las nuevas tramas que había formado con Vane y con Lambert, sino también las buenas esperanzas que había dado a la fanática petición de Alaba a Dios Barebone. Al mismo tiempo la suplicaba en nombre de los ciudadanos, de los soldados y de toda la república que en el término de una semana despachase cartas convocatorias, fijando el tiempo de su propia disolución y la renuncia del nuevo parlamento. Al instante que escribió esta carta, con la cual creyó poder restablecer la opinión de su buena fe, se puso en marcha hacia la ciudad con su ejército e hizo que se diese aviso al corregidor Allen para que reuniese el ayuntamiento en Guildhall. Allí, después de repetirles mil excusas y apologías de lo que se había visto forzado a hacer dos días antes, les propuso que formasen la más estrecha unión entre la ciudad y el ejército en todo lo relativo a la felicidad y solidez de la república.

Según se explican los historiadores contemporáneos, es imposible pintar el gozo y entusiasmo que se mostró en todos los barrios de Londres luego que se supo la feliz resolución que había tomado Monk. Parecía que de repente había salido la perspectiva de la paz, de la concordia, de la libertad y de la justicia de entre las densas tinieblas en que estaba sepultada la nación. Así los realistas como los presbiterianos, olvidaban sus mutuos rencores, confundieron sus sentimientos y expresiones de la común felicidad, haciendo votos al cielo de no auxiliar jamás la pérfida ambición de los tiranos con sus funestas divisiones: el populacho, siempre más tumultuoso en sus alegrías, hizo resonar el aire con aclamaciones, y se iluminaron todas las calles como en un día de triunfo, mezclando las alabanzas y aplausos al general con las explosiones de odio contra el *rump*, contra el cual se agotaron las más ridículas invenciones. En todas las hogueras iban tostando rabadillas de animales, y cuando ya no se encontraban, las suplían con trozos de carne que imitaban aquella forma. Decía el pueblo que aquellos eran los funerales del parlamento, y los celebraba con escarnio y muestras de la más desenfadada execración.

En medio de las últimas convulsiones de la desesperación, resolvió el parlamento aventurar todavía un esfuerzo para restablecer su autoridad, que fue hacer ofertas al general; pero Monk no quiso escucharlas sino en presencia de algunos de los miembros excluidos; y hubo muchas personas agitadas de remordimientos o de fanatismo que prometieron conferirle la suprema dignidad y defender su gobierno con tal que prestase oídos a sus insensatas proposiciones. Después de haber arreglado su correspondencia con la ciudad y confiado la milicia a jefes cuya fidelidad no era sospechosa, volvió a tomar con su ejército el camino de Westminster para ocuparse en la suerte futura de la nación. Al mismo tiempo que afectaba mantener los principios republicanos, daba grandes pasos hacia el restablecimiento de la antigua monarquía.

### **Reposición de los individuos excluidos y disolución del parlamento largo.**

A instancia del general se presentaron en la cámara los individuos excluidos de ella (21 de febrero), y no encontrando dificultad alguna en la puerta, no tardaron en formar la mayoría, por lo que una buena parte de los independientes, después de estar un rato mirándose unos a otros,

tomaron el partido de retirarse. Principiaron les nuevamente restablecidos por anular los decretos que los excluían; volvieron a poner a sir Jorge Booth y todo su partido en el goce de su libertad y bienes; renovaron la comisión del general con mucha mayor autoridad (16 de marzo), y arreglaron los repartimientos para la manutención de la escuadra y el ejército. Después de expedidos todos aquellos decretos para el arreglo actual del reino, decretaron por sí mismos su propia disolución y la convocación de un nuevo parlamento, cuya última operación se hizo con acuerdo del general que sabía muy bien que en medio de la diferencia de afectos, ideas y esperanzas, todos estaban acordes en detestar al parlamento largo.

Entonces se creó un consejo de Estado compuesto de personajes de dignidad y moderación notorias, cuya mayor parte habían representado gran papel en el partido presbiteriano durante las guerras civiles. Se nombraron jefes de la milicia capaces de favorecer el buen orden y dispuestos, en unión con el ejército de Monk, a refrenar al resto del que se hallaba disperso por las provincias, el cual era más numeroso y no dejaba de infundir sospechas. Entretanto Monk no se descuidaba en alejar a los oficiales sospechosos y mantener en sus tropas la disciplina y obediencia.

El gobernador de Hull, Overton, había declarado que se hallaba resuelto a conservar la posesión de aquella fortaleza hasta la llegada del *rey Jesús*; pero cuando Allured le presentó una orden del parlamento que le mandaba entregarla a Fairfax, no puso la menor dificultad en obedecerla.

Montague, que mandaba la escuadra del mar Báltico, había entrado en la conspiración de Booth y so pretexto de renovar las provisiones había dado la vela desde el Sound hacia la costa de Inglaterra con intento de favorecer la empresa de los realistas. Luego que llegó, supo la derrota de Booth y el desgraciado triunfo del parlamento; mas como los apuros actuales no permitiesen entonces que se examinara rigurosamente su conducta, había conseguido permiso para retirarse pacíficamente a su casa, pero en las nuevas circunstancias se le encargó por el mismo consejo el mando de la escuadra juntamente con Monk, a fin de conservar en manos seguras las fuerzas navales y terrestres.

A pesar de todos estos pasos que no podían dirigirse más que al restablecimiento de la monarquía, conservaba todavía Monk una apariencia de celo en favor de la república, sin haberse puesto en correspondencia con el rey. En la situación actual del reino era lo mismo convocar un parlamento libre que restablecer la familia real; pero sin embargo, no quiso el general manifestar con sus acciones que había adoptado la causa del rey y sólo la necesidad pudo arrancarle aquella confesión. No debe considerarse su silencio en los principios de la empresa como una objeción contra su buena fe, supuesto que guardó la misma cautela aun cuando las reglas más sencillas y sano juicio no dejaban la menor duda de su designio.

Hacía mucho tiempo que le unía una estrecha amistad con un pariente suyo cercano, llamado Morrice, sujeto de distinción en el Devonshire y hombre muy sedentario y aficionado a las letras; y éste fue el único confidente con quien deliberaba acerca de la importante empresa que había concebido. Sir Juan Granville estaba encargado por el rey de dirigirse a este Morrice para obtener una conferencia secreta con Monk, pero le respondió éste que podía hablar claro con el mismo Morrice, a lo cual no quiso condescender Granville, diciendo que no se explicaría con nadie sino con el general, y entonces fue cuando este profundo político, creyéndole digno de su confianza, le admitió a la conferencia y le declaró todos sus intentos, si bien rehusando todavía confiar nada al papel<sup>369</sup>. Sólo le dijo verbalmente que asegurase al rey de sus servicios y le dio entre otros consejos acerca de la conducta que debía observar, que saliese inmediatamente del territorio español. Recelaba y con razón que los españoles le retuviesen en rehenes para la restitución de Dunkerque y de la Jamaica; y en efecto, Carlos conoció lo conveniente de este dictamen y con no poca dificultad pudo salir de Bruselas y se dirigió a Breda. Con pocas horas que hubiese retardado su salida parece cierto que so pretexto de honor y respeto le hubieran detenido los españoles.

---

369 Ludlow.



Entonces se hicieron tentativas con Lockhart, gobernador de Dunkerque, de quien se sabía que no tenía aversión al rey, haciéndole considerar el estado del reino, la certeza de la restauración y la esperanza que debía concebir de obtener gran favor si quería anticiparse a los deseos de la nación y recibir al rey dentro de sus muros; pero respondió Lockart que él había recibido su comisión de un parlamento y no abriría sus puertas sino a esta misma autoridad<sup>370</sup>; y aunque en todas circunstancias aquel escrúpulo rayase en superstición, apenas hay escritor inglés que se atreva a censurarle.

En todas partes se declararon las elecciones para el nuevo parlamento en favor de la causa real y fue esto uno de aquellos torrentes populares en que los más indiferentes y aun los mismos de quienes se recelaba mayor oposición fueron arrastrados por el movimiento general y entraron en los sentimientos de la nación a que pertenecían. Se vio desarmada hasta la furia de los entusiastas, pues divididos entre la desesperación y el asombro conocieron que serían inútiles todos sus esfuerzos para retardar el triunfo de sus enemigos. Los presbiterianos y los realistas unidos de buena fe fueron los que dieron el impulso a la nación, que sin estrépito, pero con un anhelo maravilloso llamaba a Carlos al trono de sus padres.

Casi todo el reino estaba en manos de los presbiterianos, y los más celosos de entre ellos empezaron a recordar las condiciones que se habían exigido del último rey en el tratado de Newport; pero la opinión general no aprobaba aquellas rígidas capitulaciones con su soberano. Después de tantas convulsiones y desórdenes, la nación ya cansada suspiraba por el reposo y parecía asustada con la idea de negociaciones y lentitudes que pudieran dar al ejército sedicioso alguna ocasión de excitar nuevas turbulencias. Fuera de eso principiaba ya a calmarse la sed de libertad, por haberla llevado a tan graves excesos y haber producido tan sangrientos altercados, dando ahora lugar al espíritu de fidelidad y obediencia, y el celo del público se había entibiado mucho en favor de una causa que había llegado a ser odiosa por los infinitos males que había producido. Ya parecía estar sobradamente cubierto la constitución con las concesiones hechas por el difunto rey, en vez de que las condiciones que querían añadirles se habían hecho la mayor parte en el acaloramiento de las discusiones, y más bien parece que trataban de aniquilar la monarquía que no de refrenarla. Últimamente, el general mostraba repugnancia a aquellas condiciones y parecía desear que se ofreciese al rey la corona libre e intacta. Así, desvaneciéndose los escrúpulos y desconfianzas, dio el pueblo su voto en las elecciones a los que conocía que eran propicios a la monarquía, y llegó a ser extremada la consideración que inspiraba un partido que muy pronto iba a gobernar a la nación. Por más que el parlamento hubiese excluido a los que habían hecho armas en favor del último rey, o cuyos padres habían seguido la misma causa, no se hizo caso de semejante reglamento; mas antes los corifeos presbiterianos como el conde de Manchester, lord Fairfax, lord Robarts, Hollis, Ashley, Cooper, Annesley y Lewis estaban resueltos a reparar sus antiguos extravíos con un celo ilimitado en favor de los intereses del rey, ya que su mérito, sus triunfos y padecimientos en otro tiempo los habían elevado al más alto grado de estimación y autoridad en su partido.

No menos feliz aspecto tomaron los negocios en Irlanda, a donde Monk había enviado emisarios después que se declaró contra el ejército inglés, y no le costó gran trabajo hacer que entrasen en sus ideas los principales empleados del reino. Lord Broghill presidente de Munster, y sir Carlos Coote, presidente de Connaught, se apresuraron a entablar correspondencia con el rey y prometerle su asistencia para su restauración. Puestos de acuerdo con sir Teófilo Jones y otros empleados, se encargaron de la administración después de haber excluido de ella a Ludlow, cuyo celo no era sospechoso al parlamento, pero le acusaban de que estaba en relación con el consejo de seguridad; mas en medio de que estaban prontos a servir al rey no creyeron que sería prudente publicar declaraciones antes de saber el giro que tomaban los negocios en Inglaterra.

A punto estuvo de anublarse una perspectiva tan hermosa y lisonjera, porque la reintegración de los miembros del parlamento antes excluidos había reducido a la desesperación al partido republicano y en particular a los que habían sido jueces del rey, los cuales procuraban por todos los

---

370 Clarendon.

medios pervertir el espíritu de las tropas. Iban diciendo a los soldados ya por sí mismos, ya por medio de emisarios, que todas sus proezas durante la guerra que tantos derechos les habían dado a la gratitud del parlamento, serían miradas por los realistas como otros tantos atentados horribles y expondrían al ejército a la más rigurosa venganza, por más que se les ofreciese dulzura y moderación; que la muerte del rey y los suplicios de tantos nobles, y la ruina y encarcelamiento de los demás pasarían a sus ojos por otros tantos crímenes y ofensas personales, cuyo castigo solicitarían con resentimiento implacable; que lo menos que debían temer era la pérdida de todos los atrasos adeudados al ejército, y la vergüenza de ver licenciar en un mismo día a todos los oficiales y soldados, que luego que estuviesen dispersos, quedarían sus bienes y sus vidas sin otra defensa y protección que la compasión de sus enemigos; y que sobre todo, aun suponiendo que pudieran prometerse alguna seguridad, era cosa muy triste verse reducidos por el fraude y el artificio a caer en poder de un enemigo que tantas veces había tenido que ceder a su valor en campaña rasa.

Mientras cundían estas sugerencias por el ejército, encontró Lambert medio de escaparse de la Torre y puso en consternación a los realistas, porque conocían el vigor y actividad de aquel antiguo republicano y no ignoraban que era querido de las tropas. Sabían que aun aquellas mismas que le habían abandonado poco antes no disimulaban su remordimiento y hablaban con horror de los traidores que los habían engañado con falsas protestas; y así se procuró con la mayor prisa poner remedio a un mal tan urgente. Se comisionó para que fuese a perseguir a Lambert al coronel Ingolsby (uno de los que habían sido nombrados para juzgar al rey, pero que por haber renunciado una comisión tan odiosa estaba en mucho favor con los realistas), y le encontró cerca de Deventry, donde todavía no había podido juntar más que tres o cuatro compañías de caballería. Una de ellas volvió la espalda a su jefe, cuyo ejemplo imitó también otra, y el mismo Lambert, que echó a huir, fue cogido por Ingolsby, a quien hizo protestas de sumisión poco dignas de su carácter y de su valor. También quedaron prisioneros Okey, Axtel, Cobbet, Crede y otros oficiales del mismo partido; pero ya estaban los caminos cubiertos de soldados que iban a reunirse con Lambert y con pocos días que se les hubiesen dado de tiempo, habrían llegado a formar un cuerpo numeroso que tal vez no hubiera podido sujetar el general Monk, y así la súbita extinción de aquel naciente incendio debe considerarse una insigne fortuna.

### **Nuevo parlamento y restauración.**

Cuando se hubo reunido el parlamento (25 de abril), nombró por su presidente a sir Harbottle Grimstone que había entrado en las ideas del parlamento anterior, pero se sabía que era celoso partidario del rey. A los principios el recuerdo de los mortales peligros que habían acompañado a las últimas usurpaciones, junto con la reserva del general, contuvieron a la asamblea y durante algunos días nadie se atrevió a pronunciar el nombre del rey: lo único que hizo la cámara fue desatarse en invectivas contra la memoria de Cromwell y manifestar su horror contra el asesinato del último soberano. Por fin (1.º de mayo) Monk, viendo que ya no dejaban duda sus inclinaciones, advirtió a Annesley, presidente del consejo de Estado, que ya era tiempo de noticiar a los comunes que Su Majestad había enviado a sir Juan Granville, criado suyo, y que se presentaba con cartas para el parlamento. Esta noticia excitó las más vivas aclamaciones, y en efecto se mandó entrar a Granville y se leyó con ansia la carta a los comunes a que acompañaba una declaración. Sin perder momento y sin que se mostrase la más ligera dificultad, nombró la cámara una comisión para redactar la respuesta, y no pudiendo contener su impaciencia de que el reino participase de aquella satisfacción se votó que se publicasen inmediatamente la carta y la declaración.

Libre ya en fin el pueblo de aquella cruel incertidumbre en que había estado por tanto tiempo, no puso límites a su alegría y prorrumpió en un entusiasmo general que nunca pueden excitar las más grandes prosperidades privadas. Si hemos de dar crédito a varias tradiciones hubo muchas

personas, en particular el matemático Oughtred, que expiraron de alegría a la primera noticia de una revolución tan feliz como inesperada: verdad es que la declaración de Carlos era muy propia para fomentar aquella viva satisfacción que inspiraba el ver cuan próximo estaba el restablecimiento del orden. No podía ofrecer cosa más conforme a aquella esperanza que una amnistía general, sin otras excepciones que las que quisiese hacerle el parlamento; una promesa formal de libertad de conciencia y la aprobación de todos los acuerdos del parlamento que propendiesen a asegurarla; el derecho de esta asamblea a examinar y arreglar todos los donativos, adquisiciones y enajenaciones, y la seguridad para los soldados de que cobrarían sus atrasos y continuarían recibiendo la misma paga.

No pudiendo ya dudar los lores de cual era el espíritu del pueblo y de los comunes se apresuraron a restablecerse por sí mismos en su antigua autoridad, y a volver a tomar parte en la administración actual. Abriéronse las puertas de su cámara y fueron admitidos en ella hasta aquellos individuos que habían sido excluidos a título de delinquentes.

Ambas cámaras asistieron a la proclamación del rey que se hizo con gran solemnidad en Palace-Iard, en White-Hall y en Temple-Bar (8 de mayo). Decretaron los comunes un regalo de 500 libras esterlinas a Granville por el venturoso mensaje de que había sido portador; 50.000 para el rey, 10.000 para el duque de York y 5.000 para el de Gloucester. Inmediatamente salió una diputación de las dos cámaras a suplicar a Su Majestad que viniese cuanto antes a tomar posesión de sus dominios, y fue tal la rapidez de todos estos movimientos que no dejó duda del celo y unanimidad de la nación. Véase tal impaciencia en la nobleza, en los comunes y en la ciudad de Londres, tanta emulación en manifestar su respeto y alegría con las expresiones más significantes, que, según advierte un noble historiador (Clarendon), se hubiera podido preguntar con admiración a donde habían ido a parar aquellos que habían cometido tantas violencias y privado por tanto tiempo al rey del placer de vivir en medio de tantos y tan fieles súbditos. Dícese que el mismo Carlos llegó a decir que *el no haber tomado antes posesión del trono debía haber sido por culpa suya*, supuesto que tal celo mostraba el pueblo por su restauración.

A la sumisión del pueblo inglés siguió muy de cerca la consideración de las potencias extranjeras, invitándole los españoles a que volviese a los Países Bajos con la oferta de una de sus ciudades marítimas para embarcarse en ella. La Francia le dio seguridades de su afecto y respeto, ofreciéndole con el mismo objeto la ciudad de Calais, y por último los Estados de las Provincias Unidas le hicieron igual convite; que fue el único que admitió Carlos: amábale mucho el pueblo de aquella república, y no se oponía a este sentimiento la política de los magistrados, de modo que cuando Carlos salió de Breda para ir a La Haya, le acompañaron una multitud de holandeses y en todas partes recibió los más vivos aplausos, como si fuera en beneficio suyo y no de sus rivales en comercio y en poder aquel triunfo del rey de Inglaterra. Los Estados Generales en cuerpo y los Estados de Holanda en particular le hicieron sus cumplidos con la mayor solemnidad, pretendiendo todas las personas de distinción ser presentadas al monarca triunfante. Todos los embajadores y ministros públicos le formaron una corte y manifestaron con ostentación el interés que tomaban sus amos en aquella mudanza de su suerte; por manera que cualquiera creería que aquella revolución que tal gozo causaba, era un producto de los esfuerzos reunidos de todos los príncipes cristianos.

Presentóse la escuadra inglesa a la vista de Scheveling: Montague no había aguardado las órdenes del parlamento para hacer que sus oficiales acudiesen a rendir sus homenajes a Su Majestad. Fue el duque de York a bordo y tomó el mando de la escuadra en calidad de almirante mayor.

Al desembarcar en Duvres, fue recibido el rey por el general Monk a quien abrazó cordialmente, y en efecto jamás súbdito alguno había merecido mejor de su rey y de su patria, así en las apariencias como sin duda también en la intención. En el trascurso de pocos meses, sin efusión de sangre y sólo por la fuerza de una conducta prudente y desinteresada, había restituido la paz a los tres reinos, que por largo tiempo se hallaban destrozados por violentas convulsiones: y sin haber prestado oídos a las más seductoras condiciones, ofrecidas hasta por el mismo rey y por todas las

facciones del reino, volvía a colocar a su injuriado señor en un trono vacante. Carlos entró en Londres el 29 de mayo (1660) que era también el día de su cumpleaños, coincidencia que dio origen a mil felices presagios en las imaginaciones exaltadas.

### Ojeada general sobre la época de la república.

Al llegar a este punto, no estará de más detenernos un momento para tomar una idea general de aquella era en lo concerniente a las costumbres, la hacienda, el comercio, las artes y las ciencias. La principal utilidad de una historia es presentar los materiales para las investigaciones de esta naturaleza, y por consiguiente es el deber de un historiador indicar sus naturales conclusiones.

En ningún pueblo se hallará un cambio más súbito y general de costumbres que el que experimentó en este período la nación inglesa. De una profunda tranquilidad, de la concordia, de la sumisión y de la cordura, pasa repentinamente al estado de bandería, de fanatismo, de rebelión, y casi al frenesí; la violencia de sus partidos deja atrás a cuanto puede representarse hoy la imaginación; no podía durar más tiempo sin hacer temer todos los horrores de las antiguas matanzas y de las más sangrientas proscripciones. Tarde o temprano, aquellos usurpadores militares, cuya autoridad estribaba en una manifiesta injusticia, y que no estaban sostenidos por ningún partido nacional, se hubieran visto precipitados por la rabia y la desesperación, en aquellos insensatos excesos, y, si hubieran abrazado tan tremendas resoluciones, naturalmente la venganza hubiera arrastrado al otro partido a los mismos furores tan luego como hubiera tenido poder para ello. Todo comercio social había desaparecido entre las facciones opuestas, no se pensaba siquiera entre ellos en casamientos ni en alianzas; los realistas, aunque opresos, hostigados, perseguidos, desdeñaban todo enlace con sus tiranos; cuanto más pesado era el yugo, más superioridad afectaban sobre aquellos robadores que no habían adquirido ascendiente sobre ellos sino por medio de la violencia y la injusticia.

Las costumbres de las dos facciones eran tan opuestas entre sí como las de las más apartadas naciones. «Vuestros amigos los *caballeros* —decía un parlamentario a un realista—, son muy disolutos.» «Sí —respondía el realista—, tienen las flaquezas de los hombres, pero vuestros amigos los *cabezas redondas* tienen los vicios de los demonios, la tiranía, la rebelión y el espíritu de orgullo.»<sup>371</sup> Parece seguro que a pesar de los buenos ejemplos de Carlos I, el libertinaje y los desórdenes habían cundido singularmente entre sus partidarios. Como los más de ellos eran hombres de alta prosapia o gran caudal, y podían soltar más la rienda a los excesos que el vulgo, propendían más que él a disfrutar todo linaje de placeres, y señaladamente los de la mesa: hasta el prurito mismo de oponerse a la rígida escrupulosidad de sus adversarios aumentó su afición a una vida disipada, y el carácter de esclavos del placer pasaba entre ellos por una prenda segura de amor a los intereses de la iglesia y de la monarquía. Arruinados por las confiscaciones y los impuestos, se esforzaban por sostener las apariencias de una ligera e indiferente jovialidad. «Cuanto es la esperanza superior al temor —decía un pobre y alegre caballero—, tanto es preferible nuestra situación a la de nuestros enemigos, nosotros nos reímos mientras ellos tiemblan.»

El sombrío entusiasmo que reinaba entre un gran número de parlamentarios es uno de los más curiosos espectáculos de la historia moderna, y el más instructivo como el más entretenido para toda cabeza filosófica. Todos los recreos de la vida estaban como suspendidos por la rigurosa austeridad de los presbiterianos y de los independientes. Las carreras de caballos y las peleas de gallos estaban prohibidas como los más enormes excesos<sup>372</sup>: hasta la lucha misma de los osos pasaba por una práctica anti-cristiana; lo que en este ejercicio parecía ofensivo era, no su inhumanidad, sino el placer que en él se recibía. El coronel Hewson, en un raptó de celo, se fue a Londres y mató a todos los osos que se criaban en aquella ciudad para diversión de los ciudadanos, aventura que, a lo que

371 Sir Felipe Walker.

372 Véase el *Killing no Murder*.

parece, dio ocasión al famoso poema de *Hudibras*. Aunque la nación inglesa es naturalmente cándida y sincera, viose reinar en ella la hipocresía con una audacia de que no ofrecen ejemplo los tiempos antiguos, con cuyo motivo se puede observar que la hipocresía religiosa es de una naturaleza singular, y que, siendo casi siempre desconocida al mismo hipócrita, es por lo mismo más peligrosa aunque encierra menos falsedad que cualquiera otra especie de engaño. Todos los sectarios habían adoptado el Viejo Testamento con preferencia al Nuevo, sin duda porque hallaban en el estilo oriental y poético de aquel libro un giro más conforme con sus ideas.

No han faltado ocasiones, en el discurso de esta obra, de señalar un gran número de sectas que levantaban entonces la cabeza en Inglaterra. Su enumeración sería casi imposible, pero los *cuáqueros* ocupaban una posición tan considerable, que merecen alguna atención, aunque, precisados por sus principios a renunciar el uso de las armas, nunca han figurado bastante en los negocios públicos para entrar en parte alguna de nuestra narración.

La religión de los cuáqueros, como otras muchas, tuvo su origen en la más baja categoría del pueblo inglés, y se acreditó hasta entre las personas más finas y de más alta calidad. Jorge Fox, nacido en 1624 en Drayton, en el condado de Lancáster, su fundador, era hijo de un tejedor y fue puesto en aprendizaje en casa de un zapatero. Una índole singular, que lo impulsaba más a las contemplaciones espirituales que a aquella profesión mecánica, le hizo dejar a su maestro y recorrer el reino, vestido de un jubón de cuero, traje que afectó usar mucho tiempo, ya por singularizarse, ya por economía. Con el objeto de desprenderse enteramente de los objetos terrenos, rompió toda relación con su familia y sus amigos, y de miedo de que la costumbre le formase nuevos vínculos, o rebajase la sublimidad de sus aéreas meditaciones, no se detenía dos momentos seguidos en un mismo punto. Muchas veces se extraviaba en los bosques, o pasaba los días enteros en el hueco tronco de un árbol, sin más compañía ni distracción que su Biblia. Ya se veía en un grado de perfección que hacía inútiles para él todos los otros libros; mas alcanzando en breve mayores progresos, llegó a mirar con menos respeto hasta aquella misma divina composición. Imaginábase sentir la misma inspiración que había guiado a los profetas y a los apóstoles; parecíale que por aquella luz interior debían aclararse todas las oscuridades espirituales y que la letra muerta debía animarse con aquel espíritu vivo.

Después de haberse santificado en su propia imaginación, fue preciso ganar prosélitos, porque el vapor de los aplausos que se da uno a sí mismo no tarda en disiparse cuando no le sostiene la admiración ajena. No le fue difícil hallar partidarios, en una época en que todos los afectos de los ingleses estaban convertidos hacia la religión y se honraban los más extravagantes sistemas. Fox y sus discípulos, considerando que todas las ceremonias debían su origen al orgullo y a la ostentación, las desecharon con desdén, por efecto de un orgullo y de una ostentación superiores: evitaron hasta los usos de urbanidad común, que denominaban un alimento de la vanidad carnal y del amor propio: no concedían título alguno de distinción; el nombre de amigo era el único saludo con que indiferentemente se dirigían a cualquiera; a nadie hacían cortesías; nunca se descubrían la cabeza; no daban ninguna señal de respeto ni de consideración. En vez de esa rebuscada adulación que se ha introducido en el lenguaje moderno y que hace que se trate a un particular como se trataría a muchas personas juntas<sup>373</sup>, volvieron a la sencillez de las lenguas antiguas, *tu*, *tuyo*, eran las únicas expresiones de que se servían, sin que ninguna consideración bastase a hacerles adoptar otras.

No se distinguió menos esta secta por el vestido que consideraba como un artículo de la más alta importancia. Toda superfluidad, todo ornato fue desechado con horror; nada de pliegues, nada de botones en los vestidos, ni encajes, ni vuelos, ni galones o bordados; hasta la presilla del sombrero, que alguna vez es útil, pero no siempre, fue universalmente desterrada.

El violento entusiasmo de aquellos sectarios, lo mismo que todas las grandes pasiones como que era demasiado fuerte para sus flacos nervios, ocasionó a sus predicadores convulsiones y temblores, y de aquí les vino el nombre de *quakers* (cuáqueros) es decir, *tembladores*. En medio de

---

373 Así sucede en inglés; *you*, *vos* o *vosotros*, tratamiento usado también antiguamente en Castilla. (Nota del Traductor.)

la suma tolerancia que se concedía entonces a todas las sectas, y hasta del estímulo que se daba a las innovaciones, esta sola secta estuvo expuesta a la persecución. En el fervor de su celo, los cuáqueros forzaban la entrada de las iglesias, turbaban el culto público y cansaban a los ministros y a la asamblea con sus burlas y sus reconvenciones; si los conducían a presencia del magistrado, le negaban toda especie de miramientos, y le trataban con una insolente familiaridad. A algunos los llevaron a la casa de locos, a otros a la cárcel; unos fueron azotados y otros sacados a la vergüenza, su invencible paciencia y su magnanimidad en los padecimientos les atrajeron la compasión y aun el aprecio y la admiración, pues se persuadió el vulgo de que debía sostenerlos un favor sobrenatural en una situación que no bastan a soportar las fuerzas ordinarias de la humanidad, libre de la ilusión de las pasiones.

Introdujéronse en el ejército algunos cuáqueros, pero como no predicaban más que la paz universal, inspiraban a los creyentes militares odio a su profesión, y, es seguro, que a no haber hallado oposición, se los hubiera visto destruir sin violencia la dominación de los santos. Esta temeridad les atrajo un nuevo motivo de persecución, y contribuyó al propio tiempo a favorecer sus progresos.

Al mismo punto de extravagancia que los de religión llevaban sus principios de moral. Un cuáquero, a quien le daban un bofetón, presentaba el otro carrillo; si le pedían su jubón, daba también su ropilla: el más grave interés no hubiera bastado a hacerle jurar en un tribunal, ni aun en favor de la verdad. Nunca pedía por su trabajo o su salario más que la suma que estaba resuelto a aceptar, máxima loable que esta secta continua observando religiosamente.

Jamás ningunos fanáticos llevaron más allá el odio a las ceremonias, las formalidades, las órdenes, los títulos y las instituciones eclesiásticas. Desechaban con desdén hasta el bautismo y la cena del Señor, que todas las otras sectas consideraban como la esencia del cristianismo, profanaban hasta el domingo; ridiculizaban la santidad de las iglesias y no daban otro nombre a estos edificios sagrados que los de *tiendas* o *casas con campanarios*. Esta secta no admitía ministros, cada uno recibía de una iluminación inmediata un carácter superior al del sacerdocio. En sus reuniones religiosas, el primero que se sentía impulsado por el Espíritu se ponía en pie y comunicaba a los demás inmediatamente sus inspiraciones. También las mujeres tenían derecho de instruir a sus hermanos. A veces varios cuáqueros se levantaban juntos y hablaban al mismo tiempo; a veces reinaba en la asamblea un profundo silencio.

Viose a algunos cuáqueros acometer la ardua empresa de ayunar absolutamente cuarenta días, a imitación de Jesucristo, y esta experiencia costó la vida a uno de ellos<sup>374</sup>. Una mujer de esta secta entró desnuda en una iglesia donde se hallaba el Protector, inspirada, según decía, por el espíritu, que quería que apareciese como un signo a los ojos del pueblo. Muchos de aquellos fanáticos se imaginaban que había principiado la renovación del mundo, y que se debía renunciar a los vestidos como también a otras cosas superfluas. Los padecimientos a que exponía la práctica de esta doctrina eran una especie de persecución poco conducente a acreditarla.

El cuáquero Jacobo Naylor se hizo famoso durante la administración del Protector por sus blasfemias, o más bien por los excesos de su locura. Creyóse transformado en la persona de Jesucristo, y convertido en verdadero Salvador del mundo; y animado de este frenesí, afectó en sus acciones tanta conformidad cuanto le fue dable con la mayor parte de las que refiere la historia evangélica. Como su fisonomía presentaba alguna semejanza con la que generalmente se atribuye al Salvador, se dejó crecer la barba en la misma forma; probó a resucitar a un muerto; algunas mujeres proveían a sus necesidades. Probablemente la dificultad de hallar un asno en las cercanías de Bristol le obligó a ejecutar a caballo su entrada en esta ciudad; sus discípulos tiraron sus vestidos delante de él gritando: «Hosanna al Altísimo Santo, santo es el Señor Dios de Sabaot!» A todas las preguntas del magistrado, su respuesta fue: *Tú lo has dicho*. Lo curioso es que el parlamento creyó digna de su atención esta aventura: más de diez días se emplearon en averiguaciones y en debates sobre la

---

374 Whitlocke, p. 624.

conducta y el carácter de Naylor<sup>375</sup>; al fin se le condenó a ser sacado a la vergüenza, a la pena de azotes y a que se le marcara el rostro y se le horadara la lengua con un hierro candente, rigores que sufrió con asombrosa paciencia. Hasta aquí se sostuvo la fuerza de la ilusión, pero se desmintió en lo sucesivo. Cuando le encerraron en una cárcel, le redujeron al más duro trabajo, a pan y agua, y se le privó de toda comunicación con sus discípulos, se disipó su fanatismo, y volviendo en breve a las ideas comunes, tornó tranquilamente al ejercicio de su profesión.

Las principales contribuciones de Inglaterra, durante el gobierno republicano, fueron los pagos arreglados para cada mes, la *excise* y los derechos de aduanas. La primera se recaudaba sobre los bienes personales, como sobre las tierras<sup>376</sup>; y se nombraban comisarios en cada condado para imponer a los individuos: el *maximum* ascendió por mes a 120.000 libras esterlinas en Inglaterra, y el *minimum* a 35.000. En Escocia la misma contribución solía ser de 10.000 libras esterlinas, mensuales<sup>377</sup>, pero más comúnmente de 6.000. En Irlanda ascendía a 9.000. Un año con otro, no producía arriba de un millón. La *excise*, durante las guerras civiles, se cobraba sobre el pan, la carne, la cerveza, los licores fuertes y otros muchos comestibles. Después de las últimas desgracias del rey, el pan y la carne fueron exceptuados de la *excise*. Los derechos sobre las mercancías que salían de la isla recibieron alguna disminución en 1656. En 1650 se nombraron comisarios para recaudar los derechos de *excise* y de aduana. Cromwell, en 1657, restableció el antiguo uso de arrendarlos: entonces se ofreció, por la *excise* y las aduanas, la suma de 1.100.000 libras esterlinas, suma muy superior a la que jamás habían obtenido los comisarios. Un año con otro, todas las contribuciones de aquella época ascendían a más de dos millones, suma mediana, pero a que no se habían acercado siquiera las rentas de ninguno de los precedentes reyes. Los secuestros, las composiciones, la venta de las tierras de la iglesia, de las de la corona y de las de los delincuentes, produjeron también grandes sumas, pero que sería difícil evaluar. Se ha dicho que se vendió por un millón de bienes de la iglesia<sup>378</sup>; es lo cierto que no se vendieron a más de un diez o doce por ciento de su valor. Las tierras de los delincuentes ascendían a 200.000 libras anuales. Cromwell murió adeudado en más de dos millones, aunque halló en los tesoros del parlamento más de 500.000 libras, y en los almacenes el valor de 700.000.<sup>379</sup>

La junta denominada del *peligro* decretó en el mes de abril de 1648 que el número de las tropas se fijase en 40.000 hombres: su paga, en el mismo año, se evaluó en 80.000 libras mensuales. En 1652, el establecimiento del ejército para Escocia estaba fijado sobre el pie de 15.000 infantes, 2.580 caballos y 560 dragones; para Inglaterra, sobre el de 4.700 infantes, 2.520 caballos y 6.154 hombres de guarnición, total 31.519, sin contar los oficiales. Más adelante, se redujo considerablemente el ejército de Escocia; el de Irlanda no bajaba de 20.000 hombres; de modo que la república mantenía en pie más de 50.000 hombres en 1652, y su paga ascendía anualmente a 1.047.715 libras esterlinas: parece luego por el acuerdo del gobierno y por la *humilde petición*, que el Protector redujo este establecimiento a 30.000 hombres; pero sus frecuentes empresas le obligaron algunas veces a aumentarle. Ricardo tuvo en Inglaterra 13.258 hombres; en Escocia 9.506; en Irlanda, al pie de 10.000. El prest de la infantería era generalmente un chelín diario; el de la caballería dos chelines y medio, por lo cual los jóvenes de alguna distinción y los hijos segundos de las mejores familias se alistaban gustosos en la caballería del Protector. No es de extrañar que tales guerreros tuviesen aversión al restablecimiento del orden civil, que debía acarrear la ruina de una profesión tan lucrativa.

Hacia la época en que se dio la batalla de Worcester, las tropas del parlamento, así regulares, como de milicia, ascendían a cerca de 80.000 hombres. Nunca aparecieron con tanto brillo el vigor de los republicanos y la habilidad de los que dirigían la administración<sup>380</sup>.

375 Thurloe, tomo V, p. 708.

376 Scobel, p. 419.

377 Thurloe, tomo II, p. 476.

378 Doctor Walker, p. 14.

379 Estos datos están sacados de Thurloe y de Scobel.

380 Whitlocke, p. 477.

Todas las rentas públicas, durante el protectorado de Ricardo, se evaluaban en 1.868.717 libras esterlinas; los gastos anuales en 2.201.540. Ricardo pidió al parlamento un aumento en las rentas<sup>381</sup>.

El comercio y la industria recibieron grande impulso en Inglaterra, durante el pacífico período del reinado de Carlos. Las Indias orientales y la Guinea produjeron cuantiosos beneficios, y además el comercio de España estaba casi enteramente en manos de los ingleses. Todos los años se enviaban 20.000 piezas de paño a Turquía<sup>382</sup>. Las guerras civiles y los disturbios que por tanto tiempo afligieron al reino ocasionaron necesariamente alguna interrupción en el comercio; pero no tardó en restablecerse bajo el gobierno republicano, y la guerra contra los holandeses solo sirvió para aumentarle a favor del daño que hizo al de estos peligrosos rivales. No fue menos funesta la guerra de España, y la confiscación de todas las mercancías de Inglaterra en este reino causó pérdidas incalculables. Por otra parte, el triunfo de los principios democráticos movió a la nobleza de segundo orden a no avergonzarse de poner a sus hijos en aprendizaje con los mercaderes, y siempre desde entonces el comercio ha sido una profesión más honrosa en Inglaterra que en ningún otro estado de Europa. Las compañías exclusivas, que coartaban absolutamente el comercio, no se habían abolido expresamente bajo la república por un decreto del parlamento; pero como los ciudadanos habían cesado de respetar la prerrogativa de que emanaban los diplomas de aquellas compañías, el monopolio se vio gradualmente invadido, y el comercio prosperó con la libertad. En 1650, el interés del dinero se redujo a seis por ciento.

Es fama que antes de las guerras civiles, las aduanas de Inglaterra producían 500.000 libras esterlinas anuales, suma diez veces mayor que en los mejores tiempos del reinado de Isabel, pero verosímilmente hay exageración en este cálculo.

En 1653, se arrendó la dirección de correos en 10.000 libras esterlinas anuales, lo que pareció una suma considerable para los tres reinos. Entonces no se pagaba por el porte de las cartas más que una mitad próximamente de lo que se paga en el día.

De 1619 a 1638 se acuñó por valor de 6.900.042 libras esterlinas; de 1638 a 1657, la fabricación de la moneda ascendió a 7.733.521. El Doctor Davenant dice, citando los asientos de la casa de la moneda, que entre los años 1558 y 1659, se acuñaron 19.832.476 libras esterlinas en oro y plata.

Por los años 1660 se oye hablar por primera vez en Inglaterra<sup>383</sup> del té, del café y del chocolate; hacia la misma época se introdujeron los espárragos, las alcachofas, la coliflor y otras varias especies de verduras.

La colonia de la nueva Inglaterra tomó de pronto mucho vuelo de resultas de la emigración de los puritanos, que buscaron un asilo en aquellas regiones huyendo de los rigores de Laud y del partido anglicano. Antes de las guerras civiles, se encontraban en ella al pie de 25.000 almas<sup>384</sup>; luego, y por la misma razón, los católicos, que se vieron expuestos a repetidas persecuciones y que se esperaban a nuevos rigores, abandonaron en gran número la Inglaterra y se establecieron en la colonia de *Maryland* (tierra o país de María).

Antes de la guerra civil, las ciencias y las bellas artes habían hallado algún favor en la corte, y el buen gusto había empezado a introducirse en la nación. El rey se preciaba de aficionado a la pintura, manejaba el pincel y pasaba por muy inteligente; hacía comprar a alto precio las obras de los maestros extranjeros, y se vio duplicarse en Europa el precio de los cuadros, por efecto de la emulación que reinaba entre Carlos I y Felipe IV de España, animado también de esta noble pasión. Van Dyck debió a su corte, no sólo singularísimas consideraciones, sino grandes riquezas. Íñigo Jones era director de los edificios reales; verdad es que luego fue perseguido por el parlamento por haber tenido parte en la reconstrucción de San Pablo de Londres, y por haber, de orden del consejo, derribado varias casas para dar cabida a este edificio. Laws, que eclipsó a cuantos compositores le

381 Diario de 7 de abril, 1659.

382 Cartas de Strafford, tomo I, p. 421 y siguientes.

383 Anderson, tomo II, p. 111.

384 Imperio británico con América, tomo I, p. 272.



habían precedido, fue muy querido de Carlos, que le llamaba el padre de la música: murió en el sitio de Chester, defendiendo la causa realista. Carlos era buen juez de las obras del ingenio, y hasta le han tachado algunos escritores<sup>385</sup> de ser más apegado a la pureza del estilo de lo que correspondía a la dignidad suprema. A pesar de lo escaso de sus rentas y de su aversión a toda vanidad, vivía con tanta magnificencia que poseía veinticuatro sitios reales, todos tan cómodos y bien amueblados que, cuando pasaba de uno a otro, no tenía que hacer transportar la menor cosa consigo. Esto no obstante, se le acusa de haber andado poco generoso con Ben Jonson, a quien no hizo un regalo digno de él, cuando este poeta, abrumado bajo el peso de los años, de la pobreza y de sus achaques, le envió a pedir algún socorro. «Estrechamente hospedado estoy —dijo aquel vaporoso conceptista cuando le entregaron la suma—, pero veo, por la parvedad de este favor, que no lo está con más holgura el alma de Su Majestad.»

El mismo Cromwell, aunque de un entendimiento poco cultivado, no era insensible al mérito literario. Usher, a pesar de ser obispo, recibió de él una pensión; Marvel y Milton vivían a su servicio; Waller, pariente suyo, tuvo parte en sus favores: este poeta solía decir que el Protector no era tan iliterato como generalmente se creía. Pasaba una pensión anual de 100 libras esterlinas al profesor de teología de Oxford, y Neal, historiador del puritanismo<sup>386</sup>, encarece esta liberalidad como una prueba de su afición a la literatura. Cromwell se había propuesto fundar un colegio en Durham, en favor de las provincias del norte.

Las guerras civiles, señaladamente cuando giran sobre principios de libertad, no siempre son nocivas a las artes de la elocuencia y la composición; y aun acontece con frecuencia que los objetos que presentan, como más nobles e interesantes, son una amplia compensación de la tranquilidad de que privan a las musas. Obsérvase que en este periodo los discursos de los oradores parlamentarios son de un tono muy superior a cuanto anteriormente había producido Inglaterra. Entonces se pusieron a prueba por primera vez el nervio y capacidad de la lengua inglesa; sin embargo, fuerza es confesar que el miserable fanatismo de que estaba infestado el partido parlamentario no fue menos pernicioso para el gusto y el saber que para el buen orden y las leyes.

Proscribiéronse el ingenio y la alegría; se menospreciaron las ciencias humanas, se miró con horror la libertad de las investigaciones, y solo recibió estímulos la jerga de la hipocresía. Uno de los artículos preliminares del tratado de Uxbridge sobre que más rigurosamente se insistió, fue la ruina de todos los teatros. Whitlocke, hablando del año 1658, cuenta con admiración<sup>387</sup> que sir Guillermo Davenant tuvo la osadía de publicar una ópera, a pesar de lo delicado de los tiempos. Todos los muebles de la corona se pusieron en venta; los cuadros del rey, dispersados a muy vil precio, enriquecieron todas las colecciones de Europa; hasta sus palacios se destruyeron y se sacaron a pública subasta los materiales. Los generales del ejército habían resuelto vender hasta la biblioteca y el gabinete de las medallas del palacio de San James, para pagar los atrasos debidos a algunos regimientos de caballería acantonados al rededor de Londres, pero Selden, afligido de aquella pérdida, instó a Whitlocke, su amigo, guarda del gran sello por la república a la sazón, a solicitar la plaza de bibliotecario, y este arbitrio salvó aquella preciosa colección.

No debemos olvidar que el más grande ingenio, sin comparación, de que puede gloriarse Inglaterra en aquel periodo, tenía estrechas relaciones con aquellos fanáticos, y aun prostituyó su pluma en las controversias teológicas, en las disputas facciosas y para la justificación de las más violentas resoluciones del partido: tal fue Juan Milton, cuyos poemas, aunque sujetos a algunas objeciones, son admirables; su prosa agrada poco, pero siempre revela gran talento; ni aun tienen igual mérito todas sus poesías: su *Paraíso perdido*, su *Como* y algunas otras resplandecen entre muchas necias e insípidas composiciones; atrevámonos a añadir que, en el *Paraíso perdido*, la más bella de sus obras, hay pasajes muy largos, que forman casi la tercera parte del poema, sin armonía, sin elegancia y sin el menor vigor de imaginación. Aumentaba mucho la desigualdad natural del

---

385 Brunet.

386 Tomo IV, p. 125.

387 Página 639.

genio de Milton la de su argumento, algunas partes del cual son de suyo las más magníficas que puede abarcar la fantasía humana, al paso que otras requerían ser sostenidas en la composición por la más primorosa elegancia. Este poeta, cuando se anima y trata un asunto noble, es sin duda el más sublime y maravilloso de todos los poetas, sin exceptuar a Homero, Lucrecio y el Taso. Más conciso que Homero, más sencillo que el Taso, y más robusto que Lucrecio, si, habiendo nacido algunos años después, hubiera aprendido del siguiente siglo a limar cierta aspereza de sus versos, si hubiera gozado de mejor fortuna y si hubiera compuesto con menos precipitación, hubiera seguramente llegado a pináculo de la perfección humana y alcanzado la palma de la poesía épica.

Sabido es que la reputación de Milton, durante su vida, no correspondió a su mérito. Por largo tiempo ha permanecido olvidado el poema del *Paraíso perdido*: la prevención contra un apologista de los regicidas, y contra una obra que no está enteramente purgada del antiguo culteranismo, cerró por mucho tiempo los ojos a los ignorantes sobre las prodigiosas bellezas de esta obra. Unos veinte años habían transcurrido desde la muerte del autor, cuando dio principio a su celebridad una buena edición, publicada a expensas y por cuidado de lord Somers. Tonson, en la epístola dedicatoria de una edición posterior, habla del *Paraíso perdido* como de un poema que empezaba a salir de la oscuridad. Aun bajo el reinado del partido de Milton, no parece que gozase de gran consideración, y Whitlocke<sup>388</sup> cita a *un tal Milton*, a quien no califica de otro modo, *ciego*, dice, y a quien se empleaba en traducir al latín el tratado ajustado con la Suecia. Estas expresiones son curiosísimas para la posteridad, que considera en qué olvido tan profundo ha caído con respecto a Milton el mismo Whitlocke, aunque guarda del gran sello, embajador, y realmente hombre de mérito y capacidad nada vulgares.

No debe parecer extraño que Milton no recibiese ningún favor después de la restauración, antes por el contrario debemos admirar que no se atentase contra su vida, y en efecto muchos fogosos *caballeros* (realistas) vituperaron una indulgencia tan gloriosa para el rey como ventajosa para la posteridad. Cuéntase que Milton había salvado la vida al caballero Davenant, durante el Protectorado, y que Davenant, por gratitud, le hizo el mismo servicio después de la restauración, persuadido de que la conformidad de los gustos debe siempre tener más fuerza para unir a los literatos que la diferencia de opiniones para excitar animosidades entre los partidos. Pobre, ciego, perseguido, viejo, Milton compuso aquel poema maravilloso que sobrepuja no solamente a todas las obras de sus contemporáneos, sino también a cuantas salieron de su pluma en la fuerza de su edad y en la prosperidad de su fortuna. Esta circunstancia no es la menos tolerable entre todas las que distinguen a aquel raro ingenio. Murió en 1674, a los 66 años de su edad.

Waller fue el primero que perfeccionó la poesía, o a lo menos, la rima inglesa, pero no por eso dejan sus obras de estar llenas de defectos, y lo que debe parecer todavía más importante, sólo contienen bellezas débiles y superficiales: la gracia, el chiste, la sencillez son sus principales dotes. No debe buscarse en ellas lo sublime y menos aun lo patético; hablan del autor sin inspirarnos la menor ternura, como abundan en elogios sin excitar la admiración; sin embargo, el panegírico de Cromwell ofrece más nervio de lo que pudiera esperarse de las otras producciones de este poeta. Waller nació rico, entró muy joven en la corte y vivió en la mejor sociedad. No tenía menos disposición para la elocuencia que para la poesía; y hasta su muerte, que le sobrevino en edad avanzada, hizo las delicias de la cámara de los comunes. Los errores de su conducta provinieron mucho más de falta de valor, que no de falta de honor o de probidad. Murió en 1687 a la edad de 82 años.

Cowley es un autor sumamente corrompido por el mal gusto de su siglo, pero aunque hubiera vivido en los tiempos más puros de Grecia y Roma, nunca hubiera sido más que un poeta mediocre. Su oído no era sensible a la armonía y sus versos no se hacen reconocer como tales más que por la rima. Sus ásperos y desabridos números no presentan más que sentimientos forzados, lánguidas alegorías, alusiones traídas por los cabellos y afectadas sutilezas; sin embargo, la fuerza y la ingenuidad aparecen a veces entre invenciones tan poco naturales. Algunas composiciones

anacreónticas sorprenden por su donaire y facilidad; sus obras en prosa agradan por la rectitud y la bondad que respiran y aun por su colorido sombrío y melancólico. Este autor obtuvo más elogios y admiración durante su vida y fue más celebrado después de su muerte que el gran Milton. Murió en 1667, a la edad de 49 años.

Sir Juan Denham en su *Cooper's hill* (Colina de Cooper), porque ésta es la única de sus obras que merece llamar la atención, despliega una magnificencia y un vigor a que no había alcanzado antes que él ningún poeta inglés de cuantos se sujetaron a la ley del consonante. Las dificultades mecánicas de esta ley retrasaron sus progresos: Shakespeare, cuyas escenas trágicas suelen tener una energía tan prodigiosa, es un poeta mediano cuando se sujeta a la rima. La concisión y la claridad son las dos principales dotes que faltan en Denham. Murió en 1688 a los 73 de su edad.

Ningún autor inglés de este siglo fue más célebre que Hobbes, en su patria como entre los extraños; en el día se le lee muy poco, prueba notable de la inestabilidad de las reputaciones que sólo estriban en el raciocinio y la filosofía. Una comedia que pinta al vivo las costumbres de un siglo y que presenta un cuadro fiel de la naturaleza, es una obra duradera, que pasa a la más remota posteridad, en vez de que un sistema físico o metafísico debe generalmente su boga a la novedad, y no bien se profundiza cuando se descubre su flaqueza. La *política* de Hobbes no conduce más que a favorecer la tiranía, y su moral más que a fomentar la licencia. Aunque enemigo de toda religión, no tiene el espíritu de escepticismo; es tan decisivo, tan dogmático como si la razón humana, y la suya en particular, pudiesen alcanzar a una perfecta convicción. La propiedad de los términos y la claridad del estilo forman el mérito principal de sus escritos. En su carácter personal se le representa como a un hombre virtuoso, lo que nada tiene de extraño, a pesar del libertinaje de sus principios morales. El mayor defecto de que se le acusa es la timidez tan grande en él que llegó a la última ancianidad sin haber podido nunca reconciliarse con la idea de la muerte. La osadía de sus máximas y de sus opiniones forma un contraste muy notable con aquella parte de su carácter. Murió en 1679 a la edad de 91 años.

La *Oceana* de Harrington convenía perfectamente al gusto de un siglo en que los planes de repúblicas imaginarias eran el continuo tema de las disputas y de las conversaciones, y aun en nuestros días se concede a esta obra el mérito del ingenio y de la invención, no obstante que la idea de una república perfecta e inmortal parecerá siempre tan quimérica como la de un hombre inmortal y perfecto. El estilo de Harrington carece de facilidad y numen, pero compensa ampliamente esta falta la excelencia del argumento. Murió en 1677, a los 66 años.

Harvey posee la gloria de haber llegado, con el solo raciocinio, sin ninguna mezcla de casualidad, a hacer un descubrimiento esencial en uno de los ramos más importantes de la ciencia: también tuvo la fortuna de establecer al propio tiempo su teoría sobre las pruebas más sólidas y convincentes, y los que han venido después de él casi nada han añadido a los argumentos que él acertó a discurrir. Embellecen además su *Tratado de la circulación de la sangre* aquel calor y aquella nobleza que tan naturalmente acompañan al genio de la invención. Carlos honró a este grande hombre con un favor singular, y le concedió la libertad de disponer de los venados de los bosques reales para perfeccionar sus descubrimientos sobre la generación de los animales. Se observó que ningún médico en Europa de edad de cuarenta años para arriba, adoptó nunca, en lo restante de su vida, la doctrina de Harvey sobre la circulación de la sangre, y que la clientela de este grande hombre en la capital disminuyó muchísimo a consecuencia de los cargos que le atrajo su importante descubrimiento; ¡tan lento es el progreso de la verdad en todas las ciencias, aun cuando no contrarían su marcha preocupaciones de partido o necias supersticiones! Harvey murió en 1657 a los 79 de su edad.

Este siglo ofrece copiosos materiales para la historia, pero no ha producido un perfecto historiador. Es verdad que Clarendon pasará siempre por un autor apreciable, aun prescindiendo de la autoridad que inspiran los hechos que refiere, pero su estilo es prolijo y cansado en fuerza de la longitud de los períodos, si bien se descubre en él a veces imaginación y sentimiento: agrada al mismo tiempo que se le desapruera. La parcialidad de este escritor es más aparente que real, porque

no parece ocupado más que en justificar al rey; pero con frecuencia sus apologías son muy fundadas. Su parcialidad residía menos en la exposición de los hechos que en la pintura de los caracteres: era demasiado hombre de bien para alterar los primeros, y sin que él mismo lo advirtiese, sus afectos podían fácilmente disfrazar los segundos. En todo el discurso de su obra reina cierto aire de bondad y honradez, prendas que en efecto adornaron constantemente la vida del autor. Murió en 1674, de edad de 66 años.

Tales son las principales producciones de aquel siglo que merecen fijar la atención de la posteridad: una infinidad de escritos que salieron además entonces de la prensa, la jerigonza de los púlpitos, las declamaciones de los partidos y las sutilezas de los teólogos son cosas sepultadas hace mucho tiempo en el silencio y el olvido. El mismo Selden, cuyo principal mérito era la erudición; Chillingworth, sutil antagonista de los católicos, hacen hoy poco honor a su lengua y a su nación.

## LXIII. Carlos II—1660

Treinta años tenía Carlos II cuando subió al trono de sus mayores. Habíale dotado la naturaleza de una vigorosa constitución, talle airoso, rostro varonil, además agraciado, y aunque tenía cierta aspereza en sus facciones, había en todo su continente mucha finura y agrado. Hallábase en aquella época de la vida en que todavía se conserva bastante juventud para parecer amable, y que no excluye aquella autoridad y aquel respeto que acompañan a la época de la experiencia y de la madurez. Sus recientes adversidades excitaban la compasión; su presente prosperidad era un objeto de pasmo más bien que de envidia, y como aquella súbita y sorprendente revolución que le restablecía en el goce de sus derechos volvía también al reino la paz, la libertad, el orden y las leyes, jamás príncipe alguno obtuvo la corona en circunstancias más favorables ni disfrutó más realmente del cordial afecto de sus vasallos.

Tenía Carlos en sus dotes naturales y en su conducta todo lo que podía contribuir al aumento como a la conservación de aquella gran popularidad. A la vivacidad del ingenio y a la penetración unía un juicio sólido y la ventaja de haber observado generalmente el carácter de los hombres y la naturaleza de las cosas. Unos modales sencillos, una urbanidad sin afectación, y la más amable jovialidad hacían suavísimo su trato y extremadamente amena su conversación. Acostumbrado durante su destierro a vivir con sus cortesanos más como compañero que como monarca, conservó en el trono un aire de franca afabilidad, capaz de reconciliar con la dignidad real a los más decididos republicanos. Ajeno a toda idea de resentimiento por afecto de su natural mansedumbre y de su genio indiferente, aseguró el perdón a sus más culpables enemigos, y dejó esperanzas de favor aun a los mismos en quienes más violenta oposición había encontrado: todos sus actos y todas sus palabras anunciaban que deseaba perder el recuerdo de las antiguas animosidades y reunir a todos los corazones en un vivo amor a su rey y a su patria.

### Nuevo ministerio.

Admitía a su consejo diferentes personas de conocido mérito, sin miramiento alguno a las distinciones de partido. Los presbiterianos y los realistas dividieron en partes iguales este honor. Annasley fue creado conde bajo el título de Anglesey, elevó a Ashley Cooper y a Denzil Hollis a la dignidad de lores, y al conde de Manchester a la de primer gentil hombre de cámara; lord Say fue nombrado guarda del sello privado y, lo que todavía causó más sorpresa, dos ministros presbiterianos, Calamy y Baxter fueron nombrados capellanes del rey.

El almirante Montague, creado conde de Sandwich, tenía derecho, por sus últimos servicios, a un alto valimiento y le obtuvo. Monk, creado duque de Albermarle, los había hecho tan señalados, que, según la observación vulgar, no debía esperarse más que al odio y a la ingratitude; empero fue tratado con las mayores señales de distinción. El carácter de Carlos, exento de todo sentimiento de envidia, y la prudente conducta del general, que nunca hizo valer demasiado sus servicios, previnieron todos los descontentos que podían originarse de una situación tan delicada; además, la capacidad de Albermarle no era grande, ni eran muy brillantes tampoco sus naturales dotes. Aunque se había distinguido en un orden inferior, reconocióse luego en el comercio familiar que era muy inferior a las altas empresas cuya ejecución le había allanado la fortuna, y pareció poco idóneo para la corte, teatro al que nunca había tenido ocasión de acostumbrarse. Morrice, su particular amigo, fue nombrado secretario de estado, elevación que debió más al crédito de su patrono que a su propia capacidad y merito.

Pero nada contribuyó tanto a la satisfacción del público, ni le hizo augurar más favorablemente del porvenir, que la primera elección que vio hacer al nuevo monarca de sus principales ministros y de sus validos. Sir Eduardo Hyde, creado conde de Clarendon, fue nombrado canciller y primer ministro; al marqués de Ormond, creado duque del mismo título, se le nombró mayordomo mayor de la casa del rey; al conde de Southampton, tesorero mayor, y a sir Eduardo Nicholas, secretario de Estado. Estos personajes, estrechamente unidos por una íntima amistad y concordés en el mismo amor al servicio de la patria, se sostuvieron mutuamente y convirtieron todas sus miras al bien público.

El universal alborozo y grandes festejos correspondieron en toda la nación a la prosperidad de las cosas; la melancólica austeridad de los fanáticos cayó en descrédito juntamente con sus principios; los realistas, que siempre habían afectado una disposición contraria, hallaron en sus recientes triunfos nuevos motivos de alegría y se vieron entonces obligados a poner en valimiento sus máximas. Harto había enseñado la experiencia que la gravedad se diferenciaba mucho de la cordura, las formalidades de la virtud y la hipocresía de la religión: el mismo Carlos, muy propenso de suyo a los placeres, hizo servir la autoridad de su ejemplo para desterrar aquellos aires y malignos humores que habían dado origen a tan largas revueltas y confusiones, y aunque realmente se traspusieron los regulares límites, pasando como suele suceder de un extremo a otro, el público, que vio suceder a vicios perniciosos para la sociedad, desórdenes cuyos más fatales efectos recaían sobre los mismos culpables, ganó seguramente en el cambio.

Pasóse algún tiempo antes de que pudiesen restablecerse en su primitivo orden las principales partes de un estado dislocado por la guerra y las facciones, pero las dos cámaras entraron inmediatamente en la más perfecta correspondencia con el rey, y le trataron con toda la sumisión y el respeto con que siempre se había tratado a sus predecesores. El parlamento, por haber sido convocado sin la participación del rey, no recibió en un principio más que el título de Convención, y sólo en virtud de un acuerdo solemne, revestido de la autoridad real, recobró el nombre de parlamento. Todas las sentencias y actuaciones judiciales falladas en nombre de la república o del Protector, fueron ratificadas en virtud de una nueva ley; y las dos cámaras, reconociendo el crimen de la última rebelión, aceptaron en su propio nombre como en el de todos los vasallos, el magnánimo perdón de su majestad.

### **Amnistía.**

Hemos visto que Carlos, antes de la restauración, temeroso de reducir a la desesperación a alguno de sus enemigos, y no queriendo al mismo tiempo que quedasen enteramente impunes tantos enormes excesos, se expresó con mucha cautela en su declaración de Breda, y prometió el perdón a todos los culpables, salvo a los que exceptuase el parlamento; luego hizo publicar una declaración en la que manifestaba que aquellos de entre los jueces del rey su padre que no se constituyesen prisioneros en el espacio de catorce días, no participarían del beneficio de la amnistía. Diez y nueve de aquellos regicidas se rindieron a prisión; y algunos fueron cogidos en su fuga, y otros traspasaron felizmente los mares.

Parece que los comunes propendieron a la indulgencia más que los lores: la cámara alta, llevada del resentimiento que conservaba de los indignos tratamientos que había recibido, estaba resuelta a exceptuar, con los jueces del rey, a todos los que habían sido individuos de alguno de los juzgados principales; y hasta propuso el conde de Bristol no conceder ninguna especie de merced a los que de cualquier modo habían contribuido a la muerte del rey. Una excepción tan vaga, en la que podían considerarse comprendidos todos los que habían servido al parlamento, puso en cuidado a toda la nación, e hizo temer que aquella propuesta fuese efecto de un artificio o de un amaño de corte, pero Carlos dispuso pronto estos temores, presentándose en la cámara alta, donde insistió en términos muy enérgicos, sobre que se adoptase el acuerdo general de amnistía, a lo que le

impulsaba, dijo, la necesidad de las circunstancias tanto como una promesa que debía ser siempre sagrada para él, pues que verosímelmente a ella debía su satisfacción de ver a su pueblo reunido en parlamento. Este paso del rey, aunque irregular en cuanto le hacía intervenir en un *bill* que a la sazón se estaba discutiendo en las dos cámaras, fue recibido con muchos aplausos.

Después de repetidas solicitudes, aprobóse en ambas el acuerdo de perdón que al punto confirmó el rey. Los que inmediatamente habían tenido parte en la sentencia del regicidio, fueron exceptuados de la amnistía, incluso Cromwell, Ireton, Bradshaw y otros que ya habían muerto y todos sus bienes fueron confiscados; Vane y Lambert fueron exceptuados también, aunque no habían figurado entre los jueces; St. John y otros diez y siete quedaron excluidos del perdón en el caso de aceptar algún cargo público. Todos los que habían formado parte de algún alto tribunal de justicia ilegal fueron declarados ineptos para poseer empleos; a esto se limitaron los rigores que siguieron a tan encarnizadas guerras civiles y convulsiones.

### **Arreglo de la hacienda.**

El asunto que sucedió a este fue el arreglo de las rentas anuales del rey, operación en que no atendió menos el parlamento a la libertad pública que al sostén de la dignidad real. Mucho tiempo hacía que pasaba por una carga los derechos de tutoría y de *liberies* (entregas); muchas veces, durante el reinado de Jacobo, se había intentado redimir esta prerrogativa y la del derecho de *proveeduría*, hasta el punto de proponer como equivalente una renta anual de 200.000 libras esterlinas. El gobierno republicano había abolido completamente las tutorías y el derecho de proveeduría, y aun antes de la restauración del rey, el parlamento actual le había ofrecido una compensación por aquellos derechos. 100.000 libras esterlinas era la suma que había acordado al parlamento; y la mitad de la *excise* se le había cedido en perpetuidad a su corona como el fondo de donde debía sacarse aquella renta. Aunque este impuesto producía mucho más, el ajuste podía pasar por duro, y el rey no consintió en aceptarle sino apremiado por sus imperiosas necesidades. En la presente alegría no era posible rehusar petición alguna del parlamento.

No solo realizaban mucho el poder de la corona los derechos de tutoría y de proveeduría, más le hacían también desigual y personal, y por lo tanto poco conforme a la naturaleza de una monarquía sometida a estrechas y regulares limitaciones, de suerte que la uniformidad del sistema político parecía exigir la abolición de aquellas instituciones góticas, aunque pudiese reputarse injusto que un impuesto de que se resentía toda la nación, redimiese una ventaja que aprovechaba particularmente a los poseedores de tierras.

Los derechos de tonelada y *poundage* y la otra parte de la *excise* se le concedieron al rey por toda su vida, llegando la liberalidad del parlamento hasta el punto de votar para la corona una renta total de 1.200.000 libras esterlinas, es decir, más de la que jamás había poseído ningún monarca de Inglaterra. Parece que, un año con otro, desde 1637 hasta el parlamento largo, la renta de Carlos I ascendió a 900.000 libras esterlinas, de las cuales unas 200.000 provenían de contribuciones, parte contrarias a las leyes, parte ya cumplidas. Creyóse que las desgracias de este príncipe se habían originado de la parvedad de sus rentas y de la obstinación de los parlamentos en negarle los subsidios que pedía: además, en una época en que todos los monarcas de Europa aumentaban continuamente sus fuerzas militares, y por consiguiente sus gastos, se consideró que, para el honor y la seguridad de Inglaterra, era menester que estuviese en alguna proporción con ellos, y que sus rentas concordasen con los nuevos sistemas de política que habían adoptado todas las cortes. Según el cálculo del canciller el sostén de la armada y de otros artículos que no costaban antiguamente a la corona más que 80.000 libras esterlinas, exigían actualmente un desembolso de 100.000.

Si el parlamento hubiera insistido antes de la restauración sobre otros límites que los que ya imponía la constitución, además del peligro de hacer revivir las últimas desavenencias, su precaución hubiera podido ser superflua. Una renta módica y precaria hacia siempre a la corona

absolutamente dependiente; no podía recaudar, sin beneplácito del parlamento, una cuarta parte de la suma que parecía necesaria para los gastos públicos; y los comunes, aun después de la restauración, hubieran podido, en caso de necesidad, arrancar a su necesitado rey toda especie de concesiones. En las circunstancias presentes no manifestó aquel parlamento ninguna intención de emplear este resorte con tales miras; pero no por eso pareció menos decidido a no abandonarle enteramente haciendo fijas e independientes las rentas de la corona. Aunque en general concedió al rey una renta anual de 1.200.000 libras esterlinas, no designó fondos capaces de producir dos terceras partes de esta suma, y a las futuras consideraciones de las dos cámaras quedó el cuidado de cumplir su compromiso.

En todos los subsidios pasajeros que concedió, observó las mismas precauciones de economía. Igualmente necesario parecía para la seguridad del rey y la del parlamento, licenciar un ejército formidable en sí mismo y por largo tiempo acostumbrado a la rebelión como a las revoluciones del gobierno: sin embargo, los comunes no manifestaron poca desconfianza al conceder las cantidades necesarias para esta operación. Fijaron por mes una suma de 70.000 libras esterlinas, pero en primer lugar, con la reserva de que no se continuaría pagando más que por espacio de tres meses; y todas las demás sumas que debían recaudarse para el mismo uso por una capitación o por otros medios, se concedieron igualmente con restricciones, como si la cámara no hubiese estado todavía bastante segura de la fidelidad de aquella mano a la que se confiaban tantas sumas. Después de haber de esta suerte puesto orden en los negocios de la nación, prorrogóse a sí mismo el parlamento por algún tiempo. (13 de setiembre).

### **Proceso y suplicio de los regicidas.**

En este intervalo, el objeto que más vivamente interesó la curiosidad del público, fue el proceso y castigo de los regicidas, verdadera ocasión de júbilo para el pueblo, indignado de la monstruosidad de su crimen; pero un alma dotada de humanidad hallará, en las circunstancias particulares de esta acción, en las preocupaciones del siglo y en la conducta misma de los reos, un abundante manantial de compasión e indulgencia.

¿Quién podría considerar sin lastimarse profundamente de la obcecación e ignorancia de los hombres, la conducta del general Harrison que fue el primero que compareció delante de los jueces? Harrison dijo al tribunal, con tanta elevación de sentimientos como fuerza del alma y serenidad, que el supuesto crimen de que se le acusaba no era una acción cometida en la oscuridad; que su fama se había extendido por todas las naciones del universo, y que el soberano poder del cielo se había manifestado en el mundo igualmente maravilloso y singular como se había conducido, que él mismo, agitado de dudas, se había muchas veces dirigido a la majestad divina con ardientes lágrimas, para pedirle luces y convicción; que constantemente había recibido seguridades de la aprobación del cielo, y que siempre había salido de aquellas piadosas suplicaciones con más satisfacción interior y serenidad del alma; que todas las naciones de la tierra, a los ojos de su Criador, eran menos que una gota de agua en el mar, y que todos sus juicios no eran más que tinieblas en comparación de las iluminaciones divinas; que no podía tomar aquellas frecuentes emanaciones del Espíritu Santo por ilusiones del interés, pues que su conciencia le daba testimonio de que por ningún provecho propio querría hacer daño al último de los hombres; que todos los cebos de la ambición y los terrores de la cárcel, no habían sido parte, durante la usurpación de Cromwell, a derrocar su resolución ni a obligarle a ser complaciente con aquel hipócrita; que, cuando el mismo tirano le brindó a sentarse a su derecha, y le ofreció riquezas, honores y dominio, desechó con desdén todas estas tentaciones, y sin consideración a las lágrimas de su familia y de sus amigos, perseveró firme en medio de todos los peligros en sus principios de religión e integridad.



Scot, más republicano que fanático, dijo en la cámara de los comunes, un poco antes de la restauración, que no quería más epitafio que éste en la losa de su tumba: *Aquí yace Tomás Scot, que condenó a muerte al rey Carlos*; y la misma entereza sostuvo en el discurso de su proceso.

Carew, milenarista, se sometió a la autoridad de sus jueces, *salvos los derechos de Nuestro Señor Jesucristo al gobierno del reino*. Algunos pusieron dificultad en decir, según la fórmula establecida, que *querían ser juzgados por Dios y por su patria*, porque Dios no estaba visiblemente presente para fallar su sentencia. Otros protestaron contra los juicios de los hombres y pidieron ser juzgados por la palabra de Dios.

De todos los jueces del rey, sólo seis sufrieron la última pena, que fueron, Harrison, Scot, Carew, Clement, Jones y Scrope, siendo el único de los que se constituyeron presos después de la proclama del rey el último de ellos, hombre de ilustre cuna y muy estimado, pero se le probó que recientemente, en una conversación, había dicho que estaba muy distante de creerse culpable por haber participado en la muerte del rey. Axtel, que había dado la guardia al alto tribunal de justicia, Hacker, que mandaba el día del suplicio del rey; Coke, solicitador del pueblo, y Hugo Peters, furioso predicador, que había inflamado a las tropas e impulsádolas al regicidio, fueron también condenados y ajusticiados con los jueces del rey. No hay santo ni confesor de la fe que haya caminado al martirio con más confianza en el cielo ni más intrepidez que todos aquellos reos, aun en el momento en que se les presentaron los horrores de una muerte cercana, unidos a los ultrajes del pueblo. Carlos, por efecto de una incomparable lenidad, concedió una moratoria a los otros jueces, y los hizo distribuir en varias cárceles.<sup>389</sup>

No interrumpió los públicos regocijos el castigo de los declarados enemigos de la corte, pero tendió sobre ellos una negra nube la prematura muerte del duque de Gloucester (13 de setiembre), joven príncipe de grandes esperanzas: nunca había experimentado el rey desgracia que tanto le llegase al alma. Reconocíanse en el duque todas las buenas partes de sus dos hermanos, el juicio claro y la penetración del rey, unidos a la aplicación y al ardor del duque de York: también se le suponía muy adicto a la religión y la constitución de su patria. Sólo contaba veinte años de edad cuando murió de viruelas.

Enfermó poco después y murió también la princesa de Orange, que había ido a Londres a tomar parte en el alborozo causado por la restauración de su hermano a quien quería entrañablemente. La reina madre, que residía en Francia, fue a hacer una visita a su hijo, y se aseguró de su consentimiento para el enlace de la princesa Enriqueta con el duque de Orleans, hermano de Luis XIV.

### **Disolución del parlamento-convención.**

El parlamento, reunido después de una separación de dos meses (6 de Noviembre), se ocupó en asegurar la suerte del estado: entonces se establecieron la administración de correos, los permisos para la entrada y la venta de los vinos, y algunos otros ramos de las rentas públicas; se concedieron nuevos subsidios, y se suministraron algunos atrasos para la paga y licenciamiento del ejército. La unanimidad de los votos adelantó rápidamente los trabajos, y a los dos meses de abrirse aquella segunda legislatura, el rey, en un afectuoso discurso, creyó conveniente disolver la asamblea (29 de diciembre).

Aquella cámara de los comunes había sido elegida durante el reinado del antiguo partido parlamentario, y aunque en ella se deslizó gran número de realistas, componíase principalmente de presbiterianos, que aun no habían renunciado del todo a sus antiguas desconfianzas ni abjurado sus principios. Habiendo dicho Lenthal, uno de los individuos, que los primeros que habían empuñado las armas contra el rey eran tan criminales como los que le habían conducido al cadalso, fue severamente reprendido por orden de la cámara, y los más violentos esfuerzos del parlamento largo

<sup>389</sup> En resumen, sólo diez fueron ajusticiados. (Nota del Traductor.)

para la seguridad de la constitución y el castigo de los delincuentes resultaron en efecto aplaudidos y justificados. Aunque la pretensión de las dos cámaras al derecho de las armas, pretensión que fue la primera fuente de las contiendas, era una usurpación exorbitante, nunca renunció a ella aquel parlamento en términos positivos. En las sumas que concedió, anduvo singularmente parco; el pago de los atrasos debidos por el Protector a la armada, al ejército, al almirantazgo y a todas las partes del servicio, se le dejó a la corona, sin asignar fondos suficientes para satisfacerse. A pesar de esta excesiva cautela del parlamento, se cuenta que Popham, después de sondear las disposiciones de los individuos de la cámara, sugirió al conde de Southampton la idea de proporcionar a la corona, durante la vida del rey, una renta anual de dos millones sobre la contribución de las tierras, suma que, unida a los derechos de aduanas y de *excise*, hubiera hecho para siempre a aquel príncipe independiente de su pueblo; y se añade que Southampton, por un puro motivo de afecto al rey, prestó inconsideradamente oídos a esta oferta, y que no penetró su peligrosa tendencia hasta después de habérsela comunicado al lord canciller. No es inverosímil que se le hiciese esta propuesta y que obtuviese alguna atención, pero no hay ninguna apariencia de que el partido de la corte fuese bastante poderoso en aquella cámara de los comunes para realizarla: desechándola, Clarendon manifestó no menos cordura que integridad.

Fiel a los mismos principios, apresuróse este ministro a licenciar el ejército. Carlos, en una revista que pasó a aquellas tropas veteranas, quedó prendado de su bizarro y marcial continente, no menos que de su buen orden y disciplina, y no ignorando que grandes fuerzas regulares son instrumentos necesarios a la autoridad real, pareció inclinado a buscar algún medio de conservarlas, pero el prudente Clarendon, haciéndole presente el pernicioso espíritu de que estaban animadas aquellas tropas, su genio entusiasta, y sus hábitos de motín y revuelta, le convenció de que mientras tanto que estuviesen reunidas no debía creerse sólidamente sentado en su trono, y así se conservó solamente un corto número de guarniciones, 1.000 caballos y 4.000 infantes, primer ejemplo en Inglaterra, bajo la monarquía, de un ejército regular permanente. Lord Mordaunt decía que, con aquellas tropas, el rey podía considerarse a la sazón el más notable caballero de Inglaterra. También se demolieron enteramente las fortificaciones de Gloucester, de Taunton y de las demás ciudades que se habían resistido a las tropas del rey durante las guerras civiles.

Toda la conducta de Clarendon, en la dignidad de canciller, respiraba no sólo la prudencia y la justicia, mas todos los consejos que daba al rey tendían no menos al bien del príncipe que al de su pueblo. Carlos, acostumbrado durante su destierro, a conformarse en todo con el parecer de aquel leal vasallo, conservaba la misma confianza en sus luces, y jamás ministro gozó de una autoridad más absoluta. Por una parte moderaba el arrebatado celo de los realistas y refrenaba sus impacientes deseos de venganza, y por otra, con el partido opuesto, ponía todo su conato en cumplir inviolablemente los compromisos del rey; todas las promesas de su soberano estaban redactadas en una memoria que él mismo había extendido, y no perdonaba medio de satisfacerlas. Hallábase a la sazón aquel buen ministro emparentado muy de cerca con la familia real: Ana Hyde, su hija, doncella dotada de raras perfecciones, había escuchado los galanteos del duque de York en país extranjero, y su recato había sucumbido a una promesa de matrimonio. Manifestáronse las naturales consecuencias de su trato poco después de la restauración, y aunque algunos cortesanos hicieron cuanto estuvo de su parte por apartar al rey de consentir en un casamiento tan desigual, Carlos, por compasión a su amigo y ministro, que no había tenido noticia de aquellos amorosos devaneos, permitió a su hermano que los ratificase con la celebración. El honor que de esta suerte obtenía Clarendon le causó suma inquietud, y solía decir que cuanto más levantado se veía encima de su esfera, más debía temer una súbita caída.

## **Restablecimiento de la prelación.**

La historia aplaudió las principales consecuencias de su administración, pero su política eclesiástica ha hallado censuras que la consideran como el efecto de mezquinas y torcidas prevenciones. Si el parlamento hubiera llevado la suspicacia hasta el punto de poner condiciones al restablecimiento del rey, es indudable que el sostén de la disciplina presbiteriana hubiera sido una de aquellas sobre las que más rigurosamente hubiera insistido. Esta forma de gobierno eclesiástico, sobre ser más favorable a la libertad que a la autoridad real, se avenía mejor por sí misma con los principios religiosos de la mayor parte de los comunes; pero sobreponiéndose la impía ciencia del pueblo, el peligro de la demora, el hastío de las facciones y la autoridad de Monk a los proyectos de limitación, la monarquía acarrea como una infalible y necesaria consecuencia el pleno establecimiento de la jerarquía, sistema de religión de que eran muy partidarios todos los realistas. El clero episcopal había adquirido con sus servicios y padecimientos, grandes derechos a la gratitud de Carlos: las leyes que establecían la prelación y la liturgia nunca se habían abolido por ningún poder legal, y todas las tentativas del parlamento para dar a favor de nuevos acuerdos, la superioridad al presbiterianismo, habían bastado para sumergir nuevamente a Inglaterra en sangre y confusión. La fuerza de estas consideraciones había hecho tomar a los comunes el prudente partido de diferir el examen de las controversias religiosas, y abandonar los destinos de la iglesia a la autoridad del monarca y de las antiguas leyes.

Al principio, Carlos empleó suma mesura en la ejecución de las leyes. Los nueve únicos obispos que aun vivían fueron inmediatamente repuestos en sus diócesis y todos los ministros despojados recobraron la posesión de sus beneficios. La liturgia anglicana, forma de culto muy decorosa, y no ajena de belleza, se introdujo de nuevo en las iglesias, pero al mismo tiempo se vio aparecer una declaración cuyo objeto era satisfacer a los presbiterianos y conservar un aire de neutralidad. El rey prometía que las grandes diócesis tendrían obispos sufragáneos; que todos los prelados ejercerían constantemente por sí mismos el ministerio de la predicación; que no harían ningún acto de jurisdicción episcopal, ni aun la ordenación, sin el dictamen y la asistencia de un cierto número de sacerdotes elegidos por la diócesis; que se introducirían en la liturgia anglicana mudanzas que a todos satisficiesen; que además este culto no se impondría más que a los que le recibiesen voluntariamente, y que no se insistiría con rigor sobre el uso de la sobrepelliz, de la señal de la cruz en el bautismo y de la inclinación de cabeza al nombre de Jesús. El rey, en aquella declaración, se calificaba de jefe de la iglesia, y se atribuía abiertamente en muchos artículos una autoridad legislativa en materias eclesiásticas; pero el gobierno inglés, aunque definido con más exactitud por efecto de las últimas disensiones, no estaba todavía reducido en los demás puntos a los estrechos límites de la ley, y si alguna ocasión había habido en que pudiese justificarse el ejercicio de la prerrogativa real, era en el caso presente, cuando todas las partes del Estado, desquiciadas por las recientes convulsiones, reclamaban la sabia y benéfica mano del primer magistrado para hacerlas entrar en el antiguo carril.

## **Insurrección de los milenarios.**

Pero aunque no se viesen desmentidas estas apariencias de neutralidad, y no pareciese que se insistía más que sobre un episcopado moderado, no era la intención del ministerio seguir guardando los mismos miramientos con los presbiterianos, y la locura de los milenarios suministró un pretexto para apartarse de aquella línea de conducta. Venner, desesperado entusiasta, conocido por varias tramas que había fraguado contra Cromwell, inflamado que hubo con sus imprudentes discursos su propia imaginación y la de sus parciales, salió con ellos por las calles de Londres, en número de sesenta, bien armados, y creyéndose no sólo invencibles, sino invulnerables, se prometieron los mismos triunfos que habían obtenido Gedeón y otros héroes del Viejo testamento. Todos al

principio huían a su vista, y un infeliz que, a una pregunta de ellos, respondió que estaba por Dios y por el rey Carlos, fue asesinado en el acto; luego marcharon en triunfo de calle en calle, proclamando a voces al rey Jesús, que era, decían, su invencible guía. Los magistrados se dieron prisa a reunir algunas compañías urbanas que los atacaron, pero defendiéndose ellos con tanto orden como intrepidez, mataron a muchos de sus contrarios e hicieron una retirada en regla al bosque de Cane, cerca de Hampstead; y aunque el día siguiente los expulsó de allí un destacamento de la guardia, tuvieron la osadía de volver a la capital, que no estaba preparada para recibirlos. Después de haber cometido muchas tropelías, y atravesado casi todas las calles de la inmensa ciudad, se encerraron en una casa, resueltos a defenderse allí hasta el último trance; rodeados, y destruido el techo que los cubría, se les hizo fuego por todas partes; y como en vano se les ofreció darles cuartel, al fin cayó el pueblo sobre ellos y se apoderó de los pocos que aun vivían, y que inmediatamente fueron juzgados, sentenciados y ajusticiados; hasta el último instante persistieron en asegurar que, si habían sido engañados, la culpa era sólo del Señor.

De esta sublevación tomaron pie Clarendon y todo el ministerio para deducir cuan peligroso espíritu animaba a los presbiterianos y a las demás sectas; sin embargo, la sola insensatez del atentado manifestaba muy a las claras que se había cometido sin concierto, y que sus autores no podían ser peligrosos. Añadamos que el inveterado odio que, de pública notoriedad, reinaba entre los presbiterianos y todos los demás sectarios, bastaba para poner a los primeros a cubierto de toda sospecha de una conjuración en mancomunidad con los otros; pero se necesitaba un pretexto, independientemente de sus antiguas culpas, para justificar los rigores que se les destinaban, y esta razón, aunque leve de suyo, se hizo valer con empeño.

### **Asuntos de Escocia.**

Todavía fue más rápida en Escocia la pendiente de las cosas hacia el restablecimiento del orden y la sumisión al rey. Deliberóse en el consejo de Inglaterra si se debía volver la libertad a la nación, o si se conservarían las fortalezas levantadas por el Protector para sofrenar la indócil condición que en todos los siglos había distinguido a aquel pueblo. Lauderdale que, desde la batalla de Worcester hasta la restauración había estado preso en la Torre, tenía mucho valimiento cerca del rey y se opuso vigorosamente a esta violenta resolución, haciendo presente que la lealtad de los escoceses era lo que los había impulsado a declararse contra los ingleses rebeldes, y que prevalecerse de las desgracias que les había acarreado aquel paso, era echarse encima la nota de la más negra injusticia e ingratitud; que subyugada ya su natural altivez por la larga servidumbre a que los había reducido el usurpador, ellos mismos se adelantarían a dar cualesquiera seguridades al soberano legítimo, siéndole deudores de su libertad; que el amor de aquella nación a su príncipe natural era muy superior al que podía esperar Carlos de los ingleses, y sería un recurso infalible para él en el caso de un nuevo levantamiento en Inglaterra; que no se habían destruido los principios republicanos entre sus vasallos meridionales, y aun podían amenazar al trono; que probablemente ocurrirían circunstancias en que Carlos, en vez de desear guarniciones inglesas en Escocia, vería con más gusto guarniciones escocesas en Inglaterra, que, pagadas por los mismos ingleses, tendrían a gran dicha reducir la sediciosa índole de esta opulenta nación; en una palabra, que un pueblo como el escocés, gobernado por un corto número de magnates, sería más fácil de someter al yugo de la monarquía que no la díscola nación inglesa, que solo respiraba el espíritu de independencia y de igualdad democrática.

1661.—Estos motivos movieron al rey, no sólo a licenciar todas las tropas de Escocia, mas también a arrasar todas las fortalezas allí levantadas (1.º de enero). El general Middleton, creado conde del mismo nombre, fue enviado en calidad de comisario al parlamento que ya había convocado Carlos, en el que pareció reinar, en todos los órdenes un grande espíritu de sumisión, y en el que hasta tuvo el comisario regio bastante influencia para obtener un acuerdo que anulaba

todas las leyes hechas desde el año 1633, so pretexto de la violencia que se había empleado en aquel intervalo contra el rey y su padre para arrancar su consentimiento a aquellos estatutos. Una concesión tan general y acaso sin ejemplo, unida a multitud de perniciosas limitaciones, derribaba algunas útiles barreras levantadas para el sostenimiento de la constitución; pero el curso del torrente se había vuelto favorable a la monarquía, y la nación escocesa hizo conocer claramente que su anterior resistencia era menos el efecto de una pasión fija por la libertad que de la turbulenta condición de la aristocracia y del ciego celo de los eclesiásticos. Restableciéronse los lores de los artículos con algunos ramos de la prerrogativa, y la autoridad real, fortificada con pretextos y pretensiones más plausibles, recobró en aquella nación toda su fuerza y latitud.

La abolición de todos los estatutos que se habían formado en favor del presbiterianismo era un restablecimiento tácito de la prelatura, y Carlos deliberó sobre el uso que debía hacer de esta concesión. Lauderdale, que era en el fondo enemigo vehemente del episcopado, se esforzó por persuadir al rey que los escoceses, si les concedía este punto favorito de su gobierno eclesiástico, tendrían en todo lo demás una ciega deferencia a sus voluntades, y Carlos, que sin tener tanta afición a la prelatura como su padre y su abuelo, profesó toda su vida una viva aversión a los presbiterianos escoceses, de quienes había recibido los mayores ultrajes, respondió al conde de Lauderdale que el presbiterianismo no le parecía una religión propia de hombres bien nacidos y que no podía consentir en verle durar más tiempo en Escocia. Por otra parte, Middleton y los demás consejeros le persuadieron que la nación en general estaba tan cansada de la violencia y tiranía de los eclesiásticos que toda mudanza en el gobierno de la iglesia sería recibida con universal aplauso; y Clarendon, lo mismo que Ormond, temiendo que la secta presbiteriana, una vez legalmente establecida en Escocia, llegase a ser un peligroso sostén para los sectarios de Inglaterra e Irlanda que eran muy numerosos, apoyaron los esfuerzos de aquellos ministros: así se tomó la resolución de restablecer a los prelados, paso que, andando el tiempo, produjo fatales consecuencias. No es fácil sin embargo determinar si el rey, al tomar este partido, eligió entre dos males el menor. Sharp, a quien habían cometido los presbiterianos de Escocia el cuidado de sus intereses cerca del rey, se dejó persuadir a abandonar aquel partido, y el arzobispado de St. Andrews fue el premio de su complacencia. A él se confió principalmente la dirección de los asuntos eclesiásticos; y como sus antiguos amigos le calificaron de traidor y renegado, esta razón, no menos que su violento comportamiento en su nueva clase le hicieron en extremo odioso a la secta a quien perseguía.

Carlos no había prometido a sus súbditos de Escocia la amnistía cuya seguridad habían recibido los ingleses en virtud de la declaración de Breda; y probablemente le habían persuadido que era más político tener por algún tiempo el castigo como suspendido sobre la cabeza de los culpables, para obligarlos por medio del terror a someterse al nuevo gobierno. Aunque ni su natural ni su plan de administración le inclinaban a la severidad, creyéronse necesarios algunos escarmientos después de una rebelión tan sangrienta e insolente, y las víctimas elegidas fueron el marqués de Argyle y Guthrie, célebre ministro. Dos declaraciones de olvido, la una dada por el último rey en 1641, y la otra por el mismo Carlos II en 1651, parecía que ponían un obstáculo invencible al castigo del marqués de Argyle, o por lo menos vedaban toda pesquisa judicial sobre la parte de su conducta que se miraba como más punible, quedándole solo el cargo de haberse sometido a la usurpación, crimen que le era común con toda la nación escocesa y al que la violencia puede arrastrar al súbdito más leal y adicto a su monarca. Para que aquella sumisión pareciese más voluntaria y cordial, exhibiéronse ante el tribunal cartas que había escrito a Monk mientras gobernaba este general en Escocia, y que contenían las expresiones de la más viva adhesión al gobierno establecido; pero además de la indignación general que atrajo sobre Monk la revelación de una correspondencia familiar, consideróse que, en una época de desconfianzas, un hombre tan principal como el marqués de Argyle había podido verse en la necesidad de dar las mayores muestras de sumisión al gobierno, sin hacerse culpable de deslealtad o de traición; y sin embargo sobre tales pruebas tuvo el parlamento la servil complacencia de condenarle. Murió el marqués con mucho valor y entereza. Como era universalmente conocido por principal instrumento de los

últimos desórdenes y de las guerras civiles, la irregularidad de su sentencia, lo mismo que algunas circunstancias inicuas en la actuación de su proceso, parecieron más disculpables. Lord Lorne, su hijo, cuya lealtad nunca había variado, obtuvo como un don sus bienes confiscados. Guthrie era un sedicioso predicante que había ultrajado personalmente al rey, y su suplicio a nadie sorprendió. Sir Archibaldo Johnstone de Worrison fue condenado a muerte y se salvó con la fuga; pero cogido en Francia, dos años después, fue llevado a su patria para ser ajusticiado: éste se había hecho notable por su actividad en los últimos alborotos y aun se sospechaba que seguía secretos tratos con los regicidas ingleses.

A más de estos testimonios de una complacencia ilimitada, aumentó el parlamento escocés la renta anual del rey con 40.000 libras esterlinas que debían recaudarse por el arbitrio de la *excise*, proponiéndose que se emplearía esta suma en el sostén de un pequeño cuerpo de tropas, con la sola mira de prevenir la repetición de los males que tanto habían afligido al reino. En fin, en virtud de un acuerdo solemne, se declaró contrario a las leyes el *covenant* y se anularon todas sus obligaciones; lo que era chocar violentamente con las más arraigadas preocupaciones nacionales.

### **Conferencia de Saboya.**

Durante estas felices operaciones del comisario de Escocia, no menos felizmente habían logrado la blandura e igualdad de la administración del rey borrar de entre los ingleses toda especie de distinciones civiles. Ya no se oían los odiosos dictados de *caballeros* y *cabezas redondas*; parecía que todos los ánimos tendían de consumo a reconocer los legítimos derechos del trono y a proteger los justos privilegios del pueblo y del parlamento, si bien empero subsistía todavía la controversia teológica y atizaba algunas chispas de aquella llama que tantos incendios había levantado en la nación. Mientras que los católicos, los independientes y otros sectarios se limitaban a esperar alguna tolerancia, la prelatura y el presbiterio disputaban por la superioridad, y ambos partidos estaban igualmente agitados por el temor y la esperanza. Celebróse en el palacio de Saboya una conferencia entre doce obispos y doce de los principales ministros presbiterianos (25 de marzo), con la mira o por lo menos con el pretexto de buscar medios de conciliación; la sobrepelliz, la señal de la cruz en el bautismo, la recepción de la cena de rodillas, y la inclinación de la cabeza al nombre de Jesús, fueron objeto de nuevas discusiones, y el pueblo ignorante se lisonjeó con la esperanza de que, después de una madura deliberación, tantos graves y doctos personajes se pondrían por fin de acuerdo en todos los puntos de disputa, por lo cual causó suma sorpresa verlos separarse más exasperados y más aferrados que nunca en sus diversas preocupaciones. Inútiles serían los pormenores en un asunto de esta naturaleza: las disputas sobre las formas religiosas son las más frívolas de todas en sí mismas, y no merecen atención sino en cuanto influyen sobre la paz y el orden de la sociedad.

### **Argumentos en pro y en contra de la reunión.**

El rey, en su declaración, había prometido que se haría algún esfuerzo para allanar una reunión de los dos partidos, y su indiferencia personal sobre el fondo de sus disputas pareció muy favorable a la ejecución de este proyecto. Decían los partidarios de la reunión que los presbiterianos, como los episcopales, convencidos en fin por una dolorosa experiencia de los fatales efectos de la obstinación y de la violencia mutuas, estaban en fin dispuestos a apreciar las ventajas de una apacible conciliación; que los obispos, abandonando alguna parte de su autoridad, dispensando a sus adversarios de las ceremonias que más les repugnaban, los satisfarían lo suficiente para obtener de ellos una adhesión ardiente y sincera que reuniría a toda la nación en la misma fe y en el mismo culto; que obstinarse en sostener formas insignificantes en sí mismas, era

darles un aire de importancia y fomentar la obstinación de los otros en desecharlas; que los ministros presbiterianos adoptarían cualesquiera proposiciones razonables primero que reducirse a la mendicidad, o por lo menos, a la dependencia, renunciando sus beneficios; y que bastaría lisonjear su orgullo en algunas apariencias de mudanza, que los autorizaran a sostener que no habían abjurado sus principios, para efectuar una perfecta unión entre dos partidos que juntos formaban el cuerpo de la nación.

Alegábase por otra parte que la diferencia entre las sectas religiosas procedía menos de la de los principios que del arrebató de las pasiones, y que, si no se empezaba por poner remedio a los desarreglados afectos de los hombres, vano era prometerse conseguir la unión por medio de complacencias; que cuanto más indiferentes en sí mismos parecían los objetos de la disputa, más podía deducirse de aquí que el cimiento real de las disensiones era diferente de lo que se imaginaba el público; que el amor a la novedad, el orgullo de la argumentación, el placer de hacer prosélitos y la tenacidad de la contradicción producirían sin cesar sectas y altercados, y que no había concesiones que bastasen a cegar enteramente aquel manantial de desavenencias; que la iglesia anglicana, apartándose de sus antiguas prácticas y de sus antiguos principios, se reconocería tácitamente culpable de error, y perdería todo derecho a aquella veneración tan necesaria para sostener el apego del pueblo; en fin, que si las primeras concesiones resultaban insuficientes (que era más que probable), se necesitarían otras nuevas y sin duda mayores; y que, en conclusión, se despojaría a la disciplina de toda su autoridad y al culto de todo su decoro, sin lograr al cabo lo que crédulamente se había esperado de aquellas peligrosas indulgencias.

### Nuevo parlamento.

A estas últimas razones se inclinaba el ministerio, y todavía le confirmaron más en ellas las disposiciones que creyó descubrir en un nuevo parlamento que acababa de reunirse (8 de marzo). Los realistas y los anglicanos celosos habían llegado a ser el partido popular de la nación; y apoyados por los esfuerzos de la corte, habían vencido en casi todas las elecciones: sólo se contaban, en la segunda cámara, cincuenta y seis individuos del partido presbiteriano<sup>390</sup>, y no bastaban por consiguiente a combatir o dilatar las resoluciones de la mayoría: de esta suerte volvieron a hallarse la monarquía y el episcopado en el mismo grado de esplendor y autoridad que antes de sus padecimientos y de su humillación. Sir Eduardo Turner fue elegido orador o presidente de la cámara.

Tomóse primeramente un acuerdo para la seguridad de la persona real y del gobierno. Acometer o concertar la prisión del rey, intentar dañarle o desposeerle, o tomar las armas contra él, se declararon casos de alta traición; acusarle de herejía o de papismo, esforzarle de palabra o por escrito, a robarle el amor de sus vasallos, eran ofensas que debían acarrear la exclusión de todos los empleos eclesiásticos y civiles. Sostener que el parlamento largo no estaba disuelto, y que una u otra de las dos cámaras poseía la autoridad legislativa sin la participación del rey, o que el *covenant* obligaba a los que habían suscrito a él, era someterse a la pena de prisión o de confiscación de bienes (*the penalty of promunire*).

El *covenant* mismo, y los acuerdos para la erección de un alto tribunal de justicia, para la suscripción del empeño y para el establecimiento de la república inglesa, fueron quemados por mano del verdugo, acto que causó al pueblo suma alegría.

El abuso de las peticiones, bajo el anterior reinado, había sido el origen de los mayores desórdenes, y para remediarlos en lo sucesivo, se mandó que ninguna petición fuese firmada por más de veinte nombres, a menos de que la autorizasen tres jueces de paz y la parte más numerosa de los grandes jurados; y que los que se encargasen de presentársela, ya fuese al rey, ya a una u otra de

---

390 Respuesta de Carte al Bystander, p. 79.

las dos cámaras, no pasasen de diez. La pena impuesta a la transgresión de esta ley era una multa de 100 libras esterlinas y tres meses de prisión.

### **Restablecimiento de los obispados.**

Aunque restablecidos en su autoridad espiritual, los obispos estaban todavía excluidos de la cámara alta en virtud de una ley a la que había dado su consentimiento Carlos I antes de las guerras civiles; mas como se había necesitado emplear mucha violencia para que la aceptasen el rey y los pares, esta sola razón suministró a los partidarios de la iglesia un pretexto plausible para pedir que se abrogase, y Carlos manifestó la mayor alegría al dar su aprobación al nuevo acuerdo. Es seguro que la autoridad de la corona no estaba menos interesada que la de la iglesia en restablecer a los preladados en su antigua dignidad, pero los que miraban cada adquisición del príncipe como una pérdida para el pueblo, vituperaron a aquel parlamento por su condescendencia.

Después de una prorrogación de algunos meses, reuniéronse las dos cámaras (20 de noviembre) y, animadas del mismo espíritu, continuaron sus operaciones, sin manifestar, es cierto, ninguna disposición a restablecer las antiguas prerrogativas de la corona en toda su latitud, pero poniendo todo su conato en reparar las brechas que, más que del amor de la libertad, eran obra del furor de las facciones y de la guerra civil. En todos los siglos se había reconocido que el poder de la espada pertenecía a la corona, y aunque esta prerrogativa no resultaba fundada en ninguna ley, como todos los parlamentos, hasta el último del reinado precedente, habían confirmado con su sumisión un derecho más antiguo y por consiguiente más respetable que la autoridad de ningún estatuto positivo, pareció justo abandonar solemnemente las violentas pretensiones de aquel parlamento, y reconocer que ninguna de las dos cámaras juntas poseen la autoridad militar con independencia del rey. El preámbulo de este estatuto se extiende a renunciar hasta el derecho de las armas defensivas contra la majestad real, y los políticos han hecho muchas observaciones sobre esta concesión que les ha parecido singular. Estos términos, tomados en toda su latitud literal, encierran una renuncia absoluta a toda limitación de la monarquía y aun a todos los privilegios de la nación independientes de la voluntad del soberano. Como no hay derechos que puedan subsistir sin algún apoyo, y menos aun los que están expuestos a la invasión continua de la tiranía o de la ambición, si es cierto que los ingleses nunca deben resistirse a su príncipe, resulta necesariamente que, sin violencia, sin el menor esfuerzo, su príncipe es absoluto y superior a toda oposición, bástale una señal de su autoridad para abolir toda autoridad que no sea la suya, y desde este momento queda en realidad destruida hasta la sombra de la libertad; pero no puede atribuirse tal intención al parlamento de entonces que, bien que lleno de celosos realistas, manifestó en sus resoluciones que no desatendía del todo los fueros de la nación. Sin duda consideraba que no habiendo nada más contrario a la constitución inglesa que suponer en el soberano aquel extraño ataque a la libertad pública, el cuidado de reservarse, en esta suposición, algún derecho de resistencia, podía merecer el mismo cargo; además, los comunes habían visto que, so pretexto de defensa, el parlamento largo había empezado un violento ataque contra el poder real, y que, después de haber sumergido al reino en sangre, había perdido aquella libertad por la que tan imprudentemente había peleado. Persuadiéronse, acaso falsamente, de que, después de pretensiones tan públicas y escandalosas, no era lícito a los representantes de la nación guardar por más tiempo aquel prudente silencio en que habían persistido hasta entonces las leyes, y que era necesario prevenir, por medio de una declaración positiva, la repetición de los mismos inconvenientes: así, cuando excluyeron el derecho de defensa, supusieron que la constitución, perseverando firme sobre sus cimientos, no podía realmente llegar a ser atacada por el soberano, o a lo menos, suponiendo este ataque una necesidad suma, discurrieron que el caso de una suma y violenta necesidad no podía comprenderse en una ley, porque no había ninguna capaz de remediarle de antemano.



### **Auto de corporación.**

En las demás operaciones de aquel parlamento se descubren también precauciones más cautelosas contra la rebelión de los súbditos que contra las usurpaciones de la corona. Los desgraciados frutos de las guerras civiles y de la usurpación habían naturalmente aumentado el espíritu de sumisión al soberano y lanzado a la nación de un extremo a otro, y como durante la suspicaz y violenta administración del parlamento y de los protectores, todos los magistrados sospechosos habían sido echados de las corporaciones, y no se había admitido a ninguno que no diese pruebas de adhesión al gobierno establecido o que hubiese rehusado firmar el *covenant*, pareció peligroso dejar la autoridad en tales manos, y el parlamento se creyó obligado a abandonar al rey la facultad de nombrar comisarios, no solo para regir las corporaciones, sino para alejar de ellas a los magistrados que había hecho admitir la violencia, o cuyos principios amenazaban la constitución civil y eclesiástica. Mandóse también que todos los magistrados abjurasen la supuesta autoridad del *covenant*, y que, además de los juramentos de obediencia y sumisión, hiciesen profesión de creer que no es lícito, bajo ningún pretexto, tomar las armas contra el rey, como también de abominar de la detestable máxima de que pueden tomarse por la autoridad del rey contra su persona o contra los que están autorizados por comisión suya.

En los debates de la cámara sobre las últimas palabras de este juramento, que parecieron peligrosas para la constitución, el célebre jurisconsulto Vaughan propuso y pidió con empeño que, para remover todas las dificultades, se uniese la palabra legítima a la de comisión; pero el fiscal sir Heneage Finch sostuvo que esta adición era absolutamente innecesaria y que hasta superflua, porque una comisión que no fuese legítima no sería realmente una comisión, y la cámara entera se atuvo a esta explicación. La misma adición propuso en la cámara alta Southampton, y con la misma respuesta la desechó Anglesey, y aunque insistió el primero, haciendo presente que aquella adición aclararía todas las dudas, en lugar de que, sin ella, podrían engañarse los que no hubiesen comprendido la verdadera intención del parlamento, no se le escuchó. Es de presumir que la opinión de los dos partidos era la misma, aunque el tenor de suministrar nuevos pretextos a la rebelión hizo a los realistas aceptar temerariamente el peligro a que exponían a la libertad aquellas concesiones. En la mayor parte de las deliberaciones humanas, es difícil por no decir imposible, hacer una elección que esté a cubierto de todo inconveniente, y con harta frecuencia un partido, a quien la victoria acaba de sacar de la opresión, señala su triunfo con los excesos más opuestos a los que ha querido reprimir.

### **Auto de uniformidad.**

No atendió menos aquel parlamento (1662) al bien de la iglesia que al de la monarquía, y un acuerdo de unidad puso el colmo al triunfo del episcopado sobre el presbiterianismo. Diferentes partidos contribuyeron al logro de aquel acuerdo, que contenía varias cláusulas rigurosas. Los independientes y otros sectarios, furiosos de ver frustradas todas sus esperanzas por los presbiterianos, que habían sido en otro tiempo sus asociados, reunieron todas sus fuerzas para hacer perder a aquel partido el favor y la indulgencia que creía justamente debidos a sus recientes servicios. Los presbiterianos, decían, eran los que habían encendido la guerra; ellos eran los primeros que habían excitado al populacho al tumulto: su celo; su crédito, sus riquezas habían sostenido los ejércitos: en una palabra, su fuerza había subyugado al rey, y si, más adelante, habían protestado contra las atroces violencias de los jefes militares, una oposición que no había nacido sido después de haber dado a los usurpadores medios y pretextos para sostener sus sangrientas empresas, no merecía mucha gratitud. Verdad era que habían contribuido con los realistas a la restauración del rey, pero ¿se debía por esto creerlos más adictos a la causa real? La rabia y el encono de la ambición frustrada habían sido sus únicos móviles, y si Carlos cometía a la sazón la

imprudencia de agravarlos de algún modo, pronto experimentaría de su parte el mismo odio y la misma oposición que tan fatales habían sido a su padre.

Aunque sin crédito en la nación, los católicos formaban un partido considerable en la corte, y sus servicios como sus padecimientos durante las guerras civiles parecían acreedores a alguna consideración y a algún favor. Su gran temor era que llegasen a unirse enteramente los protestantes; suponiéndose los únicos no-conformistas en la nación, conocían que la rigurosa ejecución de las leyes penales caería infaliblemente sobre ellos, y con este recelo, convertían todos sus esfuerzos a hacer tratar sin compasión a los presbiterianos, que por mucho tiempo habían sido sus más crueles opresores y en quienes deseaban ver en fin unos compañeros de infortunio. El conde de Bristol que, por convicción o por interés o por inconstancia o tal vez por complacencia hacia las gentes con quienes vivía, había cambiado de religión durante el destierro del rey, pasaba por el jefe de aquel partido.

El partido de la iglesia nacional sufría, hacía mucho tiempo, tantos ultrajes y tropelías de parte de todos los sectarios, que ciertamente no debía esperarse de sus eclesiásticos moderación, y menos aun deferencia: los mismos legos de aquella comunión parecían dispuestos a prevalecerse contra sus enemigos del derecho de represalias, al peso ordinario de la justicia de partido. Aquella secta o aquella facción, porque era una mezcla de uno y otro, fomentaba los rumores de tramas y conspiraciones contra el gobierno, crímenes generalmente imputados a sus adversarios, sin ningún viso de razón; y, lejos de ensanchar los límites de su comunión para comprender en ella a los presbiterianos, autorizábanse con ardor de las prevenciones de aquellos sectarios para expulsarlos de sus beneficios. Decía el acuerdo de uniformidad que todo ministro que no había recibido la ordenación episcopal tendría obligación de recibirla, que haría profesión de aprobar todo lo que se contiene en el libro de las oraciones comunes; que prestaría el juramento de obediencia canónica; que abjuraría el *covenant* y solemne liga y que renunciaría al principio que autoriza a tomar las armas contra el soberano bajo ningún pretexto.

Este *bill* restablecía la iglesia anglicana en el mismo estado en que se hallaba antes de las guerras civiles, y como las antiguas leyes perseguidoras de Isabel no sólo subsistían aun en todo su rigor, más resultaban aquí confirmadas con cláusulas de la misma naturaleza, todas las promesas de Carlos a favor de las conciencias escrupulosas quedaban eludidas y como anonadadas. Verdad es que, en su declaración de Breda, había manifestado la intención de ajustar su indulgencia al dictamen y autoridad del parlamento, pero esta restricción no podía razonablemente extenderse hasta la entera violación de su promesa. Es opinión común que el rey no abrazó por su gusto aquella violenta resolución, y que el celo de los partidarios de la iglesia en la cámara de los comunes, unido al del ministro, y apoyado por los amaños de los católicos, fue la verdadera causa que le arrancó su consentimiento.

Los realistas, que dominaban entonces sin obstáculo, estaban muy dispuestos a señalar su victoria proclamando aquellos altos principios monárquicos que por mucho tiempo habían combatido sus adversarios, pero cuando se les pedía un aumento real de poder y de rentas para la corona, no se hallaba en sus concesiones tanto celo y liberalidad como hubiera deseado Carlos. Aunque el parlamento hizo leyes para la organización de la marina, no se ocupó de modo alguno en el ejército, y verosímelmente rehusó poner el sello de su autoridad a aquella peligrosa innovación. Las deudas de la corona habían llegado a ser insoportables, y al cabo la cámara de los comunes se vio precisada a conceder al rey un subsidio extraordinario de 1.200.000 libras esterlinas; pero además de que este remedio no correspondía a la grandeza del mal, Carlos se vio reducido a solicitar vivamente a los comunes antes de poder obtenerle, y para convencer a la cámara de sus extremadas necesidades, propúsole hacer examinar estrictamente la cuenta de sus ingresos y de sus gastos. Informada también la cámara de que muchos ramos de las rentas reales distaban de producir las sumas con que se había contado, consintió después de una larga dilación, en echar un impuesto de dos chelines sobre cada fuego, contribución que se estableció por toda la vida del rey. Con estos aditamentos, la renta fija de la corona durante muchos años no pasó de un millón, suma harto

reducida, en sentir de la misma nación, para los gastos públicos; por lo menos, sólo una rigurosa economía, prenda de que no estaba dotado Carlos, podía hacerla suficiente para sostener la dignidad y atender a la seguridad del gobierno. Despachados todos los asuntos corrientes, se prorrogó el parlamento (19 de mayo).

### **Matrimonio del rey.**

Antes de esta separación, se ocupaba la corte en hacer grandes preparativos para el recibimiento de la nueva reina, Catalina de Portugal, con quien ya se había desposado el rey por poderes y que llegó por entonces a Porsmouth. Durante la última guerra con España, el Protector se había visto naturalmente comprometido a sostener a los portugueses en su rebelión, y les había ofrecido por un tratado aprontarles 10.000 hombres para defenderse contra los españoles. Después de la restauración del rey, pidieron los portugueses que se renovase la alianza, y para hacerla más firme y estrecha, ofrecieron a Carlos la mano de la princesa de Portugal con un dote de 500.000 libras esterlinas y dos fortalezas importantes, Tánger en África y Bombay en las Indias orientales. La España que, desde la paz de los Pirineos, había empleado todas sus fuerzas en reconquistar el Portugal, cuya protección parecía haber abandonado la Francia, entró en cuidado y probó a captarse la voluntad de Carlos con un interés opuesto, para lo cual ofreció el rey católico adoptar como infanta de España a cualquiera otra princesa, ya fuese la de Parma, o, lo que consideró que sería más agradable a los ingleses, alguna princesa protestante de la casa de Dinamarca, de Sajonia o de Orange; prometiendo además, cualquiera que fuese la elección, un dote igual al que prometía Portugal; pero muchas razones determinaron a Carlos a dar la preferencia a las ofertas de los portugueses. El sumo desarreglo de la hacienda en España hacía muy inseguro el cumplimiento de aquellas promesas, y las urgentes necesidades de Carlos le movían a desear un socorro inmediato: además, el interés del comercio británico exigía que se sostuviese la independencia de Portugal, por temor de que la incorporación de esta corona a la de España hiciese caer todos los tesoros de América en manos de un solo potentado; a lo cual hay que añadir que las pretensiones de la España sobre Dunkerque y la Jamaica hacían que se considerase imposible obtener sin otras condiciones una cordial amistad de aquella potencia. Por otra parte, dos fortalezas tan considerables, como las que seguía ofreciendo Portugal, prometía a Inglaterra un gran aumento de poderío naval, y, más que todo, la proposición de una princesa protestante era mal cebo para Carlos muy propenso a preferir una alianza católica. Más hay: resulta de buenos datos que Carlos estaba ya resuelto a casarse con una infanta de Portugal sin la participación de sus ministros, y que ninguna objeción hubiera bastado a disuadirle de este propósito. Con muchos le impugnaron el canciller; Ormond y Southampton, insistiendo particularmente sobre la voz que corría muy acreditada de que la princesa era inapta para darle sucesión, pero de nada sirvieron todos sus argumentos; cuando se propuso el caso al consejo, todos los votos aprobaron la elección del rey, y la misma complacencia manifestó el parlamento; así se ajustó, con las apariencias de un consentimiento universal, aquel desgraciado enlace con Catalina (21 de mayo), princesa de singular virtud, pero que no acertó a conseguir, con sus gracias o con su carácter, ganar el corazón de su marido. Parece sin embargo que era infundada la fama de su esterilidad, pues que por dos veces se la declaró encinta.

Entristecieron los festejos de aquellas infaustas bodas el proceso de suplicio de varios culpables. Berkstead, Okey y Cobbet, regicidas, que, habiendo logrado trasponer el mar, habían andado errantes algún tiempo por Alemania, se reunieron secretamente en Delft, en Holanda, donde habían concertado sus familias reunirse con ellos, y donde los descubrió Downing, ministro residente del rey, que antes había servido en el mismo cargo al Protector y a la República, después de haber sido capellán en el regimiento de Okey. Impetró Downing de los Estados una orden para prenderlos, especie de demanda a que aquellos se habían acostumbrado a acceder siempre, si bien al mismo tiempo daban aviso a los interesados para que se pusiesen en salvo; pero frustró esta

precaución el ministro inglés con su vigilancia y presteza, y sorprendiendo a los reos, los embarcó precipitadamente en una fragata inglesa que se hallaba en aquellas aguas y los hizo llevar a Londres. Observaron aquellos tres infelices una conducta más sumisa y mesurada que ninguno de sus cómplices en el mismo crimen; Okey, en particular, pidió a Dios, en el momento del suplicio, por la prosperidad del reinado de Carlos, y declaró que, si le hubieran dejado la vida, su intención era someterse humildemente al orden establecido. Habíase elevado durante las guerras civiles desde la profesión de velero, que ejercía en Londres, a empleos considerables en el ejército, y en toda su conducta había desplegado tanta humanidad como honradez. Merced a su carácter y a sus últimas disposiciones, su cadáver fue entregado a sus parientes para que le diesen sepultura.

### **Proceso de Vane y de Lambert.**

Mucho llamó la atención del público el proceso de dos reos de más alta categoría, que fueron Lambert y Vane. Ni uno ni otro eran regicidas, pero habían sido exceptuados de la amnistía general, y encerrados en una prisión. El parlamento que se había designado con el título de convención, había llevado la indulgencia con ellos hasta el punto de pedir al rey que, si resultaban culpables, se suspendiese su ejecución; pero el nuevo parlamento, más celoso del honor de la monarquía, solicitó su proceso y castigo; y para no hacer revivir disputas que se quería sepultar en el olvido, la acusación contra Vane no comprendía ninguna de sus acciones durante la guerra civil, extendiéndose sólo a su conducta posterior a la muerte de Carlos I, ya en calidad de consejero de estado, ya en la de secretario de la marina, empleos ambos en que la misma lealtad que debía a los que le daban su confianza, le había comprometido en su oposición a la monarquía.

No le faltaron valor y destreza para sacar partido de esta circunstancia, haciendo presente que, si la sumisión al gobierno entonces establecido en Inglaterra y el reconocimiento de su autoridad debían mirarse como un crimen, no era menos criminal toda la nación, y que no quedarían muchos ingleses autorizados por su propia inocencia para juzgarle y declararle reo de alta traición; que, con arreglo a aquella máxima, el establecimiento de una autoridad ilegítima por medio de la fuerza debía acarrear una destrucción total, pues que los usurpadores prescribirían a una parte de la nación por haberles desobedecido, y el verdadero príncipe castigaría a la otra por haberles obedecido, que la legislación de Inglaterra, previendo esta violenta situación, había provisto a la seguridad pública por medio del famoso estatuto de Enrique VII, que decía que, en caso de revolución, nadie sería molestado por su obediencia al príncipe actual; que, ya se tratase de un gobierno monárquico, ya de un gobierno republicano, la razón de aquel estatuto era la misma; que un príncipe expulsado no podía creerse con derecho para exigir obediencia mientras tanto que no pudiese ofrecer protección; que no competía a unos particulares sin poder ni derecho discutir los títulos de los que los gobernaban, y que la más manifiesta usurpación no imponía menos la necesidad de obedecer que el gobierno más legítimo, que la desavenencia entre el último rey y su parlamento era de la naturaleza más delicada y que los hombres más rectos habían estado divididos en la elección del partido que debían abrazar; que el parlamento, en el mero hecho de haberse declarado indisoluble como no fuese por su propio consentimiento, se había constituido en una especie de poder coordinado al del rey, y que un caso tan nuevo, tan desconocido en la constitución, no debía ser juzgado rigurosamente por la letra de las antiguas leyes; que él, personalmente, no había cesado de vituperar todas las violencias que se habían ejercido contra el parlamento y contra la persona del soberano, y que se había ausentado de la cámara algún tiempo antes como después del suplicio del rey; que, viendo a todo el gobierno en desorden, había perseverado resuelto en todas las revoluciones a adherirse inviolablemente a los comunes, que consideraba como la raíz y cimiento de toda autoridad legítima; que su adhesión a este principio le había hecho llevar en paciencia todas las violencias de la tiranía de Cromwell, y aun le disponía a arrostrar con el mismo valor los rigores de la ley y de la justicia corrompidas; que, cuando sobrevino la restauración del rey, tenía en su mano substraerse a

sus enemigos, pero había conservado la resolución de perecer en defensa de la libertad, a ejemplo de los hombres más grandes de los tiempos antiguos, y de rendir testimonio con el sacrificio de su vida a aquella honrosa causa que había abrazado; en fin, que además de los lazos con que Dios y la naturaleza le habían ligado a su patria, se había ligado voluntariamente por el sacro *covenant*, cuyas obligaciones no podía hacerle olvidar ningún poder terreno.

### **Suplicio de Vane.**

Inútiles fueron todos estos descargos; sus jueces, considerando menos los capítulos de traición de que se le acusaba, que la opinión acreditada de su criminal actividad en el origen y progresos de las guerras civiles, se atuvieron a la letra de la ley y no titubearon en declararle culpable (11 de junio). No le abandonó su valor después de la sentencia. Aunque naturalmente tímido, la persuasión de una causa justa le sostuvo contra los terrores de la muerte, al paso que su entusiasmo, excitado por imágenes de gloria embelleció el fin de una carrera que tanto había deslucido en sus principios. El día de su suplicio, por miedo de que una víctima tan valerosa produjese alguna impresión en el populacho, colocaron al pie del cadalso tambores cuyo estrépito, en el momento en que empezaba a discurrir acerca del gobierno, cubrió su voz y le previno que debía moderar el ardor de su celo. No le sorprendió empero este imprevisto accidente; ni un momento se desmintió su entereza, y la muerte le pareció únicamente un tránsito a la eterna felicidad que miraba como su merecida y segura recompensa.

Vane, tan célebre por sus dotes parlamentarios y por su capacidad en el manejo de los negocios públicos, dejó algunos escritos concernientes todos a la religión, pero absolutamente ininteligibles, y tales en suma, que ni el menor vestigio se rastrea en ellos de elocuencia ni aun de sentido común. Extraña paradoja, si no supiéramos que los más grandes ingenios, cuando abandonan por principio el uso de su razón, no sacan más fruto de su fuerza intelectual que el de empantanarse más y más en el error y la insensatez. Se ha observado que Vane, contribuyendo más que otro alguno a la muerte del conde de Strafford, abrió el camino a aquella destrucción que hizo la desgracia de Inglaterra, y que su propia muerte cerró, aquella sangrienta escena, pues fue el último que expiró en el patíbulo a consecuencia de las guerras civiles.

Lambert, aunque condenado a muerte, obtuvo en el tribunal mismo que se dilatase su ejecución, y los jueces declararon que, si Vane hubiera manifestado el mismo respeto y la misma sumisión, hubiera obtenido del rey la misma indulgencia. Cerca de treinta años sobrevivió Lambert a su sentencia: confinósele en la isla de Guernesey, donde vivió muy sosegado, olvidando todos sus antiguos proyectos de grandezas, y enteramente olvidado de la nación. Murió católico romano.

### **Expulsión del clero presbiteriano.**

Por muy odiosos que fuesen Vane y Lambert a los presbiterianos, no tuvo tiempo este partido para regocijarse de su sentencia, pues se acercaba el fatal día de San Bartolomé (24 de agosto) en que, en virtud del último *bill*, debían todos los ministros o abandonar sus beneficios o firmar los artículos que se les imponían. Habíanse determinado los más celosos de este orden de común acuerdo a rehusar la suscripción, con la esperanza de que los obispos no se atreverían a expulsar de repente a tantos predicadores de los más venerados entre el pueblo, y el partido católico, que deseaba ver un gran cisma entre los jefes protestantes, los alentaba en su obstinación, presentándoles la esperanza de la protección del rey; y el mismo rey, bien fuese voluntariamente, bien sin pensarlo, contribuyó con su conducta irresoluta a confirmarlos en esta idea. Habíase sobre todo observado mucho rigor en los términos del formulario para irritar a todos los presbiterianos escrupulosos o entusiastas y despojarlos con más seguridad; y en efecto, en un solo día, al pie de

2.000 ministros abandonaron sus curatos, quedando la corte en extremo sorprendida de verlos sacrificar su interés temporal a sus principios religiosos.

Fortalecidos por aquella comunidad de padecimientos, resolvieron arrostrar los últimos rigores primero que renunciar abiertamente a aquella doctrina, que el interés sólo en otras ocasiones les hacia tan fácilmente eludir o modificar. La iglesia anglicana saboreó plenamente el placer de las represalias, y aun llevó como suele acontecer, el resentimiento más lejos que la ofensa. Durante el reinado del partido parlamentario, se le había dejado por lo menos al clero anglicano la quinta parte de los beneficios; pero esta indulgencia, aunque pedida en un principio por los pares, se les rehusó a los presbiterianos. Por difícil que sea siempre conservar la paz entre teólogos, los que de buena fe la buscaban se habían figurado que alguna atenuación en los términos hubiera podido mantener a los presbiterianos unidos a la iglesia, y disipar aquellas facciones eclesiásticas que tantos desórdenes habían causado y de las que tantos se podían temer todavía. Ofreciéronse obispados a Calamy, Baxter, y Reynolds, que gozaban de gran consideración en el partido presbiteriano, pero Reynolds fue el único que se dejó tentar por aquella oferta. Otros muchos rehusaron deanatos y prebendas.

### **Venta de Dunkerque a los franceses.**

Otro paso que dio más adelante Carlos tuvo la desgracia de no ser aprobado por ningún partido, y antes al contrario, se consideró como una de las medidas más desacertadas y aun como uno de los grandes borrones de su reinado; tal fue la venta de Dunkerque a los franceses. Las máximas de economía de que no acertaba a separarse el parlamento, y la disposición liberal, o más bien pródiga del monarca, se avenían muy mal, y los subsidios que éste había obtenido no impedían que su tesoro estuviese exhausto y muy empeñado: había recibido de Francia 200.000 escudos, pero la escuadra y las tropas que sostenía para la defensa de Portugal le habían costado ya con esta suma casi el doble de la que le había llevado en dote la reina; acercábase el plazo señalado para pagar la dote de su hermana al duque de Orleans; Tánger, aquella fortaleza de la que se había esperado sacar tanto provecho, era sólo una carga más para la nación; y Rutherford, que mandaba en Dunkerque, había hecho ascender los gastos anuales de esta guarnición a cerca de 120.000 libras esterlinas.

Tanta fuerza tuvieron estas consideraciones, no solo sobre el rey, mas sobre el mismo canciller, que este incorruptible ministro fue el primero a aconsejarle que aceptase una suma de dinero por una plaza que el estado de su hacienda no le permitía conservar más tiempo; y como uno de los artículos del tratado con Portugal decía que no podría devolverse la ciudad de Dunkerque a los españoles, sólo quedaba la Francia para comprarla. El mismo Clarendon escribió al Estatúder que pasase a Inglaterra para ajustar aquel tratado; pidiéronle 900.000 libras esterlinas; él ofreció 100.000, y disminuyendo poco a poco las pretensiones de los ingleses y aumentando los franceses sus ofertas, convínose por fin en una suma de 400.000 libras; solo la artillería y las municiones ascendían a la quinta parte de esta cantidad, pero la importancia de aquella venta no era entonces más conocida de los extranjeros que de la corte de Inglaterra; el mismo rey de Francia, aunque muy deseoso de nuevas adquisiciones y tan buen juez de sus propios intereses, creyó hacer un trato desventajoso, y prohibió a su embajador que pasase de una suma que tan mezquina nos parece.

### **Declaración de indulgencia.**

Manifestó Carlos su carácter y sus principios de política en un nuevo paso que al principio se explicó mal la nación, pero que otros sucesos vinieron a dilucidar cumplidamente; tal fue el de publicar una declaración, so pretexto de mitigar algún tanto los rigores del acuerdo de *uniformidad* (26 de Diciembre). Después de haber manifestado una firme resolución de observar la amnistía general y de confiarse para el sostenimiento de su trono, no a la fuerza de las armas sino únicamente

al amor de sus vasallos, recordaba el artículo de su declaración de Breda que prometía la libertad de conciencia, y añadía que «habiéndose desde luego dedicado a establecer bien la uniformidad de la iglesia de Inglaterra en todo lo concerniente a la disciplina, las ceremonias y el gobierno, y firme siempre en la resolución de sostenerla, quería también (por lo tocante a las penas señaladas contra los que, observando una conducta pacífica, ponían no obstante dificultad, por escrúpulos de una conciencia alucinada, en conformarse a la iglesia anglicana, y practicaban sin escándalo las devociones adecuadas a sus principios), dar un cuidado especial, en cuanto de él dependía, sin menoscabar los privilegios del parlamento, a inclinar en las próximas legislaturas, la cordura de las dos cámaras a concurrir con él para tomar algún acuerdo que le autorizase, con una aprobación más universal, a ejercer el poder dispensativo que creía inherente a su persona.» Carlos ejercía aquí una prerrogativa de las más graves, pero lo hacía con reservas y limitaciones muy oportunas, capaces de prevenir el examen del título y todo rompimiento entre él y las dos cámaras: sus miras tenían un fundamento más profundo y debían parecer de la mayor importancia.

Durante su destierro, el rey se había inclinado singularmente a favor de la religión católica, y según los más probables testimonios, se había reconciliado solemnemente con la iglesia de Roma: además, por el solo espíritu de oposición, el gran celo del partido parlamentario contra los papistas había siempre hecho a la corte y a los realistas inclinarse a sentimientos más favorables hacia unos hombres que, en todo el discurso de las guerras civiles, habían sostenido vigorosamente los derechos de su soberano. Los rigores que había experimentado Carlos en Escocia por parte de los presbiterianos, eran otra razón que le alejaba de ellos, y le inclinaba a la blandura para con un partido muy opuesto, en índole como en principios, a la severidad de aquellos sectarios. Las vivas solicitudes de la reina madre, el ejemplo de sus amigos más familiares, la afición a un culto más pomposo y adecuado al fausto de las cortes, la esperanza de hallar más indulgencia para sus placeres, todas estas causas reunidas influyeron poderosamente sobre un monarca joven a quien su indiferencia y disolución hacían incapaz de un sólido apego a los principios de su primera crianza; pero si el inconstante natural de Carlos le hacía abrazar con ligereza la religión romana, la misma disposición había impedido que la doctrina de esta iglesia echase hondas raíces en su corazón. Durante el vigor de su salud, cuando fermentaba su sangre y tenía exaltado el espíritu, su indiferencia hacia toda especie de religión rayaba tal vez en desprecio, y, en aquellos tiempos, más propiamente merecía Carlos el nombre de deísta que el de católico; pero en los cambios que experimentó su carácter, cuando al espíritu de escarnio sucedió la reflexión y se vio turbado su ingenio penetrante, aunque enemigo de la aplicación, por cuidados y temores, tuvo accesos de una convicción más sincera; y aquella religión, a la que siempre había sido inclinado, se hizo entonces árbitra de su juicio y de su opinión.

Mientras de esta suerte titubeaba el rey, en todo el discurso de su reinado, entre la irreligión de que hacía abierta profesión, y la fe romana, a la que conservaba un secreto apego, el duque de York, su hermano, había adoptado sin rebozo los principios de Roma. Un natural vivo, junto con un juicio limitado, habían hecho de él un prosélito de buena fe, sin ninguna reserva que pudiese atribuirse a miras de interés, y sin ninguna duda de que se pudiese acusar a sus racionios o sus investigaciones. Su aplicación al manejo de los negocios le había hecho adquirir sumo ascendiente sobre el ánimo del rey, muy superior a él en discernimiento, pero inclinado por su indolencia a descargar una buena parte del peso de la administración sobre un hermano que no le inspiraba el menor recelo. So color de mitigar la suerte de los protestantes no-conformistas, formaron el proyecto de introducir una tolerancia general, y de proporcionar a los católicos el libre ejercicio de su religión, o a lo menos su ejercicio en el interior de sus casas. Ambos hermanos vieron con satisfacción a una parte tan numerosa y popular del clero nacional rehusar el auto o acuerdo de uniformidad, y se lisonjearon con la esperanza de que a favor de este nombre, el odioso y flaco partido de los católicos obtendría crédito y protección.

1663.—Pero mientras que el rey hacía valer sus promesas de tolerancia y otras razones bastante plausibles, el parlamento, que se reunió poco tiempo después de su declaración (18 de

febrero), no pudo aprobar este paso; a ambas cámaras desagradaron igualmente la intención declarada de aliviar la suerte de los no-conformistas y la secreta mira de favorecer a los católicos, y los mismos ministros del rey, sobre todo el canciller, las confirmaron en aquella prevención. La cámara de los comunes no titubeó en hacer presente que la declaración de Breda no contenía ninguna promesa de que pudiesen sacar ventaja los presbiterianos ni los otros no-conformistas, y que Carlos no había manifestado en ella más que una simple intención que suponía la cooperación del parlamento, que aun concediendo a los no-conformistas el derecho que fundaban en una promesa, le habían concedido, con todos sus demás derechos y privilegios, a la cámara de los comunes que los representaba todos, y que tenía por conveniente eximir al rey de aquella obligación; que era un error imaginarse que su majestad y las cámaras estuviesen ligadas por aquella declaración hasta el punto de no poder decretar ninguna ley contraria; que aun en el momento de la restauración había leyes de uniformidad vigentes que no podían anularse más que por un acuerdo del parlamento, y que la indulgencia propuesta llegaría a ser tan perniciosa a la iglesia como al estado, abriría la puerta al cisma, animaría a las facciones, turbaría la paz pública y deshonoraría la sensatez de las cámaras. Esta representación tuvo tanto peso, que el rey, en aquellas circunstancias, no creyó acertado insistir sobre su proyecto de indulgencia.

Las dos cámaras, uniéndose para quitar toda esperanza a los católicos, hicieron presente al rey en una exposición que su extremada blandura había atraído al reino un gran número de sacerdotes romanos y de jesuitas, y solicitaron una proclama que les mandase salir en un término fijo, a lo que respondió el rey del modo más afable, pero manifestando sin rebozo la gratitud que creía deber a muchos católicos por sus fieles servicios en la causa de su padre y en la suya propia. Publicóse la proclama *pro forma*, pero con sus mismas expresiones se cuidó de inutilizarla. El parlamento había exceptuado a todos los sacerdotes extranjeros que servían a las dos reinas y que formaban parte del séquito de los embajadores, pero en la proclama se omitió expresamente la palabra extranjeros, y así se vieron autorizadas las dos reinas a proteger a cuantos sacerdotes ingleses les vino en voluntad.

Aunque las complacencias del rey no podían ser sinceras, invitó a los comunes, con la esperanza de sacar de ello algún provecho, a examinar de nuevo sus rentas, que habían resultado, según les dijo, muy inferiores a las cargas públicas, atribuyendo principalmente este resultado a la negligencia con que se habían recaudado. En efecto, a pesar de la venta de Dunkerque, sus deudas habían ascendido a cuantiosas sumas; y para cerciorar a la cámara de que el dinero que de ella había recibido, no se había disipado en gastos superfluos, ofreció presentar sus cuentas; sin embargo, todos reconocen que si, durante su destierro, supo manejar con mucho orden y economía sus escasos y precarios recursos, poco le quedaba de aquellas virtudes, y no bastaban a sus prodigalidades las rentas de la corona. Los comunes, sin entrar en una cuestión tan delicada, le concedieron cuatro subsidios, y esta fue la última vez que se recaudaron las contribuciones por aquel método.

Decretáronse en aquella legislatura varias leyes concernientes al comercio; también la milicia fue el objeto de las deliberaciones, y se hicieron algunos reglamentos para organizarla y armarla, decidiéndose particularmente que el rey no podía tenerla sobre las armas sino durante catorce días del año. La situación de la isla y sus fuerzas marítimas han sido causa de que siempre se hayan desatendido en ella hasta el extremo todos los demás medios de seguridad, aunque con frecuencia necesarios, y la desconfianza que en este caso manifestaba el parlamento de la atención de Carlos a disciplinar la milicia era de todo punto superflua; los principios de libertad exigían más bien una desconfianza contraria.

La íntima amistad que se había sostenido entre Clarendon y el conde de Bristol durante su destierro y los infortunios del partido realista, había disminuido mucho desde la restauración, de resultas de haber negado el canciller al conde algunos favores que había solicitado para una dama de la corte. Bristol, no escuchaba más que sus naturales indiscreción e impetuosidad, propaló en breve contra el ministerio las expresiones más insultantes, y aun probó a citarle ante los pares con una acusación formal; pero estaba su plan tan mal concertado, que los jueces cuyo dictamen se



tomó, declararon que, por la materia como por la forma, no podía admitirse legalmente la acusación. En efecto, todos los artículos tienen mucho más la apariencia de otras tantas invectivas de un enemigo encarnizado que no de una acusación formal y digna de la discusión de un tribunal; así fue que el mismo acusador quedó tan confuso de su proceder y de su derrota, que se ocultó por algunos días de los ojos del público, y todo su talento, su elocuencia, su energía y su valor no bastaron a hacerle recobrar el grado de aprecio que perdió con aquella intempestiva y temeraria resolución.

### **Disminuye el crédito de Clarendon.**

Pero no porque saliese victorioso el canciller de aquella prueba, dejó de disminuir mucho con ella su crédito en la corte, y se observó que conforme iba consolidándose el rey en el trono, iba alejándose de un ministro cuyo carácter tenía tan poca analogía con el suyo. Clarendon se había opuesto constantemente al favor que manifestaba el rey a los católicos; había puesto la libertad nacional a cubierto del celo excesivo de un cierto número de realistas; había limitado y combatido las prodigalidades; y, en su conducta, había observado tan rigurosamente la dignidad de su carácter como canciller de la monarquía, que se había hecho una regla inviolable, y a su ejemplo el conde de Southampton, de no tener relación ninguna con las mancebas del rey. La favorita del rey era Mrs. Palmer, creada luego duquesa de Cleveland, mujer pródiga, rapaz, disoluta y vengativa; esta empezó a minar sordamente el crédito de Clarendon, y el resultado manifestó que no trabajaba en vano. Nicholas, secretario de estado, amigo íntimo del canciller, fue alejado de la corte, y se nombró para remplazarle a sir Enrique Bennet, su enemigo declarado, que poco después fue creado lord Arlington.

Aunque en general la conducta del rey, desde su restauración, mereció algunos elogios, los observadores perspicaces empezaban a advertir que aquellas virtudes con que en un principio había deslumbrado y como hechizado a la nación, eran más brillantes que sólidas. Aquel juicio recto, que nadie le negaba, perdía gran parte de su influencia por la falta de aplicación, su bondad más parecía el efecto de un natural fácil que de una verdadera generosidad de carácter; su humor sociable le conducía frecuentemente a olvidar su dignidad; su amor al placer, no iba acompañado de sentimiento y del conveniente decoro. Al paso que manifestaba buena voluntad a todos los que se le acercaban, su corazón era poco capaz de una amistad sincera y abrigaba secretamente un fondo de desprecio y desconfianza hacia el linaje humano; pero el mayor borrón de su carácter, a los ojos de los buenos jueces, era la ingratitud con que desatendía a aquellos desgraciados caballeros cuyo celo y padecimientos por su causa no habían conocido límites. En el fondo, esta conducta del rey, consideradas las circunstancias, puede admitir alguna excusa o a lo menos una lenidad, pues como había sido restablecido en el trono más bien por los esfuerzos de sus enemigos reconciliados que por los de sus antiguos enemigos, los primeros se creían con derecho para reclamar una parte en su favor, y como la experiencia les había comunicado más luces que a los otros para el manejo de los negocios públicos, eran en realidad más idóneos que ellos para dirigir los que se les confiaban.

Las rentas anuales de Carlos eran muy reducidas y no correspondían ni aun con mucho a sus gastos necesarios; sus mancebas y los compañeros de sus placeres obtenían de su fácil condición todo lo que le pedían; y como además la misma pobreza a que se hallaban reducidos los más celosos realistas, disminuían mucho su consideración, eran poco aptos para sostener las medidas del rey y hacía que se les considerase en la corte como una carga inútil. En una palabra, eran tantos los que alegaban falsas y ridículas pretensiones de mérito para con el trono, que la natural indolencia de Carlos, enemigo de disentir y averiguar, le movía a tratarlos a todos con la misma indiferencia. El parlamento se tomó algún interés por la suerte de los caballeros más pobres, y les hizo distribuir 60.000 libras esterlinas; Mrs. Lane y los Penderell recibieron también algunos regalos y pensiones del rey; pero la mayor parte de los realistas yacían todavía en la indigencia y aun en la miseria,

agravada por la pérdida de sus grandes esperanzas, y por el tormento de ver dispensados los favores a sus más mortales enemigos; por eso solían decir, hablando del acuerdo de indemnización y olvido, que era un acuerdo de indemnización para los enemigos del rey, y de olvido para sus amigos.

## LXIV. Carlos II—1664

### Nueva legislatura.

Los mismos principios que habían reinado en todas las precedentes, se vieron subsistir en la nueva legislatura del parlamento; de nuevo la monarquía y la iglesia fueron objeto del más rendido culto, a tal punto que no se conoce ningún período del reinado de Carlos en que el mismo espíritu haya traspasado más abiertamente los límites de la moderación.

En su discurso a las dos cámaras (16 de marzo), el rey se había aventurado a pedir desembozadamente la revocación del *bill* trienal, y no había puesto dificultad en declarar que, a pesar de esta ley, jamás consentiría que se reuniese parlamento alguno por los métodos prescritos en aquel famoso estatuo. El parlamento, lejos de ofenderse con aquella declaración, revocó el *bill*, y, en cambio de todas las seguridades que se habían propuesto hallar en aquel acuerdo, se contentó con esta cláusula general, «que la interrupción de las asambleas no duraría más que tres años cuando más.» Sin embargo, después de haberse elevado por sí mismo al derecho de sofrenar y censurar la autoridad real, es evidente que debía conservar una seguridad constante y regular para sus asambleas y no confiarse enteramente en la buena voluntad del príncipe que, cuando fuese ambicioso o de un carácter emprendedor, no podría verlas con mucha satisfacción. Antes del fin del reinado de Carlos, experimentó Inglaterra sensiblemente los funestos efectos de aquella revocación.

El acuerdo de uniformidad sometía a multas y prisiones a los eclesiásticos que ejerciesen las funciones del sacerdocio sin haberse ordenado, pero como este freno no pareció suficiente, decretóse que, si cinco personas, a más del número de que se componía una familia, se reunían para algún ejercicio de religión, cada uno de los actores y asistentes sufriría, por la primera vez, tres meses de cárcel o una multa de cinco libras esterlinas; por la segunda, seis meses de cárcel o diez libras esterlinas de multa, y por la tercera, la deportación a las colonias por siete años o una multa de cien libras esterlinas. El parlamento no tomaba en consideración más que la malignidad de los sectarios, pero ¿no hubiera debido ver algo más y ascender a la causa principal de aquella malignidad, es decir a la opresión y a los males que padecían?

Declararon también los comunes que los daños, los insultos y el deshonor que había experimentado Inglaterra por parte de las Provincias Unidas eran el mayor obstáculo al comercio de los ingleses con los extranjeros, y prometieron asistir al rey con vidas y haciendas para sostener las regalías de la corona contra toda especie de oposición; y como éste fue el primer paso hacia una nueva guerra, bueno será que expliquemos sus causas y fundamento.

### Rompimientos con Holanda.

La estrecha alianza que, por espacio de setenta años, ha subsistido, casi sin interrupción, entre Inglaterra y Holanda, no está fundada tanto en los intereses naturales e invariables de estos dos estados, como en el temor del creciente poderío francés, que consideraban capaz, a no mediar aquella alianza, de extender en breve su dominio sobre toda Europa. En los primeros años del reinado de Carlos, antes de que Luis XIV hubiese desplegado su ambicioso carácter, y cuando parecía que su pueblo ignoraba todavía sus propias fuerzas, la sola rivalidad de comercio, sin otro motivo de celos o de temor, había producido naturalmente en los ingleses una violenta animosidad contra la república vecina.

Había llegado el comercio a ser de una importancia general para la nación inglesa, pero todos sus esfuerzos y sus ventajas no impedían que estuviese todavía en una especie de dependencia. Los holandeses, a quienes su industria y economía ponían en situación de dar sus géneros más baratos en todos los mercados, se veían en posesión de los ramos más lucrativos del comercio, y la Inglaterra tenía la mortificación de ver todas las tentativas que hacía para extender el suyo convertirse tanto en su desdoro como en su ruina, a causa de la continua vigilancia de sus rivales. La indignación de sus mercaderes aumentaba considerando la superioridad de las fuerzas marítimas de su patria, la bizarría de sus oficiales y de sus marineros, y aquella favorable situación que le daba la facultad de turbar continuamente el comercio holandés; y así fue que no tardó en moverlos la vista de tantas ventajas, por motivos en verdad menos justos que políticos, a desear vehementemente la guerra con los Estados, pues les dio la esperanza de arrebatar de un solo golpe por medio de la fuerza lo que no podían obtener, o no podían a lo menos sino con mucha lentitud, por medio de la superioridad de su industria.

Demasiado indolente y harto poco ambicioso Carlos para formar un proyecto tan vasto como el de monopolizar todo el comercio y todo el poder marítimo de Europa, no pudo sin embargo ser de todo punto insensible a unas apariencias tan plausibles y seductoras. Su afición afortunadamente dirigida a las ciencias mecánicas le inclinaba al estudio de la marina que, después de los placeres, era la cosa que más le gustaba y en que más entendía; y aunque de todas las potencias extranjeras, la Holanda era la que más simpatías le había manifestado durante su destierro, como la facción aristocrática de Louvestein, que hacía entonces el principal papel en la república, se había ligado estrechamente con la Francia, podía esperar que si, con la ruina de este partido, se restablecía en la autoridad de sus antepasados el joven príncipe de Orange, su sobrino, ese reduciría fácilmente a los Estados a depender de Inglaterra hasta cierto punto. La escasez de sus rentas le obligaba también a estudiar las disposiciones de su pueblo, que parecían entonces fuertemente pronunciadas por la guerra, y hasta se ha sospechado, (aunque el éxito no justificó esta sospecha) que el necesitado monarca abrigaba alguna esperanza de apropiarse una parte de los subsidios que se votasen para aquella.

El duque de York, más activo y emprendedor que su hermano, atizaba con más calor la guerra con Holanda, como que deseaba una ocasión de distinguirse, se interesaba en los progresos del comercio, y se veía al frente de una nueva compañía de África cuyas operaciones experimentaban muchos obstáculos por parte de los establecimientos holandeses; acaso también las prevenciones religiosas que siempre le dominaron empezaban a inspirarle aversión hacia una república protestante, que pasaba por ser el más firme baluarte de la reforma. Clarendon y Southampton que no veían a Inglaterra fortalecida con alianzas extranjeras parecían opuestos a la guerra, pero el crédito de estos dos hombres de estado iba a la sazón declinando.

Todos estos motivos reunidos hacían a la corte y al parlamento inclinarse a declarar la guerra a los Estados. El parlamento sin embargo fue prorrogado (17 de mayo) antes de votar ningún subsidio; pero como se había dejado inducir sin solicitud alguna abierta de la corona, a acordar el *bill* contra las usurpaciones de los holandeses, este paso podía considerarse como una aprobación suficiente de las vigorosas medidas que se meditaban.

Downing, ministro de la corte de Londres en la Haya, hombre impetuoso hasta la insolencia, presentó a los Estados Generales una memoria que contenía la exposición de las tropelías de que estaban quejosos los ingleses, siendo notable que todas las supuestas violencias habían precedido al año 1662, que era el de la renovación de la liga y de las antiguas alianzas con los holandeses, y que las mismas quejas habían parecido en aquella época, tan injustas y frívolas, que ni siquiera se había hecho mención de ellas en el tratado. Sólo dos buques, el *Buena-Ventura* y el *Buena-Esperanza* habían sido reclamados por los ingleses, y se habían convenido en que estos hiciesen valer sus pretensiones por los trámites comunes de la justicia: los Estados habían depositado una cantidad para el caso en que la decisión les fuese contraria, y todavía estaba el caso pendiente del fallo de los jueces. Cary, a quien habían elegido los propietarios del *Buena-Ventura* para defender su causa,

estaba decidido a aceptar 30.000 libras esterlinas que le proponían, pero de ello le disuadió Downing, diciéndole que aquel era un negocio de estado entre las dos naciones<sup>391</sup> y no un simple pleito entre algunos particulares, circunstancias poco favorables por cierto a la justicia de las pretensiones inglesas.

No se limitó Carlos a memorias y representaciones, antes envió secretamente a la costa de África con una escuadra de veintidós naves, a sir Roberto Holmes, quien no sólo echó a los holandeses del Cabo Córcega, sobre el cual tenía la Inglaterra algunas pretensiones, mas se apoderó con la misma fortuna de los establecimientos del Cabo Verde, de la isla de Gorea y de varios buques que traficaban por aquellas aguas; de allí, dando la vela para América, se posesionó de la Nueva Bélgica, llamada después la Nueva York, territorio que Jacobo I había dado al conde de Stirling, pero donde nunca se habían visto establecimientos holandeses. Cuando los Estados se quejaron de estas hostilidades, el rey, negando su participación en unos hechos que no podía justificar, fingió que ignoraba la empresa de Holmes, y llevó el disimulo hasta encerrar en la Torre a este almirante, pero no tardó en ponerle en libertad.

Viendo los holandeses eludidas sus representaciones, y convencidos de que había un firme propósito formado de romper con ellos, tomaron inmediatamente el partido de armarse, y aun ejercieron con alguna precipitación un acto de vigor que hizo indudable el rompimiento. Sir Juan Lawson y Ruyter habían recibido orden de entrar en el Mediterráneo con sus escuadras reunidas, para castigar a los corsarios de la costa de Berbería, y estaban ya a punto de volverse, cuando enviaron los Estados a Ruyter instrucciones secretas en que le encargaban que renovase sus provisiones en Cádiz, diese la vela a la costa de Guinea, ejerciese allí represalias contra los ingleses y restableciese a los súbditos de las Provincias Unidas en posesión de los establecimientos de donde los había expulsado la escuadra de Holmes. Ruyter, que llevaba a bordo fuerzas considerables, encontró poca oposición en Guinea, recuperó todas las conquistas de los ingleses, a excepción del Cabo Córcega, y éstos se vieron desposeídos hasta de algunos de sus antiguos establecimientos, quedando confiscados todos los buques de su nación que cayeron en manos de Ruyter. Pasó este en seguida a los mares de América, atacó las Barbados, de donde fue rechazado, y cometió varias hostilidades en la isla Larga.

Los ingleses, entre tanto, hacían sus preparativos de guerra con tanto vigor como industria. Todavía no había recibido el rey subsidios del parlamento, pero sus propios fondos y su crédito le pusieron en estado de aprontar una escuadra, para lo cual le prestó la ciudad de Londres 100.000 libras esterlinas, al paso que la animosidad nacional aceleraba los armamentos. El mismo Carlos iba de puerto en puerto observando como adelantaban los progresos y acelerándolos con sus liberalidades y sus exhortaciones, y pronto se halló la marina inglesa en un pie formidable: se asegura que este armamento costó 800.000 libras esterlinas. Lawson, que se había desconfiado de la empresa de Ruyter, y que, a su llegada, había comunicado sus sospechas, dio ocasión a que se publicase la orden de embargar todos los buques holandeses, y en efecto se embargaron 135, pero no fueron confiscados y declarados de buena presa hasta después de proclamada solemnemente la guerra.

### **Nueva legislatura.**

El parlamento, una vez reunido, (24 de noviembre), concedió el subsidio más cuantioso que jamás había obtenido ningún rey de Inglaterra, pero que no fue en verdad excesivo relativamente a la importancia de la empresa, aunque ascendía a cerca de dos millones y medio. que debían recaudarse por cuartas partes en el espacio de tres años, la codicia de los mercaderes y la esperanza del triunfo habían animado a toda la nación.

---

391 Temple, tomo II p. 42.

En aquella legislatura se efectuó una mudanza esencial en el método de echar las contribuciones al clero. En casi todas las demás monarquías de Europa, las asambleas, cuyo consentimiento era antiguamente necesario para la institución de las leyes, se componían de tres brazos o estamentos, el clero, la nobleza y el pueblo, que formaban otros tantos miembros del cuerpo político, cuyo jefe era el rey. En Inglaterra, la idea que siempre se ha tenido del parlamento, comprendía también los tres estamentos, pero su separación nunca ha sido allí tan distinta como en otros reinos, pues aunque a la verdad, comúnmente existía una convocación eclesiástica al mismo tiempo que el parlamento, no tenía voto negativo en la legislación, y su poder temporal se limitaba a la imposición de las contribuciones sobre el clero. Como las prelaturas y los demás beneficios, cuya provisión pertenecía al rey, le daban más influencia sobre la iglesia que sobre los legos, sucedía que los subsidios concedidos por la convocación solían ser más cuantiosos que los que sacaba del parlamento, y así la iglesia creyó lograr ventajas de renunciar al derecho de imponerse contribuciones a sí propia, y no se hizo rogar para consentir en que la cámara de los comunes determinase la imposición sobre las rentas eclesiásticas, como sobre lo restante del reino: en recompensa, le fueron entregados dos subsidios que había votado la convocación, y el clero parroquial obtuvo el derecho de sufragio en las elecciones. Así la iglesia anglicana abandonó un derecho por un provecho real, y las convocaciones, inútiles ya para la corona, han caído en casi completo desuso.

No sin pesar veía la Holanda la proximidad de una guerra de la que tenía que temer fatales consecuencias y que no le prometía ventaja alguna, y así probó todos los medios de negociación antes de romper las hostilidades. Gobernaba entonces sus consejos el célebre Juan de Wit, ministro magnánimo cuanto ilustrado e integro, y de tan alto temple de alma que, aunque moderadísimo en su conducta privada, desplegaba en los negocios públicos toda la energía y entereza propias del ministro de un poderoso estado. Era máxima suya que un estado independiente nunca debe ceder ante otro en un punto evidente de razón y equidad, y que las complacencias de esta naturaleza, lejos de evitar la guerra, solo sirven para multiplicar las pretensiones y la insolencia de los contrarios. Su mayor cuidado fue fomentar el espíritu de unión en todas las provincias de la república; en todas ellas hizo recaudar grandes sumas, y la marina holandesa, compuesta de buques mayores que cuantos hasta entonces había tenido, se vio en situación de hacer frente a las escuadras inglesas. (1665).

### **Victoria de los ingleses.**

Tan luego como se recibieron seguros informes del viaje y de las empresas de Ruyter, declaró Carlos la guerra (22 de febrero) a los estados de las Provincias Unidas. Componíase su armada de ciento catorce velas, sin contar los brulotes y los cachamarines, al mando en jefe del duque de York, bajo cuyas órdenes militaban el príncipe Ruperto y el conde de Sandwich, y tenía a su bordo al pie de 22.000 hombres. Opdam, almirante de la armada holandesa, de la misma fuerza con corta diferencia, no huyó el combate (3 de junio). En el mayor calor de la acción, su nave, trabada muy de cerca con la del duque de York, tuvo la desgracia de volarse, accidente que aterró a los holandeses, quienes se dirigieron hacia sus costas: solo Tromp, hijo del famoso almirante de este nombre, muerto en tiempo del protectorado, sostuvo con su escuadra el esfuerzo de los ingleses, y protegió la retaguardia de la república. Diez y nueve naves apresadas o echadas a pique les costó a los vencidos, perdiendo sólo una los vencedores. Sir Juan Lawson murió poco después de resultas de sus heridas.

Se asegura con mucha verosimilitud que esta victoria hubiera sido más completa si Brouncker, uno de los oficiales del duque de York, diciéndose autorizado por su jefe, no hubiese mandado amainar; el duque negó haber dado esta orden, pero la temeridad de Brouncker no recibió el digno castigo. Reconocióse universalmente que el duque desplegó gran valor en la acción; mucho

tiempo estuvo en lo más recio del fuego. El conde de Falmouth, lord Muskerry y Boyle cayeron muertos a su lado de un cañonazo y le cubrieron con sus sesos y su sangre. No es creíble que, en el alcance de los vencidos, cuando el guerrero más vil y cobarde se muestra valiente, deje de mostrarse tal un comandante y vuelva la espalda a enemigos a quienes no teme atacar cara a cara.

Este desastre consternó a los holandeses y determinó a Wit, que era el alma de sus consejos, a desplegar toda su capacidad militar para reanimar el valor de sus partidarios. Pasó a bordo de la armada, tomó en persona el mando de ella y pronto se vieron desaparecer los desórdenes que había acarreado la última catástrofe. El genio de aquel ministro era de los más grandes; tan versado se mostró en las cosas del mar cual si no hubiera tenido otra ocupación desde su infancia, y hasta perfeccionó algunas partes del pilotaje y de la navegación, por medios nuevos y que no se les habían alcanzado hasta entonces a los más hábiles marinos.

### **Rompimiento con Francia.**

La desgracia de los holandeses determinó a sus aliados a socorrerlos. La Francia estaba empeñada en una alianza defensiva con los Estados, pero como sus fuerzas marítimas se hallaban todavía en la infancia, tenía poquísima disposición a entrar en una guerra por mar con una potencia tan formidable como Inglaterra. Por largo tiempo procuró Luis XIV conciliar a ambos partidos con su mediación, y a este efecto envió a Londres un embajador cuyo viaje nada produjo. Entre tanto lord Hollis, embajador inglés en París, se esforzaba con el mayor ahínco para empeñar al monarca en los intereses de la Inglaterra, y le hizo en nombre de su soberano las ofertas más seductoras. Carlos prometía abandonar a la Francia todos los Países Bajos españoles, con tal que Luis le dejase llevar adelante sus proyectos contra Holanda<sup>392</sup>; pero Luis a pesa de que nada ambicionaba tanto como la conquista de aquel magnífico territorio desechó unas ofertas contrarias a sus verdaderos intereses, considerando que si los ingleses llegaban a establecer una vez sin obstáculo su dominio sobre el mar y el comercio, pronto se pondrían en situación de hacerle pagar muy caras sus adquisiciones. Cuando M. de Lyone, uno de los ministros de Francia, aseguró a Van-Beuninghen, embajador de los Estados, que por espacio de seis meses se le había estado repitiendo aquella oferta a su amo: «Lo creo sin dificultad —respondió el Holandés—, porque seguramente ése es el interés de los ingleses.»<sup>393</sup>

Tales eran las máximas establecidas entonces acerca de los intereses de los príncipes; parece sin embargo que en aquella oferta, la política de Carlos no dejaba de presentar algún peligro. La extremada debilidad a que se hallaba reducida España hubiera hecho muy fáciles y aun infalibles las conquistas de los franceses; pero se podía prever que el vigor de los Estados haría más incierta la victoria de los ingleses, y aun suponiendo totalmente destruidas las fuerzas marítimas de Holanda, no podía inferirse de aquí que todo su comercio hubiese de pasar necesariamente a los ingleses. El comercio no es inseparable de la fuerza, y depende de otras muchas circunstancias, algunas de las cuales son en extremo delicadas.

Aunque la Francia estaba decidida a sostener a los Estados en aquella lucha desigual, continuó su mediación mientras adelantaba sus preparativos marítimos en el Océano y el Mediterráneo. Por otra parte, el rey de Dinamarca no estaba dispuesto a permanecer ocioso espectador de una guerra entre las potencias marítimas. El papel que hizo en ella fue muy singular; convínose secretamente con Carlos en apresar todos los buques holandeses que se hallaban en sus puertos, y en repartir sus despojos con los ingleses, si le daban auxilio en la ejecución; y para que fuese más abundante su presa, invitó pérfidamente a los buques holandeses a acogerse a sus puertos, con cuya confianza, la flota de las Indias Orientales, riquísimamente cargada, fue a fondear a Berghen. Sandwich (que mandaba la marina inglesa desde que había desembarcado el duque de York), despachó a sir Tomás

392 Estrades, 19 de diciembre, 1664.

393 Estrades, 14 de Agosto, 1665.

Tiddiman con una escuadra para apoderarse de aquellos tesoros; pero, ya fuese por la lentitud del rey de Dinamarca en transmitir sus órdenes al gobernador o, lo que es más probable, por codicia de una presa que no quería repartir con nadie, el almirante inglés perdió la ocasión a pesar de haberse portado con sin igual bizarría. La artillería danesa hizo fuego sobre él (3 de agosto), y los holandeses, que tuvieron tiempo para fortificarse, opusieron una viva resistencia.

### **Rompimiento con Dinamarca.**

La ignominia de esta conducta movió al rey de Dinamarca a tratar con sir Filberto Talbot, enviado de Inglaterra, una alianza ofensiva contra los Estados; y, cosa que parecerá muy extraña, por la misma época ajustó su residente en la Haya, por orden suya, una alianza ofensiva contra Inglaterra; pero al cabo se decidió por el segundo de estos tratados, sin duda por celos del aumento del poderío inglés, y todos los buques de esta nación fueron apresados y confiscados en sus puertos, lo que era rebajar sensiblemente la ventaja que había obtenido Carlos sobre los holandeses, pues no sólo recibía un vivo ataque el comercio de Inglaterra, mas las fuerzas del rey de Dinamarca eran considerables y amenazaban a cada instante unirse con los holandeses. Este príncipe había concertado asistir a sus aliados con una escuadra de 30 velas, y recibía por este importante servicio un subsidio de 1.500.000 coronas, de las cuales pagaba la Francia 300.000.

Probó Carlos a contrapesar aquella liga buscándose nuevos aliados. Envió a España a sir Ricardo Fanshaw, que fue recibido con mucha frialdad en Madrid, pues aunque la monarquía española, debilitada hasta el extremo, temía una invasión de la Francia, no pudo sin embargo entrar en una amistad cordial con Inglaterra: la alianza de Carlos con los portugueses, la retención de la Jamaica y de Tánger, la venta de Dunkerque a los franceses, eran ofensas tan profundamente grabadas en el corazón del Español, que ninguna consideración de interés pudo hacérselas olvidar.

El obispo de Munster fue el único aliado que pudo adquirir Carlos. Aquel prelado, hombre ambicioso y díscolo, abrigaba un violento encono contra los Estados, y fácilmente se determinó por la promesa de un subsidio de Inglaterra, a intentar una excursión por las tierras de la república, en las que hizo entrar unos 20.000 hombres de tropas desordenadas que sólo hallaron una flaca resistencia. Cuanto eran formidables las fuerzas marítimas de Holanda, tanto eran miserables y estaban mal dirigidas las de tierra; pero después de haber talado varias provincias, el prelado guerrero vio atajados sus progresos: no conocía bastante el arte de la guerra para sacar partido de las ventajas que debía a la fortuna.

La Francia hizo marchar contra él 6.000 hombres; el subsidio de Inglaterra no se le satisfizo puntualmente; sus tropas mal pagadas empezaron a desertársele; el elector de Brandeburgo le hizo temer una invasión en sus propios estados, y al cabo el obispo tuvo a gran dicha poder ajustar la paz por mediación de la Francia. A la primera nueva de sus intenciones, sir Guillermo Temple fue enviado con dinero para fijarle en su primera alianza; pero llegó tarde.

Animados por tan favorables circunstancias, perseveraron los holandeses en la resolución de no perdonar medio alguno para su defensa. Ruyter, su almirante mayor había vuelto de su expedición a Guinea; su flota de la India había arribado felizmente y los buques mercantes se hallaban en gran número en sus puertos. En lo interior, se había amortiguado el espíritu de facción; el joven príncipe de Orange se había puesto bajo la tutela de los Estados de Holanda y de su *pensionario* Witt, que correspondía a aquella confianza con tanta lealtad como honor; y el resentimiento que les inspiró un ataque al que se creían tan lejanos de haber dado pretexto, les hizo esperar mejor éxito de una nueva campaña. El interés de la causa común infundió tanto vigor que, para habilitar mejor su armada, a todos los buques mercantes se les prohibió dar la vela, y hasta las pesquerías se suspendieron totalmente.

También se sostuvo entera la disposición de los ingleses, a pesar de que a la desgracia de la guerra vino a agregarse una calamidad mucho mayor; declaróse la peste en Londres con tal



violencia, que en menos de un año se llevó a más de 90.000 personas. Carlos se vio precisado a trasladar a Oxford el parlamento. (10 de octubre).

### **Nueva legislatura.**

Continuó la buena armonía entre el rey y las dos cámaras; la de los comunes le concedió sin oposición un subsidio de 1.500.000 libras esterlinas que pedía, para recaudarse en el término de dos años por porciones pagadas al principio de cada mes; y él, para satisfacerlos, aprobó el famoso acuerdo de *las cinco millas*, que había dado ocasión a tantas desagradables y justas quejas. La iglesia, so pretexto de poner a la monarquía a cubierto de sus antiguos enemigos, persistía en la resolución de ejercer su propio rencor contra los no-conformistas. Estaba prohibido a todo ministro o profesor *dissenting* (disidente), que no hubiese prestado el juramento de sumisión, acercarse más de cinco millas, excepto en viaje, a los sitios donde había enseñado o predicado desde el acuerdo general de olvido; la pena era una multa de 50 libras esterlinas y seis meses de cárcel. Echando de sus iglesias a los ministros no-conformistas, y prohibiéndoles las congregaciones separadas, se les había quitado la facultad de ganarse su vida con el ejercicio de su religión; y so color de alejarlos de los sitios donde podía ser peligrosa su influencia, se hallaba el medio seguro de quitarles toda especie de subsistencia. Si el espíritu de la nación no hubiera experimentado una mudanza, estas violencias hubieran sido el preludio de las más furiosas persecuciones.

No bastó empero todo el ascendiente de la jerarquía a conseguir que se aprobase aquella ley sin alguna oposición: además de muchos pares, adictos al antiguo partido parlamentario, el mismo Southampton, aunque amigo íntimo de Clarendon, se declaró contra una resolución tan dura; pero tan lejos estuvo de desmayar el partido de la iglesia, que propuso en cámara de los comunes un *bill* que impone a toda la nación el juramento de no-resistencia, *bill* que fue desechado, pero por sólo una mayoría de tres votos. Después de una legislatura muy corta, se prorrogó el parlamento. (31 de octubre).

### **Combate naval de cuatro días.**

Desde que la Francia había tomado parte en la guerra (1666), era evidente que ya resultaban inferiores las fuerzas de Inglaterra, a pesar de que tenía, merced a su situación, la ventaja de dividir las escuadras de sus enemigos, y de poder evitar su reunión por medio de prontas y bien concertadas operaciones; pero la malhadada dirección de sus comandantes o la falta de luces en sus ministros convirtió en su daño esta circunstancia. Luis había mandado al duque de Beaufort, su almirante, que enderezase su rumbo a Tolón, y se suponía que la escuadra francesa, compuesta de más de 40 velas<sup>394</sup> debía estar pronta entonces a entrar en el canal de la Mancha; la escuadra holandesa, en número de 76 naves, al mando de Ruyter y de Tromp, tenía orden de incorporarse con los franceses. El duque de Albemarle y el príncipe Ruperto mandaban la armada inglesa, que sólo constaba de 74 velas. Albemarle, a quien sus triunfos en tiempo del protectorado, habían acostumbrado a despreciar más de lo justo al enemigo, propuso destacar al príncipe Ruperto con 20 naves, para oponerle al duque de Beaufort, y aunque sir Jorge Ayscue, que conocía el valor y capacidad de Ruyter, protestó contra la temeridad de esta resolución, prevaleció por fin la autoridad de Albemarle: el resto de la escuadra inglesa dio la vela para atacar a los holandeses, quienes viendo avanzar al enemigo, cortaron sus cables y se prepararon a sostener la acción. La batalla, que se trabó inmediatamente, es, así por su duración como por el tenaz encarnizamiento de los partidos, una de la más memorables de la historia marítima. En ella reparó Albemarle a fuerza de denuedo la imprudencia de su empresa: un mancebo estimulado por la gloria y por ambiciosas esperanzas, no se hubiera expuesto

394 Estrades, 21 de mayo. 1666.

con más arrojo que aquel general anciano ya, y colmado de honores y dignidades. La relación circunstanciada de una batalla tan larga y reñida sería harto prolija; así nos limitaremos pues a citar los principales sucesos de cada día.

El 1.º de Junio, que fue el día en que se trabó la acción, Sir Guillermo Berkeley, vicealmirante, que conducía la vanguardia inglesa, cayó en el centro de los holandeses; abrumado por el número, su nave fue apresada y se le halló muerto en su cama roto y cubierto de sangre. Los ingleses tenían el viento a su favor, pero soplabá con tanto ímpetu, que, no habiendo podido hacer uso de su andana baja, sacaron poco provecho de aquella posición: sin embargo las balas enemigas sólo alcanzaron a sus velas y jarcias y pocas naves fueron echadas a pique o muy maltratadas; entonces se empezaba a hacer uso de las balas de cadena, cuya invención se atribuye a Witt. Sir Juan Harman se distinguió singularmente en aquella jornada. Evertz, uno de los almirantes holandeses, fue muerto atacándole. Las tinieblas de la noche separaron a las dos escuadras.

Al segundo día, como calmase la furia del viento, empezó un combate más terrible y obstinado todavía que el de la víspera, y en el que conocieron por experiencia los ingleses que el mayor desnudo no puede compensar la superioridad del número contra un enemigo bien dirigido, y que no carece de valor. Ruyter y Tromp, contrarios en ideas, políticas y rivales en gloria, pelearon con furiosa emulación, y Ruyter tuvo la ventaja de desembarazar y salvar a su antagonista que, hallándose rodeado de ingleses, estaba en el mayor peligro. Diez y seis naves de refresco se incorporaron con la escuadra holandesa durante la acción, y tan maltratados resultaron los ingleses, que no les quedaron más que veintiocho naves en estado de combatir, y se vieron forzados a retirarse hacia sus costas, por los holandeses, que se disponían a renovar la batalla, cuando atajó su impetuosa furia un calmazo que sobrevino poco antes de anochecer.

A la mañana del siguiente día se hallaron los ingleses en la necesidad de continuar su retirada, y con esta mira tomaron las medidas convenientes; dispusieron de frente sus buques más estropeados, y diez y seis de los más enteros los siguieron en buen orden para poner a raya al enemigo; Albermale con su capitana cerraba la retaguardia y presentaba a los vencedores un continente intrépido: a su bordo se hallaba el conde de Ossory, hijo del duque de Ormond, joven de grandes esperanzas, que andaba buscando lauros y experiencia en todas las guerras de Europa. Albermale le confesó en aquel trance que estaba resuelto a volar su nave y perecer gloriosamente primero que caer en manos del enemigo, desesperada resolución que aplaudió Ossory.

A cosa de las dos, ya se habían acercado los holandeses y se disponían a principiar de nuevo el ataque, cuando se descubrió hacia el sur una nueva escuadra que se dirigía a todo trapo hacia el teatro de la acción. Creyeron los holandeses que era Beaufort que acudía a cortar la retirada a los vencidos, mientras que los ingleses concibieron la esperanza de reconocer en breve al príncipe Ruperto y de ver vuelta la fortuna en su favor, Albemarle, que había recibido aviso de la llegada del príncipe, se dirigió inmediatamente hacia él; desgraciadamente sir Jorge Ayscue, que montaba una nave de cien cañones, la mayor de toda la armada inglesa, dio en el escollo llamado Galloper-Sands, y no pudo recibir socorro de sus amigos, que se apresuraba a incorporarse con el refuerzo; ni siquiera tuvo el consuelo de perecer con honra, vengando su muerte en los enemigos de Inglaterra: a la vista de algunos brulotes que destacaban contra él, tuvo que arriar su pabellón y su gente se vio con indignación precisada a rendirse prisionera.

Decidieronse Albemarle, y el príncipe Ruperto a hacer cara al enemigo, y al rayar el siguiente día se renovó la batalla con más igualdad de fuerzas y la misma resolución. Después de un largo cañoneo, trabaron las escuadras un combate más de cerca, que llegó a ser muy reñido, y que vino a interrumpir una densa niebla. Los ingleses se retiraron los primeros a sus puestos.

Aunque en todos estos choques habían desplegado los ingleses gran bizarría, quedó dudosa la victoria, y los holandeses, a quienes la presa de algunas naves daba la apariencia de la superioridad, manifestaron su júbilo con regocijos públicos; pero como no tardó en rehacerse la escuadra inglesa y en salir de nuevo al mar más terrible que nunca, con muchas de las naves que los holandeses se

jactaban de haber incendiado o destruido, toda Europa conoció que estas dos bravas naciones estaban empeñadas en una lucha cuya final decisión era muy poco probable.

### **Victoria de los ingleses.**

Sólo la incorporación de los franceses podía dar una verdadera superioridad a la república, y para facilitarla, Ruyter, después y de haber reparado su escuadra, fue a apostarse en la desembocadura del Támesis. No tardaron los ingleses, al mando del príncipe Ruperto y de Albermale, en ir a atacarlos, constaba cada escuadra de como hasta ochenta velas; el valor y la experiencia de los marineros, como los de los jefes, hicieron terrible la lid (25 de Julio). Sir Tomás Allem, que mandaba la escuadra blanca de los ingleses, atacó la vanguardia holandesa, la derrotó completamente y mató a los tres almirantes de aquella división. Tromp embistió a sir Jeremías Smith, y en el calor de la acción se vio separado de Ruyter y del grueso de la escuadra; sin que nunca llegase a averiguarse si fue de intento o por casualidad. Ruyter, con mucha habilidad y valor, sostuvo el combate contra el cuerpo de la escuadra inglesa y, aunque muy inferior en número, conservó su puesto hasta la noche, que vino a poner fin a la pelea; pero, a la mañana siguiente, viendo dispersa y desalentada la escuadra holandesa, su alma altiva tuvo que ceder a la necesidad de una retirada, que condujo no obstante con tanta habilidad, que no le fue menos honrosa que la más señalada victoria. En la indignación de verse reducido a ceder ante la superioridad del enemigo, oyósele exclamar repetidas veces: «¡Dios mío, infeliz de mí! ¡Entre tantos millares de balas, no hay una que ponga fin a esta miserable vida!» Su yerno, llamado de Wit, que le acompañaba, le exhortó, pues que buscaba la muerte, a volver contra los ingleses, para hacer pagar su vida lo más cara posible a los vencedores; pero Ruyter consideró que era más digno de un hombre de honor perseverar hasta el último trance, y servir a su patria hasta el postrer aliento. Toda la noche y el día siguiente, los ingleses hostigaron a la retaguardia holandesa, y merced principalmente a los repetidos esfuerzos de Ruyter, consiguió guarecerse en sus puertos.

No fue de consideración la pérdida de los holandeses en aquella batalla, pero como las violentas animosidades que sobrevinieron entre los dos almirantes dividiesen a todos los oficiales en dos bandos, cayeron en la mayor consternación las provincias de la república. Tromp fue despojado de su comisión; muchos oficiales, que se habían comportado mal, fueron tan eficazmente protegidos por sus amigos, que ocupaban altos puestos en la magistratura de las ciudades, que unos evitaron el castigo y hasta hubo algunos que continuaron en sus mandos.

Señoreados incontestablemente los ingleses del dominio del mar, insultaron a los holandeses hasta en sus puertos. Holmes recibió orden de entrar con un destacamento en la rada de Vlie, donde incendió 140 buques mercantes, dos navíos de guerra y la aldea de Brandaris, grande y rica población de la costa. Los comerciantes holandeses, para quienes tan ruinoso iba siendo la guerra, se unieron a la facción de Orange, y prorrumpieron en clamores contra una administración a la que acusaban de haber atraído aquella calamidad sobre su patria. Un alma menos firme y menos intrépida que la de Witt, hubiera sucumbido bajo el peso de tantos infortunios.

Temeroso en fin Luis XIV de la total ruina de los holandeses, o a lo menos, de que fuese alejado del gobierno su amigo Witt, apresuró la navegación del duque de Beaufort. La escuadra holandesa rehabilitada lo suficiente, avanzó también al mando de Ruyter y cruzó por delante del estrecho de Duvres: el príncipe Ruperto, con una escuadra más poderosa que la que antes mandaba, se dirigió a toda vela sobre los holandeses; mas como no conceptuase prudente el almirante de estos exponer la suya al azar de un nuevo combate, se retiró a la rada de San Juan junto a Bouloque, tanto para guarecerse de una desecha tempestad que sobrevino, como para evitar la acometida de los ingleses, y el príncipe Ruperto se vio igualmente obligado a retirarse a Santa Elena, en la isla de Wight, donde pasó algún tiempo rehaciéndose de las averías que había sufrido. En este intervalo el duque de Beaufort, llegando a la entrada del canal, pasó por delante de los ingleses, sin ser visto,

pero no encontró a los holandeses, como había esperado. Ruyter había caído enfermo con calenturas; una parte de sus principales oficiales se hallaban contagiados de una peste que se había declarado a bordo de la escuadra, y los Estados Generales habían tomado el partido de hacerla volver a sus puertos antes de que se hubiese reparado el enemigo. Luis, inquieto por la escuadra francesa que acababa de hacer construir con gran costo y actividad, envió orden a Beaufort de retirarse prontamente a Brest, y de nuevo tuvo este almirante la fortuna de evitar el encuentro con los ingleses: sólo uno de sus buques, denominado el *Rubí*, cayó en manos del enemigo.

### **Incendio de Londres.**

Mientras continuaba la guerra sin ningún resultado que pudiera llamarse decisivo, sobrevino en Londres una espantosa calamidad que puso al pueblo en gran consternación: un incendio, que principió en una tahona (3 de setiembre), cundió con tal voracidad que no bastaron los mayores esfuerzos a atajarle hasta después que hubo consumido una gran parte de la población. El vecindario, perseguido de calle en calle por las llamas que se propagaban con inaudita violencia, se vieron reducidos a permanecer inertes espectadores de su propia ruina. Tres días y tres noches duró el incendio y sólo a fuerza de derribar o de volar casas, se logró apagarlo al cuarto día. Al pie de 400 calles y de 13.000 casas quedaron reducidas a pavesas.

Las causas de esta desgracia eran evidentes: la disposición de las calles de Londres, que eran muy angostas, la de las casas, casi todas de madera, la gran sequía y la violencia de un viento del este, eran circunstancias que, reunidas, bastaban para explicar la destrucción que produjeron; pero esta explicación no satisfizo al pueblo: una insensata rabia hizo que atribuyesen la desgracia pública, unos a los republicanos, otros a los católicos, aunque no era fácil concebir de qué provecho podría ser a ninguno de los dos partidos el incendio de Londres. Como los católicos eran el principal objeto del odio público, el rumor que les imputaba este crimen fue el más favorablemente recibido; sin embargo, las más minuciosas averiguaciones practicadas por una comisión del parlamento no hallaron ninguna apariencia de prueba ni de verosimilitud capaz de autorizar tal calumnia, lo cual no impidió que, para lisonjear las preocupaciones del pueblo, se atribuyese a aquella odiosa religión en la lápida que se grabó por autoridad de justicia en el monumento del incendio. El pasaje de la inscripción donde se acusaba a los católicos fue borrado por orden del rey Jacobo cuando subió al trono; pero se restableció después de la revolución, ¡tan tenaz es la credulidad del pueblo en todo lo que lisonjea sus pasiones!

El incendio de Londres, aunque en el momento fue una gran calamidad para la nación, fue en lo sucesivo muy ventajoso para esta ciudad y para todo el reino, pues reedificada prontamente la ciudad, se hicieron calles más anchas y regulares, atribuyéndose el rey el poder discrecional de arreglar la distribución de los edificios y, prohibiéndose el uso de las latas y maderas, únicos materiales de que antiguamente se componían: era tan urgente y raro el caso, que a nadie irritó un ejercicio de autoridad que, en otras circunstancias, hubiera parecido ilegal. Si Carlos, obteniendo la libertad de extender un poco aquella facultad, hubiera hecho reedificar las casas con más regularidad y enteramente sobre un solo plano, hubiera contribuido tanto al ornato como a la comodidad de la población; pero el cambio, sin haber llegado a la perfección, produjo grandes ventajas. Londres es, desde el incendio, un pueblo mucho más sano: la peste que, dos o tres veces en cada siglo hacía en él grandes estragos y que constantemente se anidaba en uno u otro rincón de la ciudad, no ha vuelto a aparecer desde entonces sino rarísima vez.

El parlamento, que se reunió en breve, confirmó todas las disposiciones de la autoridad real, nombró comisarios para decidir cualesquiera litigios de propiedad que pudieran suscitarse con ocasión del incendio, y concedió, para la continuación de la guerra un subsidio de 1.800.000 libras esterlinas. Aunque la información sobre el origen de incendio nada produjo que comprometiese poco ni mucho a los católicos, todavía se manifestó el odio de que eran objeto en quejas,

probablemente poco fundadas, sobre sus peligrosos progresos. Carlos, a solicitud de los comunes, publicó una proclama en que desterraba a todos los sacerdotes, y jesuitas, so pena de ser perseguidos por las leyes, si se los hallaba en el reino pasado el día 10 de diciembre; pero este decreto, como los anteriores, se ejecutó tan mal, que destruyó toda confianza en la sinceridad del rey cuando afectaba aversión a la religión católica. No está bien averiguado si las sospechas de esta naturaleza disminuyeron la popularidad del rey, pero es lo cierto que el subsidio se concedió más tarde de lo que se esperaba y aun de lo que parecían exigir las públicas necesidades. Los manejos del duque de Buckingham, a quien un poco de entereza hubiera hecho sumamente peligroso, habían embarazado algún tanto las medidas de la corte, y esta fue la primera vez que Carlos tuvo verdaderamente que quejarse de una falta de confianza por parte de la cámara de los comunes. Estos nacientes síntomas de desafecto contribuyeron sin duda a precipitar los pasos que ya se daban solapadamente hacia la paz con los enemigos extranjeros.

### **Proposiciones de paz.**

Empezaba Carlos a reconocer que no había ninguna esperanza de logro para las miras con que se había emprendido la guerra. (1667). Los holandeses, sin más sostén que sus propias fuerzas, se habían defendido con mucho vigor y hacían sin cesar nuevos progresos en el arte y los preparativos militares; a pesar de que su comercio había padecido mucho, su gran crédito los ponía en estado de recaudar enormes sumas, y mientras que los marineros ingleses se quejaban abiertamente de la falta de pagas, la marina holandesa estaba regularmente provista de dinero y de toda clase de mantenimientos: a la sazón, hallándose la Holanda sostenida por dos reyes poderosos, todo el territorio comprendido desde el confín de la Noruega hasta las costas de Bayona, era enemigo para los ingleses; y Carlos, que ni tenía amor a la vida activa, ni estaba estimulado por violenta ambición, buscaba seriamente los medios de volver la paz a su pueblo, muy prevenido ya contra una guerra que, unida a las dos plagas de la peste y el fuego, había llegado a ser juntamente inútil y ruinosa.

Inglaterra fue la que dio los primeros pasos para el acomodamiento: al mismo tiempo que reclamó el cuerpo de sir Guillermo Berkeley, Carlos hizo insinuar a los Estados que estaba pronto a ajustar la paz con condiciones decorosas, y la misma disposición manifestaron ellos en su respuesta; sin embargo, para sostener una apariencia de superioridad, exigió que la negociación se hiciese en Londres, deferencia a que no se negaron los Estados, por su parte, pero se hallaban empeñados en una alianza con dos testas coronadas que no consentirían, dijeron, en ceder de su dignidad en este punto. De repente Carlos pasó de un extremo a otro, ofreciendo enviar ministros a La Haya; pero esta proposición, que parecía honrosa para los holandeses, no era más que un ardid para dividirlos e introducir disturbios en sus provincias, a favor de la ocasión que debía dar a los ingleses para urdir tramas en ellas con el partido descontento, razón por la cual desecharon esta oferta, y al cabo se acordó que las conferencias se celebrarían secretamente en París en la habitación de la reina madre, donde con efecto se discutieron las pretensiones de ambas partes. Las proposiciones de los holandeses fueron muy razonables, reduciéndose en suma a esta alternativa, o que se restableciesen las cosas en el mismo estado en que se hallaban antes de la guerra, o que quedasen las dos partes en posesión de sus actuales adquisiciones. Carlos aceptó la última de estas ofertas, y casi en todo se pusieron de acuerdo, salvo en lo relativo a la isla de Poleron. Esta isla situada en las Indias orientales, era antiguamente muy preciada por las especies que produce; los ingleses la habían poseído, pero los despojaron de ella las mismas violencias que habían sufrido en la isla de Amboyna. Cromwell había exigido que fuese devuelta, y los holandeses, después de empezar por arrancar de cuajo todos los árboles de que se sacaban las especies, sostenían que habían cumplido el tratado, pero que en el discurso de la guerra los ingleses habían sido nuevamente expulsados de la isla. Renovó Carlos sus pretensiones sobre ella, y como se multiplicasen las razones de las partes lo

bastante para exigir una discusión más larga, convinose en trasladar a otro punto la negociación, y a este efecto eligió Carlos la ciudad de Breda.

Fueron los embajadores ingleses lord Hollis y Enrique Coventry, quienes inmediatamente pidieron un armisticio hasta la conclusión del tratado, pero, por más que esta proposición pareciese natural, Witt tuvo bastante crédito para lograr que se desechase. Conociendo muy a fondo aquel activo y perspicaz ministro el carácter de los príncipes y la situación de las cosas, había descubierto la ocasión de dar un gran golpe, que podía a un mismo tiempo volver a los holandeses el honor que habían perdido en la última guerra, y vengarlos plenamente de aquellas injurias que atribuía a la injusticia y loca ambición de los ingleses.

Si en efecto Carlos se había propuesto distraer en su provecho una parte de las sumas que le había concedido el parlamento, cierto que no correspondió el éxito a sus intenciones, pues no solo habían agotado sus armamentos todos los subsidios<sup>395</sup>, mas se veía muy atrasado con la marina, razón por la cual tomó el partido de economizar lo más posible el último subsidio de 1.800.000 libras esterlinas, y de emplearle en el pago de sus deudas, es decir, así de las que sus necesidades o sus placeres o su generosidad le habían hecho contraer antiguamente, como de las militares. Consideraba que los estados de Holanda no se habían determinado a la guerra sino con la mayor repugnancia, y que sus resultados no habían bastado a inspirarles un vivo ardor de continuarla; sabía que los franceses no habían tenido otro motivo para armarse más que la obligación de su alianza, y que deseaban tanto como antes ver el término de aquella lucha: las diferencias eran tan leves entre las dos partes que el ajuste de la paz parecía infalible, y lo que quedaba por discutir en las conferencias de Breda se reducía a meras formalidades o por lo menos a algunos vanos puntos de honra: en esta posición, Carlos, movido de una intempestiva economía, descuidó sus preparativos y atrajo a los ingleses una de las más sangrientas injurias que han recibido jamás. Dos pequeñas escuadras fueron las únicas fuerzas que sacó al mar, y en medio de una guerra contra unos enemigos tan denodados y poderosos, la situación de Inglaterra fue casi la misma que en los tiempos de la más profunda tranquilidad.

### Desastre en Chatham.

Entretanto Witt daba largas a las negociaciones de Breda y aceleraba los aprestos de mar. Presentóse la armada inglesa en el Támesis, al mando de Ruyter, poniendo a los ingleses en indecible consternación: habían estos cerrado con una cadena la entrada de la ría de Medway; habían fortificado a Sheerness y el castillo de Upnor, pero todas estas precauciones eran insuficientes para tan inminente peligro: Sheerness fue tomado muy en breve, a pesar de la heroica defensa de sir Eduardo Sprague. Favorecidos por una marea de primavera y por un buen viento de este, avanzaron los holandeses, rompieron la cadena, aunque fortificada por algunos buques que el duque de Albemarle había echado a pique, incendiaron tres navíos apostados para defender la cadena, el *Matías*, la *Unidad* y el *Carlos Quinto* (10 de Junio); y después de haber inhabilitado otros muchos buques, y de haberse apoderado del casco del *Real Carlos*, que los mismos ingleses habían incendiado, se adelantaron, con seis navíos de guerra y cinco brulotes hasta la fortaleza de Upnor donde quemaron otros tres navíos ingleses, la *Encina Real*, el *Regio Londres* y el *Gran Jacobo*: el capitán Douglas, que mandaba el primero de ellos, pereció en las llamas, aunque le era fácil escaparse. «Jamás —dijo<sup>396</sup>—, ha abandonado un Douglas su puesto sin que se lo manden.» Los holandeses salieron del Medway casi sin ninguna pérdida, e hicieron temer que, aprovechándose de la primera marea para subir la corriente del Támesis, llevasen sus hostilidades hasta el puente de Londres. Nueve navíos fueron destruidos en Woolwich y cuatro en Blackwall. En varios puntos se levantaron terrados bien guarnecidos de artillería; las compañías de la milicia recibieron orden de

395 Estrades, 24 de Diciembre, 1665; 1 de Enero 1666, Temple, t. I p. 71.

396 Temple, tomo II, p. 41.

marchar, y todo presentaba la imagen de una grande agitación. En seguida los holandeses dieron la vela con rumbo a Portsmouth, donde sus tentativas fueron menos felices: lo mismo sucedió en Plymouth; insultaron a Harwich, y volvieron en fin al Támesis, hasta Tylbury, de donde fueron rechazados. Toda la costa estaba consternada, y si los franceses hubieran elegido aquel momento para unirse a la armada holandesa, y hacer una invasión en Inglaterra, las consecuencias hubieran sido terribles; pero Luis no tenía ninguna intención de llevar la victoria hasta este punto: su interés exigía que la balanza permaneciese igual entre las dos potencias marítimas, y no le permitía contribuir a la superioridad absoluta de una ni de otra.

No sin la mayor indignación vieron los ingleses que un enemigo a quien consideraban como inferior, a quien se habían prometido subyugar enteramente y sobre quien habían alcanzado tantas victorias, hubiese adquirido de repente el imperio del Océano, incendiado sus naves en sus propios puertos, llenado a Inglaterra de confusión y llevado el terror hasta a su misma capital; pero, aunque no pudiese acusarse de todos estos desastres ni a la mala fortuna ni a la impericia de los almirantes, ni a la de los marineros, y aunque únicamente debiese achacarse a la avaricia o por lo menos a la imprevisión del gobierno, no se vio aparecer ningún peligroso síntoma de descontento público, ni la menor tentativa de sublevación por parte de aquellos numerosos sectarios a quienes tantas veces se habían imputado principios revoltosos y a quienes, en esta suposición, se había tratado con tanto rigor<sup>397</sup>.

En la presente desgracia, adoptó la corte dos arbitrios, hizo levantar inmediatamente un ejército de 12.000 hombres y reunió el parlamento, aunque todavía no se había cumplido el término de la prórroga. Poco numerosas fueron las dos cámaras; las resoluciones de los comunes se redujeron a pedir que se licenciase el nuevo ejército, en lo que se les satisfizo, testimonio de una desconfianza no infundada que hizo conocer al rey lo que debía esperar de aquella asamblea, por lo que le pareció más prudente prorrogarla hasta el próximo invierno.

### **Paz de Breda.**

Firmando el tratado de Breda (10 de Julio), Carlos salió de una triste situación; los embajadores ingleses recibieron orden de abandonar unas pretensiones a las que por frívolas que fuesen en sí mismas, no se podía renunciar entonces sin reconocer la superioridad del enemigo. La isla de Poleron quedó en poder de los holandeses, y se dejó de insistir sobre una satisfacción por la *Buena Ventura* y la *Buena Esperanza*, supuesto origen de la contienda. La Acadia se cedió a los franceses: la adquisición de la Nueva York, colonia importante por su situación, fue la mayor ventaja que sacaron los ingleses de una guerra en que tanto había brillado su valor, pero en la que no menos se había manifestado la impericia de gobierno, sobre todo al concluirse.

### **Caída y destierro de Clarendon.**

Antes de la reunión del parlamento, pareció indispensable apaciguar al pueblo con algún sacrificio, y las prevenciones del público designaban claramente la víctima que era preciso inmolar. El canciller se había atraído el odio de la nación y de todos los partidos que la dividían; todos los sectarios le miraban como a su declarado enemigo, y sólo a sus consejos e influjo atribuían aquellas leyes perseguidoras a que recientemente se habían visto expuestos. No ignoraban los católicos mientras tanto que conservase alguna autoridad, el crédito que tenían ellos cerca del rey y del duque de York les sería inútil, y que no debían contar con ninguna especie de favor o de indulgencia; los

---

<sup>397</sup> Sin embargo algunos no-conformistas de Escocia y de Inglaterra habían seguido tratos con los Estados de Holanda y fraguado proyectos de sublevación, pero no tuvieron fuerzas para llevarlos a cabo. Estrades, 13 de Octubre, 1665.

mismos realistas, que frustrados en sus ardientes esperanzas de adelantamiento, perseguían con su envidia a un ministro en quien parecía que había depositado Carlos en un principio toda la autoridad del gobierno. La venta de Dunkerque a la Francia, los atrasos debidos a la marina, el desastre de Chatham, el desgraciado éxito de la guerra, todo se le achacaba al canciller, quien, a pesar de que constantemente se opuso al rompimiento con Holanda, se hizo luego un deber de justificar lo que no había podido prevenir. Un edificio que empezó a construir por entonces para sí, más magnífico de lo que parecía correspondiente a su mediano caudal, le expuso mucho también a la malignidad del público, como si la corrupción sola hubiera podido enriquecerle; el vulgo denominó aquella nueva casa *el palacio de Dunkerque*.

El mismo rey, cuyos sentimientos hacia Clarendon le habían inclinado siempre más al respeto que a la amistad, había llegado a la sazón a cobrarle una verdadera antipatía. En medio de las costumbres disolutas de la corte, aquel ministro no había cesado de conservar una inflexible dignidad, negándose a toda especie de complacencia indigna de su edad y de su carácter. Buckingham, hombre sin principios, muy dado a escarnecer y ridiculizar a los demás, pero expuesto por su propia conducta a todo el escarnio y befa que despiadadamente derramaba sobre los otros, dirigía sus burlas sobre el canciller y disminuía insensiblemente la consideración con que miraba Carlos a su ministro. Si se originaba alguna dificultad de la falta de autoridad o de dinero, toda la culpa recaía siempre sobre el hombre a quien se acusaba de haberse opuesto vivamente a las generosas concesiones que se había querido hacer al rey en los primeros momentos de la restauración: y, cosa que todavía irritaba más a Carlos, siempre hallaba en Clarendon, obstáculos a sus placeres lo mismo que a su ambición.

El rey, disgustado de la poca hermosura de su esposa y deseoso de tener sucesión, había dado oídos a la proposición de obtener un divorcio, so pretexto de que la reina había contraído otros empeños o hecho voto de castidad antes de su casamiento, a ello le inclinaba además su pasión por Mrs. Stuart, hija de un caballero escocés, mujer de incomparable hermosura y cuya virtud había resistido hasta entonces a todas sus ofertas; pero el canciller, previendo las consecuencias que podría tener un título disputado, y acaso inquieto por los derechos de sus propios nietos a la sucesión al trono, persuadió al duque de Richmond que se casase con Mrs. Stuart, con lo que puso fin a las esperanzas del rey. Tan vivo fue el resentimiento de Carlos, que desterró de la corte al duque y a la duquesa, y es fama que nunca perdonó aquel ardid al canciller.

Aunadas de esta suerte la política y la inclinación para preparar su caída, no bastó a retardarla la memoria de sus largos servicios: despojósele del gran sello, que se dio a sir Orlando Bridgeman, y como tres meses antes hubiese muerto el conde de Southampton, tesorero mayor, viose el estado de repente privado de dos grandes y fieles ministros, cuya pérdida jamás llegó a repararse, a lo menos en punto a rectitud de costumbres, a principios de religión y de virtud y a acendrado patriotismo. Southampton, en el último consejo a que asistió, habiendo oído hablar mal del canciller, a quien siempre había profesado el más tierno afecto, manifestó su animosidad con un vigor que no bastaron a debilitar los años ni los achaques. «El conde de Clarendon —dijo—, es un verdadero protestante y un digno inglés. Mientras conserve el poder, nuestras leyes, nuestras libertades y nuestra religión no peligrarán; si cae, tiemblo por las resultas.»

Pero no bastó la destitución del canciller a saciar la malignidad de sus enemigos, y así se resolvió su completa ruina. En vano el duque de York empleó todo su crédito en favor de su suegro; el rey y el pueblo se unieron para llevar a cabo aquella violenta medida, y ninguna se discurrió más a propósito para reconciliar a la corte con un parlamento a quien por tanto tiempo había gobernado aquel mismo ministro que a la sazón se quería sacrificar a sus rencores.

Abrióse la legislatura con algunos acuerdos tomados para contentar al pueblo, y el parlamento, en su primer mensaje, dio las gracias al rey por muchas pruebas de su bondad, entre las que se citó particularmente la destitución del conde de Clarendon: Carlos, en su respuesta, se comprometió a no confiar jamás a este magnate ningún cargo público: inmediatamente después entabló su acusación en la cámara baja Eduardo Seymour, que luego recibió el título de caballero.



Consistía aquella en diez y siete artículos. y la cámara, sin más aclaración que una vaga seguridad de que se probaran aquellos, decretó la formación de causa. Sabido es en el día que los más de ellos eran frívolos o falsos, y según todas las apariencias, éranlo igualmente aquellos cuyo fundamento ignoramos. El consejo que dio de vender a Dunkerque parece que fue el punto más grave y real de la acusación, pero cuando no se alega ninguna prueba de soborno, de peculado o de mala intención contra un ministro, sería mucha dureza imputarle a crimen un error de cálculo. Las necesidades del rey, que produjeron aquella imprudente medida, no pueden achacarse al conde con la menor apariencia de razón, pues tenían su principal origen en las máximas más que económicas del mismo parlamento, que no concedían a la corona los socorros necesarios.

La cámara de los lores, a la que se enviaron los artículos, no hallando en ellos más que una acusación general de alta traición, sin ningún pormenor de pruebas, no la conceptuó un motivo suficiente para mandar prender al conde: los ejemplos de Strafford y de Laud databan de una época tormentosa y no podían formar autoridad: sin embargo las instancias de los comunes hicieron que se tomase el partido de una conferencia libre entre las dos cámaras, y como persistiesen los lores en su resolución, la cámara baja, después de una solemne deliberación, declaró que aquella conducta debía considerarse como un tropiezo puesto a la justicia pública y como un antecedente fecundo en peligrosísimas consecuencias: al mismo tiempo estableció una comisión encargada de redactar una apología de su propia conducta.

Conociendo Clarendon que el torrente popular, unido a la violencia del poder, se volvía impetuosamente contra él, y previendo que todas sus defensas labrarían poca mella en el ánimo de unos jueces prevenidos, tomó el partido de alejarse; pero antes compuso para su justificación una memoria dirigida a los pares, que remitió desde Calais. Decía en ella que su caudal, muy mediano, provenía de los legítimos emolumentos de su empleo y de las voluntarias liberalidades del rey; que, en el transcurso de los primeros años que habían seguido a la restauración, sus dictámenes habían concordado siempre con los de los demás consejeros, personajes de una cordura y de una probidad superiores a toda sospecha, pero que no había tardado su crédito en declinar, y que, en esta situación, aunque había reprobado varias resoluciones del consejo, se había hecho cargo de que era inútil oponerse a ellas. Nadie ignoraba, añadía, cuan contrario había sido a la guerra con Holanda, origen de todas las miserias públicas, ni cuantas veces se había declarado contra las funestas medidas tomadas para continuar aquella desastrosa guerra; y cualquiera que fuese el pretexto que se hallase contra él en ofensas nacionales, él por su parte sabía muy bien que su único crimen, el que no podían perdonarle sus poderosos enemigos, era haberse opuesto a los exorbitantes donativos que solía arrancar al rey la importunidad de los pretendientes.

Comunicaron los lores este escrito a la cámara de los comunes, calificándole de libelo, y, en virtud de una deliberación de ambas cámaras, se le condenó a ser quemado por mano del verdugo: el próximo parlamento ejerció también su poder legislativo contra aquel ilustre desgraciado, fulminando contra él un *bill* de proscripción y de incapacidad que recibió la sanción real. Clarendon se retiró a Francia, a vivir oscuramente; seis años sobrevivió a su sentencia, empleando principalmente sus horas de solaz en escribir la historia de las guerras civiles de su patria, cuyos materiales tenía ya reunidos. Esta obra honra mucho su memoria, y, si se exceptúan las Memorias de Whitlocke, es la más verídica relación de aquellos grandes sucesos que nos ha dejado ningún autor contemporáneo.

El conde de Clarendon fue siempre amigo de la libertad y de la constitución de su su patria. Desde el principio de las guerras civiles entró al servicio de Carlos I, quien siempre le honró con particulares aprecio y cariño. Perseguido sin tregua por el parlamento largo, durante el destierro del joven heredero de la corona, dividió con él todos sus sucesos prósperos y adversos y dirigió todos sus consejos. Carlos II, después de su restablecimiento, le elevó a los empleos de la más alta confianza; pero todas estas circunstancias, que parecían capaces de influir vivamente sobre su resentimiento o sobre su gratitud, nada pudieron sobre su alma incorruptible. Dícese que, cuando empezaba a dedicarse al estudio de las leyes, le exhortaba su padre con mucho empeño a evitar el

abuso, entonces harto común en esta profesión, de explicarlo todo a favor de la prerrogativa real, y de pervertir el objeto de esta ciencia útil haciéndola servir para la opresión de la libertad, y que como un día, en el momento cabalmente de estarle reiterando, como solía, estos prudentes y generosos consejos, sucumbiese de pronto aquel virtuoso padre, ante sus propios ojos a un ataque de apoplejía fulminante; este terrible suceso inculcó muy profundamente en el alma del hijo sus lecciones y sus principios.

La unión del rey y del pueblo para la opresión de un tan digno ministro suministró a los observadores más opuestos en sus disposiciones, igual ocasión para lamentarse de la ingratitud de los príncipes y de la ignorancia de los pueblos. Parece que nunca se templó el resentimiento de Carlos contra Clarendon y que hasta en su retiro le persiguió la animosidad nacional. Pocos años después, unos cuantos soldados ingleses que se hallaban hospedados en su inmediación, en Ruan (Rouen), atacaron su casa, rompieron las puertas, le hicieron una herida peligrosa en la cabeza, y hubieran cometido los mayores excesos si sus oficiales, avisados a tiempo, no hubieran acudido a contenerlos.

1668.—Mas elogios merece otro arbitrio que adoptó Carlos para obtener el amor del pueblo, y es probable que sostenido con firmeza, hubiera labrado la felicidad y seguramente hubiera hecho la gloria de su reinado. Tal fue la triple alianza, medida que causó al pueblo entera satisfacción.

### **Estado de Francia.**

La gloria de Francia, largo tiempo eclipsada, ya por facciones intestinas, ya por las fuerzas de la monarquía española, empezaban a esparcir grande esplendor y a atacar la atención de las naciones vecinas. El poder independiente y la díscola condición de la nobleza estaban reducidos, las pretensiones populares de los parlamentos se veían contenidos en razonables límites, y el partido hugonote estaba subyugado. Aquel vasto y feraz territorio, favorecido por su clima y su ventajosa situación, estaba abundantemente poblado de hombres industriosos y diestros, y al paso que el carácter de la nación desplegaba todo el vigor y todo el brío necesarios para las grandes empresas, hallábase perfectamente doblegado a la absoluta voluntad del soberano.

### **Carácter de Luis XIV.**

El que a la sazón ocupaba el trono parecía nacido, vistas sus raras prendas, para aumentar tan poderosas ventajas y recibir de ellas nuevo lustre para sí propio. Luis XIV, dotado en el más alto punto de todas las cualidades que cautivan al pueblo, poseía muchas además que merecen la aprobación de los hombres juiciosos y pensadores. La nobleza de su parte realizaba la varonil belleza de su semblante; su afabilidad y cortesía templaban la dignidad de sus modales. Elegante sin molicie, dado a los placeres sin desatender los negocios, decoroso hasta en sus vicios y querido en el centro del poder arbitrario, superaba en reputación, en gloria y en grandeza a todos los reyes sus contemporáneos.

Su ambición, menos regida por la justicia que por la prudencia, había provisto con particular cuidado a cuanto podía facilitar sus conquistas, y cuando se ponía en movimiento, parecía seguro del éxito. Su hacienda estaba en el mejor orden; había creado una marina poderosa; sus numerosos ejércitos estaban perfectamente disciplinados, sus almacenes y sus arsenales bien abastecidos, y aunque la magnificencia de su corte excedía a cuanto se había visto jamás, estaba tan bien establecida en ella la economía, y el pueblo, enriquecido por el comercio y las artes, se sometía con tanta docilidad a las repetidas contribuciones que pesaban sobre él, que sus fuerzas militares sobrepujaban con mucho a cuanto habían ofrecido los anteriores siglos en las demás monarquías de Europa.

La súbita decadencia y casi total ruina de la monarquía española abrían una escena seductora a un príncipe de este temple de alma, y parecían asegurarle una vasta y fácil conquista. Los demás estados, débiles o mal regidos, miraban con asombro la grandeza de aquel naciente imperio y volvían los ojos a Inglaterra, como al único recurso de Europa contra la humillación que la amenazaba.

La animosidad que muy de antiguo subsistía entre las naciones inglesa y francesa, y que sus comunes celos de la grandeza española habían amortiguado hacía más de un siglo, se despertó fácilmente y tomó en breve gran vuelo. La gloria de mantener en el fiel la balanza europea, gloria tan manifiestamente fundada en la justicia y la humanidad, lisonjeó la ambición de los ingleses, y toda la nación pareció anhelosa de proveer a su futura seguridad oponiéndose a los progresos de una odiosa rival, que fue, entre otras muchas consideraciones, la que tan grato le hizo el tratado de Breda. La muerte de Felipe IV, rey de España, parecía una ocasión de las más propicias para tentar la ambición de Luis XIV y hasta le suministraba algunos pretextos.

Cuando se ajustó el tratado de los Pirineos, Luis, casándose con la princesa de España, renunció por ella a todo derecho de sucesión a los estados de la monarquía española, y esta renuncia se estipuló en los términos más exactos y rigurosos; pero a la muerte de Felipe, creyóse con derecho a retractar su compromiso, so color de que dependiendo los derechos naturales de la sucesión y de la sangre, no pueden anular los acuerdos o contratos arrancados con violencia. Felipe dejaba un hijo, Carlos II, pero la Reina de Francia, habida en un matrimonio anterior, reclamaba, hasta con la exclusión de su hermano, una provincia considerable de la monarquía española. Como las prácticas de algunas partes del Brabante dan la preferencia para las herencias particulares a las hembras, hijas de un primer matrimonio, sobre los hijos varones del segundo, Luis XIV deducía de aquí que, independientemente del convenio ajustado con España, la reina su esposa tenía un derecho incontestable a la posesión de aquel importante ducado.

### **Invasión de los franceses en los Países Bajos.**

Muy más eficazmente se sostienen tales pretensiones con las armas que con la fuerza del raciocinio. Luis se presentó en las fronteras de Flandes con un ejército de 40.000 hombres mandados por los más hábiles generales del siglo, y provisto de toda especie de municiones. Aunque los españoles debían esperarse a este ataque, no habían hecho ningún preparativo, sus ciudades, sin almacenes, sin fortificaciones y mal guarnecidas, cayeron en manos del monarca francés tan luego como se presentó delante de sus murallas: así tomó sin resistencia los pueblos de Ath, Lila, Tournay, Oudenarde, Courtray, Charleroy y Binch. Era evidente que ninguna fuerza en los Países Bajos era bastante a atajar o comprimir siquiera los progresos de las armas francesas.

Esta expedición, tan rápida como afortunada, produjo una viva inquietud en casi todas las cortes de Europa, que habían observado con cuanta dignidad, o, más bien, con cuanta altivez, había sostenido siempre Luis, desde que empezó a gobernar, sus derechos y sus pretensiones. Como discurriese que el conde de Estrades y Walterville, embajadores aquel de Francia y éste de España en Londres, hubiesen entrado en pique por sus derechos de precedencia, no se dio por satisfecho aquel soberbio monarca hasta después de haber obligado al rey de España a prometerle por medio de una solemne embajada que nunca renovarían tales altercados. En Roma, donde Crequi, su embajador había recibido un ligero insulto de los guardias del papa, Alejandro VII se vio obligado a disolver aquella guardia, a enviar a su sobrino a París a pedir perdón, y a hacer erigir una pirámide en la misma Roma, como un monumento de su propia humillación. También el rey de Inglaterra había probado la inflexible altivez de Luis relativamente a ciertas pretensiones de los ingleses a los honores del pabellón; el monarca francés hizo tan enérgicas reclamaciones y se dispuso tan denodadamente a sostenerlas con las armas, que Carlos tomó el partido de abandonar sus vanas y rancias pretensiones. «El rey de Inglaterra —dijo Luis al conde de Estrades, su embajador—, ha

podido conocer mi fuerza, pero no conoce los sentimientos de mi corazón: todo me parece despreciable en comparación de la gloria.»<sup>398</sup> Una conducta tan firme dio vehementes indicios de la energía de su carácter, pero la invasión de Flandes descubrió una ambición que, sostenida por su exorbitante poderío, amenazaba la libertad general de Europa.

Como ningún estado veía el peligro tan cercano, ninguno tampoco se alarmó tanto como las Provincias-Unidas. Hallábanse estas empeñadas con la Francia en una guerra contra los ingleses, y Luis les había dado su palabra de no emprender cosa alguna contra España sin prevenirlos, pero dilató esta comunicación hasta la víspera de romper las hostilidades. Si la renuncia de la reina su esposa se declaraba nula, preveíase que, muerto el rey de España, mozo enfermizo y endeble, Luis pretendería a la monarquía entera, y no pondría ni sería ya posible poner límites a su ambición. Carlos que no ignoraba los justos temores de los holandeses, se había prevalecido de ellos en Breda para insistir sobre las condiciones del tratado, y su imprudente lentitud en firmarle le había expuesto al insigne revés que había recibido en Chatham. Witt, considerando que una demora de algunas semanas le importaba poco a la república, había aprovechado aquella coyuntura para descargar un golpe importante y terminar la guerra con honra para sí y para su patria.

### **Negociaciones.**

Empezaron entre tanto las negociaciones para salvar a Flandes, pero nadie emprendió resistir a las armas francesas. Los ministros españoles clamaban por todas partes contra la evidente injusticia de las pretensiones del rey de Francia y hacían presente que era del interés de todas las potencias de Europa, aun más que del de la misma España, oponerse a la conquista de los Países Bajos, el emperador y los príncipes alemanes manifestaron algún enojo, pero sus medidas fueron lentas y estuvieron mal concertadas. Los Estados, aunque despavoridos al ver sus fronteras expuestas a la invasión de un enemigo tan formidable, se vieron sin ningún recurso, sin ninguna áncora de salvación, pues aunque los ingleses, en verdad, parecían dispuestos a oponerse al Francés, la inconstancia de Carlos no permitía a aquella república dar abiertamente pasos que podían costarle la amistad de la Francia sin adquirirle otros aliados; y aunque Luis, temeroso de conjurar contra sí a toda Europa, ofreció algunos términos de acomodamiento, los Estados recelaban que, ya fuese por la obstinación de la España, ya por la ambición de la Francia, nunca tendrían cumplido efecto aquellas promesas.

Al cabo tomó Carlos la prudente resolución de dar los primeros pasos para una confederación, y sir Guillermo Temple, su ministro residente en Bruselas, recibió orden de pasar secretamente a La Haya y de concertar con los Estados Generales algún medio de salvar a Flandes. Aquel ministro, a quien la filosofía había enseñado a despreciar el mundo, sin hacerse por eso menos apto para figurar en él de un modo brillante, era de suyo franco, sincero y superior a todas las dobleces de los políticos vulgares; y hallando la misma nobleza y elevación de sentimientos en Witt, no tardó en declararle la intención de su amo, sobre la cual pidió una pronta decisión. Desde el primer día empezaron aquellos dos grandes hombres la negociación de un tratado, con la misma franqueza con que hubieran podido arreglar un asunto privado entre dos amigos: considerando como idénticos los intereses de su patria, se abandonaron a aquella simpatía de carácter que mutuamente los disponía a fiar sin reserva en los empeños como en las declaraciones el uno del otro; y aunque los celos del ministro holandés contra la casa de Orange pudiesen inspirarle aversión a una estrecha alianza con Inglaterra, resolvió sacrificar generosamente las consideraciones particulares a la utilidad pública.

Temple pedía una liga ofensiva entre Inglaterra y Holanda para obligar a la Francia a abandonar todas sus conquistas, pero Witt le hizo entender que una resolución tan viva y pronta no podía agrandar a los Estados. Hizo presente que los franceses eran los antiguos y fieles aliados de la república, y que a menos de que llegasen las cosas al último extremo nunca creería que la prudencia

---

398 25 de enero, 1662.

le permitiese renunciar a una amistad tan bien cimentada, para descansar enteramente en un tratado con los ingleses, que recientemente le habían hecho una guerra tan cruel, que desde el reinado de Isabel, siempre se habían estado viendo tantas variaciones en los consejos de Inglaterra, que no era posible contar por dos años seguidos sobre tratado alguno con esta corona; que si el actual ministerio, conociendo mejor el verdadero interés de la nación, prometía más constancia y firmeza, todavía era poco seguro fiarse enteramente en un punto de tanta importancia; que el monarca francés era joven, soberbio, poderoso, y que, si se veía tratado de un modo imperioso, se expondría a todo antes que someterse; que bastaba obligarle al cumplimiento de lo que él mismo había ofrecido, y salvar de esta suerte el resto de los Países Bajos del peligro que los amenazaba; en fin, que todas las potencias de Alemania y del Norte, cuyo apoyo se podía esperar, quedarían satisfechas con haber puesto límites a las conquistas francesas, sin pretender la restitución de las plazas ya perdidas.

Aprobó el ministro inglés este modo de pensar. Luis había propuesto abandonar todos los derechos de la reina, con condición o de conservar las conquistas de su última campaña, o de obtener en cambio el Franco-Condado, con Cambray, Aire y Saint-Omer, y sobre esta oferta cimentaron, Witt y Temple el tratado. Conviniéronse en hacer admitir su mediación a las potencias beligerantes, y en obligar a la una a ratificar esta alternativa y a la otra a aceptarla, y si la España rehusaba, acordaron que la Francia no sostendría sus derechos con las armas, sino que Inglaterra y Holanda emplearían la fuerza para hacer ejecutar los tratados: la posesión del resto de los Países Bajos se le aseguraba a la España. Bajo las mismas bases ajustaron ambos ministros una alianza defensiva entre Holanda e Inglaterra.

Unas negociaciones tan notables por su rectitud y habilidad arreglaron en breve todos los artículos de aquella liga, pero todavía quedaba en pie la mayor dificultad. En virtud de la constitución de la república, todas las ciudades de cada provincia deben dar su consentimiento para todos los tratados, y prescindiendo de que el llenar esta formalidad no exigía menos de dos meses, era de temer que la influencia de los franceses suscitase cierta oposición en algunos de los pueblos de segundo orden. Cuando el conde de Estrades, embajador de la corte de Francia, hombre de rara capacidad, tuvo noticia de que se estaba negociando una confederación, manifestó que se le daba de ello poco cuidado. «Ya hablaremos de eso —dijo—, dentro de seis semanas.» Para cortar esta dificultad, Witt, por el bien público, tuvo la resolución suficiente para infringir las leyes en un artículo tan fundamental, y su sola autoridad determinó a los Estados Generales a firmar y ratificar la liga (13 de enero) en un mismo día, aunque bien convencidos de que, si su resolución desagradaba a sus constituyentes, tamaña irregularidad podía costarles la cabeza. Despachado el trato, se abrazaron los dos negociadores. «Amigos en Breda, hermanos aquí», exclamó Temple; y Witt añadió: «Ahora que está concluido el asunto, me parece un milagro.»

### **Triple liga.**

Habíase dejado cabida en el tratado para la adhesión de la Suecia, que pronto se obtuvo, y de esta suerte se vio, en el espacio de cuatro o cinco días, lograda una empresa que en toda Europa causó los mayores asombro y alborozo. A pesar de la desgraciada conclusión de la última guerra, una conducta tan sensata volvió todo su lustre a la nación inglesa, que recobró con ella su antigua consideración; Temple recibió grandes aplausos, y a los cumplidos que se le hicieron con aquel motivo, respondió modestamente: «Para apartar las cosas de su centro o del elemento que les es propio, se necesitan fuerza y trabajo, pero nada es más fácil que restablecerlas en él, pues a ello tienden ellas naturalmente.»

Mucho desagradó al victorioso Luis la triple alianza, pues no sólo ponía límites presentes a su ambición, mas parecía también insuperable para siempre una barrera de aquella naturaleza; y aunque sus propias ofertas constituían la base del tratado, habían prescrito un plazo tan corto para

aceptarlas, que podía muy bien esperarse a hallar en la repugnancia y las dilaciones de la corte de Madrid una ocasión de eludirlas. Igualmente descontenta se mostró la corte de Madrid, que no pudo ver sin sumo desagrado que se exigiese con tanta violencia y altanería su consentimiento para la división de las provincias españolas en remplazo de unas pretensiones que calificaba de injustas, y así amenazó repetidas veces que abandonaría enteramente los Países Bajos primero que someterse a un desaire tan cruel, amenaza con la que esperaba amedrentar lo bastante a las potencias mediadoras para hacerles tomar medidas más vigorosas en su favor; pero Witt y Temple estaban mejor instruidos de las miras y de los intereses de la corte de España; sabían que ésta tenía necesidad de conservar los Países Bajos como un vínculo de conexión con las demás potencias de Europa, que eran las únicas capaces, en el caso de que su joven monarca muriese sin sucesión, de conservar su independencia contra las pretensiones francesas, y así continuaron insistiendo en los términos de la triple alianza, y amenazando a España con una guerra inmediata en caso de negativa. Los plenipotenciarios de todas las potencias se reunieron en Aquisgrán; Temple por Inglaterra, Van-Beuninghen por Holanda y Dhona por la Suecia.

### **Tratado de Aquisgrán.**

Acosada por fin por todas partes, aceptó España la alternativa que se le ofrecía, pero hasta en su misma elección manifestó su despecho. Había parecido que los holandeses poco atentos al decoro de la monarquía española, no habían tenido más objeto que su propia seguridad, y que, alejando a Luis de sus fronteras, le era indiferente que llevase a cualquiera otro punto la fortuna de sus armas; por eso, resentida la reina madre de esta disposición, resolvió retenerlos en una inquietud que pudiese llegar a ser el cimiento de una unión más íntima de lo que al parecer deseaban. Un plan vigoroso y bien concertado había puesto al rey de Francia en posesión del Franco Condado en el espacio de quince días, en lo más crudo del invierno, la reina madre se determinó a recobrar esta provincia, abandonando todas las ciudades conquistadas en Flandes durante la última campaña; de esta suerte extendiéndose las guarniciones de Luis hasta el corazón de los Países Bajos, no les quedó más que una débil barrera a las provincias españolas.

Sin embargo, con todas las ventajas de su situación, no podía el monarca francés lisonjearse mucho de dilatar más sus conquistas en aquel hermoso territorio, que era el que más expuesto estaba a su ambición y en el que más importantes hubieran sido sus adquisiciones: la triple liga garantizaba a España el resto de sus provincias, y se había brindado al emperador, lo mismo que a las demás potencias de Alemania, que parecían muy interesadas en ella, a entrar en la misma alianza: además, era de esperar que España que, por mediación de Carlos, ajustó por entonces la paz con los portugueses, se opondría más vigorosamente a su altanera y triunfante rival. La viva satisfacción que manifestaban los ingleses de la conducta actual de su monarca prometía la sincera cooperación del parlamento para todas las medidas que tendiesen a la humillación de la Francia: así se vio a la Europa entera descansar en una cabal seguridad bajo las alas de aquella poderosa confederación que felizmente se había formado para protegerla.

### **Asuntos de Escocia.**

Mientras parecía que el gobierno inglés fijaba exclusivamente su atención en la tranquilidad general, no habían dejado de tener gran parte en sus desvelos los asuntos de Escocia e Irlanda. Aunque la nación escocesa nunca había estado sometida a los rigores del poder arbitrario, no tenía más que unas nociones muy imperfectas en lo tocante a leyes y libertad, y acaso jamás había gozado de una administración encerrada en sus justos límites: solo su unión con Inglaterra, antes su aborrecida enemiga, podía hacerle gustar las dulzuras de un gobierno perfectamente regular, es

decir, exento de todo linaje de injusticia y de violencia. Carlos, por aversión a los negocios, había confiado los de aquel reino a sus ministros, particularmente a Middleton, y estos déspotas transitorios dieron allí grandes golpes de autoridad.

Habíase interceptado una carta de lord Lorne a lord Duffus, en la que acusaba demasiado abiertamente, aunque con mucha razón, a sus enemigos de haber procurado con sus imposturas indisponer al rey, contra él; «pero ya los he descubierto —añadía—; ya los he vencido, y he ganado a la persona con quien contaba el principal de entre ellos», la cual persona era el conde de Clarendon. Esta carta se presentó al parlamento escocés, y Lorne, en virtud de la antigua, absurda y tiránica ley contra lo que se llamaba *Leasing-making* (forja-mentiras), acusado de haber calumniado a los súbditos del rey o de haberle inspirado una mala opinión de ellos, fue sentenciado a muerte; pero Carlos, muy descontento de este rigor, le perdonó la vida<sup>399</sup>.

Un acuerdo aprobado en el parlamento de Escocia había establecido que doce personas sin crimen, sin testigos, sin proceso, sin acusadores, serían declaradas incapaces de toda confianza y de todo empleo y, para que nada faltase a la injusticia de esta ley, habíase decidido que estos doce infelices serían nombrados por escrutinio, modo de votar que han adoptado varias repúblicas en las elecciones, pero que, en la aplicación de los castigos, no podía conducir más que a rebozar la malignidad y la injusticia. Por este medio fueron heridos de incapacidad Lauderdale, Crawford y sir Roberto Murray, pero el rey indignado de tamaña iniquidad, le negó su sanción<sup>400</sup>.

Otro acuerdo condenaba a toda persona que se emplease cerca del rey para obtener de él que los hijos de los que habían recibido su sentencia en el parlamento fuesen restablecidos en los derechos de su casa, especie de tiranía verdaderamente inaudita; y por lo mismo que no fijaba el acuerdo ninguna pena, era más violento y despótico. Los jurisconsultos de la corte habían establecido como máxima inconcusa que fijar un castigo era limitar los derechos de la corona; y como se constituía en criminal el que violaba una ley que establecía una prohibición, aunque no se hubiese fijado la pena, habían juzgado que esta debía ser arbitraria, con la sola excepción de que no pudiese ser la capital. Middleton, en calidad de comisario regio, había aprobado este acuerdo, aunque no estaba autorizado a ello por ninguna instrucción de la corte.

Habíase publicado el auto de amnistía por los últimos disturbios, pero se había sometido a multas a los que se habían hecho culpables después y se habían nombrado para multar los comisarios, que absolutamente prescindieron de algunas reglas llenas de equidad que les había prescrito el rey<sup>401</sup>. Se hicieron composiciones clandestinas con los reos; no se consideró el valor de los bienes ni la calidad del crimen; no se exigieron pruebas; ni siquiera se tomaron informes, antes a medida que se delataba un nombre, se le imponía una multa particular y todo se hacía en secreto. Cuando se leyó la lista en la cámara, una multitud de nombres inscritos dio motivo a reclamaciones; unos, eran niños durante las guerras civiles, otros estaban ausentes del reino. Respondióse que llegaría tiempo en que cada cual tendría la libertad de hablar para su defensa, y que como la intención de la corte, con aquellas multas, no era otra más que la de comprender en el auto de perdón a los que las hubiesen pagado, todo el que quisiese confiarse en su inocencia, y rehusar el perdón a este precio, era dueño de hacerlo por su cuenta y riesgo; pero bien sabido era que nadie tendría la temeridad de provocar hasta este punto a una administración tan arbitraria. Escribió el rey al consejo mandando que se suspendiese aquella especie de inquisición, pero el comisario regio halló medio de eludir por algún tiempo sus órdenes<sup>402</sup>: al cabo Carlos obligó a sus ministros a avenirse con los culpables por la mitad de las sumas en que se los había multado. En estos incidentes, como en otros muchos de aquel reinado, vemos constantemente la mano mediadora del rey interponiéndose para proteger a los escoceses de las opresiones que les preparaban sus propios conciudadanos empleados en el ministerio.

---

399 Burnet, p. 49.

400 Id., p. 152.

401 Burnet, p. 147.

402 Idem, p. 201.

Pero la principal causa de haberse renovado la tiranía y el desorden en Escocia, fue la rigurosa ejecución de las leyes concernientes al restablecimiento de la prelatura, hacia la cual abrigaba una gran parte de la nación una invencible antipatía. Hacía algunos años que se había establecido el antiguo derecho de patronato, y que se había transferido a los consistorios la facultad de elegir ministros, cuando un nuevo acuerdo del parlamento obligó a todos los que no habían sido recibidos bajo otro título a recurrir a la presentación del patrono y a hacerse ordenar por un obispo, so pena de privación. Los rígidos presbiterianos tomaron concertadamente sus medidas y rehusaron la obediencia, contando con la ventaja del número, y en efecto 350 parroquias, que formaban más de un tercio del reino, se declararon vacantes. En los condados del oeste se desplegó la mayor obstinación; era preciso buscar nuevos ministros en todas las provincias del reino, sin excluir a los más ignorantes ni aun a los más viciosos. El pueblo, acostumbrado a respetar a sus antiguos directores, que se distinguían hacía mucho tiempo por el fervor de sus instrucciones y por la austeridad de sus costumbres, se enfureció contra aquellos intrusos que obtenían los beneficios ajenos en tan odiosas circunstancias, y de los cuales la mayor parte se curaban muy poco de atenuar, con la regularidad de su conducta, la animosidad de que eran objeto. Los que, por haberse sometido, conservaron sus empleos, fueron casi todos acusados de hipocresía, ya a causa de la poca afición que manifestaron a la nueva forma de gobierno eclesiástico que habían reconocido, ya porque achacaron a la violencia y la necesidad su antiguo odio al presbiterio y al *covenant*. Por otra parte, como Middleton y los demás comisarios llevaban una vida muy licenciosa, a la que estaba poco acostumbrada la nación, todo el mundo se persuadió de que una forma de religión, ofrecida por tales manos, no podía menos de ser profana e impía.

No obstante estos descontentos, el pueblo estaba resuelto a no dar la más leve ocasión a que se ejerciesen rigores contra él so pretexto de insubordinación; pero esta extremada docilidad, lejos de mitigar la dureza de los comisarios, sólo sirvió para confirmarlos en un sistema al que atribuían una obediencia tan pronta, hasta que, enojado el rey de las violencias de Middleton<sup>403</sup>, le dio por sucesor a lord Rothes. Éste, que ya era presidente del consejo, fue nombrado casi inmediatamente tesorero y guarda sellos. Lauderdale, confirmado en la plaza de secretario de estado, residía habitualmente en Londres.

Continuaron pacíficamente las cosas de Escocia hasta que se promulgaron en Inglaterra las rigurosas leyes contra los conventículos<sup>404</sup> o las asambleas particulares de los no-conformistas, violencia de que tomó pie el parlamento escocés para hacer publicar un acuerdo de igual naturaleza. Estableció Carlos una especie de alta comisión a la que se confió el cumplimiento de este acuerdo, con la dirección de los negocios eclesiásticos, y aunque tan contrario a las leyes, todavía valía más sin duda este tribunal que el método que le sucedió. Por desgracia el consejo empleó la fuerza militar, acantonando regimientos en todos los condados donde el pueblo había abandonado las iglesias, sir James Turner que mandaba las tropas, hombre de un carácter naturalmente feroz, que con harta frecuencia exaltaba el uso inmoderado de los licores fuertes, visitó el reino, recibiendo de cada ministro la lista de las que se ausentaban de las iglesias y a quienes se acusaba de frecuentar los conventículos; y sin pruebas, sin convicción legal, multaba a los denunciados, y hasta el pago establecía guardias en sus casas. Como la guerra de Holanda hiciese temer un levantamiento, se reclutaron nuevas fuerzas, cuyo mando se dio a Dalziel y a Drummond; oficiales que habían servido al rey durante las guerras civiles, y que alistados luego en los ejércitos rusos, nada habían perdido en ellos de su natural dureza. Los comisarios regios dieron rienda suelta a su tiranía, provocando con sus excesos que se elevasen representaciones al rey, quien, conmovido en vista de la triste situación de Escocia, no solo suspendió la comisión eclesiástica, mas declaró positivamente que semejantes rigores eran perjudicialísimos a su reino.<sup>405</sup>

---

403 Burnet, p. 202.

404 En 1664.

405 Burnet, p. 213.



Desgraciadamente esta indulgencia fue tardía para remediar el desorden; el pueblo, inflamado de celo por sus principios y furioso de verse tan maltratado, tomó las armas: Guthrie, Semple y otros ministros excitaron a sus partidarios, quienes sorprendieron a Turner en Dumfries, resueltos a asesinarle, pero habiéndoles caído en las manos las órdenes que tenía, vieron que, ejecutándolas, había atenuado su rigor, y le perdonaron la vida. Avanzaron hasta Lanerick, donde después de fervientes oraciones se renovó el *covenant*, y donde publicaron un manifiesto que contenía grandes testimonios de respeto y sumisión al rey, reduciéndose a pedir el restablecimiento del presbiterio y de sus antiguos ministros. Como los principales jefes del partido habían sido presos de resultas de una primera sospecha, eligieron por caudillos a Wallace y Learmont, oficiales de mérito, pero subalternos. Nunca pasó su número de 2.000 hombres, y aunque contaban en general con el amor del país, el pueblo escocés estaba harto doblegado bajo el yugo para que de él esperasen un aumento de fuerzas. Dalziel se puso en marcha contra los rebeldes, a quienes halló reducidos al número de 800, y que, avanzando no obstante hacia Edimburgo, procuraban retirarse al oeste de Escocia por las alturas de Pentland; pero atacados por las tropas reales<sup>406</sup> y perdida toda esperanza de escapar, suspendieron su expedición. Hicieron sus ministros los mayores esfuerzos por inspirarles brío, y con efecto, después de haber cantado algunos salmos, resistieron valerosamente el primer choque del enemigo, favorecidos por la ventaja del terreno; pero desbandándose inmediatamente después solo pensaron en salvar las vidas con la fuga, con pérdida de unos 40 muertos en el ataque y de 130 prisioneros; el resto, merced a la oscuridad de la noche y al cansancio o tal vez a la compasión de los realistas, logró refugiarse en las montañas.

Aunque la opresión que habían sufrido aquellos desgraciados, su ilusión y también su comportamiento, ajeno de toda violencia durante la sublevación, excitaron la compasión general, los comisarios regios y sobre todo el arzobispo de St. Andrews (San Andrés) resolvieron tomar de ellos severa venganza: diez fueron ahorcados en el mismo patíbulo en la plaza de Edimburgo, y treinta y siete en diferentes pueblos delante de las puertas de sus propias casas: estos desdichados hubieran obtenido el perdón si hubieran querido renunciar a su *covenant*. Continuaban las ejecuciones de muerte, cuando vino a interrumpirlas una orden del rey: «Basta de derramar sangre», escribía Carlos a sus comisarios: su carta mandaba que los presos que prometiesen solamente obedecer las leyes, recibiesen la libertad, y que los tenaces, los incorregibles fuesen transportados a las colonias<sup>407</sup>. Llevó de Londres a Escocia esta carta Burnet, arzobispo de Glasgow, pero como no pudiese este prelado entregársela inmediatamente al arzobispo de St. Andrews, presidente del consejo, uno de los rebeldes, llamado Macail, fue puesto al tormento donde expiró en una especie de jubiloso triunfo exclamando: «¡Adiós sol, luna, estrellas! ¡Adiós mundo y tiempo, adiós cuerpo frágil y perecedero! ¡Ya entreveo la eternidad, entreveo los ángeles y los santos; entreveo al Salvador del mundo; entreveo a Dios, el juez universal!»<sup>408</sup> Tales fueron sus últimas palabras y las pronunció con un ademán y un acento que asombraron a todos los espectadores.

### Asuntos de Irlanda.

La pacificación de Irlanda, después de la restauración, fue una obra mucho más difícil que la de Inglaterra y aun que la de Escocia, pues no solo estaban los enemigos de la corona en posesión de la autoridad durante las precedentes usurpaciones, mas habían cambiado también de naturaleza y de dueños los derechos de propiedad en todo el reino, y era indispensable reparar, con la posible blandura, tantos daños e injusticia que suscitaban con razón un clamor universal.

Los irlandeses católicos habían ajustado en 1648 con el marqués de Ormond, gobernador en nombre del rey, un tratado que les aseguraba el perdón de su revuelta, y que los obligaba bajo

406 28 de noviembre, 1666.

407 Burnet, p. 257.

408 Hist. de Wodrow, tomo I, p. 255.

ciertas condiciones a sostener la causa real; y aunque la violencia del clero, no menos que el furioso celo del pueblo, habían atajado en parte el cumplimiento de esta obligación, muchos particulares, que no habían dejado de ser fieles a ella a riesgo de su vida, parecían acreedores a recoger bajo este título el fruto de su lealtad. Cromwell había expulsado sin distinción a todos los naturales de las tres provincias de Munster, de Leinster y de Ultonia, para confinarlos en la de Connaught y en el condado de Clare; y entre aquellos cuyos bienes habían sido confiscados, había muchos cuya inocencia resultaba incontestablemente probada. ¿Y qué más? ¿Cuántos protestantes, entre los que se debía contar al conde de Ormond, se habían opuesto constantemente a la rebelión, sin que esto los librase sin embargo de ver confiscados sus bienes por el Protector, por haber abrazado luego la causa del rey contra el parlamento! También había muchos oficiales que sirvieron en Irlanda desde el origen del levantamiento, y que, por no haber querido abandonar al rey, habían sido privados de sus atrasos por la república de Inglaterra.

Ciertamente que se debía alguna justicia a tantos desgraciados servidores, pero la dificultad estribaba en hallar medios de reparación para tan grandes males. Las mejores porciones del territorio irlandés se habían repartido, ya entre los aventureros que habían prestado fondos al parlamento para la sofocación del alboroto, ya entre las tropas, a quienes se habían dado tierras en lugar de sus atrasos. ¿Como era posible despojar a estos poseedores, que formaban la parte más poderosa de la población y la única que estaba armada? Estos nuevos poseedores eran necesarios para el mantenimiento de la dominación inglesa y de la religión protestante; y además ¿no habían contribuido todos con grandes testimonios de celo a la restauración del rey? El partido que tomó Carlos fue el de publicar una proclama en la que prometía al mismo tiempo conservarlos en sus posesiones e indemnizar a los que se hallaban injustamente despojados. Todavía quedaban vastos terrenos en Irlanda que no se habían repartido, y por medio de este fondo y de algunos otros, se consideró que no le sería imposible al rey cumplir estos dos empeños.

Erigióse a este fin un *juzgado de pretensiones*, compuesto únicamente de comisarios, ingleses que ninguna relación tenían con los nuevos propietarios de Irlanda. 4.000 personas presentaron a este juzgado los derechos de su inocencia para recobrar la posesión de sus bienes, y aun no habían tenido tiempo los comisarios para examinar arriba de 600, cuando reconocieron que, para satisfacer este número, serían muy insuficientes los fondos en que debía retribuirse a los aventureros y a las tropas. Por todas las clases cundió la mayor inquietud; el temor y la esperanza exaltaban a todos los partidos, los unos deseaban impacientemente recobrar la herencia de sus padres; los otros estaban decididos a conservarse en sus nuevas posesiones.

El duque de Ormond; reputado el único cuya prudencia y equidad podían conciliar tan discordes intereses, obtuvo el gobierno de Irlanda. Reunióse un parlamento en Dublín, pero como los representantes de los comunes habían sido casi enteramente elegidos por los aventureros y los militares que continuaban poseyendo los terrenos, la cámara baja fue sumamente favorable a este partido: la de los pares mostró más imparcialidad.

Una parte de los soldados formó el proyecto de una sublevación que debía empezar por la sorpresa del castillo de Dublín, pero afortunadamente le hizo abortar la vigilancia del gobernador. Algunos de los revoltosos fueron castigados; Blood<sup>409</sup>, el más resuelto de todos ellos, logró ponerse en salvo.

Pero no se podía continuar mucho tiempo en esta inseguridad y confusión; al cabo los partidos parecieron dispuestos a rebajar un poco de sus pretensiones, y el duque de Ormond intervino con la mira de establecer un orden de cosas más estable. Los aventureros y los soldados consintieron en abandonar un tercio de sus posesiones, y como las habían obtenido a ínfimo precio, debieron creerse sumamente favorecidos por este arreglo. Todos aquellos cuyas tierras habían sido confiscadas por haber seguido el partido del rey fueron reinstalados en ellas, lo mismo que un gran número de irlandeses declarados inocentes, para quienes era una situación verdaderamente cruel verse obligados a probar su inocencia para recobrar unos bienes de que en todos tiempos habían

---

409 Otros historiadores escriben así este nombre: Blut. (Nota del Traductor.)

disfrutado sus padres, y la dificultad de las condiciones prescritas agravó su infortunio. Todo el que había continuado residiendo en un distrito sublevado; no era admitido a probar su inocencia, y esta razón bastaba para que se le conceptuase rebelde. Los excesos que había cometido la nación irlandesa eran causa de que con facilidad se cerrasen los ojos sobre la injusticia que recaía sobre simples individuos; y además; aunque siempre es del interés de un buen gobierno prevenir la injusticia, no siempre es posible remediarla cuando ha subsistido y triunfado por largo tiempo.

Empezaba la Irlanda a gozar de algún sosiego, cuando vino a turbarle un acuerdo del parlamento inglés, que prohibía la importación de ganados de Irlanda en Inglaterra<sup>410</sup>. A esta violenta ley se opuso acaloradamente Ormond, haciendo presente que el comercio, tal cual se ejercía entre Inglaterra e Irlanda era sin comparación más beneficioso para el primero de estos dos reinos, que solo recibía provisiones de materias primarias, y cuyos pagos consistían en mercancías de toda especie procedentes de sus propias fábricas; que si se prohibían las reses de Irlanda, los naturales de esta isla nada tendrían que dar a los ingleses en retribución de lo que de ellos recibiesen, y para suplirlo, tendrían que recurrir a los extranjeros; que el industrioso inglés, privado de las provisiones irlandesas que le hacían vivir barato, se vería precisado a subir el precio de su trabajo, lo que encarecería demasiado sus géneros para la exportación; que los irlandeses, viendo bajar casi a cero el precio de sus provisiones, no tendrían ningún aliciente para el trabajo, y perpetuarían de generación en generación su natural indolencia y su barbarie; que la interrupción casi total del comercio entre los dos reinos iba a romper todos los vínculos naturales de la unión, y no dejar más arbitrio que la fuerza y la violencia para retener a los irlandeses bajo el yugo; y en fin, que reduciendo a este reino a la pobreza, se le pondría en la imposibilidad hasta de costear el sostén de aquellas fuerzas militares que, con tantos motivos de descontento, eran indispensablemente necesarias para asegurar la sumisión.

Tan convencido estaba Carlos de la justicia de estas razones, que después de haber empleado en la cámara baja todo su crédito para que no se aprobase el *bill*, declaró sin rebozo que no podía darle su sanción sin cargar su conciencia, pero los comunes perseveraron en sus miras. Años hacía que se echaba de ver en Inglaterra la disminución de las rentas, lo cual se atribuía únicamente a la importación de los ganados irlandeses, y diversos amaños habían aumentado esta prevención, sobre todo los de Buckingham y Ashley, que querían turbar al duque de Ormond en su pacífico gobierno. El espíritu tiránico, a que están tan sujetas las naciones como los individuos, inclinaba vehementemente a los ingleses a ejercer su superioridad sobre un estado de su dependencia, y así fue que los comunes condujeron este asunto con extraordinario tesón, llegando hasta el punto de declarar en el preámbulo de su *bill* que el transporte de los ganados irlandeses era cosa muy nociva, calificación que no solo satisfacía su empeño, mas tendía a sofrenar la prerrogativa en virtud de la cual hubiera podido Carlos creerse autorizado a dispensar del cumplimiento de una ley tan contraria a la justicia y a la política. La cámara de los lores suprimió esta expresión, pero el rey, persuadido de que no obtendría ningún subsidio de los comunes, si no se conformaba a todas sus prevenciones, tomó el partido de instar a los pares a aprobar el *bill* y le dio su sanción, lo que no hizo a pesar de todo sin manifestar algún descontento de la desconfianza que se le mostraba y del ataque que parecía que querían dar los comunes a la prerrogativa real.

Por algún tiempo puso este acuerdo a Irlanda en una triste situación, pero dio a sus naturales ocasión de dedicarse con más ardor a la industria fabril, y el tiempo ha probado, que en suma les fue realmente provechoso.

---

410 En 1666.

## LXV. Carlos II.—1668

Desde la restauración de la monarquía, Inglaterra se hallaba en una situación que nunca había conocido bajo ninguna forma de gobierno, y en la única al parecer de que podía esperar con entera certeza el doble beneficio de la ventura y de la libertad: el rey tenía continuamente necesidad de la asistencia del parlamento y se mostraba muy conformado con su dependencia, pues en vez de resucitar las pretensiones de la corona sobre las que con tanto empeño habían insistido su padre y su abuelo, se había encerrado estrictamente en los límites de la constitución, solicitando por todas las vías populares, obtener el amor de sus vasallos; hasta los mismos rigores que ejerció contra los no-conformistas, por mas vituperables que parezcan, pueden considerarse como arbitrios por medio de los cuales procuraba hacerse grato al partido que predominaba en las dos cámaras del parlamento. A pesar de estas halagüeñas apariencias, había dificultades que no permitían abrigar la esperanza de que pudiese mantenerse firme el gobierno sobre el cimiento que constituía al parecer su seguridad. La corona, privada de casi todo su antiguo patrimonio, descansaba enteramente en los voluntarios donativos del pueblo; y los comunes que no estaban del todo acostumbrados a aquella nueva situación, no parecían todavía dispuestos a proveer con bastante liberalidad a las necesidades de la corona; a ejemplo de sus predecesores, atendían demasiado a una rígida economía sin considerar bastante la indigencia del príncipe y el estado general de Europa donde, en cada nación, la magnificencia y la fuerza aumentaban considerablemente todos los gastos públicos. Verdad es que habían concedido grandes sumas a Carlos, y hasta se habían visto acusadas de prodigalidad por los patriotas de entonces, muy apegados a las antiguas máximas, pero si hemos de juzgar por el ejemplo de una época mas moderna, en que el gobierno ha llegado a ser mas regular y mas constante la armonía entre sus partes, parece que el parlamento de aquel reinado merecía una acusación contraria.

El efecto natural de la indigencia de la corona, además de originar mucha debilidad e irregularidad en las transacciones exteriores, era un motivo de continua inseguridad en la administración doméstica: nadie hubiera podido responder con una razonable seguridad de las medidas de la cámara de los comunes. Pocos individuos estaban unidos a la corte con otros vínculos que los de su inclinación; realistas, es verdad, por principios, pero sin experiencia de los negocios, hallábanse expuestos a toda especie de influjos e insinuaciones, e impulsados como el mismo populacho por remolinos pasajeros. Las tentativas que se hacían para ganar sobre ellos algún ascendiente ofreciéndoles empleos y, como es natural, sumas de dinero o pensiones, producían a veces un efecto demasiado opuesto a la intención de los ministros que aventuraban tales conatos de soborno: la novedad de esta práctica esparcía una alarma general y realmente justa, mientras que la pobreza de la corona hacia limitadísima y muy precaria una influencia de esta naturaleza. No era a propósito el carácter de Carlos para remediar estos defectos de la constitución, pues mas parecía que era para él la administración un pasa-tiempo que no una ocupación seria, y la inconstancia de su conducta le hizo perder aquella autoridad que era la sola capaz de dar firmeza a las flotantes resoluciones del parlamento; además sus gastos, a veces muy desmesurados, estaban menos regidos por la política que por su gusto, y al paso que le ponían en continua dependencia del parlamento, no sacaba de ella el fruto de satisfacer plenamente a la parte interesada o desinteresada de los diputados de la nación.

## **Asamblea del parlamento.**

1. Reunidas las dos cámaras después de una larga prórroga (8 de febrero), el rey se prometió mucho del amor de los comunes. Todas sus últimas medidas habían tenido por objeto adquirir el afecto del pueblo, y la triple alianza debía haber borrado las desagradables impresiones que había dejado el desastroso éxito de la guerra de Holanda, pero una nueva empresa de la corte, loable en sí misma, atajó por algún tiempo los efectos de aquella conducta. Buckingham, que gozaba de mucho favor, y andaba en manejos con la cámara baja, había procurado mantener también relaciones con los no-conformistas, en estas circunstancias, y de acuerdo con sir Orlando Bridgeman, y el justicia mayor sir Mateo Hale, patriotas virtuosos, formó el plan de poner término a los rigores que por tanto tiempo habían sufrido aquellos sectarios: el plan era reconciliar a los presbiterianos con la iglesia anglicana admitiéndolos en ella, y conceder la tolerancia a los independientes y a los demás sectarios. No se alcanza que en este plan, como en otros del reinado de Carlos, entrase el menor favor para los católicos, y sin embargo, irritó tanto a los comunes, que ni aun fue posible reducirlos a dar gracias al rey con ocasión de la triple alianza, por mas satisfactoria que hubiese sido entonces, como lo fue siempre después aquella transacción. Su primer cuidado fue presentar un mensaje pidiendo una proclama contra los conventículos, mensaje que desbarató las miras de la corte, y como hubiese dejado entrever el rey cuan a pechos tomaba la reconciliación de sus súbditos protestantes, los comunes, en una deliberación muy extraña, decidieron que a nadie se permitiese presentar en la cámara ningún *bill* de esta naturaleza: luego, cerrando el oído a las solicitudes del rey, que no cesaba de hacer presente la necesidad de un subsidio para habilitar la armada, y que hasta ofreció dejar a comisarios nombrados por la cámara la recaudación y el empleo del dinero que se concediese, decretaron que se hiciesen averiguaciones de todas las faltas cometidas en la última guerra, tales como el haber amainado las velas a consecuencia de falsas órdenes transmitidas por Brounker, después de la victoria del duque de York, la aventura de Berghen, la división de la armada bajo el príncipe Ruperto y el duque de Albemarle, y la catástrofe de Chatham. Brounker fue no solo expulsado de la cámara, mas se le mandó también formar causa: Pet, comisario de la marina, que había desatendido la orden de proveerá la seguridad de Chatham, fue tratado con el mismo rigor; pero es verdad que no se llevaron delante las acusaciones: la cámara, viendo que se tomaban en cuenta todas sus prevenciones, consintió por fin en dar al rey un subsidio de 310.000 libras esterlinas por medio de una contribución sobre el vino y otros líquidos, después de lo cual suspendió sus sesiones.

Retrasóse un poco el despacho de los negocios en aquella legislatura, no solo por efecto del descontento de los comunes relativamente a las disposiciones tolerantes de la corte, sino también por haber sobrevenido un altercado entre las dos cámaras (11 de mayo). Skinner, rico comerciante de Londres, que había experimentado algunos daños originados por la compañía de las Indias orientales, se quejó a la cámara alta, que le concedió una indemnización de 5.000 libras esterlinas. Los comunes declararon que aquella cámara juzgando el caso en primera instancia, sin apelación de un juzgado inferior, había obrado de un modo contrario a las leyes del país, dirigido a despojar a los súbditos de los derechos, conveniencias y beneficios adquiridos por aquellas leyes, y que Skinner, llevando su queja a los pares, había menoscabado los privilegios de los comunes, por lo cual mandaban al sargento de armas que le tomase bajo su custodia. Este altercado ocasionó algunas conferencias entre las dos cámaras, y los pares, celosos de su derecho de judicatura, sostuvieron que en su procedimiento no había habido irregularidad alguna, pretensión que exasperó a los comunes en términos que llegaron a declarar «que todo el que ayudase a poner en ejecución la orden o la sentencia de la cámara de los lores en el litigio de Skinner contra la compañía de las Indias, sería considerado como traidor a los derechos y libertades de los comunes de Inglaterra y violador de los privilegios de la segunda cámara.». No se engañaban a la verdad en creer que, después de esta declaración, no sería fácil hallar quien tuviese osadía para ejecutar la sentencia de los pares, y realmente el proceder de estos era extraordinario y aun único en la historia de Inglaterra.

1669. De nuevo obligaron al rey sus necesidades a reunir un parlamento (9 de octubre), que manifestó alguna disposición a socorrerlas; empero el precio que se le pidió por esta indulgencia fue consentir en nuevas leyes contra los conventículos, y su complacencia en este punto sirvió mas para ablandar a los comunes que el pomposo pretexto de sostener la triple liga, transacción popular de la que se esperaban tan grandes beneficios. Resucitóse la querrela entre las dos cámaras, y como los comunes no habían concedido más que unas 400.000 libras esterlinas, Carlos, poco satisfecho de esta concesión, tomó el partido de prorrogarlos, antes de que hubiese transformado su votación en ley (11 de diciembre): el único asunto que se llevó a término en aquella breve legislatura fue el informe de los comisarios nombrados para examinar las cuentas públicas. Al primer examen, hallóse nada menos que un millón y medio cuya inversión no se explicaba, y la consecuencia natural que de aquí se deducía era que la corte había abusado desmedidamente de la confianza del parlamento; pero una observación más escrupulosa debilitó mucho esta sospecha. El rey, en su discurso solemne al parlamento, no tuvo dificultad en asegurar «que él mismo había tomado informes exactos sobre el empleo de las sumas, y que no solo no se había distraído ninguna parte de ellas para otros usos, sino que al contrario, con aquellos subsidios se había empleado una parte muy considerable de sus rentas ordinarias, y había contraído además una gran deuda con su propio crédito, todo para atender a los gastos de la guerra.» Aunque los reyes de Inglaterra, en sus discursos al parlamento, no han escrupulizado emplear con frecuencia artificiosos pretextos, y Carlos más que otro alguno, es bastante difícil sospechar aquí en él una impostura directa; algunas razones debía tener, y razones plausibles, para usar de un lenguaje tan firme con unos hombres que, teniendo las cuentas a la vista, podían juzgar de él con pleno conocimiento de causa.

El método que habían seguido hasta entonces todos los parlamentos era conceder una suma particular para el subsidio, sin especificar su aplicación y uso, y mientras que las peticiones de la corona fueron moderadas y no demasiado frecuentes, no ofrecía esta práctica muchos inconvenientes, pero como el espíritu del gobierno no era ya el mismo, fuerza es reconocer que, si el rey hacía un uso razonable de los caudales públicos, aquel método vago y poco exacto, que le exponía a las sospechas, le era perjudicial; y si no lo hacía, era igualmente nocivo al pueblo. Esta razón es la que, en los siguientes reinados, hizo que se abrazase y siguiese constantemente una práctica opuesta.

1670. Cuando se reunieron los comunes después de la prorrogación (14 de febrero) volvieron a entablar el asunto del subsidio, y el rey obtuvo por espacio de ocho años la adición de un derecho de doce libras esterlinas sobre cada pipa de vino de España introducido en Inglaterra, y de ocho sobre las de vino de Francia: otro acuerdo le concedió la facultad de vender las rentas de los feudos, últimos restos del patrimonio con que se sostenían los reyes de Inglaterra. Este arbitrio proporcionaba a Carlos algunos auxilios en sus actuales estrecheces, pero solo servía para aumentar si era posible, la dependencia de la corona; y aunque se ignora cuanto podía producir a punto fijo aquella renta, es indudable que no llegó ni con mucho a 1.800.000 libras esterlinas, como han publicado diferentes escritores.

Aprobóse en la cámara de los lores y obtuvo la sanción del rey el acuerdo contra los conventículos, y aunque parece que mitigó las anteriores leyes perseguidoras, si hemos de juzgar por el espíritu que se manifestó en casi todas las legislaturas de aquel parlamento, la intención general no fue favorecer con él a los no-conformistas; pero sin duda la experiencia había enseñado que la ejecución de las leyes demasiado rigurosas era imposible. En virtud de aquel acuerdo, todo el que formaba parte de un conventículo, es decir, de una asamblea no conformista, compuesta de mas de cinco personas sin contar la familia, debía pagar una multa de cinco chelines por la primera vez, y de diez por la segunda; el amo de la casa y el predicador estaban sometidos, por la primera ofensa, a veinte libras de multa y a cuarenta por la segunda: lo singular es que había una cláusula que decía que, si se originaba disputa sobre la interpretación de algún artículo del acuerdo, la duda debía explicarse siempre en el sentido menos favorable para los conventículos, porque la intención del parlamento era suprimirlos todos sin excepción. Tal era el celo de los comunes, que necesitaban

violiar la más clara y constante de todas las máximas de política civil, que exige que en todos los casos criminales el favor sea siempre para el acusado.

El asunto de Skinner era también un motivo de animosidad entre las dos cámaras, pero el rey hizo consentir a los lores en el arbitrio propuesto por los comunes de sepultar en el olvido todo lo pasado.

Hizo Carlos algunos esfuerzos para efectuar la unión de Inglaterra y de Escocia, pero fueron harto flojos para remover todas las dificultades que se presentaban. En vano se nombraron comisionados para fijar las condiciones; diversos obstáculos, y sobre todo los manejos del conde de Lauderdale, sofocaron casi en su origen esta útil e importante tentativa.

Por entonces empezó el rey a asistir con frecuencia a los debates de la cámara de los lores, *que eran, decía, muy entretenidos*, y en que se divertía tanto *como en los teatros*; pero se sospechó que en ello se llevaba un objeto más grave. Como parecía interesarse vivamente en la causa de lord Roos, que había obtenido licencia de divorcio, después de haber convencido a su mujer de adulterio, y pedía permiso para contraer segundas nupcias, creyóse que Carlos meditaba prevalecerse de este ejemplo para conseguir, bajo cualquier otro pretexto, separarse de la reina. Se asegura que Buckingham le hizo varias proposiciones con esta mira; pero el rey, poco escrupuloso seguramente en otros puntos, era incapaz de una acción infame y cerró sien»pre el oído a semejantes sugerencias: sin embargo se creyó observar que la sospecha de este intento produjo por entonces alguna tibieza entre los dos hermanos.

Hemos llegado a una época en que las miras del rey, que hasta entonces habían sido bastante juiciosas, aunque variables, se tornaron resueltamente malas y aun criminales, y produjeron en la nación incurables desconfianzas, seguidas de efectos tan terribles que estuvieron a pique de acarrear la total ruina del monarca y del pueblo. No abandonó a Carlos por fortuna su habitual inconstancia, y así como esta había disminuido la influencia de sus buenas intenciones, del mismo modo disminuyó la de sus malos consejos.

### **La Cábala y su carácter.**

Toda la nación observó que los ministros de los negocios extranjeros se hallaban mudados sin excepción, y que el príncipe Ruperto, el duque de Ormond, el secretario de estado Trevor, y Bridgeman, guarda del gran sello, personajes todos muy populares, nunca eran llamados a las deliberaciones. Todo el secreto de los negocios de estado se hallaba encerrado entre cinco personas, Clifford, Ashley, Buckingham, Arlington y Lauderdale. Este nuevo consejo recibió el nombre de *cábala*, porque las letras iniciales de los cinco apellidos componen la palabra inglesa con que se designa aquella idea (*cabal*). Jamás Inglaterra tuvo ministros más peligrosos y desacreditados por sus peligrosos consejos.

Lord Ashley, conocido poco después bajo el nombre de conde de Shaftesbury, fue de los más nobles personajes de su tiempo, y llegó a ser el principal resorte de todos los movimientos que sobrevinieron. En su juventud se había alistado en el partido del difunto rey, pero el disgusto que le causaron algunas medidas del príncipe Mauricio le hizo pasarse al del parlamento, donde ganó la confianza de Cromwell, a quien se hizo utilísimo con su crédito sobre los presbiterianos, crédito que empleó más adelante en favorecer el restablecimiento de la familia real, en términos que mereció y consiguió en efecto el particular aprecio del rey. En todas sus variaciones supo conservar el honor de no haber vendido nunca a los amigos a quienes abandonaba, y cualquiera que fuese el partido que abrazase, su rara capacidad e indisputable mérito le granjeaban muy en breve consideración y confianza. Inquieto, turbulento, faccioso, no había puesto que colmase su ambición, ni fatigas que no venciese su actividad: la ciega prevención con que sabía que miraban los partidos sus propios principios le hizo superior a la vergüenza de la inconstancia, y contando con los recursos de su ingenio, jamás retrocedió ante las empresas más arriesgadas y criminales. El talento que poseía para

hablar en público y para persuadir en particular brilló en el más alto punto, y en todo el calor de sus furiosas pasiones, conservó aquella libertad de espíritu que permite juzgar sanamente de las cosas y, sobre todo, de los hombres; pero por más que este carácter le hiciese tan apto para impulsar como para acometer las más grandes empresas, nunca fue capaz de llevar ninguna a feliz término; y por efecto de sus insaciables deseos, sus eminentes cualidades fueron igualmente peligrosas para él, para el príncipe y para la patria.

El duque de Buckingham poseía todas las ventajas que pueden dar a un hombre una buena presencia, una alta clase, un caudal inmenso y mucha vivacidad de ingenio; pero, por efecto de una conducta abandonada, y no regida ni por la moral ni por la prudencia, llegó a hacerse odioso y aun a perder toda consideración. El menor interés bastaba a hacerle olvidar el honor; el menor pacer le hacía sacrificar el interés, y el más frívolo capricho era tanto para él como sus placeres. Su indiscreción e inconstancia destruyeron su reputación en la vida pública; su menosprecio del orden y la economía causó la disipación de su hacienda; el libertinaje destruyó su salud, y al cabo llegó a ser incapaz de hacer daño, así como siempre había huido de hacer bien a los hombres.

El conde de Lauderdale, honrado poco después con el título de duque, no carecía de dotes naturales y menos aun de dotes adquiridos, pero no tenía ni agrado en los modales ni rectitud en sus juicios. Sus principios, o para hablar con más propiedad, sus prevenciones, eran muy obstinadas, sin ser capaces de sofrenar su ambición, y esta ambición sin embargo era menos peligrosa todavía que la tiranía y la violencia de su condición. Implacable enemigo, pero amigo tibio; insolente con sus inferiores, pero abyecto delante de sus amos, aunque en su carácter y conducta, fue casi diametralmente lo opuesto del rey, tuvo, más que ningún otro ministro, la dicha de conservar ascendiente sobre este príncipe durante la mayor parte de su reinado.

El doble talento de la elocuencia y de la travesura parlamentaria había elevado a sir Tomás Clifford, y su carácter osado, impetuoso, le dio mucha autoridad en los consejos. Entre todos los individuos de la *cábala*, Arlington era el menos peligroso por sus vicios como por sus buenas prendas: tenía un juicio recto unido a una habilidad mediana, y sus intenciones eran buenas aunque carecían de valor e integridad para perseverar en ellas. Había contribuido mucho a la triple alianza con Temple y Bridgeman, pero eso no le impidió lanzarse en las resoluciones opuestas cuando creyó contentar así al rey. Arlington y Clifford eran secretamente católicos; Shaftesbury, aunque dado a la astrología pasaba por deísta; Buckingham era harto irreflexivo para perseverar en principio alguno de religión; Lauderdale había sido por mucho tiempo presbiteriano más que celoso, y la doctrina de esta secta reinaba todavía en su cabeza, aunque no se echaba de ver en su conducta.

### **La *Cábala* y sus consejos.**

Desde el principio pudieron las tenebrosas deliberaciones de la *cábala* causar alguna inquietud a los ánimos observadores, pero el resultado fue el que las reveló completamente. En el día se cree conocer las miras que aquellos cinco ministros, mancomunados con algunos cortesanos católicos bienquistos del soberano, procuraron sugerir a éste y al duque de York, y que con sobrado ardor abrazaron ambos príncipes. Dijéronles que el parlamento, aunque actualmente adicto a la corona por espíritu de partido, lo era todavía más a aquellos poderes y a aquellos privilegios que sus anteriores asambleas habían usurpado sobre el soberano; que pasada la primera efusión de celo, los comunes habían manifestado diversos síntomas de descontento; que seguramente convertirían contra el rey toda la autoridad que aun conservaban, y sobre todo aquellas pretensiones que les era fácil hacer revivir en un instante, que no sólo tenían al rey en su dependencia por sus precarias rentas, sino que nunca habían mostrado la generosidad regular en todos aquellos subsidios pasajeros que le habían concedido; que ya era tiempo de que el soberano despertase de su letargo, y recobrase aquella autoridad de que habían gozado sin contradicción sus predecesores, durante una larga serie de siglos; que el error o la desgracia de su padre fue no haber formado ninguna estrecha alianza con



las coronas extranjeras, que, desde el origen de la rebelión, hubieran podido hallar su interés en sostenerle; que las alianzas presentes contratadas con tantos pequeños estados que necesitaban la protección del rey, no podían servir para el sostén y menos aun para el engrandecimiento de la autoridad real; que el monarca francés, príncipe de tan conocida generosidad y tan unido a él por los vínculos de la sangre, era el único capaz y en disposición, cuando le quisiese favorecer sus ambiciosas miras, de tomar por su cuenta la causa común de los reyes contra unos vasallos usurpadores; que una guerra vigorosamente dirigida contra Holanda por dos poderosos potentados no sería para ellos más que un juego y podía conducir a todos los fines apetecidos; que, con el pretexto de esta guerra, no sería difícil levantar fuerzas militares, sin las cuales, a lo menos mientras tanto que prevaleciesen en la nación los principios republicanos, vanamente se lisonjearía el rey de poder defender su prerrogativa; que sus fuerzas marítimas se podían sustentar en parte con subsidios obtenidos bajo otros pretextos, en parte con los socorros de la Francia, y en parte con las presas que fácilmente se harían sobre aquella república; que, en semejante situación, un seguro triunfo coronaría todas las empresas dirigidas a devolver a la corona la autoridad que había perdido; que nadie tendría la audacia de resistirse a un príncipe fortificado con tan poderosa alianza, y que, si algunos presuntuosos la tenían, sólo conseguirían atraer una perdición más infalible sobre sí mismos y sobre su causa; en fin, que la sumisión de los holandeses sería un gran paso hacia la reforma del gobierno, pues era evidente que aquella república, por su reputación y grandeza, había fomentado en las facciones inglesas lo que ellos vanamente llamaban sus libertades civiles y religiosas.

Desgraciadamente estas sugerencias se avenían harto bien con las miras y las preocupaciones del rey, con su deseo de una autoridad más lata, con su apego a la religión católica y con su codicia de dinero: parece además que, desde el principio de su reinado, no cesó de desconfiar de sus vasallos y que esta disposición le hizo desear constantemente robustecerse por medio de una estrecha alianza con Francia. Ya en el año 1664 había ofrecido al monarca francés abandonar la Flandes a su conquista, con tal que él se comprometiese a suministrarle, en la hipótesis de una nueva rebelión de sus pueblos, 10.000 infantes<sup>411</sup> con el correspondiente número de caballos; y como por entonces no había aparecido todavía ningún síntoma de rebelión, juzgue cada cual por este incidente de la opinión que debía tener Carlos de las disposiciones facciosas de su pueblo.

Aun en los tiempos en que con más empeño se cultivaba la triple alianza, no parece que fuese nunca sincero en esta saludable medida, y antes bien volvía con impaciencia sus miradas hacia la alianza francesa. Clifford, que tenía con él mucho valimiento, dijo imprudentemente: «A pesar de toda esta alegría, necesitamos otra guerra con Holanda.» La Inglaterra había rehusado, bajo frívolos pretextos, la accesión del emperador a aquella alianza, y, con ocasión de Surinam y de la conducta de la compañía holandesa de las Indias orientales, se pronunciaron muchos discursos que no respiraban los sentimientos más cordiales; pero hacia abril de 1669 fue cuando se vieron los primeros síntomas de aquellas fatales medidas que pronto se sostuvieron sin rebozo.

Witt, en una visita que hizo entonces a Temple, le dijo que iba a verle, no en calidad de ministro, sino de amigo, para informarle de una explicación que había tenido recientemente con Puffendorf, agente de Suecia, que había pasado por La Haya de vuelta de París para la corte de Suecia. Los ministros franceses se habían esforzado por persuadir a Puffendorf que los suecos sacarían pocas ventajas de las medidas en que se habían empeñado; que España faltaría a todas sus promesas de subsidios, y que la Holanda sola no sería capaz de sostenerlas; que la Inglaterra les faltaría infaliblemente, y que ya había tomado resoluciones directamente opuestas al objeto de la triple alianza, que no por haber sido comunicadas más que a un corto número de personas de la corte de Francia y de la de Inglaterra dejaban de ser cosa segurísima y muy decidida. Como Puffendorf manifestase dudas, Turenne le enseñó una carta de Colbert de Croissy, ministro francés en Londres, en la que, hablando del logro de sus negociaciones y de la favorable disposición de los principales ministros ingleses, añadía: «Y les he hecho conocer hasta donde se extiende la

---

411 De Estrades, 2 de julio 1667.

liberalidad del rey.»<sup>412</sup> Este rasgo hace conocer que el infame uso de venderse a los príncipes extranjeros, uso que, a pesar de la maligna opinión del vulgo debe creerse sumamente raro entre las personas encargadas de los grandes intereses del Estado, se practicaba sin escrúpulo por los ministros de Carlos, que habían obtenido hasta el consentimiento de su amo para esta oprobiosa conducta.

### **Alianza con Francia.**

Pero es muy probable que su resolución no se consolidó completamente hasta que recibió la visita de la duquesa de Orleans. Luis, conociendo el carácter seductor de esta princesa, y el sumo ascendiente que tenía sobre el corazón de su hermano, la había instado a emplear todo su ingenio en separar a Carlos de la triple alianza, que miraba como una barrera insuperable para su ambición: entonces la envió a dar la última mano al plan de operaciones que habían concertado. So pretexto de visitar sus fronteras, y señaladamente los trabajos que había emprendido en Dunkerque, se hizo acompañar por la reina su esposa y por toda su corte, y mientras se detuvo en la costa, la duquesa de Orleans atravesó el canal (16 de mayo), y Carlos se apresuró a reunirse con ella en Duvres, donde pasaron juntos diez días en medio de la alegría y de las fiestas. Con sus lisonjas y sus artificios, la duquesa dispuso a su hermana al olvido de todas las máximas de honor y de política, y le hizo sellar sus compromisos con Luis para la ruina de la Holanda igualmente que para el cambio de religión que se deseaba consumir luego en Inglaterra.

Pero no desconocía Luis el carácter de Carlos y la ordinaria inseguridad de sus resoluciones: la suya era apegarle a los intereses de la Francia con los lazos del placer, los únicos irresistibles para él, y así le hizo don de una querida francesa, por medio de la cual se lisonjeó de gobernarle en lo sucesivo enteramente. Tenía la duquesa de Orleans entre sus damas una doncella llamada la señorita de Keronet, que Carlos se llevó a Londres y a quien dio pronto el título de duquesa de Portsmouth; toda su vida conservó hacia ella el mayor afecto, y ella por su parte contribuyó mucho a conservar la amistad entre las dos coronas. Es imposible que la sagacidad de Carlos no le hiciese penetrar todos aquellos artificios, pero era demasiado esclavo del placer para resistir a sus presentes halagos.

La satisfacción que le causó su nueva alianza recibió gran menoscabo con la muerte de su hermana, y mayor todavía con las tristes circunstancias que la habían acompañado, aquella muerte sobrevino súbitamente al cabo de algunos días de indisposición. Un vaso de agua de achicorias, que había bebido la duquesa, suscitó en la corte de Francia sospechas que cundieron por toda Europa; y como el duque de Orleans había manifestado algunos celos o algún descontento de la conducta de su mujer, se le acusó generalmente de haberse vengado con un veneno. El mismo Carlos lo creyó firmemente en un principio, pero visto el testimonio de los facultativos, que no hallaron al abrir el cuerpo ningún fundamento para esta acusación, mudó o fingió mudar de opinión: verdaderamente el duque de Orleans nada había hecho en toda su vida que pudiese legitimar una suposición tan atroz, y se asegura que una dama francesa bebió lo que quedaba en el vaso sin experimentar la menor novedad. La muerte repentina de los príncipes va casi siempre acompañada de estas horribles sospechas, y esta razón debe darles menos peso.

Carlos, en vez de romper con Francia de resultas de aquel suceso, tomó pie de él para enviar a Buckingham a París, so pretexto de dar el pésame al duque de Orleans, pero realmente con la mira de concertar nuevas medidas para la guerra. Jamás embajador alguno recibió más agasajos; cuanto más dañosos a Inglaterra eran los designios de la Francia, más natural era que colmase de atenciones y aun de favores a los que hallaba dispuestos a apoyarlos.

El viaje de Buckingham inspiró violentas sospechas a los Estados, y todas las circunstancias contribuían a confirmarlas. Luis entró de improviso en Lorena, y si no se apoderó de la persona misma del duque que, muy ajeno del peligro, logró a duras penas escaparse, pronto se vio dueño de

412 Temple, tomo II, p. 179.

un país que ninguna resistencia opuso a sus armas. La desgracia de aquel monarca, en las seductoras ocasiones que por sí mismas se ofrecían a su ambición, era no cubrirla siempre con el velo de la equidad. La adquisición de la Lorena no debía causar menos inquietudes a las potencias de la triple alianza que una invasión en la misma Flandes, pero Carlos cerró el oído a cuantas representaciones se le hicieron sobre este punto.

Nada contribuyó tanto a abrir los ojos a Witt y a los Estados acerca de las medidas de Inglaterra, como la improvista destitución de sir Guillermo Temple, cuya reputación de honor e integridad estaba tan bien sentada, que se le creía incapaz de obedecer ni aun las órdenes de su corte para favorecer miras que conceptuase perniciosas a su patria; y mientras conservó su empleo, Witt se creyó seguro de la fidelidad de Inglaterra. Tan persuadido estaba Carlos de esta prevención de los holandeses en favor de su ministro que, cuando le destituyó, le dio orden de dejar su familia en La Haya, so pretexto de que, después de haber conferenciado con él acerca de algunos obstáculos ocurridos en sus negociaciones, pensaba restablecerle inmediatamente en su destino. Witt hizo manifestar a la corte de Londres, por conducto del ministro residente de sus altas-potencias, que consideraría la retirada de Temple como la expresa declaración de un cambio de política, y que sabría que explicación dar a la menor tardanza en su regreso, verdadero desdoro para Carlos, ver tenidos por tan sospechosos sus más solemnes empeños, al mismo tiempo que su vasallo se había granjeado bastante reputación para obtener en su propio nombre la confianza de las naciones vecinas.

### Asamblea del parlamento.

En medio de estos secretos amaños, se reunieron las dos cámaras (24 de octubre), conforme al tenor de su última prorrogación, y el rey, después de un discurso bastante largo, dejó la explicación del estado de los negocios al guarda del gran sello. Insistió mucho este ministro sobre la necesidad de un subsidio; hizo presente el poderoso incremento de la marina francesa, que era tres veces más numerosa que antes de la última guerra con Holanda; la decadencia de Inglaterra; la importancia de aprontar para el año siguiente una armada de 50 velas; la obligación en que se había puesto el rey, por varios tratados, de obrar con vigor para el pro común de Europa, y entre estos tratados, nombró la triple alianza y la liga defensiva de los Estados. Bridgeman, guarda del gran sello, no estaba iniciado en los secretos de la *cábala*, pero es seguro que debía haber concebido sospechas bastantes para no servir de instrumento a la treta con que se quería engañar al parlamento.

Aquella treta empero obtuvo un éxito completo: los comunes, persuadidos de las saludables intenciones del rey, le concedieron subsidios cuantiosos, para lo cual impusieron diferentes contribuciones que debían producir al rey 2.500.000 libras esterlinas. Jamás habían andado más liberales y jamás seguramente lo habían merecido menos las intenciones de Carlos y de sus ministros<sup>413</sup>.

Otro *bill* aprobaron los comunes imponiendo un derecho sobre el tabaco, la sal de Escocia, el vidrio y otros artículos.

En un mensaje presentado a la cámara de los lores, se opusieron los mercaderes de Londres a este *bill*, y como sus razones les pareciesen justas, modificáronle aquellos cuando les fue enviado, pero la otra cámara clamó contra esta temeridad de los lores, tratándola de usurpación del derecho, de que se decía única poseedora, de conceder dinero a la corona. Hubo con este motivo vivas contestaciones entre las dos cámaras, y como sus altercados obligaron al rey a prorrogar la asamblea (22 de abril, 1671), perdió las sumas que le estaban destinadas; esta fue la última vez que resucitaron los lores tales pretensiones, y siempre en todas partes, salvo en la cámara de los pares, el derecho de los comunes ha pasado desde entonces por incontestable.

---

413 Este año, día 3 de enero, murió Jorge Monk, duque de Albemarle, en Newhall, condado de Essex.

## Acuerdo de Coventry.

Suscitóse en la misma legislatura un caso muy particular que desazonó a los comunes y no sin dificultad llegó a arreglarse. El uso ordinario de los que se oponían a los acuerdos de subsidios era, cuando no podían impedir que se concediese la suma entera, hacerla señalar sobre fondos que sufrían algunas dificultades y que conceptuaban insuficientes. Propúsose una contribución sobre los teatros; el partido de la corte opuso la objeción de que los comediantes estaban al servicio del rey y formaban parte de sus placeres. Sir Juan Coventry, que pertenecía al partido nacional, preguntó si «los que servían para los placeres del monarca eran los comediantes o las comediantas», epigrama muy directo contra el rey que, no satisfecho con sus varias mancebas de superior calidad, mantenía a la sazón dos cómicas. No tomó el rey esta broma con la indiferencia que se esperaba; díjose en la corte que siendo la desvergüenza de Coventry el primer ejemplo de una violación pública del respeto debido a la majestad real, merecía un castigo capaz de poner a raya en lo sucesivo a los insolentes. Sands, Obrian y algunos otros guardias recibieron orden de buscar al culpable y de hacerle alguna herida que le dejase señalado, y aunque él se defendió con bizarría y aun hirió a algunos de sus agresores, estos, logrando por fin villanamente desarmarle, le cortaron la nariz hasta el hueso, para enseñarle, dijeron, el respeto que debía al rey. Indignados los comunes del ultraje hecho a uno de sus individuos por algunas expresiones pronunciadas en la cámara, votaron una ley que imponía la pena capital al crimen de mutilación, y las guardias que habían atacado a Coventry fueron declarados inhábiles para recibir su perdón de la corona.

## Crímenes de Blood.

Otro incidente singular que ocurrió por entonces, expuso a Carlos a la nota de una caprichosa indulgencia, como en el anterior se le acusó de un inútil rigor. Blood, oficial reformado del Protector, había entrado como ya dijimos en el capítulo anterior, en la última conspiración de Irlanda, y habiendo logrado evitar con la fuga el suplicio que habían sufrido varios de sus cómplices, resolvió vengarse en el duque de Ormond. Una tarde, después de haber apartado con maña a la servidumbre del duque, atacó su coche el atrevido bergante, cuando pasaba por la calle de San James, en Londres, y se apoderó de su persona; y aunque en el mismo instante hubiera podido consumar su crimen, prefirió una venganza más refinada; su intento era colgar al duque en la horca de Tyburn. Púsole muy bien atado a la grupa del caballo de uno de sus compañeros, y tomando un rodeo por el campo<sup>414</sup>, se dirigió a aquel punto, del que ya estaban cerca cuando el duque, haciendo un esfuerzo para desasirse, se tiró felizmente al suelo con el asesino a quien iba amarrado. Forcejaron los dos en el lodo, y mientras esto pasaba, los criados del duque, noticiosos del lance ocurrido a su amo, llegaron en suficiente número para salvarle. Blood y sus amigos dispararon sobre él sus pistolas con más rabia que tino y se alejaron a favor de las tinieblas.

Al principio la sospecha del crimen recayó con mucha apariencia de fundamento en el duque de Buckingham: su carácter disoluto y el odio que de pública notoriedad profesaba al duque de Ormond, le expusieron por algún tiempo a esta imputación. Poco después se presentó Ussory en la corte, y viéndole junto al rey, se le exaltó la cólera a punto de no poderse contener y le dijo: «Sé, Milord, que no sois extraño al atentado dirigido contra mi padre; pero os hago saber que si por cualquier camino le sobreviene una muerte violenta, vos seréis a mis ojos el asesino, y donde quiera que os encuentre, aunque sea detrás de la silla del rey, os disparo de cierto un pistoletazo. Os lo declaro delante de su majestad misma, para que de ello no os quede ninguna duda.»<sup>415</sup> Si algún desacato había en esta amenaza, pareció disculpable en un guerrero mancebo que veía en peligro la vida de su padre.

414 Aun no estaba construida toda la parte nueva de Londres.

415 Vida de Ormond, tomo II, p. 225.

Pronto formó Blood otro designio no menos violento que fue el de robar de la Torre de Londres la corona y los demás ornamentos reales, a lo cual le determinó no menos la temeridad del atentado que la grandeza del provecho, y poco le faltó para lograr su intento. Después de haber preso, maniatado y herido a Edwards, guarda-joyas de la corona, había ya salido de la Torre con su presa cuando fue cogido con algunos de sus compañeros, y como uno de ellos era conocido como cómplice en la tentativa de asesinato contra el duque de Ormond, se infirió de aquí que Blood había sido el jefe de aquella. En el interrogatorio, no ocultó ni su proyecto ni su nombre, pero se negó a declarar los de sus cómplices. «Jamás me obligará —dijo—, el temor de la muerte a negar un crimen ni a vender a un amigo.» Estas singulares circunstancias asombraron al público, y el mismo rey tuvo la necia curiosidad de ver y oír a un hombre tan célebre por su valor y sus maldades: al instante se lisonjeó Blood de obtener su perdón y no le faltó maña para aprovecharse de la ocasión. No temió declarar a Carlos II que había tenido anteriormente intención de matarle de un arcabuzazo cerca de Battersea, donde su majestad solía bañarse; que la causa de esta resolución había sido el extremado rigor que veía ejercer contra la conciencia de los santos, prohibiéndoles sus asambleas religiosas; pero que, habiéndose escondido entre las espadañas, animado de aquella sangrienta resolución, iba a disparar su arma, cuando se sintió aterrado a la vista de la majestad real, y que no sólo había abandonado su designio, mas se le hizo abandonar también a sus cómplices; añadió que hacía mucho tiempo que miraba la vida con indiferencia y que estaba dispuesto a sufrir la muerte que tenía merecida, pero que no podía menos de prevenir al rey del peligro a que le expondría su suplicio, porque muchos centenares de compañeros suyos se habían comprometido por un horrible juramento a vengar la muerte de todos los de su cuadrilla que cayesen en manos de la justicia, y que ni las precauciones ni la fuerza pondrían a nadie a cubierto de los efectos de su furiosa resolución.

Ya fuese que estas consideraciones excitasen el temor o la admiración del rey, es lo cierto que le confirmaron en la resolución de perdonar a Blood, pero para ello se creyó obligado, por decoro, a obtener primero el consentimiento del duque de Ormond, a quien fue a ver Arlington de parte de Carlos II, suplicándole que olvidase la ofensa de Blood por algunas razones que tenía orden de exponerle, a lo que contestó el duque que las órdenes de su majestad eran la única razón suficiente, y que excusaba darle otras. No paró aquí la bondad de Carlos para con Blood; hízole merced de una finca en Irlanda y de una renta de 500 libras esterlinas; permitió que asistiese asiduamente a la corte, y hasta le trató con un favor tan señalado, que muchos se dirigían a él para solicitar mercedes; y mientras que el anciano Edwards, que había expuesto generosamente su vida defendiendo la corona y los ornamentos reales, quedaba como olvidado, Blood, que sólo debía inspirar horror y odio como un monstruo, llegó a ser una especie de favorito.

### **El duque de York se declara católico.**

Errores de esta naturaleza en la vida privada de un rey producen con harta frecuencia efectos tan malos como las faltas en que más inmediatamente interesado está el público. Otro incidente causó en el mismo año un descontento general, y temores todavía más vivos. Falleció la duquesa de York, y en su última enfermedad abjuró la religión protestante e hizo abiertamente profesión de la comunión romana; entonces se descorrió el velo, muy poco denso en verdad, bajo el cual se había ocultado el duque, y él también declaró sin rebozo su conversión a la iglesia de Roma. Desde el advenimiento de la casa de Estuardo al solio, habían cundido por toda la nación vagos terrores del papismo, pero se reconoció que eran infundados, y después del abuso que frecuentemente se había hecho de tales terrores con miras funestas, era poco verosímil que las cabezas sesudas adoptasen sospechas de esta naturaleza: sólo la imprudente campanada del duque de York pudo convencer a toda Inglaterra de su cambio de religión. El papismo, que no había sido hasta entonces más que un horrible fantasma, llegó a ser una funesta realidad, cuando se le vio abrazado con tanto celo y poco recato por el heredero presuntivo de la corona, príncipe hábil y de un carácter emprendedor,

mientras que el rey por su parte no estaba exento de la misma sospecha. Temíase que, llevados de tan peligrosas inclinaciones, entrasen aquellos dos príncipes en una especie de conspiración contra el pueblo, y hubiesen tomado ya, al menos en la misma proporción, algún partido diferente del interés nacional, de que no debieran esperarse más que miras oblicuas y peligrosas empresas; no se podía suponer en fin que una nación que miraba con tanto horror un sistema de religión reverenciado por aquellos príncipes, y que parecía tan decidida a no tolerar su restablecimiento, pudiese ser objeto de su tierno y sincero afecto.

Es probable que la nueva alianza con Francia inspiró al duque valor para profesar abiertamente su creencia y le hizo mirar con más indiferencia el amor y el aprecio de los ingleses. Por días iba siendo más notoria aquella alianza: publicóse la destitución de Temple; y Dowing, a quien los Estados miraban como al inveterado enemigo de su república, fue su sucesor: desde entonces, se buscaron ocasiones de chocar. El capitán de un yate, a cuyo bordo iba lady Temple, y que debía pasar por en medio de la escuadra holandesa, tenía orden de hacer a ésta arriar pabellón, de disparar sobre ella si rehusaba esta prueba de sumisión a la Inglaterra, y de continuar haciendo fuego hasta que disparasen sobre él. El almirante holandés, Van Ghent, sorprendido de aquella valentónada, pasó a bordo del yate, y manifestó que estaba dispuesto a rendir al pabellon inglés los honores acostumbrados, pero que una escuadra holandesa, en sus propias costas, tuviese aquella deferencia con un simple buque, que ni siquiera era un navío de guerra, era una innovación a la que no osaba prestarse sin expresa orden de su gobierno; y el capitán, pareciéndole cosa tan descabellada como peligrosa reiterar el insulto, prosiguió su viaje, y fue preso en la Torre, apenas llegó a Londres, por haber infringido sus órdenes.

De este incidente tomó pie el nuevo embajador para abultar los vanos pretextos en que se pensaba fundar el rompimiento. Varios meses dejó transcurrir la corte de Inglaterra sin quejarse, por temor de que, si se pedía satisfacción antes, tuviese la república tiempo para darla; y cuando Downing presentó su *memorandum*, fijó para la respuesta un cierto número de días, método de negociación muy imperioso y siempre impracticable en Holanda, donde la forma de gobierno hace absolutamente inevitables las dilaciones. Así se le manifestó a Downing, y aunque él no admitió esta respuesta, se envió no obstante a Londres con un embajador extraordinario que tenía orden de emplear toda especie de medios para dar entera satisfacción a la corte inglesa. Pretendió esta que la respuesta de los holandeses era oscura y capciosa, pero se negó a especificar los artículos o los términos sobre que recaía esta objeción. El embajador holandés propuso a los ministros de Inglaterra que redactasen ellos mismos una respuesta en los términos que deseasen y prometió firmarla, a lo que respondieron los ministros ingleses que no les competía a ellos redactar escritos para los holandeses. Llevóles el embajador una minuta del documento y les preguntó si les parecía satisfactorio, y su respuesta fue que cuando estuviese firmado y entregado, dirían su parecer. Tomó el holandés a todo evento el partido de firmar el escrito y pidió una nueva conferencia, para la que señaló hora, pero cuando acudió a la cita, los ingleses rehusaron entrar en explicaciones y dijeron que ya había pasado el momento de negociar<sup>416</sup>.

1672.—Largas y frecuentes fueron en lo sucesivo las prorrogaciones del parlamento, por el temor de que las cámaras se declarasen con vigor contra unos proyectos tan contrarios a la inclinación como a los intereses del público. Si pudiera suponerse que Carlos, en su alianza contra Holanda, se propuso realmente el bien de su nación, preciso sería calificar aquella medida de raptó extraordinario y aun novelesco de patriotismo, que, a pesar de todas las dificultades y a despecho de la nación misma, le impulsaba a buscar la felicidad de su pueblo, pero cada paso que dio en aquella carrera fue para los hombres perspicaces una prueba de que la presente guerra iba dirigida contra la religión y las libertades nacionales más aun que contra los mismos holandeses, y en efecto, la conducta de Carlos, en todas ocasiones mostró claramente que ya se consideraba como monarca absoluto y que creía haber sacudido el yugo de las asambleas nacionales.

---

416 Este año, 12 de noviembre, murió en su retiro a los 60 de su edad Tomás lord Fairfax.

Si las largas prorrogaciones del parlamento libertaban al rey de la importunidad de los cargos y representaciones, también le acarreaban el fatal inconveniente de no poder proporcionarse ningún subsidio para costear los preparativos militares. So pretexto de sostener la triple alianza, que ya se había propuesto firmemente romper, Carlos había obtenido de los comunes un subsidio cuantioso, pero no tardaron en consumirle sus deudas y sus despilfarros. La Francia se había avenido a pagar 200.000 libras esterlinas anuales durante la guerra, flaco socorro para el inmenso coste de la marina inglesa; parecía todavía prematuro aventurarse a echar nuevas contribuciones sin el beneplácito del parlamento, cuando el privilegio de votarlas era con razón el que en más estima tenían los ingleses: ¿dónde, pues, hallar otros recursos? Carlos había ofrecido el empleo de tesorero mayor al que discurriese algún arbitrio en tan urgente necesidad; y como soltase Shastesbury expresiones sobre este objeto, de que se aprovechó Clifford para comunicar inmediatamente al rey la idea, Clifford obtuvo la recompensa prometida, juntamente con la dignidad de par del reino. El arbitrio consistía en cerrar el *exchequer*, es decir en detentar todos los pagos que en él debían hacerse. (2 de enero).

### **Se cierra el *Exchequer*.**

Acostumbraban los banqueros llevar al *exchequer* todo el dinero que tenían en depósito, y de adelantarle sobre el crédito de los fondos parlamentarios que, cuando se recaudaban servían para rembolsarlos, tráfico que les hacía ganar un ocho y a veces un diez por ciento, sobre caudales que se les habían confiado sin interés o que ellos tomaban prestados a seis por ciento, lucro que pagaron carísimo por efecto de aquella escandalosa violación de la fe pública. Con tal sigilo y precipitación se tomó y llevó a cabo esta medida que nadie tuvo noticia de ella, hasta que su ejecución vino a consternar toda la ciudad de Londres y a arruinar a una multitud de familias. Los banqueros suspendieron sus pagos, los mercaderes no pudieron hacer honor a sus firmas; por todas partes cundió la desconfianza y la nación entera se resintió del estancamiento del comercio. En la agitación de los más vivos temores, preguntábanse las gentes unas a otras cual podía ser el objeto de aquellos misteriosos consejos de que se veían excluidos el parlamento y todos los hombres honrados, y que empezaban por arruinar el crédito público y violar abiertamente los más solemnes compromisos, así nacionales como extranjeros.

### **Declaración de indulgencia.**

Otra medida de la corte presenta algo de loable, considerada en sí misma, pero por poco que se reflexione en los motivos que la produjeron, y sobre todo en el momento que se eligió para adoptarla, sólo se hallará en ella una insigne prueba de la arbitrariedad a que se habían aficionado el rey y sus ministros. Carlos tomó la resolución de usar de su poder supremo en las materias eclesiásticas, poder que declaró inherente a su persona y reconocido, añadió, por varios acuerdos del parlamento, y en virtud de aquella autoridad, publicó una proclama (15 de marzo) que suspendía todas las leyes penales contra los protestantes no-conformistas y los católicos recusantes, y concedía a los primeros el ejercicio público de su religión y a los segundos el privado en el recinto de sus casas.

Habíase visto pocos años después de la restauración, una vana tentativa de este género, a la que se habían opuesto las dos cámaras y que Carlos había tomado el partido de retractar, pero esperaba que los parlamentos siguientes serían más dóciles. Los no-conformistas, inveterados enemigos de la corte, parecieron muy morigerados por aquella indulgencia; y los católicos, bajo el mismo escudo protector, gozaban de más libertad de lo que nunca les habían concedido las leyes.

Suspendióse al mismo tiempo por una mera orden del rey el auto de navegación, paso que no era en el fondo más que una extensión de la prerrogativa, pero que parecía útil al comercio mientras

que todos los marineros estaban empleados en la real armada. Un ejemplo de la misma suspensión se había tenido durante la primera guerra holandesa, y no se había hecho grande alto en él, porque entonces no reinaba tanta desconfianza de la corte. Publicáronse también otras varias proclamas; la primera contenía cláusulas muy rigurosas en favor de los empeños forzosos (*pressing*); otra muy furibunda contra los que hablasen con desacato de las medidas de su majestad, y aun contra los que prestasen oídos a aquellas insolentes hablillas, si no las delataban inmediatamente; otra «que prohibía so pena de una onerosa multa y de los más severos castigos, la importación y venta de cualquiera especie de barro pintado o barnizado, a excepción de la loza.» Habíanse levantado nuevas tropas, y el sostén de la disciplina pareció imposible sin el ejercicio de la ley marcial, en consecuencia de lo cual se restableció esta, aunque contraria absolutamente a la petición de derechos. Todos estos golpes de autoridad, sin ser muy importantes en sí mismos, llevaban demasiados visos de arbitrarios y no podían avenirse con aquella administración legal que, después de tantas convulsiones y guerras intestinas, había esperado el parlamento establecer en el reino.

Es digno de observarse que el guarda del gran sello se negó a sellar la declaración que suspendía las leyes penales, y esta razón, envuelta en otros pretextos, le valió la pérdida de su empleo, que se dio a Shaftesbury; así se iban recompensando sucesivamente los consejos de los individuos de la *Cábala*.

### **Ataque de la flota de Esmirna.**

Al par con la conducta doméstica caminaban las operaciones exteriores. No se aguardó a que se declarase la guerra para mandar a sir Roberto Holmes que atacase la escuadra holandesa de Esmirna, compuesta de 70 velas, con un cargamento de un millón y medio de libras esterlinas, pudiendo asegurarse que la esperanza de tan rica presa contribuyó no poco a empeñar a Carlos en la guerra, considerándola como su principal recurso para el sostén de aquellas empresas militares. Holmes con nueve fragatas y tres yates, recibió orden de salir en busca de los holandeses. Encontró en el canal a Sprague, que acababa de cruzar el Mediterráneo con una escuadra y que le informó de la proximidad de aquellos; y es indudable que si el deseo de ganar él solo todo el provecho y el honor de la empresa no le hubiese movido a ocultar las órdenes que llevaba, la reunión de las dos escuadras habría hecho infalible el triunfo. Cuando descubrió la escuadra holandesa, tomó las apariencias de la amistad hasta el punto de invitar insidiosamente al almirante Van Ness, que mandaba el convoy a pasar familiarmente a su bordo (13 de marzo); la misma invitación hizo uno de sus capitanes al contra-almirante, pero ambos, noticiosos de la intención de los ingleses, estaban muy sobre sí, y lo mismo sus buques mercantes que sus navíos de guerra, se habían puesto en buen estado de defensa. Tres veces se vieron atacados por los ingleses, y tres los rechazaron valerosamente; al tercer asalto, uno de los buques de guerra holandeses, cuyo capitán y casi toda la tripulación habían sucumbido, fue apresado, y la misma suerte cupo a tres o cuatro de los menores buques mercantes: todos los demás, peleando con tanta destreza como valor, se abrieron paso, continuaron su rumbo a favor de la niebla y arribaron a sus puertos. Esta empresa, calificada de pérfida y pirática, no sólo por todos los escritores holandeses, mas también por muchos de los mismos ingleses, merece cuando menos el nombre de irregular, y como no por eso fue más feliz, cubrió a sus autores de doble ignominia. El ministerio inglés puso todo su conato en hacer pasar la acción por un simple choque causado por la obstinación de los holandeses en rehusar los honores del pabellón; pero era tan sabido lo contrario, que el mismo Holmes no tuvo valor para insistir sobre una apología de tan mala fe.



## Se declara la guerra a Holanda.

Hasta aquel momento, no habían podido todas las amenazas y preparativos de los ingleses persuadir a los Estados que el rompimiento era realmente serio; y en esta persuasión esperaban que acabaría por alguna petición de dinero, o por algunas proposiciones para el engrandecimiento del príncipe de Orange; los mismos franceses habían contado poco con la asistencia de Inglaterra, y no se imaginaban que, a despecho de todas las máximas de honor y de política, pudiese favorecer sus ambiciosos proyectos una potencia más interesada que otra ninguna en oponerse a ellos y más en situación de hacerlo; pero Carlos se había adelantado demasiado para retroceder. En consecuencia se dio prisa a publicar su declaración de guerra contra Holanda (17 de marzo), y jamás se emplearon razones más falsas y frívolas para justificar la abierta violación de un tratado. Quejábase en ella de los daños causados a la compañía inglesa de las Indias orientales, a pesar de que esta compañía declaró no haber recibido ninguno; hablaba de la detención de algunos ingleses en Surinam, siendo así que nadie ignoraba que aquella detención había sido voluntaria; la resistencia que había hecho una escuadra holandesa a amainar bandera delante de un yate inglés se exageraba muchísimo, y para decirlo todo, se representaban, como un gran motivo de ofensa, algunas pinturas injuriosas. Mucho tiempo estuvieron indecisos los holandeses sobre la explicación que debían dar a este artículo; al fin reconocieron que algunos magistrados de Doort habían hecho hacer un retrato de Cornelio de Witt, hermano del *pensionario*, y le habían colocado en una pieza de las casas consistoriales, y como el fondo de este lienzo representaba algunas naves incendiadas en un puerto, creyóse que el pintor había querido aludir a la acción de Chatham, en la que con efecto había ganado Witt algún honor: muy ajeno estaba en verdad de pensar este honrado holandés que, mientras que el insulto mismo, cometido en plena guerra, estaba perdonado hacia mucho tiempo, iba a atraer su imagen sobre su patria una venganza tan severa. La conclusión de aquel manifiesto, en que el rey protestaba de su firme adhesión a la triple alianza, corría parejas con todos los demás artículos.

Más dignidad ofrecía la declaración del rey de Francia, a lo menos si es que pueden merecer este nombre la injusticia y la violencia no rebozadas; aquel monarca no daba otra razón para la guerra más que su descontento de la conducta de los Estados. Sus preparativos fueron rápidos y su ambición le prometió brillantes triunfos. La Suecia se había separado de la triple alianza; el atractivo de los subsidios había empeñado al obispo de Munster en la misma liga; en Bonn y algunas otras ciudades, consignadas en manos de Luis, se habían hecho almacenes, y por este lado estaban resueltos los franceses a empezar su invasión en las Provincias-Unidas: tenían en pie 180.000 hombres, y ya se adelantaba su soberano hacia las fronteras holandesas con más de la mitad de este formidable ejército, el orden, la economía y la industria de Colbert, tan provechosos a la ambición del príncipe como a la felicidad del pueblo, suministraban inagotables tesoros que, bien empleados por la infatigable vigilancia de Souvois, contribuían poderosamente al logro de las disposiciones militares y facilitaban todas las empresas del ejército. Condé, Turenne, sostenidos por Luxembourg, Crequi y los más célebres generales del siglo, mandaban aquellas formidables fuerzas y con su pericia y reputación inspiraban aliento hasta a sus últimos soldados; el mismo monarca, rodeado de una valerosa nobleza, animaba a las tropas con la perspectiva de las recompensas o, lo que todavía las halagaba más, con la esperanza de su aprobación. Las fatigas de la guerra no daban ninguna tregua a los placeres; sus peligros eran ocasiones de adquirir gloria y no se conoce empresa alguna en que con más lustre haya brillado el carácter bizarro y cortés de esta nación.

Aunque las inteligencias del *pensionario* holandés en las cortes extranjeras no correspondían a la vigilancia de su administración doméstica, tiempo hacía que había recibido diferentes avisos de aquella fatal confederación, pero no empleó en la defensa del territorio tanta diligencia y cuidados como exigía el peligro. Una alianza de Francia con Inglaterra le parecía evidentemente contraria a los intereses de la segunda de estas dos potencias; y poco cuidadoso de las secretas miras de Carlos, o ignorándolas tal vez discurrió que tan perniciosos proyectos eran en suma irrealizables. la falsa

seguridad en que le puso un raciocinio tan errado fue causa de que dejase demasiado tiempo a la república en aquella debilidad material a que la había reducido la coincidencia de varios accidentes.

### **Debilidad de los Estados.**

Una feliz y constante aplicación al comercio había hecho a los holandeses poco guerreros, y toda su confianza, estribaba en las tropas mercenarias que sostenían; pero desde el tratado de Westfalia, los Estados, confiados en su paz con España y en su alianza con los franceses, se habían decidido a licenciar una gran parte de sus tropas y desatendían la conservación de la disciplina en las que les quedaban. Cuando prevalecía el partido aristocrático, pareció prudente deshacerse de muchos oficiales expertos, cuya adhesión a la casa de Orange era conocida, y sus cargos se habían dado a jóvenes sin experiencia, hijos o deudos de los burgomaestres que sostenían a aquel partido, quienes contando con el crédito de sus amigos y de sus familias, se cuidaban muy poco de cumplir sus deberes militares, a tal punto que algunos tenían, a lo que se asegura, permiso para que los sustituyesen en su servicio en el ejército reemplazantes a quienes dejaban una pequeña parte de su paga. Durante la guerra con los ingleses, todas las tropas de esta nación que tenían a soldada los Estados, abandonaron sus banderas; la invasión de Luis XIV en Flandes, que dio ocasión a la triple liga, la dio igualmente al retiro de los regimientos franceses que tenían a su servicio, y estas tropas a las que siempre habían debido las Provincias Unidas la mayor parte del honor que habían ganado en las guerras de los Países Bajos, no se habían reemplazado con otras levas.

Conociendo en fin Witt lo peligroso de esta situación, y justamente alarmado en vista de los informes que de todas partes le llegaban, se agitó mucho para la reparación de un mal al que era difícil aplicar pronto remedios; pero todos sus planes hallaron oposición en la facción de Orange, que se había hecho formidable. Una larga y despótica administración había expuesto a aquel ministro a la envidia: las dificultades presentes dieron alas al odio de sus adversarios, que achacaron a su mala dirección todos los ahogos de la patria: además, el amor popular al joven príncipe, amor comprimido mucho tiempo por la violencia y que por lo mismo era más vehemente, empezaba a romper los diques y amenazaba a la república con alguna gran convulsión. Guillermo III, príncipe de Orange, tenía entonces veintidós años y daba grandes indicios de aquellas altas partes que tanto sublimaron su gloriosa vida: el mismo Witt, dándole una excelente crianza y cuidando de imbuirle en los mejores principios de gobierno y de política, había contribuido generosamente a hacerse un rival temible, pues solía decir que, vista la inestabilidad de las cosas, siempre había pensado, al formar al joven príncipe para el manejo de los negocios, en hacerle capaz de servir a su patria, si llegaba el caso de que circunstancias imprevistas pusiesen algún día la administración en sus manos; y hasta entonces la conducta de Guillermo solo había merecido elogios. A pesar de sus poderosas alianzas con Inglaterra y el Brandeburgo, había declarado que su resolución era hacer depender su fortuna de los Estados, y ponía el mayor conato en conformarse en todo a las ideas de los holandeses. Amigo del silencio y de la reflexión, curioso de oír e instruirse, dotado de un juicio sano y sólido, firme en sus resoluciones, muy dado a los negocios y muy poco a los placeres, se atraía la atención pública por sus virtudes; y los pueblos, que no olvidaban que debían a su familia su libertad y hasta su existencia, y que se acordaban de que Mauricio, su tío segundo había sabido, desde su primera juventud, protegerlos contra el exorbitante poder de España, ardían en deseos de elevar a aquel príncipe a toda la autoridad de sus padres, con la esperanza de que su valor y su talento disiparían por sí solos los graves peligros que los amenazaban.

Mientras que fue dudosa la superioridad entre estas dos poderosas facciones, todas las medidas de defensa encontraron obstáculos y todos los planes se desbarataron: una resolución tomada con trabajo se ejecutaba sin vigor; esto no obstante se levantaron tropas y el ejército se elevó al número de 70.000 hombres: se invistió al príncipe con la doble dignidad de general y almirante de la república y se le entregó toda la autoridad militar, pero era imposible comunicar de

repente a unas tropas tan bisoñas la disciplina y la experiencia, y los amigos del príncipe no se creyeron satisfechos mientras que la validez del *edicto perpetuo*<sup>417</sup> le excluía del estatuderato y de toda participación en la administración civil.

Tenían por máxima constante Witt y sus partidarios sostener la marina con el mayor esmero, y dar a la armada una preferencia visible sobre el ejército, que representaban como objeto de una parcialidad mal entendida por parte de los príncipes de Orange. Las dos violentas guerras que recientemente habían puesto a la república cara a cara con Inglaterra habían ejercitado el valor de los marineros holandeses y mejorado su táctica; Ruyter, el más grande oficial de mar de su tiempo, tenía estrechas relaciones con el partido de Louvestein, y la confianza de los marinos era igual a su alegría cuando tenían que servir bajo sus órdenes; por esto aceleró Witt el apresto de la escuadra, con la esperanza de dar un gran golpe, capaz de reanimar a los Estados despavoridos, y de sostener su propia autoridad, que empezaba a declinar. Parece también que estaba particularmente irritado contra los ingleses, y que se hallaba decidido a tomar venganza de su conducta, que tan ofensiva consideraba para él personalmente como para su patria. Acusábalos de haber arrastrado a la república, con la seducción de una estrecha alianza y de una liga para su mutua defensa, a abandonar la alianza de los franceses, y, después de obtenido este punto, de haber formado inmediatamente, para su ruina, otra liga con aquella misma potencia a la que insidiosamente la habían obligado a ofender. En el seno de una profunda paz, en medio de una íntima unión, habían indignamente atacado su comercio, su único medio de subsistencia, y, arrastrados por una vergonzosa rapacidad, habían asaltado unas riquezas que, por efecto de la misma confianza que se tenía en sus promesas, esperaban hallar sin protección ni defensa, olvidando su propio interés y aun su decoro, conservaban todavía un rencoroso resentimiento del resultado que había tenido la última guerra, guerra cuyo primer origen no había sido otro más que su insolencia y su ambición. Witt discurrió que la humillación de aquellos peligrosos adversarios causaría gran regocijo en su patria y consolidaría su propia autoridad.

### **Batalla de Solebay y muerte de Sandwich.**

Ruyter, animado por los mismos motivos, dio la vela con una formidable armada compuesta de 91 naves de guerra y cuarenta y cuatro brulotes: a su bordo iba Cornelio de Witt, en calidad de diputado de los Estados. Buscaron a los ingleses, que estaban al mando del duque de York y se habían incorporado con los franceses mandados por el mariscal de Estrées. Estaban las dos escuadras muy descuidadas al ancla en la rada de Solebay; y Sandwich, oficial muy experto, avisó al duque el peligro que las amenazaba, pero la respuesta que de él recibió insinuaba que había en su aviso más prudencia que valor (28 de mayo). A la vista del enemigo cada uno corrió a su puesto con tanta precipitación, que muchos buques tuvieron que cortar sus cables. Sandwich mandaba la vanguardia y aunque decidido a vencer o a morir, a tal punto templó la prudencia su denuedo, que evidentemente le debió su salvación la armada entera. Todos sus esfuerzos se dirigieron a salir pronto de la bahía, donde Ruyter hubiera podido fácilmente con sus brulotes destruir las escuadras combinadas, que ni tenían espacio donde moverse, ni estaban en orden, táctica muy prudente que dio tiempo al duque de York, que mandaba el centro, y al mariscal de Estrées, que formaba la retaguardia, para desembarazarse; pero entre tanto, Sandwich tuvo que sostener un combate vivísimo, y, presentándose a todos los peligros, atrajo sobre sí a los más bravos oficiales holandeses. Matoes a Van Ghent, uno de sus almirantes, y puso en fuga su nave; echó a pique otra nave que trató de embestirle al abordaje; la misma suerte deparó a tres brulotes en el momento en que pugnaban por aferrarse con él, y aunque su buque estaba acibillado, y de mil hombres que llevaba a bordo, cerca de 600 cubrían con sus cadáveres los puentes, continuaba haciendo disparos con toda

---

417 Llámbase así aquel en cuya virtud se habían obligado los Estados a no reconocer nunca al de Orange como estatúder.

su artillería en medio de la escuadra holandesa; pero como un cuarto brulote, más afortunado que los otros, consiguió aferrarse con él, su pérdida era ya inevitable. En vano sir Eduardo Haddock, su capitán, se dio prisa a avisarle; Sandwich rehusó dejar su bordo, y creyendo ofendido su honor por la temeraria expresión del duque, prefirió una muerte gloriosa a la ignominia.

Durante este terrible choque con Sandwich, no permaneció Ruyter en la inacción: atacó al duque de York, y por espacio de dos horas peleó tan denodadamente que de treinta y dos acciones de mar en que se halló, declaró que no había habido ninguna en que con más obstinación se le hubiese disputado la victoria. Estaba la nave del duque en tan miserable situación, que le fue forzoso abandonarla y trasportar a otra su pabellón; sucumbía su escuadra bajo el número de los enemigos, cuando sir José Jordan, que había sucedido al mando de Sandwich, acudió en su auxilio, y como durase el combate, que esta incorporación hizo más igual, hasta el anochecer, retiráronse entonces los holandeses sin que los siguieran sus contrarios. Casi igual fue la pérdida por ambas partes, y acaso algo mayor para Inglaterra. Los franceses padecieron poco descalabro, porque apenas tomaron parte en la acción, y como esta lentitud no es propia del carácter de su nación, creyóse que tenían orden de economizar sus fuerzas, mientras que holandeses e ingleses destruían las suyas a impulso de su mutua animosidad. Casi todos los combates de aquella guerra confirmaron más y más esta sospecha.

### **Progresos de los franceses.**

Podía parecer glorioso para los holandeses haber alcanzado alguna ventaja sobre las escuadras combinadas de dos naciones tan poderosas, pero solo una completa victoria podía llenar las miras del *pensionario* y libertar a su patria de las calamidades que la amenazaban. Había discurrido que los franceses empezaría su ataque por Maestricht, ciudad bien fortificada y provista de una buena guarnición; pero Luis, prevaleciéndose de su alianza con Colonia, había resuelto dirigir sus primeros golpes por este electorado, es decir por el lado más flaco y peor defendido. Los ejércitos del elector y del obispo de Munster, que asomaron por la orilla del Rhin, dividieron la atención y las fuerzas de los Estados: las tropas holandesas, demasiado escasas para defender una frontera tan extensa, se hallaban dispersadas en tan gran número de pueblos, que no quedaba ningún cuerpo considerable en campaña y eran pocas las ciudades que tenían una guarnición suficiente. Luis pasó el Mosa en Viseto, (14 de Mayo) y presentándose delante de Orsey, ciudad del elector de Brandeburgo, pero que tenía una guarnición holandesa, la tomó en tres días: dividió luego su ejército para sitiar al mismo tiempo a Burick, Wesel, Emerik y Rhinberg, cuatro plazas regularmente fortifica las y provistas de tropas, que a los cuatro días abrieron sus puertas al vencedor. Consternados los holandeses de ver tantos poderosos príncipes reunidos contra ellos, no hicieron en parte alguna resistencia digna de su antigua gloria y de su grandeza presente, Gobernadores inexpertos mandaban tropas sin disciplina, y la desesperación había extinguido generalmente el sentimiento del honor, único capaz, en los casos extremos, de impulsar a los hombres a una defensa heroica.

Avanzó Luis hasta las orillas del Rhin, e hizo sus preparativos para pasarle (2 de junio). A todas las desgracias de los holandeses puede añadirse la extremada sequía de la estación que disminuía los ríos más caudalosos hasta el extremo de hacerlos vadeables en algunos puntos. La caballería francesa, electrizada por la presencia de su soberano y llena de un impetuoso ardor, pero atenta a conservar sus filas, se arrojó al río a nado; la infantería pasó en barcas, y aunque en la opuesta orilla se presentaron algunas tropas holandesas, no hicieron la menor resistencia. Así se ejecutó con gloria, aunque sin peligro, aquel célebre paso del Rhin, tan decantado en aquellos tiempos por la adulación de los cortesanos franceses, y transmitido a la posteridad por la adulación más duradera de sus poetas.

Cada triunfo inflamaba el valor de los vencedores y redoblada la consternación de los vencidos. El príncipe de Orange, aunque de una prudencia superior a sus años, tomaba el mando por la primera vez, no conocía al ejército ni era conocido de él, y todos los súbditos de la república, divididos por violentas facciones, estaban indecisos sobre la autoridad a que debían obedecer. Esperábase que la fortaleza de Skink, famosa por los sitios que antiguamente había sostenido, opondría alguna resistencia, pero a los pocos días se rindió a Turenne, lo mismo que las plazas de Arnheim, Kuotzemburgo y Nimega. Al mismo tiempo la ciudad de Doesburgo abrió sus puertas a Luis, y pronto cayeron en manos del feliz conquistador Harderwick, Amersfort, Campen, Rhenen, Viane, Elberg, Zwoli, Cuilemberga, Wageninghen, Locken y Worden, Groll y Deventer se rindieron al mariscal de Luxemburgo, que mandaba las tropas de Munster; en fin, cada instante llevaba a los Estados nuevos informes del rápido progreso de sus enemigos y de la miserable defensa de sus propias guarniciones.

El príncipe de Orange, con un ejército poco numeroso y desalentado, se retiró a la provincia de Holanda, donde se lisonjeaba de que a falta de todos los recursos humanos, la fuerza natural del país le pondría en situación de resistir. La ciudad y la provincia de Utrech se rindieron al monarca francés enviándole al efecto una diputación; Narden, plaza a tres leguas de Amsterdam, cayó en poder del marqués de Rochefort, y si hubiera este avanzado hasta Muyden, no le hubiera sido difícil posesionarse de esta ciudad: habiéndose presentado catorce batidores de su división delante de sus murallas, los magistrados les enviaron sus llaves, pero una criada, que estaba entonces sola en el castillo, cuidó de levantar el puente que les cerró la entrada; y los magistrados, viendo luego una fuerza tan escasa, tuvieron maña para emborrachar a los catorce soldados y les quitaron las llaves: Mnyden está tan cerca de Amsterdam, que sus baterías pueden molestar a los buques que se acercan a esta capital.

Luis, con brillante corte, hizo su entrada solemne en Utrech (25 de Junio), cubierto de gloria, porque en todas partes había alcanzado triunfos, aunque más tenía que agradecerse a la cobardía o a la impericia de sus enemigos que a los esfuerzos de su propio valor o de su prudencia. Véase ya dueño de tres provincias, Güeldres, Overissel y Utrech; Groninga estaba amenazada y la Frisia abierta a la invasión: la única dificultad estribaba en la Holanda y la Zelandia, y el gran monarca deliberaba sobre las medidas conducentes a su pronta reducción. Condé y Turenne le exhortaron a desmantelar la mayor parte de las ciudades que había conquistado, para agregar sus guarniciones a su ejército, y ponerse en estado de llevar adelante sus triunfos. Lorwois, persuadido de que en su debilidad y su terror presentes, las demás provincias sucumbirían sin dificultad, aconsejó que se conservase la posesión de las plazas que podían conducir en lo sucesivo para retener al pueblo bajo el yugo, y se siguió su consejo, pero el resultado probó poco después que no era éste el más acertado.

### **Consternación de los holandeses.**

Por otra parte los holandeses, en vez de buscar en una noble indignación recursos contra la violencia que los oprimía, convirtieron su rabia contra su desgraciado ministro, cuya prudencia e integridad habían obtenido por mucho tiempo su justa admiración. Achacóse a su negligencia el mal estado de las tropas, y, a su parcialidad la mala elección de los jefes; y como los ejemplos de cobardía se multiplicaban, se le sospechó de traición, contribuyendo el recuerdo en sus antiguas relaciones con Francia a persuadir al populacho que había concertado entregarle a sus enemigos. El príncipe de Orange, no obstante su juventud y su inexperiencia, fue considerado como el único salvador del estado, y todos los que ya por afecto se inclinaban a su favor, abrazaron violentamente por temor su partido.

Sólo la ciudad de Amsterdam pareció que conservaba algún aliento, y formando un plan regular de defensa, se esforzó por inspirar la misma resolución a las demás ciudades. Los

magistrados obligaron a todos los vecinos a hacer una guardia vigilante, y el pueblo a quien podía arrastrar a los motines la suspensión del trabajo, recibió una paga regular y armas para la defensa pública; algunos buques disponibles, que se hallaban en el puerto, se equiparon y apostaron para la guarda de la ciudad, y se abrieron las esclusas, sin consideración al daño que iba a causar esta medida a todo el territorio circunvecino, que en efecto quedó anegado; y sin embargo toda la provincia siguió este ejemplo, y no titubeó, en un caso tan desesperado, en devolver a la mar fértiles campiñas que le habían sido robadas a fuerza de dinero y de industria.

Congregáronse los Estados de Holanda para discurrir algún medio de salvar los restos de una república reducida de súbito, de la condición más floreciente al último grado del infortunio y de la humillación. Aunque rodeados de agua que cerraba todo paso al enemigo, no deliberaron con toda la serenidad necesaria para inspirarles medidas convenientes a su situación: los nobles sostuvieron que si se salvaban del naufragio su libertad, su religión y su soberanía, todo lo demás debía sacrificarse sin escrúpulo al conquistador. Once ciudades fueron del mismo dictamen: sólo Arnsterdan se declaró contra todo tratado con sus soberbios y triunfantes enemigos, pero esta oposición no impidió a la asamblea enviar embajadores a los dos monarcas para implorar su compasión. Resolvióse sacrificar a la Francia Maestrich y todas las ciudades fronterizas situadas fuera de las siete provincias y pagarle una cuantiosa suma por los gastos de la guerra.

Después de consultar con Louvois y Pomponne sobre las medidas que convenía tomar, prefirió todavía Luis, afortunadamente para Europa, los violentos consejos del primero, ofreció evacuar sus conquistas, a condición de que se suprimirían todos los derechos recientemente impuestos sobre los géneros franceses; de que se permitiría en las Provincias-Unidas el ejercicio público de la religión romana; de que se dividirían las iglesias con los católicos y se sustentaría a expensas de los Estados a los sacerdotes de esta religión; de que se le abandonarían todas las ciudades fronterizas de la república, igualmente que Nimega, Skink, Knotzemburgo, la parte de la provincia de Güeldres situada del otro lado del Rhin, la isla de Bommel, la de Woon, la fortaleza de San Andrés y las de Louvestein y Crevecaur; de que la república le pagaría, para las cargas de la guerra, una suma de veinte millones de libras; de que le enviaría anualmente una solemne embajada y una medalla de oro, en reconocimiento de que a él era a quien debía la conservación de aquella libertad que había adquirido con el auxilio de los reyes sus predecesores; y en fin de que daría cumplida satisfacción al rey de Inglaterra, concediendo sólo diez días para la aceptación de estas proposiciones.

Peor recibidos fueron todavía los embajadores que enviaron a Londres los Estados de Holanda: ningún ministro tuvo orden de tratar con ellos, y su residencia fue para ellos una especie de prisión, pero a pesar de este riguroso proceder de la corte, su presencia excitó la compasión y aun la ira del público, sobre todo de los que podían prever el objeto y el resultado de aquellos peligrosos consejos. Decían las gentes: los dos monarcas más poderosos de Europa, uno por mar y otro por tierra, han conspirado, atropellado solemnes tratados, la ruina de una ilustre república: ¡qué horrible perspectiva no debe presentar su triunfo a los vecinos del uno y a los súbditos del otro! Carlos había formado una triple alianza para atajar el poder de la Francia, prueba manifiesta de que hoy no yerra por ignorancia; quiso contentar a su pueblo con aquella prudente medida y lo consiguió, y pues que hoy adopta medidas contrarias, sin duda que con ellas se propone hacerse independiente de aquel mismo pueblo cuyo aprecio ha llegado a serle indiferente. En un momento en que la nación está totalmente sumisa, en que la conducta del parlamento no puede ser más respetuosa se forma gratuitamente el peligroso proyecto de imponerles el yugo; y todos los intereses extranjeros de la Inglaterra se sacrifican para arrebatarle más seguramente sus libertades domésticas. Tanto se teme que quede algún rastro de libertad a los ojos de los ingleses, que se abandonan las provincias Unidas, verdadero antemural de Inglaterra, a su más peligroso enemigo; y, en virtud de una conspiración general de la tiranía contra las leyes y la libertad, todo el que ha conservado en algún grado estos preciosos derechos, aunque precarios hasta ahora, debe quedar para siempre subyugado a la servidumbre y a la injusticia.

Mientras que el temor de ofender a su aliado movía a Carlos a tratar con tanto rigor a los embajadores holandeses, no estaba enteramente tranquilo en punto al rápido e inesperado adelantamiento de las armas francesas. No podía ocultársele que si la Holanda sucumbía, su comercio y todas sus fuerzas marítimas debían enriquecer a la Francia; que los Países Bajos españoles tendrían la misma suerte infaliblemente, y que Luis, independiente ya de su aliado, dejaría de creerse interesado en sostenerle contra sus súbditos descontentos. Aunque nunca Carlos había alargado su atención a las consecuencias muy distantes, no pudo cerrar los ojos sobre lo que estaba tan manifiesto, y si era incapaz de envidia, no le fue de algún desasosiego al ver que todo cedía a las armas de la Francia al mismo tiempo que se oponía a las suyas una resistencia tan vigorosa. Apresuróse a despedir a los embajadores holandeses, temeroso de que el favor de que gozaban en Londres suscitase algunos alborotos, pero hizo que pasasen el mar el duque de Buckingham y el conde de Arlington, a quienes siguió en breve lord Halifax para reanudar sus negociaciones con el rey de Francia en su mayor prosperidad.

Pasaron estos ministros por Holanda, y en la suposición de que llevaban la paz a aquella desgraciada república, en todas partes fueron recibidos con las más vivas aclamaciones. *¡Viva el rey de Inglaterra! ¡Viva el príncipe de Orange! ¡Mueran los Estados!* Tales fueron en todos los pueblos los clamores de las gentes. Después de varias conferencias con los Estados y con el príncipe de Orange, en las que se adelantó poco para el acomodamiento, pasaron los embajadores ingleses a Utrech, donde, para confirmar la alianza entre los dos reyes, se convinieron en que no se haría la paz con Holanda sino mediante el consentimiento de uno y otro. Expusieron luego las pretensiones de Inglaterra, cuyos principales artículos eran: Que los holandeses renunciarían a los honores del mar sin reserva y sin excepción, y que sus mayores escuadras, aun en las mismas costas de Holanda, no rehusarían arriar bandera delante del más pequeño buque que llevase el pabellón inglés; que toda persona culpable de traición contra el rey, o convencida de haber publicado escritos sediciosos, sería, con solo la queja que se diese, desterrada para siempre de los dominios de la república; que los holandeses pagarían al rey un millón de libras esterlinas por los gastos de la guerra y 10.000 todos los años por el derecho de pescar en los mares ingleses; que el comercio con la India se dividiría con la Inglaterra; que el príncipe de Orange y sus descendientes gozarían de la soberanía de las Provincias Unidas, o a lo menos serían revestidos de las dignidades de *estatúder*, almirante y general en la misma exención en que lo habían estado sus predecesores; y que la isla de Walcheren, la ciudad y el castillo de la Esclusa, con las islas de Cassant, de Gorea y de Verne, se depositarían en manos del rey como fianza del cumplimiento de los artículos. La justicia y la buena fe obligan a suponer que Carlos, en su liga con la Francia, no se había propuesto la entera destrucción de las Provincias Unidas, pues que un plan de esta naturaleza no era compatible con el proyecto de emplear a la Francia en la consolidación de su autoridad doméstica; pero cuando la fortuna de las armas francesas redujo a la Holanda al último trance, el rey de Inglaterra deseó obtener una porción considerable de la rica presa que le deparaba la suerte.

Las condiciones propuestas por Luis no dejaban ninguna seguridad a la república contra las invasiones de los franceses por tierra, y las peticiones de Carlos no la exponían menos a la invasión de los ingleses por mar, pero todas unidas, parecieron absolutamente intolerables, y los holandeses en la imposibilidad de defenderse, se vieron reducidos a la mayor desesperación. Agravaba en extremo su desgracia la violencia de las facciones que por todas partes se rebullían: Witt, demasiado tenaz en defender su libertad en el momento en que estaba amenazada la existencia misma de la república, persistía en oponerse a la revocación del edicto perpetuo, objeto ya de horror para el populacho holandés. Rompieron al fin los sediciosos todo freno; subleváronse en Doort y, en su furor, obligaron a los magistrados a firmar la revocación que tanto deseaban (30 de junio): ésta fue la señal de una rebelión abierta en todas las provincias.

## El príncipe de Orange estatúder.

Amsterdam, La Haya, Middelburgo, Rotterdam cayeron en el mayor desorden; el pueblo tomó las armas, y atropellando la autoridad de sus magistrados, los obligó a someterse al príncipe de Orange; despojó de sus empleos a los que no le agradaban; instó al joven príncipe para que nombrase otros en su lugar, y conforme al instituto del populacho de todos los tiempos cuando ha logrado saciar su venganza contra sus superiores, miró con entera indiferencia la defensa de sus libertades civiles.

El superior talento y virtudes del *pensionario* le habían atraído la envidia y le expusieron a toda la rabia de las preocupaciones populares. Cuatro asesinos, sin más motivo que un insensato celo, le asaltaron en las calles y le dejaron medio muerto a puñaladas. Castigóse a uno; los demás nunca fueron perseguidos por aquel crimen. Cornelio de Witt, su hermano, que se había conducido por mar con tanto denuedo como prudencia y que se hallaba a la sazón enfermo en su casa de Doort, fue también atropellado por otros asesinos y costó sumo trabajo a su familia y amigos librarle de su violencia. En Amsterdam, un populacho furioso sitió la casa del valiente Ruyter, único recurso de la patria desolada, y por algún tiempo su esposa y sus hijos estuvieron expuestos al más inminente peligro.

## Asesinato de los Witt.

Un barbero, llamado Fichelaer, notado de infamia por varios crímenes, acusó a Cornelio de Witt de haber querido reducirle con promesas a envenenar al príncipe de Orange, acusación que, aunque desmentida por lo contradictorio y aun lo absurdo de las pruebas acogió ansiosamente la crédula muchedumbre, y Cornelio fue citado a comparecer ante un tribunal. Los jueces bien fuese que los obcecasen las mismas preocupaciones, bien que no osasen oponerse al torrente popular, condenaron a aquel virtuoso ciudadano al tormento; y en premio de sus servicios militares, después de haberse revestido de las primeras dignidades de la república, fue entregado al ejecutor y despedazado con los más crueles suplicios. En medio de sus dolores, constantemente protestó de su inocencia, y se añade; en honor de su esfuerzo, que repitió muchas veces estos versos de Horacio, que contenían sentimientos análogos a su miserable situación:

*Justum et tenacem propositi virum etc.*

Condenáronle sin embargo los jueces a la pérdida de sus empleos y al destierro. El *pensionario* a quien no había podido impedir el temor tributarle los deberes de un hermano y de un amigo, resolvió no abandonarle en una humillación que no había merecido, y pasó a su prisión, decidido a acompañarle en su destierro; entonces se dio la señal al populacho, millares de furiosos tomaron las armas, rompieron las puertas de la cárcel, arrancaron a los dos hermanos de entre sus guardias, y se disputaron con horrible porfía el honor de empapar cada cual el primero las armas en su sangre. Su misma muerte no bastó a saciar aquella rabia brutal; los sediciosos ejercieron sobre los dos cadáveres atrocidades que no podemos referir; y sólo después de haber cansado su furor, permitieron a los parientes de aquellas ilustres y desgraciadas víctimas llevárselos y concederlos sin pompa ni séquito el honor de la sepultura.

## Brillante conducta del príncipe.

El asesinato de los hermanos Witt hizo desaparecer por algún tiempo los restos de su partido, y todos los súbditos de las Provincias Unidas, ya por temor, ya por inclinación o por prudencia, concordaron en los testimonios de una perfecta obediencia al príncipe de Orange. La república, aunque medio subyugada por una fuerza extranjera, y consternada todavía por sus desgracias, se



unió fuertemente bajo un solo jefe y fue recobrando por grados los restos de su antiguo vigor. El príncipe, digno de la heroica sangre que corría por sus venas, manifestó sentimientos adecuados al alto carácter de jefe de una nación bizarra y libre; convirtió todos sus esfuerzos contra el enemigo público, sin codiciar para sí mismo ventajas perniciosas a la libertad de su patria, y en un discurso que dirigió a los Estados, los exhortó no solo a desechar con desprecio aquellas intolerables condiciones que se les imponían, mas también a romper unas negociaciones que solo conducían a disminuir el valor de sus conciudadanos, y a retardar los socorros de sus aliados; hízoles presente que si no se abandonaban a la desesperación, el número y la riqueza de los holandeses, ayudados por las naturales ventajas de su país, bastaban todavía para atajar o amortiguar a lo menos los progresos del enemigo, y para salvar las provincias que quedaban, hasta que las demás naciones de Europa, cuidadosas del común peligro, se pusiesen en movimiento para socorrerlos; añadió que, después de haber suscitado contra ellos la envidia de su opulencia y de su libertad una liga tan poderosa, vanamente se lisonjearían de apaciguar con sus concesiones y sus ofertas a unos enemigos cuyas pretensiones no limitaban la moderación ni la justicia; recordóles la memoria de sus generosos antepasados que, en la infancia misma de su estado, habían preferido la libertad a todas las consideraciones humanas, y logrado por medio de una obstinada defensa, resistir al poderío, a las riquezas y a la disciplina militar de España; en fin, declarando que estaba decidido a seguir las huellas de sus gloriosos predecesores, esperaba, dijo al concluir, que después de haberle honrado con la misma confianza que habían dispensado sus mayores a los primeros príncipes de Orange coadyuvarían también a sus esfuerzos con la misma constancia y el mismo brío.

Difundióse por toda la asamblea el ardor del joven príncipe; los que parecían prontos a doblar la cerviz bajo el yugo, se mostraron decididos a la resistencia, y resueltos a defender hasta el último aliento aquellos restos de su suelo natal que aun no les habían arrebatado las armas del vencedor y la inundación. Si les faltaba el terreno para lidiar, lejos de ceder a la fuerza, tomaron la resolución de retirarse a sus establecimientos de la India, de fundar allí un nuevo imperio, y de conservar hasta en los climas de la esclavitud aquella preciosa libertad de que ya no era digna Europa. Concertáronse algunas medidas para la realización de este extraordinario proyecto, y por un cálculo aproximado se juzgó que las naves que se hallaban en los puertos podían transportar 200.000 habitantes en las Indias orientales.

Descubriendo en fin alguna apariencia de oposición, convirtieron los reyes aliados todos sus esfuerzos a seducir al príncipe de Orange, de cuyo ingenio y valor conocieron que dependía únicamente la suerte de la república, y le ofrecieron la soberanía de la provincia de la Holanda, bajo la protección de la Francia y la Inglaterra, para precaverle de las invasiones extranjeras y de las revueltas intestinas, pero el príncipe desechó generosamente sus proposiciones y declaró que, primero que faltar a su patria, estaba resuelto a retirarse a sus estados de Alemania para pasar allí el resto de su vida entretenido en la caza. Cuando Buckingham le preguntó qué podía proponerse en la desesperada situación de su patria: «Defenderla —respondió— hasta mi postrer suspiro, y morir en las últimas trincheras.»

Un motivo poderoso para empeñar al pueblo holandés en el partido del príncipe había sido la esperanza de que el rey de Inglaterra, deseoso del adelanto de su sobrino, podría renunciar a sus funestos compromisos y cobijar con su protección a la desgraciada república, pero pronto se conoció cuan falaz era esta esperanza. Carlos perseveró firme en su alianza, y las escuadras combinadas de ambos reyes se acercaron a la costa de Holanda llevando un ejército inglés a su bordo, al mando del conde de Schomberg. Dícese que una marea extraordinaria los alejó de la playa, y que de esta suerte intervino de un modo notable la Providencia para salvar a la república, pero es lo cierto a lo menos que por todo el resto de la estación reinaron los más crudos temporales y que las dos escuadras o no pudieron vencer la violencia del viento o no se atrevieron a arribar a unas costas realmente peligrosísimas. Luis, viendo que sus enemigos se reanimaban al amparo de sus tierras inundadas y que las apariencias no le prometían nuevos triunfos, había tomado el partido de volverse a Versalles.

Cumplióse la predicción del príncipe de Orange: todas las demás naciones de Europa miraron la reducción de Holanda como el presagio de su propia suerte, y desesperaron de poder defenderse a sí mismas si la Francia, ya harto poderosa, adquiría tamaño acrecentamiento de fuerza. El emperador, aunque distante, aunque sumamente lento en sus empresas, empezaba a ponerse en movimiento: el elector de Brandeburgo se mostraba dispuesto a tomar partido por los Estados; la España había enviado algunas tropas en su auxilio, y los esfuerzos del príncipe de Orange, unidos a aquellas apariencias de socorro por parte de los aliados de la república, hacían ya tomar a las cosas un aspecto diferente. Groninga fue la primera ciudad donde vio el enemigo atajados sus progresos: el obispo de Munster, rechazado por la guarnición de esta plaza, tuvo que levantar su asedio con pérdida y deshonor. Intentó el príncipe de Orange sitiarse a Naerden, pero cayendo de improviso sobre sus líneas el mariscal de Luxemburgo, le forzó a abandonar su empresa.

### Nuevo parlamento.

No tenían los holandeses aliados en quienes pusiesen más confianza que en el parlamento de Inglaterra, y las urgentes necesidades del rey le obligaron en fin a reunirlo (4 de febrero, 1673). Todos extranjeros y naturales, fijaron los ojos en aquella legislatura, que parecía un verdadero renacimiento después de dos años de prorrogaciones. Sabíase cuánto temía el rey a aquella asamblea, y los descontentos cansados por tantas atrevidas determinaciones en la administración extranjera o doméstica, daban harto fundamento a sus temores.

Carlos sin embargo, en su discurso, comunicó sus disposiciones a las dos cámaras con las mayores apariencias de cordialidad y confianza. Díjoles que las hubiera congregado antes a no ser porque había querido darles tiempo para atender a sus propios negocios y dejar respirar a su pueblo bajo la carga de los impuestos, que desde su última asamblea se había visto empeñado en una guerra no sólo justa, sino de una necesidad casi igual para el honor y el interés de la nación; que con la mira de conservar la paz interior del reino, mientras había tenido la guerra fuera, había concedido a los no-conformistas una declaración de indulgencia, de la que había observado muy buenos efectos, que en verdad había sabido que se formaban algunas objeciones contra el ejercicio de aquel derecho, pero que les declaraba paladinamente la resolución en que estaba de atenerse al tenor de su decreto, y que se consideraría ofendido por la menor contradicción, que por lo tocante a ciertos rumores con que se quería insinuar que sus nuevos alistamientos abrigaban miras hostiles a las leyes y las haciendas, los miraba con tanto desprecio, que estaba resuelto a aumentar sus fuerzas a la primavera próxima, y no podía dudar de que la cámara de los comunes tomaría en cuenta esta necesidad al votar los subsidios. A su canciller dejó el cuidado de exponer lo restante de los negocios.

Extendióse este sobre los mismos puntos y añadió diferentes aserciones extrañas; por ejemplo, dijo a las dos cámaras que los holandeses eran los enemigos comunes de todas las monarquías, sobre todo de la de la Gran Bretaña, su única rival de comercio y poder marítimo, y único obstáculo a sus miras de dominio universal, tan vasto como el de la antigua Roma; que, en sus mismas desgracias y en sus presentes peligros, todavía estaban embriagados con sus ambiciosas esperanzas hasta el punto de desechar toda oferta de tratado y armisticio; que, en la guerra actual, el rey no hacía más que seguir las máximas en virtud de las cuales el parlamento había aprobado la última, y que podía por consiguiente decir con certeza que *aquella era su propia guerra*; que siendo los holandeses, por interés y por inclinación, los externos enemigos de Inglaterra, el parlamento había considerado, con mucha sensatez, que era necesario aniquilarlos, y había establecido por máxima invariable *Delenda est Cartago*, es decir, que a todo trance era preciso hundir a aquel odioso gobierno bajo sus ruinas; que en fin, aunque los holandeses se jactasen de saber que el parlamento no concedería subsidios al rey, su majestad contaba con que esta esperanza, en que fundaban toda su osadía, quedaría muy luego burlada.

Antes de ocuparse en los asuntos generales, los comunes tomaron en consideración uno que no podía dejar la menor duda de los proyectos arbitrarios del rey, pero cuyo desenlace probó que estaban poco dispuestos a conformarse con ellos. Era uso constante, desde el parlamento de 1604, y que no se le había disputado a la cámara, expedir, en los casos de vacancia *Writs* o cédulas para nuevas elecciones; y el canciller, en favor del cual se alegaban antiguamente algunos antecedentes, se había abstenido luego de renovar sus pretensiones. Mirábase esta atribución como el primer paso dado por los comunes hacia la conservación y seguridad de sus privilegios, y nada era más necesario en efecto que esta precaución para prevenir el envío clandestino de las cédulas y asegurar la libertad de las elecciones. Sólo un ministro tan temerario como Shaftesbury, fiel al plan regular que había formado para imponer cadenas a la nación, podía acometer la empresa de destruir una práctica tan razonable y bien sentada, o lisonjearse de dar con bien un paso tan atrevido. Varios miembros, llamados en virtud de cédulas irregulares del canciller, habían tomado asiento en la cámara, pero no bien se hubo esta reunido, cuando se hizo una proposición contra ellos, y ellos mismos tuvieron la modestia de retirarse; su elección se declaró nula y el presidente expidió nuevas cédulas en la forma ordinaria.

Creyóse observar un poco más de complacencia en la deliberación que sucedió a esta, pero en el fondo partía del mismo espíritu de libertad e independencia. Resolvieron los comunes, para proveer a los gastos extraordinarios del rey, tal fue su expresión, concederle, por espacio de año y medio, 70.000 libras esterlinas mensuales, es decir, 1.260.000 por suma total. Aunque no deseaban llegar a un rompimiento abierto con Carlos, afectaron no dar ninguna señal de aprobación a la guerra, y sólo se presentó el cebo de este subsidio para obtener así el permiso de hacer desaparecer los demás abusos que afligían a la nación.

Ninguno había tan grave, así por los motivos a que podía atribuirse, como por las consecuencias que de él podían temerse, como la *declaración de indulgencia*, y así inmediatamente se redactó una representación contra el ejercicio de aquella prerrogativa. Carlos emprendió su defensa; los comunes insistieron, so pretexto de que podía interrumpir el curso de las leyes y alterar el poder legislativo que, de pública notoriedad, residía en el rey y en las dos cámaras: todos aguardaban con ansia el resultado. El rey tenía en cierto modo un empeño de honor en sostener el paso que había dado, y para anteponerse a las oposiciones, había declarado que lo sostendría; los comunes estaban obligados a la misma firmeza, no sólo porque no podían ceder sin ignorancia, teniendo tan poderosas razones a su favor, sino también porque era evidente que, si lograba el rey su intento, era preciso renunciar a toda limitación legal de la constitución.

### **Revocación de la declaración de indulgencia.**

Había llegado Carlos al punto crítico que debió haber previsto cuando adoptó tan violentos consejos, y en la suposición de lo que sucedía, natural era que hubiese tomado su partido hacia mucho tiempo. Además de su guardia acostumbrada, tenía un ejército en Blackheath, a las puertas de Londres, al mando de un extranjero, el conde de Schomberg, y muchos de los oficiales eran católicos, podía contar con que, si se hacía necesaria la violencia para contener a los descontentos, el rey de Francia estaría pronto a apoyarle y sostendría unas medidas que ambos monarcas habían tomado de común acuerdo; pero Carlos se estremeció al ver cercano un precipicio tan peligroso como el que tenía delante. Una vez depuesto el disimulo, veía que era imposible el restablecimiento de la confianza entre él y la nación; el peligro de los socorros extranjeros, sobre todo de parte de un príncipe tan poderoso, era bastante notorio, y los triunfos de sus propias armas no habían sido bastante brillantes para aumentar su autoridad o hacer a los descontentos arrepentirse de su oposición. Puede observarse también que lo que le había hecho pensar en engrandecer su poderío, era no tanto la ambición como el deseo de una existencia independiente. Los estrechos límites de la constitución hacían embarazoso y difícil el gobierno; érale a Carlos muy difícil, sin mucho arte y

amaños, proporcionarse el dinero necesario para sus placeres y aun para el sostenimiento de una administración regular; así, cuando abrió los ojos sobre los peligros de la oposición, el mismo apego a la independencia le movió en breve a retractar lo que tan dificultoso le parecía sostener, y su indolente y flexible natural le hizo hallar pocas objeciones contra un paso en que no hubiera consentido sino con suma repugnancia un príncipe más esforzado. Sin embargo, para ceder con más decoro, pidió el dictamen de los lores, que le aconsejaron que diese aquella satisfacción a los comunes; inmediatamente hizo traer el rey la declaración, y rompió el sello con sus propias manos. Manifestaron los comunes la más viva satisfacción de aquel proceder y la más perfecta sumisión a su majestad, y Carlos prometió sancionar todas las leyes encaminadas a la reparación de los abusos.

Shaftsbury, viendo al rey retroceder en un punto capital que públicamente se había comprometido a sostener, discurrió que quedaban desvanecidos todos los planes formados para el acrecentamiento de la autoridad real y que Carlos era absolutamente incapaz de entereza en sus resoluciones; consideró que los comunes podrían dirigir sus investigaciones y sobre aquellos peligrosos consejos de que abominaba la nación, y que el rey, con su ordinaria veleidad, podría abandonar a los ministros a su venganza, y en este supuesto, tomó la resolución de adherirse desde aquel momento al partido que al parecer iba a triunfar, y de expiar todas sus violencias en favor de la monarquía con la violencia de su oposición. Jamás hubo mudanza más súbita ni menos recatada: el infiel ministro entró inmediatamente en todas las cábalas del partido contrario, y le reveló, acaso con exageración, los proyectos arbitrarios de la corte, a los que tanto él había contribuido; con esto se vio recibido con los brazos abiertos por unos hombres que tenían necesidad de un jefe tan hábil como él, y nadie pensó en echarle en cara su última apostasía. Uno de los más fatales efectos de tantas facciones como habían dividido a Inglaterra y de las repentinas revueltas que habían agitado tan cruelmente a la nación, era haber corrompido las almas y destruido todo sentimiento de honor y decoro en la conducta pública.

Pero el parlamento aunque satisfecho de la conducta del rey, no había perdido todos los temores fundados en las medidas de la corte, y en consecuencia votó una ley que imponía una prueba (*a test*) a los que recibiesen algún empleo público; además de los juramentos de pleito-homenaje (*allegiance*) y de supremacía, aquella prueba los obligaba a abjurar la doctrina de la transubstanciación. Como los presbiterianos habían coadyuvado a los esfuerzos de los comunes contra la declaración de indulgencia, y parecían resueltos a no aceptar ninguna tolerancia que no se les concediese por vías legales, habían adquirido tanto favor en aquella cámara, que en ella se adoptó un proyecto de unión de todo el interés protestante contra el enemigo común, es decir, contra los católicos romanos, que empezaban nuevamente a hacerse temibles. Aprobóse un *bill* para el alivio de los protestantes no-conformistas, pero halló algunas oposiciones o por lo menos algunas dilaciones por parte de los pares.

Convirtiose en ley la declaración del subsidio, como una especie de recompensa que se debía al rey por sus concesiones; también se votó un acuerdo de indemnización o de perdón general, que puso a los ministros a cubierto de toda nueva persecución, probablemente consideraron las dos cámaras que el mejor medio para sosegar a los culpados era hacerles ver que su situación no era desesperada. Las mismas representaciones de los comunes sobre otros motivos de queja manifiestan que su enojo se había aplacado algún tanto, al menos por el momento, así fue que no mentaron los puntos capitales, como el ataque dado a la triple liga, la alianza francesa y haber cerrado el *exchequer*; los únicos abusos de que se quejaron fueron un impuesto arbitrario sobre el carbón, el ejercicio de la ley marcial, las levadas forzosas y los cuarteles militares; también pidieron que luego que se acabase la guerra se licenciase todo el ejército. Carlos les dio una respuesta afable, pero que no era más que una evasiva, y en seguida ambas cámaras se prorrogaron espontáneamente (29 de marzo).

## Combates navales.

Renunciando a la declaración de indulgencia, y tácitamente a la facultad de dispensar, el rey, a pesar de sus descalabros dentro y fuera del reino, no estaba por eso menos resuelto a persistir en sus relaciones con Francia, y en sus proyectos de guerra contra Holanda, y por consiguiente, en todas las miras secretas, cualesquiera que ellas fuesen, que fundaba en estas dos resoluciones: Las sumas que le había concedido el parlamento bastaban para habilitar la escuadra de que fue nombrado almirante el príncipe Ruperto, porque la prueba (*the test*) obligó al duque de York a abandonar este empleo. A las órdenes del príncipe mandaban sir Eduardo Sprague y el conde de Ossory. Reunida en breve a los ingleses la escuadra francesa, al mando del mariscal de Estrées, ambas escuadras dieron juntas la vela hacia la costa de Holanda, y hallaron al enemigo anclado en los arenales de Schonvelt (28 de mayo). Los combates por mar van naturalmente acompañados de más confusión que las batallas en tierra, ya a causa de la incierta acción de los vientos y de la marea, ya del humo y las tinieblas que rodean a los partidos; de aquí proviene que estén sujetas las relaciones de estos grandes acontecimientos a tantas dudas y contradicciones, sobre todo cuando las componen los escritores de las naciones beligerantes, que se complacen tanto en realzar sus propios triunfos como en rebajar los del enemigo. Lo que parece seguro acerca de aquella jornada es que ambos partidos se atribuyeron la victoria, de donde se deduce que la acción no fue decisiva. Los holandeses, más cercanos a su país se retiraron fácilmente a sus puertos, y pocos días les bastaron para volver a ponerse en estado de hacer frente a la escuadra combinada. No fue más decisiva una segunda acción que siguió a esta inmediatamente (4 de junio); no se vio en los partidos una obstinación extraordinaria, pero está en duda cual se retiró primero. La mayor pérdida, en la primera acción, recayó sobre los franceses, a quienes sus aliados, desconfiándose de sus intenciones, cuidaron de colocar de suerte que recibiesen todo el fuego del enemigo. Parece que ni por una ni por otra parte se perdió un solo buque en el segundo combate.

Bastaba para la gloria de Ruyter haber podido pelear sin notable desventaja con fuerzas muy inferiores, contra las escuadras unidas de Francia e Inglaterra, y era por cierto bastante victoria haber hecho abortar el proyecto de una invasión en Zelandia que, unida a tantas otras calamidades, era capaz de destruir enteramente la república holandesa. No evitó el príncipe Ruperto la sospecha de ser poco favorable al doble proyecto de subyugar la Holanda y extender la autoridad de Carlos sobre la nación inglesa, y se creyó que, por estos motivos no había apretado al enemigo con todo el calor que debía esperarse de su denuedo. En efecto, no puede considerarse sin asombro que los ingleses, aunque muy superiores por su alianza, no pudieron obtener en aquella guerra la menor ventaja sobre los holandeses, después de haber, en la guerra precedente aunque con frecuencia más débiles en número, hecho una defensa heroica y alcanzado algunas veces señaladas victorias, pero estaban descontentos de las operaciones anteriores, que conceptuaban perniciosas para su patria; no estaban persuadidos de la justicia de la contienda, y, sobre todo, abrigaban perpetuos celos contra sus aliados, a quienes hubieran destruido, a haber tenido libertad para hacerlo, con mucho más gusto que a sus propios enemigos.

Si el príncipe Ruperto no aprobaba las miras de la corte, tampoco hallaba en ella mucho favor, a lo menos por parte del duque de York que, sin mudar la armada, conservaba la principal autoridad en las cosas de la marina. Quejábase altamente el príncipe de que le faltaba toda clase de municiones y bastimentos, y para reparar esta negligencia, se metió en un puerto, donde pasó algunas semanas, después de lo cual dio nuevamente la vela.

Encontráronse las escuadras enemigas en la desembocadura del Texel, y se dieron el último combate naval que ha suscitado la rivalidad entre aquellas potencias marítimas (11 de agosto). Ruyter y Tromp a sus órdenes, mandaban a los holandeses en aquella acción como en las dos anteriores, porque el príncipe de Orange había reconciliado a estos dos ilustres rivales, y de su antigua animosidad sólo les quedaba la generosa emulación que los hizo pelear con nuevo brío contra los enemigos de su república. Branker fue opuesto a De Estrées, Ruyter al príncipe Ruperto y

Tromp a Sprague siendo notable que, en todas estas acciones, los cuatro últimos de estos valientes almirantes se habían siempre elegido por émulos, como únicos dignos unos de otros, y que hasta entonces ninguno de ellos había alcanzado un triunfo decisivo. En aquella batalla pelearon como si jamás hubieran conocido miedo entre la muerte o la victoria.

De Estrées y toda la escuadra francesa, a excepción de Martel, contra-almirante, se quedaron en su puesto, y Branker, en vez de atacarlos, acudió a socorrerá Ruyter, que estaba empeñado en un furioso combate con el príncipe Ruperto. Jamás adquirió este tanto honor; en igual grado brillaron en aquella gran jornada su capacidad y su denuedo. Después de haber desembarazado su escuadra de los enemigos que por todas partes la rodeaban, y reuniéndose con sir Juan Chicheley, su contra-almirante, que en el calor de la acción se había separado de él, acudió a socorrer a Sprague, a quien veía muy apretado por Tromp. Estaba tan maltratado el navío de Sprague, denominado el *Príncipe Real*, que aquel general se vio precisado a enarbolar su pabellón en el *San Jorge*, mientras que el mismo motivo obligaba a Tromp a dejar su navío, el *León de oro*, y a pasar precipitadamente a bordo del *Cometa*. Renovaron con nueva furia el combate estos valerosos rivales y sus contra-almirantes, que los sostenían, Ossory, contraalmirante de Sprague, estaba a punto de abordar la nave de Tromp, cuando vio al *San Jorge* todo desarbolado y roto; Sprague le abandonaba para transportar su pabellón a un tercer buque y volver a la carga, cuando una bala de cañón, que había atravesado el *San Jorge*, dio en el costado a su barca y la sumergió. Aquel bizarro oficial pereció en las olas, con sentimiento del mismo Tromp, que tributó justas alabanzas a su valor.

El príncipe Ruperto halló a los ingleses en aquella peligrosa situación, y vio a la mayor parte de las naves de Sprague fuera de combate, pero no por eso dejó de empezar de nuevo ni fue menos sangriento el combate. A su vez el príncipe puso al enemigo en el mayor desorden; íbanle a aumentar dos brulotes que lanzó en medio de los holandeses, y si los franceses se hubieran acercado en aquellas circunstancias, es seguro que la victoria hubiera sido para los aliados, pero desatendieron la señal del príncipe, quien, observando que la mayor parte de sus naves no se hallaban ya en situación de resistir más tiempo, solo pensó en su seguridad retirándose poco a poco hacia la costa de Inglaterra. La victoria, en aquella batalla, quedó tan dudosa como en las demás acciones marítimas de la misma guerra.

Más favorable giro tomaron las cosas de los holandeses por tierra. Sitió y tomó el príncipe de Orange a Naerden, suceso que reanimó las esperanzas de la república; Montecuculi, que mandaba a los Imperiales en el Alto Rhin, burló muy sagazmente la vigilancia y penetración de Turena, y a favor de una marcha súbita, fue a establecerse delante de Bonna. No fue menos admirada la conducta del príncipe de Orange, cuando, eludiendo a todos los generales franceses que dejó a sus espaldas, se incorporó con el ejército imperial. Bonna fue tomado en muy pocos días; otras plazas del electorado de Colonia cayeron en manos de los aliados, y hallándose así cortada la comunicación entre la Francia y las Provincias Unidas, Luis tuvo que retirar sus fuerzas y abandonar sus conquistas más rápidamente de lo que las había empezado. La toma de Maestrique fue la única ventaja que le reportó aquella campaña.

### **Congreso de Colonia.**

Habíase abierto en Colonia un congreso bajo la mediación del rey de Suecia, pero con poca esperanza de buen éxito. Las demandas de los dos reyes habían parecido encaminadas a reducir a los holandeses a una perpetua servidumbre, y aunque bajaron a medida que se iban levantando los Estados, como las ofertas de estos disminuían también en la misma proporción, era muy difícil entenderse. Cuando los franceses evacuaron la Holanda, cesó el congreso, y el rapto del príncipe Guillermo de Furstemburgo por los Imperiales, ofreció a los ministros de Francia y de Inglaterra un pretexto para salir de Colonia. Los plenipotenciarios holandeses en sus memorias manifestaron toda la altivez y todo el desdén que podía esperarse de un estado libre injustamente ofendido.

## Nuevo parlamento.

El parlamento de Inglaterra, que se hallaba reunido (20 de octubre), mostró mucho más descontento que en la última legislatura. No había ignorado que se negociaba hacia algún tiempo un casamiento entre el duque de York y la archiduquesa de Inspruck, princesa católica de la casa de Austria, y las dos cámaras no se habían opuesto a ello; pero cuando, a falta de esta alianza, solicitó el duque a una princesa de la casa de Módena, muy relacionada entonces con Francia, esta sola idea, unida a tantos otros motivos de descontento, inflamó a los comunes, que hicieron representaciones vivísimas contra un enlace que los indignaba. Declaró Carlos que sus representaciones llegaban tarde, y que no sólo estaba resuelto el consorcio, sino celebrado ya por poderes; insistieron los comunes y, pasando a otras partes de la administración, declararon que el ejército permanente era una carga para la nación, y protestaron que no darían más subsidios, a menos de que los holandeses llevasen la obstinación hasta el punto de desechar todas las condiciones razonables de paz. El rey, para libertarse de estos enojosos desacatos, tomó la resolución de prorrogar la asamblea, y pasando de improviso a la cámara de los lores envió a los comunes el ujier de vara negra (*black rod*) para citarlos (4 de noviembre). Llegó a la puerta por casualidad el ujier a punto en que entraba el orador, y cerrándola de pronto algunos individuos apenas entró este, empezaron a gritar: *¡A la silla, a la silla, la vara negra está a la puerta!* Sentaron en tumulto al orador en su silla, y mientras llamaba el ujier a la puerta, propúsose declarar que «la alianza con Francia era un motivo justo de queja; que los malos consejeros a quienes daba el rey su confianza lo eran igualmente, y que el duque de Landerdale era un ministro peligroso a quien se debía destituir.» Iban ya a recogerse los votos, pero como el ujier seguía llamando cada vez más recio, escapóse el orador de su silla y levantándose toda la asamblea en la mayor confusión, pasó a la de los lores, donde el rey, limitándose a hacer presente a las dos cámaras el partido que los enemigos podían sacar de la menor apariencia de división entre él y su parlamento, lo prorrogó hasta el 7 de enero.

1674. En el intervalo, Shasterbury, cuyas relaciones con el partido de los descontentos no eran ya dudosas, fue despojado de la dignidad de canciller, y se dieron los sellos a sir Heneage Finch, bajo el título de guarda del gran sello. Separado Clifford por la obligación de la prueba, confirióse el empleo de tesorero mayor a sir Tomás Osborne, creado luego conde de Dauby, ministro de grande habilidad, que debía su elevación a sus dotes parlamentarias. Clifford se retiró a sus estados, donde murió poco después.

Carlos había prorrogado el parlamento para dar tiempo al duque de York de consumar su matrimonio, mas como las presentes necesidades del rey le obligasen en breve a reunirlo, quiso que precediesen a la legislatura algunos actos verdaderamente populares, para disponer favorablemente los ánimos, pero esta política no produjo ningún resultado, en razón a haber ya echado raíces harto profundas el descontento de la cámara de los comunes. Empezó esta por pedir un ayuno público, lo que era dar a entender que la nación estaba muy distante de ser feliz; presentó luego un mensaje contra la guardia del rey, que suponía peligrosa para la libertad y aun contraria a las leyes, porque esta milicia no había recibido todavía la sanción de las dos cámaras; hizo algunos esfuerzos para establecer una nueva y más rigurosa prueba contra el papismo, pero nada causó tanta inquietud a la corte como el ver atacar nuevamente a los restos de la *cábala* y achacar todos los males presentes a sus perniciosos consejos. Clifford había muerto; Shaftesbury se había reconciliado con el partido de la patria, cuyo jefe era a la sazón; Buckingham quería imitar su ejemplo, pero muy pocos conocían aun sus intenciones. Propúsose en la cámara atacarle con una acusación formal, y habiendo él pedido que le oyeran, se explicó en términos tan confusos y capciosos que su discurso a nadie satisfizo, por lo que se le intimó que contestase categóricamente a varias preguntas que se le hicieron, concernientes a todos los pasos ambiguos de que se acusaba al gobierno, siendo la más notable de aquellas preguntas<sup>418</sup> la cuarta, en la que se le exigía que declarase «quién había

418 Pondrémoslas todas aquí para que conozca el lector la índole de aquella cámara: 1.ª Si alguno le había comunicado designios contra los privilegios de los comunes o sobre alguna innovación en el gobierno, ¿quién y

aconsejado mandar al ejército acamparse cerca de Londres para intimidar al parlamento.» Esta pregunta manifiesta hasta donde llevaba entonces la cámara sus sospechas. Buckingham, en todas sus respuestas, procuró disculparse inculcando al conde de Arlington, lo primero no lo consiguió, pues los comunes perseveraron en pedir su destitución, pero Arlington, ya muy odioso a la cámara, fue atacado a su vez: formuláronse contra él varios capítulos de acusación, que sin embargo no se llevaron a efecto.

### **Paz con Holanda.**

Vio claramente Carlos que ningún subsidio debía esperar para la continuación de una guerra que los comunes miraban con horror, por lo cual resolvió ajustar una paz separada con los Estados, bajo las condiciones que habían hecho proponer por conducto del embajador de España, y fingiendo una cordialidad que a nadie engañó en aquellas circunstancias, pero que pareció bien, pidió su dictamen a las cámaras, que estuvieron concordes en darle las más expresivas gracias por aquella condescendencia y en aconsejarle que hiciese la paz, que en efecto se ajustó muy en breve. Cediéronse a los holandeses los honores del pabellón en la mayor latitud; convínose en un reglamento de comercio; todas las posesiones se restablecieron en el mismo estado que tenían antes de la guerra; los ingleses de Surinam quedaron en libertad de dejar aquella colonia; los Estados Generales se obligaron a pagar al rey una suma de 800.000 patacones, que importaban sobre 300.000 libras esterlinas.

Cuatro días después se prorrogó el parlamento (28 de febrero) y se publicó la paz en Londres en medio de las más alegres aclamaciones del pueblo. La España había declarado que, si se continuaban las hostilidades contra Holanda, no podría permanecer por más tiempo neutral, y todo rompimiento con esta nación amenazaba al comercio inglés con una gran decadencia; y como estos temores habían aumentado mucho la aversión nacional a la guerra, fue imponderable el alborozo con que se vio su feliz terminación.

Tenía Inglaterra al servicio de Francia un cuerpo de 10.000 hombres, que habían adquirido gloria en los Países Bajos y contribuido no poco a los triunfos de Luis XIV. Carlos alegó su tratado con Francia que no le permitía retirar aquellas tropas, pero se comprometió con los Estados, en virtud de un artículo secreto, a no permitir que fuesen reclutadas, promesa que su parcialidad con la Francia le impidió cumplir estrictamente.

---

cuales eran estos designios? 2.<sup>a</sup> Si era cierto que había dicho el día antes que ciertas personas habían ganado 500.000 libras esterlinas, y quiénes eran estas personas. 3.<sup>a</sup> ¿Por consejo de quién había levantado el rey un ejército y elegido por su general al conde de Schomberg? 4.<sup>a</sup> ¿Por dictamen de quién se había acampado aquel ejército cerca de Londres para intimidar al parlamento? 5.<sup>a</sup> ¿Quién había hecho el tratado de la triple alianza? 6.<sup>a</sup> ¿Quién había ajustado el primer tratado con Francia para romper la triple alianza? 7.<sup>a</sup> ¿Por consejo de quién se había cerrado el exchequer? 8.<sup>a</sup> ¿Quién había aconsejado al rey que publicase su declaración de indulgencia? 9.<sup>a</sup> ¿Quién había aconsejado al rey que atacase la escuadra de Esmirna antes de haber declarado la guerra? 10.<sup>a</sup> ¿Por consejo de quién se había ajustado en Utrech un segundo tratado con Francia? 11.<sup>a</sup> ¿Por consejo de quién había declarado el rey la guerra a los estados de las Provincias Unidas sin comunicárselo al parlamento? 12.<sup>a</sup> ¿Quién había aconsejado al rey que prorrogase el parlamento el día 4 de noviembre último?



## LXVI. Carlos II—1674

### Planes de la *Cábala*.

Cuando se considera el proyecto de la famosa *Cábala*, no es fácil decidir que era lo más vituperable en ella, si el fin que se proponía o sus medios tan imprudentes e impolíticos. Verdad es que no hablaba más que de restablecer o consolidar la autoridad real; pero sus miras no se dirigían a otra cosa que a convertirla en absoluta, porque era del todo imposible adquirir ni mantener contra la voluntad del pueblo cualquiera de los derechos de la corona, que habían sido abolidos por leyes y usos posteriores, sin avasallar al mismo pueblo y sin poner la autoridad real fuera del alcance de toda contradicción. Hubiera debido persuadirse la *cábala* de que todos los partidos de la nación se habían de declarar contra su sistema; y no sólo los antiguos parlamentarios, que sin formar aparentemente un cuerpo, eran muy numerosos, sino hasta los mismos realistas, que en medio de toda su inclinación a la monarquía deseaban que fuese limitada y estuviese circunscripta por la ley. No podía dudarse que el parlamento actual, aunque elegido en medio de toda la fuerza de la real autoridad, era adicto a los derechos populares y miraba con desconfianza a la corona, aun antes que esta hubiese dado justos motivos de sospecha; así el único recurso con que podía contar Carlos para la ejecución de sus peligrosos proyectos, era su guardia y el pequeño ejército levantado en los últimos tiempos, mal disciplinado y compuesto únicamente de ingleses.

No hay duda que la asistencia de los franceses era, a los ojos de la *Cábala*, uno de los principales resortes de la máquina que intentaba construir; pero no se comprende fácilmente cómo pudo concebir la idea de poder manejarle y conducirlo. Debía suponer que la única intención y principal interés de Luis consistía en suscitar celos incurables entre Carlos y sus pueblos, como que nada podía haber más perjudicial a su ambición que el que el gobierno inglés, ya libre, ya absoluto, obrase con uniformidad. Si se reclamaba su asistencia, nunca daría más que un socorro débil, suficiente para excitar la rabia del pueblo y para hacer irremediable el mal; y en caso de que enviara fuerzas considerables, quedaría la duda de si el monarca francés usaría generosamente de sus ventajas.

Bajo todos los demás aspectos preciso es convenir en que la *Cábala* era absurda y estaba mal compaginada, porque si la guerra contra la Holanda tenía un éxito ventajoso, el exceso de fuerzas estaba en favor de Luis y no de Carlos, y no quedaba esperanza después de resistir a una potencia tan formidable. ¿Y cómo en tal caso reclamar su auxilio contra los descontentos domésticos? Si los holandeses por su natural vigor y por la asistencia de sus aliados, eran capaces de defenderle y mantener la guerra con alguna igualdad, es natural que todas las fuerzas francesas estuviesen ocupadas por aquel lado, y no podía esperarse una división considerable en Inglaterra para apoyar las tentativas de Carlos; fuera de que el solo proyecto de sujetar a los ingleses por el terror era bastante odioso de suyo sin agravarle con el sacrificio de un estado a quien miraban como el aliado más útil y con quien importaba tanto conservar la unión más constante y estrecha.

Si se quiere suponer que con estas medidas se intentaba favorecer la religión católica, esto sólo bastaba para hacer abortar todos los demás planes y para sepultar a sus autores bajo sus ruinas. No hay duda que en los pueblos donde esta religión está bien consolidada, es en efecto más propia que la protestante para sostener la monarquía absoluta ¿pero como considerarla útil para este fin en la nación inglesa, donde es más detestada que la misma esclavitud?

Últimamente, son tantas y tan claras las dificultades y contradicciones que se presentan contra la *Cábala*, que casi llega uno a dudar de la realidad de sus planes y a tenerlos por meros fantasmas

inventados por la calumnia y las facciones; mas ya que no podamos absolutamente explicar de otro modo las providencias de la corte ni las circunstancias que las acompañaron, se ve uno precisado a reconocer, aunque sin evidencia directa, que hubo un plan formal de trastornar la constitución y una verdadera conspiración del rey y del ministerio contra el pueblo. En las cosas humanas no siempre lo más probable es lo más cierto, y muchas veces una ligera circunstancia que ignoramos, bastaría para explicar hechos que de otra suerte parecen incomprensibles.

Aunque el rey no carecía de penetración ni de juicio, su capacidad no excedía más allá de los negocios comunes<sup>419</sup>, y además no tenía la necesaria aplicación para reflexionar en consecuencias lejanas, ni para dirigir y concertar con exactitud un plan de operaciones políticas. Como nunca pensaba dos veces en un mismo asunto, la menor apariencia de ventaja bastaba para seducirle, y cuando encontraba cortado el camino con cualquiera dificultad que no había previsto, inmediatamente volvía al primer sendero que prometía más satisfacción a su natural indolencia. El mismo se inclinaba a descansar en aquel carácter versátil y flexible, porque se le figuraba que después de haber hecho una tentativa inútil para aumentar su autoridad, le sería fácil volver a entrar en el curso ordinario del gobierno; pero esta empresa llegó a hacer incurables las sospechas del pueblo, y aunque no se suscitaron todas de un golpe, cuanto más reflexionó sobre las circunstancias, mayor fue su resentimiento y desconfianza. Observaba que el rey no había tenido nunca favorito, que jamás se había dejado gobernar por sus ministros, ni tampoco mucho por sus queridas, y por consecuencia infería que él era el móvil de todas las operaciones públicas. Así, a pesar de todas las apariencias de mudanza que podían ser fingidas, siempre se sospechaba que persistía en el mismo proyecto, y por consiguiente creía la nación que no había precaución alguna excesiva contra los perniciosos efectos de tales medidas.

Carlos, que no ignoraba los sentimientos de su pueblo, tampoco tenía mucha confianza, y aunque precisado a hacer la paz separadamente, no por eso dejó de conservar sus relaciones con la Francia. Dio por disculpa sus apuros que eran sobrado ciertos, y Luis tuvo la complacencia de admitirla. El duque de York, persuadido también de que sus principios y conducta le hacían cada vez más odioso al pueblo, mantuvo por su parte una correspondencia particular con la corte de Francia y formó relaciones personales con Luis, que ambos príncipes honraron con el nombre de amistad. El único objeto del duque era asegurarse de la sucesión al trono y favorecer la religión romana, pero no puede menos de confesarse en honor suyo que, aunque su plan fuese peligroso para la nación, jamás dio al rey el menor motivo de desconfianza, antes como súbdito fiel y hermano afectuoso, no conoció nunca otra regla de conducta que la obediencia; y aquella misma sumisión ilimitada que él exigió después de su pueblo, fue la que él había observado con su soberano antes de subir al trono.

### **Representaciones de sir Guillermo Temple.**

Viéndose Carlos en paz con todo el mundo y casi el único príncipe de Europa que se hallaba en tan agradable situación, creyó deber ofrecer su meditación a las potencias beligerantes para arreglar todas sus diferencias. La Francia, muy dispuesta a negociar bajo una mediación tan amiga suya, aceptó gustosa sus ofertas, pero por la misma razón se temía que los aliados las rehusasen. Con el fin de corroborar sus nuevos compromisos, excitó Carlos a Temple a salir de su retiro, y le nombró su embajador cerca de los Estados; mas como este prudente ministro reflexionase sobre el mal éxito de sus primeras empresas y sobre la fatalidad de los consejos a que debía atribuirse, resolvió antes de formar otras nuevas, ver si le era posible penetrar las verdaderas intenciones del rey en estas resoluciones populares a que parecía haber vuelto. Después de censurar con mucha libertad los peligrosos planes de la *Cábala*, que el rey procuraba disculpar, le dijo que un monarca inglés encontraría muchas dificultades, y tal vez una imposibilidad absoluta en hacer que la nación

419 *Carácter del rey Carlos II* por el duque de Buckingham.

gustase del mismo sistema de gobierno y religión que regía en Francia; que la inclinación general de la nación se había opuesto siempre a ello y que se necesitaban siglos enteros para mudar la índole y sentimientos de un pueblo; que aunque indiferentes muchos en materias de religión, no dejarían de oponerse a toda especie de alteraciones sobre este punto, por que consideraban que sólo la fuerza de las armas podía vencer la repugnancia del pueblo contra el papismo, con el cual se figuraba que no podía estar segura la libertad civil; que en Francia todo estaba ajustado desde mucho tiempo antes para aquel sistema y que propendía a mantenerle; que la nobleza, guiada por la esperanza de poseer un gran número de empleos civiles y militares era enteramente adicta a la corte, y que los eclesiásticos, movidos por iguales vínculos, juntaban el sello de la religión con los principios de la política civil; al paso que en Inglaterra, como la propiedad de una gran parte de tierras pertenecía a la nobleza secundaria y a los vecinos particulares, tenía el príncipe muy pocos empleos que dar y no sólo no podía mantener a las tropas más ni sustentarse él mismo sin los subsidios del parlamento; que aun suponíéndole con tropas, nunca conseguiría, siendo inglesas, hacerles que abrazasen unas ideas contra las cuales había concebido el pueblo tanto miedo como aversión; que en Inglaterra no formaban los católicos romanos la centésima parte de la población y que en Escocia era todavía mitad menor la proporción; que por consiguiente no había razón alguna para esperar que prevaleciese uno contra noventa y nueve de diferente opinión, ni mucho menos que tomase el ascendiente necesario para gobernar; que las tropas extranjeras no harían más que irritar a los descontentos si eran corto número, y por lo que hace a un ejército formal, no era fácil discurrir como levantarle y hacerle pasar el mar y luego mantenerle.

A todas estas razones añadió Temple la opinión de Gourville, caballero francés, de quien sabía que Carlos conservaba muy buena memoria y decía: «Que un rey de Inglaterra que quiera ser el hombre del pueblo, será el mayor del mundo; pero que si intenta ser otra cosa más, vendrá a ser nada.» Carlos había escuchado este discurso al principio con algunas muestras de impaciencia, pero como le costaba poco el disimulo, pareció estar conmovido al fin de él, y poniendo su mano sobre la de Temple, le dijo con aparente cordialidad: «Pues bien yo quiero ser el hombre del pueblo.»

No permaneció mucho tiempo Temple en Holanda sin advertir que el plan de mediación tenía pocos aficionados, y que antes bien, los aliados, además de la desconfianza de Carlos, parecían muy inclinados a la guerra. La España estaba convenida con los Estados en no escuchar proyecto alguno de conciliación antes de que se hubiese restablecido todo en Flandes conforme al tratado de los Pirineos; el emperador tenía grandes pretensiones en Alsacia, y habiendo entrado en esta alianza la mayor parte del imperio, se lisonjaban de que aquella superioridad de fuerzas no tardaría en obligar a la Francia a recibir la ley. Verdad es que los holandeses, recargados de impuestos y molestados en su comercio, deseaban tanto más algún acomodamiento cuanto no tenían pretensiones capaces de dificultarle; pero el reconocimiento y la política misma no les permitían abandonar a unos aliados a quienes debían su seguridad. Fuera de eso, el príncipe de Orange, cuyo influjo era extraordinario en los consejos, era apasionadísimo de la gloria militar y no conocía un placer igual al de verse al frente de los ejércitos de quienes se prometía grandes triunfos. Durante toda la campaña supo eludir bajo diferentes pretextos la ocasión de encontrarse con Temple; y cuando las tropas estuvieron en sus cuarteles de invierno, declaró a este ministro desde la primera conferencia que eran necesarias otras impresiones más fuertes para sujetar a la Francia a términos razonables y que por consecuencia era inútil la negociación.

### **Campaña de 1674.**

No había correspondido el éxito de la campaña a las esperanzas de los aliados, porque el príncipe de Orange, aunque con un ejército superior había tenido que habérselas con el de Condé, y contando con penetrar en Francia por la Flandes, cuya frontera era entonces muy débil, expuso temerariamente en Sene una ala de su ejército sin haber podido obligar a su enemigo a aceptar una

acción decisiva. Verdad es que reparó su imprudencia con su mucho valor, pues logró reunir sus tropas desbandadas, las condujo él mismo al ataque, hizo perder terreno a las tropas veteranas de Francia, y en una palabra obligó al príncipe de Condé, a pesar de su edad y carácter, a exponer su persona a mayores peligros en aquella batalla que en ninguna de cuantas había mandado en su juventud. Aun después de puesto el sol, continuaron batiéndose a la luz de la luna hasta que la obscuridad, más bien que el cansancio, puso término a la acción y dejó, según cuentan los holandeses, indecisa la victoria. Dijo Condé con un candor y una generosidad como suya: «El príncipe de Orange se ha portado en toda la acción como un capitán anciano, excepto en haber expuesto su vida como un soldado mozo.» Después embistió el príncipe de Orange la plaza de Oudenarde, pero le obligaron los Imperiales y los españoles a levantar el sitio cuando se acercaba el enemigo. Mas feliz fue delante de Grave pues se apoderó de ella al fin de la campaña, y por último se retiraron los aliados con mucho descontento y mutuas reconvenciones.

No fueron más dichosos en otros puntos los aliados, Luis reconquistó en pocas semanas el Franco Condado, y Turena desplegó en la Alsacia contra un enemigo muy superior en número toda aquella pericia militar que le hizo el más célebre capitán de su siglo y de su nación. Con una marcha repentina y forzada se puso en estado de atacar y batir en Sintzheim al duque de Lorena, y a Caprara general de los Imperiales. Habiendo caído 70.000 alemanes sobre la Alsacia, tomaron sus cuarteles en aquella provincia; y Turena que se había retirado a la Lorena, volvió sobre ellos, atacó y derrotó uno de sus cuerpos en Mulhausen, echó de Colmar al Elector de Brandeburgo, ganó otra acción en Turkeim, y de este modo, desalojando a todos los aliados, les obligó a repasar el Rhin, avergonzados de tantas derrotas y todavía más consternados con los resentimientos y las quejas que introducían la división entre ellos.

Por mucha que fuese la indiferencia con que Carlos y sus ministros afectaban mirar estos sucesos, la nación inglesa no dejó de inquietarse hasta el punto de tomar en ellos un vivo interés. Hiciéronse por aquel tiempo notables mudanzas en el ministerio, porque cayó enteramente de la gracia real aquel Buckingham que tanto tiempo había estado en privanza por su talento y buen humor. Eran ministros principales Arlington, a quien se nombró lord gentil-hombre, y Danby, tesorero general, entre los cuales se suscitaron odios y envidias que perjudicaron no poco los negocios del rey; pero de día iba ganando terreno Danby en el afecto de Carlos, y declinando el otro en igual proporción. Era Danby un ministro muy económico, cuya aplicación y habilidad habían introducido algún orden en las rentas de la corona, y se esforzaba continuamente por no disgustará ningún partido, con lo que logró lo que se logra siempre de este modo que fue no satisfacer a ninguno. Era enemigo declarado de los intereses de la Francia, pero sin haber tenido nunca la suficiente autoridad para vencer el afecto que la tenían el rey y el duque; este afecto fue probablemente la causa porque tanto se retardó aquel año la reunión del parlamento, recelando que se obligase al rey a tomar en la siguiente campaña algunas resoluciones contra aquella potencia. Las dos cámaras no volvieron a empezar sus sesiones hasta la primavera de 1675<sup>420</sup> (13 de abril).

### **Reunión del parlamento.**

Cada paso de la cámara baja descubría aquel mal humor y desconfianzas tan justamente fundadas acerca de la conducta franca de Carlos antes de su reconciliación con los Estados, y sus relaciones secretas después que se acomodó con ellos. Expidió un nuevo *bill* contra el papismo con la mira de insertar en él cláusulas más rigurosas a fin de perseguir y castigar a los sacerdotes. Presentó otro nuevo mensaje contra Lauderdale, y aunque la respuesta del rey no satisfizo a nadie, no por eso dejó la cámara de insistir en sus solicitudes. Se propuso en ella una acusación contra el tesorero general pero después de examinados los artículos de que constaba, no se tuvieron por suficientes para merecer mayor atención. Suplicaron los comunes al rey que mandase retirar las

---

420 Este año, 25 de Marzo, murió Enrique Cromwell, segundo hijo del Protector.

tropas que tenía al servicio de Francia, y no recibiendo otra respuesta que la promesa de no reclutar para ellas, no pudo la cámara disimular su descontento. Tres *bills* se sucedieron uno a otro; el primero inculcando de alta traición a los que exigiesen dinero sin estar autorizados por el parlamento; el segundo, declarando vacantes en la cámara baja las plazas de aquellos que aceptasen empleos; y el tercero para asegurar la libertad personal de los súbditos y poner coto a la costumbre de enviarlos presos al otro lado de los mares.

### Obediencia pasiva.

Mas no estuvo tampoco ocioso el partido de la corte en ambas cámaras durante aquellos ataques, pues el conde de Lindesey propuso un *bill* en la de los pares para un nuevo juramento, en que se exigía que todos los miembros del parlamento y cuantos poseían cualquier empleo protestasen con juramento que, bajo pretexto ninguno, era nunca lícito tomar las armas contra el rey; que detestaban la pérfida máxima de tomar en su nombre o por su autoridad armas contra su persona o contra los que llevaban comisión suya; y que en tiempo alguno emprenderían nada relativo a cambiar la religión protestante ni el gobierno establecido así en el estado como en la iglesia.

Hiciéronse furiosas oposiciones contra este *bill*, como era de esperar de las actuales disposiciones del público. Diez y siete días duraron los debates acaloradísimos y se desplegaron en aquella ocasión todo el saber y todas las razones de ambos partidos. La principal disputa recayó sobre la cuestión relativa a la resistencia entre los *caballeros* y las *cabezas redondas*, porque este era el punto esencial de las presentes disensiones entre la corte y los patriotas. Pocas personas permanecieron neutrales en la nación y las que pudieron quedar indiferentes, adoptaron dictámenes opuestos a los de uno y otro partido. Creían estas que todas las declaraciones públicas de la legislatura en pro o en contra de la resistencia se apartaban igualmente de la sana política y no podían servir más que para señalar sucesivamente el triunfo de una facción sobre la otra, y que debía mantenerse aquella sencillez que respiraban las antiguas leyes de Inglaterra y de las demás naciones, como la única que podía preservar al reino de los extremos contrarios; que excluir enteramente la resistencia en todos los casos posibles partía de principios falsos, y no podía admitirse literalmente sin que se dedujesen las consecuencias más peligrosas, y así no era necesario exponer al público a uno ni otro inconveniente; que en caso de ser preciso hacer una elección, debía preferirse en las instituciones públicas lo útil a lo verdadero, y que la primera de las dos suposiciones no podía admitirse con seguridad en términos generales y por anticipación en ningún gobierno; que aun en las monarquías mixtas en que parecía más importante aquella suposición, era también superflua, supuesto que cuando llegaba el caso de una necesidad extraordinaria, ninguno tenía necesidad de una declaración legal para encontrar el remedio conveniente a su situación; que aquellos mismos que de lejos y sin seguir otro rumbo que los racionamientos escolásticos creían que debía excluirse toda resistencia, prestarían oídos a la voz de la naturaleza cuando viesen pendiente su ruina y la del público de la exacta aplicación de su principio; que por consiguiente una cuestión que tocaba tan poco a la legislatura, no podía pasar aun en una conversación particular de ser una disputa de voces; que uno de los dos partidos no podía pretender que la resistencia fuese siempre laudable, así como el otro no dejaría seguramente de recurrir a ella cuando llegase un caso extremo; y que así la diferencia dependería de los grados del peligro y de la opresión el justificar aquel remedio irregular; diferencia que, en una cuestión general, era imposible fijar ni determinar con precisión por medio de las voces ordinarias del lenguaje.

Otros muchos absurdos contenía aquel *bill* y particularmente los de comprometerse por juramento a no alterar nada en el gobierno de la iglesia y del estado, cuando todas las instituciones humanas están sujetas a diferentes abusos y reclaman continuamente reformas que equivalen a verdaderas mudanzas. No es posible expedir siquiera una ley que no sea una especie de innovación

y estas dificultades suscitaron tanta oposición al *bill*, que no se ganó más que por dos votos en la alta cámara. Todos los pares católicos, con el conde de Bristol a su frente, le combatieron abiertamente; y desde allí paso a la cámara de los comunes donde, según todas las apariencias, la discusión debía ser mucho más viva; pero una reyerta que se suscitó entre las dos cámaras paralizó todos los *bills* que se habían proyectado en aquella legislatura. Habiendo apelado el doctor Shirley de una sentencia de la cancillería a la cámara de los pares contra sir Juan Fag, miembro de la de los comunes, admitieron los lores la apelación y mandaron citar a Fag para que compareciese ante ellos. Dio este sus quejas a la cámara baja, que no tuvo dificultad en ponerse de su parte, pretendiendo que no sólo no podía ser citado ninguno de sus individuos ante los pares, cuya pretensión no carecía de ejemplo, sino que tampoco, podía la alta cámara admitir apelación de ningún tribunal de equidad, idea contraria al uso constante de aquel siglo y que estrechaba mucho la jurisdicción de los pares. Mandaron los comunes encerrar en la Torre a Shirley y los pares defendieron sus derechos, habiendo sido inútil el medio que se intentó de las conferencias. Fueron presos muchos abogados, de orden de los comunes, por haber manifestado sumisión a la cámara y pleiteado en aquella causa ante los pares. Estos calificaron aquella prisión de violación de la carta magna y mandaron al teniente de la Torre que pusiese en libertad a los presos. Rehusó este obedecer, y entonces los pares acudieron al rey pidiendo que fuese castigado el teniente por haberles faltado al respeto. Mandó el rey reunir las dos cámaras y las exhortó a la concordia, asegurándoles que su disputa era efecto de las malignas invenciones de sus enemigos y de los de él, que sólo buscaban ponerle en precisión de disolver el parlamento. Fue mal recibido este dictamen, pues los comunes se obstinaron en su violencia, y el rey, viendo que todos los negocios estaban parados, tomó al fin el partido de prorrogar la asamblea (8 de junio).

### **Reunión del parlamento.**

Cuando se reunieron de nuevo las dos cámaras (13 de octubre), no se notó que hubiesen variado sus disposiciones. Pidió el rey algunos subsidios para pagar las sumas que se habían anticipado sobre sus rentas, y confesó que no había observado la economía conveniente, ofreciendo observarla en lo sucesivo; pero aseguró al mismo tiempo que había tenido el gusto de ver que su gasto era muy inferior a lo que le habían dicho. Los comunes tomaron en consideración el objeto de los subsidios y concedieron 300 mil libras esterlinas para la construcción de navíos, fijando el empleo de aquella suma con cláusulas muy precisas; pero determinaron no conceder ninguna especie de subsidio para el pago de los anticipos de la renta, resolución que se tomó en plena cámara, sólo a pluralidad de cuatro votos, tanto era el equilibrio en que se hallaba la fuerza de los partidos.

Volvió a resucitarse la disputa a que había dado ocasión el desgraciado asunto de Shirley, y no fue menos violenta la conducta de los comunes que en la última legislatura. Se propuso en la alta cámara, aunque sin probabilidad de buen éxito suplicar al rey por medio de un mensaje la disolución del parlamento; pero él se contentó con prorrogarle por largo tiempo (22 de noviembre). Nunca se ha podido averiguar con certeza si estas disputas entre las dos cámaras eran accidentales o efecto de algún manejo oculto, pues cada partido podía perder o ganar según sus diferentes miras. El de la corte tenía interés en paralizar todos los ataques de los comunes, dándoles otras ocupaciones, y los patriotas en que se disolviese un parlamento que, en medio de todos los disgustos que causaba a la corte, todavía contenía en su seno demasiados realistas en concepto de los descontentos.

Siguió a aquella prórroga un incidente liviano de suyo, pero que indica muy bien la índole del gobierno inglés en aquel tiempo y la de la administración de Carlos. La libertad de la constitución y la variedad y violencia de los partidos habían propagado una afición bastante general a las conversaciones políticas, y por lo común eran los cafés el teatro en que se censuraba sin rebozo la

conducta del rey y del ministerio, cuando apareció una proclama en que se suprimían aquellas reuniones a que la gente era tan apasionada. Si semejante paso se hubiese dado en los reinados precedentes, sólo se habría fundado en la prerrogativa, y ninguno, antes del advenimiento de los Estuardos, hubiera formado escrúpulo de tales actos de autoridad; pero conociendo Carlos que su proclama excitaba dudas, recurrió a los jueces que le suministraron cavilaciones de jurisprudencia, y de las más frívolas por cierto, para justificar aquella orden. La ley que instituía la sisa (*excise*), daba al rey la facultad de poder rehusar permisos para la venta de licores al por menor a los que no pudiesen afianzar el pago de los derechos; pero el café no era un licor sujeto a la sisa y esta misma facultad de rehusar las licencias estaba limitada en términos que no permitía extenderla más allá de las intenciones del parlamento. Así Carlos, que no podía ignorar cuan descontento estaba el pueblo, cedió a las súplicas de los cafeteros después que ofrecieron no tolerar en sus casas conversaciones sediciosas, y se retiró la proclama.

### **Campaña de 1675.**

Aquella campaña fue más feliz para los aliados que todas las demás de la misma guerra, pues los franceses se presentaron en Flandes con un ejército numeroso y, el mismo Luis sirvió en calidad de voluntario bajo las órdenes del príncipe de Condé; pero todos sus enormes preparativos no le sirvieron más que para tomar a Huy y Limburgo, que eran dos plazas de poca importancia. Se opuso a todos sus movimientos el príncipe de Orange con un ejército considerable, y de ninguno de los dos lados quisieron aventurarse ligeramente a una acción general que podía llevar tras sí la pérdida de los Países Bajos para uno de los partidos y la invasión de Francia para el otro. Fastidiado Luis de una campaña tan lenta, tomó la resolución de volverse a Versalles y se pasó el verano en Flandes sin ningún suceso memorable.

Turena, que mandaba en el alto Rhin, tenía en frente de sí a su famoso rival Montecuculi, general de los Imperiales, cuyo objeto era penetrar en la Alsacia, la Lorena o la Borgoña y tomar cuarteles en aquellas provincias; mientras que el de los franceses consistía únicamente en defender sus fronteras y contrariar los proyectos del enemigo. De una y otra parte se dieron pruebas de una prudencia consumada; y si hubo alguna superioridad de parte de Turena, debe atribuirse a su mayor vigor corporal que le permitía recorrer por sí mismo todos los puestos y tomar inmediatamente las medidas más conducentes para la ejecución de sus órdenes. Situándose en la derecha del Rhin, no solamente impidió a Montecuculi que le pasara, sino que estaba tan bien concebido su plan, que en pocos días había forzado a los enemigos a levantar el campo con mucha desventaja, cuando una bala de cañón disparada a la ventura vino a darle en el estómago mientras estaba observando al enemigo, y puso término a su gloriosa vida. Esta pérdida causó tal pesadumbre en la corte del monarca francés y en toda la nación, que solo puede compararse en la historia con los lamentos del pueblo romano por la muerte de Germánico. Fue inexplicable la consternación del ejército; y las tropas francesas, que se creían seguras de la victoria, se tuvieron por vencidas de necesidad, al paso que los alemanes, que se hubieran dado por muy satisfechos de poderse retirar con seguridad, no aspiraban a nada menos que a la ruina completa del enemigo, pero Mr. de Lorges, sobrino de Turena y sucesor suyo en el mando, tenía mucho del genio y capacidad de su tío, y supo poner a los franceses en estado de repasar el Rhin sin casi ninguna pérdida, haciéndole tanto honor aquella retirada como una brillante victoria. Mucho contribuyó a salvar el ejército francés el valor de los ingleses auxiliares que estaban en la retaguardia, porque se habían apasionado tanto como los mismos franceses de su valiente general, y así tuvieron igual ardor en vengar su muerte sobre los alemanes. Aquí fue donde aprendió el duque de Marlborough, a quien entonces llamaban el capitán Churchill, los rudimentos de aquel arte que ejercitó después con una pericia tan fatal a la Francia.

Dejó el príncipe de Condé el ejército de Flandes al mando de Luxembourg; y seguido de un refuerzo considerable, fue a reemplazar al inmortal Turena. Tuvo que defender la Alsacia contra los

alemanes que habían pasado el Rhin e infestaban aquella provincia; y les hizo por de pronto levantar el sitio de Haguenau y poco después el de Saerna. Supo eludir todos sus esfuerzos para obligarle a una acción general, y habiéndoles impedido con mucha maestría que se estableciesen en la Alsacia, los obligó, a pesar de la superioridad de su número, a repasar el Rhin y tomar sus cuarteles de invierno en su propio territorio.

Después de la muerte de Turena, habían enviado un destacamento de su ejército a poner sitio a Tréveris, y tanto los españoles como los Imperiales, el palatino, el duque de Lorena y otros muchos príncipes habían concurrido con afán a aquella empresa. Estuvo bien concertado su plan y se siguió con vigor mientras que por su parte los franceses, al mando del mariscal de Crequi, avanzaron con intento de hacer levantar el sitio. Dejaron los alemanes un cuerpo de tropas para que guardase las líneas y marcharon a las órdenes de Zell y de Osnabrugal encuentro del enemigo. Cayeron en Consarbrik sobre Crequi, que no aguardaba encontrárselos, y le pusieron en derrota sin escaparse más que él y otros tres que se metieron en Tréveris, resuelto el mariscal a borrar con una vigorosa defensa la memoria de su falta o de su infortunio. Era valiente la guarnición, pero no tenía los mismos motivos que él para arrojarle a la desesperada, y así se sublevó contra su obstinación en no rendirse por capitulación y quedó prisionero de guerra.

Se observa con admiración que aquella derrota del mariscal de Crequi es casi el único combate terrestre en que la fortuna se declaró contra los franceses desde la batalla de Rocroy hasta la de Blenheim, es decir, durante más de sesenta años, y en una serie de guerras sangrientas contra enemigos igualmente guerreros y poderosos. En ese largo intervalo contaron casi tantas victorias como años: tales eran el vigor y buena dirección de aquella monarquía, y tales fueron también los recursos y la política de las demás naciones de Europa cuando fueron capaces de reparar tantas pérdidas y contener aquella temible potencia casi dentro de sus antiguos límites. La cuarta parte de aquellas ventajas hubiera bastado en otro tiempo para hacer a la Francia señora de toda Europa.

Abundantes subsidios habían comprometido a los suecos a tomar partido por el monarca francés y obligádoles a hacer una irrupción en las tierras del Elector de Brandeburgo en la Pomerania; pero este príncipe, unido con algunos Imperiales de Silesia, cayó sobre ellos con mucho valor y fortuna, los echó de aquella parte de sus dominios y los fue persiguiendo dentro de sus tierras. En una entrevista con el rey de Dinamarca, que acababa de juntarse con los aliados, resolvieron juntos declarar la guerra a la Suecia y tomaron de concierto sus medidas para encadenar la victoria.

Para colmo de desgracia tuvieron que sufrir los franceses algunas turbulencias domésticas en las provincias de Guyena y Bretaña, y aunque no tardaron en sofocarse aquellos movimientos, siempre dividieron las fuerzas y la atención de Luis. La única ventaja de la Francia en todo este año fue obtenida por mar, porque habiéndose rebelado la ciudad de Merina en Sicilia, se dio orden al duque de Vivone para marchar con una escuadra al socorro de los rebeldes, mientras que los holandeses despacharon otra en auxilio de los españoles, habiendo venido a las manos, fue muerto Ruyter en el combate, cuya pérdida sola fue equivalente a una gran victoria.

La Francia, que doce años antes apenas tenía un navío de guerra en sus puertos, había conseguido a fuerza de constancia y de política ser mirada momentáneamente como la primera potencia marítima de Europa. Mientras que los holandeses estuvieron aliados con ella contra los ingleses, no solo le dieron navíos, sino que la enseñaron los elementos del arte de construirlos; y luego, cuando los ingleses fueron aliados suyos contra los holandeses, la comunicaron la ciencia de los combates marítimos y el orden que ha de seguirse en una acción naval. Luis no desaprovechaba ocasión alguna de agradecer, y su pueblo, al paso que Carlos, sepultado en la indolencia y en los placeres, abandonaba las nobles artes del gobierno, o cuando alguna vez despertaba de su letargo, venía a ser su actividad más perniciosa al público que su inacción por las fatales ideas que había adoptado. Tenía tal empeño en que progresase la marina francesa como si dependiese de ella la seguridad de su propia corona, y si hemos de dar crédito a algunos escritores, como Welwood,



Burnet y Coke, él fue quien ordenó y corrigió por si mismo muchos de los planes que se ejecutaban en aquella nación.

### **Congreso de Nimega.**

No habían dejado de ser importantes las ventajas de los aliados en la última campaña; pero sabían muy bien los españoles y los imperiales que la Francia no estaba tan debilitada que pudiera suscribir a las condiciones que querían imponerle. Por más que no pudiesen desechar la mediación de la Inglaterra, y que, después de algunas dificultades, hubiese sido elegida Nimega para celebrar un congreso (1676), encontraron pretextos para hacer que se retardase la salida de los ministros, y así adelantaron poco las negociaciones. Concurrieron a él por parte de la Inglaterra lord Berkeley, sir Guillermo Temple y sir Lyonnel Jenkins, y no tardaron tampoco mucho en llegar los holandeses porque deseaban la paz. Esperando Luis dividir a los aliados y estando, como estaba, seguro de que no podían comprometerle ni forzarle a tratar con desventaja, envió también sus plenipotenciarios. Los Suecos, que esperaban recobrar por medio de un tratado lo que habían perdido por las armas, manifestaron mucho ardor en negociar; pero como no bastaban estas solas potencias para arreglar los intereses comunes, solo sirvió aquella asamblea para diversión del público.

### **Campaña de 1676.**

Las armas y las victorias, y no las conferencias, eran las que habían de dictar los artículos de la paz; y como las ciudades españolas estaban mal fortificadas y peor defendidas, hicieron muy débil resistencia a Luis, que por haber tenido bien provistos sus almacenes durante el invierno, se halló en estado de abrir la campaña antes que la nueva estación proporcionase forraje para la caballería. Desde el mes de abril ya puso sitio a Condé y la tomó por asalto el cuarto día, y después de encargar al duque de Orleans el sitio de Bouchain, que es una pequeña aunque importante plaza, tomó él, con el grueso de su ejército, una posición ventajosa para quitar a los aliados la esperanza de socorrerla o de combatir sin desventaja. El príncipe de Orange, a pesar de las dificultades de la estación y los apuros de la escasez, llegó a estar a la vista del ejército francés, pero toda su pericia solo sirvió para hacerle espectador de la rendición de Bouchain. Los dos ejércitos estuvieron en presencia uno de otro, pero poco dispuestos ambos a aventurar una batalla que podía ocasionar más importantes revoluciones. Aunque no carecía Luis de valor personal, con todo eso no le gustaban los peligros de una batalla campal, sino que contentándose con las ventajas que había adquirido en tan poco tiempo, tomó el partido de confiar el mando del ejército al mariscal Schomberg y de retirarse a Versalles. Después de su marcha, puso el príncipe de Orange sitio a Maestrich pero hallando una resistencia obstinada, se vio precisado a levantarle cuando se acercaron los franceses que entretanto habían tomado a Aire; pero era incapaz de ceder a la adversidad y de humillarse en presencia del infortunio; solo sí empezó a conocer que no podía tener buen fin la guerra de Flandes por la negligencia y errores de sus aliados.

En el alto Rhin tomaron los ingleses Filipburgo, mas en la Pomerania adelantaron tan poco los suecos contra la Dinamarca y el Brandeburgo, que se vieron amenazados de perder por grados todo lo que el valor y la fortuna les habían hecho adquirir en Alemania.

A fines del verano se hallaron ya reunidos los plenipotenciarios de todas las potencias de Nimega, habiendo ya renunciado el emperador y el rey de España, tan unidos con una estrecha alianza como con el parentesco, a las dilaciones anteriores porque les amenazaba la Holanda con que, si continuaban en aquel sistema, haría la paz ella sola con la Francia.

1677.—Por días se iban echando de ver en las conferencias y negociaciones las disposiciones de las partes; porque los holandeses cargados de deudas y oprimidos de contribuciones, deseaban el

fin de una guerra que, además de los inconvenientes inseparables de todas las ligas, tenía la desventaja de que por debilidad de la España y por las divisiones y lentitudes de los alemanes, no anunciaba más que pérdidas y desastres. Su comercio iba cada día de mal en peor, mientras que el de los ingleses, a beneficio de la neutralidad, florecía a vista de ojos, y recelaban no poder reparar jamás esta pérdida. El único motivo que tenían los Estados para continuar la guerra era asegurar una buena barrera en Flandes; pero la gratitud que debían a sus aliados los obligaba a aventurar otra campaña para ver si se conseguía una paz que dejase satisfechos a todos; y como el príncipe de Orange no escuchaba más que los principios de su honor, de su ambición y de su odio contra la Francia, se esforzaba por mantenerlos en aquella resolución.

Los españoles, además de las incurables flaquezas en que había caído su monarquía, se hallaban divididos por las disensiones domésticas entre el partido de la reina regente y el de Don Juan, hermano natural del joven soberano. Aunque incapaces de proteger por sí mismos las posesiones de Flandes, estaban resueltos a no firmar una paz que las dejase expuestas a todo género de ataques e invasiones, y mientras que hacían magníficas promesas a los Estados, su verdadera confianza estribaba en la protección de Inglaterra. Bien veían que si aquella importante comarca llegaba una vez a ser subyugada por los franceses, toda la Holanda abierta a tan poderosos enemigos caería infaliblemente en la dependencia, y solo la sumisión podría salvarla de su ruina. Estaban persuadidos a que encontrando Luis más ventajas en la alianza de la república que no en una opresión que había de aniquilar su población y su comercio, la trataría con moderación y tornaría sus empresas contra los demás vecinos. Parecíales imposible que abriendo en fin los ojos el pueblo y parlamento de Inglaterra sobre unas consecuencias tan claras, no obligasen a su rey a tomar parte en los negocios del continente en que se hallaban tan interesados. Contaban en que el mismo Carlos abriría también los suyos en la intermediación de tan gran peligro, y sacrificaría su afición a la Francia a la seguridad de sus propios estados.

### **Conducta ambigua del rey.**

Pero se encontraba Carlos tan apurado con la contrariedad de ideas y de compromisos, que no tenía resolución para romperlos ni paciencia para aclararlos. Por una parte miraba su alianza con Luis como un recurso tan seguro como necesario contra los movimientos de su propio pueblo, y fuesen los que fuesen sus planes para engrandecer su autoridad, o para cambiar la religión establecida, la Francia sola era la que podía ayudarle. Había vendido secretamente su neutralidad a aquella corona por la suma anual de un millón de libras esterlinas, que fue aumentándose luego hasta dos millones: subsidio considerable en los apuros actuales de su erario. Temía que el parlamento hiciese con él lo mismo que con su padre, es decir, que después de haberle empeñado en una guerra extranjera, se prevaliese de sus necesidades para hacerle comprar sus subsidios a costa de su prerrogativa y de abandonar a sus ministros.

Por otra parte los clamores de su pueblo y del parlamento, apoyados por Dauby, Arlington y la mayor parte de sus ministros, le excitaban a reunirse con los aliados para restablecer si era posible, la igualdad en el equilibrio europeo, y podía temer que no careciese de peligro su oposición a unos deseos tan manifiestos. Si se conformaba con ellos podía prometerse abundantes subsidios, y por más indiferente que fuese a la gloria, no se puede dudar que el honor de mirarse como árbitro de la Europa le haría despertar algunas veces de su letargo, y le ayudaría a sostener el gran carácter de que se hallaba revestido: porque es de advertir que en todo aquel intervalo fue mirado Carlos sin contradicción por la Inglaterra, por las naciones extranjeras y por la misma Francia como el verdadero árbitro de la Europa, sin que hubiera quien osase resistir a las condiciones de paz que él hubiese querido prescribir. Aunque luego la Francia hubiese sido capaz de resistir a la misma alianza fortificada con la reunión de los ingleses, lo que es por entonces se vería obligada a hacer esfuerzos capaces de arruinarla, y sólo la necesidad extrema la hizo encontrar recursos muy

superiores a sus esperanzas. Estaba persuadido Carlos de que, mientras continuase la guerra por fuera, no le dejarían en paz la impaciencia e importunidad de sus súbditos, y con todo eso no podía determinarse a poner a la Francia en la precisión de aceptar la paz. Si proponía términos ventajosos para los aliados, le haría perder la amistad de aquella corona y si se mostraba favorable a esta, se pondría furioso el parlamento; así estaba siempre fluctuando con sus ideas, y solo se puede inferir de su conducta que la molicie y la indolencia, agitadas por motivos contrarios, pueden ocasionar tantas inconstancias como la locura y la imbecilidad.

### **Reunión del parlamento.**

Ya se hallaba reunido el parlamento (15 de febrero), y el rey dirigió a las dos cámaras un discurso muy plausible en que las exhortaba a evitar todas las discordias, prometiendo solemnemente contribuir al feliz éxito de sus deliberaciones, y ofreciendo su autoridad para la confirmación de todas las leyes y que se dirigiesen a afirmar la religión, la libertad y la prosperidad. Hizo presente la decadencia de la marina inglesa y pidió dinero para restablecerla, advirtiendo a los comunes que estaba ya para concluir una parte de su renta, que era la de la sisa, y concluyó con las siguientes palabras: «De vosotros depende verificar a cada instante lo que importa el gasto ordinario de cada año, y hallaréis que después de haber satisfecho las obligaciones indispensables, no queda nada para gastos imprevistos a que no hay reino que no esté sujeto y que ascendieron a mucho en el pasado año.»

Antes de que el parlamento pudiera tomar conocimiento de los negocios, hubieron de detenerle algunas dudas que se suscitaron sobre la legitimidad de aquella asamblea; porque decía una antigua ley de Eduardo III «que los parlamentos se reuniesen una vez cada año o más a menudo si hubiese necesidad»; mas como la última prórroga había durado más de un año, querían suponer que era equivalente a una disolución y por consiguiente el parlamento resultaba ilegal. La consecuencia no era de las más exactas, y además había un acuerdo más reciente en que se establecía que no eran necesarias tales asambleas más que cada tres años; pero con todo eso pareció tan grave aquella cavilosidad, que Buckingham Shaftsbury, Salisbury y Wharton insistieron fuertemente en la alta cámara sobre la ilegalidad del parlamento y por consecuencia sobre la nulidad de todos sus actos. Una opinión tan peligrosa y, sobre todo, la obstinación con que la defendían, fue causa de que se los encerrase a todos cuatro en la Torre por el tiempo que fuese del agrado de S.M. y de la cámara. Buckingham, Salisbury y Wharton hicieron su sumisión y se les puso inmediatamente en libertad; pero Shaftsbury, que era más tenaz y procuraba señalarse por su celo en favor de la libertad, recurrió a las leyes, mas como encontrase poco favor en los jueces, se vio precisado a hacer las mismas sumisiones y al fin consiguió la libertad después de un año de prisión.

Al principio se condujeron los comunes con mucha moderación y concedieron una suma de 586 mil libras esterlinas para la construcción de treinta navíos, aunque tomando la precaución de que precisamente se habían de emplear en eso; y aun esto no fue sino después de haber hecho calcular el costo, aunque después se demostró por la experiencia que costaban cerca de mil libras más. También concedieron a petición del rey la continuación del derecho sobre la sisa por otros tres años, aunque cuando se estableció en 1668 lo había sido por nueve. Todo parece que anunciaba una legislatura pacífica.

### **Campaña de 1677.**

Pero no tardó en turbarse aquel sosiego del parlamento con las noticias que llegaron de fuera, pues habiendo abierto los franceses la campaña a mediados de febrero con el sitio de Valenciennes, de que se habían apoderado en pocos días, estaban asediando a un tiempo a Cambray y a Saint-

Omer. Asustado el príncipe de Orange de tales progresos, había marchado al socorro de esta última plaza, pero salieron a su encuentro el duque de Orleans y el mariscal de Luxembourg. Tenía el príncipe conocimientos muy notables en el arte de la guerra, valor, actividad, paciencia y vigilancia, pero era inferior en talento a aquellos generales consumados que podía oponerle Luis, y aunque con facilidad de reparar sus pérdidas, no le impidió esto ser desgraciado toda su vida. El mariscal de Luxembourg, por uno de aquellos movimientos que merecen el nombre de magistrales, le batió y obligó a retirarse a Iprés. En vano empleó el príncipe durante la acción las exhortaciones y el ejemplo para reunir a sus soldados despavoridos, hasta dar un sablazo a la cara de uno de los fugitivos, diciéndole: «Bribón, te quiero señalar aquí para poder conocerte y ahorcarte después en otra parte.» Cambrai y Saint-Omer no tardaron en abrir sus puertas a los franceses.

Unos triunfos que venían de tal potencia y de una conducta tan prudente causaron el mayor terror en el parlamento inglés, y ambas cámaras, de común acuerdo, hicieron presente al rey el peligro a que se hallaba expuesto el reino por la excesiva grandeza de la Francia, y suplicaron a S. M. que garantizase la Flandes española y sus propios dominios por medio de alianzas capaces de tranquilizar a su pueblo. Carlos, para eludir unas instancias que miraba como un obstáculo a sus ideas, respondió en estos términos vagos: «que emplearía para la conservación de la Flandes todos los medios que fuesen compatibles con la tranquilidad y seguridad de sus reinos.» Esta respuesta, que no era más que evasiva o más bien una negativa formal, hizo tomar a las dos cámaras un tono más apremiante, pues en otro mensaje le suplicaron que no retardase las alianzas que pudieran corresponder a los deseos del público; y en caso de que semejantes medidas hubiesen de ocasionar una guerra contra Francia, prometían concederle los subsidios y demás socorros que le pusiesen en estado de sostenerla con honor de la nación. A este mensaje respondió con toda claridad Carlos, declarando que el único medio de prevenir el riesgo era darle el poder para defenderlos, y fácilmente conocieron que lo que pedía era dinero. Entonces no puso dificultad el parlamento en autorizarle para que tomara un empréstito al 7 por ciento de 200.000 libras esterlinas sobre la *excise* adicional: suma escasa en verdad, pero que se consideró suficiente con las rentas ordinarias para equipar una buena escuadra y proveer a la seguridad nacional, hasta otras resoluciones.

Era tan poco correspondiente aquel favor a lo que aguardaba el rey, que mandó declarar a la cámara baja que sin una suma de 600.000 libras esterlinas concedida sobre nuevos fondos, no podía con seguridad para la nación emprender ni proponer lo que con tan reiteradas instancias se le pedía. Tomó la cámara en consideración el mensaje del rey; mas sin dejarla tiempo para concluir nada, mando Carlos llamar a las dos cámaras a Whitehall y les empeñó su palabra real de que no tendrían que arrepentirse de haberse fiado de él para la seguridad de sus reinos; que nadie sería capaz de hacerle entregar su confianza a la casualidad, ni destinar el dinero a otros usos que aquellos para que se votaba; pero que también se guardaría muy bien de aventurar la seguridad de ellos y la suya propia con medidas vigorosas ni con nuevas alianzas sin hallarse en estado de defender a sus súbditos o de desafiar el resentimiento de sus enemigos. Este lenguaje aceleró la conclusión de los negocios. Pedía Carlos a las cámaras una cantidad mayor y daba su palabra real como fianza de sus intenciones; y así era necesario optar entre el riesgo de perder el dinero que deseaba, o contar muy poco con las alianzas que ellos apetecían y hacer al mismo tiempo patente al mundo entero la desconfianza más injuriosa de su soberano.

### **El parlamento desconfía del rey.**

Sin embargo no les faltaban a los comunes buenas razones para desconfiar del rey. Ya conocían que el pretexto del peligro no tenía viso alguno de verdad, mientras que la Francia estuviese habiéndoselas con unos enemigos tan poderosos, y mientras que Carlos tenía en el mar una buena escuadra, sobre todo mientras que sus súbditos estaban ardientemente unidos en su defensa; que no tanto debían atribuirse las dificultades del rey al conocimiento del peligro como a la

desconfianza que hubiese podido concebir de su parlamento, recelando que después de haberle comprometido en alianzas extranjeras para continuar la guerra, se prevaleciese de sus necesidades en perjuicio de la dignidad real; que la conducta de las cámaras no había dado motivo para tales sospechas; y que lejos de haber concebido ideas siniestras, habían otorgado subsidios para la primera guerra holandesa, para el mantenimiento de la triple alianza a pesar de haberse formado contra su dictamen, y aun para la segunda guerra que había desaprobado expresamente por considerarla contraria a los intereses de la nación; que el rey por su parte había inspirado desde las primeras providencias muy justas desconfianzas a su pueblo y no andaba muy oportuno en pedirle ahora su confianza; que ninguna dificultad había tenido en exigir subsidios para el mantenimiento de la triple liga, mientras que estaba ocupado en romperla, y que con tan perniciosa mira había hecho uso de los que consiguió con tan mal pretexto; que su unión con la Francia, durante la guerra contra Holanda no podía fundarse más que en proyectos muy peligrosos para su pueblo, y que subsistiendo la misma unión en secreto, había mucha razón para temer que no hubiese renunciado del todo a las mismas ideas; que nadie se persuadiría a que pensase seriamente en apretar a la Francia con vigor cuando tanta indiferencia había mostrado en un peligro manifiesto y había aguardado las instancias del parlamento cuya ocupación no era la de regir esa parte de la administración; que si deseaba seriamente una unión cordial con su pueblo, hubiera debido dar el primer paso y esforzarse por su propia confianza en restablecer la que él había violado primero; y que era una puerilidad pedir una suma tan corta como la de 600.000 libras esterlinas para ponerse a cubierto de los futuros ataques del parlamento, pues no tardaría en consumirse en una guerra contra Francia y sería preciso volver a la dependencia esencial de la constitución; que si se determinaba a formar las alianzas necesarias, no solo se le concedería aquella suma, sino subsidios más considerables, y no era de temer que el parlamento abandonase de repente unas ideas a que se hallaba apegado más que por el honor por la inclinación y el interés; que así el verdadero motivo de la negativa del rey no era el temor de los enemigos extranjeros ni su desconfianza de las usurpaciones parlamentarias, sino únicamente el deseo de obtener subsidios que a despecho de su palabra real estaba determinado a emplear en otros usos, y que unos medios tan vergonzosos, empleados para un fin tan bajo, le hacían todavía más indigno de la confianza de su pueblo.

Estaba la cámara de los comunes ordinariamente dividida en dos partidos que eran el de la corte y el de la nación. En el primero había unos que estaban ligados por sus empleos y otros por liberalidades secretas, práctica escandalosa, cuyo origen se atribuye al pernicioso ministro Clifford; pero la mayor parte lo estaban por inclinación mientras creyeron que las ideas de la corte eran conformes con los intereses de la nación. Del mismo modo en el otro partido la mayor parte habían entrado en él por miras particulares de interés o de facción, aunque no faltaban otros que sólo llevaban por objeto el bien público. Estos miembros desinteresados de uno y otro partido flotaban entre los dos lados de la cámara, dando la superioridad unas veces a la corte y otras a la oposición<sup>421</sup>; mas en la ocasión presente prevaleció la desconfianza general y el parlamento tomó la resolución de no exponer su dinero por una esperanza que desde luego creyó que no se le cumpliría; y así en lugar de subsidios presentó un mensaje en que suplicaba a S. M. «que formase con los Estados generales de las Provincias Unidas una liga ofensiva y defensiva contra la Francia para la conservación de los Países Bajos españoles e hiciese otras alianzas con los confederados según las juzgase convenientes para este fin.» Iba este dictamen apoyado en razones y en la promesa de un pronto y rico subsidio para mantener el honor del rey y seguridad de la nación. Mucho disgusto causó a Carlos semejante mensaje, calificándole de tentativa peligrosa contra su prerrogativa; y después de echar una severa reprimenda a los comunes, les mandó que inmediatamente suspendiesen sus sesiones (8 de mayo).

Parece cierto que éste era el momento crítico en que Carlos podía a un tiempo mantener el equilibrio de la Europa, cuyo restablecimiento ha costado después tanta sangre y tesoros a la Inglaterra, y recuperar con su perseverancia a lo menos hasta cierto punto la confianza de sus

---

421 Memorias de Temple, tomo I, p. 458.

súbditos. Una vez perdida esta ocasión, la llaga se hizo incurable y a pesar de algunas apariencias de vigor que afectó un momento contra la Francia y contra los católicos, y a pesar también de cierta propensión momentánea de los comunes a fiarse en sus promesas, siempre persistieron en el fondo apegados a los mismos intereses y volvieron a caer en todas sus desconfianzas y recelos. Las memorias secretas de este reinado que se han publicado después<sup>422</sup> no dejan duda alguna de que las ideas de Carlos estaban entonces concertadas con la Francia y que se hallaba muy distante de entrar en una guerra favorable a los aliados. Así, al mismo tiempo que empeñaba su palabra real con sus pueblos, sólo pensaba en proporcionarse auxilios de dinero con la esperanza de que después de frustrar sus deseos, no le faltarían pretextos para disculpar su conducta.

Entretanto continuaban las negociaciones entre Francia y Holanda y se terminaron por un tratado provisional, es decir, que todas sus diferencias quedaban cortadas con tal que se diesen por satisfechos los aliados de una y otra parte. Aunque esta operación era difícil en la apariencia, estaba muy adelantada con los recientes infortunios de los aliados y la impaciencia de los holandeses, cuando un nuevo incidente prometió una feliz terminación a la disputa con la Francia e hizo renacer las esperanzas de los ingleses que entendían los verdaderos intereses de su patria.

No podía Carlos ver sin pesadumbre los descontentos de la nación que parecían aumentarse de día en día contra él; y como su carácter le inclinaba a desear tanto para sí como para los demás una vida cómoda, no dejó de buscar arbitrios para calmar aquellas quejas que no solo emponzoñaban su reposo actual, sino que también con sus consecuencias podían serle en extremo peligrosas. No ignoraba que durante la última guerra con Holanda, los descontentos de Inglaterra se habían dirigido al príncipe de Orange; y si continuaba en desdeñar a aquel príncipe y en irritar a su pueblo, era de temer que sus quejas comunes viniesen a parar en ser el cimiento de una unión durable entre ellos. Veía que la religión del duque de York causaba muchas inquietudes a los ingleses, y aunque había obligado a su hermano a tolerar que las princesas sus hijas se educasen en la creencia protestante, creía que se necesitaba alguna cosa más para satisfacer a la nación. Estas ideas le hicieron abrir proposiciones de matrimonio entre el príncipe de Orange y la princesa María, heredera presuntiva de la corona (porque el duque de York no tenía hijos varones). Contaba con que una oferta tan seductora atraería al príncipe a sus intereses, y que haciendo una paz capaz de satisfacer a la Francia y de mantener por consiguiente sus relaciones con esta corona, las santificaría con la aprobación de aquel príncipe a quien veía generalmente respetado en Inglaterra y en toda Europa. Todas las razones que podían hacerle desear esta alianza fueron aplaudidas y auxiliadas con las solicitudes de Dauby y de sir Guillermo Temple que se hallaba entonces en Inglaterra. Últimamente Carlos concedió al príncipe el permiso para ir a hacerle una visita al fin de la campaña.

### **Casamiento del príncipe de Orange con la princesa María.**

Recibió el rey con mucho agrado a su sobrino en Newmarket, y desde el primer momento hubiera deseado empezar a tratar; pero antes quiso Guillermo hacer conocimiento con la princesa, y aun declaró que no parándose en los usos de las personas de su clase, cifraba una gran parte de su felicidad en la unión doméstica, y no habría consideraciones que le hiciesen aceptar por mujer aquella a quien no amase su corazón. Fue presentado a la princesa, a quien encontró en la flor de la edad y con todos los encantos de la juventud y de un buen carácter, con lo que Carlos le creyó sujeto con una doble cadena que le respondía de su ciega complacencia a todas sus proposiciones; pero quedó sorprendido al verle eludir las explicaciones sobre negocios y desechar todas las propuestas de paz general antes de estar concluido su matrimonio, diciendo que las circunstancias le

---

422 Como las cartas de Danby y Montague, embajadores de Carlos en París, las Memorias de Temple y sus cartas. En estas últimas se lee que el rey Carlos no propuso jamás condiciones que no fuesen ventajosas a la Francia y que el príncipe de Orange siempre las tuvo por concertadas con el embajador de aquella corona. Tomo I, p. 439.

hacían prever que sus aliados serían tratados duramente y que nunca se expondría a la reconvencción de que había sacrificado sus intereses a sus propias ventajas. No por eso dejaba de esperar Carlos que a pesar de su frialdad y reserva se apartaría algún tanto de aquella delicadeza de honor, y contando a lo menos triunfar de ella con las insinuaciones tanto como con los atractivos del amor y la ambición, dejó correr el tiempo. Un día encontró Temple al príncipe de mal humor, sintiendo haber hecho el viaje de Inglaterra y resuelto a marcharse dentro de breves días: «Pero antes de marchar —le dijo—, el rey es libre de escoger en qué términos quiere que vivamos él y yo, porque sólo puede ser o como amigos íntimos o como enemigos mortales»; y sin otra explicación suplicó a Temple que fuese a informar prontamente a S. M. Resentido Carlos de esta amenaza, y previendo que el viaje del príncipe sería mal interpretado por el pueblo, tomó inmediatamente la resolución de ceder de buen grado; y después de haber hecho justicia a la honradez de su sobrino, dijo a Temple que el matrimonio estaba decidido, y le encargó que fuese a informar de ello al duque de York, como de un negocio ya resuelto. Pareció sorprender al duque la noticia, pero sin embargo prometió obedecer, como estaba siempre dispuesto a hacerlo cuando sabía las intenciones de S. M. Ningún suceso había ocurrido durante aquel reinado que causase mayor satisfacción al público, pues todos los partidos le aplaudieron, y el mismo Arlington, que no había estado en el secreto, hizo al príncipe un cumplido que refiere Temple y cuyos términos no podían ser sospechosos.<sup>423</sup>

Mucho admiró a Luis este matrimonio (23 de octubre) pues estando tan acostumbrado a gobernar a la corte de Inglaterra, veía que un paso de esta naturaleza se había dado no sólo sin su aprobación, mas también sin su conocimiento. Comprendía que la consecuencia necesaria sería la unión de Inglaterra con los aliados y una guerra vigorosa con la Francia; pero para retardar algún tanto este suceso, prorrogó Carlos las cámaras pocos días después del matrimonio, desde el 3 de diciembre hasta el 4 de abril. Como este término era demasiado largo para que se concediesen subsidios o para hacer los preparativos de guerra, se infirió que el rey no había podido designarle con otra mira que con la de satisfacer a la Francia después del consentimiento que había dado al matrimonio. Parece también que Carlos recibió secretamente de Luis la suma de dos millones de libras en pago de este importante servicio.

### Proyecto de paz.

Sin embargo, no puso dificultad en entrar en conferencia con el príncipe, con Danby y con Temple acerca de las condiciones generales de la paz, y se convino después de algunas discusiones en que la Francia devolviese la Lorena al duque y que Tournay, Valenciennes, Condé, Ath, Charleroy, Courtray, Oudenarde, Saint Ghislain y Binch fuesen restituidas a la España para formar una buena frontera de Flandes. También insistió mucho el príncipe en la restitución del Franco Condado, y se imaginó Carlos que poseyendo cuantiosos bienes en aquella provincia, la obstinación del príncipe provenía de creer que los tenía más seguros estando en manos de la España; pero el príncipe declaró generosamente que por conservar en Flandes una buena ciudad a los españoles, abandonaría gustoso todas sus posesiones. Sin embargo Carlos habiéndole hecho entender la imposibilidad de arrancar el Franco Condado a los franceses, tuvo que rendirse el príncipe.

A pesar de las ventajas que se concedían a la Francia, todavía era este plan de pacificación muy favorable a los aliados y Carlos creyó haber mostrado suficiente vigor consintiendo en él. También convino en enviar inmediatamente un ministro a la corte de Francia para proponer las condiciones, mas no para discutir las, sino que solo había de conceder dos días para la respuesta, y marcharse al tercero; y caso de ser rehusadas, había prometido Carlos entrar inmediatamente en la alianza. Fue elegido Temple para una comisión tan imperiosa y tan poco esperada de la corte de

---

423 El cumplido se redujo a decirle que había cosas muy buenas de suyo que se echaban a perder por el modo de hacerlas, y otras muy malas que se mejoraban, pero que confesaba «que esta era una cosa tan buena de por sí, que de cualquier modo que se hiciese, no podía ser mala.»

Inglaterra, por lo mismo que su no disimulada aversión a los intereses de la Francia parecía prometer tanto vigor como prontitud en la ejecución de sus órdenes.

Pero desde el día siguiente ya se entibió aquel vigor nombrando Carlos, en vez de Temple, al conde de Feversham, de nación francés y hechura del duque de York, bajo pretexto de que una comisión tan dura de suyo debía suavizarse por el carácter del enviado. Salió de Londres el príncipe de Orange y a la despedida no solamente le aseguró Carlos que no rebajaría nada de aquellos artículos, sino que entraría en guerra contra la Francia en caso de no ser admitidos.

### **Negociaciones.**

Recibió Luis la proposición con muchas muestras de dulzura y complacencia, y dijo al ministro: «que el rey de Inglaterra sabía muy bien que siempre estaba en su mano la paz, pero que le parecía muy duro ver que se le pedían algunas ciudades de Flandes, y especialmente Tournay, cuyas fortificaciones le costaban sumas inmensas, y así que se tomaría algún tiempo para dar la respuesta.» Hizole presente Feversham que no tenía más término que el de dos días, pero pasado este tiempo, se dejó persuadir a quedarse algunos más y al fin fue para marcharse sin ninguna respuesta positiva, contentándose con decirle Luis: «que esperaba que su hermano no rompería con él por dos o tres ciudades, y que encargaba a su embajador en Londres que tratase con el mismo rey.» Ablandóse Carlos con aquella suavidad de la Francia y se eludió diestramente el golpe, conviniendo al fin Barillon, embajador de Francia, en que tenía orden de ceder en todo menos con respecto a Tournay y aun de contentarse con un equivalente por esta plaza, si es que Carlos insistía sobre ella. El príncipe de Orange, que era quien había movido toda aquella resolución, había salido de Inglaterra y la negociación se fue alargando en mensajes de una corte a otra.

Sin embargo algunas veces se notaba que Carlos quería volver en sí y que daba algunas señales de firmeza. Como los negocios con la Francia no adelantaban gran cosa, se anticipó la suspensión de las dos cámaras hasta el 15 de enero; paso muy extraordinario y capaz de inquietar aquella corte. Además fue llamado Temple al consejo, donde le declaró Carlos «que estaba resuelto a enviarle al Haya para celebrar un tratado de alianza con los Estados, cuyo objeto fuese, como el de la triple liga, obligar a la Francia y a la España a que aceptasen los artículos propuestos. Afligido Temple de ver desmentida aquella apariencia de vigor por guardar tantas consideraciones con la Francia y tanta indiferencia y neutralidad real entre las partes, respondió al rey, que la resolución que se había tomado era de unirse con los aliados para principiar una guerra con ellos en caso que la Francia tardase o titubease en sus explicaciones; que este paso satisfaría al príncipe de Orange, a los aliados y al pueblo inglés, cuya ventaja no podía esperarse de un tratado hecho con la Holanda sola, supuesto que sólo podía servir para disgustar a la Francia y la España; y por último, que los holandeses no se contentarían con una débil imitación de la triple liga, firmada, como era notorio, cuando se estaba en paz con las dos coronas. Estas razones, que ninguna impresión hicieron en Carlos, disgustaron a Temple de la comisión que se le proponía, y así marchó en su lugar Lorenzo Hyde, hijo segundo del conde de Clarendon.

1678. No pudo menos de admirarse el príncipe de Orange al ver aquella mezcla de vigor y debilidad de los consejos de Inglaterra; pero sin embargo estaba resuelto a sacar el mejor partido posible de una operación que él no aprobaba; y habiendo consentido secretamente la España en la formación de una liga que parecía amenazarla juntamente con la Francia, pero que en realidad solo había de recaer contra esta última, la aceptaron los Estados Generales en los términos que había propuesto Carlos. (6 de enero).

No tardó en seguirse la reunión del parlamento (28 de enero) aunque con algunas nuevas dilaciones, y el rey quedó sorprendido de que a pesar de las resoluciones vigorosas que él creía haber tomado, la mayoría de los comunes estaba todavía dispuesta a mostrar desconfianza y descontento. Por más que hubiese anunciado en sus discursos que no podía esperarse una buena paz



de aquella negociación y que todas sus miras tendían a la guerra, la cámara baja no dejó de intercalar en su respuesta algunas expresiones duras y aun fuera de toda razón. Mostróse sentida de las reprensiones del rey, y al fin tomó la resolución de asistirle en la empresa de la guerra. Se le concedió una armada de noventa velas, un ejército de 30.000 hombres y dos millones de libras esterlinas, pero con todo eso fueron muy acalorados los debates sobre el artículo del ejército, porque juzgando la cámara de lo que podía suceder en lo futuro por las medidas pasadas, temió que más bien se emplease contra las libertades de la nación que en contener los progresos de la monarquía francesa. Tal era la situación a que Carlos había reducido a la Inglaterra y a sí mismo. En todos los debates se usó de un lenguaje poco mesurado que se escuchaba con aplausos, y el duque de York y el tesorero general principiaron a temer que hubiese acusaciones, como que diferentes mociones que amenazaban a los ministros no fueron desechadas sino por muy pocos votos. Señalaron los comunes un día en que se discutiese el estado actual del reino con respecto a los católicos, y llegaron a declarar que por urgentes que fuesen las necesidades, no impondrían nuevas cargas al pueblo mientras no se le tranquilizase contra el incremento del papismo. En una palabra, estaba el parlamento impaciente por la guerra cuanto más inclinado se hallaba Carlos a la paz, y cuando más parecía entrar en todas las ideas de las cámaras, era cuando más sospechaban que abrigaba algún siniestro designio.

Irritóle muchísimo la última declaración de los comunes y echó en cara a Temple sus ideas populares, que este era el nombre que les daba, y le preguntó ¿qué confianza podía tenerse en aquella cámara para sostener una guerra cuando se atrevía a expresarse con una declaración semejante? Bien considerado todo, eran tan continua la inestabilidad de Carlos y tan incurables las desconfianzas de una y otra parte, que aun aquellos que veían de cerca la escena de la acción, no podían determinar si el rey quería seriamente la guerra, o si en esta suposición no se habrían prevalecido las cámaras de sus urgencias para hacerle comprar algunos subsidios a costa de nuevos sacrificios de su autoridad.<sup>424</sup>

### **Campaña de 1678.**

La Francia supo aprovecharse muy bien de aquellas turbulencias, porque no cesaba Luis de hacer presente a los holandeses por medio de sus comisarios la incertidumbre de sus esperanzas por parte de la Inglaterra, cuyo indolente monarca no tenía la menor afición a la guerra y sobre todo contra los franceses, falto de resolución en todos sus designios y solo puesto en movimiento por las instigaciones de un parlamento faccioso. Había insinuado al partido aristocrático los peligros que ofrecía la alianza del príncipe de Orange con la casa real de Inglaterra, despertando el recelo de que a imitación de su padre, que consiguió igual honor, intentase el príncipe engrandecerse por la violencia y encadenar a su patria. Luego para fortificar estos motivos con nuevos terrores, apenas asomó la primavera, se presentó él mismo al frente de sus tropas y amenazó el Luxemburgo, Mons y Namur para caer de improviso sobre Gante e Iprés; y en el espacio de pocas semanas se apoderó de estas dos plazas. Un triunfo tan repentino asustó extraordinariamente a los Estados, que ya poco satisfechos de la conducta de Inglaterra y del tratado ambiguo que acababan de firmar con ella, les hizo acelerar los pasos para un acomodamiento.

Al instante que se otorgaron los subsidios emprendió Carlos la leva de las tropas y fue tal el ardor de sus súbditos para una guerra contra Francia, que con admiración de toda Europa se vio en pocas semanas un ejército de 20.000 hombres en pie. Diose orden al duque de Montmouth para pasar el mar con un cuerpo de 3.000 hombres para la seguridad de Ostende, y fueron llamados algunos regimientos que estaban al servicio de Francia. No con menos diligencia se habilitó la escuadra y se formó el proyecto de una cuádruple alianza entre el emperador, la España, la Inglaterra y la Holanda.

<sup>424</sup> Temple, tomo I, p. 461.

Pero de repente se entibió todo este ardor con un mensaje resentido de la cámara baja en que justificando todos los pasos que habían causado tanto disgusto a la corte, pedía que se le comunicasen todas las resoluciones del rey y apartase de sí a los malos consejeros, entre los cuales se designaba expresamente al duque de Lauderdale. Respondió Carlos: «que esta petición era tan extravagante que no le permitía por el pronto responder a ella como merecía», y volviendo de nuevo los ojos a la Francia prestó oídos a la oferta que esta le hizo de una crecida suma si quería ayudarla a proporcionarse una paz ventajosa con los aliados.

### Negociaciones.

No quiso Temple, por más instancias que le hizo el rey, prestar su ministerio a tan vergonzosa negociación; pero el mismo nos dice: «que entre las proposiciones que se hicieron a Carlos, hubo una que le disgustó tanto, que no pudo olvidarla jamás.». No dice más Temple; pero el doctor Swift, editor de sus obras, asegura que los franceses, antes de hacer pago alguno, pidieron como preliminar que prometiese Carlos no mantener en sus tres reinos más de 8.000 hombres de tropas regulares y que Carlos respondió muy acalorado: «*Cods Fish*<sup>425</sup> —éste era su ordinario juramento— ¿de esta manera se porta mi hermano conmigo? ¿Ésta es su promesa de hacerme soberano absoluto de mis estados? ¿O se burla tal vez hasta el punto de creer que esto pueda hacerse con 8.000 hombres?»

Van Beverning, embajador de Holanda en Nimega y hombre muy considerado de los Estados, deseaba con impaciencia la paz por la persuasión en que estaba de que la resistencia de Carlos y las desconfianzas del parlamento habían de hacer perder a los aliados toda esperanza de asistencia por parte de Inglaterra. Recibió orden de pasar a Gante para concertar con Luis los artículos de un tratado general y obtener una tregua de seis semanas. Estas nuevas condiciones fueron mucho menos favorables a los españoles que las de Carlos y el príncipe de Orange, pues sólo se les debían restituir seis ciudades, algunas de muy poca importancia, quedando en poder de los franceses Iprés, Condé, Valenciennes y Tournay que eran la principal fuerza de su frontera.

Al saber la debilidad en que iba a quedar la Flandes, no tuvieron limite las quejas de los ingleses, echando toda la culpa a Carlos y diciendo que había contribuido primero con su asistencia y luego con su favor y dilaciones a aquel enorme engrandecimiento de la Francia, que amenazaba la libertad de toda Europa. La amargura de estas imputaciones, junto con el temor de perder el afecto de su pueblo y tal vez el resentimiento del artículo secreto que le había propuesto la Francia, le inspiraron un ardiente deseo de guerra, mirándola como el único medio de recobrar su antigua popularidad.

Presentóse una inesperada oportunidad para explayar estas nuevas disposiciones, y fue que mientras los plenipotenciarios de Nimega concertaban los artículos de un tratado general, el marqués de los Balbases, embajador de España, preguntó a los embajadores franceses en que tiempo se proponía la Francia restituir las seis ciudades de Flandes; a lo que no tuvieron dificultad en declarar que el rey su amo, habiendo garantido a la Suecia la restitución de todo lo que había perdido durante la guerra, no podría evacuar estas plazas antes de estar satisfecho sobre aquel punto, y que esta detención era el único medio de hacer que los príncipes del Norte aceptasen la paz. Inmediatamente informaron los Estados a Carlos de una pretensión que podía tener consecuencias tan peligrosas, de la que quedó tan sorprendido como colérico. Inmediatamente mandó marchar a sir Guillermo Temple para concertarse con las Provincias Unidas con el fin de tomar medidas vigorosas contra la Francia. En solo seis días ajustó Temple un tratado (16 de julio) por el cual se intimaba a Luis que se explicase, quince días después de la fecha, acerca de la evacuación de las ciudades, y en la suposición contraria, se comprometía la Holanda a continuar la guerra, y la Inglaterra a declarársela inmediatamente a la Francia en unión con todos los aliados.

---

425 Estas dos voces no pueden traducirse: *Fish* significa pescado y *Cod* merluza, pero *Cod* esta aquí por *God* (Dios).

Pero todas estas belicosas resoluciones fueron tan poco apoyadas por el parlamento, donde se sospechó con razón que los franceses mantenían secretos tratos, que volviendo los comunes a sus antiguas desconfianzas, expidieron un *bill* disolviendo el ejército. Hízoles presente Carlos el peligro que había en desarmar antes de la conclusión de la paz, y les rogó que considerasen si podía él con honor mandar retirar las tropas de aquellas mismas ciudades que se habían puesto bajo su protección y no tenían otra esperanza de seguridad. Los comunes se comprometieron a prolongar el mantenimiento de las tropas y todo volvió a ofrecer la perspectiva de la guerra, pues la Francia había declarado positivamente que ella no evacuaría las ciudades antes de que se hubiese restituido a los suecos lo que pedían, y parece que estaba empeñado su honor en sostener aquella declaración. Muy descontentos el Imperio y la España con las condiciones propuestas por la Holanda, veían con mucho gusto las nuevas resoluciones de Carlos, considerándolas como prendas de una asistencia poderosa. La misma Holanda, animada por el príncipe de Orange y sus partidarios, no sentía que volviese a principiar la guerra con mayor igualdad. Acercóse el ejército de los aliados al mando de este príncipe, a Mons, que estaba entonces bloqueado por los franceses, al paso que un cuerpo inglés, conducido por Montmouth, se disponía a reunirse con él.

Acostumbraba Carlos pasar una gran parte del tiempo en casa de sus queridas, sobre todo en la de la duquesa de Portsmouth, donde entre otros muchos caballeros de buen humor, solía encontrar al embajador de Francia Barillon, hombre de finísimo trato y convidado necesario a todas las diversiones del indolente pero amable monarca. Parece que en los últimos años de su vida no era tanto la pasión ni la afición al placer la que llevaba a Carlos a casa de sus queridas, cuanto el interés de una vida libre y desocupada. Fuese lo que fuese, es lo cierto que las insinuaciones del embajador francés y de la duquesa les hicieron conseguir en un momento favorable una orden que cambió de repente la faz de la Europa. Despachó a La Haya un refugiado francés llamado Du Cros, agente de la Suecia en Londres, para encargar a sir Guillermo Temple que pasase a Nimega, se viese con los plenipotenciarios suecos y los instase a que, si era posible sacrificasen los intereses de la Suecia al bien público consintiendo en la evacuación de las seis plazas. Du Cros, a quien Barillon había dado sus instrucciones, no bien puso el pie en Holanda, cuando publicó en todas partes la comisión que llevaba, noticia que esparció grande inquietud, y se sacó en consecuencia que todo aquel repentino ardor de Carlos por la guerra se había apagado también repentinamente, y que no había que esperar constancia alguna en las medidas de la Inglaterra. Cuando luego Carlos volvió a ver a Temple, convirtió aquel gran negocio en una broma diciendo con sonrisa: «que aquel bribón de Du Cros se había burlado de todos.»

Entretanto continuaban las negociaciones en Nimega, y los ministros franceses dejaron correr el tiempo hasta el día crítico (1.º de agosto) en que según el último tratado entre la Inglaterra y la Holanda, debía decidirse entre una repentina paz o una guerra muy larga en Europa: entonces declararon a Van Beverning que habían recibido orden para consentir en la evacuación de las ciudades y firmar inmediatamente la paz. Bien hubiera podido Van Beverning no consentir en ella por ser tan tarde que no era posible aguardar el consentimiento de la España; pero como había formado idea de la inestabilidad de los consejos de Inglaterra, tan alarmado como todos de la última comisión de Du Cros, miró como una felicidad para su república concluir a cualquier precio una guerra en que había mil motivos para sospechar que sería mal sostenida. Inmediatamente se redactaron los artículos y quedaron firmados por los ministros de Francia y Holanda entre once y doce de la noche. Este tratado aseguraba a la Francia la posesión del Franco-Condado con la de Cambray, Aire, Saint-Omer, Valenciennes, Touray, Iprés, Bouchain, Cassel etc. y solo se restituían a la España Charleray, Courtray, Oudenarde, Ath, Gante y Limburgo.

Al día siguiente recibió Temple por un expreso de Londres la ratificación del último tratado de Inglaterra con los Estados y la orden de no perder un momento en el canje. Entonces volvía Carlos a sus disposiciones de entrar en guerra con la Francia.

Mucho echaron en cara a Van Beverning su precipitación los ministros de los aliados en Nimega y sobre todo los de Dinamarca y Brandeburgo, cuyos amos se veían obligados por el

tratado a restituir todas sus adquisiciones. Los de España y del emperador estaban todavía más irritados, y todos los enemigos de la Francia deseaban que los Estados, excitados por las instigaciones de la Inglaterra, tomasen el partido de no ratificar la firma de su embajador y volver a las armas. El príncipe de Orange, bien fuese para hacerles tomar esta resolución o por satisfacer su cólera y resentimiento, dio un paso muy extraño el día mismo que se siguió a la firma de la paz de Nimega, cual fue el de atacar al ejército francés en San Dionisio, cerca de Mons, y consiguió alguna ventaja sobre el mariscal de Luxembourg que, descansando en la fe del tratado, creía terminada la guerra. El príncipe estaba noticioso de él, o en caso de no haber recibido aviso formal, tenía motivos para creer que estaba firmada la paz, y con todo eso, sacrificó temerariamente y sin ningún motivo que pudiera justificarlo, las vidas de una multitud de valientes que perecieron en una acción acalorada y sangrienta.

Fue enviado Hyde hacia los Estados para persuadirlos a que no ratificasen la firma de Van Beverning y Carlos prometió, en caso de contar con la Holanda, declarar inmediatamente la guerra a la Francia y no dejar las armas hasta que la hubiese reducido a condiciones razonables. Mas no se contentó con promesas, sino que apresurando el embarque del ejército para Flandes, dio una apariencia de hostilidad a todos sus preparativos; pero ya habían sido engañados muchas veces los Estados para que se los pudiera entretener por más tiempo, y así ratificaron el convenio de Nimega, y todas las potencias de Europa, una después de otra, se vieron obligadas, a pesar de sus clamores y descontento, a aceptar las condiciones puestas.

### **Paz de Nimega.**

Había llegado Luis al apogeo de aquella gloria que parece ser el término de la ambición humana, supuesto que sus ministros y diplomáticos parecían tan superiores en el gabinete a los de las demás potencias, como sus generales lo habían sido en los campos de batalla. Hizo la guerra con ventajas contra una liga de los más poderosos estados de Europa, y hecho conquistas en ella que redondeaban y enriquecían sus dominios por todas partes, coronándolas últimamente con una paz también ventajosa en que acababa de dar la ley. Los aliados estaban furiosos uno contra otro, de modo que no era probable que en mucho tiempo pudiera formarse otra liga, y así por muchos años ofrecía la perspectiva próxima de aspirar a la monarquía de Europa y a formar un imperio más vasto que el de Carlomagno e igual tal vez al de la antigua Roma; siendo muy de temer que si el estado de Inglaterra hubiese continuado mucho tiempo cual entonces, nadie hubiera podido impedirselo.

En la misma proporción que exaltaban semejantes sucesos a la Francia, así excitaban la indignación de la Inglaterra, y aguzado su odio con el terror, no podía subir más de punto contra su antigua rival. Decíase públicamente que Carlos, en lugar de ponerse al frente de los negocios de Europa, olvidándose de su honor y de su interés, había favorecido al enemigo común y dejándose conducir como un ciego; y que si había tenido alguna idea en cuantos pasos había dado no podía menos de ser pernicioso y criminal. Mientras que la España, la Holanda, el Imperio y los príncipes de Alemania clamaban a gritos a la Inglaterra para que los condujese a la victoria y conspiraban para hacerla más gloriosa que nunca, su rey, por medios indignos, había vendido su alianza a Luis y dejándose corromper para hacer traición a los intereses del pueblo. Si los planes activos que había concertado con la Francia no podían ser más perniciosos, tampoco podía ser más vergonzosa su neutralidad, y las desconfianzas y oposiciones del parlamento, aunque peligrosas de suyo, eran el único remedio contra tantos males, que lo eran mucho más, y de que se veía amenazado el público por los imprudentes consejos de su rey. Tal era la disposición de los ánimos después de la conclusión de la paz y esta fue la que abrió naturalmente el camino a los sucesos que sobrevinieron.

## Estado de las cosas en Escocia.

Tiempo es ya de volver a los negocios de Escocia que dejamos en algún desorden después de reprimida la sublevación de 1666. Carlos, que procuraba entonces atraerse el afecto del pueblo inglés, abrazó las mismas ideas en Escocia y confió la parte principal del gobierno a Tweddale y a Murray, ministros ambos prudentes y de una moderación reconocida; los cuales se dedicaron particularmente a calmar las discordias de religión que estaban muy acaloradas y para las que puede decirse que, hasta el día, nadie sino los holandeses ha encontrado el verdadero remedio. Como ni el rigor ni la opresión habían servido de nada en Escocia, se quiso intentar un proyecto de unión por el cual se proponía disminuir considerablemente la autoridad de los obispos, abolir el voto negativo en los tribunales eclesiásticos y no dejar a los prelados casi ningún otro derecho que el de la presidencia sobre los simples sacerdotes; pero los adversarios de la jerarquía se alarmaron mucho con esta proposición, porque no habían olvidado que así fue como Jacobo se había esforzado por introducir el episcopado. Temieron que si alguna vez llegaban a reconciliarse los oídos y la vista con el nombre y el traje de los obispos, no tardarían en recobrar bien pronto toda la autoridad de sus funciones. Por otra parte, les parecía peligrosa y criminal toda participación con unos establecimientos que llamaban anti-cristianos, y como el grito era universal, se convencieron por fin los ministros de que insistir en una cosa que los descontentos estaban resueltos a resistir, solo serviría para envilecer al gobierno.

Sucedió a este proyecto otro, que fue el de la indulgencia, colocando en las iglesias vacantes a los predicadores a quienes antes se había expulsado sin sujetarlos a la religión establecida, y ofreciendo a los demás una corta pensión de veinte libras esterlinas entre tanto que se los podía colocar. Estos últimos desecharon la oferta del rey mirándola como el precio de su criminal silencio, y aun los primeros no tardaron tampoco en arrepentirse de su sumisión. Acostumbrado el pueblo a sus declamaciones contra sus superiores, encontraba fríos y lánguidos sus sermones desde que les faltaba aquel adorno, y creyó que sus padres le habían abandonado desde su sumisión que él calificaba de pusilanimidad. En lugar del nombre ordinario con que antes los distinguía de *ministros de Jesucristo*, dio en llamarlos *los curas del rey*, así como al clero de la iglesia restaurada le llamaba *los curas del obispo*. Por consiguiente no tardaron los predicadores en volver a su antigua costumbre, con la cual esperaban su ascendiente en los ánimos; especie de superioridad a que no se renuncia jamás con gusto, una vez obtenida. De día en día se fueron multiplicando los conventículos en la Escocia occidental; se insultó al clero de la iglesia establecida; se despreciaron las leyes; los *covenantarios* no se presentaban en sus asambleas sino armados; y aunque comúnmente se dispersaban, después del servicio religioso, no por eso dejó de alarmarse muy justamente el gobierno al ver que una multitud de sectas enteramente gobernadas por sus sediciosos predicadores, osaba desafiar a la autoridad y tomar en plena paz un aparato militar.

Existía sin duda una enfermedad peligrosa e inveterada en el cuerpo político de Escocia, y para curarla o aliviarla, había aplicado el gobierno todo género de remedios excepto el único de que podía esperarse algún efecto. Una vez ya esparcidas aquellas sectas y profundamente arraigadas, el único expediente capaz de entibiar su ardor es una tolerancia ilimitada y hacer tomar a la unión civil una superioridad efectiva sobre todas las distinciones religiosas; pero como las operaciones de semejante régimen son graduales y poco perceptibles a los principios, suelen los políticos vulgares preferir remedios más pronto y peligrosos. Es de notar también que estos no-conformistas de Escocia no habían ofrecido ni solicitado tolerancia, sino que al contrario pretendían una superioridad absoluta y deseaban ejercer el último rigor contra sus adversarios. Como eran idólatras del *covenant*, no les inspiraba éste otros sentimientos que el espíritu de persecución, revueltas y sublevaciones; y los ministros del rey, en vez de mirarlos como a unos locos a quienes se debía tratar con suavidad y adularlos con destreza, se creyeron con derecho a exigir una rigurosa obediencia, es decir, que se equivocaron en su política como los otros se habían equivocado con su entusiasmo.

En medio de esta confusión se reunió un nuevo parlamento en Edimburgo el 19 de octubre 1669 y vino a él Lauderdale como comisionado del rey. Aquellos presbiterianos más apasionados por la libertad se veían observados demasiado de cerca para poder resistir a las miras del gobierno, y así fue que todo salió a gusto de la monarquía, llegando a tanto el influjo del comisionado, que hizo aprobar dos acuerdos de igual importancia para las libertades civiles y eclesiásticas del reino. En el uno se declaraba que todo lo concerniente al gobierno exterior de la iglesia, es decir, las asambleas, los negocios y el personal de los ministros era un derecho de la corona, y debía ser ordenado con arreglo a las resoluciones del rey que se remitirían al consejo privado de Escocia y tendrían fuerza de ley apenas se promulgasen. El segundo se refería a la milicia establecida dos años antes por autoridad real en lugar del ejército que se había licenciado, señalando el número de 22.000 hombres que habían de estar siempre armados y regularmente disciplinados, y añadía: «que estas tropas habían de estar siempre prontas a marchar fuese a Inglaterra o a Irlanda o a cualquier otra parte de los dominios del rey para cualquiera empresa a que la autoridad, poder y grandeza de S. M. las necesitasen; y esto no con órdenes del mismo rey sino con las del consejo privado de Escocia.»

Hizo valer mucho Lauderdale los servicios que hacia a la corona con aquellas dos leyes, pues la primera dejaba a Carlos dueño de la iglesia y le autorizaba para restablecer hasta por un edicto, si se le antojaba, la religión católica en Escocia y la segunda ponía a su disposición un ejército numeroso. Encontraba también la ventaja de poder cubrir sus órdenes con el nombre del consejo privado, y si no le salían bien sus empresas, era un pretexto para justificar su conducta en el parlamento de Inglaterra; pero tanto como le debían agradar aquellas dos leyes, tanta inquietud causaron a los comunes ingleses, quienes tomaron ocasión de ellas para redoblar sus ataques contra Lauderdale; mas este mismo desencadenamiento sólo sirvió para fortificar más su crédito en la corte, y aunque probablemente, si las cosas hubieran llegado al extremo, de poco habría servido la milicia de Escocia contra Inglaterra, no por eso dejó Carlos de creer que solo el haberla establecido era un apoyo considerable a su autoridad, y así llegó Lauderdale insensiblemente a ser no solo primero, sino único ministro de Escocia. La indolencia natural del rey le inclinaba a poner toda su confianza en un hombre que acababa de aumentar a tal punto la prerrogativa real y a quien veía dispuesto a hacerla del todo independiente.

En la siguiente legislatura que se abrió en 28 de julio de 1670, el mismo parlamento hizo una ley severa contra los conventículos, sujetando a ruinosas multas a los predicadores y sus oyentes en las mismas casas; más por lo que hace a los conventículos celebrados en campo abierto, se imponía la pena de muerte y confiscación de bienes. En ella se prometía una recompensa de cuatro cientos marcos de Escocia a los que se apoderasen de los culpables, y se ofrecía el perdón anticipado de las muertes que pudieran cometerse en la ejecución de tal empresa; mas como parecía difícil probar la realidad de los conventículos por grande que fuese su número, se determinó por otra ley que aquellos que, intimados por el consejo, rehusasen deponer con juramento, serían castigados con multas arbitrarias, prisión o destierro a las colonias. Así es como todo espíritu perseguidor adopta naturalmente o por mejor decir, necesariamente tanto las injusticias de la inquisición como sus rigores.

Toda la complacencia que Lauderdale encontró en el parlamento no había impedido que se formase un partido de que era jefe el duque de Hamilton, cuya facción se hizo tanto más considerable en la legislatura siguiente, cuanto una gran parte de los miembros estaba no menos descontenta de la insolencia del ministro comisionado que del yugo que sufría la nación. El primer parlamento de aquel reinado había reconocido que el reglamento del comercio extranjero era un ramo incontestable de la prerrogativa real, y en consecuencia de esta importante concesión el rey, por un decreto del consejo, había prohibido la entrada de todos los licores fuertes. Habiéndose confiado la ejecución de esta ley a lord Elphinstone, pariente de Lauderdale, no había hecho uso de su autoridad más que para vender permisos a los mercaderes, con cuyo monopolio había ganado y hecho ganar sumas enormes a costa del tesoro real y de todo el reino. Lord Kindarquine había

conseguido un derecho sobre la sal, y el caballero Nicolson otro sobre el tabaco para él y para algunos amigos de Lauderdale. Cuando estos abusos empezaron a ocasionar quejas, queriendo el comisionado prevenir las averiguaciones del parlamento, tomó el partido de poner remedio en el consejo y revocó las patentes; mas como aquellas quejas se extendían a otros muchos abusos, y proponiendo al parlamento hacer una representación general sobre el estado del reino, opuso Lauderdale como una barrera insuperable los lores de los artículos, sin cuyo consentimiento pretendía que no podía admitirse ninguna proposición, entonces fue cuando todos abrieron los ojos sobre la imprudencia que habían cometido en restablecer una institución que hacia inútiles todas las asambleas nacionales para la reparación de los abusos.

Hamilton, Twddale y otros señores hicieron el viaje a Londres para implorar la bondad de S. M., que era quien únicamente podía remediar los males de la administración de Lauderdale; pero también podían ser peligrosas sus quejas, y además todas las avenidas del trono estaban cerradas a la verdad por la ridícula ley Leasing-Making que parecía haber sido arrancada por los antiguos nobles para poner a cubierto su tiranía, opresiones e injusticias. Tomaron pues grandes precauciones los escoceses descontentos para hacer su representación, pero no sacaron fruto alguno, pues Carlos se contentó con hacerles muchos agasajos, y no alteró en nada la autoridad de Lauderdale.

Continuó pues este ministro haciendo mal uso o por lo menos muy severo de ella, pues el consejo privado desposeyó de sus casas en 1675 a doce personas principales, y por un decreto que se hubiera tenido por arbitrario en Europa y hasta por tiránico en Asia, se convirtieron en otros tantos cuerpos de guardia para la supresión de los conventículos. Pretendíase que estas asambleas religiosas ponían a la nación en estado de guerra, y en tales ocasiones estaba autorizado el monarca por una antigua ley a distribuir guarniciones sin otra regla que su prudencia.

No tendría término la relación de todas las violencias de Lauderdale durante su administración: Todos los jurisconsultos fueron echados del foro, y desterrados por un decreto de la corte a doce millas de la capital; de este modo quedó suspensa la justicia del reino durante un año entero, solo para obligarlos a declarar, contra su opinión, que todas las apelaciones al parlamento eran contrarias a las leyes. Por una simple carta que obtuvo del rey, doce de los principales magistrados de Edimburgo fueron desterrados y declarados incapaces de ejercer ningún cargo público, sin otro delito que no haber querido dar gusto a Lauderdale. Tienen las aldeas de Escocia el privilegio de poder reunirse una vez cada año por medio de diputados para deliberar acerca del comercio y fijar sus reglamentos; en una de estas asambleas se tomó la resolución de quejarse de algunas de las últimas leyes que parecían perjudiciales al comercio y suplicar al rey que autorizase a su comisionado para revocarlas en la próxima legislatura del parlamento, empresa que se trató de presuntuosa y por ella se castigó a muchos de los diputados con multas o prisiones. A un individuo del parlamento, llamado Mare, por sólo haber propuesto que, a ejemplo de Inglaterra, no se aprobase *bill* alguno sin que hubiese sido leído tres veces, se le puso preso por orden del comisionado.

Si violenta y tiránica era la administración pública de Lauderdale, no era menos insolente su conducta privada, pues que la facción y el interés prevalecían siempre sobre la justicia. En medio de que la rapacidad del duque no igualaba a la de la duquesa, no por eso dejaba de vender secretamente todos los oficios y mercedes, sin que fuese permitido a nadie el acceso al trono sino por su conducto, de modo que parecían irremediabiles todas aquellas opresiones. Con solo referir la siguiente aventura de un particular llamado Mitchel, se verá que el ministro era tan poco sensible al honor y a la buena fe como a la justicia y a la bondad de corazón.

Era este Mitchel un desesperado fanático que había formado la resolución de asesinar a Sharp, arzobispo de San Andrés, sin otro motivo que su odio a un hombre, que se había hecho aborrecible a todo el mundo y en particular a los *covenantarios*, por su apostasía del puritanismo y por el rigor que afectaba contra este partido. En 1668, yendo armado, como siempre, con una pistola, tuvo la osadía de hacer fuego contra el prelado que iba sentado en su coche, en el momento mismo en que subía a él el obispo de Orkney (Las Orcadas); y la casualidad de extender este entonces el brazo, fue

causa de que recayese en él la bala, que le hizo una grande herida. El atentado se había cometido en la calle principal de la ciudad, pero era tan generalmente detestado el arzobispo, que todos guardaron la espalda al asesino dejándole escapar. No hizo más que atravesar una o dos calles, y poniéndose una peluca que le desfiguraba, volvió inmediatamente a presentarse sin que nadie sospechara de él.

Algunos años después observó Sharp entre la multitud a un hombre que le miraba con cierto furor, y como aun no se le hubiese borrado del todo el miedo del asesinato, dio orden para que le prendiesen y registrasen. Le encontraron dos pistolas extraordinariamente cargadas y esto bastó para que se sospechase que era el autor del primer atentado. Prometió Sharp que si quería confesar su delito se le pondría inmediatamente en libertad, y Mitchel (pues la conjetura era exacta) fue tan crédulo que se prestó voluntariamente a declararlo; mas apenas hubo hecho tal confesión, cuando le llevaron al consejo privado, y como no había prueba alguna contra él, quiso el consejo envolver, si podía, a todos los *covenantarios* en aquella odiosa trama, y le reiteró solemnemente la promesa del perdón si quería descubrir a sus cómplices; pero se hallaron chasqueados los consejeros al saber por su deposición que el único hombre a quien había confiado su designio había muerto ya, y por consecuencia le enviaron ante un tribunal criminal donde quisieron hacerle repetir su confesión; mas temiendo Mitchel que el perdón de la vida que se le había otorgado se convirtiese en algún castigo corporal, rehusó obedecer, por lo que se le volvió a su prisión. Empezó el consejo examinarle acerca de la sublevación de Pentlaad, en que se sospechaba que había tomado parte, y a falta de pruebas, le dieron tormento instándole, contra todas las leyes de la equidad natural, a que se acusase a sí mismo. Sufrió el tormento con admirable resolución sin querer confesar un delito de que se cree que no era culpable; pero con todo eso, en vez de conseguir la libertad, le enviaron a Bass, que era una altísima roca rodeada por el mar, que acababan de convertir en una prisión de estado, llena de infelices *covenantarios*.

Allí permaneció en la mayor miseria y cargado de cadenas hasta el año 1677, en que se tomó la resolución de hacer nuevos ejemplares de terror contra los entusiastas, siempre perseguidos y cada día más tenaces. Entonces le volvieron a conducir ante un tribunal de justicia, donde se le arguyó de nuevo acerca del asesinato de un arzobispo y consejero privado, citando contra él su primera confesión probada con el testimonio del duque de Lauderdale, de su hermano lord Halton, tesorero general, del canciller conde de Rohtes y del primado mismo. Alegó Mitchel en su defensa, no sólo que el consejo no era un tribunal de justicia, sino que su confesión no había sido judicial y que se le había provocado a hacerla con una promesa de perdón que no se le había cumplido. Protestaron los cuatro señores con juramento que jamás habían hecho semejante promesa, a lo cual replicó el preso solicitando que se trajesen los libros de registro del consejo y hasta ofreció leer una copia de las transacciones de aquel día; pero los consejeros privados sostuvieron que después de haber ellos prestado juramento, no se debía admitir prueba alguna y que los registros del consejo contenían secretos regios que no debían divulgarse. Probablemente no repararon en que, cuando prestaron el juramento, habiendo insertado el secretario la promesa de perdón en la deposición de Mitchel, toda la minuta había sido firmada por el canciller y que de este modo se hallaban consignadas las pruebas de su perjurio en un documento público. Mas nada de esto bastó para que el preso no fuese condenado, y aunque es verdad que Lauderdale se mostró algo inclinado a perdonarle la vida, el implacable prelado insistió rigurosamente en que se le llevase al suplicio, diciendo que si los asesinos quedaban impunes, siempre estaría su vida en peligro. En efecto fue ajusticiado Mitchel en Edimburgo en el mes de enero de 1678, y aquella complicación de perfidia y de crueldad dio a conocer bien a las claras cual era el carácter de los ministros a quienes Carlos tenía confiado el gobierno de Escocia.

Además de las injusticias que procedían del carácter violento de Lauderdale, siempre menos odiosas que las que son inseparables de todos los proyectos de persecución, tuvo su administración otras muchas circunstancias que le envolvieron en una multitud de medidas severas y despóticas. Tratábase de introducir un gobierno absoluto, cuyos principios suelen ser muy rigurosos, y como



carecía la tiranía de fuerzas militares, se veía precisada a disfrazar con las apariencias de la ley, lo cual ocasionaba movimientos muy irregulares, y la oposición misma de los que se irritaban con tal conducta, no hacia más que aumentar la furia de sus opresiones.

Aquel rigor con que se perseguían los conventículos, en vez de intimidar a los fanáticos, sólo servía, como sucede siempre, para obstinarlos más en sus errores y redoblar el ardor de su celo uniéndolos más y más entre sí, y sobre todo para inflamarlos contra la iglesia establecida. Casi en toda la Escocia meridional, y particularmente en los condados del Oeste, el pueblo entero concurría a los conventículos, y aunque la nobleza secundaria no asistía ordinariamente a aquellas asambleas ilegítimas, cerraba los ojos sobre la irregularidad de sus vasallos; mas para obligarla a que entrase en el partido de los perseguidores, se la intimó de orden del consejo una cédula de obligación por la cual se la proponía que se constituyese responsable de la buena conducta de sus colonos; de suerte que si alguno de estos subalternos frecuentaba algún conventículo, estaba su señor obligado a pagar la misma multa que la ley imponía al culpable. Era ridículo confirmar las leyes por medio de contratos voluntarios, y no menos injusto hacer a uno responsable de la conducta de otro, así como era legítimo imponer condiciones tan duras a unas gentes a quienes no se les podía echar en cara culpa alguna. Por estas razones no quisieron la mayor parte de los nobles firmar el compromiso que se les proponía, y Lauderdale, furioso con esta oposición, emprendió sujetar a los disidentes con otros medios todavía más raros y más despóticos.

En la ley que se promulgó contra los conventículos se les designaba con el título de *seminarios de rebelión*, y esta expresión que no era más que una figura retórica, quiso el consejo tomarla en sentido literal, de modo que habiendo llegado a ser muy frecuentes los conventículos en el Oeste aunque en todas partes reinaba una profunda paz, pretendió Lauderdale que los condados de aquella parte de Escocia estaban en actual rebelión. Sobre este supuesto persuadió a algunos jefes de tribu de la montaña a que pusiesen a su disposición 8.000 hombres de sus clanes, que reunió con la tropa de guardias y la milicia de Angus. Envío este pequeño ejército a las tierras de todos aquellos que no habían querido firmar la obligación para que viviesen allí a discreción, como que precisamente aquellos condados de Escocia eran los más ricos y poblados. Eran los montañeses la porción más indócil y menos civilizada del pueblo, y así ya se puede discurrir los estragos que cometería una tropa de bárbaros sin disciplina, enemigos de toda traba legal, acostumbrados a la rapiña y a la violencia, y a quienes se había infundido la idea de que aquellos eran unos enemigos de su príncipe y de su religión. No perdonaron maltrato de ninguna especie, valiéndose hasta de los tormentos para hacer descubrir los tesoros ocultos, y como la nobleza observó que no se trataba mejor a los que habían firmado la obligación, se confirmó más y más en su oposición. Sublevóse la opinión nacional contra un ultraje tan enorme, y los montañeses, después de cuatro meses de una vida tan licenciosa, se volvieron a sus montañas cargados de los despojos y execraciones del país.

Los que se habían dejado persuadir a firmar la memoria del consejo, no encontraron otra seguridad que el destierro de aquellos colonos que mostraban inclinación a los conventículos, y así des poblaron sus posesiones, para aumentar la miseria de aquellos infelices, prohibió que se les acogiese en ninguna parte si no traían un certificado de conformidad con el ministro de su parroquia. Todavía se discurrió otro medio de sujetar a la persecución a los más obstinados disidentes, y fue, que como, por las leyes de Escocia, cualquier particular que juraba ante un magistrado que creía amenazada su vida por otro podía conseguir una orden, llamada *Law-Burrows*, por la cual se obligaba a este último a dar fianza de su conducta, concibió Lauderdale el ridículo proyecto de hacer que el rey expidiese órdenes de esta naturaleza contra sus súbditos, y bajo este pretexto, todos los que rehusaron firmar la memoria, se vieron citados ante el consejo, que los obligó a comprometerse bajo la pena de perder dos años de su renta, no sólo a no frecuentar ellos mismos los conventículos, mas también a no permitir que sus criados ni colonos se presentasen en tales asambleas. De este modo se juntó el artificio a la tiranía, con lo cual lejos de ensalzarse la autoridad real, se la envileció mucho más sujetando al rey a que pidiese la misma seguridad que un ciudadano puede exigir de otro cualquiera.

Decía una antigua ley, aunque rara vez se había observado, que un hombre acusado de un crimen, si no se presentaba a responder en justicia, podía ser condenado en rebeldía o proscrito públicamente; y que los que por motivos de sus negocios, o por parentesco o por caridad, tenían luego la menor comunicación con él, estaban sujetos a las mismas penas que hubiese merecido el culpable por su crimen. Publicáronse contra los predicantes y sus oyentes en los conventículos un gran número de estas sentencias de proscripción, y esta absurda y severa ley sólo sirvió para multiplicar los crímenes y los culpables. Cuando las mismas leyes son tan violentas, nada tiene de extraño que la administración sea tiránica.

Temiendo que los gritos del oprimido pueblo llegasen al trono, se prohibió bajo penas rigurosas a todos los propietarios salir de Escocia; decreto severísimo, sobre todo en un país cuyo soberano residía en país extranjero. Mas esto no impidió a Cassilis, Hamilton y Tweedale pasar sucesivamente a Londres, y dar sus quejas al rey, que como era por carácter muy opuesto a las violencias de Lauderdale, envió inmediatamente órdenes para interrumpir aquellas inicuas sentencias de proscripción. Sin embargo, como ordinariamente no se conmovía mucho por lo que pasaba a gran distancia, no manifestó tanta indignación como debiera contra los que tan indignamente comprometían su autoridad, y a pesar de que reprimía los abusos, se dejó persuadir a aprobarlos y aun aplaudirlos en una carta particular que escribió al consejo. Esta prueba de connivencia era capaz de fortificar los planes de sus ministros, pero le exponía grandemente al peligro de perder el afecto de sus súbditos, quitando hasta la probabilidad de que pudiera nadie hacer alguna distinción entre él y sus opresores.

Refiere Burnet que después de haber escuchado todos los debates concernientes a los asuntos de Escocia, dijo Carlos: «Conozco que Lauderdale se ha conducido muy mal con respecto a mi pueblo de Escocia, pero no veo que haya ejecutado nada contrario a mis intereses», sentimiento indigno de un soberano.

Durante la ausencia de Hamilton y de los otros lores descontentos, tuvo permiso Lauderdale para convocar los estados de Edimburgo, y no solamente le suministró aquella asamblea algunas sumas, sino que le dio alabanzas por su conducta, manifestando en su mensaje al rey la mayor satisfacción de ella. Por desgracia estos testimonios de complacencia produjeron en Inglaterra un efecto enteramente opuesto al que se había prometido Lauderdale, infiriéndose que en Escocia se había oprimido del todo la voz pública, y que había llegado a tal punto la tiranía, que hasta la misma queja había llegado a ser peligrosa. En la esclavitud de un estado vecino, veían las pruebas de lo que eran en realidad las intenciones de Carlos, y aquella misma violencia con que se veía ejercer la autoridad del soberano, hizo temer a los ingleses las mismas consecuencias de la pérdida de su libertad. Si con tan poca medida se perseguía a una iglesia protestante, ¿cuánto habría que temer de los progresos de los católicos, que siempre habían pasado por poco escrupulosos en emplear el hierro y el fuego para exterminar a las sectas opuestas a la suya? Y si tan tiránicos eran estos preludios del poder absoluto ¿cómo sería éste luego que se consolidase y desapareciese todo temor de oposición, merced a los ejércitos mercenarios, y todo sentimiento de pudor, a esfuerzos de una larga costumbre!

## LXVII. Carlos II—1678

### Conspiración papista.

Desde la odiosa liga con Francia, abrigaba la nación inglesa vivas desconfianzas de la corte, y las disposiciones adoptadas por Carlos parecían más propias para aumentar que para destruir sus prevenciones: no formaba proyecto alguno ni hacía declaración de que no se sospechase que llevaba alguna mira misteriosa, creyendo todos que el objeto a que aspiraba no era otro que el poder arbitrario y el restablecimiento de la religión católica. El menor rumor bastaba para inquietar al pueblo, que creía tener dentro de su propio seno a sus enemigos y en posesión de toda la confianza del soberano; y mientras que tales eran sus disposiciones de ánimo, se oyó de pronto el grito de una conspiración. Todos los ciudadanos se despertaron de su falso sueño, y como sucede en la obscuridad, cuando uno se despierta asustado, cada cual se figuró ver un espectro en cada sombra. El terror del uno ocasionaba los terrores de otro, y esparcido el espanto por la nación, perdieron todo su influjo la prudencia, la razón y todos los principios de humanidad. De esta disposición de los ánimos debemos partir para trazar el cuadro de los progresos de la trama atribuida a los papistas y la opinión que debe formarse de ella, sin lo cual parecería este suceso tan prodigioso como inexplicable.

El día 12 de agosto 1678 un químico llamado Kirby se acercó al rey que se estaba paseando en el parque y le dijo: «Señor, no os apartéis del círculo de los que os acompañan, porque vuestra vida está en peligro de armas de fuego y pueden mataros en el paseo mismo.» A las preguntas que le hicieron sobre esta extraña revelación, respondió que dos hombres llamados Greve y Pickering se habían comprometido a quitar la vida al rey, y sir Jorge Wakeman, médico de la reina, a envenenarle; esta información, añadió, la había recibido del doctor Tongue a quien presentaría a S. M. si le daba permiso para ello. Era Tongue un ministro anglicano, hombre activo, inquieto, lleno de proyectos y falto de juicio; y éste trajo al rey unos papeles que contenían los pormenores de una conspiración, divididos en cuarenta y tres artículos. No habiendo tenido Carlos comodidad para leerlos, encargó que lo hiciese Danby el tesorero general, y le comisionó para que oyese a los delatores. Declaró Tongue que aquellos papeles no estaban escritos de su puño, sino que se los habían echado por debajo de la puerta y que sospechaba quién era el autor, aunque no con absoluta certeza. Poco tiempo después volvió a decir al tesorero general que si no se había engañado en sus conjeturas, el autor de los escritos, a quien había encontrado dos o tres veces en la calle, había convenido en el caso y échole una relación más extensa de la conspiración; pero que quería que se ocultase su nombre temiendo que le asesinasen los papistas.

Así en la nueva información como en la primera, se acusaba a Greve y a Pickering de la intención de matar al rey, y hasta pretendió Tongue que en un día señalado debían ir a Windsor con este objeto. Diéronse órdenes para prenderlos cuando se presentasen, pero por más que se renovó este alarma más de una vez, siempre daba Tongue frívolas explicaciones a la dilación, y el rey vino a persuadirse en vista de aquellas evasivas y del modo misterioso y sutil con que se le había comunicado el aviso, que todo era una patraña.

Volvió luego Tongue al tesorero general, y le dijo que en la siguiente noche se había de poner en el correo de Windsor un paquete de cartas escritas por unos jesuitas, relativas a la conspiración, dirigidas al padre Bedingfield, jesuita y confesor del duque de York. El rey, a quien Danby informó de este aviso, respondió que pocas horas antes se había entregado el paquete al duque por el mismo padre Bedingfield y que había dicho aquel religioso que sospechaba hubiese en él algún fatal

designio; que las cartas contenían explicaciones peligrosas y que desconocía la pluma de los nombres que las firmaban. Este incidente no produjo otro efecto más que confirmar al rey en su incredulidad.

Probablemente se hubiera quedado el asunto en aquel estado si la inquietud del duque de York al saber que andaban sacerdotes y jesuitas y su mismo confesor en aquel feo negocio, no le hubiese hecho desear que el consejo tomase conocimiento profundo de aquella supuesta conspiración. Se buscó a Kirby y a Tongue y se supo que vivían entonces en grande intimidación con Titus-Oates, el mismo de quien Tongue había recibido los primeros informes. Declaró Oates que se había hecho sospechoso a los jesuitas, y que el provincial de estos le había dado un bofetón y tres palos por haber revelado la trama; y que sabiendo estaban en ánimos de castigarle con más severidad, había tomado el partido de huir y ocultarse. Aquel hombre, en cuyo pecho se encerraba un secreto de que dependía el destino de los reyes y de los reinos, vivía en una miseria tal, que Kirby se veía precisado a darle diariamente el pan y así fue igual su alegría que su sorpresa cuando supo que el consejo estaba por fin dispuesto a tomar conocimiento de sus informes; pero como se prometía más estímulos del público que del rey y sus ministros, resolvió, antes de presentarse al consejo, ir con sus dos compañeros a casa de sir Edmundsbury Godfrey, que era juez de paz y muy conocido por su actividad, y declarar allí todos los artículos de la trama.

### **Relación de Oates y su carácter.**

Aquel maravilloso descubrimiento que hizo sucesivamente Oates a Godfrey, al consejo y luego a las dos cámaras del parlamento, decía<sup>426</sup>: «que el papa, después de haber discutido el asunto en la congregación de la Propaganda, se había creído con derecho para pretender la posesión de la Inglaterra y la Irlanda por la herejía del rey y de los pueblos, que en consecuencia había tomado la soberanía de los dos reinos y juzgado a propósito delegar aquella suprema autoridad a la compañía de Jesús. En virtud de esta concesión del papa, el padre Oliva, que era general de la orden, había ejercido todos los actos de la regia autoridad, y sobre todo, provisto por medio de comisiones selladas con el sello de la sociedad, todos los grandes empleos civiles y militares. Lord Arundel había sido creado canciller, lord Powis, tesorero general, el caballero Godolphin, guarda del gran sello privado, Coleman, secretario de estado, Langhorn, procurador general, lord Bellasis, general del ejército pontificio, lord Peters, teniente general, Strafford, tesorero; y las patentes inferiores firmadas por el provincial de los Jesuitas se habían ido distribuyendo del mismo modo entre diferentes personas de todas clases. No menos cuidadosamente se habían provisto todas las dignidades de la iglesia, y muchas de ellas en españoles y otros extranjeros. El provincial había celebrado un consejo con los jesuitas que estaban bajo sus órdenes, en que el rey, conocido entre ellos por el *bastardo negro*, había sido solemnemente juzgado y condenado en calidad de hereje y tomándose la resolución de darle muerte.

»El padre Le Sheé (este era el nombre que aquel insigne conspirador y gran delator daba al padre La Chaise, confesor del rey de Francia, hombre honradísimo y muy humano) había depositado en Londres 10.000 libras esterlinas para cualquiera que las ganase por medio de este atentado, y la misma liberalidad había tenido un provincial español. El prior de los benedictinos estaba dispuesto a contribuir con 6.000 libras esterlinas, y los dominicos, aunque aprobaban la acción, alegaban su pobreza para no dar nada. Se habían ofrecido 10.000 libras esterlinas al caballero Wakeman, médico de la reina, el cual pedía 15.000 por recompensa de tan gran servicio, y habiendo parecido justa su demanda, se le había pagado adelantada la tercera parte de la suma; pero recelando que faltase a lo prometido, tenían los Jesuitas cuatro bandidos irlandeses a su sueldo, habiéndoles ofrecido veinte guineas a cada uno para matar al rey en Windsor; y Coleman, secretario de la duquesa de York, había dado al correo que les llevaba aquella orden una guinea para que

acelerase el viaje. Greve y Pickering estaban empleados también para matar al rey con balas de plata, habiéndose ofrecido al primero una suma de 1.500 libras esterlinas, y como el segundo era un hombre piadoso su recompensa había de consistir en 30.000 misas que, evaluadas a un chelín (cinco reales) cada una, componían la misma suma. Dos veces hubiera ejecutado Pickering su resolución a no habersele caído la piedra de la pistola en una ocasión y el cebo en otra. El padre Cornier, jesuita, había comprado un cuchillo que le costó tres chelines, y no le pareció caro, porque pensaba matar al rey con él. Se había hecho correr la voz entre los católicos de Inglaterra de ciertas cartas de suscripción para juntar las sumas necesarias para el mismo objeto, y en el mes de mayo último, se celebró en la taberna *del Caballo Blanco*, de Londres, una junta donde se reunieron nada menos que cincuenta jesuitas, cuyo voto unánime fue que era preciso deshacerse del rey. Luego se dividió aquel gran consejo en otros muchos más pequeños, y Titus Oates estaba empleado en llevar de uno al otro las memorias y cartas, que todas decían relación con el designio de matar al rey. Estuvo también encargado de un escrito que contenía el compromiso formal de la ejecución de este atentado, y lo firmaban todos los cómplices. Se había hecho una apuesta de cien libras esterlinas a que el rey no vivía para Navidad, y en una palabra se había determinado, según la expresión de un jesuita, que si Carlos no quería ser C. R. (Católico Romano), no le duraría mucho ser el (R. C.) Rey Carlos.

»El gran incendio de Londres fue obra de los jesuitas, quienes emplearon para pegar fuego a la ciudad ochenta u ochenta y seis personas y setecientas balas incendiarias; pero se habían indemnizado sobradamente de aquellos gastos con el saqueo, que les había producido 14.000 libras esterlinas. Otro incendio ocasionaron en Margaret's Hill, donde les valió el robo otras 2.000 libras esterlinas; otro en Southward, y se tomó la resolución de incendiar también las principales ciudades de Inglaterra. Ya se había construido un modelo de incendio general para Londres, en que estaban marcados los sitios por donde había de principiarse el fuego, y estaban tan bien concertadas por los jesuitas todas las operaciones, que variaban las órdenes según las variaciones posibles de los vientos. A las balas incendiarias las llamaban ellos *píldoras de Teuxbury*, diciendo que llevaban consigo su salsa picante. Se había resuelto matar al rey en el incendio de Londres, pero fue tanto el ardor y caridad que mostró en proporcionar socorros a la ciudad, que se mitigó el odio de los jesuitas y abandonaron su designio.

»Además del fuego y los asesinatos habían formado proyectos de sublevación general y matanzas en los tres reinos; pues en veinte y cuatro horas podían juntarse 20.000 católicos en Londres, y decía el padre Jennisson, jesuita, que podían fácilmente degollar a 100.000 protestantes. Otros 8.000 católicos estaban convenidos en tomar las armas de Escocia, y Ormond debía ser asesinado, por cuatro jesuitas. En Irlanda había de ser general la matanza de los protestantes, y Coleman había entregado 200.000 libras esterlinas para sostener la rebelión en aquella isla, donde el rey de Francia desembarcaría muchas tropas. Estaban especialmente designados a los asesinos Poole, autor de la *Sinopsis*, y el doctor Stillingleet, controversista celoso contra los católicos.»

Si hemos de creer a Burnet, Oates le había hecho a lo menos el mismo honor. «Verificada aquella destrucción había de ofrecerse la corona al duque de York, pero con la condición de recibirla como una donación del papa, y había de confirmar todas las patentes dadas en Roma para los cargos y los empleos, había de ratificar todas las precedentes operaciones, perdonando a los incendiarios y los asesinos de su hermano, y consentir en la total extirpación de la religión protestante. Si desechaba estas proposiciones debía él también perecer o por veneno o a hierro.» La expresión que Oates pone en boca de los jesuitas es: «que a Jacobo se le castigaría cuando llegase su turno.»

Este delator de una trama tan horrible era el más infame de los hombres; hijo de un ministro anabaptista, capellán del coronel Pride, pero que habiendo recibido las órdenes de la iglesia anglicana, pudo conseguir un beneficio corto que le proveyó el duque de Norfolk: fue acusado de perjurio, y su astucia le salvó del rigor de la justicia. Luego fue capellán de navío, de donde le echaron por algunos excesos vergonzosos que no se pueden nombrar, y entonces no tuvo otro recurso que abrazar la religión romana; pero se alababa después de que había fingido aquella

conversión para tener ocasiones de penetrar los secretos de los católicos y hacerles traición.<sup>427</sup> Le enviaron al colegio de jesuitas de Saint Omer, y aunque ya de edad de más de treinta años, pasó algún tiempo entre los estudiantes. Le dieron una comisión para España, de donde volvió al colegio de Sain Omer y los jesuitas, cansados al fin de tal discípulo, tomaron el partido de despedirle. Es verosímil que el resentimiento de aquella injuria fue lo que le excitó, de concierto con el doctor Tongue, a forjar aquel espantoso plan de conspiración de que acusó a los católicos.

Mas no bastó toda su imprudente depravación para que, al presentarse ante el consejo, no se contradijese de un modo que hubiera quitado todo crédito a la relación mejor ordenada y destruido el más respetable testimonio. Decía él que en su viaje a España le habían presentado a Don Juan de Austria, el cual le había ofrecido poderosos socorros para la ejecución del plan de los católicos. Preguntóle Carlos qué especie de hombre era Don Juan, y respondió que era muy alto y flaco, lo cual no era verdad, como sabía muy bien el rey que le conocía personalmente<sup>428</sup>. También se equivocó completamente acerca de la situación del colegio de jesuitas de París<sup>429</sup>, y aunque suponía tener íntimas relaciones con Coleman, no le reconoció cuando se sentó muy cerca de él, excusándose con que a la luz artificial tenía muy poca vista<sup>430</sup>. En los mismos errores cayó respecto de Wakeman.

A pesar de estas objeciones pareció de mucho peso el testimonio de Oates y no tardó la conspiración en ser objeto de todas las conversaciones, así como del público terror. Como hacía tanto tiempo que el pueblo abrigaba un odio mortal contra los católicos, no hubo absurdo por grosero que fuese a que no se diera crédito con tal que les fuera injurioso, y cuanto más infernal pareciese cada circunstancia que se refería, más acorde estaba con la idea que tenían formada de los jesuitas. Danby, que siempre estaba opuesto al interés de la Francia y de los católicos, no dejó de apoyar todas las relaciones que podían perjudicar aquel partido, y él fue quien mandó insertar en la orden para prender a Coleman la cláusula de que se recogiesen todos sus papeles, artículo que era sin duda de suma importancia.

### Cartas de Coleman.

Coleman, tanto por sí como por orden del duque, estaba en correspondencia con el padre La Chaise, con el nuncio del papa en Bruselas y con otros católicos extranjeros, y como de suyo era muy activo y revoltoso, se le escapaban a menudo en sus cartas expresiones violentas e indiscretas. Le embargaron todos sus papeles y correspondencia durante los años 1674, 1675 y parte de 1676, que contenían una multitud de explicaciones singulares: entre otras cosas escribía al padre La Chaise: «Traemos una grande obra entre manos, pues no se trata de nada menos que de la conversión de los tres reinos, y tal vez, por este medio, de la ruina total de una herejía pestilente que ha dominado largo tiempo en el norte. Jamás ha habido mayores esperanzas de un suceso tan feliz desde que falleció la reina María. Nos ha dado Dios un príncipe (hablando del duque de York), que puedo decir se ha hecho milagrosamente el más celoso del honor de servir de instrumento para una obra tan gloriosa, pero como también estamos seguros de encontrar grandes oposiciones, nos importa mucho proporcionarnos cuantos auxilios nos sean posibles.» En otra carta decía: «Trabajo me cuesta persuadirme a que estoy despierto y a que veo los objetos como son en sí, cuando considero que un príncipe es capaz, en el siglo que vivimos, de tal celo y piedad que para él todo es nada en comparación de la gloria del Altísimo, de la salvación de su alma y de la conversión de nuestro pobre reino.»

427 Burnet, Echard, North, l'Estrange etc. etc.

428 Burnet y North.

429 North.

430 Burnet y North y la colección de causas célebres.

En otros varios lugares pintaba como inseparables los intereses de la corona de Inglaterra, los del rey de Francia y los de la religión católica; y aun se pretendía que los intereses del duque no estaban menos inviolablemente ligados con los del monarca francés. El mismo rey, se dice tiene igual inclinación a favorecer a los católicos cuando puede hacerlo sin peligro, y añadía Coleman: «Con dinero todo se le podrá persuadir al rey, y todo podrá conseguirse de él por el mismo medio, aunque sea en perjuicio suyo. Puede tanto con él el dinero que no es en su mano resistirle. En esta corte la lógica que se funda en el dinero tiene más fuerza que ninguna otra especie de argumentos.» Estas razones le hacían proponer al padre La Chaise que persuadiese al rey de Francia a enviar a Inglaterra 300.000 libras esterlinas, asegurando que con esta condición no dejaría de disolverse el parlamento, lo cual, dice, haría Carlos por sí mismo a no contenerle la esperanza de conseguir dinero de aquella asamblea. También llamaba su atención sobre que el parlamento había ya forzado al rey a hacer con la Holanda una paz contraria a los intereses de la religión católica y de S. M. cristianísima; si llega a reunirse, añadía, infaliblemente le obligará a declarar la guerra a la Francia. Aparece también de las mismas cartas que la prorrogación del parlamento hasta el mes de abril de 1675 había procedido de las artes del partido francés y católico, que quería hacer ver a los aliados que no tenían que esperar socorro alguno de Inglaterra.

La publicación de estas cartas hizo subir de punto los terrores que ya había esparcido la trama en la nación, sin raciocinar por lo que arrojaba de sí la fuerza de los documentos, sino por lo que dictaban las pasiones y los temores. Parece cierto que en efecto merecía atención aquel espíritu activo de la iglesia católica y de los jesuitas, tan peligroso para las demás comuniones, porque es tan viva la manía de las conversiones en aquel partido, que ha hecho penetrar a sus misioneros en todas las naciones del globo terrestre, y en este sentido puede decirse que hay una trama perpetua de los papistas contra todos los estados protestantes, paganos y mahometanos. También es muy probable que la conversión del duque y el favor del rey hubiesen inspirado a los clérigos católicos una nueva esperanza de recobrar su antiguo imperio en las islas británicas, y reanimado aquel excesivo celo que ordinariamente forma su principal carácter. Su primera idea era conseguir la tolerancia, y les parecían tan evidentes sus principios teológicos, que una vez que se proporcionasen una libertad completa, no dudaban de hacer abrir los ojos a los pueblos. Después de la conversión de una gran parte del reino, esperaban restablecerse en su plena autoridad y aniquilar lo que ellos llaman la herejía.

Por más distante que estuviese todavía este peligro para la religión protestante, se alarmaban justamente de ver el heredero presuntivo de la corona tan entregado a sus preocupaciones y tan apegado a unos intereses que no eran los de Inglaterra; y hasta el mismo rey, inclinado por motivos viles a favorecer las peligrosas ideas de su hermano. Eran de temer consecuencias funestas y la nación o el parlamento no podían omitir ninguna precaución; pero que el pontífice romano se atreviese a prometerse la soberanía del reino, cuyo proyecto aun en las tinieblas de los siglos once y doce hubiera parecido quimérico; que hubiese delegado su autoridad a los jesuitas, es decir, a la orden religiosa más detestada de los ingleses, que se pudiera emprender una matanza general de los protestantes, cien veces más numerosos que los católicos y en posesión de toda la autoridad del estado; que el rey mismo debiese ser asesinado y también el duque de York, único apoyo de su partido, eran unos absurdos que ningún humano testimonio podía hacer verosímiles, y mucho menos la deposición de un hombre notado de infamia y que no podía evitar el caer a cada instante en las más groseras contradicciones. Si unos relatos de tal naturaleza hubiesen merecido una refutación seria, bastaban las cartas de Coleman para hacerles perder toda especie de autoridad, porque ¿quién ha de persuadirse que en una correspondencia tan larga del hombre de confianza del partido no se hubiese encontrado ni el menor vestigio de sublevación ni de incendio, ni de matanzas, ni de asesinato, ni de invasión, caso de ser ciertos semejante proyectos? Pero esta reflexión y otras mil tan obvias como ella fueron del todo inútiles contra la preocupación general en que se hallaba la nación, y todo el mundo confundió en una sola las dos tramas de Oates y de

Coleman, sirviendo la evidencia de esta última, ayudada de las pasiones del odio y el terror, para no dejar la menor duda en punto a la certeza de la primera.

### **Asesinato de Godfrey y consternación general.**

Sin embargo, era muy posible que con el tiempo se abriesen los ojos del público; pero desgraciadamente el fin trágico de Godfrey vino a completar la ilusión y hacer del todo incurables las preocupaciones de la nación (17 de octubre). Habiendo desaparecido durante algunos días aquel magistrado, se hicieron las más exquisitas diligencias para buscarle, y al fin fue encontrado su cadáver en un foso de Primerose-hill, habiéndose notado en su cuello señales de que se habían servido de una cuerda para ahogarle. Mostraba también algunas contusiones en el pecho, y tenía atravesada por el cuerpo su propia espada, mas como de la herida había salido muy poca sangre, se infirió que se la habían clavado después de muerto, y no había habido suicidio. Tenía las sortijas puestas en los dedos y dinero en el bolsillo, de lo que se sacó por consecuencia que no había muerto a manos de ladrones; y así, sin pasar adelante en las pesquisas, se levantó la voz de que había sido asesinado por los papistas por haber recibido la declaración de Oates, y esta idea cundió con tal rapidez que todo el mundo estuvo dispuesto a creerla.

En la misma proporción cundieron los temores, pero acompañados de furor, creyendo cada cual ver realizados en la suerte de Godfrey los horribles designios que se atribuían a los católicos. Ninguna duda quedó ya de la veracidad de Oates, no habiendo más que un grito general contra la religión detestada, y por más que suponían plenamente descubierta la sangrienta conspiración, todavía no tenía nadie por segura su vida. A cada momento se esparcían nuevos rumores y se suscitaban nuevas sospechas, ya de invasiones extranjeras, ya de sublevaciones domésticas, ya de muertes y envenenamientos. Con sólo negar la existencia de la trama ya era lo bastante para pasar por cómplice de ella y la menor duda era un crimen, concurriendo todos los partidos, fuesen realistas o republicanos, anglicanos, sectarios, cortesanos o patriotas a mantener la ilusión. Se hicieron en Londres preparativos de defensa, como si estuviese a sus puertas el enemigo, se tendieron las cadenas en el puerto y se levantaron empalizadas en términos que todavía se recuerda un dicho de sir Tomás Player, gentil hombre, que felicitando a la ciudad por sus precauciones, aseguró que «sin ellas hubieran amanecido todos los ciudadanos degollados.»<sup>431</sup>

No faltaron tampoco artificios para acalorar aquel frenesí, pues se trajo a la ciudad el cadáver de Godfrey entre una multitud de pueblo, y se expuso en las calles a la vista de los curiosos de todas las clases, retirándose todos tan furiosos con el contagio de los sentimientos populares como con la impresión de aquel horrible espectáculo. Celebróse su entierro con el mayor aparato, llevándole por las calles principales de la ciudad, precedido de setenta y dos eclesiásticos y seguido de más de mil personas de distinción, llegando a tal punto las ridículas precauciones, que durante el sermón de honras estuvieron constantemente en el púlpito dos ministros muy corpulentos al lado del orador, temiendo, o fingiendo temer, que al tributar los últimos honores al infeliz magistrado, viniesen los papistas a asesinarle a la vista de la asamblea<sup>432</sup>.

Estando la nación en tales disposiciones fue del todo imposible dar oídos a la razón, y hoy es el día en que tampoco puede explicarse bien cual fuese la causa de la muerte de Godfrey; porque acusar de ella a los papistas es cosa enteramente inverosímil, a no imaginar que la política de aquel partido le indujese a cometer semejante crimen para intimidar a los demás magistrados; pero era imposible que produjese este efecto la catástrofe de Godfrey a no estar segura toda la nación de que los católicos eran sus asesinos, y en tal caso era evidente la ruina de todo el partido. Por otra parte, ¡cuantos magistrados habían estado tratándolos durante un siglo con el mayor rigor sin que a nadie le ocurriera que se hubiesen desecho de ellos por medio del asesinato! A mal tiempo les hubiera

431 North p. 205.

432 Idem.



ocurrido dar principio a tan peligrosas experiencias, sin que tampoco pueda admitirse que el resentimiento, y no la política, los hubiese enfurecido contra Godfrey; porque ¿qué apariencia había de que aquel magistrado les hubiese hecho ofensa alguna por sólo recibir la deposición de Oates? Su papel en aquel caso no había pasado de ser un acto legal propio de su oficio, y que cualquiera otro hubiera desempeñado estando en su puesto. Además vivía en muy buen pie con los católicos, y lejos de distinguirse contra ellos por ningún exceso de rigor, se sabe que había contraído estrechas relaciones con Coleman y tenido gran cuidado de informar a su amigo del peligro a que le exponía la deposición de Oates.

No faltan escritores que, viendo lo imposible que es explicar la muerte de Godfrey por las maquinaciones de los católicos, acuden a una suposición contraria, valiéndose del axioma vulgar de que el crimen debe atribuirse a aquellos que sacan ventaja de él; y fundados en este principio, aseguran de Shaftsbury, al frente de un partido popular, fue el que cometió una acción tan infame para echar la culpa a los papistas; pero de admitir semejante suposición no puede menos de admitirse también que toda la trama fue inventada igualmente por aquellos políticos, y que Oates no fue más que un instrumento suyo. Sin embargo parece que este último, temiendo hacerse enemigos demasiado poderosos, habían cuidado de no inculpar ni al duque de York, ni a Danby ni a Ormond ni a ninguno de los demás ministros, que eran los más sospechados de los jefes populares; por otra parte, ofrece todo el tejido de la trama tales bajezas y absurdos, que no parece haber sido obra de ningún hombre de seso y de mediana educación. Verdad es que cuanto más horrible y monstruosa pareciese la conspiración, más propia era para esparcir el terror y la convicción en el populacho, pero también lo es que no podía haberse previsto este efecto con alguna certeza, y así ofrecía más probabilidad de buen éxito para un loco que para un hombre sensato. Un plan de conspiración papista en manos de Shaftsbury hubiera estado mejor dispuesto, hubiera sido más moderado y creíble, y por lo mismo no hubiera producido tanto efecto en el pueblo como las terribles ficciones de Oates.

Es pues inevitable resignarse a la más completa ignorancia acerca de los autores de la muerte de Godfrey y limitarse a decir en general que acaso este extraño incidente no tuvo relación alguna con la conspiración. Cualquier particular y sobre todo un magistrado activo, podía tener en una ciudad tan populosa como Londres muchos enemigos de quienes no abrigasen la menor desconfianza ni sus amigos ni su propia familia. Además, era hombre hipocondríaco y nada tiene de extraño que a pesar de todas las verosimilitudes opuestas, se hubiese quitado a sí mismo la vida, pues no se examinó el asunto con el tiempo y sosiego necesarios, ni menos con lo que dicta la sana razón, y habiendo ya pasado tantos años, nos es del todo imposible aclararlo.

A nadie le ocurrió la menor duda de que Godfrey había sido víctima de los papistas, pero como se ignoraba quienes fuesen los individuos culpables del crimen, el rey ofreció por medio de una proclama el premio de 500 libras esterlinas al que los descubriese; y para que el temor de padecer igual suerte no retuviese a los delatores, ofrecía en otra la protección más decidida a los que revelasen aquel gran secreto. De este modo se echó mano del perdón, de las recompensas pecuniarias y de una completa seguridad para quien quisiese aceptarlas, además de la probabilidad de que no se examinarían con demasiada severidad las disposiciones atendido el estado de exasperación o de furia en que se hallaba el pueblo.

### **Reunión del parlamento.**

Mientras que el reino se hallaba en aquella agitación, se dio orden para reunir el parlamento (21 de octubre) y Carlos declaró en su discurso que a pesar de las sumas<sup>433</sup> que se le habían entregado para licenciar las tropas, había encontrado en tan mal estado la defensa de Flandes, que

---

433 Se le habían concedido por junto 600.000 libras esterlinas para licenciar el ejército, pagar las deudas ocasionadas por el armamento naval y para dote de la princesa de Orange.

había tenido por conveniente conservarlas, no dudando que el parlamento aprobaría aquella resolución. Le informó de que había tenido que hacer grandes anticipos sobre sus rentas, y que según las cuentas que pensaba someter a su examen, nunca alcanzarían para los gastos constantes y necesarios del gobierno. Habló de la conspiración que los jesuitas habían tomado contra él; pero añadió que se abstenía de aventurar su juicio sobre ella por temor de que se le acusase de decir demasiado o demasiado poco, y abandonaba este negocio al curso natural de la justicia.

Bien hubiera deseado Carlos ocultársela al parlamento, porque tenía motivos para sospechar que una parte de sus individuos se esforzarían con otras miras en abusar de la credulidad de la nación; pero Danby que aborrecía a los católicos y codiciaba el favor del pueblo, esperando tal vez que el rey sería más querido si su vida parecía amenazada por los jesuitas, pensó de distinto modo, y desde el primer día de la legislatura, dio parte de la trama en la cámara de los lores. Disgustado el rey de aquella temeridad, le dijo: «Ya veréis como vos mismo habéis dado sin querer un pretexto al parlamento para perderos y para trastornar mis cosas; podéis estar seguro de que tendréis que arrepentiros para muchos años.» En efecto no tardó Danby en recibir pruebas de la sagacidad del rey.

### **Su celo.**

Inmediatamente resonó desde una a otra cámara el grito de la conspiración; y aquella comunicación del parlamento sirvió de nueva prueba para justificar la furia de que ya estaba agitado el pueblo. Las dos cámaras presentaron un mensaje provocando un ayuno público, y se inventó una nueva oración para aquella solemnidad, expresando la conspiración papista, que se mandó insertar por orden expresa a fin de que no faltase, como dice el historiador North en la página 202, la inteligencia a la omnisciencia.

Luego para continuar propagando la inquietud, pidieron las cámaras al rey por medio de nuevos mensajes recompensas para los que descubriesen papeles concernientes a la horrible trama, una orden para echar de Londres a los papistas disidentes; para hacer que en todas partes se prestase juramento de sumisión y de supremacía; para prohibir que se acercasen a la corte todas las personas desconocidas o sospechosas, y para reunir las compañías militares de Londres y Westminster. Fueron encerrados en la Torre los lores Powis, Strafford, Arundel, Peters y Bellasis, y no tardó en acusárseles de alta traición; últimamente las dos cámaras, después de haber oído las deposiciones de Oates, declararon: «que tanto los lores como los comunes juzgaban que había habido, y había todavía, una trama infernal y detestable, formada y sostenida por los papistas para asesinar al rey, derribar el gobierno y extirpar de raíz la religión protestante.»

Fue tal el ardor de las dos cámaras que se juntaban mañana y tarde para tratar de la conspiración sin dedicarse a ningún otro negocio. Se nombró una comisión de los pares para examinar a los presos y a los testigos, con carta blanca para prender a todas las personas acusadas o sospechosas. Oates, que aun cuando hubiesen sido ciertas sus deposiciones, debía siempre pasar por un infame, fue aplaudido y festejado y se le dio el nombre de salvador de la nación; el parlamento le recomendó al rey, se le alojó en Whitehall, protegido por una guardia, y se le recompensó con una pensión anual de 1.200 libras esterlinas.

### **Relación de Bedloe.**

No tardaron aquellos favores y estímulos en suscitar nuevos testigos, siendo el primero que se presentó en la escena un tal Guillermo Bedloe, personaje más infame, si cabe, que Oates; hombre de bajísima extracción, había corrido toda Europa bajo nombres y títulos supuestos, haciéndose pasar muchas veces por un gran señor y engañando con una multitud de fábulas e imposturas a los que no

le conocían o no sabían precaverse contra sus artificios. Cuando se presentó al consejo<sup>434</sup> no habló más que de la muerte de Godfrey, que, según él, se había cometido en el palacio de Somerset donde habitaba la reina, por unos católicos, algunos de los cuales eran criados de esta princesa. Se le interrogó acerca de la conspiración, pero protestó que no tenía el menor conocimiento de ella y que ni siquiera conocía a Oates. Al día siguiente, cuando se le examinó en la comisión de los pares, ya pareció más dispuesto a referir grandes pormenores de la trama, de que se tenía gran curiosidad; y se esforzó en acomodar su deposición a la de Oates, como que ya era pública; pero para hacerse importante también con algún nuevo informe, añadió otras circunstancias todavía más raras y espantosas, como por ejemplo declaró:

«Que debían salir de Flandes 10.000 hombres, desembarcar en la bahía de Burlington y apoderarse de la fortaleza de Hull; que las tropas de Brest habían de sorprender las islas de Jersey y Guernesey; que la escuadra francesa, que se había visto en la Mancha durante todo el último verano, no tenía otro destino; que los lores Powis y Peters se habían encargado de levantar tropas en Radnorshire para juntarse con veinte o treinta mil peregrinos o religiosos que debían venir de España y desembarcar en Milfordhaven; que sólo en la ciudad de Londres había ya 40.000 hombres, que sólo aguardaban las órdenes, sin contar los que se habían de situar en diferentes puestos para degollar a la primera alarma a los soldados del gobierno según fuesen saliendo de sus cuarteles; que lord Stafford, Coleman y el padre Ireland tenían el dinero necesario para los gastos de todas estas empresas; que él mismo debía cobrar 4.000 libras esterlinas como oficial de experiencia, capaz de matar un hombre, y que se le había ofrecido una patente de lord Bellasis, juntamente con la bendición del papa; que el rey debía ser asesinado y no escapar con vida ninguno de los protestantes que rehusasen convertirse; que se había de ofrecer el gobierno a una persona que no se nombraba, con condición de recibirle de la iglesia, pero que si lo resistía, se encargaría la administración a diferentes señores nombrados por el papa.» En otro interrogatorio en presencia de los comunes añadió Bedloe (porque es de advertir que las declaraciones de todos estos delatores se iban haciendo sucesivamente y por grados): «que los lores Carington y Brudenel eran también de la trama para levantar hombres y dinero.» Estos señores y cuantos fue nombrando Bedloe fueron inmediatamente presos por orden del parlamento.

Lo particular es que la España, en su abatimiento actual, no tenía otro recurso más que la asistencia de la Inglaterra, y que lejos de hallarse en estado de trasportar 10.000 hombres para intentar una invasión en aquella isla, había solicitado y conseguido que pasasen tropas inglesas a sus ciudades de Flandes por no ser capaces de defenderse contra la Francia. También se debe observar que los franceses estaban entonces en guerra abierta con España, y sin embargo se les suponía igual resolución contra Inglaterra, como si la religión hubiese venido a ser el único resorte de todas las determinaciones de los soberanos; pero no bastaron todas estas circunstancias para contrabalancear la impresión de tantos horrores, antipatías y prevenciones, ni para parar la atención del populacho, que éste era el nombre que en aquel tiempo merecía toda la nación. Pasó por incontestable la trama y si el público no hubiera contado con el castigo legal de los criminales, ciertamente que los católicos no se habrían escapado de una matanza general, porque era tan violento el torrente de la preocupación popular, que no solamente hubiera sido imposible oponerse a él, sino que ni aun a solas podía el entendimiento más juicioso rebelarse contra la opinión dominante.

Es increíble el poder que ejerce la voz unánime o más bien el acaloramiento de una grande nación, y hasta en estos últimos tiempos el concurso de los juicios de todo un pueblo impone de tal suerte a los historiadores, que muchos de ellos han creído ponerse en el partido de la moderación sentando el juicio de que en algunos puntos era efectiva la trama, si bien se habían añadido algunas

---

434 Se valió de una astucia digna de su vida pasada, porque habiendo ido a Bristol, escribió desde el camino al secretario de estado diciéndole: «que tenía grandes secretos que revelar y que podrían prenderle en Bristol para volverle a llevar a Londres. En efecto se le prendió como deseaba, y llegó a la capital el día 6 de noviembre de 1678. Se le puso una guardia para su seguridad y se le alojó, como a Oates, en Whitehall, habiendo querido estar presente el rey a su interrogatorio. Declaró haber nacido en la religión anglicana, pero que se había hecho católico a persuasión de los jesuitas.»

circunstancias y abultado otras. Pero en medio de esto, existe un principio contra el cual no hay nada que oponer, y es que el testigo que perjura en un artículo no merece crédito en ninguno, y desde el principio al fin de estos procedimientos no tuvo otra autoridad la tal trama sino la de los testigos. Sin embargo de que los católicos fueron descubiertos repentinamente y cuando menos podían esperarlo, en el momento mismo de su soñada conspiración, no pudieron encontrarse, a pesar de las pesquisas más rigurosas, ni armas, ni municiones, ni depósito de dinero, ni patentes, ni papeles, ni cartas que confirmasen las deposiciones de Oates ni de Bedloe. Con todo eso la nación, a pesar de haber sido tantas veces engañada con las mismas imposturas, no dejó de obstinarse en la persuasión y descubrimiento de la trama; los absurdos y contradicciones de los testigos, lejos de entibiar el ardor del público, sólo sirvieron para inflamarle y se miraron como unas objeciones de ningún peso que no tardarían en disiparse con otras aclaraciones. Sería muy difícil encontrar en la historia un ejemplo de semejante frenesí del pueblo.

Los que se divertían en fomentar los terrores de la nación, sobre todo en la ciudad de Londres, publicaron una memoria con este título: «*Relación y descubrimiento imparcial de la horrorosa trama de los papistas para quemar y destruir las ciudades de Londres y Westminster con sus arrabales; contiene diferentes consejos, órdenes y resoluciones de los jesuitas con este objeto, por el capitán Guillermo Bedloe, comprometido anteriormente en la misma trama y uno de los que debían aplicar el fuego.*» En este furibundo libelo se atribuían todos los incendios ocurridos hacia algunos años a los jesuitas, cuyas maquinaciones, según Bedloe, se dirigían a buscar una ocasión de degüello general de los protestantes, y procuraban al mismo tiempo enriquecerse con el saqueo de los bienes que se salvaran de las llamas.

Por otra parte el rey, que no tenía dificultad, cuando se presentaba la ocasión, en ridiculizar la tal trama y a los que le daban crédito, no por eso dejó de considerar preciso adoptar en presencia de las dos cámaras la misma opinión que el pueblo. Veía que era demasiado impetuoso el torrente para atreverse a resistirle y no tenía otra esperanza que la de llegar con el tiempo y con aquella afectada condescendencia a ponerse en estado de dirigirle y eludir su furor. Pronunció un discurso en que prometió al parlamento tener el mayor cuidado de su persona en aquellas circunstancias, y añadió que estaba dispuesto, cual pudieran desearlo las dos cámaras, a concurrir con ellas al perfecto establecimiento de la religión protestante, no sólo durante su vida sino también para los siglos futuros; que no habría *bill* alguno razonable a que no prometiese consentir con tal que se conservase el derecho de sucesión y que las exhortaba a buscar medios eficaces para la conversión de los papistas disidentes, felicitándose muy mucho del celo y fidelidad de sus súbditos que tanto se habían inquietado por su vida y seguridad.

Pero estas frases lisonjeras no contuvieron la violencia de las operaciones parlamentarias, antes bien se introdujo un nuevo juramento o protesta (*test*) en el cual la religión católica era tratada de idolatría, y todos los miembros que se negaron a firmarle fueron excluidos de las dos cámaras. Pasó este *bill* sin oposición en la cámara baja, pero en la de los pares, el duque de York pidió una excepción en su favor, diciéndoles con mucho calor y lágrimas de sus ojos: «que recurría a su generosidad en favor del interés mayor que él tenía en el mundo; y cualquiera que fuese su religión, añadió, protestaba que permanecería secreta entre Dios y su alma sin que jamás se echase de ver en su conducta.» A pesar de este esfuerzo sobre un punto tan grave, no pudo conseguirla sino por dos votos de mayoría, prueba de la disposición en que se hallaba el público. «No querría yo —dijo un noble par cuando se estaba debatiendo el *bill*—, que existiese aquí ni hombre ni mujer papista, ni tampoco un perro ni una perra, ni una gata siquiera que saltase y maullase al rededor del rey.» Y lo particular es que este lenguaje fue escuchado con grandes aplausos.

Animados los testigos con aquella furia general, dieron un paso más en sus acusaciones, pues aunque hasta entonces habían declarado muchas veces que no sabían que hubiese ninguna otra persona de nota comprometida en la conspiración, tuvieron al fin el atrevimiento de nombrar a la misma reina, y la acusaron de que había entrado en la trama contra la vida de su marido. Los comunes apoyaron en un mensaje aquella escandalosa acusación, pero los pares rehusaron adherirse

a ella; y esta circunstancia es una de las que más hacen sospechar que los corifeos populares dieron la mano a los actores de la farsa por medio de sus inspiraciones. Se sabía que Carlos no había amado nunca mucho a su regia consorte, y como veía que su hermano era tan aborrecido, tenía una razón más para desear tener algún hijo que pudiese calmar la inquietud de su pueblo. No ignoraba tampoco que aquel odio contra el duque de York era capaz de ocasionar algunas medidas que se propondrían para excluirle del trono, y era importantísimo en las actuales circunstancias no chocar de frente contra las preocupaciones de la nación. Sin embargo, ni el aliciente del placer, ni el de su interés y seguridad personal pudieron hacerle olvidar lo que debía a la inocencia insultada, y dijo sin reserva: «Ellos piensan que mis deseos son tan vivos que no repararé en nada por pasar a otro matrimonio, pero yo soy incapaz de ver maltratar a una mujer inocente.»<sup>435</sup> Efectivamente, dio orden de que se encerrase enteramente a Oates y se embargasen todos sus papeles sin permitirle que tuviese comunicación con nadie, y tuvo aquel insolente que acudir a la recomendación del parlamento para recobrar su libertad.

Durante aquella violenta agitación de los ánimos, renovaron los comunes sus pretensiones acerca de la milicia, cuyo artículo no era prudente descuidar aun en las circunstancias más tranquilas. Acordaron un *bill* por el cual se determinaba que estuviese la milicia de Londres sobre las armas durante seis semanas cada año, y que en los intervalos, montase aquel cuerpo la guardia cada quince días. Verosímilmente intentaban los jefes populares sacar partido de la prevención general, y acaso tal vez volver las armas del pueblo contra el príncipe<sup>436</sup>; pero Carlos tuvo la firmeza de desechar el *bill* declarando a las dos cámaras que no consentiría ni por una hora en despojarse de aquella parte de autoridad sobre las armas. Añadió que si los comunes juzgaban a propósito hacer algún reglamento para la milicia, no tendría inconveniente en aprobarle con tal que se le dejase expedita la facultad de disolverla cuando quisiese; pero fue tal el disgusto que les causó aquella negativa, por más que él no hubiese jamás hecho uso de la prerrogativa que quería conservar, que inmediatamente acordaron otro *bill* por el cual debían ser licenciadas todas las nuevas tropas, votando al mismo tiempo el dinero necesario para aquella operación; si bien llevando a tal extremo su desconfianza, que no solamente limitaron su aplicación a aquel objeto, sino que mandaron fuese pagado en la cámara de Londres y no en la tesorería. No aprobaron los pares una cláusula tan desusada por parecerles injuriosa a los ministros y aun al mismo rey, y así quedó suspenso aquel acuerdo.

### Acusación de Danby.

No es de admirar que la agitación actual y la credulidad de la nación fuesen capaces de estimular a unos infames a representar el papel de delatores, cuando personas de alto nacimiento y clase no se abochornaron de prestarse a un oficio tan escandaloso. Montague, embajador de Inglaterra en París; apenas pudo proporcionarse una plaza en la cámara de los comunes, abandonó repentinamente su puesto sin pedir permiso al rey y se presentó en Londres. Sospechó Carlos la intención que traía y dio orden para que se embargasen sus papeles, pero como el fugitivo embajador había previsto cual sería la conducta de la corte, tuvo cuidado de ocultar uno para presentarlo inmediatamente en la cámara de los comunes. En una carta de Danby, el tesorero general, escrita a primeros de año durante las negociaciones de Nimega, en que se encargaba a Montague pidiese dinero a la corte de Francia, o lo que es lo mismo, consentía Carlos secretamente en vender sus buenos oficios a la Francia contra el interés común de los aliados y aun contra los de su corona. Contenía esta carta entre otras muchas circunstancias: «que si eran aceptadas las condiciones de la paz, esperaba el rey de Inglaterra recibir durante tres años seis millones de libras desde el día en que se firmase el tratado entre las dos cortes, porque después de la paz con Francia,

435 North, Examen, p. 186.

436 Burnet tomo I. p. 437.

probablemente se pasarían dos o tres años antes que el parlamento estuviese en humor de concederle subsidios; y el embajador de Francia en Londres estaba ya conforme en el pago de aquella suma, aunque ponía algunas dificultades en cuanto al tiempo.» Danby se había prestado de tan mala gana a aquella negociación, que hubo de añadir Carlos de su propio puño: «Esta carta está escrita de mi orden.—Carlos Rey.»

### **Motivos en que se fundaba.**

Una noticia de esta naturaleza acaloró tanto a los comunes, que llevando mucho más adelante sus sospechas, infirieron que el rey no había hecho nada sino de concierto con la Francia, y por consecuencia, que cuantos pasos había podido dar de inteligencia con sus aliados, podían muy bien ser ilusorios y falsos; y así para penetrar a fondo aquel importante secreto y a solicitud de los enemigos del tesoro general, que eran muchos, se decidieron a formar una acusación de alta traición contra este ministro, redactada en seis artículos que fueron comunicados a la cámara de los pares. Se reducían «a que había usurpado traidoramente la autoridad real, dando instrucciones a los embajadores de su majestad sin participación de los secretarios de estado o del consejo privado; que se había esforzado traidoramente en trastornar el gobierno e introducir el poder arbitrario, con cuya mira había levantado y mantenido en pie las tropas, contra un acuerdo formal del parlamento; que se había esforzado traidoramente en enajenar el afecto de los súbditos de S. M., negociando a precio de dinero una paz desventajosa con Francia, y que siendo papista por inclinación, había traidoramente desfigurado, a pesar de su conocimiento, la horrible y sanguinaria trama formada por los papistas contra la persona y gobierno de S. M.; que había prodigado el tesoro del rey y obtenido por medios indirectos exorbitantes donaciones de la corona.

Parece cierto que en dar el tesorero general sus instrucciones a los embajadores se había excedido de las atribuciones de su empleo, y como en un gobierno limitado debe responder el ministro reconocido de todos los abusos del poder, podían tener excusa los comunes en exigir el cumplimiento de este principio, pero si se mira bien este cargo, estaba mal dirigido contra Danby, porque este ministro fue el que dio conocimiento a la cámara de los pares, no solamente de que su delator había servido para la negociación pecuniaria con Francia, sino que el mismo había sido siempre opuesto a los intereses de esta corona por creerlos tan perjudiciales a su patria como a su amo. Dijo que sabía que la nación francesa siempre había mirado con el mayor desprecio la persona y gobierno del rey, y añadió que su diligencia en seguir y descubrir la trama de los papistas era demasiado notoria, y no solo la honradez natural, más el sentido común bastaba para interesarle sensiblemente en la vida de un amo de quien recibía tantos favores. Él no había prodigado el tesoro porque no había tesoro que prodigar, y aunque tenía muchas razones para agradecer las bondades del rey, sus adquisiciones habían sido más moderadas de lo que se creía y aun más de lo que lo habían sido las de otros muchos que habían estado menos tiempo en la administración.

### **Disolución del Parlamento largo.**

Fácilmente conoció la cámara de los pares que, aun suponiendo justa la acusación, no estaba comprendido el crimen del tesorero general en el estatuto de Eduardo III, y que por más empeño que se hubiese tenido en acumular en cada artículo las voces *traidor* y *traidoramente*, esta denominación no alteraba la naturaleza de las cosas ni sometía al acusado a las penas anejas a ese crimen, y así rehusaron mandar prender a Danby por un procedimiento tan irregular. Insistieron los comunes, y se esperaban contestaciones muy duras, cuando Carlos convencido ya de las malas disposiciones del parlamento, tomó el partido de prorrogarle. A esta prórroga se siguió muy pronto la disolución (30 de diciembre), remedio desesperado en el estado en que se hallaba la nación; más

por lo mismo no puede negarse que Carlos no podía tomar otro. La trama de los papistas había hecho subir la rabia de los comunes al último punto y su furia empezaba ya a tornarse contra la familia real por no decir contra el mismo trono. No se había respetado al duque de York; se había acusado al tesorero general; y se habían rehusado todos los subsidios o concedídose con condiciones humillantes. Los temores, los odios y desconfianzas iban multiplicándose de día en día en el parlamento, y por más infestado que se hallase el pueblo de las mismas prevenciones, se lisonjeaba Carlos de que, una vez destruidas las arterías actuales, podrían recaer las elecciones en gentes más moderadas y menos facciosas.

### **Su carácter.**

Este fue el término de un parlamento que había durado tanto como el reinado, menos un año, y cierto que su fin no se asemejaba en nada a su origen. Como nació entre el gozo y los festines de la restauración; estaba poblado de realistas dispuestos a sostener la corona por cuantas liberalidades permitían las máximas de aquel tiempo; pero inquietos después los ánimos con la alianza de los franceses, se había entibiado por grados su confianza en el rey, y viéndole persistir en sus relaciones extranjeras, habían continuado en manifestar la disposición más indócil y celosa. La trama papista los había hecho traspasar todos los límites de la moderación, y cuando se acercó el tiempo de su disolución, parece que caminaba a pasos agigantados sobre las huellas del último parlamento largo, cuya conducta habían desaprobado antes tanto. En todas sus variaciones sólo habían seguido las opiniones y preocupaciones vulgares, dejándose gobernar en la apariencia por capricho y espíritu de partido más que por el interés del público, aunque no por razones de corrupción ni de interés privado.

### **Proceso de Coleman.**

Mientras que duró el parlamento y aun durante su prorrogación y después de su disolución, se fueron continuando sin interrupción las causas de los supuestos conspiradores, y los tribunales de justicia, en quienes parece que debía resaltar más imparcialidad que en las asambleas nacionales, se notó el mismo espíritu de preocupación y de rabia. Principió la escena Coleman, que era el más odioso y más sospechado entre los acusados; y se exhibieron contra él sus propias cartas, que contenían, como confesó él mismo, expresiones muy indiscretas, pero si se exceptúa su celo en favor de la fe romana, no se encontraba en ellas ninguna prueba de crimen ni mucho menos de traición. Oates y Bedloe juraron que había recibido una patente firmada por el superior de los jesuitas para el empleo de secretario de estado, y que había consentido en la muerte del rey, fuese con veneno, con armas de fuego o con puñal; y según la deposición de Oates, había anticipado una guinea de su bolsillo para acelerar sus sangrientos designios. Todas estas ideas extravagantes se confundieron con los proyectos contenidos en sus cartas, y Coleman fue sentenciado a muerte el día 5 de diciembre de 1678, que se ejecutó acto continuo. Sufrió la pena con mucha resignación y firmeza persistiendo hasta el último suspiro en protestas de su inocencia.

### **Proceso de Ireland.**

Al suplicio de Coleman sucedió el proceso del padre Ireland, acusado de haber firmado con otros seis jesuitas la gran resolución de matar al rey, y con él fueron examinados Greve y Piking, que se habían encargado de emplear las armas de fuego. Sus únicos delatores eran los mismos Oates y Bedloe; pero Ireland sostuvo que, durante todo el mes de agosto, había permanecido en el

condado de Strafford mientras que la acusación le suponía en Londres. Probó la coartada con muy buenos argumentos, y los hubiera presentado del todo concluyentes a no haberse cometido con él la injusticia de rehusarle, mientras estuvo preso, el uso de la pluma y la libertad de citar testigos. Todos estos desgraciados estaban ya antes de su interrogatorio condenados en el ánimo de los jueces, de los jurados y de los espectadores, pues bastaba la calidad de jesuita y aun de simple católico para prueba de su crimen. Particularmente sir Guillermo Scroggs, que era el ministro de justicia, puso el sello con su conducta a las preocupaciones del populacho, pues en lugar de servir de consejo a los acusados, como era de su obligación, se puso a perorar contra ellos echando a los testigos miradas capaces de intimidarlos y suponiendo siempre incontestable el testimonio de los delatores. Olvidó hasta las reglas más naturales de la equidad y moderación, declarando públicamente que, como los papistas no profesaban los mismos principios que los protestantes, no tenían derecho a ser creídos y sí los últimos. Cuando los jurados hicieron su declaración contraria a los acusados, les dijo: «Sí señores, habéis obrado como buenos súbditos y buenos cristianos, es decir, como buenos protestantes.» Y luego, haciendo alusión a las misas que habían de servir de recompensa a Pikeriing, añadió: «Ahora, que vayan a gozar de sus treinta mil misas.» Todos estos infelices presos no cesaron de poner al cielo por testigo de su inocencia (14 de enero 1679); pero no hizo esto la menor impresión en los espectadores, porque la opinión que se tenía de que, para defender la buena causa, no veían inconveniente los jesuitas en usar de mentiras y restricciones mentales, era tan con un entonces, que nadie hacía el menor caso de su testimonio ni del de sus discípulos. No recordaban que los cómplices de la *conspiración de las pólvoras* habían hecho en el cadalso una franca confesión de su crimen.

Aunque Bedloe había hecho sus declaraciones sobre el asesinato de Godfrey, todavía no se había presentado otro testigo, a pesar del aliciente de los honores y el interés, que confirmase el testimonio del delator; más al fin se encontró medio de completar la evidencia legal. Se había puesto en la cárcel a un platero católico llamado Prance, acusado por Bedloe, y aunque no había confesado nada, se le cargó de cadenas y se le encerró, en un calabozo frío, oscuro y lleno de inmundicias. Suponíase que estos rigores se ejercían por orden de la comisión secreta de los lores, y particularmente de Shaftsbury y Buckingham, quienes en el examen de los acusados empleaban, como está probado, ya el rigor, ya la indulgencia, es decir, toda especie de artificios bajo pretexto de arrancar la verdad de su boca. Prance no tuvo ánimo para resistir y confesó que había tenido parte en el asesinato del juez de paz. Se le interrogó también acerca de la conspiración, y por el mismo motivo tomó el partido de aparentar que estaba informado de ella y declaró entre otras circunstancias ridículas: «que otro católico llamado le Fevre le había comprado una espada vieja diciéndole que no se sabía qué tiempos amenazaban; y como él se hubiese compadecido de los pobres obreros, cuando llegasen aquellos tiempos calamitosos, le había replicado le Fevre que su suerte se mejoraría cuando se restableciese la religión romana, y sobre todo que los plateros tendrían más trabajo para las iglesias.» Pero de todas estas deposiciones, así las respectivas a la trama como las tocantes al asesinato, no hubo una de que no se retractase Prance solemnemente en presencia del rey y de la comisión secreta. Después, cuando le volvieron a su calabozo, volvieron los nuevos terrores y sufrimientos a hacerle confirmar su primera declaración, lo cual bastó para que se le hiciese pasar por un testigo competente.

Fueron presos tres hombres de baja condición llamados Hill, Green y Berry por el asesinato del juez de paz. El primero estaba al servicio de un médico y los otros dos eran dependientes de la capilla católica del palacio de Somerset; y como sería inútil aquí entrar en los pormenores de un largo proceso, bastará advertir que sobre muchos puntos estuvieron discordes los dichos de Bedloe y los de Prance; que en unos y otros se encontraron dificultades insuperables y hasta absurdos groseros, que fueron destruidos por otros testimonios opuestos que parecían convincentes; pero nada bastó para libertar a los presos, quienes negaron su crimen en el suplicio (28 de febrero), y eso que Berry murió protestante, circunstancia que pareció muy extraña: sin embargo, en lugar de



suspender la credulidad pública, solo sirvió para excitar la admiración de que un protestante pudiese a la hora de la muerte insistir en una falsedad tan culpable.

### **Nuevas elecciones.**

Como el ejército no podía mantenerse en pie ni licenciarse sin dinero, Carlos; a pesar de la poca esperanza que tenía de encontrar más docilidad en los comunes, se vio precisado a reunir un nuevo parlamento; pero la sangre derramada con ocasión de la trama papista, lejos de saciar al pueblo, inflamaba más su furia y cada suplicio pasaba por una nueva prueba de los horrorosos designios que se atribuían a los católicos. Aquella elección fue acaso la primera en Inglaterra, desde el principio de la monarquía, en que se llevaron las contestaciones hasta la violencia, y en que se vio tomar a la corte un vivo interés en la elección de los representantes de la nación; pero todas sus tentativas fueron inútiles contra el torrente de las preocupaciones dominantes. Se suponía que la religión, la libertad, la hacienda y la vida misma de los súbditos estaban expuestas a los mayores peligros, y estaba persuadido el público de que no había seguridad para él sino en una grande asamblea del parlamento. Si por casualidad había algún ángulo del reino a donde no hubiesen penetrado los terrores y consternación, solo sirvieron las elecciones para introducirlos allí, y esto hizo que los votos recayesen en favor de los miembros más celosos de la cámara anterior, añadiendo otros nuevos del mismo temple. En particular los presbiterianos, trasportados con su odio inveterado contra el papismo, emplearon con mucho éxito toda su actividad en aquella elección, y entonces es cuando se dice que tuvo origen un abuso atribuido a este partido, que consiste en dividir los bienes libres para multiplicar las elecciones y los votos. Por los informes que se recibieron de todas partes, se infirió que los nuevos representantes serían mucho más fogosos contra la corte y más perseguidores de los católicos.

Llegó el rey a inquietarse seriamente al ver que se había levantado una tempestad tan furiosa de un principio tan despreciable y tenebroso. Si había algo de cierto en las deposiciones de Oates y de Bedloe, su vida estaba amenazada por los papistas y corría grave peligro la del duque de York, por lo cual parecía que cuanto más animada estaba la nación contra los papistas, más debía acercarse a aquellos dos príncipes, en quienes la iglesia romana tenía tan poca confianza; pero en todas las pasiones, y sobre todo en las del pueblo, siempre se mezcla algún sofisma. Los súbditos de Carlos prestaban entera fe y crédito a todo lo relativo al crimen de los católicos, pero al mismo tiempo conservaban su antigua sospecha de que la corte favorecía a aquel partido y de que ejercía un ascendiente completo sobre el duque. Tenía Carlos demasiada penetración para no conocer el peligro que amenazaba, no solo a la sucesión, sino también a su corona y dignidad, pues veía un partido numeroso formado contra él, compuesto por una parte de un populacho tan neciamente crédulo que era capaz de admitir los más groseros absurdos, y por otra manejado por unos demagogos tan poco escrupulosos que no tenían reparo en favorecer la mentira, el perjurio, el soborno, la impostura y aun el derramamiento de sangre humana por satisfacer su desenfadada ambición y derribar la autoridad real. Despertado de su letargo con un peligro tan urgente, se revistió de todo el vigor de su ánimo, que no le faltaba en las grandes ocasiones, y sin perder en la apariencia la natural flexibilidad de su carácter, se armó de una firmeza y vigilancia tales que nadie le hubiera creído capaz de ellas. Unidas estas dos cualidades a mucha prudencia y destreza, consiguió felizmente atravesar los escollos que le rodeaban, y pudo serenar la tempestad tomándola contra los que ciegamente la habían suscitado, o malignamente conducido.

Uno de los principales pasos que dio el rey para apaciguar al pueblo y al parlamento fue obligar al duque de York a que saliese del reino para remover toda sospecha de influjo de los papistas en los negocios públicos. No puso el duque ninguna dificultad en obedecer, pero pidió que se le diese una orden firmada del rey su hermano, temiendo que su ausencia fuese interpretada

como efecto de crimen o de temor, e igualmente exigió una pública declaración sobre la ilegitimidad del duque de Monmouth.

### **El duque de Montmouth. El duque de York se retira a Bruselas.**

Jacobo, duque de Monmouth, hijo natural del rey, habido en Lucía Walters, nació diez años antes de la restauración. Poseía todas las prendas propias para cautivar al populacho, porque tenía mucho valor, modales suaves, una generosidad poco reflexiva y una presencia agraciada. Habíase aumentado mucho su popularidad con el odio general contra la religión del duque de York; pero tenía Jacobo muy mediana capacidad y un natural muy dócil, de suerte que a pesar del afecto que le profesaba el pueblo, nunca hubiera sido peligroso sino se hubiera entregado ciegamente a Shaftsbury, hombre de carácter inquieto, de ingenio sutil y falta de principios. Este osado político le había lisonjeado con la esperanza de suceder en la corona; habíase esparcido mañosamente el cuento de un contrato matrimonial celebrado entre el rey y la madre de Monmouth, el cual se conservaba misteriosamente en una cajita negra, y el pueblo había recibido con mucho aplauso esta hablilla. En un tiempo en que el odio al papismo había subido tan de punto, era de temer que los ingleses adoptasen aquella ficción, así como habían adoptado otras menos creíbles o que tal vez se determinasen a violar abiertamente el orden de sucesión, siendo de esperar que la notoria ternura que el rey tenía por su hijo le encontraría muy dispuesto a darle la preferencia sobre un hermano que, por la imprudencia de su celo, le había ocasionado una multitud de apuros insuperables; pero Carlos, para desvanecer de un golpe todas estas esperanzas, como también para tranquilizar a su hermano, consintió en declarar en pleno consejo que el nacimiento del duque de Monmouth era ilegítimo, y negó toda promesa de casamiento a su madre. Satisfecho el duque de York con esta declaración tan justa, se sometió de buena voluntad al gusto de su hermano y eligió su retiro en Bruselas.

### **Nuevo parlamento.**

Pero no tardó en notar el rey que, a pesar de aquella precaución y del interés que se había tomado en las pesquisas de la trama, y sin embargo del celo que manifestaba y ejercía contra los católicos, no por eso lograba la confianza del parlamento, antes bien desde la primera sesión estalló el mal humor de los comunes (6 de marzo). Era costumbre antigua, cuando se elegía un orador, o presidente, consultar la inclinación del soberano, y ni aun el parlamento largo en 1641 se había separado de una práctica tan inconcusa. En este deseaba el rey que la elección de la cámara recayese en sir Tomás Meres; pero se reeligió inmediatamente a Seimour que había sido orador de la cámara precedente, y eso casi por unanimidad. Cuando Seimour se fue a presentar para la aprobación del rey, no dudó Carlos en desairarle, dando orden a los comunes para que renovasen la elección. Todos los ánimos se sublevaron con esto, sosteniendo que la aprobación del reino pasaba de ser una mera formalidad y que no tenía facultades para desechar ningún orador, a lo menos sin dar alguna razón para ello. Pretendía el rey que si tenía facultad para desecharle, podía muy bien dispensarse de dar las razones, y como era muy difícil presentar reglas fijas sobre una cuestión tan nueva, se convino por una especie de transacción en que fuesen desechados los dos candidatos, y en su lugar se eligió al jurisconsulto Gregory, cuya elección ratificó el rey. De aquí se ha inferido después que la elección del orador depende únicamente de la cámara, y aunque este punto no es de la mayor importancia, siempre puede pasar por una adquisición de aquel parlamento.

## **Nueva acusación de Danby.**

Era mirado Seimour como el mayor enemigo de Danby, y como la opinión pública atribuía a este el haber comprometido al rey en aquel importante choque con los comunes, en consecuencia, se volvió a insistir con mayor ardor en la acusación formada contra él, pretendiendo la cámara que, a pesar de la disolución del último parlamento, debía continuar aquel proceso en todas sus partes, pretensión extraordinaria, pero que parece que se les había otorgado tácitamente. Había intentado Carlos conceder a Danby un perdón general anticipado, y para ponerle a cubierto de todos los ataques de los comunes, había cogido el sello con sus propias manos y estampádole solemnemente en aquel decreto. Declaró a las dos cámaras que no habiendo obrado Danby sino por órdenes expresas suyas, no tenía culpa de nada, pero que con todo eso insistía en el perdón, y que en caso de faltarle alguna formalidad, le renovarían tantas veces que no habría objeción alguna que ponerle, más que en todo caso estaba resuelto a privarle de todos sus empleos y alejarle de sí. Lejos de contentarse los comunes con aquella concesión, pretendieron que un perdón de la corona no era bastante a paralizar una acusación de la cámara: pretensión enteramente nueva, pues hasta entonces se miraba la prerrogativa del perdón como un derecho legítimo e ilimitado de la soberanía, pero que realmente convenía al carácter de una monarquía estrechamente limitada en que los ministros del rey son perpetuamente responsables ante las asambleas nacionales de los abusos que puedan cometer aun por orden de los soberanos. Eran aquellas circunstancias de acaloramiento de la nación muy favorables a estas pretensiones populares, y los comunes se aprovecharon perfectamente de ellas, pues insistieron en la acusación de Danby, y la cámara de los pares, por consideración a la otra, cedió de sus escrúpulos y dio orden para prender a Danby. Este tomó el partido de alejarse; pero los comunes expidieron un decreto en que se le ponía en la alternativa de comparecer en determinado día o ser declarado culpable. La cámara de los pares expidió otro por el cual quedaba reducido su castigo al mero destierro, aunque, después de muchas conferencias, tomó el partido de ceder a la violencia de los comunes y prevaleció el decreto de estos, con lo que Danby, para no exponerse a mayores rigores, se presentó personalmente y al momento se le condujo a la Torre.

## **Conjuración papista.**

Mientras que con tanta dureza se trataba a un noble protestante, pocas apariencias quedaban de que los católicos se escapasen del furor de los comunes, estando pendiente la opinión relativa a la trama papista de los juramentos de un corto número de testigos infames. Por más que, según sus declaraciones, los inmensos preparativos de los conspiradores se hacían dentro del reino, no fue posible descubrir el menor vestigio de ellos, y era cosa muy rara que entre tantos miles de hombres como, así en Inglaterra como fuera, estaban envueltos en aquel horrible secreto, no hubiese uno siquiera que por esperanza o por temor, por remordimiento o por ligereza, por la publicidad de las pesquisas y sospechas o por resentimientos particulares, viniese a confirmar las deposiciones. Aunque los católicos y en particular los jesuitas pasasen por los más indiscretos de los hombres y se decía que trataban de la muerte del rey como de una noticia ordinaria y se comunicaban sus cartas por la vía común del correo, no se encontró una siquiera entre tantas como se interceptaron que contuviese la menor explicación sobre un negocio tan complicado. Los mismos delatores, aunque pretendían haber pasado por sus manos muchos escritos y patentes, después que resolvieron vender a sus cómplices, no habían tenido la precaución de conservar ni siquiera uno de ellos para corroborar sus testimonios: pero no bastaron estas dificultades ni otras mil que debieron ocurrir para contener a la nación ni al parlamento, sino que continuó siendo objeto de la ansiedad pública la averiguación de la trama. Declararon los comunes «que si llegaba a morir el rey antes del tiempo regular vengarían su muerte en los papistas», sin considerar que no eran estos los únicos enemigos de Carlos. Ofrecieron premios al que descubriese algo nuevo, sin pararse en el peligro a que se

exponían de promover el perjurio, e hicieron a Bedloe un regalo de 500 libras esterlinas recomendando muy especialmente su seguridad al duque de Monmouth. Habiéndose explicado el coronel Sackville individuo de la cámara, en una tertulia particular con algún desprecio de las personas que creían en la realidad de la conspiración, fue expelido del parlamento, y los pares autorizaron a su comisión para citar y hacer sufrir un interrogatorio a todos los que sostuviesen la inocencia de los sentenciados. Habiéndose publicado un folleto en que se difamaba a los delatores y se justificaba vivamente a los pares católicos, se obligó a estos a que nombraran al autor de él, es decir, a que expusiesen a su propio abogado a la persecución, y entonces renovaron las dos cámaras el *bill* por el cual ya habían declarado antes: «que indudablemente existía una horrible conspiración de los papistas contra el rey, contra el estado y contra la religión protestante.»

No puede negarse que esta extremada violencia en perseguir tan ridícula impostura, deshonra el noble interés de la libertad de que el parlamento se decía defensor, y acaso, acaso podría también inferirse de la impaciencia que causaba la contradicción a los principales actores que no estaban ajenos de la sospecha interior de que la opinión pública estaba mal fundada. Los políticos que había entre ellos recelaban que hubiese aclaraciones que pudiesen disipar su provechosa ilusión, mientras que el partido más débil, aunque con menos mala fe, apartaba la vista para no descubrir una verdad tan opuesta a las furiosas manías de que se hallaba animado y en que estaba resuelto a continuar con obstinación.

Había sido llamado nuevamente sir Guillermo Temple de sus ocupaciones extranjeras, y el rey, que desde la separación de Danby, no tenía ningún hombre de confianza con quien poder tratar libremente de los negocios públicos, estaba resuelto a nombrarle secretario de estado por renuncia de lord Conventry; pero aquel patriota filósofo, demasiado desinteresado de las malas artes de la corte y sobradamente delicado para el tumulto de las asambleas populares, estaba sumamente inquieto con los descontentos y desconfianzas que agitaban a la nación, y solo pensaba en sustraerse lo más pronto posible a escenas que le anunciaban la mayor confusión. Sin embargo, no habiendo podido desairar la confianza con que le honraba su amo, resolvió emplearla en utilidad pública, y con este objeto hizo presente al rey que las inquietudes de la nación eran extremadas y exigían un nuevo remedio capaz de restablecer aquella confianza que tanto importa para la seguridad del rey y del pueblo; que era tan peligroso rehusarlo todo al parlamento en la situación actual como concedérselo todo; que si era del agrado de S. M. introducir en el consejo personas que gozasen de la confianza del pueblo, era probable que las pretensiones no pasarían más adelante, o que en caso de que todavía se hiciesen algunas exorbitantes, S. M., apoyado en aquel consejo, tendría menos dificultad en rehusarlas, y últimamente, que los corifeos del partido popular, honrados con el favor del rey, rebajarían algo de aquella violencia con que se esforzaban por agradar actualmente al pueblo.

### **Nuevo consejo.**

Cedió Carlos a tan poderosas razones, y de concierto con Temple, formó el plan del nuevo consejo privado, sin cuyo dictamen declaró que no tomaría en lo sucesivo resolución alguna importante. Este consejo había de constar de treinta personas sin pasar nunca de este número; debiendo conservar sus plazas quince de los principales oficiales de la corona como un recurso para el rey en los casos apurados, y para que se opusiesen al acaloramiento de las facciones, y los otros quince que habían de componer el consejo, habían de ser o personas de un carácter sin tacha y sin apego conocido a la corte o de los que gozaban de mayor crédito en las dos cámaras. Al formar la lista de aquellos nuevos consejeros observó Carlos con mucha alegría que así en tierras como en oficios ascendía su renta anual a 300.000 libras esterlinas cuya suma era casi igual a todas las posesiones de los comunes, contra cuya violencia debía servir de barrera al trono el nuevo consejo.

Tentóse la experiencia y al principio pareció satisfacer mucho al público, pues se nombró al conde de Essex, señor muy popular, hijo de lord Capel, a quien degollaron poco después que al padre del rey, para suceder al conde de Danby en la tesorería general; se nombró secretario de estado al conde de Sunderland, hombre travieso, aunque muy capaz; se dio plaza en el consejo al vizconde de Hallifax, persona de ingenio, saber y elocuencia, aunque naturalmente inquieto y muy refinado en el lujo. Estos tres señores y Temple, que a pesar de su afición al retiro, solía reunirse con ellos, formaron una especie de consejo de gabinete en que todos los negocios recibían, por decirlo así, su primera digestión. Se nombró a Shaftsbury presidente del consejo, contra el dictamen de Temple que predijo lo que había que temer de un hombre tan peligroso, cualquiera que fuese el ramo de la administración en que se le diese parte.

No tardó mucho en cumplirse la profecía de Temple, porque conociendo Shaftsbury que no poseía más que las apariencias del favor del rey, tomó la resolución de permanecer adicto al partido popular, cuya confianza le daba una superioridad absoluta en la cámara baja y mucho influjo en la otra. Esta misma apariencia de favor que se le notaba en la corte sirvió para hacerle más peligroso, porque sus partidarios que creían notar sus progresos, no dudaron que pronto adquiriría el mayor ascendiente, y él mismo los lisonjeaba constantemente con que si persistían en sus ideas, el rey, por indolencias, por necesidad o por cariño ciego a Monmonth, se vería precisado, aun a costa de los derechos de su hermano, a cederá todas sus pretensiones. Por otra parte el odio al papismo y la desconfianza de las intenciones del rey y del duque de York eran unos males demasiado profundos para un remedio tan débil como aquel nuevo consejo inventado por Temple, pues no bien se hubo instalado, cuando ya los comunes llegaron a declarar unánimemente: «que el apego del duque de York al papismo y la esperanza de verle subir al trono habían alentado mucho las conspiraciones y designios de los papistas contra el rey y la religión protestante.» Aguardábase ver muy pronto aparecer un decreto de la cámara excluyéndole de la sucesión, pero Carlos se apresuró a prevenir aquel atrevido paso por medio de algunas limitaciones, que hizo proponer al parlamento, y él mismo se tomó el trabajo de insinuarlas con expresiones benévolas, diciendo: «Y para manifestaros que mientras que aquí desempeñáis vuestra obligación, no han sido mal empleadas mis reflexiones y que me ocupo sin cesar en todo lo que no solo puede conservar vuestra religión sino también afianzarla contra toda clase de accidentes futuros, he encargado a mi canciller que os exponga algunas ideas que darán a conocer evidentemente que en cuanto concierne a la seguridad pública, no me limitaré a seguir vuestro celo sino que le serviré de guía.»

### **Limitaciones para el caso de un sucesor católico.**

Estas limitaciones eran de la mayor importancia y muy propias para despojar a sus sucesores de los principales derechos de la corona, porque en cada nuevo reinado proponía un método para asegurar a la nación el conseguir un parlamento que no pudiera disolverse dentro de determinado tiempo. En la suposición de que hubiese un sucesor católico, debía renunciar el monarca el derecho de conferir dignidades eclesiásticas. Ningún miembro del consejo privado ni juez ordinario ni de la chancillería podía ser nombrado ni depuesto sin aprobación del parlamento; y esta precaución había de extenderse a la parte militar, a los gobiernos de los condados, a sus tenientes y generalmente a todos los oficiales de marina. Añadió el canciller, como pensamiento suyo: «Es difícil imaginar límites más estrechos si se considera cuan dependiente ha de estar la renta de la voluntad del parlamento y cuan imposible es sacar dinero sin su participación. Sin embargo, si la prudencia del parlamento le hace descubrir algún otro camino para afianzar aun más la religión y la libertad contra las tentativas de un sucesor católico sin destruir el derecho mismo de sucesión, S. M. consentirá en ello con mucho gusto.»

Es notable que cuando se propuso en el consejo este plan de limitaciones, los únicos que se opusieron a él fueron Shaftsbury y Temple, aunque por razones diametralmente opuestas.

Shaftsbury, creyendo que eran insuficientes, pretendió que no había seguridad alguna para el reino sino excluyendo absolutamente al duque; y Temple, por el contrario, sostenía que unas limitaciones tan rigurosas eran capaces de trastornar la constitución y que sería muy difícil a un sucesor protestante sacudir las cadenas impuestas al papista. Se asegura que se inquietó mucho el duque cuando supo aquel paso dado por el rey, y que hubiera sentido menos el decreto de exclusión que por su misma violencia e injusticia no prometía larga duración. También es de creer que el rey no hubiera pasado tan adelante a no estar confiado en que la extremada furia de los comunes les haría desechar sus concesiones y que recayese sobre ellos el cargo de haber rehusado un acomodamiento tan razonable.

### **Bill de exclusión.**

Pronto se conoció cuán bien había juzgado Carlos las disposiciones de la cámara, porque estaba esta tan acalorada con los amaños de Shaftsbury y de otros descontentos, y descollaba tanto el odio contra los papistas que aunque las concesiones del rey eran muy superiores a lo que se debía esperar, con todo no fueron aceptadas. Redactóse el *bill* para excluir enteramente al duque de las coronas de Inglaterra e Irlanda, y se declaró que, después de la muerte o por abdicación del rey, correspondería la soberanía de estos dos reinos al heredero más inmediato después del duque; que todos los actos de la autoridad suprema que pudiese ejercer en lo sucesivo serían, no sólo de ningún valor, sino reputados como traición; que si se presentaba en cualquiera de los dos dominios, sería culpable del mismo delito y que los que sostuviesen su título serían castigados como traidores y rebeldes. Este importante decreto, que comprendía el destierro y la exclusión, se aprobó en la cámara baja por una mayoría de 79 votos.

No estaban tan exclusivamente ocupados los comunes en esta operación que descuidasen los demás intereses de la libertad.

Mientras que duró el último parlamento, se había acalorado mucho el partido popular contra la corrupción de sus individuos, y el mismo cargo se había repetido contra la presente asamblea; pero habiéndose tomado informes sobre lo que podía dar motivo a una queja tan peligrosa para el honor del cuerpo, se encontró que no había fundamento para ella. Confesó sir Esteban Fox, como tesorero, que nueve diputados recibían pensiones que ascendían a tres mil cuatrocientas libras esterlinas y a fuerza de pesquisas de la comisión secreta, se descubrieron otros nueve pensionados. También parece que, según las circunstancias, se había prestado o regalado a otro cerca de doce mil libras de la misma moneda, y los escritores de aquel tiempo pretenden que Clifford y Danby profesaban máximas muy opuestas acerca de los influjos pecuniarios. El primero sólo se dedicaba a ganar los oradores y corifeos de la cámara juzgando a los demás como de poca importancia; mientras que el segundo se había asegurado del mayor número, fuesen quienes fuesen. Lo que podía faltar eran los medios, pero no la intención, a estos dos ministros.

Aunque es harto difícil excluir enteramente las pasiones y demás alicientes, no puede negarse que son medios muy peligrosos, que jamás evitarán ni vituperarán bastante los que respetan la virtud y la libertad de una nación. Sin embargo, es de muy distinta naturaleza el influjo que puede adquirir la corona con la distribución de los empleos, honores y dignidades, porque este instrumento del poder, aunque frecuentemente irresistible, no puede suprimirse absolutamente sin la ruina total de la monarquía y aun de toda autoridad regular; pero eran tales los recelos de los comunes en aquel tiempo, que por medio de un *bill*, que se leyó dos veces, excluyeron de su cámara a todos los que poseían cualquier empleo lucrativo.

Declaráronse ilegales el ejército permanente y las tropas de la guardia real, pretensión nueva a la verdad, pero necesaria para la perfección de la seguridad pública y de la libertad en una monarquía limitada.

### ***Bill de Habeas corpus.***

Las prisiones arbitrarias son un abuso que pasó a ser uso en casi todos los gobiernos a excepción del de Inglaterra, y al parlamento de aquel año de 1679 es al que deben los ingleses la dicha de haberse puesto a cubierto de este mal, beneficio que compensaba sobradamente sus violencias y facciones. Ya la *carta magna* había echado los cimientos de aquel precioso ramo de la libertad, que fue renovada y aun extendida por la *petición del derecho*; pero todavía le faltaban algunas cláusulas para completarla, es decir, para anonadar todas las elusiones y dilaciones de parte de los ministros y jueces. En aquella legislatura se aprobó la ley del *Habeas corpus*, con lo que se logró aquel utilísimo fin, porque, según ella, no podía un juez sin incurrir en penas muy rigurosas rehusar al preso de menor importancia una orden que se llamó como ya hemos dicho, de *habeas corpus*, que obliga al alcaide a presentar el cuerpo del preso ante el tribunal que exprese la orden, y certificar la causa de su prisión. Si la cárcel está a veinte millas de distancia del juez, debe ejecutarse la orden en el término de tres días, y lo mismo, en proporción, para todas las distancias. Desde el primer término debe ser acusado el preso después de su arresto, juzgarse su causa en el término inmediato. Si se le pone en libertad por orden de la justicia, no se le puede volver a encarcelar por el mismo delito. Como esta ley es esencialmente necesaria para el mantenimiento de la libertad en una monarquía mixta, cual es la de Inglaterra, y como es peculiar de los ingleses, de ahí nace que estos prefieren su constitución civil a todas las demás. Sin embargo, es difícil de conciliar con esta libertad extremada la policía regular de un estado, sobre todo en las ciudades populosas.

Durante todos estos celosos esfuerzos en defensa de la libertad, no se vio de parte de este parlamento la menor señal de complacencia con la corona. El tesoro real estaba cargado de deudas y anticipaciones; los impuestos otorgados en 1666 y 1670 tocaban a su término, y el rey no cesaba de hacer presente el desorden y decadencia de la marina; pero los comunes, lejos de hacer caso de aquellos apuros de la corona, se prevalecieron de ellos para expedir el decreto de exclusión y castigar o desposeer los ministros que les disgustaban. Así se quedó el rey sin auxilios, y solo sirvieron sus quejas y penalidades para dar aliento a más osadas tentativas. En medio de todo, como continuase su desconfianza en las tropas permanentes, tomaron el partido de conceder un subsidio de 206.000 libras esterlinas para licenciarlas; es decir, la misma suma que había concedido el último parlamento, pero que no había podido formalizarse a causa de la prórroga y disolución que sobrevinieron y por varios escrúpulos de los pares. Se aseguró la aplicación de este dinero con cláusulas muy rigurosas, aunque sin exigir como la otra vez que se hiciese el pago en la cámara de Londres.

Prosiguióse con mucho vigor la acusación de los cinco lores papistas y la del conde de Danby, porque el antiguo favor de este ministro y la autoridad de que había gozado por largo tiempo irritaban mucho contra él a los caudillos populares, y esperaba la cámara baja que llevándola al extremo, se le pondría en la precisión, para justificar su conducta, de revelar toda la trama de la alianza francesa, en que sospechaban que hubiese un misterio de muy peligrosa naturaleza. Recelando Carlos esto mismo, y para no dejar sin protección a un ministro, cuyo único crimen consistía en haberle obedecido, empleó todos sus esfuerzos en sostener la validez del perdón que le había concedido. Señalaron los pares un día para examinar aquella cuestión y determinaron que se sostuviese la causa por ambas partes, pero los comunes rehusaron someter sus prevenciones a la prueba de una discusión, declarando traidor a las libertades inglesas a todo jurisconsulto que emprendiese defender ante la cámara de los pares la validez del perdón de Danby; y con igual acaloramiento pidieron que los obispos, por ser notoriamente adictos a la corona, se ausentasen de la cámara, no solo durante el proceso del conde, sino también mientras que se discutiese la validez del perdón.

Antes de la reforma habían gozado constantemente los obispos del derecho de asiento en el parlamento; pero entonces estaban tan lejos de mirar aquella dignidad como un privilegio, que antes

al contrario afectaban formar una clase separada en la nación, totalmente independiente de la magistratura civil, y únicamente responsable ante el papa o ante su propia corporación. Sin embargo, las actas de Carendon, que se redactaron en el reinado de Enrique II, los habían obligado a asistir al parlamento; más como les estaba prohibido por las leyes eclesiásticas asistir a ningún proceso de muerte, tenían en aquellas ocasiones el privilegio de ausentarse. Este uso había sido voluntario por mucho tiempo pero luego se convirtió en precepto, y así en el proceso del conde de Strafford se les forzó a retirarse, a pesar del deseo que tenían de asistir a él y de que no se lo impedían las leyes canónicas. Nunca habían dejado de hacer su protesta en favor de su derecho, lo cual no se les impidió porque solo se miraba como una formalidad, pero no se puso atención seria en ello. En el caso actual se suscitó una cuestión que pareció de importancia, pues como los comunes se veían en situación, por la violencia del pueblo y por los apuros de la corona, de hacer nuevas adquisiciones de facultades y privilegios, pretendieron que los obispos no tenían derecho de asistir ni al proceso del conde ni a la cuestión del perdón. Ellos por su parte sostuvieron que esta última no era más que un preliminar, y que en las causas capitales no estaban obligados por las leyes canónicas ni por las prácticas del parlamento a retirarse antes de que principiara el proceso. Si se miraba su ausencia como un privilegio, y en efecto este era su origen, de ellos dependía ver hasta que punto les convenía insistir en él; y si se miraba como una disminución de su derecho, nunca las derogaciones poco favorables deben extenderse más allá de las circunstancias que las han ocasionado, y cuantas inducciones se quisiesen sacar de una supuesta semejanza de casos tenían poca o ninguna autoridad.

### **Prórroga y disolución del parlamento.**

Consideró la cámara de los pares por tan poderosas estas razones, que admitió a los obispos al derecho de dar voto cuando se tratase de la validez del perdón, pero la de los comunes insistió en que habían de retirarse, y como se fue acalorando la disputa entre las dos cámaras y presumió el rey que solo había que esperar violencias de semejante parlamento, creyó que debía aprovecharse de un pretexto tan plausible para terminar la asamblea con una prorrogación. Mientras que se ocupaba en esta idea, supo con mucha inquietud que los comunes estaban preparando una representación con la mira de inflamar más y más a la nación con las imágenes siempre terribles de la conspiración y del papismo (27 de mayo), cuya noticia le hizo acelerar la ejecución de su proyecto, sin consultar siquiera a su nuevo consejo por cuyo dictamen había ofrecido arreglar su conducta. Como esta vigorosa resolución trastornó todas las medidas de los descontentos, se aumentó mucho más su furor, y Shaftsbury se irritó hasta el punto de decir públicamente que vería cortada la cabeza del que hubiese dado semejante consejo. Poco tiempo después se disolvió el parlamento, sin que tampoco se diese parte a los nuevos consejeros, y se expidió la orden para hacer nuevas elecciones (10 de julio). Estaba resuelto Carlos a tentar todos los medios que pudiesen hacerle esperar más complacencia de parte de sus súbditos, fundado en su antiguo principio de que si tenía la desgracia de no conseguirlo, la culpa debía recaer sobre aquellos cuya obstinación le obligaba a tales extremos.

### **Proceso y suplicio de cinco jesuitas y de Langhorue.**

Pero en el intervalo de los dos parlamentos no se interrumpieron los procedimientos contra los católicos acusados de la trama, y el rey, contra sus ideas, se vio precisado a ceder a la furia popular. Los primeros que comparecieron en justicia fueron el provincial de los jesuitas Whitebread, Feuwick, Gawen, Turner y Harcourt, todos religiosos de la misma orden, y se añadió un nuevo testigo contra ellos, que fue un tal Dugdale. Había sido este mayordomo de lord Aston, y aunque muy pobre, no parecía tan despreciable su carácter como los de Oates y Bedloe; pero no fue menos



monstruoso e increíble el cúmulo de proyectos de matanzas y asesinatos de que acusó a los papistas, llegando a asegurar que había en Inglaterra doscientos mil católicos prontos a tomar las armas. Probaron los acusados con el testimonio de diez y seis estudiantes de Saint Omer, la mayor parte jóvenes de distinción, que Oates estaba en el colegio de aquella ciudad cuando había jurado que estaba en Londres; pero como eran papistas y discípulos de los jesuitas, no se dio crédito alguno a su dicho ni por los jurados ni por los jueces. Hasta el recibimiento que se les hizo en la sala de la audiencia estuvo mezclado de burla y de ultrajes, pues habiendo dicho uno de ellos: «que a no engañarle todos sus sentidos, Oates se hallaba en Saint Omer», le replicó el ministro presidente: «A vosotros los papistas os enseñan muy desde los principios a no creer en el testimonio de vuestros sentidos.» Verdad es que también Oates encontró medio para que algunos testigos depusiesen que estaba en Londres en aquel tiempo; pero cuando luego se le acusó de perjurio, se demostró que esta última deposición había sido falsa. Para confundir a Oates, probaron los jesuitas con testimonios irrecusables que había perjurado en la causa del padre Ireland, que se hallaba en el condado de Stafford mientras que Oates juraba que estaba conspirando en Londres; pero todas estas justificaciones quedaron sin efecto ante la preocupación general, pues los acusados fueron condenados a muerte, sentencia que se ejecutó persistiendo ellos hasta el último suspiro en las protestas de su inocencia con el tono más solemne y firme.

El segundo proceso fue el de Langhorne, jurisconsulto eminente, que estaba encargado de todos los negocios de los jesuitas. Oates y Bedloe juraron que todas las patentes del papa para instalar a los católicos en las principales dignidades de Inglaterra habían pasado por sus manos. Cuando los pares le declararon culpable, prorrumpió aquella feroz asamblea en grandes aclamaciones y es de observar que llegó a tal punto la rabia popular, que al acercarse al tribunal de justicia los testigos que venían a deponer en su favor, corrieron gran peligro de ser hechos pedazos por el populacho. A uno de ellos le maltrataron tanto que se temió por su vida, y otro, que era una mujer, declaró que si el tribunal no le aseguraba su protección, no podría declarar nada; más como los jueces no podían prometerles otra cosa sino castigar a los que fuesen osados a ultrajarla, el mismo acusado tuvo la generosidad de dispensarla de cumplir su deber.

### **Absolución de Wakeman.**

Hasta aquí todo había sido favorable a los delatores, y sus deposiciones habían casi equivalido a unas sentencias de muerte; pero su primera humillación ocurrió en el proceso de sir Jorge Wakeman, médico de la reina, a quien ellos habían acusado de que tenía intención de envenenar al rey (18 de julio). Era una circunstancia muy favorable para él el que Oates, en su primera deposición ante el consejo, no le hubiese acusado más que por dicho de otro, y cuando el canciller le preguntó si tenía que añadir algo a su deposición, respondió: «Líbreme el cielo de decir nada contra él porque no sé nada más»; si bien en el discurso del proceso, no dejó de acusarle positivamente. Otras circunstancias favorecieron también a Wakeman, pero nada contribuyó tanto a salvarle como la relación que tenía su causa con la de la reina, de quien nadie, aun en medio de las preocupaciones de aquel tiempo, pudo sospechar la menor culpa. Por fin, la excesiva importancia de las acusaciones tuvo bastante fuerza para hacer entrar en caja los ánimos y volver por el buen juicio y por la humanidad, que por tanto tiempo parecían haber abandonado a la nación. El mismo presidente de la justicia que hasta entonces había favorecido a los acusadores, exagerado, la trama y burlándose de los acusados, parece que había vuelto un poco en sí, pues hizo recomendaciones más favorables a los jurados. Habían tenido el atrevimiento Oates y Bedloe de atacarle de frente y echarle en cara su parcialidad ante el consejo, llegando así a ser objeto del resentimiento de aquellos mismos que tanto habían aplaudido su conducta. La justificación de Wakeman fue sin duda una mortificación muy sensible para los perseguidores del fantasma de conspiración y exterminio, y cubrió a los tres delatores de un oprobio indeleble; pero Wakeman, luego que se vio en libertad,

conoció que su vida estaría siempre expuesta a antiguas enemistades, y se vería amenazada de otras persecuciones, por lo cual creyó muy prudente buscar un retiro al otro lado de los mares. Su fuga pasó por una prueba de temor a los ojos de todos aquellos que se obstinaban en dar por cierta la conspiración.

### Estado de las cosas en Escocia.

Los manifiestos disgustos de la nación inglesa y la disposición aviesa del parlamento excitaban las esperanzas de los *covenantarios* escoceses, haciéndoles entrever alguna luz para salir de la opresión en que gemían hacia tanto tiempo. Había algunas sospechas de que la política de Lauderdale y de sus asociados era oprimir hasta el extremo a aquel desgraciado pueblo para forzarle a la rebelión con la mira de aprovecharse de las confiscaciones y sentencias a que daría lugar<sup>437</sup>: pero los *covenantarios* contra aquella odiosa política, se habían abstenido hasta entonces de todo acto de hostilidad, y aquel tiránico ministro se había llevado chasco; más al fin un incidente imprevisto causó una sublevación en aquel pueblo.

No se había entibiado la aversión de los *covenantarios* contra Sharp, primado del reino, a quien miraban como apóstata y como implacable perseguidor de los que no pensaban como él. Tenía bajo sus órdenes un oficial llamado Carmickel, tan furioso como él contra los conventículos, y que por sus excesos se había hecho muy odioso a los fanáticos. Una tropa de estos furiosos aguardó al prelado en el camino real cerca de San Andrés, con la resolución, sino de asesinarle, a lo menos de tratarle con tal dureza que le obligase en lo sucesivo a guardar más moderación con los no-conformistas<sup>438</sup>. Vieron asomar su coche que no podía evitar el pasar junto a ellos, lo cual tomaron por una declaración del cielo contra él, y cuando observaron que por diversos accidentes, la mayor parte de sus criados estaban distantes, no dudaron que la Providencia ponía a su enemigo en sus manos. Cayeron sobre él, le sacaron del coche y de los brazos de su hija que no pudo defenderla más que con gritos y lágrimas, y le atravesaron con repetidas estocadas dejándole por muerto en el mismo sitio, y se dispersaron inmediatamente.

Este atroz atentado sirvió de pretexto al ministerio para redoblar las persecuciones contra los *covenantarios*, sobre quienes se hizo pesar sin distinción el crimen de aquellos furiosos asesinos. Es indudable que se alegraron mucho de la muerte de Sharp, y que muchas veces su obcecado celo los había inclinado a buscar en sus sermones y libros algunos textos con que alabar y recomendar el asesinato de sus adversarios, porque los consideraban como enemigos de toda piedad. Apenas había púlpito en que no resonasen alabanzas de Jael y Sisara, de Aod y de Eglon. Se dio orden a las tropas acantonadas en la Escocia occidental de descubrir y disipar todos los conventículos, y desde entonces ya los *covenantarios* en lugar de reunirse en pequeños grupos, se vieron precisados a formar asambleas numerosas y llevar armas para su defensa. En la aldea de Rutherglen, a las inmediaciones de Glasgow publicaron abiertamente una declaración contra la prelatura, y con no menor entusiasmo quemaron en el mercado varios decretos del parlamento y del consejo en que se establecía el episcopado sobre las ruinas de los conventículos, habiendo elegido para hacer aquel insulto el día 29 de mayo, aniversario de la restauración, y principiando por apagar las hogueras que se habían encendido en celebridad de aquella fiesta.

El capitán Graham, que luego fue vizconde de Dundee, oficial activo y valiente, atacó un gran conventículo en Loudon-hill y fue rechazado con pérdida de cincuenta hombres, como que los

437 Cuenta Burnet en el tomo V p. 587 que el duque de Lauderdale solía dejarse llevar de la cólera hasta el extremo: «un día, dice, en que yo le hacía presente que no era oportuna la ocasión para apretar tanto a los presbiterianos y que se los pondría en el caso de estallar en una rebelión, me contestó:—Si, es tiempo de hacer lo que hacenos, y pluguiese a Dios que esas gentes se rebelasen, porque no tardaríamos en traer de Irlanda un ejército de papistas que los exterminaran.—Al oír esto, añade Burnet, no era cosa de continuar discurriendo con un loco digno de una jaula.

438 Historia de los padecimientos de la iglesia de Escocia por Wodrow tomo II, p. 28.

*covenantarios* se habían resuelto imprudentemente a tomar el medio de la violencia ya que se les cerraban los demás caminos para conseguir la libertad que les negaba el gobierno. Avanzaron hasta Glasgow, y aunque rechazados al principio, se apoderaron de la ciudad, donde desposeyeron al clero, y en una nueva proclama, declararon que combatían contra la supremacía del rey, contra el papismo y la prelatura y contra un sucesor papista.

### **Batalla de Bothwell-bridge.**

Aunque, según las apariencias, la sublevación fue accidental, había muchas razones para creer que varias personas de importancia, que estaban de acuerdo con los caudillos populares de la nación inglesa, habían decidido secretamente a los *covenantarios* a dar la cara<sup>439</sup>, con la esperanza de que los desórdenes de Escocia producirían los mismos efectos que habían producido cuarenta años antes. Temeroso también Carlos de que sobreviniesen los mismos resultados, mandó inmediatamente marchar al duque de Monmouth con un pequeño cuerpo de caballería inglesa, al cual se reunieron las guardias escocesas y algunos regimientos de milicias que se levantaron apresuradamente en las provincias bien dispuestas y todos avanzaron con rapidez hacia el Oeste en busca de los rebeldes. Habían estos tomado posición cerca de Bothwell-Castle, entre Hamilton y Glasgow, cuya última plaza, que no es accesible más que por el puente, podía defenderse por cualquiera tropa contra todas las fuerzas del rey; pero aunque habían andado acertados en la elección de la posición faltóles el valor y el buen seso en todo lo restante de su conducta. No tenían a su frente ningún hombre que perteneciese a la alta nobleza, y aun de la mediana había poquísimos entre ellos, de modo que sus únicos jefes eran los ministros, y el ejército entero no pasaba de 8.000 hombres.

Atacó Monmouth el puente (22 de junio), y los que le defendían se mantuvieron en su puesto mientras les duraron las municiones; pero cuando las enviaron a pedir a sus respectivos cuerpos, se les dio orden de abandonar el terreno y efectuar su retirada. Aquella imprudencia causó la ruina de su ejército, porque Monmouth atravesó el puente sin obstáculo, y avanzando su artillería en buen orden puso ella sola en derrota a los *covenantarios*. Mas de 700 perecieron en la fuga, porque semejante defensa no merece el nombre de batalla, y se les cogieron 1.200 prisioneros, que fueron tratados por Monmouth con una humanidad que nunca habían experimentado en su propia nación. Todos los que ofrecieron vivir en paz bajo el gobierno establecido quedaron en libertad de retirarse. Dos de los ministros fueron ajusticiados, y cerca de unos trescientos, que se obstinaron en no admitir las ofertas del vencedor, fueron embarcados para la Barbada, pero perecieron desgraciadamente en la travesía.

Era Monmouth naturalmente generoso y además espiraba al afecto de los escoceses, como que el rey estaba en ánimo de confiarle la administración de aquel reino. Se había casado con una Escocesa, heredera de una de las primeras casas del reino y relacionada con toda la alta nobleza; y Lauderdale, cuyas facultades mentales principiaban a debilitarse, incluso la memoria, iba perdiendo de día en día el crédito de que había gozado por tanto tiempo a despecho de tantos enemigos como tenía en Inglaterra y en Escocia, y a pesar de tantas acciones violentas y tiránicas como deshonraron su administración; pero aun en medio de su decadencia, todavía conservaba bastante influjo en el ánimo del rey para torcer todas las buenas intenciones de este príncipe respecto de los escoceses. Concedió Carlos una amnistía, pero tuvo muy buen cuidado aquel ministro de que fuese más favorable para él mismo y sus asociados que para los infelices *covenantarios*, y aunque se le dio orden para cerrar los ojos respecto a los conventículos, supo encontrar mil pretextos para eludir su ejecución.

Sin embargo, convienen todos, en honor suyo, en que sirvió de mucho con sus consejos para que se acelerase la marcha de las tropas y la expedición de Monmouth; y en que esta diligencia

439 Cartas de Algernon Sidney, p. 90.

arruinó las esperanzas de los descontentos que, considerando la disposición de los ánimos en los dos reinos, habían fundado grandes esperanzas en el progreso de la insurrección de Escocia.

## LXVIII. Carlos II—1679

### Estado de los partidos.

Observando que toda la nación concordaba en creer cierta y en detestar la conspiración papista, creyó Carlos que le era indispensable para su seguridad afectar la misma persuasión en su conducta y modo de explicarse en público, con cuyo artificio había eludido la violencia del torrente; pero cuando el tiempo, la reflexión y sobre todo, los suplicios de los supuestos conspiradores hubieron mitigado algún tanto la furia del pueblo, se lisonjeó de que podría formar un partido considerable, celoso de los intereses de la corona y capaz de oponerse a las pretensiones de los descontentos.

En todos los gobiernos mixtos, como el de Inglaterra, por más que algunos, según la vanidad de sus ideas e intereses, se adhieran al partido realista y otros al popular, lo que es la masa de la nación siempre propende a conservar ilesas la forma de la constitución. Aunque cuando subió Carlos al trono, se había esforzado por abolir todas las distinciones de los partidos, había desatendido las diferentes denominaciones en la elección de sus ministros, luego cuando perdió el afecto del pueblo y se expuso a las desconfianzas del partido de éste, se vio precisado a buscar el antiguo partido de los caballeros, compuesto de realistas fieles, prometiéndoles grandes compensaciones del olvido en que los había dejado hasta entonces. Era mucho más necesaria su asistencia en las circunstancias actuales, y a los mismos se vieron precisados por diferentes motivos o recobrar su antiguo celo en favor de la corona y en el sostén de la familia real.

Todo partido fuertemente adicto a la monarquía es naturalmente celoso del derecho de sucesión, como único capaz de conservar la estabilidad del gobierno y de oponer una barrera sólida a las usurpaciones de las asambleas populares. Aquel proyecto generalmente adoptado de excluir al duque de York les parecía a los realistas una innovación peligrosa, y el conato secreto de anteponer al duque de Monmouth, les hizo temer que se suscitarían graves compromisos para todos sus descendientes con una sucesión disputada. Mientras que los celosos partidarios de la libertad sostenían que un rey, cuyo título dependiese del parlamento, tendría naturalmente más consideraciones del pueblo, admiradores apasionados de la monarquía consideraban aquella dependencia como una degradación del gobierno real y como un paso muy decisivo hacia el establecimiento de una república en Inglaterra.

Pero si dio a Carlos muchas fuerzas esta unión de los realistas políticos, no las sacó menores de una liga que tuvo la destreza de formar al mismo tiempo con la iglesia anglicana. Hizo presente al clero de esta iglesia el gran número de presbiterianos y otros sectarios que habían entrado en el partido del pueblo, el favor y asistencia que encontraban en él, sus vivos clamores contra el papismo y el poder arbitrario; por todo lo cual hizo temer a los anglicanos la renovación de aquel antiguo sistema que no menos amenazaba al episcopado que a la monarquía, y por consecuencia las mismas miserias y las mismas opresiones en que habían gemido por tanto tiempo durante las guerras civiles y las usurpaciones. El resultado de aquellos horrorosos tiempos fue bastante para unir a la corona a muchas personas imparciales, temerosas de que, una vez incorporado el celo de la libertad con el fanatismo, volvieran a encenderse todas las hogueras de la guerra civil; y si Carlos no hubiera conservado la prerrogativa de disolver los parlamentos, se habrían realizado aquellos temores sin duda alguna. Sin embargo, todos los hombres ilustrados podían notar en el espíritu de los partidos y en el carácter del príncipe una diferencia muy esencial que daba a Carlos por lo menos la facultad de mantener la paz de la nación, aunque con mucho peligro de la libertad.

Era muy violento el grito contra el papismo, pero no tanto nacía del celo de la religión cuanto del espíritu de partido en el mismo pueblo que lo había adoptado y en los que lo suscitaban. Había causado tantos males aquel entusiasmo y era tan sensible la dicha de haber acabado con él, que no había artificio capaz de resucitarlo ni sostenerlo. Se había ridiculizado su piedad y desenmascarado su hipocresía, en términos de haberse hecho sospechosas las pretensiones a mayores grados de reforma y puridad; pues lejos de atribuirse, como al principio de las guerras civiles el nombre de partido santo, partido de Dios, se limitaban los actuales patriotas a titularse el partido bueno y honrado; pronóstico seguro de que sus medidas habían de ser menos furiosas y sus pretensiones menos exorbitantes.

El rey mismo aunque ciertamente no había heredado la rectitud y principios virtuosos de su padre, como dice Temple<sup>440</sup>, era más amable en sus modales y de acceso más fácil; pues lejos de ser imponente ni reservado, no tenía la menor sombra de orgullo y era el más afable y atento de los hombres<sup>441</sup>. No trataba a sus súbditos como vasallos o colonos, sino como a otros tantos señores o particulares libres. Era suavísimo en sus expresiones y arrebatava los corazones al tiempo mismo que perdía la estimación de los pueblos, dejándolos dudosos entre su juicio y su inclinación. Aunque en su conducta se vieran algunas medidas peligrosas para la religión y la libertad, nunca las había sostenido con obstinación, sino que siempre había vuelto a entrar en la senda que le trazaban las opiniones, y bien calculado todo, estaban persuadidas muchas gentes de que era sin injusticia juzgar con tanto rigor los defectos de un príncipe, en quien se reconocía tanta facultad para corregir sus errores y tanta inclinación a perdonar las ofensas personales suyas.

### **Estado del ministerio.**

Echóse de ver muy claramente en aquel tiempo el afecto que se tenía a Carlos cuando se puso enfermo en Winsord y tuvo dos o tres ataques de calentura que hicieron temer por su vida; pues no hubo nadie en el reino que no se estremeciese a la idea de su muerte, y al considerar las dificultades que ofreciera la sucesión. En aquella disposición de los ánimos, para usar de las mismas expresiones de Temple<sup>442</sup>, miróse la muerte del rey con el mismo pavor que si fuera el fin del mundo. Temíase que los descontentos rompiesen toda medida volviendo a encender la guerra civil, y tan funesta perspectiva presentaba su triunfo como su ruina, y como el equilibrio mismo de las opiniones. Los principales consejeros del rey, como Essex, Hallifax y Sunderland, que estaban muy mal con Shaftsbury y el partido popular, aconsejaron al rey que hiciese advertir secretamente al duque de York la necesidad en que estaba de hacer valer sus derechos contra los obstáculos que le amenazaban. Cuando llegó el duque (2 de setiembre), ya encontró a su hermano fuera de peligro y como se le pidió que ocultase la invitación que había recibido, logró en cambio que consintiera el rey no sólo en derribar al duque de Monmouth, cuyos proyectos eran ya claros y conocidos, sino también en despojarle del mando de las tropas y aun enviarle al continente. Después, habiéndose vuelto a Bruselas, permaneció allí muy poco tiempo y consiguió permiso para retirarse a Escocia, bajo pretexto de calmar los temores de la nación inglesa, pero en la realidad para poner aquel reino en sus intereses.

Aunque los ministros de Carlos habían provocado la resolución de llamar al duque de York, no tardaron en conocer que no poseían su confianza y que si bien hacían uso de sus servicios, no tenía una sincera estimación de sus personas. Disgustado de ello Essex, hizo renuncia de la tesorería general; Hallifax se retiró a sus estados, y Temple desconfiando de poder conciliar sus ánimos ulcerados, se entregó casi exclusivamente a sus libros y sus jardines; de modo que Carlos, que variaba de ministros y de resoluciones con la mayor indiferencia, entregó entonces toda su

---

440 Tomo I, página 335.

441 Temple, tomo I, pág. 449.

442 Tomo I, pág. 342.

confianza a Styde, Sundeslaud y Godolphin, sucediendo el primero de ellos en el destino del conde de Essex.

Todo el ministerio, y lo mismo el rey, tenían repugnancia a convocar nuevo parlamento, porque recelaban encontrar igual oposición que en los anteriores. La mayor parte de las elecciones habían sido favorables al partido nacional: continuaba siempre firme la impresión contra la trama papista, y el temor de los principios y carácter del duque de York no había perdido nada de su fuerza aun en las personas sensatas. Por eso Carlos tomó la resolución de prorrogar la asamblea con el objeto de que el tiempo apaciguase los ánimos que no habían podido suavizar los anteriores arbitrios. No aguardó para ello el dictamen del consejo, porque sabía que aquellos caudillos populares que había admitido a su confianza, combatían con ardor una resolución que desconcertaba todas sus miras, y que los realistas no se atreverían a exponerse a la venganza del parlamento mientras estaba reunido. Decidido por estas razones a tomar sobre sí la prórroga, se contentó con declarar su resolución al consejo, siendo de observar que a pesar de la profesión que había hecho de no tomar providencia alguna sin su dictamen, había faltado muchas veces a su promesa, y en varios asuntos de alta importancia había desechado opiniones opuestas a las suyas.

Señalóse en aquella ocasión el descontento del consejo, particularmente el de lord Russel, que era el hombre más popular de la nación por la suavidad y rectitud de su carácter tanto como por su celo de la religión y libertades de su patria. Aunque arrebatado algunas veces hacia los partidos extremos, siempre fue indudable a la integridad de sus intenciones, y como por otra parte su nacimiento le llamaba a ser el hombre más rico del reino, sin que por eso fuese inmoderada su ambición, se creía que sola una necesidad absoluta podría obligarle a medidas violentas. Shaftsbury, que era de un carácter opuesto, fue despedido de la presidencia del consejo, nombrando el rey en su lugar al conde de Radnor, hombre veleidoso, con mucho talento, pero de una virtud atrabiliaria.

### **Conspiración del tonel de harina.**

El favor y apoyo del parlamento eran los que principalmente habían sostenido la opinión de la trama papista, pero había hecho tantos progresos la credulidad de la nación, y estaban tan lisonjeados todos los bribones pobres con las ventajas adquiridas por Oates y Bedloe, que ni aun durante las vacaciones de las cámaras dejaron en paz al público.

Un tal Daugerfield, que por diferentes crímenes había sido marcado con un hierro incandescente en la mano, azotado públicamente, sacado cuatro veces a la vergüenza, condenado a multa por impostor, desterrado por felonía, convencido de ser monedero falso y últimamente cargado con toda la infamia que las leyes humanas pueden imponer a los crímenes más vergonzosos, se aprovechó de la credulidad del público en aquella ocasión para hacerse hombre de importancia, suscitando un nuevo incidente que se llamó la conspiración del *tonel de harina* por el sitio en que se encontraron ciertos papeles referentes a la trama. Es más difícil que importante penetrar el fondo de este negocio, porque parece que Daugerfield, bajo pretexto de revelar conspiraciones de los presbiterianos, había sido protegido por algunos señores católicos y aun admitido a la presencia del rey y del duque; y que so color también de descubrir las tramas papistas, había obtenido acceso cerca de Shaftsbury y de algunos corifeos populares. Se ignora a cuál de los dos partidos se proponía engañar o si a los dos a un tiempo; pero no tardó en conocer que la credulidad de la nación estaba más abierta para las tramas papistas que para las conspiraciones presbiterianas; y se decidió por el capricho dominante del público. Aunque no se podía hacer caudal alguno de su testimonio, se levantaron grandes clamores, como si la corte hubiese intentado en represalias cargar a los presbiterianos con el crimen de una falsa conspiración. No puede negarse que una parte del reinado de Carlos, en que se dio crédito o se sospecharon tantos negros y viles artificios, es una gran mancha en los anales de la Gran Bretaña.

Uno de los más inocentes artificios de que usó entonces el partido popular, fue el aumento de ceremonias, pompa y gastos con que fue quemada la estatua del papa en Londres (17 de noviembre), espectáculo no menos eficaz para inflamar al populacho que para divertirle y entretenerle. El duque de Monmouth tuvo el atrevimiento de volver sin permiso del rey e hizo una procesión triunfante por todo el reino entre los aplausos y halagos del pueblo: todos estos artificios se tuvieron por necesarios para contener las prevenciones públicas durante el largo intervalo del parlamento. También se hicieron muchos esfuerzos para conseguir que el rey consintiese en que se reuniera aquel (1680) sobre lo cual presentaron una petición diez y siete pares, y hubo muchas ciudades que imitaron su ejemplo. A pesar de muchas muestras del descontento del rey y aun de un decreto amenazador, le llegaron de todas partes peticiones e instancias para la reunión del parlamento, sin olvidar en ninguna de ellas el peligro de la religión y los terrores de la trama papista.

### ***Whig y Tory.***

Bajo el último reinado habían sido las peticiones tumultuosas uno de los principales medios empleados por los descontentos contra la corona, y por más que se hubiese variado algo el modo de firmarlas y presentarlas en virtud de un acuerdo del parlamento, la práctica continuaba siendo la misma. Era en efecto un arbitrio admirable para apurar a la corte, esparcir el descontento y uniformar los clamores de la nación. No habiendo encontrado Carlos ley alguna en que apoyarse para castigar aquellas importunas solicitudes en que se faltaba hasta al respeto, se vio precisado a contestar por otros medios populares que pudiesen producir un resultado opuesto. En los sitios en que era dominante el partido de la iglesia y de la corte hacía que se formasen peticiones en que sobresalía el mayor respeto a S. M., la más perfecta resignación en su prudencia y el horror más declarado contra los que intentaban usurpar sus derechos, prescribiéndole tiempo para reunir el parlamento. Así empezaron a distinguirse las facciones con los nombres de *solicitantes* y *aborrecientes*, que ambos a porfía procuraban justificar, y que claramente manifiestan su mutuo encono. Es notable aquel año también por haberse inventado en él, además de los dos citados motes, que duraron poco, los célebres epítetos de *Whig* y de *Tory*, que por tanto tiempo han dividido a Inglaterra, aunque frecuentemente sin motivo importante de oposición. El partido de la corte echaba en cara a sus antagonistas su semejanza con los fanáticos de Escocia, conocidos con el nombre de *Whigs*, al paso que el de los patriotas quería encontrar relación entre los cortesanos y los bandidos papistas de Irlanda, a quienes se había dado el nombre de *Torys*. Poco a poco la costumbre de estos apodos se fue generalizando de unos en otros, y aun hoy es el día en que no parece que lleve trazas de olvidarse.

Nada se omitió por parte del rey para animar a sus partidarios y reconciliar al pueblo con su gobierno, sosteniendo las apariencias de celo que había afectado al principio contra el papismo. Llegó a consentir en el suplicio de varios sacerdotes que no habían cometido más delito que el de haber recibido las órdenes en la iglesia romana; es singular que uno de ellos llamado Evans, estaba jugando a la pelota cuando se le intimó la sentencia de muerte, y a pesar de que había de ejecutarse inmediatamente, se empeñó en concluir la partida. Siempre con la mira de ganar el afecto del pueblo, firmó Carlos una alianza con España, y ofreció la suya a los holandeses; pero los Estados Generales atemorizados con el excesivo poder de la Francia, y viendo los pocos recursos que ofrecía un país tan dividido como Inglaterra, eludieron sus proposiciones. Había mandado volver de Escocia a su hermano, pero le hizo que se volviera al acercarse la legislatura del parlamento.

Era importantísima para los jefes populares, mientras que dependía de la voluntad del soberano el tiempo que había de durar la asamblea, no descuidarse en el mantenimiento de las leyes, cuyas disposiciones les eran siempre favorables. Tienen los *sheriffs* de Londres por su oficio el derecho de convocar a los jurados, y era costumbre que el lord corregidor de Londres nombrase un



*sheriff* con sólo brindar a su salud, sin que jamás el ayuntamiento desaire aquella elección del corregidor. Nombró de este modo sir Roberto Clayton, que lo era entonces, un *sheriff* que no gustaba al partido del pueblo, pero fue desechado y se eligieron por mayoría de votos dos republicanos llamados Bethel y Cornish, ambos enemigos de la corte y por consiguiente unidos a los descontentos; y por más reflexiones y oposición que hizo el partido de la corte, se empeñó el pueblo en sostener su elección y la corte tuvo que ceder.

A pesar de eso, no fue tanta la parcialidad de los jurados de Londres que no se diese lugar a la justicia y a la razón durante el tumulto de la misma trama papista, pues aunque por Oates y Dangerfield el conde de Castlemaine, marido de la famosa duquesa de Cleveland, del designio de asesinar al rey, fue absuelto por aquel tiempo. (23 de junio.) La misma suerte tuvo sir Tomás Gascoigne, caballero muy anciano del norte de Inglaterra, acusado también por dos criados suyos a quienes había despedido por algunas truhanadas; estos dos fallos dieron un gran descrédito a la fábula de la conspiración que principiaba ya a pasar por una impostura, excepto en la opinión de los más decididos adversarios de la corte; pero para sostener a lo menos la animosidad contra el papismo, se presentó en la sala de Westminster el conde de Shaftsbury acompañado del conde de Huntington y de los lores Russel, Cuvendish, Gray y Brando, de los caballeros Caverly, Gerard, Cowper y otras personas de distinción, que juntos presentaron al gran jurado de Middlesex diferentes cargos de acusación contra el duque de York, como papista obstinado. Mientras que los jurados estaban discutiendo sobre aquella extraña acusación, los mandó llamar el lord justicia mayor; y aunque con poca regularidad en la forma los despidió inmediatamente, no por eso dejó Shaftsbury de conseguir lo que se proponía en aquel paso tan atrevido, pues dio a conocer a sus partidarios la resolución desesperada que había tomado de no admitir ninguna especie de acomodamiento ni composición con el duque: y como en esto les daba una fianza de que no abandonaría nunca su causa, sirvió para inspirarles la misma confianza en todas las medidas que tuviese a bien imponerles.

### **Nuevo parlamento.**

En medio de semejante división abierta y regular del reino en dos partidos acalorados, no era difícil que conociese el rey que la mayor parte de la nueva cámara de los comunes se hallaba comprometida en los intereses opuestos a la corte; más sin embargo, por no omitir nada de cuanto creía conducente a restablecer la tranquilidad entre sus súbditos, resolvió después de un largo intervalo, mandar que se reuniese el parlamento (21 de octubre). Dijo en su discurso a las dos cámaras que las diferentes prórrogas que se había visto precisado a dictar, habían sido muy ventajosas a sus vecinos y muy útiles para él mismo, pues había empleado los intervalos en perfeccionar con la corona de España una alianza que tanto había deseado el último parlamento y que no dudaba fuese muy agradable al actual; que para dar algún peso a sus nuevos compromisos y sacar ventaja para todos los estados cristianos, era indispensable evitar toda especie de divisiones domésticas y unirse constantemente en las mismas ideas y resoluciones; que por su parte no se separaría un punto de aquel saludable fin, y que suponiendo, como debía, que se conservase la sucesión en su orden justo y legal, se le vería cooperar con mucho gusto a cuantos arbitrios se discurriesen para la seguridad de la religión protestante; que le parecía necesario para la tranquilidad del reino y la suya propia que se profundizase bien la trama papista con nuevas pesquisas y fuesen castigados los culpables.

Habiendo luego recomendado a las dos cámaras la necesidad de proveer a la defensa de Tánger, continuó en estos términos: «Pero lo que yo aprecio en más que todos los tesoros del mundo y tengo por más importante para aumentar mis fuerzas y reputación, así dentro como fuera del reino, es la perfecta unión de esta asamblea; porque en vano se buscarán medios más seguros para volver al reino su vigor, que ya parece haber perdido, y elevarnos a aquella consideración que

nos es debida. Toda la Europa tiene la vista fija en este parlamento estando bien persuadida de que su felicidad depende de la nuestra. Si tenemos la desgracia de caer en discordias que hacen perder toda confianza en nuestra amistad, no sería extraño que nuestros vecinos principiases a tomar nuevas resoluciones y acaso de tal naturaleza que pudieran sernos funestas. Guardémonos pues de favorecer a nuestros enemigos y desalentará nuestros amigos con disputas inoportunas, porque si se suscitan de esta naturaleza, no será mía la culpa, supuesto que he hecho cuanto estaba en mi mano para ponerlos en paz durante mi vida y dejárola en mi muerte. Pero nada recelo de vuestra prudencia y afecto, y contando con todos vosotros sin excepción, espero que haréis de consumo todos vuestros esfuerzos para conducir este parlamento al término mejor y más dichoso.»

### Violencia de los comunes.

Ningún efecto produjeron en los comunes unas expresiones tan lisonjeras, mas antes a cada paso dieron suelta al celo que los animaba. La primera declaración que hicieron fue que las representaciones al rey pidiendo la convocación de la asamblea era un derecho incontestable en sus súbditos, y no contentos con esta decisión que parece justa en una monarquía mixta, cayeron con la mayor violencia sobre aquellos *aborrecientes*, que en sus representaciones a la corona habían tornado partido contra este derecho. No se paraban a considerar que tan libre es un partido como otro de expresar sus sentimientos sobre los negocios públicos, y que hay circunstancias en que no solamente se puede abusar del derecho mejor sentado, sino que puede su ejercicio ser un motivo de horror. Sir Tomás Withens fue excluido de la cámara por aquella ofensa y se nombró una comisión que informara de los individuos que se hubiesen hecho culpables del mismo crimen; no disimuló sus quejas contra lord Porton, sir Roberto Malverer, sir Bryan Stapleton, Taylor y Turner; dirigió una representación al rey contra sir Jorge Jefferies, *recorder*<sup>443</sup> de Londres, por su actividad en la misma causa; y fue tal su miedo que abandonó su empleo, que se confirió a sir Jorge Treby, uno de los corifeos del partido popular. Decretó una acusación contra North, presidente del tribunal ordinario por haber promulgado una proclama contra las peticiones tumultuosas; pero al examinarle la comisión, observó que estaba concebida en términos tan mesurados que no era posible encontrar nada que decir contra ella. Se había presentado al rey una petición muy caliente de la comunidad de Taunton, y al leerla dijo Carlos al que se la presentó: «¿Cómo os atrevéis a presentarme un documento semejante?» «Señor —respondió el otro—, yo me llamo Dare (atrevido)»<sup>444</sup>. Habíase castigado esta imprudente respuesta, aunque con otros pretextos, con multa y prisión, y los comunes solicitaron del rey la libertad del culpable y la exención de la multa. También tomaron bajo su protección a los impresores y autores de diferentes libelos.

En todas las provincias de Inglaterra fueron presos y encerrados en calabozos muchos *aborrecientes*, por más que estuviese garantida la libertad de los súbditos por la *carta magna* y por la ley reciente de *habeas corpus*, pues se violaban cada día con decisiones arbitrarias y caprichosas. Verdad es que en la constitución inglesa el principal objeto de la desconfianza es el soberano, y como los comunes no tienen otros medios para la seguridad de sus privilegios que las prisiones, siempre llevan estas cierto carácter de arbitrariedad, no estando exactamente definidas las causas por ninguna ley. Hasta entonces, fundado en estas razones, el pueblo había visto sin murmurar que la cámara se tomaba la libertad de ejercer un poder discrecional, pero cuando este llegó al exceso y los comunes abusaron de él en provecho de una facción, se suscitaron quejas muy vivas. Últimamente el valor y firmeza de un *aborreciente* de Exeter, llamado Stowell, hizo que cesase aquella odiosa práctica, porque rehusó obedecer al sargento de armas, y habiéndose puesto en defensa, respondió que no conocía la ley de que se prevalecía para prenderle. Los comunes, viendo

443 Llámase así un magistrado que se nombra para que auxilie a las autoridades municipales en la mejor administración de justicia. (Nota del Traductor.)

444 O más bien *atreverse osar*. (Nota del Traductor.)

que era igualmente peligroso retroceder o empeñarse en pasar adelante, salieron de apuro con una evasiva, declarando que por estar indispuerto Stowell, se le concedía un mes de término para restablecerse.

Pero en lo que más se echó de ver la violencia de los comunes fue en las providencias que tomaron sobre la conspiración, continuando con el mismo celo y credulidad que sus antecesores. Volvieron a repetir la misma declaración que aseguraba la realidad de una espantosa trama papista, y para abultar más los terrores del pueblo, aseguraron que a pesar de los descubrimientos hechos, continuaba existiendo todavía. Excluyeron de su cámara a los caballeros Can y Jeomans, acusados de que habían dicho muchas veces que la conspiración papista era una quimera, pero que sí había una conspiración presbiteriana, y lamentaron mucho la muerte de Bedloe a quien llamaban testigo esencial con cuyos informes se podía contar. Le había acometido una fuerte calentura en Bristol y en aquella situación, habiendo mandado llamar al presidente de justicia North, confirmó en su presencia todas sus anteriores deposiciones, excepto aquellas que decían relación con el duque y la reina, y por conclusión suplicó a North que pidiese al rey algún dinero para alivio de sus extremas necesidades. A los pocos días murió, y todo el partido triunfó con aquel incidente, como si hubiera sido indispensable aquel testimonio para afirmar sus dichos, y como si su confesión de perjurio sobre algunos puntos hubiese garantido su veracidad en todos los demás, y la perseverancia de un malvado pudiese contrapesar las últimas declaraciones de tantas personas a quienes no podía achacarse otro crimen que su adhesión a la fe romana.

Tampoco dejaron los comunes de hacer esfuerzos para purgar a Dangerfield de la excesiva infamia que pesaba sobre él y devolverle la capacidad de ser admitido en juicio. Toda la tropa de delatores fue aplaudida y recompensada, de modo que Jennisson, Tuberville, Dugdale, Smith, y la Faria se presentaron ante la cámara, y sus deposiciones las más frívolas como las más absurdas fueron escuchadas con aprecio. Se solicitó del rey que les concediese pensiones y otras mercedes, publicándose sus relaciones corroboradas en cuanto era posible con la aprobación de la cámara, y se recomendó al doctor Tongue para las primeras dignidades eclesiásticas que hubiese vacantes. Cuando se considera la disposición de los ánimos a creerlo todo, en vez de admirar el ver sostenida por testigos una falsedad tan palpable, lo que parecerá maravilloso es que no se presentase alguna prueba mejor contra los católicos.

### ***Bill de exclusión.***

Las principales razones que todavía existían para sostener aquel fantasma eran el justo temor que se tenía al duque de York y la resolución tomada por los corifeos populares de excluir del trono a este príncipe. Shaftsbury y otros muchos habían renunciado a la esperanza de reconciliarse con él y no podían esperar seguridad sino en su ruina, contando los amigos de Monmouth con que su exclusión dejaría vacante el puesto para su favorito. El resentimiento de la apostasía de duque, la pasión de la libertad, el celo religioso y el calor de la facción todo mezclado y reunido era lo que excitaba al partido patriótico; pero lo que más contribuía al empeño de excluir al duque y desechar todos los arbitrios propuestos por la corte, era la esperanza artificiosamente sostenida de que al fin Carlos tendría que ceder a las exigencias del partido. Se sabía muy bien que sus rentas estaban en extremo cargadas y aun cuando estuviesen libres, apenas hubieran bastado para los gastos indispensables del gobierno, y mucho menos para las disipaciones voluptuosas a que siempre seguía inclinado. Aunque ya había dejado de favorecer a Monmouth, siempre se notaba la secreta ternura que le tenía, y nunca se creía capaz de obstinarse contra las importunaciones y los obstáculos. Por otra parte la duquesa de Portsmouth, que era su manceba, se había dejado ganar, fuese por interés o por la esperanza de hacer recaer la sucesión en sus hijos, en favor del partido popular, y este incidente se miraba como un pronóstico feliz. Sunderland, que era ministro de estado y estaba muy ligado con ella, había abrazado las mismas ideas.

Sin embargo de todo esto, no solo perseveró Carlos en sus principios por la ternura fraternal y el respeto que tenía al derecho de sucesión, sino por otras muchas y poderosas razones. Todos los realistas y anglicanos que eran el único sostén de la monarquía, miraban como inviolable el derecho de sucesión, y si se creían abandonados por el rey en un punto tan capital, era de temer que ellos abandonasen también su causa y se pasasen a las usurpaciones del partido de la patria. Este partido en que los *Whigs* conservaban tanta inclinación a la república y tanta desconfianza del poder real, seguramente que por poco que le favoreciese la fortuna intentaría reducir la prerrogativa a los más estrechos límites. Por eso fueron vanas las amenazas y promesas que se hicieron a Carlos, sin poderle persuadir jamás a que abandonase a sus amigos ni se entregase a sus enemigos; y así, después de tantas concesiones y tan repetidas ofertas de limitar su poder, no le desagradaba en verdad verlas desechadas por la obstinación de los comunes, porque se prometía que después que se hubiese gastado la oposición en vanos esfuerzos, llegaría tiempo en que, sin peligro de su persona ni de sus derechos, podría apelar contra su parlamento a su pueblo.

Estaban tan decididos los corifeos populares a no guardar ninguna consideración, que en menos de ocho días después de abierta la legislatura, ya se propuso en la cámara baja el *bill de exclusión* redactado casi inmediatamente por comisionados nombrados para este solo objeto. No se diferenciaba del primero más que en dos artículos que ambos indicaban mucho mayor ardor de parte de los comunes: a saber, que hubiera de leerse al pueblo aquella ley dos veces al año en todas las iglesias del reino, y declarando traidor a cualquiera que intentase defender el derecho del duque, sin que pudiera perdonársele por nadie sino por decreto expreso del parlamento.

Fueron violentísimos los debates por una y otra parte, habiendo defendido el *bill* sir Guillermo Jones que acababa de renunciar su empleo de procurador general, lord Russel, sir Francisco Winnington, sir Enrique Capel, sir Guillermo Pulteney, el coronel Titus, Treby, Hambden y Montague. Los que se opusieron fueron Leolive Jenkins, secretario de estado, sir Juan Ernley, canciller de la tesorería, Hyde, Seymour y Temple (10 de noviembre). Vamos a dar una idea de los argumentos que se expusieron por una y otra parte.

### **Argumentos en pro y en contra de la exclusión.**

En todos los gobiernos, decían los partidarios de la exclusión, existe en alguna parte la autoridad absoluta y suprema, y cuantos estatutos han recibido una vez el sello de la legislatura, por muy distantes que se hallen de los usos actuales, ya no admiten disputa ni discusión. Lejos de que la libertad de una constitución disminuya el poder, parece más bien que la fortifica y le da mayor influjo en el pueblo. Cuantas más porciones del estado concurren a las decisiones legislativas, más libre es su voto y menos apariencia hay de que se suscite oposición a las decisiones que hayan recibido el sello final de tan alta autoridad. En Inglaterra, el poder legislativo reside en el rey, los pares y los comunes, que comprenden todas las clases de la comunidad, y no se conoce pretexto alguno que pueda eximir de una jurisdicción tan plena y tan decisiva a ninguna circunstancia de gobierno incluso la sucesión al trono. Sobre esto hay una multitud de declaraciones expresas de la autoridad parlamentaria y muchos ejemplos de su ejercicio; y aunque por razones muy prudentes y justas no deben intentarse tales innovaciones sino en casos muy extraordinarios, no por eso dejan de existir en la comunidad el poder y el derecho de hacerlas.

Ahora bien, si hay algún caso que pueda llamarse extraordinario y exija arbitrios poco comunes, es el que tenemos presente, en que el heredero de la corona ha renunciado a la religión del estado por abrazar otra que es enemiga declarada y realmente incompatible. Un príncipe de esta comunión no tendrá jamás confianza en un pueblo tan prevenido contra él, y el pueblo no tendrá menos desconfianza de su príncipe: El uno mirará las alianzas extranjeras y ruinosas como la única protección de su trono, mientras que el otro, rodeado de una perpetua inquietud, empleará la oposición, las facciones, y las revueltas como los únicos baluartes de su libertad y religión. Aunque

los principios teológicos, cuando están en lucha con las pasiones, tengan poco imperio sobre los hombres en general y menos aun sobre los príncipes, con todo eso, cuando llegan a ser símbolos de facción y toman el carácter distintivo de un partido, concurren con una de las más fuertes pasiones de la humanidad y son capaces de conducir a los hombres a los mayores descarríos. A pesar de la superioridad de entendimiento y de la suavidad natural del rey ¡cuánto no ha perturbado ya el curso de su gobierno el influjo del duque de York! ¿Cuántas veces no ha comprometido ya a la nación en guerras perniciosas a sus intereses y a su honor fuera del reino y a su reposo y tranquilidad doméstica? Cuanto más se insista sobre lo absurdo de la trama papista, más fuerza tendrá esta misma razón para la exclusión del duque, supuesto que la opinión de la nación prueba su mucha antipatía contra la religión de este príncipe y la imposibilidad absoluta de conseguir nunca que viva en paz bajo el dominio de semejante soberano. Él mismo, en una situación tan peligrosa, debe buscar su seguridad en resoluciones violentas, es decir, en destruir los privilegios de una nación que no ha disimulado siquiera la aversión con que mira su persona y todo lo que él considera como más sagrado. En vano se proponen arbitrios y limitaciones; porque cualquiera que sea la autoridad que se deje en manos del duque de York, jamás la empleará sino en ruina de la nación, y hasta las mismas restricciones, aumentando la desconfianza y aversión públicas, no serán para él más que un nuevo aguijón que avivará sus deseos de venganza. Últimamente, como las leyes del reino todavía imputan a la resistencia el crimen de traición y no pueden admitir sobre este punto ninguna excepción positiva ¿no es una locura dejar al estado en una situación en que la más heroica virtud estará siempre expuesta a la proscripción más severa, y en que los únicos arbitrios que pueden salvar las leyes han de ser aquellos mismos que las leyes califican de crimen horrendo?

De muy distinta manera discurrían los partidarios de la corte. Una autoridad completamente absoluta, decían, y sin contradicción es una pura quimera y no se encuentra en ninguna de las instituciones humanas. Todo gobierno está fundado en la opinión y sentimiento del deber, y en cualquiera parte en que el magistrado supremo se oponga a lo que por algún estatuto o prescripción positiva es mirado como fundamental, es decir, está establecido con la misma fuerza que su propia autoridad, derriba el principio que le sostiene a él mismo y no puede aspirar por más tiempo a la obediencia. En las monarquías europeas, el derecho de sucesión es tenido y muy justamente por ley fundamental; y aun cuando todo el poder legislativo reside en una sola persona, no podría esta desheredar por un edicto a su heredero legítimo ni llamar al trono a un extranjero o algún pariente más lejano. Los abusos en cualquier otro ramo del gobierno pueden corregirse por el soberano menos apasionado o menos instruido y deben tolerarse con paciencia hasta entonces; pero las violaciones del derecho hereditario producen consecuencias tan terribles, que no hay males o inconvenientes que se les puedan comparar. Se alegrará que la Inglaterra es una monarquía mixta y que una ley aprobada por el monarca, los lores y los comunes es obra de todas las clases del estado, porque es claro que aun queda un partido poderoso, cuya voz y voto pueden no ser admitidos, pero que no se creará obligado por una ley que destruya el derecho hereditario. Unas limitaciones como las que ha propuesto el rey no ofenden a una constitución ya limitada en otros muchos puntos, y además pueden servir para todas las miras que se llevan en la exclusión del duque. Si después de tantos siglos han permanecido firmes las barreras antiguas contra el poder real ¿cuanto más lo estarán con las que se le añaden, que tanto estrechan los límites de la autoridad del monarca y tan considerablemente aumentan su propia seguridad? Añádase a esto que el celo mismo de la religión que inclina al pueblo a desear estas limitaciones para la sucesión disminuirá mucho el número de sus partidarios y les imposibilitará de romper ni con la fuerza ni por arterías las cadenas que se le hubiesen impuesto. Como la edad y buena salud del rey le prometen una larga vida ¿será prudente alterar el estado para preservarse de un mal que es todavía incierto? No es dado a los hombres formar proyectos que precavan todos los acontecimientos posibles, y el mismo *bill de exclusión*, por más bien redactado que esté, deja lugar a inconvenientes muy sencillos y naturales en que parece no se ha pensado. Si el duque de York llega a tener un hijo a quien nada haya que echar en cara ¿se le privará también del trono, o descenderá de él la princesa de Orange para dar lugar al heredero

legítimo? Mas aún, cuando fuesen falsas todas estas razones, resta considerar que en las deliberaciones publicas no se busca el mayor resultado posible sino el mejor de los que son practicables. El rey consiente voluntariamente en las limitaciones, y aun él mismo ha presentado algunas de la mayor importancia; pero está resuelto a exponerse a todo antes que abandonar el derecho de sucesión. Guardémonos de esta violencia facciosa que nos impele a pedir más de lo que se está dispuesto a conceder, no sea que perdiendo todas las ventajas de esas inútiles concesiones, dejemos a la muerte del rey expuesto el reino a merced de un príncipe, cuyo celo es bastante conocido, y que no puede menos de irritarse con el mal trato de que tuviese motivos para quejarse.

### **Se desecha el *bill* de exclusión.**

En la cámara de los comunes prevalecieron los argumentos en favor de la exclusión y se aprobó el *bill* por una gran mayoría de votos, pero el rey contaba con la cámara alta para una oposición más feliz. Era allí tan dominante el partido de la corte que sólo por dos votos se tomó el *bill* en consideración, pero cuando llegó el caso de la discusión, fue de las más violentas (15 de noviembre). Shaftsbury, Sunderderland y Essex hablaron en su favor; pero Hallifax se presentó allí como el jefe de los que se oponían a él, y desplegó una capacidad vastísima y una fuerza de elocuencia cual nunca se había visto en aquella asamblea. Estaba no sólo animado por lo importante de la ocasión, sino por la rivalidad de su tío el conde de Shaftsbury a quien logró eclipsar en las discusiones de aquel día a juicio de toda la cámara. Estuvo el rey presente a toda la discusión que se prolongó hasta las once de la noche, y por una mayoría considerable fue desechado el *bill*. Todos los obispos, a excepción de tres, se declararon contra semejante acto, porque además de la dependencia de la corte, creían que la iglesia anglicana tenía más que temer del ascendiente del presbiterianismo que del de el papismo, como que éste, a pesar del favor del rey y del duque, repugnaba demasiado al carácter de la nación.

Mucho pesó a los comunes ver desvanecidas sus esperanzas, e inmediatamente formaron una representación pidiendo que Hallifax fuese excluido para siempre de los consejos del rey y de su presencia. Aunque se tomó por pretexto que le habían aconsejado las últimas prorrogaciones del parlamento, el verdadero motivo no era probablemente otro que su vigorosa oposición al *bill* de exclusión. Habiendo renovado Carlos sus demandas para fortificar a Tánger, que sus rentas actuales no le permitían defender, los comunes, en vez de satisfacerle, le presentaron un mensaje o más bien una representación casi tan violenta como el famoso documento de este nombre (*remonstrance*) que se publicó durante las guerras civiles. Todos los abusos del gobierno, desde el principio de este reinado, estaban allí representados con los más vivos colores; como la guerra holandesa, la alianza con Francia las prórrogas y disoluciones del parlamento y en una palabra, todas las empresas, sin omitir la infernal trama atribuyéndolo todo a los papistas, que era lo mismo que insinuar claramente que el rey se había dejado gobernar por aquel partido y era el verdadero jefe de una conspiración contra la religión y las libertades del pueblo.

Por extremada que fuese la violencia con que se había conducido este gran negocio de la exclusión, en que faltó hasta la prudencia, no dejaban de tener fundamento las desconfianzas que tanto ardor inspiraron a los comunes, pero aquella obstinación contra la trama papista, sobre todo después de un intervalo tan largo, supone un exceso de credulidad o de injusticia que no tiene disculpa. Volvió entonces la cámara a clamar contra los lores católicos presos en la torre, y como el vizconde Stafford se hallase imposibilitado de defenderse por su mucha edad, sus enfermedades y sobre todo por su poca capacidad, se decidió que ésta fuese la primera víctima para abrir con su sentencia de muerte el camino para todas las demás. Nombróse fiscal de este proceso al canciller que acababa de ser creado conde de Nottingham (30 de noviembre).

## Proceso de Stafford.

Tres solos testigos fueron oídos contra el preso, Oates, Dugdale y Tuberville, jurando el primero que había visto entregar a Stafford por mano del padre Feuwick una patente firmada por el padre Oliva, general de los jesuitas, en la que se le nombraba tesorero del ejército pontificio que debía levantarse para subyugar a la Inglaterra, porque es de advertir que todavía conservaba crédito en la cámara de los comunes aquella ridícula impostura. Depuso Dugdale que en Tixal, que era una posesión de lord Aston, había querido el vizconde de Stafford engancharle en la trama para matar al rey, y le había prometido, si lo ejecutaba, además del honor de ser canonizado por la iglesia, un premio de 500 libras esterlinas. Tuberville afirmó que igual proposición le había hecho el vizconde en París, en su propia habitación. Es tan poco creíble aquella oferta de dinero para matar a un rey sin ninguna explicación que pudiese dar al asesino alguna probabilidad de logro u alguna esperanza de seguridad y de fuga, y es tan fácil de sostenerse por toda especie de testigos falsos, cuando no se exige prueba alguna de su dicho, que una acusación semejante no debía hacer impresión alguna en el ánimo de los jueces; mas por poca defensa que estos delatores dejasen al acusado, no le faltaron a éste algunos medios para desacreditar su testimonio en muchos puntos esenciales. Por ejemplo juraba Dugdale que Stafford había estado en un gran consejo de católicos, celebrado en la quinta de Tixal, y Stafford probó con testimonios irrecusables que en aquella época se hallaba en Bath o sus inmediaciones. Tuberville había sido novicio de los dominicos y al salir de esta orden sentó plaza de soldado y vivía a la sazón en Londres abandonado de todos sus parientes y en extremada pobreza. Probó Stafford con el dicho de sus criados que jamás en París ni en Londres se le había visto con aquel aventurero en su compañía; siendo además de todo punto inverosímil que le hubiese dejado sin el menor socorro después de haberle hecho una revelación tan importante.

Durante el proceso no tuvieron límite los clamores y ultrajes del populacho. Jones, Winnington y Maynard, que estaban encargados de la causa, anduvieron muy diestros y elocuentes, pero a pesar de todas estas circunstancias, el acusado hizo mejor defensa que la que esperaban sus amigos y enemigos. La desigualdad misma de la lucha en que se encontraba aquel infeliz fue un motivo de compasión para cuantos conservaban algún resto de humanidad: hizo presente que en el discurso de cuarenta años desde el principio de las guerras civiles, en medio de una multitud de peligros, apuros y pérdidas, no había cesado un momento de ser fiel al honor ¿y cómo era creíble que en su vejez, con un caudal mediano y lleno de enfermedades, hubiera querido desmentir toda su vida para meterse en una conspiración desesperada contra su soberano de quien había recibido tantos beneficios y mercedes? Llamó la atención sobre la infamia de los testigos, sobre sus contradicciones y absurdas deposiciones, sobre la indigencia en que habían vivido, aunque, según decían, estaban mezclados en una conjuración nada menos que con reyes, príncipes y señores, y sobre el crédito y opulencia que habían logrado proporcionarse con sus acusaciones. Renovó sus protestas de inocencia con un aire de ternura y sencillez mucho más persuasivo que las flores de la elocuencia, y de cuando en cuando se le escapaban señales muy vivas de sorpresa e indignación al considerar la impudencia de los testigos.

En efecto debe parecer hoy muy extraño, como le parecía al mismo Stafford, que los pares, después de seis días de audiencia solemne, hubiesen podido resolverse a pluralidad de 24 votos a dar sentencia contra él. Sin embargo, la oyó con resignación sin pronunciar otra palabra que las de *¡sea loado el nombre de Dios!* Cuando el fiscal le dijo que los pares intercederían con el rey en su favor para que le perdonase la parte más cruel y más ignominiosa de su sentencia, que era la de ser ahorcado y descuartizado, se echó a llorar y dijo que le enternecía aquella bondad, mas no el temor de la suerte que le esperaba.

Es notable que, después de la declaración de Carlos, que tuvo con él la indulgencia ordinaria en semejantes casos, los dos *sheriffs* Bethel y Cornish, sólo por adular a su facción republicana, enemiga eterna de la monarquía, suscitaron la duda de si el rey tenía la facultad que quería suponersele de conceder aquella ligera merced, pues decían: «Supuesto que él no puede hacer la

gracia completa ¿cómo ha de poder perdonar una parte de la sentencia?» Propusieron la duda a las dos cámaras y la de los pares la declaró superflua; pero la de los comunes, recelando que una cuestión de tal naturaleza pudiese ocasionar la salvación de Stafford, dio esta singular respuesta: «La cámara se contentará con que los *sheriffs* hagan ajusticiar a Guillermo, antes vizconde de Stafford, con sólo separar la cabeza de su cuerpo.» Nada pinta mejor la furia de aquellos tiempos que ver a lord Russel en medio de su virtud y de la humanidad de su carácter, apoyar en la cámara baja el bárbaro escrúpulo de los *sheriffs*.

En el intervalo que transcurrió entre la sentencia y la ejecución se hicieron mil esfuerzos para vencer la constancia del enfermo y desgraciado anciano, a fin de arrancarle alguna confesión de la traición por que se le condenaba, y hasta se esparció la voz de que lo había declarado todo; triunfando con aquella suposición los corifeos del partido, quienes a pesar de su aparente credulidad, conservaban sin duda algunos escrúpulos acerca de la realidad de la trama papista; pero Stafford, habiendo sido llevado ante los pares, confesó muchos planes que él mismo y otros habían formado para conseguir una tolerancia en favor de los católicos o por lo menos alguna mitigación de las leyes penales, y ésta era la única traición de que se acusaba.

Empleó los últimos momentos que le quedaban de vida en prepararse para aquel último trance con la intrepidez que convenía a la elevación de su clase y nacimiento, y que era una consecuencia natural de una larga vida pasada en el honor y la inocencia. Parece que su alma adquirió nueva fuerza con la violencia que la oprimía, y así al salir para el lugar de la ejecución, pidió una capa para abrigarse (29 de diciembre), diciendo: «Tal vez podría temblar de frío, pero gracias al cielo no temblaré de temor.» Estando ya sobre el cadalso continuó repitiendo con el tono más solemne y firme las protestas de su inocencia, y cuando habló de los testigos cuyos perjurios le costaban la vida, sus expresiones sólo respiraron dulzura y caridad. Negó todos aquellos principios de moral perniciosa que los protestantes han atribuido a la iglesia de Roma, y últimamente dijo que moría con la esperanza de que no estaba lejano el tiempo en que felizmente se disiparía la ilusión actual y la fuerza de la verdad obligaría al universo entero a hacer una reparación a su honor ultrajado.

### Su suplicio.

El populacho, a quien se había visto triunfante con el proceso y condenación de Stafford, se echó a llorar a la vista de la tierna constancia que brilló en las facciones y en el acento de aquel noble anciano hasta el último momento, sin que se interrumpiese el profundo silencio de los espectadores sino con suspiros y sollozos; pero tuvieron fuerza, aunque con dificultad, para aplaudir las protestas de su inocencia, repitiendo a cada instante: «Os bendecimos, Milord. El cielo os bendiga, Milord.» El mismo verdugo no pudo disimular una especie de simpatía, pues levantó tres veces el hacha con intención de dar el golpe fatal y tres veces conoció que le faltaba resolución para hacerlo, hasta que con un suspiro y haciendo el último esfuerzo, puso a la víctima en posesión del eterno descanso. Todo el público creyó sentir el golpe y cuando el verdugo levantó la cabeza con el grito acostumbrado de «¡Esta es la cabeza de un traidor!», no se oyó una palabra en medio de tan numerosa multitud: la compasión y el asombro se habían apoderado de todos los corazones y se leían en todos los semblantes.

Esta fue la última sangre que hizo derramar la supuesta trama papista, cuyo recuerdo deberían desear los ingleses que se borrara de la memoria de los hombres por honor de la nación; pero que debe perpetuarse siquiera por mantener la verdad histórica y para evitar, si es posible, a la posteridad y a toda la raza humana de una ilusión tan bárbara como vergonzosa.

El suplicio de Stafford lisonjeó las preocupaciones del partido nacional, pero no contribuyó a su aumento ni a su seguridad ni a su poder; al contrario, con excitar la conmiseración, no hizo más que debilitar la opinión de la trama hasta arruinarla enteramente. Por eso los comunes, para no perder la ocasión, resolvieron dar a conocer a sus amigos como a sus adversarios toda la extensión



de su autoridad, aprobando un *bill* para alivio de los no-conformistas y revocando las leyes perseguidoras del año treinta y cinco del reinado de Isabel. No encontró obstáculo en la cámara alta una resolución tan laudable; y como hubiese suscitado varias quejas el presidente de justicia disolviendo el gran jurado de un modo ilegal, que siempre había hecho abortar los amaños de Shaftesbury y de sus partidarios, cuando emprendieron acusar al duque de York de que era papista obstinado, remitieron los comunes a la alta cámara una acusación contra él por este crimen, y trataron con igual rigor a Jones y a Weston, dos de los jueces que se habían atrevido en algunos discursos públicos a dar el odioso dictado de fanáticos a algunos de los primeros reformistas.

Cuando Carlos desechó el *bill* de exclusión, se había cubierto con la autoridad de la cámara alta, y los comunes no tenían pretexto alguno para atacar al monarca en las personas de sus ministros y consejeros. En aquella situación, para continuar el plan que se había propuesto de hacer que recayese sobre los comunes toda la culpa de las discordias, les dirigió un nuevo discurso en que, después de advertirles que, una vez perdida la ocasión, no vuelve a presentarse jamás, les dijo: «Os he prometido la más perfecta satisfacción que podríais desear para la seguridad de la religión protestante y mi cooperación a todos los remedios que sean compatibles con la conservación del derecho hereditario en su curso natural y legal. Hoy os repito mi promesa con las mismas restricciones, y estando, como estoy, dispuesto por mi parte a todo lo que podáis razonablemente esperar de mí, desearía saber también lo más pronto posible qué auxilios estáis dispuestos a concederme, y lo que deseáis de mí.»

### **Violencia de los comunes.**

El argumento más razonable que podía oponerse a las limitaciones que el rey se había anticipado a proponer, era que introducían en el gobierno una innovación demasiado grande y anonadaban casi del todo la autoridad del monarca; pero a juzgar por la disposición de los comunes y de sus partidarios, se puede presumir sin injusticia que semejante objeción no era para ellos de mucho peso, y que su descontento contra la corte más bien les inclinaba a reducir que a mantener la autoridad real. Todavía se lisonjaban de que las urgentes necesidades del rey y su docilidad natural le inclinarían a arrojarse sin reserva en sus manos, y que sin aguardar el consentimiento del duque de York podrían hacerse dueños absolutos del gobierno. Con esta mira, no solo insistieron en el *bill de exclusión*, sino que propusieron otros de naturaleza muy importante y algunos de ellos capaces de inquietar a la corte. El primero, para la renovación del auto triennial que se había revocado con tan poca reflexión a principios del reinado; otro, para hacer que dependiese la duración de las magistraturas de la buena conducta de los que poseían estos cargos; otro, para designar como crimen de alta traición las levas de dinero sin consentimiento de las dos cámaras; otro, para la asociación de seguridad de la persona real, defensa de la religión protestante, preservación de los que la profesaban contra toda especie de invasiones y oposiciones, y para separar al duque de York y a todo papista de la sucesión a la monarquía inglesa. Estaba demasiado reciente la fecha del *covenant* para que pudieran cerrarse los ojos acerca de las consecuencias de semejante asociación, y Carlos, a quien era muy familiar la lectura de Dávila<sup>445</sup>, no dejó de acordarse de un ejemplo extranjero muy memorable para fortificar esta experiencia doméstica.

Aprobaron los comunes otros muchos *bills* que sin tener fuerza de leyes, sirvieron para descubrir el humor y disposiciones de la cámara, pues declararon que los que habían aconsejado a S. M. que desechase el *bill de exclusión* eran fautores de papismo y mal intencionados contra el rey y contra el reino. En otra declaración nombraron al marqués de Worcester y a los condes de Clarendon, Feversham y Hallifax como sus más peligrosos enemigos suplicando a S. M. que los

445 Enrique Caterino Dávila, italiano, escribió la *Historia de las guerras civiles de Francia* (desde 1559 hasta 1598) que salió a luz en 1630. Murió asesinado junto a Verona un año después. Tradujo esta obra al castellano el P. Basilio Varen de Soto. (Nota del Traductor.)

separase para siempre de su persona y consejos. Declararon que no podían sin violar el depósito de la confianza pública conceder subsidio alguno al rey hasta que hubiese aprobado el *bill de exclusión*, y para que no se facilitase otro medio de sostener al gobierno, y mantenerle en la dependencia, declararon al mismo tiempo que todos los que en lo sucesivo le prestasen dinero a título de anticipación sobre los derechos de las aduanas, de la *excise* o del *fogage* (*hearth-money*) serían culpables de oposición a la asamblea del parlamento y responderían ante la cámara de aquella temeridad.

### **Disolución del parlamento.**

Podía lisonjearse el rey de que los pares, después de haber desechado el *bill de exclusión*, continuarían defendiendo al trono, y que ninguno de aquellos peligrosos *bills* se presentaría para obtener la sanción real; más con todo, no quedando ya esperanza alguna de inspirar más moderación a los comunes, y no pudiendo servir la prolongación de la legislatura más que para tener en expectativa a las facciones y acaso para perpetuar el juramento general de la nación, tomó secretamente la resolución de prorrogar la asamblea. Súpolo empero la cámara baja (10 de enero 1681) un cuarto de hora antes que el portero de la vara negra se presentase a la puerta, y para no perder un tiempo tan precioso, tomó tumultuosamente algunas resoluciones muy extraordinarias declarando: «que cualquiera que inclinase a S. M. a prorrogar el parlamento con cualquier otra intención que la de hacer aprobar el *bill de exclusión*, era traidor al rey, a la religión protestante y al reino de Inglaterra, fautor de los intereses de la Francia y asalariado por esta corona; que se diesen gracias a la ciudad de Londres por su fidelidad, cuidados y vigilancia en la conservación del rey y de la religión; que la opinión de la cámara era que el incendio de 1666 había sido obra de los papistas con la mira de introducir por este medio el poder arbitrario y el papismo en el reino, que se suplicase a S. M. humildemente que restableciese al duque de Monmouth en todos sus cargos y empleos, de que creía la cámara que había sido privado por influjo del duque de York; últimamente, que también era opinión de la cámara que las pesquisas contra los no-conformistas, en virtud de las leyes penales, serían penosas para los súbditos en las circunstancias actuales, debilitarían el interés protestante, animarían al papismo y pondrían en peligro la paz del reino.»

Dio Carlos su aprobación a algunos acuerdos de poca importancia, pero prohibió secretamente al secretario que le presentase en aquella ocasión el *bill* en que debía revocarse el otro del año 35 del reinado de Isabel, y este artificio no menos desagradable para los *Whigs* que una negativa abierta, y que, por otra parte, mostraba cierta timidez en el rey, le hizo eludir por aquella vez una resolución tan provechosa. Muchas veces había intentado Carlos, y algunas por medios irregulares, proporcionar cierta tolerancia a los no-conformistas; pero además de que siempre había sido su designio comprender en ella a los católicos, la actual disposición de los sectarios, en todo contraria a sus miras, le había irritado contra ellos y héchole adoptar de nuevo la resolución de tenerlos, si era posible, bajo su dependencia.

Parece que la intención de los comunes en las últimas declaraciones era formar indirectamente una asociación contra la corona, ya que había encontrado resistencia la asociación directa. Por eso se esforzaban en reunir el partido de la patria los no-conformistas, la ciudad de Londres y el duque de Monmouth; de suerte que nunca hubo mayores apariencias de una guerra civil, y Carlos comprendió que era ya tiempo de disolver un parlamento que parecía haber formado tan peligrosos proyectos. Luego se dio prisa a reunir otro nuevo, aunque no ignoraba que el partido opuesto a la corte estaba tan arraigado en todos los colegios electorales, que no podía prometerse mejores disposiciones en el nuevo parlamento. Este arbitrio era una consecuencia de su primer proyecto de tentar todos los medios que creyese capaces de reconciliarle con los comunes, con la esperanza de que, si le era imposible conseguirlo, por lo menos le sería fácil justificar a los ojos del público, y cuando no, a los de su partido, que era inevitable el rompimiento con una cámara tan facciosa.

Mucho habían sentido los realistas, durante las guerras civiles, que el parlamento largo se hubiese convocado en Westminster donde le daba tanta fuerza la inmediatez de una ciudad facciosa y fuerte, que había abrazado abiertamente su partido; y aunque Carlos tenía actualmente una guardia capaz de imponer respeto al populacho de Londres, resolvió para remover todos los obstáculos reunir el nuevo parlamento en Oxford. No tardó la ciudad de Londres en demostrar que no se había engañado en el juicio que había hecho de sus disposiciones, porque no solamente reeligió a los mismos individuos, sino que les decretó gracias «por su conducta y esfuerzos en la investigación de los horribles arcanos de la infernal conspiración papista y en la exclusión del duque de York, causa principal de la ruina y miseria que amenazaba a la nación.» Monmouth, acompañado de quince pares, presentó una petición contra el proyecto de reunir el parlamento en Oxford, donde, decía, que las dos cámaras no podían gozar de ninguna seguridad y se verían expuestas al cuchillo de los papistas y sus parciales, muchos de los cuales ya se habían entrometido en la guardia del rey. El objeto de estas insinuaciones, que recaían sobre el rey mismo, no tanto era persuadirle como inflamar al público.

Bien podían inferir los partidarios de la exclusión, así de la disolución del último parlamento como del lugar que Carlos había elegido para reunir el nuevo, que estaba determinado a desechar constantemente su *bill* favorito, pero todavía se lisonjaban de que sus urgentes necesidades doblegarían un carácter tan dócil y de que recobrarían por fin su ascendiente. Presentáronse los corifeos populares en Oxford escoltados no solo por sus criados sino por un numeroso tropel de amigos y partidarios. Los cuatro diputados de Londres fueron particularmente seguidos de una multitud de ciudadanos adornados con cintas en las cuales había un letrero bordado que decía ni papismo, ni esclavitud. Carlos mantuvo una rigurosa disciplina en sus guardias y su partido afectaba también hacer alarde de sus fuerzas, de suerte que la asamblea de Oxford no tanto parecía un parlamento regular de Inglaterra como una dieta tumultuosa de Polonia.

### **Nuevo parlamento en Oxford.**

El rey, que hasta entonces no había empleado más que expresiones agasajadoras con sus parlamentos y particularmente con los últimos, tomó con éste un tono más imperioso (2 de marzo); y después de quejarse de la conducta inexplicable de las dos últimas cámaras de los comunes, protestó: «que jamás aspiraría al gobierno arbitrario, pero que tampoco le toleraría en lo demás, y que el mero hecho de haberse apresurado a convocar tan pronto un nuevo parlamento, era una buena prueba de que las irregularidades precedentes no le habían dejado prevención alguna contra tales asambleas. Ofrecía, dijo, a los cámaras una nueva ocasión de proveer a la seguridad pública, y daba al universo entero una nueva prueba de que por su parte no había faltado a ninguna de sus obligaciones.»

No se asustaron los comunes con el tono de esta arenga: como se componían casi en su totalidad de los mismos individuos, eligieron el mismo orador y desde los primeros momentos volvieron a sus primeras ideas, es decir, a la acusación de Danby, a la recusación del estatuto perseguidor de Isabel, a las pesquisas sobre la trama papista y sobre todo al *bill de exclusión*. Llevaron tan adelante su violento empeño sobre este último punto, que hasta rehusaron prestar oídos a los más plausibles arbitrios. Propuso Ernley, uno de los ministros del rey, que fuese desterrado el duque, durante su vida, a 500 millas de Inglaterra, y que se nombrase regente al heredero más inmediato después de él cuando muriese el monarca, con toda la plenitud de la autoridad real; pero ni aun esta proposición, que sólo dejaba al duque un título vano, a pesar de estar apoyada por los caballeros Littleton y Mompesson, pudo obtener la consideración de la cámara, porque el trastorno de las anteriores esperanzas y todas las oposiciones de la corte solo hubieran servido para dar al partido patriota más unidad, más altivez y más obstinada decisión.

## **Causa de Fitz-Harris.**

Había en la corte un irlandés católico, llamado Fitz-Harris, que se había insinuado en la confianza de la duquesa de Portsmouth por su celo en informarla de todos los libelos compuestos por los *Whigs* y de todos los designios que formaban contra ella y contra la corte. Esta clase de servicios o tal vez el reconocimiento de los que había hecho su padre, sir Eduardo Fitz-Harris, que fue un celoso realista, le hicieron obtener del rey un regalo de 250 libras esterlinas. Habiéndose intimado este personaje con un escocés, que se daba el nombre de Everard, y que era espía de los partidarios de la exclusión y denunciador de la trama papista, le propuso que escribiera contra el rey, contra el duque y contra toda la administración. Nunca se ha podido averiguar cuales fueron las intenciones de Fitz-Harris, pero es probable que, según declaró después él mismo, no tenía otras sino entregar aquel escrito a la duquesa para hacerse un mérito de aquel descubrimiento. Everard, que sospechaba llevase otras miras, y que también aspiraba a hacerse valer con sus descubrimientos, resolvió vender a su amigo. Colocó a sir Guillermo Waller, juez de paz, y a otras dos personas detrás de un tapiz, de donde podían oír y ver cuanto pasase en el cuarto, y en efecto escucharon el escrito más exaltado, indecente e injurioso que se podía imaginar, tanto que bastaba para desacreditar al partido que hubiese tenido la imprudencia de adoptarle. Diose prisa Waller a ponerlo en noticia de la corte y obtuvo una orden para prender a Fitz-Harris, a quien se encontró una copia del libelo.

Asustado de verse en manos de la Justicia, resolvió hacer la corte al partido popular, que era el único capaz de protegerle y el árbitro de todos los procesos de esta clase, y para ello declaró que la corte se había valido de él para la composición de aquel escrito escandaloso a fin de que recayera la odiosidad sobre los partidarios de la exclusión, pero por más verosímil que fuese aquella deposición, él mismo la desacreditó con circunstancias absurdas e indecentes que agregó para probarla; pues atribuyó al ministerio la intención de enviar una copia del libelo a cada uno de los corifeos del partido opuesto, mandarlos prender en el momento que la recibiesen e imputarles una conspiración. Luego, para darse más importancia con otras aclaraciones y metiéndose en el número de los denunciadores de la trama papista, confirmó todas las horrosas circunstancias referidas por sus predecesores, declarando: «que la segunda guerra holandesa no había tenido otro origen que el deseo de extirpar la religión protestante dentro y fuera del reino; que el padre Parry, jesuita, irritado con la paz, le había dicho que los católicos estaban resueltos a deshacerse del rey, y aun habían hecho entrar a la reina en aquel proyecto horrible; que el enviado de Módena le había ofrecido 10.000 libras esterlinas por matar al rey, y que habiéndose negado a ello, había dicho el enviado que la duquesa de Mazarino, tan diestra como su hermana la condesa de Soissons en el arte de confeccionar venenos, no tenía necesidad más que de un frasquito para la ejecución de esta empresa; que a la muerte del rey debía el ejército de Flandes pasar el mar y venir a degollar a todos los protestantes; que se sacaban en Italia reclutas y dinero, y no habría más parlamentos; que el duque de York estaba informado de todo este plan y había tenido parte en el asesinato de Godfrey, que se había ejecutado puntualmente del modo que refirió Prance.»

## **Disolución del parlamento.**

Habían deseado mucho los corifeos populares tener algún motivo de acusación contra el duque, y aunque no había llegado a tanto la audacia de Oates y Bedloe en su primera deposición, no se había dejado de animar a Dugdale y a Dangerfield para que supliesen su falta comprendiéndole en la conspiración; así, los comunes que vieron tan bien dispuesto a Fitz-Harris, no se avergonzaron de adoptar su testimonio y resolvieron libertarle del peligro que le amenazaba. Había mandado el rey sacarle de las cárceles de Londres donde estaba expuesto a las sollicitaciones de los *excluyentes*, y trasladarle a la Torre para que respondiera ante el tribunal ordinario; mas como se trataba de

paralizar su proceso y ejecución, formaron los mismos comunes una acusación contra él y la enviaron a la cámara alta, haciendo para mayor insulto y burla de la corte que llevase el acuerdo Jenkins, secretario de estado. Picóse tanto de aquel ultraje que rehusó obedecer a los principios, pero luego viéndose amenazado con la prisión, tomó el partido de someterse. Los pares remitieron el asunto a los tribunales ordinarios, donde sabían por el fiscal general que se había resuelto substanciar la causa de Fitz-Harris. Pretendieron los comunes que la cámara alta estaba obligada a admitir todas las acusaciones, y efectivamente éste es el primer ejemplar que se encuentra de haberlo rehusado, por lo cual se quejaron de que los pares les habían negado la justicia y violado la constitución de los parlamentos. Declararon también que todo tribunal inferior que procediese contra Fitz-Harris o contra cualquier otro que estuviere acusado por su cámara, se haría reo de violación de sus privilegios. Se aguardaban contestaciones muy vivas cuando Carlos, perdida ya toda esperanza de introducir alguna moderación en los comunes, se aprovechó de aquella desavenencia entre las dos cámaras para disolver el parlamento. Se guardó tanto secreto sobre ello, que los comunes no tuvieron la menor desconfianza hasta el momento en que se presentó a su puerta el ujier de la vara negra y les llevó la orden de trasladarse a la de los pares.

Aunque hubiera debido preverse aquel acto de vigor, causó tanta admiración al partido, que abatió su orgullo a punto de reducirle a la desesperación, pues conoció demasiado tarde que Carlos había tomado la última resolución y estaba determinado a correr todos los riesgos antes que someterse a las condiciones que se intentaba imponerle. A fuerza de esperar con paciencia que estuviesen maduros los negocios, se había formado un partido nacional que le ponía en estado de hacer frente a sus enemigos, porque se veía bien claro que no había que contar con los parlamentos, y en sus largos intervalos la corte, dueña de la autoridad, aunque tal vez con un partido inferior, tendría siempre mucha ventaja sobre un cuerpo disperso y desunido. Como estas reflexiones estaban al alcance de todos, principiaron a temer los *excluyentes* que Carlos, aprovechándose del golpe, se vengase inmediatamente de su larga y tenaz resistencia a sus miras. Él, por su parte, recelaba también que tomando fuerza con la desesperación, fuesen capaces de alguna violencia contra su persona, y en aquella recíproca inquietud salieron ambos partidos de Oxford con igual precipitación, quedando en poco rato vacía y sosegada aquella ciudad antes tan poblada y tumultuosa.

### **Victoria de los realistas.**

Tomó fuerzas el partido de la corte con la sorpresa y dispersión de sus adversarios, y se adhirió más firmemente al rey, que parecía prometer mayor constancia en sus resoluciones. Por todas partes se exageró la violencia de los *excluyentes* o partidarios de la exclusión, y hasta se puso en duda sin el menor disimulo la realidad de la trama que había sido la gran máquina de su autoridad. Distinguióse mucho el clero en aquella ocasión, dándose gran movimiento, llevado así de sus propios temores como de las insinuaciones de la corte, representando a sus enemigos como sectarios y republicanos y no disimulando el gozo de verse libre de los peligros que le habían amenazado. En todos los púlpitos resonaron los principios más opuestos a la libertad civil y se adoptaron en numerosas representaciones que aplaudían la conducta del rey y le felicitaban de haber escapado de la tiranía de los parlamentos. Si hubiera de darse importancia a meras palabras, se diría que la nación corría voluntariamente hacia la esclavitud y se honraba de renunciar en manos del rey todos los privilegios que había heredado de sus antepasados por espacio de tantos siglos.

Pero Carlos tuvo la suficiente penetración para discernir las verdaderas disposiciones del pueblo del lenguaje acalorado que el espíritu de facción suele adoptar respecto de otra. En medio de todas aquellas protestas de respeto y obediencia, estaba resuelto, a lo menos por mucho tiempo, a no confiar al pueblo una nueva elección, y no esperar los auxilios pecuniarios que necesitaba sino de su propia economía, por lo cual hizo grandes reformas en su casa y hasta descuidó la marina que era su atención favorita. Tánger, que había costado tan inmensas sumas, fue abandonado pocos años

después y demolidas sus fortificaciones, dando orden a la guarnición para que se volviese y aumentando con ella el pequeño ejército que Carlos miraba como base de su autoridad. Ningún motivo hubiera tenido para quejarse la nación de la felicidad que disfrutaba, si Carlos hubiera usado de su triunfo con tanta justicia y moderación como prudencia había mostrado y habilidad para conseguirle.

El primer paso que dio la corte fue el proceso de Fitz Harris, el cual, después de la declaración de los comunes había dado ocasión a varias dudas sobre la facultad de los jurados; pero los jueces que tomaron sobre sí la responsabilidad sobre este punto, estuvieron por la afirmativa y los jurados se vieron en la precisión de continuar. Era facilísimo de probar que el escrito era de Fitz-Harris y sólo restaba juzgar de sus intenciones; pues él se daba por espía de la corte y como tal había llevado el libelo a la duquesa de Portsmouth; consintiendo en pasar por un infame pero no por traidor. Sin embargo, faltó algo para su defensa y los jurados le declararon culpable de traición. Luego que vio su suerte en manos del rey, retractó todas sus imposturas acerca de la conspiración papista, y hasta se esforzó por expiarlas con otras deposiciones falsas contra el partido opuesto a la corte, asegurando que sus primeras ficciones le habían sido arrancadas por los artificios de Treby, *recorder*, y sus dos *sheriffs* Bethel y Cornish. Este mismo fue su lenguaje hasta el momento del suplicio, y aunque no se debe hacer caso de lo que saliese de una boca tan corrompida, parece que aquella perseverancia exigía algún más crédito en sus últimas deposiciones; pero como su mujer tenía algunas relaciones con una criada favorita de la duquesa de Portsmouth, se creyó que, persistiendo en una deposición agradable a la corte, no llevaba otra mira que proporcionarse algún favor para su familia.

Es curioso considerar los diferentes aspectos con que miran esta aventura las facciones opuestas. Los *Whigs* o el partido patriota, aseguraban que Fitz-Harris no había sido más que un instrumento de la corte para hacer que recayese la odiosidad del libelo sobre los *excluyentes* y favorecer con este artificio la suposición de una trama protestante. El partido de la corte sostenía que los *excluyentes* se habían valido de Fitz-Harris como de un espía, y le habían metido en aquella empresa para manchar a la corte con la imputación de un designio tan vil contra ellos. Cada partido hubiera adoptado las explicaciones más oscuras e inverosímiles antes que reconocer la inocencia de sus adversarios. ¡Singular situación de un pueblo que se ve atormentado sin cesar con odios de esta naturaleza e inflamado de tenebrosas sospechas contra sus conciudadanos! Esta decían que era la décima-quinta trama de que se suponía que la corte había intentado acusar a sus adversarios.

Había contado el partido patriota sacar ventaja del testimonio de Fitz-Harris contra el duque de York y contra los católicos, y así le contrarió mucho su suplicio; pero el rey y los ministros no contentándose con tan ligeras ventajas, estaban resueltos a llevar adelante la victoria y emplear contra los *excluyentes* las mismas armas, aunque poco gloriosas, que ellos habían acopiado contra la corte. Toda la tropa de espías, testigos, denunciadores y sobornadores que los corifeos populares habían sostenido y favorecido hasta entonces, viendo que el rey era poderoso, volvieron la espalda a sus antiguos padrinos y vinieron a ofrecer sus servicios a los ministros, los cuales, sea dicho para vergüenza de la corte inglesa y de aquel siglo, los recibieron con agrado y emplearon sus testimonios, o por mejor decir, sus perjurios para cometer un asesinato legal sobre el partido opuesto. Preguntábanse con cierto aire de triunfo y mofa: «¿No eran unos excelentes testigos los que afirmaban la trama papista? Sobre la fe de ellos han sufrido la muerte Stafford y tantos otros católicos, y vosotros mismos os alabasteis de que eran gentes de peso y confianza y los admitíais en vuestro seno; pues ¿quién puede tener mejor noticia de vuestras traiciones? Ellos están resueltos a servir hoy al rey y a su patria, aunque bajo otra forma, y así no debíais quejaros si se usase para mediros de lo misma vara con que vosotros habéis medido a los demás.»

No hay duda en que el principio de las represalias puede justificar en algunos casos y servir de excusa en otros a una conducta que de otro modo sería reprehensible; pero son tan peligrosas y detestables esas infames astucias con que se envenena hasta el manantial de la justicia humana y se rompen todos los vínculos de la sociedad, que no debe admitirse ningún pretexto de represalias ni

para justificación ni por disculpa. Al contrario, cuanto más indignación mostraron Carlos y sus ministros cuando se vieron entregados a los perjuros de una porción de bribones, mayor repugnancia debieron tener de emplear los mismos instrumentos de venganza y de odio con sus antagonistas.

El primero sobre quien cayeron los ministros fue un ebanista de Londres, llamado College, que se había señalado por su celo contra el papismo y tenía estrechas relaciones con Shaftesbury y con todos los corifeos populares. Como ellos se fiaban mucho en el populacho, les eran muy útiles para sus miras las gentes de esta clase, y College había hecho el viaje a Oxford armado con espada y pistolas, que fue el primer cargo que se le presentó. Decíase de él que había entrado en una trama para apoderarse de la persona del rey y tenerle prisionero hasta que consintiese en lo que se le pedía; más como los *sheriffs* eran muy opuestos a la corte, nadie se sorprendió de que los jurados nombrados por ellos desechasen el *bill* de acusación. Fue conducido el acusado a Oxford, donde se pretendía haber cometido la traición: era *sheriff* de aquel condado lord Norris, tan adicto a la corte como casi todos los habitantes de aquella población; por consiguiente se nombró un jurado compuesto todo de realistas, aunque de un carácter sin tacha; pero era tal el calor de las facciones, que no podía prometerse mucha justicia el preso. Se le embargaron algunos papeles que contenían señas y direcciones para su defensa, injusticia que se quiso justificar con el ejemplo de otra violencia semejante que se había empleado con otro preso durante la gran furia de la trama papista. La corte admitía entonces todas estas feroces ideas de represalias.

Los testigos que se citaron contra College fueron Tuberville, Dugdale y Smith, todos tres delatores antes de los católicos y por consecuencia embusteros y perjuros en la opinión de los jurados. Aunque College se vio rodeado de tantas redes y objeto de tantas injusticias, se defendió con mucha presencia de ánimo, valor y habilidad, destruyendo todas las acusaciones de la corona con argumentos y testimonios sin réplica; pero con todo, después de una hora de deliberación, el jurado dio una declaración de culpabilidad contra él, y los inhumanos espectadores recibieron aquel fallo con aclamaciones y aplausos. No dio el preso ninguna señal de terror, antes bien se mantuvo firme hasta el momento del suplicio sin convenir en el crimen de que se le acusaba. Toda su conducta parece que probaba no haber cometido otro que el de participar de la furia de aquel tiempo, y haberse dejado llevar de un celo honrado pero indiscreto en favor de su país y de su religión.

De esta suerte los dos partidos, trasportados de igual furor, pero enfrenados por los estrechos límites de la ley, se descargaron mutuamente golpes mortales con armas envenenadas, como si hubieran ahogado en sus facciosas disensiones todo respeto a la justicia, al honor y a la humanidad.

## LXIX. Carlos II—1681

### Estado de las cosas en Irlanda.

Cuando entró la *Cábala* en la alianza con los franceses, tuvo gran cuidado de alejar al duque de Ormond de la comisión de negocios extranjeros, y nada contribuyó tanto a aumentar las desconfianzas nacionales contra las nuevas medidas como verá un ministro tan fiel y de tan notoria probidad excluido de los consejos públicos. Se había dejado persuadir Carlos a quitarle el gobierno de Irlanda, en cuyo destino le sucedieron lord Robarts, nombrado luego conde de Radnor: lord Berkeley sucedió a lord Robarts, el conde de Essex a Berkeley, y solo al fin del año 1677 pensó Carlos en el duque de Ormond, a quien había tenido olvidado por tanto tiempo, para volverle el gobierno de Irlanda. «He hecho cuanto he podido —dijo el rey— para disgustar a este hombre, pero no está en mi mano conseguir que sea mi enemigo.» En efecto, jamás Ormond durante su desgracia se ligó con los descontentos ni aprobó los clamores que se habían suscitado con mucha razón, aunque algunas veces con miras siniestras, contra las resoluciones del rey; hasta miró como un deber suyo hacer constantemente, aunque con dignidad, la corte en Whitehall, y probar que su celo estaba fundado en la gratitud y la inclinación, es decir, en principios y no en ventajas pasajeras. Todas las expresiones que se le escaparon, mientras estuvo olvidado de la corte, indicaban más bien su buen humor que la indignación y la pena, pues decía a sus amigos: «Yo no puedo servirlos en manera alguna, sólo me queda la facultad de hacerlos daño con denuncias falsas.» Suplicándole un día Cary Dillon, coronel irlandés que apoyase sus pretensiones en la corte, y repitiéndole para dar fuerza a sus instancias que no tenía más esperanzas que en Dios y en él, le respondió el duque: «Ay, pobre Cary mucha lástima me das, porque no podías tener dos amigos de menos crédito en la corte.»

Luego que Carlos se persuadió de que era interés suyo tratar favorablemente a los antiguos realistas y al clero anglicano, no pudo menos Ormond, a quien todo el partido respetaba mucho, de volver a recobrar con el gobierno de Irlanda su antiguo crédito y autoridad. Siempre correspondió su administración a lo que había sido toda su vida, y resultó tan ventajosa para el príncipe como para el pueblo, para los protestantes como para los católicos. Firme en la religión establecida, supo aun en aquellos tiempos de desconfianza libertarse de las sospechas, sin adular a las preocupaciones vulgares persiguiendo al partido romano. Aumentó las rentas de la corona en Irlanda en 300.000 libras esterlinas anuales; mantuvo 10.000 hombres de tropas regulares con una milicia bien disciplinada de 20.000; y aunque se violó el decreto del establecimiento (*the act of settlement*) hasta el punto de dejar vivir a los católicos en las ciudades municipales, eran vigilados con tal cuidado, que ni aun el más tímido protestante tuvo nunca motivo alguno de temor.

El principal objeto de la ambición de Essex consistía en volverse a ver gobernador de Irlanda, donde se había conducido con mucho honor e integridad. Shaftesbury y Buckingham aborrecían de muerte a Ormond, tanto por motivos personales como por resentimientos de partido, no llevando otra mira los anti-cortesanos que la de hacer odiosos todos los ramos de la administración de Carlos; así no se sorprendió el gobernador de Irlanda al saber que se atacaba en la cámara alta su administración particularmente por Shaftesbury; pero tuvo al mismo tiempo la satisfacción de oír la respuesta viva pero atenta que su hijo el generoso Ossory, había dado a aquel revoltoso patriota. Después de justificar muchos ramos de la administración de su padre, continuó Ossory en estos términos: «He hablado de lo que ha ejecutado el lord gobernador, pero también espero que se me permitirá decir lo que ha dejado de hacer. Jamás ha aconsejado que se rompa la triple liga ni mucho



menos que se cierre la tesorería (*the exchequer*); nunca provocó la declaración de tolerancia ni aconsejó romper con los holandeses para ligarse con la Francia. No ha sido autor de aquella incomparable máxima *Delenda est Cartago*, es decir, de que, con desprecio de los verdaderos intereses de la Inglaterra, se destruyese a la Holanda, nación protestante. Ahora bien mylores ¿será una temeridad en mí solicitar que se juzgue con equidad a mi padre y a los demás hombres según sus acciones y consejos?» Estas cortas reflexiones, en boca de un simple militar valiente, ya conocido por su honradez, produjeron un efecto maravilloso en la asamblea y con ellas quedó confundida la retórica de su elocuente y faccioso adversario. El príncipe de Orange, que estimaba tanto al primero cuanto despreciaba al segundo, felicitó al conde de Ossory en una carta, por aquella nueva especie de victoria que había alcanzado.

Aunque siempre había manifestado Ossory mucho disgusto de las facciones, era el hombre más popular del reino y sin haber tomado nunca parte en los amaños y corrompidas miras de la corte, era igualmente querido y considerado del rey. Muy sentida fue su muerte, que acaeció poco tiempo después, y el populacho, que siempre se inclina a los extremos, la atribuyó al veneno. Ormond soportó aquella gran pérdida con mucha resignación, pero siempre quedó grabada en su alma una profunda melancolía, aunque suavizada con el agradable recuerdo de sus virtudes. «No cambiaría mi hijo muerto —decía— por ningún otro hijo vivo en toda la cristiandad.»

Estas particularidades parecerán tal vez una digresión; pero la historia no puede negar este tributo al alto mérito, y fuera de eso, bien podrá perdonarse a un historiador que se encuentra engolfado en la triste narración de tantos furores y facciones, tantas fraudes y violencias, que tome algún descanso y se pare a contemplar algunos caracteres humanos y virtuosos.

Además del interés general del partido de la patria en desacreditar la conducta de todos los ministros, desagradaba particularmente a los *Whigs* la prudente y pacífica administración del gobernador de Irlanda. Al paso que en Inglaterra, donde ciertamente los católicos no componían la centésima parte de la población, se había tenido maña para esparcir terrores y hacer temer de su parte sublevaciones y matanzas, debía parecer extraño que en Irlanda, donde eran diez veces más numerosos que los protestantes, no se viese la menor apariencia de tramas ni conspiraciones. Con sólo considerar bien este fenómeno bastaba para debilitar en el ánimo de los mismos ingleses la opinión acerca de la trama papista, y disminuir la autoridad de aquellos corifeos que por tanto tiempo y con tales arterías se empeñaban en difundir aquella idea por la nación: así no dejaron de ofrecer un premio en Irlanda a los que diesen informes o se presentasen como testigos, dando comisiones a algunos malvados para que fuesen a buscar en aquella isla acusaciones contra los católicos. Bajo pretexto de hacer pesquisas de armas y de papeles, penetraron en las casas, las robaron y pusieron a un gran número de inocentes en las cárceles donde los obligaron a comprar su libertad; mas a pesar de tantas violencias y de que aquel país no suele ser escaso de testigos, apenas pudieron hallar algunos pocos que se prestasen a sus infames miras.

Al cabo encontraron un tal Fitzgerald, seguido de Ivey, Sanson, Dennis, Bourke, dos Macnamaras y algunos otros, que inmediatamente fueron enviados a Inglaterra; y aunque falsos de carácter para dar peso a la verdad y de juicio para conducir una impostura, fueron admitidos, agasajados y sostenidos por el conde de Shaftesbury. Por sólo el dicho de éstos fue condenado Oliverio Plunket, primado de Irlanda, y entregado al suplicio a pesar de su natural suave y pacífico, llegando el parlamento de Oxford a engolfarse en aquella peligrosa senda hasta el punto de declarar la realidad de una horrible trama papista en Irlanda; mas por infalibles que pareciesen antiguamente tales decisiones, ya habían perdido mucho de su peso, y el público, no obstante aquella solemne declaración, permaneció indiferente e incrédulo.

## **Absolución de Shaftesbury.**

Después de la disolución del parlamento y del consiguiente triunfo de los realistas, estos testigos de Shaftesbury, juntamente con Tuberville, Smith y los demás, se dirigieron a los ministros y depusieron contra su padrino. No deja de ser escandaloso que se escuchasen tales deposiciones; pero aun hay varias razones para juzgar que los agentes de la corte, los ministros y hasta el mismo rey<sup>446</sup> pasaron más adelante, y que se esforzaron por encontrar, aunque sin fruto, otros testigos más dignos de fe que apoyasen a los de Irlanda. Prendióse a Shaftesbury y se presentó su acusación ante el gran jurado; más como los nuevos *sheriffs* de Londres Shute y Pilkington no estaban menos comprometidos que sus antecesores en el partido opuesto a la corte, cuidaron de nombrar un jurado favorable a su causa; precaución harto necesaria supuesta la imposibilidad de encontrar hombres neutrales. Mientras que sólo se empleó la prueba del juramento, no quedó la menor duda de que Shaftesbury era reo de traición, si bien tampoco quedó de que semejantes testimonios no merecían atención alguna. Por más que aquel jefe de partido se hubiese formado desde su juventud en las facciones y los manejos políticos, se le pintaba como un indiscreto que se había franqueado sin la menor reserva con aquellos infames acerca de sus criminales intentos y que se había propasado a decir contra el rey tales injurias que solo podían suponerse en boca de algún miserable de tan baja extracción como ellos: verdad es que se encontró en el gabinete del conde el borrador de una asociación contra el papismo y el duque de York, y que podían sacarse de algunos capítulos de aquel documento consecuencias muy peligrosas, pero no parece que estuviese escrito de su puño ni que le hubiese aprobado tampoco; fuera de que habían propuesto al parlamento diferentes proyectos de asociación y era muy natural que aquel, magnate hubiese meditado algún plan para proponérsele a la asamblea. Así los jurados, después de haber pesado todas estas circunstancias, desecharon la acusación, y el pueblo reunido manifestó su alegría con vivas aclamaciones que resonaron por toda la ciudad.

Por aquel mismo tiempo se fraguó en Escocia un proyecto de opresión mucho más desembozado contra un magnate menos odioso que Shaftesbury; y como la situación de aquel pueblo se diferenciaba muy poco del estado de verdadera esclavitud, logróse enteramente el proyecto.

## **Proceso de Argyle.**

El conde de Argyle se había distinguido desde su primera juventud por su apego y fidelidad a la familia real, pues aunque su padre había estado al frente de los *covenantarios*, siempre él por su parte, había rehusado tomar parte en ninguna de sus empresas y cuando se le dio una patente de coronel por resolución particular de los Estados, aguardó para ejercer este empleo a que fuese ratificado por el rey. Esta respetuosa conducta, unida a sus servicios, le había adquirido un alto favor mientras que Carlos permaneció en Escocia, y aun después de la batalla de Worcester no bastaron todas las desgracias de la causa realista para hacérsela abandonar. Continuó a las órdenes de Middleton guerrilleando contra los ingleses victoriosos, y sólo se sometió a la capitulación por orden de su general, mas como una fidelidad tan constante inspirase desconfianzas a la república y al Protector, se le prendió después con falsos pretextos y este rigor duró nada menos que hasta la restauración. Agradecido entonces Carlos a su antiguo celo, le devolvió los bienes de su padre, le nombró conde de Argyle, y cuando el parlamento de Escocia expidió contra él una sentencia injusta, empleó su autoridad para rehabilitarle. En toda la serie de aquel reinado se había conducido Argyle con bastante prudencia y aunque no entrase en todas las ideas de la corte, siempre había manifestado en su misma opiniones juiciosas y pacíficas.

---

446 Relación del capitán Wilkinson.

Habiendo sido convocado el parlamento de Escocia durante el verano de 1681, tomó el duque de York en él la calidad de comisario regio, y además de los subsidios que se concedieron al rey y de la declaración del derecho inviolable de sucesión, estableció la asamblea un juramento al cual debían sujetarse todos los que ocupaban empleos civiles, militares o eclesiásticos. En él se reconocía la supremacía del rey, se renunciaba al *covenant*, se admitía abiertamente el principio de la obediencia pasiva, y se anulaban todos los compromisos que amenazaban con cualquiera alteración a la iglesia o al estado. Tal era aquel acuerdo según le habían propuesto los cortesanos; pero el partido patriota propuso que se añadiese un artículo de adhesión a la iglesia protestante, el cual no se podía rehusar decorosamente. Tantas cláusulas reunidas formaban un juramento larguísimo, y lo peor era que en él se ratificaba una profesión de fe impuesta poco tiempo después de la reforma, que contenía muchos artículos enteramente olvidados y algunos en que se hallaba establecida la doctrina de la resistencia, de suerte que como aquel documento fue redactado con precipitación, se encontró al examinarle una mezcla de contradicciones y absurdos. Algunos particulares de los más adictos a la corona rehusaron someterse a él y los obispos, con una gran parte del clero, pusieron bastantes reparos. El conde de Queensbury rehusó prestar el juramento sin ciertas explicaciones, y el mismo consejo fue de parecer que para satisfacción del público se declarase debidamente el juramento.

Aunque los partidarios de la corte no podían desechar la cláusula de adhesión a la religión protestante, propusieron como muestra de respeto que los príncipes de sangre real quedasen dispensados de prestar el juramento; excepción que impugnó vivamente el conde de Argyle, hasta llamar la atención sobre que el peligro único de la religión protestante no podía venir más que de la familia real. La fuerza con que expuso sus argumentos excitó la indignación del duque de York, que no tardó en hacerle sentir sus efectos.

Adoptando Argyle el juramento como miembro del consejo privado, añadió una explicación en presencia del duque, a quien se pretende que la había comunicado antes y obtenido su aprobación, y estaba concebida en los términos siguientes: «He reflexionado sobre este juramento y estoy en ánimo de sujetarme a él en cuanto me sea posible. Estoy persuadido de que el parlamento no ha intentado jamás imponer juramentos contradictorios y así creo que cada uno puede explicárselos por sí mismo. Por tanto le adopto en cuanto está conforme consigo mismo y con la religión protestante; y declaro que no es mi intención ligarme en un sentido que me impida desear y proporcionar mudanzas que me parezcan ventajosas a la iglesia o al estado, es decir, que no puedan acomodarse con la religión protestante y con mi fidelidad al estado; y miro esta declaración como parte esencial de mi juramento.» Oyó el duque estas expresiones con mucha tranquilidad sin que nadie pareciese ofenderse con ellas, y aquel mismo día tomó asiento Argyle en el consejo estando todos muy distantes de imaginar que se hubiese hecho culpable de un delito capital cuando no había dado ocasión a la menor apariencia de disgusto o de reprimenda.

¿Mas cual no fue su sorpresa pocos días después al oír que se había dado orden para prenderle; que estaba acusado de alta traición, de mentira, de perjurio, y que de su declaración se le forjaba un crimen que le exponía a perder todas sus dignidades, sus bienes y su vida? Inútiles parecen los pormenores cuando es tan manifiesta la iniquidad. Se empleaba la espada de la justicia sin revestirla siquiera con la apariencia de esta, y si se conservaba la forma legal solo era para santificar o más bien para agravar la opresión. De cinco jueces, tres no tuvieron dificultad en declarar al preso culpable de traición y de impostura: falló contra él un jurado de quince nobles, y habiéndose consultado al rey, mandó que se pronunciase la sentencia, pero que se suspendiese su ejecución hasta nueva orden.

Pretendían el duque y sus hechuras que no corrían el menor peligro la vida ni los bienes del conde de Argyle y que si se había llevado tan adelante su causa, era sólo para hacerle renunciar a algunas jurisdicciones hereditarias que daban a su familia una autoridad peligrosa en las montañas de Escocia y se oponían al curso de la justicia ordinaria; pero aun cuando pudiera justificarse esta idea, eran infames los medios y absolutamente incompatibles con un gobierno, no diremos libre,

pero civilizado siquiera. No debía Argyle tener más confianza en la bondad que en la justicia de sus enemigos, y así, habiendo encontrado medio de escaparse, se fue a Londres, donde permaneció escondido hasta que se presentara una ocasión de pasar a Holanda. Aunque no ignoraba el rey el sitio donde se ocultaba, no permitió que se le prendiera<sup>447</sup> pero todas las cláusulas de su sentencia que dependían del gobierno escocés fueron ejecutadas rigurosamente: se le confiscaron sus bienes y se rompieron los escudos de sus armas.

### Estado de las cosas en Escocia.

Parecía haberse extinguido en Escocia aquella pasión por la libertad, que es allí tan viva naturalmente, sin que hubiese conservado la nación sino un espíritu de turbulencia y sedición (1682) alimentado con un celo de religión mal entendido. Cameron y Cargil, que eran dos furiosos predicadores, se exaltaron mucho más que sus compañeros, y excomulgaron públicamente al rey por su tiranía y por haber violado el *covenant*, renunciando solemnemente al juramento de obediencia. El primero de ellos fue muerto por las tropas reales en una acción cerca de Air-Moss, y el segundo fue cogido y ahorcado. Muchos de sus partidarios fueron encausados y convictos, y se cuenta que habiéndoles ofrecido la vida con condición de que dijese *¡Viva el rey!*<sup>448</sup>, no pudieron conseguirse de ellos más que oraciones porque Dios le concediera la gracia del arrepentimiento. Hizose valer aquella obstinación como una apología de los rigores del gobierno; pero a poco que se reflexione, se deducirían consecuencias enteramente opuestas; porque una tan funesta ilusión merece más compasión que cólera, y es increíble que unas criaturas humanas hubieran podido llevar la locura a tal exceso sin que a él las hubiese impelido una larga serie de violencias y opresiones.

Viéndose Carlos dueño de Inglaterra y no temiendo ya los clamores de un partido aterrado, permitió al duque de York que fuese a hacerle una visita, después de la cual se dejó persuadir a concederle licencia absoluta para su vuelta y aun a darle alguna parte de la administración. Volvióse el duque a Escocia para traer a su familia y arreglar aquel gobierno; pero habiendo preferido hacer el viaje por mar, tocó el buque en un banco de arena y se abrió. Tuvo el duque la fortuna de salvarse en un bote, y si hemos de dar crédito a las memorias contemporáneas, se dio mucha prisa a poner en salvo a sus perros y a sus clérigos, mientras que muchas personas de condición, entre las cuales se cuenta a su cuñado Hyde, perecieron a su vista. También se asegura que el bote hubiera podido contener mucha más gente, y no sólo se rechazó a los que se esforzaban por entrar en él, sino que a algunos para desasirlos se les cortaron las manos a hachazos; pero hay tan poco que fiar en el espíritu de facción cuando interpreta las acciones de los grandes, que así como ponían en la misma categoría a los perros y a los clérigos católicos, así también debemos suponer que falseaban todo lo demás. Lo más cierto y más digno de atención al mismo tiempo es que los marineros que quedaron a bordo, viendo hundirse la nave, y que era inevitable su muerte, al considerar al duque fuera de peligro, lanzaron un gran grito en testimonio de lealtad y de alegría.

Durante su permanencia en Escocia, trató el duque con mucha urbanidad a la primera y segunda nobleza, conducta que le granjeó su afecto, pero mostró gran rigor a los entusiastas y en varias ocasiones manifestó un carácter severo o, por mejor decir, implacable. Se cuenta que asistía personalmente a la tortura de los criminales y que miraba con tanta serenidad aquel espectáculo como si sólo se tratara de algún experimento curioso<sup>449</sup>. Dejó la autoridad en manos del conde de Aberdeen, canciller de Escocia y del tesorero, que lo era el conde de Queensbury. Fue sumamente despótica la administración de estos dos señores y durante ella un caballero, llamado Weir, fue encausado por habersele visto en compañía de otro que estaba acusado de que había tomado parte

447 Burnet, tomo I, p. 522.

448 *God save the king*, Dios salve al rey.

449 Burnet, tomo I, p. 585. Wodrow tomo II, p. 159. Este último autor, cuya autoridad es de más peso, no cita más que un ejemplo, el de Spreul que fue muy extraordinario.

en la revuelta, aunque no estaba designado en las proclamas. Las razones que hicieron condenar a Weir (porque acusar y condenar eran sinónimos para los ministros de Escocia) no eran otros que una serie de inducciones en el orden siguiente: Se suponía que un particular no podía haber tomado parte en la sedición sin que de ello hubiese sospechas en la vecindad; en este caso, es de presumir que debían saber algo del fundamento de sus sospechas; ahora bien, estando todo el mundo en la obligación de declarar sus sospechas al gobierno y evitar la compañía de los traidores, el que faltaba a esta obligación participaba de la traición. De aquí se sacaba la consecuencia: Tú has conversado con un rebelde, luego tú también lo eres. Con mucha dificultad pudo conseguir Weir una suspensión, pero se resolvió seriamente sacar partido de este antecedente. Se erigieron tribunales en los condados del sur y del oeste, y se hicieron pesquisas muy severas sobre esta nueva especie de crimen: debiendo durar estos tribunales tres años, al fin de los cuales se prometía un perdón general, pero los que desde luego prestasen el juramento últimamente exigido, gozarían también desde luego de esta especie de amnistía. Asustados los presbiterianos de un rigor de que nadie podía creerse libre, pensaron en abandonar su patria, e hicieron pasar algunos agentes a Inglaterra para tratar con los hacendados de la Carolina acerca de un establecimiento en aquella colonia. No hubo condición que no les pareciese preferible a la desgracia de vivir en un país donde el encarnizamiento en la persecución no les dejaba esperanza alguna de reposo y seguridad.

Cerca de dos mil presbiterianos se encontraron proscritos bajo pretexto de alguna conversación o trato con los rebeldes<sup>450</sup> y continuamente perseguidos en sus retiros por los soldados, los espías, los delatores y por unos magistrados tiránicos, que se pusieron en el pie de hacer a estos infelices, que vivían pacíficamente en sus casas, preguntas las más capciosas, como por ejemplo: «¿Queréis renunciar al *covenant*? ¿Mirais la sublevación de Botwell como una rebelión? ¿La muerte del arzobispo de San Andrés os parece un asesinato?» Y los que rehusaban explicarse eran condenados al último suplicio<sup>451</sup>. Viose llevar al patíbulo hasta a algunas mujeres por este supuesto delito. Con motivo de haber publicado unos fugitivos, a quienes la opresión convirtió en fanáticos, cierta declaración sediciosa por la cual renunciaban a toda obediencia a Carlos Estuardo, a quien daban, y no sin razón por lo que a ellos tocaba, el nombre de tirano, tomó ocasión el consejo de este incidente para imaginar otra opresión muy particular. Dispersaron soldados por todas las comarcas de Escocia, y no sólo los oficiales sino también los subalternos estuvieron autorizados para pasar por las armas<sup>452</sup> a todos los que rehusasen hacer la declaración que se les exigía por fuerza. Sería fastidioso o irritante enumerar todos los casos de persecución o, en otros términos, de absurda tiranía que se vieron entonces en Escocia, pero hay uno tan singular, que bien merece la atención de un historiador.

Habían preso a tres mujeres<sup>453</sup>, a quienes se intimó que prestasen el juramento ordinario de abjuración, y habiendo rehusado obedecer, se las condenó a ser ahogadas. Una de las tres era de edad avanzada, pero las otras dos eran tan jóvenes que no pasaban la una de 18 años y la otra de 13, por lo cual hasta los perseguidores más violentos tuvieron vergüenza de enviar al suplicio por lo menos a la más joven; pero las otras dos fueron conducidas al lugar de la ejecución y atadas a unos postes que no cubría el mar en la marea baja, invención que hizo su muerte más lenta y por consecuencia más terrible. Pusieron a la vieja más adelante, y así no tardó en quedar sumergida, con lo que la joven aterrada en vista de aquel espectáculo o vencida por las instancias de sus amigos, consintió en decir *¡Viva el rey!* Inmediatamente gritaron los espectadores que había prestado su sumisión y en este supuesto se la desató del poste; mas habiendo exigido el mayor Winram que mandaba la ejecución, que hiciese la abjuración por escrito, y habiéndose negado aquella desgraciada, mandó que inmediatamente la arrojasen al mar donde pereció ahogada.

Se atribuye en gran manera la severidad de la administración de Escocia al duque de York, a quien Carlos había confiado el gobierno de aquel país, y que, a pesar de la distancia, tomaba mucha

450 Wodrow tomo II, apéndice, p. 94.

451 Id. tomo II, idem.

452 Id. p. 434.

453 Id. p. 503.

parte en los negocios sin que se le escapase nada importante. También en Inglaterra se resintieron iguales rigores, que se atribuyeron al mismo origen, porque este príncipe era menos amado y estimado que el rey, pero mucho más temido y por consecuencia se le obedecía con más puntualidad y sumisión. Mucho se celebró el dicho del poeta Waller, a saber: que supuesto que el parlamento no quería que el duque de York reinase después de Carlos, éste había determinado que reinase al mismo tiempo que él.

### **Situación del ministerio en Inglaterra.**

Sin embargo, como gustaba el rey de mantener en equilibrio el consejo, todavía apoyaba a Halifax, a quien nombró marqués y guarda del sello privado, a pesar de que siempre estaba en oposición con el duque. Este señor que, sin disputa fue el más hábil y el mejor de los ministros de aquel reinado, afectaba una especie de neutralidad entre los partidos y pasaba por corifeo de una pandilla conocida con el nombre de *Trimmers*, es decir, gente que sabe nadar entre dos aguas; y esta conducta le hizo pasar en la opinión del público más bien por un cortesano que por un verdadero patriota. Aquel Sunderland que con tanto celo había defendido el *bill* de exclusión y que por tanto había sido excluido del consejo, fue vuelto a llamar a la administración con consentimiento del duque; pero como era de carácter doble o por lo menos muy inconstante en su conducta, se sospechó que se había ligado con el partido patriota por dirección del rey, Hyde, a quien se nombró conde de Rochester, era primer comisario de la tesorería y el hombre de los intereses del duque.

Viose precisado el mismo rey a manejarse como jefe de partido, que es una de las situaciones peores en que puede verse un príncipe, porque siempre ocasiona injusticias y opresiones. Sabía cuan sospechosos eran los no-conformistas a los Anglicanos, y a pesar de las máximas de tolerancia que había sostenido hasta entonces en Inglaterra, resolvió contentará sus amigos persiguiendo abiertamente a sus enemigos. Ejecutáronse con rigor las leyes contra los conventículos, conducta de que sabía muy bien el rey que no había que esperar disminución alguna ni en el número ni en el crédito de los no-conformistas y que por consecuencia debe atribuirse más a la pasión que a la política. En las miras que se proponía no había que prometerse nada de la persecución a no llevarla hasta un exterminio total de los infelices disidentes.

### **Nuevo nombramiento de *sheriffs*.**

Por más que la autoridad del monarca se fortaleciese de día en día, todavía encontraba poderosos obstáculos sobre todo en Londres, que estaba de parte de los descontentos. No había apariencia de que los jurados que nombrasen los *sheriffs* fuesen unos jueces imparciales entre la corte y el pueblo, y después de la última experiencia hecha en el asunto de Shaftesbury y de College, podía muy bien recelarse la impunidad para la trama. Así, el mayor servicio que podía hacerse a la corte era poner las cosas sobre otro pie. Era lord corregidor sir Juan Moore, a quien había ganado el secretario de estado Jenkins, y éste insistió en el privilegio de su oficio de nombrar uno de los *sheriffs*, con lo que, el día de la elección, bebió a la salud de North, comerciante muy rico, el cual no hizo dificultad en aceptar una distinción tan costosa. Los patriotas o *Whigs* pretendían que habiendo vuelto recientemente de Turquía y estando poco versado en los negocios públicos, era un instrumento no muy a propósito para las miras de la corte. Se propuso el medio de los votos para la elección de otro *sheriff*, y sobre ello se suscitó una contestación muy acalorada; porque la mayor parte de la asamblea, guiada por los dos *sheriffs* del año precedente, no quiso reconocer el derecho de lord corregidor para el nombramiento de uno de los dos oficiales municipales, y pidió que ambos fuesen elegidos por los vecinos (24 de junio). Los que se proponían elegir los *Whigs* eran Papillon y Dubois, mientras que la corte estaba declarada en favor de Box.

Abrióse la votación; pero no habiendo permitido el corregidor que se hiciese la elección en perjuicio de su derecho sobre una de las dos plazas vacantes, se separaron él y los antiguos *sheriffs*, y por ambos lados se recogieron los votos separadamente. Era mucho más numeroso el partido patriota, que dio los suyos a Papillon y Dubois, que el de la corte, que estuvo por Box; mas como el corregidor insistía en que su elección era la única conforme a las leyes, declaró a Box legítimamente electo. Quedaba empero la dificultad en pie: temiendo Box los efectos de una elección tan dudosa, tomó el partido de retirarse y el corregidor se vio precisado a empezar de nuevo la operación. Luego que hizo la declaración a la asamblea, se levantó un grito de oposición pidiendo los dos *sheriffs* elegidos por los patriotas como los únicos conformes a la ley; pero como el corregidor insistiese en que Box había sido elegido legítimamente, y en que era menester llenar su alta, volvió a principiarse la operación y en aquel tumulto sus partidarios, aunque en corto número, eligieron a Rich, hombre poco conocido y menos considerado del vecindario. Inmediatamente prestaron el juramento North y Rich para el año siguiente; pero tuvieron que apoyarse en una guardia de las compañías de la ciudad para tomar posesión de su oficio. Todavía más violenta e irregular fue la elección de un regidor del partido de la corte que se hizo algunos meses después, si hemos de dar crédito a los autores contemporáneos (25 de octubre).

Así perdieron los patriotas todo su predominio en la capital, donde desde el principio de las facciones se habían mantenido constantemente y casi sin oposición en una superioridad notoria. Lo mejor que podía desearse era que se corrigiesen las parcialidades que se echaban en cara a los jurados, sin suscitar otras de un género opuesto, pero según el desorden que reinaba en la nación, parecía cosa imposible. El partido de la corte y el de la iglesia, que habían llegado a apoderarse del jurado, convirtieron a la justicia en instrumento de sus miras, y el rey pudo lisonjearse de conseguir una venganza completa de sus enemigos. No se tardó mucho tiempo en sentir los efectos de aquellos altercados, pues a la primera noticia de que el duque pensaba en dejar la Escocia, se le escapó a Pilkington, que era hombre bastante violento, decir: «¡Ya ha pegado fuego a la ciudad y ahora viene a degollarnos!» Hizo el duque que se le enjuiciase por estas escandalosas expresiones, y a pesar de una antigua ley ratificada por la *carta magna*, que no permitía se multase a nadie en términos de dejar arruinado al culpable, fue condenado a pagar por vía de reparación la enorme suma de 100.000 libras esterlinas. El caballero Ward, antiguo corregidor, que fue uno de los testigos que depusieron en su favor, fue acusado de perjurio y condenado a salir a la vergüenza (*to the pillory*); sentencia rigurosísima y capaz de arredrar a todos los que pudiesen hacer algún servicio de esta naturaleza a los enemigos de la corte.

### Quo Warranto.

Pero no fue enteramente decisiva esta victoria de la corte sobre la ciudad, supuesto que cada año podía renovarse la elección de los magistrados (1683), y así se formó un proyecto de la mayor importancia, no sólo para que el rey fuese dueño de la capital, sino para hacerle obtener con aquel ejemplo el mismo ascendiente sobre todas las corporaciones del reino, y dar el ataque más peligroso a la constitución legal que recibió jamás del monarca más arbitrario y poderoso. Aunque todos los realistas eran ingleses y hasta cierto punto celosos de la libertad, se dejaron comprometer por odio a la facción contraria, y deseo de supremacía a prestar su apoyo a una empresa tan violenta. Expidióse contra la ciudad una orden de *Quo Warranto*, es decir, una intimación del rey para que se le diese cuenta de la validez de sus privilegios, pues se pretendía que había perdido muchos de ellos por dos ofensas de que se habían hecho culpables los magistrados. Después del gran incendio de 1666, habiéndose reedificado todos los mercados y provisto de las comodidades necesarias, el consejo municipal de Londres había impuesto para atender a aquel gasto, una contribución de poca monta sobre las mercancías, y el año 1679 había dirigido una representación al rey contra la prorrogación del parlamento, en la cual se había ofendido la corte de las siguientes expresiones: «Los exponentes

quedan sumamente sorprendidos de la última prórroga, por la cual han sufrido grande interrupción el ejercicio de la pública justicia en el reino, y los suministros necesarios para la seguridad de V. M. y la de sus súbditos protestantes.» Estos términos, decían los realistas, equivalían a una condenación escandalosa de la conducta del rey, y se pleiteó la causa, defendiendo a Londres Treby y Pollexfen contra el procurador y el fiscal general.

Estos dos abogados sentaron el principio de que desde la fundación de la monarquía no había ejemplo de que una comunidad hubiese sido privada de sus derechos por confiscación, y que hasta la suposición era absurda de suyo; que una comunidad propiamente tal era incapaz de crimen ni de ofensa, y no podía hacerse responsables de una falta sino a los que la habían cometido, que los individuos particulares al elegir sus magistrados no les confiaban más que las facultades legítimas, y que si estos se excedían de sus mandatos, sus acuerdos carecían de fuerza, pero no podían envolver al cuerpo en la imputación de ningún crimen; que ésta había sido la práctica constante de Inglaterra, excepto durante la reforma, cuando fueron confiscados los monasterios; pero que éste era un caso extraordinario, y que luego se había creído necesario ratificarlo todo por decreto del parlamento; que las comunidades creadas para el bien público y para subsistir perpetuamente no debían aniquilarse por una falta pasajera de algunos individuos, cuyas ofensas particulares podían perseguirse sin atacar al cuerpo entero; que hasta una finca particular, si está vinculada, no puede confiscarse en favor de la corona por crimen de traición en el poseedor de ella, y que si se le despojaba a éste, pasaba al heredero natural; que las ofensas que se echaban en cara a la ciudad, lejos de merecer un castigo tan severo, ni siquiera estaban sujetas a una ligera reprimenda; que toda comunidad gozaba del derecho de darse estatutos y reglamentos, que ni siquiera se contestaba a la menor aldea de Inglaterra, aun cuando habían llevado más adelante que Londres el ejercicio del que daba ocasión a aquel choque; que habiendo esta ciudad reedificado a su costa unos mercados en terreno de su propiedad, podía exigir legítimamente una pequeña retribución de los que querían traer a ellos sus mercancías, como el propietario de una casa podía exigir la renta de ella; que aquellos a quienes disgustaba esta condición eran muy dueños de no traer nada al mercado, y si habían pagado, lo habían hecho voluntariamente; que el derecho de hacer peticiones y representaciones era una facultad reconocida, y que Londres no había abusado de tal privilegio; que tanto el parlamento como el mismo rey habían declarado muchas veces el peligro con que la trama papista amenazaba a la nación y no podía hacerse pesquisa sobre ella sino por el método parlamentario; que no podía dudarse de que la acusación contra los lores papistas se había diferido con las frecuentes prórrogas, como también la formación de las leyes necesarias y las precauciones para la defensa pública; que no menor parte había tenido la fidelidad de la capital en la petición que el cuidado de su propia seguridad y conservación, pues era cosa notoria que la vida del rey estaba en continuo peligro por parte de los conjurados; que la ciudad no había acusado a S. M. de detener el curso de la justicia, ni mucho menos de haber esta sido su intención, supuesto que se sentaba en ella que los malos consejeros eran los únicos responsables de las perniciosas consecuencias de las malas resoluciones; últimamente, que era inconcebible que dos hechos públicos, por los cuales no se había inquietado al cabo de tanto tiempo a ninguno de los particulares culpables, fuesen ahora castigados en el cuerpo de la comunidad, que siempre había sido y debía considerarse siempre inocente.

Es evidente que la apología de la corte no podía fundarse más que en razones de estado; pero no consultando más que la ley, los jueces que condenaron a la ciudad fueron del todo inexcusables, supuesto que ellos eran llamados a juzgar con arreglo a los principios de justicia establecidos en la nación. La duración de los empleos judiciales dependía entonces de la voluntad del rey, lo cual equivalía a hacer imposible que se ganase pleito alguno contra la corte. Después de la sentencia (12 de junio) se vio precisada la ciudad de Londres a hacer las más humildes súplicas al monarca para obtener el restablecimiento de sus privilegios, pero le costó caro aquel favor, porque fue necesario sujetarse en recompensa a reglamentos muy incómodos, como por ejemplo que ni el corregidor ni los *sheriffs*, ni el *recorder*, ni el sargento común (*commun serjeant*), ni el secretario hubiesen de



poder ser admitidos en sus empleos sin la aprobación del rey; que si la elección del corregidor y los *sheriffs* fuese dos veces contraria a sus deseos, le pertenecería el derecho de nombrar aquellos magistrados en comisión; que el lord corregidor con los regidores podrían desposeer a todos los demás magistrados municipales, y que, en caso de muerte de un regidor, no podría ser reemplazado sino con consentimiento del juzgado municipal, que podría proveer por sí aquel cargo si hubiese desaprobado dos veces la elección.

### **Gran poder de la corona.**

Todas las demás comunidades del reino vieron con aquel ejemplo de la capital cuan inútil sería resistir a la corte, y la mayor parte consintieron sucesivamente en entregar sus privilegios en manos del rey, haciéndoseles luego pagar grandes sumas para conseguir la restitución, y quedando todos los cargos de algún provecho u autoridad a disposición de la corona. Los que no juzguen las acciones de los príncipes más que por las reglas de la política pueden disculpar en Carlos una conducta que servía para extender su autoridad y que le hizo adquirir mucho ascendiente sobre las comunidades o ayuntamientos; pero es muy extraño que los realistas, que nunca tuvieron intención de hacer que fuese absoluta la corona, se embriegasen tanto con su victoria, que confirmaran con su aprobación unos ejemplos que no dejaban privilegio alguno nacional en seguridad y autorizaban a la corona a retirar, por los mismos medios y con iguales pretextos aquellas nuevas cédulas, que le placía conceder. Todos los amantes de la libertad juzgaron sin duda que una nación, cuyas leyes fundamentales se destruían con tal violencia por el choque de las facciones, tenía derecho a recurrir a todos los medios compatibles con la prudencia para recobrar sus arrebatados derechos.

### **Conspiración.**

Mientras que la corona tenía un partido tan poderoso, la resistencia, aunque justa, no hubiera sido prudente, y los hombres de seso no encontraron mejor partido que sujetarse pacíficamente a unos males que no podían impedir; pero sin embargo existía un partido de descontentos a quienes arredraba tan poco el temor de los alborotos, que aun antes de ocurrir aquellas injusticias que ponían la constitución entera a merced de la corte, ya habían formado planes de oposición en un tiempo en que no tenían de su parte ni la justicia ni la prudencia. En la primavera de 1681, es decir, un poco antes de la asamblea de Oxford, había tenido Carlos unas calenturas en Windsor que causaron grande inquietud. Se habían convenido el duque de Monmout, lord Grey y lord Russel, instigados por el inquieto Shastesbury, caso que la enfermedad del rey fuese mortal, en tomar las armas y oponerse a la sucesión del duque de York, y habiéndose restablecido Carlos, no por eso cesaron aquellos peligrosos proyectos. Los mismos conspiradores, juntamente con los condes de Essex y de Saftesbury estaban resueltos a continuar el parlamento de Oxford aun cuando le hubiese disuelto el rey, como se estaba esperando de día en día; y también entraron algunos corifeos de los comunes en aquella desesperada resolución. Llegaron hasta a retener algunos pares en su cámara bajo pretexto de firmar una protesta contra el designio formado de desechar la acusación de Fitz-Harris; pero cuando supieron que se había disuelto la cámara baja llena de consternación, se vieron precisados a dispersarse como ella.

La prisión y proceso de Shaftesbury disiparon por algún tiempo aquellos proyectos, y sólo volvieron a suscitarse con ocasión de los nuevos *sheriffs*; entonces, principiando a temer por sus personas los corifeos del partido, observaron con gusto que los ciudadanos participaban del mismo temor, y se reanimó su valor para las más peligrosas tentativas. Además de sus solicitudes en Londres, se esforzaron por comprometer a la nobleza principal y secundaria de muchos condados a tomar las armas. Monmouth se aseguró del conde de Macclesfield, de lord Braudon, de sir Gilberto

Gerard y de otros señores y caballeros de Cheshire; lord Russel entabló correspondencia con los caballeros Courteney, Rowes y Drake quienes prometieron sublevar toda la parte occidental del reino, y Trenchard en particular, que gozaba de gran crédito en Taunton, ciudad muy mal dispuesta con la corte, respondió de un socorro considerable de aquel distrito. Shaftesbury y sus emisarios Fergusson, ministro protestante muy activo, se encargaron de manejar la capital, en la que los asociados tenían su principal confianza. Estando ya para estallar la mina, se contuvo por la circunspección de Russel, que hizo consentir a Monmouth en alguna dilación, y por otra parte Shaftesbury se estremeció tanto del peligro, que inmediatamente después del nombramiento de los *Sheriffs* por la corte, dejó su habitación ordinaria para retirarse secretamente al barrio que llaman *the city* (la ciudad) donde, desesperado de ver que abortaban sus proyectos de venganza y ambición, meditaba los más furiosos planes que pueden inspirar estas dos pasiones.

Se quejaba amargamente de la dilación y hacía presente a sus cómplices que, después de haberse adelantado tanto y confiado su secreto a tantas personas, no quedaba para ellos otra seguridad que en la pronta ejecución de sus designios, y con efecto se renovó la empresa y se indicaron en diferentes casas las asambleas de los conspiradores, sobre todo en la de un rico tabernero llamado Shephard. Se arregló el orden de las sublevaciones de Londres, de Bristol, de los condados de Chester y de Devon, se fijaron los puntos de reunión en diversos sitios de la ciudad y se concertaron en suma todas las operaciones. Monmouth y el coronel Armstrong, que estaban encargados de reconocer el estado de las guardias, aseguraron que se podía intentar el ataque. Se redactó un manifiesto para la justificación de la empresa, que fue leído y aprobado; y últimamente todas las circunstancias parecían hacer inevitable la sublevación, cuando Tranchard vino a oponer un nuevo obstáculo declarando que en los condados del Oeste los preparativos exigían algunas semanas.

### **Retirada y muerte de Shaftesbury.**

Furioso Shaftesbury con tantas consideraciones y demoras para un atentado que sólo podía salir bien a fuerza de diligencia y audacia, amenazó con acometerles él con sus amigos en la sola ciudad de Londres, donde se lisonjeaba de poder poner sobre las armas a la primera señal 10.000 hombres resueltos. Monmouth, Russel y todos los asociados principiaban a recelar que la desesperación le precipitase a algún paso inconsiderado, cuando se les informó que después de un largo combate entre el temor y la rabia, había renunciado a toda esperanza de buen éxito y retirándose a Holanda. Allí pasó una vida privada en Amsterdam, donde para estar más seguro, solicitó entrar en la magistratura de la ciudad; pero se recordaron sus violentos consejos contra la república holandesa y se le negaron todas sus solicitudes; poco después falleció, y su muerte ni causó dolor a sus amigos ni alegría a sus adversarios, porque en medio de su capacidad tenía un carácter tan arrebatado que realmente era una plaga para su partido. Las violencias e injusticias que no había cesado de inspirar y apoyar, habían excedido los límites de lo que deseaba la facción, y al cabo, el público no había dejado de acordarse muchas veces de que aquel mismo hombre que blasonaba de tanto celo por la patria, era en otro tiempo el más corrompido cortesano. Se observaba con admiración que aquel hombre, cuyos principios y conducta eran tan reprobables sobre otros muchos puntos, fue un excelente canciller, y que sus decretos en aquel empleo eminente, siempre se distinguieron por su moderación y equidad: tan difícil es encontrar en la historia un carácter perfectamente bueno o malo, por más que las preocupaciones de partido hagan que los historiadores se excedan tan a menudo en los panegíricos y en las sátiras.

Después de la salida de Shaftesbury, tuvieron bastante dificultad los conspiradores para reanudar su correspondencia con los descontentos de la ciudad, que estaban acostumbrados a no recibir la ley más que de él, pero con todo, sus miras y sus temores los obligaron por fin a recurrir unos a otros, y no tardaron en volver a principiar un plan regular de sublevación. Se formó una

especie de consejo compuesto de seis personas, que fueron Monmouth, Russell, Essex, Howard, Algernon, Sidney y Juan Hambden, nieto del famoso caudillo parlamentario: estos corifeos de un partido muy humillado entraron en tratos con el conde de Argyle y todos los demás descontentos de Escocia que se comprometieron, mediante 10.000 libras esterlinas para comprar armas y municiones en Holanda, a poner en campaña a los *covenantarios*; también debían hacerse sublevaciones en Cheshire y en los condados del Oeste lo mismo que en la capital, a cuyo fin tuvieron los jefes algunas juntas donde se dio la última mano a todos estos vastos designios. Mucho se diferenciaban en sus ideas aquellos caudillos populares, pues Sidney era apasionado por la república, Monmouth había creído abrirse un camino para el trono, Russel y Hambden, igualmente adictos a la antigua constitución, no se proponían otra cosa que la exclusión del duque de York y la reparación de los agravios hechos a las leyes, Howard era un hombre sin principios, siempre dispuesto a declararse por el partido que ofrecía mayores ventajas; pero a pesar de esta diferencia de caracteres y de miras, el odio que todos ellos tenían al duque de York y a la administración actual los reunía en el mismo partido, y los decidió por fin a hacer la peligrosa experiencia de una grande insurrección.

### **Conspiración de Rye-House.**

Mientras se ocupaban los jefes en estos planes, habíase formado otra conspiración de más baja esfera, cuyos principales autores se juntaban con frecuencia y unían a las mismas miras de sublevación proyectos enteramente desconocidos a Monmouth y a la *cábala* de los seis. Contábanse entre ellos Rumsey, antiguo oficial republicano que se había distinguido en Portugal, y había sido recomendado al rey por el mariscal de Schomberg; Walcot, oficial que profesaba los mismos principios; Goodenough, sub-sheriff de Londres, accioso de conocida actividad; West, Tyler, Norton, Ayloff, jurisconsultos; Ferguson, Rouse, Hone, Keiling, Holloway, Bourne, Lee y Rumbald. La mayor parte de estos últimos eran mercaderes de Londres o artesanos, y los únicos de esta clase que tenían entrada cerca de los jefes del partido eran el ministro Ferguson y Rumsey. Usaban estos en sus asambleas de los términos más insolentes; a veces hablaban de asesinar al rey y al duque de York, a quien daban entre ellos el nombre de *lopping* (rama cortada), y aun habían pensado en formar un plan con esta mira. Rumbald, que era un tratante en granos; y poseía un cortijo denominado Rye-House, situado en el camino de Newmarket, adonde hacía el rey un viaje todos los años para asistir a las carreras de caballos, había trazado a los conspiradores un plano de aquel cortijo, demostrándoles cuan fácil sería parar en aquel sitio el coche del rey, volcando delante de él al paso una carreta, y hacerle fuego al mismo tiempo por entre las matas, con la facilidad de escaparse a campo travieso por veredas extraviadas; pero aunque se escuchó con satisfacción un proyecto tan loable, aun no había plan ninguno fijo ni se habían tomado preparativos en regla; todo se había reducido a expresiones libres, escapadas en un exceso de entusiasmo o de irritación. Prendióse fuego casualmente a la casa en que estaba hospedado Carlos en Newmarket, lo que le precisó a dejar esta ciudad ocho días antes de lo que pensaba, circunstancia a que se atribuyó el que no hubiese sido víctima de los conspiradores, cuando se descubrió la trama, y con este motivo no se cansaron los realistas de admirar las sabias disposiciones de la Providencia. Parece seguro que, como salió precipitadamente, su séquito fue menos numeroso de lo acostumbrado, y Rumbald informó con sentimiento a sus asociados de la excelente ocasión que había perdido.

### **Se descubre la conspiración.**

12. Keiling, a quien hemos citado entre los conspiradores, era un salinero que, en el lance de Dubois y de Papillon, *sheriffs* de Londres, tuvo la osadía de prender al corregidor de Londres, y

como esta acción le expuso a las persecuciones de la corte, consideró que lo más seguro era revelar la conspiración, en la que estaba muy metido, y obtener a este precio su perdón. Hizo en efecto su declaración, a Jenkins, secretario de estado (12 de junio), pero éste, a quien probablemente habían hecho desconfiado tantas falsas conspiraciones, no se atrevió a dar órdenes para prender a tantos ciudadanos por el testimonio de un solo hombre. Entonces, para fortificar su deposición, suscitó entre su hermano y Goodenough, uno de los conspiradores, una conversación punible, que fue oída, y ya esta prueba hizo impresión en Jenkins. Tuvieron los cómplices algún aviso del peligro que los amenazaba, y todos le evitaron con la fuga; el único preso fue Barber, artesano, y como su confesión concordaba en muchos puntos con la primera declaración de Keiling, dejó el caso de parecer dudoso y empezaron las pesquisas con mayor actividad.

West y Rumsey, no viendo más que peligros en la fuga, resolvieron salvar su vida a costa de sus cómplices y se presentaron con la intención de no ocultar nada. West no podía hacer otra cosa más que confirmar el testimonio de Keiling sobre la realidad de la conspiración, pero Rumsey, después de mucho titubear, añadió a la misma confirmación la relación de lo que había pasado en casa de Shephard. También éste fue preso y no tuvo valor para salvar a sus amigos: sobre su declaración, dióse la orden para prender a los altos personajes comprometidos en la trama. Monmouth logró esconderse, Russel fue enviado a la Torre; Gray fue cogido, pero tuvo la buena suerte de escaparse de manos de los que le conducían; Howard fue descubierto en una chimenea donde estaba escondido, y como era tan vil como pobre, la esperanza del perdón y de una recompensa le hizo tomar el partido de revelar toda la conspiración. Por su declaración fueron presos Essex, Sidney y Hambden; diariamente caían en poder de la justicia algunos de los culpables.

### **Suplicio de los conspiradores.**

Empezó la causa por el proceso del teniente coronel Walcot. Este oficial, que pasaba por valiente, se había dejado dominar por el amor de la vida hasta el punto de comprometerse por una carta dirigida al secretario de estado a servir de testigo contra sus cómplices, sin más condición que su perdón; pero apenas se envileció con este paso tan vergonzoso, cuando, cediendo a las reconvenções de su corazón, buscó, aunque en vano, el medio de ocultarse. Rumsey, West, Shephard y Bourne, cervecero, depusieron contra él, su propia carta al secretario de estado, que se exhibió, confirmó las deposiciones, Hone y Rouse fueron también condenados. Estos dos culpables reconocieron, como Walcot, la justicia de su sentencia en el momento de la ejecución, y la sustancia del proceso, unida a su declaración, dio a conocer suficientemente, no solo que el proyecto de sublevación era real, sino que muchas veces se había tratado de asesinato, y que gran parte de los cómplices lo habían aprobado.

### **Proceso de lord Russell.**

Probablemente la condenación de estos criminales tuvo por objeto preparar los ánimos al proceso de lord Russel, estableciendo la realidad de una horrible conspiración. Los testigos presentados contra este magnate fueron Shephard, Rumsey y lord Howard, Rumsey aseguró que se había hallado personalmente en la asamblea celebrada en casa de Shephard, donde Russel, que también estaba presente, les había declarado de parte de Shaftsbury que era preciso acelerar el levantamiento; pero que había recibido por respuesta que lo que debía hacerse era, por el contrario, dilatarle y que convenía que Shaftesbury moderase por algún tiempo su impaciencia; esta respuesta se la había dado Ferguson y el acusado la había aprobado. Añadió Rumsey que se había pensado en los medios de observar a las guardias, y que si no le engañaba su memoria, los encargados de esto

eran Monmouth, Gray y Armstrong. Shephard juró que Ferguson se había retenido su casa para las juntas de los conspiradores, dijo que había cuidado de alejar a los criados, y que él mismo había servido a la compañía en cuanto le fue menester. El asunto ordinario de las conferencias era discurrir los medios de sorprender a las guardias, y se había convenido en que Monmouth y sus dos amigos se encargarían de observarlos. Al día siguiente habían venido a anunciar que las guardias descuidaban su servicio, y que la empresa parecía fácil, pero no aseguró Shephard que se hubiese resuelto la ejecución: creía acordarse de que el acusado estaba presente a ambas reuniones, pero podía asegurar que por lo menos se hallaba en una, y añadió que Ferguson había leído delante de Russel un manifiesto que contenía los motivos del levantamiento, con una amplia exposición de los males públicos.

Howard había sido del consejo de los seis después de la fuga de Shaftesbury, y los conspiradores habían celebrado consecutivamente dos juntas, una en casa de Hambden y otra en la de Russel. Howard declaró que en la primera se había acordado principiar el levantamiento en las provincias; que se habían fijado los sitios, como también la especie y la cantidad de las armas y todo el plan de las operaciones concertadas; que en la segunda junta habían girado principalmente las pláticas sobre la correspondencia con el conde de Argyle y los descontentos de Escocia, y que la dirección de este negocio se había confiado a Sidney, el cual se había apresurado a despachar a Aaron Smith con instrucciones: añadió que en estos consejos no se había puesto cosa alguna a discusión, ni se habían recogido los votos, y que como todo se había aprobado sin contradicción, naturalmente había discurrido que todos los asistentes, y lord Russel entre otros, eran del mismo parecer.

Rumsey y Shephard no depusieron gustosos contra Russel, y el mismo Gray, en su Historia secreta (pág. 43) no disimula que de ellos dependía perderle con explicaciones más positivas. Esta repugnancia, unida a la dificultad de recordar los pormenores de una conversación que databa de ocho meses, y que no pensaban entonces en descubrir, puede motivar algunas leves objeciones contra su testimonio, pero, en general, quedó incontestablemente probado que Russel había deliberado acerca del levantamiento y que había consentido en él plenamente, que había discurrido sobre el modo de sorprender a los guardias, sin haberlo desaprobado del todo, y que jamás había hablado ni concebido el designio de un asesinato. Por lo tocante a estos tres puntos parece que ninguna duda puede quedar, pero, por lo que respecta a la ley, subsiste una dificultad muy importante.

Las leyes inglesas relativas a la traición son, en la definición de este crimen y en la prueba que exigen, las más blandas, las más indulgentes y, por consiguiente, las más equitativas que se conocen en todas las naciones. La de Eduardo III contiene dos principales especies de traición, que son la intención y el hecho de quitar la vida al rey, y el acto positivo de hacer armas contra él; y según el estatuto de María, uno u otro de estos dos crímenes debe probarse con dos testimonios, en presencia de algún hecho terminante dirigido a aquel objeto; pero bien fuese por lisonjear al soberano, bien por evitar las funestas consecuencias que pueden resultar de estas estrechas limitaciones, los jurisconsultos habían dado más latitud, no solo a la prueba, sino también a la definición del crimen. Sosteniendo que no era necesario que los dos testigos estuviesen conformes en el mismo hecho positivo y que bastaba que cada uno declarase algún acto terminante de la misma traición, esta evasiva, que realmente puede considerarse como una sutileza, había prevalecido por mucho tiempo en los tribunales, y se había en fin fijado solemnemente por autoridad del parlamento en el proceso de lord Stafford. De la misma libertad habían usado los jurisconsultos con respecto a la ley de Eduardo.

Después de haber observado que, en virtud de aquel famoso estatuto, un vasallo que fraguase un plan de rebelión, que, con esta mira, se relacionase con alguna potencia extranjera, y que hiciese acopios de armas y de dinero, podría ser descubierto sin ser acusado de traición, si no estallaba la rebelión, había tomado el partido, para prevenir este inconveniente, que hubiera sido mejor remediar con una nueva ley, de hacer recaer ordinariamente la acusación sobre la intención de quitar

la vida al rey, y en sus ideas, el proyecto de una rebelión probada la realidad de esta primera intención; pero aunque esta forma de acusación y de proceso era muy frecuente, y había sido funesta a muchos culpables, no por eso dejaba de considerarse como un poco irregular, pues que confundía claramente a favor de un sofisma dos especies de traición positivamente distinguidas por la ley. Lo que hacía más inexcusable este refinamiento era que, mediante una ley poco posterior a la restauración, el consejo y la intención de una rebelión durante la vida de Carlos se habían declarado traición, y no debía dilatarse la averiguación del crimen más de seis meses después de haberse cometido.

A pesar de este estatuto, los jurisconsultos habían persistido, como persisten todavía, en su antigua forma de acusación, y así era como se les había seguido su causa a dos personajes célebres, sir Enrique Vane y Oliverio Plunket, primado titular de Irlanda. Tal era el público horror a los antiguos republicanos y a los conspiradores papistas, que no se había levantado un solo murmullo contra esta interpretación del estatuto, y los jurisconsultos se persuadieron de que podían seguir aquel ejemplo aun con un magnate tan querido del pueblo como lo era lord Russel, y cuyo crimen caía manifiestamente bajo la jurisdicción del estatuto de Carlos II, pero los hechos asegurados por Rumsey y Shephard estaban fuera del testimonio fijado por la ley, y en cuanto a los demás artículos, Howard no formaba más que un solo testigo, por lo cual, para dar más latitud a la acusación, comprendióse en ella la intención de quitar la vida al rey, y para prueba de esta intención, se hizo valer no sólo el proyecto de una rebelión, mas también, lo que parecía aun más convincente, el designio de atacar a la guardia del rey.

No se le escapó esta irregularidad a la atención de Russel, quien pidió que se discutiese este punto de jurisprudencia, a lo que respondió el jefe de la justicia que no se le podía otorgar este favor, sino empezaba por reconocer los hechos de que se le acusaba. La artificiosa confusión de las dos especies de traición, aunque autorizada por un gran número de ejemplos, fue el principal, pero no el único rigor de que tuvo que quejarse en su proceso. Su defensa fue muy tibia; en ella se limitó a protestar que nunca había concebido el menor designio contra la vida del rey, no permitiéndole su probidad negar su participación en el proyecto de un levantamiento. Los jurados eran hombres de un carácter sin tacha, pero celosos realistas, y después de una breve deliberación, le declararon culpable.

Con vivísimos empeños se solicitó su perdón del rey: el anciano conde de Bedford, su padre, ofreció a la duquesa de Portsmouth hasta 100.000 libras esterlinas, pero Carlos fue inexorable; le había herido profundamente la violencia del partido patriota, y había observado que el reo, además de sus secretos designios, había manifestado constantemente la más extremada oposición en los debates de la cámara. Lord Russel había adoptado un sentir conforme al que se halla expresado en una carta de Bruto el joven. «Si su padre —decía— hubiera aconsejado al rey que desechase el *bill de exclusión*, hubiera sido el primero en proponer contra él una acusación parlamentaria.» Luego que se descubrió en su carácter una resolución tan firme, su popularidad, su humanidad, su justicia, todas sus virtudes se convirtieron en otros tantos crímenes y pasaron por otras tantas razones para no tener compasión con él, así fue que no pudo consentir el rey más que en remitirle la parte más ignominiosa de la pena que pronuncia la ley contra los traidores. «Hoy verá lord Russel —dijo con frialdad— que poseo aquella prerrogativa que osó disputarme en el caso del conde de Stafford.» Carlos, después de haber experimentado por sí mismo que la furia del partido opuesto no le permitía, sin el mayor peligro para su corona, hacer merced a tantos infelices católicos a quienes creía inocentes, fieles y aun adictos a su persona, consideró probablemente que estando a punto de caer la espada de la ley sobre sus propios adversarios, no podían en buena razón esperarse a verle emplear su autoridad para salvarlos.

La noble compañera de lord Russel, mujer de raro mérito, hija y heredera del noble conde de Southampton, se arrojó a los pies del rey, y, con los ojos bañados en llanto, expuso los servicios y la lealtad de su padre como una expiación de los errores a que principios honrados, pero mal entendidos habían desgraciadamente arrastrado a su consorte. Estas súplicas fueron la última

muestra de flaqueza, si tal nombre merecen, que dio aquella esforzada mujer, quien reconociendo la inutilidad de los ruegos y de las lágrimas, echó mano de todo su valor, y no sólo se fortaleció contra el golpe fatal, más procuró fortalecer con su ejemplo la constancia de un esposo tan querido. El día del suplicio se dijeron el último adiós con una noble mezcla de ternura y entereza. «Ya pasó —exclamó Russel al desprenderse de sus brazos—, ya pasó la amargura de la muerte.» Lord Cavendish, que había vivido con él en una íntima unión, no abandonó a su amigo en su infortunio; ofrecióle noblemente proporcionarle que se escapase, trocando vestidos con él y quedándose en su lugar, expuesto a todos los riesgos, pero Russel rehusó salvar su vida a favor de aquel inocente ardid que podía comprometer la de su amigo. También el duque de Monmouth le hizo la oferta de constituirse preso con él, si conceptuaba que este paso podía contribuir a su seguridad. «De nada me aprovecharía —respondió— ver a mis amigos perecer conmigo.» Algunas de sus últimas expresiones manifiestan no sólo serenidad, sino hasta alegría en aquellas tristes circunstancias. La víspera de su suplicio empezó a echar sangre por las narices: «No necesito —dijo al doctor Burnet que le acompañaba—, no necesito sangrarme para atajar el mal: mañana me sangrarán.» Un momento antes de que le llevasen los *sheriffs* al patíbulo, dio cuerda a su reloj: «Ya acabó el tiempo para mí —dijo—; ya no debo pensar más que en la eternidad.»

### Su suplicio.

Estaba levantado el patíbulo en la plaza de Lincolns-Inn, a gran distancia de la Torre, sin duda se había propuesto el gobierno, haciendo pasar al reo por tantas calles, mostrar a los facciosos de Londres su idolatrado caudillo, objeto algún día de toda su confianza, expuesto a la sazón a los últimos rigores de la ley. Como era generalmente querido del pueblo, tenía pocos enemigos en la facción opuesta a la suya, y la misma compasión excitó su suerte en todos los corazones sensibles. Sin la más leve señal de flaqueza puso la cabeza sobre el tajo y de dos hachazos se la separó del cuerpo el sayón (21 de julio).

En un escrito de su puño que entregó a los dos *sheriffs*, pareció que deseaba ardientemente limpiar su memoria de la imputación de haber querido atentar contra la vida del rey o alterar en algo la forma del gobierno. No podía confesar el proyecto de una sublevación sin perjudicar a muchos amigos a quienes todavía se podía perseguir por este atentado, pero no considerándole como un verdadero crimen en el actual estado de la nación, no pensó en justificarse de él. Indican varios pasajes de aquel escrito que conservó hasta sus últimos momentos el celo de partido, sentimiento o pasión de que es casi imposible, para un hombre virtuoso que ha tomado parte en los negocios, libertarse enteramente después de haberle cobijado en un corazón amigo del bien público, y de haberle transformado por largo tiempo en principio. Aseguró que moría en una firme persuasión de la trama papista, pero protestó que, si bien era cierto que algunas veces había oído hablar del proyecto de sorprender a los guardias, nunca le había aprobado, y que la empresa de asesinar a sangre fría a una multitud de inocentes le parecía un rasgo de papista que sólo horror e indignación podía causarle. En suma lo que más descuella en el carácter de aquel desventurado magnate es, no la capacidad, sino la rectitud y la buena intención.

### Proceso y suplicio de Algernon Sidney.

Algernon Sidney apareció en la escena después de Russel. Este hombre valeroso, hijo del conde de Leicester, había tomado mucha parte en las guerras civiles del último reinado, y aunque sin ninguna tintura de entusiasmo, había penetrado lo bastante en los consejos del partido republicano independiente para que se le nombrase individuo del alto tribunal que condenó a muerte al rey, si bien se abstuvo de tomar asiento entre los jueces. Después se había opuesto constantemente a la

usurpación de Cromwell, pero como no por eso dejó de resistirse con todas sus fuerzas a la restauración, prefirió renunciar a la amnistía general y condenarse voluntariamente a vivir fuera de la patria, a someterse al gobierno de una familia que aborrecía. Mientras tuvo el partido republicano alguna consistencia, tomó una parte activa en todos los planes favorables a aquella causa, pero en 1677, habiendo tenido necesidad, para sus asuntos particulares, de pasar a Londres, pidió perdón a el rey y se le otorgó. Cuando con ocasión de la trama papista empezaron de nuevo a acalorarse las facciones, Sidney empujado en aquellas ideas de libertad que había bebido en los grandes ejemplos de los tiempos antiguos, se unió al partido popular, y aun quiso seguir por segunda vez, atropellando para ello todos los horrores de la guerra civil, su querido fantasma de república.

Júzguese por este bosquejo de su carácter y conducta de lo odioso que debía ser la corte y al ministerio; así es que no parecen inexcusables sino en el método ilegal que adoptaron para deshacerse de él. Presentaron en su proceso un gran número de testigos, que probaron en general la realidad de una conspiración, y cuando el preso dijo que todos aquellos testimonios no caían nominalmente sobre él, le respondieron que aquella forma de actuación, aunque irregular, era la que se había practicado contra los conspiradores papistas, argumento más propio para condenar a un partido que para justificar a otro. El único testigo que acusó directamente a Sidney fue lord Howard, pero como la ley exigía dos, se tomó un medio muy singular para suplir esta falta. Habíanse hallado en el despacho del acusado algunos escritos acerca del gobierno, en que sostenía principios favorables sin duda a la libertad, pero tales sin embargo que en todos tiempos los habían adoptado súbditos leales, como el pacto original, el origen del poder soberano en el consentimiento del pueblo, la resistencia lícita contra los tiranos, la preferencia de un gobierno libre a la monarquía etc. etc. Sostúvose que estos papeles solos eran equivalentes a un segundo y aun a muchos testigos; Sidney respondió que no había más fundamento para atribuirle aquellos apuntes, que la semejanza de la letra con la suya, prueba que nunca se había admitido en Inglaterra en una causa criminal; que admitiendo que él fuese en efecto su autor, los había compuesto para su recreo particular sin haberlos nunca publicado ni aun comunicado a persona alguna; que además era fácil reconocer por el color de la tinta que estaban escritos hacía muchos años, y que no podían servir para probar una conspiración presente contra el gobierno; que exigiendo la ley positivamente dos testigos, uno solo, aun apoyado en las circunstancias más convincentes, no podía bastar, y a mucho mayor abundamiento, cuando aquellas circunstancias eran tan vagas y sospechosas. Todas estas razones, expuestas con mucha entereza y serenidad, hicieron poquísima mella en los jueces: el violento, el bárbaro Jefferies era entonces jefe de la justicia, y por sus inspiraciones, el parcial jurado se dejó fácilmente mover a fallar contra el acusado. Pocos días después (7 de diciembre) se ejecutó su sentencia; Sidney se quejó de la injusticia de ésta, pero tenía demasiada magnanimidad para negar sus tratos con Monmouth y Russel, antes por el contrario se glorió de morir por aquella «buena antigua causa» (*good old cause*) en la que estaba empeñado, dijo, desde la infancia.

El suplicio de Sidney pasa por uno de los más grandes borrones de aquel reinado. El testimonio en cuya virtud se le condenó no era en verdad legal, y esta razón hace muy vituperable la conducta del jurado; pero, después de la sentencia de un tribunal de justicia, si Carlos hubiera tomado el partido de salvar a un hombre que, a pesar de su extraordinario mérito, era sin duda culpado, que no había profesado toda su vida más que un odio implacable a la casa real, y que recientemente había abusado de la clemencia del rey, esta indulgencia hubiera sido un acto de heroica generosidad, pero nunca podría considerarse como un deber imprescindible.

Howard fue también el único testigo presentado contra Hamdben, y como ninguna circunstancia esencial sostuvo su testimonio, los abogados de la corte rehusaron imputarle el crimen de alta traición, acusándole solo de una conducta criminal. La pena que obtuvieron para él fue una multa, pero exorbitante, pues ascendía a 40.000 libras esterlinas.

Holloway, comerciante de Bristol, conocido por ser uno de los conspiradores, y refugiado en las islas de América, fue cogido y llevado a Londres. Habíasele ya condenado por contumacia, pero como aun no se había cumplido el plazo que se le señaló para presentarse, se le ofreció formarle



causa. La esperanza del perdón le había movido a confesar que había entrado en un plan de sublevación, y aun también que había oído algunas expresiones relativas al asesinato, que no había aprobado, por lo cual temiendo los rigores de la justicia, prefirió abandonarse a la clemencia del rey; sin embargo fue ajusticiado persistiendo en la misma confesión.

Sir Tomás Armstrong, a quien Chidley, ministro de Carlos, hizo prender en Holanda y conducir a Inglaterra, se hallaba precisamente en la misma situación que Holloway, pero se le rehusó el mismo favor o más bien la misma justicia: los abogados de la corte sostuvieron que, no habiéndose presentado voluntariamente antes de cumplirse el término señalado, no podía reclamar el privilegio de un juicio, sin considerar que la misma desgracia que había tenido de ser preso, podía haberle impedido presentarse, pero Carlos profesaba un odio particular a aquel oficial, a quien acusaba de haber extraviado al duque de Monmouth, asegurando por otra parte que Armstrong había prometido a Cromwell asesinarle, imputación de que se justificaba el preso de un modo muy plausible: tales fueron sin embargo los motivos de la injusticia de que fue víctima. Temíase no hallar suficientes pruebas de que hubiese tomado parte en la conspiración, y que los mismos jurados, aunque enteramente vendidos a Jefferies y a otros jueces violentos, se negasen a fallar contra él.

El día en que se vio la causa de Russel, Essex, aquel hombre tan ilustre por sus virtudes como por su capacidad, se encontró degollado en su prisión. Los oficiales encargados de averiguar la verdad de este suceso declararon que se había matado con sus propias manos; sin embargo, por testimonio de dos muchachos de diez años (uno de los cuales retractó luego su declaración), quienes aseguraron que habían oído un gran ruido en su ventana y visto tirar por ella una navaja de afeitar ensangrentada, los enemigos del rey y del duque atribuyeron a estos aquel asesinato, con tanto más motivo cuando aquella misma mañana habían ido ambos a la Torre. Essex estaba sujeto a rebatos de profunda melancolía, y el día en que le prendieron tuvo uno: además, con arreglo a sus principios, el suicidio era lícito, y la condesa su esposa, después de las más activas investigaciones con que corrió el doctor Burnet, nada halló que confirmase la sospecha; sin embargo no han bastado a destruirla enteramente todas estas circunstancias, unidas a otras muchas. No es extraño ver al espíritu de facción tan fértil en todo género de vicios, pues no solo inflama todas las pasiones, más tiende también mucho a relajar aquellos grandes frenos del honor y de la vergüenza que se hacen inútiles cuando queda reconocido que la injusticia no puede disminuir los aplausos del partido a que uno pertenece, ni basta la más pura inocencia para libertar al hombre de las calumnias del partido opuesto.

Pero si nada autoriza a creer que Essex fue asesinado por orden de la corte, fuerza es reconocer que se hizo un uso muy injusto de este incidente en el proceso de Russel, pues los abogados del consejo le alegaron como una vehemente prueba de la realidad de la conspiración, y se asegura que este argumento fue de mucho peso a los ojos de los jurados. Con la misma mira se recordó en el proceso de Sidney.

### **Estado de la nación.**

Algunas otras causas memorables, falladas hacia la misma época, manifiestan el carácter del juzgado del banco y de los jurados, aunque ninguna conexión tienen con la conspiración de Rye-House. Oates, convicto de haber dicho que el duque de York era un traidor papista, fue condenado a una multa de 100.000 libras esterlinas y a vivir en una prisión hasta su completo pago. La misma sentencia atrajo a Dutton Colt una ofensa de igual naturaleza. Sir Samuel Barnardiston fue condenado a pagar 10.000 libras esterlinas por haber hecho, en algunas cartas que se la interceptaron, reflexiones hartas acerca del gobierno; Barnardiston era odioso a la corte, por haber sido el jefe de los jurados que desecharon la acusación fulminada contra Shaftesbury, y se tomó el primer pretexto para vengarse de él, por más extraño que fuese en sí mismo tamaño rigor y

aunque realmente parecía capaz de destruir toda confianza en la correspondencia familiar y en la amistad.

No menos manifiesta la disposición de aquellos tribunales otra causa notable que ocurrió al año siguiente. Rosewell, ministro presbiteriano, fue acusado por tres mujeres de haber introducido en un sermón algunas máximas que le hacían reo de traición; delataron bajo juramento dos o tres frases y las repitieron con tanta exactitud que no se halló la menor diferencia en los términos. Rosewell se defendió con vehemencia; probó que los testigos eran unas mujeres perdidas; que, aun durante la usurpación de Cromwell, siempre había sido leal a sus reyes; que siempre había pedido a Dios por ellos en el seno de su familia, y que muchas veces había predicado en el púlpito el deber de la lealtad; por lo tocante al juramento de que se le hacía un crimen, muchas personas honradas que habían oído el sermón, y aun algunas que lo habían escrito en abreviatura, depusieron que no se había servido de las expresiones que se le imputaban, y además ofreció presentar su manuscrito. No pudieron las acusadoras probar, ni con testigos, ni con circunstancia ninguna, que habían asistido al sermón y además, las expresiones que habían denunciado eran tan groseras, que no podía suponerse que un hombre de sana razón las hubiese empleado, sobre todo en una asamblea donde no conocía a todos los asistentes. ¿Era acaso probable que tres mujeres hubiesen retenido tan perfectamente unas mismas frases que no habían oído más que una vez, y eso hasta el extremo de estar conformes en todos los términos? El acusado ofreció reducirse a este único medio de defensa, a saber; pronunciar un solo período de la extensión de los que ellas habían recitado, y en el mismo tono en que solía hablar en el púlpito, y si, las acusadoras lo retenían de memoria, se daba por convencido. Todavía era más incomprensible que habían olvidado hasta el texto mismo del discurso, y no se acordaban de ningún otro pasaje fuera del que habían denunciado. Después de una defensa tan vigorosa, no se atrevió a replicar el fiscal general, y el mismo Jefferies se redujo a algunas vagas declamaciones contra los coventículos y los presbiterianos, pero era tal la violencia de las preocupaciones, que los jurados fallaron contra el acusado, si bien pareció tan manifiestamente injusto su juicio que no se llevó a ejecución.

Tan cuidadosamente se había escondido el duque de Monmouth en los primeros momentos en que se descubrió la conspiración, que no pudo la corte adquirir noticia alguna de su paradero, hasta que al fin lord Halifax, que empezaba a temer la extremada superioridad del partido realista, considerando que sólo el crédito de Monmouth podía contrapesar el del duque de York, descubrió su retiro, y le persuadió que escribiese al rey dos cartas llenas de las expresiones más tiernas y sumisas con lo que sintió Carlos renacer todo su antiguo cariño a aquel hijo extraviado y le permitió que volviera a presentarse en la corte; hasta se esforzó por reconciliarle con el duque de York, y, prometiéndole que nunca se emplearía su testimonio contra sus amigos, supo reducirle a declarar por completo la conspiración; pero, con la mira de acallar al partido de los *whigs*, reunió al día siguiente un consejo extraordinario, en el que declaró que el duque de Monmouth manifestaba un vivo arrepentimiento de la parte que había tomado en la conspiración, y el firme propósito de no volver a comprometerse en tan criminales empresas, y hasta hizo insertar esta comunicación en la *Gaceta*. Monmouth se guardó muy bien de hablar antes de haber recibido su perdón en forma, pero considerando luego que este paso le deshonoraría en su partido, y que, aunque no le citase la corte su testimonio, siendo tan públicamente conocido, por fuerza había de ser de mucho peso a los ojos de los jurados en todas las causas que podían renacer, resolvió, a todo trance, volver por su honor: sus emisarios recibieron orden de publicar que no había hecho la declaración que con tanto aparato se había divulgado, y el partido entero clamó insolentemente que todo aquello había sido una impostura de la corte. Carlos, irritado de este proceder, desterró a Monmouth de su presencia y poco después le mandó salir del reino.

Sabía la corte que los descontentos ingleses habían seguido tratos con los de Escocia, y también que Baillie de Jerviswood, hombre de mérito y muy erudito, había pasado a Londres con dos hidalgos escoceses, llamados Campbell, so pretexto de negociar el establecimiento de los presbiterianos en la Carolina, pero en realidad para concertar diversas medidas con los

conspiradores de Inglaterra. Baillie fue conducido a la cárcel de Edimburgo, y como nadie se presentase a deponer contra él, el consejo le propuso que se comprometiese por juramento a responder a todas las preguntas de los jueces, condición inicua a que él se resistió constantemente, y por primera providencia se le condenó a una multa de 6.000 libras esterlinas. Al fin, otros dos presos, Spencey Carstares, vencidos por la violencia de los tormentos, hicieron una declaración en que estaban comprendidos el conde de Tarras y algunos otros, y estos, para poner sus propias vidas a cubierto, se decidieron a acusar a Baillie, a quien se formó nueva causa; y como el cruel trato que había recibido en su prisión le había debilitado a punto de temerse que no le alcanzase la vida hasta el día siguiente, fue conducido al suplicio en la tarde misma del día en que se pronunció la sentencia.

Los rigores que se ejercieron en aquella parte del reinado de Carlos no estaban en armonía con su conducta ordinaria, y aunque algunos escritores, que habían observado de cerca su carácter, le atribuyen una inflexible severidad con las grandes ofensas, la nación propendía más a achacar las injusticias y los rigores al influjo del duque de York, en cuyas manos, más por indolencia que por la opinión que tenía de su capacidad, parecía que había depositado Carlos las riendas de la administración. La corona había sacado grandes ventajas del descubrimiento de la conspiración, y nada había perdido con el riguroso suplicio de los conspiradores, pues el horror con que miraba el pueblo el plan de asesinato, que confundía con el proyecto de sublevación, perjudicaba mucho al partido y reconciliaba a la nación con las medidas de la corte. De todos los puntos del reino llegaron las más respetuosas exposiciones, y la doctrina de obediencia al magistrado civil, hasta la obediencia pasiva sin reserva, llegó a ser el principio dominante. La universidad de Oxford condenó, por un decreto solemne algunos sentimientos que calificaba de republicanos, pero la mayor parte de los cuales no parecen en el fondo más que las verdaderas máximas en que debe estribar la libertad de una constitución limitada: aquella facción de los *excluyentes* que poco antes se había visto tan numerosa, tan activa e insolente, estaba a la sazón a los pies del rey, habiendo perdido igualmente, su energía y su crédito en la nación. Todo lo que llevaba una apariencia de oposición a la corte era mal visto del público<sup>454</sup>.

1684.—Nada desatendió Carlos para aumentar aquella favorable disposición, y sabiendo que, de todas las sospechas, la de papismo era la más peligrosa, tomó el partido de casar a la princesa Ana, su sobrina, con el príncipe Jorge, hermano del rey de Dinamarca; sin embargo, no bastaron todo el crédito y todas las persuasiones de Halifax a hacerle consentir en convocar un parlamento, es decir, en confiar al pueblo una nueva elección. Aunque las rentas de la corona estaban muy empeñadas, prefirió luchar contra las dificultades actuales, a intentar un arbitrio que, reanimando tantos malignos humores, podía llegar a ser funesto para su reposo, y con no menos ardor se opuso el duque a aquella proposición, llegando hasta a hacer abrazar al rey medidas que no podían tener otro objeto que el de hacer imposible toda conciliación con una nueva asamblea. Williams, orador de los dos últimos parlamentos, fue molestado con ocasión de algunas órdenes que había hecho expedir por sumisión para con la cámara, lo cual era una violación de los derechos parlamentarios sobre la cual era imposible esperar que cerrase los ojos una nueva cámara de los comunes. Danby y los lores católicos, presos hacía tanto tiempo en la Torre y sin esperanza ya de que los juzgase su cámara, pidieron que se los pusiese en libertad bajo fianza, merced que obtuvieron y que nada de injusto tenía en sí misma, pero que se consideró como una grande usurpación de los privilegios de aquella asamblea. El duque, contra la expresa disposición de la ley, fue restablecido en el puesto de alto almirante sin haber prestado el juramento del *test*.

---

454 En noviembre de este año (1685) murió el príncipe Ruperto a los 65 de su edad. También murió en el mismo año el duque de Lauderdale.

## **Situación de los negocios extranjeros.**

Con la más leve dosis de celos o de emulación en su carácter, con aquella consideración al honor de su pueblo y al suyo propio que era un deber en su alta esfera, Carlos hubiera preferido exponerse a algunos inconvenientes domésticos a dejar tomar a la Francia el tono altanero que afectaba en todas las negociaciones. La paz de Nimega, impuesta por los holandeses a sus aliados, había roto los nudos de la alianza, y todas las potencias que la formaban, vista la dificultad de hacer subsistir sus tropas supernumerarias, habían tomado el partido de licenciarlas; sólo Luis sostenía todavía un ejército poderoso, y de día en día se iban haciendo más formidables sus preparativos: a juzgar por su imperiosa conducta, hubiérasele considerado el único soberano de Europa, y todos los demás príncipes parecían amenazados de llegar a ser en breve sus vasallos. Hizo erigir en Metz y en Brisach tribunales para la reunión de todos los estados que habían formado parte de sus últimas conquistas: sus comisarios desenterraron títulos sepultados en el polvo de la más remota antigüedad, citaron a su presencia a los príncipes vecinos y expidieron decretos que los expulsaban de los territorios disputados. La importante ciudad de Estrasburgo, antiguo estado libre, cayó en poder de los franceses; Alost se les reclamó a los españoles, bajo los más frívolas y aun ridículos pretextos, y vista su negativa, la ciudad de Luxemburgo fue bloqueada y tomada casi inmediatamente. Génova había sido bombardeada porque los genoveses se habían comprometido a construir algunas galeras para los españoles, y el temor de un tratamiento más severo había obligado a esta república a someterse a las más humillantes condiciones. El imperio se veía insultado en su jefe y en sus principales miembros, y para obtener satisfacción, sólo empleaba quejas e impotentes representaciones.

Tanto exasperó a la España la altanería con que la trataba la Francia, que, sin considerar su debilidad presente, declaró la guerra a su presuntuosa enemiga, lisonjeándose con la esperanza de que la vista del peligro común haría acudir en su auxilio a todas las demás potencias de Europa. El príncipe de Orange, cuyas dos pasiones dominantes eran el amor de la guerra y la animosidad contra la Francia, apoyó en todas partes las solicitudes de los españoles; ya en 1681 había hecho un viaje a Inglaterra para empeñar a Carlos en medidas más firmes con sus aliados; también instó a los Estados Generales para que aumentasen sus fuerzas, pero varias provincias, y la misma ciudad de Amsterdam, ganadas por la Francia, cerraron el oído a sus consejos. Parece que los enemigos del príncipe sacaron sus mayores motivos de oposición del estado actual de Inglaterra y de las declaradas y reconocidas inclinaciones del monarca inglés.

En efecto, no bien hubo Carlos disuelto su parlamento y tomado la resolución de gobernar en virtud de su sola prerrogativa, cuando abandonando su nueva alianza con España, volvió a sus peligrosas conexiones con los franceses. Luis había ofrecido hacerle árbitro de sus desavenencias con España, y esta corona, conociendo la parcialidad de Carlos, había desechado una proposición tan desventajosa. No se sabe con certeza si recibió entonces Inglaterra algún dinero, pero puede presumirse sin temeridad que la Francia socorrió las necesidades del rey, y aunque debía recelarse de las fuerzas marítimas de aquel reino, cada día mayores, sobre todo en el triste estado de la marina inglesa, nada bastó a despertarle de su letargo.

Aquí puede señalarse el más alto punto de grandeza a que Luis y aun cualquier otro príncipe de Europa llegó jamás desde los tiempos de Carlomagno. La única potencia capaz de atajar sus progresos estaba enteramente en sus intereses, y los turcos, llamados por los descontentos de Hungría, se disponían, atacando al emperador, a poner a este príncipe en la imposibilidad de hacer frente a la Francia; hasta se puede acusar de imprevisión a Luis por no haber sacado más partido de tantas buenas ocasiones que nunca más se le volvieron a presentar; pero aunque con frecuencia más regido por la ambición que por la moderación y la justicia, estábalo todavía más por la vanidad que por la ambición misma, y así se contentó con humillar a todos los príncipes y a los estados libres de Europa, con los humos de conquistador que se dio con ellos, conducta que provocó su resentimiento sin abatir su poder. Al paso que trataba con la mayor urbanidad a cuantos se acercaban a su persona

y le mostraban sumisión, todas las potencias vecinas habían probado sucesivamente los efectos de su altivo y dominante natural, y el gusto con que escuchaba las lisonjas de sus poetas, de sus oradores y de sus cortesanos, que le prometían el imperio universal, contribuyó aun más que la vista misma de su poderío a inspirar el temor de una conquista y de una servidumbre generales.

### **Enfermedad y muerte del rey.**

Nunca, durante todo su reinado, pareció Carlos cuidadoso de la grandeza de Francia, y se asegura que Clifford, uno de sus ministros favoritos, llegó hasta decir que era preferible para el rey su amo verse reducido a la calidad de virrey bajo el dominio de un grande y poderoso monarca, más bien que a la de esclavo de quinientos de sus insolentes vasallos; así, lejos de que la ambición y el poder absoluto de Luis disminuyesen la satisfacción de Carlos, su condición, bajo otros conceptos, parecía más dulce de lo que nunca lo había sido desde su restauración (1685). Una facción poderosa, cuya audacia había conmovido su trono y amenazado a su familia, estaba enteramente subyugada, y se hallaba expuesta, por su propia indiscreción, al odio público, no menos que al rigor de las leyes: él por su parte había recobrado el amor del pueblo, y, lo que le lisonjeaba más sin duda que la complacencia de un parlamento, veíase en situación de gobernar sin este auxilio importuno. Sin embargo, es seguro que en medio de estas agradables circunstancias, Carlos no era feliz; no decidiremos si sus sinsabores provenían de algunos apuros causados por la escasez de dinero, o del temor de alguna mudanza en la disposición del pueblo, con motivo de su conducta despótica; acaso la imprudente violencia del duque de York, que le impulsaba a peligrosas empresas, le ponían en graves cuidados. Un día en que se resistía al parecer a algunas resoluciones precipitadas del duque, se oyó decir: «Ya soy muy viejo, hermano, para volver a mis correrías; si tú quieres, puedes hacerlo.» Cualquiera que fuese la causa de su descontento, se cree que meditaba algún cambio en sus medidas y que había formado un nuevo plan de administración; que estaba decidido a enviar al duque de York a Escocia, a levantar el destierro del duque de Monmouth, a convocar un parlamento, apartar de sus consejos a los ministros que no agradaban al pueblo, y abandonarse enteramente al amor y a la buena voluntad de sus vasallos.

En medio de estos sensatos y virtuosos designios le sobrevino de repente un mal, cuyos síntomas se parecían mucho a los de la apoplejía. Una sangría le alivió bastante, pero recayendo en breve, y después de pasar algunos días entre la vida y la muerte, expiró el 6 de febrero a los cincuenta y cinco de su edad y veinticinco de su reinado. Había recibido de la naturaleza una constitución tan robusta y había cuidado tanto siempre de su salud, que su muerte causó tanta sorpresa a sus pueblos como si le hubiera asaltado en la flor de su juventud. Su extremada aflicción, que provenía igualmente de la ternura que le profesaban y del temor que tenían de su sucesor, unida al tiempo crítico de su muerte, inspiró naturalmente la sospecha de que había sido envenenado; pero es fuerza convenir en que, examinando de buena fe las circunstancias, desaparece esta sospecha como otras muchas de que están llenas todas las historias.

Durante una enfermedad tan breve, varios eclesiásticos anglicanos rivalizaron en celo alrededor del rey, pero mostró la mayor indiferencia a sus desvelos y exhortaciones. Trajéronle algunos sacerdotes católicos, de cuyas manos recibió los sacramentos, con todos los ritos de la iglesia romana: dos escritos de su puño, que se hallaron en su cuarto, contenían argumentos en favor de aquella opinión. Tuvo el duque la imprudencia de publicarlos inmediatamente, lo cual era confirmar todos los cargos de los enemigos de su hermano y dar a conocer abiertamente su propia debilidad.

## Su carácter.

El carácter de Carlos, considerado bajo los diferentes aspectos que puede presentar, parecerá muy diverso e inspirará opiniones no solo muy diferentes sino muy opuestas. Si solo se buscan en él las dotes sociales se hallará en este príncipe el más amable y verdadero de los hombres, y realmente, bajo este concepto, era intachable. Su propensión burlona estaba tan bien templada por la urbanidad, que nunca se le escapaba una palabra ofensiva; su afición a satirizar estaba contenida por una discreción tan perfecta, que nunca sus amigos temían ser objeto de ella; su ingenio, para emplear la expresión de un hombre que le conocía a fondo y que pasa por ser un excelente juez (el marqués de Halifax), era menos un ingenio muy sutil o muy elevado, cualidades que ordinariamente producen el temor o los celos, que sencillo, recto, aquella especie de ingenio que se capta las voluntades. Aunque Carlos era más hablador de lo que tal vez conviene a las reglas del decoro común, las personas que admitía a su conversación quedaban tan prendadas de la franqueza y afabilidad de sus modales, que siempre salían tan contentos de él como de sí mismas. Esta es seguramente la parte más brillante de su carácter, y parece que él lo sabía muy bien, pues ponía todo su conato en prescindir de las formalidades de su clase, para ponerse inmediatamente en el tono de un simple particular.

En los deberes de la vida privada, su conducta, aunque sujeta a algunas excepciones, era loable en los puntos esenciales. Era amante, fácil y generoso, marido cortés, servicial, tierno hermano, padre indulgente y el mejor de los amos; sin embargo en sus amistades y hasta en su gratitud era tibio: no se sabe de cortesano ni de ministro alguno a quien profesase un cariño sincero, pues como no les suponía más motivo para servirle que el interés personal, estaba siempre pronto por su parte a sacrificarlos a las menores miras de placer o de utilidad presente.

Desgraciadamente aquí acaban los límites del panegírico de Carlos: las demás partes de su conducta pueden admitir alguna disculpa, pero merecen pocos elogios, tan realmente era más propio para la vida privada que no para la vida pública, que al paso que era capaz de orden y economía en la primera, sólo tenía en la otra negligencia, imprevisión y despilfarro. Considerado como soberano, su carácter, aunque mezclado con algunas virtudes, era en general peligroso para sus vasallos y poco honroso para él; sin ardor por los intereses de la nación, indiferente hacia su gloria, prevenido contra su religión, celoso de su libertad, pródigo de sus tesoros, y avaro solo de su sangre, la expuso por sus caprichos y sus imprudentes medidas a los peligros de una horrible guerra civil, y tal vez a la ruina y al baldón de una conquista extranjera. A la verdad todos estos cargos, examinados sin prevención, recaen en gran parte sobre la indolencia de su natural, defecto fatal en un rey, pero que no es imposible mirar con sobrado rigor.

Se ha observado en aquel príncipe «que nunca habló como loco ni obró como cuerdo», censura excesiva, pero que parece algo fundada en su carácter y en su conducta. El rey, cuando le noticiaron aquella crítica, dijo que el fenómeno era fácil de explicar, porque sus palabras eran suyas, y sus hechos de sus ministros.

Cuando se reflexiona sobre la sed del poder, pasión inseparable de la naturaleza humana, y también sobre la educación de Carlos en los países extranjeros, y luego entre los *caballeros*, partido que naturalmente debía exagerar las últimas usurpaciones de las asambleas populares sobre los derechos de la monarquía, no sorprende en verdad que la libertad civil no hallase en aquel príncipe un protector muy celoso. Hostigado por las facciones intestinas, cansado de calumnias y de quejas, acibillado de deudas, empobrecido, buscó, aunque con flacos esfuerzos, una forma de gobierno más sencilla en su composición y más fácil de conducir; pero es preciso reconocer que su apego a la Francia, después de tanto como se ha trabajado con investigaciones o conjeturas, medirle o profundizarle, encierra, siempre algo de misterioso e inexplicable. La esperanza de hacerse absoluto con el auxilio de Luis XIV parece una idea tan quimérica que no podía de modo alguno subsistir por mucho tiempo con aquella tenaz constancia en un príncipe tan penetrante como lo era Carlos II. Por lo tocante a los auxilios pecuniarios, es seguro que la segunda guerra holandesa le costó mucho más

en una sola campaña de lo que recibió de la Francia en todo el discurso de su reinado, lo que inclina a creer que Carlos seguía sobre todo en esto su inclinación y una antigua predilección a favor de la nación francesa. Conocíala por alegre, viva, cortes, ingeniosa, elegante, generosa, apasionada por su príncipe, muy afecta a la fe católica, y todas estas razones le inspiraban hacia ella un afecto sincero. El carácter opuesto de los holandeses los había hecho los objetos de su aversión, y el genio áspero de los ingleses le inclinaban a mirarlos con harta indiferencia. En el corazón de los hombres, las nociones de interés están fuertemente modificadas por sus afectos, y no es cosa inaudita que un hombre esté guiado por preocupaciones nacionales, después de haber resistido a los motivos particulares de la amistad personal.

Dos caracteres de este príncipe tenemos, esmeradamente trazados por dos grandes maestros que le conocieron perfectamente, el duque de Buckingham y el marqués de Halifax, sin contar algunas elegantes pinceladas de sir Guillermo Temple. El doctor Welwood y el obispo Burnet emplearon también su pincel en el mismo asunto, pero el primero es un poco parcial a favor de Carlos, y el segundo lleva la hiel y la malignidad demasiado lejos. En vez de hallar, como él sostiene, el fondo de un paralelo exacto entre el rey Carlos y el emperador Tiberio, con más justicia se hallaría en ambos el de un perfecto contraste. El emperador romano nos parece tan superior en capacidad al monarca inglés, cuanto inferior le es en virtudes: previsor, prudente, activo, desconfiado, tenebroso, sombrío, insociable, reservado, cruel, inflexible, implacable, tales son los rasgos con que nos ha transmitido la historia el carácter de Tiberio; el único punto en que puede atribuirsele una fiel semejanza con Carlos es el amor a las mujeres, pasión demasiado general para constituir una semejanza completa, y que aquel detestable y detestado monstruo asociaba además con depravados apetitos.

## LXX. Jacobo II—1685

### Primeras operaciones del rey.

El primer acto del reinado de Jacobo II fue reunir el consejo privado en el cual, después de haber tributado algunos elogios a la memoria de su predecesor, declaró sin rebozo que estaba decidido a sostener el gobierno establecido en la iglesia y el estado; y aunque algunos habían afectado, añadió, propalar que llevaba al trono principios arbitrarios, sabía que las leyes de Inglaterra eran suficientes para darle toda la grandeza que podía desear un rey, y estaba decidido a no apartarse nunca de ellas. Había arriesgado su vida hasta entonces por la defensa de la nación, y quería tomar tan a pechos como cualquiera la conservación de sus justos derechos y libertades.

Este discurso fue recibido con grandes aplausos, no sólo del consejo, más de toda la nación. Se olvidó todo lo pasado; Jacobo II pasó por ser un príncipe lleno de hidalguía, y como entonces soplabla hacia la corte el aura popular, no se dudó que sus intenciones correspondían a sus palabras. «Ahora tenemos —decían las gentes—, ahora tenemos la palabra de un rey, una palabra nunca violada.» De todas partes llegaron exposiciones respetuosísimas o más bien servilmente aduladoras; cada cual se dio prisa a hacer la corte al nuevo monarca, y Jacobo tuvo motivo para persuadirse de que, a pesar de los violentos esfuerzos de un partido poderoso para su exclusión, no había en Europa trono alguno más sólidamente asentado que el de Inglaterra.

Sin embargo el primer ejercicio que hizo de su autoridad, manifestó que no era sincero en sus protestas de adhesión a las leyes, o que había concebido una opinión tan alta de la autoridad real en la esfera misma de éstas, que su mayor sinceridad serviría poco para consolidar las libertades nacionales. Todos los impuestos de entrada y la mayor parte de la *excise*, concedidos por el parlamento durante la vida de Carlos, habían cumplido, y el sucesor no tenía ningún derecho a recaudarlos, pero Jacobo mandó por una proclama que se continuasen, sin dignarse acompañar esta orden de la menor explicación o de algún término de condescendencia propio para mitigarla. Habíasele propuesto, para prevenir los malos efectos de la interrupción de los derechos de entrada, hacer dar por los mercaderes y por los cerveceros billetes de reconocimiento, cuyo pago se suspendería hasta que el parlamento autorizase a recibirle, precaución que se le representó como un testimonio de deferencia hacia aquella asamblea o más bien hacia las leyes, pero probablemente esta razón fue lo que le movió a desecharla, pues consideró que de ella tomarían pie los comunes para atribuirse más autoridad, y que mirarían no sólo todas las rentas reales, sino también todo el poder de la corona, como dependientes de las resoluciones de la cámara.

Tampoco puso Jacobo dificultad en ir públicamente a misa con todas las insignias de su dignidad, a pesar de ser aquella institución contraria a las leyes, lo cual era desplegar imprudentemente sus disposiciones arbitrarias y su celo por la fe romana, los dos grandes caracteres de su reinado y la plaga de su administración: hasta envió a Roma a Caryl, con el título de agente suyo, para presentar sumisiones al papa y abrir la senda a la reintegración de Inglaterra en el gremio de la iglesia católica. Inocencio XI, que ocupaba entonces la silla pontificia, le aconsejó prudentemente que no precipitase las cosas ni intentase temerariamente una empresa cuyas dificultades debía haberle enseñado la experiencia, y las mismas representaciones se tomó la libertad de hacerle Ronquillo, embajador español en la corte de Londres, considerando muy importante la tranquilidad de Inglaterra para el sostenimiento de España. Había observado lo mucho que se manejaban en la corte los eclesiásticos romanos, y en su inquietud había aconsejado al rey que no se entregase demasiado a sus peligrosos consejos. «¡Pues qué! —le respondió Jacobo—, ¿no



consulta el rey de España a su confesor?» «Sí señor —respondió el embajador—, y aun por eso van tan mal nuestras cosas.»

Cuando ascendió al trono, Jacobo hizo esperar que mantendría la balanza del poder con mano más firme que su predecesor, y que la Francia, en vez de hacer servir a la Inglaterra al logro de sus ambiciosas miras hallaría en ella una vigorosa oposición. Además de su constante asiduidad al despacho de los negocios, mostróse celoso del honor nacional; quiso que no se hiciesen al embajador francés más honores de los que había recibido el suyo en París, pero sostuvo mal estas apariencias; por grados fue viéndose reducido a la necesidad de solicitar una nueva unión o por lo menos la paz con aquel gran monarca, cuyo poderío y celo parecían los únicos capaces de ayudarle en el proyecto de restablecer la religión católica en Inglaterra.

No obstante las opiniones del rey, los principales empleos de la corona continuaron aun en manos de los protestantes. Rochester fue lord tesorero mayor; Clarendon, su hermano, lord gentil hombre; Godolphin, gentil-hombre de la reina; Sunderland, secretario de estado; Halifax presidente del consejo. Éste había sido muy opuesto al rey actual durante los últimos años del reinado de Carlos; y cuando, después del advenimiento, trató de discurrir alguna apología de aquella reciente conducta, Jacobo le dijo que olvidaba lo pasado, a excepción de su conducta en el *bill de exclusión*. Sin embargo, no siempre manifestó la misma tendencia a perdonar; cuando se le presentaron los principales *excluyentes* para felicitarle por su exaltación al trono, a algunos no quiso admitirlos, otros se vieron recibidos con tibieza y hasta con enojo, proceder que parecía conforme con el carácter de franqueza que afectaba Jacobo; pero manifestando que se acordaba el rey de las ofertas del duque de York, no dio a sus vasallos una alta idea de su clemencia o de su magnanimidad.

En todas ocasiones declaraba libremente que se debía contar en lo sucesivo con un gobierno más activo y vigilante, y que no conservaría ningún ministro que no se sometiese sin reserva a sus voluntades, por lo cual parece que no deben buscarse los resortes de su administración tanto en su consejo y en sus principales oficiales de estado como en su propio natural y en el carácter de algunas personas a quienes consultaba en secreto. La reina tenía sobre él mucha influencia; conocíasele a esta princesa una cabeza ardiente, lo que no impedía que su conducta hubiese sido popular hasta su elevación al solio; pero la gobernaban sus clérigos, en especial algunos jesuitas, y como todos ellos alcanzaban igual grado de favor cerca del rey, todas las medidas públicas provenían originalmente de sus inspiraciones y llevaban señales patentes de su ignorancia en los negocios y de la violencia de su celo religioso.

El rey, sin haber sido nunca disoluto en sus costumbres, tenía sin embargo un trato que no se avenía muy bien con su consideración a la reina y al clero; amaba a Mrs. Sedley, a quien poco después nombró condesa de Dorchester, y que se proponía manejarle con la misma autoridad de que había disfrutado en el reinado anterior la duquesa de Portsmouth, pero Jacobo, que se proponía convertir a su pueblo, toleró que le representasen libremente la necesidad de conformar su vida a la santidad de sus intenciones, y se dejó persuadir en fin a alejar a Mrs. Sedley de la corte, resolución que no tuvo valor para llevar a cabo. Aunque por lo común no es difícil mantener en buena armonía a la querida y al confesor de los príncipes, aquella joven, que poseía todo el ingenio y vivacidad de su padre sir Carlos Sedley, había elegido a los clérigos y a sus consejos para continuo objeto de sus burlas, y ellos, por su parte, seguramente hicieron cuanto estuvo en su mano para que rompiese su penitente aquel ilícito trato.

### **Asamblea del parlamento.**

No podía ser muy decidida la inclinación del rey, como la de la reina y los eclesiásticos romanos, a favor de un parlamento inglés; pero al principio de un nuevo reinado, parecía indispensable la convocación de aquella asamblea. A la verdad, los *whigs* o el partido de la patria habían caído en un descrédito tal durante los últimos años de Carlos, y era tan vivo todavía el horror

hacia la conspiración de Rye-House, que su partido tuvo poco valimiento en las nuevas elecciones, prescindiendo de que la resignación general de las cartas o diplomas había hecho en extremo dependientes a las corporaciones, y de que las recomendaciones de la corte, aunque entonces poco sostenidas por la influencia pecuniaria, pesaron mucho en la balanza: así fue que la nueva cámara de los comunes resultó casi totalmente compuesta de celosos *torys* y de miembros afectos a la iglesia, todos propensos por consiguiente a favorecer las medidas de la corona.

El discurso que pronunció el rey a las dos cámaras (19 de marzo) era más a propósito para inspirar temores que para conciliarle su afecto, pues aunque renovó muy solemnemente la palabra que había dado al consejo de gobernar con arreglo a las leyes y sostener la religión establecida, dijo al propio tiempo que esperaba que se le aseguraría su renta por toda su vida, como bajo el reinado de su hermano. «Podría —añadió— apoyar mi demanda en multitud de argumentos, tales como el bien del comercio, el sostenimiento de la marina, las necesidades de la corona y la seguridad del mismo gobierno que no debo dejar caer en una condición precaria, pero me persuado de que, conociendo vosotros mismos lo que exigen en este caso la razón y la justicia, hallaréis en vuestras propias reflexiones cuanto se os puede hacer presente en este punto. Conozco sin duda un argumento popular que podría alegarse contra mi demanda, y es que, aprontarme por intervalos algunos subsidios que se conceptuasen oportunos, sería un medio seguro de hacer más frecuentes las asambleas del parlamento; pero como ésta es la primera vez que os hablo desde lo alto del trono, debo declararos ingenuamente que semejante arbitrio sería excusado, y que el mejor medio de moverme a reuniros con frecuencia es portarse siempre bien conmigo.»

Harto claro era este lenguaje. Jacobo declaraba rotundamente que tenía en su prerrogativa recursos independientes de los subsidios, y que mientras fuesen satisfechas sus exigencias acudiría al parlamento, pero que al menor choque, sabría zafarse de un método que miraba como libre y voluntario. Jamás ningún parlamento inglés se había hallado en una situación más crítica, y jamás habían sido más fuertes los argumentos en pro de la oposición o de la docilidad.

### **Argumentos en pro y en contra de la renta por vida.**

Alegábase por una parte que la desconfianza del poder real era la verdadera base de la constitución inglesa, y el principio al que debía la nación aquella libertad de que disfrutaba más perfectamente que los súbditos de ninguna otra monarquía; que esta desconfianza, aunque más o menos viva en diferentes épocas, nunca puede adormecerse con seguridad ni aun bajo el imperio de los príncipes mejores y más prudentes; que el carácter del soberano actual aconsejaba la más exquisita vigilancia a causa de los principios arbitrarios que le habían imbuido, y más aun por motivo de su celo religioso que le era imposible satisfacer sin arrogarse más autoridad de la que le concedía la religión, que se debe vigilar al poder desde sus primeras usurpaciones, y que nada hay que esperar de la timidez y de la paciencia; que cada grado de facilidad fortifica la usurpación, y que descubriendo las muelles disposiciones del pueblo, inspira más aliento para abusar de ellas; que hallándose ya el poder todo entero en manos del príncipe, no le quedaba más freno que la dependencia de su renta, fianza que, por consiguiente, no podía abandonar el pueblo sin suma insensatez; que si llegaba a faltar este punto capital, todas las demás barreras levantadas en los últimos años contra el poder arbitrario llegarían a ser perniciosas y destructivas; que el efecto de las nuevas limitaciones constitucionales era excitar la inclinación del monarca a sobreponerse a las leyes, y que exigían frecuentes asambleas para reparar todas las brechas que el tiempo o la violencia podían haber abierto en una máquina más complicada; que un escarmiento reciente, en tiempo del último monarca, príncipe que no carecía de prudencia ni de moderación, había patentizado bastante la solidez de todas estas máximas; que habiendo fijado imprudentemente su parlamento de por vida la renta anual de la corona, y revocado al mismo tiempo el *bill* trienal, había conocido por una costosa experiencia que se había despojado de su importancia; y que la libertad, cuando cesa de

estar protegida por las asambleas nacionales, se ve expuesta a toda especie de ultrajes y violaciones; en fin, que cuanto más abiertamente hacia el rey una demanda poco razonable, más debía desecharse con obstinación, pues era evidente que no podían justificarse sus miras.

Representábase por otra parte que la máxima de velar sobre las primeras usurpaciones del padre no era admisible más que en los casos en que la oposición podía ser regular, pacífica y legal; que si la repulsa de la actual demanda del rey parecía de esta especie, acarrea sin embargo consecuencias mucho más peligrosas de lo que a primera vista mostraba; que el rey en su discurso no había disimulado que en caso de oposición por parte del parlamento, tenía en su prerrogativa recursos que se creía plenamente en derecho de emplear; que si el parlamento manifestaba abiertamente la intención de reducirle a la dependencia, pronto se llegaría a una crisis, en un momento el más favorable para la corte que podía esta desear; que si se volvía la vista al estado de las cosas en el Continente, a la situación de Escocia y de Irlanda, y, lo que era más importante, si se consideraba la disposición de los ánimos en lo interior del reino, todas las circunstancias resultaban contrarias a la causa de la libertad; que los patriotas, bajo el último reinado, con sus resoluciones violentas y a veces injustas en el parlamento y con sus desesperadas empresas en lo exterior, había no solo expuesto sus principios a la aversión pública, más excitado también en el más alto punto la desconfianza de los realistas y de todos los celosos anglicanos que formaban actualmente la masa de la nación; que no sería grato a este gran partido ver a su rey más maltratado que su hermano en punto a la renta, o tener que temer nuevos esfuerzos para poner en dependencia a la corona; que los parlamentos tenían sus abusos como las cortes, y que no era de desear ver las cosas en una situación tal que el rey no pudiese libremente, cuando lo considerase oportuno, prorrogar la asamblea o disolverla; que si, a favor de amplias concesiones, podía obtenerse la confianza del rey y se conseguía moverle a cumplir sus promesas, sería muchísimo mejor; o que si la complacencia del parlamento no le impedía formar proyectos contra las libertades y la religión del reino, se haría inexcusable a los ojos de todo el universo, y la nación entera no opondría dificultad a unirse contra él; que no podía intentarse dos veces la resistencia, y que por lo mismo debía parecer más necesario aguardar a que el tiempo y los sucesos hubiesen preparado los ánimos; que el apego del rey al papismo, aunque pernicioso en sí, era sin embargo tan favorable al interés opuesto, que hacía de todo punto indisoluble el vínculo de la religión y de la libertad nacionales, y que, si la corte formaba en lo sucesivo alguna empresa ilegal, la iglesia, que era a la sazón el principal sostén de la corona, se alarmaría infaliblemente y pronto dispondría al pueblo a una resistencia eficaz.

Estos últimos motivos, fortalecidos por las preocupaciones y los afectos de los partidos, fueron los que prevalecieron, y los comunes dispusieron unánimemente que, además de dar las gracias al rey por su discurso, se le concedería de por vida toda la renta de que estaba en posesión el último monarca en el momento de su muerte, luego, para no desdecir de esta generosa conducta con un resto de desconfianza, declararon, con la misma unanimidad, que la cámara descansaba enteramente en la palabra real de su majestad y en su promesa repetida de sostener la religión de la iglesia anglicana, pero añadió que esta religión le era más cara que la misma vida. El orador, al presentar el *bill* de la renta, cuidó de informar al rey de la cláusula de los comunes concerniente a la religión, pero esta prueba de una extremada confianza no pudo arrancar una sola palabra de su boca en favor de aquella religión a la que le decían que daban tanta importancia. A pesar de las sospechas que podía inspirar su silencio, la cámara conservó sus disposiciones liberales, y habiendo pedido Jacobo un subsidio más para la marina y para otros usos, renovó los impuestos sobre el vino y sobre el vinagre, de que había gozado Carlos en otro tiempo; con algunos derechos que le agregó sobre el tabaco y el azúcar, esta renta estancada ascendía anualmente a 600.000 libras esterlinas.

No menos complaciente se mostró la cámara de los pares, y hasta dio algunos pasos para aniquilar todos los restos de la trama papista, instrumento terrible algún día de la hipocresía y de las facciones.

### Oates convicto de perjurio.

Poco tiempo antes de la reunión de aquel parlamento, se había encausado a Oates por dos acusaciones de perjurio; una, por haber declarado que se hallaba presente en Londres en el gran consejo de los jesuitas del 24 de abril de 1679; otra, por haber declarado que el P. Ireland estaba en Londres entre el 8 y el 12 de agosto y a principios de setiembre del mismo año: jamás criminal quedó convicto con más evidencia. Veintidos ingleses que habían hecho sus estudios en Saint-Omer, los más, sujetos de peso y bien nacidos, dieron testimonio de que Oates, que había entrado al servicio del colegio de aquella ciudad hacia Navidad del año 1678, no se había ausentado de él una sola noche hasta el mes de julio siguiente. Otros cuarenta y siete testigos, todos de un carácter sin nota, afirmaron que el P. Ireland había partido el 3 de agosto de 1679 para el Staffordshire, donde había residido hasta mediados de setiembre, y, cosa que nueve años antes se hubiera hecho valer como una circunstancia esencial, nueve de aquellos testigos eran anglicanos. Oates fue condenado por sentencia a una multa de mil marcos por cada acusación, a azotes en dos días diferentes, desde Aldgate hasta Newgate, y desde Newgate hasta Tyburn, a cárcel por el resto de su vida y a salir a la vergüenza cinco veces al año. No se desmintió su impudencia en medio de la convicción, ni su valor en medio del castigo, y apeló solamente al cielo con protestas de su buena fe. Aunque se le azotó con tanto rigor que evidentemente trató la corte de hacerle expirar bajo los golpes, se restableció, gracias a los cuidados de sus partidarios, y vivió hasta el reinado del rey Guillermo, en cuyo tiempo se le dio una pensión de 400 libras esterlinas: muchos particulares le siguieron afectos en el exceso de su oprobio y le miraron como el mártir de la causa protestante; el populacho se compadeció a la vista de un castigo más severo en efecto de lo que suelen serlo comúnmente en Inglaterra, y la sentencia de cárcel perpetua se consideró ilegal.

Tomaron conocimiento los pares de la convicción de Oates; luego, no limitándose a descargar a los señores papistas, Powis, Arundel, Bellasis, Tyrone y Danby, de la antigua acusación de los comunes, llegaron hasta proponer la renovación de la sentencia expedida contra Stafford, atendida la evidente falsedad del testimonio que le había hecho condenar; pero echaba este *bill* una mancha tan negra sobre los procedimientos de los *excluyentes*, que halló mucha oposición en la cámara alta, y la de los comunes, después de una sola lectura, renunció a darle curso. Aunque la reparación de la injusticia es el segundo honor que puede obtener una nación, las circunstancias no permitían en ninguna manera conceder una justificación tan plena a los católicos y fijar en los protestantes una imputación tan odiosa.

### Invasión de Monmouth.

Interrumpió el discurso de las operaciones parlamentarias el aviso que se recibió de la llegada del duque de Monmouth con tres naves a la costa occidental de Inglaterra. No bien lo supieron las dos cámaras, declararon su resolución de perseverar fieles a su majestad, a riesgo de sus vidas y haciendas: se aprobó un *bill* de alta traición contra Monmouth, y se concedieron 40.000 libras esterlinas en forma de subsidio para sofocar la rebelión. Después de haber suministrado estas armas al rey, se prorrogaron las cámaras.

Monmouth, cuando recibió orden de alejarse del reino, bajo el último reinado, eligió por retiro la Holanda, y como nadie ignoraba el gran cariño que seguía conservándole su indulgente padre, halló toda especie de honores y distinciones bajo la protección del príncipe de Orange, pero cuando Jacobo subió al trono, tomó aquel la resolución de despedir a Monmouth y a sus partidarios: retiróse entonces el ilustre fugitivo a Bruselas, donde, viéndose todavía perseguido por el rigor del nuevo monarca, se vio impulsado, a despecho de su inclinación y su juicio, a formar contra Inglaterra una empresa temeraria y prematura. No podía desconocer que Jacobo acababa de suceder al trono no sólo sin oposición, mas con apariencias de amor por parte de sus vasallos; el parlamento, que se

hallaba reunido, manifestaba la mayor disposición a satisfacer a la corte, y era indudable que su adhesión a la corona daría mucho peso a todas las medidas públicas; los motivos de queja ofrecidos bajo aquel reinado eran todavía de poca importancia, y aun no estaba dispuesto el pueblo a sustentarlos con energía. Todas estas consideraciones se presentaron sin duda a Monmouth; pero tal fue la impaciencia de sus partidarios, tal la precipitación del conde Argyle, que había salido poco antes que él para Escocia, que no se escucharon los consejos de la prudencia, y el desventurado Monmouth se vio como arrastrado a su perdición.

No se vio empero en el primer momento la imprudencia de su empresa. Aunque, al desembarcar en Lime, en el condado de Dorset (11 de junio), no llevaba consigo más que unos cien hombres, era su nombre tan popular que, en el espacio de cuatro días, reunió más de 2.000, si bien es cierto que los más de ellos eran gente muy baja, y que él mismo, en su declaración, se conformó a las preocupaciones del vulgo o de los *whigs* más beatos y exagerados. No daba al rey más que el título de duque de York; le calificaba de traidor, tirano, asesino y usurpador papista; le imputaba el grande incendio de Londres y el asesinato de Godfrey y de Essex, y hasta le acusaba de haber envenenado a Carlos II; en fin, excitaba a todo el pueblo a unirse a él para atajar los progresos de una horrorosa tiranía.

El duque de Albemarle, hijo del famoso Monk, a quien había debido su restauración la casa real, reunió la milicia de Devonshire en número de 4.000 hombres y marchó contra los rebeldes. Tomó posición en las cercanías de Axminster, mas observando luego que sus tropas mostraban mucho afecto a Monmouth, una justa desconfianza le movió a retirarse. Aunque Monmouth había dado más de una vez pruebas de su valor, no tenía la firmeza de alma que exige una tentativa de esta naturaleza; algunas sospechas mal fundadas acerca de la fidelidad de los suyos le hicieron malograr la ocasión de atacar a Albemarle, empresa fácil, que podía acreditar su causa y proporcionarle armas. Lord Gray, a quien había confiado el mando de su caballería, se dio a conocer públicamente por un cobarde, y tal era sin embargo la natural bondad de Monmouth, que le dejó continuar en su mando. Fletcher de Salton, hidalgo escocés, de una probidad conocida y de un talento notable, se hallaba comprometido en aquella expedición por sus principios republicanos y mandaba la caballería con Gray; pero habiendo recibido un insulto de un nuevo auxiliar, a quien había tomado el caballo en un momento de confusión, mató en un raptó de cólera a su ofensor de un pistoletazo, accidente que le obligó a dejar inmediatamente el ejército. La falta de tan bizarro oficial perjudicó mucho a la causa del duque.

Tauton, ciudad mal dispuesta a favor del rey, recibió a los rebeldes con el más vivo júbilo y los reforzó con tropas considerables. Veinte doncellas de distinción presentaron a Monmouth una copia de la Biblia y dos estandartes que habían bordado con sus propias manos: entonces fue cuando se dejó persuadir a tomar el título de rey y a sostener la legitimidad de su nacimiento, pretensión que había anunciado en su manifiesto, pero cuya discusión había aplazado a otros tiempos. Su ejército constaba ya de 6.000 hombres, y por falta de armas, todos los días tenía que despedir a multitud de auxiliares que le llegaban de todas partes. Entró en Bridgewater, en Wells, en Frome, y en todas estas ciudades fue proclamado, pero olvidando que el éxito de las grandes empresas depende sólo de la audacia, dejó enfriarse el entusiasmo popular sin acometer cosa alguna de provecho.

Mientras que una prudencia mal entendida le hacía perder el tiempo en el oeste, avanzaban con ardor los preparativos del rey. Retiráronse de las provincias de Holanda seis regimientos de las tropas inglesas; se aumentó considerablemente el ejército, e inmediatamente marcharon 3.000 hombres de tropas regulares, al mando de Feversham y de Churchill, para atajar los progresos de la rebelión.

## Su derrota y suplicio.

Monmouth, observando entonces que no se le unía ningún personaje de cuenta, noticioso de que una sublevación que le prometían en Londres había abortado, y de que el conde de Argyle, con quien estaba en tratos, había sido batido y hecho prisionero, cayó de repente en un abatimiento tal que tomó la resolución de retirarse y abandonar a su suerte a sus desgraciados partidarios; con todo, le detuvieron los testimonios de su ardor y la disposición que manifestaron a dividir fielmente su fortuna. Algunas negligencias de las tropas realistas le animaron a caer sobre Feversham en el campo de Sedgemoor, cerca de Bridgewater (5 de julio), y los suyos manifestaron en aquella ocasión lo que puede esperarse del valor natural y de la convicción del deber, aun sin el auxilio de la disciplina, pues pusieron en confusión a los veteranos y les hicieron perder terreno. Continuaron sus esfuerzos hasta que se les acabaron las municiones, y probablemente hubieran alcanzado la victoria, si la mala dirección de Monmouth y la pusilanimidad de lord Gray no hubiesen cambiado la faz del combate. Después de tres horas de una vigorosa resistencia, volvieron los rebeldes la espalda y fueron perseguidos con gran matanza, perdiendo cerca de 1.500 hombres en la acción y en el alcance. Así terminó, en el espacio de pocas semanas, una expedición temerariamente acometida y flojamente manejada.

Monmouth, dejado el campo de batalla, tomó la fuga, pero después de haber andado más de veinte millas, cayó en tierra rendido su caballo. Trocó vestidos con un rústico, con la esperanza de ocultarse mejor, y como encontrasen a este ataviado con las ropas del fugitivo algunos realistas que le buscaban, activáronse las pesquisas, y el desventurado Monmouth fue al fin descubierto en el fondo de una zanja, cubierto de lodo, postrado el cuerpo por el cansancio y el hambre, y abatido su espíritu por la imagen presente de sus desgracias y por la de la suerte que le amenazaba. La humana flaqueza no tiene recursos contra tan terribles trances, y mucho menos en un hombre reblandecido por una continua prosperidad y que se ha creído sobre todo distinguido por el valor militar. No pudo Monmouth contener el llanto cuando se vio en manos de sus enemigos, y todavía pareció que se abandonaba al amor y aun a la esperanza de la vida; aunque la grandeza de sus ofensas y el carácter de Jacobo debían hacerle comprender que era en vano esperar merced, escribióle en los términos más humildes y le conjuró que no derramase la sangre de un hermano que tanto celo había manifestado siempre por sus intereses. Jacobo, viéndole tan débil y abatido, le hizo traer a su presencia esperando arrancarle la revelación de todos sus cómplices, pero por mucho que amase Monmouth la vida, no quiso comprarla a precio de un infame olvido del honor; reconociendo la inutilidad de sus esfuerzos, sacó aliento de su misma desesperación, y sólo pensó en disponerse a morir con sentimientos más dignos de su carácter y su nacimiento. Aquel favorito del pueblo inglés fue al cadalso, acompañado de una abundante y sincera efusión de lágrimas. Rogó al sayón que no le tratase como a Rusel, para quien había tenido que descargar dos hachazos, pero esta advertencia sólo sirvió para aturdir al verdugo, cuyo primer golpe fue tan débil que dejó a la infeliz víctima fuerzas para levantar la cabeza y mirarle a la cara, como para lamentársele de su torpeza. De nuevo puso Monmouth la cabeza sobre el tajo, y de nuevo descargó el sayón su hacha una vez y otra, pero sin más efecto que la primera, hasta que al fin arrojó al suelo el instrumento de muerte, gritando que era incapaz de consumar el sangriento sacrificio: el *sheriff* le obligó a proseguir su horrible obra, y otros dos hachazos separaron la cabeza del tronco (15 de julio).

Tal fue, a la edad de 36 años, el trágico fin de un príncipe a quien sus bellas prendas, en tiempos menos borrascosos, hubieran podido hacer el ornato de la corte y aun útil a su patria. El favor del rey su padre, los halagos de una numerosa facción y el cebo de la popularidad, le habían empeñado en una empresa superior a sus fuerzas: el amor popular le siguió en todas las vicisitudes de la fortuna, y aun después de su suplicio, sus parciales conservaron la insensata esperanza de verle nuevamente a su cabeza. Imagináronse que el prisionero a quien habían ajusticiado no era Monmouth, sino un hombre que se le parecía mucho y había querido darle aquella prueba de un extremado amor muriendo por él.

Una victoria tan pronta al principio de un nuevo reinado hubiera seguramente aumentado mucho el poder y la autoridad del rey, si hubiera ido acompañada de un poco de cordura y moderación; pero por efecto de las crueldades que la siguieron y de las temerarias resoluciones a que dio margen, fue la causa principal de su pronta y total ruina.

### **Crueldades de Kirke y Jefferies.**

Había inspirado la corte a todos sus oficiales principios tan arbitrarios que, inmediatamente después de la acción de Sedgemoor, Feversham hizo ahorcar a más de veinte prisioneros, y continuaba sus bárbaros suplicios, cuando el obispo de Bath y de Wells le previno que aquellos infelices tenían derecho a ser juzgados según el tenor y la forma de las leyes, y que, de otra suerte, su suplicio pasaría por un verdadero asesinato; pero estas representaciones no atajaron la feroz violencia del coronel Kirke, soldado aventurero que había servido mucho tiempo en Tánger y contraído allí entre los Moros un fondo de inhumanidad menos común en Europa y en los países libres. Cuando entró en Bridgewater, hizo llevar al patíbulo, sin la menor información, a diez y nueve vecinos del pueblo; y uniendo el escarnio a la crueldad, mandó ajusticiar a muchos a su presencia mientras tanto que estaba bebiendo con sus compañeros a la salud del rey o de la reina o del gran justicia Jefferies. Observó que les temblaban los pies en las ansias de la muerte, y exclamando al punto que aquella danza necesitaba una música, dio orden de que rompiesen a tocar los tambores y las trompetas; tuvo la diabólica ocurrencia de hacer colgar tres veces a un mismo hombre, para que se instruyera, decía, con aquel singular experimento, y a cada vez le preguntaba si se arrepentía de su crimen; mas como aquel desdichado se obstinase en protestar que, a pesar de lo que había sufrido, siempre continuaba dispuesto a empeñarse en la misma causa, Kirke le hizo ahorcar de una cadena<sup>455</sup>. Nada iguala en perfidia como en crueldad a otro hecho de aquel monstruo.

Una doncella pidió la vida de su hermano echándose a los pies de Kirke, armada de todos los halagos de la hermosura y de la inocencia desolada. Sintió el bárbaro inflamarse sus deseos sin que le enterneceran empero el amor o la clemencia, y prometió concederle lo que le pedía con tal que ella tuviese con él la misma complacencia. Cedió aquella tierna hermana a la necesidad que se le imponía, pero Kirke, después de haber pasado la noche con ella, le enseñó, a la mañana siguiente, por una ventana, su hermano, el caro objeto por quien había sacrificado su virtud, colgado de la horca que había hecho levantar secretamente para su suplicio. La rabia, el dolor, la desesperación se apoderaron de aquella desgraciada, que perdió para siempre el juicio.

Todo el país, sin distinción de culpados y de inocentes, estuvo expuesto a los estragos de aquel infame. Los soldados vivieron en él a discreción; y su propio regimiento, aleccionado por su ejemplo, excitado por sus exhortaciones, se distinguió con toda especie de ultrajes y demasías. Llamábalos Kirke irónicamente sus borregos, expresión cuyo recuerdo se ha conservado mucho tiempo con horror en el oeste de Inglaterra.

Pronto sucedió el implacable Jefferies e hizo ver que los rigores de la ley pueden igualar, sino exceder a los arrebatos de la tiranía militar. Aquel jefe de justicia, que sabía combinar la crueldad con la befa, se había ya dado a conocer en muchas causas a que había presidido; pero partió con un contento bestial para aquella nueva comisión, que le presentaba por decirlo así una abundante cosecha de muerte y destrucción. Empezó por la ciudad de Dorchester, donde se hallaban presos treinta rebeldes, a quienes exhortó, pero en vano, a evitarle, haciendo una libre confesión, la molestia de formarles causa: veintinueve fueron declarados culpables, y para añadir al castigo del crimen el de su desobediencia, los hizo conducir inmediatamente al suplicio. Casi todos los demás, amedrentados con aquel escarmiento, tomaron el partido de no negar nada, con lo que 292 fueron condenados a muerte, y de estos 80 fueron al suplicio. Exeter fue el segundo teatro de su crueldad; de 243 personas a quienes formó causa, las más fueron entregados al verdugo. Abrióse luego la

455 Así se ahorca en Inglaterra a los criminales cuyos cadáveres han de quedar expuestos.

escena en Taunton; de Taunton pasó a Wells, y por todas partes el terror siguió los pasos de aquel monstruo. Sus amenazas tenían tan despavoridos a los jurados, que todos se apresuraban a emitir su fallo, y es fama que muchísimos inocentes fueron confundidos con los culpables: en una palabra, sin contar los que sacrificaron los comandantes militares, hasta 251 infelices perecieron por manos de la justicia. Toda la provincia estaba sembrada de cabezas y miembros de los traidores; casi en cada aldea se veía expuesto el cadáver de algún miserable habitante, y el cruel Jefferies hizo triunfar todos los rigores de la justicia, sin ninguna mezcla de clemencia o de compasión.

Entre todos los suplicios de aquel infausto año los más notables fueron el de Mrs. Gaunt y el de lady Lisle, acusadas de haber dado asilo a traidores. Mrs. Gaunt era una señora anabaptista conocida por su beneficencia, que se extendía a todas las personas de todos los partidos y de todas las sectas; un rebelde, que le conocía esta generosa disposición, recurrió a ella en sus temores y halló un refugio en su casa, luego, habiendo oído hablar de un bando que prometía la impunidad y recompensas a los que descubriesen a los criminales, vendió a su bienhechora y dio testimonio contra ella: él obtuvo su perdón en cambio de su perfidia, y ella fue quemada viva en pago de su caridad.

Lady Lisle era viuda de uno de los regicidas que había disfrutado de gran favor con Cromwell, y que, retirado a Lausania, en Suiza, después de la restauración, fue allí asesinado por tres pillos irlandeses que creían asegurada su fortuna con aquel infame servicio. Su viuda fue perseguida a su vez por haber dado asilo a dos rebeldes al día siguiente del combate de Sedgemoor, y Jefferies activó el proceso con el más ardiente encono: en vano hizo presente la acusada que aquellos criminales no estaban comprendidos en ningún bando ni convictos por ningún testimonio, y que nadie podía pasar por traidor sin haber sido declarado tal por alguna sentencia legal; que no había ninguna prueba de que ella estuviere noticiosa del crimen de sus huéspedes o de que conociese sus tratos con Monmouth; que por más sospechosa que pudiese ser a causa de su apellido, se sabía muy bien que era adicta de corazón a la monarquía, y que nadie en Inglaterra había derramado más lágrimas que ella por aquella fatal catástrofe en la que por desgracia había tenido harta parte su marido; en fin, que los mismos principios de que siempre había hecho profesión, eran los que había inculcado tan esmeradamente a su hijo que, en aquel mismo momento, lo había enviado a pelear contra los rebeldes a quienes a la sazón se la acusaba de proteger. Estas razones, aunque impotentes para Jefferies, hicieron impresión en los jurados, y dos veces su fallo le fue favorable, pero las dos veces fueron despedidos con reconvenciones y severas amenazas que los obligaron por fin a pronunciar sentencia de muerte contra la acusada. Vanos fueron todos los empeños para obtener un perdón de la corte, y la cruel sentencia se llevó a ejecución. El rey dijo que había prometido a Jefferies no perdonar a aquella señora, excusa que sólo podía servir para agravar la infamia de su propia conducta.

Hubiera podido creerse, después de tantas sangrientas venganzas, que ya estaba suficientemente expiada una rebelión tan precipitada, tan mal sostenida y de tan poca duración, pero nada podía satisfacer el espíritu de rigor de que estaba poseída la administración. Los perdonados pagaron multas que los redujeron a la mendicidad, y si su pobreza les imposibilitaba el pagar, sufrían el castigo de azotes o de dura prisión. La inocencia misma no pudo libertarse de la codiciosa crueldad del jefe de la justicia: Prideaux, caballero de Devonshire, viéndose sepultado en un calabozo, y amenazado con otras violencias que no limitaba entonces ningún freno, tomó el partido de comprar su libertad a precio de 15.000 libras esterlinas, sin haber logrado averiguar el delito de que se le acusaba.

Goodenough, aquel sedicioso *sub-sheriff* de Londres a quien vimos complicado en la parte más sanguinaria y desesperada de la trama de Rye-House, cogido en la batalla de Sidgemoor, resolvió salvar su vida acusando al *sheriff* Cornish, a quien sabía muy aborrecido de la corte. Unióse Rumsey a él en aquella acusación, y los procedimientos se actuaron con tal precipitación, que el infeliz preso fue examinado, condenado y ajusticiado en el transcurso de una semana. Inmediatamente después del suplicio se descubrió el perjurio de los testigos, y el rey mostró que le



pesaba de la muerte de Cornish, dejando sus bienes a su familia y condenando a los testigos falsos a cárcel perpetua.

No se necesitaba la injusta sentencia expedida contra Cornish para hacer a la corte odiosa a los ojos de la nación; un rigor tan prolongado y la crueldad de tantos otros suplicios aseguraban ya el odio público a los ministros de la justicia, al paso que atraían la compasión general sobre las desventuradas víctimas que, arrastradas a la rebelión por principios mal entendidos, recibían su castigo con la constancia y el celo de los mártires. Hubiera el pueblo en aquella ocasión deseado poder distinguir a Jacobo de sus ministros, pero se tuvo buen cuidado de probar que todo lo que habían hecho tenía el beneplácito de su amo. Jefferies, concluida su comisión, fue nombrado par en recompensa de sus eminentes servicios, y poco después revestido de la dignidad de canciller; se asegura, sin embargo, y con alguna verosimilitud, que el rey desaprobó aquellas crueldades y les puso término tan luego como llegaron a su noticia.

### **Estado de las cosas en Escocia.**

En Escocia, la suerte del conde de Argyle se decidió antes que la de Monmouth. Inmediatamente después del advenimiento del rey, se convocó el parlamento en Edimburgo, y en él manejaron todos los negocios del duque de Queensberry, comisario regio, y el conde de Perth, canciller. El duque estaba resuelto a sacrificar todas las libertades del país, pero a conservar un firme apego a la religión; y Perth, que no conocía escrúpulos en tratándose de hacer la corte, hubiera sacrificado igualmente el país y la religión; pero los cortesanos más prostituidos no pueden ir más allá que el parlamento mismo en el abandono de sus libertades. En un acuerdo que denominó conocimiento del deber (*offer of duty*), después de haber adoptado la fabulosa enumeración de ciento once monarcas escoceses, reconoció que, en virtud de la primera y fundamental institución del estado, todos estos príncipes habían sido investidos de una autoridad sólida y absoluta; expresó su horror a todos los principios y todas las opiniones que atacaban el poder sagrado, supremo, soberano, absoluto del rey, del cual dio por sentado que no podían participar los particulares ni las corporaciones sino dependientemente y por comisión de la majestad real; declaró que todos los hombres de la nación, desde la edad de diez y seis años hasta la de sesenta, estaría pronta a servir a su majestad siempre y donde quiera que tuviese a bien exigirlo; en fin, agregó para siempre a la corona todos los derechos de *excise* sobre los géneros extranjeros o domésticos.

Del mismo espíritu se resintieron todos los demás acuerdos del parlamento. Declaró reo de alta traición a todo el que rehusase prestar el juramento llamado el *test*, cuando le fuese exigido por el consejo; a la misma pena sujetaba el sostener que el *covenant* era obligatorio; asistir a cualquier especie de conventículo acarreaba la pena de muerte y la confiscación de los bienes; sólo el negarse a dar testimonio en los casos de traición o de no-conformidad exponía a las penas reservadas para estos crímenes: excelente preludio para todos los rigores de una inquisición. Fuerza es reconocer que en aquellos tiempos sólo la arbitraria violencia de la administración podría igualarse al abyecto servilismo de la nación escocesa.

### **Invasión de Argyle; su derrota y su suplicio.**

En vano el conde de Argyle excitaba a una nación tan insensible a los halagos de la libertad y tan degradada por una larga humillación, a despertarse para defender sus leyes y privilegios: casi todos los que tomaron partido por él eran sus propios vasallos, gente más encenagada, si era posible, más sumisa en su esclavitud, que el resto de la nación. Después de un viaje feliz, llegó a la provincia de Argyle con algunos fugitivos que traía de Holanda, entre los cuales se contaba sir Patricio Hume, caballero de carácter apacible, pero impulsado a aquella violencia por una larga

serie de opresiones. Conocía el consejo los proyectos del conde; toda la milicia del reino, en número de 22.000 hombres, había tomado ya las armas, y el tercio de este gran cuerpo estaba ya en marcha con las tropas regulares para atajar sus pasos; todas las personas notables de la nobleza de su clan fueron presas, y dos naves bien armadas observaban sus movimientos en la costa. Tantos obstáculos no le impidieron reunir, ya por terror, ya por afecto, y armar como hasta 2.500 hombres; pero pronto se vio rodeado de dificultades insuperables: cogieron sus armas y municiones y le interceptaron los víveres. Por un lado, le apretó el marqués de Athole; por otro, lord Carlos Murray: el duque de Gordon seguía su retaguardia, el conde de Dumbarton se le acercaba de frente; todos los días le abandonaban algunos de sus partidarios, pero incapaz de entibiarse ni aun en tan desesperada situación, halló medio de penetrar, con el resto de sus tropas desordenadas, en la parte descontenta de la Baja Escocia, a la cual se había esforzado por empeñar en su querrela haciendo una declaración en favor del *covenant*, pero faltaron generalmente valor o inclinación para seguirle, y su flaco ejército, que menguaba diariamente en sus correrías, fue en fin roto y disipado sin un enemigo; él mismo fue cogido y llevado a Edimburgo, donde, después de haber sufrido muchas indignidades con noble fortaleza, acabó su desgraciada existencia en un patíbulo: su antigua sentencia, cuya injusticia recordará el lector, fue la ocasión con que se quiso legitimar aquel rigor. Sus partidarios se dispersaron o fueron desterrados: Rumbold y Aylofffe, dos ingleses que le habían acompañado en su expedición, fueron ajusticiados.

### **Asamblea del parlamento.**

Engreído Jacobo con tantas prosperidades, miró con desdén al mismo parlamento inglés, tan formidable en todos tiempos para su familia; y en su discurso a las cámaras, que reunió desde principios del invierno (9 de noviembre), mostró creerse dispensado de las reglas de la prudencia y de todo disimulo. Declaróles sin rodeos que plenamente probada por la experiencia de la última revolución la inutilidad de la milicia, antes tan decantada, pedía un nuevo subsidio para el sostenimiento de las fuerzas adicionales que había levantado; tampoco ocultó que había empleado a muchos oficiales católicos, y que en su favor había dispensado a todos de la ley que imponía el juramento o prueba (el *test*) a cuantos poseían un cargo público; y para anteponerse a toda oposición, añadió que después de haber recogido el fruto de sus servicios en los tiempos de peligro, estaba resuelto a no exponerlos a malos tratamientos, como también a no verse privado de su auxilio en el caso de un nuevo levantamiento.

Tan ajena estaba de todo pensamiento de oposición la actual asamblea, tal era su temor de las tristes resultas de un rompimiento con la corona, que probablemente, si Jacobo hubiera ejercido su poder dispensativo sin declararlo, se hubiera callado, y acaso el tiempo hubiera llegado a reconciliar a la nación con aquella peligrosa prerrogativa; pero atacar a la vez la constitución, amenazar la religión nacional, establecer un ejército permanente, y hasta pedir el auxilio del parlamento para autorizar todas estas empresas, era traspasar con mucho los límites de la paciencia; y por primera vez, los comunes desplegaron algún resto de calor y de generosidad nacionales. Cuando se discutió en la cámara el discurso del rey, hicieron severas observaciones sobre las medidas presentes, y no sin dificultad prometió conceder algunos subsidios, pero en vez de terminar este punto, como el único medio de agrandar al rey, emprendió examinar el poder dispensativo, y se tomó la resolución de presentar a su majestad un memorial para oponerse a él. Sin embargo, antes de que se presentase aquel memorial, volvieron a ocuparse los comunes en la discusión del subsidio, y como la corte pedía 1.200.000 libras esterlinas, y los patriotas proponían que se dieran solo 200.000, se tomó un término medio, y el resultado, después de algunos debates, fue conceder 700.000. El memorial o representación contra el poder dispensativo se concibió en los términos más respetuosos y sumisos; sin embargo el rey le recibió mal, y su respuesta contuvo una repulsa terminante, pronunciada con mucho calor y vehemencia, lo que de tal suerte consternó a los comunes, que por largo rato

quedaron sobrecogidos; y como se hubiese aventurado Coke, diputado de Derby, a decir: «ingleses somos todos, y supongo que no nos asustarán algunas palabras duras», la asamblea, por lo común tan díscola y obstinada, se amedrentó de manera que le hizo llevar a la Torre por la osadía que había tenido de manifestar un sentimiento liberal y generoso. Separóse sin haber fijado día para deliberar sobre la respuesta de su majestad, y su primer cuidado, en la siguiente sesión, fue entablar humildemente el negocio del subsidio, sobre el cual llevó tan allá la complacencia, que estableció fondos para pagar la suma concedida en el espacio de nueve años y medio: de esta suerte, casi sin esfuerzos o sin violencia, obtuvo Jacobo una victoria sobre los comunes; y esta asamblea, en vez de velar sobre sus fueros, expuestos entonces a peligros tan evidentes, concedió a la corona un aumento de renta y, haciendo al rey independiente en cierto modo, contribuyó a acrecentar aquellos peligros que tantos motivos tenía para temer.

La oposición siguiente vino de la cámara de los pares, aunque poco acostumbrada a abrir la senda en tales ocasiones, y del banco mismo de los obispos, que es de donde generalmente espera la corte más complacencia y sumisión. Había empleado aquella cámara los primeros días de la legislatura en dar al rey en términos generales las gracias por su discurso, y este cumplimiento pasaba entonces por una aprobación sin reserva; pero Compton, obispo de Londres, no tuvo dificultad en proponer, en nombre de su banco como en el suyo, que se fijase un día para deliberar sobre el discurso del rey, proposición que apoyaron Halifax, Nottingham y Mordaunt: solo Jefferies se declaró contra ella y pareció dispuesto a tratar a la cámara con la arrogancia a que se había acostumbrado en los tribunales de justicia; más pronto se le enseñó a conocer su puesto, y su conducta probó que la insolencia, cuando se la humilla, se convierte naturalmente en bajeza y cobardía. La proposición del obispo de Londres quedó aprobada.

Hubiera podido Jacobo prometerse que aun suponiendo bastante valor en los pares para elevarse contra su poder dispensativo, la misma respuesta que había dado a la cámara baja bastaría para hacerlos caer en la misma timidez, y por este medio hubiera podido obtener un subsidio cuantioso, sin comprarle con concesión ninguna, pero su imperioso natural, la exagerada opinión que había concebido de su derecho, y las violentas inspiraciones de su celo y del de sus clérigos le hacían tan incapaz de sufrimiento, que, sin la menor demora, sin ningún otro motivo de queja, tomó inmediatamente el partido de una prorrogación. En el espacio de un año y medio que continuó el parlamento, le prorrogó otras cuatro veces; pero después de haber intentado inútilmente, por medio de solicitudes particulares, vencer la obstinación de los jefes, disolvió en fin aquella asamblea, y como era evidentemente imposible que hallase entre sus súbditos protestantes una reunión de hombres más adictos a la autoridad real, creyóse universalmente que estaba decidido a gobernar en lo sucesivo sin parlamento.

Jamás ningún rey de Inglaterra había subido al trono con mayores ventajas que Jacobo, ni había tenido más facilidad, si ventaja es esto, para hacerse absoluto, él y su posteridad; pero, por efecto de su imprudente conducta, estas felices circunstancias solo sirvieron para precipitar su ruina. Los ingleses parecían dispuestos a resignar todas sus libertades en sus manos, si hubiera guardado más mesura con su religión; y acaso hubiera subyugado juntamente su religión y sus libertades, si hubiera observado en su conducta las máximas comunes de la prudencia y la discreción. Declarar abiertamente, y desde el principio de su reinado, la intención en que estaba de dispensar de los *tests*, la más sólida barrera levantada contra la religión romana, era esparcir la alarma en toda la nación, sembrar el terror en la iglesia anglicana, que había sido hasta entonces el principal sostén de la monarquía, y descontentar al mismo ejército, único instrumento con el cual podía prometerse gobernar. Los sermones y los escritos polémicos reanimaron el antiguo horror contra el papismo; y en todas las disputas, la victoria al parecer quedó de parte de los teólogos protestantes, a quienes se escuchaba con prevenciones más favorables, o que conducían la controversia con más erudición y

elocuencia<sup>456</sup>. Otro incidente que ocurrió por entonces contribuyó mucho a excitar la animosidad de la nación contra la religión católica.

### **Persecuciones en Francia.**

Luis XIV, después de haber atormentado por largo tiempo a los protestantes franceses, revocó el edicto de Nantes, concedido por Enrique IV para asegurarles el libre ejercicio de su religión, edicto que se había declarado irrevocable y que, en cerca de un siglo que llevaba de existencia, no había ofrecido ningún inconveniente de consideración. Todas las iniquidades inseparables de la persecución se ejercieron contra aquellos infelices religionarios, y como parecía que su obstinación aumentaba con sus padecimientos, unos cubrieron, bajo la capa de una fingida conversión, su horror a la fe romana, y otros fueron a buscar en las naciones extranjeras aquella libertad que les arrebataban en su patria. Mas de 500.000 súbditos útiles e industriosos abandonaron el suelo de la Francia y llevaron a los estados vecinos, con inmensos tesoros, las artes y manufacturas que muy de antiguo contribuían a la opulencia de aquel gran reino. Por todas partes difundieron las más trágicas relaciones de la tiranía a que habían escapado, y aquellas lamentables pinturas despertaron entre los protestantes un vivo resentimiento del espíritu sanguinario y perseguidor del papismo, resentimiento harto fundado en ejemplos de todos los siglos. Inglaterra sola recibió entonces cerca de 50.000 refugiados, y lo que contaron inspiró naturalmente un extremado horror a los proyectos que se atribuían al rey Jacobo contra la religión protestante. Cuando un rey, tan prudente y humano como Luis XIV, sin ninguna provocación, podía, por celo de religión, abrazar una resolución tan bárbara y tan impolítica ¿qué no debía temerse, decían, de un príncipe tan inferior como Jacobo en aquellas virtudes, y ya muy irritado por una tenaz y violenta oposición? En vano vituperaba abiertamente las persecuciones de Francia; en vano ofrecía una protección y socorros positivos a los infelices hugonotes; todas estas afectaciones de tolerancia parecían insidiosas, contrarias a los principios reconocidos de su fe, y desmentidas por los rigores que él mismo había ejercido contra los no-conformistas durante su administración de Escocia.

### **El poder dispensador.**

En la presente disposición de los ánimos, el menor paso hacia la introducción del papismo podía ser una razón de desconfianza; ¡cuanto más no debía serlo un paso tan poco mesurado como la dispensa de los *tests*, única seguridad que tenía la nación, a falta del *bill* de exclusión, contra las innovaciones que tenía! Jacobo sin embargo estaba resuelto a perseverar en su empresa, y frustrado su intento de que la apadrinase el parlamento, hizo una tentativa más feliz para establecer el poder dispensador por medio de la autoridad de los jueces (1686). Sir Eduardo Hales, nuevo prosélito, había aceptado una comisión de coronel; su cochero, de acuerdo con él, le acusó formalmente, so pretexto de ganar las 500 libras esterlinas que concedía a los delatores la ley relativa a los *tests*; con este ardid se lisonjeaba el rey de que la autoridad de la decisión, y la razón misma de la cosa, terminarían todas las dudas tocantes al poder dispensativo.

No debía esperarse que en esta ocasión los abogados que litigaban contra Hales lo hiciesen con mucha vehemencia, pero un negocio que causaba tanta inquietud al público se discutió a fondo en varios escritos muy trabajados, y si le fuera dado al entendimiento humano deshacerse de sus preocupaciones, no faltan materiales para formar sobre esto un juicio sólido. Concedíase que la pretensión y el ejercicio del poder dispensativo eran muy antiguos en Inglaterra, y aunque parecían

---

456 Los más de los católicos eran franceses o ingleses que habían estudiado en las universidades extranjeras, y su escaso conocimiento de la lengua debía naturalmente perjudicarles mucho en las controversias. (Nota del Traductor.)

una copia de las usurpaciones papales, se hacía ascender claramente su origen hasta el reinado de Enrique III. Durante el gobierno feudal, los hombres, decían, se cuidaban más de conservar la propiedad particular de sus bienes que de tomar parte en los negocios públicos, y con tal de que no se emprendiese cosa alguna contra sus posesiones y sus derechos, abandonaban sin desconfianza al soberano la ejecución de las leyes y el cuidado de la pública seguridad. El objeto de una ley penal era generalmente armar al príncipe de una mayor autoridad, para que pudiese conseguir aquel objeto, y como esta ley servía también para fortificar su poder en calidad de primer magistrado, veíase poco peligro en concederle el derecho de dispensar de su ejecución en los casos que podían exigir excepción o indulgencia. A tal punto había prevalecido este uso, que los mismos parlamentos habían reconocido más de una vez esta prerrogativa de la corona, particularmente bajo el reinado de Enrique V, cuando establecieron la ley contra los extranjeros y acordaron el estatuto de los provisos, pero aunque los estatutos de esta naturaleza interesasen en general al príncipe en su ejecución más que a ninguno de sus súbditos, no dejaba de suceder a veces en un gobierno mixto, que, para casos particulares, que no hacían referencia inmediatamente a la propiedad, el parlamento conceptuaba oportuno expedir leyes que regían o limitaban el poder real. En el vigésimo tercio año de Enrique VI, una ley prohibió conservar en un condado el cargo de *sheriff* más de un año, con la cláusula de que no podría el rey dispensar de su cumplimiento. La sola razón hace conocer que esta ley a lo menos estaba exceptuada de la prerrogativa real, pero como el poder dispensativo prevalecía aun en otros casos, pronto le fue fácil, ayudado por el servilismo de los tribunales de justicia, sobreponerse a ese mismo estatuto, que manifiestamente el poder judicial se había propuesto poner a cubierto de toda violación. Bajo el reinado de Enrique VII, se discutió el caso delante de todos los jueces, en plena cámara del *exchequer*, y la decisión fue que, a pesar de la cláusula estricta y formal del estatuto, el rey podía dispensar de su cumplimiento, sosteniéndose que primeramente podía dispensar de la cláusula prohibitiva, y luego dispensar también del estatuto mismo.

Esta opinión de los jueces, aunque tan absurda, había pasado después por una regla constante, el uso de continuar los *sheriffs* había siempre prevalecido, y la propiedad de una gran parte de los bienes de Inglaterra se hallaba fijada por las decisiones que unos jurados nombrados por tales *sheriffs* habían fallado en los tribunales de justicia, varias otras dispensas de igual naturaleza pudieran presentarse, no sólo pasajeras, sino uniformes y constantes: así fue como hubo dispensa de la ley que prohibía ser juez en las *asisas* del condado donde se había nacido; de la que hacía a un galés incapaz de todo empleo público en el país de Gales; y de la que obligaba, después de haber obtenido perdón por felonía, a dar fianza de buena conducta. En el segundo año de Jacobo I se había hecho, sobre la misma cuestión, en la cámara del *exchequer*, una nueva consulta de todos los jueces; se había confirmado unánimemente aquella prerrogativa, y se consideró como un principio establecido, en la jurisprudencia inglesa, que el rey no podía tolerar lo que era moralmente legítimo, pero que podía permitir lo que no estaba prohibido más que por un estatuto positivo. Los mismos comunes, en aquella tan celosa cámara que arrancó de Carlos I la petición de derecho, no escrupulizaron reconocer, por boca de Glanville, su agente, el poder dispensativo en toda su extensión, y en el famoso caso de la talla de las naves (*ship-money*), Holborne, abogado del pueblo, había hecho naturalmente y en los términos más expuestos, la misma concesión. Sir Eduardo Coke, grande oráculo de la legislación inglesa, no sólo está conforme con todos los demás jurisconsultos en favor de esta prerrogativa, mas muestra considerarla tan esencial a la corona, que ni aun un acuerdo del mismo parlamento puede abolirla, y observa particularmente que la ley no puede establecer una incapacidad de poseer empleos de que el rey no pueda dispensar, porque la ley natural le da un derecho al servicio de todos sus vasallos. Esta razón particular puede aplicarse, como los principios generales, a la cuestión de los *tests*, y la peligrosa consecuencia de conceder dispensas en este caso, nunca debe alegarse ante un tribunal de judicatura. Puede decirse que cada prerrogativa de la corona admite abusos; si el rey perdonase a todos los reos, la ley quedaría totalmente eludida; si declarase e hiciese continuamente la guerra a todas las naciones, sería

inevitable la ruina del Estado, sin embargo le están confiados estos poderes, y debemos en el día estar contentos, como nuestros antepasados, de descansar sobre la prudencia y discreción del soberano en el ejercicio que de ellos hace.

Aunque estos raciocinios parecen fundados sobre principios ordinariamente admitidos por los jurisconsultos, estaba tan prevenida la opinión pública contra el uso que hacía Jacobo de su prerrogativa en el caso presente, que antes de que se viese la causa de Hales, tuvo que quitar sus empleos a cuatro de los jueces, Jones, Montague, Charleton y Nevil, y que, por haber sostenido las pretensiones de la corona, el mismo Eduardo Herbert, jefe de justicia, y hombre de reconocida probidad, quedó cargado de una especie de infamia. El poder de dispensar se consideraba en efecto como igual al de anular, y no se concebía que se necesitase una autoridad menor para anular un estatuto que para darle fuerza de ley. Además, suponer que se podía dispensar de una ley penal, era conceder que todos los demás podían correr la misma suerte; y ¿en virtud de qué principio podrían luego preservarse las leyes que protegían la propiedad? El acto del *test* se había mirado siempre como la más sólida barrera de la religión establecida, en el caso de un sucesor papista; bajo este título le había exigido el parlamento, le había concedido el príncipe, y, durante los debates para la exclusión, le había concedido el canciller. ¿Por qué magia, por qué embrollo se destruía y perdía toda su fuerza? Todos se hacían mutuamente estas preguntas, y los súbditos acusados por la grande autoridad de las decisiones y de los antecedentes, se veían reducidos, o a dudar de la autoridad de la prerrogativa misma, o bien a asegurar que el uso de cerca de 500 años no era capaz de darle una autoridad suficiente: no se consideraba que las dificultades actuales o el desorden aparente provenían de las últimas innovaciones introducidas en el gobierno.

Desde el principio de aquel siglo, el parlamento se había esforzado continuamente, con un celo digno de elogio, por extender o adquirir poderes, y establecer principios tan favorables a la ley como a la libertad; la autoridad de la corona se había limitado sobre muchos artículos importantes, y con frecuencia el objeto de las leyes penales no había sido menos libertar la constitución de los ataques de los ministros que mantener la paz pública y reprimir los crímenes o la corrupción de las costumbres; sin embargo, se dejaba subsistir el poder dispensativo, práctica en verdad muy antigua, y cuasi uniforme en su duración, pero capaz de derribar en un instante el edificio y de arruinar todos los baluartes de la constitución. Si esta prerrogativa, que presenta señales tan caracterizadas de una autoridad despótica, había no obstante subsistido, en tiempos antiguos, con algún grado de libertad para los súbditos este hecho prueba solamente que no hay tal vez ningún gobierno humano, y menos todavía ningún gobierno establecido en siglos incultos y bárbaros, que esté enteramente de acuerdo consigo mismo y sea uniforme en todas sus partes. Pero en vano se esperaba que el poder dispensativo pudiese nunca conciliarse con aquellas limitaciones exactas y regulares que se habían fijado recientemente, y que el pueblo estaba decidido a sostener; y aunque los ciudadanos ignoraban en virtud de qué principios podían contestar aquella prerrogativa, veían que era absolutamente necesario contestarla, o a lo menos abolirla, si querían salvar sus leyes y la constitución: por fortuna la revolución que siguió en breve acabó ella sola con todas estas disputas. Merced a aquella revolución, se levantó un edificio más uniforme: la monstruosa inconsistencia, tan visible, entre las antiguas partes del gobierno gótico y los planes modernos de libertad, desapareció enteramente; y, para su felicidad común, el rey y el pueblo aprendieron en fin a conocer los verdaderos límites de sus derechos respectivos.

Por mucha fuerza que diesen a sus argumentos los abogados de la corona, la nación consideraba peligroso el poder dispensativo, por no decir fatal a la libertad, y esto era bastante para alarmarse tanto de la obstinación de Jacobo en ejercerle cual si aquel poder no hubiera estribado sino en la más reciente y abierta usurpación, pues no era verosímil que una autoridad que se atribuía en medio de tantos obstáculos permaneciese por largo tiempo ociosa entre sus manos. Cuatro señores católicos, Powis, Arundel, Bellasis y Dover, fueron admitidos al consejo privado. Halifax, viendo que, a pesar de todo el mérito de sus servicios, no gozaba en realidad de ningún crédito, se obstinó en su oposición, y su cargo de guarda del sello privado se dio a lord Arundel. El celo del rey

no se contenía ni disimulaba para conseguir conversiones, y todos veían que el único camino para captarse su afecto y su confianza era hacerle el sacrificio de la religión. Pronto Sunderland compró el favor real a este precio: Rochester, lord tesoro mayor, fue destituido, aunque era cuñado del rey, porque rehusaba darle igual prueba de complacencia. La tesorería se puso en comisión, y su dirección se dio a Bellasis. Todos los cortesanos, hasta los que menos se curaban de cosas de religión, quedaron disgustados; y el honor y la desconfianza anejos al cambio de fe, hicieron tomar a todo trance al mayor número la resolución de permanecer fieles a la iglesia nacional.

### **Estado de Escocia.**

Más feliz fue en Escocia el proselitismo de Jacobo: los condes de Murray, de Perth y de Melfort abrazaron la religión de la corte, y los dos últimos dieron una verdadera razón de cortesano para justificar su conversión, pues pretendieron que los escritos hallados en el gabinete de Carlos II les habían abierto los ojos y convencíolos de la preferencia que merecía la religión católica. Queensberry, que no tuvo la misma complacencia, cayó en una total desgracia, a pesar de sus servicios anteriores y de los infinitos sacrificios que había hecho a las medidas de la corte. Ni aun le libertó este mérito de la venganza a que quedaba expuesto; al paso que Pert, su rival, a quien había casi anonadado con la superioridad de su crédito, tomó tanto ascendiente que todas las antiguas quejas formadas contra él se olvidaron absolutamente. Halifax dijo con mucha gracia que la fe le había salvado.

### **Estado de Irlanda.**

Pero en Irlanda fue donde más principalmente se depuso el disimulo y donde más libre se creyó el rey para ejercer toda la vehemencia de su celo. Llamóse al duque de Ormond; y a pesar de que dos protestantes, el primado y lord Granard, poseían aun la autoridad de jefes de justicia, el poder efectivo estaba en manos de Talbot, general de las tropas, creado poco después conde de Tyrconnel y animado de un desmedido celo a favor del catolicismo. Después de la rebelión de Monmout, Tyrconnel había mandado que se desarmase a todos los protestantes, so pretexto de asegurar el sosiego público, y que se depositasen sus armas en los almacenes para el uso de la milicia irlandesa: luego se propuso reorganizar el ejército, y muchos oficiales recibieron orden de retirarse, porque se los acusaba de haber servido ellos o sus padres en tiempo de Cromwell y de la república. No se contuvo la injusticia en estos límites, cerca de 300 oficiales más fueron destituidos, a pesar de que la mayor parte de ellos habían comprado sus comisiones. Licencióse a 4 o 5.000 soldados protestantes, y despojándoles hasta de sus uniformes, quedaron expuestos a perecer de hambre en las calles. Mientras continuaban estas violencias en Irlanda, viose llegar a ella con título de virrey a Clarendon; pero pronto reconoció que habiendo rehusado al rey la prenda de fidelidad que le pedía, es decir, el abrazar la religión de la corte, no debía esperarse a gozar de grande autoridad, y en efecto, estuvo como prisionero en manos de Tyrconnel, hasta que, como continuase oponiéndose con todo su poder a las precipitadas medidas de los católicos, fue destituido, y Tyrconnel ocupó su puesto: de esta suerte vieron a su vez los protestantes el poder civil y la fuerza militar en manos de sus inveterados enemigos, inflamados de un odio hereditario, y estimulados por todos los motivos que pueden inspirar las pasiones reunidas del mando, del celo religioso y de la propiedad. Desprovistos de medios de defensa, lanzáronse contra ellos atroces bandidos, sedientos de rapiñas: temieron que se renovasen las antiguas matanzas, y como unos temores tan justos impulsaron a muchos de ellos a salir del reino, difundieron por la nación inglesa el terror de aquellas violencias a que en breve podía exponerla a ella también el triunfo de los católicos.

Todos los hombres juiciosos de la comunión católica vituperaron unos rigores cuyas consecuencias no les era difícil prever; pero Jacobo estaba enteramente gobernado por los imprudentes consejos de la reina y del P. Peters, su confesor, jesuita, a quien luego honró con una plaza en el consejo privado. imaginábase también que hallándose en el otoño de su vida, no podía acelerar demasiado la ejecución de sus designios, temeroso de que los desbaratase enteramente la sucesión del príncipe de Orange. Powis, Arundel y Bellasis le rogaban en vano que anduviese más mesurado en sus empresas, habían visto, habían palpado en la averiguación de la trama papista el furioso odio de la nación a la religión católica, y aunque parecía que varias circunstancias le habían atenuado algún tanto, sabían que la disposición habitual de los ánimos no había cambiado, y que el menor accidente podía renovar toda su antigua animosidad; en este supuesto, se hubieran contentado con una ligera indulgencia para con la religión católica, y miraban como peligrosa y funesta toda tentativa para adquirir poder, y más aun para efectuar una mudanza en la religión nacional<sup>457</sup>.

### **Rompimiento entre el rey y la iglesia.**

Al primer rumor de la trama papista, la iglesia anglicana había concurrido con tanta violencia y credulidad como el resto de la nación a la persecución de aquel fantasma; pero temiendo luego el triunfo de los principios republicanos y presbiterianos, se había dejado comprometer en las miras de la corte, y a su apoyo era a lo que más particularmente debía Jacobo su advenimiento a la corona: luego, viendo que el olvido era el premio de sus servicios, y que los católicos eran los únicos objetos de la predilección del rey, había empezado de nuevo a oponerse a las medidas de la corte, y el papismo llegó a ser el peligro más inmediato. Jacobo, con la mira de evitar sermones incendiarios sobre este tema favorito del pueblo, había restablecido algunos decretos relativos al púlpito, publicados por Carlos II, desde el principio de su reinado, en una época en que no se temía ninguna tentativa contra la religión nacional; pero habiendo llegado a ser tan delicada la situación de la iglesia, era poco probable que los predicadores mostrasen gran sumisión a unas órdenes que no estaban fundadas en ninguna autoridad legal, cuando no veían seguridad para ellos mismos si no conservándose el respeto y la confianza del pueblo. En vez de evitar las controversias, según los preceptos del rey, declamaron abiertamente contra el papismo, y el doctor Sharpe, ministro de la iglesia de Londres, se distinguió particularmente por el desprecio con que trató a los que se habían dejado persuadir por los argumentos de los misioneros romanos. Este ataque, que parecía dirigido contra el rey, ofendió tan vivamente a la corte, que el obispo de Londres recibió orden de suspender inmediatamente al ministro hasta que su majestad resolviese otra cosa; y aunque el prelado se negó a obedecer, so pretexto de que no tenía facultad para imponer castigos de un modo tan expeditivo, ni aun por faltas de primer orden, ni esta razón, tan evidente, ni las respetuosas sumisiones del obispo y del mismo Sharpe, pudieron aplacar a la corte: Jacobo, resuelto a proceder sin miramientos, quiso castigar al obispo rebelde por su resistencia a unas órdenes arbitrarias, y el medio que para ello eligió fue el más ilegal y el más imprudente al mismo tiempo.

### **Tribunal de comisión eclesiástica.**

Entre los instrumentos que la corte había empleado antiguamente para ensanchar su autoridad, ninguno había más peligroso ni aun más destructivo para la libertad, que el tribunal de alta comisión, abolido, como la cámara estrellada, bajo el reinado de Carlos I por un acuerdo del parlamento, en el que había una cláusula que prohibía sin restricción el establecimiento de ningún tribunal de aquella naturaleza; pero el imperioso natural de Jacobo no le permitió considerar esta ley

457 D'Avaux, 10 de enero 1687.



como un obstáculo, y con escándalo se vio nacer un nuevo tribunal eclesiástico compuesto de siete comisarios, revestidos de una autoridad sin límites sobre toda la iglesia de Inglaterra. Tenía aquel tribunal hasta el poder inquisitorial que caracterizaba en otro tiempo al de alta comisión; estaba autorizado a proceder sobre meras sospechas, y para mejor hollar la ley, sus cartas de fundación decían expresamente que debía ejercer su jurisdicción a despecho de todos los estatutos y leyes en contrario. Nadie ignoraba el designio que había concebido Jacobo de poner a la iglesia bajo el yugo, y si hubiera conseguido establecer la autoridad de aquel tribunal, su triunfo era infalible: la religión y la libertad nacional, no podían temer un golpe más mortal, pero por fortuna no podía la cuestión librarse en una causa más inicua e impopular que la promovida contra Sharpe y el obispo de Londres.

### **Sentencia contra el obispo de Londres.**

Citado este prelado ante los comisarios, después de haber protestado contra la legitimidad del tribunal, y reclamado el privilegio de todos los obispos cristianos de ser juzgados por su metropolitano y sus sufragáneos, dijo para su defensa particular que, estando obligado para suspender a Sharpe a tomar la calidad de juez, no había podido según las reglas de la justicia, pronunciar una sentencia contra él sin previa citación y sin un proceso formal; que había representado este obstáculo al rey en un memorial, y que, no habiendo recibido respuesta alguna de su majestad, había debido discurrir que aprobaba su objeción; que, para manifestar todavía mejor su deferencia, había aconsejado a Sharpe que no continuase sus predicaciones sin haber justificado antes su conducta, aviso que, de parte de un superior, valía tanto como una orden, y que, en efecto, Sharpe se había sometido a él; que había creído al rey satisfecho de esta conducta; pero que, si había tenido la desgracia de apartarse de su obligación en algún punto, estaba pronto a pedir humildemente perdón con todas las reparaciones debidas. Inútiles fueron la sumisión del prelado y la de Sharpe: Jacobo estaba resuelto a hacer un escarmiento; los comisarios recibieron orden de pasar adelante en el proceso, y por mayoría de votos, el obispo y el doctor quedaron suspendidos.

### **Suspensión de las leyes penales.**

Un reinado tan corto sólo presenta actos contrarios a la prudencia o a la ley, a veces a ambas a dos, y atentados contra los más caros y respetables intereses de la nación: hasta los pocos proyectos del rey que pueden considerarse como laudables en sí mismos, estaban tan desacreditados por sus notorias intenciones, que sólo sirven para corroborar los cargos contra él. Jacobo se había convertido en gran patrono de la tolerancia y declarado enemigo de todas aquellas leyes perseguidoras que la iglesia anglicana había obtenido contra los no conformistas y los católicos. No contento con conceder dispensas a los particulares, se atribuyó la facultad de suspender, por medio de una declaración de indulgencia general, todos los estatutos que exigían la conformidad con la religión establecida, abuso de autoridad absolutamente incompatible con las leyes y con una constitución limitada, pero que sin embargo se apoyaba en un gran número de ejemplos importantes, sacados de la historia de Inglaterra. Aun después de que los principios de libertad adquirieron más ascendiente y empezaron a ser bien comprendidos, el rey Carlos II ejerció más de una vez, y sin provocar gran disgusto, aquel peligroso poder; en 1662, suspendió una ley concerniente a los correos; durante las dos guerras con Holanda, suspendió el acto de navegación; y habiendo resuelto los comunes en 1666, contra la inclinación del rey, convertir en ley el injusto *bill* relativo a la importación de ganados mayores de Irlanda, se vieron en la necesidad, para evitar el ejercicio de aquella prerrogativa que todavía no consideraban prudente contestar o destruir del todo, de calificar de nociva aquella importación.

Si la autoridad real tenía en otro tiempo mucha latitud en los asuntos civiles, todavía la tenía mayor en los eclesiásticos; y muchas veces se imaginaba que, en virtud de la supremacía, los reyes de Inglaterra encerraban en su persona todo el poder despótico de los papas. El último parlamento de Carlos I, privando al rey y al clero del derecho de expedir leyes canónicas sin beneplácito del parlamento, había reducido algún tanto la supuesta extensión de la supremacía; pero aun quedaban de ella partes considerables o, a lo menos, pretensiones importantes, de que solía hacer uso el soberano. En 1662, Carlos II alegó sus derechos de supremacía y su poder suspensivo, para conceder una tolerancia general; en 1672, renovó el mismo edicto, si bien es cierto que en ambas ocasiones le obligaron a retractarse las quejas del parlamento. y también debemos recordar que, en la segunda, el triunfo de la ley sobre la prerrogativa pasó por un grande y memorable antecedente. En general, puede observarse que en todos los casos en que el ejercicio del poder suspensivo era agradable o útil a la nación, el poder en sí era poco controvertido, y que, por el contrario, cuando producía algunos abusos, no solo encontraba oposición, más se tomaba el partido de contestar la legitimidad de la prerrogativa sobre que estaba fundado.

1687.—Jacobo, mucho más imprudente y arbitrario que su hermano, publicó un decreto que suspendía todas las leyes penales en los negocios eclesiásticos, y concedía a todos sus vasallos una libertad general de conciencia. En vano se le hizo considerar que aquel sistema de indulgencia había perdido ya todo prestigio con dos inútiles tentativas, y que, en un gobierno como el de Inglaterra, no bastaba que una prerrogativa tuviese la aprobación de algunos jurisconsultos o de algunos anticuarios; que hallándose condenado por el voto general de la nación, la victoria que un rey podía obtener sobre las libertades nacionales continuando en su ejercicio, pasaría siempre por una injusticia y una usurpación manifiesta;—en la opinión que tenía de su vigor y de su actividad, dotes en que se creía muy superior a su hermano, y persuadido de que su pueblo no gozaba de ninguna libertad de que él no pudiese disponer como emanada de su condescendencia, estas consideraciones sólo sirvieron para confirmarle en su proyecto.

Para proporcionar una acogida favorable a su edicto de tolerancia, el rey, viendo que los anglicanos le eran contrarios, afectó lisonjear a los no-conformistas, llevado de la idea de que empleando al un partido contra el otro, obtendría sobre ambos una victoria fácil; política refinada, pero cuya ejecución requería una habilidad que a él le faltaba: sus miras eran tan fáciles de penetrar, que le era imposible obtener nunca de los no-conformistas ni confianza ni respeto sinceros. Harto sabían que la índole de su religión era diametralmente opuesta a la de los católicos, único objeto de la pasión del rey; estaban convencidos de que la violencia de su natural y sus máximas religiosas se resistían igualmente a los principios de la tolerancia; habían visto que en los primeros días de su advenimiento, como en el discurso del reinado de su hermano, había lisonjeado a sus expensas a la iglesia anglicana, y que, si recurría a ellos, era desde que los prelados habían desechado sus peligrosos planes: de esta suerte todos sus favores debían parecer insidiosos a los hombres sensatos de su partido. Sin embargo, el atractivo del sosiego presente y su animosidad contra aquella iglesia que les había hecho sufrir largo tiempo una persecución tan rigurosa, influyeron tanto sobre ellos, que todos se apresuraron a manifestar al rey la más respetuosa deferencia hacia sus resoluciones, y que la humillación de sus enemigos les causó una alegría extremada.

Pero aun cuando hubieran estado dispuestos a cerrar absolutamente los ojos acerca de sus intenciones, el modo que tuvo de conducir su plan en Escocia hubiera bastado para revelar su secreto. Dirigióse primeramente al parlamento escocés, y le propuso la tolerancia sólo para la religión católica, sin comprender en ella a los presbiterianos; pero aquella asamblea, aunque todavía más dispuesta que el parlamento de Inglaterra a sacrificar sus libertades civiles, no por eso estaba menos resuelta a perseverar firmemente en su religión, y, por la primera vez, desechó abiertamente la proposición del rey, con lo cual tuvo Jacobo que recurrir a su prerrogativa, y consideró que, además de los católicos, debía interesar a una parte de sus vasallos en sostener aquel acto de autoridad. Los presbiterianos, hostigados, perseguidos, vieron con gran sorpresa que por todas partes se preconizaban los principios de la tolerancia, y que tenían permiso para asistir a los

conventículos, ofensa que, aun bajo aquel reinado, había pasado por nada menos que por un crimen capital, empero la declaración del rey contenía algunos artículos capaces de moderar su alegría. Declaraba, como si la fe romana hubiera ya tomado entero ascendiente, «que no emplearía contra nadie la fuerza, o la invencible necesidad, a causa de su opinión, es decir, de la religión protestante»; lo cual era seguramente prometer la tolerancia a los protestantes con mucha cautela, y reservar una puerta bastante anchurosa a la persecución y a la violencia. No es menos notable que, según los términos expresos del decreto, «en virtud de su soberana autoridad, de su prerrogativa real y de su poder absoluto, al que todos sus vasallos debían una obediencia sin reserva, había tenido a bien su majestad conceder la tolerancia.» Suelen penetrarse los designios de los otros príncipes por un cotejo de diferentes rasgos de su conducta o por el descubrimiento de sus más secretas resoluciones; pero Jacobo, obcecado por su celo, arrebatado por su imperioso natural, empleaba hasta en sus decretos y sus declaraciones públicas, expresiones que nada dejaban que adivinar.

Sabían muy bien los ingleses que el rey creía poder atribuirse, por su constitución, como realmente podía, la misma extensión de autoridad en sus estados meridionales que en los del norte; y por consiguiente, aunque la declaración de tolerancia que había hecho publicar en Inglaterra estaba concebida en términos más mesurados, no pudieron menos de inquietarse mucho del tratamiento arbitrario a que veían expuestos a sus vecinos. Podemos añadir que la misma declaración de Inglaterra contenía singulares cláusulas, pues prometía entre otras cosas que a todos los súbditos se los conservaría en la libre posesión de sus bienes y propiedades, sin exceptuar las de las tierras de la iglesia y las abadías; y se consideró que si no se tocaba el punto del pleno establecimiento del papismo, también esta promesa era enteramente superflua, y de aquí se dedujo que Jacobo, henchido de la alegría que le causaba el ver cercano aquel gran suceso, no podía contenerse en demostrarla de algún modo.

### **Estado de Irlanda.**

Pero la violenta y precipitada dirección de las cosas de Irlanda abría una perspectiva todavía más terrible. El furioso Tyrconnel, revestido en fin de una plena autoridad, se hacía por todas partes acompañar de Filton, canciller del reino, escapado de una cárcel que había merecido por sus crímenes, entre otros por el de falsario, pero suficientemente lavados por un celo ardiente en favor de la religión católica. Es fama que en el mismo tribunal dijo un día, que los protestantes eran todos unos pillos, y que de 40.000 no había uno que no fuese traidor, rebelde e infame: todo el discurso de su administración correspondió a estas ideas. Los católicos fueron puestos en posesión del consejo, de los tribunales y de todo lo concerniente a la justicia. Intentóse hacerlos dueños del parlamento a favor de la misma violencia de que se había dado ejemplo en Inglaterra, es decir, se revocaron las cartas de Dublín y de todas las comunidades, y se distribuyeron otras nuevas que sujetaban las ciudades y aldeas a la voluntad del soberano. Los ciudadanos protestantes fueron expulsados, y los católicos, que siempre habían vencido por su número, se vieron dueños absolutos del reino. El acta de establecimiento era el único obstáculo que los privaba de la propiedad entera, y ya Tyrconnel se había propuesto formar un parlamento por medio del cual se prometía hacer abolir aquel acuerdo y dar al rey la facultad de distribuir todas las tierras de Irlanda entre sus vasallos católicos; pero este injurioso proyecto halló oposición en el consejo por parte de los católicos moderados: lord Bellasis se exaltó hasta el punto de decir, echando un juramento, «que aquel perillán era bastante insensato para arruinar diez reinos.» Hízose presente la decadencia del comercio a resultas de la retirada de los protestantes, la ruina de los derechos y de las rentas reales, el sobresalto que cundía por Inglaterra, y tan poderosos motivos suspendieron por algún tiempo las resoluciones del rey; pero era fácil juzgar por su conducta habitual a que lado se inclinaría al fin de la balanza.

## Embajada a Roma.

No se limitó Jacobo a descubrir su imprudencia en sus propios estados, antes quiso que toda Europa fuese testigo de ella. El conde de Castlemaine fue enviado a Roma en calidad de embajador extraordinario, para rendir al papa el tributo de la obediencia y preparar la reconciliación formal de la Inglaterra con la comunión católica. Jamás ministro encargado de una comisión de aquella importancia se vio tan desairado ni sufrió tantas afrentas. El papa, en vez de aprobar aquel paso precipitado, discurrió que un proyecto conducido con tanta imprudencia no podía tener dichoso fin; además, hallándose empeñado en una contienda muy viva con el monarca francés, contienda que le interesaba más que la conversión de la Inglaterra, mostró poca consideración hacia el rey, a quien creía hartamente estrechamente ligado con su enemigo capital.

El único testimonio de complacencia que recibió Jacobo de su santidad fue la diputación de un nuncio a la corte de Londres en reconocimiento de su embajada. Un acuerdo del parlamento había declarado caso de alta traición toda comunicación con el papa; pero el rey mostró tan poco respeto a las leyes, que hizo al nuncio un recibimiento público y solemne en el palacio de Windsor. El duque de Sommerset, uno de los gentiles hombres de la cámara, fue privado de su empleo por haberse negado a asistir a aquella ceremonia. Hasta el fin de aquel reinado residió públicamente en Londres el nuncio; cuatro obispos católicos fueron consagrados a los ojos del público en la capilla del rey, partieron con el título de vicarios apostólicos para ejercer sus funciones en sus diócesis, y dirigieron a los católicos ingleses cartas pastorales que se publicaron y distribuyeron con expresa licencia del rey. Los eclesiásticos regulares de aquella comunión se presentaron en la corte con el hábito de su orden, y algunos tuvieron la indiscreción de jactarse de que dentro de poco esperaban salir en procesión por la capital.

Mientras que con tan poca prudencia atropellaba el rey los principios y las preocupaciones de sus súbditos protestantes, no siempre podía ocultarse a sí propio que tenía necesidad de su apoyo para la ejecución de sus designios. Había suspendido las leyes penales en virtud de su prerrogativa; había quitado la carga del *test*, pero hubiera deseado obtener la sanción del parlamento para sus actos de poder, convencido de que, sin esta autoridad, sus edictos solos nunca proporcionarían a los católicos suficiente seguridad; así hizo cuanto pudo, en conferencias particulares, porque entrasen en sus miras algunos miembros del parlamento. Por mucho tiempo se habían empleado para vencer la obstinación razones, amenazas y promesas; en fin, desesperanzado de obtener resultado alguno de sus esfuerzos, disolvió aquel parlamento con el propósito de convocar otro nuevo del que se prometía más complacencia. La anulación de las cartas le había hecho dueño de todas las comunidades, y le daba el poder de cambiar a su arbitrio toda la magistratura. El partido de la iglesia anglicana, sostén tan constante hasta entonces de la corona, al que el mismo Jacobo debía tan visiblemente su conservación, en medio de los esfuerzos de sus enemigos, se hallaba por aquel medio despojado de toda su autoridad; y los no-conformistas, sus mismos enemigos, eran substituidos en su lugar, primero en Londres, luego en todas las demás ciudades. No satisfecha con esta violenta y peligrosa innovación, estableció la corte una especie de comisario para examinar las disposiciones de los electores; y sus instrucciones les prescribían la obligación de excluir a los partidarios del *test* y de las leyes penales. En cada ciudad se abría públicamente una especie de interrogatorio para poner a prueba los sentimientos de los electores y juzgar cual sería la conducta del próximo parlamento; en una palabra, a tanto alcanzaba entonces el poder de la corona, y las rentas, economizadas por Jacobo, eran tan cuantiosas e independientes, que, si este príncipe hubiera abrazado un partido nacional, hubiera podido mirar su triunfo como infalible y extender la autoridad real cuanto hubiera querido; pero los católicos a quienes se había entregado en un todo, no componían ni la centésima parte del pueblo; los mismos protestantes no-conformistas, a quienes afectaba halagar tanto, no formaban arriba de la vigésima; y, lo que todavía era peor, no se fiaba más de la alianza forzosa que les hacían contraer con los católicos, que de los principios de una tolerancia contraria en todos tiempos a sus usos, aunque a la sazón parecían adoptarla. De esta

suerte Jacobo, viendo poca esperanza de triunfo, dio largas a las elecciones del parlamento y continuó ejerciendo su autoridad ilegal y arbitraria.

En Irlanda todo el poder estaba en manos de los católicos. En Escocia, todos los ministros, o a lo menos aquellos que más gozaban de la confianza del rey, habían abrazado la misma religión: todos los grandes cargos de Inglaterra, militares y civiles, se les iban poco a poco arrebatando a los protestantes. Rochester y Clarendon, cuñados del rey, no habían podido, por sus servicios y constante fidelidad a sus intereses, expiar su apego a la religión nacional y se veían despojados de sus empleos: el mismo Jeferies, después de haber prostituido a la corte el honor, la justicia y la humanidad, iba perdiendo por grados su crédito y valimiento porque rehusaba también abandonar su religión: solo faltaba ya abrir las puertas de la iglesia y de las universidades a la instrucción de los católicos. No tardó mucho Jacobo en intentar este temerario esfuerzo, y por haber puesto a los prelados y al clero anglicano en la necesidad de buscar en los principios de libertad una protección contra sus empresas, se quedó en fin sin amigos ni partidarios.

Un benedictino, llamado el P. Francisco, se presentó a graduarse de maestro en artes en la universidad de Cambridge, con cartas de recomendación del rey, y como el uso recibido en la universidad era conferir aquel grado a las personas de un mérito eminente, prescindiendo de su religión a tal punto que recientemente había admitido al secretario del embajador de Marruecos, Jacobo no dudó ni un momento de que se tomaría en cuenta su recomendación, pero considerando la universidad que había mucha diferencia entre un testimonio de aprecio que podía dispensar a los extranjeros, y unos títulos que daban derecho de sufragio en todas sus elecciones o sus decretos, y que conducirían infaliblemente a los católicos a la superioridad numérica, si una vez se empezaba a admitirlos, rehusó obedecer a la intimación del rey, por lo que inmediatamente se la citó ante el tribunal eclesiástico y se suspendió al vice-canciller; mas como al punto ocupó su puesto un hombre de carácter enérgico, creyó prudente el rey abandonar sus pretensiones.

### **Atentado contra el colegio de la Magdalena.**

Con más inflexible tenacidad sostuvo su empresa contra la universidad de Oxford, y los efectos que aquella produjo fueron también más graves. Esta universidad había hecho solemne y recientemente profesión de obediencia pasiva en su célebre decreto, y probablemente Jacobo se esperaba a verla probar su sinceridad cuando se le presentase a su vez ocasión de practicar unas máximas que, llevadas repugnan igualmente a la razón y a la naturaleza, pero que no hallan por lo común más fuerte oposición que en el último de estos dos principios. Habiendo muerto por entonces el presidente del colegio de la Magdalena, una de las más ricas fundaciones de Europa, vióse llegar una orden de la corte en favor de un nuevo convertido, llamado el doctor Farmer, quien, aun prescindiendo de su religión, carecía de otras muchas dotes exigidas por los estatutos. Los colegiales pidieron humildemente al rey la renovación de su orden, pero como llegase el día que fijaban los estatutos para la elección antes que la respuesta de la corte, eligieron al doctor Hough, hombre muy virtuoso, y de un temple de alma que le hacía altamente capaz de defender sus derechos y los del colegio. Para castigar a éste de lo que llamaba una contumacia, la corte envió comisarios eclesiásticos ante los cuales fueron citados el nuevo presidente y los colegiales: tan ajena había estado de consultar para su preferencia ningún otro motivo a más de la religión, que después de justas averiguaciones, Farmer fue conocido culpable de los vicios más bajos y escandalosos, y que los mismos comisarios se avergonzaron de insistir sobre la elección. Entonces llegaron nuevas cartas en favor de Parker, recién nombrado al obispado de Oxford, hombre vendido a la corte, y cuyo mayor mérito era haber, como Farmer, abrazado voluntariamente la religión católica. Representó el colegio que los presidentes habían sido siempre nombrados por elección y que hasta eran raros los ejemplos de una recomendación de la corte en favor de un candidato; que habiendo sido regular la elección de Hough, no o se le podía privar de su cargo, ni darle un sucesor mientras

viviese; que aun suponiendo la necesidad de la elección, los estatutos del fundador no permitían elegir a Parker; que los electores estaban comprometidos por juramento a la estricta observación de los estatutos y por ningún pretexto se podían dispensar de ella; en fin, que el colegio se había distinguido en todos tiempos por una fidelidad tan constante a la corona, que solo una invencible necesidad podía a la sazón hacerle resistir a las inclinaciones del rey. No se tomó en cuenta esta apología; el presidente y todos los colegiales, a excepción de dos que desistieron, fueron echados del colegio, y Parker puesto en posesión del cargo: acaso en todo el reinado de Jacobo no se encontraría una violencia más arbitraria ni más abiertamente ilegal.

Cuando los abogados de la corte emplearon sus más vivos argumentos en favor de la autoridad dispensativa, nunca dejaron de reconocer que los estatutos concernientes a la propiedad en particular, no podían legítimamente sufrir menoscabo por aquella prerrogativa, y sin embargo aquí se reconoció que no estaban a cubierto de una invasión. Se atacaban los derechos de un colegio; se despojaba ilegalmente a sus individuos de su propiedad por haber sido fieles a su deber, a sus juramentos y a su religión: las fuentes de la iglesia anglicana iban a ser emponzoñadas, y era fácil deducir que pronto todos los empleos eclesiásticos y civiles llegarían a ser presa de los que, con desprecio del honor, de la virtud y de la buena fe, sacrificasen villanamente su creencia a la superstición reinante. Tal fue la opinión general, y uniéndose la estrecha conexión de las universidades e con los establecimientos eclesiásticos al ardiente interés de todos los que se gloriaban de haber recibido en ellas su educación, aquel paso arbitrario irritó a todo el reino contra la administración del rey.

Otra empresa de la corte, que pasó por un insulto todavía más declarado contra la iglesia anglicana, hizo fatal y como incurable la desunión entre el rey y aquella formidable corporación. Es singular que Jacobo, que debía conocer, por el testimonio de su propio corazón, cuan poderoso influjo tenía sobre él el celo religioso, llevase no obstante la obcecación hasta el punto de no sospechar que aquel celo podía tener la misma fuerza sobre sus vasallos: si hubiera podido aprovecharse de tantas experiencias, bastantes pruebas había tenido de su invencible aversión a los principios de aquella religión que su violento o impetuoso natural le impulsaba obstinadamente a introducir en sus reinos por todos los medios posibles.

1688.—Casi en los mismos términos que la primera hizo publicar una segunda declaración de indulgencia, con orden de que, inmediatamente después del servicio divino, fuere leída por el clero en todas las iglesias del reino. Como se sabía que los obispos desaprobaban el uso del poder suspensivo, no sólo se creyeron insultados por esta cláusula, mas consideraron que su complacencia no los expondría menos al desprecio público por la timidez de su conducta, que al odio por el favor indirecto que mostrarían concederá aquella odiosa prerrogativa, y así casi todos se decidieron a conservarse el aprecio del pueblo, su única protección mientras que era tan flaca la autoridad de las leyes y sostenía tan fuertemente la corte intereses opuestos. Para afianzarse en esta resolución, seis de entre ellos, Lloyde, obispo de Saint-Asaph, Ken de Bath y Wells, Turner de Ely, Lake de Chichester, White de Peterborough, y Frelawney de Bristol, se reunieron secretamente en casa del primado y concertaron la forma de una nueva petición al rey. En ella exponían en pocas palabras que, a pesar de su extremada lealtad, virtud de que tan brillantes testimonios había dado la iglesia de Inglaterra; a pesar de la inclinación que los movía a aliviar, por todas las vías legales, la suerte de todos los protestantes no-conformistas, viendo no obstante que la declaración de tolerancia estribaba sobre una prerrogativa declarada ilegal por el parlamento, no podían, sin común menoscabo de la prudencia, del honor y de la conciencia, adoptarla tan parcialmente como se los acusaría de hacerlo si llegasen hasta el extremo de difundirla por todo el reino; atendido lo cual suplicaban a su majestad que no insistiese sobre la lectura pública de aquella declaración.

Jacobo era incapaz, no solo de ceder a la más formidable oposición, sino de dejar impunes las más leves y respetuosas contradicciones, por lo que inmediatamente resolvió (y sus resoluciones una vez tomadas eran inflexibles) castigar a los seis prelados por una petición tan popular en sí misma, y tan prudente y mesurada en sus términos. La petición le había sido presentada en

particular: mandó llamar a los prelados al consejo, y allí les preguntó si reconocían aquel documento. Penetrando ellos su intención, evitaron al principio dar una respuesta formal, pero instados por el canciller, reconocieron al fin su obra. Vista luego su negativa de dar fianzas, una orden del rey los envió inmediatamente a la Torre, y los abogados de la corte quedaron encargados de formarles causa por el sedicioso libelo que se los acusó de haber compuesto y reconocido.

### **Prisión, juicio y absolución de los obispos.**

Andaba ya cuidadoso el pueblo con el peligro que corrían los obispos; y su atención correspondió a su inquietud por el resultado de un negocio sin ejemplo en los fastos judiciales; pero cuando los vio conducidos con guardias, embarcados en el río y llevados hacia la Torre, todo su amor a la libertad y todo su celo por la religión estallaron juntamente, y por todas partes se vio acudir a la muchedumbre a aquel patético espectáculo: las orillas del Támesis se cubrieron de espectadores prosternados que pedían la bendición de sus pastores e imploraban la protección del cielo en el peligro que amenazaba a su religión y a su patria. Los soldados, contagiados del mismo espíritu, cayeron de rodillas delante de los prelados e imploraron la bendición de los reos cuya custodia les estaba encomendada: algunos anglicanos de los más celosos se metieron en el agua, para recibir más de cerca las bendiciones que iban sembrando en derredor aquellos ilustres cautivos, y mientras duró aquella triunfante desgracia, su modestia y sumisión aumentaron el interés general. Exhortaron ellos al pueblo a temer a Dios y a respetar al rey, a no apartarse de la fidelidad que debían a la corona, lenguaje más expresivo que las quejas; y luego que entraron en el recinto de su cárcel, dirigieron sus primeros pasos hacia la capilla para dar gracias al cielo por las aflicciones de que los conceptuaba dignos en defensa de su santa causa.

Cuando fueron llevados a presencia de los jueces, su paso atrajo un diluvio de espectadores, todavía más numerosos, si cabe, y más inquietos por su suerte, todos veían con terror la peligrosa crisis a que habían llegado las cosas, pero consideraban al mismo tiempo que la catástrofe no podía depender de una causa más desfavorable para el rey que aquella en que imprudentemente se había empeñado. Veintinueve pares seculares (porque todos los demás prelados procuraron oscurecerse) formaron la comitiva de los presos hasta Westminster-hall, y la procesión se aumentó con tan gran número de personas de la nobleza de segundo orden, que en la sala de audiencia quedó poco espacio para el pueblo. Los abogados de los seis obispos fueron sir Roberto Sawyer, sir Francisco Pemberton, Pollexfen, Treby y Somers: en las mismas actuaciones de la trama papista, no se había visto una causa defendida con más celo ni seguida con más interés y atención. El torrente popular, que ya de suyo es impetuoso y violento, estaba todavía irritado por la oposición del gobierno.

Establecióse, en favor de los seis obispos, que la ley permitía a los vasallos, cuando se creían heridos en algún punto grave, dirigirse al rey por medio de una petición, con tal de que se contuviesen en los justos límites que les prescribía la ley, y de que no se habían apartado los prelados; que, en los casos que tocaban a la conciencia, jamás se había pretendido que se le debiese al gobierno la obediencia activa, y que, de pública notoriedad, la ley era la que debía reconocerse por la gran norma de la obediencia y de la sumisión de los vasallos; que, cuando un particular recibía órdenes a que no podía obedecer, era mucho más respetuoso por su parte exponer las razones de su negativa que guardar un silencio tenaz y refractario; que nunca se había mirado como una violación del deber en los vasallos el exponer, sin ser expresamente consultados, su opinión sobre los negocios públicos, en los que todo ciudadano está tan evidentemente interesado; que, en el caso presente, no solo se había consultado a los prelados, más se los había precisado a manifestar su aprobación por medio de su obediencia, o su disentimiento por medio de una petición; que no se podía ser rebelde o sedicioso por haber contestado la prerrogativa del poder suspensivo, porque en efecto, en una monarquía legal y limitada, no había ni podía haber semejante prerrogativa; que aun suponiéndola real y efectiva, muchas veces se había contestado en Westminster-hall y en las dos

cámaras del parlamento, y que aun no se le había ocurrido a nadie hacer un crimen de esta oposición; que los seis prelados, en vez de llamar al pueblo, se habían dirigido al rey, y hasta le habían presentado su petición tan secretamente que, a no ser por la confesión que les habían arrancado delante del consejo, nunca se hubiera llegado a probar que ellos eran sus autores; y que habiéndose luego impreso y distribuido, ni siquiera se había tratado de probar que habían tenido la menor parte en su publicación.

Estas razones eran convincentes en sí mismas: los asistentes las escucharon con la más favorable disposición, y aunque la duración de las magistraturas estaba al arbitrio de la corte, algunos de los mismos jueces se declararon en favor de los acusados. Sin embargo, con grande admiración del público, y sin que nunca se haya podido averiguar la causa de ello, los jurados estuvieron algunas horas deliberando, teniendo entre tanto al pueblo en la más anhelosa expectativa, hasta que al fin se pronunció la grata declaración de que los acusados eran inocentes (17 de junio). Difundiéndose esta al punto por toda la sala, y comunicada en pocos instantes al innumerable gentío que la circundaba, cundiendo de pueblo en pueblo, fue a derramar un indecible júbilo por todas las provincias del reino.

Todos los veranos, desde la rebelión de Monmouth, Jacobo había hecho acampar sus tropas en la altura de Honnslow, tanto para mantenerlas en buena disciplina cuanto para imponer respeto al pueblo. Véase públicamente abierta en medio del campamento una capilla papista, y nada se perdonaba, aunque muy inútilmente, para atraer a los soldados a aquella comunión. Los pocos convertidos por los misioneros se veían tratados con un desprecio que entibiaba a los demás; y el odio que todos abrigaban contra los oficiales irlandeses que había introducido Jacobo en la milicia de Inglaterra contribuía no menos a disminuir su crédito en el ejército. El día mismo en que se falló el proceso de los obispos a favor de estos, Jacobo, después de haber pasado revista a las tropas, se había retirado a la tienda de lord Feversham que las mandaba, cuando de pronto le sorprendió oír un ruido extraordinario en el campamento acompañado de las más vivas señales de una estrepitosa alegría, y habiendo preguntado la causa de aquella novedad, le dijo Feversham «que no era nada, y que los soldados se regocijaban de la libertad de los obispos.» «Nada llamáis a eso —replicó el rey—, pero tanto peor para ellos.»

Jacobo estaba decidido a seguir adelante en la fatal carrera en que ya su precipitación le había hecho adelantarse tanto. Aunque no podía ignorar que a excepción de un puñado de católicos, sus vasallos de todas clases estaban indignados de lo pasado y más aun de lo que preveían para el porvenir; aunque veía cundir los mismos descontentos por el ejército, su único recurso contra las disposiciones hostiles del público, no por eso pareció menos incapaz de abandonar sus medidas o de moderar siquiera su violencia en la ejecución de las mismas. Destituyó a dos jueces, Holloway y Powel, que habían mostrado favorecer a los obispos; dio órdenes para que se averiguase quienes eran los ministros que no habían leído al pueblo su declaración, lo cual era señalar como desobediente a todo el clero anglicano, a excepción de unos doscientos; envió a los nuevos colegiales que habían impuesto al colegio de la Magdalena cédulas por las cuales pedía para presidente, en lugar de Parker, que acababa de fallecer, a Gifford, doctor de la Sorbona, obispo titular de Madura, y aun se asegura que le destinaba para la silla episcopal de Oxford. Este exceso de obcecación merecía acaso más lástima que odio, y debe sorprender efectivamente en un príncipe que, en otros puntos, no carecía de juicio y buenas prendas.

### **Nacimiento del príncipe de Gales.**

Algunos días antes del triunfo de los obispos, ocurrió un suceso que, en las ideas de Jacobo, era una compensación muy amplia de todas las mortificaciones que había experimentado en esta ocasión: la reina dio a luz un niño (10 de junio), que fue bautizado bajo el nombre de Jacobo. Este próspero suceso era esperado con impaciencia no solo por el rey y la reina, mas por todos los



celosos católicos de dentro y fuera del reino, que veían al rey ya entrado en años, y consideraban que la sucesión de la corona iba a recaer en el príncipe y la princesa de Orange, celosos protestantes, que se apresurarían a restablecer las cosas en su antiguo ser y estado. En todos los altares se habían ofrecido votos para obtener un sucesor varón; se habían hecho romerías señaladamente la de Loreto por la duquesa de Módena y el feliz suceso se atribuyó en particular a aquel piadoso viaje; por cuanto fue grande la alegría que causó a los católicos, lo fue el sentimiento que produjo en los protestantes, a quienes privaba de la grata esperanza con que empezaban a lisonjearse, aunque en una perspectiva bastante remota. La calumnia llegó hasta el extremo de suponer en Jacobo el designio de engañar al mundo con un hijo supuesto, a quien pudiese educar en sus principios, para ser después de él el sostén de la religión romana en sus estados: casi toda la nación le creía capaz de cualquiera especie de crímenes por exceso de celo, como parecía serlo de toda especie de imprudencias y consideraba que fácilmente sacrificaría los afectos de la naturaleza a motivo superior de propagar una fe católica y ortodoxa. No era esta la primera vez que se divulgaba la misma patraña: ya en 1682, habiéndose declarado encinta la reina, duquesa de York a la sazón, se hizo cundir la voz de que la nación estaba amenazada de una impostura<sup>458</sup>; más por fortuna el nacimiento de una princesa evitó al partido el apuro de sostener una ficción tan improbable.

---

458 Hállase consignado este hecho en un periódico de la época, titulado el *Observador*: véase el n.º del 22 de agosto de 1682.

## LXXI. Jacobo II—1688

Cuando tantos motivos, así civiles como religiosos, se unían para enajenar a Jacobo el afecto de sus vasallos de todas clases y condiciones; fácil era prever que no tardaría su trono en caer derrocado por su propio peso; pero es tal la fuerza de un gobierno establecido, tal es también la aversión de los hombres a acometer empresas azarosas que, a no haberle llegado a la nación una asistencia extranjera, las cosas hubieran podido seguir largo tiempo en la delicada situación en que se hallaban y lograr el rey a la larga sus temerarios y mal concertados proyectos.

### Conducta del príncipe de Orange.

Desde su enlace con la princesa María de Inglaterra, el príncipe de Orange había observado constantemente una conducta muy sesuda y digna del buen criterio de que estaba altamente dotado. Habíase propuesto por principio mezclarse poco en las cosas de Inglaterra, igualmente distante de causar descontento a los facciosos y de hacer sombra al príncipe que ocupaba el trono: su inclinación, no menos que su interés, le movía a ocuparse con asiduo celo en los negocios del continente, y sobre todo a suscitar obstáculos a la grandeza del monarca francés, contra el cual, por varias razones personales y políticas, abrigaba hacia mucho tiempo la más violenta animosidad. Esta conducta había lisonjeado las prevenciones de la nación inglesa, pero como era contraria a las inclinaciones de Carlos, que buscaba la paz por complacer a la Francia, había disminuido mucho para él la amistad y el favor de aquel monarca.

Jacobo, después de la muerte de su hermano, se había creído tan interesado en vivir bien con el heredero presuntivo de la corona, que había dado al príncipe algunos testimonios de amistad, y el príncipe, por su parte, había llenado todos los deberes del respeto y del afecto hacia el rey. A la primera nueva de la invasión de Monmouth, se apresuró a hacer pasar el mar a seis regimientos de tropas inglesas empleadas al servicio de Holanda, y ofreció tomar el mando de las tropas del rey contra los rebeldes. Aunque desaprobaba mucho las máximas de la administración de Jacobo, nunca se había propasado a hablar de ellas, ni a autorizar, con la menor apariencia de favor, los murmullos que con empeño se procuraba difundir por la nación.

A instancias del mismo rey había empezado el príncipe a tomar parte abiertamente en los negocios del reino. Las magníficas ideas que se formaba Jacobo de su prerrogativa no le habían impedido advertir que los decretos publicados bajo este concepto necesitaban de la autoridad legal, y que su continuación podía ser peligrosa para él mismo y para los católicos a quienes quería favorecer: se necesitaba un acuerdo del parlamento para consolidar aquella libertad de conciencia que él se había esforzado por establecer, y esperaba que declarándose el príncipe por aquel sistema, los miembros en quienes él personalmente sólo había hallado resistencia, le concederían en fin su sufragio: así fue que solicitó su consentimiento para la revocación de las leyes penales y del *test*, y con la mira de obtenerle, le hizo esperar el apoyo de la Inglaterra en todas las empresas que su activo y grande ingenio había concertado con tan buen éxito en el continente<sup>459</sup>. El príncipe de Orange era a la sazón el centro de todas las negociaciones de los estados cristianos.

---

459 Burnet, tom. I, pág. 711.

### **Forma una liga contra Francia.**

Sabía el príncipe que el emperador y el rey de España estaban furiosos de los repetidos ultrajes que habían recibido del ambicioso Luis de Francia, y más aun de los frecuentes insultos que les había hecho su orgullo; conocía la influencia de aquellos dos monarcas sobre los príncipes católicos del imperio; él mismo había adquirido mucho crédito sobre los príncipes protestantes, y con esta confianza, formó el gran proyecto de unir a toda Europa en una liga general contra las usurpaciones de la Francia, que tan de cerca amenazaba las libertades y la independencia de todos sus vecinos.

No hay caracteres más incompatibles que los de conquistador y perseguidor. Pronto conoció Luis que no sólo había enflaquecido sus estados con el destierro de un número tan considerable de vasallos útiles, mas también que los franceses proscritos habían inflamado contra él a todas las naciones protestantes, y le habían hecho enemigos que, por defender su religión y su libertad, estaban resueltos a oponerse obstinadamente a sus progresos. Amsterdam y las demás ciudades de Holanda, que antes habían caído en la dependencia de la Francia, aterradas en vista de las furiosas persecuciones contra los hugonotes, de que a cada momento les hacían nuevas ponderaciones, habían renunciado a toda facción doméstica y devuelto toda su confianza al príncipe de Orange. Los príncipes protestantes del imperio habían formado en Magdeburgo una liga separada para la defensa de su religión. Los ingleses, más irritados que nunca contra el ciego celo de su soberano, estaban dispuestos a abrazar las más violentas resoluciones contra él. Cuando se considera el estado de Europa en aquella parte del siglo XVII, se reconoce que Luis, con sus persecuciones, no sólo mancilló un reinado ilustre, mas levantó él mismo invencibles barreras a sus armas, a las cuales de otra suerte hubiera sido difícil o acaso imposible resistir.

El príncipe de Orange supo sacar partido de estas ventajas. Con sus amaños y la autoridad de sus consejos, logró formar en Augsburgo una liga el que todo el imperio se unió contra el monarca francés; en ella entraron también España y Holanda; luego se obtuvo la adhesión de la Saboya; Suecia y Dinamarca se mostraron propicias a la misma causa; pero por más que estos numerosos estados compusiesen la mayor parte de Europa, la liga parecía todavía imperfecta y desigual a su objeto mientras Inglaterra se mantenía firme en la neutralidad que no había cesado de observar.

Jacobo, aunque más supersticioso que su hermano, tomaba más a pecho que él su honor y el de la nación, y si no le hubiera retenido el primero de estos dos motivos, se le hubiera visto sostener con más ardimiento los intereses y la independencia de sus reinos; así fue que cuando vio alguna apariencia de llenar sus intentos religiosos, oponiéndose a los progresos de la monarquía francesa, no se apartó de este plan, e hizo esperar a su yerno que, favoreciendo sus miras en Inglaterra, podría moverle tarde o temprano a apoyar él también por su parte un proyecto en cuyo logro cifraba toda su ambición el príncipe de Orange.

### **Rehúsa coadyuvar a los planes del rey.**

No podía hacerse a un carácter como el suyo una oferta más seductora, pero después de haberlo reflexionado, encontró dificultades insuperables en la proposición del rey. Consideraba que este monarca se había atraído el odio de sus propios vasallos, que estaban profundamente recelosos de sus designios, y que miraban la futura sucesión del príncipe y de la princesa como su único recurso. Favorecer las odiosas miras que se le proponían era exponerse a la misma aversión: hasta era posible que los ingleses rehusasen sostener con sus subsidios unas alianzas que les serían sospechosas; él mismo se ponía en peligro de perder una sucesión que no podía escapársele; y que la extremada imprudencia del rey podía muy bien hacerle recoger antes del término señalado por la naturaleza; por consiguiente rehusó adelantarse a más que a la promesa de consentir en la

revocación de las leyes penales que no sujetaba menos a los no-conformistas que a los católicos; el *tets* le pareció una seguridad absolutamente necesaria para la religión establecida.

No se limitó Jacobo a meras tentativas. Había puesto los ojos en un jurisconsulto escocés llamado Stuart, que, desterrado tiempo antes por algunos culpables manejos, había vuelto a Inglaterra después de haber obtenido su perdón de la corte. Stuart, de acuerdo con el rey, escribió varias cartas a Fagel, gran *pensionario* de Holanda a quien había conocido y tratado familiarmente durante su destierro; y no solo le expuso todos los motivos de una tolerancia ilimitada, mas le rogó que comunicase de parte del rey sus razones al príncipe y a la princesa de Orange. Fagel tardó mucho en responder, mas viendo al fin que su silencio se interpretaba como un consentimiento, manifestó su parecer y el de sus altezas, que era, según dijo, que mientras uno llenase sus deberes de buen vasallo, no debía ser castigado ni molestado por disentir de la religión establecida. El príncipe y la princesa de Orange consentían sinceramente en la revocación legal de las leyes penales, sin distinción de católicos y de protestantes no-conformistas; estaban prontos a apoyar en este punto todas las medidas del rey; pero el *test* no debía considerarse como una pena impuesta a la diferencia de religión, sino sólo como una seguridad requerida para el culto establecido: no debía unirse la idea de castigo a la exclusión de los empleos públicos, cuando por otra parte no se sufría persecución ni vejamen de ninguna especie. La misma Holanda, tantas veces citada como un modelo de tolerancia, admitía en verdad todas las sectas, pero no concedía la posesión de los empleos civiles, más que a los que profesaban la religión establecida; y si algunas veces se daban a católicos los empleos militares, también en cambio removían toda justa razón de desconfianza las precauciones que le tomaban para la elección de aquellos oficiales y el cuidado que se tenía de someterlos a la inspección de un magistrado. En fin sus altezas, por mucho deseo que tuvieran de complacer al rey y de contribuir por toda especie de medios a hacer feliz y pacífico su reinado, no podían consentir en unas medidas que ponían en tan inminente peligro a la religión.

Esta carta, que no tardó en publicarse, inspiró mucho aliento a los protestantes de todas las sectas, y sirvió mucho para unirlos en su oposición a los progresos de los católicos. Por otra parte el rey, que no se contentaba con una nueva tolerancia para su religión, y que quería verla respetada y acaso dominante, se ofendió en extremo, y aprovechó todas las ocasiones de manifestar su enojo contra el príncipe y las Provincias Unidas. Concedió a los piratas argelinos, que hacían la guerra a los holandeses hasta en sus puertos, la libertad de vender sus presas; sacó a plaza algunas antiguas quejas de la compañía inglesa de las Indias orientales sobre el asunto de Bantam; pidió los seis regimientos ingleses que estaban al servicio de la república; puso su marina en un pie formidable, y de todos estos movimientos dedujeron los holandeses que sólo buscaba una ocasión y un pretexto para declararles la guerra.

### **Resuelve oponerse al rey.**

Resolvió el de Orange a su vez obrar con más rigor, a fin de poder juntamente afianzar a los ingleses protestantes en sus intereses y mantenerlos en su unión contra los católicos. Sabía que en Inglaterra la mayor parte de las personas cultas seguían en su religión más por pundonor que por principios, y que, si cada cual tenía empacho de ser el primer prosélito, no diesen el ejemplo algunos personajes eminentes, cuando el interés o la ambición atraerían diariamente a muchos al gremio de una comunión tan favorecida por el soberano. Dikwelt fue elegido para ir a Londres en calidad de enviado, y, en virtud de las instrucciones del príncipe, estaba encargado, no sólo de hacer representaciones públicas al rey sobre su conducta, mas de explicarse en tono digno con todos los partidos y todas las sectas: a los anglicanos hacía dar el de Orange seguridades de su favor y de su consideración, y protestas de que la crianza que había recibido en Holanda no le había prevenido de modo alguno contra el gobierno episcopal. Hacía recomendar a los no-conformistas que no se dejasen engañar por los pérfidos halagos de una corte papista, y que aguardasen con paciencia el

momento en que las leyes hechas por protestantes les concediesen aquella tolerancia a que aspiraban y que con tanta justicia estaban reclamando hacía mucho tiempo. Dikwelt llenó su cometido con tal habilidad, que todas las clases de la nación volvieron los ojos hacia Holanda, de donde esperaban el remedio de aquellos graves peligros que tan de cerca amenazaban a su religión y a su libertad.

### **Se dirigen a él los ingleses.**

Gran número de personas de las más principales en la iglesia y en el estado se dirigieron secretamente a Dikwelt, y por él al príncipe de Orange. El almirante Hembert, aunque muy amigo del fausto y, en apariencia, poco religioso, había dejado ya sus empleos y retirándose a La Haya, y aseguraba al de Orange el descontento de la gente de mar, de la que él era en extremo querido; el almirante Russel, primo hermano del desgraciado magnate del mismo nombre, pasaba con frecuencia el mar entre Inglaterra y Holanda, y tenía abierta la comunicación a todos los jefes del partido protestante; Enrique Sidney, hermano de Argernon y tío del conde Sunderland, dejó la Inglaterra, so pretexto de ir a tomar las aguas de Spa, y llevó seguridades más formales que nunca de una conspiración general contra las medidas del rey. Lord Dumblaine, hijo del conde de Danby que era dueño de una fragata, hizo varios viajes a Holanda, y llevó al príncipe testimonios de adhesión de parte de una numerosa nobleza, y hasta sumas de dinero muy cuantiosas.

Varias razones sin embargo tenían suspensos a los partidos y dilataban un rompimiento. El de Orange temía aventurar con un paso violento una herencia que las leyes aseguraban a su mujer, y la perspectiva de esta sucesión hacía todavía esperar a los ingleses protestantes ver algún día sanados sus males por medios seguros y pacíficos; pero después del nacimiento del príncipe de Gales, el de Orange y la nación inglesa, reducidos a la desesperación, no hallaron recurso más que en una estrecha unión para sus mutuos intereses; de esta suerte el mismo suceso que era hacía tanto tiempo objeto de los más ardientes votos de Jacobo, y del que esperaba la consolidación de su trono, fue la causa inmediata de su ruina.

### **Coalicón de los partidos.**

Zuylestein, que había sido enviado para felicitar al rey por el nacimiento de su hijo, llevó al de Orange la instancia formal de un gran número de señores ingleses de concederles el auxilio de sus armas para reconquistar sus leyes y su libertad. El obispo de Londres, los condes de Danby, de Nottingham, de Devonshire y de Dorset, el duque de Norfolk, los lores Lovelace, Eland, Paulet, Delamere, y muchos de los más ricos vecinos de Londres, como los Hambden, los Powle, los Lester, aunque pertenecientes a los partidos más opuestos, se concertaron en hacer la corte al príncipe. Los *whigs*, fieles a aquellos antiguos principios de libertad que les habían hecho aventurar el *bill de exclusión*, se alistaron gustosos contra un rey cuya conducta justificaba las predicciones de sus mortales enemigos; los *torys* y el partido del alto clero, viendo sus servicios olvidados, sus derechos invadidos y su religión amenazada, se concertaron en abandonar por algún tiempo las doctrinas exageradas de la sumisión, y en abrir el oído a las grandes y poderosas inspiraciones de la naturaleza; los no-conformistas, recelosos de los halagos de sus antiguos enemigos, hallaron más seguridad en las ofertas de tolerancia de un príncipe educado en los principios y avezado a la práctica de esta virtud; de esta suerte todas las facciones se acallaron entonces en Inglaterra y olvidaron sus animosidades para unirse en la resolución de oponerse a su imprudente y desventurado soberano. El conde de Shrewbury, que se había granjeado el favor popular renunciando en aquellas circunstancias a la religión católica que había profesado desde la niñez, dejó su regimiento, empeñó sus bienes por 40.000 libras esterlinas y ofreció su espada y su bolsa al

príncipe de Orange; lord Warton, a pesar de su edad y de sus achaques, se puso en camino con el mismo objeto: lord Mordaunt, que se hallaba en La Haya, activó allí la empresa con aquel ardor y aquel denuedo que tanto le distinguían. Se cree que el mismo Sunderland, el ministro favorito de Jacobo, entró en correspondencia seguida con el príncipe, y que a expensas de su propio honor y de los intereses del rey su amo, favoreció secretamente una causa cuyo cercano triunfo preveía.<sup>460</sup>

Fácilmente se determinó el de Orange a ceder a las instancias de los ingleses y a abrazar la defensa de una nación que, en sus temores y presentes apuros, le miraba como su único protector. El grande objeto de su ambición era verse al frente de un ejército confederado para vengarse con su valor, y vengar a su patria y a sus aliados de las injurias que habían recibido del insolente Luis; pero mientras la Inglaterra continuase bajo el gobierno actual, desesperaba de formar nunca una liga de que pudiese esperarse algún resultado contra un monarca tan poderoso. No es de suponer que los vínculos de la alianza tuviesen mucho influjo en un príncipe de su clase y de su carácter, sobre todo cuando consideraba que no los había formado el rey voluntariamente y que después nunca los había cultivado con ninguna señalada muestra de favor o de amistad; o si tenía que temer alguna reconvencción por haber violado los deberes de la vida privada, contaba con que la gloria de libertad a una nación oprimida, sería, a los ojos de los hombres sensatos, una amplia compensación de aquel atentado; además, no podía razonablemente esperar, al acometer su empresa, que iba a sentarse en el trono de Inglaterra, pero preveía que el triunfo de sus armas establecería su autoridad en la nación, y era tal la imprudencia de Jacobo que no había ventaja alguna con que no pudiesen contar en su daño sus enemigos.

Obsérvese que el príncipe de Orange, durante toda su vida, fue singularmente afortunado en todas las situaciones en que le colocó la suerte. Él libertó a su patria de su ruina; volvió la libertad a las naciones británicas, y sostuvo la independencia general de Europa; así, aunque su virtud, fuerza es conocerlo, no fue la más pura posible, sería difícil hallar un príncipe cuyas obras y conducta hayan contribuido más eficazmente al bien general de la sociedad humana.

### **Preparativos del príncipe.**

Si el momento en que dio principio a su empresa estaba bien elegido, porque entonces la fermentación del pueblo había llegado al más alto punto con motivo del insulto hecho a la iglesia y a todos los protestantes de la nación en la prisión y proceso de los obispos, no fue en verdad menos acertado y político el método con que llevó adelante sus preparativos. Bajo otros pretextos había aumentado considerablemente de antemano la armada holandesa, que tenía anclada en los puertos; también se habían reclutado algunas tropas nuevas, y varias sumas de dinero recaudadas con otras miras se habían puesto en reserva para los gastos de aquella expedición. Los Estados tenían una entera confianza en el príncipe, y sea por temor del exorbitante poderío de Francia; o por algunos descontentos ocasionados de las restricciones puestas a su comercio en este reino, conocían cuán necesario era a su felicidad y a su paz domésticas el triunfo de su empresa. Varios de los príncipes vecinos le miraban como su guía y su protector, y no seguían más norma que sus consejos. Tuvo secretas conferencias con el gobernador de los Países Bajos españoles, con los electores de Brandeburgo y de Sajonia, con el Sandgrave de Hesse-Cassel, con toda la casa de Luneburgo, y se concertó que estos príncipes remplazarían las tropas empleadas contra Inglaterra, y velarían por la seguridad de las Provincias Unidas durante la ausencia del príncipe de Orange. Ya sus fuerzas estaban en marcha con este destino; el ejército holandés había formado un campamento considerable cerca de Nimega; todo estaba en movimiento, y aunque las raíces de la conspiración se extendían del uno al otro confín de Europa, las deliberaciones del príncipe permanecieron tan

---

460 D'Avaux fue siempre de esta opinión. Véanse sus Negociaciones (1688), 6 de mayo y 18 de setiembre. En suma, esta opinión es la más probable.

secretas, fue tan feliz la disposición de las cosas, que todavía pudo encubrir sus preparativos bajo otros pretextos, de suerte que apenas se sospecharon sus verdaderas intenciones.

El rey de Francia, amenazado por la liga de Augsburgo, había resuelto dar el primer golpe contra los aliados, y después de haber provocado un rompimiento con el emperador y el elector palatino, penetró en Alemania con un numeroso ejército, y puso sitio a Filisburgo. El elector de Colonia, que unía a esta calidad las de príncipe de Lieja y obispo de Munster, y cuyos territorios rodeaban casi enteramente el de las Provincias Unidas, murió por entonces, y los dos candidatos que aspiraron a aquella rica herencia fueron el príncipe Clemente de Baviera, sostenido por la casa de Austria, y el cardenal de Furstemberg, devoto enteramente de la Francia. Roma, que favorecía a los aliados, logró inclinar la balanza y fue elegido el príncipe Clemente, circunstancia que contribuyó mucho a la seguridad de las Provincias Unidas; pero como el cardenal estaba posesionado de varias fortalezas y se prevalecía del auxilio de la Francia, todas las comarcas vecinas estaban en movimiento y bajo esta capa los preparativos de los holandeses y de sus aliados parecían no tener otro objeto más que su propia defensa contra las varias empresas de Luis.

### **Ofertas de la Francia al rey.**

No pudieron sin embargo los artificios del príncipe burlar enteramente la penetración de los ministros franceses, D'Avaux, enviado de aquella corte en La Haya, supo, por el cotejo de las circunstancias, descubrir el objeto de los preparativos que veía hacer en Holanda y sin demora se lo avisó a su amo, quien se apresuró a dar noticia de todo a Jacobo, uniendo a esta importante comunicación grandes ofertas, pues proponía fortalecer la armada inglesa con una escuadra de Francia y hacer pasar a Inglaterra cuantas tropas creyese Jacobo necesarias para su seguridad. Desechada esta proposición, todavía ofreció levantar el sitio de Filisburgo y hacer marchar su ejército a los Países Bajos, para retener, con el terror de sus armas, a los holandeses en su propio suelo, y tampoco se le admitió esta oferta.

### **Éste las desecha.**

Todavía no acertaba a persuadirse Jacobo de que su yerno meditase una invasión en Inglaterra. Lleno de la idea de sus derechos, que creía sagrados, imaginábase que sus vasallos tenían de ellos la misma opinión, y a pesar de todas las apariencias de descontento que había visto estallar, una mancomunidad tan general en la rebelión le parecía imposible. Contaba con que su ejército, en el que confiaba y que había aumentado considerablemente, bastaría para rechazar los ataques extranjeros y sofocar las sediciones de la plebe; un corto número de tropas francesas unidas a las suyas no le parecía propio más que para suscitar nuevas quejas o tal vez un pretexto de levantamiento contra unos vecinos odiados y temidos de la nación. Un gran cuerpo de auxiliares podía, en verdad, libertarle de una invasión holandesa y de la rebelión de sus propios vasallos, pero luego podía también reducirle a la dependencia y no dejarle más que una autoridad precaria; hasta una invasión de los franceses en los Países Bajos estaba sujeta a las más peligrosas resultas, y en aquellos tiempos de desconfianza podía reanimar las antiguas sospechas de una liga contra la Holanda y la religión protestante que ya habían producido tanto descontento en Inglaterra. Tales fueron las objeciones que le sugirió Sunderland, y realmente eran tanto más plausibles cuanto la situación a que se veía reducido el rey no podía ser más delicada, y aun peligrosa.

Luis, incapaz de abandonar a un aliado, a un amigo, cuyos intereses consideraba como estrechamente ligados con los suyos, se dejó persuadir por Skelton, ministro inglés en París, a hacer representaciones a la Holanda, y encargó a D'Avaux que manifestase a los Estados su extrañeza de los preparativos que hacían contra Inglaterra; la estrecha amistad, dijo el ministro francés, que

subsiste entre los dos monarcas, hará al rey mi amo mirar toda empresa contra su aliado como un acto de hostilidad contra él mismo. Estas representaciones produjeron mal efecto y pusieron en combustión a los Estados. «¿Qué alianza —respondieron—, qué alianza es esa entre la Francia y la Inglaterra que con tanto empeño se nos ha ocultado? ¿Es de la misma naturaleza que la precedente? ¿Se ha formado para nuestra ruina y la de la religión protestante? Si así es, tiempo es ya de que nos preparemos a la defensa y de que atajemos todos los designios que se fraguan contra nosotros.»

El mismo Jacobo se creyó ofendido con aquel insidioso paso de Luis en su favor, pues no estaba reducido, dijo, a la condición del cardenal de Furstemberg ni precisado a buscar el amparo de la Francia. Llamó inmediatamente a Skelton, y le hizo poner preso en la Torre por su conducta temeraria, negó solemnemente toda participación en la memoria de D’Avaux; en una palabra, protestó de que no le unía con la Francia tratado alguno que no fuese público y conocido del universo entero. No por eso conservaron los Estados menos incredulidad real o afectada sobre este punto, y los ingleses sumamente prevenidos contra su soberano, quedaron persuadidos de que había concertado con Luis el proyecto de subyugarlos. Divulgóse la voz de que el puerto de Portsmouth debía ser entregado al ambicioso monarca, de que se iba a inundar la Inglaterra de tropas francesas e irlandesas, y de que cuantos resistiesen abrazar la religión romana serían pasados a cuchillo.

Estas malignas inspiraciones, que se cuidó mucho de difundir, aumentaron en extremo las agitaciones y los temores de que la armada y el ejército, lo mismo que el pueblo, daban diariamente abiertos testimonios. La armada había empezado a amotinarse porque el almirante Strickland, que era católico romano, hacía decir misa en su nave y había despedido de ella al ministro protestante: no sin dificultad se logró sosegar a los sediciosos, quienes todavía persistieron en declarar que no combatirían contra los holandeses, sus hermanos y sus amigos, pero que se dejarían conducir con alegría contra los franceses, a quienes miraban como a enemigos de su nación. Habíase el rey propuesto aumentar su ejército con reclutas irlandeses, y quiso ensayar este proyecto en el regimiento del duque de Berwick, su hijo natural; pero Beaumont, teniente coronel, rehusó admitirlos y fue sostenido en su oposición por cinco capitanes. Destituyó el rey a estos y si no hubiera parecido muy vivo el descontento de todo el ejército, ya estaba tomada la resolución de formarles causa y castigarlos por sediciosos.

Más abiertamente todavía puso Jacobo a prueba las disposiciones de sus tropas. Viendo que sólo encontraba oposición por parte de las órdenes eclesiástico y civil, resolvió apelar al orden militar, que solo necesitaba unanimidad para prestarse a todos sus designios y forzar al resto del reino a la obediencia. Era su intención hacer consentir a todos los regimientos, uno después de otro, en la revocación del test y de las leyes penales; y con esta mira, el mayor del regimiento de Litchfield, después de formar sus tropas delante del rey, declaró que era preciso satisfacer a su majestad en estos dos puntos o deponer las armas. Jacobo vio con sorpresa que, a excepción de dos capitanes y de un corto número de soldados papistas, todo el regimiento optó al punto por la segunda parte de esta alternativa. Quedó mudo por un momento, pero recobrándose en fin, les mandó que volviesen a tomar las armas, y con ademán adusto y enojado añadió «que no volvería a hacerles el honor de pedirles su parecer.»

### **Retracta el rey sus medidas.**

Mientras se abandonaba a tristes reflexiones sobre todo lo que estaba viendo, una carta del marqués de Albeville, su ministro en La Haya, le advirtió de que no tenía ni un momento que perder para defenderse de una poderosa invasión, y de que el gran *pensionario* Fagel confesaba en fin que el objeto de todos los preparativos era transportar tropas a Inglaterra. Aunque razonablemente debía Jacobo aguardarse a esta nueva, causóle tal sorpresa que se puso pálido, y dejó caer la carta de las manos. Al fin se abrían sus ojos, y se hallaba al borde de un horrible precipicio, cuya vista le habían ocultado hasta entonces sus ilusiones. No menos confusos que él, sus ministros y sus consejeros, no



vieron recurso más que en una pronta retractación de todas las fatales medidas que le habían acarreado tantos enemigos extranjeros y domésticos. Apresuróse a hacer la corte a los holandeses ofreciendo entrar en todas las alianzas que conceptuasen necesarias a la seguridad común; restableció en todos los condados a los comandantes y a los jueces que habían sido privados de sus empleos por haberse declarado en favor del test y de las leyes penales; restituyó las cartas de Londres y de todas las comunidades; echó abajo el tribunal de comisión eclesiástica; anuló la sentencia que suspendía al obispo de Londres; repuso en posesión del colegio de la Magdalena al presidente y a los colegiales expulsos; en fin, se vio reducido a halagar a aquellos obispos a quienes había perseguido e insultado tan recientemente; pero todos estos actos pasaron más por señales de miedo que de arrepentimiento, los obispos, en vez de prometerles asistencia o de darle motivos de consuelo, le recordaron todos los dislates de su administración y le exhortaron a seguir en lo sucesivo mejores consejos. En este intervalo, como retardase la marcha de la escuadra holandesa un gran desastre que sobrevino, Jacobo, a lo que se asegura, retractó por algún tiempo la orden que había dado en favor del colegio de la Magdalena, mala señal de la sinceridad de sus demás concesiones. Tal era la fuerza de sus fatales prevenciones, que aun en medio de sus apuros, no pudo reprimirse, en el bautizo del príncipe niño, de nombrar al papa por uno de los padrinos.

Habíase difundido malignamente y acogido con ansia antes del nacimiento del príncipe de Gales, la voz de que se iba a imponer a la nación un infante supuesto; pero Jacobo, que fácilmente podía destruirla sin mostrar darle importancia, había preferido, por una altivez mal entendida, despreciar del todo aquella ridícula impostura, desdeñándose, según dijo entonces, de satisfacer a los que podían creer le capaz de una acción tan ruin y vergonzosa; mas advirtiendo que la calumnia ganaba terreno por días y había producido una profunda impresión en el ánimo de sus vasallos, tuvo por fin que someterse a la humillación de hacer constar la realidad de aquel nacimiento. Aunque antes del suceso no se había tornado ninguna medida para asegurar sus pruebas, la evidencia del embarazo y del alumbramiento de la reina se hizo incontestable, tanto más cuanto no se pudo poner en la balanza opuesta ninguna prueba del menor peso, ni nada más que hablillas y sospechas populares.

### **Declaración del príncipe.**

Difundióse empero por todo el ámbito del reino y con universal aplauso la declaración del príncipe de Orange, en la cual se hacía una enumeración de todos los padecimientos del pueblo; el poder de dispensa y el de suspensión; el tribunal de comisión eclesiástica; los empleos desempeñados por católicos; la admisión de un jesuita en el consejo privado; el papismo abiertamente fomentado con iglesias, colegios y seminarios instituidos en todas partes en su favor; la destitución de los jueces que rehusaban conformar su sentencia a las voluntades de la corte; las cartas de las comunidades revocadas, y la elección de los individuos del parlamento sometida a órdenes arbitrarias; las más modestas peticiones, y de parte de las personas de más alta clase, tratadas de criminales y sediciosas; la autoridad civil y militar de Irlanda enteramente abandonada a los papistas; un poder sin límites usurpado sobre las leyes y la religión de Escocia, y la sumisión sin reserva abiertamente exigida en este reino; en fin, las vehementes presunciones contra el nacimiento del príncipe de Gales.

Resuelto a poner remedio a tantos males, decía el príncipe de Orange, se proponía pasar a Inglaterra con un ejército capaz de protegerla contra los perniciosos consejeros del rey, siendo su único objeto ver convocar un parlamento libre, que proveyese a la seguridad y a la libertad de la nación y que pudiese examinar las pruebas de la legitimidad del príncipe de Gales, a lo cual añadía que nadie sería bastante injusto para atribuirle otro designio que el de asegurar una base sólida y duradera a la libertad, a la religión y a la propiedad; las fuerzas de que quería ir acompañado serían de todo punto desproporcionadas a cualquier idea de conquista, y el buen sentido no permitía

imaginar que tantas personas de la más alta distinción en la iglesia y el estado hubiesen podido excitarle, con solemnes invitaciones, a tentativas perniciosas. Aunque los ministros de la corte, amedrentados con su cercanía, procuraron reparar una parte de los desórdenes denunciados, el fundamento de todos los abusos, el que podía hacerlos revivir en un instante, esto es, el poder arbitrario y despótico de la corona, subsistía aun, y esta usurpación no podía remediarse sino con una declaración completa y terminante de todos los derechos de los vasallos en un parlamento libre.

### **Desembarca el príncipe en Inglaterra.**

Tan bien concertadas estaban las medidas del príncipe, que en poco más de tres días se hallaron prontos 400 buques de transporte. El ejército holandés bajó prontamente de Nimega por los ríos y los canales; embarcáronse la artillería, las armas, las municiones y los caballos, y el príncipe dio la vela en Helvoetsluis (21 de octubre) con una escuadra de cerca de 500 naves y un ejército de más de 14.000 hombres. Al principio le detuvo un temporal, que le maltrató mucho, pero recobrada en breve la escuadra, zarpó a las órdenes del almirante Herbert, y enderezó su rumbo con viento próspero hacia el oeste de Inglaterra. El mismo viento retuvo a la armada real en el Támesis, apostada junto a Harwick, y permitió a los holandeses pasar sin obstáculo el estrecho de Duvres. Ambas orillas estaban cubiertas de una muchedumbre de curiosos, que unían a su admiración por la grandeza del espectáculo, inquietas dudas sobre el éxito de la empresa más importante que se había acometido en Europa hacía siglos. Después de una navegación feliz, desembarcó el príncipe tranquilamente sus tropas en Torbay el 5 de noviembre, día aniversario de la conspiración de las pólvoras.

### **Conmoción general.**

Dirigióse el ejército holandés a Exeter, donde se publicó solemnemente la declaración del príncipe; pero duraba en toda aquella provincia una impresión tan terrible de los estragos que habían seguido a la intentona de Monmouth, que pasaron muchos días antes de que nadie se atreviese a unirse al de Orange. El obispo de Exeter huyó a Londres, apresurándose a llevar a la corte la nueva de la invasión, y recibió en recompensa de su celo el arzobispado de York, que se había dejado vacante hacia algunos meses, con la intención, a lo que se creyó generalmente, de conferírsele a algún papista. El primer inglés que se unió al príncipe fue el mayor Burrington; pronto le siguió toda la nobleza secundaria de los condados de Devon y de Somerset. Sir Eduardo Seymour propuso una asociación que firmaron todos: sucesivamente fueron acudiendo a Exeter el conde de Abingdon, Russet, hijo del conde de Bedford, Wharton, Godfrey y Howe. Toda Inglaterra estaba en una viva conmoción. Lord Delmere tomó las armas en el Cheshire; el conde de Danby se apoderó de York; el conde de Bath, gobernador de Plumouth, se declaró por el príncipe; el conde de Devonshire hizo la misma declaración en Derby; toda la nobleza de Nottingham abrazó la misma causa; en una palabra, cada día vio estallar algún efecto de la conspiración universal en que había entrado la nación contra las medidas del rey; hasta los mismos que no se armaron contra él contribuyeron a turbar y confundir sus resoluciones. Una petición para obtener un parlamento libre fue firmada por veinte y cuatro obispos o pares de la primera nobleza, y presentada al rey: nadie tuvo la idea de oponerse a la invasión.

## Deserción del ejército del príncipe Jorge y de la princesa Ana.

Pero el más peligroso de todos los síntomas fue el desafecto que, sin ninguna razón particular y por una mera consecuencia del espíritu nacional, empezó a manifestarse en el ejército: todos los oficiales se mostraron dispuestos a anteponer el interés de su patria y de su religión a aquellos principios de lealtad y de honor que los hombres de esta profesión miran comúnmente como el vínculo más sagrado. Lord Colchester, hijo del conde de Rivers, fue el primer oficial que dio el ejemplo de la deserción, acompañado de un corto número de sus soldados; Lord Lovelace intentó seguirle, pero se vio cortado por la milicia a las órdenes del duque de Beaufort y cayó prisionero. Más feliz fue lord Cornbury, hijo del conde de Clarendon, quien emprendió hacer pasar al campamento del príncipe tres regimientos de caballería, de los cuales una buena parte le siguió en efecto. Varios oficiales de distinción manifestaron a Feversham, su general, que su conciencia no les permitía hacer armas contra el príncipe de Orange.

Lord Churchill, que luego fue duque de Malborough, elevado desde la condición de paje a un mando importante en el ejército, había sido nombrado par y debía toda su suerte al afecto del rey; y sin embargo no temió en aquel crítico trance abandonar a su desventurado señor que siempre le había dispensado una confianza sin límites; no contento con esta traición, arrastró en ella al duque de Grafton, hijo natural de Carlos II, al coronel Berkeley y a algunas compañías de dragones. Este paso, por el que hacía a la virtud pública un solemne sacrificio de todos los deberes de la vida privada, exigía, para la justificación, que le sostuviese invariablemente, durante toda su vida, la conducta más recta, desinteresada y patriótica.

Acababa el rey de llegar a Salisbury, cuartel general de su ejército, cuando recibió esta fatal noticia. Aunque enemigo severo, siempre aquel monarca se mostró ardiente, firme y franco en la amistad; por eso no pudo menos de llegarle muy al alma aquel rasgo de ingratitude, lo mismo que tantos otros a que diariamente se veía expuesto. Nadie le quedaba en quien poder fiarse; declarado sin rebozo el descontento de todo el ejército, convencióse de que no debía esperar más que traiciones; y viendo que los que más gratitud le debían eran los primeros en abandonarle, desesperó de que los demás quisiesen aventurar sus vidas por servirle. En tan cruel situación, tomó repentinamente el partido de retirarse con su ejército y acercarse a la capital (25 de noviembre), paso que sólo sirvió para descubrir sus temores y provocar nuevas perfidias.

Un golpe todavía más mortal había preparado Churchill a su desgraciado bienhechor. Su esposa y él ejercían un entero ascendiente sobre el príncipe Jorge de Dinamarca y la princesa Ana, y las circunstancias les parecieron propicias para desgarrar el alma de un monarca infeliz, abrevado ya de crueles amarguras. Audover era su primer punto de parada en su retirada hacia Londres, y allí el príncipe Jorge, seguido del joven duque de Ormond<sup>461</sup>, de sir Jorge Huet y de algunas otras personas notables, le abandonó durante la oscuridad de la noche, y se retiró al campamento del príncipe. No bien llegó a Londres esta nueva, cuando la princesa Ana, fingiéndose temerosa de la cólera del rey su padre, huyó también, acompañada del obispo de Londres y de lady Churchill, eligiendo su retiro en Nottingham, donde el conde de Dorset le hizo un recibimiento muy respetuoso; la nobleza del condado se apresuró a formar un cuerpo para su custodia.

## Consternación y fuga del rey.

Carlos II, con la mira de complacer a sus vasallos, no había confiado la educación de sus sobrinas más que a protestantes, y como, desde la abjuración de su padre, se consideraba a estas princesas como el principal recurso de la religión nacional, nada se había omitido para inspirarles, desde la primera niñez, las más fuertes prevenciones contra el papismo; añadamos que durante la violencia de las borrascas populares, y tal era entonces el estado de la nación inglesa, todas las

461 Su abuelo, el primer duque de Ormond, murió aquel año, el 21 de julio.

consideraciones particulares se pierden ordinariamente en la pasión general, y que cuanto más firme es una persona en sus principios, más capaz es entonces de desatender o abandonar sus deberes domésticos. Aunque estas varias razones podían dar alguna luz sobre la conducta de la princesa, no habían preparado al rey su padre a aquel extraño suceso, y así a la primera nueva de él, prorrumpió en copioso llanto: un acontecimiento de aquella naturaleza le anunciaba sin duda la absoluta ruina de su autoridad real; pero el interés de padre, más íntimo y más sensible, no pudo menos de oprimir su corazón al verse, en su extremo desamparo, abandonado por su hija, una hija virtuosa, a quien siempre había profesado el más entrañable cariño. «¡Dios mío, tened compasión de mí! —exclamó en el exceso de su dolor—. ¡Mis propios hijos me han abandonado!» Es en verdad muy singular que un príncipe a quien no se podía acusar más que de imprudencias y de principios errados, se viese expuesto, por aversiones religiosas, a unos tratamientos que ni el mismo Nerón, ni Domiciano, ni los tiranos más odiosos cuyos nombres han manchado los anales de la historia, recibieron jamás de sus amigos y de sus familias.

Era tan ciego el encono de las pasiones populares, que aquel mísero padre, abandonado súbitamente por su hija querida, se vio sospechado, luego que desapareció, de haberla hecho quitar la vida; y fue gran dicha que no tardase en descubrirse la verdad, sin lo cual el furor de la venganza hubiera podido arrastrar al populacho y aun a los mismos guardias del rey a principiar la matanza de los sacerdotes y de los católicos.

La triste situación de Jacobo le exponía al desprecio de sus enemigos, y la conducta que observó no fue muy propia para captarle el aprecio de sus partidarios, ni aun el de sus amigos. Incapaz de resistir al torrente, no supo conservar bastante presencia de ánimo en la resolución que tomó de ceder, y tan abatido se mostró en la adversidad cuanto orgulloso había estado en la bonanza. Reunió un consejo de todos los pares y obispos que se hallaban en su capital, y conformándose con sus pareceres, despachó por una parte órdenes para la convocación de un parlamento, mientras que por otra diputó a tres comisarios, Halifax, Nottingham y Godolphin, para tratar con el príncipe de Orange; pero estos actos de la autoridad real fueron los últimos que ejerció; hasta empezó a dar oídos al más imprudente de todos los consejos, el de abandonar el trono, y conceder a sus enemigos lo que no hubieran osado prometerse ni aun en sus más lisonjeras esperanzas.

La reina, viendo la furia del pueblo, y sabiendo cuán generalmente aborrecida era, cayó en el más profundo terror, y empezó seriamente a temer una acusación parlamentaria, a que la dijeron que estaban expuestas las reinas de Inglaterra. Los cortesanos católicos, y sobre todo los sacerdotes, estaban persuadidos de que serían las primeras víctimas, y de que un destierro perpetuo era la menor venganza que debían esperar del resentimiento nacional, y esta idea les hizo desear que se persuadiese Jacobo a dejar el reino con ellos, esperando que su presencia les aseguraría recursos y protección en los países extranjeros, o que después de su restauración, si se lograba esta dicha, podría volverles la autoridad de que se veían despojados. Por otra parte, la desertión general de los protestantes hacía al rey mirar a los católicos como los únicos de entre sus vasallos en quienes podía fiarse, y la fatal catástrofe de su padre le daba harto fundamento para temer la misma suerte; pero en la actual turbación de los ánimos, no pesaba bastante la deferencia infinita de las circunstancias. Aunque el pueblo, en tiempo de Carlos I, estaba inflamado por una larga guerra civil, el suplicio de aquel príncipe no había podido pasar por un crimen nacional; cometióle un ejército fánatico, arrastrado por un jefe audaz y entusiasta, y todo el reino miró aquel atentado, como le mira todavía, con la mayor execración. La situación de los negocios públicos era por consiguiente tan distinta de la que tenían cuarenta años antes como diferentes eran en nacimiento, carácter, fortuna y relaciones personales el príncipe de Orange y Oliverio Cromwell.

Los emisarios de Francia, sobre todo Barillon, embajador de aquella corte parecían muy asiduos al rededor del rey, y estaban infatuados con una falsísima idea que lograron inspirarle, y era que nada atajaría más seguramente un nuevo establecimiento público ni causaría más confusión que su retirada del reino. Más acertado andaba el príncipe de Orange en creer todo lo contrario,

discurriendo, con mucha razón, que sería sumamente difícil hallar arbitrios convenientes a la seguridad de la nación mientras estuviese el rey en posesión de la corona, y este motivo, no menos sin duda que el de la ambición, le determinó a emplear todos los medios para intimidar al rey y hacerle abandonar un trono que ya miraba como suyo; así evitó entrar en explicaciones con los comisarios de Jacobo, y encargó a los condes de Clarendon y de Oxford que conferenciasen con ellos. Los términos que hizo proponer encerraban casi una participación presente en la soberanía, entre tanto no suspendió ni por un momento la marcha de su ejército hacia Londres.

Las noticias que de todas partes recibía el rey contribuían a fomentar unos temores de que tantas ventajas esperaban sacar sus enemigos. El coronel Copel, lugar teniente de Hull por el rey, se apoderó de esta importante fortaleza, después de haber puesto presos a lord Langdale, gobernador católico, y a lord Montgommery, de la misma religión. La ciudad de Newcastle abrió sus puertas a lord Lumley, declarándose por el príncipe de Orange y por un parlamento libre; el duque de Norfolk, gobernador del condado de este nombre, abrazó el mismo partido. La declaración del príncipe fue leída en Oxford por el duque de Ormond, y recibida con aplausos por aquella fiel universidad, que llevó el celo hasta el punto de ofrecer al de Orange su vajilla de plata. Cada día llegaba a su campamento algún personaje de distinción: uno de ellos fue el duque de Somerset. Al mismo tiempo se publicó en nombre del príncipe, aunque sin su anuencia, una declaración de las más violentas, en que se daba orden de prender y castigar a todos los papistas que, con menosprecio de las leyes, se presentasen armados y pretendiesen ejercer algún acto de autoridad. El público recibió con avidez una multitud de coplas jocosas, llamadas *Lillibullero*,<sup>462</sup> que salieron por entonces a luz, en que se escarnecía a los papistas y a los irlandeses, y las mismas se cantaron hasta en el ejército del rey, profundamente contagiado del espíritu nacional. Este ligero incidente no merecería mención, si no hubiese contribuido a hacer conocer y a redoblar al mismo tiempo el descontento general.

Ya el contagio de la rebelión y de la desobediencia había cundido a Escocia, de donde, el dictamen de Balcarras, gran tesorero del reino, había sacado de la corte las tropas regulares para reforzar el ejército inglés. El marqués de Athole, el vizconde de Tarbat y algunos otros aprovecharon la ocasión para resolver contra el canciller Perth, y los presbiterianos, con otros descontentos, acudieron en gran muchedumbre a Edimburgo. El canciller, temiendo las resultas de aquel movimiento, tomó el partido de retirarse, y siendo su retirada como una señal de un levantamiento, el populacho tomó inmediatamente las armas y saqueó la capilla papista en el palacio del rey. Todos los católicos y los realistas celosos se vieron precisados a esconderse: el consejo privado, en vez del tono sumiso que empleaba en sus representaciones al rey, y de los violentos edictos que fulminaba contra sus conciudadanos, no pensó en otra cosa más que en dirigirse al príncipe de Orange, como al único restaurador de las leyes y de la libertad.

### Confusión general.

Jacobo, cada vez más aterrado en vista de estas pruebas del abandono general, no atreviéndose a fiarse más que de los que veía más amenazados que él, agitado por su indignación contra la ingratitud y por el desprecio de tantas deslealtades, impulsado por sus propios temores y por los ajenos, abrazó precipitadamente la resolución de pasar a Francia, y se apresuró a hacer partir por delante a la reina y al príncipe niño bajo la custodia del conde de Lansun, antiguo valido del monarca francés. También él por su parte eligió una hora de la noche para fugarse, acompañado solamente de sir Eduardo Hales, y por sendas extraviadas trató de pasar a bordo de un buque que le aguardaba en la desembocadura del Támesis. Había tomado sus medidas con sumo cuidado para ocultar su fuga, como si esta resolución no hubiera sido la más grata para sus enemigos que podía

---

462 Este era el estribillo de cada una, que no quiere decir nada, por descontado, como sucede con nuestro *serení*, nuestro *lairón*, etc. (Nota del Traductor.)

tomar, y nada igualó a la sorpresa de la ciudad, de la corte y de todo el reino al primer rumor de aquella extraña novedad, pues veían abandonadas de repente las riendas del gobierno por la mano que las sostenía, y no se hallaba a nadie que tuviese derecho para apoderarse de ellas ni aun para pretenderlo.

Para poner más eficazmente en sin igual confusión todas las cosas, el rey no encomendó a nadie el cuidado de ejercer durante su ausencia parte alguna de la administración: había arrojado el gran sello al río, y había revocado todas sus cédulas de elección para un nuevo parlamento. Supónese generalmente que el solo motivo de aquella súbita fuga fue su repugnancia a convocar un parlamento libre, y la resolución que había tomado de no someterse a las condiciones que necesariamente le prescribirían sus vasallos para asegurar sus libertades y su religión; pero debe considerarse que ellos le habían abandonado los primeros y que habían perdido enteramente su confianza; que, si nada tenía que temer por su vida, podía estar menos tranquilo por su libertad, y que no debía esperarse a que la nación, conociendo su inflexible natural, enfurecida con el peligro de su religión y la violación de sus leyes, y no pudiendo dudar de su resentimiento de tanta oposición, se limitase en aquellas circunstancias a más condiciones moderadas.

Aquella pasajera disolución del gobierno dejó al populacho independiente, y no había excesos que no anunciaran al parecer sus disposiciones. Bandadas de sediciosos destruyeron tumultuariamente todos los sitios en que se celebraba el sacrificio de la misa; atacaron y saquearon las casas del embajador de España y del enviado de Florencia, donde una porción de papistas habían depositado sus efectos más preciosos. El canciller de Inglaterra, Jefferies, se había disfrazado para salir del reino, fue descubierto y tan maltratado por aquellos furiosos que murió de resultas poco tiempo después; el mismo ejército, que hubiera debido disipar aquel tumulto, hizo temer que contribuiría por el contrario a aumentarle. Apenas noticioso de la retirada del rey, licenció Feversham las tropas que se hallaban en las cercanías, y sin pagarlas ni desarmarlas les abandonó todo el país como una presa.

En aquel lamentable trance, los obispos y los pares que se hallaban en Londres, considerándose como la única autoridad subsistente (porque nadie hizo el menor caso del consejo privado, que no contenía más que hechuras del rey), tomaron el partido de reunirse y de trabajar en la salvación del estado. Eligieron por su presidente al marqués de Halifax dieron instrucciones a los magistrados para conservar la paz en la capital; enviaron a la armada, al ejército, a todas las guarniciones, órdenes que inmediatamente fueron ejecutadas, e hicieron sin rebozo la corte al príncipe de Orange, cuya empresa ensalzaron públicamente y y a quien felicitaron con ardor por su triunfo.

Guardóse muy bien el príncipe de malograr aquel torrente de prosperidad, mostrando demasiada lentitud en tomar la autoridad que las circunstancias le habían puesto entre las manos. Además del aura popular que se había declarado por su causa, un nuevo suceso vino a hacer todavía más grata al pueblo la nueva de su marcha a Londres, y fue que en la agitación de que todos se resentían, se extendió la voz, ya por casualidad, ya de intento, de que los irlandeses licenciados habían tomado las armas y dado principio a una matanza general de los protestantes de Inglaterra. En solo un día se difunde esta ridícula opinión por todo el reino, poniéndole en la mayor consternación; todas las campanas tocan a vuelo; se encienden fogatas; todos creen ver a lo lejos el humo de las ciudades incendiadas y cree oír los lamentos de los infelices sacrificados. Extraño es que, en la rabia que naturalmente sucede a tales terrores populares, no fuesen asesinados todos los católicos.

### **Prisión del rey en Feversham.**

Mientras que cada cual, ya por principios, ya por interés o por animosidad, volvía la espalda al desventurado monarca que había abandonado su propia causa, se recibió la fatal nueva de que

había sido cogido en Feversham por el populacho con el disfraz que favorecía su fuga; se supo también que había recibido varios insultos antes de ser conocido, pero que había mediado y protegídole la nobleza del distrito, sin consentir no obstante en su evasión; semejante contratiempo puso en la mayor turbación a todos los partidos. El príncipe hizo salir a Zuyestein con orden de que el rey no pasase de Rochester, pero aquel oficial llegó tarde; Jacobo estaba ya en Londres, donde el populacho, movido a compasión por su suerte e impulsado por su natural veleidad, le recibió con grandes aclamaciones.

Durante el tiempo que pasó en Whitehall, la nobleza y demás personas de distinción le guardaron pocas atenciones, pues no sólo las tenía harto disgustadas su ciega parcialidad a favor de los católicos, mas también no podían dudar que su reciente conducta las había hecho muy criminales a sus ojos. Él por su parte no dio ninguna señal de energía ni manifestó la menor intención de recobrar las riendas del gobierno, después de haberlas una vez soltado; su poder había expirado evidentemente, y así como se había ejercido con violentas y altaneras resoluciones, así le abandonaba con una desesperación no menos precipitada y pusilánime.

Sólo les faltaba a los señores del día determinar el modo como habían de disponer de su persona. Débese suponer en el príncipe demasiada generosidad para haber concebido el designio de alguna violencia contra un desgraciado monarca, su pariente tan cercano, pero sabía que nada podía ser tan favorable a sus miras como la retirada de Jacobo a Francia, nación odiosa en todo tiempo a los ingleses, y así todo su conato era impulsarle a dar este paso, al que se le veía bastante inclinado. Habiendo enviado Jacobo cerca del príncipe de Orange a lord Feversham con un cortés cumplido, para pedirle una conferencia que pudiese conducir a restablecer el orden público, aquel personaje fue preso so pretexto de que no llevaba pasaporte. Las guardias holandesas recibieron orden de establecerse en Whitehall, donde estaba aposentado el rey, y de desalojar de allí a la guardia inglesa; en fin Halifax, Shrewsbury y Dalamere fueron a palacio, portadores de las órdenes del príncipe, que comunicaron al rey en su cama, después de las doce de la noche, por las que se le mandaba que dejase a la mañana siguiente su palacio, y saliese para Ham, quinta de la duquesa de Lauderdale. Pidió Jacobo permiso, que se le concedió al punto, para retirarse a Rochester, ciudad poco distante del mar, siendo fácil conocer que el artificio había producido su efecto, y que el rey, amedrentado por un tratamiento tan duro, se había decidido a huir de Inglaterra.

## **Segunda evasión.**

Pasó no obstante algunos días en Rochester en una aparente incertidumbre, bajo la protección de una guardia holandesa, como mostrando deseos de que se le brindase a conservar la posesión del trono. Indudablemente conocía que después de haber contado demasiado en un principio con la fidelidad de sus pueblos; y de haberse lanzado en esta confianza a las más violentas empresas contra sus principios y sus preocupaciones, había incurrido en otro exceso, cuando se vio engañado, suponiéndolos sin razón desprovistos de todo sentimiento de respeto y obediencia; más viendo que la iglesia, la nobleza, la capital, las provincias y todos le desatendían de común acuerdo, abandonándole a sus propias resoluciones, se sometió a su triste suerte, y acosado por las cartas de la reina, se embarcó secretamente en una fragata que le esperaba, (23 de diciembre) y que le llevó con toda felicidad a Ambleteuse, en Picardía, de donde pasó a San Germán. Luis le recibió con la expresión de los más nobles sentimientos de generosidad, de respeto y amistad, conducta que honra más a aquel gran monarca que sus más brillantes victorias.

## Carácter del rey.

Así acabó el reinado de un príncipe que, si se atiende a su carácter personal más bien que a su conducta pública, fue indisputablemente más desgraciado que culpable. Poseía muchas de las dotes que constituyen un excelente ciudadano, y aun algunas de las que, cuando no las sofocan los principios arbitrarios y el ciego celo de religión, sirven para formar un buen soberano. En la vida privada, su conducta fue irreprochable, y merece nuestra aprobación; ardiente pero franco en sus enemistades, firme en sus miras y en sus resoluciones, exacto en sus planes, bizarro en sus empresas, sincero, fiel y pundonoroso en los negocios, tal era el carácter con que el duque de York subió al trono de Inglaterra; en él mostró notable economía, una constancia ejemplar, mucha aplicación a las cosas del mar, juicioso celo en fomentar el comercio, una loable entereza en mantener ileso el honor de la nación. ¿Qué le faltó, pues, para ser un excelente rey de Inglaterra? amor y respeto a la religión y a la constitución de su patria. Con esta imprescindible cualidad, la misma medianía de su talento, ayudada por tantas virtudes, hubiera podido hacer glorioso y pacífico su reinado; sin ella, todas las perfecciones que poseía se tornaron peligrosas y nocivas para sus pueblos.

Su sinceridad (virtud de que blasonaba), ha parecido dudosa en aquellas promesas tantas veces reiteradas de conservar las libertades y la religión del reino. Fuerza es reconocer que su reinado no fue más que una invasión casi continua de aquellas; sin embargo es sabido que hasta su último suspiro no cesó de protestar de que jamás tuvo intención de trastornar las leyes ni de proporcionar a sus vasallos católicos más ventaja que la tolerancia y la igualdad de los privilegios: esta cuestión además no afecta más que a su carácter personal, y no tiene parte en el juicio que debe formarse de su conducta pública. Aun cuando se llevase el candor hasta el punto de reconocer buena fe en aquellas protestas, restaría saber si fue por eso menos justa la sentencia de sus pueblos. Tenía Jacobo una opinión tan alta de su autoridad legal, que no dejaba a sus súbditos derecho a la libertad sino con dependencia de su voluntad suprema, y fue tal su ardor de proselitismo que, cualesquiera intenciones que puedan suponerse en el origen, es evidente que acabó por no contentarse con la tolerancia y la igualdad. El poder, las gracias, el favor no se concedían más que a los católicos; el interés le hubiera proporcionado en breve una multitud de nuevos convertidos; hubiérase figurado que la mejor, sino la mayor parte de su pueblo había abrazado su religión, y en esta persuasión, hubiérale parecido tan justo como meritorio ante Dios favorecer a aquella parte con todos los empleos y establecimientos públicos. Pronto hubieran sucedido los rigores y las persecuciones contra los herejes, y de esta suerte habría llegado necesariamente al total aniquilamiento de la libertad y de la religión protestante, sin que sea necesario suponer que él se propusiese este plan desde el principio de su reinado. En fin concediéndole buenas cualidades y sanas intenciones, su conducta en este punto no sirve más que para probar con nueva evidencia cuán peligroso es admitir a un príncipe de la religión católica al trono de estos reinos.

En tan pocos días como hemos dicho consiguieron el valor y la habilidad del príncipe de Orange, ayudados por una asombrosa fortuna, efectuar la libertad de aquella isla, y de esta suerte, sin más efusión de sangre que la de un oficial del ejército holandés y la de unos pocos soldados muertos en una escaramuza fortuita, un gran rey, sostenido por una formidable armada y un ejército numeroso, se vio derribado del trono; pero aun quedaba por consumir la parte más difícil de la empresa y no sin duda la menos importante, en sentir del príncipe, que era obtener para sí propio aquella corona recién caída de las sienes de su suegro. Algunos jurisconsultos, enredados en las formas y en las sutilezas de su profesión, no discurrieron más que un arbitrio, y fue que el príncipe pidiese la corona por derecho de conquista, que tomase inmediatamente el título de soberano y convocase un parlamento que, legítimamente congregado por un monarca en posesión, pudiese ratificar cuanto se había hecho antes de su convocación; pero el príncipe desechó prudentemente una medida que destruía los principios de libertad, únicos sobre que debía establecerse el nuevo trono, y como todas las apariencias se aseguraban de la buena voluntad de la nación, resolvió



dejarla en aquel punto enteramente a su albedrío. Los pares y los obispos, en número de unos noventa, le presentaron un memorial suplicándole que convocase por medio de cartas circulares una asamblea general, que tomase entre tanto la dirección de todos los negocios públicos y que se encargase también de la seguridad de Irlanda; al mismo tiempo rehusaron leer una carta que había dejado Jacobo para justificar su fuga, que achacaba a la violencia con que se le había tratado, lo cual era explicar suficientemente sus intenciones con respecto a aquel desgraciado monarca.

### **Convócase un parlamento.**

Poco satisfecho todavía el príncipe de una autoridad que se podía creer incompleta, deseó una declaración más explícita del consentimiento público. Entonces se discurrió un arbitrio más plausible; como los parlamentos de Carlos II eran los únicos que se reputaban libres, todos los individuos de que se había compuesto la cámara baja en las varias asambleas de aquel reinado fueron invitados a reunirse, agregándoseles el lord-corregidor de Londres, los regidores, (*aldermen*) y cincuenta individuos del consejo de la ciudad; en las presentes circunstancias, esta era la mejor elección que podía hacerse para representar al pueblo. Esta asamblea se decidió unánimemente a renovar la súplica de los pares; y el príncipe, sostenido por toda la autoridad legal que permitían las circunstancias, no tuvo dificultad en escribir una carta circular a todos los condados y comunidades de Inglaterra. En todos se respetaron generalmente sus órdenes, viose reinar la más profunda tranquilidad en todo el reino, y la misma sumisión encontró para su administración el príncipe, que si hubiera sucedido al trono vacante por las vías más regulares. La armada recibió sus ordenes; el ejército adoptó de su mano sin murmullos ni oposición una nueva planta, y la capital le prestó 200.000 libras esterlinas.

### **Gobierno de Escocia.**

1689. Los mismos principios de prudencia y moderación rigieron la conducta del príncipe relativamente a Escocia. Tenía Londres a la sazón en su seno una multitud de escoceses distinguidos, a quienes reunió en una asamblea y ante quienes expuso sus intenciones, pidiéndoles su parecer sobre lo que exigían las circunstancias (7 de enero) la asamblea, en la que se contaban treinta lores y sobre ochenta nobles, eligió al duque de Hamilton por su presidente, y éste, contemporizador por carácter, resolvió hacer la corte a la autoridad dominante, pero su hijo mayor, el conde de Arran, se declaró parcial de Jacobo, política ordinaria en Escocia, donde muchas veces se vio, durante las guerras civiles, al padre y al hijo declararse por los partidos opuestos, con la mira de poner a todo evento a cubierto a su familia y de libertad sus bienes de la confiscación, Arran propuso que se invitase a Jacobo a volver proponiéndole condiciones, pero como impugnase vivamente esta proposición sir Patrik Hume y nadie la apoyase, la asamblea ofreció al príncipe la administración presente, que él se apresuró a aceptar. Anticipando un poco sobre la narración de los sucesos, diremos que por cartas circulares del príncipe se convocó el 22 de marzo en Edimburgo una convención o parlamento nacional, donde pronto se reconoció que el partido descontento sería el que venciese, los más celosos realistas, mirando aquella asamblea como ilegal, se habían excusado de acudir a las elecciones, y en la mayor parte de los pueblos había triunfado el otro partido. En Escocia no se hizo la revolución, como en Inglaterra, por medio de la mutua unión de los *torys* y de los *whigs*, pues éstos, que se encontraban los más fuertes, se resentían harto vivamente de sus pasados padecimientos para admitir ninguna especie de transacción con sus tiranos. Apenas fueron conocidas las disposiciones de la asamblea, el conde Balcarras y el vizconde Dundee, jefes de los *torys*, se ausentaron de Edimburgo; y la convención, después de haber declarado sin rebozo que el rey Jacobo, por su mala administración y por el abuso que había hecho

del poder, había perdido todo derecho a la corona, ofreció la dignidad real al príncipe y a la princesa de Orange.

### **Convención inglesa.**

La convención inglesa estaba reunida, (22 de enero ) y muy pronto se conoció que, por efecto de la disposición dominante de la nación y por el influjo de la autoridad presente, la mayor parte de la cámara baja se componía de *whigs*. Después de haber las dos cámaras dado unánimes acciones de gracias al príncipe de Orange por el servicio que había hecho a la nación, los comunes expidieron en pocos días, a una gran mayoría de votos, una declaración menos decisiva que la de la convención escocesa, y que se envió, para su confirmación, a la cámara de los pares. La declaración estaba concebida en estos términos: «El rey Jacobo II, por el hecho de haber querido conculcar la constitución del reino rasgando el contrato original entre el monarca y el pueblo; de haber violado las leyes fundamentales, por consejo de los jesuitas y de otras inspiraciones perniciosas, y por el de haberse fugado del reino, ha abdicado el gobierno; por consiguiente, el trono está vacante.» Este acuerdo encontró en la cámara alta una grande oposición, cuyos motivos debemos exponer aquí.

### **Miras del parlamento.**

Los *torys* y el partido del alto clero, viéndose amenazados juntamente con la destrucción de sus leyes y de su religión, habían apoyado con todo su poder el levantamiento nacional, apartándose en aquella ocasión de los principios de obediencia pasiva de que tan públicamente habían hecho profesión cuando eran los objetos del favor del rey: sus presentes temores habían prevalecido sobre sus principios políticos, y el desgraciado monarca, que se había confiado demasiado en aquellas declaraciones generales, que nunca se verán reducidas a la práctica, conoció en fin que los dos partidos se habían unido en secreto contra él; pero no bien hubo pasado el peligro, y se hubo recobrado un poco el público de sus alarmas, cuando recobraron las preocupaciones de facción una parte de su fuerza, y los *torys* se avergonzaron de la ventaja que habían obtenido sobre ellos sus adversarios en las últimas transacciones, inclinándose por lo pronto a adoptar una marcha expectante, y aunque generalmente decididos a oponerse a la vuelta del rey, resolvieron no consentir que fuese destronado o que se cambiase el orden de sucesión. Un regente con el poder real fue el arbitrio que propusieron, y el ejemplo bastante reciente del Portugal parecía dar algún peso a aquel nuevo plan de administración.

Representaron los *torys* con fuerza, en favor de este sistema, que, en virtud del sentido uniforme de las leyes inglesas, el derecho a la corona había pasado constantemente por sagrado; y que, bajo ningún pretexto, aun sin exceptuar el caso de un mal gobierno, no podía perderle el soberano; que la empresa de destronar a un rey y darle un sucesor, era absolutamente desconocida en la constitución y tendía a hacer a la dignidad real de todo punto dependiente y precaria, que, cuando un príncipe, por su corta edad o por cualquiera otra incapacidad natural, era inepto para empuñar las riendas del gobierno, las leyes y la práctica antigua estaban acordes en nombrar un regente que, en el intervalo, ejercía todo el poder de la administración; que Jacobo, por sus tenaces y peligrosas preocupaciones, se había hecho tan inhábil para gobernar la Inglaterra como si se hubiera vuelto loco, y que por consiguiente era natural que el pueblo recurriese al mismo remedio; que la elección de un rey era un precedente para la elección de otro, y que, por aquel camino, se vería degenerar el gobierno en república, o, lo que todavía era peor, en una turbulenta y sediciosa monarquía; que aun llegaría a ser mayor el peligro si quedaba un príncipe que pretendiese la corona por derecho de sucesión y que disputase sobre una base tan plausible el título de soberano actual; que, si la doctrina de la obediencia pasiva no era absolutamente verdadera en todas las

circunstancias posibles, era muy provechoso que se lo pareciese al pueblo, y que establecer un gobierno que tuviese por base el principio contrario, era echar los cimientos de convulsiones y revueltas sin fin; que, a la verdad, una regencia podía tener también sus inconvenientes, pero que mientras se conservase intacta la línea de sucesión, quedaba la esperanza de ver acabar tarde o temprano los desórdenes públicos; en fin que la historia, sobre todo la de Inglaterra, no presentaba casi ningún ejemplo en el que un título disputado no hubiese producido, al fin, males mucho más terribles que todos los que se habían querido evitar abandonando la sucesión lineal.

Por otra parte, los jefes del partido *whig* sostenían que, si había algún mal que temer, no menos le amenazaba el establecimiento de una regencia que el destronamiento de un príncipe y la elección de un sucesor, y que uno u otro arbitrio, abrazado temerariamente, sería un origen igual de convulsiones; que, si las leyes no permitían expresamente desposeer a un soberano, tampoco autorizaban a resistir a su autoridad o a separar el poder del título; que una regencia era una institución sin ejemplo en Inglaterra, excepto cuando el príncipe, por su corta edad o sus dolencias, estaba incapacitado de tener una voluntad racional, y que en este caso, se suponía su voluntad representada por la del regente, que sería sumamente absurdo hacerle un crimen a uno de haber obrado por comisión de un príncipe a quien se reconocía por legítimo soberano, y que jamás un jurado se apartaría bastante de la ley y del sentido común para fallar semejante decisión; que la perspectiva misma de libertarse de tan monstruoso inconveniente estaba mucho más distante, en la situación actual de las cosas, que la de acabar de pronto con una sucesión disputada; que concediendo al príncipe niño la calidad de legítimo heredero, debía considerarse que estaba fuera del reino, que iba a criarse en principios incompatibles con la constitución y la religión establecida, y que verosímilmente dejaría un hijo sujeto a la misma objeción; que si se cortaba toda la línea en virtud de un acuerdo solemne, el pueblo olvidaría con el tiempo o despreciaría su derecho, ventaja que no podía esperarse mientras se dirigiese la administración en su nombre y fuesen reconocidos como poseedores del título legal; en fin que un estado así gobernado perpetuamente por regentes o protestantes, se parecía más a una república que a una nación sometida a monarcas cuya sucesión hereditaria y cuya autoridad establecía y fijaba el pueblo.

Con mucho calor agitaron la cuestión los partidos opuestos en la cámara de los lores. Los principales oradores entre los *torys* fueron Clarendon, Rochester y Nottingham; entre los *whigs*, Halifax y Danby. El partido que pedía un rey venció por dos votos solamente, 51 contra 49: todos los obispos, excepto dos, los de Londres y Bristol, se declararon por un regente. El primado, hombre de un carácter desinteresado pero tímido, se mantuvo igualmente apartado de la corte, del príncipe y del parlamento.

Examinaron luego los pares, muy detenidamente, la declaración que les enviaban los comunes, empezando por poner en cuestión. *¿Si había un contrato original entre el rey y el pueblo?* y la afirmativa triunfó por 53 votos contra 46, prueba de que los *torys* iban perdiendo terreno. La cuestión que sucedió a ésta fue: *¿Si el rey Jacobo había roto aquel contrato original?* y la afirmativa prevaleció después de una ligera oposición. La cámara examinando hasta los términos, pesó el de *abdicado*, y consideró que *abandonado* era más propio. La última cuestión fue: *¿Si el rey Jacobo, habiendo roto el contrato original y abandonado el gobierno, dejaba el trono vacante?* Esta cuestión se debatió con más vehemencia y calor que ninguna de las otras, y en la división, como triunfaban los *torys* por once votos, se resolvió suprimir el último artículo, relativo a la vacancia del trono. Con estas enmiendas se le devolvió su declaración a la cámara de los comunes.

El conde de Danby había concedido el proyecto de dar la corona a la princesa de Orange sola, y de admitirla a la sucesión hereditaria y legal del rey su padre, declarando al príncipe niño ilegítimo o espurio; y el cambio de opinión de aquel par fue lo que dio a los *torys* una ventaja tan considerable en el número de los votos.

## Libre conferencia entre las dos cámaras.

Insistieron todavía los comunes en su declaración y comunicaron a los lores los motivos que debían hacerles renunciar a sus enmiendas, mas no convenciéndose aquellos, conocióse por ambas partes la necesidad de una conferencia libre para terminar aquella cuestión. Jamás sin duda se vio un debate nacional más importante ni sostenido por oradores más hábiles, y sin embargo sorprende hallar por una y otra parte unos argumentos tan frívolos, y más parecidos a las disputas de palabras de las escuelas que a los sólidos raciocinios de una asamblea de legisladores y hombres de estado. En las deliberaciones de esta importancia, rara vez se confiesan los verdaderos motivos de las resoluciones. El partido de los *whigs*, entonces dominante, pero unido a los *torys* para la grande obra de la revolución, había tenido con sus nuevos aliados la deferencia de no pretender que se declarase al rey privado de sus derechos a la corona por causa de mala administración, pareciéndole que semejante declaración encerraría una censura demasiado explícita de los antiguos principios *torys* y una preferencia demasiado terminante de los suyos propios, por esta razón se habían convenido los comunes en confundir en una misma censura el abuso del poder y la partida del reino, y en comprenderlo todo bajo el término de *abdicación*, como si el rey hubiera dado un consentimiento virtual, si no verbal, a su destronamiento. Los *torys* prevaleciéndose de una impropiedad de expresión tan manifiesta, que no era más que un efecto de la complacencia o de la prudencia de los *whigs*, insistieron sobre la palabra *abandono*, como más inteligible y expresiva. Replicóseles que si esta expresión cuadraba muy bien a la partida del rey, no podía aplicarse con la menor propiedad a la violación de las leyes fundamentales; y los dos partidos, apartándose así de sus verdaderos principios por consideraciones de prudencia o de atención para con sus antagonistas, perdieron el mérito de la consistencia y de la uniformidad.

Los que hablaban en pro de los pares sostuvieron luego que, aun concediendo que el abuso del poder fuese equivalente a la abdicación o, en otros términos, a la muerte civil, no podía tener más efecto que la renuncia voluntaria o la muerte natural, y que no hacía por consiguiente más que abrir el camino al sucesor más cercano. Era una máxima de la ley inglesa que el trono nunca estaba vacante, y que en el primer momento que seguía a la muerte del rey, pasaba a ocuparlo el heredero legal con toda la autoridad de su predecesor; y por más joven, por más inhábil para gobernar, por más desgraciado que fuese el heredero presente, aun estando en manos de los enemigos de la nación, los pares no veían ningún justo motivo, cuando no había ninguna falta por su parte, para privarle de una corona a la que tenía justo derecho por su nacimiento. Los que hablaban en nombre de los comunes hubieran podido rebatir estas razones con respuestas especiosas y aun sólidas; hubieran podido decir, hablando como *whigs* fieles a sus principios, que siendo la opinión la gran garantía de la obediencia, el sistema de gobierno que debía adoptarse era aquel al que era más probable que se sometiese el pueblo, que, después de la muerte natural de un monarca cuya administración ha sido siempre conforme a las leyes, deben sufrirse muchos fatales inconvenientes más bien que excluir la sucesión hereditaria, el caso es muy diferente cuando el pueblo ha destronado, rebelándose a un príncipe cuya conducta ilegal violaba la constitución en todas circunstancias, que, en estas revoluciones extraordinarias, el gobierno volvía, hasta cierto punto, a sus primeros principios, y el cuerpo de la nación adquiría un derecho de proveer a la seguridad pública con arbitrios que en otras ocasiones podrían tacharse de irregulares o violentos; que el empleo reciente de un remedio extraordinario familiarizaba al pueblo con el uso de otro y le acostumbraba más a semejantes licencias que si el gobierno hubiera seguido su marcha habitual; y que Jacobo sacando a su hijo del reino y sustrayéndose él mismo a sus pueblos, les había dado un motivo tan justo de resentimiento, los había puesto en tan gran turbación, que con justicia podían sacrificarse los intereses de su familia al buen orden y a la tranquilidad pública. Aunque estos argumentos no habrían sido inoportunos, los abogados de los *whigs* prescindieron de ellos por dos razones; primera, porque encerraban una confesión de la legitimidad del príncipe niño, punto que se había resuelto dejar en toda la oscuridad posible; segunda, porque contenían una reprobación

demasiado terminante de los principios *torys*, y así se redujeron a sostener la declaración de los comunes con evasivas y artimañas, con lo cual los dos partidos se separaron en fin sin haber podido ponerse de acuerdo.

### **Prevalecen los comunes.**

Pero era imposible que el público permaneciese mucho tiempo en aquella situación. La obstinación de la segunda cámara obligó a los pares a ceder, y a favor de la deserción de algunos de ellos al partido de los *whigs*, se aprobó la declaración de los comunes sin enmiendas por una mayoría de quince votos en la cámara alta. Aquel famoso acuerdo recibió por consiguiente el sello de todos los brazos del poder legislativo, cual existía entonces.

Sucede desgraciadamente para los que suponen un pacto original entre el rey y el pueblo, que las grandes revoluciones del gobierno y los nuevos establecimientos de constituciones civiles se hacen por lo común con tanta violencia, tumulto y desorden, que es imposible oír la voz pública, y todavía se escuchan menos las opiniones de los ciudadanos que en el discurso de una administración sosegada: sin embargo, fuerza es confesar que lo que pasó entonces en Inglaterra forma una rara excepción a esta regla general. Las nuevas elecciones se habían hecho con mucha calma y libertad; el príncipe había mandado a todas las tropas que saliesen de las ciudades donde celebraban los electores sus asambleas; mandó recoger una petición tumultuaria dirigida al parlamento y que sus autores habían publicado, a pesar de que le era favorable; no entró en ningún amaño con los electores ni con los individuos del parlamento; el mismo silencio guardó que si no hubiera tenido ningún interés en aquellas transacciones, y lejos de formar cábalas con los jefes de partidos, hasta se desdeñaba de hacer el menor agasajo a los que podían apoyarle. Esta conducta, que mostraba tanta moderación como magnanimidad, le conceptuó en extremo a los ojos de los ingleses, aunque desgraciadamente, en todo el discurso de su vida y en todas ocasiones, aquel príncipe fue tan frío, tan seco y tan reservado, que, hasta para su mayor interés, le era muy difícil tomar un continente afectuoso y familiar.

Dignóse al fin romper aquel largo silencio, y explicarse, aunque privadamente acerca de la situación de las cosas. Mandó llamará Halifax, a Shrewsbury, a Danby y a algunos otros, y les dijo que, invitado a poner en libertad a la nación, se había empeñado en aquella empresa y el resultado había correspondido a sus intentos; que al parlamento, que se hallaba libremente elegido y libremente congregado, le incumbía concertar medidas felices para fijar el orden en el estado, y que él, por su parte, no pretendía intervenir en sus deliberaciones; que había oído hablar de varios planes, unos relativos a una regencia, otros dirigidos a que se ofreciese la corona a la princesa, pero que a ellos les tocaba elegir el plan de administración que les pareciese más conveniente o ventajoso; que, si se decidían por una regencia, ninguna objeción tenía que hacerles, creyéndose únicamente obligado a prevenirles que no contasen con él para regente, pues no quería engolfarse en un sistema cuyas invencibles dificultades conocía; que nadie le aventajaba en profesar una alta y fundada opinión del mérito de la princesa, pero que les prevenía también que su resolución era preferir la condición privada a la posesión de una corona dependiente de la voluntad o de la vida de otro, en una palabra, que debían estar persuadidos de que, si elegían uno u otro de aquellos dos planes de gobierno, le sería absolutamente imposible ayudarlos en la ejecución; y en fin que le llamaban otros negocios demasiado importantes para abandonarlos por una dignidad tan precaria, y que ni siquiera le dejarían el tiempo necesario para introducir el orden y la unión en su dislocado gobierno.

Coadyuvaba a estas miras del príncipe su misma esposa, que unía, a otras muchas virtudes, una cabal sumisión a un marido en quien la mayor parte de las mujeres no hubieran reconocido cualidades seductoras; todas las consideraciones quedaban a un lado cuando se hallaban en oposición con lo que ella miraba como su deber para con el príncipe. Habiéndole escrito Danby y

sus partidarios para comunicarle sus intenciones, lo sintió ella mucho y hasta entregó sus cartas al príncipe, como un sacrificio a la fidelidad conyugal. La princesa Ana aprobaba también el mismo plan de establecimiento público; prometíasele una cuantiosa renta, con el segundo lugar en la sucesión, y como en el actual arreglo se desatendía enteramente el derecho de su hermano el príncipe niño, podía creer en el fondo que, en punto a interés, ganaba con la revolución.

### **Restauración de la corona.**

Puestas pues de acuerdo al parecer las partes, expidió la convención un *bill* que daba la corona al príncipe y la princesa de Orange, y la administración al príncipe solo. Muertos ambos la princesa Ana debía sucederles, siguiendo su posteridad a la de la princesa de Orange, pero debiendo ser preferida a la del príncipe, habida en otra mujer. A este reglamento unió la convención una declaración de los derechos de la nación inglesa, en la que todos los puntos últimamente controvertidos entre el rey y el pueblo se decidían por fin, reduciendo la prerrogativa real a justos límites y definiéndola con más exactitud de lo que hasta entonces se había hecho.

### **Costumbres, artes y ciencias.**

En el transcurso de cuatro reinados hemos visto una lucha continua entre el rey y la nación, entre la prerrogativa y los fueros: ambos partidos, además del actual motivo de la contienda, abrigaban una multitud de pretensiones ocultas que a su tiempo sacaban a plaza. Los gobiernos demasiado firmes y uniformes, como rara vez son libres, están, a juicio de algunos, acompañados de otro inconveniente notable, el de debilitar la actividad de las inteligencias, abatir el valor, entibiar el genio y la invención y sumergir al pueblo en una especie de letargo universal, pero aunque esta observación pueda ser justa, fuerza es convenir en que, durante aquellos reinados, la agitación del gobierno inglés era harto violenta para el sosiego y la seguridad de la nación.

En aquel intervalo, se desatendieron enteramente los asuntos exteriores o se manejaron con miras siniestras; y en la administración interior, se experimentó como una fiebre continua, o latente o manifiesta, y algunas veces estallaron las más furiosas convulsiones. La última revolución forma una época nueva en la constitución inglesa, y las ventajas que de ella sacó el pueblo no se limitaron sin duda a libertarle de una mala administración; decidiendo muchas cuestiones importantes a favor de la libertad; y más aun con el grande ejemplo de la deposición de un rey y del establecimiento de una nueva dinastía, hizo tomar a los principios populares un ascendiente que nada ha dejado dudoso u oscuro en la naturaleza de la constitución; así, es que los ingleses pueden asegurar sin exageración que, desde aquella época, han disfrutado en su isla, si no del mejor sistema de gobierno, a lo menos del sistema de libertad más lato de que hay ejemplo en la historia.

Vilipendiar con afectada violencia a toda la raza de los Estuardos, como han hecho sin razón algunos historiadores; sostener que su administración fue una usurpación continua de los indisputables derechos del pueblo, no es hacer el debido honor a aquel gran suceso, que no solo terminó su sucesión hereditaria, más hizo tomar un nuevo aspecto a la constitución. Los pocos daños que el pueblo tuvo que sufrir bajo los dos primeros reinados de aquella casa (porque en general fueron afortunados) dimanaron casi todos de la inevitable situación de las cosas y acaso no había más que un medio de evitarlos, y era que el soberano hubiere tenido bastante temple de alma y bastante fortuna para sobreponerse enteramente a las libertades del pueblo. Mientras que los parlamentos, bajo aquellos reinados, se prevalecían de las necesidades del príncipe, e intentaban en cada legislatura abolir, limitar, definir alguna prerrogativa de la corona, e innovar algo en la marcha acostumbrada del gobierno, ¿no era natural por ventura que el príncipe defendiese contra unos

enemigos tan inveterados una autoridad que, por espacio de más de un siglo, es decir, durante todo el discurso de la administración precedente, se había ejercido sin oposición?

Si Carlos II, en 1672, pudo pasar por el agresor, y si era imposible justificar su conducta, debía suponerse a lo menos que un príncipe tan bondadoso, tan indolente, pero al mismo tiempo tan sensato, había tenido algún motivo para formar tan peligrosas empresas. Conocía que la situación del gobierno era demasiado borrascosa para durar mucho tiempo sin alguna innovación: las frecuentes asambleas del parlamento habían llegado a ser casi absolutamente necesarias para la dirección de los negocios públicos, y aquellas asambleas, a juicio del partido realista, eran sin embargo muy inferiores en dignidad al soberano, que las creía establecidas menos para censurarle que para asistirle con sus consejos. La corona estaba todavía en posesión de multitud de ventajas considerables para oponerse a sus resoluciones, y aun no se había adquirido en él medios de influencia; de aquí aquellos continuos celos entre las dos partes del poder legislativo; de aquí aquella mutua inclinación a prevalecerse de las necesidades una de otra; de aquí la imposibilidad en que se veía el rey de hallar ministros capaces de serle juntamente útiles y fieles. Si seguía su gusto en su elección, sin consideración al interés parlamentario, debía contar inmediatamente con una legislatura refractaria; si los elegía entre los caudillos de las asambleas populares, de seguro, o perdían su crédito uniéndose demasiado a la corona, o vendían a la corona por conservar su crédito con el pueblo. Ni Hambden, a quien a toda costa quiso hacerse amigo Carlos I, ni Shaftesbury, a quien Carlos II, después de la trama papista, se esforzó por hacer entrar en sus miras, quisieron renunciar a su popularidad por el precario y, según sus ideas, engañoso favor del príncipe: siempre establecieron la raíz de su autoridad en el parlamento, y como el poder de esta asamblea no estaba todavía muy seguro, resolvieron aumentarle a expensas de las prerrogativas reales.

No es extraño que todos estos sucesos, representados bajo distintos colores por el espíritu de facción, hayan estado mucho tiempo como oscurecidos por densas nubes. Todavía no ha habido nadie bastante despreocupado para no acatar más que la verdad, ni bastante atrevido para exponerle sin disfraz a los ojos de una nación apasionada; el mismo partido que, entre los ingleses, blasona más de respeto a la libertad, no ha sido bastante libre en el modo de pensar sobre este punto, ni capaz de decidir imparcialmente de su propio mérito, comparado con el de sus adversarios. Si no puede disputarse a la gloria de los primeros el que sus fines fueron más nobles y sus miras más ventajosas al linaje humano, preciso es confesar también que sus medios son más difíciles de justificar, y que, en muchas de sus empresas, consultaron menos la moral que la política. En la necesidad de adular al populacho, se veían obligados a aplaudir sus desvaríos o a seguir los impulsos de su rabia; y, en una infinidad de casos, autorizando ficciones, favoreciendo la violencia, contribuían a infatuar no menos que a corromper al pueblo, al que ofrecían los dos preciosos beneficios de la libertad y de la justicia. Carlos I era un tirano, un papista, el odioso autor de las matanzas de Irlanda; el alto clero de Inglaterra estaba a punto de degenerar en la idolatría; el puritanismo era la única religión verdadera, y el *covenant* el objeto predilecto del favor del cielo.

En medio de estas ilusiones, el partido hizo progresos, y, lo que todavía parece más extraño, con mucho provecho para la ley y la libertad, hasta la famosa impostura de la trama papista, ficción que pasaba más allá de los límites comunes de la credulidad vulgar; pero por más singulares que puedan parecer estos sucesos, nada hay que sea realmente nuevo en ninguna época de la historia moderna, y podemos observar que los ardides tribunicios, aunque a veces útiles en una constitución libre, fueron con frecuencia tales que el honor y la probidad bien entendidos no permitían ejercerlos ni aprobarlos. La otra facción que, desde la revolución, se ha visto también precisada a adular al populacho, ha tenido también algunas veces que emplear los mismos artificios.

El partido de los *whigs*, por espacio de cerca de 70 años, ha gozado casi sin interrupción de toda la autoridad del gobierno, y los honores y los empleos no pueden obtenerse más que por su conducto y protección, pero si este suceso no ha sido desventajoso para el estado, ha arruinado totalmente la verdad histórica, estableciendo en lo concerniente a sus asuntos domésticos, un gran número de falsedades groseras, que no se comprende que haya podido aceptar una nación

civilizada. Las composiciones más despreciables, tanto por el estilo como por la sustancia, se han ensalzado, publicado y leído como iguales a los más preciosos restos de la antigüedad<sup>463</sup>. Olvidando que el amor de la libertad, pasión laudable en sí misma, debe comúnmente subordinarse al respeto hacia el gobierno establecido, la facción dominante no ha celebrado más que a los partidarios de la primera, que tendían obstinadamente a la perfección de la sociedad civil, y los ha exaltado a expensas de sus antagonistas, que sostenían los principios esenciales a su existencia misma; pero los extremos deben evitarse en todas cosas, y aunque entre dos facciones encontradas, no es dado prometerse agrandar a ambas profesando opiniones moderadas, en ellas probablemente es donde se encuentra la verdad.

Unamos a esta idea general del gobierno inglés algunas observaciones acerca del estado de la hacienda, de las armas, del comercio, de las costumbres, de las artes y de las ciencias, durante el espacio de tiempo comprendido entre la restauración del trono y la revolución.

La renta de Carlos II, tal cual la reguló el parlamento largo, estaba mal concebida, pues era demasiado escasa, si se quería hacerle independiente en el curso ordinario de la administración, y demasiado cuantiosa y duradera, si se pensaba tenerle en entera dependencia. Las grandes deudas de la república con que se halló abrumado; la necesidad de llenar los almacenes de tierra y de mar, enteramente desprovistos<sup>464</sup>; la de reparar y amueblar sus palacios, todas estas causas reunidas le pusieron en los mayores apuros, inmediatamente después de la restauración, y el parlamento no le socorrió con bastante liberalidad. Acaso también había contraído deudas en los países extranjeros, y aunque su generosidad con los *caballeros* que se habían arruinado por servirle no correspondió a lo que ellos esperaban, ni realmente al mérito de su celo, no podía menos de agotar hasta cierto punto su desagrado erario. Las sumas extraordinarias que se le concedieron durante algunos años no bastaban para aquellas exorbitantes cargas, y las *excise* y los derechos de aduanas, única renta fija, no ascendían a 900.000 libras esterlinas cada año, suma muy inferior a las cargas ordinarias del gobierno. La adición del impuesto sobre los fuegos en 1662, y de otros dos impuestos en 1669 y 1670, hizo ascender la renta a 1.358.000 libras esterlinas, como vemos por las cuentas de Danby, lord tesorero mayor, pero sabemos por el mismo testimonio que el gasto anual del gobierno ascendía entonces a 1.387.770 libras esterlinas<sup>465</sup>, sin contar los gastos imprevistos que, aun bajo la más juiciosa administración, son siempre considerables. Los impuestos concedidos en 1669 y 1670, expiraron en 1680 y el parlamento no los renovó, ascendían anualmente a más de 200.000 libras esterlinas. El testimonio de todos los autores contemporáneos de los dos partidos y la confesión misma de Carlos, obligan a convenir en que se le podía acusar de un poco de profusión y negligencia, pero es seguro también que se necesitaba suma economía para poder sostener el gobierno en una situación tan ardua.

Es regla conocida en toda especie de negocios que cada cual debe ser pagado o recompensado en proporción de los cuidados que le están cometidos o del poder que posee; y las peligrosas conexiones de Carlos con la Francia expusieron muy pronto a la nación a arrepentirse de haber violado esta máxima de la prudencia: en efecto, si los parlamentos del reinado de Carlos I hubieran podido consentir en apartarse de sus antiguos hábitos mezquinos hasta el punto de conceder a aquel príncipe la misma renta que se le señaló a su sucesor, o si los del reinado de Carlos II le hubieran concedido una renta tan considerable como la que disfrutó su hermano, todos los desórdenes que afligieron a estos dos reinados se hubieran atajado fácilmente, y, según todas las probabilidades, se hubiera obtenido en paz de los dos monarcas todo lo que razonablemente podía pedirse en favor de la libertad; pero aquellas asambleas, muy poco versadas en los negocios públicos, y con harta frecuencia animadas por el espíritu de partido y el fanatismo, no pudieron persuadirse sino sobrado tarde, y por una fatal experiencia, del continuo cambio de los tiempos y de las situaciones. El

463 Tales como Rapin de Thoyras, Locke, Sidney, Hoadley, etc.

464 Discurso de lord Clarendon al parlamento el 9 de octubre de 1665.

465 Historia de Ralph, tomo I, pág. 288.



embajador francés informó a su corte de que Carlos hubiera estado muy contento con su parte de poder, si el parlamento hubiera podido determinarse a concederle una renta decorosa.<sup>466</sup>

Si evaluamos la renta ordinaria de Carlos II en 1.200.000 libras esterlinas anuales durante todo su reinado, probablemente este cálculo será más bien alto que bajo. El parlamento llamado *convención*, después de todas las sumas que concedió al rey para el pago de las antiguas deudas, le cargó en su última sesión con una deuda de 1.743.263 libras esterlinas<sup>467</sup>; todas las sumas extraordinarias que luego le señaló el parlamento ascendieron a 11.443.407 libras esterlinas, las cuales, divididas por veinte y cuatro, es decir, por el número de años que duró el reinado de Carlos II, componen 476.808 libras anuales. En ese intervalo tuvo que sostener dos violentas guerras contra Holanda, y en el año 1678, los preparativos de una guerra contra la Francia le fueron onerosos. En la primera guerra de Holanda, la alianza de Francia y Dinamarca con las Provincias Unidas obligó a Inglaterra a hacer armamentos muy en grande, por lo cual parece imposible que Carlos pudiese distraer alguna parte, o a lo menos una parte considerable, de las sumas que le concedió el parlamento.

A todas estas sumas debemos añadir al pie de 1.200.000 libras esterlinas que se les arrebataron a los banqueros en 1672 cuando se cerró el *exchequer*: de ellas pagó Carlos un seis por ciento de interés durante todo el resto de su reinado,<sup>468</sup> siendo muy notable que, a pesar de aquella insigne violación de la fe pública, encontró dos años después dinero a ocho por ciento, es decir al mismo interés que había pagado antes de aquella violencia,<sup>469</sup> prueba palmaria de que el crédito público, lejos de ser de una naturaleza tan delicada como generalmente se cree, es en realidad tan robusto que muy difícilmente se consigue destruirle.

El parlamento elevó la renta anual de Jacobo a la suma de 1.850.000 libras esterlinas,<sup>470</sup> y añadiendo a esto su infantazgo en calidad de duque de York, percibía anualmente dos millones, suma bastante proporcionada a las necesidades públicas, pero de que gozaba con demasiada independencia. La deuda nacional, en la época de la revolución, ascendía a 1.054.925 libras esterlinas.<sup>471</sup>

En gran decadencia cayó la milicia inglesa durante aquellos dos reinados, tanto a causa de la política de los dos reyes, que vivieron en una continua desconfianza de sus vasallos, cuanto en virtud de aquella ley mal concebida que limitaba el poder real para la revista y equipo de las tropas; sin embargo, al principio del reinado de Carlos, aquella milicia se reputaba todavía formidable. Habiendo propuesto Witt al rey de Francia una invasión en Inglaterra durante la primera guerra holandesa, aquel monarca respondió que nada había que prometerse de semejante empresa, y que sólo podía conducir a reunir a todos los ingleses. «No bien hayamos desembarcado —añadió—, cuando tendremos encima por lo menos 50.000 hombres.»<sup>472</sup>

Carlos, cuando empezó a reinar, tenía a soldada cerca de 5.000 hombres, entre guardias y guarniciones, y hacia fines de su reinado, aumentó este número hasta 8.000. Jacobo, en el momento de la rebelión de Monmouth, puso en pie sobre 15.000 hombres, y cuando el príncipe de Orange intentó su invasión, la Inglaterra no tenía menos de 30.000 hombres de tropas regulares.

Durante la mayor parte del reinado de Carlos, la marina inglesa hizo un papel igualmente importante por el número de los buques, por el valor de las tropas y por la pericia de los comandantes. Ya en el año 1678 la armada se componía de 83 navíos,<sup>473</sup> sin contar otros 30 que estaban entonces en los astilleros: cuando la restauración del rey, sólo había 66 de todos bordos.<sup>474</sup>

466 Apéndice de Dalrymple, pág. 142.

467 Diarios, 29 de diciembre, 1660.

468 Memorias de Danby, pág. 7.

469 Idem., pág. 65.

470 Diarios, 1 de marzo, 1689.

471 Idem. 20 de marzo, 1689.

472 D'Estrades, 20 de octubre, 1666.

473 Memorias de Pepy, pág. 4.

474 Memorias de los asuntos ingleses, principalmente navales.

Durante la última parte del mismo reinado, la escasez de las rentas del rey hizo decaer considerablemente la marina; pero Jacobo, poco después de su advenimiento, le volvió su primitivo esplendor, y cuando abandonó el gobierno, ya era formidable. La administración del almirantazgo en manos de Pepys pasa todavía por un dechado de orden y economía. En tiempo de la revolución, la armada se componía de 173 naves cuya tripulación constaba de 42.000 hombres<sup>475</sup> Jacobo, antes de subir al trono, había sido el primer inventor de las señas de mar. Durante aquellos dos reinados, no se extinguió enteramente entre la juventud noble el espíritu militar: Dorcet, Mulgrave, Rochester y Ossory sirvieron por mar, y se hallaron en los más furiosos encuentros con la armada holandesa.

Nunca fueron tan rápidos los progresos del comercio y de las riquezas de Inglaterra como desde la restauración de la familia real hasta la revolución. Las dos guerras de Holanda, perturbando el comercio de aquella república, favorecieron la navegación inglesa; y cuando Carlos hubo hecho una paz separada con los Estados Generales, sus vasallos gozaron sin interrupción de todo el comercio de Europa, sin que nadie los molestase más que algunos armadores franceses que infestaron el canal y a quienes no reprimió Carlos con bastante vigor. El recobro o conquista de Nueva York y de Jersey produjo un grande aumento de fuerza y de seguridad para las colonias inglesas, y aquellas dos provincias, con el establecimiento de la Pensilvania y de la Carolina, que se ejecutó durante aquel reinado, extendieron la dominación inglesa en América. La persecución que se hizo sufrir a los no-conformistas, o más propiamente hablando, la sujeción que se les impuso, contribuyó no poco, merced a la emigración que produjo, al incremento y prosperidad de aquellas colonias. Asegura el doctor Davenant<sup>476</sup> que el número de los buques mercantes se duplicó por lo menos en el discurso de aquellos veinte y ocho años; también se estableció una multitud de artefactos, de hierro, de cobre, de seda, de lana, de vidrio, de papel etc... Un comerciante, llamado Brewer, que dejó los Países Bajos cuando los amenazaron las armas francesas, llevó a las islas británicas el arte de teñir las telas de lana, y este adelanto ahorró grandes caudales a la nación. El aumento de la acuñación, durante aquellos dos reinados, fue de 10.261.000 libras esterlinas. En 1670, se estableció un tribunal de comercio, cuyo presidente fue el conde de Sandwich. Carlos restauró y sostuvo la carta de la compañía de las Indias orientales, medida cuya utilidad parece dudosa a algunos; concedió una carta a la compañía de la bahía de Hudson, y en esto probablemente no anduvo acertado.

Sir Josiah Child nos dice<sup>477</sup> que en 1688 había en la Bolsa mayor número de particulares poseedores de 10.000 libras esterlinas, que de sólo 1.000 los había en 1650; que 500 libras esterlinas dadas en dote a una hija en este último período parecían más que 2.000 en el primero, que, en aquellos tiempos anteriores, las señoras de alta clase se creían bien vestidas con un traje de sarga, que una camarera se hubiera avergonzado de llevar en 1688; y que además del sumo aumento de ricos vestidos, de vajilla, de alhajas y muebles, el número de carruajes en aquella época se había centuplicado.

El duque de Buckingham trajo de Venecia a Inglaterra la fabricación del vidrio y del cristal. El príncipe Ruperto se esmeró también en fomentar las artes útiles y las manufacturas: él fue quien inventó el arte de grabar al agua fuerte.

En 1662 se adoptó la primera ley para la erección de los portazgos, las primeras se establecieron en Wadesmill, Caxton y Stilton; pero la mejora general e importante que recibieron los caminos reales data del reinado de Jorge II.

En 1663 se expidió la primera ley que permitía la exportación de las monedas extranjeras y del oro y plata en barras.

En 1667 se ajustó el primer tratado relativo a la América entre Inglaterra y España, tratado que se generalizó y completó en 1670. Ambos estados renunciaron entonces a todo derecho de

475 Vidas de los Almirantes, tomo II, pág. 476.

476 Discurso sobre las rentas públicas, 2ª parte, páginas 29, 35 y 36.

477 Breves observaciones etc.

comercio con las colonias respectivas, y se reconocieron los derechos de Inglaterra sobre todo el territorio americano de que entonces se hallaba en posesión.

La corte de Francia había impuesto, hacia principios del reinado de Carlos, algunos derechos sobre las mercancías inglesas; y los ingleses, ya por el disgusto que les causó aquella innovación, ya por animosidad contra la Francia, tomaron represalias poniendo al comercio con aquel estado restricciones que se diferenciaban poco de una prohibición. Habían hecho cálculos por los cuales se habían persuadido que el comercio francés les hacía perder anualmente un millón y medio o cerca dos millones; pero sacaron tan poco beneficio de aquellas nuevas restricciones, que bajo el reinado de Jacobo las anuló el parlamento.

Leemos en lord Clarendon que en 1665, cuando a consecuencia de un tratado, se pensó en enviar dinero al obispo de Munster, todo el comercio de Inglaterra no pudo aprontar arriba de 1.000 libras esterlinas mensuales en Francfort y en Colonia, ni más de 20.000 libras igualmente al mes en Hamburgo, sumas que parecen extraordinariamente reducidas<sup>478</sup>.

En el tiempo en que se privó a las ciudades de Inglaterra de sus privilegios, se intentó la misma empresa sobre las colonias. Jacobo revocó las cartas que aseguraban sus fueros y les envió gobernadores revestidos de una autoridad ilimitada. En todos los puntos de su administración se descubren los principios arbitrarios de aquel monarca.

El pueblo, bajo aquellos dos reinados, estaba casi enteramente curado de aquel fanatismo feroz que le originó tan fatales agitaciones, y cualquiera que fuesen los nuevos vicios que pudiese adquirir, es de dudar si perdía mucho en el cambio por lo tocante a la moral. El ejemplo del rey y de los cortesanos había propagado la licencia y el libertinaje por toda la nación; los placeres de la mesa se buscaban con avidez; el amor se trataba menos como una pasión noble que con un mero apetito; uno de los dos sexos empezaba a perder el carácter nacional de castidad, sin ser capaz de inspirar al otro lo que se llama sentimiento o delicadeza.

Los abusos de la era anterior nacidos de exageradas pretensiones a la devoción, había propagado mucho el espíritu irreligioso, y la mayor parte de los ingenios de aquella época son reputados deístas; además de los literatos y de los sabios de profesión, Shaftsbury, Halifax, Buckingham, Mulgrave, Sunderland, Essex, Rochester, Sidney y Temple pasan por partícipes de aquellos principios.

Las mismas facciones que por tanto tiempo habían hecho la desgracia del reino, renacieron entonces y pugnaron entre sí del modo más ruin e indecoroso. El rey Carlos sin embargo, que era en todos sus hábitos un dechado de elegancia y nobleza, introdujo en la nación tanta urbanidad cuanto podía permitirlo el espíritu de facción, el más mortal enemigo de la cortesía. Los cortesanos de aquel monarca se distinguieron largo tiempo en Inglaterra por la finura y amenidad de su trato.

Hasta la revolución, la Inglaterra no gozó sino muy imperfectamente de la libertad de imprenta, y aun eso por un período muy breve. La cámara estrellada, mientras subsistió, puso trabas reales a la imprenta, cuando se abolió aquel tribunal en 1641, el parlamento largo, después de su rompimiento con el rey, se atribuyó el mismo poder relativamente a la censura de los libros, y así continuaron las cosas durante toda la república y el protectorado. Dos años después de la restauración, se expidió un acuerdo restableciendo las disposiciones republicanas sobre este punto, y como cumpliese en 1679, se renovó en el primer año del reinado de Jacobo. La libertad de imprenta no principió ni aun con la revolución; hasta el 1694 no se le quitaron sus cadenas, muy a disgusto por cierto del rey y de sus ministros, que no viendo en parte alguna, bajo ninguna especie de gobierno, en los tiempos modernos lo mismo que en los siglos pasados, ejemplo de una libertad tan ilimitada, dudaban mucho de sus saludables efectos y creían verosímelmente que ningún libro o escrito perfeccionaría jamás bastante el juicio del vulgo de los hombres para que se pudiese con seguridad concederles un favor del que era tan fácil abusar.

---

478 Vida de Clarendon, pág 237.

En 1667 se suspendió la antigua ley que condenaba a los herejes<sup>479</sup> a ser quemados, medida prudente en un tiempo en que la nación estaba en un continuo temor de que renaciese el catolicismo.

En medio de aquella densa nube de hipocresía e ignorancia que cubría a la nación mientras duraron la república y el protectorado, existía un corto número de sabios pacíficos que cultivaban su razón en el retiro de Oxford, y que tenían allí establecidas conferencias para comunicarse mutuamente sus descubrimientos en la física y la geometría. Wilkins, ministro de la iglesia, marido de la hermana de Cromwell, y que luego fue obispo de Chester, favorecía aquel comercio filosófico. Inmediatamente después de la restauración de Carlos II, aquellos sabios obtuvieron cédulas reales para formar un establecimiento regular, y habiéndose aumentado su número, tomaron el nombre de Sociedad Real; pero aquellas cédulas fueron todo lo que obtuvieron de la corte. Carlos, aunque amaba las ciencias, sobre todo la química y la mecánica, no las fomentaba más que con su ejemplo, y les dio pocos testimonios de liberalidad: sus codiciosos cortesanos y sus amigos, de quienes continuamente estaba rodeado, tenían el arte de absorber todo su gusto, y al mérito literario no le tocaba más que una mínima parte de su atención y sus larguezas. Luis XIV, su contemporáneo, que no poseía en este punto ni su ingenio ni sus luces, fue mucho más generoso, pues además de las pensiones que daba a los sabios en todos los pueblos de Europa, sus academias estuvieron sometidas a reglamentos y sostenidas por sueldos fijos, conducta liberal que hace el más alto honor a su memoria, y que pasó, a los ojos de la parte ilustrada del lenguaje humano, por una expiación de los grandes errores de su reinado. Admirable es en verdad que este ejemplo no tenga más imitadores entre los príncipes, cuando es seguro que una generosidad tan lata, tan beneficiosa y tan justamente celebrada, nunca costó a aquel monarca una suma tan considerable como las que con harta frecuencia vemos malogradas en un favorito exaltado o en un inútil cortesano.

Mientras la academia francesa estaba fomentada, sostenida y dirigida por el soberano, en Inglaterra, sin protección alguna, viéronse hombres de un ingenio superior y capaces por lo menos de igualar a sus vecinos más afortunados, cuyo mérito atrajo sobre ellos y sobre su patria el respeto y la atención de toda Europa. Además de Wilkins, de Wren, de Wallis, matemáticos eminentes, de Hooke, célebre por la exactitud de sus observaciones microscópicas, y de Sydenham, el restaurador de la verdadera medicina, en aquel siglo florecieron un Boyle y un Newton, hombres que caminaron con paso circunspecto y, por consiguiente muy seguro, por la única senda que conduce a la verdadera filosofía.

Boyle perfeccionó la máquina pneumática, inventada por Otón Guericke, y le dio aplicación a muchos y curiosos experimentos sobre el aire y otros cuerpos. Su química es admirada por todos los conocedores de esta ciencia; su hidrostática contiene más raciocinios e inventos confirmados por la experiencia que ninguna otra de sus obras, sin que nunca en los primeros se deje llevar de aquella osadía y aquella temeridad que han extraviado a tantos físicos. Boyle fue gran partidario de la filosofía mecánica, teoría lisonjera para la vanidad y la curiosidad de los hombres, porque descubriéndonos algunos de los arcanos de la naturaleza, nos permite imaginarnos los demás. Murió en 1691, a los 65 de su edad.

La Inglaterra puede gloriarse de haber producido en Newton el más raro y grande ingenio que ha existido jamás para el ornamento y la instrucción de la especie humana. Cauto en no admitir más principio que los que están fundados en la experiencia, pero resuelto a admitir todos los que llevan este carácter, por más nuevos y extraordinarios que sean; tan modesto, que ignorando su superioridad sobre el resto de los hombres se curaba poco de proporcionar sus raciocinios al alcance común; más celoso de merecer un gran nombre que de adquirirle, vivió mucho tiempo desconocido por todos estos motivos, pero al fin se difundió su fama con un brillo que casi ningún escritor había alcanzado nunca en vida. Newton, al paso que iba descorriendo el velo que ocultaba algunos de los misterios de la naturaleza, manifestaba las imperfecciones de la filosofía mecánica, cuyos últimos

---

479 No olvidemos que habla un protestante. (Nota del Traductor.)

secretos hizo de esta suerte volver a la oscuridad de que se había querido sacarlos, y en la que permanecerán siempre. Murió en 1727, a la edad de 85 años.

Mucho menos favorable fue aquella era a los progresos de la amena literatura que a los adelantos de las ciencias. Carlos, aunque apasionado admirador del ingenio y a pesar de que él tenía mucho, aunque su gusto en el lenguaje de la conversación parece haber sido puro y sano, contribuyó más bien a corromper que a perfeccionar la elocuencia y la poesía de su siglo. Cuando se abrieron los teatros después de su restauración, y no temió ya el talento cómico lucir sus galas y sus chistes, el público inglés, al cabo de una abstinencia tan larga, se apacentó de aquellas delicadezas con menos gusto que ansia, y la más grosera, la más irregular especie de ingenio fue igualmente bien recibida por la corte y por el pueblo. Las composiciones teatrales de aquel tiempo son unos verdaderos monstruos de extravagancia y locura, y están tan desprovistas de razón y hasta de sentido común, que deshonorarían a la literatura inglesa si no hubiera la nación expiado en cierto modo su afición a tan miserables producciones con el total olvido a que en el día están condenados.

El *Rehearsal*<sup>480</sup> del duque de Buckingham, que abrió los ojos al público sobre aquellas detestables producciones, parece que lleva la burla al exceso, pero realmente la copia iguala apenas una parte de las ridiculeces de que están atestados los originales<sup>481</sup>. Esta severa sátira y el buen sentido de la nación corrigieron pronto las extravagancias del espíritu de la época, pero todavía faltaba a las producciones literarias aquella delicadeza y aquella corrección que tanto admiramos en los escritores de la antigüedad y en los franceses, sus juiciosos imitadores. Entonces fue particularmente cuando esta nación dejó muy atrás sin disputa a los ingleses en las obras de poesía, de elocuencia, de historia y de los demás ramos de la amena literatura, y cuando adquirió una superioridad que los escritores ingleses le disputaron con más fortuna en lo sucesivo.

Las artes y las ciencias, traídas de Italia a esta isla al mismo tiempo que a Francia, hicieron en ella al principio progresos mucho más sorprendentes que en la segunda: Spencer, Shakespeare, Bacon, Jonson, eran muy superiores a los franceses contemporáneos; Milton, Waller, Denham, Cowley, Harvey les fueron por lo menos iguales. El reinado de Carlos II, que algunos representan como nuestro siglo de Augusto, retrasó en Inglaterra por el contrario los progresos de la literatura; y la desenfrenada licencia que toleró y aun aplaudió la corte, fue más nociva a las bellas artes de lo que lo habían sido la afectación, la extravagancia y el entusiasmo de la era precedente.

Aunque a casi todos los escritores de aquel reinado los debemos considerar como a monumentos insignes del ingenio corrompido por la indecencia y el mal gusto, no podría citarse un ejemplo más palpable de esta verdad que el que presenta el poeta Dryden, sobre todo si se compara la grandeza de su talento al grosero abuso que de él hizo. Sus comedias, a excepción de unas cuantas escenas, están enteramente desfiguradas por el vicio o la locura, o a veces por ambos a la vez: sus traducciones parecen demasiado frutos prematuros del hombre: sus mismas fábulas no son más que unos cuentos mal escogidos cuya versificación es incorrecta, aunque no carece de fuego; sin embargo, entre aquella multitud de producciones desaliñadas, hez de la lengua inglesa, se hallan algunas piezas cortas, como la *oda a Santa Cecilia*, la mayor parte del poema de *Absalón y Architofel*, y algunas otras en que se descubre tanto ingenio, tanta riqueza de expresión, tanta armonía y variedad de ritmo, que considerando luego la inferioridad o más bien la suma insensatez de las demás composiciones del mismo autor, no puede uno menos de experimentar tanta indignación como sentimiento. Dryden murió en 1701, a la edad de 69 años.

El solo nombre de Rochester ofende a los oídos castos; y sin embargo su estilo poético tiene tanta energía y hay tanta vivacidad en sus sátiras, que fácil es discurrir lo que podía esperarse de un talento tan feliz si hubiera nacido en mejor siglo o si hubiera tomado mejores modelos. Los antiguos satíricos solían ser muy libres en sus expresiones, pero su libertad no se parece más a la licencia de Rochester que la desnudez de un indio a la de una ramera.

---

480 El *Ensayo*, comedia.

481 El duque de Buckingham murió el 16 de abril de 1688.

Wycherley aspiraba a la reputación de ingenio y de libertinaje y la obtuvo; con un uso más moderado de sus raras cualidades, hubiera logrado sin duda ser festivo instruyendo, objeto de la verdadera comedia. Otway tenía mucha disposición para el género patético, pero no guarda exactamente las reglas del drama, ni las reglas más esenciales todavía del decoro y del buen gusto. Con una sola comedia el duque de Buckingham hizo un gran servicio a su siglo y se hizo a sí propio mucho honor. Los condes de Mulgrave, de Dorset y de Roscommon fueron escritores de buen gusto, pero sus producciones son flojas o desaliñadas. El marqués de Halifax manifiesta sumo talento, y parece que, para formarse un nombre muy ilustre en la literatura, sólo le faltaba tiempo y haber vivido en una clase inferior.

De todos los escritores memorables de aquel siglo, sir Guillermo Temple es casi el único que acertó a preservarse en un todo del torrente de vicio y de licencia que inundó a la nación. Su estilo, aunque muy desaliñado y aun mezclado de locuciones extranjeras, tiene el mérito de agradar e interesar. Aquella tintura de vanidad que se advierte en sus obras les sirve como de realce, pues da a conocer un carácter lleno de honor y de humanidad, y muchas veces leyéndolas, cree uno menos estar engolfado en la lectura de un libro que escuchando la grata conversación de un amigo. Murió de 70 años en 1698.

Aunque *Hudibras* se publicó y verosímilmente se compuso durante el reinado de Carlos II, puede muy bien suponerse que su autor, Butler, como Milton, pertenece al período anterior. Ninguna composición abunda más que *Hudibras* en rasgos de agudo e inimitable ingenio, y sin embargo hay muchas cuya lectura entera proporciona tanto o más placer, sus alusiones son muchas veces oscuras, y parecen como traídas por los cabellos; y aunque es difícil llevar más allá de lo que lo hace nuestro autor el arte de expresar los pensamientos en pocas palabras, a veces es demasiado pródigo de pensamientos sobre un mismo asunto e incurre así en una extremada prolijidad. Asombra la muchísima erudición que introdujo Butler con exquisito donaire en una obra jocosa: *Hudibras* es tal vez una de las composiciones más sabias que pueden hallarse en lengua alguna. Prodigioso fue el provecho que sacó de este poema la causa realista, por efecto de lo mucho y bien que ridiculizó el fanatismo y los falsos pretextos del primer partido parlamentario. Carlos tuvo bastante gusto para admirar el mérito de la obra, de la cual aprendió de memoria una gran parte, pero ya fuese por negligencia, ya por falta de liberalidad o más bien de gratitud, dejó vivir en la oscuridad y morir en la miseria al autor de *Hudibras*, hombre virtuoso y de un carácter sin mancilla<sup>482</sup>.

Dryden es otro ejemplo de la misma incuria: su *Absalón* contribuyó eficazmente a la victoria que obtuvieron los *torys* sobre los *whigs* después de la exclusión del parlamento, y este importante servicio, realizado por el ingenio del autor, no bastó a proporcionarle un acomodo capaz de ponerle a cubierto de la necesidad de escribir para comer. Otway, aunque declarado realista, no logró siquiera ganar un pedazo de pan con sus escritos, y tuvo el singular destino de morir materialmente de hambre. Todos estos hechos imprimen una gran mancha en la memoria de Carlos II, que tenía discernimiento, que amaba el ingenio, que era dadivoso, pero que no alcanzó a la gloria de la verdadera generosidad.

FIN

---

482 Butler murió en 1680, a la edad de 68 años.

## CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
- 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
- 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
- 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
- 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
- 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg (3 tomos)*
- 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
- 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
- 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
- 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
- 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
- 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*
- 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
- 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
- 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
- 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
- 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
- 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
- 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
- 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
- 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
- 286 Miguel Serví († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
- 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*

- 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
- 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
- 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
- 269 Homero, *La Odisea*
- 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
- 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
- 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
- 265 Homero, *La Ilíada*
- 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
- 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
- 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
- 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
- 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
- 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
- 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
- 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
- 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
- 255 Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
- 254 Diego de Torres Villarreal, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
- 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
- 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
- 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
- 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
- 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
- 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
- 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
- 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
- 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
- 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
- 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
- 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
- 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
- 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
- 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
- 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
- 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
- 236 Platón, *Las Leyes*
- 235 Baltasar Gracián, *El Político Don Fernando el Católico*
- 234 León XIII, *Rerum Novarum*
- 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
- 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguae latinæ exercitatio*
- 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
- 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
- 229 *Concilio III de Toledo*
- 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
- 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
- 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
- 225 José Echegaray, *Recuerdos*
- 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*



- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*  
 221 *El Corán*  
 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*  
 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*  
 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*  
 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*  
 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcofía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*  
 215 *Textos de Historia de España*  
 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*  
 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*  
 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*  
 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*  
 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*  
 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*  
 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*  
 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*  
 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*  
 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*  
 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*  
 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*  
 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*  
 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón (4 tomos)*  
 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*  
 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*  
 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*  
 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*  
 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*  
 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*  
 194 Platón, *Critias o la Atlántida*  
 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*  
 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*  
 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*  
 190 Tomás Moro, *Utopía*  
 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*  
 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*  
 187 Cayo Velejo Patérculo, *Historia Romana*  
 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*  
 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*  
 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*  
 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*  
 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*  
 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*  
 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*  
 179 Platón, *La república*  
 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*  
 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*  
 176 Dante Alighieri, *La monarquía*  
 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*  
 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*  
 173 Aristóteles, *La política*

- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Maríano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España. Versión de Hinojosa*

- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*

- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus (de Al-Bayan al-Mughrib)*
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española (2 tomos)*
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente (3 tomos)*
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles (3 tomos)*
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación (3 tomos)*
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*

- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclano, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España (9 tomos)*
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España (3 tomos)*